

Alexandre Dumas

Las dos Dianas

PRIMERA PARTE

I

UN HIJO DE CONDÉ Y UNA HIJA DE REY

Era el día 5 de mayo del año 1551. De una casita de humilde apariencia salieron una mujer de unos cuarenta años próximamente y un mancebo de diez y ocho, y atravesaron juntos el pueblo de Montgomery, que radica en la región de Auge.

Era el mancebo uno de esos tipos de raza normanda, de cabellos castaños, ojos azules, dientes blancos como la nieve y labios sonrosados. Llamaba la atención la finura y satinado de su cutis, cualidad que con frecuencia da a los hombres del Norte una belleza femenina que resta poder a la energía varonil, no menos que su talle fuerte y flexible a la vez, que parecía participar de las características de la encina y de la caña. Vestía con sencillez y elegancia un jubón de paño color violeta adornado con bordados de seda del mismo color. Del mismo paño que el jubón eran sus calzas, bordadas en seda como aquél. Completaban su atavío unas botas altas de cuero negro, de las que solían usar los pajes y los escuderos, y una gorra de terciopelo, ligeramente ladeada y adornada con una pluma blanca, que daba sombra a su frente, espejo de calma y de entereza varonil.

Su caballo, cuyas riendas había pasado por su brazo, le seguía irguiendo de vez en cuando su cabeza para aspirar el aire, y recibiendo con relinchos de alegría las emanaciones que aquél le traía.

La mujer parecía pertenecer, si no a la clase social más humilde, por lo menos a la que se hallaba colocada entre ésta y la que llamamos media. Vestía con extremada sencillez, pero a la par con aseo y limpieza tan exquisitos, que parecían irradiar elegancia. El mancebo habíala ofrecido varias veces su brazo, que ella se negó a tomar cual si considerase que suponía un honor excesivamente alto para ella.

A medida que atravesaban el pueblo, siguiendo una calle que conducía al castillo, cuyas robustas torres se alzaban altivas, semejantes a gigantes encargados de la protección de los humildes inmuebles que lo formaban, era de notar que todos, adolescentes y hombres, niños y ancianos, saludaban con profundo respeto al mancebo, y que éste les contestaba con afectuosas inclinaciones de cabeza. Era evidente que todo el mundo consideraba como superior y dueño al mancebo que, como veremos pronto, ignoraba quién era.

Al salir del pueblo nuestro adolescente y la mujer tomaron el camino, mejor dicho, el sendero escarpado que flanqueaba la montaña siguiendo un curso tortuoso, sendero tan angosto, que no permitía el paso de dos personas de frente. El joven hizo presente a la mujer que sería peligroso para ella continuar el viaje detrás del caballo, que forzosamente había de conducir él del diestro, y entonces fue cuando la mujer

accedió a caminar delante.

Seguía el mancebo sin pronunciar palabra, con la cabeza inclinada, como si gravitase sobre ella el peso de una preocupación hondísima.

Tan hermoso como formidable era el castillo hacia el cual se dirigían aquellos dos desconocidos, tan diferentes por sus edades y condición. Cuatro siglos y diez generaciones habían sido precisos para que aquella masa de sillares creciese desde sus cimientos hasta sus almenas, hasta que, convertida en montaña, fuese la señora de la montaña sobre la cual había sido emplazada.

Semejante a todos los edificios de la época a que se contrae nuestra historia, el castillo de los condes de Montgomery carecía en absoluto de regularidad. Los padres lo fueron legando a sus hijos, y cada uno de los herederos añadió algo al titán de piedra, sin consideración a las leyes de la estética y obedeciendo exclusivamente a las de la necesidad o del capricho. Obra de los duques de Normandía fueron el torreón cuadrado y la torre principal: más tarde, otros añadieron al severo y ceñudo torreón elegantes almenas, airosas torrecillas, ventanas que parecían primorosos bordados en piedra, y a medida que los años fueron pasando, el cincel se encargó de hermopear el mismo torreón, como si los siglos hubieran querido fecundar aquella vegetación granítica. Hacia el final del reinado de Luis XIV, y por los comienzos del de Francisco I, puso digno remate a la aglomeración secular una galería de arcos ojivales, verdadero prodigio de elegancia y de arte.

Desde esta galería, y más todavía desde lo alto del torreón, abarcaba la vista muchas leguas de las risueñas y encantadoras llanuras de Normandía, prodigio de lozanía y de vegetación, pues, conforme hemos dicho ya, el Condado de Montgomery hallábase situado en el país de Auge, y sus ocho o diez baronías y ciento cincuenta feudos dependían de los bailiajes de Argentan, de Caen y de Alençon.

Llegaron nuestros caminantes a la puerta del castillo.

¡Cosa extraña! Quince años hacía que el soberbio y formidable edificio no veía a su dueño. Un intendente viejo continuaba percibiendo las rentas y alcabalas; otros servidores, asimismo encanecidos en aquella soledad, continuaban cuidando el castillo, que abría sus macizas puertas todos los días como si esperasen la llegada de su señor, y las cerraban todas las noches como si el poderoso conde debiera llegar al día siguiente.

El intendente recibió a la mujer con el mismo afecto que la testimoniaron cuantas personas tropezó en el camino, y al adolescente con el respeto que todos parecía que le profesaban.

—Señor Elyot —dijo la mujer—, ¿tenéis la bondad de permitirnos la entrada en el castillo? Necesito revelar un secreto al señor Gabriel y únicamente en el salón de honor puedo hacerlo.

—Pasad, señora Aloísa, y comunicad al joven señor el secreto que deseáis. Sabéis

que, por desgracia, nadie ha de interrumpiros.

Atravesaron la sala de guardias. En otro tiempo, guardaban aquella sala doce hombres reclutados en las tierras del condado. Durante los quince años últimos habían fallecido siete de los doce guardias y no habían sido reemplazados: quedaban cinco, y éstos prestaban el servicio que prestaron en tiempos del conde, esperando que la muerte viniera a visitarles a su vez.

Nuestros caminantes cruzaron la galería y entraron en el salón de honor.

Estaba amueblado como el día en que salió del castillo y no volvió el último conde, pero en aquel salón, donde en otro tiempo se reunían, como en los de los príncipes soberanos, todos los nobles de Normandía, nadie había entrado, desde hacía quince años, más que los servidores encargados de su limpieza y un perro, el perro favorito del último señor que, cada vez que franqueaba sus umbrales, gemía llamando a su dueño, hasta que un día se negó a salir, se tendió a los pies del estrado cubierto por el dosel, y allí le encontraron muerto a la mañana siguiente.

No sin experimentar viva emoción penetró Gabriel —hemos oído que la mujer que le acompañaba le dio ese nombre—, no sin experimentar viva emoción, repetimos, penetró Gabriel en aquel salón que podríamos llamar de los recuerdos, pero la impresión que le produjeron sus sombríos muros, su dosel majestuoso, sus ventanales tallados en los sillares, que apenas si dejaban filtrar escasos resplandores, no obstante ser las diez de la mañana, no fue bastante poderosa, con serlo mucho, para hacer que olvidase el motivo que allí le llevaba. De aquí que, apenas cerrada la puerta, dijo:

—Habla, mi querida Aloísa, mi buena nodriza. Viva es tu emoción, es verdad, mayor que la mía, pero que no sea pretexto para que dilates un momento la revelación del secreto que me has prometido. Hora es ya, Aloísa querida, de que me hables sin temor, y sobre todo, sin dilación. ¿No has vacilado bastante, mi buena nodriza? Y yo, hijo obediente, ¿no te he esperado lo suficiente? Cuando te preguntaba qué apellido tenía derecho a ostentar, a qué familia pertenecía, a qué caballero debí el ser, me respondías: «Gabriel: todo eso os lo revelaré el día que cumpláis diez y ocho años, el día que entre la mayoría de edad el que tiene derecho a llevar espada al cint».. Pues bien: estamos a cinco de mayo de mil quinientos cincuenta y uno, he cumplido los diez y ocho años, y cuando te he suplicado, mi querida Aloísa, que me cumplas tu promesa, me has contestado con solemnidad que casi me ha asustado: «No es en la humilde vivienda de un escudero donde debo revelaros quién sois, sino en el castillo de los condes de Montgomery y en el salón de honor del mism».. Hemos escalado la montaña, mi buena Aloísa, hemos franqueado los umbrales del castillo de los nobles condes, y nos hallamos en el salón de honor. Habla, pues.

—Sentaos Gabriel... y perdonad si una vez más os he dado ese nombre.

El joven tomó las dos manos de la mujer y las estrechó con cariño.

—Sentaos —repitió Aloísa—, pero no en esa silla, ni tampoco en ese sillón.

—¿Dónde, pues? —preguntó el joven.

—Bajo el dosel —contestó la mujer con entonación solemne.

Obedeció el joven.

—Ahora —repuso Aloísa—, escuchadme.

—Pero, siéntate también tú, mi querida nodriza.

—¿Me lo permitís?

—¿Te burlas de mí?

Tomó asiento la mujer en las gradas del trono, a los pies del joven, que la miraba con expresión de benevolencia y de curiosidad.

—Gabriel —dijo la nodriza, decidiéndose a hablar—: acababais de cumplir seis años cuando perdisteis a vuestro padre y yo perdí a mi marido. Habías sido mi hijo de leche, porque vuestra madre falleció al daros a luz. Desde aquel día, yo, hermana de leche de vuestra madre, os quise como si hubierais sido mi propio hijo. La viuda consagró su vida entera al huérfano: de la misma manera que os había dado su leche, os dio su alma, y desde entonces, para vos han sido todos mis desvelos, todos mis pensamientos. Creo que de ello estáis firmemente persuadido.

—Aloísa querida —respondió el joven—: muchas madres verdaderas habrían hecho menos que tú, y muy pocas más que tú: te lo juro.

—Debo decir que todo el mundo se apresuró a agruparse en derredor vuestro, de la misma manera que yo me había apresurado la primera. Dom Jamet de Croisic, el dignísimo capellán del castillo, que reposa hace tres meses en el regazo del Señor, os enseñó las letras y las ciencias, y sus lecciones han sido tan provechosas, que pocos os aventajan en lo referente a leer y escribir, y en conocimiento de la historia pasada, particularmente de la que se refiere a las grandes casas de Francia. Enguerrando Lorien, el mejor amigo de mi difunto marido, Perrot Travigny, antiguo escudero de los condes de Vimoutiers nuestros vecinos, os enseñaron el manejo de las armas, de una manera especial el de la lanza y la espada, la equitación, y todo, en una palabra, lo que debe saber un caballero. En las fiestas y torneos que se celebraron en Alençon con motivo del matrimonio y coronación de nuestro señor y rey Enrique II, demostrasteis cumplidamente, hace ya dos años, que habíais sabido aprovechar las lecciones del buen Enguerrando. Yo, pobre e ignorante mujer, no podía hacer otra cosa que quereros mucho y enseñaros a servir a Dios, y eso es lo que siempre procuré hacer. La Santísima Virgen me ha ayudado en mi empresa, y hoy, a los diez y ocho años, sois un cristiano piadoso, un señor sabio y un hombre de armas completo, y espero que, con la ayuda del Señor, será digno de sus gloriosos antepasados monseñor Gabriel, señor de Lorge y conde de Montgomery.

Gabriel se puso en pie lanzando un grito.

—¡Conde de Montgomery!... ¡Yo! —exclamó.

Pasados breves momentos de silencio, añadió sonriendo:

—Lo esperaba, Aloísa... casi, casi abrigaba el convencimiento. Es más: abandonándome a mis ilusiones de niño, un día se lo dije así a mi Diana... ¿Pero qué haces, ahí a mis pies, Aloísa querida? ¡De pie y en mis brazos, santa mujer! ¿Por ventura dejas de considerarme como un hijo, porque soy el heredero de los condes de Montgomery? ¡Heredero de los Montgomery! ¡Realmente ostento uno de los títulos más antiguos y más gloriosos de Francia! ¡Sí! Dom Jamet me explicó la historia de mis nobles antepasados, reinado por reinado, generación por generación... ¡Mis antepasados...! ¡Abrázame otra vez, Aloísa querida! ¿Qué dirá Diana de lo que sucede? Individuos de nuestra familia fueron San Godegrand, obispo de Suez, y Santa Oportuna, su hermana, que vivieron durante el reinado de Carlomagno. Roger de Montgomery mandó uno de los ejércitos de Guillermo el Conquistador, y Guillermo de Montgomery preparó y llevó a cabo una cruzada a sus expensas. Más de una vez hemos sido aliados de las Casas reales de Escocia y Francia, y los primeros lores de Londres y los caballeros más gloriosos de París me llamarán primo. Mi padre...

El joven se interrumpió para continuar poco después:

—¡Desventurado de mí, Aloísa! ¡Con tantas grandezas, estoy solo en el mundo! ¡Este gran señor es un pobre huérfano, este descendiente de tantos abuelos de estirpe real no tiene padre! ¡Pobre padre mío!... ¡Ya ves, Aloísa; llorando estoy! ¿Y mi madre? ¡Muerta también! ¡Háblame, Aloísa, háblame de los dos! Ahora que sé que soy su hijo, quiero saber cómo eran... Principiaremos por mi padre... ¿Cómo murió? ¡Cuéntame... cuéntame!

Aloísa bajó la cabeza sin contestar. Gabriel la miró asombrado.

—Te suplico, mi querida nodriza, que me cuentes cómo murió mi padre —repitió Gabriel.

—Señor —contestó la buena mujer—; sólo Dios puede contestar vuestra pregunta. El conde Jacobo de Montgomery salió un día del palacio que habitaba en la calle de los Jardines de San Pablo de París, y no volvió. Le buscaron en vano sus parientes, sus deudos, sus amigos. El rey Francisco I dispuso que se llevaran a cabo pesquisas que dieron el mismo resultado negativo. Si ha muerto víctima de alguna traición, fuerza es confesar que sus enemigos fueron tan hábiles como poderosos. No tenéis padre, señor, y, sin embargo, entre las tumbas de vuestros antepasados que duermen el sueño eterno en la capilla del castillo de Montgomery, no figura la de Jacobo de Montgomery, a quien no se ha encontrado ni muerto ni vivo.

—¡Ah! ¡No era su hijo quien le buscaba! —exclamó Gabriel—. ¿Por qué no has hablado antes, nodriza? ¿Me ocultabas mi nacimiento porque tenía un padre a quien salvar o vengar?

—No, señor: os oculté vuestro nacimiento porque estaba en el deber de salvaros:

escuchadme. ¿Sabéis cuáles fueron las postreras palabras que pronunció el bravo Perrot Travigny, que rendía a vuestra casa un culto religioso, señor? «¡Mujer! —me dijo, momentos antes de exhalar el último aliento—: sin esperar a que me entierren, tan pronto como hayas cerrado mis ojos, huirás de París con el niño. Irás a Montgomery, pero no al castillo, sino a la casita que hemos recibido de la bondad de nuestro señor. Allí educarás al heredero de nuestros señores, sin misterio, pero también sin ruido, que nuestros buenos paisanos sabrán respetarle y no traicionarle jamás. Sobre todo, ocúltale su origen, porque si se diera a conocer, se perdería irremisiblemente. Con que sepa que es caballero, basta para poner a salvo su dignidad y para tranquilizar tu conciencia. Más tarde, cuando los años le hayan dado la gravedad y la prudencia necesarias, como la sangre que corre por sus venas le habrá hecho bravo y leal, cuando cumpla dieciocho años, por ejemplo, podrás revelarle su nombre y raza, Aloísa. A esa edad ya podrá juzgar por sí mismo y determinar lo que debe hacer. Pero vela con cuidado exquisito hasta entonces, porque le persiguirían enemigos formidables, odios invencibles, y los que han osado herir el águila no perdonarían al polluelo». Me dijo todo esto poco antes de morir, señor, y yo, dócil a sus órdenes, os tomé, pobre huérfano de seis años que apenas habíais visto a vuestro padre, y os traje aquí. Pública era ya la desaparición del conde, y se sospechaba que cualquiera que llevase su apellido se vería amenazado por enemigos terribles e implacables. Os vieron en el pueblo y seguramente os conocieron, pero cual si mediase un acuerdo tácito, nadie me preguntó, a nadie sorprendió, al parecer, mi silencio. Algún tiempo después, mi hijo único, vuestro hermano de leche, mi pobre Roberto, murió víctima de las fiebres. ¡Dios quiso que yo fuese toda para vos, que os consagrara mi vida entera! ¡Cúmplase la voluntad del Señor! Todos aparentaron creer que era mi hijo el que sobrevivió, pero todos, al mismo tiempo, os trataron con un respeto piadoso y os rindieron una obediencia conmovedora, porque ya os parecíais a vuestro padre, así en rostro y en cuerpo como en nobleza de corazón. En vos se revelaba el instinto del león, y claramente se veía que habíais nacido señor y superior a los demás. Los niños de los alrededores se habituaron espontáneamente a formar escuadrones que se ponían a vuestras órdenes: en todos sus juegos erais vos quien marchaba al frente y jamás se dio el caso de que uno de vuestros camaradas os negase el homenaje de su obediencia. Joven rey de la comarca, fue la comarca la que os educó, la que os vio crecer, la que os admiró altivo y arrogante. Los censos de los frutos más escogidos, los diezmos de las cosechas, afluían a la casa sin que yo tuviese necesidad de pedirlos. Para vuestro uso reservaban siempre el corcel más hermoso de las dehesas. Dom Jamet, Enguerrando y todos los escuderos, pajes y servidores del castillo, os prodigaban sus servicios como si pagasen una deuda natural, y vos los aceptabais como si tuvierais conciencia de que os correspondían de derecho. Todo en vos era atrevimiento, valentía, magnanimidad: en los actos más insignificantes se

destacaba la raza ilustre a que pertenecíais. Todavía se cuenta hoy en las cocinas del pueblo que un día cambiasteis a un paje mis dos vacas por un halcón. Pero estos instintos, estos rasgos de nobleza, no los descubrían sino aquellos que os eran fieles; para los malos, para los extraños, habéis sido mi hijo. Contribuyeron poderosamente a protegeros las guerras sostenidas en Italia, España y Flandes contra el emperador Carlos V, y al fin, ¡gracias a Dios!, habéis llegado sano y salvo a la edad en que mi esposo Perrot me permitió que confiase a vuestra prudencia el secreto de vuestro nacimiento. Lo hago así, y vos, tan grave y mesurado de ordinario, no abris vuestros labios más que para pronunciar palabras de venganza y de escándalo.

—De venganza, sí; de escándalo, no, Aloísa. Dime: ¿crees que viven aún los enemigos de mi padre?

—Lo ignoro, monseñor, pero interesa a vuestra seguridad suponer que viven. Yo creo que podréis llegar a la corte sin que nadie os conozca, pero ostentáis un apellido muy ilustre que ha de concentrar en voz la atención general, y como sois valiente, pero carecéis de experiencia; como será acicate a vuestros buenos deseos la justicia de la causa cuya defensa abrazaréis, pero no contáis con amigos, ni con valedores, ni siquiera con reputación personal, tiemblo al pensar en lo que pueda acontecer. Los que os aborrecen os verán llegar sin que vos les veáis a ellos, y os asestarán sus tiros sin que vos podáis descubrir la mano que los dirige, y la consecuencia será, monseñor, que no sólo no vengaréis a vuestro padre, sino que os perderéis vos.

—Precisamente por la causa que invocas, querida Aloísa, siento no disponer de tiempo para ganarme unos cuantos amigos y conquistar un poco de gloria... ¡Ah...! ¡Si dos años antes hubiese sabido lo que sé ahora! ¡Pero, no importa! Yo recobraré el tiempo perdido. En medio de todo, por otras razones me felicito de haber permanecido estos dos años en Montgomery; todo se reduce a redoblar ahora el paso. Iré a París, Aloísa, donde sin ocultar que soy un Montgomery, puedo decir sencillamente que soy el hijo de Jacobo. No faltan en nuestra Casa, como en otras de Francia, feudos y títulos, y nuestra parentela es tan dilatada en nuestra nación como en Inglaterra para que un indiferente se engañe acerca de mi verdadera identidad. Puedo adoptar el título de vizconde de Exmés, Aloísa, y así, ni me oculto ni me doy a conocer. Iré luego a visitar... ¿A quién puedo visitar en la corte? Gracias a Enguerrando, conozco a la perfección las cosas y los hombres. ¿Me dirigiré al condestable de Montmorency, a ese cruel recitador de...? Estoy de acuerdo con el mal gesto que observo en tu rostro, Aloísa; no visitaré a Montmorency. ¿Al Mariscal de Saint-André? Tampoco; es viejo, y por sus venas no circula ya sangre ardiente y emprendedora. ¿Optaré por Francisco de Guisa? ¡Sí... sí! Montmédy, Sain-Dizier, Bolonia son pruebas brillantes de lo que es capaz de hacer. Estoy decidido: me presentaré a él, y a sus órdenes conquistaré mis espuelas, a la sombra de su nombre labraré yo el mío.

—Monseñor me permitirá que le haga presente que el honrado y fiel Elyot ha reunido importantes sumas que tiene reservadas al heredero de sus señores. Podéis ostentar un tren real, señor, y hacer que os acompañen todos los jóvenes, vasallos vuestros, a quienes ejercitabais en vuestros juegos bélicos. Todos ellos tienen obligación de seguiros, y estoy segura de que la cumplirán gustosos peleando a vuestras órdenes.

—Haremos uso de ese derecho, Aloísa, pero a su tiempo.

—¿Quiere monseñor recibir a sus escuderos, criados y feudatarios, que arden en deseos de saludarle?

—Todavía no, mi buena Aloísa; pero sí te ruego que digas a Ángel Guerra que ensille un caballo y que se disponga a acompañarme. Ante todo, quiero visitar los alrededores.

—Particularmente los de Vimoutiers, ¿verdad, señor? —preguntó Aloísa sonriendo con malicia.

—Sí... acaso sí... ¿No estoy en el deber moral de hacer una visita a mi viejo Enguerrando y de manifestarle mi agradecimiento?

—Y con la enhorabuena de Enguerrando, monseñor recibirá radiante de alegría la de una niña encantadora llamada Diana: ¿verdad?

—¡Nada más natural! —contestó riendo Gabriel—. ¿No es esa niña encantadora mi mujer y yo su marido desde hace tres años, es decir, desde que ella tenía nueve y yo quince?

Aloísa quedó pensativa.

—Monseñor —dijo, al cabo de breves momentos—; si yo no abrigase la convicción profunda de que, pese a vuestra juventud, sois prudente y sincero, si yo no supiera que todos los sentimientos que nacen y arraigan en vuestro corazón son austeros y nobles, me abstendría de deciros lo que vais a oír; pero me consta que aquello que para otros es un juego, es para vos, por lo regular, un asunto serio. Tened presente, monseñor, que nadie sabe de quién es hija Diana. Cierta día, la mujer de Enguerrando, quien por aquella época se hallaba en Fontainebleau con su señor el conde de Vimoutiers, al volver a su casa encontró una niña acostadita en una cuna, y una pesada bolsa, llena de oro, sobre una mesa. Encerraba la bolsa una cantidad muy respetable, medio anillo de oro, ricamente grabado, y una tira de pergamino con esta sola palabra: *Diana*. Berta, que así se llamaba la mujer de Enguerrando, no tenía hijos de su matrimonio, y aceptó con júbilo indecible la maternidad que se le pedía. Pero apenas vuelto Enguerrando a Vimoutiers, falleció Berta y murió también mi marido, a cuya solicitud os había confiado su señor, y así fue que, trocadas las voluntades de los padres, una mujer crió al huérfano y un hombre a la huérfana. Verdad es que Enguerrando y yo, encargados de tan delicada misión, hemos cambiado también con frecuencia nuestros cuidados, procurando, yo, que Diana fuese sencilla y religiosa, y

Enguerrando, que vos fuerais prudente y bravo. Dadas las circunstancias, natural era que conocierais a Diana y más natural todavía que, conociéndola, os aficionarais a ella. Pero vos sois el conde de Montgomery, hoy os reconocen como tal documentos de autenticidad indiscutible y la voz pública, y en cambio, nadie se ha presentado a reclamar a Diana, nadie ha llegado con la otra mitad del anillo de oro ricamente grabado. Cuidado, pues, monseñor; hoy Diana es una niña, pero crecerá, su hermosura será maravillosa, y para quien tiene un temperamento como el vuestro, todo es serio, monseñor. Cuidado, repito, señor; en lo posible está que nadie se presente a reclamarla, que sea siempre lo que es hoy, es decir, una niña abandonada, y vos sois un señor demasiado poderoso para hacerla vuestra esposa, y demasiado noble para seducirla.

—Ten presente, mi buena nodriza, que me ausento, y al ausentarme, me separo de ti y de Diana —dijo Gabriel pensativo.

—Es verdad —contestó Aloísa—. Debéis despediros de Diana; nada más justo. Perdonad a vuestra vieja Aloísa este exceso de precaución, e id a ver, puesto que lo deseáis, a esa dulce y angelical niña a quien llamáis esposa; pero no olvidéis que aquí se os espera con impaciencia... Hasta luego... ¿no es verdad, señor... conde?

—Hasta luego, sí, y abrázame una vez más, Aloísa; llámame siempre tu hijo, y ojala el Cielo te colme de bendiciones, mi querida nodriza.

—¡Que Dios las derrame sin tasa ni medida sobre vuestra cabeza, mi hijo y señor!

Martín Guerra esperaba a Gabriel en la puerta. Segundos después montaban los dos a caballo.

II

UNA CASADA QUE JUEGA A LAS MUÑECAS

Con objeto de llegar más pronto a Vimoutiers, Gabriel abandonó el camino real y tomó por senderos y atajos que él conocía. No obstante su impaciencia, dejaba que su caballo moderase a menudo el paso, pudiendo decirse que obligaba a su noble corcel a seguir el aire mismo de su desigual fantasía. Afectos y sentimientos diversos y hasta encontrados, unas veces tristes y otras apasionados, ahora arrebatados, luego opresores y decaídos, reñían empeñada batalla en el corazón del joven. Cuando recordaba que era el conde de Montgomery, sus ojos lanzaban chispas y sus espuelas buscaban los ijares de su caballo, como si el aire que respiraba y la brisa que besaba sus sienes fueran nubes de la gloria que le embriagaba; pero cuando se decía: «Mi padre ha sido asesinado y su hijo no le ha vengado», las riendas escapaban de su mano. Penetraba de improviso en su mente la idea de que iba a batirse, a conquistar un nombre temible y temido, a saldar todas sus deudas de honor y de sangre, y de nuevo emprendía el galope, como si en realidad corriese en busca de la gloria, hasta que, al recordar que para correr a la conquista de la gloria le sería preciso separarse de Diana, de aquella niña tan risueña, tan candorosa, tan adorada, volvía a sucumbir bajo el peso de la melancolía, su caballo pasaba desde el galope al trote y desde el trote al paso lento, como si de este modo retardara el momento de la separación «Pero volveré —se decía—; volveré después de haber encontrado a los enemigos de mi padre, y a los padres de Diana». y Gabriel hundía entonces entrambas espuelas en los ijares de su caballo, y este noble bruto emprendía una carrera cuya celeridad únicamente hubiese podido igualar el vuelo de sus esperanzas. Llegó, por fin, el término de su viaje, y en su alma juvenil, abierta de par en par a la dicha, la alegría había desterrado decididamente a la tristeza.

Por encima del seto que cercaba el jardín de Enguerrando vio Gabriel, a través del follaje, el vestido blanco de Diana. Verla, atar el caballo al tronco de un sauce, salvar de un salto el seto y caer a los pies de la doncella, fue obra de un momento. Diana estaba llorando.

—¿Qué le pasa a mi adorada mujercita? —preguntó Gabriel—. ¿Por qué llora mi ángel? ¿Le habrá regañado Enguerrando porque ha destrozado algún vestido? ¿O bien porque ha rezado mal sus oraciones? ¿Se te ha escapado tal vez la calandria? Habla, Diana; dilo todo a tu fiel caballero, que tendrá vivo placer en consolarte.

—¡Ay, Gabriel! ¡Ya no eres mi caballero, no lo serás nunca! Por eso cabalmente estoy triste, por eso lloro.

Supuso Gabriel que Diana habría sabido por boca de Enguerrando su nombre y

posición, y que probablemente desearía poner a prueba su cariño.

—¿Quieres decirme, Diana mía —replicó el mancebo—, qué desgracia o qué dicha podrán obligarme nunca a renunciar al dulce título que me has permitido que tome, y que yo ostento con tanta alegría y tanto orgullo? ¿No me ves rendido a tus plantas?

Diana, sin comprender, lloraba con mayor desconsuelo que antes, y ocultando su frente en el pecho de Gabriel, exclamó sollozando:

—¡Gabriel... Gabriel! ¡No podemos volvernos a ver!

—¿Y quién será capaz de impedirlo? —objetó el mancebo con viveza.

Alzó Diana su rubia y encantadora cabeza, dejando ver dos ojos azules bañados en lágrimas, y seguidamente, con entonación solemne y grave, dijo:

—El deber.

Su hechicero rostro se revistió de una expresión tan desolada y cómica a la vez, que Gabriel, entusiasmado y cediendo a la influencia de sus pensamientos anteriores, rompió a reír, a tiempo que rodeaba con sus manos la pura frente de la niña y la besaba repetidas veces. Diana pugnaba por alejarse y por rechazar sus caricias.

—¡No, amigo mío, no! ¡Terminaron para siempre nuestros juegos! ¡Hoy no puedo entregarme a ellos sin faltar gravemente a mis deberes!

—¿Qué cuentos le habrá referido Enguerrando? —se dijo Gabriel, persistiendo en su error—. Dime —añadió en voz alta—, ¿es que no me amas ya, Diana querida?

—¡No amarte yo! —exclamó Diana—. ¿Cómo puedes sospechar, y menos decir semejante cosa, Gabriel? ¿No eres tú el amigo de mi infancia, el hermano de toda mi vida? ¿Por ventura no me has tratado siempre con bondad y ternura de madre? Cuando yo reía o cuando yo lloraba, ¿a quién veía a mi lado dispuesto a reír o a llorar conmigo? ¡A ti, Gabriel! ¿Quién me llevaba en sus brazos cuando comenzaba a dominarme el cansancio? ¿Quién me ayudaba a aprender las lecciones? ¿Quién se confesaba autor de mis faltas y sufría parte de mis castigos, cuando no enteros? ¡Tú también, Gabriel! ¿Quién inventaba mil juegos para que yo me divirtiese? ¿Quién me regalaba los ramos más lindos, quién me obsequiaba con las flores más encantadoras de las praderas? ¿Quién trepaba a lo alto de los árboles para depositar a mis pies los nidos de los jilgueros? ¡Tú, Gabriel, siempre tú! En todas partes, en todos los momentos, en todas las ocasiones te he encontrado bueno, amable, cariñoso, fiel, Gabriel. No; no podré olvidarte mientras viva, amigo mío, mientras aliente mi corazón vivirás en mi corazón, y ojalá pudiera darte mi existencia, ojalá pudiera darte mi alma. ¡Ay, Gabriel! Sólo soñando contigo he soñado la dicha... pero, ¡triste de mí!, con todo esto, es necesario que nos separemos, probablemente para no volvernos a ver jamás.

—¿Pero, por qué? ¡Ah, ya caigo! ¡En castigo por haber introducido maliciosamente al perro *Philax* en el corral! —dijo Gabriel.

—¡No, no! Es por otra cosa muy distinta.

—Sepámosla, querida Diana.

Púsose en pie la niña, y dejando caer los brazos a lo largo del vestido y doblando la cabeza sobre el pecho, dijo:

—Porque soy la esposa de otro.

Gabriel no reía ya: con el corazón oprimido y voz alterada, apenas si acertó a balbucear:

—¿Qué estás diciendo, Diana?

—Ya no me llamo Diana, sino *la señora duquesa de Castro*, porque mi marido se llama *Horacio Farnesio, duque de Castro*.

La niña no pudo menos de sonreír a través de sus lágrimas. Realmente resultaba gracioso poder decir *mi marido* a los doce años de edad, y halagador llamarse *duquesa*. Mas no tardó en sentirse dominada por el dolor al observar el que reflejaba la trastornada fisonomía de Gabriel, quien se había puesto en pie y la miraba pálido como la muerte y con mirada extraviada.

—¿Pero es broma o sueño lo que me dices? —preguntó.

—¡No, triste amigo mío! ¡Es realidad! ¿No has tropezado en el camino a Enguerrando, que salió para Montgomery hará sobre media hora?

—He venido por atajos y senderos extraviados.

—¿Por qué has dejado pasar cuatro días sin venir a verme, Gabriel? Nunca habías tardado tanto, y a tu tardanza debemos atribuir nuestra desdicha. Anteanoche me costó gran trabajo conciliar el sueño: hacía dos días que no te veía, y era tal mi inquietud, que arranqué a Enguerrando la promesa de ir hoy a verte los dos a Montgomery si tú no aparecías ayer por aquí. Hablamos de paso, como si un presentimiento de lo que había de suceder moviese nuestras lenguas, del porvenir, del pasado, de mis padres, que parecían haberse olvidado de mí... ¡Pobre de mí! Lo que voy a decir es un pecado, lo reconozco, pero más feliz sería yo si en realidad me hubiesen olvidado. Una conversación tan grave aumentó, como era natural, mi tristeza y mi aflicción, y como consecuencia, era tarde, muy tarde, cuando conseguí conciliar el sueño, lo que motivó que ayer mañana me levantase bastante más tarde que de ordinario. Me vestí de prisa, recé mis oraciones, y me disponía a bajar, cuando oí voces y ruido debajo de mi ventana, junto a la puerta de la casa. Me asomé, y vi a muchos caballeros, caballeros soberbios, Gabriel, seguidos por un ejército de escuderos, pajes y servidores, y detrás de todos, una carroza dorada, soberbia, una carroza que deslumbraba: no exagero, Gabriel. Contemplaba yo absorta el cortejo, no acertando a comprender que se hubiese detenido delante de nuestra humilde casa, cuando llamó a la puerta de mi cuarto Antonio, y me suplicó, de parte de Enguerrando, que bajase al punto. Me dio la orden, aunque sin saber por qué, pero comprendí que debía obedecer, y obedecí. Cuando penetré en el salón, allí estaban ya

todos los arrogantes caballeros que había visto desde la ventana. Mi cara ardía, yo temblaba y sentí un espanto indecible. ¿Concibes eso, Gabriel?

—Sí —contestó el mancebo con amargura—. Pero continúa, que la historia resulta interesante de verdad.

—No bien entré, uno de los caballeros más llenos de bordados avanzó hacia mí, y tendiéndome su mano enguantada, me condujo delante de otro caballero, no menos cubierto de bordados, a quien dijo, inclinándose profundamente:

«—Monseñor duque de Castro: tengo el alto honor de presentaros a vuestra esposa. Señora —añadió, volviéndose hacia mí—: Monseñor Horacio Farnesio, duque de Castro, vuestro esposo»..

El duque me saludó con una sonrisa, pero yo, confusa y desolada, me arrojé llorando en los brazos de Enguerrando, a quien acababa de ver en un rincón.

«—¡Enguerrando, Enguerrando! Este señor príncipe no es mi marido: mi marido es otro, mi marido es Gabriel. ¡Por favor, dilo así a estos señores!

«El que me había presentado al Duque frunció el entrecejo.

«—¿Qué niñería es ésta? —preguntó a Enguerrando, con entonación severa.

«—Nada, monseñor; una niñería, como acabáis de decir muy bien —respondió Enguerrando, pálido como un cadáver.

«—¿Estáis loca, Diana? —prosiguió en voz baja, dirigiéndose a mí—. ¿Cómo osáis rebelaros, desobedecer a vuestros padres, que os han encontrado y os reclaman?

«—¿Dónde están mis padres? —pregunté en voz alta—. Quiero hablar con ellos.

«—En su nombre hemos venido, señorita —contestó el señor severo—. Soy su representante; y si no dais crédito a mis palabras, ved esta orden, firmada por el rey Enrique II, nuestro señor. Leed.

«Me presentó un pergamino sellado con lacre rojo. Leí el principio, que decía: *Nos, Enrique, por la gracia de Dios...* y la firma estampada al pie: *Enrique*. Yo estaba turbada, sorprendida, aniquilada; sentía vértigos, creo que deliraba, no sabía lo que me pasaba. Las miradas de todos se fijaban en mí, me abandonaba Enguerrando... ¡hasta Enguerrando! La idea de mis padres, la firma del rey... ¡Oh! ¡Era demasiado para una niña como yo! ¡Y como tú no estabas allí, Gabriel!...

—Me parece que no te era necesaria mi presencia —replicó Gabriel.

—¡Sí, Gabriel, sí! ¡Me era necesaria, muy necesaria! ¡Si tú hubieras estado presente, yo habría resistido más, pero como no estabas...! Aquel señor que parecía dirigirlo todo, me dijo: «¡Vamos! ¡Hemos perdido ya demasiado tiempo! Señora de Leviston: os confío a la señora de Castro. Os esperamos para subir a la capilla».. ¡Gabriel... perdóname! ¡Yo estaba aturdida, loca, no tenía más que una idea!...

—Perdonarte... ¿por qué? Nada más natural que lo que hiciste —contestó el mancebo sonriendo sardónicamente.

—Me llevaron a mi cuarto —continuó diciendo Diana—, donde la señora de

Leviston, ayudada por dos o tres mujeres, sacó de un baúl inmenso un vestido de seda blanco. Sin importarles la vergüenza que yo tenía, me desnudaron entre todas, y me vistieron de nuevo. Ataviada con aquel vestido tan soberbio, ni a moverme me atrevía. Me adornaron las orejas con perlas, colocaron alrededor de mi cuello un collar de perlas, mis lágrimas rodaban sobre las perlas, pero aquellas señoras no hacían caso de mi llanto, se reían de mi turbación y tal vez hasta de mi pena. Al cabo de media hora estaba vestida y engalanada, y todas me repetían que me encontraban encantadora. Si he de decir lo que siento, creo que tenían razón, Gabriel, aunque no por ello cesaba mi llanto. Llegué a persuadirme de que me dominaba un sueño terrible y fantástico, pues caminaba automáticamente, iba y venía sin voluntad. Mientras tanto, los caballos piafaban impacientes delante de la puerta, y escuderos, y pajes y criados esperaban. Bajamos, y todas las miradas de aquella reunión imponente volvieron a fijarse en mí. El caballero de la voz áspera me ofreció de nuevo la mano y me condujo a una litera tapizada de oro y seda, y me sentó sobre cojines casi tan ricos como mi vestido. El duque de Castro, que montaba soberbio caballo, se colocó junto a la portezuela, y el cortejo emprendió la marcha hacia la capilla del castillo de Vimoutiers. El sacerdote esperaba revestido en el altar. No podré decirte qué palabras me dirigió ni qué frases pronunciaron mis labios, repitiendo las que me eran dictadas. Recuerdo como en sueños que el duque me puso un anillo en el dedo, y que, al cabo de veinte minutos, o de veinte años, no puedo precisarlo, recobré el sentido al sentir que acariciaba mi rostro otra atmósfera menos templada. Salimos de la capilla, y todos me llamaban *señora duquesa*. ¡Estaba casada! ¿Comprendes, Gabriel? ¡Estaba casada!

Por toda contestación, Gabriel soltó una carcajada de loco.

—Para que comprendas cuan fuera de mí me hallaba —repuso Diana—, te diré que, hasta que volvimos a entrar en nuestra casa, no me acordé de mirar al marido que aquellos caballeros desconocidos habían venido a imponerme. Le había visto antes, como es natural, pero sin mirarle. ¡Ah, mi desventurado Gabriel! ¡Es mucho menos guapo que tú! Su estatura es regular, nada más que regular, y con toda la riqueza de su atavío, está mil veces menos elegante que tú con tu modesta ropilla. Además: sus modales son tan impertinentes y altaneros como sencillos y agradables los tuyos. Añade a esto que su cabello y su barba son de un color rojo subido. ¡Me han sacrificado, Gabriel! El duque, mi marido, después de conferenciar un rato con el representante del rey, se acercó a mí, y tomando mi mano, me dijo sonriente:

«—Señora duquesa: no dudo que tendréis la bondad de perdonarme si una necesidad, hartamente dura para mí, me obliga a dejaros tan pronto; pero sabéis, o quizás no sabéis, que sostenemos una guerra terrible contra España, y mis hombres de armas reclaman mi asistencia inmediata. Espero tener la dicha de veros alguna vez en la corte, pues desde esta semana iréis a vivir al lado del rey. Os suplico que os dignéis

aceptar algunos presentes que me he tomado la libertad de dejar aquí para vos, y hasta nuestra vista, señora. Conservaos encantadora, alegre y dichosa, divertíos y jugad, mientras yo me bato con el enemigo.

«Al terminar de hablar, me dio un beso familiar en la frente. Por cierto que me pincharon los pelos de su barba, que no es sedosa como la tuya, Gabriel. Me saludaron todos aquellos caballeros y todas aquellas damas, y se fueron alejando poco a poco, dejándome al fin sola con Enguerrando. Este había comprendido poco más o menos lo mismo que yo. Le habían dado a leer el pergamino del rey, que era, me parece, una orden real disponiendo que yo me casase con el duque de Castro. El caballero que representaba a su majestad se llama el conde de Humières; le ha reconocido Enguerrando por haberlo visto en una ocasión con el señor de Vimoutiers. Una sola cosa sabía Enguerrando y no yo, por cierto la más triste de todas, y era que la señora de Leviston, la que me vistió, y que reside en Caen, vendría a buscarme dentro de breves días para conducirme a la corte, a cuyo efecto debía yo estar preparada. Ya has oído, mi querido Gabriel, mi triste y peregrina historia... ¡Ah! ¡Olvidaba un detalle! Al volver a mi habitación, encontré en ella una caja muy grande. ¿A que no aciertas qué contenía? Te lo diré yo: dentro de ella encontré una muñeca muy grande, un equipo completo y lujoso de ropa blanca y tres vestidos, uno de seda blanco, otro de damasco encarnado y otro de brocado verde, todo para el uso de la muñeca. ¡Me incomodé, Gabriel, me incomodé de veras al ver los presentes de mi marido! ¿No te parece que es humillante para mí tratarme como una niña? Por cierto que el vestido encarnado es el que sienta mejor a la muñeca. Los zapatos son lindísimos, pero el proceder de mi marido no ha podido ser más indigno, porque me parece que no soy ya una niña»..

—Sí, Diana; eres una niña: una niña en toda la extensión de la palabra —dijo Gabriel, cuya cólera se había trocado insensiblemente en tristeza—. No he de censurarte porque tienes doce años, que fuera injusto y absurdo imputarte a crimen tu corta edad, pero me culpo a mí, por haber consagrado a un alma excesivamente joven y ligera un sentimiento tan ardiente y profundo como el mío, pues la pena que ahora experimento bien elocuentemente demuestra cuánto te amaba, Diana. No te culpo ni te recrimino, no; te lo repito, Diana: pero, si hubieses sido más enérgica, si hubieras tenido mayor entereza para resistirte a cumplir una orden injusta, o hubieras exigido un plazo, siquiera fuese breve, antes de dar tu consentimiento, tal vez habríamos sido felices. Tú has encontrado a tus padres, que por lo visto son de ilustre prosapia, y yo venía a comunicarte un secreto de importancia, que me ha sido revelado hoy mismo, y que reservo porque ya no te hace falta saberlo. ¿Para qué? Es demasiado tarde. Tu debilidad ha cortado el hilo de mi destino, que yo creía tener asegurado para siempre. ¿Me será posible olvidarte algún día, Diana? Preveo que conservaré de ti un recuerdo eterno, y que mis amores juveniles llenarán siempre mi corazón; pero tú,

deslumbrada por el brillo de la corte, aturdida por el ruido de las fiestas, no tardarás mucho en olvidar al que tanto te adoró en los días de tu oscuridad.

—¡Nunca! —exclamó Diana con arrebató—. Más te diré: ahora que estás a mi lado, ahora que puedes ayudarme y darme ánimos, ¿quieres que me niegue a salir de aquí cuando vengan a buscarme, que resista todas las súplicas, todas las instancias, todas las órdenes, para no separarme nunca de tu lado?

—Gracias, Diana querida, gracias; pero ya ves: de hoy para siempre, ante Dios y ante los hombres, perteneces a otro. Fuerza es que todos cumplamos nuestro deber y sigamos nuestro destino. Conforme ha dicho el duque de Castro, no tenemos más remedio que irnos cada cual por nuestro lado: tú, al bullicio de la corte; yo, al estruendo de las batallas. Lo único que pido a Dios es que me permita volver a verte algún día.

—¡Sí, Gabriel! ¡Te volveré a ver y te amaré siempre! —exclamó la pobre Diana, llorando y arrojándose en los brazos del mancebo.

Apareció en aquel punto Enguerrando por una alameda próxima, precediendo a la señora de Leviston.

—Aquí está, señora —dijo—. ¡Ah! ¿Sois vos, Gabriel? —añadió al ver al joven—. Iba a Montgomery con el propósito de veros, pero tropecé en el camino el coche de la señora de Leviston y tuve precisión de regresar.

—El rey ha manifestado a mi marido, señora —dijo la de Leviston a Diana—, que tenía vivos deseos de veros, y en su vista, me ha parecido conveniente adelantar nuestro viaje. Dentro de una hora, si os parece, nos pondremos en camino. Creo que no tendréis necesidad de hacer muchos preparativos, ¿no es cierto?

Diana dirigió a Gabriel una mirada.

—¡Valor! —dijo el joven con gravedad.

—También me cabe el placer de anunciaros —repuso la señora de Leviston— que vuestro padre adoptivo puede y quiere acompañarnos a París, y que, si os parece bien, mañana se nos reunirá en Alençon.

—¡Si me parece bien! —repitió Diana—. Nadie se ha tomado la molestia de decirme quiénes son mis padres, pero yo daré siempre el dulce nombre de padre a Enguerrando.

Y tendió la mano al buen viejo, que la cubrió de besos, y mientras tanto, Diana dirigió a través del velo de sus lágrimas una mirada intensa a Gabriel, que estaba pensativo y triste, pero resignado y decidido.

—Vamos, señora —dijo la de Leviston, que no podía dominar su impaciencia—. Tened presente que debemos estar en Caen antes de que cierre la noche.

Diana entonces, anegada en lágrimas, sofocada por los sollozos, subió con paso precipitado a su cuarto, pero no sin indicar por medio de una seña a Gabriel que la esperase. Enguerrando y la señora de Leviston la siguieron, y Gabriel quedó solo en

el jardín.

Al cabo de una hora, en cuyo tiempo se cargaron en el carruaje todos los efectos que Diana quería llevar consigo, reapareció ésta en traje de camino. Antes de montar en el coche, pidió permiso a la señora de Leviston, que la seguía como una sombra, para dar el último paseo por el jardín donde por espacio de doce años había jugado tan inocentemente. Gabriel y Enguerrando la fueron siguiendo durante el recorrido. Diana se detuvo delante de un rosal que entre ella y Gabriel habían plantado el año anterior: cortó dos rosas blancas, prendió una a su vestido y dio la otra a Gabriel, después de haberla llevado a sus labios. El mancebo sintió que, al mismo tiempo que la rosa, Diana dejaba en su mano un papel, que ocultó precipitadamente en su ropilla.

Después de despedirse Diana de sus paseos, de sus árboles y de sus flores, ya no tenía pretexto para dilatar la marcha. Llegada junto al carruaje que debía conducirla, dio la mano a los servidores de la casa y a todas las buenas gentes del pueblo que la conocían y adoraban, despidiéndose de todos con frases entrecortadas, pues el pesar no la dejaba hablar. Abrazó a Enguerrando y luego a Gabriel, sin importarle la presencia de la señora de Leviston. En los brazos de su amigo de la infancia recobró la voz. Al decirle Gabriel: «¡Adiós... adiós!», ella replicó:

—¡No! ¡Hasta la vista!

Montó llorando en el carruaje, pero la infancia volvió pronto por sus fueros, pues Gabriel la oyó que preguntaba a la señora de Leviston con la gracia que le era habitual:

—¿Habrán olvidado poner en el carruaje mi muñeca?

Los caballos partieron a galope.

Gabriel desdobló el papel que Diana había puesto en su mano y encontró un rizo del rubio y hermoso cabello de la niña que tantas veces había besado.

Un mes más tarde, Gabriel, ya en París, se hacía anunciar en el palacio de los Guisa al duque Francisco de Guisa bajo el título de vizconde de Exmés.

III

EN EL CAMPAMENTO

—Sí, señores —dijo el duque de Guisa, entrando en su tienda, a los caballeros que le rodeaban—. Hoy, veinticuatro de abril de mil quinientos cincuenta y siete, a los nueve días de haber penetrado en territorio de Nápoles, después de haber tomado a Campli en cuarenta y ocho horas, ponemos sitio a Civitella. El día primero de mayo, dueños ya de Civitella, alzaremos nuestras tiendas de campaña frente a los muros de Aquila; el diez de mayo estaremos delante de Arpiño, el veinte en Capua, donde no nos dormiremos como Aníbal, y el primero de junio, caballeros, quiero que veáis a Nápoles, con la ayuda de Dios...

—Y la del Papa, mi querido hermano —interrumpió el duque de Aumale—. Su Santidad, no obstante habernos ofrecido el concurso de sus soldados pontificios, nos deja hasta el presente reducidos a nuestras fuerzas, y yo opino que nuestro ejército no es bastante poderoso para que nos aventuremos demasiado por territorio enemigo.

—El triunfo de nuestras armas interesa demasiado a Paulo IV para que nos deje sin auxilio... ¡Qué hermosa y transparente está la noche, señores! Biron: ¿sabéis si comienzan a moverse los comprometidos en el alzamiento de los Abruzos, de que nos hablaron los Caraffa?

—No se mueven, monseñor —contestó el interrogado—, según noticias recientes y dignas de crédito.

—Les despertarán nuestros mosquetazos —dijo el duque de Guisa—. ¿Habéis oído hablar, señor marqués de Elbceuf, de los convoyes de víveres y de municiones que debieron encontrarnos en Ascoli, y que no dudo que recibiremos aquí?

—En efecto, monseñor: oí hablar de los convoyes, pero en Roma; después...

—Un retraso momentáneo —interrumpió el duque de Guisa—; seguramente se trata de un retraso. No pueden tardar en llegar, y, por otra parte, todavía no estamos desprovistos. La toma de Campli nos ha proporcionado algunas vituallas. Apostaría a que, si dentro de una hora entraba yo en la tienda de cualquiera de vosotros, caballeros, encontraría una cena opípara, servida ya, un caballero, el dueño de la tienda, sentado a la mesa, una viuda desconsolada, o una lindísima huérfana de Campli, dispuestos a hacer honor a la cena, y al primero procurando consolar a su hermosa. Nada más natural, señores: obrar así es obligación sagrada del vencedor, obligación que hace que parezca dulce la costumbre de vencer. Id, pues, señores: no os quiero retener. Mañana, al despuntar el día, os reuniré para que juntos busquemos los medios de derretir ese rico pilón de azúcar que llaman Civitella. Mientras tanto, os deseo buen apetito y mejor noche.

El duque acompañó riendo hasta la salida de su tienda a los jefes de su ejército, pero cuando cayó el tapiz que la cerraba y Francisco de Guisa se encontró solo, su rostro varonil reflejó cierta expresión de desaliento. Sentóse delante de una mesa, y apoyando la frente sobre las dos manos, dijo a media voz:

—¿Habría obrado mejor renunciando a toda ambición personal, conformándome con ser general de Enrique II y limitándome a reconquistar el Milanesado y a dar la libertad a Siena? Ya estoy en tierras de Nápoles, sobre cuyo trono soñé sentarme; pero me encuentro sin aliados, muy en breve me faltarán los víveres, y todos los jefes de mis tropas, incluso mi hermano, espíritus poco templados, hombres faltos de energías y de ideales, no tardarán en sucumbir al desaliento: lo estoy viendo perfectamente.

Oyó el duque de Guisa en aquel momento pasos detrás de sí; volvió enojado la cabeza, con ánimo de reprender al temerario interruptor, pero al ver quién era éste, lejos de reprenderle, le tendió la mano.

—¿No seréis vos, vizconde de Exmés —dijo—, no seréis ciertamente vos, mi querido Gabriel, quien sienta desfallecimientos ni se niegue a seguirme porque escasee demasiado el pan y abunden, en cambio, nuestros enemigos, verdad? No; no son de temer vacilaciones en quien salió el último de Metz y entró el primero en Valenza y en Campli... ¿Venís a anunciarme alguna noticia nueva, mi buen amigo?

—Sí, monseñor: vengo a anunciaros la llegada de un correo de Francia —contestó Gabriel—. Creo que es portador de pliegos de vuestro hermano monseñor Cardenal de Lorena. ¿Queréis que le introduzca en vuestra tienda?

—No hay necesidad: que os entregue los pliegos de que es portador, y tened la bondad de traérmelos vos mismo.

Gabriel se inclinó y salió, volviendo al poco rato con un pliego sellado con las armas de la Casa de Lorena.

Los seis años transcurridos, apenas si habían operado el menor cambio en nuestro amigo Gabriel, aunque, como es natural, sus facciones habían adquirido líneas más viriles y decididas que dejaban adivinar al hombre que ha probado y conocido su propio valor. Su frente seguía siendo pura y serena, su mirada era leal y en su pecho latía el mismo corazón de siempre, un corazón juvenil rico en ilusiones. Verdad es que no contaba más que veinticuatro años de edad.

Treinta y siete tenía el duque de Guisa, y aunque estaba dotado de un natural generoso y magnánimo, su alma había recorrido ya muchos senderos lóbregos que eran un misterio para la experiencia de Gabriel, y más de un desengaño, más de una ilusión desvanecida, más de un combate estéril, habían hundido sus ojos y disminuido los cabellos de sus sienes. Pero había sabido comprender el carácter caballeresco de Gabriel, había sabido apreciar su lealtad, y el hombre de experiencia sentía una simpatía irresistible hacia el joven confiado.

Tomó de manos de éste la carta de su hermano y, antes de abrirla, se dijo:

—Escuchadme, vizconde de Exmés: mi secretario, a quien conocisteis, Hervé de Thelen, perdió la vida frente a los muros de Valenza; mi hermano, el duque de Aumale, es un soldado valiente, pero absolutamente incapaz, y yo tengo necesidad de un brazo derecho, de un confidente, de un segundo, Gabriel. Desde que os presentasteis en mi palacio de París, hará cinco o seis años, si no ando equivocado, he podido convencerme de que sois un espíritu superior, y sobre todo un corazón fiel y generoso. Yo no os conocía, aunque sí sabía que no ha existido un Montgomery que no fuera bravo; vinisteis sin que nadie os recomendara, pero me agradasteis al momento y os llevé conmigo a la defensa de Metz, y si esta defensa ha de llenar con derecho una de las páginas más hermosas de mi historia, y si después de sesenta y cinco días de ataques logramos alejar de los muros de Metz un ejército de cien mil soldados, mandado por un general que se llamaba Carlos V, recuerdo y recordaré con placer que vuestra intrepidez jamás desmentida y vuestra inteligencia siempre despierta, contribuyeron poderosamente a tan glorioso resultado. Al año siguiente me acompañasteis en la victoria de Renty, y si el asno de Montmorency, apellidado con razón el... Pero no quiero injuriar a mi enemigo, sino elogiar a mi excelente amigo y fiel camarada, a Gabriel, vizconde de Exmés, y vástago digno de los dignísimos Montgomery. Quiero deciros, Gabriel, que en toda ocasión, y de una manera particularísima desde que penetramos en Italia, he encontrado en vos un buen apoyo, un buen consejero y un buen amigo, sin que nunca haya tenido que dirigiros la menor reconvención, excepción hecha de la de ser reservado en demasía y excesivamente discreto con vuestro general. No me cabe la menor duda de que en el fondo de vuestra alma se agita un sentimiento o una idea que me ocultáis, Gabriel, pero algún día me lo descubriréis todo. Me basta con saber que pensáis llevar a cabo alguna empresa, y como yo también persigo la mía, si queréis, uniremos nuestras fortunas, y vos me ayudaréis en la mía y yo os ayudaré en la vuestra. Cuantas veces haya de acometer una empresa valiéndome de otra persona, sobre todo si la empresa es difícil y peligrosa, os llamaré, y cuando para la realización de vuestros planes o designios necesitéis un protector poderoso, allí me tendréis a mí. ¿Os conviene?

—¡Oh, monseñor! —exclamó Gabriel—. ¡Vuestro soy en cuerpo y alma! Mi aspiración primera era poder tener alguna confianza en mí y hacer que la tuviesen los demás. Ahora tengo ya alguna confianza en mí, y vos os dignáis otorgarme alguna estimación: he conseguido, pues, mi primer objetivo. Que el porvenir pueda deparar otro distinto a mis esfuerzos, no será yo quien lo niegue, monseñor, y entonces, puesto que me brindáis un trato tan ventajoso para mí, no dudéis de que recurriré a vos, como vos, monseñor, podéis contar conmigo mientras viva.

—¡Trato hecho, *per Bacco!*, como dicen los italianos. Puedes tener la seguridad, Gabriel, de que Francisco de Lorena, duque de Guisa, te servirá con ardor en todas

las ocasiones, sean tus amores o tus odios los que exijan su cooperación, y digo tus amores o tus odios, porque es difícil que no abriguemos alguno de estos dos sentimientos, ¿verdad?

—Tal vez entrambos, monseñor.

—¿De veras? ¿Y cómo teniendo el alma tan llena no la has descargado en el pecho de un amigo?

—¡Ah, monseñor! ¡Es que apenas sé a quien amo y desconozco en absoluto al que odio!

—¡Es particular! ¡Sería gracioso que tus enemigos fuesen también los míos! ¡Si uno de ellos fuera, por ejemplo, ese viejo impúdico de Montmorency...!

—Bien pudiera ser, monseñor: si mis sospechas se convierten en... Pero no se trata de mí en este momento, sino de vos y de nuestros grandes proyectos. Decidme, monseñor, en qué puedo servirlos.

—Ante todo, deseo que leas esa carta de mi hermano el cardenal de Lorena, Gabriel.

Abrió Gabriel el pliego, pasó por él la vista, y lo devolvió al duque diciendo:

—Perdonad, monseñor: esta carta está escrita con caracteres especiales que no puedo comprender.

—¡Ah! —exclamó el duque—. Entonces la ha traído el correo de Juan Panquet. Sin duda esa carta confidencial, carta cifrada... Esperad, Gabriel.

Diciendo esto, abrió un cofrecito de hierro primorosamente cincelado, sacó de él un papel calado, lo extendió sobre el escrito del cardenal, y se lo dio a Gabriel, diciendo:

—Leed, amigo mío.

Como vacilara Gabriel, el duque le estrechó la mano, le dirigió una mirada llena de confianza, y repitió:

—Leed, amigo mío.

El vizconde de Exmés, leyó:

Mi muy reverenciado y muy ilustre señor y hermano... (¿Cuándo podré dirigirme a vos encabezando los escritos con una sola palabra de cinco letras, con la palabra Señor?).

Interrumpió Gabriel su lectura.

—¿Os extraña esa frase, Gabriel? —preguntó el duque sonriendo—. Es natural, pero espero que no pondréis en tela de juicio mi lealtad. El duque de Guisa no es un condestable de Borbón, amigo mío... ¡Que Dios conserve a nuestro señor Enrique II la corona y la vida! ¿Pero no hay en este mundo más tronos que el de Francia? Y ya que la casualidad me proporciona la ocasión de depositar en vos toda mi confianza,

no quiero ocultaros nada, voy a revelaros todos mis proyectos y todos mis sueños que, por lo menos, no son propios de un alma vulgar.

El duque se había levantado y caminaba a lo largo de la tienda.

—Nuestra Casa, Gabriel —continuó—, está entroncada con tantas Casas reales, que puede aspirar, en mi concepto, a las mayores grandezas; pero aspirar poco significa; lo que yo quiero es que obtenga. Nuestra hermana es reina de Escocia: nuestra sobrina María Estuardo es la prometida del delfín Francisco, y nuestro sobrinito el duque de Lorena ha nacido para ser yerno del rey. No es esto todo: nosotros creemos que somos los representantes de la segunda Casa de Anjou, de la que descendemos por línea femenina, y, por consiguiente, tenemos pretensiones, o derechos, que para el caso viene a ser lo mismo, sobre la Provenza y sobre Nápoles. Contentémonos, por ahora, con Nápoles: la corona de este reino, ¿no estaría mejor sobre la cabeza de un francés que sobre la de un español? Para ceñir esa corona vine yo a Italia. Estamos aliados con el duque de Ferrara y unidos a los Caraffa, sobrinos del Papa. Paulo IV es muy viejo; le sucede mi hermano el cardenal de Lorena: vacila el trono de Nápoles, y para evitar que se derrumbe, le ocupo yo. He aquí explicado por qué he dejado a mis espaldas a Siena y el Milanesado para saltar a los Abruzos. El sueño era espléndido, soberbio, pero, amigo mío, temo que en sueño quede. Cuando pasé los Alpes, no llegaba mi ejército a doce mil hombres, pero el duque de Ferrara me había prometido siete mil, que conserva dentro de sus Estados, y Paulo IV y los Caraffa se vanagloriaban de que sin dificultad alzarían en Nápoles una facción poderosa, a la par que se comprometieron a proporcionarme soldados, dinero, y municiones de boca y guerra, aunque hasta la fecha ni han alzado la facción, ni me han enviado un solo hombre, ni un solo furgón, ni un escudo. Mis jefes vacilan y mis tropas murmuran... ¡pero no importa! No cejaré; llegaré hasta el fin, no abandonaré esta tierra de promisión, y si algún día la abandono, será para volver a ella una y cien veces hasta ver logrado mi objeto.

El duque golpeaba el suelo con los pies, como para tomar posesión de él, y sus ojos despedían rayos.

—Monseñor —dijo Gabriel—; me llena de orgullo y de alegría el haberme asociado a vos, y por nada del mundo renunciaría a la parte, por insignificante que sea, que me pueda caber en los trabajos encaminados al logro de vuestras legítimas y gloriosas ambiciones.

—Y ahora —añadió sonriendo el duque—, puesto que os he dado la doble clave de la carta de mi hermano, Gabriel, creo que podréis leerla y comprenderla. Continuad, pues, que os escucho.

«Seño».... —Me parece que quedamos aquí—. «Tengo que anunciaros tres noticias: dos malas y una buena. Es la buena que el matrimonio de nuestra sobrina María Estuardo se ha fijado para el día 20 del mes próximo, en cuya fecha se

celebrará en París con toda solemnidad. De las dos noticias malas, una ha llegado de Inglaterra. Felipe II de España ha desembarcado allí, y no cesa de incitar a su esposa la reina María Tudor, que le obedece ciegamente porque le ama con locura, a que declare la guerra a Francia. Todo el mundo da por descontado que lo conseguirá, pese a los intereses y al deseo de la nación inglesa. Se habla ya de un ejército que habrá de reunirse en la frontera de los Países Bajos, cuyo mando asumirá el duque Filiberto Emanuel de Saboya. Si esto se confirma, mi querido hermano, como el rey Enrique II lucha con tanta escasez de soldados, se verá en la precisión de haceros venir de Italia, en cuyo caso, nuestros proyectos sufrirán por lo menos un aplazamiento. Si esto ocurriera, reflexionad, Francisco, y no olvidéis que preferible es aplazarlos a comprometerlos, que un rasgo de temeridad, una terquedad obstinada, podrían ser peligrosas. Nuestra hermana la reina regente de Escocia amenazará a los ingleses con una ruptura de relaciones, pero la reina María de Inglaterra, enamorada como está de su joven esposo, no hará caso de las amenazas: tenedlo presente, y obrad en consecuencia»..

—¡Cuerpo de Cristo! —exclamó el duque, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Mi hermano tiene razón! ¡Es un zorro ladino que sabe olfatear las cosas! Sí; María la mojigata se dejará seducir por su esposo, no me cabe duda, y yo... yo no desobedeceré al rey, que me pedirá sus tropas en tan crítica ocasión; abandonaré Italia, y abandonaré todos los reinos del mundo... ¡Nuevo obstáculo que se presenta en esta maldita expedición! Sí, Gabriel; convengamos en que es maldita, a pesar de la bendición del Santo Padre. En confianza, Gabriel: ¿verdad que os parece desesperada nuestra expedición?

—Yo no quisiera, monseñor —contestó Gabriel—, que me colocarais en el grupo de los desalentados, pero... puesto que hacéis un llamamiento a mi sinceridad...

—Comprendo, Gabriel, comprendo, y comparto tu opinión. No será en esta ocasión, lo presiento, cuando llevaremos a feliz término las grandes cosas de que hablábamos hace un momento, amigo mío, pero juro que no renuncio a la partida, que el juego quedará aplazado, solamente aplazado. Herir a Felipe II en cualquier parte que sea, será herirle en Nápoles... Pero, continuad, Gabriel, que si mi memoria no es flaca, nos queda otra mala noticia por saber.

Gabriel prosiguió su lectura:

«El otro asunto desagradable que debo comunicaros, si tenemos en cuenta que afecta directamente a nuestra familia, no es menos grave que el anterior, pero como aún tiene remedio, como opino que cabe prevenirlo, me apresuro a ponerlo en vuestro conocimiento. Habéis de saber que el señor condestable de Montmorency, extrema más que nunca, desde que os ausentasteis, su enemistad contra nuestra familia, y no cesa de envidiar y maldecir, como es su costumbre, las bondades de que el rey nos colma. La próxima celebración del matrimonio de nuestra querida sobrina María con

el delfín ha exasperado, como era de esperar, su mal humor, pues comprende que el equilibrio que el rey mantenía entre las Casas de Guisa y de Montmorency ha dejado de existir, y que la balanza del favor real se inclina decididamente en nuestro provecho. El viejo condestable pide a grito herido una compensación, y parece que la ha encontrado en el casamiento de su hijo Francisco, el prisionero de Théroouanne, con...

El lector se interrumpió: faltóle la voz y una densa palidez cubrió su rostro.

—¿Qué tenéis, Gabriel? —preguntó el duque—. Estáis pálido... desfallecido... ¿Os habéis puesto enfermo?

—No es nada, monseñor, nada absolutamente... Acaso un poquito de fatiga, atolondramiento... pero pasó ya, y puedo continuar la lectura, si queréis. ¿Dónde estábamos? ¡Ah, ya! Decía el señor cardenal que el mal tenía remedio... ¡No! Más adelante... ¡Aquí es...!

«El casamiento de su hijo Francisco, el prisionero de Théroouanne, con Diana de Castro, la hija reconocida del rey y de Diana de Poitiers. Recordaréis, hermano mío, que la señora de Castro, viuda a los trece años del duque Horacio Farnesio, que perdió la vida en el sitio de Hesdin seis meses después de su matrimonio, ha vivido durante los cinco años últimos en un convento de monjas de París. El rey, cediendo a las reiteradas instancias del condestable, acaba de llamarla a la corte. Es una perla de hermosura, hermano mío; os lo aseguro yo, que soy, como sabéis, inteligente en la materia. Su gracia ha rendido al punto todos los corazones, y particularmente el de su padre. El rey, que la había dado en dote el Ducado de Chatelleraut, acaba de otorgarle ahora el de Angulema. No han transcurrido dos semanas desde que salió del convento, y ya el ascendiente que ejerce sobre el ánimo del rey es un hecho reconocido. Sus encantos y su dulzura son, a no dudar, las causas que han engendrado un cariño tan vivo. En una palabra, a tal punto han llegado las cosas, que la señora de Valentinois, sin que yo atine con la causa, ha juzgado conveniente suponerle oficialmente otra madre, tal vez celosa del nuevo astro que se eleva. Para el condestable supondría una ventaja inmensa el poder llevar a su casa una aliada tan poderosa. Sabéis que Diana de Poitiers no puede negar nada a ese viejo bribón, y no se os oculta que si nuestro hermano de Aumale es su yerno, lazos más estrechos la unen con Anne de Montmorency. Por otra parte, el rey está dispuesto a compensar la influencia omnímoda que tenemos en sus consejos y en sus ejércitos, de lo que infiero que este malhadado matrimonio tiene a su favor muchas probabilidades».

—Otra vez se altera vuestra voz, Gabriel —interrumpió el duque—. Descansad, amigo mío, que yo terminaré la lectura de esa carta que me interesa demasiado. Si ese matrimonio se realizase, el condestable adquiriría sobre nosotros ventajas peligrosas... Sin embargo, yo creía que ese imbécil de Francisco estaba casado con una Fienne... Dadme la carta, Gabriel.

—Estoy completamente repuesto, monseñor —replicó Gabriel, que había leído para sí algunas líneas más—. Sin inconveniente puedo leer los pocos renglones que faltan.

«...este malhadado matrimonio tiene a su favor muchas probabilidades, y una tan sólo en el nuestro. Francisco de Montmorency contrajo matrimonio secreto con la señorita de Fiennes, matrimonio que necesita anular antes de contraer otro. La anulación exige el consentimiento del Papa, y para obtenerlo acaba Francisco de emprender el viaje a Roma. Es preciso, hermano mío, tomarle la delantera, trabajar al Papa antes de la llegada a Roma de Francisco, y poniendo en juego la influencia de nuestros amigos los Caraffa, y la vuestra propia, recabar de Roma la denegación del divorcio, cuya petición irá apoyada, os lo prevengo, con una carta particular del rey. La posición que nos atacan tiene importancia bastante para que vos pongáis en su defensa todos los medios posibles, como lo hicisteis en Saint-Dizier y en Metz. Por mi parte, desplegaré en el asunto toda mi energía, porque lo considero necesario.

«Mientras tanto, pido a Dios, hermano querido, que os conceda una vida dilatada y feli»..

—¡Vamos! Nada hemos perdido todavía —dijo el duque de Guisa, cuando Gabriel terminó la lectura de la carta del cardenal—. El Papa, que me niega sus soldados, creo que no ha de negarme una Bula.

—¿Es decir, monseñor, que esperáis que el Papa deniegue la petición de divorcio y se oponga al nuevo matrimonio de Francisco de Montmonrency? —preguntó Gabriel, temblando.

—¡Sí, sí; lo espero! ¡Pero qué conmovido estáis, mi querido amigo! Vuestra emoción revela hasta qué grado os interesan nuestros asuntos. No tomo yo menos interés en los vuestros, Gabriel... Y ahora, hablemos un poco de vos. Ya que en esta expedición, cuyo desenlace preveo demasiado bien, poco o nada podréis hacer para aumentar el tesoro de servicios brillantes que me habéis prestado, ¿no os parece que debo ser yo quien principie a liquidar la deuda que con vos he contraído? Tened presente, mi querido Gabriel, que no quiero quedarme atrás. Con sinceridad: ¿no puedo seros útil o agradable en algo? Contestadme con franqueza.

—Sois demasiado bondadoso, monseñor... No veo...

—Cinco años hace que os batís heroicamente a mi lado, y todavía no he conseguido que recibieseis de mí un ochavo. Tendréis necesidad de dinero, ¡qué diablo!, pues esta necesidad a nadie perdona. No os ofrezco un regalo, ni un préstamo, sino una restitución. Fuera, pues, vanos escrúpulos, y aunque sabéis muy bien que no andamos sobrados de...

—Sí, monseñor: sé que vuestras grandiosas ideas tropiezan muchas veces con el obstáculo de la insuficiencia de los medios. Tan no tengo necesidad de dinero, que yo deseaba ofreceros algunos miles de escudos que vendrían muy bien a vuestro ejército,

y a mí, hablando con franqueza me son absolutamente inútiles.

—En efecto, vendrían tan bien y tan a tiempo, que desde luego los acepto. ¿Pero tendré la desgracia de no poder, hacer nada por vos, joven sin aspiraciones ni deseos? ¡Ah! ¡Una idea! —añadió bajando la voz—. Anteayer, en el saco de Campli, ese travieso de Thibault, mi criado, reservó para mí, según me han dicho, la mujer del procurador de la ciudad, que es la belleza más afamada de la comarca después de la esposa del gobernador, de la cual no pudo apoderarse. Yo, si he de hablar con franqueza, tengo demasiado en qué pensar, aparte de que mis cabellos se van blanqueando. Pero ¡voto a tal! ¡Me parece que con vuestro talle y con vuestra figura bien podéis reemplazar al más gallardo de los procuradores! ¿Qué os parece?

—Contestaré, monseñor, que la esposa del gobernador, de la que no logró apoderarse vuestro criado, la encontré yo durante el saqueo y la traje aquí, no para abusar de mis derechos, sino con ánimo de librar a una dama ilustre y hermosa de las violencias de la soldadesca. Sin embargo, como posteriormente he podido apreciar que la dama en cuestión no tendría repugnancia alguna en permanecer entre los vencedores, y que gustosa gritaría como el soldado galo: «¡*Vae victis*!», y yo, ¡pobre de mí!, me encuentro hoy menos dispuesto que nunca a corresponderle, la traeré a presencia de un apreciador más digno que yo de sus atractivos y de su rango.

—¡Oh! —exclamó riendo el duque—. ¡He aquí un ejemplo de austeridad que trasciende a hugonote! ¿Será que sentís alguna inclinación hacia los reformados, Gabriel? ¡Pues id con cuidado, amigo mío! Por convicción, y por política, que es peor, soy ferviente católico; os arrojaría a la hoguera sin misericordia... ¡Pero, bromas aparte! ¿Por qué no sois un poquito libertino?

—Puede que porque esté enamorado —contestó Gabriel.

—¡Ah, sí! ¡Recuerdo... recuerdo...! ¡Un odio y un amor! Una pregunta: ¿no puedo yo aproximaros a vuestros enemigos o a vuestra adorada? ¿Os hacen falta títulos?

—Gracias, monseñor; tampoco me hacen falta títulos, y ya os manifesté, al principio de nuestra conferencia, que lo que yo ambiciono no son títulos vanos, sino un poquito de gloria personal. Y puesto que, según decís, no han de ofrecérsenos aquí grandes empresas, y por consiguiente, apenas si podré prestaros servicios sin importancia, me proporcionaríais un placer especial encargándome de llevar a París, y de depositar a los pies del rey, el día del matrimonio de vuestra real sobrina, las banderas que habéis ganado en Lombardía y en los Abrazos. Colmaríais mi gozo si además me dieseis una carta que atestiguase ante el rey y la corte que algunas de esas banderas las he tomado yo en persona y no sin algún peligro.

—Sencillo es lo que pedís, aparte de justo —contestó el duque de Guisa—. Confesaré francamente que me duele separarme de vos, aunque probablemente nuestra separación durará poco tiempo, si estalla la guerra por la parte de Flandes,

como parece que ha de estallar. ¿Verdad, Gabriel, que en ese caso nos veremos por allá? Vuestro placer es la guerra, y os vais de aquí porque no hacemos más que fastidiarnos, ¡voto a tal! En cambio en los Países Bajos han de abundar las distracciones, y yo quiero, Gabriel, que de aquellas gocemos los dos juntos.

—Y yo me tendré por muy feliz en acompañaros, monseñor.

—¡Magnífico! ¿Cuándo queréis poneos en camino para llevar al rey los regalos de boda que habéis imaginado?

—Cuanto antes mejor, monseñor, si el matrimonio ha de celebrarse el día veinte de mayo, como afirma vuestro hermano el cardenal de Lorena.

—Es verdad. Saldréis mañana, Gabriel, y aun así no tendréis tiempo que perder. Id a descansar, amigo mío, y mientras, yo escribiré la carta que os recomiende al rey, y contestaré la de mi señor hermano, que os confiaré a vos. De viva voz podréis decirle que espero llevar a feliz término la negociación del asunto con el Papa.

—Pudiera suceder, monseñor, que mi presencia en París contribuyera en parte al buen éxito de vuestros deseos, de lo que resultaría que, hasta ausente de vos, os sirvo.

—¡Siempre misterios, vizconde de Exmés! Pero a bien que con vos no hay más remedio que acostumbrarse a ello.

Que paséis bien la última noche que, por ahora, pasáis a mi lado.

—Mañana por la mañana vendré a recoger las cartas y a recibir vuestra bendición, monseñor... ¡Ah! Os dejo las tropas que me han seguido en todas mis campañas. Únicamente os pediré permiso para llevarme dos soldados y mi escudero Martín Guerra. Me ha servido siempre con lealtad, y es un valiente que sólo a dos cosas tiene miedo: a su mujer y a su sombra.

—¿Cómo es eso? —preguntó, riendo, el duque.

—Martín Guerra, monseñor, huyó de su país de Artigues por escapar de su mujer Beltrana, a quien adoraba, pero a quien también zurraba de lo lindo. Desde antes de la defensa de Metz entró a mi servicio; pero el diablo o su mujer, que este punto no está aclarado, con objeto de castigarle o atormentarle, se le aparece de cuando en cuando transformado en un segundo Martín Guerra. Cuando menos lo piensa, ve a su lado a otro Martín Guerra, tan parecido a él, como si fuese su propia persona reflejada en un espejo, y ¡claro!, la aparición le desespera y le infunde un terror indecible. Fuera de este flaco, se ríe de las balas y sería capaz de tomar por sí solo un reducto. En Renty y en Valenza me salvó dos veces la vida.

—Llevad con vos a ese bravo miedoso, Gabriel, dadme otra vez la mano, y disponeos para mañana al amanecer, que mis cartas estarán esperándoos.

A la mañana siguiente, Gabriel se presentó muy temprano al duque de Guisa. Había pasado la noche soñando, pero sin dormir. Recibió las últimas instrucciones, se despidió del duque, y el día 26 de abril, a las seis de su mañana, partió acompañado por dos de sus hombres y por Martín Guerra en dirección a Roma, y desde Roma a

París.

IV

LA MANCEBA DE UN REY

Estamos a 20 de mayo, nos encontramos en París, en el Louvre y en la cámara de la gran senescala de Bréze, duquesa de Valentinois, llamada comúnmente Diana de Poitiers. Las nueve de la mañana acababan de sonar en el reloj del palacio, y ya estaba Diana vestida de blanco, en traje de mañana, sencillito pero gracioso, reclinada, o mejor dicho, recostada, sobre un lecho cubierto de terciopelo negro. El rey Enrique II, ataviado con magnífico traje, la contemplaba sentado en un sillón.

Detengámonos un instante para pasar breve revista a los personajes y a los adornos de la estancia.

Brillaba en la cámara de Diana de Poitiers todo el lujo y esplendor que la bella y deslumbrante aurora del arte llamado Renacimiento desplegó en la corte de Francia. Cuadros firmados por *le Primatice* representaban variados episodios de caza, destacándose en todos ellos Diana la Cazadora, la diosa de los bosques y de las selvas, como principal personaje. Medallones y tableros pintados y ricamente dorados ostentaban confundidas las armas de Francisco I y de Enrique II, de la misma manera que en el corazón de la bella Diana se confundían los recuerdos del padre y del hijo. Los emblemas, tan históricos como significativos, ofrecían en varios lugares la media luna de Diana Febea entre la salamandra del vencedor de Marignan y el Belerofonte pisoteando una Quimera, símbolo adoptado por Enrique II a raíz de la reconquista y toma de Bolonia contra los ingleses. La inconstante media luna aparecía allí en mil formas y combinaciones diferentes, que hacían honor a la imaginación de los adornistas de aquella época: aquí se enlazaba con una corona real, allí aparecía dentro de un marco formado por cuatro E, cuatro flores de lis y cuatro coronas, más allá las medias lunas eran tres, y en estos sitios se veía circundada de estrellas. No eran menos variados los motes o divisas, en su mayor parte escritas en latín: *Diana, regun venatrix*. ¿Impertinencia o adulación? *Donec totum impleat orbem*. Doble traducción: *La media luna llegará a ser luna llena. La gloria del rey llenará todo el universo. Cum plena est, fit æmula solis*. Traducción libre: *La hermosura y la realeza son hermanas*. En cuanto a los arabescos que guarnecían y servían de marco a emblemas y divisas, así como también los muebles que las reproducían, si los describiéramos, además de que humillarían nuestras magnificencias presentes, perderían demasiado con nuestra descripción.

Dirijamos ahora una mirada sobre el rey.

Nos dice la historia que era alto, esbelto y de constitución recia, y que, no obstante tener que combatir por medio de una dieta moderada y un ejercicio cotidiano

cierta tendencia decidida a la obesidad, aventajaba en la carrera a los hombres más ligeros y triunfaba en las fiestas y torneos de los más vigorosos. Negros eran sus cabellos y barba y trigüeño y delicado su cutis, características que, si hemos de dar crédito a los crícones, realzaban su belleza. Aquella mañana, como de ordinario, ostentaba los colores de la Valentinois, es decir, traje de raso verde con cuchilladas blancas, adornado con lentejuelas y bordados de oro, gorra con pluma blanca, cuajada de perlas y de brillantes, doble cadena de oro, de la cual pendía un medallón de la Orden de San Miguel, espada cincelada por Benvenuto, gorguera de encaje de Venecia y una capa de terciopelo, sembrada de profusión de lises de oro que flotaba graciosamente sobre sus espaldas. Si el traje era de una riqueza extraordinaria, el caballero que lo lucía era prodigio de elegancia exquisita.

Diana vestía traje de mañana blanco que llamaba la atención por su delicadeza y transparencia singulares. Describir su belleza sería empresa tan difícil como decidir si era el almohadón negro sobre el cual apoyaba su seductora cabeza o el vestido blanco como la nieve que la envolvía, lo que hacía resaltar más la blancura sonrosada de su cutis. La corrección de sus delicadas formas era tan prodigiosa, que habría desesperado al propio Juan Goujon, pues la que quisiéramos describir, y no nos atrevemos, aparte de superar en perfección a la estatua antigua más acabada, era una estatua viva, y demasiado viva, según dicen. De las gracias sembradas a manos llenas sobre sus enloquecedores miembros, no hablemos, porque pretender describirlas sería empresa tan desesperada como la de intentar copiar un rayo de sol. Tampoco hablaremos de su edad, sencillamente porque no la tenía; únicamente diremos que, semejante en esto, y en tantas otras cosas, a los seres inmortales, las hermosuras más jóvenes y lozanas parecían viejas y marchitas a su lado. Los protestantes hablaban de filtros y de brebajes gracias a los cuales conseguía no pasar nunca de los diez y seis años. Los católicos aseguraban que tomaba todos los días un baño frío, y que, hasta en invierno, se lavaba la cara con agua helada. Hasta nosotros han llegado recetas de Diana; pero es lo cierto que si la Diana del ciervo de Juan Goujon fue copia en mármol de aquel modelo real, no ha vivido desde entonces otro que la iguale en hermosura.

Digna era del amor de los dos reyes que sucesivamente fascinó; y decimos de los reyes, porque si la historia del perdón del señor Saint-Vallier, obtenida por sus hermosos ojos, cabe en lo posible que sea apócrifa, en cambio es un hecho casi probado que Diana fue la manceba del rey Francisco antes de ser la amante de Enrique II.

Refiere Laboureur que habiendo el rey Francisco, primer amante de Diana de Poitiers, manifestado cierto disgusto, poco después del fallecimiento del delfín Francisco, por lo apocado que parecía el príncipe Enrique, respondió Diana que era necesario hacer que se enamorase y que ella se encargaba de galantearle.

Cuando una mujer se empeña en conseguir una cosa, ante su voluntad desaparecen todos los obstáculos, y Diana fue, por espacio de veintidós años, la mujer adorada, y la única que amó Enrique.

Después de haber examinado al rey y a la favorita, justo es que escuchemos su conversación.

Enrique leía en alta voz los versos que vamos a copiar, y que estaban escritos en un pergamino que tenía en la mano, intercalando en su lectura interrupciones y comentarios que no transcribiremos aquí.

*Dulces labios soñados
más frescos y encarnados
que la encendida flor de los granados
al despuntar la aurora,
dulce boca florida,
roja y sangrienta herida,
fuente que da la vida,
nido de amor que el alma me enamora...
más suave y delicada
que una rosa ataviada
o una rima callada
de un salmo religioso todo encanto,
más hermosa, bien mío,
que el matinal rocío
luciendo en los dinteles del estío
sobre el gallardo airón del amaranto...*

*Dame en ella tu amor,
mi dulce dueña,
que es tu boca pequeña
el nido donde sueña
esconderse mi pobre corazón
hasta que sacie, entre mis labios presos
de los tuyos, los dulces embelesos
del placer de tus besos
llenos de castidad y de pasión.*

*Vivamos de esta suerte
juntos hasta la muerte;
que yo sonría al verte
temblar en los arrullos del amor,*

*pues ya vendrán los días
de mustias armonías
como las elegías
que en un paisaje gris canta el Dolor.*

*Las soñadas delicias,
los besos y caricias,
esas, de la pasión, castas primicias,
no temas, no, gozar...
Que ellas serán el encantado espejo
donde mirar podremos el cortejo
de rotas ilusiones, cuando, viejo
nuestro cuerpo, aún pensemos en soñar.*

¿Y cómo se llama el gentil poeta que con tanta propiedad y galanura sabe reflejar lo que hacemos? —preguntó Enrique, cuando hubo terminado la lectura.

—Se llama Remy Balleu, y promete ser, a mi juicio, un rival de Ronsard. Ahora bien —continuó Diana—; ¿creéis, como yo, que esta amorosa poesía vale quinientos escudos?

—Los recibiré tu protegido, mi bella Diana.

—Está bien, señor, pero que no sea esto motivo para olvidar a los anteriores. ¿Habéis firmado el despacho concediendo la pensión que en vuestro nombre ofrecí a Ronsard, el príncipe de los poetas? Sí... ¿verdad? Entonces, sólo me resta pedir la abadía vacante de Recouls para vuestro bibliotecario, Mellin de Sant-Gellais, nuestro Ovidio francés.

—Nuestro Ovidio será abad, mi encantadora Mecenas —contestó el rey.

—¡Ah! ¡Cuan dichoso sois, señor, en poder disponer a vuestro capricho de tantos beneficios y empleos! ¡Si en mis manos estuviera vuestro poder siquiera fuese durante una hora...!

—¿No lo tienes siempre, ingrata?

—¿Es verdad, rey mío? Pero... van transcurridos dos minutos por lo menos sin que haya recibido un beso de vuestros labios... ¡Vamos! ¡Ya era hora! ¿Decís que puedo disponer de todo vuestro poder? ¡Cuidado...! No me tentéis porque me siento capaz de utilizarlo para liquidar la importante cantidad que me reclama Filiberto Delorme, so pretexto de que ha terminado mi castillo de Anet. Es un edificio que hará honor a vuestro reinado, señor, pero caro, muy caro... ¡Otro beso, Enrique mío!

—A cambio de ese beso, te ofrezco, Diana, el importe de la venta del gobierno de Picardía.

—¿Vendo yo, por ventura, mis besos, señor? Te los doy, Enrique adorado... El gobierno de Picardía vale doscientas mil libras, ¿no es cierto? Entonces, podré

comprar el collar de perlas que me ofrecieron, y que con vivo interés deseaba lucir hoy en la ceremonia del matrimonio de vuestro querido hijo Francisco. Ya tenemos distribuido el gobierno de Picardía: cien mil libras para Filiberto, y cien mil para el collar.

—La distribución sería exacta, Diana mía, si no concedieras al gobierno de Picardía doble del valor que en realidad tiene.

—¡Pues qué! ¿No vale más que cien mil libras? Lo siento, pero no hay nada perdido: renunciaré al collar.

—¡Bah! —contestó el rey, riendo—. Siempre encontraremos por ahí tres o cuatro compañías vacantes que pagarán tu collar, Diana.

—¡Oh, señor! Sois el más generoso de los reyes y el más idolatrado de los amantes,

—¿De veras, Diana? ¿Me amas tú como te amo yo?

—¡Y me lo pregunta!

—Es que yo te adoro cada día más; es que de día en día te encuentro más hermosa. ¡Ah! ¡Qué sonrisa tan dulce la tuya! ¡Qué mirada tan embriagadora! ¡Déjame... déjame aquí, a tus plantas... coloca sobre mis hombros tus dos manos, blancas como la nieve, modeladas por ángeles! ¡Qué hermosa eres, Diana, y cuánto te amo! ¡Horas, años enteros permanecería aquí, contemplándote, olvidado de Francia, olvidado del mundo entero!

—Y hasta del solemne enlace de monseñor el delfín —contestó Diana, riendo—, que por cierto debe celebrarse hoy, dentro de dos horas. Pero si vos estáis ya vestido y ataviado con magnificencia, yo, en cambio, no estoy preparada para la fiesta. Creo, rey mío, que es ya hora de que llame a mis doncellas: no deben tardar en dar las diez.

—¡Las diez! ¡Ahora recuerdo que tengo una cita para esa hora!

—¡Una cita! ¿Con una mujer, señor?

—Con una mujer; es cierto.

—¿Hermosa?

—Muy hermosa, Diana.

—Luego no es con la reina.

—¡Maliciosa...! Catalina de Médicis es hermosa, aunque su hermosura sea severa y fría... Pero no es a la reina a quien espero. ¿No adivinas a...?

—No, por cierto; no adivino.

—Es a otra Diana, al recuerdo vivo de nuestros primeros amores, a nuestra hija... nuestra hija querida.

—Repetís eso demasiadas veces y demasiado alto, señor —observó Diana turbada y frunciendo el lindo entrecejo—. Sin embargo, habíamos convenido en que la señora de Castro pasaría por hija de otra, y no por hija mía. Yo nací para tener de vos hijos legítimos; he sido vuestra manceba porque os amaba y os amo, pero jamás toleraré

que me declaréis públicamente vuestra concubina.

—Se hará cómo nuestra querida orgullosa lo desea —dijo el rey—; pero no por ello dejarás de querer a nuestra hija, ¿verdad?

—La quiero, puesto que la queréis vos.

—¡Sí! ¡Y mucho! ¡Es tan encantadora, tan espiritual!, ¡tan buena...! Además, Diana, me recuerda mis años juveniles, los años felices en que te adoraba... ¡ah!, no con más pasión que hoy, pero te adoraba... hasta el crimen.

El rey se puso sombrío mientras hablaba. Luego, levantando la cabeza, añadió:

—¡Montgomery...! No le amabas... ¿verdad, Diana, que no le amabas?

—¡Donosa pregunta! —exclamó con sonrisa de desdén la manceba del rey—. ¿Han transcurrido veinte años y aún tenéis celos?

—¡Sí, los tengo, los tuve y los tendré siempre, Diana! Pero, en fin, tú no le amabas... aunque sí él... ¡El miserable tuvo la osadía de poner en ti los ojos!

—¡Válgame Dios, señor! Habéis abierto siempre los oídos a las calumnias con que me persiguen esos protestantes, y esto, Enrique mío, es impropio de un rey católico. Aun suponiendo que ese hombre me hubiese amado, ¿qué importaba, si mi corazón no ha dejado ni un instante de ser vuestro, y el conde de Montgomery hace muchos años que ha muerto?

—¡Sí... ha muerto! —repitió Enrique con voz sorda.

—No entristezcamos con recuerdos desagradables un día que debe ser de regocijo y de fiesta —añadió Diana—. ¿Habéis visto ya a Francisco y a María? ¿Continúan tan enamorados como siempre? Pronto quedará satisfecha su natural impaciencia: dentro de dos horas serán el uno del otro, y el júbilo rebosará en sus tiernos corazones, siquiera no sea tan inmenso como el de los Guisa, cuyos deseos colma esta unión.

—¡Sí, pero en cambio desespera a mi viejo Montmorency, y con razón sobrada, porque temo mucho que nuestra Diana no ha de ser nunca la esposa de su hijo!

—¿No le habéis ofrecido ese casamiento por vía de compensación, señor?

—Nada más cierto; pero parece que la de Castro siente alguna repugnancia...

—¿Qué repugnancias puede sentir una niña de dieciocho años que acaba de salir del convento?

—Para confirmarlas me espera en este momento.

—Id a verla, y mientras, yo procuraré ponerme hermosa para agradaros.

—Y después de la ceremonia, te veré en el palenque, pues quiero quebrar hoy algunas lanzas en tu honor y proclamarte reina del torneo.

—¿Reina? ¿Y la otra?

—No hay más que una, Diana: bien lo sabes tú... Hasta luego.

—Hasta luego, señor, y no seáis temerario ni imprudente en el torneo. Algunas veces me dais miedo.

—Por desgracia, no hay en las justas el menor peligro, aunque confieso que desearía que lo hubiese para que mi rito fuera mayor a tus ojos... Pero pasa el tiempo y se impacientan mis dos Dianas... Me voy, pero no sin que repitas una vez más que me quieres.

—Señor, os quiero como os he querido siempre y como os querré eternamente.

El rey, antes de salir de la estancia y de cerrar la puerta, envió con la mano un beso a su manceba diciendo:

—Adiós, mi adorada, mi idolatrada Diana.

No bien hubo salido Enrique II, se abrió un tablero oculto detrás de un tapiz, y entró el condestable de Montmorency.

—¡Por la muerte de Cristo! —exclamó brutalmente—. ¡Cuánto habéis charlado hoy!

—Amigo mío —respondió Diana, que se había levantado—; habéis podido observar que, desde antes de las diez, hora convenida para entrevistarnos, estoy haciendo todo lo posible para que se vaya. He sufrido tanto como vos: podéis creerme.

—¡Tanto como yo! ¡No, ira de Dios, no! ¡Sin duda olvidas, querida mía, cuan edificante era vuestra conversación, y cuan agradable debía serme escucharla! Pero vamos a cuentas: ¿qué significa ese nuevo capricho de negar a mi hijo Francisco la mano de vuestra hija Diana, después de habérsela ofrecido? ¡Por los clavos de Cristo! ¡No parece sino que esa bastarda hace un honor inmenso a la Casa de Montmorency dignándose entrar en ella! ¡Es preciso que ese enlace se efectúe! ¿Lo entiendes bien, Diana? Tú te arreglarás como quieras, debe realizarse, porque es el único medio de restablecer el equilibrio entre nosotros y esos Guisa... ¡que malos demonios estrangulen! Así que, Diana, ya lo sabes: exijo que, pese al rey, pese al Papa y pese al mundo entero, mi hijo se case con Diana.

—¡Pero... amigo mío...!

—¡No hay *pero que* valga! ¡Cuando yo digo quiero... *Pater noster!*

—Se hará, amigo mío —se apresuró a contestar Diana, aterrada.

V

LA CÁMARA DE LOS HIJOS DE FRANCIA

Al entrar el rey en su cámara, no encontró a su hija. El ujier de guardia le manifestó que, después de haberle esperado mucho tiempo, Diana había pasado a la cámara de los hijos de Francia, encargándole que le diese aviso en cuanto llegara el rey.

—Está bien —dijo Enrique II—; iré yo a buscarla.

Cruzó un gran salón, tomó un largo corredor, llegó a una puerta, que abrió sin ruido, y se puso a mirar, oculto por un cortinón. Los gritos y las risas de sus hijos impidieron a éstos oír el ruido de su pasos, y el rey pudo sorprender un cuadro gracioso y encantador.

De pie, delante de la ventana, estaba María Estuardo, la joven y hechicera novia, y a su alrededor se hallaban Diana de Castro, Isabel y Margarita de Francia, llenas de impaciencia juvenil, parleras y bulliciosas, arreglando un pliegue de su vestido, prendiendo un alfiler, retocando los rizos que se habían deshecho, y dando, en una palabra, la última mano al atavío de la desposada. Al otro extremo de la cámara estaban los hermanos de Carlos, Enrique y Francisco, el más joven riendo y chillando a porfía, y empujando con todas sus fuerzas una puerta que el delfín Francisco, el novio, intentaba en vano abrir. El propósito de los traviosos jóvenes era impedirle ver a su futura hasta el último momento.

Jacobo Amyot, el preceptor de los príncipes, conversaba gravemente en un ángulo con la señora de Coni y con lady Lennox, ayas de las princesas.

En aquel espacio, que podía abarcar una ojeada, estaba reunida toda la historia del porvenir, infortunios, pasiones, glorias. El delfín, que se llamó Francisco II; Isabel, que casó con Felipe II, y fue, por consiguiente, reina de España; Carlos, que llegó a llamarse Carlos IX; Enrique, que fue Enrique III; Margarita de Valois, que ocupó un trono y casó con Enrique IV; Francisco, que fue duque de Alençon, de Anjou y de Brabante, y María Estuardo, que fue reina dos veces y después mártir.

El ilustre traductor de Plutarco observaba con mirada melancólica y profunda los juegos de los niños que representaban el destino futuro de Francia.

—¡No, no! ¡Francisco no entrará! —gritaba a voces con tono de indómita violencia Carlos Maximiliano, el que ordenó la matanza que la historia conoce con el nombre de San Bartolomé.

Y ayudado por sus hermanos, consiguió correr el cerrojo y hacer de todo punto imposible la entrada al pobre Francisco, que, demasiado débil para vencer la resistencia de sus tres hermanos, gritaba, suplicaba y pataleaba fuera.

—¡Pobre Francisco! ¡Cómo le atormentan! —dijo María Estuardo a sus hermanas.

—Estése quieta la señora delfina, al menos hasta que prenda ese alfiler —contestó, riendo, Margarita—. ¡Hermosa invención la de los alfileres! Yo haría Par de Francia al hombre que los inventó el año pasado.

—Y una vez prendido el alfiler —dijo Isabel—, voy yo en persona a abrirle la puerta al pobre Francisco, a despecho de esos diablillos. Sufro viéndole sufrir.

—Tú, sin duda, comprendes sus sufrimientos —observó María Estuardo suspirando—. Pensarás en tu arrogante español don Carlos, hijo del rey de España, que nos festejó y galanteó tanto en Saint-Germain.

—¡Mirad, mirad qué encarnada se pone Isabel! —gritó palmoteando Margarita—. La verdad es que tu castellano es guapo y galante.

—¡Vaya! —intervino con expresión maternal Diana—. No está bien burlarse de las hermanas, Margarita.

Imposible imaginar cuadro más seductor que el que formaban aquellas cuatro bellezas, tan perfectas y tan diferentes, aquellos cuatro capullitos en flor. Diana, prodigio de pureza y de dulzura; Isabel, grave y tierna; María Estuardo, modelo de languidez embriagadora, y Margarita, viva, bulliciosa, chispeante. Enrique, conmovido y embelesado, no podía separar los ojos de aquella escena.

Preciso era, sin embargo, que se decidiese a entrar.

—¡El rey! —grifaron todas a coro.

Y ellos y ellas corrieron hacia el rey su padre, excepción hecha de María Estuardo, que quedándose un poquito rezagada, dirigióse con sigilo a la puerta y descorrió el cerrojo. Francisco entró al punto, y toda la familia quedó completa.

—Buenos días, hijos míos —dijo el rey—. Me llena de alegría veros tan felices y contentos... ¿no te dejaban entrar, mi enamorado Francisco? Consuélate pensando en que muy en breve podrás ver a todas horas a tu deliciosa prometida... ¿Os queréis mucho, hijos míos?

—¡Oh, sí, señor! ¡Adoro, idolatro a María! —respondió el apasionado galán, imprimiendo un beso ardiente en la mano de la que iba a ser su esposa.

—¡Monseñor! —amonestó con severidad lady Lennox—. No debe besarse en público la mano de las damas, y menos en presencia de su majestad. ¿Qué pensará el rey de la princesa María y de su aya?

—¿No es mía esa mano? —objetó el delfín.

—Todavía no, monseñor —replicó el aya—. Hasta el último momento quiero cumplir con mi deber.

—Tranquilízate —dijo María en voz baja a su futuro—. Cuando no nos mire, te la dejaré besar.

El rey, conteniendo la risa, dijo:

—Sois muy rígida, señora, pero tenéis razón. Vos, señor Amyot, supongo que no estaréis descontento de vuestros discípulos. Escuchad con atención los consejos y lecciones de vuestro preceptor, hijos míos, que conoce maravillosamente las proezas y hazañas gloriosas de todos los héroes de la antigüedad. ¿Hace mucho tiempo, señor Amyot, que no sabéis de Pedro Danoy, que fue nuestro maestro, y de nuestro condiscípulo Enrique Esteban?

—El anciano y el joven gozan de excelente salud, señor, y se considerarán dichosos cuando sepan que vuestra majestad se ha dignado preguntar por ellos.

—Deseaba veros, hijos míos, antes de la ceremonia, y ya he satisfecho mi deseo. Y ahora, mi querida Diana, estoy a tu disposición. Sígueme.

Diana hizo una profunda reverencia y se dispuso a seguir al rey.

VI

DIANA DE CASTRO

Cerca de diez y ocho años tiene Diana, a quien conocimos niña. Su hermosura se había desarrollado siguiendo un proceso regular y encantador. Era, en una palabra, una mujer bellísima a quien la expresión particular de sus ojos revestía de un candor virginal que seducía y embelesaba. Su carácter e inclinaciones en nada habían variado desde que la conocimos. No había cumplido los trece años cuando el duque de Castro, a quien no volvió a ver desde el día de su matrimonio, fue muerto en el sitio de Hesdin. Dispuso el rey que la niña viuda pasase el período de luto en un convento de París, donde Diana contrajo afecciones tan tiernas y hábitos tan gratos, que expirado el tiempo de luto, pidió a su padre permiso para continuar viviendo entre aquellas santas religiosas y buenas amigas, hasta que tuviera a bien disponer de ella nuevamente. Enrique II respetó la piadosa petición de su hija y no hacía más que un mes que había dispuesto que Diana saliera del convento, porque el condestable de Montmorency, celoso de la autoridad y poder que los Guisa adquirirían en el gobierno, solicitó y obtuvo la mano de la hija del rey y de la favorita.

Durante el mes que acababa de pasar en la corte, Diana había conquistado el respeto y la admiración de todos, «porque —dice Brantôme en su Libro de las Damas ilustres— era tan sumamente buena, que a nadie había causado desazón ni proporcionado el menor disgusto, y además, atesoraba un corazón noble y generoso, y un alma elevada y virtuosa». Pero su virtud, que tan pura y resplandeciente se destacaba en medio de la corrupción general de su tiempo, aparecía libre de austeridad y de rigidez, y, por tanto, tenía mayor mérito. Cuentan que un día dijo un caballero en presencia de Diana que las princesas de Francia debían ser valientes, y que la timidez era cualidad propia de monjas. En pocos días aprendió Diana a montar a caballo, y al cabo de muy breve tiempo, no había jinete tan atrevido y elegante como ella. Desde que supo montar, acompañaba a Enrique en sus excursiones de caza, y el rey se dejó cautivar por su gracia hechicera que, sin afectación, sabía buscar y aprovechar todas las ocasiones de agradarle. Diana gozaba del privilegio de poder entrar a cualquier hora en el aposento de su padre, por quien siempre era recibida. Su encanto seductor, sus modales y movimientos castos, el perfume de virginidad y de inocencia que exhalaba su persona y hasta su sonrisa, un poquito triste, contribuían a hacer de ella la figura más delicada de cuantas vivían en aquella corte, célebre por sus deslumbradoras bellezas.

—¡Vamos a ver! —princió diciendo Enrique II—. Aquí me tienes dispuesto a escucharte, hija mía. Están dando las once; la ceremonia matrimonial se celebrará a

las doce en Saint-Germain-l'Auxerrois, de manera que puedo concederte media hora, y ojalá dispusiera de más tiempo, porque los momentos que paso a tu lado son los mejores de mi vida.

—¡Cuan indulgente y bueno sois, señor!

—Yo no sé si soy bueno, pero sí que te quiero mucho, hija mía, y que con todo mi corazón deseo complacerte, siempre que no me pidas lo que se oponga a los graves intereses que el rey debe anteponer a sus afecciones. Y para que tengas una prueba de ello, Diana, quiero, ante todo, darte cuenta del resultado de las dos súplicas que me has dirigido: la buena hermana Mónica, que tantas demostraciones de cariño te ha prodigado, y con solicitud tan tierna ha velado por ti en el convento, acaba de ser nombrada abadesa del convento de Origny de San Quintín, gracias a tu recomendación.

—¡Oh! ¡Cuánto os lo agradezco, señor!

—En cuanto al bravo Antonio, tu servidor predilecto en Vimoutiers, percibirá mientras viva una pensión cuantiosa con cargo a nuestro tesoro; y lo que siento es que no viva Enguerrando, porque hubiera querido demostrar mi gratitud al digno escudero que tan buena educación dio a nuestra querida hija Diana; pero murió el año pasado, y no ha dejado ningún heredero.

—¡Vuestra generosidad me abruma, señor!

—Todavía hay más, Diana: he aquí las cartas reales que te confieren el título de duquesa de Angulema, y aun todas estas mercedes no llegan a la cuarta parte de lo que desearía hacer por ti. He observado algunas veces que estabas pensativa, triste, Diana, y por eso deseaba tener contigo una conferencia, porque mi afán es consolarte o curar tus penas, si en mi mano está. Dime, hija mía, ¿no eres dichosa?

—¡Oh, señor! ¿Cómo no serlo, prodigándome vos tanto cariño y tantos beneficios? Una sola cosa pido a Dios, y es que continúe mi presente, tan rico en bienandanzas y dichas. El porvenir, por glorioso que se presente, no podrá nunca compensar la felicidad de mi estado actual.

—Diana —repuso con gravedad el rey—; no ignoras que te hice venir del convento para casarte con Francisco de Montmorency. Es un gran partido, hija mía, y sin embargo, este matrimonio, que, no quiero ocultártelo, tan útil podría ser a los intereses de la corona, parece que te repugna. Ya que no otra cosa, creo que debes exponerme los motivos de esa repugnancia, que me aflige, Diana, lo confieso.

—No os los ocultaré, padre mío —contestó Diana—. En primer lugar, me han asegurado que Francisco de Montmorency casó clandestinamente con la señorita de Fiennes, una de las damas de la reina; ¿es verdad?

—Lo es, en efecto —respondió el rey—; pero ese matrimonio, contraído sin el consentimiento del condestable y el mío, es nulo con arreglo a derecho. Ahora bien, Diana: si el Papa lo declara nulo, si el Papa falla favorablemente la petición de

divorcio, no podrás tú ser más exigente que Su Santidad, y de consiguiente, si no existe otra razón...

—Existe otra además, querido padre.

—¿Y cuál es? ¿Es posible que te haga desgraciada una alianza que colmaría los deseos de las más nobles y ricas herederas de Francia?

—Nada os ocultaré, padre mío... Es que... es que amo a otro —contestó Diana llena de confusión, arrojándose en los brazos del rey.

—¿Que amas a otro? —repitió el rey estupefacto—. ¿Y cómo se llama el hombre a quien amas?

—Gabriel, señor.

—¿Gabriel... de qué? —interrogó el rey sonriendo.

—No sé más, padre mío.

—¿Cómo es eso, Diana? En nombre del Cielo, explícate.

—Todo lo voy a confesar, señor. Es un amor de la infancia. Yo veía a Gabriel todos los días... ¡Era tan complaciente, tan bravo, tan bello, tenía tanto talento y se mostraba tan tierno y enamorado! ¡Ah, señor! ¡No os riáis, que se trata de un amor grave, serio, santo, el primero que se grabó en mi corazón, el que puede convivir con otros quereres, pero no ser expulsado, ser borrado por ninguno! Dejé, sin embargo, que me casaran con el duque de Farnesio, señor, pero fue porque no sabía lo que hacía, fue porque me obligaron a ello, abusando de mis pocos años. Después he visto, he comprendido la enormidad de la traición de que, sin culpa mía, hice víctima a Gabriel... ¡Pobre Gabriel! No lloraba al separarse de mí, secos estaban sus ojos, pero fácil era leer en ellos el dolor horrible que atenazaba su alma. ¡Cuántas veces ha evocado mi imaginación estos recuerdos, juntamente con los dorados de mi infancia, durante los años de soledad pasados en el convento! Puedo decir que he vivido dos veces los días que pasé al lado de Gabriel: de hecho y de pensamiento, en la realidad y en mis sueños. Vuelta a la corte, señor, entre la pléyade de nobles que puede decirse que os forman otra corona, no he visto uno solo que pueda rivalizar con Gabriel, y no será ciertamente Francisco, el hijo sumiso del altanero condestable, quien me haga olvidar jamás al dulce y fiel compañero de mi infancia. Hoy que comprendo el valor de mis actos, hoy que puedo medir su alcance e importancia, mientras me dejéis en libertad, padre mío, permaneceré fiel a Gabriel.

—¿Le has vuelto a ver desde que saliste de Vimoutiers, Diana?

—¡Ay, padre y señor... no!

—¿Pero al menos habrás tenido noticias tuyas?

—Tampoco. Tan sólo supe por Enguerrando que había abandonado el país a raíz de mi matrimonio, y que, al partir, dijo a su nodriza Aloísa que no volvería a verla hasta que hubiese conquistado gloria y poder.

—¿Tampoco su familia ha vuelto a saber de él?

—¡Su familia...! Yo no le conocí otra familia que Aloísa, padre mío, y nunca vi a sus padres cuando fui con Enguerrando a Montgomery.

—¡A Montgomery! —exclamó Enrique palideciendo—. ¡Diana... Diana! ¡Quiero creer que no será ningún Montgomery! ¡Dime, por vida tuya, que no es un Montgomery!

—¡Oh, no, señor! Si lo fuera, habría residido en el castillo, y lejos de ser así, vivía en la casita de Aloísa, su nodriza. ¿Pero qué os han hecho los condes de Montgomery, señor, para que su solo recuerdo os inmute de ese modo? ¿Son, por ventura, vuestros enemigos? En toda la comarca se habla de ellos con veneración.

—¿Crees que me inmuto, Diana? —preguntó el rey con sonrisa desdeñosa—. No hay tal, hija mía; ni me inmuto ni me han hecho nada, absolutamente nada. ¿Qué podría hacer un Montgomery a un Valois? Pero volvamos a tu Gabriel; ¿no es éste el nombre que le das?

—Sí, señor.

—¿Y no tiene otro?

—Ningún otro que yo sepa: era huérfano como yo, y nunca habló en presencia mía de su padre.

—¿Y no tienes otra objeción que oponerme al proyectado enlace con Montmorency? ¿Ninguna otra más que tu antiguo cariño hacia ese joven?

—Es suficiente, señor.

—Perfectamente, Diana. No pensaría yo en vencer tus escrúpulos, si a tu amigo se le pudiera conocer y apreciar, aunque presumo que es de linaje dudoso...

—¿No ha visto vuestra majestad una barra en mi escudo?

—Pero al menos tienes un escudo, Diana, y tanto los Montmorency como los Castro tienen a mucho honor el poder introducir en sus Casas una hija legitimada de la mía. Tu Gabriel, por el contrario... Pero no se trata ahora de este detalle. Después de seis años de ausencia, presumo, Diana, que te ha olvidado, que tal vez ame a otra.

—No conocéis a Gabriel, señor. Tiene un corazón fiel, y estoy segura de que morirá amándome.

—No quiero contradecirte, Diana. Te parece inverosímil la infidelidad, y haces bien, porque contigo es imposible ser infiel. Pero a juzgar por lo que me has dicho, ese joven debió irse a la guerra; y si fue a la guerra, ¿no es verosímil, no es probable que haya muerto? Te aflijo, hija mía; veo que tu frente palidece y que tus ojos se llenan de lágrimas... Sí; comprendo que el amor de que me hablas no es superficial, sino profundo, muy profundo, y aunque nunca he tenido ocasión de sentir esas grandes pasiones, aunque me he acostumbrado a dudar de ellas, no por eso me reiré de la tuya, antes bien la respetaré. Pero comprende, tesoro mío, que ese amor infantil, cuyo objeto no existe ya, esa fidelidad tuya a un recuerdo, a una sombra, me crea un verdadero conflicto. El condestable, si le hago la afrenta de retirarle mi palabra, se

incomodará, y no sin razón, y probablemente abandonará mi servicio. Tan pronto como me deje, hija mía, yo cesaré de ser el rey, porque lo será el duque de Guisa. Mira, Diana: son seis los hermanos que ostentan este apellido; pues bien: de los seis, el duque de Guisa dispone de todas las fuerzas militares de Francia, el cardenal de todas las rentas, un tercer hermano dispone de mis galeras de Marsella, un cuarto manda en Escocia, y un quinto va a reemplazar a Brissac en el Piamonte. De suerte que, en mi reino, yo, que soy el rey, no puedo disponer de un soldado ni de un escudo sin consentimiento de los Guisa. Te hablo con bondad y dulzura, Diana, te explico las cosas, te suplico, cuando podría mandar, pero prefiero nombrarte juez a ti misma, prefiero que sea el padre y no el rey quien obtenga de su hija un consentimiento que de todas veras deseo. Y lo obtendré, no lo dudo, porque tú, hija mía, eres buena y deseas complacerme. El matrimonio que te propongo me salva, hija mía, porque da a los Montmorency la autoridad que retira a los Guisa, equilibrando los dos platillos de la balanza cuyo fiel es mi poder real. Consigo rebajar un poco la altivez de los Guisa y afianzar la fidelidad de los Montmorency... Pero no me contestas, hija mía... ¿Continuarás sorda a las súplicas de tu padre, que no te violenta, que no te habla con severidad, que comparte, por el contrario, tus ideas, y únicamente te pide que no le niegues el primer favor con que puedes pagarle, no ya lo que hasta hoy hizo por ti, sino lo que puede y quiere hacer para asegurar tu dicha y tu honor? ¿Verdad que consientes, Diana? ¿Verdad que accedes?

—Señor —respondió Diana—; sois mucho más poderoso cuando vuestra voz implora que cuando manda. Dispuesta estoy a sacrificarme en aras de vuestros intereses, pero ha de ser con una condición.

—¿Y cuál es, niña mimada?

—El matrimonio que deseáis no se formalizará hasta dentro de tres meses, y durante este plazo, haré que Aloísa pregunte por Gabriel, y tomaré, además, todas las informaciones posibles, a fin de saber si vive, y en este caso, suplicarle que me releve de mi compromiso.

—¡Concedido con todo mi corazón, hija mía! —contestó el rey contento en extremo—. Añadiré que no es posible otorgar mayor formalidad a un acto de la infancia... Quedamos en que tú procurarás buscar a Gabriel, y yo me ofrezco a ayudarte en tus pesquisas; pero dentro de tres meses, sea el que sea el resultado de las averiguaciones, viva o haya muerto el amigo de tu infancia, te casarás con Francisco de Montmorency; ¿no es así?

—¡Ahora es cuando no sé si debo desear que viva o que haya muerto! —exclamó Diana moviendo tristemente la cabeza.

Abrió el rey la boca con ánimo de dirigir a su hija una teoría poco paternal y algunos consuelos un tanto atrevidos, pero bastó que sus ojos tropezasen con la mirada cándida de Diana para cerrarla a tiempo. Calló, y su pensamiento no tuvo otra

expresión que la de la sonrisa que asomó a sus labios mientras decía para sí:

—Por suerte o por desgracia, las costumbres de la corte, a las que concluirá por habituarse, la formarán.

A continuación añadió en voz alta:

—Es hora de ir a la iglesia, Diana. Acepta mi mano hasta la gran galería, y luego nos veremos en el palenque, donde, si no te ha causado mucho enojo mi tiranía, espero que te dignarás aplaudir los botes de mi lanza y mi destreza en los juegos.

VII

LOS PADRENUESTROS DEL CONDESTABLE

El mismo día, mientras en el palenque se celebraban las fiestas y justas, el condestable de Montmorency interrogaba en el Louvre, en el mismo gabinete de Diana de Poitiers, a uno de sus confidentes secretos.

El espía era de estatura regular, cutis moreno, ojos y cabellos negros, nariz aguileña, barba hendida, labio inferior saliente, y un poco cargado de espaldas. Se parecía como una gota de agua a otra a Martín Guerra, el fiel escudero de Gabriel. Quien los hubiese visto separados, habría tomado al uno por el otro, y quien los encontrara juntos, los hubiera creído gemelos. Sus líneas y rasgos eran los mismos, la misma edad, los mismos el cuerpo y la postura.

—¿Y qué habéis hecho del correo, maese Arnaldo? —preguntó el condestable.

—Le he *suprimido*, monseñor —contestó el interrogado—. Era preciso; pero le suprimí aprovechando las sombras de la noche y en el bosque de Fontainebleau, y atribuirán su muerte a los ladrones. Soy prudente, monseñor.

—¡Cuidado, maese Arnaldo, mucho cuidado! La cosa es grave, y no puedo aprobar la facilidad con que recurrís al puñal.

—No retrocedo ante ningún obstáculo cuando del servicio de monseñor se trata.

—Perfectamente, Arnaldo; pero repito de una vez para siempre que, si os dejáis coger, no seré yo quien impida que os ahorquen —replicó con entonación de desprecio el condestable.

—Estad tranquilo, monseñor; soy hombre precavido.

—Veamos ahora esa carta.

—Aquí está, monseñor.

—Abridla sin romper el sello, y leed... ¿Imagináis, ¡ira de Dios!, que me he tomado la molestia de aprender a leer?

Maese Arnaldo sacó del bolsillo un cuchillito de hoja fina y afilada, levantó cuidadosamente el sello del sobre y sacó el pliego que éste encerraba. Lo primero que hizo fue leer la firma.

—Monseñor puede ver que no me engañé —dijo—. La carta, dirigida al cardenal de Guisa es del cardenal Caraffa, como tuvo la necedad de confesarme el estúpido correo que la llevaba.

—¡Leed de una vez, por la corona de espinas! —gritó Montmorency.

Maese Arnaldo de Thill leyó lo siguiente:

«Monseñor y querido aliado: Me limitaré a deciros tres palabras de importancia. Primera: accediendo a vuestras súplicas, el Papa dilatará en lo posible la solicitud de

divorcio, hará ir de Congregación en Congregación a Francisco de Montmorency, que llegó ayer a Roma, y concluirá denegando la dispensa que aquél solicit»..

—¡*Pater noster!* —murmuró el condestable—. ¡Cargue Satanás con todos esos ropones rojos!

«Segunda —continuó Arnaldo, reanudando la lectura—; el señor de Guisa, vuestro ilustre hermano, después de haber tomado a Campli, ha sitiado a Civitella; pero para que aquí nos resolvamos a enviarle los hombres y vituallas que pide, lo que supone para nosotros un sacrificio enorme, queremos antes tener la seguridad de que se le llamará para llevar sus armas a Flandes, como aquí se cree. Haced de manera que quede con nosotros, y su santidad se decidirá a ayudar al señor Francisco de Guisa, contribuyendo así al castigo eficaz del duque de Alba y de su arrogante dueñ»..

—*Adveniat regnum tuum...* —masculló Montmorency—. ¡Cuidaré de echar por tierra vuestros proyectos, rayos y truenos! ¡Los echaré por tierra, sí, aun cuando para ello haya de traer a Francia a los ingleses! ¡Continuad, por las llagas de Cristo, maese Arnaldo!

«Tercero —prosiguió el espía—: os anuncio, para alentaros y secundar vuestros esfuerzos, la próxima llegada a París de un enviado de vuestro hermano, encargado de presentar a Enrique las banderas tomadas al enemigo en esta campaña de Italia. El enviado es el vizconde de Exmés. Llegará indudablemente al mismo tiempo que esta carta, que he preferido confiar a nuestro correo ordinario. La presencia del enviado, y los despojos gloriosos que ofrecerá al rey, contribuirán poderosamente a llevar vuestras negociaciones a término feli»..

—¡*Fiat voluntas tua!* —bramó el condestable furioso—. ¡Dispensaremos un recibimiento soberbio a ese embajador del infierno! ¡Te lo recomiendo, Arnaldo! ¿No ha terminado aún esa condenada carta?

—Sí, monseñor; quedan únicamente los cumplimientos y la firma.

—Pues ya ves que no te faltará que hacer, Arnaldo.

—Es lo que deseo, monseñor... siempre que no me falte el dinero para llevar las cosas a término feliz.

—¡Bellaco! ¡Toma cien ducados! ¡Contigo hay que estar siempre con el dinero en la mano!

—Me ocasiona muchos gastos el servicio de monseñor.

—¡Tus vicios me cuestan más caros que los servicios que me prestas, tunante!

—¡Cómo se equivoca monseñor al juzgar mi conducta! Mi deseo sería vivir tranquilo, feliz y rico en cualquier provincia, rodeado de mi mujer y de mis hijos, y ver cómo se deslizaban en paz mis días como un honrado padre de familia.

—¡Reconozco que tus aspiraciones no pueden ser más honradas y bucólicas! Enmiéndate, economiza algunos doblones, cástate, y sin duda podrás ver realizados

tus ensueños de dicha doméstica. ¿Quién te lo impide?

—¡Ah, monseñor! ¡Me lo impide mi impetuosidad! Además, ¿qué mujer me querrá a mí?

—¡Bueno! Mientras llega el día feliz de tu himeneo, vuelve a colocar el sello en esa preciosa carta y llévala al cardenal. Habrás de disfrazarte, ¿entiendes?, y dirás que te la confió tu moribundo compañero...

—¡Descuide, monseñor! La carta cerrada y con el sello *intacto*, y el correo *falso*, tendrán más apariencias de verdad que la verdad misma.

—¡Por la muerte de Cristo! —exclamó Montmorency—. Hemos olvidado tomar nota del plenipotenciario enviado por el de Guisa. ¿Cómo se llama?

—El vizconde de Exmés, monseñor.

—Sí... sí... es verdad. Retén ese nombre, bellaco... ¿Eh? ¿Quién viene a importunarme ahora?

—Dispensad, monseñor —dijo el que acababa de entrar—. Es un caballero que acaba de llegar de Italia, y solicita ver al rey de parte del duque de Guisa. He creído que era deber mío preveniros, sobre todo en vista de la insistencia con que pretende hablar al cardenal de Lorena. Se llama el vizconde de Exmés.

—Apruebo tu previsión, Guillermo —dijo el condestable—. Haz entrar a ese caballero, y tú, Arnaldo, aprovecha la ocasión para quedarte con el retrato del hombre con quien seguramente has de trabar relaciones. Escóndete detrás de aquel cortinón, y cuidado, que sólo le recibo para que le conozcas bien.

—Le he visto en mis correrías, monseñor —respondió Arnaldo—, pero no importa... Bueno es asegurarse...

El espía se ocultó detrás del cortinón, y mientras, Guillermo introdujo en la estancia a Gabriel.

—Perdonad, señor —dijo el joven saludando al anciano condestable—; desearía saber a quién tengo el honor de hablar.

—Soy el condestable de Montmorency, caballero: ¿qué deseáis de mí?

—Pediros otra vez perdón, porque lo que tengo que decir, sólo al rey puedo confiarlo.

—¿Sabéis que su majestad no se encuentra en el Louvre y que, en su ausencia...?

—Le buscaré o le esperaré —interrumpió Gabriel.

—El rey está en el palenque y no volverá hasta la noche. ¿Ignoráis que hoy se celebra el casamiento del delfín?

—No, monseñor; lo he sabido en el camino; pero he venido por la calle de la Universidad y el puente del Cambio, y no he pasado por la de San Antonio.

—Si hubieseis seguido la dirección del gentío, éste os habría conducido adonde está el rey.

—Es que no tengo el honor de que el rey me haya visto todavía; soy desconocido,

un extranjero en la corte. Yo esperaba encontrar en el Louvre a monseñor el cardenal de Lorena, y por su eminencia he preguntado, pero no sé por qué causa me han traído aquí, monseñor.

—El señor cardenal de Lorena gusta de los simulacros de combate, como es natural en un hombre de iglesia, pero yo, que soy hombre de espada, no hallo distracción más que en los combates reales, y por esta razón me encontráis a mí en el Louvre, al paso que el señor de Lorena se halla en el torneo.

—Con vuestro permiso, monseñor, voy a buscarle.

—Descansad un poco, caballero. Si no me engaño, llegáis de lejanas tierras, de Italia, sin duda, puesto que habéis entrado por la calle de la Universidad.

—De Italia llego, monseñor; no tengo por qué ocultarlo.

—¿Os envía, acaso, el duque de Guisa? ¿Qué hace por allá?

—Me permitiréis, monseñor, que antes que a nadie lo comunique al rey, y que me retire para cumplir este deber.

—Id, caballero, puesto que tanta prisa tenéis. ¡Pero, ya caigo! —añadió con candidez afectada—. Sin duda estáis impaciente por ver a alguna de nuestras hermosas damas... Y hasta apostaríais a que tenéis prisa y miedo a la vez. ¿He acertado, caballero?

Gabriel no contestó: con aire frío y grave saludó y salió.

—¡*Pater noster qui est in cælis!* —refunfuñó el condestable rechinando los dientes, no bien salió Gabriel—. ¿Habrá creído ese maldito mequetrefe que mi intención era sonsacarle, atraerle a mi devoción, tal vez, quién sabe si sobornarle? ¡Como si yo no supiera tan bien como él mismo todo lo que viene a contar al rey! Pero arrieros somos, y como volvamos a encontrarnos, yo le aseguro que ha de pagarme caros sus humos y su arrogancia insolente... ¡Arnaldo!... ¿Adonde se habrá ido ese perillán? ¡También alzó el vuelo! ¡Por la cruz de Cristo! ¡No parece sino que todos esos canallas se han puesto de acuerdo para cometer torpezas y decir desatinos! ¡El diablo cargue con todos ellos! *Pater noster*....

Mientras el condestable desfogaba su mal humor vomitando injurias y mascullando *Pater noster*s, como tenía por costumbre, Gabriel atravesaba, para salir del Louvre, una galería bastante oscura, y encontraba, de pie junto a la puerta, a su escudero Martín Guerra, por cierto que con gran extrañeza suya, puesto que le había mandado que le esperase en el patio.

—¿Tú aquí, Martín? —le dijo—. ¿Has venido a buscarme? ¡Está bien! Adelántate con Jerónimo, e id a esperarme, con las banderas bien envueltas, en el ángulo que forman la calle de Santa Catalina y la de San Antonio. Quizá quiera el señor cardenal que las presentemos al rey en el mismo palenque, en presencia de toda la corte allí reunida. Cristóbal se encargará de mi caballo y de acompañarme... ¡Id ya! ¿No me has comprendido?

—Sí monseñor —contestó Martín Guerra—; ya sé lo que deseaba saber.

Y adelantándose a Gabriel, bajó la escalera con celeridad de excelente augurio para el buen desempeño de la comisión que su señor acababa de confiarle. Gabriel, que salió del Louvre con paso lento y abismado en sus ensueños, experimentó nueva sorpresa, mayor que la primera, al tropezar con su escudero en el patio, y más al verle demudado y como fuera de sí.

—¿Qué te pasa, Martín? ¿Qué tienes? —le preguntó.

—¡Ah, monseñor! ¡Acabo de verle!... ¡Ha pasado junto a mí!... ¡Me ha hablado!

—¿Pero, quién?

—¿Quién? Si no fue Satanás, el fantasma, la aparición, el monstruo, el otro Martín Guerra.

—¿Persiste aún esa locura, Martín? ¿Es que sueñas despierto?

—No, no, monseñor; ni sueño ni estoy loco. Me ha hablado, se paró delante de mí, y me dejó petrificado con su mirada magnética y su risa infernal. «¡Hola! —me dijo—. ¿Continuamos al servicio del vizconde de Exmés?». Observad, señor, que habló en plural, que dijo *continuamos*. «¿Y hemos traído de Italia las banderas arrancadas al enemigo por el duque de Guisa?». —añadió, también en plural. Contesté que sí con un movimiento de cabeza, porque me era imposible articular palabra, monseñor. ¿Cómo habrá sabido esa noticia? Luego repuso: «No tengamos miedo, pues somos amigos y hermanos». En esto oyó el ruido de vuestros pasos, monseñor, y con diabólica ironía, que me puso los cabellos de punta, terminó así: «Nos veremos, Martín Guerra, nos veremos». Y desapareció, ignoro si por esa puerta o filtrándose por el muro.

—¡Estás loco! —dijo Gabriel—. ¿No comprendes que no ha tenido tiempo material para decir y hacer lo que me cuentas desde que me separé de ti en la galería?

>—¡Yo en la galería, monseñor! ¡Si no me he movido de aquí, si no he salido del patio donde me mandasteis que esperara!

—¡Cuando digo que estás loco! ¿A quién, si no a ti, he dado mis últimas órdenes hace un instante?

—Al otro seguramente, monseñor; al segundo yo, al espectro.

—¡Pobre Martín! —exclamó con acento compasivo Gabriel—. Estás malo, ¿verdad? Tu cabeza no funciona bien, tal vez debido a lo mucho que hemos andado al sol.

—¿Suponéis todavía que deliro, verdad? Pues la prueba de que no me he movido de aquí es que no sé una palabra de las órdenes que decís que me habéis dado.

—Las has olvidado, Martín —replicó con dulzura Gabriel—. Pues bien: te las repetiré, amigo mío. Te encargué antes que fueses con las banderas a esperarme a la esquina de las calles de San Antonio y de Santa Catalina, que te acompañaría Jerónimo, y que Cristóbal quedaría conmigo. ¿Vas haciendo memoria?

—Perdonadme, señor; pero, ¿cómo queréis que haga memoria de lo que jamás he oído?

—En fin, ya lo sabes ahora, Martín. Vamos a tomar nuestros caballos al portillo, donde debe de tenerlos nuestra gente, y nos pondremos inmediatamente en marcha.

—Obedezco, monseñor. En suma, mi desgracia os proporciona dos escuderos, lo que es mejor que tener dos amos.

Habíase instalado el palenque en la calle de San Antonio y en el espacio comprendido entre las Tournelles y las caballerizas reales, y formaba un cuadrilongo a cuyos lados se habían levantado tablados para los espectadores. En uno de los extremos tenían sus asientos la reina y su corte, y en el opuesto estaba la entrada, donde esperaban los campeones que debían tomar parte en las justas. El gentío se agolpaba en las otras dos galerías.

Cuando a eso de las tres de la tarde, después de la ceremonia religiosa y del banquete que la siguió, la reina y la corte ocuparon los asientos que les estaban designados, resonaron por todas partes vivas y aclamaciones de júbilo. Pero estas demostraciones estrepitosas de alegría fueron causa de que la fiesta comenzase con una desgracia. El caballo que montaba el capitán de guardias llamado d'Avallon, se espantó al oír la algazara, se encabritó y botó en la arena, y concluyó por desmontar violentamente al jinete, proyectándole de cabeza contra una de las vallas de madera que formaban el recinto cerrado. Le levantaron en seguida y le pusieron en manos de los cirujanos con pocas esperanzas de vida.

Mucho afectó al rey el deplorable accidente, pero su pasión por las justas y ejercicios de fuerza y de destreza disipó muy pronto su tristeza.

—¡Pobre d'Avallon! —exclamó—. ¡Tan buen servidor...! Que le atiendan con esmero.

Después añadió:

—¡Vamos! Empezaremos por correr las sortijas.

Las carreras de sortijas de aquellos tiempos eran mucho más complicadas y difíciles que las que nosotros conocemos. La palomilla de la cual pendían los anillos estaba colocada próximamente al final del segundo tercio de la liza, y los caballeros debían recorrer el primer tercio a galope y el segundo a rienda suelta, y ensartar en la punta de la lanza el anillo a la velocidad indicada. Por añadidura, el palo de la lanza no podía tocar el cuerpo del jinete, quien había de llevarla en posición horizontal y con el codo a una altura superior a la de su cabeza. El último tercio del terreno se recorría al trote.

El premio consistía en una sortija de brillantes ofrecida por la reina.

Montaba Enrique II un hermoso caballo blanco, que llevaba un caparazón de terciopelo guarnecido de oro, y era el caballero más elegante y más hábil de cuantos se presentaron. Llevaba su lanza con gracia y seguridad admirables, y rara vez pasaba

sin ensartar una sortija. Sin embargo, tenía un digno competidor en el señor de Vieilleville, en cuyo favor hubo momentos en que pudo creerse que se decidiría la victoria, pues aventajaba en dos sortijas al rey, y en la palomilla no quedaban más que tres. Con todo, el señor de Vieilleville, como buen cortesano, erró sucesivamente las tres, y el rey, merced a este azar prodigioso, obtuvo el premio.

Al recibir la sortija se detuvo un momento, vaciló, dirigió con sentimiento una mirada a Diana de Poitiers, pero era un premio de la reina y se vio en la precisión de ofrecerlo a María Estuardo, la nueva delfina.

—¡Qué! —exclamó, durante el breve entreacto que siguió a la primera carrera—. ¿Hay esperanzas de salvar al señor d'Avallon?

—Respira todavía, señor, pero se le considera perdido sin remedio.

—¡Lo lamento, lo lamento de veras...! —dijo el rey—. ¡Es sensible... pero pasemos al juego de los gladiadores!

Es este juego un simulacro de combate, con sus pases y evoluciones, de gran novedad en aquel tiempo, muy poco conocido. Empero, como interesaría muy poco a los espectadores de nuestros días, remitimos al libro de Brantôme a los que sientan curiosidad por conocer las marchas y contramarchas de los doce gladiadores que en él tomaron parte, «seis de ellos vestidos de raso blanco, y los otros seis de raso carmesí, a la antigua roman», cosa que sería, a no dudar, de mucho gusto histórico en aquel siglo en que el color local no había sido inventado.

Concluida la lucha, que mereció entusiastas aplausos, se dispuso lo necesario para principiar las carreras de estacas.

Al extremo de la liza donde estaba la corte, se habían clavado en tierra muchas estacas, de cinco a seis pies de altura. El juego consistía en llegar a galope a terreno sembrado de estacas, y en dar vueltas y revueltas en todas direcciones alrededor de aquellos árboles improvisados, sin tocar ni derribar ninguno. El premio consistía en un brazalete primorosamente cincelado.

De las ocho carreras verificadas, ganó tres el rey y otras tres el coronel general Bonnivet. Faltaba la novena y última que debía decidir entre los dos, pero el señor de Bonnivet, cortesano no menos respetuoso que el señor de Vieilleville, pese a la buena voluntad de su caballo, se retardó lo bastante para que Enrique II saborease por segunda vez los honores del triunfo.

Dirigióse entonces el rey adonde estaba Diana de Poitiers, y públicamente puso en su brazo el brazalete que acababa de recibir. La reina palideció de rabia.

Gaspar de Tannes, que estaba detrás de ella, se inclinó al oído de Catalina de Médicis y dijo en voz baja:

—Señora: seguidme con la vista y mirad lo que hago.

—¿Y qué vas a hacer, mi valiente Gaspar? —preguntó la reina.

—Voy a cortarle la nariz a la de Valentinois —respondía con gravedad y

resolución Gaspar.

Catalina le detuvo entre asustada y contenta.

—¿No comprendes, Gaspar, que te pierdes?

—Lo comprendo, sí, pero perdiéndome, salvaré al rey y a Francia.

—¡Gracias, Gaspar, gracias! Eres tan buen amigo como valiente soldado; pero te mando que te quedes aquí. Tengamos paciencia, amigo mío.

¡Paciencia! Era, en efecto, la divisa a la que Catalina de Médicis parecía haber amoldado hasta entonces los actos todos de su vida. La mujer que andando el tiempo ocupó el lugar más visible de la primera fila, por la época a que nos referimos, no aspiraba, al parecer, a salir de la sombra del segundo: esperaba. Esperaba que llegase su oportunidad, y sin embargo, se hallaba en todo el apogeo de su hermosura, de aquella hermosura que nos ha legado el señor de Bourdeille hasta en sus detalles más minuciosos e íntimos. Pero ella evitaba con cuidado exquisito ponerse de relieve, siendo lo probable que a esta modestia aparente fuera deudora del silencio absoluto que la maledicencia guardó a su respecto mientras vivió su esposo. Únicamente el brutal condestable osó decir al rey que, después de diez años de esterilidad, los diez hijos que Catalina dio a Francia no tenían el menor parecido con su padre. No se sabe de ninguna otra persona que tuviera la temeridad de pronunciar una sola palabra contra la reina.

Catalina de Médicis no fijó su atención en los obsequios que el rey tributó a Diana de Poitiers en presencia de toda la corte, o por lo menos, no pareció que la fijase. Luego que hubo calmado la terrible indignación del mariscal Gaspar de Tannes, se dirigió a sus damas comentando las carreras que acababan de verificarse y la destreza desplegada por Enrique II.

VIII

UNA JUSTA FELIZ

Los torneos debían de tener lugar al otro día y siguientes, pero varios caballeros de la corte, en vista de que faltaban algunas horas antes de que sonase la señalada para dar por terminado el espectáculo, pidieron permiso al rey para quebrar algunas lanzas en su honor y para entretenimiento de las damas.

—Sea, caballeros —contestó el rey—. Os lo concedo de buen grado, aunque observo que mi concesión ha de contrariar tal vez al señor cardenal de Lorena, que no ha recibido jamás tanta correspondencia como durante las dos horas que llevamos aquí. Dos mensajes consecutivos acaba de recibir, y los dos, a lo que parece, han interesado en extremo su atención. ¡Pero no importa! Luego sabremos de qué se trata. Entretanto, podéis romper algunas lanzas... Y este premio ganará el vencedor —añadió Enrique II, quitándose el collar de oro que pendía de su cuello—. Poned toda vuestra habilidad en la justa, caballeros, y toda la fuerza en vuestros brazos, y tened presente que si la partida se anima muy bien pudiera acontecer que yo me decidiera a tomar parte en ella y a hacer por ganar lo que os ofrezco, con tanto mayor motivo, cuanto que quedo en deuda con la señora duquesa de Castro. No olvidéis tampoco que a las seis en punto terminará el combate, y cualquiera que sea el vencedor, será coronado. Podéis disponer de una para darnos pruebas de vuestra destreza, pero tened cuidado, que no quiero que ocurra ningún percance... Y a propósito: ¿cómo sigue el señor d'Avallon?

—En este momento acaba de morir, señor.

—¡Que Dios reciba su alma! —dijo Enrique—. De mis capitanes de guardias, era tal vez el que más celo desplegaba en mi servicio y uno de los más valientes. ¿Quién le reemplazará? Pero las damas esperan, caballeros, y la liza va a abrirse... Veamos quién recibe el collar de manos de la reina.

Fue el primer mantenedor el conde de Pommerive, pero tuvo que ceder su puesto al señor de Burie, a quien no tardó en derrotar el mariscal de Amville, campeón tan vigoroso y diestro, que se mantuvo en la palestra venciendo a cinco adversarios sucesivos.

El rey, sin poder contenerse más, dijo al mariscal:

—¡Voy a ver, señor de Amville, si os habéis propuesto permanecer ahí toda la vida!

Inmediatamente se armó, bajó al palenque, tomó campo, y al primer encuentro, el señor de Amville perdió los estribos. Presentóse a continuación el señor de Aussun, que no quedó mejor parado que su antecesor.

Viendo Enrique que no se presentaban nuevos competidores, gritó:

—¿Qué es eso, caballeros? ¿No hay nadie que quiera justar conmigo? ¿Será por ventura que se me guardan consideraciones? —añadió frunciendo el entrecejo—. ¡Si tal supiera!... ¡Aquí no hay más rey que el vencedor, ni otros privilegios que los de la destreza y el valor! ¡Vamos, señores, atacadme con todos vuestros bríos!

Nadie se atrevía a justar con el rey, porque tanto temor les producía la eventualidad de vencer como la de ser vencidos.

Pero el rey empezaba a impacientarse. Sospechaba, quizás, que en los ejercicios anteriores sus adversarios no habían empleado contra él todos los medios de defensa, y esta sospecha disminuía a sus ojos el mérito de la victoria y encendía su despecho.

En esto, entró un nuevo combatiente en liza. Enrique, sin preguntar quién era, tomó campo y se lanzó contra él con tal furia que las dos lanzas saltaron hechas astillas. El campeón desconocido se mantuvo inmóvil en la silla, pero el rey tuvo que soltar el pedazo de lanza que le quedaba y agarrarse al arzón para no caer. Sonaron en aquel momento las seis, y el rey quedó vencido.

Echó pie a tierra con ligereza y alegría, entregó las riendas a su escudero y fue a dar la mano a su vencedor para conducirlo hasta la reina. Con gran extrañeza suya, vio una cara que le era completamente desconocida, pero el caballero era de tan noble y gentil presencia, que al arrodillarse ante la reina para recibir el collar, mereció que aquélla le mirase y sonriese.

El vencedor, después de haber hecho una profunda reverencia, se levantó, y dirigiéndose hacia el estrado de la corte y deteniéndose delante de la duquesa de Castro, le presentó el collar, premio de la victoria.

Gracias a los clarines, que resonaban todavía, no se oyeron las dos voces que a un mismo tiempo salían de dos bocas:

—¡Gabriel!

—¡Diana!

Esta última, llena de júbilo y de sorpresa, tomó el collar con mano temblorosa. Creyeron todos que el desconocido caballero, habiendo oído decir al rey que si reconquistaba el collar lo ofrecería a la señora duquesa de Castro, no quería privar de él a tan bella dama y demostraba así su galantería. Enrique II, participando de la opinión general, dijo:

—Sois muy galante, caballero; pero yo, que me precio de conocer a todos los caballeros de mi corte, os confieso que no recuerdo si os he visto antes, y quisiera saber a quién soy deudor de la violenta sacudida que me habría arrancado de la silla si, gracias a Dios, no hubiera estado tan firme en los estribos.

—Señor —contestó Gabriel—: es ésta la primera vez que tengo el honor de verme en presencia de vuestra majestad. Hasta ahora he estado en la guerra y en este momento llego de Italia. Me llamo el vizconde de Exmés.

—El vizconde de Exmés —repitió el rey—. ¡Muy bien! ¡No olvidaré el título de mi vencedor!

—Señor —observó Gabriel—; en donde vos estáis, no puede haber otro vencedor que vos, y para corroborar mi aserto, traigo a vuestra majestad una prueba gloriosa.

Esto diciendo, hizo una señal. Al punto entraron en el palenque Martín Guerra y dos hombres de armas, los cuales depositaron a las plantas del rey las banderas italianas.

—He aquí, señor, las banderas conquistadas en Italia por vuestro ejército, que monseñor el duque de Guisa remite a vuestra majestad. Su eminencia el cardenal de Lorena me ha asegurado que sería grato a vuestra majestad recibir estos despojos gloriosos en presencia de la corte y del pueblo de Francia, para que sean testigos de vuestra gloria. También tengo el honor de poner en las manos de vuestra majestad estas cartas del señor duque de Guisa.

—Gracias, vizconde de Exmés —respondió el rey—. Y ya hemos descubierto el secreto de la correspondencia del señor cardenal. Estas cartas os acreditan cerca de mi persona, vizconde, aunque, a decir verdad, os habéis acreditado vos mismo y de una manera brillantísima... ¿Qué estoy leyendo? De esas banderas habéis tomado vos cuatro, y nuestro primo de Guisa os considera como uno de sus más valientes capitanes... Señor de Exmés; pedidme lo que queráis, y os juro por Dios que os lo otorgaré en el acto.

—Señor, me abruma vuestra majestad; a vuestras bondades, realmente excesivas, remito mi suerte.

—Sois capitán del ejército de Guisa —dijo el rey—: ¿queréis serlo de mi guardia? No sabía como reemplazar al señor d'Avallon, que desgraciadamente ha muerto hoy, y que en vos tendría un digno sucesor.

—Vuestra majestad...

—¿Aceptáis? ¡No hay más que hablar! Desde mañana desempeñaréis vuestro cargo. Vamos ahora a volver al Louvre, donde me hablaréis por extenso de esa guerra de Italia.

Gabriel saludó.

Dio Enrique la orden de marcha. El pueblo se dispersó, gritando: ¡Viva el rey!, y Diana, encontrándose por un momento junto a Gabriel, dijo a éste con voz baja:

—Mañana, en la tertulia de la reina.

Desapareció conducida por su caballero, pero dejando a su amigo de la infancia una esperanza divina.

IX

COMO ES POSIBLE PASAR JUNTO AL DESTINO SIN CONOCERLE

Las tertulias celebradas en las habitaciones de la reina tenían lugar, por regla general, después de cenar. Así se lo manifestaron a Gabriel, indicándole al mismo tiempo que su nuevo empleo de capitán de la guardia no sólo le daba derecho, sino que le imponía la obligación de asistir a ellas. Por nada del mundo habría dejado de cumplir aquel deber, y únicamente le impacientaba el tener que esperar veinticuatro horas para ello. Se ve, pues, que el señor d'Avallon, palaciego celoso y militar bravo como el que más, había sido reemplazado por un hombre que rivalizaba, si no le superaba, en las dos cualidades.

Necesario era matar de algún modo las veinticuatro horas mortales que separaban a Gabriel del momento deseado; y como su corazón rebosaba júbilo, y no había visto París más que de paso, comenzó a correr calles a la ventura, acompañado por Martín Guerra, tanto para ver la ciudad, cuanto para buscar un alojamiento cómodo. Aquel día estaba de suerte en todo: por casualidad encontró vacante el aposento que muchos años antes ocupara su padre, el conde de Montgomery, y aunque era lujoso en exceso para un simple capitán de guardias, lo tomó, escribiendo en seguida a su fiel Elyot para que le remesara algún dinero, y a su nodriza Aloísa para que viniera a reunirse con él.

Gabriel había conseguido ya el primer objetivo que se había propuesto. Ya no era un niño, sino un hombre que había pasado por diferentes pruebas y que sabría hacerse respetar, un joven que, al lustre que heredó de sus antepasados, había añadido una aureola de gloria personal. Sólo, sin otro apoyo que el de su espada, sin más recomendación que su valor, a los veinticuatro años de edad obtenía un empleo importante, un grado eminente. Ya podría presentarse con arrogancia ante su amada, y con ceñudo semblante a los que debía odiar, a los cuales llegaría a conocer con la ayuda de Aloísa.

En brazos de tan risueñas esperanzas, con el corazón tranquilo, rebotante de contento, natural era que Gabriel durmiese de un sueño toda la noche.

Al día siguiente, tuvo que presentarse al señor de Boissy, Gran Escudero de Francia, para exhibir sus ejecutorias de nobleza. El señor de Boissy, caballero de lealtad acrisolada y de excepcional discreción, había sido amigo del conde de Montgomery, dióse cuenta cabal de los poderosos motivos que tenía Gabriel para ocultar su verdadero título, y le empeñó su palabra de guardarle el secreto. Seguidamente el mariscal d'Amville le hizo reconocer por su compañía, y Gabriel

inauguró sus servicios haciendo una visita de inspección a las prisiones de Estado de París, comisión penosa que entraba en las atribuciones de su nuevo cargo, y que tenía el deber de desempeñar una vez al mes.

Principió por la Bastilla y terminó por el Chatelet.

Los gobernadores de las prisiones le presentaban la relación de los prisioneros, especificando los que habían muerto, los que estaban enfermos y los trasladados a otras prisiones o puestos en libertad, y luego formaban a los prisioneros para que el capitán de guardias les pasara revista, ¡triste revista! En el Chatelet, cuando creía haber terminado, el gobernador le dio a leer una página casi en blanco del registro, y decimos casi en blanco, porque únicamente había escrita en ella una nota singular que llamó poderosamente la atención de Gabriel:

N.º 21, X..., prisionero de secreto. Si en las visitas del gobernador o del capitán de guardias intenta hablar, se le trasladará a otro calabozo más profundo y penoso.

—¿Se puede saber quién es este prisionero tan importante? —preguntó Gabriel al señor de Salvoison, gobernador del Chatelet.

—Nadie lo sabe —respondió el gobernador—. Le recibí de mi antecesor, como él lo recibió del suyo. Como podéis ver, hasta la fecha de su entrada ha quedado en blanco en el registro. Yo sospecho que debieron de traerle durante el reinado de Francisco I. Me han contado que ha intentado hablar dos o tres veces; pero como el gobernador tiene órdenes muy severas, e incurre en graves castigos si no cierra al punto la puerta de su calabozo y le traslada a otra mazmorra peor, no bien el prisionero abra la boca para hablar, se ha hecho así, y hoy no queda ya más que otro calabozo adonde trasladarle, pero tan sumamente pésimo, que encerrarle en él equivaldría a matarle. A este resultado querían llegar, sin duda, pero el prisionero se calla desde que se le encerró en el calabozo que hoy ocupa. Probablemente será algún criminal muy temible, pues lleva siempre la cadena, y el carcelero, para prevenir su evasión, entra a cada instante en su calabozo.

—Pero hablará con el carcelero, ¿verdad?

—¡Imposible! Se ha elegido un sordomudo que nació en el Chatelet y no ha salido jamás de su recinto.

Gabriel se estremeció. Aquel hombre, tan separado del mundo de los vivos, pero que, sin embargo, vivía y pensaba, inspirábale una compasión inmensa mezclada de horror. ¿Qué idea o qué remordimiento, qué miedo al infierno o qué confianza en la intervención del Cielo impediría a aquel desventurado estrellarse la cabeza contra los muros de su mazmorra? ¿Le ligaba á la vida la esperanza o las ansias de vengarse?

Gabriel sentía cierta ansiedad por ver a aquel hombre; latía su corazón con la

violencia misma con que latió en los momentos en que sus ojos volvieron a ver a Diana. Más de cien presos acababan de desfilarse ante su vista, y le habían inspirado lástima, sí, pero una lástima corriente, ordinaria; pero el prisionero misterioso le conmovía de una manera extraordinaria, su triste suerte le afectaba más que las de todos los otros, y su pecho se llenaba de angustia cuando pensaba en aquella existencia sepulcral.

—Vamos al número veintiuno —dijo con voz conmovida al gobernador.

Bajaron muchos escalones, negros y húmedos, atravesaron muchas bóvedas horizontales, parecidas a las horribles espirales del infierno de Dante, y al fin el gobernador se detuvo frente a una puerta de hierro.

—Esta es —dijo—. El carcelero debe estar dentro del calabozo, puesto que no le veo, pero afortunadamente tengo dobles llaves. Entremos.

Abrió la puerta de hierro y, a la luz de la linterna que llevaba un empleado, entraron.

Gabriel vio entonces un cuadro silencioso y horrible, uno de esos cuadros que únicamente puede trazar la imaginación humana en momentos de delirio o de pesadilla.

El calabozo era una tumba de piedra... de sillares negros, húmedos, hediondos, que rezumaban un líquido pegajoso y fétido. Aquella lúgubre concavidad estaba debajo del lecho del Sena, y las aguas, cuando sobrevenían grandes crecidas, la inundaban hasta la mitad. Insectos asquerosos y alimañas viscosas llenaban sus fúnebres paredes. Hasta allí no llegaba el ruido de las calles, ni resonaba el viento: sólo interrumpía el pavoroso silencio el acompasado gotear del agua que rezumaba aquella informe bóveda.

Menos vida que aquellas gotas de agua, y un poco, muy poquito más que las inmóviles capas de limo pegadas a los muros, tenían las dos criaturas humanas que allí encontró Gabriel, la una guardando a la otra, pero entrambas mudas y tristes.

El calabocero era una especie de idiota de talla gigantesca, de mirar estúpido y tez amarillenta, que estaba de pie en la sombra con sus ojos de imbécil fijos en el prisionero, que se hallaba recostado en un rincón sobre un montón de paja. Gruesa cadena sujeta al muro aferraba sus manos y sus pies. Era el desdichado un anciano de barba y cabellos blancos, y al parecer estaba dormido, pues ningún movimiento hizo al entrar sus visitantes. Se le habría podido confundir con un cadáver o con una estatua.

Sin embargo, al cabo de breves momentos, se incorporó vivamente, abrió los ojos y su mirada se fijó en Gabriel.

Estáble prohibido hablar, pero sus ojos decían mil veces más que cuanto hubiesen podido pronunciar sus labios. El gobernador inspeccionaba con el empleado los rincones del calabozo, y en tanto, Gabriel, fascinado por aquella mirada terrible y

soberbia a la vez, quedó como clavado en el suelo, sin poder avanzar, sin movimiento, sin voz. Todo un mundo de extraños e inexplicables pensamientos se agitaba en su mente.

No parecía que el prisionero contemplase con indiferencia a su visitante, y hasta hubo un momento en que hizo un gesto y llegó a abrir la boca como para hablar... pero observó que el gobernador se volvía, recordó a tiempo la amenaza que sobre él pesaba, y sus labios se plegaron dibujando una sonrisa amarga. Seguidamente cerró los ojos y volvió a su inmovilidad de piedra.

—¡Oh! ¡Salgamos de aquí! —dijo Gabriel al gobernador—. ¡Salgamos, por Dios vivo! Tengo necesidad de respirar el aire, de ver el sol.

Puede decirse que no recobró su tranquilidad hasta que se vio en la calle, en medio de la gente y del bullicio, pero aun así, la sombría visión no le abandonó en todo el día, aun así el recuerdo de lo que había visto le persiguió implacable mientras discurría por las calles de la ciudad.

Una voz interior le decía que la suerte de aquel desventurado prisionero tenía algún punto de contacto con la suya, que acababa de pasar junto a un misterio llamado a determinar una crisis gravísima en su vida. Vencido por la fuerza de sus misteriosos presentimientos, se encaminó, cuando el día tocaba a su fin, al palenque de las Tournelles. Los torneos del día, a los cuales Gabriel no había querido asistir, terminaban cuando llegó. Pudo ver a Diana, y ésta le dirigió una mirada que disipó la sombría tristeza de su corazón, de la misma manera que un rayo de sol disipa las nieblas. Gabriel olvidó al fin al mísero cautivo que viera durante el día para no pensar más que en la hechicera joven que iba a tornar a ver aquella noche.

X

ELEGÍA DURANTE LA COMEDIA

Era una costumbre tradicional nacida en el reinado de Francisco I. Tres veces a la semana, por lo menos, se reunían en la cámara de la reina el rey, la grandeza y las damas de la corte. Allí se comentaban con toda libertad, a veces con licencia excesiva, los sucesos del día. Mientras unos tomaban parte en la conversación general, otros se entretenían hablando de cosas particulares, pues, como dice Brantôme, “hallándose ante una pléyade de semi-diosas, algunos de aquellos nobles caballeros entretenían con pláticas amorosas a las que amaban. Con frecuencia se organizaban bailes y representaciones teatrales”.

A una de las reuniones de este género debía asistir Gabriel aquella noche, y, contra su costumbre, se engalanó y perfumó a fin de no desmerecer a los ojos de su amada.

Contento estaba Gabriel, sí, pero su júbilo, con ser grande, no bastaba a disipar cierta inquietud inoculada en su pecho por algunas especies vagas y algunos rumores poco lisonjeros acerca del próximo enlace de Diana que habían llegado hasta él. Entregado a la dicha que le embargó al ver a Diana y creer encontrar en su mirada la ternura de otros tiempos, casi había dado al olvido la carta del cardenal de Lorena, causa de su repentino viaje, pero las hablillas de los cortesanos, y la repetición de los nombres unidos de Diana de Castro y de Francisco de Montmorency, llevaron a su imaginación apasionada recuerdos poco gratos. ¿Accedería gustosa Diana a tan odioso casamiento? ¿Amaría tal vez a Francisco? Dudas demasiado desgarradoras eran aquellas para que nuestro enamorado, por muy amena y entretenida que fuera la reunión de aquella noche, no lograra disipar su inquietud.

Gabriel resolvió preguntar sobre el particular a Martín Guerra, quien había trabado ya varias amistades y debía de estar más al corriente que su amo de los sucesos, dada su condición de escudero, porque es sabido que, debido a un fenómeno de acústica generalmente observado, los ruidos, de cualquier clase que sean, resuenan más en los parajes bajos que en los altos, y los ecos es raro que se produzcan como no sea en los valles. El vizconde de Exmés pudo poner en práctica su propósito muy poco tiempo después de haberlo formado, porque Martín Guerra había decidido por su parte interrogar a su amo, cuya preocupación había sorprendido. Derecho tenía en conciencia el fiel escudero a conocer todos los sentimientos de su amo, después de haberle servido con lealtad ejemplar por espacio de cinco años y de haberle salvado la vida en alguna ocasión.

De esta determinación recíproca, y de la conversación que fue su consecuencia,

resultó para Gabriel el convencimiento de que Diana de Castro no amaba a Francisco de Montmorency, y para Martín Guerra, que Gabriel adoraba a Diana de Castro.

Tal júbilo determinaron en entrambos sus conclusiones respectivas, que Gabriel llegó al Louvre una hora antes de que se abrieran las puertas, y Martín Guerra, en su deseo de honrar a la novia real del vizconde, se dirigió inmediatamente al taller de un sastre de la corte y se compró una casaca de paño oscuro y unas calzas amarillas de punto. Pagó al contado y vistió inmediatamente su nuevo traje, ganoso de lucirlo aquella misma noche en las antecámaras del Louvre, donde debería esperar a su amo.

Media hora después, con gran extrañeza vio el sastre entrar de nuevo en su taller a Martín Guerra, vistiendo traje distinto del que de allí sacó. El sastre no ocultó su extrañeza, y Martín Guerra le contestó que, habiéndole parecido que la noche estaba fresca en demasía, había decidido vestir otro traje de más abrigo. Añadió que le habían gustado tanto la casaca de paño y las calzas de punto, que venía a comprar otras de la misma hechura e igual color. En vano el sastre le hizo presente que le convendría adquirir otros diferentes, a fin de no hacer creer que vestía siempre el mismo traje, y que, puesto que tanto le gustaban los colores pardo y amarillo, podría variarse dentro de la misma combinación, haciendo la casaca de paño amarillo y las calzas pardas. Pero Martín Guerra desechó la proposición, y el sastre hubo de prometerle que se lo haría a su gusto, pues no disponía de momento de otro igual. Martín suplicó al sastre que le diese al fiado el segundo traje, a lo que no opuso dificultad el sastre, tanto porque su cliente había pagado al contado el primero, cuanto porque era escudero del vizconde de Exmés, capitán de guardias del rey, aparte de que poseía esa heroica confianza que desde que hubo sastres en el mundo ha sido la herencia histórica de todos los de su profesión, y le prometió que en la mañana del día siguiente podría disponer de su segundo traje.

Había transcurrido la hora que Gabriel tuvo que esperar a la puerta de su paraíso, llegaron varios caballeros y algunas damas, y nuestro enamorado pudo penetrar en el aposento de la reina.

Gabriel vio al punto a Diana, que estaba sentada junto a la reina-delfina, nombre que se daba entonces a María Estuardo.

Grave imprudencia habría sido para quien se presentaba allí por vez primera aproximarse a ella en seguida, de aquí que Gabriel, que así lo comprendió, se resignase a esperar un momento favorable, por ejemplo, a que la conversación comenzara a animarse, y mientras, entabló una plática con un caballero joven, de rostro pálido y contextura delicada, que la casualidad había colocado al lado suyo. Después de haber cambiado algunas frases tan insignificantes como parecían ser el rostro y hasta la persona del joven, preguntó éste a Gabriel:

—¿A quién tengo el honor de hablar, caballero?

—Me llamo el vizconde de Exmés —respondió Gabriel—. ¿Me permitiréis que

os haga la misma pregunta?

Miróle el joven con extrañeza, y contestó:

—Son Francisco de Montmorency.

Si hubiese contestado «Soy el demonio en person». Gabriel no habría vuelto la espalda con tanta precipitación. Francisco, cuya inteligencia no pecaba de viva, quedó estupefacto, pero como nunca fue aficionado a poner en tortura su cabeza, pronto olvidó aquel enigma y se fue a buscar conversación con interlocutores menos rudos.

Cuidó Gabriel de dirigir sus pasos hacia Diana de Castro, pero un movimiento general sobrevenido en aquel instante hacia el lado del rey le impidió acercarse a ella. Obedecía el movimiento en cuestión a que el rey acababa de anunciar que quería poner fin al día proporcionando a las damas una sorpresa, y que a este efecto había mandado improvisar en la galería un teatro, donde se representaría una comedia en cinco actos y en verso, original del señor Juan Antonio de Baïf, titulada *El Bravo*. La nueva fue acogida con aclamaciones y muestras de regocijo. Los caballeros ofrecieron la mano a las damas para pasar al salón contiguo, donde se había improvisado el teatro, pero Gabriel no llegó a tiempo para dar la suya a Diana y hubo de contentarse con colocarse cerca de ella detrás de la reina.

Viole Catalina de Médicis y le llamó.

—Señor de Exmés —le dijo—; ¿cómo no os hemos visto en el torneo de hoy?

—Señora —respondió Gabriel—; los deberes del cargo con que su majestad se ha dignado honrarme me lo han impedido.

—Tanto peor —repuso Catalina con encantadora sonrisa—; porque sois, sin disputa, uno de nuestros caballeros más diestros y bizarros. Ayer hicisteis balancear al rey, cosa difícil en extremo, y hoy hubiéramos tenido el placer de presenciar nuevas proezas.

Inclinóse Gabriel, turbado en extremo, sin acertar a contestar a la reina.

—¿Conocéis la obra que nos van a representar? —continuó Catalina, dispuesta en favor del bello y tímido joven.

—La he leído en latín —contestó Gabriel—, pues según me han asegurado, es una simple imitación de una comedia de Terencio.

—Veo —dijo la reina— que sois tan entendido en letras como diestro en botes de lanza.

Hablaba la reina a media voz y acompañaba sus palabras con miradas tiernas e insinuantes que decían muy a las claras que en su corazón quedaba un hueco en aquellos momentos. Gabriel, insensible y duro como el Hipólito de Eurípides, acogía las pruebas de bondad de la italiana con violencia visible y frunciendo las cejas. ¡Ingrato! ¿A quién sería deudor no sólo del puesto que tanto ambicionaba cerca de Diana, sino también del más hechicero enfado que pudo revelar jamás el amor de una

joven celosa, sino a las bondades de la reina?

En efecto: cuando en el prólogo de la obra se hizo, como es costumbre, un llamamiento a la indulgencia del auditorio, Catalina dijo a Gabriel:

—Sentaos detrás de mí, entre estas damas, para que, en caso de necesidad, pueda recurrir a vuestro talento.

Diana de Castro había tomado asiento al extremo de una fila, y de consiguiente, junto al pasillo. Gabriel, después de saludar a la reina, tomó un taburete, y procurando no incomodar a nadie, se sentó en el pasillo, al lado de Diana.

Principió en esto la representación de la comedia. Era como había dicho Gabriel a la reina, una imitación del Eunuco de Torencio, compuesta en versos octosílabos y aderezada con toda la sencillez pedantesca de la época. Nos abstendremos de hacer la crítica de la obra, en primer lugar, porque hacerla sería un anacronismo, toda vez que no se conocían las críticas ni los análisis literarios por aquellos tiempos de ignorancia, y en segundo y último, porque no queremos fatigar la atención del lector con largos discursos que nada tendrían de amenos. A nuestro objeto basta recordar que el protagonista era un valiente *de pega*, un soldado fanfarrón que se deja engañar y dirigir por un parásito.

Desde el principio de la representación, los numerosos partidarios de los Guisa vieron encarnado en el ridículo valentón al condestable de Montmorency, y los partidarios de los Montmorency creyeron ver en las baladronadas del soldado fanfarrón las ambiciones del duque de Guisa. Desde entonces, cada escena fue una sátira y cada frase una alusión. Uno y otro partido reían a carcajadas, se señalaban recíprocamente con el dedo, y en realidad la comedia que en la sala se representaba era mil veces más divertida que la que los actores representaban en el escenario.

En tanto que los dos partidos rivales interpretaban y comentaban según sus deseos la representación, nuestros enamorados aprovechaban la oportunidad para hablar de sus amores, en medio de las risas y de la algazara. Pronunciaron ante todo sus nombres en voz baja: era como su invocación sagrada.

—¡Diana!

—¡Gabriel!

—¿Te vas a casar con Francisco de Montmorency?

—¿Ganas mucho terreno en el ánimo de la reina?

—Habrás visto que fue ella quien me llamó.

—Ya sabes que es el rey quien quiere mi casamiento.

—¿Pero tú consientes, Diana?

—¿Pero tú escuchas a Catalina, Gabriel?

—Una pregunta, una sola: ¿te interesa todavía la impresión que otra mujer pueda producirme? ¿Te importa un poquito lo que pasa en mi corazón?

—Me importa en el mismo grado que te importa a ti lo que pasa en el mío.

—Entonces, Diana, si sientes lo que yo, celosa estás y me amas con toda tu alma.

—Señor vizconde de Exmés —contestó Diana, queriendo, ¡pobrecilla!, mostrarse severa—. Señor vizconde de Exmés: ¡me llamo la señora de Castro!

—Pero si no me engaño, señora, sois viuda libre.

—¡Libre! ¡Pobre de mí!

¡Oh, Diana! ¡Suspiras! ¡Confiesa que aquel hermoso sentimiento infantil que arrulló nuestros primeros años ha dejado alguna huella en el corazón de la doncella! ¡Confiesa, Diana, que todavía me amas un poquito! No temas que nos oigan, que están todos entretenidos celebrando los chistes de ese cómico, y como no pueden escuchar un lenguaje más dulce, ríen como locos. ¡Vamos, Diana! Sonríe y contésteme: ¿me amas todavía?

—¡Silencio! ¿No ves que termina el acto? —replicó la maliciosa joven—. Espera, al menos, a que principie el siguiente.

El entreacto duró diez minutos, que a Gabriel le parecieron diez siglos. Por fortuna no le llamó Catalina de Médicis, que estaba entretenida con María Estuardo, pues nuestro amigo habría sido capaz de no acudir al llamamiento, aun sabiendo que su desatención le perdía irremisiblemente.

El segundo acto principió en medio de una tempestad de aplausos y de risotadas.

—¿Qué me respondes? —preguntó Gabriel.

—¿A qué? —interrogó Diana, simulando una distracción que estaba muy lejos de su ánimo—. ¡Ah... ya recuerdo! Creo que me preguntabas si te amo. Pues bien: si tienes buena memoria, recordarás la contestación que antes te di: «Te amo como tú me amas a m»..

—¿Sabes bien, Diana, lo que dices? ¿Sabes hasta dónde llega mi amor, al afirmar que el tuyo le iguala?

—Si quieres que lo sepa —replicó la muy hipócrita— opino que lo menos que debes hacer es decírmelo.

—Escúchame, pues, Diana, y te convencerás de que, en los seis años transcurridos desde que me separé de ti, todos los actos y todos los momentos de mi vida han ido encaminados y sido consagrados a acercarme a ti. Hasta que llegué a París, un mes después de tu salida de Vimoutiers, no supe quién eras, ignoré que tus padres eran el rey y la señora de Valentinois. Pero no creas que fuese tu condición de hija de Francia lo que me asustaba; lo que no podía sufrir es que fueses esposa del duque de Castro. A pesar de todo, una voz misteriosa susurraba en mí oído: «¡No importa! Aproxímate a ella, conquista fama y gloria, y algún día ella oirá pronunciar tu nombre, algún día te admirará, al paso que otros te temerán». Pensando en esto, Diana, me presenté al duque de Guisa, seguro de que a su lado alcanzaría muy pronto la gloria que tanto ambicionaba. No me engañé: un año más tarde me encerraba con él dentro de los muros de Metz y contribuía con todas mis fuerzas al feliz e

inesperado resultado del levantamiento del sitio. Permanecí en la plaza para dirigir la construcción de los muros y la reparación de los destrozos causados por sesenta y cinco días de fieros ataques, y allí supe la toma de Hesdin por los imperiales y la muerte del duque de Castro tu marido. ¡Quedaste viuda sin que tu marido te volviera a ver, Diana! Mucho te compadecí, ¡pero con qué desnudo me batí en Renty! Pregúntalo al duque de Guisa. Tomé parte en las batallas de Abbeville, de Dinant, de Bavay y de Chateau-Cambresis, me encontré en todas partes donde resonaron los mosquetes, y puedo decir que no ha habido empresa gloriosa en este reinado en que yo no haya tomado parte modesta.

«Durante la tregua de Vaucelles —repuso Gabriel continuando su relato— vine a París, pero tú estabas aún en el convento, y mi forzada inacción principiaba a impacientarme, cuando por dicha se rompió la tregua. El duque de Guisa, que me había cobrado algún cariño, me preguntó si quería seguirle a Italia... ¡Si quería seguirle!... ¡No deseaba yo otra cosa! Franqueamos los Alpes en lo más crudo del invierno, atravesamos el Milanesado, tomamos a Valenza, el Plasentino y el Parmesano nos abrieron paso, y después de recorrer triunfalmente la Toscana y los Estados Pontificios, llegamos a los Abrazos. Pero el duque de Guisa se encuentra falto de dinero y sin tropas suficientes, y si bien se apoderó de Campli y puso sitio a Civitella, entró la desmoralización en el ejército y la expedición estaba seriamente comprometida. Frente a Civitella, Diana, tuve noticia, por una carta dirigida por su eminencia el cardenal de Lorena a su hermano, de tu proyectado matrimonio con Francisco de Montmorency.

«Como nada había que hacer entonces por aquel lado de los Alpes, el duque de Guisa me concedió permiso para venir a Francia, confiándome la gloriosa misión de presentar al rey las banderas arrancadas al enemigo y extremando sus bondades hasta el punto de facilitarme su recomendación poderosa. Mi ambición única, sin embargo, era volverte a ver, Diana. Anhelaba hablarte, saber de ti, preguntarte si consentías gustosa en el matrimonio que te proponían, y en una palabra, después de hacerte historia de mis luchas y de mis esfuerzos de seis años, dirigirte la siguiente pregunta: ¿Me amas, Diana, como te amo yo?».

—Amigo mío —contestó con voz dulce Diana—: a mi vez voy a corresponderte refiriéndote la historia de mi vida. Cuando llegué, niña de doce años, a la corte, pasados los primeros momentos de admiración, de asombro y de curiosidad, se apoderó de mí el fastidio, sentí todo el peso de las cadenas doradas propias de la existencia que vivo, y recordé con amargura nuestros bosques y llanuras de Vimoutiers y Montgomery, Gabriel. Todas las noches me dormía llorando. El rey mi padre multiplicaba sus pruebas de cariño y yo procuraba corresponder a su ternura con tesoros de amor filial. ¿Pero qué se había hecho de mi libertad? ¿Dónde estaba Aloísa? ¿Dónde estabas tú, Gabriel? No veía al rey todos los días, la señora de

Valentinois me trataba con frialdad y reserva, evitaba verme y encontrarme, y yo, Gabriel, no puedo vivir sin que me quieran; lo sabes muy bien. Comprenderás, por tanto, que he sufrido muchísimo durante aquel primer año.

—¡Pobre Diana! —exclamó conmovido Gabriel.

—De suerte que, mientras tú te batías, yo languidecía. El hombre obra y la mujer espera: es la suerte que nos ha cabido en este mundo, pero muchas veces esperar es más duro que obrar. En este primer año de soledad, la muerte del duque de Castro me dejó viuda, y el rey me envió a un convento donde debería pasar el tiempo de luto. La vida tranquila y piadosa del convento se armonizaba mejor con mi natural que las intrigas y agitación continua de la corte, y por esto, cuando terminó mi luto, solicité y obtuve del rey que me permitiese permanecer algún tiempo más entre aquellas piadosas siervas de Dios. ¡Allí, al menos, me querían! Me querían todas, pero particularmente la buena hermana Mónica, que me recordaba a Aloísa. Te digo su nombre, Gabriel, para que la quieras como la quiero yo. En el convento, no solamente era querida por todas las hermanas, sino que podía soñar, Gabriel, podía entregarme a mis ensueños infantiles, porque disponía de tiempo y tenía derecho a hacerlo. Era libre, y puedes figurarte a quién vería en mis sueños, tanto del pasado como del porvenir. ¿Verdad que lo adivinas?

Gabriel, ebrio de felicidad, contestó con una mirada apasionada. Por fortuna representaban una de las escenas más interesantes de la comedia, una escena en la cual el fanfarrón acababa de ser víctima de una burla odiosa, y tanto los parciales de los Guisa como los enemigos de los Montmorency se destornillaban de risa. No habrían estado los dos amantes más solos en medio del desierto.

—Pasaron cinco años de paz y de esperanza —prosiguió Diana—, cinco años: durante los cuales sólo hube de lamentar una desgracia, la de perder a Enguerrando, mi padre adoptivo. No tardó, sin embargo, en cernerse sobre mi cabeza otra desventura mayor: el rey me llamó a su lado, y me anunció que estaba destinada a ser la esposa de Francisco de Montmorency. Opuse resistencia, Gabriel, porque ya no era la niña de doce años, ya sabía lo que hacía. Opuse resistencia, como digo, pero entonces me suplicó mi padre, me demostró lo mucho que le importaba mi matrimonio para el bien y la tranquilidad del reino, ¡y era el rey, Gabriel, quien me suplicaba! Por otra parte, yo ignoraba dónde estabas tú, desconocía quién eras tú... Para abreviar: con tales instancias me suplicó el rey, que... ayer... ¡sí, fue ayer!, le prometí lo que tanto deseaba, pero con la condición de que mi sacrificio se retardaría tres meses, durante cuyo plazo yo sabría de ti.

—¡En definitiva: te has comprometido! —balbuceó Gabriel palideciendo.

—Sí, pero yo no te había visto, amigo mío, yo no podía presumir que aquel mismo día nuestro imprevisto encuentro removería en mi alma las impresiones deliciosas y al mismo tiempo dolorosas que ha removido. ¡Oh! ¡Encuentro a mi

Gabriel más bello, más arrogante, más altivo que en otros tiempos, pero el mismo de siempre! Al punto comprendí que la promesa que hice al rey es nula, que el matrimonio que me proponen es imposible, que mi vida te pertenece, y que si tú me amas con pasión, yo te adoro con locura. Confiesa, pues, que no he hecho menos que tú, y que mi amor en nada cede al tuyo.

—¡Oh! ¡Eres un ángel, Diana querida, y cuanto he hecho por merecerte es nada!

—Puesto que la suerte nos ha aproximado, Gabriel, midamos ahora la importancia de los obstáculos que todavía nos separan. Al rey todo le parece poco para su hija, y entre los Castro y los Montmorency han contribuido no poco a agrandar su ambición.

—Vive tranquila por esa parte, Diana, porque mi Casa nada tiene que envidiar a las que has mencionado, y no sería esta la vez primera que entroncase con la reinante de Francia.

—¿De veras, Gabriel? Cree que me llenas de alegría. Mi ignorancia en materia de blasones, como en tantas otras, es muy grande: no conozco ni he oído hablar de la familia de los vizcondes de Exmés. Gabriel te llamaba en Vimoutiers y para mi corazón no ha de haber otro nombre tan grato. A mí me basta con ése, y si crees que el otro que puedes ostentar ha de satisfacer al rey, nada faltará para que mi dicha sea completa. ¿Qué me importa a mí que te llames Exmés, Guisa, o Montmorency? Con que no te llames Montgomery...

—¿Y por qué no quisieras que fuese yo un Montgomery? preguntó Gabriel, asustado.

—Porque los Montgomery, amigo mío, han debido ofender gravísimamente al rey, a juzgar por el odio que les profesa.

—¡Es particular! —exclamó Gabriel, sintiendo que su pecho se oprimía—. ¿Pero son los Montgomery los que han ofendido gravemente al rey, o el rey quien habrá ofendido a los Montgomery?

—Mi padre es demasiado bueno para que yo pueda suponerle capaz de haber cometido una injusticia, Gabriel.

—Muy bueno para su hija, pero contra sus enemigos...

—Tal vez terrible, como lo eres tú contra los de Francia o del rey... ¡Pero qué importa! ¿Qué tenemos nosotros que ver con los Montgomery?

—¿Y si yo fuera un Montgomery, Diana?

—¡No digas eso, por Dios!

—Repito: ¿y si lo fuera?

—Si lo fueras, si mi desgracia me colocase entre mi padre y tú, yo me arrojaría a los pies del ofendido, cualquiera que fuese, y lloraría y suplicaría tanto, que mi padre te perdonaría por amor a mí, o por la misma consideración perdonarías tú a mi padre.

—Y tu voz es tan poderosa, Diana, que no dudo que el ofendido cedería, siempre

que no se hubiese vertido sangre. Hago esta excepción, porque las manchas de sangre sólo con sangre se lavan.

—¡Me asustas, Gabriel! Prolongas demasiado la prueba, amigo mío, porque de una prueba se trata, ¿verdad?

—Sí, Diana; sencillamente de una prueba... ¡Dios permitirá que esto sea solamente una prueba! —murmuró el joven.

—Y por lo tanto, no hay, no puede haber odio entre mi padre y tú.

—Así lo espero, Diana, así lo espero: sufriría mucho si me viese en la necesidad de hacerte sufrir.

—Muy bien, Gabriel. Si tú abrigas esa esperanza —añadió sonriendo con su gracia habitual—, yo acaricio la de recabar de mi padre que renuncie al matrimonio que sería mi muerte. Un rey tan poderoso como él siempre dispone de medios de compensar a los Montmorency.

—Te engañas, Diana; tu pérdida no la compensan todos sus tesoros, todo su poder.

—Así lo cree tu cariño... ¡Bien! Te aseguro que me has dado miedo, Gabriel. Pero nada temas, querido mío: Francisco de Montmorency no piensa como tú, gracias a Dios; preferirá a la pobre Diana un bastón de madera que le haga mariscal. Yo prepararé al rey para que acepte gustoso el cambio; le recordaré las alianzas de la Casa de Exmés con familias reales, haré historia de tus gloriosas hazañas... ¡Ay, Gabriel! Si no me engaño, termina la comedia.

—¡Cinco actos! —exclamó Gabriel—. ¡Qué cinco actos más cortos! ¡Y es verdad que están terminando!

—Por fortuna nos hemos dicho casi todo lo que teníamos que decirnos.

—De mí puedo asegurar que no te he dicho la milésima parte de lo que deseaba.

—Tampoco yo te he dicho nada de las insinuaciones de la reina.

—¡Maliciosilla...!

—La maliciosa es ella, que te prodiga sonrisas, no yo que te regaño... No volverás a hablarle esta noche, ¿verdad? ¡Te lo prohíbo!

—¿Me lo prohíbes? ¡Qué buena eres! No; no le hablaré... Ha terminado el epílogo... ¡Adiós...! Hasta luego, más bien; ¿no es cierto, Diana? Necesito que me digas algo que me sostenga y consuele, Diana.

—Hasta luego, y siempre tuya, *maridito mío* —murmuró gozosa la niña al oído de Gabriel, dejándole arrobado.

Y se perdió entre la bulliciosa concurrencia. Gabriel, que quería a toda costa cumplir su promesa, evitó el encontrarse cerca de la reina: no era posible pedirle más. Poco después salía del Louvre plenamente convencido de que Antonio de Baïf era un gran autor y de que jamás había asistido a representación teatral que le dejara más contento.

A su paso por el vestíbulo encontró a Martín Guerra, que no cabía de gozo con su nuevo traje.

—¡Y bien, monseñor! —exclamó tan pronto como salieron a la calle—. ¿Habéis visto a la señora de Angulema?

—La he visto —respondió distraído Gabriel.

—¿Y la señora de Angulema ama todavía al señor vizconde? —siguió preguntando el escudero, viendo que su señor estaba contento.

—¡Tunante! ¿Quién te ha dicho eso? ¿De dónde sacas que la señora de Castro me amó nunca, o que yo haya pensado jamás en la señora de Castro? ¿Quieres callarte, bellaco?

—¡Magnífico! —exclamó Martín Guerra—. El señor vizconde es amado, pues en caso contrario, habría suspirado en vez de injuriarme... y el señor vizconde ama, pues de lo contrario habría reparado en mi casaca y calzas nuevas.

—¿Qué me cuentas a mí de casacas ni de calzas? ¡Pero, es verdad! Ahora caigo en que no te había visto ese traje.

—No ha podido verle, porque lo he comprado esta noche misma para hacerle honor a mi señor y a mi señora, y además lo pagué al contado... gracias a mi mujer Beltrana, que me tiene acostumbrado al orden y a la economía, de la misma manera que a la templanza y a la castidad, y, en una palabra, a todas las virtudes teologales y cardinales. No me duele hacerle justicia en esto. ¡Ah! Si así hubiera yo podido habituarla a ella a la dulzura y a la mansedumbre, en el mundo no habría vivido otra pareja tan feliz como nosotros.

—¡Basta, charlatán! Te reembolsaré el gasto, pues que por mí lo has hecho.

—¡Oh, monseñor! ¡Vuestra generosidad me confunde! Me permitiré, sin embargo, hacerle presente, que si mi señor quería guardar su secreto, no debió darme esta nueva prueba de que ama y es correspondido: no se vacía con tanta facilidad la bolsa cuando el corazón no está lleno de esperanzas y de contento. Por supuesto, que ya sabe el señor vizconde que puede fiarse de Martín Guerra, fiel y mudo como la espada que lleva al cinto.

—Bien está, pero dejemos este tema.

—Dejaré soñar a monseñor.

Verdaderamente soñaba Gabriel, tanto, que al llegar a su alojamiento se vio en la necesidad de comunicar a alguien sus sueños, y se sentó a escribir a Aloísa la siguiente carta:

«Mi buena Aloísa: Diana me ama... Pero no; no es esto lo primero que debo decirte... Mi buena Aloísa: ven a mi lado, que después de una ausencia de seis años, tengo necesidad de abrazarte. Los preliminares de mi vida son halagüeños. Soy capitán de guardias del rey, uno de los empleos militares más codiciados, y me he

conquistado un nombre que me ayudará a rodear de honor y de gloria el que heredé de mis antepasados. Para esta empresa necesito también de ti, Aloísa. Finalmente, me haces falta porque soy feliz, porque, te lo repito, Diana me ama... Sí; tengo la dicha de ser amado por la Diana de otro tiempo, por mi hermanita de la infancia, que no ha olvidado a su buena Aloísa, aunque llama padre al rey.

«Sábelo, mi querida Aloísa, y toma parte en mi dicha: la hija del rey y de la señora de Valentinois, la viuda del duque de Castro, no ha olvidado nunca a su amigo de la infancia y ama con toda la pasión de su alma encantadora a su oscuro compañero de Vimoutiers. No hace una hora que me lo estaba diciendo, y su voz resuena aún en mi corazón.

«Ven, pues, Aloísa, porque es demasiada la dicha que me embarga para disfrutarla yo sol»..

XI

¿LA PAZ O LA GUERRA?

El día 7 de junio celebraba sesión el Consejo del rey y la presidía Enrique II. Le acompañaban los príncipes de su Casa y formaban el Consejo el condestable Anne de Montmorency, el cardenal de Lorena y su hermano Carlos de Guisa, arzobispo de Reims, el canciller Oliverio de Lenville, el presidente Bertrand, el conde de Aumale, los señores de Sedán y de Humières, y Saint-André con su hijo.

El vizconde de Exmés, como capitán de guardias del rey, estaba de pie junto a la puerta, espada en mano.

Como de costumbre, todo el interés de la sesión estaba circunscripto a la lucha de ambiciones encontradas en las Casas de Lorena y de Montmorency, que aquel día representaban en el Consejo el condestable y el cardenal.

—Señor —decía este último—: el peligro es grande; el enemigo llama a nuestras puertas. En Flandes se está organizando un ejército formidable; mañana mismo puede Felipe II invadir nuestro territorio, y María de Inglaterra declararnos la guerra. Señor: necesitáis un general intrépido, joven y vigoroso, capaz de obrar con energía, y cuyo solo nombre asuste al español y le recuerde sus recientes derrotas.

—Por ejemplo —observó con expresión irónica el condestable—, el nombre de vuestro hermano, el señor de Guisa.

—En efecto: el nombre de mi hermano —replicó con energía el cardenal—. El nombre del vencedor de Metz, de Renty y de Valenza. Sí, señor: es necesario llamar inmediatamente al duque de Guisa, hacerle venir de Italia, donde por falta de recursos se ha visto obligado a levantar el sitio de Civitella, y donde su ejército, que aquí podría prestar valiosos servicios contra la invasión, es de todo punto ineficaz para la conquista.

El rey se volvió negligentemente hacia el condestable como diciéndole: A ti te toca.

—Señor —dijo el condestable—. Haced venir al ejército, si os parece bien, toda vez que la decantada conquista de Italia termina, tal como yo había predicho, en el mayor de los ridículos. Pero no me parece que tengáis necesidad de ningún general. Las últimas noticias del Norte acusan tranquilidad completa en la frontera de los Países Bajos: Felipe II tiembla, y María de Inglaterra calla: podéis, si lo tenéis a bien, renovar la tregua o bien imponer las condiciones de paz. No es un capitán aventurero lo que os hace falta, señor, sino un ministro sagaz y experimentado, un hombre maduro a quien no cieguen ni arrastren ímpetus juveniles, y para quien la guerra no sea el antifaz con que encubra ambiciones insaciables, un político, en una palabra,

que pueda concluir una paz honrosa, digna y estable para Francia.

—Como vos, por ejemplo, señor condestable —interrumpió con sarcasmo el cardenal de Lorena.

—¡Como yo, sí! —contestó con altanería Anne de Montmorency—. Públicamente aconsejo al rey que no se ocupe en los anuncios de una guerra que no estallará ni puede estallar sino cuando y como él quiera. Los asuntos interiores, la situación de nuestra Hacienda, y los intereses de la religión, reclaman más particularmente nuestro cuidado, y un administrador prudente vale hoy cien veces más que un general emprendedor.

—Y por tanto, le asisten derechos centuplicados a los favores de su majestad, ¿no es cierto? —preguntó con acrimonia el cardenal de Lorena.

—Su eminencia ha completado mi pensamiento —contestó con frialdad el condestable—. Y puesto que él mismo ha colocado la cuestión sobre el tapete, me atreveré a solicitar de su majestad una manifestación de que le placen mis servicios pacíficos.

—¿De qué se trata? —preguntó el rey suspirando.

—Señor: ruego a vuestra majestad que declare públicamente el honor señalado que se digna otorgar a mi Casa, concediendo a mi hijo la mano de la señora de Angulema. Me es indispensable esta manifestación oficial, esta promesa solemne, para caminar con paso firme por la senda que me he señalado, sin temor a las dudas de mis amigos y a las habladurías de mis enemigos.

Demanda tan audaz fue acogida, no obstante la presencia del rey, con movimientos y rumores de aprobación o de desagrado, según pertenecieran los consejeros a uno u otro bando.

Gabriel palideció y se estremeció; pero se repuso al punto al oír la réplica viva del cardenal de Lorena.

—No ha llegado todavía, que yo sepa, la Bula del Santo Padre que debe anular el matrimonio de Francisco de Montmorency con Juana de Fiennes y pudiera muy bien suceder que no llegara nunca.

—En cuyo caso nos pasaríamos sin ella —insistió el condestable—. Un edicto real puede declarar nulos los matrimonios clandestinos.

—Pero un edicto real no tiene efectos retroactivos —objetó el cardenal.

—Se lo darán; ¿no es cierto, señor? Yo os suplico que lo proclaméis en alta voz; intereso de vos, señor, una declaración pública, que será para los que me combaten y para mí mismo un testimonio de que vuestra majestad aprueba mis ideas. Declarad, señor, que vuestra benevolencia real llegará hasta el extremo de dar efectos retroactivos al justísimo edicto que intereso.

—Indudablemente podría dárselos —contestó el rey, como si su debilidad indiferente cediese ante la energía de lenguaje del condestable.

Gabriel se vio obligado a apoyarse en su espada para no caer.

Chispeaba la alegría en los ojos del condestable: gracias a su osadía imprudente iba a triunfar el partido de la paz.

Pero en aquel momento resonaron trompetas en el vestíbulo, y las trompetas tocaban un himno extranjero. Los individuos del Consejo se miraron sorprendidos. Casi al mismo tiempo entró un ujier, quien, después de hacer una profunda reverencia, dijo:

—Sir Eduardo Flaming, heraldo de Inglaterra, solicita el honor de ser admitido en la presencia de vuestra majestad.

—Que entre el heraldo de Inglaterra —ordenó el rey, sorprendido, pero tranquilo.

Hizo Enrique II una señal; el delfín y los príncipes se levantaron y colocaron alrededor del rey, y todos los miembros del Consejo al de los príncipes. Fue introducido el heraldo, a quien acompañaban dos soldados solamente, y después de saludar al monarca, que contestó con una inclinación ligera de cabeza, se expresó en los siguientes términos:

—María, reina de Inglaterra y de Francia, a Enrique, rey de Francia.<p>

«Por haber mantenido relaciones y amistad con los protestantes ingleses, enemigos de nuestra religión y de nuestro reino, y por haberles ofrecido socorros y protección contra las justas persecuciones ejercidas sobre ellos.

«Nos, María de Inglaterra, declaramos la guerra, por tierra y por mar, a Enrique de Francia. Y en prenda de este reto, yo, Eduardo Flaming, heraldo de Inglaterra, arrojo aquí mi guante de batall».

Obedeciendo una seña del rey, el vizconde Exmés fue a recoger el guante de Sir Flaming. Enrique se limitó a contestar al heraldo con expresión glacial:

—Gracias.

Y quitándose el magnífico collar que llevaba, se lo dio a Gabriel para que lo entregara al heraldo, añadiendo seguidamente:

—Podéis retiraros.

El heraldo se inclinó profundamente y salió. Un instante después resonaron de nuevo las trompetas inglesas. El rey dijo al condestable:

—Mi primo de Montmorency ha estado hoy poco acertado en sus predicciones. Muy a la ligera, condestable, nos habéis prometido la paz y garantizado las buenas intenciones de la reina María. La protección que, según dice, hemos dispensado a los protestantes ingleses, es un pretexto piadoso que encubre el amor que nuestra hermana de Inglaterra profesa a su joven marido Felipe II. Nos harán la guerra los dos esposos... ¡Está bien! Un rey de Francia no la temería aun cuando fuese contra la Europa entera, y si la frontera de los Países Bajos nos da un poco de tiempo... ¿Qué pasa, Florimond? ¿Qué nueva nos traes?

—Señor —respondió el ujier entrando de nuevo—; acaba de llegar un correo

extraordinario del señor gobernador de Picardía, con despachos urgentes.

—Tened la bondad de recibirlos, señor cardenal —dijo con exquisita amabilidad el rey.

Salió el cardenal de Lorena, y entró de nuevo segundos después con los despachos, que puso en manos del rey.

—¡Ah, señores! —exclamó Enrique II, luego que pasó la vista por los pliegos—. Aquí tenemos noticias nuevas. Los ejércitos de Felipe II se concentran en Givet, y a su frente se pone el duque de Saboya, según comunica Gaspar de Coligny. ¡Buen enemigo es el duque de Saboya! Vuestro sobrino, señor condestable, opina que las fuerzas españolas atacarán a Mezières y Rocroy con objeto de aislar a Marienburgo. Pide con urgencia socorros para poner esas plazas en estado de defensa y poder resistir los primeros ataques.

Toda la asamblea se puso en pie, emocionada y agitada.

—Señor de Montmorency; repito que habéis estado poco feliz en vuestras predicciones de hoy —repuso el rey, sonriendo con tranquilidad—. Nos dijisteis que María de Inglaterra calla, y acabamos de oír resonar sus trompetas; afirmasteis que Felipe II nos tenía miedo, que la tranquilidad era completa en los Países Bajos, y, en efecto, el rey de España nos tiene tanto miedo como el que nosotros podamos tener a una paloma, y en la frontera de Flandes, con toda su tranquilidad, se concentra un ejército. Decididamente: dadas las circunstancias, creo que los administradores prudentes deben ceder el puesto a los generales emprendedores.

—Señor —contestó Anne de Montmorency—; condestable de Francia soy, y la guerra me conoce más todavía que la paz.

—Nada más justo, primo mío —dijo el rey—. Con placer veo que recordáis a tiempo las jornadas de la Bicoque y de Marignan, y que las ideas belicosas enardecen vuestra alma. Desenvainad, pues, vuestro acero, que con ello me daréis placer, y aprestaos a rechazar al enemigo. Quise decir que no debemos pensar más que en la guerra, y en procurar hacerla con honor y gloria. Señor cardenal de Lorena: escribid a vuestro hermano el duque de Guisa ordenándole que venga al momento. En cuanto a los asuntos interiores y de familia, fuerza será aplazarlos, y por lo que se refiere al matrimonio de la señora de Angulema, la prudencia aconseja que esperemos antes la dispensa del Papa.

El condestable hizo un gesto de desesperación, el cardenal sonrió y Gabriel respiró tranquilo.

—Vamos, señores —prosiguió el rey, que había sacudido su negligencia—. Vamos a recogerlos dentro de nosotros mismos, para pensar con gravedad en tantos problemas graves como se nos han presentado. Doy por terminada la sesión de esta mañana, pero celebraremos nuevo consejo esta noche. Hasta la noche, pues, y que Dios proteja a Francia.

—¡Viva el rey! —gritaron todos los miembros del Consejo.
Seguidamente se separaron.

XII

UN DOBLE BRIBÓN

Salía el condestable de Montmorency sumamente inquieto del salón del Consejo, cuando, en la gran galería del Louvre, Arnaldo de Thill, a quien en su preocupación no había visto, le llamó en voz baja.

—Monseñor... dos palabras...

—¿Qué hay? ¡Ah!... ¿Eres tú, Arnaldo? ¿Qué me quieres? ¡Te advierto que no estoy de humor para escucharte!

—Lo supongo: monseñor está de mal talante por el giro que toma el proyecto de matrimonio de la señora Diana con monseñor Francisco.

—¿Y cómo sabes tú eso, bellaco? ¡Pero a bien que me importa muy poco que lo sepa el mundo entero! El viento sopla ahora en favor de los Guisa; ésa es la verdad.

—Mañana soplará en favor de los Montmorency —respondió el espía—. Si hoy fuera el rey el único enemigo de ese casamiento, mañana sería su amigo, pero es caso, monseñor, que se ha alzado un nuevo obstáculo que obstruye el paso, y este obstáculo es más grave que...

—¿Quién puede oponer un obstáculo más grave que la frialdad... mejor dicho, el disfavor manifiesto del rey?

—La señora de Angulema, por ejemplo.

—¿Has venteado algo por aquella parte, mi buen sabueso? —preguntó el condestable.

—¿En qué cree monseñor que he empleado los quince días transcurridos desde mi llegada?

—La verdad es que hace mucho tiempo que no he oído hablar de ti.

—Ni directa ni indirectamente, monseñor —contestó el espía con expresión de orgullo—. ¡Y eso que me regañáis a todas horas porque mi nombre figura con mucha frecuencia en los partes de las rondas de policía! No podéis quejaros de mí, monseñor, que en estas dos semanas últimas he trabajado con prudencia y sin ruido.

—Es cierto, y en verdad me ha maravillado que hayan pasado tantos días sin verme en la precisión de sacarte de algún enredo, tunante, porque te emborrachas cuando no juegas, y robas cuando no andas a cuchilladas.

—El héroe turbulento de estos quince días últimos no he sido yo, monseñor, sino cierto escudero del nuevo capitán de guardias, el vizconde de Exmés, llamado Martín Guerra.

—En efecto: ahora recuerdo que un Martín Guerra ha reemplazado a Arnaldo de Thill en los partes que todas las noches tengo que examinar.

—¿A quién recogió la otra noche borracho perdido la ronda?

—A Martín Guerra.

—¿Quien, a consecuencia de una disputa en el juego, nacida de no sé qué fullerías cometidas, propinó una estocada a un guapo mozo de los gendarmes del rey de Francia?

—Martín Guerra también.

—¿Y quién, en fin, fue sorprendido ayer en el acto de robar la mujer del herrero maese Gorju?

—El de siempre, Martín Guerra. Es un bribón digno de la horca. No valdrá mucho más que él su señor, el vizconde de Exmés, a quien te he mandado que vigiles, cuando le apoya y defiende, asegurando que su escudero es el hombre más honrado e inofensivo del universo.

—Lo mismo habéis tenido la bondad de decir mil veces de mí, monseñor. Lo que ocurre es que Martín Guerra se cree poseído por el diablo, aunque la verdad es que soy yo quien le poseo.

—¡Cómo! ¡Qué dices! ¿Qué eres Satanás? —exclamó horrorizado y haciendo la señal de la cruz el condestable.

Arnaldo contestó con una carcajada infernal.

—No; no soy el diablo, monseñor —dijo—. En prueba de ello, y al mismo tiempo para tranquilizaros, os pido cincuenta doblones. ¿Tendría necesidad de pedir os dinero si fuera el diablo? No; en cualquier momento podría sacar monedas de oro de mis pezuñas o de mi rabo.

—Tienes razón —observó el condestable—. Toma los cincuenta doblones.

—Que he ganado a conciencia, monseñor, granjeándome la confianza del vizconde de Exmés. Aunque no soy el diablo, tengo mis ribetes de hechicero, y con sólo ponerme una casaca parda y unas calzas amarillas, consigo que el flamante capitán de guardias me hable como hablaría a su mejor amigo o al confidente de su intimidad.

—¡Hum! ¡A horca me huele todo eso! —exclamó el condestable.

—Maese Nostradamus, sin más que verme atravesar la calle y un examen superficial de mi fisonomía, me predijo que moriré entre el cielo y la tierra. Yo me resigno a mi destino, y mientras llega el momento de despedirme de este mundo dando cabriolas en el aire, me dedico exclusivamente a vuestros intereses, monseñor. Es un tesoro que no tiene precio disponer de un hombre que sabe que ha de morir ahorcado, porque el que está convencido de que morirá en la horca nada teme: ni a la horca misma. Pero volvamos a mi historia: me he constituido en un duplicado del escudero del vizconde de Exmés... ¿No os dije que sé hacer milagros? Ahora bien: ¿sabéis, o conjeturáis, quién es el mencionado vizconde?

—¡Pardiez! ¡Un partidario de los Guisa!

—Algo más: es el amante correspondido de la señora de Castro.

—¿Qué me dices, miserable? ¿De dónde has sacado eso?

—Repito que soy el confidente del vizconde. Casi siempre llevo a su amada sus cartas amorosas y vuelvo con las respuestas. La doncella de la duquesa y yo somos carne y uña... aunque no deja de causarle extrañeza el tener un novio tan desigual, unas veces atrevido como un paje y otras tímido como una monja. El vizconde de Exmés y la señora de Castro se ven tres veces a la semana en los salones de la reina, y se escriben todos los días. Debo decir que sus amores, aunque otra cosa creeréis vos, son puros, tan puros, que si no me interesara ante todo y sobré todo por mí mismo, dedicaría mi interés a aquellos amantes. Se adoran como dos querubines, y su amor data de muy antiguo, de la infancia, a lo que parece. Algunas veces me permito abrir sus cartas, y me conmueven. La señora Diana está celosa. ¿A que no adivináis de quién? Os lo diré yo: está celosa de la reina... Pero se engaña la pobrecilla, pues si es posible, y aun probable, que la reina piensa en el vizconde...

—¡Arnaldo! —interrumpió el condestable—. ¡Eres un calumniador!

—Y vuestra sonrisa, monseñor, es más que maliciosa —replicó el espía—. Decía que si es posible, y hasta probable, que la reina piense en el vizconde, puedo asegurar que el vizconde no piensa en ella. Sus amores con Diana de Castro son puros como los que se estilaban en la Arcadia, son amores que conmueven como la novela pastoril o caballeresca más tierna y sentimental. Pero eso no impide, ¡Dios me perdone!, que yo, no obstante el interés que me inspiran esas pobres tortolillas, las traicione y venda por cincuenta doblones. Y sólo me resta añadir que no dudo que convendréis conmigo en que con razón dije al principio que he ganado a conciencia la cantidad que habéis tenido la dignación de darme.

—Conforme... ¿Pero me dirás de una vez a qué medios has recurrido para obtener noticias y datos tan preciosos?

—¡Ah, monseñor! Es mi secreto... secreto que podéis adivinar, si gustáis, pero que yo no debo revelar todavía. Por otra parte, poco deben importaros los medios a que recurro, y cuya responsabilidad me alcanza exclusivamente a mí, con tal de que toquéis los resultados. Y los resultados para vos son tener informes precisos de los actos o proyectos que puedan causaros molestias o perjuicios. Por esta razón, creo que mi revelación de hoy no deja de ser grave y al propio tiempo interesante para vos, monseñor.

—¡De acuerdo, bribón, de acuerdo! Pero no dejes de vigilar a ese condenado vizconde.

—Le vigilaré, monseñor. Os pertenezco a vos como al vicio: vos me daréis doblones, yo os daré noticias, y los dos estaremos contentos... ¡Alguien llega por esta galería!... ¡Diablo!... ¿Una mujer? ¡Adiós monseñor!

—¿Quién es? —preguntó el condestable que era corto de vista.

—La señora de Castro en persona, que va sin duda a la cámara del rey. No conviene que me vea hablar con vos, monseñor, aunque lo probable es que no me reconozca con este traje. Ella llega y yo me escapo... ¡Adiós, monseñor!

Esquivó, en efecto, el encuentro, desapareciendo por el lado opuesto al que traía Diana.

El condestable titubeó un momento, resolviéndose a cerciorarse por sí mismo de la exactitud de las noticias de Arnaldo, abordó resueltamente a la duquesa de Angulema.

—¿Os dirigís a la cámara del rey, señora? —preguntó.

—En efecto, señor condestable.

—Temo que encontraréis a su majestad poco dispuesto a escucharos, señora —dijo Montmorency, a quien alarmaba la visita de Diana al rey—. Las graves noticias que ha recibido...

—Hacen precisamente que el momento no pueda ser más oportuno para mí.

—Y más perjudicial para mí, ¿verdad? Lo digo, porque me profesáis un odio terrible, señora.

Os equivocáis, señor condestable, yo no profeso odio a nadie.

¿Luego en vuestro pecho no cabe más que el amor? —interrogó Montmorency con cierta expresión que obligó a Diana a enrojecer y bajar los ojos—. ¿Será el amor el que os da fuerzas para negaros a satisfacer los deseos del rey y los votos de mi hijo?

Diana quedó turbada, sin saber qué contestar.

—Arnaldo ha dicho la verdad —pensó el condestable—. Ama al arrogante portador de los trofeos del duque de Guisa.

—Señor condestable —dijo Diana ya repuesta de su turbación—; mi deber es obedecer a su majestad, pero estoy en mi derecho al implorar a mi padre.

—¿Luego persistís en ir a hablar al rey?

—Persisto.

—Esta bien: yo, mientras, voy a conferenciar con la señora de Valentinois.

—Dueño sois de hacer lo que os plazca, señor condestable.

Se saludaron y desaparecieron de la galería tomando direcciones opuestas. Casi en el mismo instante entraban Diana en la cámara del rey, y el condestable en las habitaciones de la favorita.

XIII

EL COLMO DE LA DICHA

—Ven acá, Martín —decía Gabriel aquel mismo día y casi a la misma hora a su escudero—. Tengo precisión de hacer mi ronda y no volveré a mi casa hasta las dos. Dentro de una hora, irás a estacionarte al sitio de costumbre, donde esperarás a Jacinta, que te entregará una carta muy importante. Me la traerás sin perder un segundo. Si termino mi ronda antes de que vuelvas, yo iré a buscarte, y en caso contrario, espérame aquí. ¿Has comprendido?

—He comprendido, señor, pero quisiera pedirlos un favor.

—Habla.

—Haced que me acompañe un guardia, monseñor; os lo suplico.

—¿Acompañarte un guardia? ¿Qué nueva locura es ésta? ¿Tienes miedo?

—Sí; tengo miedo —contestó Martín con acento lastimero—. Parece, señor, que la noche pasada cometí grandes calaveradas. Hasta aquí, yo era solamente borracho, jugador tramposo y quimerista, pero ahora soy también un libertino. ¡Libertino yo, a quien todo Artigues admiraba por la pureza de costumbres! ¡Aficionado a aventuras amorosas yo, cuyo candor de alma fue siempre proverbial! ¿Queréis creer, monseñor, que esta noche pasada he intentado cometer un rapto abominable? ¡Sí, señor; un rapto! He querido, a viva fuerza, raptar a la esposa del herrero Gorju... una beldad, según dicen. Por desgracia, o mejor dicho, por dicha, me han detenido, y gracias a que dije mi nombre y añadí que era escudero vuestro, no me he pasado la noche en la cárcel. ¡Soy un infame!

—Vamos a ver, Martín: ¿será que has soñado que cometiste esa nueva infamia?

—¡Soñado! ¡Leed el informe, monseñor! Yo lo he leído, y se me pusieron las orejas como la grana. Hubo tiempo en que creí que todas las atrocidades que cometía eran horribles pesadillas, o bien que el demonio se divertía tomando mi forma corporal para entregarse a iniquidades nocturnas y misteriosas, pero me habéis desengañado vos mismo, monseñor, y por otra parte, ya no veo al individuo a quien antes tomaba por mi sombra. También me ha desengañado el santo sacerdote a quien he entregado la dirección de mi conciencia. Ya no puedo dudar que el que viola todas las leyes humanas, el culpable, el criminal, el infiel, el malvado, soy yo, tal como me aseguran. Lo creo firmemente, y así habré de creerlo siempre. Semejante a la gallina que empolla de aves de rapiña, mi alma da calor a pensamientos honestos que se convierten en actos impíos, y toda mi virtud se traduce en crímenes. No me atreveré a decir a nadie más que a vos, señor, que estoy poseído, porque me quemarían vivo, pero es indudable que, en algunos momentos, llevo una legión de diablos dentro del

cuerpo.

—No, mí pobre Martín —replicó Gabriel riendo—. Lo que te pasa es que, de algún tiempo a esta parte, te has aficionado a beber, y cuando has bebido más de lo justo, ves los objetos dobles.

—¡Pero si yo no bebo más que agua, monseñor, agua pura! ¡A no ser que el agua del Sena se me suba a la cabeza!

—Beberás agua sola, Martín, pero lo cierto es que una noche te cogieron borracho como una cuba.

—¡Ahí veréis, monseñor! Aquella noche me acosté y me dormí encomendando mi alma al Señor, me levanté por la mañana santo y virtuoso como me había acostado, fui a saldaros, y vos me dijisteis lo que había pasado: ¡juro por la salvación de mi alma que yo nada sabía! Lo propio sucedió la noche que hería a aquel guapo gendarme, y otro tanto esta noche pasada en que he cometido el infame atentado... Y es el caso que no me explico cómo puedo hacer esas cosas, pues hago que Geromo me encierre en mi cuarto y eche el cerrojo por fuera, y yo aseguro las maderas de la ventana con triple cadena de hierro, ¡pero como si no! Cuando me levanto por la mañana, me pregunto con terror: ¿Qué habré hecho, santo Dios, durante mis ausencias de la noche última? Y al momento voy a saberlo de vos o de los partes de las rondas, y corro luego a descargar mi conciencia a los pies del confesor, quien me niega la absolución que mis eternas recaídas hacen imposible. No encuentro consuelo más que ayunando y castigando mi culpable cuerpo con vigorosos disciplinazos, pero preveo que moriré impenitente y me condenaré.

—Yo quiero creer, Martín, que poco a poco cederán tus indómitos ardores y volverás a ser el Martín pacífico, honrado y virtuoso de otros tiempos. Mientras tanto, obedece a tu señor y cumple como bueno la comisión que acaba de encargarte. ¿Cómo quieres que mande a otro que te acompañe? Sabes muy bien que se trata de algo que debe permanecer secreto, y que tú sólo mereces mi confianza.

—Prometo hacer de mi parte cuánto pueda por daros gusto, monseñor, pero no respondo de mí.

—¡Diantre, Martín, eso es demasiado! ¿Por qué no respondes de ti?

—No perdáis la paciencia, señor, si tardo demasiado... porque a veces acontece que creo estar aquí cuando estoy allá, o se me figura que hago esto y en realidad hago aquello otro. No hace muchos días me impusieron una penitencia de treinta *Padrenuestros* y treinta *Avemarías*. Quise triplicar la dosis para que mi castigo fuese mayor, y permanecí, o mejor dicho, creí permanecer en la iglesia de San Gervasio, rezando y llevando la cuenta con las de mi rosario, durante dos horas o más. ¿Y qué pasó? Llegué a casa, y supe que, mientras creía estar en la iglesia, me habíais enviado con una carta y que yo había vuelto al momento con la contestación, y por si alguna duda me cabía, al día siguiente, la doncella Jacinta... ¡otra buena moza a fe mía!, me

riñó porque el día anterior me había propasado con ella. Y esto mismo se ha repetido tres veces, monseñor; ¿cómo, pues, queréis que pueda responder de mí? ¡No, no! Yo no soy dueño de mí mismo, y aunque todavía el agua bendita no me quema los dedos, estoy seguro de que dentro de mi pellejo hay otro compañero que no es Martín Guerra.

—¡Bien, bien! —contestó Gabriel con cierta impaciencia—. Correré el riesgo. Yo no sé si en la ocasión a que te refieres estabas en la iglesia rezando Padrenuestros o en la calle de Froid-Manteau, pero sí que cumpliste hábil y fielmente la comisión que te encargué. De la misma manera cumplirás la de hoy, y por si hace falta estimular tu celo, añadiré que en la contestación has de traerme la felicidad o la desesperación.

—¡Ah, monseñor! No necesita estímulo mi felicidad, os lo juro, y si no fuera por esas diabólicas substituciones...

—¡Vaya! ¿Vamos a empezar de nuevo? —interrumpió Gabriel—. No puedo detenerte más; dentro de una hora saldrás tú, y cuidado con olvidar ninguna de mis instrucciones... ¡Ah... se me olvidaba! Sabes que estoy esperando con impaciencia que llegue Aloísa de Normandía; si viene mientras estoy fuera, le prepararás el aposento que está contiguo al mío y la recibirás como si fuese la dueña de la casa: ¿te acordarás?

—Sí, señor.

—Adiós, Martín. Prontitud, discreción, y sobre todo, presencia de ánimo.

Por toda contestación, Martín exhaló un suspiro, y Gabriel salió de su casa, que estaba situada en la calle de los Jardines. Dos horas después volvió, tal como había dicho, con la mirada distraída y el pensamiento preocupado. Vio a Martín, corrió a él, tomó la carta que esperaba con tanta impaciencia, despidió a su escudero con un gesto, y leyó lo que sigue:

«Demos gracias a Dios, Gabriel: el rey ha cedido y seremos dichosos. Habrás sabido ya, que llegó el heraldo de Inglaterra, con la misión de declarar la guerra al rey de Francia en nombre de la reina María, y seguramente no ignoras que en Flandes se hacen grandes preparativos contra Francia. Estos sucesos, que tantos peligros encierran tal vez para Francia, son favorables a nuestro amor. Gabriel, puesto que han acrecentado considerablemente la influencia del joven duque de Guisa y disminuido en la misma proporción la del viejo Montmorency. Con todo, el rey estuvo un momento indeciso, pero le supliqué con vivas instancias, le dije que había tenido la dicha de volver a encontrarte, le ponderé tu nobleza, tu valor, tu lealtad, concluí por declarar tu nombre... con lo cual empeoró mi pleito... El rey, sin prometerme nada en concreto, me contestó que reflexionaría, que después de todo no eran tan apremiantes los intereses de Estado, que sería una crueldad comprometer mi dicha, que podría dar a Francisco de Montmorency una compensación con la cual habría de conformarse. Aunque nada me ha prometido, ten la seguridad de que amoldará su

conducta a las insinuaciones que me hizo. ¡Oh! ¡Es muy bueno mi padre, Gabriel! No me cabe la menor duda de que llegarás a quererle como le quiero yo, porque lo merece, amigo mío, porque gracias a él, se realizarán nuestros deliciosos sueños de seis años. Te diría mucho más; ¡pero son tan frías las palabras escritas! Ven esta tarde a las seis, mientras celebran el Consejo, y Jacinta te conducirá a un sitio donde podremos hablar a solas por espacio de una hora larga de ese porvenir radiante que tantas dichas nos brinda. Preveo que la campaña de Flandes reclamará tus servicios, ¡pero cómo ha de ser! Fuerza será conformarse, y servir al rey, y... merecerme, caballerito, hacerse acreedor a la mano de la que tanto te ama... porque yo te amo con toda mi alma, sí; ¿a qué ocultarlo? No dejes de venir a la hora indicada, porque quiero saber si eres tan feliz como tu Dian»..

—¡Oh, sí, muy feliz! —exclamó Gabriel en voz alta cuando terminó de leer la carta—. ¿Qué me falta ahora para que mi dicha sea completa?

—No será ciertamente la presencia de vuestra vieja nodriza —dijo Aloísa que había permanecido hasta entonces sentada, inmóvil y silenciosa, en la sombra.

—¡Aloísa! —gritó Gabriel, corriendo hacia ella con los brazos abiertos y abrazándola—. ¡Oh, sí, mi buena Aloísa! ¡Me hacías falta, mucha falta! ¿Cómo estás?... ¡Pero si no has variado nada...! ¡Otro abrazo, Aloísa, otro abrazo! Tampoco he variado yo, al menos no ha variado mi corazón, este corazón que tanto te quiere. Cree que tu tardanza principiaba a atormentarme: pregúntale a Martín. ¿Por qué has tardado tanto?

—Las últimas lluvias, monseñor, han interceptado los caminos de tal suerte, que de no haber desafiado todos los obstáculos, espoleada por vuestra carta, no habría llegado todavía.

—Bendigo tu decisión, Aloísa; te felicito y me felicito por haber desafiado todos los riesgos, porque, ¿puede ser completa la felicidad cuando uno no la hace extensiva a las personas queridas? ¿Ves esta carta que acabo de recibir? Es de Diana, de tu segunda hija, y me anuncia... ¿sabes qué me anuncia? me anuncia que los obstáculos que se oponían a nuestra felicidad están en vísperas de desaparecer, que el rey no exige ya el matrimonio de Diana con Francisco de Montmorency, y que Diana me adora. ¡Me adora, sí, Aloísa, y tú estás a mi lado para participar de mi alegría! Dime: ¿no es esto el colmo de la dicha?

—¿Y si fuera preciso, monseñor —preguntó Aloísa con gravedad, con tristeza—, si fuera preciso renunciar a la señora de Castro?

—¡Imposible, mi querida nodriza! Ya ves cómo todos los obstáculos se allanan por sí mismos.

—Los obstáculos que emanan de los hombres, monseñor, pueden vencerse, pero no los que vienen de Dios. Sabéis cuanto os quiero, monseñor; sabéis que daría gustosa mi vida a trueque de evitaros la menor sombra de disgusto. Pues bien: si yo

os dijese: «Sin intentar saber las razones que me obligan a ello, es preciso que renunciéis a la señora de Castro, que dejéis de verla, que ahoguéis vuestro amor por todos los medios imaginables. Media entre vos y ella un secreto terrible, cuya revelación, os ruego, por vuestro propio interés, que no me pidái»... si yo os dijese esas palabras, suplicante y de rodillas, ¿qué me contestaríais, monseñor?

—Si me pidieras la vida, Aloísa, te obedecería gustoso sin exigirte la razón del sacrificio; pero mi amor no depende de mi voluntad, está fuera del alcance de ésta, porque también viene de Dios, nodriza.

—¡Perdonadle, Dios mío! —exclamó Aloísa juntando las manos— ¡blasfema, Señor, pero no sabe lo que dice! ¡Perdonadle!

—¡Me asustas, Aloísa! No hagas durar por más tiempo esta angustia mortal. ¡Por horrible que sea lo que tengas que decirme, o lo que quieras manifestarme, habla, por el Cielo, te lo suplico!

—¿Lo queréis así, monseñor? ¿Es preciso que revele el secreto que ante Dios juré guardar, pero que Dios mismo ordena hoy que no conserve por más tiempo? ¡Sea, monseñor! Os habéis engañado, es preciso que os hayáis engañado acerca de la naturaleza del afecto que os inspira Diana. No es un afecto que engendre deseos, no es un cariño que participe del fuego del amor, ¡oh, no!, sino un afecto puro, un cariño casto, un querer sublime, una necesidad imperiosa de proteger a Diana amistosa y fraternalmente, pero nada más.

—Estás en un error, Aloísa: la belleza arrebatadora de Diana...

—No estoy en un error —se apresuró a replicar Aloísa—. De ello no tardaréis en estar tan convencido como yo, monseñor, porque la prueba que voy a daros os parecerá tan evidente como me parece a mi misma. Sabed que, según todas las probabilidades, la señora de Castro... ¡valor, hijo mío!..., la señora de Castro es..., ¡ay!, vuestra hermana.

—¡Mi hermana! —exclamó Gabriel, saltando sobre su asiento y poniéndose en pie como movido por un resorte—. ¡Mi hermana! —volvió a gritar, como fuera de sí—. ¿Cómo es posible que sea hermana mía, la hija del rey y de la señora de Valentinois?

—Diana de Castro nació en mayo de mil quinientos treinta y nueve, ¿no es cierto, monseñor? El conde Jacobo de Montgomery, vuestro padre, desapareció en enero del mismo año ¿Sabéis a qué sospechas fue debida su desaparición? ¿Sabéis de qué crimen acusaban a vuestro padre? De ser el amante dichoso de Diana de Poitiers y el rival preferido del delfín, hoy rey de Francia. Cotejad las fechas, monseñor, y decidme qué inferís.

¡Santo Cielo! —exclamó Gabriel—. ¡Pero, veamos... veamos! —añadió, procurando reunir todas sus energías—. Mi padre fue acusado, dices; ¿pero existen pruebas de que la acusación fuera fundada? Diana nació cinco meses después de la

muerte de mi padre; ¿pero qué prueba que no es hija del rey, que la adora como una hija?

—El rey puede engañarse, como puedo engañarme yo también, monseñor. Tened en cuenta que yo no he afirmado que Diana es vuestra hermana. Es probable que lo sea, o existe la posibilidad de que lo sea, si preferís que hable así; y si existe la posibilidad, ¿no estaba yo en el deber, ¡deber terrible!, de haceros la revelación que os he hecho? ¿Verdad que sí, desde el momento que, no haciéndola, jamás hubierais renunciado al amor de Diana? Ahora, sea vuestra conciencia el juez de vuestro amor, y Dios el Juez de vuestra conciencia.

—¡Oh! ¡Pero esta duda es mil veces más horrible que la certeza de la desgracia! ¿Quién disipará esa duda, Dios mío?

—Dos personas en el mundo, sólo dos han conocido ese secreto, monseñor, y, por tanto, sólo dos criaturas humanas habrían podido responderos: vuestro padre, sepultado en una tumba ignorada, y la señora de Valentinois, que no confesará jamás, según creo, que engañó al rey y que su hija no es hija del rey.

—¡Es verdad! —exclamó Gabriel—. Y de todas suertes, siempre resultará que, si no amo a la hija de mi padre, amo a la hija del asesino de mi padre. Es la persona del rey, es Enrique II en quien debo tomar venganza de la muerte de mi padre, ¿verdad, Aloísa?

—¡Sólo Dios puede saberlo!

—¡Por doquier confusión, tinieblas impenetrables por todas partes! ¡Oh!, ¡me volveré loco, Aloísa!, ¡pero no! —añadió con energía el joven—. ¡No quiero volverme loco todavía! Agotaré antes todos los medios que puedan conducirme al esclarecimiento de la verdad. Me presentaré a la duquesa de Valentinois, y le suplicaré que me revele su secreto, jurándole que jamás saldrá de mi pecho. Ella es cristiana, devota, y recabaré un juramento que sea garantía de su veracidad. Visitaré también a Catalina de Médicis, a cuya noticia algo habrá llegado seguramente, y finalmente veré a Diana, y puesta la mano sobre mi corazón, veré qué me dicen sus latidos. ¿Adonde no iría yo? Iría a la tumba de mi padre, Aloísa si supiese dónde encontrarla, y le llamaría con voz tan poderosa, que se levantaría de entre los muertos para contestarme.

—¡Pobre hijo mío! —murmuró Aloísa—. ¡Tan entero y valiente después de un golpe tan temible! ¡Tan animoso contra un destino tan cruel!

—Y acometeré la empresa sin perder un minuto, sin perder un instante —repuso Gabriel, como animado por un acceso de fiebre—. Son las cuatro: dentro de media hora estaré hablando con la gran senescala, una hora después con la reina, a las seis asistiré a la cita que me da Diana, y cuando esta noche vuelva a casa, Aloísa, es posible que haya levantado una punta del velo lúgubre de mi destino. ¡Hasta la noche!

—¿Nada puedo hacer para ayudaros en vuestra terrible empresa, monseñor?

—Sí, Aloísa: puedes rogar a Dios. Suplícale que me ilumine.

—Rogaré por vos y por Diana, monseñor.

Pide también por el rey —contestó Gabriel con expresión sombría.

Y salió con paso precipitado.

XIV

DIANA DE POITIERS

El condestable de Montmorency continuaba en la cámara de Diana de Poitiers y le hablaba con acento tanto más altanero, brusco e imperioso, cuanto más dulce y afable se mostraba ella.

—¡Por el infierno! —decía el condestable—. En resumidas cuentas, es vuestra hija, y tenéis sobre ella los mismos derechos y la misma autoridad que el rey: exigid, pues, que se efectúe el casamiento.

—Pero, amigo mío —suplicaba Diana—; comprended que si hasta aquí no la traté con ternura de madre, no puedo imponerle la autoridad de tal, que no puede herir quien antes no ha acariciado. Sabéis perfectamente que la señora de Angulema y yo nos hemos tratado con frialdad glacial, y que, a pesar de haber iniciado ella las atenciones, hemos continuado viéndonos muy de tarde en tarde. Por otra parte, ella ha sabido conquistarse una influencia personal grandísima en el ánimo del rey, tanto, que a estas fechas, si he de decir lo que siento, no me atrevería a apreciar cuál de las dos es más poderosa. Lo que exigís de mí amigo mío, es muy difícil, por no decir imposible. En vuestro lugar, yo renunciaría a ese proyecto de casamiento y buscaría otra alianza más brillante. El rey ha prometido a Carlos de Mayenne la mano de la niña Juana; creo que sin dificultad conseguiríamos para vuestro hijo la de la niña Margarita.

—¡Mi hijo duerme en cama, no en cuna! —replicó el condestable—. ¿Queréis decirme cómo puede contribuir al esplendor y fortuna de mi Casa una niña que principió a balbucear ayer? La señora de Castro, por el contrario, como acabáis de observar muy bien, ejerce una influencia decidida en el ánimo del rey, y he aquí por qué quiero que sea mi nuera. ¡Ira de Dios! Es bien extraño que cuando un caballero que ostenta el título del primer barón de la cristiandad se digna descender ante una bastarda, para contraer un matrimonio desigual, le salgan al paso tantos obstáculos y dificultades. Señora, por algo sois la manceba de nuestro rey, y por algo soy yo vuestro amante: a pesar de la señora de Castro, a pesar del pimpollo que adora, y a pesar del rey mismo, quiero que se realice ese matrimonio: lo quiero.

—Está bien, amigo mío —contestó con dulzura Diana de Poitiers—. Yo me encargo de lo posible, y hasta lo imposible, para que consigáis vuestro deseo. ¿Qué más puedo deciros? Pero al menos sed más amable conmigo y no me habléis con ese tono tan áspero.

Los delicados labios de la bella duquesa rozaron la barba gris y áspera del viejo condestable, que se dejó acariciar gruñendo.

Sería imposible explicar aquella pasión extraña y anormal, no atribuyéndola a una depravación singular de la famosa favorita, que prefería a un rey joven, agraciado y fino que la idolatraba, un viejo barbudo que la trataba con dureza. Y que las brusquedades de Montmorency contrastaban con las galanterías de Enrique II, y ella encontraba mayores encantos en quien la maltrataba que en el hombre que la prodigaba entusiastas adoraciones. ¡Capricho monstruoso de un corazón femenino! Anne de Montmorency no era espiritual, ni tenía talento, y gozaba justa fama de avaro y de ambicioso. Los horribles suplicios que infligió a la ciudad de Burdeos habíanle dado general y odiosa celebridad. Bravo lo era, sí, como la mayor parte de los nobles de su tiempo, pero es lo cierto que nunca fue afortunado en las batallas en que tomó parte. Asistió a las victorias de Rávena y de Marignan, sin tener mando todavía, y no supo distinguirse; en la batalla de La Bicoque, donde mandaba un regimiento de suizos, se dejó acuchillar a sus fuerzas, y en la de Pavía fue hecho prisionero. Vino a poner digno remate a sus hazañas como general la tristemente celebre jornada del día de San Lorenzo. De su ilustración militar únicamente diremos que corría parejas con sus dotes de mando. Sin el favor de Enrique II, inspirado, a no dudar, por Diana de Poitiers, habría permanecido siempre en un lugar muy secundario, tanto en los Consejos como en la guerra, y a pesar de todo, Diana le amaba, le mimaba y era su esclava sumisa. La manceba de un rey poderoso, ilustrado y joven, se arrastraba a los pies de un soldadote brutal y ridículo.

Llamaron discretamente a la puerta en aquel instante, y previo permiso de la de Poitiers, entró un paje para anunciar que el vizconde de Exmés imploraba con vivas instancias el favor de ser recibido al punto, para conferenciar con la duquesa sobre asuntos de gravedad extrema.

—¡El amante correspondido! —gruñó el condestable—. ¿Qué querrá de ti, Diana? ¿Vendrá por ventura a pedirte la mano de tu hija?

—¿Le recibo? —preguntó con humildad la favorita del rey.

—¡Sin duda alguna! Su llegada aquí puede servirnos de algo. Pero que espere un momento, que todavía conviene que cambiemos algunas palabras para ponernos de acuerdo.

Diana de Poitiers transmitió las órdenes del condestable al paje.

—La visita del vizconde de Exmés, Diana —repuso el condestable—, parece indicar que se le han presentado dificultades que no esperaba, y estas dificultades le habrán creado una situación desesperada, cuando recurre a un medio tan extremo. Préstame, pues, atención, y si sigues al pie de la letra mis instrucciones, pudiera ser que tú intervención cerca del rey, intervención que desde luego conceptúo arriesgada y expuesta a un fracaso, sea ya completamente inútil. Sea lo que sea lo que el vizconde solicite de ti, niégaselo; si te pide consejos, si te ruega que le indiques una dirección, encamínale a la opuesta por la que le convenga. Si él desea que le contestes

un *Sí*, dile rotundamente *No*, y si desea un *No*, le darás un *Sí*. Trátale con desdén, con altanería, con desprecio, cual cuadra a la digna hija del hada Melusina, de quien descendéis, al parecer, los Poitiers. ¿Me has comprendido bien, Diana? ¿Cumplirás lo que acabo de decirte?

—Punto por punto, querido condestable.

—Pues, entonces, auguro que los asuntos del galán van a embrollarse un poco. ¡Pobrecillo! ¡Meterse tan inocentemente en las fauces de la... —iba a decir de la hiena, pero conteniéndose a tiempo, prosiguió— de los lobos! Te dejo, Diana, seguro que has de dar buena cuenta de ese cándido pretendiente. Hasta la noche.

Se dignó dar un beso en la frente a Diana y salió. Inmediatamente introdujeron por otra puerta a Gabriel.

Este hizo a Diana un saludo respetuoso, que fue correspondido con otro de extrema impertinencia; pero Gabriel que se había armado de todo su valor para acometer el desigual combate que presumía que habría de entablarse entre la pasión ardiente y la vanidad helada, comenzó diciendo con bastante calma:

—Señora: la misión que me trae a vuestra presencia es, sin duda alguna, atrevida e insensata; pero se presentan a veces en la vida circunstancias tan graves, tan supremas, tan solemnes, que nos obligan a salir del círculo de las conveniencias ordinarias y de los escrúpulos habituales. En una de esas espantosas crisis del destino me encuentro yo, señora. El hombre que os habla viene a poner su vida en vuestras manos, y si vos, sorda a la voz con la piedad, la dejáis caer, mi vida se quebrará, se hará en pedazos.

Diana de Poitiers no pronunció palabra ni hizo gesto que pudiera alentar al joven. Con la barbilla apoyada sobre la palma de la mano y el codo sobre la rodilla, ligeramente inclinado el busto hacia adelante, miraba con fijeza y expresión de fastidio enojoso a Gabriel.

—Señora —repuso nuestro amigo, tratando de sacudir la dolorosa influencia que en su alma ejercía el afectado silencio de la dama—; sabéis, o acaso ignoráis que amo a la señora de Castro: la adoro con pasión profunda, ardiente, irresistible.

Los labios de Diana de Poitiers se plegaron, dibujando una sonrisa de indiferencia que parecía querer decir:

—¿Y a mí qué me importa?

—Si os hablo de este amor que me llena el alma, señora, es para significaros que puedo comprender, excusar y hasta admirar la ciega fatalidad y las exigencias implacables de la pasión. Lejos de Condenarlas, como el vulgo, de disecarlas, como los filósofos, de reprobarlas, como los sacerdotes, me postro de rodillas ante ellas y las adoro, porque opino que la pasiones son un reflejo de Dios, hacen más puro, más grande, más sublime el corazón donde penetran.

Diana de Poitiers varió de actitud: entornó los párpados y se arrellanó

negligentemente en el sillón pensando:

—¿Adonde irá a parar con su sermón?

—He dicho lo bastante para que os persuadáis, señora, de que, para mí, el amor es santo, es omnipotente. Si hoy viviera el marido de la señora de Castro, no por eso dejaría yo de amarla, no intentaría siquiera vencer un instinto que tengo por irresistible, que únicamente los amores falsos pueden ser domados, y el amor verdadero ni se evita ni se manda. Vos misma, señora, escogida y adorada por el rey más grande de la tierra, no podíais ser excepción de la regla general, no estáis libre de contagio de una pasión sincera, y si ésta hubiese penetrado en vuestro corazón, y vos no hubierais tenido fuerzas para resistirla, yo os compadecería, os envidiaría, pero no os condenaría jamás.

El mismo silencio, por parte de la señora de Valentinois, cuyo rostro no dejó traslucir más que cierta expresión de asombro burlón.

—Se enamora un rey, ¡nada más natural!, de vuestra admirable hermosura — prosiguió Gabriel con mayor calor, como si quisiera ablandar aquel pecho de bronce, comunicándole las llamas que inflamaban el suyo—. El amor del rey os conmueve, desearías corresponder a la pasión del que os adora, ¿pero se sigue de aquí que vuestro corazón haya de obedeceros por necesidad? ¡No! A la par que el rey, se presenta un apuesto caballero, valiente y leal, que os ama, y la pasión del segundo, más oscura, es cierto, pero no menos inmensa y poderosa que la del rey, inflama vuestra alma hasta la que no logró llegar jamás el amor de un rey. ¿Por ventura no sois vos también reina, reina de la hermosura, de la misma manera que el rey que os adora lo es de sus Estados? ¿No os son comunes a los dos la igualdad, la independencia, la libertad? ¿Son, acaso, los títulos los que conquistan los corazones? ¿Quién es capaz de impedirnos que un día, una hora, cediendo a vuestra generosa fe, prefirierais el vasallo al señor? No seré yo por cierto quien, dando pruebas de no saber apreciar la nobleza de sentimientos, recrimine a Diana de Poitiers por haber amado, siendo la favorita de Enrique II, al conde de Montgomery.

Diana hizo un movimiento involuntario, se incorporó a medias y abrió sus rasgados ojos verdes y claros. Eran muy contadas las personas de la corte que conocieran aquel secreto, para que no le produjeran alguna sorpresa las bruscas declaraciones de Gabriel.

—¿Tenéis pruebas materiales de ese amor? —le preguntó con cierta inquietud.

—Tengo certeza moral, señora; nada más, pero es bastante.

—¡Ah! —exclamó Diana, volviendo a su actitud desdeñosa—. Si no es más que eso... no tengo inconveniente en confesaros la verdad: he amado al conde de Montgomery. ¿Qué más queréis de mí?

Difícil era la situación de Gabriel, porque nada sabía a ciencia cierta y había de avanzar entre tinieblas y conjeturas, pero esto no obstante, prosiguió así:

Habéis amado al conde Jacobo de Montgomery, y me atreveré a añadir que amáis todavía su recuerdo, porque... hablaré claro... si desapareció del mundo, a vos lo debió. Pues bien: en su nombre vengo, señora, a formular una pregunta que os ha de parecer harto audaz, pregunta que, si os dignáis contestarla, no ha de producir otros efectos que un tesoro de gratitud y de adoración hacia vos en mi corazón. De vuestra respuesta depende mi vida, y si no me la negáis, vuestro seré eternamente en cuerpo y en alma, y no desdeñéis mi escaso valor, pues hay ocasiones en que el poder más sólido necesita de un brazo y de un corazón decididos, señora.

—Terminad, caballero —dijo la duquesa—; lleguemos ya a esa terrible pregunta.

—Necesito arrodillarme a vuestras plantas para hacerla, señora —contestó Gabriel cayendo de rodillas—. ¿Fue el año de mil quinientos treinta y ocho cuando amasteis al conde de Montgomery?

—Puede —contestó secamente Diana—. ¿Qué más?

—¿Fue en enero de mil quinientos treinta y nueve cuando desapareció el conde de Montgomery y en mayo del mismo año cuando nació Diana de Castro?

—Sí.

—Pues bien, señora —repuso Gabriel con voz que apenas se podía oír—. He aquí el secreto cuyo esclarecimiento vengo a implorar de vos, el secreto del cual depende mi suerte, y que morirá, lo juro, en mi pecho, si tenéis la dignación de descubrírmelo. Delante del crucifijo que veo sobre vuestra cabeza os lo juro, señora: me arrancarán la vida antes que la confianza que en mí depositéis. Además: aun cuando yo quisiera abusar de ella, siempre podríais desmentirme y os darían más crédito que a mí, puesto que no he de pedir os prueba alguna, sino sencillamente vuestra palabra. Señora, ¿es Jacobo de Montgomery el padre de Diana?

—¡Ah! —exclamó Diana con risa burlona—. Temeraria es, en efecto, la pregunta, caballero; tan temeraria, que ya no me sorprende el largo preámbulo que la ha precedido. Tranquilizaos, sin embargo, mi querido señor, que aunque osada en demasía, no ha despertado mi enojo contra vos. Me habéis interesado como un enigma, y aun me interesáis, porque, a la verdad, ¿qué puede importaros que Diana sea hija del rey o del conde? El rey pasa por su padre, y esto debe bastar a vuestra ambición, si es que sois ambicioso. No comprendo por qué intentáis mezclaros en interioridades que no deben interesaros ni a qué obedece vuestra extraña pretensión de interrogar el pasado. Vuestra actitud reconoce una causa: ¿tenéis inconveniente en explicármela?

—Tengo, en efecto, mis razones, pero os ruego que no me las preguntéis, señora.

—¡Muy bien! ¿Conque queréis guardar vuestro secreto y que yo os revele el mío? ¡No me parece mal! El trato, si para mí no, al menos para vos sería ventajoso.

Gabriel descolgó el crucifijo de marfil que coronaba el reclinatorio de encina tallada colocado a espaldas de Diana.

—Juradme por vuestra salvación eterna, señora —le dijo—, que no revelaréis a nadie lo que voy a deciros, ni abusaréis de mi secreto en contra mía.

—¿A qué viene ese juramento?

—Me consta que sois buena cristiana, y si me juráis por vuestra salvación eterna, os creeré.

—¿Y si me niego a jurar?

—Sellaré mis labios, señora, y vos quedaréis con el remordimiento de haberme negado la vida.

—¿Sabéis, caballero, que picáis de un modo singular mi curiosidad de mujer? Sí; el misterio de que os rodeáis tan trágicamente me atrae, lo confieso. Habéis obtenido sobre mi imaginación un triunfo completo, no me duele confesarlo, y eso que nunca creí que fuera empresa fácil intrigarme como me habéis intrigado. Os prevengo que, si juro, es con el exclusivo objeto de saber más a vuestro respecto: pura curiosidad y nada más.

—También yo os suplico con objeto de saber, pero mi curiosidad es la del acusado que espera su sentencia de muerte. ¡Curiosidad amarga y terrible! En fin: ¿tenéis la bondad prestar el juramento que os pido, señora?

—Dictadme las palabras y las repetiré, caballero.

Gabriel dictó y Diana repitió lo siguiente: «Por mi salvación, tanto en esta como en la otra vida, juro no descubrir a nadie en el mundo el secreto que vais a revelarme, no utilizarlo en forma alguna que pueda perjudicaros y obrar en todo como si lo hubiese ignorado y como si continuase ignorándol»..

—Bien, señora: principio dándoos las gracias por esta prueba primera de Condéscendencia. Y cumplido este deber elemental, pronunciaré dos palabras que bastarán para que lo comprendáis todo: Me llamo Gabriel de Montgomery y fue mi padre Jacobo de Montgomery.

—¡Vuestro padre! —exclamó Diana poniéndose en pie, conmovida y estupefacta.

—De suerte —continuó Gabriel— que si Diana de Castro es hija del Conde, la mujer a quién yo amo, o creo amar apasionadamente, es mi hermana.

—¡Ah...! ¡Comprendo... comprendo! —dijo Diana de Poitiers reponiéndose algún tanto—. ¡He aquí —pensó— lo que salva al condestable!

—Ahora, señora —añadió Gabriel, pálido, pero con voz entera—, ¿me otorgaréis la gracia de jurar sobre este crucifijo que Diana de Castro es hija del rey Enrique II? ¿No respondéis? ¡Ah...! ¿Por qué calláis, señora?

—Porque no puedo pronunciar ese juramento.

—¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Diana es hija de mi padre!

—¡Yo no digo tal, ni lo diré nunca! —exclamó Diana de Poitiers—. Diana de Castro es la hija del rey.

—¿Es cierto, señora? ¡Oh! ¡Qué buena sois! Pero, perdonad. Intereses personales

pueden moveros a hablar así. ¡Jurad, señora, jurad! ¡Jurad en nombre de vuestra hija, que os bendecirá como yo!

—No juro. ¿Por qué había de jurar?

—¡Señora... por curiosidad, sencillamente por satisfacer vuestra curiosidad acabáis de prestar un juramento análogo al que os pido; y ahora, cuando se trata de la vida de un hombre, cuando dos palabras vuestras pueden sacar dos destinos de la tenebrosa sima de la duda, preguntáis que por qué habéis de jurar!

—Repito, caballero, que no juraré —insistió Diana con fría resolución.

—Si yo me caso con Diana de Castro, y ésta es mi hermana, ¿no creéis que el crimen caerá de lleno sobre vuestra cabeza?

—No, puesto que no he jurado ni juraré.

—¡Esto es horrible, espantoso! —exclamó Gabriel—. Tened presente, señora, que puedo publicar a los cuatro vientos que habéis sido la amante del conde de Montgomery, que hicisteis traición al rey, y que yo, hijo del conde, tengo certeza plena de vuestro delito.

—Certeza moral, pero no pruebas —replicó con sonrisa maliciosa Diana, que había vuelto a adoptar su actitud altanera e impertinente—. Yo tendré el honor de desmentiros, caballero, y en nuestro desacuerdo, conforme habéis tenido la bondad de indicar vos mismo, cuando vos afirméis y yo niegue, me creerán a mí y no a vos. Añadid que nadie me impide decir al rey que habéis tenido la osadía de declararme un amor insolente, amenazándome con una campaña de calumnias si no cedía a vuestros bastardos deseos. En este caso, sin que yo os lo diga, comprenderéis que quedaríais irremisiblemente perdido, señor Gabriel de Montgomery... Pero dispensadme; tengo precisión de dejaros... Me habéis interesado mucho, pero mucho; declaro que vuestra historia es una de las más singulares.

—¡Oh! ¡Esto es infame! —gritó Gabriel, golpeándose la frente con los puños—. ¿Por qué sois mujer, o por qué soy yo caballero? ¡Pero tened cuidado, señora, os juro que no habéis jugado impunemente con un corazón ni con mi vida! ¡Ya que no me vengue yo, me vengará Dios y os castigará, porque lo que conmigo habéis hecho, repito que es infame!

El paje, a quien Diana había llamado, hizo su aparición en aquel momento: la favorita del rey saludó irónicamente a Gabriel y salió de la cámara.

—Decididamente el condestable es hombre fuerte —decía para sí Diana de Poitiers—. La fortuna es como yo: le ama... ¿Por qué diablos le amamos?

Gabriel salió con el paje, lleno de rabia y de dolor.

XV

CATALINA DE MÉDICIS

Poseía Gabriel un corazón firme y valiente; se había propuesto llevar a cabo su resolución, y aunque en el primer momento cedió bajo el peso de la consternación, no tardó en sacudir su abatimiento y con paso mesurado y seguro fue a hacerse anunciar a la reina.

No era imposible que Catalina de Médicis hubiera oído hablar de aquella tragedia, por todos ignorada, de la rivalidad de su esposo con el conde de Montgomery, y quién sabe si hasta habría tomado alguna parte en ella: Por aquella época no debía de tener más de veinte años, y era muy probable que sus celos de esposa joven, bella, y abandonada o tratada con indiferencia, la hubiesen impulsado a tener constantemente fijos los ojos en todos los actos de su rival. Con los recuerdos de la reina contaba Gabriel para utilizarlos como luz que iluminase el sendero por el que caminaba a tientas, y que necesitaba ver claro y diáfano, como hijo y como amante, bien para ser feliz, bien para tomar venganza.

Catalina recibió al vizconde de Exmés con la amabilidad excepcional con que le distinguía en todas las ocasiones.

—Sea bien venido a mi cámara el apuesto vencedor —le dijo—. ¿A qué dichosa casualidad debo el placer de recibir vuestra grata visita? Muy de tarde en tarde os dejáis ver, vizconde de Exmés, y creo que es ésta la vez primera que me pedís audiencia en nuestra cámara. Quiero que tengáis presente que hoy y siempre seréis en ella bien recibido.

—Señora —contestó Gabriel—; no sé cómo expresar mi agradecimiento...

—Dejemos a un lado vuestro agradecimiento —interrumpió la reina—, y sepamos el motivo que aquí os trae. ¿Podría yo servirlos en algo?

—Así lo espero, señora.

—¡Tanto mejor, caballero de Exmés! Si en mi mano está lo que venís a pedirme, sabed que de antemano lo tenéis concedido... y cuidado, que el ofrecimiento que acabo de haceros es algo comprometido; pero confío que no ha de abusar de él un caballero tan bizarro como vos.

—¡Dios me libre, señora! No tengo tal intención.

—Hablad, pues —dijo la reina, suspirando.

—Es un dato, señora, lo que vengo a solicitar de vuestra bondad: un dato nada más, pero este nada para mí lo es todo. He de suplicar, pues, a vuestra majestad, que me perdonéis si despierto con mi pregunta recuerdos que necesariamente han de seros dolorosos. Se trata de un suceso que se remonta al año de mil quinientos treinta y

nueve.

—Muy joven era yo por esa época: casi una niña.

—Pero ya bellísima y muy digna de ser amada, señora.

—Muchos me lo decían así —contestó la reina, encantada por el giro que tomaba la conversación.

—Y sin embargo —continuó Gabriel—, otra mujer tuvo la audacia de usurparos el derecho que habíais recibido de Dios, de vuestra alcurnia y de vuestra belleza, y esta mujer, no contenta con separar de vos, por artes mágicas y encantamientos, sin duda, los ojos y el corazón de un marido demasiado joven, y como consecuencia inexperto, hacía traición al mismo que os traicionaba a vos, y era la amante del conde de Montgomery. Pero quizás en vuestro justo desdén habréis olvidado todo esto, señora.

—¡No tal! —respondió la reina—. Tanto la aventura a que os referís como todos los manejos e intrigas a que dio lugar, continúan presentes en mi memoria. Sí: aquella mujer amó al conde de Montgomery, y más tarde, al ver que su pasión había sido descubierta, pretendió, como cobarde que era, hacer creer que su traición había sido un ardid para probar el amor del delfín. Desapareció Montgomery, probablemente por orden suya, y sus ojos no vertieron una lágrima, y a las veinticuatro horas de la desaparición de aquél, se presentaba ella en el baile, risueña, alegre y animada como nunca. Sí; me acordaré siempre de las primeras intrigas puestas en juego por esa mujer para minar mi tierna soberanía, y me acordaré, porque entonces me afligían en extremo, porque me hicieron pasar llorando muchas noches y muchos días. Pero con el tiempo fue despertando mi natural altivez, pensé que yo, por mi parte, había cumplido siempre con exceso mis deberes, di siete hijos al rey de Francia e hice respetar mi triple dignidad de esposa, de madre y de reina. Hoy no amo a mi marido; le quiero, pero con ese cariño tranquilo que llamamos amistad, quiero en él al padre de mis hijos y no le reconozco el derecho de exigir de mí otro afecto más tierno. Muchas veces me pregunto: después de haber consagrado al bien público tantos años de mi vida, ¿no he de tener derecho a dedicar algunos a mi dicha personal? ¿No he pagado bien cara mi felicidad? Si un joven leal y apasionado me ofreciera su amor, y yo no le rechazara, ¿merecería mi condescendencia el calificativo de crimen, Gabriel?

Por si las palabras de Catalina no eran bastante transparentes, las miradas con que las acompañaba se encargaban de aclarar su sentido, pero el espíritu de Gabriel estaba muy lejos de la cámara de la reina. Desde que ésta dejó de hablar de su padre, no la escuchaba: soñaba. Su ensimismamiento no desagradaba a Catalina de Médicis, porque lo interpretaba en su favor y según su deseo.

—Réstame haceros otra pregunta, la última, señora, pero, también la más grave —dijo Gabriel, rompiendo su mutismo—. ¡Qué buena sois para mí! No me sorprende, pues estaba convencido, al solicitar el honor de ser recibido por vos, de

que saldría satisfecho de vuestra presencia. Habéis hablado de afectos: desde luego os juro que podéis contar, con el mío. Pero, ¡por favor!, no dejéis incompleta vuestra obra. Puesto que conocéis la misteriosa aventura del conde de Montgomery, ¿podrías decirme si habéis oído alguna vez que se haya dudado que la señora de Castro, nacida algunos meses después de la desaparición del conde, fuese en realidad hija del rey? La maledicencia, la calumnia tal vez ¿no han propalado sospechas, o atribuido la paternidad de Diana al conde de Montgomery?

Catalina de Médicis clavó su mirada en Gabriel, como para cerciorarse de la intención con que había pronunciado sus palabras. Cuando creyó que la había descubierto, dijo sonriendo:

—Había advertido que vuestros ojos buscaban con predilección a la señora de Castro, y hasta observado que la galanteabais. Ahora comprendo la causa. Antes de dar un paso que pueda comprometeros, queréis cercioraros de la verdad: ¿no es así?, queréis saber que no os aventuráis por un camino falso, queréis tener la certidumbre de que es hija de un rey la mujer a la cual ofrecéis vuestro homenaje. Queréis evitar que, después de haberos casado con una hija legitimada de Enrique II, cualquier descubrimiento inesperado venga un día a demostraros que hicisteis esposa vuestra a una bastarda del conde de Montgomery. En una palabra: sois ambicioso, señor Exmés. No me lo neguéis, ni os defendáis, pues que no es un cargo el que os dirijo. Al contrario: vuestra ambición, acaso, os haga más acreedor a mi afecto, porque lejos de contrariar los designios que sobre vos he formado, puede venir a darles mayor impulso. Quedamos en que sois ambicioso: ¿no es cierto?

—Señora —balbuceó Gabriel—, tal vez... efectivamente...

—¡Muy bien! Mi penetración no me había engañado —repuso la reina—. ¡Pues bien! Si queréis seguir los consejos de una amiga, os diré que en interés de vuestros mismos proyectos, debéis renunciar a Diana. No os acordéis de esa muñeca. Si he de hablar con franqueza, yo no sé si es hija del rey o del conde, y hasta me parece que la última hipótesis es la más probable. De todas suertes, aunque fuera efectivamente hija del rey, no es la mujer ni el apoyo que os conviene. La duquesa de Angulema es de un natural delicado, débil, una verdadera sensitiva. Os concederé, si os empeñáis, que no carece de gracia, pero desde luego afirmo que no tiene energía, fuerza ni entereza. Ha sabido conquistarse el favor del rey, lo confieso, pero no sabrá aprovecharse de él. Vos necesitáis, Gabriel, para llegar a la realización de vuestras grandes ilusiones, un corazón viril y poderoso que os ayude en la misma medida que os ame, que os sirva y se sirva de vos, que llene las aspiraciones de vuestra alma y satisfaga los anhelos de vuestra vida. Pues bien: ese corazón, vizconde de Exmés, le habéis hallado sin saberlo.

La reina miraba con arrobamiento a Gabriel, sin advertir su sorpresa.

—Escuchad —continuó diciendo la reina—: nuestra elevada posición debe

permitirnos a nosotras, las reinas, prescindir de las conveniencias vulgares. Colocadas a la altura a que nos elevó nuestra cuna, si queremos que llegue hasta nosotras un afecto, un sentimiento tierno, nos vemos obligadas a salir al paso al afecto, y hasta a tenderle una mano. ¡Gabriel! Sois joven, gallardo, valiente, altivo y ardiente. Desde que os vi, se apoderó de mí un sentimiento desconocido, y... ¿me habré engañado?, vuestras palabras, vuestras miradas, la misma audiencia particular que hoy habéis pedido, todo, en una palabra, me hace creer que no he encontrado un ingrato.

—¡Señora! —exclamó Gabriel asustado.

—¡Sí, sí! —repuso Catalina de Médicis, sonriendo con la más seductora de sus sonrisas—. Ya veo que estáis conmovido y sorprendido... ¿Pero, verdad que no juzgáis con severidad excesiva mi sinceridad, toda vez que era de todo punto necesaria? Os lo repito: la reina debe disculpar a la mujer. Sois tímido aunque ambicioso, señor de Exmés, y si me hubieran contenido escrúpulos a los que la reina debe sobreponerse, habría perdido un afecto que es para mí un tesoro. Por esta razón he preferido anticiparme... ¡Pero, reponeros, amigo mío! ¿Tan temible soy, que nada sabéis decirme?

—¡Oh, sí... mucho! —murmuró Gabriel, pálido y consternado.

La reina, sin comprender el sentido de la exclamación, añadió sonriendo:

—Veo que no os he hecho perder la razón hasta el punto de haceros olvidar vuestros intereses, y de ello es prueba palpable el hecho de que hayáis venido a pedirme informes sobre la duquesa de Angulema. Tranquilizaos por esa parte, que no es nuestra decadencia la que yo quiero, sino vuestra grandeza, vuestro encumbramiento. Hasta hoy, Gabriel, he figurado en segunda línea, sin pretender pasar a la primera, pero sabed que llegará un día, y no está lejano, en que brille como astro de primera magnitud. Diana de Poitiers tiene ya muchos años y no conservará mucho tiempo su belleza y su poderío. El día que decaiga su prestigio, alboreará mi reinado, y os prevengo que sabré reinar, Gabriel; de ello son garantía suficiente los instintos de dominación que bullen en mi alma, si no lo fuera ya bastante la sangre de los Médicis que corre por mis venas. El rey se convencerá un día de que en sus Estados no hay consejero más hábil, diestro y experimentado que yo; y entonces, Gabriel, ¿a qué no podrá aspirar el hombre que haya unido su fortuna a la mía, cuando ésta no había salido todavía de la oscuridad? ¿El hombre que habrá amado en mí a la mujer y no a la reina? ¿La señora y dueña del reino no habrá de premiar dignamente al que se haya consagrado a Catalina? ¿Aquel hombre no será su segundo, su brazo derecho, su igual, el verdadero rey, junto a otro que será fantasma de rey? ¿No dispondrá de todas las dignidades, de todas las fuerzas de Francia? El sueño es hermoso, encantador... ¿verdad, Gabriel? Pues bien: ¿queréis ser ese hombre, amigo mío? —terminó, tendiendo su diestra a nuestro amigo.

Gabriel hincó una rodilla en tierra y besó aquella mano blanca y perfecta, pero

hombre de un carácter incompatible con el fingimiento, de un alma demasiado leal para poder avenirse con las mentiras y demostraciones de un amor que no sentía, puesto en la alternativa de mentir o de afrontar un peligro, optó sin titubear por lo segundo, y alzando su noble frente, dijo:

—Señora: el humilde caballero que veis postrado a vuestras plantas os suplica que le consideréis como el más sumiso y rendido de vuestros servidores, pero...

—Pero —interrumpió sonriendo Catalina de Médicis— no es esa la veneración que se os pide, mi apuesto caballero.

—Pero, señora —continuó Gabriel—, al dirigirme a vos, me es imposible servirme de palabras más tiernas, de frases más dulces, porque... ¡Perdonadme!, antes de tener la dicha de conoceros a vos, conocí y amé a Diana de Castro, y en mi corazón, lleno de la imagen de otra mujer, nunca podrá tener cabida otro amor, ni aun el de una reina.

—¡Ah! —se limitó a exclamar Catalina, pálida la frente y convulsos los labios.

Gabriel, con la frente inclinada, pero sin temblar, esperaba el estallido de la tempestad de indignación y de desprecio que no podía menos de caer sobre su cabeza, desprecio e indignación que estallaron en efecto, aunque no sin que les precediera un lapso de tiempo de algunos minutos de embarazoso silencio.

—¿Sabéis, vizconde de Exmés —dijo Catalina de Médicis, conteniendo a costa de grandes esfuerzos su voz y su cólera—, sabéis que pecáis de audaz, por no decir de insolente? ¿Quién os ha hablado de amor, caballero? ¿Qué os hizo creer que se trataba de atentar contra vuestra virtud? ¡Preciso es que os hayáis formado una idea demasiado vana de vuestros merecimientos, y que vuestra imprudencia corra pareja con vuestra vanidad, para atreveros a interpretar tan torcidamente mis palabras y a explicaros con temeridad incomprensible una benevolencia que sólo anduvo torpe al ser dirigida a un objeto tan indigno! No olvidéis que habéis insultado indignamente a la mujer y a la reina.

—¡Oh, señora! ¡Creed que mi religioso respeto...!

—¡Basta! —interrumpió Catalina—. ¡Repito que me habéis insultado y que vinisteis aquí con el deliberado propósito de ultrajarme! ¿Por qué estáis en esta cámara? ¿Qué móvil os trajo? ¿Qué me importan vuestros amores, ni Diana de Castro, ni nada de lo que os atañe? ¡Veníais a buscar informes...! ¡Pretexto ridículo! ¿Pretendíais hacer de una reina de Francia un agente de policía de vuestra pasión? ¡Vuestra conducta es indigna, insensata y ultrajante!

—¡No, señora! —replicó Gabriel poniéndose en pie con gallardía—. No creo que signifique ultraje para vos el hecho de haber encontrado un hombre honrado que ha preferido heriros que engañaros.

—¡Callad, caballero! ¡Os mando callar y salir! Podéis dar gracias a Dios si no me entran deseos de descubrir al rey vuestra despreciable audacia; pero os prevengo que

jamás os pongáis en mi presencia, y os aconsejo que, de hoy en adelante, veáis en Catalina de Médicis vuestra enemiga más implacable... ¡Sí!... ¡Nos encontraremos, señor de Exmés, descuidad! ¡Salid!

Gabriel saludó a la reina y salió de la cámara sin decir palabra.

—¡Vamos! —murmuró al encontrarse solo—. ¡Ya tenemos un enemigo más! ¡Pero a bien que me importaría muy poco el odio de la reina si hubiese descubierto algo concreto acerca de mi padre y de Diana! ¡Enemigas implacables más la manceba del rey y la reina! Puede que el destino me arrastre a ser también enemigo del rey... Pero vamos ahora a ver a Diana, que es la hora de la cita, y Dios haga que no me separe más triste y desolado de la mujer que me ama que de las que me odian a muerte.

XVI

¿AMANTE O HERMANO?

Cuando Jacinta introdujo a Gabriel en la cámara que Diana de Castro, como hija legitimada del rey, ocupaba en el Louvre, esta última, en un acceso de efusión pura e ingenua, salió corriendo al encuentro de su amado, sin disimular su inefable alegría. Es de presumir que no hubiera retirado su frente si aquél hubiese aproximado a ella sus labios, pero Gabriel se contentó con estrechar su mano.

—¡Al fin te veo, Gabriel! —dijo ella—. ¡Si supieras con cuánta impaciencia te esperaba, bien mío! Desde que te avisé que vinieras, no sé dónde derramar la dicha que desborda en mi alma. Estoy tan contenta, que hablo sola y río sola, y hasta me parece que estoy loca. Pero ya estás aquí, Gabriel, ya podemos ser felices los dos... ¿Pero, qué te pasa, querido mío? Te encuentro frío, grave, casi triste... ¿Con esa cara de aflicción, con esa actitud de reserva pretendes demostrarme tu cariño y testimoniar a Dios y a mi padre tu reconocimiento?

—¿A tu padre...? Sí; hablemos de tu padre, Diana. En cuanto a esta gravedad mía que tanto te sorprende, hija es de la costumbre que he adquirido de acoger con frente severa los favores de la fortuna. Siempre desconfié de sus sonrisas, sin duda porque hasta aquí no me las ha prodigado, y porque me ha enseñado la experiencia que casi siempre sus favores son presagio cierto de desgracia.

—Ignoraba que fueras tan filósofo y tan desgraciado, Gabriel —replicó la joven, entre enojada y alegre—. Pero dejemos eso: decías que querías que hablásemos del rey, y cree que me parece lo más acertado. ¡Qué bueno es, y qué generoso, Gabriel!

—Sí, Diana... y te quiere mucho, ¿verdad?

—Con bondad y ternura infinitas, Gabriel.

—¡Claro! ¡Estará muy creído de que es su hija! —dijo para sí Gabriel—. Una cosa me maravilla, Diana —continuó en voz alta—: ¿cómo el rey, en cuyo corazón debía palpar el presentimiento del cariño entrañable que un día te profesaría, ha podido pasar doce años sin verte ni conocerte, y dejarte relegada en Vimoutiers, abandonada y desconocida? ¿No le has preguntado, Diana, la razón de tan extraña indiferencia? Porque es difícil, Diana, conciliar tamaño olvido con el cariño que ahora te prodiga.

—¡Pobre padre mío! ¡No era él quien me tenía olvidada!

—¿Quién, entonces?

—¿Quién? Diana de Poitiers, a quien no sé si debo llamar madre.

—¿Y por qué se resignaba ella a tenerte abandonada, Diana? ¿No debía, por el contrario, alegrarse y enorgullecerse a los ojos del rey por ser tu madre, ya que tu

nacimiento le daba un título más a su amor? ¿Qué podía temer? Su marido había muerto... su padre también...

—Confieso, Gabriel, que me sería difícil, por no decir imposible, comprender y menos explicar la altivez singular que ha movido a la señora de Valentinois a no reconocirme oficialmente como hija suya. No ignoras, Gabriel mío, que en un principio alcanzó del rey que mi nacimiento quedara en el misterio, y es posible que sepas o adivines que, si al fin fui llamada a la corte, debióse a las reiteradas instancias de mi padre, instancias que llegaron a ser órdenes terminantes. Aun así, no ha querido la duquesa que figure su nombre en el acta de mi legitimación. No me quejo, Gabriel, puesto que gracias a ese orgullo inexplicable de mi madre pude conocerte y amarte, y ser conocida y amada por ti, pero no he dejado de pensar algunas veces con sentimiento en la aversión que parece inspirar a mi madre todo lo que conmigo se relaciona.

—¡Aversión que pudiera muy bien ser remordimiento! —pensó Gabriel con espanto—. Sabía engañar al rey, pero no sin sentir vacilaciones, sin temor...

—¿En qué estás pensando, Gabriel mío? ¿Por qué me haces esas preguntas?

—Por nada; son consecuencia de dudas de mi espíritu inquieto. No te preocupes, Diana, porque si es verdad que tu madre te trata con cierto desvío, si lejos de profesarte afecto te tiene casi aversión, no lo es menos que tu padre compensa su frialdad con tesoros de ternura, y tú, por tu parte, si en presencia de la Valentinois te encuentras cohibida, en cambio en la del rey tu corazón se dilata, ¿verdad?, y reconoce en él a un verdadero padre.

—¡Oh, nada más cierto! Desde el primer día que le vi y me habló con tanta bondad, me sentí atraída hacia él. No es por política, no es por reflexión, por deseo de corresponder a sus atenciones, por lo que estoy cariñosa con él, sino por instinto. Si no fuese el rey, ni mi bienhechor y protector, le querría lo mismo: ¡es mi padre!

—Sí, Diana. ¡Esas sensaciones, ese instinto, no engañan nunca! —exclamó Gabriel con júbilo—. ¡Mi querida, mi adorada Diana! Es realmente adorable que quieras tanto a tu padre, que en presencia suya te sientas conmovida: tu dulce cariño filial te honra, ángel mío.

—No te honra menos a ti comprender y aprobar mi ternura. Pero después de haber hablado de mi padre, del amor que me tiene y del que yo le profeso, y hasta de nuestras obligaciones con respecto a él, creo, Gabriel, que hora es de que dediquemos algunos minutos al nuestro, ¿no te parece? ¡Qué quieres! El egoísmo es planta que crece en todos los corazones humanos —añadió Diana, con aquella encantadora ingenuidad que le era propia—. Estoy segura de que, si el rey estuviese aquí, me reñiría porque no me limito a pensar en mí, o mejor dicho, en nosotros. ¿Quieres que te repita las palabras que me dirigía hace muy poco? «¡Sé feliz, idolatrada hija mía!, sé feliz, porque siéndolo tú lo seré yo». Conque, caballero, pagadas nuestras deudas

de reconocimiento, pensemos en nosotros mismos.

—¡Eso es... sí... eso es! —exclamó Gabriel sin conseguir disipar sus preocupaciones—. Entreguémonos a la ternura que nos une y nos unirá eternamente. Analicemos nuestros corazones, veamos lo que en ellos pasa y contémonos mutuamente lo que palpita en el fondo de nuestras almas.

—¡Encantador! —dijo Diana—. ¡Sí, sí! ¡Será encantador!

—Efectivamente... encantador —repitió con tristeza Gabriel—. Para comenzar, Diana, explícame qué sientes por mí... Dime: ¿me quieres menos que a tu padre?

—¡Ah, celoso! —exclamó Diana riendo—. Únicamente podré decirte que te quiero de otro modo diferente, porque no es fácil explicar eso, no, ni mucho menos. Cuando me encuentro al lado del rey, siento una tranquilidad, una calma deliciosa, mi corazón late sin violencia, como de ordinario, pero cuando te veo a ti, invade todo mi ser una turbación singular que me extasía y me hace daño a la par. A mi padre le digo las frases cariñosas y dulces que se me vienen a la boca en presencia del mundo entero, pero a ti, me parece que, delante de otras personas, no he de poder decirte nunca, ni aun cuando sea tu mujer, ¡*Gabriel mío!* En una palabra: el gozo que siento delante de mi padre es tranquilo, y en la misma medida, la dicha que me produce tu presencia es inquieta... iba a decir dolorosa, si bien este dolor es más delicioso que aquella calma.

—¡Calla, oh, calla, Diana! —gritó Gabriel con extravío—. ¡Sí... me amas, y tu amor me espanta... me consuela, quise decir, porque Dios no habría permitido ese amor si tú no pudieras amarme!

—¡Me confundes, Gabriel! ¿Qué significan tus palabras? ¿Por qué mi confesión, que tengo derecho a hacerte, puesto que vas a ser mi marido, te pone fuera de ti? ¿Qué peligros puede encubrir mi amor?

—Ninguno, Diana adorada, ninguno; no hagas caso de lo que digo. Me pone fuera de mí... la alegría... eso es, la alegría, una alegría que me extasía, que me enloquece, que me produce vértigo. Sin embargo, no siempre me has amado con este amor, no siempre mi presencia te ha producido inquietud, sufrimiento... Cuando paseábamos juntos por las arboledas de Vimoutiers, tan sólo te inspiraba yo un afecto... fraternal.

—Entonces era una niña —replicó Diana—. No había pasado seis años de soledad pensando en ti, pero desde aquellos días, mi amor ha crecido a la par que mi persona. Ni había vivido tampoco en el seno de una corte cuya corrupción de lenguaje y de costumbres me han hecho querer y apreciar más y más nuestra pasión santa y pura.

—¡Es verdad, Diana, es verdad!

—Ahora, bien mío, te toca a ti: dime lo que sientes por mí, descúbreme tu corazón, como te he descubierto yo el mío. Si mis palabras te han servido de

consuelo, haz que tu voz venga a halagar mi oído, diciéndome cuánto me amas.

—Yo no sé, no puedo expresar lo que siento por ti. ¡No me preguntes, Diana! ¡No exijas que me interrogue a mí mismo, porque sería espantoso!

—¡Gabriel, por Dios! —exclamó Diana consternada—. ¡Esas palabras sí que son espantosas!... ¿No lo comprendes? ¿Ni siquiera quieres decirme que me amas?

—¡Sí, te amo, Diana! ¡Me pregunta si la amo...! ¡Sí! ¡Te amo como un insensato... tal vez como un criminal!

—¡Como un criminal! —repitió Diana atónita—. ¿Qué crimen puede haber en nuestro amor? ¿No somos libres los dos? ¿No accede mi padre a nuestra unión? Un amor como el nuestro regocija a Dios y a sus ángeles.

—¡Haced, Señor, que no blasfeme! —dijo para sí Gabriel—. ¡Que no blasfeme Diana, como tal vez blasfemé yo no ha mucho hablando con Aloísa!

—¿Pero qué tienes, Gabriel? ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Cómo abrigas esos temores quiméricos, tú, tan animoso de ordinario? A mí no me da miedo estar a tu lado, porque sé que estoy tan segura como al de mi padre... ¡Mira! Para que vuelvas en ti, para que recobres la vida y seas feliz, quiero estrechar mi pecho contra el tuyo, ¡oh, mi esposo adorado!, y sin el menor escrúpulo, acerco mi frente a tus labios.

Así diciendo, con sonrisa encantadora, aproximó su inmaculado rostro al de su amado y su mirada de ángel solicitó una casta caricia.

—¡Vete... no! —gritó Gabriel, rechazándola con terror—. ¡Vete...! ¡Huye...! ¡Déjame!

—¡Dios mío! —gimió Diana, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo—. ¡Me rechaza...! ¡No me ama...!

—¡Demasiado! —replicó Gabriel.

—¡No te causarían horror mis caricias si me amaras, Gabriel!

—¿Crees que me causan horror? —preguntó Gabriel, poseído de otro espanto—. ¿Es mi instinto el que las rechaza? ¿Es mi razón? ¡Ah! ¡Acércate, Diana! ¡Deja que vea, que sepa, que sienta! ¡Deja que pose mis labios en tu frente... será un beso de hermano, un beso que puede permitirse sin pecar un prometido esposo!

Atrajo hacia sí a Diana y la besó en los cabellos.

—¡Me engañaba, sí! —exclamó—. No es la voz de la sangre la que despierta, es la del amor la que grita y me enloquece... ¡La reconozco, sí, la reconozco muy bien! ¡Oh... cuánta felicidad!

—¿Qué estás diciendo, dueño mío? Pero no... Has dicho que me amas, y esto es lo que quería saber.

—¡Oh, sí! ¡Te amo, ángel adorado, te amo con pasión, con anhelo, con frenesí! Te amo tanto, que al sentir los latidos de tu corazón repercutir en mi pecho, me ha parecido que el Cielo... ¡el Infierno más bien! —dijo Gabriel gritando y desprendiéndose de Diana—. ¡Vete...! ¡Vete, desventurada! ¡Huye... huye de mí,

porque estoy maldito!

Y desapareció como un loco de la estancia, dejando a Diana muda de terror.

Sin saber a dónde iba ni qué hacía, el desventurado bajó maquinalmente la escalera tambaleándose como si estuviera embriagado. Las pruebas terribles que acababa de sufrir su corazón le habían puesto fuera de sí. Al cruzar la gran galería de palacio, sus ojos se cerraron a su pesar, flaqueáronle las piernas, dobló las rodillas y, apoyándose contra la pared, murmuró:

—¡Presentía que él ángel me haría sufrir más que los demonios!

Segundos después caía desvanecido.

Era ya de noche y nadie pasaba a aquellas horas por la galería.

Volvióle a la vida el roce de una mano delicada que resbalaba por su frente y el dulce sonido de una voz que penetraba en su alma. Abrió los ojos. A su lado estaba la reina delfina María Estuardo, con una bujía encendida en la mano.

—¡Qué felicidad! ¡Otro ángel! —dijo Gabriel.

—¿Sois vos, señor Exmés? —preguntó María Estuardo—. ¡Qué susto me habéis dado! Os creí muerto... ¿Qué tenéis? ¡Os veo pálido... muy pálido!... ¿Os sentís mejor? Llamaré, si queréis.

—No es necesario, señora —respondió Gabriel sonriendo—. Vuestra voz me ha vuelto a la vida.

—Yo os ayudaré... ¡Pobre joven! Estáis desfallecido... ¿Os dio algún vahído? Pasaba por aquí y os vi, y no tuve fuerzas para pedir socorro. La reflexión me dio ánimos para acercarme, pero creed que he necesitado más valor del que creía tener. Puse mi mano sobre vuestra frente, y la encontré helada; os llamé, y al cabo habéis recobrado el sentido... ¿Continúa la mejoría?

—Sí, señora, y Dios os bendiga por tanta bondad. Voy recordando lo que me ha pasado: me atacó un dolor horrible en las sienes como si me las estrujasen con un círculo de hierro; se doblaron mis rodillas y caí en este sitio. ¿Pero cuál fue la causa de mi espantoso dolor?... ¡Ah... ya recuerdo también! ¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡De todo me acuerdo ya!

—Alguna pesadumbre, ¿verdad? —preguntó María Estuardo—. Sí; eso ha debido de ser, pues sólo el recuerdo de lo que motivó vuestros sufrimientos ha cubierto de palidez vuestro rostro. ¡Vamos! Apoyaos en mi brazo. No temáis, que tengo bastantes fuerzas. Voy a llamar y a hacer que os acompañen a vuestra casa.

—Gracias, señora, muchas gracias —contestó Gabriel, reuniendo todas sus fuerzas y energías—. Creo que tengo vigor suficiente para llegar a mi casa sin que sea necesario que me acompañen; ya veis que ando con paso bastante firme. No por ello os agradezco menos vuestro interés, señora, y creed que mientras viva, recordaré vuestras bondades. Os habéis aparecido como un ángel consolador en una crisis de mi destino, y sólo la muerte, señora, podrá borrar de mi corazón este recuerdo.

—¡Por Dios, no exageréis! ¡Es muy natural lo que he hecho! Lo que acabo de hacer por vos, vizconde de Exmés, lo habría hecho por cualquiera persona que hubiese encontrado en vuestro estado, y con vos con mayor motivo, ya que me consta que sois amigo de mi tío el duque de Guisa. No me deis, pues, las gracias, que el servicio ha sido bien pequeño.

—Vuestro servicio, señora, aun suponiéndole pequeño, fue inmenso para mí, dado el dolor horrible que me mataba. No queréis que os lo agradezca, pero es lo cierto que lo recordaré eternamente. Adiós, señora.

—Adiós, vizconde de Exmés. Cuidaos mucho, y haced por consolaros.

María Estuardo alargó una mano, que Gabriel besó con respeto, y se separó de nuestro amigo, tomando dirección opuesta a la que tomó éste.

Al salir Gabriel del Louvre, se dirigió por la orilla del río a la calle de los Jardines, llegando a su casa media hora después. Ni un solo pensamiento se agitaba en su cerebro, pero, en cambio, laceraban su corazón atroces sufrimientos.

Aloísa le esperaba con ansiedad.

—¿Qué tenemos? —le preguntó.

Gabriel dominó un nuevo vahído que le amagaba. Hubiese querido llorar, pero le fue imposible.

—¡No sé nada, Aloísa! —contestó con voz alterada—. ¡Todos están mudos, tanto aquellas mujeres como mi corazón! ¡No sé más sino que mi frente está helada y arde al mismo tiempo!... ¡Dios mío!...

—¡Valor, monseñor!

—Valor lo tengo... ¡pero, gracias a Dios, voy a morir!

Y cayó de espaldas sobre el pavimento.

XVII

EL HORÓSCOPO

—Vivirá el enfermo, señora Aloísa. Como el peligro ha sido grave, la convalecencia será larga. Las sangrías han debilitado en extremo al pobre joven, pero vivirá, no lo dudéis, y dad gracias a Dios que le envió la enfermedad, porque el aniquilamiento de su cuerpo ha atenuado el golpe que ha recibido su alma. Muy pocas veces se cura de heridas de esta clase, y la que recibió nuestro enfermo pudo ser mortal, y aún pudiera serlo.

El médico que hablaba así era un hombre de elevada estatura, frente espaciosa y prominente, y mirada profunda y escudriñadora. El vulgo le llamaba doctor Nostredame, pero él, cuando escribía a alguna persona instruida, se firmaba *Nostradamus*. No parecía tener arriba de cincuenta años.

—¡Parece imposible, señor! —respondió Aloísa—. Desde el día siete de junio por la noche está en esa cama; hoy estamos a dos de julio, y en todo ese tiempo no ha hablado una sola palabra, ni ha dado señales de verme ni de conocerme. ¡Jesús... si parece un muerto! ¡Tomáis su mano, y ni siquiera se da de ello cuenta!

—Tanto mejor, señora Aloísa, tanto mejor. Cuanto más tarde en acordarse de sus desventuras, mejor para él. Si, como espero, continúa un mes sumido en ese estado de languidez que tanto os alarma, falto de inteligencia y de memoria, se salvará: respondo de su vida.

—¡Que viva, Dios mío! —exclamó Aloísa, elevando al cielo una mirada suplicante.

—Se ha salvado ya, si no sufre una recaída, y así podéis comunicarlo a la linda doncellita que viene dos veces todos los días a enterarse de su estado. Apostaría a que tenemos de por medio una dama distinguida, apasionada de nuestro enfermo: ¿verdad? Los grandes amores son casi siempre encantadores, pero a las veces resultan fatales.

—¡Fatal muy fatal es en nuestro caso, doctor Nostredame! —exclamó suspirando Aloísa.

—¡Dios quiera que salga de su pasión tan bien como de su enfermedad, señora Aloísa! Presumo que enfermedad y pasión son dos efectos nacidos de una sola causa, y si así es, yo respondo de que curará de la una, pero no garantizo que sane de la otra.

Nostradamus abrió la mano delicada e inerte del joven y observó con atención escrupulosa la palma. Estiró la piel hacia el espacio comprendido entre los dedos índice y medio y pareció como si buscara en su memoria un recuerdo que no lograba encontrar.

—¡Es particular! —dijo a media voz, y como hablando para sí—. He examinado varias veces esta mano, y siempre me ha parecido que la reconocí ya en otra época lejana. ¿Pero qué signos llamaron entonces mi atención? La línea mensal es favorable, la del medio dudosa, y la de la vida perfecta: todo ello es ordinario. La cualidad dominante de este joven debe de ser una voluntad firme, rígida, rectilínea, implacable como la flecha dirigida por mano segura. Pero no es esto lo que otras veces llamó mi atención. Por añadidura, mis recuerdos están muy confusos, lo que demuestra que son antiguos, y esto no se compagina con la edad del joven, que tendrá a lo sumo veinticinco años: ¿no es verdad, señora Aloísa?

—Sólo tiene veinticuatro, señor.

—Es decir, que nació en mil quinientos treinta y tres... ¿podrías decirme en qué día, señora Aloísa?

—El seis de marzo.

—¿No sabéis si fue por la mañana o por la...?

—Me encontraba junto a su madre cuando el alumbramiento: monseñor Gabriel nació al sonar las seis y media de la mañana.

Nostradamus tomó nota de todas estas circunstancias.

—Veré cuál era el estado del cielo aquel día y a aquella hora —dijo—. Si el vizconde de Exmés tuviera veinte años más, juraría que yo había tenido hace mucho tiempo su mano entre las mías. En medio de todo, no sé por qué me preocupo, que no es el hechicero, como el vulgo suele llamarle, el que hace falta aquí, sino el médico, y el médico, Aloísa, repite que responde de la vida del enfermo.

—Dispensad, señor —observó con honda tristeza Aloísa—; habéis dicho que respondíais de la curación de la enfermedad, pero no de que sane de la pasión.

—¡La pasión! —repitió sonriendo Nostradamus—. La presencia de la linda criadita, que viene a esta casa dos veces diarias, paréceme que prueba que no lucha nuestro galán con una pasión sin esperanza.

—¡Sin esperanza, señor Nostredame, sí! ¡Fatalmente sin esperanza!

—¡No lo puedo creer, señora Aloísa! El vizconde de Exmés, rico, joven, valiente y agraciado, no sufre largos desdenes de las damas en unos tiempos como los que corremos. Podrán aplazarle el Sí delicioso, pero nada más.

—Supongamos que no es así; supongamos que mi señor vuelve a la vida y a la razón, y que el único pensamiento que hiere su razón resucitada es este: «La mujer que adoro está irrevocablemente perdida para m». ¿qué sucederá?

—Quiero creer, Aloísa, que vuestra suposición carece de fundamento serio, porque si lo tuviera, produciría efectos terribles. Un dolor tan intenso en un cerebro tan débil podría ser fatal. Si hemos de juzgar de los hombres por sus facciones y expresión de su mirada, vuestro señor, Aloísa, no es un joven superficial. En el caso presente, su voluntad enérgica y poderosa envuelve un peligro más, y si aquella

voluntad se estrellaba contra un imposible, el choque podría determinar la pérdida de su vida.

—¡Jesús! —exclamó Aloísa—. ¡Morirá mi hijo!

—En el caso más favorable, correría el peligro de que se presentase de nuevo la inflamación de su cerebro —repuso Nostradamus—. Pero no nos apuremos, que siempre hallaremos medio de hacer brillar ante sus ojos un rayo de esperanza. Que vislumbre él una probabilidad de ser feliz, por remota, por fugitiva que sea, y le tenemos salvado.

—¡Entonces, se salvará! —dijo Aloísa con acento y expresión sombríos—. Señor Nostradamus, muchas gracias.

Transcurrida una semana, Gabriel parecía como si fuera buscando su razón. Fácil era ver que no la había encontrado, pero sus ojos de mirar vago y sin expresión interrogaban los semblantes y los objetos. Ya no era una masa inerte; comenzaba a secundar los movimientos que manos extrañas imprimían a su cuerpo, a veces se incorporaba, y por regla general, tomaba los brebajes que le presentaba Nostradamus.

Cuidábale con tierna solicitud Aloísa, siempre vigilante, siempre infatigable, siempre en pie a la cabecera de su lecho.

Pasó otra semana, y Gabriel pudo hablar. No brillaba muy clara la luz en el caos de su inteligencia, el enfermo pronunciaba frases incoherentes y sin ilación, pero en medio de sus despropósitos, casi siempre aquéllas se referían a sucesos pasados de su vida. Aloísa principiaba a temer, cuando el médico se hallaba cerca, que el enfermo llegase a revelar alguno de sus secretos.

Los hechos se encargaron de demostrar que los temores de la leal nodriza no eran infundados. Un día, Gabriel, durante uno de sus sopores causados por la fiebre, dijo en presencia de Nostradamus:

—¿Creéis que me llamo el vizconde de Exmés? Os engañáis: soy el conde de Montgomery.

—¡Silencio! —exclamó vivamente Aloísa, apresurándose a poner su mano sobre la boca del enfermo.

—¡El conde de Montgomery! —repitió Nostradamus, como recordando.

Despidióse el médico sin que Gabriel hubiera añadido una palabra más, y como ni al día siguiente ni en los sucesivos hiciera referencia a las palabras que el enfermo dejó escapar, Aloísa temió despertar su atención si recordaba lo que su señor tenía tanto interés en ocultar y el incidente parecía olvidado por ambos.

La mejoría de Gabriel progresaba considerablemente. Reconocía ya a Aloísa y a Martín Guerra, pedía lo que le hacía falta y hablaba con dulzura impregnada de tristeza, indicios todos de que había recobrado la razón.

Un día, en el que dejaba por primera vez el lecho, preguntó a su nodriza:

—¿Y la guerra, Aloísa?

—¿Qué guerra, monseñor?

—La guerra contra España e Inglaterra.

—¡Ah, monseñor! Las noticias son terribles. Dicen que los españoles, reforzados por doce mil ingleses, han invadido la Picardía: los combates se libran en la frontera.

—Tanto mejor —respondió Gabriel.

Aloísa atribuyó esta respuesta a un resto de delirio.

Al día siguiente, Gabriel preguntó, con evidente presencia de espíritu:

—¿No te pregunté ayer si ha regresado de Italia el duque de Guisa?

—Está en camino, monseñor —respondió sorprendida Aloísa.

—Muy bien... ¿Y a cuántos estamos?

—Hoy es martes, día cuatro de agosto, monseñor.

—El siete se cumplirán dos meses desde que caí en este lecho de dolor.

—¡Oh! —exclamó Aloísa temblando—. ¡Cómo se acuerda monseñor!

—Sí, Aloísa, me acuerdo; pero si yo no he olvidado a nadie —dijo con profunda tristeza—, paréceme que alguien me ha olvidado a mí. En todo este tiempo nadie ha venido a preguntar por mí, ¿verdad, Aloísa?

—¡Sí tal, monseñor! —contestó con voz alterada la nodriza, que procuraba ver en el semblante del enfermo el efecto que producían sus palabras—. Dos veces todos los días ha venido una doncella llamada Jacinta a preguntar por el estado de vuestra salud. Desde hace quince días, es decir, desde que se inició vuestra mejoría, no ha vuelto.

—¡No ha vuelto! ¿Sabes la causa, Aloísa?

—Sí, monseñor: según me dijo Jacinta la vez última que vino, su señora había conseguido del rey permiso para retirarse a un convento hasta la terminación de la guerra.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó Gabriel, con dulce y melancólica sonrisa.

Mientras una lágrima, la primera que en dos meses brotó de sus ojos, rodaba lenta por sus mejillas, añadió:

—¡Querida Diana!

—¡Oh, monseñor! —exclamó Aloísa transportada de júbilo—. Habéis pronunciado ese nombre... sin conmoveros, sin desfallecer... ¡Se ha equivocado Nostradamus...! Monseñor se ha salvado, vivirá, sin que yo tenga necesidad de faltar a mi juramento.

La alegría enloquecía, como se ve, a la buena nodriza, pero, por fortuna, Gabriel no comprendió sus últimas palabras.

—Sí, mi querida Aloísa —dijo sonriendo con amargura—; me he salvado, y con todo, no viviré.

—¿Por qué, monseñor?

—El cuerpo ha resistido como un valiente, pero el alma, Aloísa, el alma está

herida de muerte. Saldré de esta larga enfermedad, no me cabe duda, me dejo curar como ves, pero por dicha, hablan con estruendo las armas en la frontera, yo soy capitán de guardias, y mi puesto está donde se baten. En cuanto pueda sostenerme a caballo, iré a la guerra, y en la primera batalla en que tome parte, Aloísa, yo me las compondré de manera que no salga de ella con vida.

—¡Queréis hacerlos matar! ¡Virgen santa...! ¿Por qué, monseñor, por qué?

—Porque Diana de Poitiers no ha querido hablar, Aloísa; porque Diana de Castro puede ser mi hermana, y porque yo adoro como un loco a Diana de Castro. Porque el rey tal vez mandó asesinar a mi padre, y porque yo no puedo castigar al rey sin tener certeza de su crimen. Ahora bien: no pudiendo vengar a mi padre, y siéndome imposible casarme con Diana, no sé, en verdad, Aloísa, qué es lo que voy a hacer en el mundo. Y ya tienes explicado por qué quiero hacerme matar.

—¡No, monseñor, no os haréis matar! —replicó la nodriza con expresión sombría—. No os haréis matar, porque tenéis que llevar a cabo una misión terrible... yo os lo aseguro. Pero no me preguntéis hoy, que estoy resuelta a no hablaros de ella hasta que os vea completamente restablecido, hasta que Nostradamus me asegure que puedo hacerlo sin riesgo.

Llegó el día de la revelación, y fue el martes de la semana siguiente. Gabriel había salido ya tres veces a la calle, y hacía sus preparativos de marcha, y Nostradamus había dicho que haría una visita a su convaleciente, pero que sería la última.

En uno de los momentos en que Aloísa se hallaba a solas con Gabriel, le dijo:

—¿Habéis reflexionado maduramente sobre la resolución extrema que estabais dispuesto a tomar? ¿Persistís en ella?

—Persisto —contestó Gabriel.

—¿De modo que pensáis hacerlos matar?

—Quiero hacerme matar.

—¿Y por qué? ¿Porque no habéis hallado medio de averiguar si Diana es o no hermana vuestra?

—Precisamente.

—¿Habéis olvidado, monseñor, las palabras que os dije, encaminadas a ponerlos en vía de descubrir el terrible secreto?

—¡Al pie de la letra! Me dijiste que Dios, en el otro mundo, y dos personas en éste, eran los únicos poseedores del secreto. Los dos seres humanos que me nombraste fueron Diana de Poitiers y el conde de Montgomery, mi padre. He suplicado, conjurado, amenazado a Diana de Poitiers, y me he separado de ella más triste, más incierto, más desesperado que nunca.

—Pero os dije algo más, monseñor, que calláis —replicó Aloísa—; os dije que acaso fuera preciso pedir la revelación del secreto al mismo conde de Montgomery, y

vos contestasteis que descenderíais sin palidecer al fondo de la tumba de vuestro padre, para arrancarle a éste el secreto.

—¿Cómo, si ni siquiera sé dónde está su tumba?

—Tampoco lo sé yo, monseñor, pero se busca.

—Y aun cuando la encontrase, Aloísa, nada conseguiría. Los muertos no hablan y Dios no iba a hacer un milagro.

—Los muertos no hablan, pero sí los vivos.

—¡Cielos! ¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel palideciendo.

—Que no sois el conde de Montgomery, como decíais en vuestro delirio, monseñor, sino tan sólo el vizconde, el heredero del mismo título, puesto que vuestro padre, el conde Jacobo de Montgomery, debe vivir todavía.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿Tú sabes que vive... él... mi padre?

—No puedo asegurarlo, pero supongo, creo que sí. Jacobo de Montgomery tenía una naturaleza enérgica, vigorosa como la vuestra, capaz de resistir los mayores sufrimientos, las desgracias más terribles. Pues bien: si vive, tened por seguro que no negará, como Diana de Poitiers, la revelación de un secreto del que depende la dicha de su hijo.

—¿Pero, dónde encontrarle? ¿A quién preguntaré? ¡En nombre del Cielo, Aloísa! ¡Habla!

—¡Es una historia espantosa, monseñor! Había jurado a mi marido, por orden de vuestro mismo padre, no descubríroslo jamás, porque era evidente que, en el punto y hora en que la supierais, buscaríais los peligros más inmensos, declararíais la guerra a enemigos mil veces más poderosos que vos. Pero preferible es afrontar un peligro, por espantoso que sea, a correr a una muerte cierta. Os veo resuelto a haceros matar, y de sobras sé que por nada del mundo revocaríais vuestra funesta resolución. He aquí por qué prefiero entregaros a los azares de combates temerarios a que dará lugar la lucha que tanto temía vuestro padre. Así, al menos, vuestra muerte será menos cierta y se retardará un poco. Voy a revelároslo todo, monseñor, suplicando a Dios que me perdone mi perjurio.

—¡Sí... Aloísa...! ¡Dios te absuelva del juramento...! ¡Mi padre... mi padre vivo...! ¡Oh, habla, habla sin tardanza!

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Nostradamus.

—¡Ah, señor de Exmés! —exclamó—. Celebro de veras encontraros tan alegre y animado... ¡Sea enhorabuena! Hace un mes no estabais así... ¿Hacéis los preparativos, por lo que veo, para salir a campaña?

—Así es —contestó Gabriel, mirando a Aloísa.

—Entonces el médico nada tiene que hacer aquí.

—Nada más que recibir la expresión de mi agradecimiento y... casi no me atrevo a decir, el precio de vuestros servicios, porque los médicos, en algunos casos, no

pueden pagarse con dinero.

Así hablando, Gabriel puso en la mano del médico un bolsillo repleto de oro.

—Gracias, señor vizconde de Exmés —dijo Nostradamus—. También yo quisiera haceros un obsequio que considero de valor: ¿me lo permitís?

—¿Qué es ello, doctor?

—Sabéis, monseñor, que no me ocupo sólo del estudio de las enfermedades humanas, sino que quiero ver más lejos y más alto. He procurado sondear los destinos del género humano, empresa bien difícil por cierto, llena de dudas y de sombras, y en mi tarea, si no luz resplandeciente, he vislumbrado muchas veces claridades. Abrigo el convencimiento de que Dios ha escrito dos veces y con antelación en su grande y poderoso plan la suerte de cada hombre: una en los astros del cielo, que es la patria de las criaturas humanas, hacia la cual éstas levantan constantemente sus ojos, y otra en las líneas de sus manos, libro confuso que a todas horas lleva el mortal consigo, pero que no acierta a deletrear, si no le dedica un estudio asiduo y penoso. Días y noches sin cuento he consagrado a la investigación de esas dos ciencias sin fondo, como el tonel de las Danaidas, la quiromancia y la astrología. He evocado ante mí todos los años del porvenir, y esto me permite hacer profecías que serán el asombro de los hombres que vivan dentro de diez siglos. Esto no obstante, sé que la verdad que permiten conocer aquellos estudios es fugaz como la del relámpago, pues si muchas veces alcanzo a ver, las más, por desgracia, dudo. Puedo asegurar, sin embargo, que tengo horas de lucidez tan grande, que a mí mismo me asusta. En una de estas horas, había visto, hace veinticinco años, el destino de un caballero de la corte del rey Francisco escrito con claridad deslumbradora en las estrellas que presidieron su nacimiento y en las complicadas rayas de su mano. Este destino singular, poco visto, peligroso, llamó de una manera particularísima mi atención; pero juzgad cuál sería mi sorpresa, cuando, en vuestra mano y en los astros que presidieron vuestro nacimiento, he creído descubrir un horóscopo semejante al que tanto me maravillara en tiempos pasados. Pero no acertaba a distinguirlo con tanta claridad como entonces, y por otra parte, un espacio de tiempo de veinticinco años introducía cierta confusión en mis recuerdos. Al fin, monseñor, el mes pasado, durante uno de vuestros delirios, pronunciasteis un nombre que me dejó pensativo, y aquel nombre era del conde de Montgomery.

—¡El conde de Montgomery! —repitió Gabriel, asustado.

—Aseguro, monseñor, que mi oído no recogió más que el nombre, que no puse atención en el resto, que me importaba poco. Retuve el nombre, porque era el del caballero cuyo porvenir se me había presentado tan claro y resplandeciente como el sol del mediodía. Corrí a mi casa, registré mis antiguos papeles, y encontré el horóscopo del conde de Montgomery. Pero ¡cosa extraña, monseñor, y que no había ocurrido en los treinta años que llevo dedicados a este estudio!, preciso es que entre

el conde de Montgomery y vos medien relaciones misteriosas y afinidades rara vez vistas, pues Dios, que jamás ha dado a dos hombres destinos semejantes, os ha comprendido a los dos en el mismo. Hoy puedo asegurar que mis descubrimientos no me habían engañado; hoy puedo afirmaros que tanto las rayas de las manos como los luminares del cielo fueron para entrambos los mismos. No quiere decir esto que dejen de existir diferencias de detalle en las vidas de los dos, pero insisto en que es igual el hecho dominante que las caracteriza. Muchos años hace que perdí de vista al conde de Montgomery, pero he sabido que una, por lo menos, de mis predicciones, ha tenido realización exacta, pues hirió al rey Francisco I en la cabeza con un tizón encendido. ¿Se habrá cumplido el resto de su destino? Lo ignoro; pero os aseguro que la desgracia y la muerte que le amenazaban, os amenazan también a vos.

¡Será posible! —exclamó Gabriel.

—Ved, monseñor —dijo Nostradamus, presentando a Gabriel un pergamino arrollado—, ved el horóscopo que escribí en aquel tiempo para el conde de Montgomery. Si hoy hubiese de escribir el vuestro, me limitaría a copiar el que acabo de poner en vuestras manos.

—Gracias, ¡oh, gracias, doctor! ¡Es un regalo inestimable! No podéis figuraros el precio que tiene para mí.

—Os diré, por último, señor vizconde, a fin de que pueda servir de guía, aunque Dios es el árbitro de todo y quien todo lo dispone, y de consiguiente, sus decretos son infalibles, que el nacimiento de Enrique II presagia que morirá en un duelo o en combate singular.

—Pero... ¿qué relación?...

—Leed el pergamino y me comprenderéis —le interrumpió Nostradamus—. Tan sólo me resta ahora despedirme de vos y desearos que la catástrofe a que Dios os ha destinado sea al menos involuntaria.

Nostradamus saludó a Gabriel y se fue.

No bien volvió Gabriel al lado de Aloísa, después de haber acompañado al doctor hasta la puerta, desarrolló el pergamino y, seguro de que nadie podía oírle, leyó en alta voz lo siguiente:

*Lo mismo en justa que amores
el Sino os puso por ley
tocar temerariamente
la augusta frente del rey;*

*y bien cuernos, bien heridas,
señor, de poner habréis
lo mismo en justas que amores
sobre la frente del rey,*

*que aunque vasallo leal,
el Sino os puso por ley
lo mismo en justas que amores
herir la frente del rey.*

*Y yo, señor, os predigo,
que, aunque ahora su amor tenéis,
después os dará la muerte
la hermosa dama del rey.*

—¡Muy bien! —exclamó Gabriel—. Ahora, querida Aloísa puedes contarme cómo Enrique II sepultó en vida al conde de Montgomery mi padre.

—¡El rey Enrique II!... ¿Cómo sabéis vos, monseñor...?

—Lo adivino. Puedes revelarme el crimen, puesto que Dios me anunció la venganza.

XVIII

ARTIFICIOS DE UNA COQUETA

He aquí la sombría historia de Jacobo de Montgomery, completada con las *Memorias y Crónicas* de aquellos tiempos y narrada por Aloísa, a quien su marido Perrot Davrigny, escudero y confidente del desgraciado conde, había ido informando de todos los sucesos de la vida de su señor a medida que pasaban. Su hijo Gabriel conocía los detalles generales y oficiales, pero ignoraba, como todos, el siniestro desenlace de la misma.

Jacobo de Montgomery, señor de Lorges, había sido, como todos sus abuelos, valiente y osado, y durante el reinado de Francisco I, siempre se le vio en primera fila de los combates, de aquí que llegase muy pronto a ser coronel de infantería.

Entre las cien acciones brillantes en que se había encontrado, fue el protagonista de un suceso desgraciado, al que hemos oído hacer alusión a Nostradamus.

Era en el año de 1521; el conde de Montgomery contaba escasamente veinte años de edad y no era todavía más que capitán. El invierno era riguroso en extremo, y los caballeros jóvenes, a cuya cabeza estaba Francisco I, acababan de jugar una partida de bolas de nieve, juego que no dejaba de ser peligroso, y estaba a la sazón muy en moda. Los jugadores formaban dos bandos, uno de los cuales defendía una casa, que era atacada por el otro con pellas de nieve. En una de estas partidas encontró la muerte el conde de Enghien, señor de Cérisoles, y faltó muy poco para que, en la que reseñamos, Jacobo de Montgomery matase al rey. Aconteció que, terminada la lucha, los jugadores quisieron calentarse, pero habían dejado apagar la hoguera, y como todos eran jóvenes aturridos y locos, quisieron encenderla por sí mismos, y todos, corriendo tumultuosos a porfía, fueron a buscar lo necesario. Llegaba Jacobo de Montgomery a la carrera, con un tizón encendido en las manos, cuando tropezó con Francisco I, quien, sin tiempo para esquivar el encuentro, recibió en plena frente el golpe del tizón ardiendo. Por fortuna, del choque no resultó más que una herida, aunque grave. La cicatriz que desgraciadamente quedó al rey fue la causa de la moda de la barba y los cabellos cortos decretada por Francisco I.

Como el conde de Montgomery hizo olvidar aquel deplorable accidente con mil hazañas brillantísimas, el rey no le guardó rencor y le dejó elevarse al más alto rango tanto en la corte como en el ejército. En 1530, Jacobo casó con Claudina de la Boissière. Aunque fue un matrimonio de conveniencia, Jacobo lloró por espacio de mucho tiempo a su mujer, que murió en 1533, después de haber dado a luz a Gabriel. Verdad es que el fondo de su carácter, como el de todos aquellos que están predestinados a cualquier acontecimiento fatal, era la tristeza. Cuando se encontró

viudo y solo, sus distracciones únicas fueron las estocadas y sus anhelos los peligros, a los que se lanzaba para matar el tedio. Pero en 1538, obligado a consecuencia de la tregua de Niza a vivir en la corte y a pasearse por las lujosas galerías de las Tournelles o del Louvre, aquel hombre de guerra y de acción se moría consumido por el fastidio.

Una pasión le salvó y le perdió al mismo tiempo.

La Circe real aprisionó con sus encantos a aquel niño grande, confiado, sencillo y robusto. Jacobo de Montgomery se enamoró de Diana de Poitiers.

Tres meses anduvo el pobre enamorado alrededor de la hermosa, melancólico y sombrío, sin dirigirle una sola palabra, pero asestándole miradas que revelaban el fuego de sus sentimientos. No necesitaba tanto la gran senescala para comprender que el alma de Montgomery le pertenecía: lo vio con toda claridad, y anotó aquella pasión en un rinconcito de su memoria, por si algún día se le presentaba ocasión de utilizarla.

La ocasión se presentó en efecto: Francisco I principió a tratar con frialdad a su amante y a dedicar obsequios a la señora de Etampes que, si es cierto que era menos hermosa, poseía la ventaja de tener otra clase de hermosura.

Cuando los síntomas de abandono fueron notorios, Diana, por primera vez en su vida, habló a Jacobo de Montgomery.

Ocurrió el suceso en las Tournelles en una fiesta dada por el rey en honor a su nueva manceba.

—¿Señor de Montgomery? —dijo Diana de Poitiers, llamando al conde.

Acercóse él conmovido, y saludó con torpeza.

—Observo en vos cierta tristeza, señor de Montgomery —repuso Diana.

—Mortal, señora.

—¿Y por qué, Dios mío?

—Señora, mi mayor felicidad sería hacerme matar.

—¿Por alguna persona, sin duda?

—Morir por una persona sería para mí mucho más dulce; pero también me sería grato perder inútilmente la vida.

—¡Terrible es vuestra melancolía! ¿Será indiscreto preguntaros qué motiva tan negra tristeza?

—¿Lo sé yo acaso, señora?

—Pues yo sí que lo sé, caballero, y os lo voy a decir: señor de Montgomery, estáis enamorado de mí.

Jacobo se puso pálido, pero armándose de todo su valor que ciertamente no le habría faltado para cargar solo contra un batallón enemigo, respondió con voz bronca y temblorosa:

—¡Pues bien, señora, es verdad! ¡Os amo, pero tanto peor!

—¡Tanto mejor, conde! —replicó Diana riendo.

—¡Qué me decís, señora! —exclamó Montgomery agitado—. ¡Ah...! ¡Mucho cuidado... que no se trata de un juego, de un pasatiempo, sino de un amor sincero, de un amor profundo, aunque sea imposible, o quizás porque es imposible!

—¿Por qué ha de ser imposible? —interrogó Diana.

—Señora... perdonad mi franqueza, teniendo en cuenta que jamás aprendí a embellecer los hechos con palabras. ¿Es que él rey ha dejado de amaros?

—El rey me ama —contestó Diana suspirando.

—Entonces, bien veis que me está vedado, si no amaros al menos declararos mi indigno amor.

—Indigno de vos, es cierto.

—¡No! ¡De mí no! ¡Si un día...!

Diana le interrumpió, diciéndole con tristeza grave y dignidad admirablemente fingida:

—Basta, señor de Montgomery; os ruego que dejemos esta conversación.

Saludó con frialdad y se alejó, dejando al pobre enamorado batallando con mil sentimientos encontrados... celos, amor, odio, dolor, alegría... Diana sabía ya que el conde la adoraba, pero, ¿no la habría herido Montgomery en su dignidad? ¿No habría sido con ella injusto, ingrato, cruel? El pobre conde se repetía todas las sublimes necedades del amor.

Al día siguiente, Diana de Poitiers decía a Francisco I:

—¿Sabéis, señor, que el conde de Montgomery está enamorado de mí?

—¿Sí? —contestó el rey riendo—. Te felicito, porque los Montgomery son de raza antiquísima, casi tan nobles como yo, casi tan bravos y, por lo que veo, casi tan galantes.

—¿Y es eso todo lo que vuestra majestad me contesta?

—¿Y qué quieres que te responda, amiga mía? ¿He de querer mal al conde de Montgomery porque tiene tan buen gasto y tan buena vista como yo?

—¡Otras serían vuestras palabras si se tratara de la señora de Etampes! —murmuró Diana, herida en su amor propio.

Aunque no creyó conveniente prolongar la conversación, Diana resolvió llevar más adelante la prueba, así fue que, cuando vio a Jacobo de Montgomery, le dijo:

—¡Cómo, señor de Montgomery! ¿Todavía triste?

—Más que nunca, señora, puesto que temo haberos ofendido.

—No me habéis ofendido, pero sí afligido.

—¿Es posible que os haya afligido yo, que vertería por vos hasta la última gota de mi sangre?

—¿No me disteis a entender que la favorita del rey no tenía derecho a aspirar al amor de un caballero?

—¡Oh! ¡No fue eso lo que quise decir, señora! ¿Ni cómo podía pensar así, quien como yo os ama con un amor tan sincero y profundo? Mi intención fue decir que no podíais amarme, porque os amaba el rey y vos correspondíais al amor del rey.

—Ni el rey me ama, ni yo amo al rey.

—¡Dios del cielo! ¿Luego podríais amarme?

—Podría amaros, pero nunca confesaros que os amo —respondió tranquilamente Diana.

—¿Por qué, señora?

—Por salvar a mi padre la vida, he podido ser la manceba del rey de Francia, pero, si he de reparar mi honra, no puedo ser la del conde de Montgomery.

Y acompañó la seminegativa con una mirada tan apasionada y tierna, que el conde no pudo contenerse.

—¡Ah, señora! —dijo a la coqueta—. ¡Si me amarais como yo os amo...!

—¿Qué?

—¿Qué me importan el mundo, los prejuicios de familia y el honor? Sois para mí el universo; tres meses hace que sólo vivo por vos. Os adoro con toda la ceguera, y con toda la impetuosidad del primer amor; vuestra belleza soberana me fascina y enerva. Si me amáis como yo os amo, sed la condesa de Montgomery, sed mi esposa.

—Gracias, conde —contestó Diana triunfante—. Tendré presentes vuestras generosas y nobles palabras, y entretanto, ya sabéis que el verde y el blanco son mis colores.

Transportado de júbilo, Jacobo besó la blanca mano de Diana sintiéndose más dichoso que si hubiera conquistado todas las coronas del mundo.

Al día siguiente, Francisco I hacía observar a Diana de Poitiers que su nuevo adorador principiaba a ostentar en público sus colores.

—¿No está en su derecho, señor? —replicó Diana, clavando una mirada escrutadora en el rey—. ¿Puedo prohibir que ostente mis colores a quien me brinda su nombre?

—¿Será posible? —exclamó el rey.

—Es certísimo, señor —afirmó Diana, creyendo, por un momento, que había triunfado, y que los celos habían revivido el amor en el corazón del infiel.

Al cabo de breves momentos de silencio, el rey, levantándose como para poner término al diálogo, dijo a Diana:

—Si es así, señora, vacante continúa el cargo de gran senescal desde la muerte del señor de Brézé, vuestro primer marido: se le daremos como regalo de boda al señor conde de Montgomery.

—Y el señor conde de Montgomery podrá aceptarlo —replicó Diana con altivez—, seguro que yo he de ser una esposa fiel y leal, y de que no le haré traición por todos los reyes del universo.

El rey se inclinó sonriendo y se alejó sin contestar.

El triunfo de la señora de Etampes sobre Diana de Poitiers era completo.

La ambiciosa Diana, con el corazón despechado, decía aquel mismo día al conde Jacobo de Montgomery:

—Mi valiente conde; mi noble Montgomery: Te amo.

XIX

COMO ENRIQUE II, EN VIDA DE SU PADRE, COMENZÓ A RECOGER SU HERENCIA

El casamiento de Diana y del conde de Montgomery se fijó para tres meses después, pero la voz pública de aquella corte calumniadora y licenciosa dio en asegurar que, en su deseo de precipitar la venganza, Diana de Poitiers había dado arras a su futuro.

Pasaron los tres meses, el conde de Montgomery continuaba más enamorado que nunca, pero Diana retardaba un día y otro día el cumplimiento de su promesa. ¿La causa? Sencillamente porque, poco tiempo después de haber aceptado el compromiso, observó las miradas codiciosas que la dirigía el joven delfín Enrique, y esto despertó nuevas ambiciones en el corazón de la imperiosa Diana. El título de Condésa de Montgomery servía a lo sumo para disfrazar su derrota, al paso que el de manceba del delfín era casi un triunfo. La de Etampes, que siempre hablaba con desdén de los años de Diana, poseería el amor del padre, y ella, Diana, sería dueña del cariño fogoso del hijo y tendría en sus manos la juventud, la esperanza, el porvenir. La de Etampes la había reemplazado, y ella reemplazaría a la de Etampes. Se mantendría ante ella tranquila y llena de calma, como una amenaza viviente... porque Enrique subiría al trono en su día, y ella, Diana, siempre bella, volvería a ser reina. No puede negarse que el amor del Delfín era para ella un triunfo completo.

El carácter de Enrique contribuía a robustecer la seguridad que tenía en su éxito. Tenía el delfín diecinueve años, había tomado parte personal en más de una guerra, hacía cuatro años que estaba casado con Catalina de Médicis, y todos le tenían por un niño indómito e ignorante. Arrogante y atrevido en equitación, en armas, en torneos, y en toda clase de ejercicios que exigiesen agilidad y destreza, aparecía torpe y cortado en las fiestas del Louvre y ante las damas. Falto de talento y no sobrado de discernimiento, dejábase gobernar por el que quería apoderarse de su voluntad. Anne de Montmorency, cuyas relaciones con el rey eran sumamente frías, supo acercarse al delfín y consiguió sin trabajo alguno imponerle sus gustos y aficiones de hombre ya maduro. Con la mayor facilidad le manejaba a su capricho. En una palabra: echó en el alma tierna de Enrique raíces profundas de un poder indestructible, de tal suerte se apoderó de su débil voluntad, que únicamente el ascendiente de una mujer podía, andando el tiempo, poner en peligro el suyo.

Pronto advirtió con terror que *su discípulo* estaba enamorado. Enrique desdeñaba las amistades de que mañosamente le había rodeado, y su natural indómito y brusco se tornaba triste y soñador. Montmorency se puso en guardia, observó, y no tardó en

descubrir que Diana de Poitiers era la reina de sus pensamientos. El descubrimiento le llenó de alegría, porque preferible era que el delfín se hubiera enamorado de Diana que de cualquier otra dama, pues bueno será advertir que aquel soldadote brutal, con sus groseros instintos, comprendía mucho mejor a la real manceba que el caballeroso Montgomery. Inmediatamente arregló un plan tomando como base los instintos viles que adivinaba en la cortesana y los suyos propios, y ya tranquilo, dejó que el delfín suspirase por la gran senescala.

La belleza era, en efecto, la que debía despertar el adormecido corazón de Enrique, y la belleza tenía digna representación en Diana de Poitiers, mujer de temperamento malicioso, provocativa y resuelta. Su hechicera cabeza tenía movimientos graciosos e incitantes, en sus ojos brillaban mil promesas, y toda su persona irradiaba una atracción magnética (mágica, decían por aquellos tiempos) que necesariamente había de seducir al pobre Enrique. Creía el citado que aquella mujer debía iniciarle en los secretos de una existencia nueva; para él, que era una especie de salvaje sencillo y cándido, la sirena tenía que ser atractiva y peligrosa como un misterio, como un abismo.

De todo esto estaba más que convencida Diana, pero temía aventurarse en un nuevo porvenir, por si Francisco I le recordaba su pasado y el conde de Montgomery su presente.

Un día que el rey, siempre galante y obsequioso hasta con las mujeres a quienes no amaba, y hasta con las que había dejado de amar, hablaba con Diana en el hueco de una ventana, acertó a ver al delfín que, con mirada furtiva y llena de celos, procuraba escuchar la conversación que con aquélla sostenía.

Francisco llamó en voz alta a Enrique.

—¿Qué hacéis ahí, hijo mío? Venid aquí... acercaos.

Enrique, pálido y abochornado, después de haber dudado un momento entre su deber y su miedo, en vez de responder al llamamiento de su padre, tomó el partido de huir como si no lo hubiera oído.

—¡Qué salvaje tan cohibido! —exclamó Francisco I—. ¿Habéis visto jamás, Diana, otro caso de timidez semejante? Vos, que sois la diosa de las selvas, ¿encontrasteis nunca un ciervo tan asustadizo? ¡Maldito defecto!

—¿Quiere vuestra majestad que me encargue yo de corregir al señor delfín? —preguntó Diana, sonriendo.

—Sería difícil encontrar en el mundo maestro más hermoso ni aprendizaje más dulce.

—Dadle, pues, por corregido señor: yo me encargo de ello.

No tardó en alcanzar al fugitivo.

El conde de Montgomery prestaba servicio aquel día, pero no en el Louvre; Diana de Poitiers podía maniobrar sin peligro.

—¿Tanto os horrorizo, monseñor?

Con esta pregunta comenzó Diana la conversación... que se prolongó considerablemente.

Cómo terminó el diálogo, cómo pasaron inadvertidas para la cortesana las necesidades que el príncipe dijo, cómo supo admirar todas sus palabras, cómo Enrique se despidió convencido de que había estado ingenioso, espiritual y encantador, cómo llegó, en efecto a serlo, y como, en fin, fue ella su dueña y señora en todos los sentidos, y le dio al mismo tiempo órdenes, lecciones y horas de embriaguez, son detalles que entran de lleno en esa comedia eterna y de traducción imposible que se representará siempre, pero que nunca se escribirá.

¿Y Montgomery? ¡Ah! Montgomery adoraba demasiado a Diana para poderla juzgar y se había entregado con demasiada ceguera a su amor para que sus ojos pudiesen ver nada. En la corte se comentaban ya públicamente los nuevos amores de Diana de Poitiers, mientras el noble conde cifraba en ellos todas sus ilusiones, que Diana alimentaba con cuidado, porque el edificio que ella erigía era todavía muy frágil para que no fueran de temer sacudidas y hasta un derrumbamiento completo. En una palabra: Diana de Poitiers engañaba al delfín por ambición y al conde por prudencia.

XX

DE LA UTILIDAD DE LOS AMIGOS

Expuestos los preliminares de la historia, dejaremos su continuación a Aloísa.

—Mi marido, el bravo Perrot —decía a Gabriel, que la escuchaba con profunda atención—, no dejó de oír los rumores que públicamente circulaban con respecto a Diana, y las burlas de que hacían objeto al conde de Montgomery, pero dudaba entre ocultarlo todo a su señor, a quien veía dichoso y lleno de confianza, o revelarle la indigna trama en que aquella ambiciosa mujer le había envuelto. A mí me daba cuenta de sus vacilaciones, porque de ordinario y en mil ocasiones le aconsejé bien, y por otra parte tenía pruebas sobradas de mi discreción y prudencia, pero mis dudas eran tan grandes como las suyas en el espinoso caso en cuestión y no sabíamos qué partido adoptar.

Estábamos una noche en esta misma cámara monseñor, Perrot y yo, pues el conde de Montgomery no nos trataba como servidores, sino como amigos, y quiso conservar en París las costumbres patriarcales de nuestras veladas de invierno en Normandía, en las que señores y criados se sientan a calentarse en el mismo hogar después de las labores del día. El conde parecía pensativo; había apoyado la frente sobre la palma de la mano. Generalmente pasaba las veladas en la casa de Diana de Poitiers, pero desde hacía algún tiempo, aquélla le enviaba a decir con alguna frecuencia que se hallaba indispuesta y que no podría recibirle. En las indisposiciones de la mujer que adoraba pensaba sin duda el conde; Perrot ponía correas nuevas a una coraza y yo hilaba.

Era el 7 de enero de 1539, noche fría y de lluvia, y la siguiente al día de la Epifanía. Grabad bien en vuestra memoria esta fecha siniestra, monseñor.

Gabriel significó con un gesto que no perdía palabra, y Aloísa continuó:

—De pronto anunciaron a los señores de Langeais, de Boutières y conde de Sancerre, tres caballeros de la corte, amigos de monseñor, pero que lo eran más de la señora de Etampes. Los tres venían envueltos con grandes capas oscuras, y aunque entraron riendo, me pareció que su intempestiva visita era presagio de desgracia. ¡Ah! ¡Mi instinto no me engañó!

«El conde de Montgomery se levantó y los recibió con la finura y gracia que le caracterizaban.

«—Bien venidos, amigos míos —dijo a los tres caballeros, estrechándoles las manos.

«A una señal de monseñor les quitamos las capas, y los tres tomaron asiento.

«—¿A qué feliz casualidad debo la fortuna de veros a estas horas? —continuó el

conde.

«—A una apuesta triple —contestó el señor de Boutières—. Mi querido conde; vuestra presencia aquí significa que yo he ganado la mía.

«—La mía la había yo ganado antes de venir aquí —terció el señor de Langeais.

«—Y yo ganaré la mía dentro de muy poco; no tardaréis en verlo —añadió el conde de Sancerre.

«—¿Pero, se puede saber en qué consistía esa apuesta triple? —preguntó monseñor.

«—Langeais —respondió el señor de Boutières— apostó con Enghien a que el delfín no estaría esta noche en el Louvre. Hemos hecho las investigaciones del caso, y comprobado que Enghien ha perdido.

«—Boutières apostó con Montejan —dijo el conde de Sancerre— a que vos, mi querido conde, estaríais esta noche en vuestra casa, y viendo estáis que ha ganado:

«—Y tú también has ganado, Sancerre; respondo de ello —añadió el señor de Langeais—. Las tres apuestas, en definitiva, vienen a ser una sola, tanto, que necesariamente habíamos de perder o ganar los tres a la vez. Sancerre, mi querido Montgomery, apostó cien doblones contra de Aussun a que la señora de Poitiers estaría indispuesta esta noche.

«Vuestro padre, monseñor Gabriel, se puso horrorosamente pálido, y con voz alterada, dijo:

«—Habéis ganado, en efecto, señor de Sancerre, porque es verdad que la gran senescala me ha hecho saber que esta noche no podía recibir a nadie a causa de una repentina indisposición.

«—¿No lo decía yo? —gritó el conde de Sancerre—. Sed testigos de que de Aussun me debe cien doblones.

«Todos reían como locos, excepto vuestro padre, que se mantenía serio.

«—Y ahora, mis buenos amigos —dijo con cierta aspereza—, ¿tendréis la bondad de explicarme el enigma?

«—Con muchísimo gusto, pero haced que quedemos solos —respondió el señor de Boutières.

«Perrot y yo estábamos ya cerca de la puerta cuando vimos que nuestro señor nos hacía una seña para que no saliéramos.

«—Son amigos de toda mi confianza —dijo a aquellos señores—; y como por otra parte no tengo por qué avergonzarme de nada, sin inconveniente alguno pueden saberlo todo.

«—Como queráis —contestó el señor de Langeais—. Un poco huele a provincia; pero, en fin, más os afecta a vos que a nosotros, conde. Además, juraría que conocen como yo mismo el gran secreto, porque público y notorio es en la corte: no se habla de otra cosa. Lo que sucede es que el último en saberlo sois vos, según costumbre.

«—¡Hablad de una vez! —exclamó el señor de Montgomery.

«—Vamos a hablar, sí, mi querido conde —repuso el señor de Langeais—, porque nos duele que engañen de una manera tan indigna a quien es caballero como nosotros, y a un hombre tan galante como vos; pero, si he de hablar, habéis de prometerme que aceptaréis la revelación con filosofía, o, lo que es lo mismo, riendo. Lo que os sucede no es digno de vuestra cólera, aparte de que, si ésta se encendía, seguros estamos de que no tardarían en desarmarla.

«—Veremos —contestó con frialdad monseñor—. Tened la bondad de continuar.

«—Querido conde —dijo entonces el señor de Boutières, que era el más joven y el más aturdido de los tres—: habéis estudiado mitología, ¿no es cierto? ¿Recordáis la historia de Endymion? Sí; no dudo que sí. ¿Sabéis qué edad tenía Endymion cuando se enamoró de Diana Febea?

Si creéis que frisaba los cuarenta, rectificad vuestro error, querido, pues es lo cierto que no había cumplido los veinte. Buena prueba de ello es que aún no le apuntaba la barba, según me ha repetido cien veces mi ayo, que está perfectamente enterado. Y ya tenemos explicado por qué Endymion no duerme esta noche en el Louvre, por qué la señora Luna está oculta e invisible, probablemente a causa de la lluvia, y por qué, en fin, vos, señor de Montgomery, permanecéis en vuestra casa... De todo lo cual se infiere que mi ayo es un gran hombre, y que los tres hemos ganado nuestras apuestas. ¡Viva la alegría!

«—¿Hay pruebas? —preguntó con acento glacial el conde.

«—¿Pruebas? —repitió el señor de Langeais—. Podéis ir a buscarlas vos mismo. ¿No habita la Luna a dos pasos de aquí?

«—Tenéis razón... Gracias —se limitó a contestar el conde.

«Se puso en pie el conde. Los tres amigos hubieron de hacer lo propio. Su ruidosa alegría se había enfriado y trocado en alarma de resultados de la actitud severa del señor Montgomery.

«—Permitidme que os dé un consejo, conde —dijo el señor de Sancerre—. No vayáis a cometer alguna imprudencia, y tened presente que tan peligroso es rozarse con el leoncillo como con el mismo león.

«Tranquilizaos —contestó sencillamente el conde.

«—¿Supongo que no os habréis incomodado con nosotros?

«—Según... Veremos.

«Acompañó a los amigos hasta la puerta, entró de nuevo, y dijo a Perrot:

«—Mi capa y mi espada.

«Mi marido trajo la capa y la espada del conde.

«—¿Es cierto que vosotros sabíais eso? —preguntó el conde mientras se ceñía la espada.

«—Sí, monseñor —respondió Perrot con los ojos bajos.

«—¿Por qué no me lo has dicho, Perrot?

«—¡Monseñor...!

«—¡Es verdad! —dijo con amarga ironía—. Vosotros no erais mis amigos, sino únicamente servidores muy honrados.

«Tocó familiarmente en el hombro a su escudero. Su palidez era cadavérica, pero hablaba con tranquilidad solemne.

«—¿Datan de mucho tiempo esos rumores? —preguntó a mi marido.

«—Monseñor —respondió Perrot—, hace cinco meses que principiaron vuestros amores con la señora Diana de Poitiers, puesto que el matrimonio se había señalado por el mes de noviembre. Pues bien: aseguran que monseñor el delfín es el amante de la señora Diana desde un mes después de haber ésta acogido favorablemente vuestra demanda. Sin embargo, no hace más de dos meses que se habla de ello, ni más de quince días que lo sé yo. Tomaron consistencia los rumores a raíz del aplazamiento del matrimonio, pero todo el mundo hablaba con cautela, sin duda por miedo a monseñor el delfín. Ayer, sin ir más lejos, di su merecido a un servidor del señor de La Garde, que tuvo la insolencia de reírse de ello en mi presencia, y el barón de La Garde no se atrevió a reprenderme.

«—¡No volverán a reírse! —dijo monseñor, con acento que me hizo temblar.

«Cuando estuvo dispuesto para salir, se pasó la mano por la frente y me dijo:

«—Aloísa, tráeme a Gabriel; quiero abrazarle.

«Estabais durmiendo, monseñor Gabriel, durmiendo tranquilo como un querubín, y cuando os tomé en mis brazos y os desperté rompisteis a llorar. Os envolví en una colcha y os presenté a vuestro padre, el cual os tomó en sus brazos, os contempló en silencio durante algunos instantes y depositó un beso sobre vuestros párpados medio entornados. Una lágrima cayó sobre vuestro sonrosado rostro, la primera que en mi presencia había vertido monseñor, aquel hombre fuerte y enérgico. Luego os devolvió a mis brazos diciendo:

«—Te recomiendo a mi hijo, Aloísa.

«¡Ay! Estas fueron las últimas palabras que quedaron tan grabadas en mi corazón, que aun ahora me parece que las estoy oyendo.

«—Os acompañaré, monseñor —dijo entonces mi valiente Perrot.

."—No, Perrot —contestó monseñor.

«—¡Pero... monseñor...!

«—Lo mando así.

«Imposible replicar cuando el señor hablaba así. Calló Perrot, y el conde nos dio un apretón de manos diciendo:

«—¡Adiós, mi buenos amigos! ¡No! ¡Adiós, no! ¡Hasta la vista!

«Y salió con paso seguro y continente tranquilo, como si hubiese de volver al cabo de media hora.

«No despegó Perrot los labios; pero antes de que su señor llegase a la calle, ya había tomado su capa y su espada. Ni hablamos, ni intenté detenerle: cumplía su deber siguiendo al conde, aunque fuera a una muerte cierta. Me tendió los brazos, yo me arrojé llorando a su cuello, y después de abrazarme tiernamente, se apresuró a seguir los pasos de monseñor. La escena no había durado más de un minuto, y terminó sin que ni él ni yo pronunciásemos una palabra.

«Cuando quedé sola, me dejé caer sobre una silla rezando y sollozando. La lluvia era torrencial y el viento bramaba con violencia. Vos, monseñor, no tardasteis en reanudar el sueño del que debíais despertar huérfano.

XXI

DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS CELOS HAN ABOLIDO LOS TÍTULOS MUCHO ANTES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

«Tal como había dicho el señor de Langeais, el palacio Brézé, donde habitaba Diana de Poitiers, no distaba dos pasos del nuestro, sito en la calle de la Higuera de San Pablo, y allí se alza todavía este edificio de desgracia.

«Perrot seguía de lejos a su señor y le vio pararse a la puerta de la residencia de Diana, llamar, y momentos después entrar. Se acercó él entonces, y oyó que el señor de Montgomery hablaba con altivez a la servidumbre que intentaba oponerse a su paso, bajo el pretexto de que su señora estaba enferma en su cámara. Pasó el conde, no obstante la oposición de los criados, y Perrot aprovechó la confusión para entrar y seguir a su señor sin ser visto. Como conocía bien las entradas de la casa por haber sido portador de varios mensajes del conde para Diana, pudo seguir a su señor sin que le pusieran obstáculos, bien porque no le viesen, bien porque a nadie importase el escudero una vez rota la consigna por el amo.

«En lo alto de la escalera encontró el conde dos doncellas de la señora de Poitiers, inquietas y conturbadas, que le preguntaron qué deseaba a semejantes horas: estaban sonando las diez de la noche en los relojes de los alrededores. Contestó con entereza el señor de Montgomery que quería ver en el acto a la señora Diana, porque le tenía que comunicar sin dilación asuntos de la mayor importancia, y añadió que, si no la podía ver, esperaría.

«Hablaba tan recio, que necesariamente se le había de oír desde el dormitorio de Diana de Poitiers, que estaba muy próximo. Una de las señoras entró en aquel y volvió diciendo que la señora estaba acostándose, pero que saldría para recibir al conde, a quien rogaba que fuese a esperarla al oratorio.

«¡O el delfín no estaba allí, o demostraba una cobardía indigna de un hijo de Francia! El señor de Montgomery siguió a las doncellas que con bujías encendidas le guiaron al oratorio.

«Perrot, que hasta entonces había permanecido oculto en la parte oscura de la escalera, acabó de subirla y se escondió detrás de un gran tapiz que pendía del artesonado de la gran galería y separaba el dormitorio de Diana de Poitiers del oratorio donde ya estaba esperando el conde. En el fondo del vasto corredor había dos puertas, a la sazón condenadas, y que en otro tiempo correspondían la una al oratorio y la otra al dormitorio. Perrot se deslizó hasta una de aquellas puertas, respetadas por consideración a la simetría, y se ocultó en el hueco, observando con alegría que si

prestaba atención, oiría casi todo lo que se hablaba en una o en otra estancia. He de hacer constar que no impulsaba a mi bravo marido un sentimiento vulgar de curiosidad, monseñor, sino el deseo natural de auxiliar a su señor, pues las últimas palabras que éste nos dirigió al despedirnos, y además una voz secreta, la voz del instinto, le advertían que el conde corría peligro gravísimo y le hacían sospechar que en aquel momento se le tendía un lazo. Natural era, de consiguiente, que deseara estar cerca para volar en su auxilio en caso de necesidad.

«Desgraciadamente, monseñor, ninguna de las palabras que recogieron sus oídos, y que después me refirió, puede darnos luz alguna, como pronto veréis, sobre la obscura y fatal cuestión que tanto os preocupa hoy.

«No duraba más de dos minutos la espera del señor de Montgomery, cuando entró en el oratorio Diana de Poitiers.

«—¿Qué pasa señor conde?— preguntó—. ¿A qué viene esta invasión nocturna e inesperada, después de haberos rogado que no vinierais esta noche?

«—Contestaré con dos palabras sinceras, señora, pero antes, despedid a vuestras doncellas. Voy a ser muy breve: acaban de decirme que me habéis dado un rival, que este rival es el delfín y que en este momento está en vuestra casa.

«—¡Y vos lo habéis creído sin duda, puesto que venís a comprobarlo! —respondió con altivez Diana.

«—He sufrido mucho, Diana; y vengo a que pongáis remedio a mi sufrimiento.

«—¡Pues bien! ¡Ya me habéis visto! Convencido de que os han mentido, dejadme descansar. ¡En nombre del Cielo, Jacobo, salid!

«—No, Diana —contestó el conde, a quien sin duda inquietó la prisa que la señora de Poitiers tenía por alejarse—. No me voy; porque si quizás mintieron al asegurarme que el delfín estaba aquí, quién sabe si dijeron verdad al afirmar que vendrá esta noche. Quiero convencerme, para, si faltaron a la verdad, poderles llamar calumniadores.

«—¿Y pretendéis quedaros?

«—Estoy decidido. Id a descansar, señora, si os sentís indispuesta; yo velaré vuestro sueño.

«—¿Con qué derecho pretendéis tal cosa? —exclamó Diana de Poitiers—. ¿Con qué títulos? ¿No soy libre todavía?

«—No, señora; no sois libre —replicó con entereza el conde—. No os concedo el derecho de hacer que sea la irrisión de la corte un caballero leal cuyas pretensiones habéis aceptado.

«—Si he aceptado pretensiones, tened por seguro que no aceptaré ni toleraré esta última. El mismo derecho de permanecer aquí tenéis vos que los demás de mofarse de vos. ¿Sois, por ventura, mi marido? Yo no ostento vuestro título, que yo sepa.

«—¡Oh, señora! —exclamó el señor de Montgomery con acentos de

desesperación—. ¿Qué me importa que se rían de mí? ¡No! La cuestión no es ésta. ¡Dios mío!, bien lo sabéis, Diana. Ni es mi honor el que sangra, sino mi amor. Si las necedades de aquellos tres fatuos me hubiesen ofendido, habría desenvainado la espada, y asunto terminado; pero, si no me ofendieron, desgarraron mi corazón, y por eso he venido. ¡Mi dignidad! ¡Mi reputación! No se trata ahora de ellas: se trata de que os amo, de que estoy loco, de que me habéis dicho y probado que me amáis, y de que quiero deciros y probaros con hechos que mataré a quien ose tocar este amor que es todo mi bien, aun cuando el osado fuera el delfín, aun cuando fuera el mismo rey. Me importa muy poco el nombre que den a mi ciega venganza, señora, pero os juro que me vengaré.

«—¿Qué es lo que pretendéis vengar? ¿Por qué? —preguntó una voz imperiosa que salía de allí cerca.

«Perrot se estremeció, porque a favor de la escasa luz que iluminaba la galería, acababa de ver aparecer al delfín, y detrás del delfín, la ridícula y antipática figura del condestable.

«—¡Ah! —gritó Diana, dejándose caer sobre un sillón y retorciéndose las manos—. ¡Lo que yo temía!

«El señor de Montgomery dio un grito; pero inmediatamente dijo con voz sosegada:

«—Monseñor: hacedme tan sólo la merced de pronunciar una palabra; decid que no habéis venido a esta casa porque amáis a la señora de Poitiers ni porque sois amado por ella.

«—Señor de Montgomery —replicó el Delfín con mal reprimida cólera—; no os suplico, os mando que pronunciéis una palabra: decid que no os encuentro aquí porque amáis a la señora de Poitiers ni porque sois amado por ella.

«Planteada en tales términos la cuestión ya no se encontraban frente a frente el heredero del trono más grande del mundo y un simple caballero, sino dos hombres, dos rivales irritados y celosos, dos corazones lastimados y dos almas desgarradas.

«—Soy el esposo, aceptado y designado de la señora Diana de Poitiers, como sabe todo el mundo y sabéis vos —contestó el señor de Montgomery, sin dar al príncipe el tratamiento a que tenía derecho.

«—Las promesas se olvidan, las promesas se las lleva el aire —contestó Enrique—. Aunque más recientes que las vuestras, yo presento, no promesas, sino derechos, que tienen más fuerza que aquéllas y que sabré defender.

«—¡Ah, el imprudente! —gritó el conde de Montgomery, ciego de rabia y de celos—. ¡Y me habla de derechos...! ¿Os atreveréis a sostener que esta mujer os pertenece?

—Sostengo al menos que no os pertenece a vos, y añadido que me encuentro en su casa con su consentimiento, y que vos estáis sin él. Por tanto, espero con impaciencia

que la dejéis al instante.

—¡Un desafío! —gritó Montmorency avanzando entonces—. ¿Osáis, caballero, desafiar al delfín de Francia?

«—Aquí no está el delfín de Francia —replicó el conde—. Hay un hombre que pretende ser amado por la mujer que amo yo: nada más.

«Debió de dar un paso hacia Enrique, porque Perrot oyó gritar a Diana:

«—¡Quiere insultar al príncipe!... ¡Quiere matar al príncipe!... ¡Favor!... ¡Favor!

...

«Efecto tal vez de lo difícil del papel que representaba, salió precipitadamente de la estancia, desoyendo la recomendación de Montmorency, que aseguraba que nada había que temer, puesto que disponían de dos espadas contra una sola, aparte de la numerosa escolta que aguardaban abajo. Perrot vio que Diana atravesaba corriendo la galería y entraba en su cámara llamando a sus doncellas y a las gentes del delfín.

«Su fuga no calmó el ardor de los dos rivales, sino muy al contrario, el señor de Montgomery, al oír hablar de escolta, dijo con amargura:

«—¿El señor delfín quiere, por ventura, vengar sus injurias personales con las espadas de sus gentes?

«—¡No, caballero! —contestó con fiereza el delfín—. ¡Para castigar a un insolente me basta la mía!

«Los dos echaron mano a las empuñaduras de sus espadas, pero Montmorency se interpuso.

«—Perdonad, monseñor —dijo—; pero el que mañana ha de ocupar el trono, no tiene hoy derecho para poner en riesgo su vida. No sois un hombre, monseñor; sois algo más, sois la nación. Un delfín de Francia sólo se bate por Francia.

«—Pero un delfín de Francia no me arrancará, con todo su poder, lo que es mi vida, la mujer que es para mí más que mi patria, más que mi honor, más que mi tierno hijo, más que mi alma inmortal, pues que por ella he olvidado todo esto, por ella... por esa mujer que tal vez me engaña. ¡Pero no! ¡No puede engañarme... es imposible! ¡La amo tanto! ¡Monseñor! ¡Perdonad mi violencia, olvidad mi locura, y dignaos decirme que no amáis a Diana! Os creeré, que no puedo concebir que hayáis ido a visitar a la mujer amada acompañado por el señor de Montmorency y escoltado por ocho o diez soldados.

«—He querido acompañar esta noche a monseñor con una escolta, desoyendo sus órdenes —dijo el condestable—, porque me habían prevenido en secreto que se le tendería un lazo en esta casa. Yo me quedé, sin embargo, en la calle con la escolta, y me disponía ya a retirarme, cuando vuestras voces airadas llegaron a mis oídos, obligándome a penetrar aquí, donde, en efecto, he encontrado la prueba de que los desconocidos que me advirtieron tenía razón.

«—¡Conozco a esos amigos desconocidos! —dijo riendo sarcásticamente el

conde—. Son los mismos, a no dudar, que vinieron a anunciarme que el delfín pasaría la noche en esta casa, y ¡por Dios vivo! que su intriga ha tenido todo el éxito que podían apetecer, ellos y la mujer que les puso en movimiento. La señora de Etampes, a lo que presumo, ha querido comprometer, provocando un escándalo, a Diana de Poitiers, y el señor delfín no ha titubeado en hacer una visita amorosa acompañado por un ejército, secundando eficazmente la ejecución de aquella intriga maravillosa. ¡Ah, Enrique de Valois! ¡Pocas consideraciones os merece Diana de Poitiers! ¿Queréis proclamarla pública y oficialmente vuestra amante? ¿Os pertenece real y positivamente esta mujer? ¡Sí... no hay duda! ¡Me la habéis robado; fuera necio negarlo! ¡Me habéis robado esta mujer, y con ella la vida! ¡Pues bien! ¡Se acabaron los respetos y consideraciones! ¡Enrique de Valois! ¡El hecho de que seas hijo del rey de Francia no es motivo para que dejes de ser caballero! ¡O me das una satisfacción del agravio, o te proclamaré cobarde ante el mundo entero!

«—¡Miserable! —bramó el delfín, desenvainando la espada y avanzando sobre el conde.

«Por segunda vez se interpuso Montmorency diciendo:

«Monseñor; repito que el heredero de un trono no cruzará en mi presencia su acero con un...

—¡Con un caballero de nobleza más antigua que la tuya, primer barón de la Cristiandad! —interrumpió el conde fuera de sí—. Cualquier noble vale tanto como el rey, y no fueron siempre los reyes tan prudentes como vosotros los pretendéis hacer. Carlos de Nápoles desafió a Alfonso de Aragón, y Francisco I desafió no hace mucho tiempo a Carlos V. Y si me objetáis que cito casos de reyes contra reyes, os diré que monseñor de Nemours, sobrino de un rey, retó a un simple capitán español. Los Montgomery valen tanto como los Valois, y por los mismo que han entroncado muchas veces con príncipes de las Casas de Francia y de Inglaterra, bien pueden batirse con ellos. Sangre real francesa pura corre por la venas de los Montgomery desde los siglos segundo y tercero. Desde que volvieron de Inglaterra, adonde fueron siguiendo a Guillermo *el Conquistador*, ostentaron en su escudo un león de oro armado y lampasado de plata sobre campo azul con esta divisa: *Guarda bien*, y tres flores de lis sobre fondo de gules. ¡Vamos, monseñor! Nuestros blasones son iguales, como nuestras espadas. ¡Portaos como caballero! ¡Ah, si amaseis como yo amo a esa mujer, o si me odiaseis como os odio yo! ¡Pero no! ¡Sois un niño tímido que os alegráis porque podéis esconderos detrás de vuestro ayo!

«—¡Dejadme, Montmorency! —gritó el delfín, forcejeando para desasirse de los brazos del Condestable que le retenían sujeto.

«—¡No será así, ira de Dios! —decía Montmorency—. ¡No toleraré que os batáis con ese furioso! ¡Atrás! ¡A mí... guardias!

«Al mismo tiempo, Diana de Poitiers, asomada a la ventana, gritaba con todas sus

fuerzas:

«—¡Favor...! ¡Socorro...! ¿Dejaréis que asesinen a vuestros señores?

«La traición de aquella Dalila llevó al último límite la ciega exasperación del conde. Perrot, helado de espanto, le oyó decir:

«—¡Enrique de Valois, y tú, viejo corredor de sus liviandades, puesto que para obligaros a que me deis satisfacción me ponéis en el caso de inferiros la última afrenta, tomad!

«Supuso Perrot que el conde se acercó al delfín y puso la mano sobre su rostro, aunque lo probable es que se interpusiera Montmorency deteniendo su brazo, mientras gritaba más recio que nunca:

«—¡A mí...! ¡A mí...!

«Perrot no podía ver, pero si oyó que rugía el delfín:

«—¡Maldición! ¡Su guante ha tocado mi frente! ¡Ha de morir a mis manos, Montmorency!

«La escena se desarrolló con la rapidez del relámpago. Entraron en aquel momento los soldados de la escolta y se trabó una lucha encarnizada, durante la cual, sobre el ruido de las pisadas y el chasquido de los aceros, se destacaba la voz de Montmorency que gritaba:

«—¡Sujetad... atad a ese energúmeno!

«—¡No le matéis! —decía Enrique—. ¡Por el infierno... no le matéis!

«No podía durar aquel combate tan desigual, y, en efecto, terminó en menos de un minuto; ni siquiera dio tiempo a Perrot para acudir a ayudar a su señor. Al llegar al umbral de la puerta, vio a uno de los soldados tendido en el suelo y a dos o tres más heridos, pero el conde había sido ya desarmado por los cinco o seis soldados restantes, los cuales le tenían sujeto. Perrot, que gracias al tumulto no había sido visto por nadie, creyó que podría ser más útil a su señor conservando la libertad que intentando un rescate imposible, pues así le sería factible avisar a los amigos del conde y hasta socorrer a éste aprovechando alguna ocasión favorable. Volvió, pues, sigilosamente a su escondite, y allí permaneció con el oído alerta y la mano en el pomo de su espada, esperando con oportunidad favorable para dejarse ver, y acaso para salvar a su señor, toda vez que vivía y ni siquiera había sido herido. Pronto veréis, monseñor, que a mi Perrot no le faltaban ni el valor ni la audacia; pero hombre tan prudente como bravo, sabía aprovechar con habilidad las ocasiones más ventajosas. Por el momento, no podía hacer otra cosa que observar, y eso fue lo que hizo con gran atención y prodigiosa sangre fría.

«El señor conde de Montgomery, sujeto y agarrotado como estaba, seguía gritando:

«—¿No te decía yo, Enrique de Valois, que tú opondrías lo menos diez espadas a la mía, y contestarías a mi afrenta con el valor mercenario de tus soldados?

«—¡Oís eso, Montmorency! —bramaba colérico el delfín.

«—¡Ponedle una mordaza! —ordenó el condestable por toda respuesta—. Dentro de poco os haré saber lo que debéis hacer con él —añadió, dirigiéndose como antes a los soldados—. Por el momento, no le perdáis de vista: con vuestra cabeza me respondéis de su persona.

«Y salió del oratorio llevando consigo al delfín. Atravesaron la galería en que Perrot estaba oculto y entraron en la cámara de Diana.

«Perrot aplicó el oído a la otra puerta.

«La escena que acaba de presenciar, con ser tan terrible, no era nada en comparación de la que iba a oír.

XXII

LA PRUEBA MÁS GRANDE QUE PUEDE DAR UNA MUJER DE QUE NO AMA A UN HOMBRE

«—Señor de Montmorency —decía el delfín, entre melancólico y colérico, al entrar en la cámara de Diana—; estaría ahora menos descontento de mí y más contento de vos si no me hubierais sujetado casi a viva fuerza.

«—Monseñor me permitirá que le haga presente —contestó el condestable—, que bien están esas palabras en boca de un joven, pero no en la de un hijo de un rey. Vuestros días, monseñor, no os pertenecen a vos, sino a vuestro pueblo, y las cabezas coronadas tienen deberes sagrados que no comprenden a los demás hombres.

«—Si lo que decís es verdad, ¿por qué me irrito contra mí mismo? ¿Por qué estoy como avergonzado? ¡Ah!... ¿Sois vos, señora?, repuso dirigiéndose a Diana, en quien no había reparado hasta entonces—. ¡En vuestra casa, y por vuestra causa, he sido ultrajado por primera vez!

«El amor propio lastimado hablaba en aquel momento más recio que sus celos.

«—¡En mi casa sí, pero no digáis que por mi causa! —contestó Diana—. Vuestras son mi alma y mi vida, monseñor, y puedo decir que principié a vivir el día que vos aceptasteis este pobre corazón mío que os es tan leal. Puede que en otro tiempo... no sé, pero acaso dejé entrever a Montgomery algunas esperanzas... esperanzas muy vagas, pero llegasteis vos, y aquello pasó al olvido. Desde entonces, os lo juro, quisiera que dierais más crédito a mis palabras que a las calumnias de la señora de Etampes, que obra impulsada por los celos... desde entonces, desde el día bendito en que os dignasteis amarme, todos los pensamientos de mi inteligencia, todas las pulsaciones de mi sangre, han sido para vos y por vos, monseñor. Ese hombre miente, ese hombre obra de concierto con mis enemigos, ese hombre no tiene derecho alguno sobre la que os pertenece por entero, Enrique. Apenas si le conozco, y lejos de amarle, ¡gran Dios!, le odio, le aborrezco y le desprecio. Ya veis que ni siquiera os he preguntado si vive o si ha muerto; me preocupo únicamente de vos; a él ¡le odio!

«—¿Debo creerlos, señora? —preguntó el delfín con un resto de desconfianza sombría.

«—De ello podéis tener pronto una prueba, tan sencilla como completa —terció el señor de Montmorency—. El señor de Montgomery vive, señora, pero está sujeto y reducido a la impotencia en manos de nuestros soldados. Ha ofendido gravemente al príncipe, pero no podemos entregarle a los tribunales, porque dejarles que entendiesen en semejante crimen sería más peligroso que el crimen mismo.

Más imposible todavía es que monseñor el delfín acepte un combate singular con

ese insolente. Decid ahora, señora: ¿qué opináis que debe hacerse con ese hombre?

«Siguió a esto un momento de silencio. Perrot suspendió su respiración para oír mejor las palabras que iban a salir de la boca de aquella mujer, pero la contestación tardaba: sin duda se temía a sí misma, y más todavía, a lo que se disponía a decir. Al fin habló, y dijo con voz segura:

«—El señor de Montgomery es reo de un crimen de lesa majestad. ¿Qué pena imponen las leyes a los delitos de esta clase, señor de Montmorency?

«—La muerte —contestó el condestable.

«—Entonces, es mi parecer que muera —dijo con frialdad Diana.

«Todos se estremecieron. Al cabo de una pausa breve, repuso Montmorency:

«—Es verdad, señora: no amáis ni habéis amado nunca al señor de Montgomery.

«—Pero ahora menos que nunca quiero yo que muera Montgomery —dijo el delfín.

«—Soy de la misma opinión, monseñor —respondió el condestable—, aunque supongo que nace la mía de motivos distintos de los que engendran la vuestra. La opinión que vos emitís por generosidad, monseñor, yo la apruebo por prudencia. Montgomery tiene amigos y aliados poderosos en Francia y en Inglaterra, y es público y notorio en la corte que esta noche debía encontrarnos aquí. Si mañana nos lo pidieran resueltamente y con escándalo, sería peligrosísimo presentarles su cadáver. La nobleza no tolera que se la trate como a los villanos, no sufre que se mate a sus miembros sin ceremonias. Es necesario colocarnos en situación de poder responder: «El conde de Montgomery ha huido». o bien, «el conde de Montgomery está herido o enfermo». es decir, que se impone conservar vivo a Montgomery. Si nos estrechan demasiado, si reclaman sus amigos con excesiva insistencia, entonces le sacaremos de su calabozo o de su lecho, y le presentaremos a los calumniadores. Espero, sin embargo, que la precaución, aunque buena y hasta necesaria, ha de resultar inútil. Preguntarán mañana y pasado mañana por el conde de Montgomery, dentro de ocho días apenas si se hablará de él, y al cabo de un mes, nadie se acordará de que existió. Nada se olvida tan pronto como un amigo, ni nada cansa tan pronto como una misma conversación. Por lo mismo opino que el culpable no debe morir ni debe vivir, sino sencillamente desaparecer.

«—¡Sea! —contestó el delfín—. Que salga, que se vaya de Francia. En Inglaterra tiene parientes y bienes; que se refugie allí.

«—¡No tal, monseñor! —replicó Montmorency—. La muerte me parece demasiado, pero el destierro no basta. ¿Queréis que ese hombre haga público en Inglaterra que os amenazó con palabras insultantes y ademanes violentos?

«—¡Ah...! ¡No me lo recordéis! —exclamó colérico el delfín.

«—Permitidme, sin embargo, monseñor, que os lo recuerde, para preveniros contra una determinación que podrá ser generosa, pero que no peca de prudente. Es

absolutamente necesario que Montgomery no pueda nunca, ni vivo ni muerto, hacer revelaciones. Los hombres de nuestra escolta son de confianza absoluta, aparte de que desconocen a la persona de que se trata. El gobernador del Chatelet es amigo mío, mudo y sordo como la prisión que gobierna, y vasallo leal de su majestad. Opino que esta misma noche debe ser Montgomery trasladado al Chatelet: un calabozo seguro nos lo guardará ahora y nos lo devolverá cuando se lo pidamos. Mañana habrá desaparecido, y nosotros nos encargaremos de propalar los rumores más contradictorios acerca de su desaparición. Si los rumores no cesan por sí mismos, si los amigos del conde extreman sus instancias, lo que no considero probable, y pretenden que se practiquen investigaciones severas, lo que me maravillaría en extremo, nos justificaríamos en el acto presentando los registros del Chatelet, que probarían que el señor conde de Montgomery, acusado del crimen de lesa majestad, esperaba en la prisión el fallo del proceso abierto contra él. Y una vez dada esta prueba, ¿será culpa nuestra si la prisión es malsana, si los remordimientos han afectado demasiado al preso, y si éste ha muerto antes del día señalado para comparecer ante sus jueces...?

«—¡Montmorency... Montmorency...! —exclamó horrorizado el delfín.

«—Tranquilizaos, monseñor —contestó el consejero del príncipe—, que confío que no hemos de llegar a ese extremo. Los rumores a que dé lugar la ausencia del conde se acallarán por sí mismos. Los amigos se consolarán y olvidarán muy pronto, y Montgomery vivirá si quiere, para la prisión, pero habrá muerto para el mundo.

«—¿Pero no tiene un hijo? —preguntó Diana.

«—Sí... un niño a quien dirán que no saben qué ha sido de su padre, y que, cuando sea mayor, si llega a serlo... ¡pobrecito huérfano!, tendrá intereses propios y pasiones propias que embargarán su atención, y no intentará profundizar una historia que para entonces datará de quince o veinte años.

«—Encuentro el plan muy justo y me parece maravillosamente combinado —dijo Diana de Poitiers—. Digo con placer que me inclino, apruebo y admiro.

«—Sois muy bondadosa en verdad, señora —respondió Montmorency, en extremo satisfecho—. Con satisfacción veo que hemos nacido para entendernos.

«—¡Pues yo ni apruebo ni admiro! —exclamó Enrique—. Por el contrario: desapruebo y me opongo...

«—Desaprobado, monseñor, y yo contestaré que tenéis razón —dijo Montmorency—; desaprobado, pero no os opongáis; reconvenidme, pero dejadme obrar. Desentendeos de todo, que yo cargaré con toda la responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

«—Pero queréis que entre los dos haya un crimen, Montmorency —replicó el delfín—. No os basta ser mi amigo; pretendéis que yo sea vuestro cómplice.

«—¡Oh, monseñor! ¡Lejos de mí semejantes pensamientos! —exclamó el astuto

consejero—. Inspira mis palabras el deseo de que no os comprometáis ni castigando al culpable ni batiéndoos con él. ¿Queréis que ponga lo ocurrido en conocimiento del rey vuestro padre?

«—¡No, no! ¡Que mi padre lo ignore todo! —contestó el delfín.

«—Mi deber me obligará a advertírselo, monseñor, si persistís en creer que duran todavía los tiempos de las acciones caballerescas. Pero no adoptemos resoluciones precipitadas, y dejemos al tiempo la misión de madurar nuestros consejos. Pongamos al conde a buen recaudo, condición precisa para el buen éxito de nuestros designios ulteriores, cualesquiera que éstos sean, y más adelante concretaremos la resolución definitiva.

«—¡Sea! —contestó el delfín, cuya débil voluntad aceptó gustoso el pretendido término medio del condestable—. Montgomery podrá arrepentirse de su irreflexivo acaloramamiento, y yo también podré reflexionar sobre lo que mi dignidad y mi conciencia me ordenan que haga.

«—Volvamos, pues, al Louvre, monseñor, y hagamos constar nuestra presencia. Señora —añadió sonriente el condestable, dirigiéndose a Diana de Poitiers—; mañana os le devolveré, pues veo con placer que le amáis con verdadera pasión.

«—¿Pero está tan convencido de lo mismo monseñor el delfín? —preguntó Diana—. ¿Me perdonará este incidente fatal que no podía prever y en el cual ninguna parte he tenido?

«—Sí; creo que me amáis... con toda vuestra alma, Diana —contestó el delfín pensativo—. Es más: tengo precisión de creerlo, porque, aun cuando Montgomery hubiese dicho verdad, el dolor inmenso que se apoderó de mí al imaginar que os había perdido, me ha hecho comprender que vuestro amor es una necesidad de mi existencia, y que, quien una vez os ama, ha de amaros mientras le dure la vida.

«—¡Ah... si eso fuese verdad! —exclamó Diana con acento de pasión y besando la mano que el príncipe le tendía en señal de reconciliación.

«—Vamos sin tardanza, monseñor —dijo Montmorency.

«—Hasta la vista, Diana.

«—Hasta la vista, dueño mío —contestó la de Poitiers, enfatizando las dos palabras últimas con expresión de indecible encanto.

«Mientras el delfín, a quien Diana había acompañado hasta la puerta de su cámara, descendía la escalera, Montmorency abrió la puerta del oratorio, donde continuaba encadenado y vigilado el señor de Montgomery, y dirigiéndose al jefe de los soldados, dijo:

«—Dentro de poco enviaré un hombre de toda mi confianza que os comunicará lo que debéis hacer con el prisionero. Hasta entonces vigilad todos sus movimientos y no le perdáis de vista un segundo; de su persona me respondéis con vuestra cabeza.

«—Descuidad, monseñor —contestó el soldado.

«—También vigilaré yo —advirtió Diana desde la puerta de su cámara.

«Todos se alejaron, y Perrot ya no oyó desde su escondite más que el acompasado paso del centinela colocado junto a la puerta del oratorio, mientras sus compañeros vigilaban en el interior al prisioner»..

XXIII

SACRIFICIO INÚTIL

Aloísa, después de haber descansado algunos instantes, porque apenas si la dejaba hablar el dolor que le producía el recuerdo de tan trágica historia, cobró algunos ánimos y, a instancias de Gabriel, terminó su triste narración del modo siguiente:

«Daba la una de la madrugada cuando se alejaban el delfín y su poco escrupuloso mentor. Perrot tenía el convencimiento de que su señor estaba perdido sin remedio si daba tiempo a que llegase el emisario anunciado por Montmorency. Había tomado nota de que el condestable no había indicado contraseña alguna para que pudieran reconocer a su enviado, e inmediatamente ideó su plan de salvación. Esperó media hora próximamente con objeto de dar visos de verdad a la llegada del emisario, y entonces salió sigiloso de su escondite, bajó con cuidado algunos tramos de la escalera, y los volvió a subir con paso firme, procurando que fuese oído desde el interior del oratorio, llamando momentos después a la puerta de éste.

«Temerario era el plan que espontáneamente había concebido, pero por lo mismo tenía a su favor grandes probabilidades de éxito.

«—¿Quién va? —preguntó el centinela.

«—Enviado de monseñor de Montmorency.

«—Abrid —ordenó el jefe de los soldados.

«Cumplida la orden, Perrot penetró con la cabeza erguida y audaz continente.

«—Soy —dijo— el escudero del caballero Carlos de Manffol, que lo es a su vez, como sabéis, de monseñor de Montmorency. Acompañaba a mi señor, que regresaba del Louvre, donde había estado de guardia, cuando encontramos en la plaza de la Gréve a monseñor de Montmorency, con un joven alto envuelto en su capa. Monseñor de Montmorency reconoció al caballero de Manffol y le llamó. Cambiaron algunas palabras en voz baja, que no oí, y seguidamente me ordenaron que viniese aquí, a la calle de Higuera, domicilio de la señora Diana de Poitiers, donde encontraría un prisionero, con respecto al cual me han dado instrucciones secretas, que debo cumplir. He pedido algunos hombres de escolta, pero me han manifestado que había aquí fuerza suficiente, y veo que, en efecto, sois más de los que necesito para llevar a cabo la misión de conciliación que me han confiado. ¿Dónde está el prisionero? ¡Ah! ¡Ya lo veo! Quitadle la mordaza: necesito hablarle y que él me responda.

«Dudaba el escrupuloso jefe de los soldados a pesar del tono decidido de Perrot.

«—¿No traéis ninguna orden escrita? —preguntó.

«—¿Os parece si se escriben órdenes en la plaza de la Gréve, a las doce de la

madrugada? —contestó Perrot encogiéndose de hombros—. Lo que sí me ha dicho monseñor de Montmorency es que os había advertido de mi llegada.

«—Es cierto.

«—Entonces, ¿a qué vienen esas tonterías, buen hombre? ¡Vaya! Despejad un poco, amigos, que lo que tengo que decir a ese señor debe quedar entre él y yo... ¿No me oís? ¡Atrás... atrás!

«Retrocedieron en efecto, y Perrot pudo acercarse a su señor, a quien ya habían quitado la mordaza.

«—¡Mi bravo Perrot! —dijo el conde, que había conocido a su escudero desde que éste entró en el oratorio—. ¿Cómo estás aquí?

«—Luego lo sabréis, monseñor. Escuchadme, porque no podemos perder un momento.

«En pocas palabras le puso al tanto de la escena que acababa de tener lugar en la cámara de Diana y de la resolución que había adoptado Montmorency de sepultar para siempre el secreto del terrible insulto inferido al príncipe juntamente con la persona del agresor. Era forzoso sustraerse a tan mortal cautiverio mediante una resolución desesperada.

«—¿Y qué piensas hacer, Perrot? —preguntó el conde—. Son ocho contra nosotros dos, y por si esto es poco, nos encontramos en una casa que dista mucho de ser amiga —terminó con amargura en la voz.

«—No importa —contestó Perrot. Dejádme obrar y hablar, y os salváis; seréis libre.

«—¿Para qué, Perrot? —dijo con tristeza el conde—. ¿Para qué quiero la vida y la libertad? ¡Diana no me ama!... ¡Me detesta y me vende!

«—Olvidad a esa mujer, monseñor, y acordaos únicamente de vuestro hijo.

«—Tienes razón, Perrot; he tenido demasiado olvidado a mi pobre Gabriel, y Dios me castiga con justicia. Por mi hijo debo, quiero aprovechar el último recurso de salvación que vienes a ofrecerme, amigo mío, pero ante todo, escúchame: si fracasan tus esfuerzos, si se malogra la empresa, insensata a fuerza de ser audaz, que vas a intentar, yo no quiero, Perrot, legar a un pobre huérfano como herencia las consecuencias de mi destino fatal, no quiero imponerle, luego que yo haya desaparecido de este mundo, las terribles enemistades a cuyos golpes habré sucumbido yo. Júrame, pues, que si la prisión o la tumba se abren para mí, y tú me sobrevives, jamás sabrá Gabriel por tu boca cómo desapareció su padre de la tierra. Si él llegase a conocer este secreto terrible, querría salvarme o vengarme, y en uno y otro caso se perdería sin remedio. ¡Tengo que dar a su pobre madre una cuenta hartamente terrible para que la añada este peso más! ¡Viva feliz mi hijo sin que le torturen las calamidades y desdichas de su padre! Júramelo, Perrot, y ten presente que no te relevo del juramento más que en el caso en que los tres actores de la escena que

acabas de narrarme muriesen antes que yo, es decir, cuando el Delfín, que para entonces será rey, Diana y el señor de Montmorency, hayan llevado a la tumba su odio omnipotente y nada puedan ya contra mi hijo. Si tan dudosa hipótesis llegara a realizarse, que procure, si ése es su deseo, encontrarme y rescatarme, pero hasta entonces, que ignore como todo el mundo y si es posible más que todos, el fin de su padre. ¿Me lo prometes, Perrot? ¿Me lo juras? Con esta condición únicamente me abandonaré a tu valor temeraria y aceptaré tu sacrificio, que temo resulte inútil Perrot.

«—Puesto que así lo quieres, monseñor, juro.

«—Sobre la cruz de tu espada, Perrot, júrame que nunca sabrá Gabriel por ti este peligroso misterio.

«—Lo juro sobre la cruz de mi espada, monseñor —contestó Perrot extendiendo sobre aquélla la mano derecha.

«—Gracias, amigo mío, gracias. Ahora, puedes hacer lo que quieras, mi fiel servidor. Me entrego a tu valor y a la gracia de Dios.

«—¡Sangre fría y serenidad, monseñor, y ahora veréis!

«Dirigiéndose al jefe de la guardia, añadió:

«—Las contestaciones del preso son tan satisfactorias, que podéis desatarle y dejarle partir al punto.

«—¿Desatarle? ¿Dejarle partir? —repitió el jefe estupefacto.

«—Claro que sí: son órdenes de monseñor de Montmorency.

«—Monseñor de Montmorency —replicó el jefe de la guardia moviendo la cabeza— nos ordenó que vigilásemos a este prisionero, y añadió, al marcharse, que yo respondía de su persona con mi cabeza. ¿Cómo es posible que el mismo señor mande ahora que se le ponga en libertad?

«—¿Y cómo os negáis a obedecerme a mí, que hablo en su nombre? —increpó Perrot sin perder la serenidad.

«—No me niego; dudo. Si me mandaseis degollar a este caballero, o tirarle de cabeza al río o conducirlo a la Bastilla obedecería sin titubear, pero ponerle en libertad, cosa es que no entra en nuestras atribuciones.

«—¡Como queráis! —respondió Perrot sin desconcertarse—. Os he transmitido las órdenes que me dieron y me lavo las manos. De vuestra desobediencia contestaréis vos a monseñor de Montmorency, y como nada me queda que hacer aquí, ¡buenas noches!

«Y abrió la puerta como para salir.

«—Deteneos un instante —dijo el esbirro—. ¿Tanta prisa tenéis? ¿Me aseguráis que es la voluntad de monseñor de Montmorency que deje en libertad al prisionero? ¿Estáis cierto de que es monseñor de Montmorency quien os envía?

«—¡Necio! —replicó Perrot—. ¿Podía yo saber, si él no me lo hubiera dicho, que guardabais aquí a un prisionero? ¿Ha salido alguien de la casa después de monseñor

Montmorency para que me lo haya advertido?

«—¡Está bien! Se desatará a ese hombre —refunfuñó el esbirro, con el descontento del tigre a quien arrebatan la presa que iba a devorar—. ¡Qué veleidosos son esos nobles, cuerpo de Cristo!

«—¡Corriente! —dijo Perrot—. Aquí espero.

«Y permaneció fuera del oratorio, sobre el primer peldaño, de la escalera, dando frente a ésta y con el puñal desnudo en la mano, por si veía subir al mensajero auténtico de Montmorency, a quien estaba dispuesto a dejar inmóvil para siempre.

«Absorto en la vigilancia de la escalera, no vio ni oyó a sus espaldas a Diana que, atraída por el ruido de las voces, había salido de su cámara y adelantaba hasta la puerta del oratorio, que estaba abierta. Aquel monstruo de traición vio que desataban a monseñor de Montgomery, el cual quedó yerto de horror al verla.

«—¡Miserables! —gritó—. ¿Qué hacéis?

«—Obedecemos las órdenes de monseñor de Montmorency, señora —contestó el jefe de la guardia—. Estamos desatando al prisionero.

«—¡Montmorency no ha podido dar orden semejante! —replicó la de Poitiers—. ¡Imposible! ¿Quién ha traído esa orden?

«Los soldados indicaron a Perrot, que se había vuelto poseído de espanto y de estupor al oír la voz de Diana. Un rayo de luz iluminaba de lleno la cara pálida y consternada de mi pobre marido. Diana de Poitiers le reconoció al punto.

«—¿Ese hombre? —preguntó Diana—. ¡Ese hombre es el escudero del preso! ¡Ved lo que ibais a hacer!

«—¡Mentira! —contestó Perrot, intentando negarlo—. Soy escudero del caballero Manffol y enviado aquí por monseñor de Montmorency.

«—¿Quién pretende ser el enviado de monseñor de Montmorency? —preguntó una voz desde la galería, la voz del verdadero mensajero—. Ese hombre miente, mis bravos soldados. Ved aquí el anillo y el sello de los Montmorency. Además, no podéis menos de reconocerme, puesto que soy el conde de Montansier. ¡Como! ¿Habéis osado quitar la mordaza al preso y os disponías a desatarle? ¡Desgraciados!... ¡Amordazadle inmediatamente y amarradle más sólidamente que estaba!

«—¡Magnífico! —exclamó el jefe de los esbirros—. Estas órdenes ya son más verosímiles.

«—¡Pobre Perrot! —se limitó a decir el conde.

«No se dignó dirigir una palabra de queja ni de reconvención a Diana, aunque tuvo tiempo de hacerlo antes de que le amordazasen. Es posible que no lo hiciera por temor de comprometer más a su abnegado escudero. No imitó, por desgracia, el servidor la prudencia de su señor, pues dirigiéndose a Diana de Poitiers, rugió poseído de indignación:

«—¡Muy bien, señora! ¡No sois partidaria de dejar incompletas las felonías! San

Pedro negó tres veces a Cristo, pero Judas sólo le vendió una: vos, en menos de una hora, habéis vendido tres veces a vuestro amante. ¡Es verdad que Judas era un hombre, y vos sois mujer y duquesa!

«—¡Apoderaos de ese hombre! —ordenó Diana furiosa.

«—¡Apoderaos de ese hombre! —repitió el conde de Montansier.

«—¡No me tenéis todavía en vuestro poder! —gritó Perrot.

«Puesto en trance tan desesperado, cediendo a un impulso de loca abnegación, de un salto se puso al lado de su señor, y con el filo de su puñal comenzó a cortar las ligaduras, diciendo:

«—¡A ellos, monseñor! ¡Vendamos caras nuestras vidas!

«Solamente tuvo tiempo para desatarle el brazo izquierdo, porque le era imposible defenderse de los golpes que le asestaban mientras procuraba cortar las ligaduras del conde. Diez espadas se oponían a la suya. Cercado y atacado por todas partes, una estocada que recibió en la espalda le tendió a los pies de su señor, donde quedó sin sentido y como muerto.

XXIV

LAS MANCHAS DE SANGRE NO SE BORRAN JAMAS COMPLETAMENTE

«Perrot no se dio cuenta de lo que pasó después.

«Cuando volvió en sí, la primera impresión que sintió fue de frío. Procuró entonces hacer memoria, abrió los ojos y miró en derredor: la noche era muy oscura. Hallábase tendido sobre tierra húmeda y había un cadáver a su lado. La luz de un farol que ardía en el nicho de una imagen de la Virgen le permitió reconocer que estaba en el cementerio de los Inocentes. El cadáver tendido a su lado era el del soldado muerto por monseñor de Montgomery. Creyeron, sin duda, que mi pobre marido estaba muerto.

«Hizo por levantarse, pero los atroces dolores de sus heridas se lo impidieron; con todo, reuniendo todas sus fuerzas con dolor sobrehumano, consiguió ponerse en pie y dar algunos pasos. Una luz vino en aquel instante a horadar la tétrica oscuridad, y a su escaso resplandor pudo mi marido distinguir a dos hombres de rostro patibulario, que se acercaban provistos de palas y de azadones.

«—Nos han dicho que al pie de la imagen de la Virgen —dijo uno de ellos.

«—¡Hola! ¡Aquí les tenemos! —exclamó el otro—. ¡Pero... calla! ¡No veo más que uno!

«—Buscaremos al otro.

«Los sepultureros iluminaron con su linterna un trecho de terreno, pero Perrot había encontrado fuerzas para esconderse detrás de una tumba bastante alejada del sitio donde aquéllos estaban.

«—¡El diablo ha debido de llevarse a nuestros hombres! —dijo uno de los sepultureros, que parecía de carácter jovial.

«—¡Oh! —respondió el otro temblando—. ¡No digas semejantes cosas, en este sitio y a esta hora!

«Y se persignó asustado.

«—¡Pues, señor, decididamente no hay más que uno! —repuso el primer sepulturero—. ¿Qué hacemos? ¡Mira! Enterraremos de todos modos al que queda, y diremos que su amigo ha tenido a bien escaparse. Quién sabe si habrán contado mal: todo es posible.

«Sin hacer más comentarios, empezaron a cavar la fosa, Perrot, que se alejaba tambaleándose, oyó al más jovial de los cavadores que decía a su compañero:

«—Estoy pensando que si decimos que no hemos encontrado más que un cadáver ni cavado más que una fosa, en vez de darnos los diez doblones, nos pagarán con

cinco. ¿No te parece que nuestro interés aconseja que callemos la fuga singular del otro cadáver?

«—¡Conforme! —contestó el miedoso—. Diremos que hemos terminado la tarea, y no mentiremos.

«No sin haber de vencer mortales congojas, Perrot consiguió llegar a la calle de Aubry-le-Boucher. Pasaba a la sazón una carreta que venía del mercado, y el herido preguntó al hortelano que la conducía que a donde iba.

«—A Montreuil —respondió el interrogado.

«—Entonces, ¿queréis hacerme la caridad de dejarme sentar en el borde de vuestra carreta hasta la calle de San Antonio, esquina a la de Goffroy-L'Asnier, donde vivo?

«—Subid —dijo el hortelano.

«Gracias a la carreta, Perrot pudo salvar sin demasiada fatiga la distancia que le separaba de nuestra casa, aunque varias veces creyó que iba a exhalar el último suspiro. La carreta se detuvo en el sitio indicado por Perrot.

«—¡Vaya! ¡Ya estáis en vuestra casa, amigo! —dijo el hortelano.

«—¡Gracias, buen hombre! —contestó Perrot.

«No bien descendió de la carreta, se vio obligado a recostarse contra la primera pared que encontró.

«—¡Parece que el compañero ha bebido un trago de más! —exclamó el hortelano—. ¡El vino las gasta así, amigo!

«Y se alejó cantando la canción, entonces muy en boga, de Francisco Rabelais, el alegre cura de Meudon:

O Dieu, pére Paterne
Qui muas l'eau en vin,
Fais de mon cul lanterne
Pour luiré a mon voisin.

«Una hora tardó Perrot en llegar desde la calle de San Antonio a la de los Jardines; ¡felizmente las noches de enero son largas! A nadie encontró en el camino y entró en casa a eso de las seis.

«A pesar del frío, monseñor, la inquietud me había tenido toda la noche de pie, junto a la ventana abierta; por eso, no bien llamó Perrot, bajé presurosa y le abrí la puerta.

—¡Silencio, por tu vida! —me dijo al entrar—. ¡Ayúdame a subir hasta nuestra habitación, pero ni un grito, ni una palabra!

Subía mi pobre marido apoyado y sostenido por mí, que viéndole herido de gravedad, no osaba hablar palabra, pero lloraba copiosamente y en silencio. Llegados a nuestra habitación, cuando le quité las armas y el vestido, la sangre del desgraciado inundó mis manos, y pude ver que sus heridas eran anchas y profundas. Con un gesto

imperioso ahogó mi voz y se tendió en la cama, adoptando la posición que le permitía sufrir menos.

—Voy a buscar a un cirujano —le dije sollozando.

—Es inútil —me contestó—. Sabes que entiendo algo en heridas. Una de las mías, por lo menos, la que tengo debajo del cuello, es mortal. No viviría yo si algo más fuerte que el dolor no me hubiera sostenido, y si Dios, que no deja sin castigo a los asesinos y a los traidores, no hubiese prolongado algunas horas mi vida para que sirva de instrumento a sus designios futuros. Pronto se apoderará de mí la fiebre y terminará con el resto de vida que me queda. No hay médico en el mundo que pueda impedirlo.

Hablaba haciendo esfuerzos penosos, por cuyo motivo le supliqué que descansase un poco.

—Tienes razón —me contestó—. Debo recoger las pocas fuerzas que me quedan. Tráeme recado de escribir.

Llevé lo que me pedía, pero el infeliz no se había dado cuenta de que una cuchillada había inutilizado su mano derecha. Tanta dificultad encontraba para escribir, que al fin arrojó la pluma y el papel.

—Hablaré —dijo—, y Dios, sin duda, me permitirá vivir hasta que haya terminado, y si Dios, como lo espero, porque es justo, hiere a los tres enemigos de mi señor en su poderío o en su vida, que son los bienes percedores de los malvados, será preciso que el hijo del señor conde de Montgomery ponga los medios para salvar a su padre.

—Entonces, monseñor —repuso Aloísa—, Perrot me refirió toda la lúgubre historia que yo acabo de repetir. El dolor y la falta de fuerzas le obligaron a interrumpir varias veces su relato, y cuando la postración le impedía continuar, me mandaba que le dejara y saliese, para que las gentes de la casa no echaran de menos mi presencia. Yo obedecía afectando una serenidad que, ¡ay!, estaba muy lejos de tener pues aparte de la inquietud que me causaba el estado de mi marido, me preocupaba horriblemente la suerte del conde. Envié a la mayor parte de los criados de la casa en distintas direcciones, uno a preguntar al Louvre, otros a los domicilios de todos los amigos de monseñor de Montgomery, y otros a los de los simples conocidos. La de Poitiers contestó que no le había visto, y el condestable que no le molestasen con preguntas que no le interesaban.

De este modo conseguí que no sospechasen que yo estaba enterada del secreto, que era lo que Perrot deseaba, y los asesinos durmieron con la confianza de que su criminal hazaña quedaba enterrada para siempre en la mazmorra del señor y en la tumba del escudero.

Una vez hube alejado a la servidumbre, aunque no sin haberos confiado a uno de los criados, monseñor Gabriel, volví al lado de Perrot, quien reanudó con más vigor

su narración.

A eso del mediodía, los horribles dolores que había sufrido se calmaron un poco. Hablaba con menos dificultad y parecía más animado; pero al observar que yo principiaba a estar esperanzada, me dijo sonriendo tristemente.

—Esta mejoría es aparente; la produce la fiebre que te había anunciado. Gracias a Dios, he tenido tiempo para explicarte todos los detalles del horrendo drama. Ahora eres sabedora de lo que únicamente conocen Dios y los tres asesinos, y tu alma fiel sabrá guardar, de ello estoy seguro, este secreto de muerte y de sangre, hasta el día en que te será permitido, así lo espero al menos, revelarlo a quien tiene derecho a conocerlo. Has oído el juramento que yo hice a monseñor de Montgomery; quiero que tú me lo repitas a mí, Aloísa. En tanto que envuelva algún peligro para Gabriel la revelación de que su padre vive, en tanto que los tres omnipotentes enemigos que han asesinado a mi señor permanezcan heridos por la cólera del Señor, callarás, Aloísa. Júralo así a tu moribundo esposo.

—Juré llorando, monseñor —continuó Aloísa—, y ése es el juramento que acabo de quebrantar, porque viven todavía vuestros tres enemigos, y son más poderos, más temibles que nunca. Pero os vi dispuesto a morir, monseñor, y por otra parte considero que, si queréis o sabéis aprovechar mi revelación con prudencia y cordura, lo mismo que debía perderos puede ser vuestra salvación y la de vuestro padre. Así, pues, monseñor, decidme que no he cometido un pecado irremediable, decidme que, en atención a la intención que me guía, Dios y mi querido Perrot se dignarán perdonar mi perjurio."

—¡No existe perjurio en lo que has hecho, santa mujer! —dijo Gabriel—. Tu vida ha sido un continuo heroísmo... ¡Pero acaba... acaba!

—Cuando ya no exista —siguió diciendo Perrot—, cuando haya muerto, querida esposa mía, la prudencia aconseja que cierres esta casa, que despidas a todos los criados de monseñor y que te vayas a vivir a Montgomery con Gabriel y con nuestro hijo. No habitarás en el castillo; debes vivir retirada en nuestra casita, donde educarás al heredero de los nobles condes, si no en un secreto absoluto, a lo menos sin fausto ni ostentación, es decir, de modo que sus amigos sepan de él y sus enemigos le olviden. Todas las buenas gentes de allá, el mayordomo, el capellán, te ayudarán a cumplir el grande y sagrado deber que el Señor te impone. Será preferible que el mismo Gabriel ignore, hasta que cumpla los dieciocho años, el título que tiene derecho a ostentar, y sepa únicamente que es caballero. Nuestro digno capellán y el señor de Vimoutiers, tutor nato del niño, te ayudarán con sus consejos, pero aun a estos amigos, con ser de toda confianza, no revelarás lo que te he confiado. Concéntrate a decirles que temes por Gabriel a los poderosos enemigos de su padre.

Añadió Perrot mil advertencias, repitiéndomelas de mil maneras, hasta que le acometieron de nuevo los dolores, que vinieron acompañados de un abatimiento no

menos acerbo que aquéllos. Aun entonces el desventurado aprovechaba todos los momentos de tregua para animarme y consolarme.

Exigió de mí otra promesa que había de poner a ruda prueba mis energías y que me produjo horribles angustias.

—Para Montmorency —dijo—, estoy enterrado en el cementerio de los Inocentes; así es que precisa que yo desaparezca como ha desaparecido el conde. Si se encontrara un indicio de mi venida a esta casa, tú, Aloísa, estabas irremisiblemente perdida, y acaso Gabriel contigo. Pero tienes un brazo robusto y alienta en tu pecho un corazón enérgico. Tan pronto como cierres mis ojos, reunirás todas las fuerzas de tu cuerpo y de tu alma, esperarás a que sea medianoche y, aprovechando el sueño de los de la casa, a quienes habrán rendido las fatigas del día, transportarás mi cadáver a la antigua cripta funeraria de los señores Brissac, años atrás dueños de este palacio. Hace mucho tiempo que nadie ha penetrado en aquel panteón abandonado, cuya llave cubierta de moho, encontrarás en el cofre grande que está en la cámara del conde. Así podré reposar en una sepultura consagrada y entre grandes señores, aunque como humilde escudero que soy sea indigno de tan noble compañía. Pero a bien que la muerte nos nivela a todos. ¿Verdad, Aloísa?

Viendo que las congojas de la muerte invadían a mi pobre Perrot, y que éste insistía en recabar mi palabra, prometí todo lo que quiso. Hacia el atardecer, se apoderó de él el delirio, al que sucedieron horribles dolores. Yo me desesperaba y me golpeaba el pecho en vista de que era imposible proporcionarle el menor alivio, pero él, con su elocuente y triste mirada fija en mí, me decía que todo era inútil.

Al fin, abrasado por la fiebre y devorado por atroces sufrimientos, me dijo:

—¡Aloísa... dame agua... una gota solamente!

En mi ignorancia y en mi deseo de mitigar su sed se la había ofrecido varias veces, pero él no la había aceptado. Me apresuré a presentarle un vaso lleno, y antes de llevarlo a sus labios, me dijo.

—¡Aloísa... el último beso... y el postrer adiós...! ¡Acuérdate de todo... acuérdate!

Cubrí su rostro de besos y de lágrimas. Me pidió un crucifijo, posó sus labios sobre los clavos de la cruz de Jesús, diciendo: «¡Dios mío!, ¡Dios mío!», y dándome un apretón de manos, el último, tomó el vaso que yo le ofrecía. Bebió un sorbo, se estremeció violentamente y cayó sobre la almohada.

¡Había muerto!

Yo pasé el resto de la velada rezando y llorando, pero, como de ordinario, fui a acostarme, monseñor. A nadie admiró mi dolor: la consternación era general en la casa y todos los servidores lloraban al conde y a su fiel escudero Perrot.

Dieron las dos de la madrugada y el silencio era completo. Todos dormían, todos, excepto yo, que velaba. Lavé la sangre que cubría el cuerpo de mi marido, lo envolví

en una sábana y, encomendándome a Dios, principié a bajar con mi querida carga, cuyo peso sentía más mi corazón que mis brazos. Cuando me faltaban las fuerzas, dejaba el cadáver en el suelo, y arrodillada junto a él, oraba.

Al cabo de media hora eterna llegué a la puerta de la cripta. Cuando la abrí, no sin trabajo, una ráfaga de viento helado apagó la lámpara con que me alumbraba y me causó un espanto mortal. Algún tanto repuesta, volví a encender la lámpara y deposité el cuerpo de mi marido en un sepulcro que encontré abierto y vacío, como si esperase recibirlo. Después de haber besado por última vez la sábana, dejé caer la losa de mármol y me separé para siempre del que había sido querido compañero de mi vida. El ruido que hizo la losa al chocar con el sepulcro me causó tal espanto, que huí, sin cerrar la puerta de la cripta, y no cesé de correr hasta que llegué a mi habitación, donde caí medio muerta sobre una silla. Era indispensable que antes del día desaparecieran los trapos y ropas ensangrentados, a fin de que no quedasen rastros de los trágicos sucesos de aquella noche; y en efecto, cuando amaneció, ya lo había yo quemado todo, lo había hecho desaparecer con el mismo cuidado que pone el criminal para no dejar huellas de su crimen.

Los esfuerzos y los sufrimientos habían agotado mis energías, y caí enferma; pero estaba en la obligación de vivir para cuidar de los dos huérfanos que la Providencia había confiado a mi protección única, y viví, monseñor.

—¡Pobre mujer! ¡Pobre mártir! —exclamó Gabriel, estrechando la mano de Aloísa.

—Un mes más tarde os llevé a Montgomery —repuso la nodriza—, obedeciendo las instrucciones de mi marido.

Las previsiones del señor de Montmorency tuvieron realización exacta; la inexplicable desaparición del conde de Montgomery y de su escudero dieron margen a muchos comentarios durante un semana; poco a poco hablando menos, y por último, ya nadie se acordó más que de la próxima llegada del emperador Carlos V, que debía atravesar el territorio francés para ir a castigar a los ganeses.

En el mes de mayo del mismo año, cinco meses después de la muerte o desaparición de vuestro padre, monseñor, nació Diana de Castro."

—¡Sí! —dijo Gabriel pensativo—. ¿Era Diana de Poitiers amante de mi padre? ¿Se entregó al Delfín antes, después, o al mismo tiempo que a mi padre? ¡Cuestiones sombrías que las murmuraciones de una corte corrompida no han podido aclarar ni resolver! ¡Pero mi padre vive...! ¡Mi padre debe vivir...! Yo le encontraré, Aloísa. Desde este instante viven en mí dos hombres que no cejarán hasta encontrarle: un hijo y un amante.

—¡Dios lo quiera! —contestó Aloísa.

—¿Nada has podido indagar después, nodriza, acerca de la prisión en que aquellos miserables sepultaron a mi padre?

—Nada, monseñor. El único indicio que podría tal vez guiarnos es la frase pronunciada por Montmorency y recogida por Perrot, a propósito de que el gobernador del Chatelet era un amigo de toda su confianza y de cuya discreción respondía.

—¡El Chatelet! —exclamó de pronto Gabriel—. ¡El Chatelet!

El fulgor de un recuerdo horrible presentó en su memoria aquel triste y desconocido anciano condenado a no pronunciar jamás una palabra, y a quien él había visto con compasión profunda en uno de los calabozos más profundos de la prisión real.

Gabriel se arrojó en los brazos de Aloísa deshaciéndose en lágrimas.

EL RESCATE HEROICO

En la mañana del día siguiente, 12 de agosto, Gabriel de Montgomery se dirigió con paso firme y tranquilo continente al Louvre, con objeto de pedir una audiencia al rey.

Antes de salir de su casa, había meditado y discutido con Aloísa y consigo mismo lo que debería hacer y decir, y convencido de que emplear la violencia con un adversario coronado no serviría sino para exponerle a la misma suerte de su padre, resolvió Gabriel presentarse con dignidad, hablar con claridad, pero sin rebasar los límites de la moderación y del respeto. Se proponía suplicar y no exigir, pues en último extremo, tiempo quedaba para hablar alto. Ante todo convenía averiguar si los dieciocho años transcurridos habían atenuado el odio de Enrique II.

El plan de conducta escogido por Gabriel reunía toda la cordura y prudencia compatible con el atrevido partido que había adoptado. Por otra parte, las mismas circunstancias iban a poner a su disposición un auxilio inesperado.

Al llegar al vestíbulo del Louvre, seguido de Martín Guerra, esta vez del Martín Guerra auténtico, notó Gabriel una agitación inusitada, pero demasiado preocupado su pensamiento en sus propios asuntos, no se detuvo a indagar la causa que había llevado allí a los grupos que entorpecían el paso y que hablaban tristes y como azorados.

A pesar de su distracción, hubo de reconocer una litera que ostentaba el escudo de armas de los Guisa, y saludar al cardenal de Lorena que descendía de aquélla.

—¡Hola! ¿Sois vos, señor vizconde de Exmés? —preguntó afectuosamente Carlos de Lorena—. Os veo completamente restablecido, de lo que me alegro mucho. Mi hermano, en su última carta, me pregunta con vivo interés por vos.

—¡Oh, monseñor...! ¡Tanta bondad...!

—La tiene más que merecida vuestro valor, amigo mío —interrumpió el cardenal—. ¿Adonde vais tan presuroso?

—A ver al rey, monseñor.

—¡Hum! Preocupan al rey en estos momentos asuntos muy graves para que pueda recibiros, mi joven amigo... Pero aguardad un poco: yo también voy a ver a su majestad, que me mandó llamar con urgencia. Subamos juntos y os presentaré, a cambio de que me prestéis vuestro brazo para ayudarme a subir: favor por favor, amigo mío, y servicio por servicio, que es precisamente lo que dentro de un momento diré a su majestad. Supongo que sabréis la triste noticia...

—¡No... nada sé, monseñor! Llego de mi casa y lo único que he observado ha

sido cierta agitación...

—¡Motivada, amigo mío, muy motivada! El señor de Montmorency ha hecho otra de las suyas. Quiso acudir con el ejército a socorrer la plaza de San Quintín, sitiada por el enemigo, y nuestro intrépido condestable... Pero no subáis tan deprisa, señor Exmés, que no tengo vuestras piernas ni vuestros veinte años... Decía, que nuestro intrépido condestable ofreció batalla al enemigo... Fue anteayer, diez de agosto, día de San Lorenzo. Disponía de un ejército tan numeroso como el de los españoles, de una caballería admirable y de lo más escogido de la nobleza francesa. ¡Pues bien! Ha sabido manejarse con tanta habilidad el experto general, que en las llanuras de Gibercourt y de Lizerolles le han infligido una derrota espantosa, ha quedado él herido y prisionero, y con él, todos los generales y jefes que no perdieron la vida en la batalla. Entre estos últimos se cuenta el duque de Enghien, y de toda la infantería, apenas si se han salvado cien hombres. Ved ahí, señor de Exmés, la causa de la tristeza que observáis en todos los rostros, y la que, sin duda alguna, ha impulsado a su majestad a llamarme con tanta premura.

—¡Dios mío! —exclamó Gabriel, sintiendo muy vivo, no obstante su dolor personal, el nacido de la espantosa calamidad pública—. ¡Dios mío! ¿Será posible que vuelvan a pesar sobre Francia las jornadas de Poitiers y de Azincourt? ¿Y San Quintín, monseñor?

—San Quintín se sostenía todavía a la salida del correo que trajo la noticia —contestó el cardenal—, y el sobrino del condestable, el almirante Gaspar de Coligny, que defiende la plaza, ha jurado atenuar el yerro de su tío, muriendo bajo los escombros de los muros antes que rendirse. Se teme, sin embargo, que a estas horas esté enterrado y haya caído en poder del enemigo hasta el último lienzo de muralla.

—¡Y en ese caso, el reino puede considerarse perdido!

—¡Dios proteja a Francia! —exclamó el cardenal—. Pero hemos llegado a la cámara del rey; veamos qué disposiciones adopta para su propia defensa.

Al pasar el cardenal, le saludaron los guardias con el respeto debido al hombre necesario, al hombre de la situación, al hermano del héroe que, no obstante lo crítico del caso, podía salvar la nación. Carlos de Lorena, seguido de Gabriel, llegó sin oposición hasta el gabinete del rey y encontró a éste en compañía de Diana de Poitiers. La consternación del monarca era evidente. Al ver al cardenal, Enrique abandonó vivamente su asiento y salió presuroso a su encuentro.

—¡Sea bien venido vuestra eminencia! —dijo—. ¡Qué catástrofe tan espantosa, señor de Lorena! ¡Quién me lo hubiera dicho...!

—Yo, señor —contestó el cardenal—, si vuestra majestad me hubiese concedido el honor de consultarme hace un mes cuando se trató de la aventura de Montmorency...

—Dejémonos de recriminaciones tardías e inútiles, primo mío. No se trata del

pasado, sino del porvenir, que se presenta terriblemente amenazador, y del presente, erizado de peligros. El señor duque de Guisa ha emprendido el regreso de Italia, ¿verdad?

—Sí, señor: a estas horas debe hallarse en Lyon.

—¡Loado sea Dios! —exclamó el rey—. Pues bien, señor de Lorena; en las manos de vuestro ilustre hermano pongo la salvación del Estado; a vos y a él os confiero plenos poderes y autoridad soberana. Sed tan reyes como yo, y aún más que yo. Acabo de escribir en este instante al duque de Guisa para que acelere su llegada; he aquí la carta. Ruego a su eminencia que le escriba otra, pintando a su hermano la horrible situación en que nos encontramos y la necesidad de no perder un minuto si quiere salvar a Francia. Decidle que me abandono a él por completo. Escribid, señor cardenal, escribid pronto, os lo suplico. No tenéis necesidad de salir de aquí; allá, en el despacho, encontraréis cuanto os haga falta. El correo espera con las espuelas calzadas y el pie en el estribo... ¡Id, por favor, primo mío, que en media hora puede perderse o salvarse todo!

—Obedezco a vuestra majestad —contestó el cardenal dirigiéndose al despacho—, y mi ilustre hermano obedecerá como yo, porque su vida pertenece a su rey y a su patria. Sin embargo, sea el que quiera el resultado de sus esfuerzos, vengado o sea vencido, he de rogar a vuestra majestad que tenga presente que le ha confiado el poder en circunstancias desesperadas.

—Decid peligrosas, primo mío, pero no desesperadas —replicó el rey—. Mi buena y leal ciudad de San Quintín y su bravo defensor se sostienen todavía...

—Se sostenían hace dos días, es verdad, señor —observó Carlos de Lorena—; pero sus fortificaciones estaban en deplorable estado, y los habitantes, acosados por el hambre, hablaban de rendirse. Si San Quintín cae en poder de los españoles, a los ocho días se habrán apoderado éstos de París. Pero no importa, señor; voy a escribir a mi hermano, y ya sabéis que cuanto pueda hacer un hombre lo hará el duque de Guisa.

El cardenal saludó al rey y a Diana y entró en el despacho particular del rey para escribir la carta que éste deseaba.

Gabriel, entretanto, había permanecido apartado, pensativo y sin ser visto. Su juvenil y generoso corazón sentía todo el peso de la emoción consiguiente al terrible extremo de que Francia se encontraba reducida. Ya no se acordaba de que el vencido, el herido, el humillado, el prisionero, era Montmorency, su mortal enemigo; en aquellos instantes no veía en aquél más que al general de las tropas francesas. Le preocupaban tanto los peligros de su patria como las desdichas de su padre. El noble joven tenía tesoros de amor para todos los sentimientos y de piedad para todos los infortunios, de aquí que, cuando el rey, luego que salió el cardenal, se dejó caer desolado sobre un sillón, y con la frente hundida entre sus manos exclamó:

—¡Oh, San Quintín! ¡En ti está hoy cifrada la suerte de Francia! ¡San Quintín...! ¡Mi leal, mi buena ciudad! Si pudieras prolongar tu resistencia ocho días más, el duque de Guisa tendría tiempo suficiente de llegar y no sería imposible organizar la defensa al amparo de tus fieles murallas. ¡En cambio, si éstas caen, el enemigo avanzará sobre París y todo está perdido! ¡San Quintín... San Quintín! ¡Por cada hora de resistencia te otorgaría un privilegio, y por cada sillar que caiga de tus muros te daría un brillante, si aun te resistieras ocho días!

Gabriel dio un paso al frente y dijo:

—¡Señor! ¡Resistirá los ocho días o más!

—¡Señor de Exmés! —exclamaron al unísono, Enrique y Diana; el rey con acento de sorpresa y Diana con expresión de desdén.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó con severidad el monarca.

—Señor, entré con su eminencia...

—¡Ah! Eso es diferente... ¿Decíais, señor de Exmés, que San Quintín resistirá...?

—Sí, señor; y vuestra majestad decía también que, si resistía, la colmaríais de privilegios y de riquezas.

—Y lo repito.

—Pues bien, señor: lo que concederíais a la ciudad, si se defiende y resiste, ¿lo negaríais al hombre que la hiciera defenderse, al hombre cuya voluntad enérgica se impusiera a la ciudad entera y la obligase a no rendirse hasta tanto no cayera el último lienzo de sus muros bajo el fuego de los cañones enemigos? El favor que os pidiera ese hombre a quien seríais deudor de ocho días de respiro, y quizá de la salvación de vuestro reino, ¿se lo regatearíais, señor? ¿Encontraríais cara una gracia que os hubiese devuelto un imperio?

—¡De ningún modo! —contestó Enrique—. Ese hombre conseguiría de mí todo lo que pueda depender de la voluntad de un rey.

—Pues bien, señor; recojo vuestra real palabra. De vuestra voluntad depende la gracia a que me refiero, porque un rey no sólo puede, sino que debe perdonar, y es un perdón y no títulos ni riquezas lo que ese hombre pide.

—¿Pero dónde está? ¿Quién es ese salvador? —preguntó el rey.

—En la presencia de vuestra majestad, señor. Ese hombre soy yo, vuestro humilde capitán de guardias, pero que siente en su alma y en su brazo una fuerza sobrehumana y os probará que no cree excederse si empeña su honor y su palabra en que salvará a la vez a su patria y a su padre.

—¿Vuestro padre, vizconde de Exmés? —preguntó el rey sorprendido.

—No me llamo vizconde de Exmés, señor —contestó Gabriel—. Soy Gabriel de Montgomery, hijo del conde Jacobo de Montgomery, de quien sin duda os acordáis, señor.

—¡El hijo del conde de Montgomery! —exclamó el rey levantándose y con el

rostro demudado.

Diana retrocedió con su asiento, haciendo un movimiento de terror.

—Sí, señor —repuso con tranquilidad Gabriel—; soy el vizconde de Montgomery que, como recompensa por el servicio que os prestará, haciendo que San Quintín resista ocho días más, sólo os pide la libertad de su padre.

—¡Vuestro padre, caballero... murió, o desapareció... o qué sé yo! —balbuceó el rey—. Ignoro dónde está vuestro padre.

—Lo sé yo, señor —contestó Gabriel, venciendo su viva emoción—. Mi padre está en el Chatelet hace dieciocho años, esperando la muerte de manos de Dios, o la piedad del rey. Mi padre, vive, señor; yo os lo aseguro. Ignoro qué crimen ha cometido...

—¿Lo ignoráis? —preguntó el rey con expresión sombría y frunciendo el ceño.

—Lo ignoro, señor. Muy grave debe de ser su falta para haberle puesto un cautiverio tan largo, pero aunque gravísima, no es irremisible, puesto que no ha merecido la muerte. Señor, dignaos escucharme: en el transcurso de dieciocho años, la justicia ha tenido tiempo de dormirse, y la clemencia de despertarse. Las pasiones humanas, que nos hacen buenos o malos, no resisten tantos años. Mi padre, que entró en la prisión hombre, saldrá de ella anciano. Por culpable que haya sido, ¿no habrá expiado ya su crimen? Y si acaso el castigo fue severo en exceso, ¿no es ya demasiado débil para acordarse de la injusticia? ¡Volved al mundo, señor, a un pobre prisionero que ya nada significa! ¡Recordad, rey católico, las palabras del *Padrenuestro*, y perdonad las ofensas del prójimo para que os sean perdonadas las vuestras!

Estas palabras últimas fueron pronunciadas con acento tan significativo, que el rey y la de Poitiers cambiaron una mirada de aprensión como interrogándose mutuamente.

Gabriel, que no quería herir más que con extremada delicadeza el punto doloroso de sus conciencias, se apresuró a añadir:

—Ved, señor, que me dirijo a vuestra majestad como súbdito sumiso y leal. No vengo a deciros: mi padre no fue juzgado por los tribunales, mi padre fue condenado secretamente y sin ser oído, la injusticia cometida con él tiene todos los visos de venganza, y yo, hijo de la víctima, protestaré ante toda la nobleza de Francia contra la sentencia clandestina que le hirió, denunciaré públicamente ante todo el que tenga derecho a ceñir espada el atropello, la afrenta que a todos nos ha sido inferida en la persona de un noble...

Enrique hizo un movimiento.

—No he venido para deciros eso, señor —continuó Gabriel—. Comprendo que existen necesidades supremas más fuertes que la ley y el derecho, situaciones en que el mal menor es lo arbitrario. Yo respeto, como sin duda los respetaría mi padre, los

secretos de un pasado que se ha alejado mucho de nosotros. Vengo a imploraros únicamente que me permitáis rescatar por medio de una acción gloriosa y libertadora el resto de la pena impuesta a mi padre. En pago del beneficio que imploro, me comprometo a sostener a San Quintín durante una semana contra todos los esfuerzos enemigos, y si esto no bastase, o yo no pudiera conseguirlo, compensar la pérdida de San Quintín con la conquista de otra plaza fuerte que tomaré a los ingleses o a los españoles. Bien vale lo que ofrezco, señor, la libertad de un anciano. Yo me obligo a realizarlo, eso y más, porque la causa que arma mi brazo es pura y santa, mi voluntad fuerte y decidida, y creo firmemente que Dios está conmigo.

Diana no pudo contener una sonrisa de incredulidad en vista de la heroica confianza del joven, que no comprendía ni compartía.

—Comprendo vuestra sonrisa, señora —repuso Gabriel dirigiendo a la cortesana una mirada melancólica—. Creéis que sucumbiré en la peligrosa empresa, ¿verdad? ¡Es posible! Puede ocurrir que mis presentimientos me engañen. ¿Y qué? Moriré en ese caso. Sí, señora; sí, señor; si los enemigos penetran en San Quintín antes de que expire el octavo día, yo me haré matar en la brecha de la muralla que no habré sabido defender. Dios, mi padre, y vos no podéis exigir más de mí. Mi destino se habrá cumplido en el sentido dispuesto por nuestro Señor: mi padre morirá en la mazmorra, yo en el campo de batalla, y vos os veréis libre de la deuda y al propio tiempo del acreedor. Podéis, pues, estar tranquilo.

—Reconozco que su demanda es justa —murmuró Diana al oído del rey, que permanecía pensativo.

Y dirigiéndose a Gabriel, repuso:

—Suponiendo que sucumbáis, caballero, dejando incompleta vuestra obra, ¿será aventurado creer que os sobreviva algún heredero de vuestro crédito o algún confidente de vuestro secreto?

—Por la salvación de mi padre os juro —contestó Gabriel— que, muerto yo, crédito y secreto morirán conmigo, y que nadie podrá con derecho importunar a su majestad por este asunto. Repito que me someto de antemano y acato los designios de Dios, de la misma manera que vos, señor, deberéis reconocer su intervención si me presta las fuerzas necesarias para realizar mi gran empresa. Pero desde ahora para siempre os desligo, señor, si perezco, de toda obligación, como igualmente de toda responsabilidad ante los hombres, no pudiendo hacer lo mismo de las que podáis haber contraído con Dios, porque los derechos del Altísimo no prescriben jamás.

Enrique tembló; pero su alma, naturalmente irresoluta y débil, no sabía qué decisión adoptar, y el rey se volvió hacia la de Poitiers como pidiéndole consejo.

Comprendió ella la incertidumbre de Enrique, cuyo carácter conocía a fondo, y dijo con sonrisa singular:

—¿No es cierto, señor, que opináis que debemos dar crédito a la palabra del señor

de Exmés, que es un caballero cumplido y leal? Ignoro si su petición es fundada, pues del silencio de vuestra majestad infiero que ni yo ni nadie puede afirmar o negar nada, y de consiguiente, subsisten sin variación todas las dudas. Sin embargo, según mi humilde parecer, señor, sería injusto rechazar tan generoso ofrecimiento. Si yo ocupara vuestro lugar, empeñaría al señor vizconde Exmés mi real palabra de que, si daba cima a sus heroicas y temerarias promesas, le otorgaría la gracia, fuese la que fuese, que me pidiese a su vuelta.

—¡Ah, señor! ¡Es cuanto deseo! —exclamó Gabriel.

—Una observación... la última —repuso Diana, clavando en el joven una mirada penetrante—, ¿cómo y por qué causa os habéis atrevido a hablar de un misterio que me parece de importancia, en presencia mía, delante de una mujer, acaso hartamente indiscreta, y completamente extraña, según supongo, al secreto?

—Dos razones tuve para hacerlo, señora —contestó Gabriel con serenidad—. Creí, en primer lugar, que en el corazón de su majestad no pueden existir secretos para vos, y, por consiguiente, que hablando en vuestra presencia, nada revelaba de que no estuvieseis ya enterada, o hubieseis de saber más tarde; y en segundo, esperaba, y así ha sucedido, que vos os dignaríais apoyar mi súplica, excitando a su majestad a someterme a la ruda prueba, así como también que vos, como mujer que sois, os inclinaríais una vez más, como siempre debéis haberos inclinado, hacia el partido de clemencia.

El observador más perspicaz no habría podido descubrir en el acento de Gabriel la menor intención sarcástica ni en sus acciones impasibles la más imperceptible sonrisa de desdén. La mirada escrutadora de Diana de Poitiers perdió inútilmente el tiempo.

A las palabras de Gabriel, que si no eran cumplimiento, podían pasar por tal, contestó con una inclinación ligera de cabeza y con la observación siguiente:

—Permitidme que os haga otra pregunta que no tiene importancia, pues se refiere sencillamente a una circunstancia que excita mi curiosidad. ¿Cómo es que, siendo tan joven, os halláis en posesión de un secreto que data de dieciocho años?

—Os contestaré, señora, con tanto mayor agrado, cuanto que mi respuesta os convencerá de la intervención de Dios en este asunto. Un escudero de mi padre, Perrot d'Avrigny, muerto con motivo de los acontecimientos que determinaron la desaparición de mi padre, salió de la tumba por permisión de Dios y me reveló cuanto habéis oído.

Al oír la respuesta de Gabriel, pronunciada con voz solemne, el rey se puso en pie, pálido y agitado, y Diana de Poitiers, pese a sus nervios de acero se estremeció violentamente. Por aquellos tiempos todo el mundo creía sin dificultad en aparecidos espectros, y la afirmación de Gabriel, hecha con la convicción de la verdad misma, no podía menos de causar impresión terrible en las conciencias conturbadas de aquellas dos personas.

—¡Basta, caballero! —dijo atropelladamente el rey—. Os concedo y otorgo todo lo que habéis pedido... ¡Retiraos...! ¡Retiraos...!

—¿Es decir que, confiado en la palabra que acaba de empeñarme vuestra majestad, puedo partir al momento para San Quintín? —preguntó Gabriel.

—Sí, caballero; partid —contestó el rey, a quien costaba ímprobo trabajo conservar las apariencias de serenidad, a pesar de las miradas de Diana—. Partid sin demora; cumplid lo que habéis prometido, y yo os doy mi palabra de rey y de caballero de que os concederé todo cuanto pidiereis.

Gabriel, con el corazón henchido de gozo, se inclinó ante el rey y ante la de Poitiers y salió de la cámara regia sin pronunciar una palabra más, como quien habiendo conseguido todo lo que desea, no quiere perder un minuto.

—¡Por fin se fue! —murmuró Enrique, respirando como el que se ve libre de un peso que le agobia.

—Calmaos, señor, y dominad vuestra emoción —dijo Diana—. Faltó poco para que os vendierais en presencia de ese hombre.

—¡No es un hombre, señora! —replicó pensativo el rey—. ¡Es la encarnación de mi remordimiento, que vive, y la imagen de mi conciencia, que habla!

—¡Pues bien, señor! Obrasteis perfectamente accediendo a la petición de ese joven, porque, o mucho me engaño, o la encarnación de vuestro remordimiento y la imagen de vuestra conciencia habrán muerto dentro de muy poco en San Quintín.

El cardenal de Lorena entró en aquel momento con la carta que acababa de escribir a su hermano, y el rey no tuvo tiempo para contestar a Diana.

Un solo pensamiento y un solo deseo tenía Gabriel al salir alegre de la cámara del rey: el de poder ver con la esperanza en el corazón a la mujer amada, de la que se había separado con el espanto en el alma, el de poder decir a Diana de Castro que el porvenir comenzaba a ofrecérsele menos lúgubre, y el de encontrar en sus miradas el valor de que tanta necesidad tenía.

Sabía que había entrado en un convento, ¿pero, en cuál? Sospechando que acaso no la hubieran acompañado sus doncellas, se dirigió a las habitaciones que en otro tiempo ocupaba en el Louvre con objeto de preguntar a Jacinta.

Halló que ésta había acompañado a su señora al sagrado asilo, pero no Dionisia, su segunda doncella, que fue quien recibió a Gabriel.

—¡Oh, monseñor de Exmés! —exclamó—. ¡Sed bienvenido! ¿Me traéis, por ventura, noticias de mi buena señora?

—Vengo, por el contrario, a que me las deis vos, Dionisia —contestó Gabriel.

—¡Virgen santa! ¡No sé nada, monseñor! Por cierto qué me encontráis llena de inquietud.

—¿Por qué esa inquietud, Dionisia? —interrogó Gabriel, principiando a compartirla.

—¿Me lo preguntáis? ¿Por ventura no sabéis dónde se halla mi señora?

—Lo ignoro en absoluto, Dionisia, y a preguntarlo venía.

—¡Jesús! Hace un mes, pidió al rey permiso para retirarse a un convento.

—Eso es lo que sé; ¿qué más?

—¡Ese qué más es lo terrible! ¿Sabéis qué convento ha escogido? ¡El de las benedictinas! ¡El convento del cual es superiora su amiga sor Mónica, el convento de las benedictinas de San Quintín! ¡Y San Quintín, monseñor, está sitiado en la actualidad, y quién sabe si habrá caído ya en poder de esos paganos españoles e ingleses! A los quince días de su llegada al convento, fue sitiada la plaza, monseñor.

—¡Oh! —exclamó Gabriel—. ¡El dedo de Dios lo dirige todo! Anima en mí al mismo tiempo al hijo y al amante, centuplicando de ese modo mi valor y mis fuerzas. Gracias, Dionisia. Toma esta pequeña muestra de gratitud por las noticias que me has dado, y pide a Dios por tu señora y por mí.

Con paso rápido descendió al vestíbulo del Louvre donde le esperaba Martín Guerra.

—¿Adonde vamos ahora, monseñor? —le preguntó el escudero.

—Adonde truena el cañón, Martín, a San Quintín. Pasado mañana debemos entrar en la plaza, Martín, y dentro de una hora emprenderemos la marcha.

—¡Tanto mejor! —exclamó el escudero—. ¡Oh, glorioso San Martín, mi patrón! Me resigno a ser borracho, tahúr, pendenciero y mujeriego, pero os doy palabra de atravesar por entre los batallones enemigos, aunque tratándose de otros peligros sea un cobarde.

XXVI

JUAN PEUQUOY EL TEJEDOR

Celebrábase consejo en las casas consistoriales de San Quintín, y de él formaban parte las autoridades militares y los principales habitantes de la ciudad. Era el 15 de agosto, y la plaza no se había rendido todavía, pero se hablaba en todas partes de la necesidad de rendirse. La resistencia de los habitantes había llegado al último extremo, las privaciones y sufrimientos eran intolerables, y como no quedaban esperanzas de salvar la vieja ciudad, que más pronto o más tarde habrían de rendir al enemigo, conceptuaban que sería mucho más ventajoso capitular cuanto antes, abreviando así sus miserias.

Gaspar de Coligny, el esforzado almirante, a quien su tío el condestable de Montmorency había encomendado la defensa de la plaza, no quería rendirla a los españoles hasta el último extremo. Sabía que cada día que pudiese prolongar su defensa, aunque agravase considerablemente la ya angustiosa situación de los sitiados, podía ser la salvación del reino. ¿Pero qué podía él solo contra el desaliento y las murmuraciones de una ciudad entera? La guerra que se reñía fuera, no permitía abrigar esperanzas de buen éxito a los defensores de la plaza, y si un día los habitantes de San Quintín se negaban a realizar los trabajos que les eran exigidos sin hacer distinción entre paisanos y soldados, la resistencia sería inútil y no habría más remedio que entregar a Felipe II y a su general Filiberto Emanuel de Saboya las llaves de la ciudad, que significaba la entrega de las llaves de Francia.

Antes de llegar a tal extremo, quiso Coligny intentar un postrer esfuerzo, y con este objeto había convocado a consejo a los principales habitantes de la ciudad. Las palabras que se pronunciaron en el consejo nos darán una idea clara del deplorable estado de las fortificaciones y, más que todo, del abatimiento de sus defensores, que son las murallas más sólidas de las plazas fuertes.

Al discurso con que el Almirante abrió la sesión, haciendo un llamamiento al patriotismo de los que le rodeaban, sólo contestaron con silencio profundo. Gaspar de Coligny entonces interpeló directamente al capitán Oger, uno de los valientes caballeros que le habían seguido, confiando que la opinión de los militares arrastraría a los habitantes en el sentido de la resistencia. Desgraciadamente la opinión del capitán Oger no fue la que esperaba el almirante.

—Puesto que me dispensáis el honor de dirigiros a mi para que os dé mi parecer, señor almirante —dijo el capitán—, os diré, por doloroso que me sea, con franqueza de soldado, que San Quintín no puede prolongar la resistencia. Si pudiéramos abrigar la esperanza de sostenernos siquiera ocho días más, ¿qué digo ocho días?, cuatro, dos

días solamente, diría: estos dos días podrán dar tiempo a que se organice el ejército a nuestras espaldas, estos dos días pueden ser la salvación de la patria. ¡Pues bien! ¡Caiga el último sillar de las murallas, muera el último hombre, pero no nos rindamos! Pero, como estoy convencido de que el primer asalto que dé el enemigo, asalto que tal vez no se haga esperar una hora, nos pondrán en su poder, considero preferible aceptar una capitulación honrosa que salve lo poco que queda en la ciudad. Ya que no podemos evitar la rendición, evitemos por lo menos el saqueo.

—¡Sí, sí! ¡Muy bien! —exclamaron a coro los que componían el consejo—. ¡Es el único partido razonable que nos queda!

¡No, señores, no! —replicó el almirante—. ¡No es la voz de la razón la que debe sonar aquí, sino la del valor, la del sacrificio por la patria! No puedo creer que un solo asalto haya de poner la plaza en poder del enemigo, cuando hemos sufrido y rechazado cinco con brillante éxito. Vamos a ver Lauxford; vos que tenéis a vuestro cargo la dirección de los trabajos y de las contraminas, decidnos con franqueza si las fortificaciones se hallan en estado de resistir mucho tiempo. Hablad con sinceridad; no pintéis las cosas ni mejores ni peores de lo que son. Nos hemos reunido para conocer la verdad, y es la verdad la que os pido.

—Os la diré —contestó el ingeniero Lauxford—, o más bien os la dirán los hechos con mayor elocuencia que yo, porque los hechos no saben lisonjear. Para penetraros de la verdad, bastará que con la imaginación recorráis conmigo los puntos vulnerables de nuestras murallas. Señor almirante: cuatro puertas tiene abiertas a estas horas el enemigo, y lo que me maravilla es que no se haya aprovechado ya de alguna de ellas. En el baluarte de San Martín es tan ancha la brecha, que pueden penetrar por ella veinte hombres de frente. Hemos perdido allí más de doscientos hombres, muros vivos que no pueden reemplazarse como los de piedra. En la puerta de San Juan, ya no queda en pie más que la gran torre; lo mejor y más sólido de la cortina es un montón de escombros. Cierto que tenemos en aquél sitio una contramina cargada y dispuesta, pero temo que si la hacemos estallar caiga derruida la gran torre, única defensa que nos queda por aquella parte, y si cayera, sus escombros servirían de escalera al enemigo. Por la aldea de Remicourt, los españoles han abierto paralelas y destruido uno de los taludes del foso, y al abrigo de los parapetos que han erigido, atacan sin cesar la muralla. Últimamente, por la parte del arrabal de la Isla, sabéis, señor almirante, que los enemigos son dueños absolutos, no sólo de los fosos, sino también del baluarte y del edificio de la Abadía, donde se han instalado y fortificado tan admirablemente, que es imposible causarles el menor daño, al paso que ellos, poco a poco, pero sin cesar, ganan el parapeto, cuyo espesor no pasa de cinco a seis pies, y sus baterías baten de flanco a nuestros trabajadores del baluarte de la Reina, causándoles tan considerables pérdidas, que ha habido necesidad de suspender las obras. Quizá fuera posible sostener todavía el resto de las murallas,

pero las cuatro heridas que acabo de indicar son mortales, y por ellas saldrá el resto de vida que aún conserva la ciudad. Me habéis pedido la verdad, señor almirante, y la verdad os presento, aflictiva y triste cual es, dejando a vuestro talento y previsión el cuidado de utilizarla en bien de la patria.

Cuando el ingeniero terminó de hablar, se produjeron los murmullos. Si nadie se atrevía a hablar alto, es lo cierto que todos se decían en voz baja:

—Preferible es rendirse a exponerse a las consecuencias desastrosas de un asalto.

Pero el almirante, sin perder la energía, replicó:

—Aún tengo que decir una palabra, señores. Habéis manifestado, señor Lauxford, que si caen nuestros muros, nos quedan soldados cuyos pechos serán fortificaciones animadas. Pues bien: contando con ellos y con el concurso patriótico de los ciudadanos, ¿no ha de ser posible retardar algunos días la rendición de la plaza? Tened en cuenta que lo que hoy sería vergonzoso podría ser glorioso dentro de algún plazo. Reconozco que las fortificaciones son débiles, pero en cambio disponemos aún de tropas numerosas; ¿no es cierto, señor de Rambouillet?

—Señor almirante —contestó el capitán interpelado—; si nos encontráramos en la plaza, entre las gentes que esperan el resultado de nuestras deliberaciones, contestaría sin vacilar: ¡Sí!, persuadido de la necesidad de infundirles valor y confianza. Pero aquí, reunidos como estamos en consejo, delante de hombres de valor probado, no vacilo en manifestar que los hombres que tenemos son insuficientes para realizar el penoso y peligroso servicio que exige nuestra crítica situación. Hemos dado armas a todos los que pueden servirse de ellas, y a los que no se hallan en este caso, les hemos empleado en las obras de defensa, sin exceptuar a los ancianos y a los niños. Hasta las mujeres nos ayudan socorriendo a los enfermos y a los heridos. No queda un brazo ocioso, y con todo, nos faltan brazos. En ningún punto de la muralla hay un hombre de más, y en cambio en muchos falta gente. Aun cuando hiciéramos milagros de multiplicación, siempre resultaría que nos faltarían cincuenta hombres para la defensa de la puerta de San Juan, y otros cincuenta, por lo menos, para la del baluarte de San Martín. La derrota del día de San Lorenzo nos ha privado de los esfuerzos que teníamos derecho a esperar, y a no ser que esperéis recibirlos de París, a vos os toca considerar, monseñor, si en el estado angustioso en que nos encontramos sería prudente aventurar las escasas fuerzas que nos quedan, y con ellas el resto de nuestros valientes hombres de armas, que tan eficazmente pudieran servir para la conservación de otras plazas y acaso para la salvación de la patria.

Toda la asamblea apoyó el discurso con murmullos de aprobación, y el sordo clamor del pueblo, reunido alrededor de las casas consistoriales, lo comentó con más elocuencia aún.

En aquel momento, una voz de trueno gritó:

¡Silencio!

Todos callaron. El que acababa de hablar con voz tan recia era Juan Peuquoy, el síndico del gremio de tejedores, ciudadano muy estimado, respetado y hasta temido en toda la ciudad.

Juan Peuquoy era el tipo de esa valiente raza del pueblo que adora a su ciudad natal como a una madre o como a un hijo, que la mima o la regaña, que vive siempre para ella y sabe morir por ella en caso de necesidad. Para el honrado tejedor no había más mundo que Francia ni más Francia que San Quintín. Nadie estaba tan enterado como él de la historia y de las tradiciones de la ciudad, ni de los usos, costumbres y leyendas antiguas de la misma. No había distrito, calle o casa cuya historia detallada y minuciosa, antigua o moderna, no conociera al dedillo Juan Peuquoy. Era, para decirlo de una vez, la personificación, la encarnación del municipio. Su taller era la segunda plaza pública de la ciudad, y su casa de madera, sita en la calle de San Martín, la segunda casa consistorial. Notable era su venerable morada por la extraña muestra que había sobre su puerta: una lanzadera coronada entre las astas de un ciervo de diez candiles. Uno de los abuelos de Juan Peuquoy, y con esto queda dicho que nuestro tejedor contaba con abuelos como un noble, tejedor como él, por supuesto, y por añadidura famoso tirador de arco, había vaciado de dos flechazos, y a más de cien pasos de distancia, los dos ojos a un ciervo hermosísimo. Todavía se conserva en San Quintín, calle de San Martín, la magnífica cornamenta. En un radio de diez leguas, grandes y chicos conocían por entonces al tejedor y habían admirado la soberbia cornamenta que decoraba la puerta de su casa. Juan Peuquoy era a manera de personificación de la ciudad, y los habitantes de San Quintín, cuando le oían hablar, creían escuchar la voz de la patria.

Esta es la razón por que todos guardaron un silencio profundo cuando de entre el murmullo general se alzó su voz.

—¡Sí! ¡Silencio! —repitió—. Os pido un minuto de atención, mis buenos compatriotas y queridos amigos. Examinaremos lo que hasta aquí hemos hecho, y el resultado del examen nos dirá tal vez lo que nos queda por hacer. Cuando el enemigo se acercó a nuestros muros, cuando puso cerco a nuestra querida ciudad, cuando vimos que los españoles, ingleses, alemanes y walonas, conducidos por el terrible general Filiberto Emanuel, caían como una plaga de langosta alrededor de nuestras fortificaciones, supimos aceptar con valor nuestros destinos: ¿no es verdad? Ni murmuramos ni nos quejamos entonces de la Providencia que escogía a San Quintín como víctima expiatoria de Francia. Lejos de eso, monseñor el almirante hará esta justicia, desde el momento en que llegó aquí, trayéndonos el socorro de su experiencia y de su valor, hemos procurado secundar sus proyectos poniendo a su disposición nuestra persona y nuestros bienes; le hemos entregado nuestras provisiones y nuestras fortunas, le hemos dado sin regatear nuestro dinero, hemos empuñado la alabarda, la ballesta, el pico o el azadón. Los que no estábamos de

centinela sobre la muralla, trabajábamos en las fortificaciones. Hemos contribuido a reducir a la obediencia a los campesinos rebeldes de las cercanías, que se negaban a pagarnos con su trabajo el refugio que les dábamos en la ciudad. En una palabra: hemos hecho todo lo que podía pedirse y esperarse de hombres cuya profesión no es la de las armas. Por tanto, esperábamos que el rey nuestro señor fijaría muy pronto su atención en sus valientes de San Quintín y nos enviaría el oportuno socorro. Así sucedió. El condestable de Montmorency acudió presuroso para libertarnos de las tropas de Felipe II, por lo cual dimos gracias a Dios y al rey. Pero la fatal jornada del día de San Lorenzo barrió en muy pocas horas nuestras esperanzas: el condestable cayó prisionero, su ejército fue destruido, y hemos aquí más abandonados que nunca. Cinco días han transcurridos desde que sucedió la catástrofe, cinco días que, como es natural, ha aprovechado el enemigo. Tres asaltos encarnizados nos ha dado que nos han costado más de doscientos hombres, y han caído hechos pedazos varios lienzos de muralla. El cañón trueno sin cesar... ¡oídllo! En este momento acompaña mis palabras. Sin embargo, nos desentendemos de su terrible voz, porque únicamente queremos prestar atención al camino de París, por si se oyen por esa parte ruidos que nos anuncien la llegada de socorros... de socorros, ¡ay!, que no vienen. Parece que para nosotros se han agotado ya los últimos recursos. El rey nos abandona, sin duda porque tiene otras cosas más importantes que nosotros en qué pensar. Tal vez estará reuniendo las fuerzas que le quedan para atender a la salvación de su reino, que vale más que una ciudad, y si alguna vez vuelve sus ojos y fija su pensamiento en San Quintín, será para preguntarse si la agonía de la plaza sitiada será la vida de Francia. Esperanzas, probabilidades de salvación o de socorros, podemos darlas por perdidas en absoluto, mis queridos amigos. Los señores de Rambouillet y de Lauxford han dicho la verdad: no tenemos muros, nos faltan soldados, nuestra ciudad muere sin remedio, nos vemos abandonados, desesperados, perdidos...

—¡Sí... sí! —exclamó al unísono toda la asamblea—. ¡Es preciso rendirse, es preciso!

—¡Nunca! —tronó Juan Peuquoy—. ¡Es preciso morir!

Conclusión tan inesperada determinó un silencio y un estupor indescriptible. El tejedor aprovechó los momentos para proseguir con mayor energía:

—¡Es preciso morir! ¡Lo que hemos hecho hasta aquí nos dice lo que debemos hacer! Los señores de Rambouillet y de Lauxford nos afirman que no *podemos* resistir, pero el señor almirante de Coligny dice que *debemos* continuar resistiendo. ¡Resistamos, pues! Sabéis cuánto quiero a mi buena ciudad de San Quintín, mis queridos camaradas y hermanos: la adoro como adoré a mi anciana madre; no exagero. Las balas que destrozan su ruinosas murallas las siento en medio de mi corazón; pero habló nuestro general, y obligación sagrada nuestra es obedecer sus órdenes. ¡Que jamás se rebele el brazo contra la cabeza! ¡Que perezca San Quintín!

El señor almirante sabe lo que hace y lo que quiere. Su talento ha pesado los destinos de una ciudad y la suerte de Francia; cree que San Quintín debe morir como un centinela en su puesto, y San Quintín debe aceptar resignada su destino. El que murmure es un cobarde, el que desobedezca un traidor. Si caen los muros, formemos otros con nuestros cadáveres, ganemos una hora, aunque esa semana, esos dos días, esa hora nos cuesten toda nuestra sangre y todos nuestros bienes, que el señor almirante sabe cuánto valen aquélla y éstos, y cuando nos los pide, será porque los considera necesarios. El dará cuenta a Dios y al rey, que no nosotros, porque nosotros, sólo un deber tenemos: el de morir cuando nos diga: «¡Morid!». Monseñor de Coligny es el responsable de todo lo demás, de consiguiente, nosotros a obedecer, él a aceptar las responsabilidades.

Al oír tan terrible y solemne discurso, todos bajaron la cabeza, todos, incluso Gaspar de Coligny, y guardaron silencio. Motivos tenía el almirante para bajarla más que los demás porque era muy grande el peso con que el síndico del gremio de tejedores acababa de cargar su conciencia. A su pesar se estremeció, pensando en la terrible responsabilidad que le imponía la pérdida de tantas vidas.

—Vuestro silencio, amigos y hermanos —continuó Juan Peuquoy—, me dice que habéis comprendido y que aprobáis mi parecer. Calláis, y hallo natural vuestro silencio, porque fuera exigir demasiado que padres y esposos condenasen en alta voz a sus hijos y a sus mujeres, pero callar en esta ocasión, es responder. Accedéis a que el señor almirante haga viudas a vuestras mujeres y huérfanos a vuestros hijos, pero no queréis vosotros mismos la fatal sentencia: ¿no es cierto? Nada más justo. Callad, pero morid. ¿Quién ha de ser tan cruel que os obligue a gritar «¡Muera San Quintín!»?. Pero si vuestros corazones patrióticos laten, como creo firmemente, al unísono con el mío, a lo menos podréis exclamar: ¡Viva Francia!

—¡Viva Francia! —repitieron algunas voces, débiles como los lamentos y lúgubres como los sollozos.

Gaspar de Coligny, infinitamente conmovido y muy agitado, se puso en pie y gritó:

—¡Escuchad! ¡Yo no puedo aceptar solo una responsabilidad tan terrible! Pude oponerme a vuestros deseos cuando os vi inclinados a rendiros al enemigo, pero cuando os entregáis a mí, pero cuando aceptáis el sacrificio de vuestras más caras afecciones, pero descargando sobre mi conciencia el peso enorme del sacrificio, me es imposible discutir, me es imposible aceptar responsabilidad tan tremenda. Todos los que formáis parte de este consejo opináis en contra mía, y puesto que el parecer general es que nuestro sacrificio sería inútil...

—¡Creo... y Dios me perdone... —interrumpió una voz que salió de entre la muchedumbre— que también vos ibais a hablar de rendir la plaza, señor almirante!

XXVII

GABRIEL EN FUNCIONES

—¿Quién ha osado interrumpirme? —preguntó Gaspar de Coligny frunciendo el entrecejo.

—Yo —contestó un hombre vestido con el traje que usaban los labriegos de las cercanías de San Quintín.

—¡Un aldeano! —dijo el almirante.

—No soy un aldeano, —replicó el desconocido—. Soy el vizconde de Exmés, capitán de guardias del rey, en cuyo nombre vengo.

—¡En nombre del rey! —repitió todo el consejo.

—¡En nombre del rey, sí —repuso Gabriel—, que no abandona, como veis, a sus valientes de San Quintín; del rey, que piensa constantemente en ellos! Tres horas hace que penetré en la plaza disfrazado de campesino, y durante este tiempo, he visto vuestras murallas y escuchado vuestras deliberaciones. Me permitiréis que os diga que lo que he visto no está de acuerdo con lo que he oído. ¿Qué motiva ese abatimiento, ese terror pánico que se ha apoderado de vosotros, y que únicamente puede comprenderse en vuestras débiles mujeres? ¿Cómo perdéis tan repentinamente las esperanzas y os abandonáis a temores quiméricos? ¡Pues qué! ¿No encontráis más alternativa que la de rebelaros contra el parecer del señor almirante o la de inclinar la cabeza como víctimas resignadas? ¡Levantad las frentes, vive Dios, no contra vuestros jefes, sino contra el enemigo, y ya que no podáis alcanzar la victoria, haced que vuestra derrota sea tan gloriosa como un triunfo! Vengo de reconocer las murallas, y os digo que podéis resistir quince días más, ¡quince días!, y el rey no os pide más que una semana más salvar a Francia. A todo lo que aquí se ha dicho contestaré con dos palabras: traigo un remedio para vuestros males y una esperanza para vuestras dudas.

Los oficiales y los notables de la ciudad formaron apretado círculo en derredor de Gabriel, sugestionados por el ascendiente de su voluntad enérgica y simpática.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! —repetían.

En medio del silencio a que su propio interés obligaba a todos, prosiguió Gabriel:

—Vos, señor Lauxford, dijisteis como ingeniero que las murallas ofrecen cuatro puntos débiles que pueden ser otras tantas puertas por las cuales el enemigo penetre en la plaza: veamos si así es. El lado del arrabal de la Isla es el más amenazado; los españoles son dueños del edificio de la Abadía, desde donde nos hacen un fuego nutrido que nuestros trabajadores no se atreven a afrontar. Me permitiréis, señor Lauxford, que os indique un medio sencillísimo y eficaz para poner a cubierto los

trabajos, un medio que este mismo año vi emplear con éxito por los sitiados de Civitella. Para proteger a nuestros trabajadores contra el fuego de las baterías españolas, basta alzar una trinchera perpendicular al baluarte con barcas viejas superpuestas llenas de sacos de tierra. Los proyectiles se embotan en la tierra removida, y al amparo de la trinchera que indico, los trabajadores estarán tan seguros como si se hallasen fuera del alcance de los cañones enemigos. Hacia Remicourt, decíais que los sitiadores, amparados por un parapeto, minan tranquilamente y sin peligro nuestra muralla. Es verdad: he comprobado el hecho; pero es allí, señor ingeniero, donde debe prepararse una contramina, y no en la Puerta de San Juan, en donde la gran torre hace vuestra mina no ya sólo inútil, sino peligrosa. Haced que pasen al Sur nuestros minadores del Oeste, y no tardaréis en tocar las ventajas, señor Lauxord. Preveo que me vais a decir que no es posible dejar sin defensa la Puerta de San Juan ni el baluarte de San Martín, pero os replicaré que bastan cincuenta hombres para defender el primer punto y otros cincuenta para defender el segundo. Nos lo dijo hace poco el señor de Rambouillet, aunque añadiendo que no podéis disponer, de esos cien hombres. ¡Perfectamente! El conflicto está resuelto, porque yo os traigo esos cien hombres.

Dejáronse oír murmullos de sorpresa y de júbilo.

—Sí —continuó Gabriel con más energía, al ver que sus palabras reanimaban poco a poco los espíritus—. A tres leguas de aquí he dejado al barón de Vaulpergues al frente de su compañía de trescientas lanzas. Nos hemos puesto de acuerdo. Yo me comprometí a penetrar en la plaza, arrojando los riesgos que ofrece el paso a través del campo enemigo, con objeto de examinar y determinar los puntos más favorables para que el barón pueda entrar en la ciudad con sus tropas. He cumplido mi promesa, puesto que estoy entre vosotros, y he formado mi plan. Ahora volveré a encontrar a Vaulpergues: dividiremos su compañía en tres partes, tomaré el mando de una de ellas, y en la noche de mañana, noche sin luna, nos dirigiremos, tomando caminos diferentes, a las poternas designadas de antemano. No creo que sea tan mala nuestra estrella que de las tres fracciones no consiga alguna su objeto, burlando la vigilancia del enemigo, al que distraerán las otras dos. En el caso más desgraciado, logrará entrar una, la plaza contará con cien hombres resueltos, cien hombres que contribuirán eficazmente a la defensa sin ser gravosos, puesto que no son provisiones las que nos faltan. Esos cien nombres defenderán, como he dicho, la Puerta de San Juan y el baluarte de San Martín. Decidme ahora, señores de Lauxford y de Rambouillet: ¿qué otro punto de la muralla ofrece al enemigo entrada fácil?

Aclamaciones generales acogieron las últimas palabras, que hacían revivir la esperanza en aquellos abatidos corazones.

—¡Oh! —gritó Juan Peuquoy—. ¡Ahora podemos combatir, y acaso podremos vencer!

—Combatir, sí; vencer, no me atrevo a esperarlo —replicó con acento de autoridad Gabriel—. No pretendo pintar la situación mejor de lo que es en sí, quiero únicamente que no la veáis más desesperada de lo que realmente es. Deseaba demostraros a todos, y en particular a vos, maese Juan Peuquoy, que os habéis expresado tan valerosamente, aunque con palabras tan tristes, deseaba demostraros, repito, en primer lugar, que el rey no os abandona, y en segundo, que vuestra derrota puede ser gloriosa y vuestra resistencia útil.

Dijisteis antes: ¡Inmolémonos! Ahora acabáis de decir: ¡Combatamos! Es un paso de gigante el que hemos dado. Sí; es posible; es muy probable que los sesenta mil hombres que atacan vuestras débiles defensas acabarán por apoderarse de ellas, pero tened entendido que la generosa resistencia que opongáis a sus esfuerzos no ha de acarrear crueles represalias. Filiberto Emmanuel es un soldado generoso, un general valiente que sabe estimar y honrar el valor y que no castigará una virtud que él posee en alto grado. Reflexionad que si conseguís que San Quintín resista diez o doce días más, habréis perdido tal vez vuestra ciudad, pero con toda seguridad habréis salvado a vuestra patria. ¡Resultad grande y sublime! Las ciudades, como los hombres, tienen sus ejecutorias de nobleza, y los altos hechos que llevan a cabo son sus pergaminos y sus antepasados. Un día vuestros tiernos hijos, esforzados habitantes de San Quintín, se enorgullecerán de los que le dieron el ser. El enemigo o el tiempo podrán arrasar vuestras murallas, ¿pero, quién será capaz de destruir el glorioso recuerdo de este sitio? ¡Valor, pues, heroicos centinelas de un reino! ¡Salvad al rey, salvad a la patria! Hace un momento, humilladas vuestras frentes, os resignabais a morir como víctimas propiciatorias. ¡Erguid vuestras cabezas! Si perecéis, será como héroes voluntarios, y vuestra memoria no perecerá jamás. Y ahora, gritad conmigo: ¡Viva Francia! ¡Viva San Quintín!

—¡Viva Francia! ¡Viva San Quintín! ¡Viva el rey! —gritaron cien voces ebrias de entusiasmo.

—A las murallas, amigos míos, y a los trabajos —dijo Gabriel—. Que vuestro ejemplo reanime el valor de los conciudadanos que os esperan. Mañana contaréis con cien hombres más, os lo juro, con cien valientes que os ayudarán en vuestra empresa de salvación y de gloria.

—¡A las murallas! —gritaron todos.

El consejo en masa se precipitó fuera, lleno de alegría, de esperanza y de orgullo, arrastrando tras sí, con su entusiasmo y sus palabras inflamadas, a los que no habían oído al libertador inesperado que Dios y el rey enviaban a la apurada plaza.

Gaspar de Coligny, el digno general en jefe, había escuchado a Gabriel sin despegar los labios, sellados por el asombro y la admiración. Cuando el consejo hubo desaparecido lanzando gritos de triunfo, descendió del sitio que ocupaba, se acercó al joven héroe y, estrechando conmovido su mano, dijo:

—¡Gracias, caballero! Habéis salvado a San Quintín y a mí de la vergüenza, y al rey y a Francia tal vez de su ruina.

—¡Todavía no he hecho nada, señor almirante! —contesto Gabriel—. Necesito ante todo ir a reunirme con Vulpergues, y tan sólo Dios puede hacer que salga de la plaza como he entrado y que introduzca los cien hombres que he prometido. A Dios, y no a mí, podréis acaso dar las gradas dentro de diez días.

XXVIII

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE MARTIN GUERRA NO ERA MUY DIESTRO

Gabriel de Montgomery siguió platicando con el almirante durante más de una hora. Coligny admiraba cada vez más la naturaleza, la osadía y los grandes conocimientos de aquel joven que le hablaba de estrategia como pudiera hacerlo el mejor general en jefe, de trabajos de fortificación como un ingeniero, y de influencia moral como un anciano. Gabriel, por su parte, admiraba el noble y dulce carácter de Gaspar, su bondad y su honradez, que le hacían quizás el más cumplido y leal caballero de su época. ¡Buena verdad es que en nada se parecía el sobrino al tío! Al cabo de una hora de conversación, aquellos dos hombres, el uno de cabeza gris y el otro de lustrosa y rizada cabellera negra, se comprendían y estimaban como si mediase entre ellos una amistad de veinte años de fecha.

Cuando se pusieron de acuerdo con respecto a las medidas que habían de adoptarse para favorecer la entrada en el recinto de la compañía de Vaulpergues, Gabriel se despidió del almirante diciendo con tono de seguridad:

—¡Hasta la vista!

Como es natural, llevaba en la memoria las contraseñas necesarias.

Al pie de las casas consistoriales esperaba Martín Guerra, disfrazado de campesino como su señor.

—¡Gracias a Dios que os veo, noble señor! —exclamó—. A fe que tenía ganas, pues desde hace una hora no oigo hablar más que del vizconde de Exmés. Todo son exclamaciones de regocijo, todo elogios. Habéis cambiado en un momento el aspecto de la ciudad. ¿Qué talismán os habéis traído, monseñor, para infundir un espíritu nuevo en la población entera?

—La voz de un hombre resuelto, Martín, y nada más; pero no basta hablar, amigo mío; es preciso obrar.

—¡Pues manos a la obra, señor! A mí, más me gustan las obras que las palabras, y por lo que veo, muy pronto pasaremos por el campo rozando las narices de los centinelas enemigos. Cuando dispongáis, monseñor: yo estoy pronto.

—Calma, Martín, que todavía es mucha la claridad, y yo espero las sombras para salir de la ciudad. Así lo hemos convenido el almirante y yo. Disponemos, pues, de unas tres horas poco más o menos; tiempo que aprovecharé para resolver otro asunto... —añadió con cierta cortedad— sí... un asunto importante; necesito adquirir ciertos informes en la ciudad.

—Comprendo: necesitáis saber a punto fijo las fuerzas que forman la guarnición,

¿verdad? O bien examinar los puntos débiles de las fortificaciones. ¡Sois infatigable, monseñor!

—No me comprendes, mi pobre Martín —contestó sonriendo Gabriel—. Con respecto a las fuerzas y a las murallas, sé cuanto necesito saber. Es otro asunto más... personal el que me ocupa en este momento.

—Hablad, monseñor; y si en algo puedo seros útil...

—Sé muy bien, Martín, que eres un criado fiel y un amigo abnegado... por eso no tengo para ti otros secretos que no me pertenecen, y si no se te ocurre a quién puedo yo buscar con inquietud y amor en esta ciudad, es sencillamente porque tienes mala memoria.

—¡Oh, monseñor! ¡Perdonad...! ¡Ya caigo! ¿Verdad que se trata de una... benedictina?

—Acertaste, Martín. ¿Qué habrá sido de ella en medio de la ciudad sitiada y llena de alarma? Habría querido preguntar al almirante, pero no me atreví temiendo despertar sus sospechas... Además: lo probable es que no sepa de ella, porque Diana debió adoptar un nombre que no es el suyo el día que entró en el convento.

—Lo mismo creo yo, monseñor —respondió Martín Guerra—. Yo he oído decir que su nombre, que a mí me parece encantador, tiene un sabor pagano, quizá por que lo lleva Diana de Poitiers... ¡sor Diana...! ¡La verdad es que no me parece que suene muy bien... y aun añadiría yo que se parece a los juramentos que dice mi segundo Yo cuando está alumbrado!

—¿Y qué hacemos? —preguntó Gabriel—. Puede que fuese lo más acertado preguntar primero dónde está el convento de las benedictinas en general.

—Y de lo general pasaríamos a lo particular, como decía el cura de mi pueblo, de quien se sospechaba que era luterano. Pues bien, monseñor; para adquirir informes, como para todo, estoy a vuestras órdenes.

—Nos dedicaremos a la labor de investigación los dos, Martín, pero independientemente, cada uno por nuestro lado, y de ese modo serán dos en vez de una las probabilidades de conseguir lo que deseo. Es preciso que seas muy diestro y reservado, y sobre todo, mucho cuidado con el vino, ¡borracho!, que hoy más que nunca hace falta serenidad.

—¡Oh! Sabe muy bien monseñor que, desde que salimos de París, he recobrado mi antigua sobriedad y no bebo más que agua pura. Ni una sola vez he vuelto a ver a mi segundo Yo.

—¡Sea en buena hora! En marcha, Martín, y dentro de dos horas, nos reuniremos en este mismo sitio.

—Aquí estaré, monseñor.

Con esto se separaron.

Al cabo de dos horas volvieron a encontrarse en el sitio convenido. Gabriel estaba

radiante de alegría, pero Martín muy contrariado y pensativo, porque únicamente había podido averiguar que las benedictinas habían querido participar, como las demás mujeres de la ciudad, del honor de curar y velar a los heridos, que todos los días se separaban distribuyéndose por las ambulancias, y que no volvían al convento hasta que cerraba la noche, entre la admiración y el respeto de los soldados y de los ciudadanos. Más afortunado había sido Gabriel en sus investigaciones. Cuando el primer transeúnte a quien se dirigió le dio los mismos informes que había adquirido Martín Guerra, preguntó el nombre de la superiora del convento, y luego que le respondieron que se llamaba la madre Mónica, inquirió el sitio donde podría encontrar a la santa mujer.

—En el lugar más peligroso —le contestaron.

Encaminóse Gabriel al arrabal de la Isla y encontró, en efecto, a la madre superiora. Por la voz pública sabía ya ésta que había entrado en la plaza el vizconde de Exmés, lo que éste había dicho en las casas consistoriales y lo que había venido hacer a San Quintín, así fue que le recibió como al enviado del rey y al salvador de San Quintín.

—No extrañaréis, mache —le dijo Gabriel—, que habiendo venido aquí en nombre del rey, os suplique que me deis noticias de la hija de su majestad, la señora Diana de Castro. La he buscado en vano entre las religiosas que he encontrado a mi paso. ¿Supongo que no estará enferma?

—No, gracias a Dios, señor vizconde —contestó la superiora—; pero hoy le he exigido que se quedase en el convento y descansará, porque ninguna de vosotras hemos podido igualarla en celo ni en valor. Está presente en todas partes, siempre trabajando, siempre infatigable, ejerciendo con placer y con ardor su sublime caridad, que es cuanto nos es dado a nosotras, pobres religiosas. ¡Ah! ¡Bien acredita y honra la preclara sangre de Francia! Pero no ha querido que se hicieran públicos su nombre y su rango, y seguramente os agradecerá, señor vizconde, que respetéis su riguroso incógnito. Verdad es que si ha podido ocultar su nobleza, en cambio ha resplandecido su magnánima bondad, tanto, que todos los que sufren conocen aquella niña angelical que pasa como una esperanza celeste aliviando y mitigando sus dolores. Tomó el nombre de nuestra Orden y se hacía llamar *Benedicta*, pero nuestros pobres heridos y enfermos que no saben latín, la llaman *sor Bendita*.

—Más grato será ese nombre a sus oídos que si la llamasen señora duquesa —exclamó Gabriel, cuyos párpados se humedecieron con lágrimas de júbilo—. Decidme, madre: ¿podré verla mañana? ¡Es decir, si vuelvo!

—Volveréis, hermano mío —contestó la superiora—. Cuando entréis en la ciudad, id donde sean más desgarradores y abundantes los gemidos y los lamentos, y allí encontraréis a sor Bendita.

Gabriel se despidió de la superiora y fue a encontrarse con Martín Guerra,

sintiendo nuevas energías en el corazón y seguro ya, como la superiora, de que volvería sano y salvo de la formidable empresa que debía acabar aquella noche.

XXIX

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE MARTIN GUERRA ERA MUY TORPE

Habíase provisto Gabriel de datos tan precisos como completos acerca de los alrededores de San Quintín, a fin de no extraviarse en sitios hasta entonces desconocidos para él. A favor de la oscuridad de la noche, salió sin dificultad de la plaza con Martín Guerra por la poterna menos vigilada. Entrambos iban envueltos en anchas capas negras que les permitieron deslizarse como dos sombras hasta ganar los fosos, y desde éstos salieron por la brecha al campo.

Pero no habían salvado todavía el peligro mayor. Patrullas enemigas cruzaban día y noche los alrededores, había establecidas infinidad de guardias en diversos puntos del perímetro de la ciudad, y la vigilancia era tan estrecha, que realmente corrían gravísimos riesgos nuestros disfrazados amigos, no siendo el menor de los peligros el de ser detenidos durante doce o veinte horas, porque esta detención, con ser momentánea, suponía el fracaso total de su expedición.

Llegados al cabo de media hora más de marcha a una encrucijada, donde se bifurcaba el camino, Gabriel se detuvo como para reflexionar. También se detuvo Martín Guerra, pero no para meditar ni reflexionar como su amo, a quien siempre tuvo costumbre de dejar ese cuidado. Martín Guerra era un escudero bravo y leal, pero ni quería ni podía ser otra cosa que el brazo que obedece: la cabeza, en todos los momentos, era el vizconde.

—Martín —díjole Gabriel al cabo de algunos instantes de meditación—. Aquí se nos presentan dos caminos que conducen al bosque de Angimont, donde nos espera el barón de Vaulpergues. Si continuamos la marcha juntos, juntos podemos caer en poder del enemigo, pero si cada uno tomamos distinto camino, las probabilidades de conseguir nuestro propósito se duplican, como ocurrió cuando buscábamos a la señora de Castro. Pues bien: tú tomarás ése, que es el más largo, pero al mismo tiempo el más seguro, según asegura el señor almirante. Encontrarás, sin embargo, las tiendas de los walonas, donde probablemente está prisionero el condestable de Montmorency, y deberás separarte de ellas todo lo posible, como hicimos la noche pasada. Sobre todo, mucha serenidad y mucha sangre fría. Si tropezases con alguna patrulla, dirás que eres un campesino de Angimont que vienes de vender víveres a la tropas españolas acampadas alrededor de San Quintín. Imita todo lo posible el acento picardo, lo que no te será difícil de conseguir hablando con extranjeros, y en todo caso, preferible es que peques de atrevido que de medroso. No olvides que si balbuceas y te contradices eres perdido.

—Id, tranquilo, monseñor —respondió Martín Guerra dándose aire de listo—; no es uno tan simple como muchos creen, y muy pronto espero que os lo haré ver.

—Así lo espero, Martín. Yo tomaré este otro camino, que es el más corto y el más peligroso, por ser el directo de París y de consiguiente el mejor vigilado. Encontraré más de una vez patrullas enemigas, y tendré necesidad de darme algún baño en los fosos o de sentir en las carnes las caricias de los espinos, y con todo, es muy posible que no consiga mi objeto. Pero no importa: si llegas tú, dirás que me esperen media hora, y si transcurrida media hora no he llegado, que emprenda el señor de Vaulpergues la marcha sin pérdida de momento. Será próximamente media noche y los peligros habrán disminuido. Le recomendarás, empero, de parte mía, que extreme las precauciones, Martín. Estás enterado de lo que debe hacerse: se trata de fraccionar la compañía en tres grupos, que se acercarán a la ciudad por tres lados opuestos, lo más sigilosamente posible. No podemos esperar que los tres grupos consigan su objeto, pero quizás en la pérdida de uno de ellos está la salvación de los otros dos. Probabilidades hay, mi querido Martín, de que no volvamos a vernos más, pero es igual, que no se trata de pensar en nosotros sino en el bien de la patria. Dame un apretón de manos y Dios te acompañe y proteja.

—Yo no le pido por mí, sino por vos, monseñor —contestó Martín Guerra—. Si a vos os salva, que haga de mí lo que más le agrade, porque yo para nada valgo más que para quereros y serviros. De todos modos, milagro será si no les juego alguna mala pasada a esos endiablados españoles.

—Me alegro de verte tan animado y con tan buenas disposiciones, Martín. ¡Adiós!... ¡Buena suerte, y sobre todo, serenidad y aplomo!

—¡Buena suerte, monseñor, y mucha prudencia!

Con esto se separaron el señor y el escudero. Ningún tropiezo encontró Martín al principio. Aunque no le era posible separarse mucho del camino, esquivó con bastante habilidad el encuentro con algunas patrullas, cuya vigilancia logró burlar a favor de la oscuridad. Por desgracia, a medida que se aproximaba al campamento de los walonas, los centinelas se multiplicaban, y con los centinelas, el peligro.

En el cruce de dos caminos, Martín se encontró de repente entre dos patrullas, una de a pie y otra de a caballo. Un *¿Quien vive?* enérgico demostró al desgraciado Martín que había sido descubierto.

—¡Vaya! —exclamó para sus adentros—. Llegó la ocasión de apelar a la imprudencia que tanto me recomendó mi señor.

Y como iluminado por una idea providencial, empezó a cantar a grito herido la conocida canción del sitio de Metz:

*El día de Todos Santos
ha llegado de Germania.*

¡Ya está frente a nuestra plaza!

¡Ya está en la cruz de Mesania!

—¿Quién vive? —gritó con acento imponente una voz ruda.

—¡Campesino de Angimont! —respondió Martín Guerra.

Y continuó su camino y su canción con celeridad y entusiasmo crecientes.

*Allá, en el verde otero
acampa el duque de Alba,
y espera la noche oscura
para acometer...*

—¿Quieres callar, patán de los demonios? —le interrumpió una voz áspera.

Tuvo en cuenta Martín Guerra que los importunos que tan sin miramientos le interrumpían eran diez contra uno; que si huía, sus caballos le alcanzarían pronto y sin esfuerzos, y por otra parte, que su fuga despertaría sus sospechas; en vista de lo cual, se detuvo de repente dejando de cantar. Casi hasta se alegró de que le depararan ocasión de dar pruebas de su disimulo, sangre fría y sagacidad. Su señor, que muchas veces había dudado de su talento, le estimaría en más en lo sucesivo si conseguía salir de trance tan difícil a fuerza de astucia.

Como es natural, fingió desde luego una confianza ilimitada.

—¡Por San Quintín mártir! —exclamó, acercándose a la tropa—. ¡Vive Dios que habéis hecho una acción meritoria con interrumpirme! ¡Dejad que un pobre campesino pueda llegar cuanto antes a Angimont, donde le esperan impacientes su mujer y sus pobres hijitos! ¡Despachad pronto!... ¿Qué queréis de mí?

Martín Guerra quiso hablar en dialecto picardo, pero lo hizo en el de Auvernia y con acento provenzal. Verdad es que también el hombre que le interrogó pretendió hablarle en francés y lo hizo en idioma walon con acento alemán.

—¿Qué queremos de ti, dices? Sencillamente preguntarte y registrarte, tunante, que a las veces, un sayo de campesino oculta un espía peligroso.

Podéis preguntarme lo que queráis y registrarme hasta que os canséis —dijo Martín Guerra soltando una carcajada... menos natural de lo que el infeliz hubiera deseado.

—Eso haremos en el campamento, adonde vas a venir con nosotros.

—¡Al campamento! ¡Como queráis! ¡Me alegro! ¡Así como así deseo hablar con el jefe! ¿Os parece decente detener a un pobre campesino de Angimont, que vuelve de San Quintín después de llevar víveres a los camaradas vuestros que están en las avanzadas? ¡Que Dios me condene si vuelvo a hacerlo! Por mí, vosotros y todo vuestro ejército podrá morir de hambre. Iba a Angimont en busca de más

provisiones, pero una vez que me habéis detenido, ¡buenas noches nos dé Dios! ¡No me conocéis, no, que si me conocierais...! Pronto os pesará el perjuicio que me causáis. *San Quintín*, cabeza de rocín, dice el proverbio picardo. ¡Tomarme a mí por espía...! ¡Vamos al campamento! ¡Me quejaré al general!

—¡Ira de Dios, y que lenguaje! —exclamó el que mandaba la patrulla—. El jefe, amigo espía, soy yo, y conmigo te entenderás en cuanto raye el día. ¿Te parece que vamos a despertar al general por un bribón como tú?

—¡Yo quiero ver al general! —insistió Martín con volubilidad—. Necesito hablar con todos los generales y con todos los coroneles. Quiero decirles que no se detiene así, sin más ni más, a un pobre campesino que a nadie hace daño, a un campesino que os da de comer a vosotros y a vuestros camaradas. No he cometido ninguna falta; soy un honrado vecino de Angimont, y pediré indemnización por los perjuicios que me causáis, y a vosotros os ahorcarán por habérmelos causado.

—Camarada; parece que dice verdad ese hombre —dijo uno de los soldados al que mandaba la patrulla.

—Verdad es; tanto, que le dejaría marchar si no me pareciese que reconozco su voz. Vamos al campamento, y allí se aclarará todo.

Por mayor seguridad, Martín fue colocado entre dos caballos. Durante el camino, no cesó de maldecir y de jurar, y jurando y maldiciendo entró en la tienda donde le llevaron.

—¡Así tratáis a vuestros amigos y aliados! —decía—. ¡Está bien... muy bien! ¡Luego iréis a buscar avena para vuestros caballos y harina para vosotros...! ¡Si no coméis otra que la que yo os traiga...! ¡Os abandono para siempre! ¡No contéis conmigo para nada! En cuanto me preguntéis y dejéis en libertad, a Angimont me vuelvo, y si volvéis a verme el pelo, os autorizo para que me lo cortéis juntamente con la cabeza... Aunque tal vez me volváis a ver mañana, pero vendré para quejarme a monseñor Filiberto Emmanuel en persona, y no os arriendo la ganancia.

En aquel momento acercaron una antorcha a la cara de Martín Guerra.

—¡Diablo! —exclamó el jefe de la patrulla, retrocediendo un paso—. ¡No me engañaba! ¡Es el mismo, sí... no hay duda! ¿No le reconocéis todavía vosotros?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —iban diciendo sucesivamente todos los soldados, conforme lo examinaban con curiosidad que al punto se trocaba en indignación.

—¿Que me habéis reconocido? ¡No me extraña! —dijo Martín Guerra, en cuyo pecho entraba a raudales el espanto—. ¿Sabéis ya quién soy? Entonces, como os supongo convencidos de que me llamo Martín Cornouiller, natural de Angimont, me dejaréis marchar al punto.

—¿Dejarte marchar, malandrín, pillo, deshecho de la horca? —rugió el jefe, mirando al desventurado con ojos inflamados y agitando amenazador los puños.

—¿Qué os pasa, amigo? —preguntó Martín—. Pues qué: ¿no soy Martín

Cornouiller?

—¡No, tunante! ¡No eres Martín Cornouiller! Diez hombres estamos aquí y los diez te conocemos... ¡Decid, amigos míos, a ese impostor cómo se llama, y así tal vez se convencerá de que no hay en el campamento quien no esté al tanto de sus villanías!

—¡Es Arnaldo de Thill, el miserable Arnaldo de Thill! —gritaron las diez voces con espantosa unanimidad.

—¡Arnaldo de Thill!... ¿Y quién es Arnaldo de Thill? —preguntó Martín Guerra poniéndose espantosamente pálido.

—¡Eso es! ¡Reniega de tu nombre, infame! —tronó el jefe—. ¡Por supuesto, que de nada te ha de servir, porque tienes aquí diez testigos que te reconocen y contradicen! ¿Te atreverás a afirmar, en presencia de tantos testigos, que no te hice prisionero en la batalla del día de San Lorenzo, entre los servidores del condestable?

—¡No... no! Yo soy Martín Cornouiller... —balbuceó Martín perdiendo la cabeza.

—¡Conque Martín Cornouiller! —repitió el jefe sonriendo despectivamente—. ¡Eres el cobarde Arnaldo de Thill, que me prometiste pagar tu rescate, que fuiste tratado por mí con consideraciones que no merecías, y que escapaste anoche después de robarme, además del poco dinero que poseía, a mi hermosa y queridísima Gúdula, la linda cantinera! Di, malvado: ¿qué has hecho de Gúdula?

—¿Qué has hecho de Gúdula? —repitieron los demás a coro formidable.

—¿Qué he hecho de Gúdula? —repitió Martín Guerra aterrado—. ¿Lo sé por ventura, pobre de mí? ¿Pero de veras me reconocéis todos? ¿Estáis ciertos de que no os engañáis? ¿Podrías jurar que me llamo... Arnaldo de Thill, que este valiente soldado me hizo prisionero en la batalla del día de San Lorenzo y que le he robado alevosamente a su Gúdula? ¿Podrías jurármelo?

—¡Sí, sí! —gritaron con energía las diez voces.

—¡Pues bien! ¡No me sorprende! —exclamó con resignación Martín Guerra, que divagaba y se confundía, como sabemos, siempre que tocaban el punto de su doble personalidad—. No, ciertamente: nada de lo que decís me extraña. Habría yo sostenido hasta el día del juicio que soy Martín Cornouiller, pero me aseguráis que soy Arnaldo de Thill, afirmáis que ayer estuve aquí, y nada tengo que decir. No niego más; me resigno. Puesto que las cosas vienen así, me pongo a vuestra disposición atado de pies y manos. No había yo previsto este contratiempo... ¡Ay, Dios mío! ¡Ya me extrañaba que durase tanto mi tranquilidad! ¡Cómo ha de ser! Haced de mí lo que queráis, llevadme, amarradme, ahorcadme. La Picardía que decís que he cometido con Gúdula me ha convencido de que os engañáis. Sin duda soy el que decís, pero al menos, celebro saber que me llamo Arnaldo de Thill.

El pobre Martín Guerra confesó cuanto quisieron que confesase, sufrió con

cristiana paciencia injurias e improperios, y ofreció a Dios todas sus desdichas como expiación por las nuevas Picardías que le echaban en cara. Como no le era posible explicar qué había hecho de Gúdula, le amarraron sin compasión y le hicieron víctima de toda suerte de malos tratamientos, que soportó con angelical paciencia. Lo único que le afligía era no haber podido dar cima a la misión que le confiara su señor; ¿pero, podía prever que le atribuirían nuevos crímenes que reducirían a la nada sus hermosos proyectos fundados en su sagacidad y presencia de espíritu?

—Lo único que me consuela —se decía a sí mismo en el húmedo rincón donde le habían tendido— es que tal vez el otro Arnaldo de Thill entre triunfante en San Quintín con el destacamento del barón de Vaulpergues. ¡Pero no, no! ¡Esto es otra quimera! Más probable es que ese bribón se encuentre a estas horas camino de París, descansando en algún mesón con su bella Gúdula. ¡Ay de mí! ¡Me parece que cumpliría de mejor gana la penitencia si al menos hubiese cometido ese pecado!

XXX

ARDIDES DE GUERRA

Por quiméricas que parecieran las esperanzas de Martín Guerra, es lo cierto que se realizaron: cuando Gabriel, después de vencer mil dificultades y de correr grandes peligros, llegó al bosque donde le esperaba el barón de Vulpergues, la primera persona con quien topó fue su escudero, y la palabra primera que pronunció fue: ¡Martín!

—El mismo, monseñor —respondió resueltamente el escudero.

No era por cierto aquél el Martín Guerra que necesitaba que le recomendasen el empleo de la imprudencia.

—¿Llegaste mucho antes que yo, Martín? —preguntó Gabriel.

—Sobre una hora, monseñor.

—¡Muy bien... muy bien...! Pero si no me engaño, has cambiado de traje; cuando nos separamos hace tres horas no llevabas esa casaca.

—No, monseñor; la pedí a un labriego más auténtico que yo, y le di mi saco en cambio.

—¿No has tenido ningún mal encuentro en el camino?

—Ninguno, monseñor.

—Todo lo contrario —terció el barón de Vulpergues, que apareció en aquel momento—. El gran tunante llegó aquí acompañando a una muchacha linda y graciosa, una cantinera flamenca, según hemos podido juzgar por la lengua que habla. Lloraba sin cesar, la pobrecilla, y la despidió en el lindero antes de llegar hasta aquí.

—Pero no sin haberla aliviado antes del peso de algunas chucherías que me hacían falta —observó el falso Martín Guerra riendo con insolencia.

—¡Ay, Martín, Martín! —exclamó Gabriel—. ¡Está enseñando otra vez la oreja el Martín malo!

—Monseñor quiere decir sin duda el Martín joven... Pero perdonad, señor —dijo Arnaldo de Thill, acordándose del papel que representaba—: con mi charla robo a vuestras señorías unos momentos preciosos.

—Estoy dispuesto —dijo el barón de Vulpergues a Gabriel, luego que éste le dio cuenta de su excursión y de su propósito—. Si es ésa vuestra opinión, señor de Exmés, y la del señor almirante, nos pondremos en camino dentro de media hora. No son todavía las doce de la noche, y mi parecer es que no debemos llegar a San Quintín antes de las tres de la madrugada, hora en que el enemigo descuida algún tanto la vigilancia. ¿Qué os parece, señor vizconde?

—Me parece perfectamente, tanto más, cuanto que vuestra opinión se armoniza

en todo con las instrucciones del señor de Coligny. A las tres de la madrugada nos esperará, y a esa hora llegaremos... los que lleguemos o lleguen.

—Llegaremos, monseñor; permitidme que os lo asegure —dijo el Martín Guerra apócrifo—. A mi paso por el campamento de los walonas, examiné tan a conciencia las cercanías, que me comprometo a guiaros con tanta seguridad como si hubiese allí vivido cien días.

—¡Eso es prodigioso, Martín! —exclamó Gabriel—. ¡En tan poco tiempo, qué de cosas has hecho! Está visto que, de hoy en adelante, habré de tener tanta confianza en tu inteligencia como en tu fidelidad.

—¡Oh, monseñor! ¡Colmáis mis ambiciones con sólo, que confiéis en mi celo y en mi discreción!

Entre la casualidad y la osadía habían urdido tan admirablemente la trama del astuto Arnaldo, que después de la llegada de Gabriel, pudo el impostor engañar a todos sin separarse un ápice de la verdad.

En tanto que Gabriel y Vaulpergues combinaban los detalles de la marcha que en breve iban a emprender, Arnaldo, por su parte, ultimaba su plan en forma que ningún incidente imprevisto viniera a destruir los efectos de la casualidad, que tan prodigiosamente le había favorecido hasta allí.

He aquí lo que había ocurrido. Arnaldo, después de haberse escapado, gracias a Gúdula, del campamento español, donde se hallaba prisionero, anduvo a la ventura por los bosques de las inmediaciones durante diez y ocho horas, sin atreverse a salir de la espesura por miedo a caer nuevamente en poder de sus enemigos. Al anoecer creyó descubrir en el bosque de Angimont pisadas de caballos, y sospechó que debían andar ocultos, pues de otra suerte no se concebía que se hubiesen aventurado por senderos tan poco trillados. Puesto que los caballos andaban ocultos, pocos esfuerzos de imaginación precisaba hacer para conjeturar que se trataba de caballería francesa, probablemente emboscada. Arnaldo resolvió seguir las huellas, y éstas le llevaron al sitio donde el barón de Vaulpergues esperaba a Gabriel. Entonces fue cuando despidió sin el menor miramiento a Gúdula, la cual hubo de volver llorando al campamento español, sin poderse figurar que en éste encontraría al amante que tan sin piedad acababa de despedirla. Pero volvamos a Arnaldo. El primer soldado con quien tropezó le llamó Martín Guerra, y él, como supondrá el lector, se guardó muy bien de desmentirle. Bastóle aguzar el oído y dar descanso a su lengua para enterarse de que el vizconde de Exmés debía llegar aquella noche de San Quintín, después de haberse puesto de acuerdo con el almirante para llevar a feliz término el proyecto de introducir en la plaza las fuerzas de Vaulpergues. Como sabían todos que Martín Guerra acompañaba al señor de Exmés, no bien vieron a Arnaldo, tomaronle por el escudero de aquél y le preguntaron por su señor.

—No tardará en llegar —contestó Arnaldo—. Hemos tomado caminos diferentes.

Arnaldo aquilataba mentalmente las ventajas de reunirse en aquel momento con el vizconde de Exmés, ventajas de las cuales acaso la menor era asegurar la subsistencia, siempre difícil, pero infinitamente más en aquellos tiempos y en aquellos lugares. Sabía el bribón que el condestable de Montmorency, prisionero a la sazón de Filiberto Emanuel, sentía acaso menos la afrenta de la derrota y los dolores del cautiverio que la probabilidad, la certeza, mejor dicho, de que su odiado rival el duque de Guisa iba a ser omnipotente en la corte y a gozar de un ascendiente ilimitado sobre el espíritu del rey. Por tanto, convertirse en sombra de un amigo del duque de Guisa, era para Arnaldo aplicar los labios a la fuente donde bebería datos preciosos que más tarde vendería a buen precio al condestable. Además, ¿no era Gabriel enemigo personal del condestable y el obstáculo más difícil de vencer para el matrimonio de Francisco de Montmorency con Diana de Castro?

Todos estos pensamientos bullían en la mente de Arnaldo, pero pensaba al mismo tiempo con espanto que la llegada del vizconde con Martín Guerra podía destruir en un segundo todos sus planes, si no hallaba modo de alejar o de suprimir al crédulo escudero. Su alegría fue inmensa cuando vio llegar a Gabriel solo, y mayor aún cuando éste le reconoció al punto por su escudero. Sin saberlo, Arnaldo había dicho la verdad. A partir de aquel instante se abandonó a su suerte, y seguro de que el diablo su protector habría hecho caer al pobre Martín Guerra en poder de los españoles, se apoderó audaz del papel del ausente e hizo las veces de éste con éxito admirable, conforme acabamos de ver.

Celebrada la conferencia de Gabriel con Vaulpergues, y después de formados los tres grupos, al ir a emprender la marcha por tres caminos distintos, Arnaldo aconsejó a Gabriel que tomase el que pasaba junto a las tiendas de los walonas. Adivinó que Martín Guerra debió de tomar aquella dirección, y por si la casualidad hacía que le encontrasen, quería hallarse junto al vizconde para hacer desaparecer al escudero, si le era posible, o desaparecer él, en último extremo.

Dejaron el campo walon a sus espaldas sin haber encontrado a Martín, y ya desde entonces olvidó Arnaldo la idea del insignificante peligro que por aquella parte podía amenazarle, para pensar en otro incomparablemente mayor: en el que frente a los muros de San Quintín esperaba a Gabriel y a las tropas de que él formaba parte.

No era menor la ansiedad en el interior de la ciudad, cuya salvación o pérdida dependían del fracaso o del éxito del temerario golpe de mano de Gabriel y de Vaulpergues. Así fue que, desde las dos de la madrugada en adelante, se encargó personalmente del servicio de rondas el mismo almirante, que recorrió todos los puntos convenidos con el vizconde de Exmés y recomendó una atención exquisita a los centinelas colocados en los puntos delicados. Dichos centinelas habían sido escrupulosamente escogidos. Gaspar de Coligny subió entonces a la torre atalaya, que dominaba la ciudad y sus alrededores, y allí, mudo, inmóvil, conteniendo hasta la

respiración, escuchaba y hundía sus miradas en las negruras de la noche. No oía más que el rumor sordo y lejano producido por los minadores españoles y por los contraminadores franceses, ni veía más que las tiendas enemigas, y a lo lejos, los negros bosques de Origny como recortados en opaca nube.

No pudiendo dominar la inquietud, el almirante quiso acercarse al sitio donde debería decidirse la suerte de San Quintín. Bajó de la torre atalaya, montó a caballo y, seguido de un grupo de oficiales, se dirigió hacia al baluarte de la Reina por una de cuyas poternas debía penetrar Vaulpergues, y subiendo a uno de los ángulos de la muralla, esperó.

Estaban dando las tres en el reloj de la Colegiata, cuando sonó el canto de un búho en el centro de la ciénaga del Somma.

—¡La señal! —exclamó el almirante—. ¡Dios sea loado!

Previa una indicación del almirante, el señor de Breuil, formando bocina con sus manos, contestó la señal remedando el grito peculiar del quebranta huesos.

A esto siguió un silencio angustioso. El almirante y los que le acompañaban esperaban inmóviles, semejantes a estatuas de granito, con el oído alerta y el corazón oprimido.

De pronto retumbó un tiro de mosquetón hacia donde había cantado el búho, y casi simultáneamente sonó una descarga cerrada, a la que siguieron gritos agudos, gemidos siniestros y espantosos rumores.

¡El primer grupo había sido descubierto!

—¡Cien valientes menos! —exclamó con tristeza infinita el almirante.

Bajó rápidamente del baluarte, montó de nuevo a caballo y echó a andar, sin decir palabra, hacia el baluarte de San Martín, por donde esperaba que llegase la segunda fracción de la compañía de Vaulpergues.

Allí le esperaban las mismas agonías. Gaspar de Coligny se parecía al jugador que aventura toda su fortuna en tres jugadas de dados. La primera la había perdido ya: ¿sería más afortunado en la segunda?

Al otro lado de la muralla se dejó oír el mismo grito, que recibió igual contestación que el primero desde el interior del recinto; y a continuación, como si Dios hubiese dispuesto que la segunda escena fuera repetición exacta de la primera, un centinela español dio la voz de alarma, tronaron los mosquetes, y los gritos y los lamentos anunciaron a los sitiados de San Quintín que se reñía un segundo combate, o para hablar con más propiedad, que tenía lugar una segunda matanza.

—¡Doscientos mártires! —dijo Coligny con voz sorda.

Montando de nuevo a caballo, en menos de dos minutos llegó a la poterna del arrabal, tercero de los puntos convenidos con Gabriel. Con tal velocidad recorrió el trayecto, que al llegar se encontró solo en la muralla: poco a poco fueron incorporándose sus oficiales. Todos aplicaban el oído, pero nada oían más que el

lúgubre gemir de los moribundos y los gritos de triunfo de los vencedores.

El almirante lo creyó todo perdido. La alarma había cundido por todo el campo enemigo; no había un soldado español que no estuviese alerta. Era de suponer que el jefe del tercer grupo consideraría necesario no exponerse a un peligro tan mortal, y se retiraría prudente sin intentar penetrar en la plaza. ¡El jugador, después de perder las dos terceras partes de su fortuna, no podía hacer su última jugada! También temía Coligny que la tercera fracción hubiese sido sorprendida juntamente con la segunda y que las dos matanzas se hubiesen confundido en una sola.

Una lágrima, lágrima ardiente de desesperación rodaba por las curtidas mejillas del almirante. Dentro de breves horas, la población, desanimada de resultados del nuevo fracaso, pediría a gritos la rendición de la plaza, y aunque no la pidiera, Gaspar de Coligny sabía demasiado que sus desmoralizadas tropas no podrían oponer resistencia formal a los sitiadores, y que el primer asalto que éstos dieran, pondría en sus manos la plaza de San Quintín y les abriría de par en par las puertas del reino de Francia. El asalto no se haría esperar; probablemente lo darían al rayar el día, y quién sabe si durante la noche, aprovechando el entusiasmo que la matanza de los socorros enviados a la plaza debió de producir en las huestes sitiadoras.

Como para confirmar los temores del almirante, el gobernador De Breuil pronunció a su lado y con voz ahogada la palabra «Alerta».

—¿Serán amigos o enemigos? —preguntó De Breuil en voz baja.

—¡Silencio! —contestó el almirante—. Por lo que puede ser, estemos prevenidos.

—¡Es particular! —susurró De Breuil—. No se oyen pasos, creo distinguir caballos... ¿Cómo no suenan sus cascos? ¡La tierra sorda!... ¿Serán fantasmas?

De Breuil, que era supersticioso, hizo la señal de la cruz: Coligny, más sereno, contemplaba atento la masa negra y muda sin temor y sin emoción.

Cuando los fantasmas estuvieron a cincuenta pasos del muro, Coligny remedó el grito del quebranta huesos.

Al punto respondió el ulular del búho.

Transportado de gozo el almirante, se precipitó al cuerpo de guardia de la poterna, dio orden de abrir inmediatamente, y segundos después entraban en la ciudad cien jinetes, envueltos, ellos y sus caballos, en grandes capas negras. Entonces observaron que los cascos de los caballos, que tan sordamente herían la tierra, estaban envueltos con retazos de lona llenos de arena. Gracias a este ardid, cuya idea fue sugerida por Gabriel en vista de la desgracia de los dos grupos primeros, el tercero logró penetrar felizmente en la plaza. El mismo que ideó el ardid mandaba aquellas fuerzas.

No era gran cosa para una ciudad tan agobiada como San Quintín un socorro de cien hombres, pero bastaba para sostener por espacio de algunos días los puntos más amenazados, aparte de que era el primer suceso venturoso registrado en un sitio fecundo en desastres, así es que la noticia de buen agüero circuló rápidamente por la

ciudad. Todas las casas abrieron sus puertas, todas las ventanas se iluminaron, y Gabriel y sus jinetes fueron recibidos con gritos de entusiasmo.

—¡Suspended vuestro gozo! —dijo Gabriel con voz grave—. Pensad que acaban de caer al pie de los muros doscientos valientes.

Y se descubrió para saludar a los muertos, entre los cuales debía de encontrarse el esforzado Vulpergues.

—Sí —respondió Coligny—; compadecemos y admiramos. ¿Pero cómo expresaros a vos, señor de Exmés, la gratitud que os debemos? Ya que no otra cosa, me permitiréis que os estreche entre mis brazos, porque habéis salvado dos veces a San Quintín.

Gabriel, estrechándole la mano, contestó:

—Señor almirante; dentro de diez días, quizás os suplique que repitáis las palabras que acabáis de pronunciar.

LA CUENTA DE ARNALDO DE THILL

Justo era que el venturoso socorro entrase en la ciudad y que los oprimidos corazones de sus habitantes disfrutasen de alguna expansión. Principiaba a despuntar la aurora cuando Gabriel, rendido de fatiga, después de cuatro días de rudo trabajar, sin poder descansar apenas, consiguió separarse de los que jubilosos le aclamaban. El almirante le alojó en las casas consistoriales dándole la habitación contigua a la que ocupaba él. Gabriel se acostó y se entregó a tan profundo sueño, que parecía que no había de volver a despertar.

Y no despertó en efecto hasta las cuatro de la tarde, a cuya hora entró Coligny en su habitación e interrumpió el sueño reparador de que tanta necesidad tenía el quebrantado joven. Por la mañana, el enemigo había dado un asalto que fue rechazado con denuedo; pero todo hacía creer que lo repetiría al día siguiente, y el almirante, a quien tanto habían servido los consejos de Gabriel, venía con objeto de pedirle otros nuevos.

Nuestro protagonista saltó con agilidad del lecho y se dispuso a recibir al almirante.

—Dispensadme, señor almirante —dijo Gabriel—; voy a decir dos palabras a mi escudero, e inmediatamente estoy a vuestras órdenes.

—Dueño sois de hacer lo que gustéis, señor vizconde de Exmés —respondió Coligny—. Toda vez que de no haber sido por vos, el pabellón español tremolaría en las casas consistoriales, bien puedo deciros: «Estáis en vuestra cas»..

Gabriel llamó a Martín Guerra, que acudió al instante. Llevándole aparte, le dijo:

—Ayer te dije, mi valiente Martín, que en adelante me merecerán tanta confianza tu inteligencia e ingenio como tu bien probada fidelidad, y hoy voy a demostrártelo. Ahora mismo vas a ir al hospital de sangre del arrabal de la Isla, donde preguntarás, no por la señora Diana de Castro, sino por la superiora de las benedictinas, la respetable madre Mónica, y a ella, solamente a ella, le suplicarás que advierta a sor Bendita, fíjate bien, a sor Bendita, que el vizconde de Exmés, enviado por el rey a San Quintín, irá a visitarla dentro de una hora, y que le suplica que tenga la bondad de esperarle. Ya ves que el señor de Coligny me retendrá aquí durante algunos minutos, y un interés de vida o muerte me obliga, como sabes, a supeditar mis alegrías a mis obligaciones. Vete, pues, y que sepa al menos que mi corazón está con ella.

—Lo sabrá, monseñor —afirmó Martín, que salió al punto dejando a su señor menos impaciente y más tranquilo.

Sigámosle al arrabal de la Isla, adonde se dirigió presuroso, preguntando a cuantos tropezaba por la madre Mónica. Le indicaron dónde la encontraría, y acercándose a ella, le dijo:

—¡Ah, madre mía! ¡Por fin os encuentro! La desesperación de mi pobre señor habría sido inmensa si yo no hubiese conseguido llevar a feliz término el encargo que me dio para vos y para la señora Diana de Castro.

—¿Quién sois vos, hermano mío, y de parte de quién venís? —preguntó la superiora, tan sorprendida como afligida, al ver que Gabriel había guardado tan mal un secreto que tanto le había recomendado.

—Vengo de parte del señor vizconde de Exmés —respondió el falso Martín Guerra aparentando simplicidad—. Supongo que conocéis al señor vizconde... En la ciudad no hay quien no le conozca.

—Es verdad —dijo la superiora—. Conozco a nuestro salvador, por quien hemos orado a Dios con instancia. Tuve el honor de verle ayer, y esperaba verle hoy, porque así me lo prometió.

—Y vendrá, madre mía, vendrá muy pronto mi noble señor. Pero le retiene en este instante el señor de Coligny, y como su impaciencia es tanta, ha querido que me adelantara para anunciar su llegada a vos, y particularmente a la señora Diana de Castro. No os extrañe, madre mía, que yo sepa y pronuncie el nombre de esa señora: mi fidelidad nunca desmentida permite a mi señor tener confianza ilimitada en mí, y jamás tiene secretos para su leal servidor. Todo el mundo dice que mi talento es escaso y nula mi inteligencia, pero sé idolatrar y defender a mi amo. Tiene razón; estas cualidades nadie puede ponerlas en duda, ¡por las reliquias de San Quintín! ¡Oh! ¡Perdonad, madre mía, el que me haya permitido jurar en vuestra presencia! Lo hice inadvertidamente, por costumbre... y porque los efectos del corazón...

—¡Basta, basta! —dijo sonriendo la madre Mónica—. ¿Decís que va a llegar el señor vizconde de Exmés? Será bien recibido. Sor Bendita, sobre todo, anhela verle para que le dé noticias de su augusto padre, que le ha enviado.

—¡Ah...! —exclamó Martín riendo con risa de idiota—. Es verdad... y no lo es: yo me entiendo. Es verdad que su augusto padre ha enviado a mi amo a San Quintín, pero no lo es que le haya enviado para que viese a la señora Diana.

¿Qué queréis decir? —preguntó la superiora.

—Digo, madre mía, que yo, que adoro al señor vizconde de Exmés, que le quiero no sólo como a mi señor, sino como a un hermano, celebro en el alma que vos, que sois una santa digna del mayor respeto, os hayáis dignado proteger los amores de mi señor con la señora Diana de Castro.

—¡Los amores de la señora de Castro! —exclamó la superiora asustada.

—¡Sí, señora! —repuso el fingido imbécil—. Supongo que la señora de Castro os lo habrá confesado todo, a vos que sois su madre amantísima y su única amiga.

—Me ha hablado, aunque de un modo muy vago, de profundas penas del corazón, pero jamás de amores profanos, jamás del vizconde. No sabía nada; nada absolutamente.

—Sí... sí... comprendo. Negáis por... modestia —observó Arnaldo, bajando la cabeza con aires de inteligencia—. Si he de ser franco, vuestra conducta me parece admirable, y no sé cómo agradeceros el favor que hacéis a mi amo. No puede negarse que sois valerosa, porque, como el rey se opone a estos amores... ¡Oh! La cólera del padre de la señora de Castro sería terrible si llegara a sospechar que los amantes pueden siquiera verse. Pues bien: yo, mi santa madre, en vuestro lugar, desafiaría toda la cólera del rey y toda la autoridad del padre, y prestaría a mis pobres enamorados todo mi apoyo, toda la sanción que pudiera darles mi carácter; les proporcionaría medios de verse, les daría esperanza y acallaría sus remordimientos. ¡Oh! ¡Es soberbio, es magnífico lo que hacéis, madre mía!

—¡Jesús! —exclamó la superiora, juntando las manos sorprendida y aterrada—. ¡Jesús! ¡Burlar a un padre y a un rey! ¡Mi nombre y mi vida mezclados en intrigas amorosas! ¡Oh!

—Allá veo a mi señor, que viene presuroso a daros las gracias por vuestra generosa mediación, y a preguntaros ¡la impaciencia de los jóvenes enamorados es muy natural! a preguntaros cuándo y cómo podrá, gracias a vos, ver a su idolatrada amante.

Gabriel llegó, en efecto, jadeante y falto de aliento; pero la superiora, antes de que llegase a su lado, le detuvo con un gesto y le dijo con severa dignidad:

—No deis un paso más, ni pronunciéis una palabra, señor vizconde. Estoy enterada de las intenciones que abrigáis, del objeto que perseguís al intentar ponerlos en comunicación con la señora de Castro, y no debéis esperar que yo me preste a secundar proyectos indignos de un caballero. Y no sólo no debo ni quiero volveros a oír hablar, sino que estoy resuelta a usar de toda mi autoridad para quitar a Diana toda ocasión o pretexto de veros, ya sea en el locutorio del convento, ya en las ambulancias u hospitales. Sé que ella es libre, que no ha pronunciado votos que la ligen; pero mientras quiera permanecer en este asilo, escogido por ella, mientras esté en el convento ha de aprobar que mi protección es la salvaguardia de su honor y no de su amor.

La superiora saludó con frialdad a Gabriel, que quedó inmóvil y atónito, y se retiró sin mirarle ni esperar respuesta.

—¡Qué significa esto, santo Dios! —preguntó Gabriel a su fingido escudero después de un momento de estupefacción.

—Yo no sé, monseñor —contestó Arnaldo, que supo dar a su alegría interior todas las apariencias de la consternación—. La señora superiora me ha recibido muy mal, me ha dicho que estaba enterada de nuestros designios y que el deber la obliga a

oponerse a ellos y a secundar los del rey, y ha añadido que la señora Diana de Castro no os ama y que duda que nunca os haya amado.

—¡Que Diana no me ama! —exclamó Gabriel palideciendo—. ¡Ay de mí! ¡Quizá fuera mejor! Sin embargo, quiero verla una vez más, quiero demostrarle que no me es indiferente y que no soy culpable. Me es indispensable, Martín, que me ayudes a conseguir esa entrevista, que tan necesaria me es para animarme en mi empresa.

—Monseñor sabe muy bien —contestó con humildad Arnaldo— que soy instrumento ciego de su voluntad, que le obedezco en todo, como la mano obedece a la cabeza. Yo haré cuanto de mí dependa, como acabo de hacerlo en este instante, para que mi señor celebre con la señora la entrevista que desea.

Y el astuto bribón, riéndose interiormente, siguió a Gabriel, que volvió a las casas consistoriales triste y abatido.

Por la noche, después de una ronda que hizo por las murallas el supuesto Martín Guerra, cuando se vio solo en su cuarto, sacó del pecho un papel que se puso a leer con muestra de viva satisfacción.

Cuenta de Arnaldo de Thill con el señor condestable de Montmorency, desde el día que fue separado violentamente de monseñor. (Esta cuenta comprende los servicios públicos y los privados).

«Por haber aconsejado, siendo prisionero del enemigo después de la jornada del día de San Lorenzo, al ser conducido a presencia de Filiberto Emanuel, a este general que pusiese en libertad al condestable sin exigirle rescate, haciéndole comprender que monseñor haría menos daño a los españoles con su espada que favor con sus consejos al rey, cincuenta escudos.

«Por haber escapado, recurriendo a su astucia, del campo donde tenían prisionero al susodicho Arnaldo de Thill, y ahorrado con su fuga al señor condestable el importe del rescate, que sin duda habría pagado generosamente para recobrar a su fiel y necesario servidor, cien escudos.

«Por haber guiado hábilmente por senderos extraviados el destacamento que llevaba el vizconde de Exmés para el socorro de San Quintín y del señor almirante de Coligny, sobrino de monseñor el condestable, veinte libra»..

Figuraban en la cuenta del miserable otras partidas tan imprudentes como las transcritas. El espía las leía y releía acariciándose la barba, y cuando terminó su lectura, tomó una pluma y añadió la siguiente:

«Por haber entrado al servicio del vizconde de Exmés, bajo el nombre de Martín Guerra, denunciado al mencionado vizconde a la superiora de las benedictinas como amante de la señora de Castro, y separado de esta suerte por largo tiempo a los dos jóvenes, lo cual interesaba extraordinariamente al señor condestable, doscientos escudo»..

—No es caro —se dijo Arnaldo—. Esta última partida bien vale la pena de que

dejen pasar sin discusión todas las demás. La cifra total es bastante redonda; nos acercamos a las mil libras, y con un poquito de imaginación no dudo que llegaremos pronto a las dos mil. Si llego a tenerlas, juro que me retiraré de los negocios, que me casaré, que seré padre ejemplar de mis hijos, que ocuparé el cargo de mayordomo de fábrica de mi parroquia, y que veré así realizados los sueños de toda mi vida y el honrado fin de todos mis desvelos y malas acciones.

Arnaldo se acostó y no tardó en dormirse arrullado por sus virtuosas resoluciones.

A la mañana siguiente volvió a ser requerido por Gabriel para que se dedicase a prepararle una entrevista con Diana, comisión que cumplió en la forma que sin esfuerzo adivinará el lector. Gabriel se separó de Coligny para ocuparse personalmente en el mismo asunto; pero a eso de las diez de la mañana el enemigo intentó un nuevo asalto y no tuvo más remedio nuestro enamorado que correr a las murallas. Como siempre, hizo Gabriel prodigios de valor y se batió como si hubiese tenido cien vidas que perder.

Verdad es que, si no tenía cien vidas que perder, quería salvar dos a toda costa, y por otra parte, si se distinguía por su denuedo, acaso Diana oiría hablar de él.

XXXII

TEOLOGÍA

Volvió Gabriel del asalto rendido de fatiga, al lado del almirante Coligny, cuando dos hombres que pasaban a corta distancia, pronunciaron el nombre de sor Bendita. Sin poder contenerse, el joven se separó del almirante y se acercó a aquellos hombres, a quienes preguntó anhelante si sabían noticias de la hermana que acababan de nombrar.

—¡Oh, Dios mío! Nada sabemos, mi capitán —respondió uno de ellos, que era precisamente el tejedor Juan Peuquoy—. En este momento venía lamentándome de ello con mi compañero, porque no sé que nadie haya visto hoy a esa noble y valerosa señora. Decía yo que después de una jornada como la de este día, muchos desgraciados heridos necesitarán de sus cuidados y de su sonrisa angelical. Pero pronto sabremos si está enferma o no, porque mañana por la noche le corresponde estar en el hospital, y hasta hoy, no ha faltado nunca. Las religiosas son muy pocas, sus servicios muchos, y no es de esperar que puedan o quieran dispensar a ninguna, a no ser por necesidad absoluta. Mañana la veremos, a no dudar, y yo me felicitaré de ello por los pobres heridos a quienes ella consuela y anima como pudiera hacerlo un ángel bajado del cielo.

—Gracias, amigo mío, gracias —contestó Gabriel, estrechando efusivamente la mano del tejedor, que quedó sorprendido de tan señalado honor.

Gaspar de Coligny había oído las palabras de Juan Peuquoy y observado la alegría de Gabriel. Nada dijo, sin embargo, a éste, cuando se le reunió; pero luego que entraron en la casa y se encontraron solos en la cámara que servía de despacho al almirante, preguntó éste a Gabriel, sonriendo con afabilidad:

—Paréceme, amigo mío, que os interesa mucho la santa religiosa que llaman sor Bendita, ¿verdad?

—Como se interesa Juan Peuquoy —contestó Gabriel algo turbado—, y como sin duda os interesáis también vos, señor almirante, porque habréis notado como yo la falta que hace a nuestros heridos y la influencia benéfica que ejerce en todos los que gozan de su presencia o de su palabra.

—¿Por qué pretendéis engañarme, amigo mío? —interrogó con tristeza Coligny—. ¡Poca confianza debo inspiraros cuando intentáis ocultarme la verdad!

—¡Cómo, señor almirante! —exclamó Gabriel cada vez más turbado—. ¿Qué os hace suponer...?

—¿Que sor Bendita es la señora Diana de Castro y que vos estáis enamorado de ella?

—¡Lo sabíais...!

—Lo sorprendente sería que lo hubiera ignorado —repuso el almirante—. ¿No soy sobrino del condestable de Montmorency? ¿Ignora él nada de lo que pasa en la corte? ¿No posee Diana de Poitiers la confianza del rey y Montmorency el corazón de Diana de Poitiers? Como quiera que, según parece, en derredor de la persona de la señora Diana de Castro giran graves intereses de nuestra familia, me han prevenido oportunamente para que en todo momento esté dispuesto a secundar las miras de mi noble parentela. No hacía veinticuatro horas que había yo entrado en la plaza de San Quintín con encargo de defenderla o morir, cuando recibí un correo de mi tío. El correo en cuestión no venía para informarme, como supuse al principio, de los movimientos del enemigo o de los proyectos militares del condestable; había corrido mil peligros para participarme que en el convento de las benedictinas de San Quintín se había ocultado, bajo nombre supuesto, la señora Diana de Castro, hija del rey, para ordenarme que vigilase cuidadosamente todos sus pasos. Ayer, sin ir más lejos, llegó a la poterna del Sur y preguntó por mí un emisario flamenco, ganado a peso de oro por el condestable. Pensé, naturalmente, que venía de parte de mi tío, y que el objeto de su misión sería darme ánimos y hacerme presente, de parte del condestable prisionero, que estaba yo en el deber de restaurar la gloria de nuestro apellido, que tan rudo golpe sufrió el día de San Lorenzo, que el rey enviaría otros socorros, además de los que nos habéis traído vos, o bien ordenarme que me dejase matar en la brecha antes que rendir la plaza. ¡Pero no fue así! El emisario comprado no venía a traerme ninguna de esas palabras que reaniman y excitan; sino a denunciarme que el señor vizconde de Exmés, llegado la víspera a la plaza so pretexto de defenderla o de morir bajo sus muros, amaba a la señora Diana de Castro, prometida de mi primo Francisco de Montmorency, y que la reunión de los amantes podía frustrar los grandes proyectos concebidos por mi tío. Añadía que, siendo yo, por dicha, el gobernador de San Quintín, me hacía presente que mi deber era recurrir a toda mi actividad para separar, sin reparar en medios, a la señora de Castro del vizconde de Exmés, impedir a toda costa que se viesen y contribuir así a la elevación y al poderío de la familia.

Coligny puso en sus palabras acentos inequívocos de tristeza y de amargura, pero Gabriel, que no reparó más que en el golpe que amenazaba destruir sus amorosas esperanzas, preguntó al almirante con entonación colérica:

—Según eso, señor almirante, ¿habéis sido vos quien me denunciasteis a la superiora de las benedictinas, y quien, fiel a las instrucciones de vuestro tío, procura arrebatar me una a una todas las probabilidades de ver a Diana?

—¡Callad, joven, callad! —exclamó el almirante con expresión de altivez indecible—. Pero os perdono —añadió con más dulzura—; la pasión os ciega, y por otra parte, no habéis tenido todavía tiempo de conocer a Gaspar de Coligny.

Tanta nobleza y tanta bondad respiraban las palabras y el acento del almirante,

que las sospechas de Gabriel se desvanecieron al punto. Avergonzado por haberlas abrigado siquiera hubiese sido un instante, alargó la mano a Gaspar de Coligny diciendo:

—¡Perdonadme! ¿Cómo pude imaginar que os hubieseis mezclado en semejantes intrigas? ¡Os ruego que me perdonéis, señor almirante!

—Perdonado, Gabriel —contestó el almirante—. Así os quiero; con vuestros instintos juveniles y puros. Tenéis razón: no me mezclo yo en intrigas y enredos, que desprecio en la misma medida que a los que los han concebido. En ellos no veo la gloria, sino la vergüenza de mi familia, y lejos de aprovecharlos, los desdeño, porque me abochornan. Si esos hombres, para quienes son buenos todos los medios, indignos o no, si esos hombres que no temen erigir su fortuna sobre base vergonzosa, que a trueque de satisfacer su ambición o su codicia contemplan indiferentes el dolor y la ruina de sus semejantes, que por conseguir más pronto el objeto infame pasarían hasta sobre el cadáver de la madre patria, si esos hombres, repito, son mis parientes, para mí son el látigo con que Dios castiga mi orgullo y me recuerda el deber de ser humilde, y al propio tiempo un estímulo que me obliga a ser severo conmigo mismo e íntegro con mis semejantes, para expiar así las faltas de mis parientes.

—Sí —contestó Gabriel—; ya sé que rendís culto ferviente al honor y a la virtud de los tiempos evangélicos. Quiero pedir os otra vez perdón, señor almirante, por haberos hablado en un momento de ofuscación como a cualquiera de esos señores de nuestra corte, sin fe y sin ley, que he aprendido a despreciar y odiar.

—¡Ah! —exclamó Coligny—. ¡Más bien son dignos de lástima esos pobres ambiciosos, ciegos e ignorantes! Perdonadme, porque principiaba a olvidar que no hablo con un correligionario. Pero no importa: aunque profesemos religiones distintas, entrambos las profesamos honradamente y de buena fe, aparte de que presiento que, más tarde o más temprano, habéis de ser de los nuestros. La misma pasión amorosa que os abrasa os obligará a sostener una lucha desigual contra una corte corrompida, y destrozado probablemente vuestro amor, buscaréis consuelos en nuestras filas, donde seréis recibido con los brazos abiertos.

—Sabía ya, señor almirante, que pertenecíais a la religión reformada. Yo, aunque profese la católica, he aprendido a estimar y apreciar a los que sufren persecuciones. No me atrevo a aventurar profecías; pero, débil como soy de carácter, y enamorado locamente de Diana, casi me atrevo a asegurar que la religión que Diana profese será la mía.

—¡Me parece muy bien! —exclamó Coligny, arrastrado, como casi todos sus correligionarios, por la fiebre del proselitismo—. ¡Me place! Porque, si la señora Diana de Castro aborrece las costumbres vergonzosas de nuestra corte, no dudo que ha de abrazar nuestra religión. Otro tanto haréis vos, lo repito; porque resultaréis vencido en la lucha que imprudente entabláis contra la corte, y al resultar vencido,

querréis vengaros. ¿Creéis que el condestable de Montmorency, mi tío, después de haber puesto sus ojos en la hija del rey para darla a su hijo, se resignará a abandonaros tan rica presa?

—¡Ay de mí! —exclamó Gabriel—. ¡Puede que ni siquiera se la dispute! Si el rey cumple los sagrados compromisos que tiene contraídos conmigo, entonces...

—¡Compromisos sagrados! ¿Existen, por ventura, para quien, después de haber ordenado al Parlamento que discutiese libremente la cuestión de la libertad de conciencia, mandó quemar vivo a Anne Dubourg porque, fiado en su real palabra, defendió la causa de los reformados?

—¡Oh! ¡No digáis eso! ¡No me digáis que el rey Enrique II dejará incumplida la solemne promesa que me hizo, porque entonces, no sería mi conciencia sola la que se rebelase; se rebelaría también mi espada! No sería ya hugonote, sino asesino.

—Probablemente no, Gabriel, porque los hombres honrados podemos ser mártires, pero nunca asesinos... Pero de todos modos, Gabriel, vuestra venganza, aun no siendo sangrienta, sería terrible. Con vuestro juvenil ardor, con vuestro ardiente celo, nos ayudaríais en nuestra obra de renovación, que para el rey ha de ser más funesta que una puñalada. Debéis saber, amigo mío, que nuestros propósitos son arrancarle sus derechos inicuos y sus monstruosos privilegios, que nuestra reforma no ha de circunscribirse a la Iglesia, sino extenderse al gobierno, y que si aquella esperamos que sea benéfica para los buenos, desde luego afirmo que ha de ser implacable para los perversos. Pruebas tengo dadas de que amo y sirvo bien a mi patria; pues bien: profeso la religión reformada porque veo en ella el germen del engrandecimiento de mi adorada Francia. ¡Ah, Gabriel! Si abrazaseis mi religión, ésta os infundiría un alma nueva y abriría ante vuestros ojos una vida nueva.

—Mi vida, hoy, es mi amor a Diana, y mi alma, una empresa santa que Dios me ha impuesto y que espero cumplir.

—El amor y las empresas santas de un hombre pueden conciliarse muy bien con el amor y las santas empresas de un cristiano. Hoy sois demasiado joven, estáis ciego, pero preveo, y creed que siento haceros esta predicción, creo que la desgracia os abrirá los ojos. La generosidad y la pureza de vuestra alma atraerán sobre vos mil desventuras, porque sois como los grandes árboles que, cuando rugen tempestades, atraen los rayos. Entonces recordaréis lo que ahora os digo, leeréis y comprenderéis nuestros libros, y penetraréis todo el sentido de las siguientes palabras, atrevidas y severas, pero justas y hermosas, que pronunció no ha mucho un joven como vos, consejero del Parlamento de Burdeos, llamado Esteban de la Boetie: «¡Qué desventura o qué absurdo ver un número infinito de hombres, que no obedecen, sino tiranizados por uno solo que no es un Hércules ni un Sansón, sino con frecuencia un hombrecillo, el más cobarde y afeminado de la nación!».

—En efecto —contestó Gabriel—; semejantes discursos son audaces por demás,

peligrosos, y sorprenden la inteligencia. Por otra parte, señor almirante, no niego que tengáis razón: es posible que algún día la cólera me arroje en vuestras filas, y la opresión me coloque en el partido de los oprimidos. Pero, mientras tanto, hay demasiada vida en mí para que pueda comulgar en esas ideas, y tengo demasiadas cosas en que pensar para destinar una parte del tiempo al estudio de vuestros libros.

Gaspar de Coligny siguió hablando con calor de las doctrinas e ideas que fermentaban entonces con la fuerza del mosto en su espíritu, y la conversación se prolongó mucho tiempo entre el joven apasionado y el hombre convencido, el uno fogoso y resuelto como la acción, el otro grave y profundo como el pensamiento.

El almirante no se equivocaba al hacer los sombríos pronósticos que hemos tenido ocasión de oír; la desgracia debía encargarse de fecundar los gérmenes que la conferencia de que hemos hecho mérito pudo sembrar en el alma ardiente de Gabriel.

XXXIII

SOR BENDITA

Era una hermosa y serena noche del mes de agosto. El puro y transparente azul del cielo estaba salpicado de estrellas, y la misma ausencia de la luna, que no había aparecido todavía, al dar a la noche aspecto de misterio, hacía la más soñadora y espléndida.

La dulce y tranquila calma contrastaba singularmente con el movimiento y el estruendo de aquel terrible día. Los españoles habían dado a la plaza dos asaltos consecutivos que, aun cuando fueron rechazados, hicieron más muertos y heridos de los que podía soportar el reducido número de los defensores de la ciudad. El enemigo, por el contrario, disponía de inagotables reservas de tropas de refresco para reemplazar a las fatigadas, por lo cual Gabriel, siempre prevenido, temía que los dos asaltos del día hubiesen tenido por objeto principal, si no único, agotar las fuerzas y disminuir la vigilancia de los sitiados para preparar y favorecer un tercer asalto o una sorpresa nocturna. Sin embargo, las diez acababan de dar en la torre de la Colegiata, y nada confirmaba sus sospechas. En las tiendas españolas no brillaba ninguna luz; en el campo, como en la ciudad, sólo resonaba el grito monótono de los centinelas. Sitiadores y sitiados descansaban, al parecer, de las fatigas de aquella jornada.

En su consecuencia, Gabriel, después de haber terminado la última ronda por las murallas, creyó que podía conceder algunos momentos de tregua a la vigilancia constante que había consagrado a la ciudad, a los desvelos que le había prodigado con la solicitud con que un buen hijo hubiera velado a su madre enferma. Desde la llegada de nuestro protagonista, San Quintín había resistido cuatro días, y si continuaba resistiendo otros cuatro, la palabra empeñada por aquél al rey quedaría cumplida, y el rey habría de cumplir la suya.

Gabriel había mandado a su escudero que le siguiese, pero sin decirle adonde iba. Desde la víspera, desde que la superiora de las benedictinas le recibió tan mal, comenzaba a desconfiar de su servidor, a dudar, si no de la fidelidad, al menos de la inteligencia de Martín Guerra, y por lo tanto, se guardó muy bien de hacerle partícipe de las noticias que había adquirido por conducto de Juan Peuquoy. Así fue que, el postizo Martín Guerra, que creía que acompañaba a su señor a una ronda militar, quedó sorprendido al ver que se dirigía hacia el baluarte de la Reina, donde había sido instalada la ambulancia principal.

—¿Vais a visitar a algún herido, monseñor? —preguntó.

—¡Silencio! —contestó Gabriel llevando el índice a los labios.

Había sido establecida la ambulancia principal, a la que Gabriel y Arnaldo

llegaron en aquel momento, cerca de las fortificaciones y no lejos del arrabal de la Isla, que era el punto más peligroso de la ciudad y, por consiguiente, el más necesitado de socorros. Ocupaba aquélla un edificio muy grande, que antes del sitio fue almacén de forrajes, y que desde que el enemigo sentó sus reales frente a los muros de la ciudad, fue puesto a disposición de los médicos, que lo utilizaron como ambulancia u hospital de urgencia. El calor de aquella noche de verano había hecho que dejasen abierta la puerta principal del edificio a fin de que se renovase y refrescase el aire, circunstancia que permitió a Gabriel ver, desde que llegó al pie de la escalera de una galería exterior, lo que pasaba en aquella sala de dolor.

El cuadro era tristísimo. De trecho en trecho se veía alguna cama improvisada a la ligera, pero las camas eran un lujo no concedido más que a contados privilegiados. La mayor parte de los desgraciados heridos gemían en el suelo, sobre malos colchones, sobre mantas o sobre montones de paja. Por todas partes sonaban quejidos y lamentos llamando a los médicos y a los ayudantes que, a pesar de su celo, no podían atender a todos, pues mientras acudían a una cura urgente o llevaban a cabo una imputación necesaria, los demás tenían que sufrir y esperar retorciéndose en sus míseros lechos, abrasados por la fiebre o atormentados por las convulsiones de la agonía. Si alguno de ellos permanecía en un rincón sin movimiento ni voz, la sábana de la muerte no tardaba en cubrir su cabeza, significando que aquel desventurado no volvería a moverse ni a quejarse jamás.

Ante un cuadro tan doloroso y lúgubre, los corazones más valientes y los más perversos habrían perdido el endurecimiento y el valor. Arnaldo de Thill no pudo menos de horrorizarse y Gabriel palideció.

¿Por que se dibujó de repente en el rostro pálido de nuestro protagonista una sonrisa dulce y tiernísima? Es que en medio de aquel infierno, tan lleno de dolores como el de Dante, acababa de aparecer un ángel radiante de paz y de consuelo, la dulce Beatriz: Diana, o mejor dicho sor Bendita, cruzaba serena y melancólica por entre aquellos montones de desdichados.

Nunca le había parecido tan bella al enamorado Gabriel. A decir verdad, los ricos vestidos de terciopelo bordados en oro, los brillantes, no realzaban tanto su hermosura como el hábito negro y la blanca toca de religiosa en aquella lúgubre ambulancia. Sus puros y delicados contornos, su casto andar, su mirada llena de consuelos, convertíanla en encarnación de la Piedad bajada del Cielo a aquel lugar de dolores y de desconsuelos. Un artista cristiano no hubiese podido desear una forma tan admirable para buscar en ella su fuente de inspiración, ni podía darse nada tan conmovedor como el espectáculo que ofrecía aquella criatura al inclinarse sobre las frentes macilentas y desfiguradas por los sufrimientos, aquella hija de un rey, tendiendo cariñosa su pequeña mano a los soldados anónimos próximos a morir.

Involuntariamente se acordó Gabriel de Diana de Poitiers, entregada

probablemente en aquel momento mismo a fastuosas dilapidaciones o a amores impúdicos, y el contraste entre las dos Dianas le hizo creer que acaso Dios hubiera otorgado las virtudes a la hija para que con ellas redimiese las faltas de la madre.

En tanto que Gabriel, propenso por carácter a la meditación, se entregaba a sus pensamientos y a sus comparaciones, sin darse cuenta de que el tiempo volaba, en el interior de la ambulancia iba restableciéndose poco a poco la tranquilidad. La primera noche estaba bastante avanzada, los médicos terminaban sus curas, cesaba el movimiento, y con el movimiento el ruido. Se recomendaba a los heridos el silencio y el reposo y se les administraban pociones soporíferas por si no bastaba la recomendación. Aún se oían algunos quejidos, pero habían cesado los gritos desgarradores de antes, y media hora más tarde, la calma era completa, es decir, la calma que puede pedirse al sufrimiento.

Diana había dirigido a los heridos sus últimas palabras de consuelo, exhortándoles, con tanta y mayor eficacia que los médicos, a la tranquilidad y a la paciencia. Todos procuraron obedecer el imperio dulcísimo de su voz. Cuando se convenció de que habían sido cumplidas todas las prescripciones facultativas y que ninguno de los heridos necesitaba por el momento de ella, dejó escapar un suspiro de satisfacción, como para aliviar su pecho oprimido, y dirigió sus pasos hacia la galería exterior para respirar el aire fresco de la noche y olvidar las miserias y dolores de la naturaleza humana contemplando las estrellas del cielo.

Con el objeto indicado llegó hasta una especie de balaustrada de piedra, sobre la cual apoyó sus codos, y como fijó sus miradas en el cielo, no pudo ver a Gabriel que, desde la escalera, a menos de diez pasos de distancia de ella, la contemplaba extasiado, con el arrobamiento con que hubiese contemplado una aparición celestial.

Un movimiento brusco de Martín Guerra, que por lo visto no compartía el éxtasis de su señor, volvió en sí al enamorado joven.

—Martín —dijo entonces con voz baja a su escudero—; ya ves la ocasión providencial que se me presenta. Debo y quiero aprovecharla, necesito hablar por última vez a la señora de Castro. Vigila tú mientras, para que nadie nos interrumpa, algo separado de nosotros, pero a distancia que puedas oír mi voz... Vete, mi fiel servidor... vete.

—¿Pero no teméis, monseñor —objetó Martín Guerra—, que la madre superiora?

—Probablemente estará ahora en otra sala. Además no debo vacilar ante la necesidad. Es muy posible que nunca más volvamos a vernos.

Martín hubo de resignarse y se alejó jurando como un demonio, pero para sus adentros.

Gabriel se aproximó a Diana, y conteniendo la voz para no despertar la atención de nadie, llamó:

—¡Diana...! ¡Diana...!

Se estremeció la joven, pero sus ojos, que no habían tenido aún tiempo de acostumbrarse a la oscuridad, no distinguieron a Gabriel.

—¿Me llaman? —preguntó—. ¿Pero quién me llama por ese nombre?

—Yo respondió Gabriel, como si el monosílabo de Medea debiese bastar para que Diana le reconociera.

Y bastó, en efecto, pues Diana, sin preguntar más, exclamó con voz que la sorpresa y la emoción hicieron trémula:

—¡Vos, señor Exmés! ¿Sois vos? ¿Y qué queréis de mí en este sitio y a tales horas? Si, como me anunciaron, me traéis noticias del rey mi padre, hartos os habéis hecho esperar, caballero, y mal sitio y peor momento habéis escogido. Si es otro el objeto de vuestra venida, bien sabéis que nada debo ni quiero oír de vos. Vamos... ¿no respondéis, señor Exmés? ¿No me habéis entendido? ¿Por qué calláis? ¿Qué significa ese silencio, Gabriel?

—¡Gabriel...! ¡Loado sea Dios! No os contestaba, Diana, porque la frialdad de vuestras palabras me dejó helado, y porque no encontré en mí fuerza suficiente para llamaros *señora*, como la encontrasteis vos para llamarme *caballero*. ¡Me parece que es bastante duro tener que llamaros *Vos*!

—Ni debéis llamarme *señora*, ni Diana, porque no es Diana, ni es la señora de Castro la persona que tenéis delante, sino sor Bendita. Llamadme hermana, y yo os llamaré hermano.

—¡Cómo! ¡Qué decís! —exclamó Gabriel retrocediendo aterrado—. ¡Yo llamaros hermana! ¿Por qué queréis, ¡Dios santo!, que os llame hermana?

—Porque así me llaman hoy todos: ¿tan espantoso es el nombre de hermana?

—¡Sí... mucho...! ¡Oh, mucho! ¡Pero perdonad, porque estoy medio loco! Lejos de ser espantoso, es un nombre dulce y encantador... ¡Yo me acostumbraré, Diana... yo me acostumbraré... hermana mía!

—¡Ya lo creo! —repuso Diana sonriendo con tristeza—. Es el verdadero nombre cristiano que debo llevar en las circunstancias actuales, porque ningún otro se armonizaría mejor con la misión que ejerzo. Además, es el que he de llevar en adelante, porque si es cierto que no he pronunciado votos sagrados, no lo es menos que soy religiosa de corazón y que espero serlo pronto de hecho, pues no dudo que el rey me otorgará el permiso que tengo pedido. ¿Me traéis vos ese permiso, hermano mío?

—¡Oh! —exclamó Gabriel con tono de dolorosa reconvención.

—Os aseguro, hermano mío, que no hay hiel ni despecho en mis palabras. He sufrido tanto entre los hombres desde hace algún tiempo, que espontáneamente he buscado un refugio en Dios. No es el despecho, no es la desesperación los que inspiran mis palabras: es el dolor.

En efecto, en el acento de Diana no había más que dolor y tristeza. Sin embargo,

en su corazón, junto a la tristeza había brotado la alegría, una alegría involuntaria que le fue imposible contener al ver a Gabriel, a quien había creído perdido para su amor y para este mundo, y a quien volvía a encontrar enérgico, fuerte y tal vez tierno.

Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, había descendido dos o tres peldaños de la escalera acercándose a Gabriel, como atraída por un imán de fuerza irresistible.

—Escuchadme —dijo Gabriel—. Es preciso que desaparezca la cruel equivocación que nos ha separado destrozando nuestros corazones. Yo no puedo soportar por más tiempo la idea de que me creéis indiferente, infiel, y quien sabe si hasta enemigo vuestro. Semejante idea, idea horrible, me trastorna y enloquece, dificultando la santa y difícil empresa que debo llevar a cabo. Venid conmigo, hermana mía, separémonos un poco de aquí... ¿Verdad que aún tenéis alguna confianza en mí? Alejémonos, por favor, de este sitio. Pueden vernos, pueden oírnos, y tengo mis razones para temer que intenten interrumpir nuestra conversación, esta conversación, hermana mía, que tan indispensable es a mi razón y a mi tranquilidad.

Diana no dudó, porque aquellas palabras, pronunciadas por Gabriel, tenían para ella una fuerza irresistible. Subió de nuevo a la sala por si algún herido la necesitaba, y habiéndolo encontrado todo tranquilo, bajó para reunirse con Gabriel, y apoyó con confianza su mano sobre la de su *leal caballero*.

—¡Gracias! —le dijo Gabriel—. Los momentos son preciosos. Temo que la superiora, que está enterada de nuestros amores, venga a oponerse a esta explicación que, sin embargo, es tan grave y tan pura como el cariño que os profeso, hermana mía.

—La santa madre Mónica, después de haberme hablado de vuestra llegada y de los deseos que teníais de hablar conmigo, debió de ser informada por alguien de nuestro pasado, que yo en parte le había ocultado, y por eso sin duda me ha impedido desde hace tres días que salga del convento. Por ella no habría salido tampoco esta noche, pero me llegó el turno, y hubo de comprender que no debía oponerse a que cumpliera como de ordinario mi penoso deber. ¡Ah, Gabriel! ¿Verdad que hice mal engañando a tan dulce y cariñosa amiga?

—¿Necesitaré repetiros —preguntó Gabriel con entonación de profunda melancolía— que a mi lado estáis tan segura como al de un hermano, que debo y quiero imponer silencio a todos los impulsos de mi corazón, que os hablaré como amigo, como amigo fiel que daría gustoso su vida por vos, eso sí, pero que prestará toda su atención a su tristeza y ninguna a su amor? Estad, pues, tranquila.

—Hablad, pues, hermano mío —dijo Diana.

¡Hermano! Este nombre, terrible y dulce al mismo tiempo, recordaba siempre a Gabriel la extraña y solemne alternativa en que el destino le había colocado, y, como si tuviese algún poder mágico, alejaba todos los pensamientos ardientes que en el corazón del joven hubieran podido despertar la noche solitaria y la hermosura de su

amada.

—Hermana mía —dijo con voz bastante entera—, tenía necesidad absoluta de veros y de hablaros para solicitar de vos dos gracias: una que se refiere al pasado y otra que se relaciona con el porvenir. Sois buena y generosa, Diana, y no dudo que las habéis de otorgar a un amigo que tal vez no vuelva a encontraros en su camino por el mundo, a un amigo a quien una misión fatal y peligrosa expone en todo momento a la muerte.

—¡Ah! ¡No digáis eso! ¡No digáis eso! —exclamó Diana a punto de desfallecer.

—Os lo digo, hermana mía, no con ánimo de alarmaros, sino a fin de que no me neguéis un perdón y una gracia que he de pedir. El perdón, por el disgusto y el dolor que debió de causaros mi delirio el día en que os vi por última vez en París. Llené vuestro tierno corazoncito de espantó y de desolación, pero, ¡ay, hermana mía!, no era yo quien hablaba, sino la fiebre. En realidad, no sabía lo que me decía, porque una revelación terrible, que me hicieron aquel mismo día, y que me era imposible encerrar dentro de mi, me empujaba hacia la demencia y la desesperación. ¿Recordáis, mi querida hermanita, que a raíz de haberme separado de vos contraí aquella larga y peligrosa enfermedad que por poco me cuesta la vida o la razón?

—Sí, Gabriel; lo recuerdo.

—¡No me llaméis Gabriel, por favor! ¡Llamadme hermano... hermano, sí, como me llamabais hace poco! ¡Ese nombre que me asustaba hace un momento, necesito ahora escucharlo constantemente!

—Como queráis... hermano mío —contestó Diana sorprendida.

En aquel momento resonó a menos de cincuenta pasos de distancia el andar acompasado de una patrulla, y la hermana Bendita se abrazó a Gabriel, exclamando:

—¿Quién se acerca? ¡Dios mío...! ¡Van a vernos!

—Es una patrulla —dijo Gabriel en extremo contrariado.

—¡Pero pasarán muy cerca de nosotros y me conocerán! ¡Oh! ¡Dejadme entrar en la sala antes de que lleguen! ¡Por Dios, dejad que me marche!

—Es demasiado tarde —respondió Gabriel reteniéndola—. Huir ahora equivaldría a venderos vos misma... Por aquí... venid aquí, hermana mía.

Seguido por Diana, que iba temblando, Gabriel subió con paso presuroso una escalera que conducía a los baluartes. Una vez en lo alto de la muralla, colocó a Diana en la sombra, y él se escondió entre una garita, donde no había centinela, y las almenas.

La patrulla pasó a veinte pasos de nuestros amigos sin verles.

—¡Mal vigilado está este punto! —se dijo Gabriel, preocupado siempre con su idea de sorpresas probables del enemigo.

Inmediatamente se reunió a Diana, no recobrada todavía del susto.

—Podéis estar tranquila, hermana mía —le dijo—; el peligro pasó ya. Pero

prestadme atención, porque el tiempo vuela y todavía gravitan sobre mi corazón los dos pesos que lo oprimen. ¿No me dijisteis antes que me habéis perdonado mi locura y continúo llevando sobre mi alma el peso del pasado?

—¿Cabe perdonar la fiebre y la desesperación? No, hermano mío; se compadece y se consuela a quien las sufre. Yo no os culpaba; lo que hacía era llorar, y ahora que habéis vuelto a la razón y a la vida, me resigno a la voluntad de Dios.

—No es bastante la resignación, hermana mía; es preciso que tengáis alguna esperanza, y para que la tengáis he querido veros. Me habéis librado de los remordimientos producidos por el pasado, pero ahora es preciso que me libréis de las angustias que me causa vuestro porvenir. Sois uno de los objetos principales de mi existencia. Yo necesito quedar tranquilo por esa parte, a fin de no tenerme que preocupar más que de los peligros que pueda tropezar en el camino que me he trazado; necesito llevar conmigo la certeza de encontraros cuando llegue al término de mi viaje, con una sonrisa triste, si no consigo mi objeto, placentera si lo alcanzo, y en uno y en otro caso, con una sonrisa amiga. Para esto, precisa que entre nosotros dos no exista ninguna mala inteligencia. Sin embargo, hermana mía, he de exigir que me creáis sobre mi palabra, que tengáis en mí un poco de confianza, porque el secreto que guía mis actos no me pertenece, he jurado guardarlo, y para que los demás cumplan los compromisos que han contraído conmigo, debo yo principiar cumpliendo los míos.

—Explicaos —dijo Diana.

—¡Ah! Bien veis que titubeo, que busco rodeos, porque pienso en ese hábito que vestís, en el nombre de hermana que os doy, y, más que en nada, en el profundo respeto que hacia vos guardo en mi corazón, y no quiero pronunciar una sola palabra que despierte recuerdos demasiado gratos o ilusiones demasiado peligrosas. Esto no obstante, tengo que deciros, que nunca, ni por un instante, vuestra adorada imagen se ha borrado, ni siquiera debilitado en mi alma, y que nada ni nadie podrá debilitarla jamás.

—¡Hermano mío! —exclamó Diana, confusa y encantada a la vez.

—Escuchadme hasta el fin, hermana mía —repuso Gabriel—. Repito que nada ha alterado ni alterará el ardiente... afecto que os he consagrado, y añadido... ¡cuan feliz soy en pensarlo y en decirlo!, añadido que, suceda lo que suceda, siempre me será, no ya sólo permitido, sino mandado, impuesto como obligación, el quererlos. ¿Qué clase de cariño habré de profesaros? ¡Sólo Dios lo sabe, hermana mía! Sin embargo, espero que muy en breve lo sabremos también nosotros. Mientras llega ese día, he aquí lo que necesito pedir: confianza en Dios nuestro Señor y en vuestro hermano, dejad obrar a la Providencia y a mi cariño, y no esperéis nada, pero tampoco desesperéis. Quisiera que me comprendieseis bien. Me dijisteis en otro tiempo que me amabais, y creo en conciencia que aún podréis amarme, si el destino no es demasiado cruel con

nosotros. Deseo atenuar el efecto de las palabras que, en un momento de insania, pronuncié al despedirnos en el Louvre; ni debemos entregarnos a vanas quimeras ni creer que todo ha acabado definitivamente para nosotros en este mundo. No pido sino un poco de paciencia: dentro de corto tiempo vendré para deciros una de dos cosas. O bien llegaré hasta vos radiante de alegría, y os diré: «Te adoro, Diana. Acuérdate de nuestra infancia y de tus juramentos: necesito que seas mi esposa, y es preciso recabar del rey, por todos los medios posibles, el consentimiento para nuestra unión», o bien diré con la desesperación en el alma: «Hermana mía: una fatalidad invencible nos separa, se opone a nuestro amor y nos veda ser felices. No depende de nosotros, el obstáculo es algo sobrehumano, casi divino. Os devuelvo vuestras promesas, sois libre. Haced feliz a otro hombre, en la inteligencia que nadie podrá reconveniros por ello ni quejarse de vos. Ni siquiera debemos llorar: humillemos nuestras frentes sin despegar los labios y aceptemos resignados nuestro inevitable destino. Para mí seréis siempre querida y sagrada, pero nuestras existencias que, ¡gracias a Dios!, pueden caminar por los senderos de la vida, no podrán mezclarse jamás»..

—¡Extraño y terrible enigma! —exclamó Diana.

—Cuya clave podré daros entonces seguramente, pero hasta tanto llegue el momento, sería inútil que intentaseis penetrar en el abismo de ese secreto, hermana mía. Esperad y orad mientras que otra cosa no podéis hacer, y prometedme desde luego que creeréis en mi corazón y que no daréis cabida al pensamiento desesperado de renunciar al mundo para encerraros en un claustro. ¿Me prometéis tener fe y esperanza, de la misma manera que tenéis caridad?

—Fe en vos y esperanza en Dios: sí, os lo puedo prometer, hermano mío. ¿Pero, por qué exigís que me comprometa a volver al mundo, si no ha de ser para ser vuestra compañera en la vida? ¿No tenéis bastante con mi alma? ¿Por qué queréis que os sacrifique también mi vida, cuando acaso no deberé consagrárosela? ¡Dios mío... Dios mío! ¡Dentro de mí no veo más que tinieblas, y si miro en derredor, tinieblas también!

—Hermana mía —contestó Gabriel con voz penetrante y solemne—; os exijo esa promesa, porque solo así podré avanzar tranquilo y animoso por la senda peligrosa, quizá mortal, que me presente el destino, y para llevar conmigo la seguridad de que os encontraré libre y pronta a acudir a la cita que os doy.

—Está bien, hermano mío: os obedeceré.

—¡Gracias, oh, gracias! —exclamó Gabriel—. De hoy en adelante, el provenir es mío. ¿Dejáis que estreche vuestra mano como prenda de vuestra promesa?

—Tomadla, hermano mío.

—¡Ah! ¡Ya estoy seguro de vencer! Me parece que de hoy en adelante nada podrá oponerse a mis deseos y a mis proyectos.

Como para dar un doble mentís a aquel sueño, sonaron en aquel punto voces por

el lado de la ciudad llamando a la hermana Bendita, y al mismo tiempo Gabriel creyó oír un ligero ruido hacia la parte del foso. Por el momento, sin embargo, únicamente prestó atención al temor de Diana.

—¡Me buscan...! ¡Vienen...! ¡Jesús mío... si nos encontraren juntos! ¡Adiós, hermano mío! ¡Adiós... Gabriel!

—¡Hasta la vista, hermana mía! ¡Hasta la vista, Diana! ¡Id; yo me quedaré aquí! Decid que salisteis a respirar el aire fresco de la noche... Hasta muy pronto... y gracias una vez más.

Diana bajó precipitadamente la escalera y fue al encuentro de un grupo de personas que avanzaban, provistas de antorchas, llamándola a grito herido, y a cuyo frente iba la madre Mónica.

¿Quién había puesto en alarma a la superiora, vertiendo en su oído insinuaciones inocentes en apariencia? Habrá supuesto el lector que el hipócrita denunciador fue Arnaldo de Thill, el cual venía mezclado con la gente que buscaba a Diana, afectando un exterior inocente y bonachón. Imposible imaginar una expresión de piedad y de candidez tan perfecta como la de aquel miserable.

Tranquilo Gabriel después que vio que Diana se había reunido sin obstáculo con la muchedumbre que la buscaba, iba a retirarse de las murallas, cuando distinguió una sombra que se deslizaba a su espalda.

Un hombre, un enemigo, acababa de escalar el muro.

Correr hacia aquel hombre, dejarlo atravesado de una estocada gritando con voz de trueno: ¡A las armas! ¡A las armas! y lanzarse a la cabeza de la escalera apoyada contra el muro y llena de españoles, fue para Gabriel obra de un momento.

Se trataba sencillamente de una sorpresa nocturna. Gabriel no se había equivocado al suponer que los dos asaltos terribles, dados aquel día contra la plaza, habían sido el preludio, la preparación de una tentativa atrevida que pensaban llevar a feliz término aquella noche.

La Providencia, o si se quiere, el amor, condujo a Gabriel a aquel sitio, y sin dar tiempo a que un segundo enemigo ganase la plataforma, como la había ganado el que yacía sin vida a sus pies, las manos de nuestro héroe sacudían violentamente la escalera y la precipitaban al pie del foso juntamente con los diez sitiadores que la ocupaban.

Los gritos de los que cayeron despeñados se mezclaron con los de alarma que daba Gabriel. A unos veinte pasos de allí habían conseguido sujetar otra escala: Gabriel distinguió una piedra muy grande entre las sombras, el peligro centuplicó sus fuerzas, consiguió levantarla sobre el parapeto, y desde el coronamiento de éste la dejó caer sobre la segunda escala, la cual, hecha pedazos de resultas del terrible golpe, se vino abajo con los infelices que subían por ella y que cayeron muertos o malheridos al fondo del foso, para asustar con sus ayes a sus camaradas, que ya se

disponían al asalto.

Los gritos de Gabriel habían despertado la alarma en la plaza; los centinelas la propagaron; los tambores tocaban llamada y las campanas de la Colegiata a rebato. No habrían transcurrido más de cinco minutos, cuando ya rodeaban al vizconde de Exmés más de cien hombres prestos a rechazar a los enemigos que osaran presentarse y disparando con ventaja y sin peligro sobre los que estaban en los fosos sin poder utilizar sus arcabuces.

Se había frustrado el golpe de mano preparado por los españoles, que únicamente podía tener éxito feliz llevándolo a cabo por un punto descuidado por los defensores. Bien escogieron el punto; pero la presencia providencial de Gabriel malogró la empresa. Los sitiadores tuvieron que batirse en retirada, y así lo hicieron precipitadamente, pero no sin dejar bastante número de muertos y llevándose otro no pequeño de heridos.

La plaza se había salvado una vez más, y una vez más debió también su salvación a Gabriel; pero era preciso que se sostuviera cuatro días para cumplir la promesa que había hecho al rey y para que éste cumpliera la suya.

XXXIV

DERROTA VICTORIOSA

La consecuencia inmediata del inesperado fracaso que acababan de sufrir las armas de los sitiadores fue la desanimación de éstos, que llegaron a persuadirse de que no lograrían apoderarse de la plaza si antes no aniquilaban todos los medios de resistencia que todavía podía aquella oponer a sus ataques. Tres días dejaron transcurrir sin intentar nuevos asaltos, aunque no cesaron en su ofensiva, pues sus cañones tronaban sin cesar, y sus zapadores y sus minadores trabajaban con actividad febril. Los defensores de la plaza, animados por un valor sobrehumano, parecían invencibles; menos sólidas eran las fortificaciones atacadas que sus pechos. Caían con estrépito los muros, las torres se cuarteaban, los fosos se llenaban de escombros, el recinto fortificado iba desapareciendo piedra por piedra, pero el valor de los sitiados no decaía.

Cuatro días después de la sorpresa nocturna, los españoles se decidieron a dar otro asalto. Era el octavo y último día del plazo pedido a Gabriel por Enrique III; de consiguiente, si no vencían aquel día los enemigos, se salvaría su padre a la par que la ciudad, y si vencían, todos sus esfuerzos habrían sido infructuosos, y el anciano, Diana y el mismo Gabriel estaban perdidos.

Tanto y tan desesperado valor desplegó Gabriel en aquella terrible jornada, que sería imposible describirlo; únicamente diremos que parece imposible que en el alma y en el cuerpo de un hombre puedan caber tanto poder y tanta energía. En su mente no tenían cabida las ideas de peligro y de muerte, porque la ocupaba por completo el pensamiento de su padre y de su amada. Como si se hubiese creído invulnerable, se precipitaba contra los bosques de picas y desafiaba las lluvias de balas enemigas. Una piedra le alcanzó con violencia en un costado y la punta de una lanza abrió sangrienta herida en su frente, pero Gabriel no se dio cuenta de sus heridas, y ebrio de entusiasmo y de valor, iba y venía, hería y mataba, sin dejar de exhortar a todos con su voz y ejemplo. Allí donde el peligro era más inminente, allí se hallaba él. A la manera que el alma anima al cuerpo, así Gabriel animaba a la ciudad entera, y su presencia hacía el efecto de diez, de veinte, de cien hombres, sin que en medio de su prodigiosa exaltación le abandonasen la prudencia y la sangre fría. Su mirada, rápida como el relámpago, le descubría al momento el peligro, y descubrirlo y volar hacia él era todo una misma cosa. Cuando cedía el enemigo, y los sitiados, electrizados por su contagioso valor, adquirían ventajas evidentes, Gabriel les dejaba para volar a otro punto amenazado, y sin descansar, sin desfallecer, daba nuevo comienzo a su misión heroica.

Seis horas duró esta tremenda lucha: desde la una hasta las siete.

A las siete, cuando las sombras de la noche principiaban a invadir la ciudad y el campo de los sitiadores, éstos se batían en retirada por todas partes. Al abrigo de algunos lienzos de murallas, sin contar con más defensas que las escasas que podían esperarse de sus torres ruinosas y cuarteadas y de su reducida guarnición diezmada y maltrecha, San Quintín había prolongado un día, y quién sabe si muchos más, su gloriosa existencia.

Cuando el último puesto atacado quedó libre de enemigos, Gabriel cayó en los brazos de los que estaban a su lado, rendido por la fatiga y ebrio de alegría.

Le transportaron a las casas consistoriales.

Duró poco su desvanecimiento y sus heridas eran ligeras. Cuando volvió en sí, vio a su lado al almirante Coligny, cuyo júbilo rayaba en delirio.

—¿Verdad que no es un sueño, señor almirante? —fue la primera frase que pronunció Gabriel—. ¿Verdad que el enemigo ha dado hoy un asalto terrible y que le hemos rechazado?

—Sí, amigo mío, y el triunfo se debe en gran parte a vos —contestó el almirante.

—¡Y han pasado ya los ocho días que el rey me pidió! ¡Oh...! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—Para que vuestra alegría sea mayor, amigo mío, os traigo excelentes noticias. Mientras nosotros detenemos al enemigo frente a nuestros muros, a favor de nuestra defensa se organiza la de todo el territorio, según parece. Uno de mis espías, que pudo ver al condestable y penetrar la noche última en la plaza a favor del tumulto del combate, me ha dado las más lisonjeras esperanzas. El señor duque de Guisa ha llegado a París al frente del ejército del Piamonte, y secundado por el cardenal de Lorena, organiza las tropas y la resistencia de las ciudades. San Quintín, falto de hombres y desmantelado, caerá al primer asalto, pero su obra meritoria está ya hecha, la ciudad y nosotros hemos cumplido nuestro deber, y Francia se ha salvado. Sí, amigo mío: todos se aprestan a la lucha; la nobleza y las Ordenes militares se alzan en armas como un solo hombre, crece prodigiosamente el reclutamiento, llueven donativos, y por último, han sido contratados y vienen en socorro nuestro dos cuerpos auxiliares alemanes. Cuando el enemigo haya concluido con nosotros, lo que desgraciadamente no tardará en suceder, encontrará al menos a otros que le entretengan. ¡Hemos salvado a Francia, Gabriel!

—¡Ah, señor almirante! ¡No sabéis, no podéis sospechar el bien que me hacen esas palabras! Pero permitidme que os haga una pregunta, que no dicta un sentimiento de amor propio, sino motivos muy poderosos y graves: ¿creéis que mi presencia en la plaza ha contribuido de algún modo al feliz resultado de la defensa de San Quintín?

—No sólo ha contribuido, amigo mío, sino que ha sido su causa —contestó

Coligny con noble y generosa franqueza—. El día de vuestra llegada, lo visteis vos mismo, de no haber sido por vuestra intervención, bien inesperada por cierto, hubiera yo mismo sucumbido bajo el peso de la terrible responsabilidad con que cargaban mi conciencia, hubiese entregado a los españoles las llaves de la ciudad que el rey había confiado a mi cuidado. ¿No coronasteis un día más tarde vuestra obra, introduciendo en la plaza socorros, débiles sin duda, pero suficientes para reanimar a los sitiados? Y no quiero hablar de los excelentes consejos que habéis dado a nuestros minadores y a nuestros ingenieros, ni tampoco del brillante esfuerzo y de los rasgos de valor heroico prodigados por vos en todos los asaltos; pero recordad que hace cuatro noches librásteis a la ciudad de una sorpresa nocturna, y que hoy mismo, a fuerza de derrochar audacia y con desprecio inconcebible de la vida, habéis prolongado una resistencia que a mí me parecía imposible. Vos, y sólo vos, amigo mío, siempre presente en todas partes, parecíais dotado del don de ubicuidad. ¡Con decir que nuestros soldados no os dan otro nombre que el de capitán *cinq-cents*! Gabriel: con júbilo sincero y profundo reconocimiento os digo que sois el primero y único salvador de esta plaza, y de consiguiente, de Francia.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias señor almirante, por vuestras indulgentes y bondadosas palabras! ¿Pero será mucho suplicaros que os dignéis repetir las delante del rey?

—No sólo es esa mi voluntad, amigo mío, sino mi deber, y debéis saber que Gaspar de Coligny no faltó jamás a su deber.

—¡Qué feliz soy! —exclamó Gabriel—. ¡Y cuan grande es la deuda de gratitud que tengo con vos! A los muchos favores que os debo, quisiera que añadierais otro, y es que no habléis a nadie, ni siquiera al señor condestable, menos al señor condestable que a ninguna otra persona, de lo poco que he hecho secundando vuestra obra gloriosa. Que lo sepa sólo el rey; así verá su majestad que no he trabajado por conquistar reputación y gloria personal, sino únicamente para cumplir una palabra que le empeñé. El rey podrá premiarme, si quiere hacerlo, puesto que en sus manos lo tiene, con una recompensa mil veces más preciosa para mí que todos los honores y todas las dignidades de su reino. Sí, señor almirante: que me sea otorgado ese premio, y la deuda contraída por Enrique II conmigo, si deuda es, quedará pagada con creces.

—¡Muy grande deberá ser esa recompensa! Una cosa pido a Dios, y es que no os engañe el reconocimiento del rey. En cuanto a mí, haré lo que deseáis, Gabriel, y aunque me cueste trabajo callar vuestros merecimientos, callaré, puesto que así lo exigís.

—¡Cuánto tiempo hace que no he experimentado una tranquilidad tan dulce como la que me proporciona este momento! ¡Qué delicioso es esperar y tener alguna fe en el porvenir! Ahora iría con el mayor entusiasmo a las murallas, me batiría rebotando placer y me parece que sería invencible. ¿Cabe en lo posible que el hierro y el plomo se atrevan a herir a un hombre que espera?

—No confiéis demasiado, amigo mío —replicó Coligny sonriendo—. Desde ahora me atrevo a auguraros, sin temor de equivocarme, que esa certidumbre de victoria ha de resultar fallida. La ciudad está completamente desmantelada; bastan algunos cañonazos para que caigan por tierra los últimos fragmentos de murallas y los postreros restos de torres. Añadid a esto que nos quedan muy pocos brazos útiles, y que dentro de poco hemos de quedarnos sin los soldados que tan bravamente suplieron hasta aquí la falta de murallas. No nos hagamos ilusiones: el próximo asalto hará al enemigo dueño de la plaza.

—¿Pero el duque de Guisa no podrá enviarnos algunos socorros de París?

—El duque de Guisa no comprometerá sus preciosos recursos enviándolos en auxilio de una plaza casi tomada, y hará perfectamente. Que guarde sus tropas en el corazón de Francia, que las coloque donde son necesarias, y deje que San Quintín consume su sacrificio. La víctima expiatoria ha luchado, se ha defendido bastante, gracias a Dios: sólo le resta caer noblemente, y para que lo consiga, procuraremos ayudarla, ¿verdad, Gabriel? Es preciso que el triunfo de los españoles sobre San Quintín les cueste más caro que una derrota. Ya no nos batiremos por vencer, sino por batirnos.

—¡Sí! ¡Por gusto... por lujo! —dijo Gabriel alegremente—. ¡Placer de héroes, señor almirante! ¡Lujo digno de vos! Sea así: nos distraeremos sosteniendo todavía la ciudad dos, tres o más días, si podemos, obligando a Felipe II, y a Filiberto Emanuel, y a España entera, y a Inglaterra y a Flandes, a detenerse ante un puñado de piedras. Siempre será ganar ese tiempo para el duque de Guisa, y para nosotros un espectáculo divertido; ¿no es cierto? ¿Qué me decís?

—Digo, amigo mío, que hasta vuestras bromas son sublimes y que vuestros donaires respiran gloria.

El acoso colmó los votos de Gabriel y de Coligny: las fuerzas sitiadoras, furiosas por verse detenidas tanto tiempo delante de una ciudad desmantelada que había sufrido diez asaltos, tan vigorosos como estériles, no quisieron intentar el undécimo sin estar completamente seguras de la victoria. Lo mismo que hicieron antes, permanecieron tres días sin atacar y reemplazaron los cañones con soldados, puesto que los hechos se habían encargado de demostrar que eran más duros que los muros de la ciudad los corazones de sus habitantes. El almirante y el vizconde de Exmés aprovecharon aquellos tres días de reposo para reparar en lo posible los destrozos de las baterías y de las minas, pero, desgraciadamente, les faltaban brazos. El 26 de agosto al mediodía no quedaba en pie ni un lienzo de muralla; las casas se veían desde el exterior como si pertenecieran a una ciudad abierta, y los soldados eran tan escasos, que no podían formar una línea de a uno en los puntos principales.

Gabriel hubo de confesar que la ciudad estaría tomada antes de sufrir el asalto.

El enemigo no penetró por la brecha que defendía Gabriel. Allí estaban él, el

señor de Breuil y Juan Peuquoy, y los tres realizaron tantas proezas, y se batieron con tal denuedo, que rechazaron tres ataques de los sitiadores. Tan embebido estaba Juan Peuquoy contemplando los terribles mandobles que Gabriel repartía a derecha e izquierda, que nuestro héroe tuvo ocasión de salvar dos veces la vida a su distraído admirador.

No es, pues, de admirar que el hombre del pueblo jurase aquel día al vizconde un culto y una fidelidad eternas. En su entusiasmo llegó a gritar que sentía menos la pérdida de su ciudad natal porque había encontrado otro afecto que merecería todo su cariño y toda su veneración, toda vez que si San Quintín le había dado la vida, el vizconde de Exmés se la había conservado.

A pesar de tan generosos esfuerzos, la plaza no podía resistir. Sus murallas no existían, eran una brecha continua; no obstante lo cual, Gabriel, de Breuil y Juan Peuquoy continuaron batiéndose hasta que el enemigo, dueño ya de San Quintín, llenaba las calles de la ciudad.

Diecisiete días resistió la plaza y sufrió once asaltos. Hacía doce que Gabriel había llegado, y gracias a él, la ciudad resistió noventa y seis horas más de las que el rey deseaba.

ARNALDO DE THILL SIGUE HACIENDO DE LAS SUYAS

En el primer momento, el saqueo y la carnicería se enseñorearon de la ciudad; pero Filiberto Emanuel dictó órdenes severísimas, y la confusión cesó en breve. Condujeron a su presencia al almirante Coligny y le tributó los mayores elogios.

—Yo no sé castigar el valor —le dijo—. La ciudad de San Quintín será tratada con la misma moderación que si se hubiese entregado el día que acampamos frente a sus muros.

El vencedor se mostró tan generoso con el vencido, que le permitió discutir con él las condiciones que con derecho habría podido imponerle.

San Quintín fue declarada, naturalmente, ciudad española, pero se concedió a todos los habitantes que no quisieran soportar la dominación extranjera permiso para retirarse a donde les acomodase, abandonando, como era consiguiente, la propiedad de sus casas. Ciudadanos y soldados quedaron en libertad absoluta, y Filiberto únicamente retendría cincuenta prisioneros, sin distinción de edad, sexo ni condición, que elegirían él y sus capitanes, con objeto de poder pagar con sus rescates las pagas atrasadas a sus tropas. Serían respetados los bienes y las personas de todos los demás, y Filiberto se encargaría de evitar desórdenes. Dispensó a Coligny de pagar rescate por su persona, en atención a que había agotado todos sus recursos personales en el sitio. El almirante podría marchar al día siguiente, si quería, a París, donde se reuniría con su tío el condestable, quien no había tenido la suerte de encontrar vencedores tan desinteresados, puesto que la libertad acababa de costarle un buen rescate, que de un modo o de otro habría de pagar Francia. Filiberto Emanuel tuvo a mucho honor ser amigo de Gaspar de Coligny y no quiso poner precio a su libertad. Los capitanes y los ciudadanos ricos de San Quintín bastarían para pagar los gastos de la guerra.

Estas condiciones, que revelaban una generosidad que no tenía derecho a esperar San Quintín, fueron aceptadas con sumisión por Coligny y con regocijo por la ciudad, bien que con regocijo no exento de temor. ¿Sobre quién recaería la temible elección de Filiberto y de los suyos? Todo se sabría al día siguiente, día de tristeza en que las personas más altivas se mostraban las más humildes, y los más opulentos hablaban muy alto de su pobreza.

Arnaldo de Thill, traficante tan activo como ingenioso, había pasado la noche pensando en sus negocios y encontrando una combinación que podía serle sumamente lucrativa. En cuanto salió el sol, se vistió con todo el lujo posible y se fue a pasear con continente majestuoso por las calles, llenas a la sazón de vencedores de

todas las naciones, alemanes, ingleses, españoles, etc., etc.

—¡Vaya una Torre de Babel! —exclamaba Arnaldo, que no oía en derredor más que palabras extranjeras—. Unas cuantas palabras inglesas conozco, pero no podré entenderme con esos endiablados parlanchines que tan pronto dicen ¡*Caráspita!* como ¡*Goddamt!* o como ¡*Tausend saperment!* sin que ni por milagro...

—¡Tripas de Lucifer! ¿Quieres pararte, malandrín? —gritó a espaldas de Arnaldo una voz áspera.

Arnaldo se volvió presuroso hacia el hombre que, si bien hablaba con pronunciado acento inglés, poseía, al parecer, todas las exquisiteces de la lengua francesa.

Era un individuo de elevada estatura, tez pálida y cabellos rojos, y parecía tan ladino como mercader, como bestia para hombre, características que bastaron para que Arnaldo le reputase por inglés de pura cepa tan pronto como le echó la vista encima.

—¿En qué puedo servirlos? —le preguntó.

—Sois mi prisionero; ya sabéis en qué podéis servirme —contestó el soldado.

—¿Por qué me hacéis prisionero a mí y no a otro cualquiera, como por ejemplo, a ese tejedor que pasa por allá?

—Porque vas mejor vestido que el tejedor.

—¡No me parece mal! ¿Y con qué derecho pretende hacerme prisionero un simple arquero como tú?

—¡Oh! —contestó el inglés—. No lo hago por mi cuenta, sino en nombre de mi señor, lord Grey, que es el que manda los arqueros ingleses. El duque Filiberto Emanuel le ha concedido, por su parte en la presa, tres prisioneros, de ellos dos nobles y uno del pueblo, para que saque de ellos el rescate que pueda, y mi señor, que sabe que no soy manco ni ciego, me ha mandado que salga de caza y le lleve tres prisioneros de valor. Tú eres la mejor pieza que he encontrado hasta ahora, y contigo me quedo.

—No deja de ser un honor para un pobre escudero como yo —dijo con modestia Arnaldo—. ¿Me dará bien de comer tu amo?

—¡Bergante! ¿Piensas que te va a mantener mucho tiempo?

—Supongo que hasta que le acomode ponerme en libertad, porque no será tan inhumano que me deje morir de hambre.

—¡Hum! —gruñó el inglés—. ¿Habré tomado a un pobre lobo pelado por zorra de piel magnífica?

—Todo podría ser, señor arquero. Si lord Grey te ha prometido un tanto de comisión sobre el importe de las presas que le presentes, temo que serán de veinte a treinta palos el beneficio que te resulte de la mía. No creas que mis palabras tengan por objeto desanimarte, pero no te aconsejo que hagas la prueba.

—¡Tunante...! Después de todo, puede que tengas razón —dijo el inglés, examinando más de cerca el malicioso rostro de Arnaldo—. ¡Tendría poca gracia que perdiese contigo el premio que me ha ofrecido lord Grey, y que consiste en una libra por cada cien que le valgan mis presas!

—¡Este es mi hombre! —dijo Arnaldo para sus adentros—. ¡Veamos, camarada enemigo! —añadió en voz alta—. Si yo te pusiera al alcance de la mano de una presa rica, un prisionero que valiese, por ejemplo, diez mil libras tornesas, ¿serías hombre capaz de darme pruebas palpables y sonantes de agradecimiento?

—¡Diez mil libras tornesas! —repitió el inglés—. ¡Pocos prisioneros habrá de ese precio! Me tocarían cien libras... ¡Bonita comisión!

—No es mala; pero tendrías que dar cincuenta al amigo generoso que te hubiera indicado los medios de ganarla. ¿No te parece justo?

—¡Trato hecho! —exclamó el arquero después de un momento de reflexión—. Dime cómo se llama ese hombre y llévame al instante a su lado.

—Poco tendremos que andar para dar con él —contestó Arnaldo—. Vamos por este lado, pero espera, que no me conviene que me vean contigo en la plaza Mayor. Me esconderé detrás de la esquina de esta casa y vete tú solo. ¿Ves en el balcón de las casas consistoriales un caballero que habla con uno del pueblo?

—Le veo. ¿Es nuestro hombre?

—El mismo.

—¿Cómo, se llama?

—El vizconde de Exmés.

—¡El vizconde de Exmés! ¡El hombre de quien tanto se ha hablado en el campamento! Me consta que es bravo, pero dime: ¿es tan rico como valiente?

—Te juro que sí.

—¿Pero es que le conoces bien?

—¡Toma! ¡Como que soy su escudero!

—¡Ah, Judas! —exclamó sin poder contenerse el arquero.

—Estás en un error, amigo —replicó tranquilamente Arnaldo—. Entre Judas y yo media una diferencia substancial: Judas se ahorcó, y yo no me ahorcaré; te lo aseguro.

—Lo creo, porque no faltará quien te evite ese trabajo —observó el inglés, que por lo visto tenía sus ribetes de gracioso.

—Todo esto son palabras, y las palabras se las lleva el viento. ¿Te acomoda la proposición, sí o no?

—Te he dicho ya que sí. Voy a llevar a tu vizconde a presencia de mi amo. Después me indicarás otro noble rico y un ciudadano del pueblo, pero enriquecido, si es que conoces alguno.

—No faltarán, siempre que aceptes las mismas condiciones: tus beneficios a

medias entre los dos.

—¡Los dividiremos por partes iguales, proveedor del diablo!

—Ten en cuenta que lo soy tuyo —replicó Arnaldo—. Pero dejemos a un lado las socarronerías, juguemos limpio, como deben jugar los pícaros, no olvides que podemos encontrarnos otra vez si me haces una mala pasada, y dime: ¿paga tu amo al contado?

—No sólo al contado, sino adelantado. Vendrás conmigo a la casa donde está alojado mi señor, fingiendo que acompañas al vizconde de Exmés, yo cobraré mi comisión y en el acto te daré la tuya. Confío que, agradecido a mi generosidad, me ayudarás a encontrar la segunda y la tercera presa; ¿verdad?

—Veremos: por ahora, nos ocuparemos de la primera.

—Es cuestión de un momento —dijo el arquero—. Es muy valiente tu amo en el campo de batalla para que no se conduzca con dulzura y amabilidad fuera de los trances de guerra; conocemos bien el paño. Toma la delantera, colócate detrás de tu amo, y antes de dos minutos, te habrás convencido de que conozco bien el oficio.

Separóse Arnaldo de su digno acólito, entró en las casas consistoriales, se dirigió con semblante falso a la habitación donde Gabriel estaba hablando con Juan Peuquoy, y preguntó al primero si le necesitaba para algo. Todavía estaba hablando cuando entró el arquero con la expresión que requerían las circunstancias. El inglés se fue en derechura al vizconde, que le miraba sorprendido, y, haciéndole una reverencia profunda, preguntó con la consideración que todo mercader debe a la mercancía:

—¿Es a monseñor el vizconde de Exmés a quien tengo el honor de hablar?

—Sí; soy el vizconde de Exmés —contestó Gabriel, cada vez más sorprendido—. ¿Qué quieres?

—Vuestra espada, monseñor —respondió el arquero, inclinándose hasta el suelo.

—¡A ti! —exclamó Gabriel retrocediendo un paso y haciendo un gesto de indecible desdén.

—En nombre de lord Grey, mi señor —explicó el arquero, que no era orgulloso—. Figuráis, señor, en el número de los cincuenta prisioneros que monseñor el almirante debe entregar a los vencedores. Os ruego que no me culpéis a mí, que nada valgo, por haber sido el mensajero de tan desagradable noticia.

—¡Culparte a ti! ¡De ningún modo! Pero lord Grey, que es un caballero, bien podía haberse tomado la molestia de pedirme personalmente la espada. A él se la entregaré; a ti no: ¿has entendido?

—Como guste, monseñor.

—Quiero creer que tu amo aceptará mi rescate: ¿no es cierto?

—¡Creedlo, creedlo, monseñor!

—En marcha, pues; te sigo.

—¡Pero eso es una infamia! —gritó Juan Peuquoy—. ¡Vos, monseñor, no

deberíais ceder con esa facilidad! Resistíos, monseñor, que estáis en vuestro derecho. Vos no sois de San Quintín, monseñor, no sois vecino de esta ciudad.

—Dice muy bien maese Juan Peuquoy —terció Arnaldo de Thill con calor, haciendo una seña al inglés—. Maese Juan Peuquoy ha puesto el dedo en la llaga, y cuenta que maese Juan Peuquoy sabe muy bien lo que se hace, porque conoce a la ciudad entera. ¡Como es uno de sus ciudadanos más notables desde hace cuarenta años, y síndico del gremio de tejedores, y capitán de la compañía de arqueros! ¿Qué tenéis que decir a todo esto, señor inglés?

—Tengo que decir que si este señor es maese Juan Peuquoy, debo prenderle también, porque su nombre figura en mi lista —contestó el arquero, que había comprendido perfectamente.

—¡A mí! —exclamó el síndico del gremio de tejedores.

—A vos, maestro —contestó el arquero.

Juan Peuquoy miró a Gabriel como consultándole.

—¡Qué le vamos a hacer, maese Juan! —exclamó el vizconde de Exmés, dejando escapar un suspiro involuntario—. Creo que, después de haber cumplido como buenos soldados, estamos en el deber de aceptar y acatar el derecho del vencedor. Resignémonos, amigo mío.

—¿A seguir a este hombre?

—Sin duda, mi digno amigo. En medio de todo, es para mí un placer no separarme de vos en la nueva prueba.

—Decís muy bien, monseñor —dijo Juan Peuquoy sin poder disimular su emoción—. Sois demasiado bueno... Cuando un capitán ilustre y bizarro como vos acepta su suerte, ¿con qué derecho podrá quejarse un pobre ciudadano como yo? ¡Vamos, bergante! —continuó dirigiéndose al inglés—. Soy tu prisionero o por mejor decir, de tu amo.

—Me seguiréis a la casa de lord Grey, donde permaneceréis hasta que hayáis pagado un buen rescate —advirtió el arquero, dirigiéndose al síndico del gremio de tejedores.

—¡Donde permaneceré eternamente, hijo de Satanás! —gritó Juan Peuquoy—. Tu amo el inglés no se ha de recrear contemplando mis escudos... ¡Antes ciegue que los vea! Si es cristiano, tendrá que mantenerme hasta el día de mi muerte, y te advierto que no me mantengo con cualquier cosa. Gracias a Dios, tengo excelente paladar y buen estómago.

El arquero dirigió una mirada de espanto a Arnaldo de Thill, pero éste le tranquilizó con un gesto, indicándole a Gabriel que estaba riendo de la humorada de su amigo. El inglés, comprendiendo la burla, rompió a reír diciendo:

—En ese caso, yo haré que...

—Lo que harás será guiarnos a la casa de lord Grey —interrumpió con altivez

Gabriel—. Con tu amo y no contigo hemos de tratar.

—Como mande, monseñor —contestó humildemente el arquero.

Seguidamente echó a andar, precediendo a los prisioneros, pero volviendo de vez en cuando la cabeza, hasta que llegó al alojamiento de lord Grey. Arnaldo les seguía a cierta distancia.

Era lord Grey un soldado flemático y pesado, que se fastidiaba y fastidiaba a cuantos alternaban con él, para quien la guerra era un comercio, y le tenía de pésimo humor el que no le hubiesen concedido más que tres prisioneros para con sus rescates pagarse a sí mismo y a sus tropas. Recibió a Gabriel y a Juan Peuquoy con fría dignidad.

—¡Ah! ¿Es el señor vizconde de Exmés a quien tengo la suerte de contar entre mis prisioneros? —dijo, contemplando con curiosidad a Gabriel—. Bien nos habéis hecho trabajar, caballero, tanto, que si hubieseis de pagar como rescate todo lo que habéis hecho perder al rey Felipe II, puede que no bastasen todos los territorios de Enrique de Francia.

—Comprenderéis que no tengo esa cantidad en el bolsillo. Por otra parte, supongo que los recursos de monseñor de Coligny y los de mis amigos serán tan limitados como los míos, y por añadidura no quiero molestarles. Si me concedéis el plazo necesario para que pueda hacer venir de París...

—Concedido —interrumpió lord Grey—. De buena gana me contentaría con vuestra palabra, que vale tanto como el oro; pero como los negocios son negocios, y la poca armonía que hoy existe entre nuestras tropas y las de España es posible que me obligue a regresar pronto a Inglaterra, no os ofenderéis si os tengo conmigo hasta que completéis el pago de la cantidad convenida. Pero no será en esta ciudad de San Quintín, que ya es española y de la que me voy, sino en Calais, que es plaza inglesa y de la cual es gobernador lord Wentworth, cuñado mío. ¿Os conviene este arreglo?

—Me parece muy bien —contestó Gabriel, a cuyos pálidos labios asomó una sonrisa amarga—. Sólo os pediré permiso para enviar a mi escudero a París con encargo de traer el dinero necesario, a fin de que no sufran demasiado retraso mi cautiverio y vuestra confianza.

—Nada más justo —dijo lord Grey—. Hasta tanto vuelva vuestro escudero, tened por seguro que mi cuñado os tratará con todas las consideraciones debidas a vuestra calidad. En Calais disfrutaréis de toda la libertad posible, y ésta será ilimitada, toda vez que Calais es una plaza fuerte completamente cerrada. Lord Wentworth os regalará bien, pues es tan aficionado a los buenos bocados como a los vinos finos, y más desarreglado de lo que debiera. ¡Pero allá se las componga él! Mi hermana ha muerto, y no tengo por qué mezclarme en las costumbres de su viudo. Mi intención ha sido deciros que no os aburriréis a su lado.

Gabriel hizo una inclinación de cabeza.

—Vamos a ver cómo nos arreglamos nosotros —repuso lord Grey, dirigiéndose a Juan Peuquoy, quien más de una vez había dado muestras de admiración durante la escena que dejamos narrada—. Me concedieron dos caballeros y un hombre del pueblo: veo que sois este último.

—Soy Juan Peuquoy, milord.

—Muy bien, Juan Peuquoy: ¿qué rescate podéis ofrecerme?

—¡Oh! Yo estoy dispuesto a regatear hasta el último momento, monseñor. Soy comerciante, y de comerciante a comerciante no va nada, como dice el refrán. Es inútil que frunzáis el ceño, monseñor: yo, que nunca tuve nada de orgulloso, creo, en conciencia, que no valgo arriba de diez libras.

—¡Pocas palabras! —replicó el inglés con desdén—. Pagaréis cien libras, que es aproximadamente la cantidad que he prometido al arquero que os trajo aquí.

—¡Sean cien libras, puesto que tan alto me cotizáis! —dijo el malicioso capitán de la compañía de arqueros de San Quintín—. Pero supongo que no serán pagaderas al contado, ¿verdad?

—¡Cómo! ¿No disponéis de esa miserable suma?

—La tenía, milord, la tenía; pero durante el sitio, lo he dado todo a los pobres y a los enfermos.

—Pero tendréis amigos... parientes...

—¿Amigos? Con los amigos no hay que contar, milord, y en cuanto a parientes, no los tengo. Murió mi mujer sin dejarme hijos, nunca tuve hermanos, y hoy sólo me queda un primo...

—¡Pues bien! —exclamó lord Grey con impaciencia—. Ese primo...

—Ese primo, milord, que me prestará indudablemente la suma necesaria para pagaros, vive precisamente en Calais.

—¡Qué casualidad! —dijo con cierta desconfianza lord Grey.

—Os lo aseguro, milord —insistió con sencillez Juan Peuquoy—. Mi primo, que se llama Pedro Peuquoy, es armero, vive hace más de treinta años en la calle de Martroi, y en la muestra de su establecimiento campea el dios Marte.

—¿Os aprecia?

—Mucho, milord. Me respeta, me venera, porque soy el último Peuquoy de mi rama. Hace más de dos siglos, un Peuquoy, antepasado mío, tuvo dos hijos: uno de ellos se hizo tejedor y se estableció en San Quintín; el otro se hizo armero y fue a fijar su residencia a Calais. Desde aquel tiempo, los Peuquoy de San Quintín tejen y los Peuquoy de Calais forjan; pero, aunque separados, se quieren desde lejos y se ayudan en lo que pueden, como es de rigor entre buenos parientes. Pedro me prestará lo que necesite para pagar mi rescate, de ello estoy seguro, y sin embargo, hace más de diez años que no nos hemos visto. ¡Claro! Los ingleses no permiten a los franceses entrar en sus plazas fuertes.

—¡Sí, sí! —dijo con afabilidad lord Grey—. Hace doscientos años que vuestros Peuquoy de Calais son ingleses.

—¡Oh! —exclamó el síndico de los tejedores con calor—. Los Peuquoy...

Se interrumpió bruscamente.

—¿Qué? —preguntó lord Grey sorprendido—. ¿Los Peuquoy...?

—Los Peuquoy, milord —continuó el tejedor, dando vueltas a la gorra que tenía en las manos—, los Peuquoy no se ocupan en política: esto era lo que iba a decir. Sean ingleses o franceses, aspiran a ganarse el pan, y si ven satisfechas sus aspiraciones, aquéllos con el yunque, y los de aquí con la lanzadera, están contentos y no desean más.

—¡Está bien! Después de todo, quién sabe... quién sabe —dijo lord Grey sonriendo—. Pudiera acontecer que vos os establecieseis como tejedor en Calais y os hicieseis súbdito de la reina María, reuniéndose así las dos ramas de los Peuquoy después de tantos años de separación.

—No digo que no —contestó Juan Peuquoy con naturalidad—. Cosas más difíciles se ven todos los días.

Con profunda sorpresa escuchaba Gabriel al valiente tejedor, que tan heroicamente se había portado en la defensa de la ciudad, y ahora hablaba de hacerse inglés con tanta naturalidad como si se tratara de mudarse de camisa. Pero un guiño de Juan Peuquoy tranquilizó a nuestro amigo acerca del patriotismo de su compañero de cautiverio, y le hizo sospechar que éste acariciaba algún proyecto misterioso.

Lord Grey no tardó en despedir a los dos.

—Mañana saldremos de San Quintín para Calais —les dijo—. Hasta la hora de nuestra marcha, podéis hacer los preparativos y despediros de vuestros amigos: os dejo libres bajo palabra. Os prevengo, sin embargo —añadió con la delicadeza que le caracterizaba—, que si intentaseis salir, os detendrían en las puertas de la ciudad, porque no se permite la salida a nadie si no presenta un permiso especial del gobernador de la plaza.

Gabriel correspondió con una inclinación de cabeza al saludo de Lord Grey y se fue con Juan Peuquoy de la casa, sin darse cuenta de que su escudero Martín Guerra quedaba en ella en vez de seguirle.

—¿Cuál es vuestra intención, amigo mío? —preguntó Gabriel a Juan Peuquoy luego que llegaron a la calle—. ¿Es posible que no dispongáis de cien escudos para pagar en el acto vuestro rescate? ¿Por qué deseáis hacer el viaje a Calais? ¿Es positivo que reside allí un primo vuestro? ¿Qué causa misteriosa os mueve a obrar como lo hacéis?

—¡Silencio! —contestó Juan Peuquoy con aire misterioso—. Mientras respiremos atmósfera enemiga, no me atrevo a pronunciar una palabra. ¿Podéis fiaros de vuestro escudero Martín Guerra?

—Respondo de él —contestó Gabriel—. A pesar de sus olvidos y de sus alternativas, es el corazón más fiel del mundo.

—¡Bueno! —dijo Peuquoy—. Habrá que enviarle a París para que traiga vuestro rescate, pero no directamente desde aquí, sino desde Calais. A este objeto, convendrá que le llevemos con nosotros, porque en las circunstancias presentes, todas las precauciones son pocas.

—¿Pero a qué vienen esas precauciones? —preguntó Gabriel—. Adivino que no tenéis en Calais ningún pariente.

—Lo tengo, sí —contestó con vivacidad Juan Peuquoy—. Pedro Peuquoy existe, vive en Calais, adora a su antigua patria, a Francia, y estaría tan dispuesto como yo a dar un buen golpe de mano, si es necesario, si vos, monseñor, intentaseis allí algún hecho heroico de la clase de los que habéis ejecutado aquí.

—Te comprendo, noble amigo mío —respondió Gabriel estrechando la mano del tejedor—; pero he de decirte que me estimas en más de lo que realmente valgo. Ignoras cuánto egoísmo había en las heroicidades que me atribuyes. Tú no sabes que, de hoy en adelante, reclama toda mi atención un deber sagrado, más sagrado, si cabe, que el de contribuir a la gloria de la patria.

—¡No le hace! —replicó Juan Peuquoy—, cumpliréis ese deber como cumplís todos los otros; y quizás figure entre estos últimos —añadió bajando la voz—, suponiendo que se presente ocasión, el de compensar con la toma de Calais la pérdida de San Quintín.

XXXVI

CONTINÚAN LAS HONRADAS NEGOCIACIONES DE ARNALDO DE THILL

Dejemos al joven capitán y al viejo tejedor acariciando sus sueños de desquite, y volvamos a encontrar al escudero francés y al arquero inglés, que arreglan sus cuentas en la casa alojamiento de lord Grey.

El arquero, en cuanto salieron los dos prisioneros, pidió a su amo la comisión ofrecida, que le fue entregada sin dificultad por lord Grey, quien había quedado muy satisfecho de la sagacidad que su emisario desplegó en la elección de prisioneros.

Arnaldo de Thill esperaba que el arquero le entregase su parte, y como el inglés comprendió que era justo, y era hombre de conciencia, se la dio en el acto. Pero como al irle a pagar encontrase a Arnaldo de Thill añadiendo algunas líneas a la eterna *cuenta* del condestable de Montmorency, y le oyese murmurar a media voz: «Por haber conseguido a fuerza de astucia que el vizconde de Exmés figure entre los prisioneros de guerra, desembarazando por este medio al señor condestable de la persona del antedicho vizcond», preguntó el arquero tocando a Arnaldo en un hombro:

—¿Qué estáis haciendo, amigo?

—¿Qué hago? Una cuenta —respondió el apócrifo Martín Guerra—. ¿Por dónde anda la nuestra?

—Aquí —dijo el arquero, poniendo algunos escudos en manos de su interlocutor, quien los contó con minuciosa atención—. Ya veis que soy hombre de palabra y que no siento desprenderme del dinero. Me habéis recomendado dos prisioneros que han resultado excelentes presas, particularmente vuestro amo, que lejos de regatear, ha dado pruebas de una generosidad sin precedentes. El de la barba canosa ha puesto más dificultades, pero para un hombre del pueblo, no hemos salido del todo mal. Confieso que sin vuestra ayuda habría resultado peor librado.

—De seguro —contestó Arnaldo guardando las monedas en el bolsillo.

—No hemos concluido aún —repuso el arquero—. Acabo de dar pruebas de que pago bien, pero necesito que me ayudéis a escoger mi tercer prisionero, es decir, el segundo noble a que tenemos derecho.

—Podéis escoger el que os venga en gana, amigo mío, que yo no quiero distinguir ni favorecer a nadie.

—Ya sé que puedo escoger, pero necesito que me ayudéis vos, indicándome uno cualquiera, hombre o mujer, viejo o niño, siempre que sea de raza noble.

—¡Cómo! —exclamó Arnaldo—. ¿También sirven las mujeres?

—¿Las mujeres? ¡Más que los hombres! Si conocierais una que además de noble fuera rica, y por añadidura joven y bella, nuestros beneficios serían enormes, porque lord Grey la vendería muy cara a su cuñado lord Wentworth, más aficionado, según me han dicho, a las prisioneras que a los prisioneros.

—Desgraciadamente no conozco... ¡Ah, sí...! Pero... ¡No, no, no! ¡Imposible!

—¿Por qué imposible, camarada? ¿Quién es aquí el vencedor y el amo? ¿No somos nosotros? ¡Pues bien! Exceptuando al almirante, todos pueden ser hechos prisioneros, todos sin limitación.

—Lo sé —replicó Arnaldo—; pero la hermosa dama a que me refiero no debe hallarse cerca de mi amo, y menos verse con él. Ahora bien, el medio más indicado de separarlos no es ciertamente llevarles prisioneros a la misma ciudad.

—¡Bah! —exclamó el arquero—. ¡Buen cuidado tendrá lord Wentworth de guardar para sí y muy en secreto a su linda cautiva!

—En Calais, sí: ¿pero, y durante el viaje? Mi señor podrá verla y hablarla en el camino.

—No será así, si yo quiero impedirlo. Se formarán dos grupos, y el uno saldrá dos horas antes que el otro. De este modo, siempre habrá dos leguas de terreno entre la dama y el caballero.

—No me parece mal... ¿pero qué dirá el condestable? Si averigua que yo he tenido parte en semejante asunto, me manda a ahorcar.

—¿Por qué ha de averiguarlo? ¿Quién se lo dirá? Supongo que no seréis vos, y como sólo lo sabremos vos y yo, y yo no he de irle con el cuento, nada ha de saber el condestable, a menos que las monedas de oro que ha de valemos el negocio tomen la palabra y descubran de donde han...

—Me tocaría una cantidad muy respetable, ¿verdad? —interrumpió Arnaldo.

—La mitad de la que me correspondiese a mí.

—¡Qué lástima! El rescate que exigiría lord Grey sería muy grande, y el padre de la dama no repararía en millar más o menos.

—¿Es algún duque o príncipe?

—Más que todo eso, camarada. El padre es rey, y se llama Enrique II.

—¡Una hija del rey aquí! —exclamó el inglés—. ¡Que Dios me condene si no te estrangulo en este punto, si ahora, querido camarada, si ahora mismo no me dices donde puedo encontrar esa paloma...! ¡Una hija del rey...!

—Y una reina de hermosura, amigo mío.

—¡Oh! ¡Lord Wentworth va a perder la cabeza, camarada! —añadió solemnemente sacando su escarcela y abriéndola ante los encandilados ojos de Arnaldo—. Contenido y continente son tuyos, a cambio del nombre de la bella y de la indicación del sitio donde podré encontrarla.

—¡Acepto! —contestó Arnaldo sin fuerzas para resistir la tentación,

apoderándose de la bolsa.

—¿El nombre? —preguntó el arquero.

—Diana de Castro, conocida en San Quintín por sor Bendita.

—¿Sitio?

—Convento de las benedictinas.

—Allá voy —dijo el inglés desapareciendo a la carrera.

—¡Es igual! —se dijo Arnaldo—. Esta partida sí que no puedo ponerla en la cuenta del condestable, pero es igual... Voy a buscar a mi amo.

XXXVII

LORD WENTWORTH

El día 1º de septiembre, tres días después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, lord Wentworth, gobernador de Calais, después de haber recibido las instrucciones de su cuñado lord Grey, y de haber visto embarcar a éste con rumbo a Inglaterra, montó a caballo y volvió a su palacio, donde antes había dejado a Gabriel y a Juan Peuquoy en una estancia, y a Diana en otra separada.

No sospechaba Diana que Gabriel se encontrase tan cerca de ella, pues el arquero de lord Grey había cumplido fielmente la promesa a Arnaldo, y nuestros dos enamorados no se vieron durante el viaje desde San Quintín a Calais.

En nada se parecía lord Wentworth a su cuñado. Este era reservado, frío y avaro, al paso que lord Wentworth era vivo, amable y generoso. En cuanto a su físico, vendría a tener cuarenta años, su estatura era elevada, sus movimientos elegantes, y sus cabellos negros y abundantes, entre los cuales se destacaban algunas canas. Por su apostura, su aire fogoso y la brillantez de sus ojos garzos, se comprendía que perduraba en él la exaltación de las pasiones juveniles y que llevaba la vida alegre y tal vez disipada de un mozo de veinte años.

Al entrar en la sala donde esperaban el vizconde de Exmés y Juan Peuquoy, saludó a éstos con gran afabilidad, tratándoles más bien como a huéspedes que como a prisioneros.

—Sed bienvenido a mi casa, caballero, y vos, maese —les dijo—. Mucho le tengo que agradecer a mi cuñado por haberos traído aquí, señor vizconde, y éste es un doble motivo para que celebre la victoria conseguida en San Quintín. Perdonad, pero son tan contadas las distracciones en esta plaza de guerra donde me encuentro como confinado, tan escasa la sociedad, que me considero feliz cuando de tarde en tarde encuentro una persona con quien hablar. No os admire, pues, que lleve mi egoísmo hasta el extremo de desear que el importe de vuestro rescate llegue lo más tarde posible.

—Más de lo que yo creía tardará en efecto, milord —contestó Gabriel—. Ya os habrá dicho lord Grey que mi escudero, a quien pensaba enviar a París para que trajese mi rescate, se emborrachó y tuvo una reyerta en el camino con uno de los soldados de la escolta, y recibió una herida en la cabeza. No es peligrosa la herida, es verdad, pero temo que le retendrá en Calais más tiempo del que yo quisiera.

—Peor para el pobre muchacho y mejor para mí, caballero —dijo lord Wentworth.

—Sois demasiado galante, milord —contestó Gabriel, sonriendo con tristeza.

—No, caballero; en mis actos no hay la menor galantería. Sería tal vez galante si os permitiera ir inmediatamente a París bajo vuestra palabra; pero os repito que soy demasiado egoísta para hacerlo así, y, por otra parte, estoy aquí demasiado aburrido. Esto no obstante, confesaré que no sin repugnancia he cedido a las exigencias de mi cuñado, hombre desconfiado, quien me ha arrancado promesa formal y solemne de no concederos la libertad hasta tanto reciba el rescate. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Seremos prisioneros los dos! Ya procuraremos endulzarnos el uno al otro lo amargo del cautiverio.

Gabriel se inclinó sin decir una palabra. Claro está que hubiera preferido que lord Wentworth le concediese la libertad bajo palabra; pero, ¿con qué derecho podía él, un desconocido, exigir semejante prueba de confianza?

Se consolaba, sin embargo, pensando que Coligny se encontraría en aquel momento en París y en contacto con Enrique II, y Coligny haría ver al rey todo lo que Gabriel había hecho para prolongar la resistencia de San Quintín.

Habíale prometido hacerlo, y no era el almirante hombre que faltase a su palabra. ¿Quién sabe si el rey, fiel a la promesa empeñada, pondría en libertad al conde de Montgomery sin esperar el regreso de su hijo?

A pesar de su confianza, Gabriel no había conseguido disipar sus inquietudes, tanto más, cuanto que éstas reconocían doble causa: la indicada, y el hecho de no haber podido ver, antes de salir de San Quintín, a otra persona no menos querida. Maldecía, pues, con toda su alma el accidente sobrevenido al incorregible borracho Martín Guerra, sin compartir, sobre el particular, la satisfacción que experimentaba Juan Peuquoy, el cual veía con secreta alegría que la misma tardanza que tanto afligía a Gabriel venía a favorecer sus misteriosos designios.

Lord Wentworth, aparentando no advertir la melancólica distracción del primero, prosiguió:

—Haré cuanto de mí dependa, señor vizconde, para que no veáis en mí un carcelero feroz; y con objeto de demostraros con hechos que no es una desconfianza injuriosa lo que me fuerza a reteneros aquí, si me dais vuestra palabra de caballero de que no intentaréis escaparos, os concederé permiso para que podáis salir de vuestra cárcel cuando os acomode y recorrer sin restricciones las calles de la ciudad.

Juan Peuquoy no pudo contener un movimiento de satisfacción inequívoca, que quiso comunicar a Gabriel, y a este efecto, le tiró de la manga.

—Acepto reconocido, milord —contestó Gabriel al cortés gobernador—. No olvidaré nunca vuestra generosidad. En cuanto a mi palabra de honor de que no pensaré en evadirme, la tenéis desde luego.

—Pues no necesito más, señor vizconde —dijo lord Wentworth—. Es más: si la hospitalidad que puedo y debo ofreceros en este caserón que tan pocas comodidades tiene os es molesta u os parece forzada, no quiero que os violentéis de ningún modo:

a mí no ha de disgustarme que rehuséis la humilde habitación de que puedo disponer en este momento y toméis otro alojamiento más cómodo, que de seguro encontraréis en Calais.

—¡Oh, señor vizconde! —exclamó Juan Peuquoy con acento suplicante—. Si os dignaseis aceptar la mejor habitación de la casa de mi primo el armero, yo os juro que él se llenaría de orgullo y que yo me consideraría feliz.

El buen Peuquoy acompañó sus palabras con un gesto significativo. Realmente el honrado tejedor obraba misteriosamente y hablaba con reticencias; habíase convertido en un compañero tenebroso y temible.

—Gracias, amigo mío —respondió Gabriel—. Aprovecharme del generoso permiso que el gobernador me concede sería tal vez un abuso.

—Os aseguro que no —replicó con vivacidad lord Wentworth—. Os dejo en completa libertad, y no he de ofenderme porque aceptéis el alojamiento que os ofrecen en la casa de Pedro Peuquoy, que es un artesano rico, activo y hábil en su profesión, y además el hombre más honrado del mundo. Le conozco bien; muchas veces le he comprado armas y tiene en su casa una linda personita que ignoro si es su hija o su mujer.

—Es su hermana, milord —dijo Juan Peuquoy—; mi prima Babette. En efecto, es una buena moza, y si yo no fuese tan viejo... Pero a bien que no ha de extinguirse por eso la raza de los Peuquoy. Pedro perdió a su mujer, pero le dejó dos hijos robustos y traviosos que os distraerán mucho, señor vizconde, si os dignáis aceptar la cordial hospitalidad de mi primo.

—A lo que no sólo os autorizo, sino que os invito, pues realmente es lo que más os conviene —dijo lord Wentworth.

Gabriel empezó a creer, y no sin razón, que el cortés gobernador de Calais deseaba, por razones que él sabría, desembarazarse de un comensal obligado que a todas horas estaría en su casa, y que, al disfrutar de la libertad omnímoda que se le concedía, acaso coartaría la suya. Estas eran, en efecto, las ideas de lord Wentworth, más aficionado, según había dicho el arquero de lord Grey, a las prisioneras que a los prisioneros.

Como es natural, cesaron al punto los escrúpulos de Gabriel, quien, volviéndose sonriente hacia Juan Peuquoy, le dijo:

—Puesto que lord Wentworth me lo permite, amigo mío, me alojaré en la casa de vuestro primo.

Juan Peuquoy dio un salto de alegría.

—Creo en conciencia que estaréis perfectamente alojado —dijo lord Wentworth—. Y no quiere decir esto que yo no hubiera tenido especial placer poniendo a vuestra disposición las mejores habitaciones de mi casa, pero en un edificio guardado noche y día por soldados, y por añadidura sujeto a reglas severas por mi enojada

autoridad, es casi seguro que no hubierais disfrutado de tanta libertad como en la casa del honrado armero. Los jóvenes necesitan libertad absoluta de movimientos, y yo no me perdonaría nunca el limitar la vuestra.

—Me parece que lo conocéis por experiencia —observó Gabriel riendo—, y que sabéis comprender todo el valor de la independencia, milord.

—Sí, por cierto —contestó con tono jovial lord Wentworth—. No soy un mozalbete, pero tampoco he llegado a la edad en que suelen los hombres hablar mal de la libertad.

Dirigiéndose a Juan Peuquoy, repuso:

—Y vos, maese Peuquoy, ¿contáis con tanta seguridad con la bolsa de vuestro primo como con su casa? Lord Grey me dijo que esperáis de maese Pedro los cien escudos que debéis pagar por vuestro rescate.

—Todo cuanto Pedro posee pertenece a Juan —contestó el tejedor con tono sentencioso—. Entre los Peuquoy, los bienes han sido siempre comunes. Estaba tan seguro de que la casa de mi primo es la mía, que a ella envié, sin previo aviso, al escudero herido del señor vizconde de Exmés, y es tal mi seguridad de que su bolsa está tan abierta como la puerta de su casa, que desde luego podéis hacer que me acompañe uno de vuestros soldados para que se traiga la suma convenida.

—No hay necesidad, maese Juan Peuquoy —contestó lord Wentworth—. Os permito que os vayáis también bajo vuestra palabra. Mañana o pasado iré a hacer una visita al señor vizconde de Exmés, y escogeré entre las armaduras fabricadas por vuestro primo una que me convenga, y que liquidará la cuenta que tenéis con mi cuñado.

—Como gustéis, milord —dijo Juan.

—¿Necesitaré advertiros, señor vizconde —preguntó el gobernador—, que cuando tengáis a bien llamar a mi puerta, seréis tanto mejor recibido cuanto más libre sois de no hacerlo? Os lo repito: la vida es monótona en Calais; pronto lo sabréis por experiencia, y no dudo que en breve os uniréis conmigo para entre los dos hacer frente al enemigo común, que es el aburrimiento. Vuestra presencia en la plaza es una ventaja de la que espero aprovecharme todo lo posible. Si vos pretendéis alejaros de mí, seré yo el que os busque e importune, os lo prevengo, y no olvidéis que, en realidad, sólo os doy la libertad a medias, pues que el amigo debe traerme aquí al prisionero.

—Gracias, milord —contestó Gabriel—. Con viva gratitud acepto todo lo que tenéis a bien otorgarme. Acaso llegue el día en que pueda ofreceros el desquite —añadió sonriendo—. La guerra es pródiga en alternativas, y el amigo de hoy puede ser el enemigo mañana.

—¡Oh! En cuanto a eso, mi seguridad es completa, desgraciadamente demasiado completa —replicó lord Wentworth—, detrás de las inexpugnables murallas que me

rodean. Si los franceses hubiesen pensado en reconquistar a Calais, no habrían esperado doscientos años para ello. Estoy tranquilo; si alguna vez me hacéis los honores de amo de casa, será en París y en tiempo de paz.

—Dejemos el porvenir en manos de Dios —dijo Gabriel—. Monseñor de Coligny, de quien me separé no ha mucho, solía decir que el partido más acertado que debe adoptar el hombre es el de estar a la expectativa.

—¡Conformes! Estar a la expectativa, pero viviendo lo mejor y más alegremente que se pueda... A propósito, y perdonad mi olvido: debéis hallaros escaso de dinero, señor vizconde, y quiero que sepáis que mi bolsa está a vuestra disposición.

—Os lo agradezco, milord; la mía, aunque no bastante repleta para poder pagar en el acto mi rescate, contiene dinero suficiente para sufragar los gastos de mi permanencia en esta ciudad. Mi única preocupación, amigo Juan Peuquoy, nace de la sospecha de que la casa de vuestro primo no ha de poder acaso abrirse así de improviso y sin ocasionar molestias a sus dueños, a tres huéspedes llovidos del cielo. En ese caso, yo preferiría buscar otro alojamiento. Un puñado de escudos basta...

—¿Os burláis, señor vizconde? —interrumpió Juan Peuquoy—. La casa de Pedro es sobradamente grande para que en ella puedan alojarse no tres hombres, sino tres familias.

En las provincias no se hacen las viviendas tan reducidas como en París.

—Es verdad —observó lord Wentworth—. Os aseguro, caballero, que la casa del armero no es indigna de un capitán. En ella caben holgadamente y sin molestias para unos y otros un séquito mayor que el vuestro y dos oficios o industrias. ¿No teníais intención, maese Juan Peuquoy, de instalar vuestros telares en Calais y continuar aquí vuestro oficio? Algo me indicó lord Grey acerca de ese proyecto, que yo desearía ver convertido en realidad.

—Puede que lo veáis —contestó Juan Peuquoy—. Probablemente dentro de muy poco Calais y San Quintín pertenecerán a los mismos dueños, y en ese caso, dicho se está que mi gusto será vivir y trabajar junto a mi familia.

—¡Sí... tenéis razón! —exclamó lord Wentworth, sin penetrar el sentido de las maliciosas palabras del tejedor—. Es posible que San Quintín sea dentro de poco ciudad inglesa... Pero os estoy entreteniendo, sin consideración a que después de un viaje fatigoso tendréis necesidad de descansar. Os repito una vez más, señores, que sois perfectamente libres... Hasta la vista, que será pronto; ¿no es verdad?

Acompañó a los prisioneros hasta la puerta, estrechó la mano al vizconde, despidió con un gesto amistoso al tejedor, y les dejó que se dirigiesen a la calle de Martroi. Allí vivía, como no habrá olvidado el lector, el armero Pedro Peuquoy, y allí encontraremos muy pronto, si Dios quiere, a Gabriel y a Juan.

—¡A fe que he obrado con prudencia alejando de esta casa al vizconde de Exmés! —exclamó lord Wentworth cuando vio desaparecer a sus prisioneros—. El vizconde

es un caballero de distinción que ha debido frecuentar los salones de la corte, y aunque sólo una vez haya visto a la hermosa prisionera que me han confiado, es indudable que se acordará de ella mientras viva. Yo la he visto a medias hace dos horas, cuando pasaba entre los dos hombres que la custodiaban, y todavía no se ha disipado mi arrobamiento... ¡Santo Dios, y qué hermosa es! ¡La amo, no hay duda, la adoro! ¡Pobre corazón mío! ¡Con cuánta violencia late al fin, después de haber permanecido mudo e insensible durante tanto tiempo en esta triste soledad! Ese gallardo joven, que si no me equivoco es vivo de genio y bravo, si viese aquí a la hija de su rey, es posible que interviniera en forma poco agradable en las relaciones que trato de entablar con mi bella Diana. La presencia de un compatriota, quien sabe si amigo, pudiera también cohibir los juramentos amorosos o alentar los desaires de la señora de Castro. ¡Nada, nada! Entre mi bella prisionera y yo sobran toda clase de terceros. Ni es mi intención apelar a medios indignos de mí, pero tampoco quiero crearme obstáculos.

Hizo sonar de una manera especial una campanilla, y al cabo de un minuto se presentó una criada.

—Juana —le dijo en inglés lord Wentworth—; ¿os habéis puesto, como dispuse, a la disposición de esa señora?

—Sí, milord.

—¿Cómo se encuentra?

—Parece que está triste, milord, pero no abatida. Su mirada es altiva, firme su palabra, manda con afabilidad, pero como quien está habituada a que le obedezcan sin replicar.

—Está muy bien. ¿Tomó los manjares que le habéis mandado servir?

—Apenas si ha probado un poco de fruta, milord. No obstante la firmeza que aparenta, no es difícil adivinar en ella cierta inquietud, cierto dolor.

—Iréis ahora, Juana, a la habitación que ocupa la dama, y le preguntaréis de parte mía, de parte del gobernador de Calais, lord Wentworth, a quien lord Grey ha transferido sus derechos, si tendrá la bondad de recibirme. Volved pronto con la contestación.

Al cabo de algunos minutos, que parecieron siglos al impaciente gobernador, reapareció la criada.

—¿Qué hay? —preguntó lord Wentworth.

—La dama no sólo consiente, sino que os ruega que vayáis al instante.

—¡Volando! —exclamó el gobernador.

—Debo advertiros que ha mandado a la anciana María que no se separe de ella, y a mí que vuelva en seguida.

—Bien, Juana; id, id, sí. Quiero que se le obedezca en todo. Id, y decidla de mi parte que os sigo.

Salió Juana, y lord Wentworth, tímido y palpitante como un enamorado de veinte años, empezó a subir la escalera que conducía a las habitaciones de Diana.

—¡Oh! ¡Qué felicidad! —se decía a sí mismo—. ¡Amo, y la mujer a quien he entregado mi corazón es la hija de un rey, y la tengo en mi poder!

XXXVIII

EL CARCELERO ENAMORADO

Diana de Castro recibió a lord Wentworth con aquella dignidad tranquila y casta que daba a su rostro de ángel y a su pura mirada un encanto y un poder irresistible. Bajo su aparente tranquilidad, sin embargo, se ocultaba la angustia: temblaba la pobrecilla, cuando respondiendo al respetuoso saludo del gobernador, le indicó, con majestad real, un sillón que había a alguna distancia de ella.

Hizo en seguida una señal a María y a Juana que trataban de retirarse, para que permaneciesen en la estancia, y como lord Wentworth, absorto en su contemplación, guardase silencio, se decidió ella a iniciar la conversación.

—Creo que me hallo en presencia de lord Wentworth, gobernador de Calais — dijo.

—Os halláis, en efecto, señora, en presencia de lord Wentworth, que es vuestro más humilde servidor y espera vuestras órdenes.

—¡Mis órdenes! —repitió Diana poniendo en su acento cierto deje de amargura—. ¡Oh, milord! No habléis así, que podría yo creer que os burláis de mí. Si hubieran escuchado, no mis órdenes, sino mis súplicas, mis ruegos, no estaría ciertamente aquí. ¿Sabéis quién soy, milord, y cuál es mi estirpe?

—Sé que sois la señora Diana de Castro, hija querida del rey Enrique II, señora.

—Entonces, ¿por qué me han hecho prisionera? —preguntó Diana con voz débil.

—Precisamente, señora, porque sois hija de un rey. A tenor de las bases de capitulación firmada por el señor almirante Coligny, los vencedores podían escoger cincuenta prisioneros de cualquier rango, edad o sexo, y como era natural, escogieron los más ilustres, los más peligrosos, y... permitidme que os lo diga con franqueza, los que podían pagar mayor rescate.

—¿Pero cómo pudieron saber que estaba yo en San Quintín, oculta bajo el nombre y el hábito de una religiosa benedictina? Además de la superiora del convento, sólo una persona había en la ciudad que conociese el secreto.

—¡Muy sencillo! Esa otra persona será sin duda la que os ha vendido.

—¡Oh, no! ¡Estoy segura de que no! —exclamó Diana con tal calor y convicción, que lord Wentworth sintió en el corazón la dolorosa mordedura de los celos y no supo qué contestar.

—Era al día siguiente de la toma de San Quintín —prosiguió Diana animándose gradualmente—. Yo me había refugiado, trémula y asustada, en el fondo de mi celda, cuando mandaron que bajase al locutorio la hermana Bendita, que era mi nombre de novicia, milord. El que preguntaba por mí era un soldado inglés. Temí que el soldado

fuera portador de una nueva horrible, pero bajé, arrastrada sin duda por el aguijón de la curiosidad, de esa curiosidad angustiosa que se siente de saber lo que se debe llorar. El arquero, a quien no había visto jamás, declaró que era su prisionera. Me indigné, resistí, ¿pero qué podía yo contra la violencia? Eran tres soldados, milord, ¡tres hombres armados hasta los dientes para prender a una débil mujer! Perdonad si mis palabras lastiman vuestro amor propio, pero puesto que os hago relación de lo ocurrido, creo que debo explicar cómo ocurrió. Aquellos tres hombres se apoderaron de mí y quisieron obligarme a confesar que era Diana de Castro, hija del rey de Francia. Negué al principio, mas como a pesar de mi negativa me llevaban prisionera, pedí que me condujesen a la presencia del almirante Coligny y como éste no conocía a la hermana sor Bendita, declaré que era, en efecto, la que ellos suponían. ¿Creéis que después de aquella confesión mía accedieron a mis ruegos y me llevaron a presencia del almirante, quien me habría reconocido y reclamado? Pues no fue así; antes bien, después de celebrar con gracias y risotadas su buena suerte, se dieron más prisa para asegurar su presa. Me hicieron entrar, o mejor dicho, me arrojaron a viva fuerza, llorosa y desolada, en una litera que cerraron al punto, y cuando sofocada por los sollozos y quebrantada por el dolor traté de averiguar adonde me conducían, hallé que me habían sacado ya de San Quintín y que me encontraba en el camino de Calais. Lord Grey, jefe, según me dijeron, de la escolta, se negó a oírme, y gracias a un soldado pude saber que era prisionera de guerra de su amo y que me conducían a Calais, donde habría de permanecer hasta tanto pagasen mi rescate. Así he llegado, milord, a esta casa sin tener otras noticias acerca de mi suerte futura.

—¡Y a las que nada puedo añadir, señora! —respondió lord Wentworth pensativo.

—¿Nada podéis añadir, milord? —replicó Diana—. ¿Tampoco podéis explicarme por qué no se me permitió hablar con la superiora de las benedictinas ni con el señor almirante? ¿Tampoco podéis declararme qué es lo que quieren de mí, puesto que impiden que me acerque a los que podrían llevar al rey la noticia de mi cautiverio para que venga de París el precio de mi rescate? ¿Tampoco podéis decirme qué significa mi prisión, que tiene todas las características de un secuestro? ¿Por qué no ha querido escucharme, ni se ha dejado ver de mí lord Grey, autor, según me han informado, de lo que me sucede?

—A lord Grey le habéis visto, señora, cuando pasasteis por delante de nosotros. Era el caballero con quien estaba hablando yo, el que os saludó al mismo tiempo que lo hice yo.

—Dispensadme milord, ignoraba que aquel caballero fuese lord Grey —contestó Diana—. Puesto que habéis hablado con él, y según me ha dicho esta joven, es pariente vuestro, no es aventurado suponer que os habrá dado cuenta de las intenciones que abriga con respecto a mí.

—Cierto, señora; antes de embarcar para Inglaterra, y precisamente cuando

llegasteis vos a esta casa, me estaba comunicando sus órdenes. Me decía que habiendo sabido en San Quintín que erais hija del rey, y teniendo él derecho a escoger tres prisioneros, había aceptado con placer una prisionera, que, dicho sea de paso, le fue ofrecida, y que nadie quiso comunicar vuestra prisión a fin de evitar obstáculos posibles y aun probables. Su propósito era sencillamente aprovechar vuestra calidad para obtener todo el dinero posible, y yo aprobaba riendo las ideas codiciosas de mi cuñado, cuando vos atravesasteis la estancia donde hablábamos. Os vi, señora, y comprendí al punto que, si por derecho y ley de nacimiento erais hija de un rey, por derecho y ley de hermosura sois reina. Y desde aquel instante, os lo confieso a pesar de mi confusión, desaprobé las intenciones de lord Grey, si no en lo referente al pasado, al menos en lo que atañe al porvenir. Sí, combatí con calor sus proyectos de obtener de vos un rescate, le hice presente que podía prometerse mucho más; que, estando en guerra Inglaterra y Francia, acaso se presentaría ocasión de exigir por vuestra persona un canje muy ventajoso, y que vos valíais muy bien una plaza fuerte. Para abreviar, le convencí de que no debía en manera alguna abandonar una presa tan rica por algunos puñados de escudas. Estáis en Calais, ciudad fuerte e inexpugnable, y fuerza será que os resignéis a esperar.

—¡Es posible! —exclamó Diana—. ¡Habéis dado a lord Grey semejantes consejos y no os importa decírmelo a mí misma! ¡Ah, milord! ¿Por qué os habéis opuesto así a mi libertad? Me visteis un segundo nada más... ¿Es posible que os bastara un segundo para odiarme?

—Os vi un segundo nada más, señora, y ese segundo bastó para que me enamorase como un loco de vos —respondió lord Wentworth fuera de sí.

Diana retrocedió, pálida como un cadáver.

—¡Juana...! ¡María! —gritó a las dos mujeres, que se habían separado, yendo a colocarse en el hueco de una ventana.

Lord Wentworth hizo a aquéllas un gesto imperioso y las criadas permanecieron inmóviles donde estaban.

—Nada temáis, señora —dijo entonces sonriendo con tristeza—. Soy caballero, y si alguno de los dos debe temer y temblar, no sois vos ciertamente, sino yo. Os amo, sí, y no he podido menos de confesároslo. Cuando os vi pasar delante de nosotros, tan graciosa, tan encantadora, me parecisteis una diosa, y mi corazón dejó de pertenecerme; fue vuestro... En mi poder estáis, sí; la menor indicación mía se obedece aquí como una orden... pero nada temáis, porque más en absoluto estoy yo en poder vuestro, que vos en el mío, y de los dos, el verdadero prisionero soy yo. Aquí sois vos la reina, señora, y yo el esclavo sumiso: mandad y obedeceré.

—Si ésas son vuestras disposiciones, caballero —dijo Diana palpitante de emoción—, enviadme a París; desde allí haré llegar a vuestras manos el rescate que señaléis.

Dudó lord Wentworth, quien contestó al fin:

—Me es imposible, señora; todo lo que queráis, menos ese sacrificio, que es superior a mis fuerzas. ¿No acabo de deciros que una mirada de vuestros ojos encadenó para siempre mi vida a la vuestra? Aquí, en este destierro donde me hallo confinado, mi ardiente corazón no había sentido un amor digno de él; pero, cuando os he visto tan bella, tan noble, tan altiva, he comprendido que todas las energías latentes de mi alma se desbordaban violentas, porque habían encontrado su ideal y su objetivo. Dos horas nada más hace que os amo; pero si me conocierais a fondo, sabríais que mi amor es tan profundo y tiene raíces tan hondas como si datase de diez años.

—¿Pero, Dios mío! ¿Qué es lo que queréis de mí, milord? —preguntó Diana—. ¿Qué esperáis? ¿Qué pensáis? ¿Qué designios abrigáis?

—Quiero veros, señora; quiero gozar de vuestra presencia, quiero contemplar vuestro rostro encantador: he ahí todo lo que quiero y todo lo que espero. No imaginéis que abrigue proyectos indignos de un caballero; os lo repito; pero mi derecho, que bendigo y bendeciré mil veces, me obliga a guardaros, y usando de aquél, os guardo.

—¿Y creéis, milord, que la violencia que me hacéis forzaré a mi amor a corresponder al vuestro?

—No; no lo creo —contestó con dulzura lord Wentworth—: pero, ¿quién sabe? Pudiera acontecer que, viéndome venir todos los días tan resignado, tan respetuoso, a recibir vuestras órdenes, sin más objeto que tener la dicha de poder miraros un instante, pudiera acontecer, repito, que al fin os enterneciera la humilde sumisión del que, pudiendo mandar, implora.

—En cuyo caso —replicó Diana con acento desdeñoso— la hija del rey de Francia, vencida, sería la manceba de lord Wentworth. ¿No es eso, caballero?

—En cuyo caso —respondió el gobernador—, lord Wentworth, último vástago de una de las casas más ricas y más ilustres de Inglaterra, pondría a los pies de la señora de Castro su nombre y su vida. Mi amor, viéndolo estáis, es tan honroso como sincero.

—¿Será ambicioso? —pensó Diana—. Escuchad, milord —repuso alzando la voz y procurando sonreír—: os aconsejo que me devolváis la libertad, que me enviéis al rey mi padre, seguro de que no he de creer que un rescate, por rico que sea, deja liquidada la deuda de gratitud que con vos tendré pendiente. Tarde o temprano se firmará la paz entre las dos naciones, y ya que yo no puedo entregarme a mí misma, os juro que obtendré para vos tantos honores y dignidades, y más, como pudierais desear siendo mi marido. Sed generoso, milord, que yo no seré desagradecida.

—Adivino vuestro pensamiento, señora —dijo lord Wentworth con intensa amargura en el acento—. Pero no tenéis en cuenta que soy más desinteresado y más

ambicioso a la vez de lo que creéis. De todos los tesoros del universo no codicio más que uno, y ése sois vos.

—Una palabra más, milord: la última, una palabra cuya significación y alcance comprenderéis, a no dudar —dijo Diana entre confusa y altiva—: me ama otro hombre.

—¿Y podéis imaginar siquiera que voy a entregaros a ese hombre, puesto que a ello equivaldría concederos la libertad? —gritó lord Wentworth fuera de sí—. ¡Nunca! ¡Que sea tan desgraciado como soy yo! ¡Que sea más desgraciado todavía, porque él no os verá, señora, y yo sí! A partir de hoy, únicamente tres acontecimientos podrían libertaros: mi muerte, harto improbable, porque soy joven y robusto, la paz entre Francia e Inglaterra, y bueno es no olvidar que las guerras entre las dos naciones suelen durar cientos de años, o la toma de Calais por los franceses, y Calais es una plaza inexpugnable. No ocurriendo ninguna de estas tres cosas, y es casi imposible que ocurran, condenada estáis a ser mi prisionera durante mucho tiempo, porque he comprado a lord Grey los derechos que éste tenía sobre vos, y estoy resuelto a no entregaros por ningún rescate, aunque me ofrecieran un imperio. En cuanto a vuestra evasión, os aconsejo que no penséis en ella, porque soy quien os guardo y es carcelero muy vigilante y seguro un hombre enamorado.

Esto diciendo, lord Wentworth saludó respetuosamente y se retiró, dejando a Diana temblando y llena de desconsuelo.

Se serenó, sin embargo, un poco al pensar que la muerte es un refugio seguro para los desgraciados, y que éstos pueden recurrir a aquél en los trances supremos.

XXXIX

LA CASA DEL ARMERO

La casa de Pedro Peuquoy formaba ángulo con la calle de Martroi y la plaza del Mercado. Por entrambos frentes se apoyaba sobre robustos pilares de madera, semejantes a los que todavía se ven hoy en París en varios lugares. Tenía dos pisos, además de los desvanes. En su fachada, el ladrillo, la madera y la pizarra aparecían combinados caprichosamente, formando curiosos y complicados arabescos. Los antepechos de las ventanas y las puntas visibles de las grandes vigas estaban llenas de figuras de animales fantásticos medio ocultos entre follaje, y el conjunto resultaba sencillo y tosco, pero gracioso y no privado de vida. Los aleros del tejado sobresalían lo bastante para servir de cobertizo a una galería exterior volada, con su correspondiente balaustrada que, al estilo de los palacetes suizos, circundaba todo el segundo piso.

Sobre la puerta vidriera de la tienda estaba emplazada la muestra: una especie de estandarte de madera pintada, sobre la que se destacaba la figura de un guerrero formidable que quería representar al dios Marte, según aseguraba la siguiente inscripción:

Al dios Marte. Pedro Peuquoy, armero.

Sobre el umbral de la puerta, una armadura completa, compuesta de casco, coraza, brazaletes, canilleras y guanteletes, era a manera de muestra gráfica para los caballeros que no supiesen leer.

Por si no bastaban la muestra escrita y la representación gráfica de la misma, a través de los cristales de la tienda, podían distinguirse, no obstante la oscuridad de los almacenes, varias armaduras, panoplias y armas defensivas y ofensivas de toda clase. Las espadas atraían de una manera especial la atención, tanto por su variedad cuanto por su riqueza.

Dos aprendices sentados al pie de los pilares llamaban a los transeúntes, ofreciéndoles la mercancía con invitaciones tentadoras.

Por regla general, Pedro Peuquoy, el armero, estaba, bien en la trastienda, que daba al patio, bien en la fragua, instalada bajo un cobertizo en el fondo del mismo patio. No se presentaba en la tienda sino cuando un buen parroquiano, atraído por la charla de los aprendices, o mejor dicho por la reputación de la tienda, exigía que llamasen al maestro.

La trastienda, mejor iluminada que el almacén, servía también de salón y de comedor, estaba entarimada y revestidas sus paredes hasta los dos tercios de su altura con tablas de encina. Consistían sus muebles en una mesa cuadrada de patas

salomónicas, sillas tapizadas y un magnífico cofre que servía de pedestal a la *obra maestra* de Pedro Peuquoy, ejecutada por él en presencia de su padre a raíz de haber recibido el diploma de *maestro*. Era una armadura en miniatura, damasquinada en su totalidad, cubierta de incrustaciones de oro y cincelada con arte delicadísimo. Imposible imaginar la paciencia y el arte que hubo de derrochar para producir aquella maravilla.

Frente por frente al cofre, un nicho practicado en las tablas que revestían las paredes servía de marco a una imagen de la Virgen. De esta manera, siempre reinaba un pensamiento santo en la sala de la familia.

En la pieza inmediata había una escalera de madera que comunicaba con las habitaciones superiores.

Pedro Peuquoy, cuya satisfacción era inmensa desde que supo que iba a alojar en su casa al vizconde de Exmés y a su primo Juan, quiso ceder el primer piso a Gabriel y a su primo, y él ocupó el segundo con su joven hermana Babette y sus hijos. También había acomodado en el segundo piso al escudero herido, Arnaldo de Thill. Los aprendices dormían en los desvanes. La casa respiraba por todas partes, si no riqueza, a lo menos pulcritud y aseo.

Encontraremos a Gabriel y a Juan Peuquoy sentados a la mesa, haciendo el debido honor, junto con su patrón, a la copiosa cena que éste les ha preparado. Babette sirve a los comensales, y los niños comen a alguna distancia de los mayores.

—¡Vive Dios, monseñor, que coméis bien poco! —decía el armero—. No llevéis a mal que os lo diga, pero os encuentro a vos como preocupado, y a Juan como pensativo. Y, sin embargo, si la cena ha sido mediana, el corazón que la ofrece es grande y bueno. ¡Vamos! Tomad al menos estas uvas, que no abundan mucho en nuestro país. Mi abuelo, a quien se lo había referido el suyo, me decía que en otro tiempo, cuando Calais era de los franceses, el vino que producían sus viñas era generoso y sus uvas doradas; pero desde que la ciudad es inglesa, las uvas creen sin duda que están en Inglaterra y han perdido la costumbre de madurar.

Gabriel no pudo menos de sonreír al escuchar las singulares deducciones que hacía el patriotismo del armero.

—Vamos —dijo levantando su vaso—. ¡Bebamos por que maduren las uvas de Calais!

Es de presumir que los Peuquoy celebraron el brindis con aclamaciones de delirante entusiasmo.

Terminada la cena, Pedro dio las gracias, que los comensales repitieron de pie y con las cabezas descubiertas. A los niños se les mandó que se fuesen a acostar.

—También tú, Babette, puedes recogerte ya —dijo el armero a su hermana—. Cuida de que los aprendices no hagan ruido por arriba, y antes de acostarte, entra con Gertrudis en la alcoba del escudero del señor vizconde para ver si necesita algo.

La linda Babette se sonrojó, hizo una reverencia y salió.

—Ya estamos solos los tres —dijo Pedro a su primo—. Si tienes que comunicarme algo en secreto, dispuesto estoy a escucharte.

Gabriel dirigió al tejedor una mirada de asombro, pero aquél respondió con gravedad:

—En efecto, Pedro; ya te he dicho que deseaba hablaros de cosas importantes.

—Me retiro —terció Gabriel.

—Perdonad, señor vizconde —replicó Juan—; pero vuestra presencia en la conversación que vamos a tener no sólo es útil, sino necesaria, porque sin vuestro concurso, los proyectos que voy a confiar a Pedro serían de todo punto impracticables.

—Escucho, pues —dijo Gabriel, recayendo en su habitual tristeza.

—Sí, señor vizconde —contestó el tejedor—; escuchadnos, y es posible que escuchándonos, alcéis la cabeza con esperanza, y acaso, acaso, con alegría.

Gabriel sonrió con tristeza, pensando que mientras su padre no consiguiera la libertad y él estuviese lejos de Diana, la alegría era para su alma un amigo ausente. Sin embargo, el animoso joven se volvió hacia Juan Peuquoy y le indicó por medio de un gesto que podía continuar.

Juan, dirigiéndose hacia su primo, dijo con acento solemne:

—Primo, y más que primo, hermano: a ti te toca hablar primero a fin de manifestar al señor vizconde que se puede contar con tu patriotismo. Dinos, Pedro, cuales fueron los sentimientos que, con respecto a Francia, te inculcó tu padre, que fueron los mismos que en su alma sembró el suyo. Dinos si los Peuquoy de Calais, ingleses por fuerza desde hace doscientos años, han sido también ingleses de corazón. Dinos, finalmente, si, llegado el caso, prestarías tu apoyo y darías tu sangre a la patria antigua de nuestros abuelos o a la patria nueva que te han impuesto.

—Juan —contestó el armero, con tanta solemnidad en el tono y en el semblante como el tejedor—; yo no sé qué pensaría y qué haría si mi nombre y mi raza fueran ingleses; pero la experiencia me ha enseñado que, cuando una familia ha sido francesa, aunque hayan pasado doscientos años desde que dejó de serlo, a todos los miembros de esa familia les parece insoportable cualquier dominación extranjera, insoportable porque la encuentra dura como la esclavitud y amarga como el destierro. Aquel antepasado nuestro que vio caer a Calais en poder del enemigo, nunca habló de Francia en presencia de su hijo sin derramar lágrimas, ni de Inglaterra sin odio. Sus hijos hicieron lo mismo con los suyos, y ese doble sentimiento de dolor y de aversión se ha transmitido de generación en generación sin debilitarse ni alterarse. El ambiente que se respira en nuestras viejas casas solariegas ni se renueva ni cambia. El Pedro Peuquoy de hace doscientos años vive en el Pedro Peuquoy de hoy, y como el apellido es francés, ni me cabe en la cabeza pensar que el corazón pueda ser inglés,

Juan. Dicen que recibimos la afrenta hace dos siglos: para mí, la afrenta nos fue inferida ayer, y por eso el dolor, que es consecuencia de aquélla, sangra hoy, porque es reciente. No digas, Juan, que tengo dos patrias, porque patrias no hay más que una, no puede haber más que una, y si me colocaran en la alternativa de escoger entre el país que los hombres me han obligado a tolerar y el que Dios me había dado, cree, Juan, que no vacilaría en la elección.

—¿Habéis oído, monseñor? —preguntó Juan al vizconde de Exmés.

—Sí, amigo mío, sí; oigo la expresión de los sentimientos de vuestro primo, que no pueden ser más nobles —contestó Gabriel sin salir de su abstracción.

—Una pregunta, Pedro —dijo Juan Peuquoy—. Supongo que no piensan como tú todos nuestros antiguos compatriotas residentes en esta ciudad, ¿verdad? Seguramente eres tú el único francés que, al cabo de doscientos años, continúas adorando a tu verdadera patria; ¿no es cierto?

—Te engañas, Juan —contestó Pedro Peuquoy—. Al hacer una especie de exposición de mis sentimientos, me hice intérprete del sentir general, no del mío únicamente. No diré que todos aquellos que, como yo, llevan apellido francés, conserven memoria de su origen, pero son muchas las familias que suspiran siempre por Francia, y en estas familias han buscado y escogido siempre los Peuquoy sus mujeres. Voy a darte una prueba de lo que afirmo: en las mismas filas de la Guardia Cívica de Calais, de la que yo, a mi pesar, formo parte, hay muchos, muchísimos ciudadanos que romperían la alabarda antes que dirigirla contra un soldado francés.

—¡Bueno es saberlo! —murmuró Juan Peuquoy frotándose de gusto las manos—. Y dime ahora, primo: ¿tienes algún grado en esa Guardia Cívica? Siendo tan apreciado y querido como eres, mucho me maravillaría que no lo tuvieras.

—Pues no lo tengo, Juan: he rehusado sistemáticamente los grados a fin de rehuir las responsabilidades.

—¡Tanto peor y tanto mejor! ¿Es muy penoso el servicio que os imponen? ¿Os corresponde el turno muy a menudo?

—Con bastante frecuencia, sí, con bastante frecuencia entramos de servicio, porque en una plaza fuerte como Calais, por numerosa que la guarnición sea, nunca es bastante. A mí me toca el día cinco de cada mes.

—¿Siempre el cinco de cada mes, Pedro? ¿Día fijo? No me parece que pequen de prudentes los que fijan con esa regularidad matemática el servicio de cada uno.

—¿Por qué? Después de dos siglos de ocupación, pueden hacerlo sin peligro. Por otra parte, como tampoco conceden una confianza absoluta a la Guardia Cívica, únicamente confían a su vigilancia los puestos que serían imposibles de tomar, aun abandonados. A mí, por ejemplo, me corresponde invariablemente la vigilancia de la plataforma de la Torre Octógona, que defiende el mar mejor que yo. Sólo las gaviotas pueden aproximarse a ella.

—¿Conque todos los meses, el día cinco, estás de vigilancia en la plataforma de la Torre Octógona, Pedro?

—Sí; desde las cuatro hasta las seis de la mañana. El jefe me permite que escoja yo la hora, y yo prefiero ésa, porque así veo la salida del sol, que parece brotar de las profundidades del Océano; espectáculo soberbio para un pobre artesano como yo.

—Soberbio, en efecto, Pedro. Tan soberbio —repitió Juan bajando la voz—, que si a pesar de lo inabordable de la posición, algún temerario aventurero intentase escalar por aquella parte vuestra Torre Octógona, me atrevería a jurar que tú no le verías; tan absorto estarías en la contemplación del sol naciente.

Pedro miró a su primo con sorpresa.

—No le vería; tienes razón —contestó al cabo de breves instantes de silencio—. No le vería, porque adivinaría que sólo un francés podía tener interés en penetrar en la plaza, y como quiera que me tengo por oprimido, y creo, en conciencia, que los oprimidos no deben consideración alguna a sus opresores, en vez de rechazar al temerario asaltante, es probable que le ayudase a subir.

—¡Bien dicho, Pedro! —exclamó entusiasmado el tejedor—. ¿Os convencéis, monseñor, de que Pedro es un francés, patriota y decidido?

—Convencido estoy, amigo mío —contestó Gabriel, que apenas si prestaba atención a una conferencia que le parecía de todo punto inútil—; pero, ¡ah!, ¿de qué pueden servirnos tan hermosos sentimientos?

—¿De qué? Voy a decíroslo, porque me parece que me ha llegado ya la vez —contestó Juan Peuquoy—. Señor vizconde; si queréis, podemos tomar en Calais el desquite de San Quintín. Los ingleses, orgullosos de sus dos siglos de ocupación, duermen descuidados en brazos de una seguridad falsa que muy bien pudiera perderles. Contamos, como acabáis de oír, con numerosos y decididos auxiliares dentro de la plaza. Maduremos el proyecto, que creo que bien vale la pena, venga en ayuda vuestra la intervención de los que disponen del poder, y mi razón, más que mi instinto, me dice que un atrevido golpe de mano nos haría dueños de la plaza. ¿Comprendéis, monseñor?

—Sí... comprendo —contestó Gabriel, que, en realidad, no había oído nada; tan distraído estaba—. Vuestro primo quiere volver a la hermosa Francia, ¿no es verdad? Desea trasladar su residencia a una ciudad francesa, a Amiens, por ejemplo... No creo que haya inconveniente. Hablaré a lord Wentworth y a monseñor el duque de Guisa, y creo que verá logradas sus aspiraciones. Con mi apoyo podéis contar desde luego... Continuad, amigo mío.

Y recayó en su ensimismamiento.

A decir verdad, la voz que en aquel momento oía no era la de Juan Peuquoy: era la de Enrique II, dando órdenes, después de haber escuchado el relato del sitio y caída de San Quintín de labios del almirante Coligny, de poner al punto en libertad al conde

de Montgomery; era también la voz de su padre que le aseguraba, triste y celoso todavía, que Diana era hija de su rival coronado, y por último, era la voz de Diana que, después de tantas pruebas, podía escuchar de su boca las dos palabras supremas y divinas: *Te amo*.

Se comprende, pues, que sumergido en un sueño tan dulce, no escuchara más que a medias la exposición del temerario y patriótico proyecto de Juan Peuquoy.

El grave artesano, molesto por la escasa atención prestada por Gabriel a un proyecto tan grandioso, repuso con cierto dejo de amargura en la voz:

—Si monseñor se hubiera dignado prestar a mis palabras un oído menos distraído, a buen seguro que no nos habría atribuido a Pedro y a mí unas ideas tan personales, vulgares e interesadas.

Gabriel no respondió.

—No te oye, Juan —observó Pedro Peuquoy—. Tal vez tendrá sus proyectos, su pasión...

—¡Que no serán, te lo aseguro, tan desinteresados como los nuestros! —exclamó Juan con acritud—. Si no le hubiese visto despreciar los peligros y desafiar la muerte con cierta especie de insano furor, si no le hubiese visto exponer temerariamente su vida para salvar la mía, juraría que sus ideas y pasiones son egoístas... ¡Parece mentira que no escuche mis palabras, cuando las inspiran el bien y la gloria de nuestra patria! Y el caso es que sin él, todo nuestro celo y todo nuestro valor son perfectamente inútiles, Pedro. Poseemos el ansia, el anhelo, pero nos faltan el pensamiento que organiza y el poder que ejecuta.

—El ansia y el anhelo son santos, primo mío. He comprendido tus aspiraciones, y las comparto.

Los dos primos se dieron un solemne apretón de manos.

—Preciso es renunciar a nuestra quimera, o por lo menos, esperar —dijo Juan Peuquoy—. ¿De qué sirve el brazo sin cabeza? ¿Qué puede hacer el pueblo sin los nobles?

Aquel menestral de siglos pasados añadió, sonriendo de un modo singular:

—Nada, hasta el día en que el pueblo sea a un tiempo mismo la cabeza y el brazo.

XL

EN EL QUE SE PRESENTAN CON ARTE VARIOS ACONTECIMIENTOS

Habían pasado tres semanas; el mes de septiembre tocaba a su fin y ningún cambio de importancia se había operado en la situación respectiva de los diferentes personajes de esta historia.

Juan Peuquoy había pagado a lord Wentworth el insignificante rescate en que supo tasarse a sí mismo. También había obtenido la autorización necesaria para fijar su residencia en Calais, pero debemos hacer constar que no se daba mucha prisa en la obra de montar su nuevo establecimiento, ni parecía animado de grandes deseos de reanudar sus trabajos. ¡Cosa extraña! Aquel hombre industrial, espejo de laboriosidad, se había hecho en extremo curioso y terriblemente haragán: desde que salía el sol hasta que cerraba la noche, veíasele paseando por las murallas y platicando con los soldados de la guarnición, sin que le importase, al parecer, un ardite su oficio de tejedor, y siempre tan tranquilo y desocupado como si hubiese sido un abad.

En cambio, si él era un haragán empedernido, no quiso o no pudo atraer a su primo Pedro a sus hábitos de holganza, pues es lo cierto que nunca el hábil armero forjó tantas y tan hermosas armas como por el período a que nos contraemos.

La tristeza de Gabriel aumentaba de día en día. De París no recibía más que noticias generales, tales como que Francia comenzaba a respirar, que los españoles y los ingleses, entretenidos en cosas de poco momento, habían perdido un tiempo precioso, que la nación había tenido tiempo para rehacerse, y que París y el rey se habían salvado. Claro está que las nuevas de sucesos tan prósperos, debidos en gran parte a la heroica defensa de San Quintín, habían de regocijar a Gabriel, pero no bastaban para disipar su melancolía, porque ni una palabra sabía de Enrique II, ni de su padre, ni del almirante Coligny, ni de Diana, y esta carencia absoluta de noticias por necesidad había de ensombrecer el pensamiento de nuestro héroe, y le impedía estrechar, como quizás hubiese hecho de no mediar esa circunstancia, las relaciones amistosas con lord Wentworth, cada día más atento y complaciente con él.

En realidad, el amable y expansivo gobernador de Calais había cobrado afecto a su prisionero, a lo que contribuyó en los primeros días el fastidio y más tarde la tristeza. En una ciudad como Calais, tétrica y aburrida, era una distracción muy grata la compañía de un caballero joven y espiritual de la corte de Francia. Por esta razón no pasaban dos días sin que lord Wentworth fuera a visitar al vizconde de Exmés, y el primero exigía al segundo que se sentase a su mesa por lo menos tres veces por

semana. No dejaba de ser molesta para Gabriel la amistad del gobernador, que a todas horas juraba, riendo, a su prisionero, que no le soltaría sino en el último extremo, que jamás se resignaría a dejarle marchar bajo su palabra, y que sólo cuando hubiese recibido el último escudo del rescate se vería en la dura necesidad de separarse de un amigo tan querido.

Como era muy posible que la simpatía y el afecto del gobernador fuesen, en medio de todo, un medio señorial y elegante de encubrir la desconfianza, Gabriel no se atrevía a insistir, y dando oídos a su extremada delicadeza, sufría sin proferir una queja, y esperaba el restablecimiento de su escudero, que era quien debía ir a París a buscar el rescate que el vizconde de Exmés había de pagar a cambio de su libertad.

Pero era el caso que Martín Guerra, o mejor dicho, su sustituto Arnaldo de Thill, se restablecía con demasiada lentitud. Al cabo de quince días, sin embargo, el cirujano encargado de la curación de la herida que el tunante había recibido en una reyerta, declaró que su misión estaba terminada y el herido completamente curado. Uno o dos días más de descanso, y los solícitos cuidados de la linda Babette, sobrarían para que la curación fuese tan completa como se pudiera desear.

Fiado en la palabra del cirujano, Gabriel había anunciado a su escudero que emprendería el viaje para París dos días después; pero llegó el día prefijado para la marcha, y Arnaldo se quejó de desvanecimientos y vahídos que le expondrían a caídas peligrosas si daba algunos pasos sin el apoyo acostumbrado de Babette. Nuevo aplazamiento de dos días, pedido por el escudero y otorgado por el señor. Pasaron los dos días, y el pobre Arnaldo sintió un cansancio general tan pronunciado, una debilidad tan grande en los brazos y en las piernas, que hubo necesidad de combatir el cansancio y la debilidad, causados, sin duda, por sus padecimientos, por medio de baños y dieta rigurosa. Este régimen dio al traste con las escasas fuerzas que conservaba el escudero, y se hizo indispensable aplazar de nuevo la marcha, hasta tanto el mensajero hubiese recobrado el vigor perdido por medio de reconstituyentes y de vinos generosos. Su enfermera Babette juraba llorando a Gabriel que, si obligaba a Martín Guerra a emprender el viaje en seguida, le condenaría a perecer de inanición en el camino.

A pesar de los cuidados de Babette, aquella convalecencia singular de Martín Guerra se prolongaba indefinidamente. Transcurrieron así dos semanas, ganadas día por día, las que sumadas a las dos de permanencia en cama del herido, completaban el mes desde que nuestro prisionero llegó a Calais.

Semejante estado de cosas no podía prolongarse ya más tiempo. Gabriel concluyó por impacientarse, y el mismo Arnaldo de Thill, que al principio hallaba con pasmosa facilidad pretextos que retardasen su marcha, declaró terminantemente a la desconsolada Babette que no quería exponerse a disgustar a su amo, y que lo más acertado era emprender el viaje cuanto antes, a fin de volver también más pronto. Los

ojos encendidos y el rostro abatido de la pobre Babette ponían de manifiesto que ella no entendía de tales razonamientos.

La víspera del día en que Arnaldo de Thill se había comprometido formalmente a emprender la marcha para París, Gabriel fue a cenar con lord Wentworth. Sin duda el gobernador necesitaba vencer una melancolía más honda que de ordinario, pues estuvo durante la cena alegre hasta la locura.

Luego que se despidió de Gabriel, a quien acompañó hasta el vestíbulo, iluminado a aquella hora, ya bastante avanzada, por una lámpara moribunda, en el momento en que nuestro amigo se arrebujaba en su capa para salir a la calle, vio que se entreabría una de las puertas que daban al vestíbulo. Una mujer, que Gabriel reconoció como una de las camareras de la casa, se acercó a él, poniéndose un dedo sobre los labios y alargándole con la otra mano un papel.

—Para el caballero francés a quien recibe a menudo lord Wentworth —dijo en voz baja, a tiempo que le daba un billetito doblado. Antes que Gabriel tuviese tiempo de interrogarla, desapareció corriendo.

Nuestro joven, muy intrigado, curioso por temperamento y un tanto imprudente, pensó que debía recorrer a oscuras un trecho de un cuarto de hora antes de poder leer el billete a su comodidad en su gabinete, y que era demasiado esperar quince minutos la solución de un enigma que presentaba todas las características de aventura galante. En consecuencia, miró en derredor, vio que estaba solo y, sin más miramientos, se aproximó a la lámpara moribunda, desdobló el papel, y leyó, no sin emoción, lo que sigue:

"No os conozco, caballero; no os he visto jamás, pero una de las doncellas que me sirven me dice que sois francés y prisionero como yo. Esta circunstancia me anima a dirigirme a vos en mi aflicción. Supongo que estaréis esperando vuestro rescate, y que, cuando recobréis la libertad, os dirigiréis a París. Allí podréis ver a los míos, que ignoran en absoluto qué ha sido de mí. Decidles dónde estoy, poned en su conocimiento que lord Wentworth me retiene sin permitirme comunicar con nadie, sin querer aceptar rescate por mi libertad, y que, abusando del derecho cruel que mi situación le da, todos los días me habla de un amor que yo rechazo con horror, pero que, tal vez espoleado por mis desdenes y animado por la certeza de la impunidad, quien sabe si le arrastre hasta el crimen. Un caballero, y sobre todo un compatriota, no me dejará abandonada en mi triste y crítico estado. Pero todavía no os he dicho quien soy..."

Aquí terminaba la carta, que no tenía firma. Algún obstáculo inesperado, algún accidente imprevisto debieron impedir su continuación, no obstante lo cual habían

querido enviarla a su destinatario, probablemente para no perder una ocasión que temerían que no volviera a presentarse, y por otra parte, porque la carta decía todo lo que su autora quería decir, excepción hecha del nombre de la mujer tan inicua y violentada.

Ignoraba Gabriel el nombre en cuestión, no podía conocer aquel carácter de letra, escrita presurosamente y con mano trémula, y sin embargo, había penetrado hasta el fondo de su corazón una turbación extraña y un presentimiento inexplicable. Pálido y conmovido se acercaba a la lámpara para leer por segunda vez el billete, cuando se abrió una puerta y apareció lord Wentworth en persona, seguido de un paje. El gobernador cruzaba el vestíbulo y se dirigía a su cámara.

Como es natural, le sorprendió encontrar allí a Gabriel, a quien había despedido cinco minutos antes.

—¿Aún estáis aquí, amigo mío? —le preguntó, acercándose a él con la afabilidad de costumbre—. ¿Quién os ha detenido? Sentiría que se tratase de algún accidente, de alguna indisposición...

El leal joven, sin contestar a lord Wentworth, le entregó el billete que acababa de recibir. El inglés lo leyó, quedó más pálido que Gabriel, pero supo conservar su sangre fría, y fingiendo continuar la lectura, combinó con diabólica habilidad la respuesta.

—¡Vieja loca! —exclamó, arrugando y tirando el billete con desdén admirablemente fingido.

Ninguna otra palabra podía desencantar mejor y más completamente a Gabriel, momentos antes perdido en mil conjeturas y ahora indiferente con respecto a la desconocida. No se entregó, sin embargo, a pesar de su desencanto; antes bien replicó con cierto tono de desconfianza:

—¿No podéis decirme quien es la prisionera que retenéis aquí contra su voluntad, milord?

—¡Contra su voluntad, sí, decís muy bien! —contestó lord Wentworth con glacial indiferencia—. Es una parienta de mi difunta mujer, una medio demente a quien su familia quiso alejar de Inglaterra, y para desgracia mía confió a mi vigilancia, en atención a que, en esta ciudad, tan sencillo es vigilar a los insensatos como a los prisioneros. Puesto que habéis penetrado este secreto de familia, amigo mío, quiero informaros al punto de todos los pormenores. Consiste la manía de la señora Howe, lectora infatigable, que sabe de memoria todos los libros y poemas de caballería, en creerse, a pesar de sus cincuenta años y de sus cabellos blancos, una heroína oprimida y perseguida, y en intentar interesar en favor suyo, por medio de fábulas mejor o peor urdidas, a todo caballero joven y galante que se le pone a tiro. Dios me perdone si formo juicios temerarios, Gabriel, pero creo que mi vieja tía había interesado vuestro sensible corazón. Confesad que su misiva os había turbado un poco, mi buen amigo.

—Convenid también conmigo en que la historia es muy extraña, milord —replicó Gabriel—. No tengo memoria de que nunca me hayáis hablado de esa parienta.

—En efecto; nunca os hablé de ella; comprenderéis que no es lo corriente poner a los extraños al tanto de las interioridades de las familias.

—¿Pero, cómo es que vuestra tía dice que es francesa?

—¡Bah! Con objeto de interesaros, seguramente —respondió lord Wentworth con una sonrisa que principiaba a ser forzada.

—¿Y ese amor obstinado con que afirma que la perseguís...?

—¡Ilusiones de vieja que confunde los recuerdos con las esperanzas! —replicó el gobernador con muestras de impaciencia.

—¿Y la ocultáis a todo el mundo sin más objeto que el de evitar el ridículo?

—¡Ea! ¡Basta de preguntas! —exclamó lord Wentworth enarcando las cejas, pero conteniendo su violenta contrariedad—. No os creía tan aficionado a preguntar, Gabriel... Son las nueve y cuarto, amigo mío, y os invito a que os retiréis a vuestro alojamiento antes de que suene la campana de la queda, porque la libertad que como prisionero os he concedido no debe ser tan alta que infrinja los reglamentos de seguridad de Calais. Si tanto os interesa la señora Howe, mañana podemos continuar a nuestro sabor esta conversación, y mientras, he de rogaros que a nadie habléis de estos delicados secretos de familia. ¡Buenas noches, señor vizconde!

El gobernador saludó a Gabriel y se fue: quería mantenerse hasta el fin dueño de sí mismo, y temía exaltarse demasiado si la conversación se prolongaba.

Gabriel, después de un minuto de reflexión, abandonó el palacio del gobernador y se dirigió a la casa del armero. Lord Wentworth no supo disimular lo bastante durante la escena que dejamos explicada, su impaciencia demasiado manifiesta no era el medio más indicado para borrar los recelos del corazón de Gabriel, y las dudas que el billete sembró en el alma de éste, dudas que alentaba un instinto secreto y misterioso, le asaltaron de nuevo durante el camino.

Resolvió guardar silencio en lo sucesivo, no aludir al asunto en presencia de lord Wentworth, de quien no esperaba averiguar nada, y observar, inquirir, hacer todo lo humanamente posible para cerciorarse de si la dama desconocida era inglesa y vieja, o francesa y joven.

—¿Pero, qué puedo hacer, santo Dios, aunque llegue a tener pruebas evidentes de la verdad de lo que temo? —se preguntaba Gabriel—. ¿Qué soy yo sino un prisionero? ¿No tengo atadas las manos? ¿No puede lord Wentworth reclamarme, cuando le acomode, esta espada que llevo, merced a su tolerancia? Preciso es que esto acabe de una vez, que salga yo de la posición equívoca en que me hallo. Mañana sin falta emprende Martín Guerra el viaje: se acabaron los aplazamientos. Ahora mismo voy a darle la orden terminante.

En efecto, Gabriel, a quien un aprendiz del armero abrió la puerta de la casa,

subió hasta el segundo piso, sin detenerse, como de costumbre, en el primero. Todos dormían a aquella hora, y supuso que Martín Guerra estaría descansando, como los demás, pero, esto no obstante, Gabriel quería despertarle para intimarle su voluntad expresa. Con objeto de no interrumpir el sueño de nadie, se acercó sin hacer ruido a la cámara de su escudero.

Sin dificultad franqueó la puerta exterior, que encontró entornada, pero la puerta interior estaba cerrada por dentro y Gabriel oyó risas ahogadas y ruido de vasos que chocaban entre sí. Llamó entonces con alguna violencia y se nombró con voz imperiosa. Al punto cesaron los ruidos, pero como Gabriel continuó elevando la voz, Arnaldo de Thill salió presuroso a descerrar el cerrojo de la puerta. Tal prisa se dio el infeliz escudero, que, desgraciadamente, no pudo evitar que su amo viese una falda de mujer que huía con celeridad pasmosa.

Creyó nuestro caballero que se trataba de alguna intriguilla galante con una de las criadas de la casa, y como no pecaba de escrupuloso en exceso en lo referente a este particular, no pudo contener la risa mientras reprendía a su escudero.

—¡Ah, Martín! —dijo—. ¡Páreceme que tu salud es más buena de lo que pretendes hacer creer, tunante! ¡Una mesa perfectamente servida, tres botellas, dos cubiertos...! ¡Juraría que he puesto en fuga al otro comensal! Pero es igual: encuentro aquí pruebas evidentes de tu completa curación, y creo que, sin escrúpulos ni remordimientos de conciencia, puedo mandarte que mañana sin falta emprendas el viaje.

—Ya sabéis, monseñor, que ésa era mi intención —contestó Arnaldo de Thill—. Precisamente estaba despidiéndome...

—¿De un amigo? Con ello das pruebas de tu buen corazón, pero como la amistad nunca debe hacer que uno olvide el cumplimiento del deber, exijo que mañana, cuando yo deje el lecho, te encuentres ya camino de París. Tienes el salvoconducto del gobernador, días hace que tu equipaje está listo, tu caballo ha descansado tanto como tú, y tu escarcela está repleta, gracias a la confianza de nuestro excelente patrón, que sólo una pesadumbre tiene: la de no disponer de dinero suficiente para pagar mi rescate. Nada te falta, Martín; de consiguiente, mañana saldrás tempranito, y dentro de tres días puedes llegar a París. Ya sabes lo que has de hacer en cuanto llegues.

—Sí, monseñor. Ante todo, iré al palacio de la calle de los Jardines de San Pablo; tranquilizaré a vuestra nodriza dándole noticias de vuestro paradero, le pediré los diez mil escudos, importe de vuestro rescate y tres mil más para liquidar los gastos y deudas contraídas en esta ciudad, y como garantía, entregaré a la buena mujer una carta vuestra y vuestro anillo.

—Son inútiles esas precauciones, Martín, porque mi buena nodriza te conoce bien, sabe que eres mi fiel y leal escudero; sin embargo, quiero ceder a tus

escrúpulos. Lo que sí te encargo es que hagas que reúna la cantidad necesaria dentro del plazo más breve posible.

—Descuidad, monseñor. El dinero se reunirá en seguida, y una vez en mi poder, y entregada vuestra carta al señor almirante, vuelvo aquí con más celeridad que voy.

—Y procura no armar pendencias por el camino.

—Quedad tranquilo, monseñor.

—Adiós, pues, Martín, y buena suerte.

—Dentro de diez días me tendréis de nuevo a vuestras órdenes, y mañana, la salida del sol me encontrará lejos de Calais.

Arnaldo de Thill cumplió por esta vez escrupulosamente la segunda parte de su promesa. Salió temprano y permitió que Babette le acompañase hasta las puertas de la ciudad. Allí se abrazaron por última vez los amantes, que ya habrá adivinado el lector que lo eran. Arnaldo juró que volvería pronto, y en seguida picó espuelas a su caballo y desapareció.

La pobre joven volvió presurosa a su casa con objeto de llegar a ella antes de que se hubiera levantado su terrible hermano Pedro, pero se vio obligada a fingirse enferma para poder dar rienda suelta a sus lágrimas en la soledad de su alcoba.

A partir de aquel día, sería muy difícil averiguar quién de los dos, es decir, de ella y Gabriel, deseaba con más impaciencia el regreso del escudero.

Uno y otro debían esperarle mucho tiempo.

XLI

COMO ARNALDO DE THILL HIZO AHORCAR EN NOYON A ARNALDO DE THILL

En su primer día de viaje, Arnaldo de Thill no tuvo encuentros desagradables y pudo proseguir la marcha sin grandes obstáculos. Claro está que encontraba con frecuencia en el camino soldados enemigos, alemanes que desertaban, ingleses insolentes y españoles tan orgullosos como gloriosa había sido su victoria, pues en el desgraciado territorio de Francia desolada, abundaban más los extranjeros que los franceses, pero a las preguntas que le dirigían contestaba Arnaldo exhibiendo el salvoconducto de lord Wentworth, y todos, aunque murmurando entre dientes, respetaban al portador de la firma del gobernador de Calais.

Menos afortunado el día segundo, tropezó en las inmediaciones de San Quintín con un destacamento español que pretendió apoderarse de su caballo so pretexto de que el animal no estaba comprendido en el salvoconducto, y, por tanto, era objeto confiscable. El Martín Guerra apócrifo exigió con entereza que le presentasen al jefe, y su serenidad le valió poder continuar el viaje con su compañero, causa de la dificultad.

La aventura le sirvió de lección, y en lo sucesivo resolvió evitar dentro de lo posible los encuentros con las tropas. Difícil era conseguirlo: el enemigo, aunque no había sacado de la toma de San Quintín las ventajas decisivas que eran de temer, ocupaba todo el país. Suyos eran Le Catelet, Ham, Noyón, Chauny, y por este motivo, al llegar Arnaldo frente a las puertas de Noyón, hacia el final de su segunda jornada, decidió dejar a sus espaldas la ciudad, donde corría peligro de encontrar dificultades y disgustos, e ir a pernoctar al pueblo inmediato.

Para ello necesitaba dejar la carretera real, y como Arnaldo era poco práctico en aquella región, se extravió, y al intentar dar de nuevo con el camino, dio de hoz en coz, como suele decirse, al doblar el recodo de un sendero, con un pelotón de soldados enemigos que, por las trazas, andaban a caza de algo.

Imagínese cual sería la *satisfacción* de Arnaldo cuando uno de los soldados, no bien le vio, gritó a sus camaradas:

—¡Hola! ¿Será éste por casualidad el miserable Arnaldo de Thill?

—¿Arnaldo de Thill a caballo? —preguntó otro con extrañeza.

—¡Dios santo! —se dijo el escudero palideciendo—. ¡Parece que soy conocido por estos andurriales, y si así es, me veo bailando en la cuerda!

Imposible retroceder ni huir, porque los soldados le rodeaban. Por fortuna para él, la noche estaba bastante oscura.

—¿Quién eres? ¿Adonde vas? —le preguntó uno.

—Me llamo Martín Guerra —contestó temblando Arnaldo—, soy escudero del señor vizconde de Exmés, prisionero en la actualidad en Calais, y voy a París con objeto de volver con la cantidad necesaria para pagar el rescate de mi amo. He aquí el salvoconducto de lord Wentworth, gobernador de Calais.

El jefe de la patrulla hizo que se acercase uno de los soldados, que llevaba una antorcha, y examinó concienzuda y gravemente el documento presentado por Arnaldo.

—El sello es auténtico y el salvoconducto verdadero —dijo—. Habéis dicho la verdad, amigo, y podéis proseguir vuestro camino.

—Muchas gracias —contestó Arnaldo, ya más tranquilo.

—Una pregunta, amigo —repuso el jefe—; ¿habéis encontrado por casualidad en vuestro camino a un sujeto, que es un pillo redomado, y dice que se llama Arnaldo de Thill?

—No conozco a Arnaldo de Thill... ni he oído pronunciar nunca ese nombre —contestó el mismo Arnaldo.

—Ya supongo que no le conoceréis, pero pudisteis encontrarle por estos caminos. Es de vuestra misma estatura, y a juzgar por lo poco que permite ver la oscuridad que nos envuelve, se os parece muchísimo, aunque viste peor que vos. Lleva una capa parda, sombrero redondo y calzas grises, y el gran tunante debe de andar oculto por estas inmediaciones. ¡Oh, como caiga en nuestras manos ese Arnaldo del infierno!...

—¿Pues qué ha hecho? —preguntó con timidez Arnaldo.

—¿Que qué ha hecho? Es la tercera vez que se nos escapa; dice que se le hace la vida muy dura entre nosotros, pero como logremos dar con él, juro que no vuelve a quejarse ni a escaparse. La primera vez que se nos escapó, sin duda para no aburrirse, se llevó consigo a la amiga de su amo; me parece que semejante desafuero merecía un castigo duro. Además, no tiene un ochavo para pagar su rescate, y como consecuencia, ha sido vendido y revendido cien veces, y hoy pasa constantemente de una mano a otra, porque ya no hay nadie que le quiera ni regalado. Pero ya que no puede servirnos de ningún provecho, me parece que lo menos que podría y debería hacer sería divertirnos. ¡Pues no, señor! ¡Ni eso! Se las echa de orgulloso, se niega en redondo, escapa... Tres veces ha escapado ya; pero si le atrapamos...

—¿Qué pensáis hacer con él? —preguntó Arnaldo.

—La primera vez le dimos de palos; la segunda le dejamos medio muerto; la tercera le ahorcaremos.

—¡Le ahorcaréis! —exclamó Arnaldo asustado.

—¡Pero en el acto, amigo, en el acto! Le ahorcaremos *in continenti*, sin formación de causa. De este modo nos divertiremos nosotros y él aprenderá. ¿Ves esa viga? ¡Pues bien! De ella colgaremos a Arnaldo en cuanto caiga en nuestro poder.

—¡Diantre... diantre! —exclamó Arnaldo con risa forzada.

—¡Como te lo digo, amigo! Si por casualidad tropiezas a ese pillo, agárrale por el pescuezo y tráenosle, que nosotros te lo agradeceremos. ¡Feliz viaje!

Alejóse la patrulla: Arnaldo, completamente tranquilo ya, llamó a los soldados.

—Dispensad, señores, si me atrevo a pedir os un favor: me he extraviado y no sé donde estoy. ¿Tenéis la bondad de orientarme?

—Con mucho gusto, amigo —respondió el jefe—. Aquellas murallas y aquella poterna que, a pesar de la oscuridad, tal vez distingáis a vuestra espalda, son de Noyón... No miréis a la derecha, sino más bien a la izquierda, allá donde se ven brillar las picas de nuestros camaradas, que están de guardia en la poterna. Volveos ahora un poco y daréis frente al camino real de París, que cruza casi por la mitad del bosque. A unos veinte pasos de aquí, el sendero que habéis de tomar se divide en dos; podéis coger el de la derecha o el de la izquierda, como os acomode, pues los dos vuelven a juntarse a un cuarto de legua de aquí en el paso de la barca del Oise. Luego que hayáis atravesado el río, continuad siempre de frente. El primer pueblo que encontraréis será Auvray, que dista una legua de la barca. ¡Vaya! ¡Ya sabéis tanto como nosotros, amigo! ¡Buen viaje!

—Gracias, y buenas noches —contestó Arnaldo, poniendo su caballo al trote.

Las indicaciones que le dieron eran exactas. No habría recorrido más de veinte pasos, cuando encontró la bifurcación de senderos anunciada y dejó a su caballo en libertad de tomar el que quisiera: el animal escogió el de la izquierda.

La noche era oscura y el bosque espeso, pero al cabo de diez minutos llegó Arnaldo a un claro de la selva, y la luna, horadando las nacaradas nubes, esparció una débil claridad sobre el camino.

Iba pensando el escudero en el miedo que acababa de pasar y en la temerosa aventura que tan a prueba había puesto su sangre fría. Tranquilo en lo referente al pasado, contemplaba el porvenir con cierta melancolía.

—Ese Arnaldo de Thill, a quien tan sañudamente persiguen, no puede ser otro que el verdadero Martín Guerra —pensaba—. Y es el caso que si ese tunante se ha escapado, voy a encontrármelo en París en cuanto llegue, y el encuentro puede provocar un conflicto difícil de solución. Sé muy bien que la audacia puede salvarme, pero al mismo tiempo, no se me oculta que puede ser también mi perdición. ¿Qué necesidad tenía ese bribón de escaparse? ¡La verdad es que va resultando hartamente molesto! ¡Verdaderamente harían esos simpáticos enemigos de Francia una hermosa obra de caridad ahorcándole! ¡Ese hombre es decididamente mi genio malo!

Todavía duraba este edificante monólogo, cuando Arnaldo, que gozaba de una vista penetrante y estaba acostumbrado a ver en las tinieblas, distinguió delante, a unos cien pasos de distancia, a un hombre que, al verle, desapareció rápido como un relámpago en el foso.

—¡Hola! —pensó Arnaldo—. ¡Otro mal encuentro! ¿Alguna emboscada?

Intentó penetrar en el bosque, pero para ello había de atravesar el foso, y éste era impracticable para el caballo y para el jinete. Durante algunos minutos no se atrevió a mirar; decidióse al fin a fijar sus ojos en el sitio donde había visto al fantasma, y éste, que había vuelto a levantar la cabeza, desapareció con tanta rapidez como antes.

—¿Tendrá miedo de mí como lo tengo yo de él? —se preguntó mentalmente Arnaldo—. ¿Será recíproco nuestro deseo de no encontrarnos? Y ello es que no hay más remedio que adoptar un partido, toda vez que esta maldita zanja me impide ganar el otro camino atravesando el bosque. ¿Retrocedo? Sería lo más prudente. ¿Pongo mi caballo a galope y paso delante de ese hombre con la rapidez del rayo? Será lo más breve. El está desmontado, y a no ser que me descerraje un arcabuzazo... Pero no le daré tiempo.

Dicho y hecho: Arnaldo hundió entrambas espuelas en los ijares de su caballo y cruzó veloz por delante del hombre escondido o emboscado.

El hombre no se movió.

El miedo de Arnaldo, al ver la inmovilidad del fantasma, desapareció como por encanto. Detuvo su corcel, e iluminado por una idea repentina, volvió sobre sus pasos.

El del foso continuó inmóvil.

Arnaldo, dueño ya de todo valor, echó a andar en derecha al foso.

No bien llegó al borde y sin darle tiempo a decir ¡Jesús!, el desconocido cayó sobre él de un salto, y sacándole súbitamente del estribo el pie derecho, levantó con violencia por encima de la silla la pierna del jinete y le derribó en tierra. Inmediatamente se precipitó sobre él, le echó una mano a la garganta y casi simultáneamente puso una rodilla sobre su pecho.

Todo esto vendría a tener escasamente veinte segundos de duración.

—¿Quién eres? ¿Qué buscas? —preguntó el vencedor al vencido.

—¡Dejadme, por favor! —suplicó Arnaldo con voz apagada—. Soy francés y llevo un salvoconducto de lord Wentworth, gobernador de Calais.

—Si eres francés —replicó el desconocido—, y creo que no me engañas, pues no tienes el acento de esos endiablados extranjeros, ninguna necesidad tengo de ver tu salvoconducto. ¿Pero por qué te acercabas a mí con esa cautela?

—Me pareció ver a un hombre en el foso —respondió Arnaldo—, y me acercaba por si estaba herido y tenía necesidad de un alma caritativa que le socorriese.

—La intención era buena —dijo el desconocido, retirando la mano del cuello y la rodilla del pecho—. Vamos, camarada; levantaos —añadió, tendiendo su mano a Arnaldo, quien se puso en pie en seguida—. Os he sacudido con alguna... con demasiada brusquedad; dispensadme: lo hice porque me subleva que nadie intente meterse en mis asuntos personales. Pero sois un compatriota, y ya la cosa varía,

porque lejos de molestarme, acaso podáis servirme. Nos explicaremos con franqueza y veréis cómo nos entendemos al momento. Yo me llamo Martín Guerra; ¿y vos?

—¿Yo...? ¿Que cómo me llamo yo? —contestó Arnaldo balbuceando y muerto de miedo, porque a solas, en una noche oscura y en el corazón de una selva, el hombre a quien dominaba por la astucia le dominaba a él por la fuerza y el vigor—. Yo... me llamo Beltrán.

Por dicha para Arnaldo, la noche, muy oscura, garantizaba su incógnito, y por otra parte, él fingía todo lo posible la voz.

—Pues bien, camarada Beltrán —repuso Martín Guerra—. Sabed que soy un prisionero, que esta mañana me he escapado, por segunda vez (otros dicen que es la tercera) del poder de los españoles, ingleses, alemanes, flamencos, en una palabra, de toda esa plaga de enemigos que han caído en nuestro país como una nube de langosta. A estas horas, Francia padece, ¡Dios me confunda si exagero!, una Torre de Babel. Aquí, donde me veis, desde hace un mes he pertenecido a veinte individuos de diferentes naciones y cada amo nuevo hablaba una jerga nueva y cada jerga nueva que sonaba en mis oídos era más difícil de entender que la anterior. Me he cansado de pasar de un amo malo a otro peor; pero en una cosa coincidían todos: en divertirse atormentándome. A todas horas y con maravillosa unanimidad; me echaban en cara no sé qué diablillo con faldas que parece que se llamaba Gúdula, la cual me aseguraban que me amó con tal frenesí, que no tuvo inconveniente en fugarse conmigo.

—¿Es posible?

—Repito lo que me han dicho. Tantas burlas llegaron a molestarme en tales términos, que un día, estando en Chauny, me escapé, pero solo. Tuve la desgracia de que me cogieran, y me dieron tantos palos, que yo mismo me tenía lástima. ¿De qué me servía tenérmela? ¡De nada! Me amenazaron con ahorcarme si volvía a las andadas, y como nunca desee como entonces volver a ellas, esta mañana, pareciéndome que la ocasión era excelente cuando me conducían a Noyón, he dejado con un palmo de narices a mis tiranos. ¡Las ganas con que éstos me andaban buscando para ahorcarme! Pero yo, que soy poco aficionado a bailar en el aire, me subí a la copa de un árbol, y desde aquel elevado observatorio, riendo a más no poder, aunque un poquito pálido, les veía pasar maldiciendo y jurando como condenados. Bajé de mi observatorio cuando cerró la noche, pero me extravié en el bosque, que no conozco: primera desgracia; y luego y ésta es la segunda y la más cruel, me muero de hambre, pues hace más de veinticuatro horas que por mi gáznate no han pasado más que algunas hojas y raíces, ¡buen regalo... para el vecino! y como es natural, me caigo de debilidad, como sin esfuerzos podéis ver.

—¡Diablo! —exclamó Arnaldo—. No pude ver esa debilidad hace un momento; antes por el contrario, me pareció, os lo confieso, que teníais un vigor que yo quisiera

para mí.

—¡Ah! ¿Lo decís porque os sacudí un poco? No me guardéis rencor: era la fiebre del hambre; sí, la fiebre del hambre me sostenía. Pero en este momento, vos sois mi Providencia, porque siendo un compatriota mío, no habéis de consentir que caiga de nuevo en manos de mis enemigos, que son también los vuestros.

—Contad conmigo si algo puedo hacer en vuestro obsequio —contestó Arnaldo de Thill, pensando en el partido que podría sacar del discurso de Martín, principiando a entrever el modo de vengarse del que momentos antes le había vencido con su puño de hierro.

—Mucho podéis hacer por mí —repuso el bonachón de Martín Guerra—. ¿Conocéis bien estos sitios?

—Soy natural de Auvray, que dista un cuarto de hora de aquí —contestó Arnaldo.

—¿Ibais ahora a vuestro pueblo?

—Al contrario; venía —respondió Arnaldo después de un momento de duda.

—¿Entonces Auvray cae hacia allá? —preguntó Martín extendiendo el brazo en dirección a Noyón.

—Precisamente: es el primer pueblo, pasado Noyón, que se encuentra en el camino de París.

—¡En el camino de París! —repitió Martín Guerra—. ¡Parece mentira cómo se pierde uno en los bosques! Yo creía que volvía la espalda a Noyón y caminaba en derechura hacia él; creía que me encaminaba a París, y me alejaba. Vuestro maldito país me es, como decía antes, completamente desconocido. Entonces, para no meterme yo mismo en la boca del lobo, necesito escapar en dirección opuesta a la que vos traíais, ¿no es cierto?

—¡Exacto! Yo voy a Noyón, pero podéis venir por ahora conmigo, porque cerca de aquí, poco antes de llegar a la barca del Oise, encontraremos un camino, que yo os indicaré, que os conducirá en línea recta a Auvray.

—Gracias, muchas gracias, amigo Beltrán. Me conviene más que nunca economizar camino, porque estoy rendido, sin fuerzas y en ayunas. ¿Tendríais por casualidad algunas provisiones a mano, amigo Beltrán? ¡Me salvaríais dos veces! Una de los ingleses, y otra del hambre, que es peor todavía que los ingleses.

—¡Cuánto lo siento! —contestó Arnaldo—. Ni una migaja de pan llevo en las alforjas. Lo que sí podría daros, si lo deseáis, es un trago, pues llevo la calabaza llena.

En efecto: Babette había tenido la precaución de llenar la calabaza del infiel Arnaldo de un vino de Chipre de bastantes grados, y el viajero la había tratado hasta entonces con prudencia a fin de conservar despejada su razón, de suyo frágil, en medio de los peligros del camino.

—¡Con mucho gusto beberé! —exclamó Martín Guerra alborozado—. El vino me reanimará un poco.

—Bebed, pues —dijo Arnaldo alargándole la calabaza.

—Gracias, y que Dios os lo pague.

En seguida aplicó a sus labios el cuello de la calabaza y bebió una cantidad respetable de aquel vino, tan traidor como quien se lo daba, cuyos vapores perturbaron casi en el acto su debilitado cerebro.

—¡Hola! —exclamó riendo—. No deja de dar calor vuestro vinillo.

—¡No digáis eso, por Dios! —contestó Arnaldo—. Es muy flojo, inofensivo como el agua. En cada comida me bebo yo dos botellas... Pero, esperad; la noche está deliciosa; sentémonos sobre la hierba y así podréis descansar y beber a vuestro gusto. Tenemos tiempo de sobra; por mi parte, con que llegue a Noyón antes de las diez, hora en que cierran las puertas, no necesito más, y vos, aunque Auvray continúa siendo de Francia, podríais tropezar, si os aventuráis tan temprano por el camino real, con patrullas enemigas que os dieran un disgusto, y si dejáis el camino real y tomáis algún atajo o sendero, de fijo os perdéis otra vez. Lo más prudente es detenernos aquí algunos minutos y charlar en buena paz y compañía. Decidme: ¿dónde fuisteis hecho prisionero?

—No lo sé de cierto —respondió Martín Guerra—, porque en esto, como en todo lo que tiene relación con mi pobre existencia, hay dos versiones contradictorias: la que yo creo y la que los demás me dicen. Habéis de saber, amigo mío, que me aseguran que fue en la batalla del día de San Lorenzo cuando yo me entregué y fui hecho prisionero, pero yo juraría que no asistí a semejante batalla y que fue después, bastante después cuando me prendió un destacamento enemigo.

—¿Pero, cómo puede ser eso? —interrogó Arnaldo de Thill como maravillado—. ¿Tenéis, por ventura, dos historias? Me parece que vuestras aventuras deben de ser interesantes y distraídas, y yo os advierto que los cuentos me entusiasman hasta la locura. Bebed cinco o seis tragos para que despierte vuestra memoria y contadme algo de vuestra vida. ¿Sois de Picardía?

—No; no soy picardo —contestó Martín, haciendo una pausa después de haber vaciado tres cuartas partes del contenido de la calabaza—. Soy del Mediodía; de Artigues.

—¡Hermoso país, según he oído decir! ¿Tenéis allí a vuestra familia?

—A mi familia y a mi mujer, querido amigo —contestó Martín, que, gracias al vinillo de Chipre, se había hecho confiado y expansivo.

Y excitado en parte por las preguntas de Arnaldo, y en parte por el mosto, empezó a contar su historia con todos sus detalles. Habló de su juventud, de sus amores, de su matrimonio; dijo que su mujer era encantadora, aunque tenía un pequeño defecto, el de ser muy ligera y muy pesada a la vez de mano. Observó que ciertamente no deshonoraba a un hombre un bofetón de una mujer, pero que molestaba a la larga, y que por aquella causa, es decir, por ser su mujer expresiva en exceso con la mano, se

había Martín alejado de ella. Narró circunstancialmente las causas, accidentes y consecuencias de la ruptura, haciendo constar que, a pesar de todo, no había dejado de amar a su querida Beltrana, y que todavía llevaba en el dedo el anillo de hierro que selló su unión ante Dios y ante los hombres. También conservaba, muy guardaditas en el pecho, sobre el corazón, las dos o tres cartas que Beltrana le había escrito a raíz de su separación primera. Al decir esto, lloraba el buenazo de Martín Guerra, sin duda porque *tenía un vino* sentimental. Quiso asimismo referir todo lo que le había acontecido desde que entró a servir al señor vizconde de Exmés, y juró que le perseguía tenaz un demonio; que él, Martín Guerra, no era un Martín Guerra, sino dos, y que le confundían y enloquecían los sucesos contradictorios de sus dos existencias. Esta parte de la historia pareció interesar menos a Arnaldo de Thill, que procuraba que el narrador desmenuzase bien los incidentes de la infancia, y que hablase muy por extenso de la casa paterna, de los amigos y parientes que Martín tenía en Artigues, y de las gracias y defectos de Beltrana.

En menos de dos horas, el pérfido Arnaldo de Thill, por medio de un interrogatorio habilísimo, supo cuanto deseó saber sobre las antiguas costumbres y actos más secretos del pobre Martín Guerra. Este se levantó, o mejor dicho, quiso levantarse, al cabo de dos horas; pero la cabeza le pesaba horriblemente, sus piernas se negaban a sostenerle y cuantas veces conseguía ponerse en pie, volvía a caer en tierra.

—¡Es particular! ¿Qué es lo que me pasa? —dijo soltando una carcajada estrepitosa que resonó por todos los ámbitos del bosque—. Dios me perdone, pero sospecho que ese vinillo impertinente ha hecho de las suyas. Dadme la mano, amigo mío, y veré si consigo tenerme en pie.

Gracias al auxilio que caritativo le prestó Arnaldo, Martín logró sostenerse sobre sus piernas, aunque su equilibrio nada tenía de clásico.

—¡Cuernos del diablo! ¡Cuántas linternas! —gritó Martín—. ¡Pero, qué estúpido soy! ¿Pues no tomaba las estrellas por linternas?

Y seguidamente entonó con voz de trueno la siguiente copla:

*¿De dónde sacaste el vino que me
has dado a beber?
En el infierno lo hicieron y lo trajo
Lucifer.*

—¿Queréis callar? —exclamó Arnaldo—. ¿No comprendéis que puede pasar por las inmediaciones alguna patrulla enemiga y oíros?

—¿Y qué te importa? ¡Me río de todos los enemigos presentes, pasados y futuros! ¿Qué pueden hacerme? ¿Ahorcarme? Bien mirado, no creo que se esté tan mal

colgado de una cuerda. Me habéis hecho beber demasiado, camarada. Yo, que de ordinario soy tan sobrio como un corderillo, aguanto poco vino. Y lo peor es que no sé batirme bien cuando estoy borracho. Hace dos horas, estaba en ayunas y tenía hambre, pero ahora, aunque no he comido, sólo tengo sed.

*¿De dónde sacaste el vino que me
has...*

—¡Silencio! ¡Vaya! Probemos a andar... ¿No decíais que pensabais dormir en Auvray?

—¿Dormir? Naturalmente que quiero dormir, pero no en Auvray, sino aquí mismo, bajo las linternas del cielo colgadas en lo alto por el mismo Dios.

—Lo más indicado para que mañana os descubra alguna patrulla española y os envíe a pernoctar con el diablo.

—¿Con el marrullero Lucifer? No; no me gusta su compañía. Veo que habré de hacer un esfuerzo y procurar arrastrarme como pueda hasta Auvray. Cae hacia aquella parte, ¿no es verdad? ¡Pues en marcha!

Eché a andar; pero eran tantos los traspies que daba, que Arnaldo comprendió que, si no le ayudaba, Martín se iba a perder una vez más, es decir, a salvarse, y esto no entraba en los cálculos del canalla.

—¡Vaya! —dijo al infeliz Martín—. Soy caritativo por temperamento, y como por otra parte Auvray no está lejos, os acompañaré hasta dejaros en el pueblo. Esperad un poco: desataré el caballo, lo llevaré de las riendas y os cederé uno de mis brazos para que os sirva de apoyo.

—Acepto de muy buena gana —respondió Martín—. Como no soy orgulloso ni tengo amor propio, os confesaré sinceramente que estoy un poquito *alumbrado*. Dije antes que vuestro vinillo es bastante fuerte, y sigo en mis trece. Estoy contento, la alegría me retoza en el cuerpo, pero me achispé...

—En marcha, que se hace tarde —interrumpió Arnaldo, tomando el camino que conducía directamente a Noyón—. Para entretener el camino convendría que me contarais alguna de vuestras divertidas historias de Artigues.

—¿Queréis que os refiera la historia de Pepona? ¡Sí, sí, voy a contarla! ¡Pobre Pepona!

Lo que acaeció a Pepona era demasiado escabroso para que lo narremos aquí. Sólo diremos que había concluido la historia el narrador, cuando los dos amigos llegaron a la poterna de Noyón.

—Hemos llegado —dijo Arnaldo—. No tengo necesidad de seguir más... ¿Veis bien aquella puerta? Es la de Auvray. Llamad, y el encargado de su custodia os la franqueará. Decid que os recomienda Beltrán, y os acompañará a mi casa, que no

diste diez pasos de la puerta. Mi hermano os recibirá muy bien y os dará buena cena y mejor cama. ¡Adiós, adiós, camarada! ¡Un apretón de manos, y adiós!

—Adiós, y gracias —contestó Martín—. Soy un pobre diablo que no puede corresponder más que con frases de agradecimiento a lo mucho que habéis hecho por mí; pero estad tranquilo, que Dios nuestro Señor, que es justo, os dará la recompensa que merecéis... ¡Adiós, amigo mío!

¡Cosa extraña! Las palabras pronunciadas por un borracho determinaron un violento estremecimiento de terror en Arnaldo, que nunca fue supersticioso. A punto estuvo de llamar al infeliz Martín, pero cuando estaba casi decidido ya a hacerlo, aquél aporreaba con todas sus fuerzas la portera.

—¡Pobre diablo! ¡Está llamando a su tumba! —pensaba Arnaldo—. ¡Bah! ¡No sé a qué viene este remordimiento!...

Martín, que no dudaba que su compañero le observaría desde lejos, gritaba con voz potente:

—¡Eh! ¡Guardia del diablo! ¿Estáis sordo, Cancerbero? ¿Te da la gana de abrir, dormilón? ¡Me envía Beltrán, el buen Beltrán!

—¿Quién llama? —preguntó el centinela desde dentro—. ¡No se abre! ¿Quién eres que tanto ruido armas?

—¿Que quién soy? ¡Vaya una pregunta! Soy Martín Guerra, o si lo prefieres, Arnaldo de Thill, el amigo de Beltrán. Soy un hombre y soy muchos hombres, particularmente cuando he empujado el codo. En este momento llevo dentro de mi cuerpo veinte valientes, con cuya ayuda te solfearé las costillas si no abres pronto.

—¡Arnaldo de Thill! ¿Dices que eres Arnaldo de Thill? —preguntó el centinela.

—¡Arnaldo de Thill, sí, con cien carretadas de demonios! —contestó Martín aporreando la puerta con puños y pies.

Entonces se oyó detrás de la puerta el ruido de los pasos de los soldados que acudían a la voz del centinela.

Abrieron la puerta, apareció un farol, y a su luz, vio Arnaldo, escondido detrás del tronco de un árbol poco distante, que salía un pelotón de soldados, los cuales, después de reconocer al que llamaba, decían con acento de sorpresa:

—¡Es él, no hay duda! ¡El mismo!

Martín Guerra, que reconoció al punto a sus verdugos, exhaló un grito que fue a clavarse como una maldición en el pecho de Arnaldo.

Por el ruido y las voces, juzgó Arnaldo que el bravo Martín, viéndose perdido, entablaba una lucha imposible, lucha de dos puños contra veinte espadas. El ruido fue disminuyendo y alejándose gradualmente hasta que cesó. Martín, cuya boca lanzaba juramentos y maldiciones, fue arrastrado por sus enemigos.

—¡Arreglado estás, si crees que con injurias vas a enmendar tu asunto! —murmuró Arnaldo frotándose las manos.

Cuando ya no oyó nada, se entregó por espacio de un cuarto de hora a sus pensamientos, pues hay que tener en cuenta que el miserable era hombre de sólida y profunda reflexión. El resultado de sus meditaciones fue internarse tres o cuatrocientos pasos más en el bosque. Allí ató su caballo a un árbol, puso la montura en el suelo, sobre un montón de hojarasca seca, se arrebujó en su manta, y, al cabo de breves minutos, dormía con ese sueño plácido y tranquilo que Dios concede por igual al criminal endurecido y al inocente tímido.

Estuvo durmiendo ocho horas seguidas. Cuando despertó, todavía no había amanecido, pero calculando por la posición de las estrellas que serían las cuatro de la mañana, se levantó, y sin desatar su caballo, echó a andar con precaución hacia el camino real.

De la viga que le habían enseñado la víspera pendía balanceándose el cuerpo del infeliz Martín Guerra.

Una sonrisa de demonio animó los labios de Arnaldo de Thill.

Se acercó, sin temblar, al cadáver, pero no pudo alcanzarlo por estar demasiado alto. En vista de ello, trepó a lo alto del pie derecho que sostenía la viga horizontal, se deslizó a lo largo de ésta, espada en mano, y cortó con ella la cuerda.

El cadáver cayó pesadamente en tierra.

Arnaldo descendió, sacó del dedo del muerto un anillo que no valía el trabajo que costaba sacarlo, registró el bolsillo interior del ahorcado donde encontró algunos papeles, que guardó con mucho cuidado, tomó su capa, y se retiró tranquilamente, sin dirigir una mirada, sin rezar un *Padrenuestro* por el eterno descanso del desventurado a quien tanto atormentara durante su vida, y a quien robaba después de empujarle a la muerte.

Llegó a donde estaba su caballo, montó y seguidamente partió a rienda suelta camino de Auvray. ¡El miserable iba contento! ¡El pobre Martín no podría trastornar ya sus proyectos para el porvenir!

Sobre media hora después, al débil resplandor de la aurora, que asomaba ya por Oriente, un leñador que pasaba por el camino real vio la cuerda cortada que pendía de la viga y al hombre tendido en el suelo. Se acercó, curioso y asustado a un tiempo, al muerto, y pudo observar que sus vestidos estaban en desorden y que una cuerda rodeaba su cuello. Dudaba si el peso del cuerpo habría roto la cuerda o si la habría cortado, demasiado tarde, algún amigo del ahorcado. Al fin se determinó a tocar el cuerpo para asegurarse de si estaba muerto.

¡Su terror fue inmenso cuando vio que el ahorcado movía la cabeza y las manos y se incorporaba al fin poniéndose de rodillas! El leñador, lleno de espanto, emprendió desatinada carrera por el bosque, santiguándose sin cesar y encomendándose a Dios y a todos los santos del Cielo.

XLII

LOS SUEÑOS BUCÓLICOS DE ARNALDO DE THILL

El condestable de Montmorency, a las veinticuatro horas de haber llegado a París después de haber pagado por su libertad un rescate real, habíase presentado en el Louvre con objeto de cerciorarse del estado en que se encontraba su privanza, pero Enrique II le recibió con mucha frialdad y le elogió la administración del duque de Guisa, diciendo que, gracias a él, las desventuras del reino, si no habían sido reparadas, por lo menos se iban atenuando.

Furioso el condestable, pálido de cólera y de envidia, creyó que Diana de Poitiers, menos ingrata que el rey, le prodigaría consuelos; pero también la favorita le acogió con frialdad, y como Montmorency se doliese de aquella acogida y manifestase temores de que le hubiera sido desleal durante su ausencia, concediendo sus favores a otro mortal más afortunado que él, Diana de Poitiers le preguntó con impertinencia:

—¿No ha llegado a vuestros oídos la nueva copla que canta el pueblo de París?

—Acabo de llegar, señora, y no...

—¡Pues bien! El pueblo, que a veces tiene gracia, dice:

*Hoy es San Lorenzo;
La silla vacante,
Señores, sabedlo,
Se arrienda al instante.*

El condestable se puso lívido. Saludó a Diana de Poitiers sin hablar más, salió del Louvre y se fue a su palacio con el corazón traspasado de dolor y de rabia.

En cuanto entró en su cámara, arrojó con violencia su sombrero al suelo.

—¡Reyes y mujeres, oh, raza ingrata! —exclamó—. ¡Sólo gustan de los vencedores...!

—Monseñor —le interrumpió un criado—, espera un hombre que desea hablaros.

—¡Que se vaya al diablo! —gritó el condestable—. ¡Estoy de buen temple para recibir a nadie! Dile que vaya a visitar al duque de Guisa.

—Monseñor; el hombre que espera me ha encargado que os diga que se llama Arnaldo de Thill.

—¡Arnaldo de Thill! —repitió el condestable con sorpresa—. Siendo Arnaldo de Thill, es diferente; hazle entrar.

El criado hizo una reverencia y salió.

—El tal Arnaldo —monologaba el condestable— es hábil, astuto y codicioso, y

por añadidura, no sabe lo que son escrúpulos de conciencia... ¡Oh!... ¡Si él pudiese ayudarme a tomar venganza de esas gentes!... ¡Venganza!... ¿Y qué saldría ganando con vengarme? ¡Si gracias a su diabólica astucia encontrara un medio de recobrar mi perdida privanza! ¡Eso sería, mejor! Se me había ocurrido esgrimir el secreto de Montgomery, pero sería mejor que Arnaldo idease otra cosa que me dispensara de recurrir a aquél.

Fue introducido Arnaldo de Thill.

El gozo y la imprudencia resaltaban en el rostro de aquel bribón cuando saludó al condestable inclinándose hasta besar el suelo.

—Te creía prisionero —le dijo Montmorency.

—Lo he estado efectivamente, monseñor, como vos —respondió Arnaldo.

—Pero estás libre ya.

—Sí, monseñor. He pagado mi rescate en mi moneda, es decir, con buenas palabras y malas obras. Vos os habéis servido de vuestro dinero y yo de mi astucia, y entrambos hemos conseguido el mismo resultado: la libertad.

—¿Te atreves a venirme con indirectas impertinentes, miserable? —gritó el condestable.

—No, monseñor: es la voz de la humildad la que acaba de hablar. Mis palabras significan lisa y llanamente que no tengo dinero.

—¡Hum! —refunfuñó Montmorency—. ¿Qué quieres de mí?

—Lo que no tengo, monseñor: dinero.

—¿A santo de qué he de darte yo dinero?

—A santo de pagarme, monseñor.

—¿Pagarte... el qué?

—Las nuevas que os traigo.

—Veamos tus nuevas.

—Veamos vuestros escudos, monseñor.

—¡Tunante! ¿Y si te mando ahorcar?

—Recurriríais al medio más detestable para desatarme la lengua, monseñor.

—Cuando tan insolente está —se dijo Montmorency—, de fijo que se considera necesario... ¡Vaya! —dijo alzando la voz—. No tengo inconveniente en hacerte algún adelanto.

—Monseñor es muy bueno —contestó Arnaldo—. Yo le recordaré el ofrecimiento generoso que acaba de hacerme cuando haya liquidado las cuentas atrasadas.

—¿Qué cuentas?

—Detalladas las traigo en esta nota, monseñor —contestó Arnaldo presentando la famosa cuenta cuyas partidas le hemos visto aumentar con tanta frecuencia.

El condestable de Montmorency ojeó la nota.

—Aquí veo —dijo— junto a servicios quiméricos e ilusorios, otros que realmente habrían podido serme útiles si no se hubiese modificado esencialmente mi situación desde que me los prestaste, pero hoy para nada me sirven, como no sea para aumentar mi aflicción.

—¡Bah, monseñor! Yo creo que exageráis el alcance de vuestra desgracia.

—¡Cómo! ¿Sabes... se sabe ya que he caído en desgracia?

—Lo saben y lo sé, monseñor.

—Entonces, Arnaldo —repuso con amargura el condestable—, también debes de saber que para nada me sirve ahora que el vizconde de Exmés y Diana de Castro fueron separados gracias a ti en San Quintín, toda vez que, según todas las probabilidades, ni el rey ni la gran senescala concederán ya a mi hijo la mano de su hija.

—Lo que yo creo, monseñor, es que el rey os concedería radiante de satisfacción a su hija si vos pudierais devolvérsela.

—¿Qué quieres decirme?

—Digo, monseñor, que nuestro buen rey Enrique II debe de estar muy triste en estos momentos, no ya sólo por la pérdida de la batalla del día de San Lorenzo y por la de la ciudad de San Quintín, sino también por la de su muy querida hija Diana de Castro, que desapareció el día de la toma de San Quintín y nadie sabe qué ha sido de ella. Acerca de su desaparición circulan mil rumores, pero contradictorios. Como vos llegasteis ayer, monseñor, ignoráis esta noticia, que tampoco supe yo hasta esta mañana.

—¡Tengo tantas cosas en que pensar! —exclamó el condestable—. Comprenderás que debía preocuparme antes de la desgracia presente que de la privanza pasada.

—Naturalmente —contestó Arnaldo—: ¿pero no reconquistaríais esa privanza si pudierais presentaros al rey y decirle, por ejemplo: «Señor: lloráis a vuestra hija, la buscáis en vano por todas partes, preguntáis a todos por ella y sólo yo sé dónde est»?.

—¿Lo sabes tú, por ventura, Arnaldo? —preguntó con vivacidad Montmorency.

—Saber es mi oficio, monseñor —respondió el espía—. Os anuncié que tenía noticias que venderos, y viendo estáis que no es mi mercancía de mala calidad, ¿Estáis reflexionando? ¡Reflexionad, reflexionad, monseñor!

—Reflexiono, sí; pienso que los reyes no olvidan nunca los fracasos de sus servidores, pero sí, con mucha facilidad, sus merecimientos. Cuando yo devuelva a Enrique II la hija que ha perdido, experimentará una alegría delirante y creará, en el primer momento, que todo el oro y todos los honores de su reino no serán suficientes para recompensarme. Pero pasarán los días, Diana llorará, Diana dirá que quiere morir antes que pertenecer a un hombre que no sea el vizconde de Exmés, y el rey, hostigado por ella y aconsejado por mis enemigos, se acordará de la batalla que perdí y no de la hija que le habré devuelto. Consecuencia: todos mis esfuerzos vendrán a la

postre a redundar en favor del vizconde de Exmés.

—Todo tiene remedio —insinuó Arnaldo—. Si al mismo tiempo que apareciera la señora de Castro desapareciese el vizconde de Exmés, el golpe sería magistral.

—Sin duda; pero me repugnan los recursos extremos. Sé que tu brazo es seguro y tu boca discreta, pero...

—¡Monseñor interpreta torcidamente mis palabras! —exclamó Arnaldo fingiendo una indignación que no sentía—. ¡Monseñor me calumnia! ¡Monseñor me hace la injuria de suponer que yo sería capaz de librarme de ese hombre por procedimientos... violentos! (Acompañó la última palabra con un gesto expresivo). ¡No! ¡Mi intención es otra!

—Explícate —dijo el condestable.

—A la explicación debe preceder un convenio, monseñor. Yo os revelo el lugar donde se encuentra la gacela perdida, y os garantizo la ausencia y el silencio del peligroso rival de vuestro hijo por todo el tiempo necesario para asegurar la conclusión del matrimonio de la señora de Castro con el duque Francisco de Montmorency. A cambio de estos dos servicios, servicios valiosísimos, ¿verdad?; a cambio de estos dos servicios, ¿qué pensáis hacer por mí?

—¿Qué pides tú? Veamos.

—Veo que os ponéis en razón y no he de ser yo menos. Me abonaréis sin regatear la nota que he tenido el honor de presentaros; ¿no es cierto?

—Conforme —contestó el condestable.

—Bien sabido me tenía yo que este primer punto no daría lugar a dificultades. El total es una miseria, lo indispensable para sufragar los gastos de mi viaje y adquirir algunas cosillas que necesito comprar antes de salir de París. ¡Pero, por desgracia, monseñor, el oro no basta en este mundo!

—¡Cómo! —exclamó el condestable, admirado y casi espantado—. ¿Es Arnaldo de Thill quien me dice que el oro no basta en este mundo?

—Arnaldo de Thill en persona, monseñor, pero no el Arnaldo de Thill mendigo y codicioso que habéis conocido, sino otro Arnaldo de Thill que, satisfecho con la humilde fortuna que ha... adquirido, y cifrando todos sus anhelos en vivir tranquilamente en el país que le vio nacer, en volver al hogar paterno, suspira por los amigos de su infancia y por su familia. Esta ha sido siempre mi ambición, monseñor, el sueño hermoso de mi existencia... un tanto agitada.

—Si, como dicen, para gozar de la calma precisa sufrir antes los rudos embates de la tormenta, no dudo que serás dichoso, Arnaldo. ¿Pero, de veras te has hecho rico?

—Así, así, monseñor —contestó Arnaldo—. Diez mil escudos para un pobre diablo como yo son una fortuna, sobre todo viviendo en un lugarejo como el mío y dedicándome en absoluto a mi humilde familia.

—¡Tu familia! ¡Tu lugarejo! —repitió el condestable—. Siempre te creí sin patria

ni hogar, hombre que vivías del azar y bajo un nombre supuesto.

—Realmente Arnaldo de Thill es un nombre supuesto, monseñor: mi verdadero nombre es Martín Guerra y soy natural del lugar de Artigues, donde dejé a mi mujer y a mis hijos.

—¡Tu mujer! ¡Tus hijos! —repitió el condestable estupefacto.

—Sí, señor —contestó Arnaldo con el tono sentimental más cómico que quepa imaginar—. Debo prevenir a monseñor que, de hoy en adelante, no deberá contar con mis servicios, porque los dos asuntos de que nos ocupamos en este momento serán los últimos en que intervenga. Me retiro de los negocios, monseñor, quiero vivir honradamente en adelante, rodeado del cariño de mis parientes y de la consideración de mis conciudadanos.

—¡Sea en buena hora! —exclamó el condestable—. Pero si te has hecho tan modesto, si tanto te entusiasman las costumbres bucólicas que no quieres oír hablar de dinero, ¿qué precio pones a los dos secretos que dices que posees?

—Pido algo que vale más que el dinero, monseñor: pido un poquito de honor, no digo honores, entendámonos, sino un poquito de honor, del que confieso que tengo urgente necesidad.

—Explícate; porque hasta aquí tu lenguaje es bastante enigmático.

—Obedezco, monseñor. Aquí traigo redactado un escrito que atestigua que yo, Martín Guerra, he pertenecido a vuestro servicio durante... tantos años, en calidad de... en calidad de escudero (de algún modo hay que dorar mis ocupaciones); que durante todo ese tiempo me he conducido como servidor fiel y leal, y que vos, monseñor, deseando premiar mi fidelidad, me habéis hecho donación de una cantidad bastante crecida para ponerme a cubierto de toda necesidad durante el resto de mis días. Estampad al pie de este escrito vuestra firma y vuestro sello, y quedamos en paz.

—¡Imposible! —contestó el condestable—. Yo no puedo firmar tales patrañas sin ser falsario, es decir, sin exponerme a ser llamado falsario y felón.

—No son patrañas, monseñor, puesto que es rigurosamente exacto que os he servido con fidelidad... dentro de mi sistema especial de servir, y, por otra parte, os juro que, si yo hubiese economizado todo el dinero que hasta hoy me habéis dado, el total excedería mucho de los diez mil escudos. Por lo tanto, no corréis peligro de ser desmentido, y aun cuando alguno corrierais, tened presente que yo los he afrontado muy grandes para proporcionaros éxitos que os convenían, y que no serán pequeños los que habré de correr para conseguir los dos fines que he indicado, de los cuales vos solamente recogeréis el fruto.

—¡Miserable! ¡Esa comparación...!

—Es justa, monseñor —interrumpió Arnaldo—. Nos necesitamos el uno al otro, y todos sabemos que la igualdad es hija de la necesidad. El espía os devuelve vuestro

crédito: lógico y natural es que vos devolváis el suyo al espía. ¡Fuera falsas vergüenzas, monseñor, que nadie nos oye, y terminemos de una vez el negocio, que si bueno es para mí, mejor y más ventajoso es para vos!. ¡Toma y daca, monseñor, firmad!

—¡No, no! ¡Después! —replicó Montmorency—. ¡Toma y daca, como dices! Quiero antes conocer los medios con que cuentas para conseguir el doble resultado que me prometes: quiero saber qué ha sido de Diana de Castro y qué será del vizconde de Exmés.

—Pues bien, monseñor: aparte de algunas reticencias, que considero necesarias, voy a satisfaceros sobre estos dos puntos concretos, seguro de que os veréis obligado a confesar que entre la casualidad y yo hemos arreglado las cosas a medida de vuestros intereses.

—Puedes principiar.

—Por lo que respecta a la señora de Castro, ni ha sido muerta, ni secuestrada, ni raptada; la hicieron prisionera en San Quintín y fue comprendida entre los cincuenta personajes notables que se reservó el vencedor para obtener de ellos el rescate correspondiente. Sí me preguntáis por qué causa la persona que la tiene en su poder no ha hecho pública su situación, y por qué la misma señora de Castro no ha dado noticias suyas, os contestaré sencillamente que lo ignoro. Hablando con sinceridad, yo la creía en libertad, y suponía que la encontraría en París a mi llegada. Esta mañana he sabido que en la corte ignoraban el paradero y la suerte de la hija del rey, y que era ésta una de las causas, y no la menor, de pesadumbre de Enrique II. Posible es que en estos días de turbulencias, en las circunstancias azarosas por que atravesamos, los mensajes que la señora de Castro habrá enviado hayan sufrido extravío o sido interceptados, o bien que su silencio envuelva algún misterio. Sea lo que fuere, yo puedo despejar la incógnita, yo puedo decir positivamente el lugar donde está prisionera la hija del rey.

—Reconozco que la noticia es preciosa —dijo el condestable—. Dime ahora el sitio donde Diana de Castro se encuentra, y quién es el hombre que la tiene en su poder.

—¡Paciencia, monseñor, paciencia! —replicó Arnaldo—. ¿No preferís que os revele antes en dónde se halla el vizconde de Exmés? Porque si interesante es saber donde están los amigos, más interesante es conocer el sitio donde están los enemigos.

—¡Deja para mejor ocasión las máximas! —exclamó con impaciencia Montmorency—. ¿Qué es del vizconde de Exmés?

—Prisionero también, monseñor —respondió Arnaldo—. ¿Quién no se ha dado el gusto de caer prisionero en estos últimos tiempos? ¡Se puso tan en moda...! Pues bien, el vizconde de Exmés, por seguir la moda, fue hecho prisionero.

—Pero sabrá dar noticias suyas, y como es rico y tiene amigos, y deseará con

impaciencia recobrar la libertad, sin dificultad encontrará el dinero necesario para pagar su rescate, y el día menos pensado tropezáremos con él.

Conjeturáis admirablemente, monseñor. Sí, el vizconde de Exmés es rico, quiere recobrar la libertad lo más pronto posible, quiere pagar sin pérdida de momento su rescate, y para evitar entorpecimientos, envió a París a un individuo de toda su confianza, con encargo de reunir la cantidad necesaria y de llevársela sin dilación.

—¿Y qué hacemos nosotros?

—Nada, porque por fortuna para nosotros, y por desgracia para él, el individuo de toda su confianza enviado a París soy yo, monseñor; ¡yo! Yo, que servía al vizconde de Exmés bajo mi verdadero nombre de Martín Guerra, en calidad de escudero. Ya veis que puedo pasar por escudero sin inverosimilitud.

—¿Y no has desempeñado la comisión que te confiaron, bribón? —incredó el condestable—. ¿No has reunido el precio de la libertad de tu pretendido señor?

—Al contrario, monseñor; he reunido esa cantidad, que no son cosas esas que se dejen así. Debéis considerar, monseñor, que dejar sin reunir y recoger ese dinero, era despertar sospechas. Lo he recogido, pues, escrupulosamente... con objeto de asegurar el éxito de nuestra empresa. Pero tranquilizaos, que estoy resuelto a no llevarlo a su destino en mucho tiempo. Esos diez mil escudos eran los que me hacían falta para vivir piadosa y honradamente el resto de mis días, y son los que vuestra generosidad inagotable me ha donado, según reza el documento que vais a firmarme.

—¡No lo firmaré, infame! —gritó el condestable—. ¡Jamás me haré cómplice a sabiendas de un robo!

—¡Oh, monseñor! —replicó Arnaldo—. ¿Cómo calificáis tan duramente lo que es una necesidad a la que no tengo más remedio que sucumbir si he de servirlos? Llevo mi abnegación por vos hasta el extremo de imponer silencio a mi conciencia, ¿y ése es el pago que me dais? ¡Está bien! Llevaré al vizconde de Exmés el precio de su rescate, y así podrá llegar a París al mismo tiempo que la señora Diana de Castro, si no llega antes. En cambio, si no se lo llevo...

—¿Si no se lo llevas...?

—Ganaremos tiempo, monseñor. El vizconde de Exmés esperará con paciencia los quince días primeros, comprendiendo que no se reúnen diez mil escudos en un quítame allá esas pajas. No pensará mal, pues a decir verdad, hasta esta mañana no me los ha entregado su nodriza.

—¿Y se ha fiado de ti esa pobre mujer?

—De mí y de un anillo y una carta del vizconde, monseñor. Además, ella me conoce bien y de larga fecha. Decíamos que esperará a los quince días primeros con paciencia, y a éstos seguirán ocho de espera impaciente, ocho de espera desesperada, lo que arroja un total de un mes. Dentro de un mes, o de mes y medio, el vizconde de Exmés enviará otro mensajero con la misión de buscar al que envió antes: pero éste

no será habido, y si diez mil escudos son difíciles de reunir, diez mil veces más difícil, por no decir imposible, será reunir los segundos diez mil. Dispondréis, pues, de tiempo sobrado para casar, no una, sino veinte veces a vuestro hijo, monseñor, porque el vizconde de Exmés parecerá que ha muerto durante un período de dos o más meses, y no ha de reaparecer vivo y furioso hasta el año que viene.

—Sí; pero reaparecerá al fin, y el día que reaparezca, ha de remover el cielo y la tierra hasta averiguar qué ha sido de su fiel escudero Martín Guerra.

—¡Ay, monseñor! —contestó Arnaldo con acento lastimero—. Averiguará que su fiel Martín Guerra, al hacer el viaje de regreso llevando el rescate de su señor, tuvo la desventura de caer en manos de una patrulla española que, después de robarle y saquearle, le ahorcó cruelmente frente a las puertas de Noyón, para asegurarse, sin duda, de su silencio:

—Me han ahorcado ya, monseñor: ¡ved hasta donde llega mi celo! Únicamente acerca de la fecha de mi muerte ofrecen alguna contradicción las versiones que circulan por el país; pero, ¿qué fe merecen los bandidos que me hicieron bailar en la horca? Ninguna, puesto que están interesados en disfrazar la verdad. ¡Vamos, monseñor! —continuó con alegría y resolución el insolente Arnaldo—. Ved que mis precauciones están muy bien tomadas, y que con un pícaro tan experto como yo, no existe el menor peligro de que vuestra excelencia se vea comprometido. Si la prudencia fuese proscrita en la tierra, no dudéis que buscaría refugio en el corazón de un... ahorcado. A mayor abundamiento, al firmar el escrito que os presento, no certificaréis, os lo repito, más que la verdad. Hace mucho tiempo que os sirvo, según pueden atestiguar todos vuestros criados, y en cuanto a la suma de diez mil escudos, podéis tener la seguridad de que es inferior a la que en realidad me habéis dado. No tengo inconveniente en firmaros el oportuno recibo.

El condestable no pudo contener una sonrisa.

—Eres un bribón, sí —dijo—; pero...

—Pero es la forma, y no la esencia de la cosa lo que causa las vacilaciones de monseñor: ¿pero es que significa algo la forma para los espíritus superiores? ¡Firmad, monseñor, firmad sin más cumplidos!

Al mismo tiempo, colocó sobre la mesa el documento al cual no faltaba más que la firma.

—Necesito saber antes el nombre de la ciudad donde Diana está prisionera, y el del hombre en cuyo poder se halla —dijo el condestable.

—Nombre por nombre, monseñor. Estampad el vuestro al pie del escrito, y sabréis los que os interesan.

—¡Conformes! —exclamó Montmorency, trazando el rasgo que le servía de firma.

—¿Y el sello, monseñor?

—Complacido... ¿Estás contento?

—Como si monseñor me hubiese dado los diez mil escudos.

—¡Y bien! ¿Dónde está Diana?

—En Calais y en las manos de lord Wentworth —contestó Arnaldo, intentando apoderarse del documento, que el condestable no soltó todavía.

—¡Espera un poco! ¿Y el vizconde de Exmés?

—En Calais, y también en las manos de lord Wentworth.

—¿Luego se ven Diana y el vizconde?

—No, monseñor. El vizconde vive en la casa de un armero llamado Pedro Peuquoy, y la señora de Castro debe residir en el palacio del gobernador. Puedo jurar que el vizconde de Exmés no sospecha siquiera que su bella está tan cerca de él.

—Voy corriendo al Louvre —dijo el condestable soltando al fin el documento.

—Y yo a Artigues —exclamó Arnaldo triunfante—. ¡Buena suerte, monseñor! ¡Procurad no ser un condestable... de papel!

—¡Buena suerte, bribón! Y cuida de que tus mañas no te lleven a la horca. Salieron cada uno por su lado.

XLIII

LAS ARMAS DE PEDRO PEUQUOY, LAS CUERDAS DE JUAN PEUQUOY Y LAS LAGRIMAS DE BABETTE PEUQUOY

Un mes transcurrió sin que variase en nada la situación de los que en Calais dejamos. Pedro Peuquoy fabricaba armas con actividad febril, Juan Peuquoy tejía, y a ratos perdidos fabricaba cuerdas de longitud extraordinaria, y Babette Peuquoy lloraba sin cesar.

Por lo que se refiere a Gabriel, únicamente diremos que su espera había pasado por todas las fases predichas por Arnaldo de Thill al condestable. Esperó con paciencia los quince días primeros, pero, pasados éstos, se apoderó de él la desesperación.

Rara vez iba al palacio del gobernador, y de día en día eran más cortas las visitas que a lord Wentworth hacía. La amistad entre los dos se había enfriado mucho desde el día que Gabriel pretendió mezclarse temerariamente en los asuntos del gobernador.

Este, con satisfacción lo haremos constar, estaba triste, y su tristeza aumentaba todos los días. Y no eran ciertamente los tres mensajes que el rey de Francia le había enviado después de la marcha de Arnaldo la causa de la inquietud de lord Wentworth. Los tres mensajes, que se sucedieron muy de cerca unos a otros, pedían, el primero con política, el segundo con acritud y el tercero con amenazas, la misma cosa, es decir, la libertad de la señora de Castro, previo el pago de un rescate, que debería fijar el gobernador de Calais. Lord Wentworth había dado la misma contestación a los tres mensajes: que tenía en rehenes a la señora duquesa de Castro, para canjearla, si lo consideraba oportuno, por algún prisionero importante durante la guerra, o para devolverla al rey sin rescate después de firmada la paz. Estaba en su derecho, y desafiaba, al amparo de sus inexpugnables murallas, la cólera de Enrique II.

No; no era esta cólera la causa de su inquietud, aunque se preguntaba asombrado cómo había podido el rey de Francia tener noticia del cautiverio de Diana: lo que le inquietaba, lo que le desesperaba, era la indiferencia creciente y de día en día más desdeñosa de su hermosa prisionera. Ni la sumisión más rendida ni las atenciones y galanterías más exquisitas habían conseguido suavizar ni ablandar a la altiva y desdeñosa señora de Castro. Siempre triste, siempre serena y orgullosa ante el apasionado gobernador, si alguna vez éste aventuraba una palabra de amor, bien que sin salirse, justo es decirlo, de la digna reserva que le imponía su calidad de caballero, una mirada altanera y dolorida a la vez venía a clavarse como un puñal en el corazón del pobre lord Wentworth y a lastimar el orgullo del gobernador. No se había atrevido

a hablar a Diana de la carta dirigida por ella a Gabriel, ni de las tentativas hechas por el rey de Francia para obtener la libertad de su hija: tal era el miedo que tenía de escuchar una palabra amarga, una frase irónica de aquella boca encantadora y cruel.

Diana, al no volver a ver a la camarera que tuvo la audacia de ser portadora de su billete, comprendió que se había frustrado la probabilidad en que al principio fundó algunas esperanzas. No perdió, empero, el valor, oraba y esperaba. Confiaba en Dios, y, en último resultado, en la muerte.

El último día de octubre, término del plazo que Gabriel se había señalado para esperar a Martín Guerra, resolvió el prisionero ir a visitar al gobernador y pedirle, como favor especial, permiso para enviar a París un segundo mensajero.

A eso de las dos de la tarde salió de la casa de los Peuquoy, dejando a Pedro pulimentando una espada, a Juan tejiendo una de sus descomunales cuerdas y a Babette con los ojos enrojecidos por las lágrimas, vagando de un lado para otro sin atreverse a hablar, y se encaminó en derechura al palacio del gobernador.

Lord Wentworth, ocupado en aquel momento, hizo decir a Gabriel que tuviese la bondad de esperar cinco minutos.

La sala donde quedó esperando el vizconde de Exmés daba a un patio interior. Gabriel se acercó a la ventana para mirar al patio, y maquinalmente se puso a jugar con los dedos sobre el cristal. De pronto llamaron su atención algunas letras trazadas sobre el cristal con algún diamante; se aproximó para verlas mejor, y pudo leer distintamente el nombre siguiente: *Diana de Castro*.

Era la firma que faltaba a la carta que recibió el mes anterior.

Una nube pasó por delante de los ojos de Gabriel, quien se vio obligado a apoyarse en la pared para no caer. Sus presentimientos no le habían engañado. ¡Diana, sí, Diana, su novia o su hermana, estaba en poder del licenciado lord Wentworth, y era a ella, a aquella criatura pura y angelical, a quien el gobernador osaba hablar de amor!

Maquinalmente llevó Gabriel la mano a la empuñadura de su espada.

En aquel momento entró lord Wentworth.

Repitiendo lo que había hecho cuando recibió la carta, Gabriel, sin despegar los labios, llevó al gobernador junto a la ventana y puso el índice sobre la inscripción acusadora.

Palideció al principio el gobernador, pero recobrando al punto el dominio sobre sí mismo, cualidad que poseía en grado eminente, preguntó:

—¿Y qué?

—¿Es este el nombre de aquella parienta loca que os veis obligado a guardar aquí, milord? —interrogó Gabriel.

—Puede. ¿Qué más? —replicó secamente y con altanería.

—Que si es el nombre de esa parienta, la conozco... aunque el parentesco que

con vos pueda tener debe de ser muy lejano. La he visto con frecuencia en el Louvre, y soy uno de sus adictos, como todo caballero francés está obligado a serlo de una hija de la casa real de Francia.

—¿Qué más? —repitió lord Wentworth.

—Que os pediré cuenta, milord, del trato que deis a una prisionera de ese rango.

—¿Y si yo me negara a daros esa cuenta como me he negado ya a darla al rey de Francia?

—¡Al rey de Francia! —exclamó Gabriel asombrado.

—Al rey de Francia, caballero —repitió lord Wentworth con su inalterable sangre fría—. Un inglés no tiene por qué responder de sus actos a un soberano extranjero, sobre todo si su nación está en guerra con ese soberano. Y vos, señor vizconde de Exmés, ¿qué haríais si yo me negase a daros cuenta?

—Os exigiría una reparación, milord.

—Y pretenderíais matarme, sin duda, con la espada que ceñís merced a un permiso que puedo retiraros en cualquier momento; ¿no es cierto?

—¡Oh, milord, milord! ¡Me daréis también cuenta de esas palabras!

—¡Sea! No negaré yo mi deuda, pero entiendo que no podéis recordármela hasta después que vos hayáis liquidado la vuestra.

—¡Impotente! —exclamó Gabriel retorciéndose las manos—. ¡Impotente en un momento en que quisiera tener la fuerza de diez mil hombres!

—Sí; comprendo que debe de ser muy desagradable para vos ver que las conveniencias y el deber os tienen atadas las manos, pero confesad que sería demasiado cómodo para un prisionero de guerra y para un deudor obtener su libertad y cancelar la obligación sin más que cortar la cabeza a su acreedor y enemigo.

—Milord —dijo Gabriel, esforzándose por recobrar su calma—; no ignoráis que hace un mes envié a mi escudero a París para que me trajera la suma que tanto os preocupa, por lo visto. ¿Ha sido herido o muerto Martín Guerra en el camino, a pesar de vuestro salvoconducto? ¿Le han robado el dinero que traía? Lo ignoro: lo que sí sé es que no vuelve, y por este motivo he venido hoy para suplicaros que me permitierais enviar a París un segundo mensajero, ya que tan escasa confianza os inspira la palabra de un caballero y no queréis que vaya yo en persona a buscar mi rescate. Menos que nunca podéis negarme ahora el permiso que venía a pedir, porque negándomelo, podría yo decir, con motivo justificado, que os da miedo mi libertad, y que no os atrevéis a ponerme en condiciones de servirme de mi espada.

—¿Y a quién podéis decirlo, caballero, mientras os halléis en una plaza inglesa, sujeto a mi autoridad inmediata, y en calidad de prisionero de guerra y de enemigo?

—Lo diré en voz alta, milord, a todo el que siente y piensa, a todo el que ostente un apellido noble o tenga un corazón noble, a vuestros oficiales, que saben lo que es honor, a vuestros menestrales, que comprenderán por instinto de parte de quien está

la razón, y todos opinarán que, al arrebatarme los medios de salir de aquí, quedáis descalificado y no merecéis mandar a los valientes soldados que guarnecen la plaza.

—Olvidáis sin duda, caballero —replicó con frialdad lord Wentworth—, que antes que pudierais esparcir entre los míos esos gérmenes de indisciplina, bastaría una palabra mía, un gesto, para que pasaseis a una prisión y no pudierais dirigir vuestras acusaciones como no fuese a las paredes.

—¡Es verdad, ira de Dios! —exclamó Gabriel, rechinando los dientes y apretando los puños.

El hombre de sensibilidad exquisita y propenso a la emoción se estrellaba contra la impasibilidad del hombre de hierro y de bronce.

Una sola frase varió radicalmente la escena y restableció de pronto la igualdad entre lord Wentworth y Gabriel.

—¡Querida Diana... querida Diana! —exclamó el último—. ¿No he de poder hacer nada para salvarte del peligro?

—¿Qué habéis dicho, caballero? —preguntó el gobernador tartamudeando—. Me parece que he oído «Querida Dian»; ¿habéis pronunciado esas dos palabras o es que he oído mal? ¿Amáis, por ventura, a la señora de Castro?

—¿Por qué he de negarlo? ¡Sí, la amo! —contestó Gabriel—. También la amáis vos, pero mi amor es tan puro y santo como indigno y cruel el vuestro. ¡Sí! ¡Ante Dios y los ángeles la adoro con idolatría!

—¿Y porque la amáis me hablabais antes de la adhesión que todo caballero francés debe a una hija de la casa real de Francia? —gritó lord Wentworth fuera de sí—. ¡Conque la amáis! ¡Y vos sois, sin duda, el que ella ama, el que ella invoca cuando quiere torturarme! ¡Sois el hombre por el cual me desprecia! ¡El hombre sin el cual ella tal vez me amaría! ¡Sois el dueño de su corazón! ¿No es verdad?

Lord Wentworth, segundos antes tan burlón y desdeñoso, contemplaba ahora con una especie de terror respetuoso al mortal amado por Diana, al paso que Gabriel, oyendo las palabras de su rival, alzaba poco a poco su frente radiante de alegría.

—¡Ah! ¿Es cierto que Diana me ama? —exclamó—. ¿Que piensa todavía en mí? ¿Que me llama? ¡Oh! ¡Si me llama, fuerza será que la socorra, y la socorreré! ¡La salvaré! ¡Podéis recogerme la espada, milord! ¡Podéis amordazarme, atarme, sepultarme en un calabozo, que yo sabré, pese al universo entero, pese a vuestras violencias, auxiliarla y librarla de vuestras manos! Dueño de su amor, os desafío, y vos armado, y sin armas yo, estoy seguro de venceros, porque Diana será para mí una égida divina.

—¡Es verdad... es verdad! ¡Lo creo! —murmuraba lord Wentworth completamente amilanado.

—Revelaría yo ahora poca generosidad provocándoos a un duelo —repuso Gabriel—. Llamad a vuestros soldados y mandadles que me encierren, si os place,

que sufrir los rigores de una cárcel cerca de Diana y al mismo tiempo que Diana será para mí una felicidad.

Siguió un largo silencio al que puso término lord Wentworth diciendo:

—Si no me engaño, veníais a pedirme que os autorizase para enviar a París un segundo mensajero.

—En efecto, caballero; ésa era mi intención cuando llegué aquí.

—Y me habéis echado en cara el haber desconfiado de vuestra palabra de caballero, porque no os he permitido, fiado en aquella garantía, ir en persona a buscar vuestro rescate.

—Es cierto, milord.

—Pues bien, caballero: libre sois de partir cuando os acomode. Las puertas de Calais os serán franqueadas; vuestra demanda está concedida.

—¡Comprendo! —replicó Gabriel con cierto dejo de amargura—. ¡Queréis alejarme de ella! ¿Y si yo me negase a salir de Calais?

—Soy aquí el dueño, el único que tiene derecho para mandar. Vos, en cambio, no podéis ni rehusar ni aceptar mi voluntad, sino sufrirla.

—Está bien, milord. Partiré, pero sin agradeceros esa generosidad; os lo prevengo.

—Ninguna falta me hace vuestra gratitud, caballero.

—Partiré, sí, pero tened entendido que no seré vuestro deudor mucho tiempo, que pronto volveré, milord, para pagar de una vez todas mis deudas; y como entonces no seré ya vuestro prisionero, ni vos seréis mi acreedor, ningún pretexto tendréis para negaros a cruzar vuestra espada con la mía, porque entonces la ceñiré con derecho.

—Podría rehusar el duelo, caballero —contestó lord Wentworth con melancolía—, porque no son iguales las circunstancias entre nosotros. Si yo os mato, *ella* me aborrecerá más que hoy, y si me matáis vos, *ella* os amará más que hoy; pero, no importa; ¡acepto, acepto! ¿Y no teméis —añadió con expresión sombría— empujarme con vuestra actitud a... extremos deplorables? Cuando todas las ventajas están de vuestra parte, ¿no tenéis miedo de que yo abuse de las que me restan?

—¡Dios en el cielo, y los nobles de todas las naciones de la tierra os juzgarán, milord —contestó Gabriel estremeciéndose—, si sois capaz de vengaros villanamente en los que no pueden defenderse de aquellos a quienes no hayáis podido vencer!

—Suceda lo que suceda, yo os recuso de entre mis jueces —dijo lord Wentworth—. Son las tres, caballero; hasta las siete, hora en que se cierran las puertas, tenéis tiempo para hacer los preparativos de viaje y salir de la ciudad. Yo daré órdenes oportunas para que os dejen franco el paso.

A las siete, milord, habré salido de Calais —contestó Gabriel.

—Y sabed que no volveréis a entrar nunca más en ella, y que, aun cuando yo sucumba en el duelo, que reñiremos fuera de las murallas, tendré tomadas mis

precauciones, que serán como dictadas por los celos, para que jamás volváis a ver a la señora de Castro.

Gabriel, que había dado ya algunos pasos en dirección a la puerta, se detuvo y dijo:

—Os comprometéis a un imposible, milord. Es de necesidad absoluta que un día, lejano o próximo, vuelva a ver a Diana.

—Y yo os juro que no la volveréis a ver, o han de valer muy poco la orden de un gobernador de plaza de guerra o la última voluntad de un moribundo.

—La veré, milord. No sé cómo ni cuándo, pero tengo la seguridad de que la veré.

—Para eso, caballero —replicó lord Wentworth sonriendo desdeñosamente—, será preciso que toméis a Calais por asalto.

Gabriel reflexionó breves instantes, y dijo al fin.

—Tomaré por asalto a Calais. ¡Hasta la vista, milord!

Y salió dejando a lord Wentworth petrificado y sin saber si asustarse o reírse.

Gabriel se fue en derechura a la casa de Pedro Peuquoy, donde encontró a éste bruñendo la hoja de una espada, a Juan haciendo nudos a su cuerda y a Babette llorando.

Repitió a sus amigos la conversación que acababa de tener con el gobernador, y les anunció su partida inmediata, sin callar las palabras temerarias con que se había despedido de lord Wentworth.

—Y ahora —terminó diciendo—, subo a mi habitación para hacer mis preparativos de marcha, y os dejo a vos con vuestras espadas, Pedro; a vos, Juan, con vuestras cuerdas, y a vos, Babette, con vuestros suspiros.

Subió sin hablar más a su habitación con objeto de disponerlo todo para la marcha: ahora que se veía libre, anhelaba ir a París para salvar a su padre y regresar a Calais para libertar a Diana.

Media hora después, al salir de su habitación, encontró a Babette en la meseta de la escalera.

—¿Conque os vais, señor vizconde? —preguntó la joven—. ¿Y no me preguntáis por qué lloro?

—No, hija mía; no os lo pregunto porque abrigo la esperanza de que, cuando yo regrese, dejaréis de llorar.

—También la abrigo yo, señor —dijo Babette—. ¿Pensáis, pues, regresar, a pesar de las amenazas del gobernador?

—Os lo aseguro, Babette.

—¿Supongo que os acompañará vuestro escudero Martín Guerra?

—Indudablemente.

—¿De modo que tenéis la seguridad de encontrarle en París? ¿Verdad que no es un malvado? ¿Que no se ha apropiado vuestro rescate? ¿Que es incapaz de cometer

una... infidelidad?

—Pondría por él las manos en el fuego —contestó Gabriel, admirado de aquellas preguntas—. Es de un carácter muy variable, particularmente desde algún tiempo a esta parte; parece como si en él vivieran dos hombres, uno sencillo, dócil y morigerado, y otro ladino, trapacero y vicioso; pero, aparte de esas alternativas de carácter, es un servidor leal y fiel.

—Y tan incapaz de engañar a una mujer como de vender a su señor, ¿verdad?

—¡Ya no me atrevo a asegurar tanto! En asuntos de esa índole, confieso, con franqueza, que no respondería de su fidelidad.

—En fin, señor: ¿tendréis la bondad de entregarle esta sortija? —preguntó Babette poniéndose pálida—. Él sabrá quien se la envía y qué significa.

—Cumpliré el encargo, Babette —respondió Gabriel sorprendido y recordando de pronto lo acaecido en el cuarto de su escudero la noche que precedió a su marcha—. Quedo en entregarla a su destinatario, pero, ¿sabe la persona que la envía... que Martín Guerra es casado?

—¡Casado! —exclamó Babette—. ¡Entonces, monseñor, guardad esa sortija, tiradla, pero no se la entreguéis!

—¡Babette...!

—¡Gracias, monseñor, y adiós! —murmuró la pobre joven.

Y con paso vacilante subió a su cuarto, donde, a poco de haber llegado, cayó desvanecida sobre una silla.

Gabriel, en cuya imaginación acababa de penetrar una sospecha, bajó triste y pensativo la escalera de madera que ponía en comunicación los pisos de la casa. Al pie de la misma encontró a Juan Peuquoy, quien se le acercó con aire de misterio.

—Señor vizconde —le dijo en voz baja el tejedor—: me preguntabais todos los días para qué hacía aquellas cuerdas tan largas; yo callaba, pero no quiero dejaros partir, sobre todo después de haber oído la admirable despedida que dirigisteis a lord Wentworth, sin entregaros la clave del enigma. Uniendo con pequeñas cuerdas transversales otras dos muy largas y resistentes, como la que estoy haciendo, se obtiene, señor vizconde, una escala inmensa. Cuando uno forma parte de la guardia urbana durante veinte años, como Pedro, o durante algunos días, como yo, no es imposible transportar esa escala, por trozos, y ocultarla bajo la garita de la plataforma de la Torre Octógona. Pasan los días; y una mañana oscura de diciembre o de enero, puede el centinela, por curiosidad, amarrar sólidamente uno de los cabos de la escala a las gruesas abrazaderas de hierro que sujetan los sillares de las almenas, y dejar caer el otro cabo al mar, a trescientos pies de profundidad, en sitio al que la casualidad haya llevado algún atrevido que lo encuentre.

—¡Pero... mi valiente Juan...! —interrumpió Gabriel.

—No hablemos más del asunto, señor vizconde —repuso el tejedor—. Quisiera,

sin embargo, que, antes de despedirnos, os dignarais aceptar un recuerdo insignificante de vuestro leal servidor Juan Peuquoy. He aquí un croquis que representa el plano de los muros y de las fortificaciones de Calais. Es obra mía; lo hice por distracción mientras me entregaba a aquellos eternos paseos que tanto os sorprendían. Ocultadlo por ahora, y cuando lleguéis a París, honradle de tanto en tanto con alguna mirada, no por lo que vale, sino por deferencia y en recuerdo de vuestro amigo.

Quiso interrumpirle otra vez Gabriel, pero Juan Peuquoy, sin darle tiempo, estrechó la mano que el joven le tendía y se alejó diciendo:

—Hasta la vista, señor vizconde. En la puerta encontraréis a Pedro, que os espera para despedirse de vos. Su despedida completará la mía.

En efecto: en la calle, junto a la puerta de la casa, esperaba el armero teniendo de las riendas el caballo de Gabriel.

—Os doy las gracias por vuestra hospitalidad, Pedro —le dijo Gabriel—. Dentro de poco os enviaré, si no me es posible traerlo en persona, el dinero que habéis tenido la bondad de adelantarme, al que añadiré, si me lo permitís, una pequeña gratificación para vuestros servidores. Entretanto, ofreced de mi parte este diamante a vuestra querida hermana.

—Lo acepto en su nombre, señor vizconde —contestó el armero—, pero con la condición de que vos habéis de aceptar también un objeto cualquiera construido por mí, esta bocina, por ejemplo, que me he permitido colgar del arzón de vuestra silla. Como es obra de mis manos, os garantizo que reconoceré su voz aunque llegue a mis oídos mezclada con los bramidos de una mar tempestuosa, lo que pudiera ocurrir, por ejemplo, cualquiera de las noches de los días cinco de cada mes, cuando, de cuatro a seis de la mañana, estoy de centinela en la Torre Octógona que da al mar.

—¡Gracias, gracias! —dijo Gabriel, dando a entender a Pedro por medio de un apretón de manos especial que había comprendido.

—En cuanto al gran número de armas que me habéis visto fabricar de algún tiempo a esta parte, y que tanto asombro os causaban por su cantidad —repuso Pedro—, he de confesar que me arrepiento del exceso de producción y que siento tenerlas en mi casa. Cualquiera día puede ser sitiado Calais, en cuyo caso, el partido francés, que todavía es numeroso y fuerte, podría apoderarse de esas armas y producir, en el seno mismo de la plaza, perturbaciones que seguramente comprometerían la defensa de la misma.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —exclamó Gabriel, estrechando con más fuerza la mano del valiente armero.

—Sólo me resta desearos buen viaje, señor vizconde, mucha suerte, y un pronto regreso. ¡Adiós, señor!

—¡Hasta muy pronto! —contestó Gabriel.

Después de montar a caballo se volvió el viajero y se despidió con la mano de Pedro Peuquoy, que estaba de pie sobre el umbral de la puerta de Juan, asomado a la ventana del primer piso, y de Babette, que le miraba con ojos llorosos desde detrás de una cortina del piso segundo.

Gabriel picó espuelas y partió a galope.

Lord Wentworth había dado órdenes a los encargados de la vigilancia de las puertas de la ciudad. Nadie puso obstáculos a la salida del prisionero, el cual se encontró muy pronto en el camino de París, sin más compañía que la de sus ansiedades y esperanzas.

¿Lograría libertar a su padre al llegar a París? ¿Podría salvar a Diana volviendo a Calais?

XLIV

SIGUEN LAS TRIBULACIONES DE MARTIN GUERRA

Como los caminos de Francia eran tan inseguros para Gabriel de Montgomery como para su escudero, hubo aquél de desplegar toda la inteligencia y toda la actividad de su espíritu para evitar los obstáculos que encontró a su paso, y aun así, no entró en París hasta el cuarto día después de su salida de Calais.

Más que los peligros del viaje preocupaban a Gabriel las contingencias que le esperaban en París. Aunque poco dado a soñar despierto, su marcha solitaria le obligaba a pensar sin cesar en el cautiverio de su padre y de Diana, en los medios de libertar a aquellos seres queridos, en la promesa del rey y en el partido que habría de tomar si Enrique II se negaba a cumplirla. ¡Pero no! Enrique II pasaba por el primer caballero de la Cristiandad, y por penoso que le fuera cumplir el juramento que prestó, todo lo más esperaba a que Gabriel viniera a reclamar para perdonar al anciano conde, pero perdonaría... ¿Pero, y si no perdonaba?

Cuando esta idea angustiosa penetraba en la imaginación de Gabriel, producía en su corazón los efectos de una puñalada, sus espuelas se hundían crueles en los ijares de su noble corcel y su mano buscaba instintivamente el puño de su espada.

Por regla general, el dulce y doloroso recuerdo de Diana de Castro devolvía la calma a su espíritu agitado.

Debatiéndose entre estas incertidumbres y estas angustias llegó al fin a las puertas de París la mañana del cuarto día de viaje. Había caminado toda la noche, y las pálidas claridades del alba iluminaban apenas la ciudad cuando nuestro viajero atravesó las calles que conducían al Louvre.

Se detuvo frente a la mansión real, cerrada y dormida, preguntándose si debería esperar o seguir adelante. Pero su impaciencia se acomodaba mal con la inmovilidad, y decidió irse en derechura a su casa, sita en la calle de los Jardines de San Pablo, donde al menos podría saber alguna cosa de lo que deseaba y temía a la vez. El camino que tenía que seguir le obligó a pasar por delante de las siniestras torrecillas del Chatelet.

Hizo alto delante de la puerta fatal. Frío sudor bañaba su frente. Detrás de aquellos muros húmedos se hallaban su pasado y su porvenir. Pero Gabriel no era hombre capaz de perder mucho tiempo en vanas emociones si podía aprovecharlo consagrándolo a la acción. Desechó, pues, sus sombríos pensamientos, y reanudó la marcha diciendo:

—¡Vamos!

Cuando llegó a la puerta de su palacio, que no había visto en tanto tiempo, vio

brillar a través de los cristales de la sala baja el resplandor de una luz. La vigilante Aloísa había dejado ya el lecho.

Llamó Gabriel y dijo quien era: unos minutos después le estrechaba entre sus brazos la santa mujer que le había servido de madre.

—¡Al fin os vuelvo a ver, monseñor! ¡Al fin llegáis, hijo mío!

Fue lo único que pudo decir Aloísa.

Gabriel, después de abrazarla, retrocedió un paso y la miró. En su mirada muda palpitaba una interrogación más elocuente que todos los discursos.

Comprendió perfectamente Aloísa, pero esto no obstante, bajó la cabeza y nada dijo.

—¿Conque no hay ninguna noticia de la corte? —preguntó el vizconde, como si no le bastase la revelación que entrañaba el silencio de Aloísa.

—¡Ninguna, monseñor! —respondió la santa mujer.

—¡Oh...! ¡Me lo temía! Si hubiese pasado algo, bueno o malo, tú me lo habrías dicho al darme el primer abrazo... ¿Nada sabes?

—¡Nada, ay, nada!

—¡Lo comprendo! —dijo con amargura el joven—. Me creían prisionero, acaso muerto, y las deudas no se pagan a los prisioneros, y mucho menos a los muertos. Pero van a verme vivo y libre, y será preciso que cuenten conmigo: de grado o por fuerza contarán, yo te lo fío.

—¡Tened cuidado, monseñor! —exclamó Aloísa.

—Nada temas, Aloísa. ¿Está en París el señor almirante?

—Sí, monseñor; vino y ha enviado a preguntar muchas veces si habíais llegado vos.

—Muy bien. ¿Y el señor duque de Guisa?

—También ha llegado: con su esfuerzo dicen que cuenta el pueblo para reparar las desventuras de Francia y los dolores de los ciudadanos.

—¡Quiera Dios que no encuentre dolores que no pueda reparar! —exclamó Gabriel.

—El señor condestable ha descubierto que la señora duquesa de Castro, quien se consideraba perdida, está prisionera en Calais, de donde se espera sacarla muy pronto.

—Sabía que se hallaba en Calais, y también abrigo la misma esperanza que ellos —contestó Gabriel con acento singular—. Pero nada me dices de la causa o motivo de la prolongación de mi cautiverio, es decir, de Martín Guerra, de su mensaje y de su retraso. ¿Qué ha sido de Martín?

—Aquí está, monseñor; tan imbécil y haragán como siempre.

—¿Pues cómo está aquí? ¿Cuándo ha venido? ¿Qué hace?

—Arriba se pasa la vida durmiendo —respondió Aloísa con acritud—. Pretextada

que le ahorcaron y dice que está malo.

—¡Que le ahorcaron! ¿Para robarle el dinero de mi rescate, eh?

—¿El dinero de vuestro rescate, monseñor? ¡Sí, sí! ¡Habladle a ese idiota del dinero de vuestro rescate, y veréis lo que contesta! Dirá que no sabe de qué le habláis. Figuraos, monseñor, que llegó aquí presuroso, alardeando de celo, que me da vuestra carta, reúno los diez mil escudos contantes y sonantes, se los entrego y se va con ellos sin detenerse un minuto. Pasan unos días y veo llegar a Martín Guerra, con las orejas bajas y en estado lastimoso, a Martín Guerra, que pretende hacerme creer que no le he dado un solo escudo. Dice que le hicieron prisionero antes de la toma de San Quintín, que desde entonces no os ha visto y que ignora qué ha sido de vos de tres meses a esta parte. Que no le encargasteis ninguna comisión, ni vino antes a París, que le han golpeado brutalmente, que al fin le ahorcaron, que revivió no sabe cómo y que logró escaparse, entrando por primera vez en París desde que principió la guerra. Esos son los cuentos que nos está repitiendo a todas horas Martín Guerra cuando se habla de vuestro rescate.

—No lo comprendo, Aloísa. Martín Guerra no ha podido distraer el dinero; lo juraría. Estoy firmemente convencido de su honradez, de su afecto y de su lealtad.

—Decís bien, monseñor: Martín Guerra es honrado, pero está loco, y eso es peor, loco sin ideas, loco sin memoria, loco de atar, en una palabra: creedme. No es un bribón, convengo en ello, pero sí un hombre peligroso. Por fortuna, no soy la única que lo ha visto en este palacio: pesa contra él el testimonio unánime de toda la servidumbre. Él podrá negar, pero es lo cierto que recibió de mi mano los diez mil escudos, que por cierto le costó a maese Elyot algún trabajillo reunirlos con la premura que se deseaba.

—Será preciso —dijo Gabriel— que reúna de nuevo, y lo más pronto posible, otra cantidad igual, y, si puede ser, mayor. Pero no se trata de eso por el momento. El día va avanzando y me voy al Louvre: necesito hablar con el rey.

—¡Cómo, monseñor! ¿Sin descansar un rato? Además, monseñor, sin duda no reflexionáis que son poco más de las siete, y que hasta las nueve no se abren las puertas.

—¡Tienes razón! —exclamó Gabriel—. ¡Dos horas más de espera! ¡Dios mío! ¡Dad paciencia para que espere dos horas al que ha tenido que esperar dos meses! Pero, en fin, ya que no puedo ir al palacio real, iré a encontrar al señor de Coligny y al duque de Guisa.

—Es probable que estén en el Louvre —objetó Aloísa—. Además; el rey no suele recibir antes del mediodía, y temo que no podréis verle más pronto. Tenéis, pues, tiempo sobrado para hablar con el señor almirante y con el señor Teniente General del Reino, que éste es el nuevo título con que el rey, en las circunstancias difíciles por que atravesamos, ha investido a monseñor el duque de Guisa. Entretanto, monseñor,

me atrevo a esperar que no rehusaréis algún alimento, y que recibiréis a vuestros leales servidores, que tanto tiempo hace que suspiran por vuestro regreso.

En aquel momento, como si la Providencia hubiese querido ocupar y distraer la impaciencia del joven, Martín Guerra, advertido sin duda de la llegada de su señor, se precipitó en la cámara, más pálido por efecto de su alegría que por sus padecimientos.

—¡Vos... vos aquí, monseñor...! ¡Oh, qué alegría! —exclamó.

Gabriel recibió con marcada frialdad los transportes de júbilo de su escudero.

—Si felizmente me encuentro aquí, Martín —le dijo—, convendrás conmigo en que no te lo debo a ti, que has puesto todos los medios para que mi cautiverio fuese eterno.

—¡Vos también, monseñor! —gimió el pobre escudero completamente consternado—. ¿También vos, en vez de justificarme pronunciando una palabra, como yo esperaba, afirmáis que yo recibí los diez mil escudos? ¿Y acaso seréis capaz de decir también que me encargasteis que viniera a recogerlos y os los llevase?

—¡Claro que sí! —contestó Gabriel estupefacto.

—¿De modo, monseñor —prosiguió Martín Guerra con voz sorda—, que me creéis capaz a mí, a Martín Guerra, de apropiarme villanamente de un dinero que no me pertenecía, de un dinero destinado a pagar la libertad de mi señor?

—No, Martín; eso no —respondió vivamente Gabriel, a quien conmovió el acento de su leal servidor—. Mis sospechas, te lo juro, jamás me hicieron dudar de tu probidad, y en este mismo instante se lo estaba diciendo así a Aloísa. Pero han podido robarte esa suma, has podido perderla en el camino cuando emprendiste el viaje de regreso.

—¡Cuando emprendí el viaje de regreso! —repitió Martín—. ¿El viaje de regreso para dónde? Porque desde la noche que salimos juntos de San Quintín, ¡que Dios me mate si sé dónde habéis estado! ¿A qué viaje de regreso os referís, monseñor?

—Tu regreso a Calais, Martín, tu regreso a Calais. Por lgera y perdida que tengas la cabeza, no es posible que hayas olvidado a Calais.

—Es verdad; no he olvidado a Calais, porque yo no sé que pueda olvidarse lo que nunca se ha visto —contestó con tranquilidad Martín Guerra.

—¡Pero, desventurado! ¿También me niegas eso? —exclamó Gabriel.

Mandó salir de la habitación a Aloísa, y acercándose a Martín Guerra preguntó:

—¿Y Babette, ingrato?

—¡Babette! ¿Quién es Babette? —preguntó el escudero estupefacto.

—¡La infeliz a quien has seducido, tunante!

—¡Ah, sí! ¡Gúdula! Habéis confundido el nombre, monseñor: la que llamáis Babette es Gúdula... ¡Tenéis razón, sí! ¡Pobre muchacha! Aunque si he de hablar con franqueza, no la sedujo yo; se sedujo ella espontáneamente.

—¡Cómo! ¡Otra seducida! Pero, en fin, a esa Gúdula no la conozco, y de

consiguiente, no puede inspirarme tanta lástima como la infeliz Babette Peuquoy.

No se atrevió Martín a encolerizarse, pero si hubiese sido del rango del vizconde, a buen seguro que habría perdido la paciencia.

—¡Mirad, monseñor! —dijo—. Desde que llegué, todos me dicen que estoy loco, y tanto me lo repiten, que, ¡por San Sebastián!, seguro estoy de que cuando esto haya terminado seré loco de atar. Por hoy, sin embargo, conservo toda mi razón y toda mi memoria, ¡qué diablo!, y aunque sufro pruebas terribles y llueven sobre mí desgracias... todas las desgracias que debieran repartirse entre dos hombres, en caso de necesidad, sabré contar, punto por punto, todo lo que me ha sucedido durante los tres meses últimos, es decir, desde el día que me separé de vos para no volveros a ver hasta hoy.

—¡Cuenta, Martín, cuenta! Tengo curiosidad de saber cómo explicas tu extraña conducta.

—Cuando salimos de San Quintín para ir a buscar los socorros del señor de Vaulpergues —dijo Martín Guerra—, tomamos diferentes caminos, como supongo que recordaréis, y me aconteció lo que vos habíais previsto: topé con una patrulla enemiga. Fiel a vuestras recomendaciones, probé a ser audaz, pero ¡cosa extraña!, los enemigos me reconocieron al punto. Parece que, antes de encontrarme, había sido ya su prisionero.

—¡Vaya! —interrumpió Gabriel—. ¡Empiezan las divagaciones!

—¡Oh, monseñor! Yo os suplico que me dejéis contar lo que sé y del modo que lo sé, que harto grande es mi desgracia de no ser creído y de no entenderme yo mismo. Después podéis criticar lo que os parezca. Cuando me convencí de que los enemigos me reconocían, monseñor, me resigné, porque yo sabía, y vos lo sabéis como yo, que yo soy dos, y que mi otro yo, sin tomarse la molestia de advertirme, hace de las suyas cuando a bien lo tiene. Digo, pues, que *aceptamos resignados nuestra* suerte, y hablo en plural, porque en lo sucesivo hablaré de mí, digo, de *nosotros*, en plural. También *nos* reconoció Gúdula, una linda flamenca que *habíamos* raptado, reconocimiento y rapto que *nos valieron*, dicho sea entre paréntesis, una paliza monumental. En una palabra, *nos* reconocieron perfectamente todos, todos excepción hecha de *nosotros*. Referiros todas las calamidades que cayeron sobre *nosotros*, y enumerar los diferentes amos, cada uno de los cuales hablaba distinta lengua, en cuyo poder *caímos*, sería, monseñor, el cuento de nunca acabar.

—¡Sí, sí! ¡Abrevia tus duelos!

—Los he sufrido, y bastante peores que los narrados. Mi número dos se había escapado una vez, por cuyo delito le molieron muy lindamente las costillas: mi número uno, el único de quien tengo conciencia y cuyos martirios cuento, logró escaparse de nuevo, pero cometió la torpeza de dejarse atrapar, y el lance le valió que le dejasen por muerto. No escarmenté: me escapé por tercera vez, pero me capturaron

de nuevo, merced a una traición doble: la del vino y la de un labriego del país. Quise defenderme, y en efecto, impulsado por el furor de la desesperación y el de la borrachera, cerré contra mis verdugos, los cuales, después de haberme atormentado durante toda la noche de la manera más brutal, me ahorcaron bonitamente poco antes de amanecer.

—¡Que te ahorcaron! —exclamó Gabriel, creyendo que su pobre escudero recaía en su monomanía—. Dices que te ahorcaron... ¿qué entiendes tú por ahorcar, Martín?

—Entiendo, monseñor, que me izaron, dejándome suspendido entre el cielo y la tierra, después de ajustar a mi cuello el nudo corredizo que previamente hicieron en uno de los extremos de una cuerda de cáñamo, y de sujetar sólidamente el otro extremo a una viga horizontal, apoyada sobre un pie derecho y afianzada por medio de una palomilla, aparato que vulgarmente llaman horca. Creo que a lo que hicieron conmigo, y dejo explicado, en todas las lenguas y dialectos del mundo lo llaman ahorcar, monseñor. ¿No os parece? ¿Hablo con claridad?

—No tan grande como yo desearía, Martín, porque, en realidad, para haber sido ahorcado...

—Me hallo bastante bien de salud, ¿no es cierto? Tenéis razón, pero es porque todavía no conocéis el final de mi historia. Mi dolor y mi rabia, cuando me vi colgado, debieron de contribuir a que perdiese más pronto el conocimiento. Cuando volví en sí, me encontré tendido sobre la fresca hierba y cortada la cuerda que rodeaba mi cuello. Algún viandante, sin duda, me vio bailar en el aire, se compadeció de mi situación, y quiso librar a la horca de aquel fruto humano, aunque confieso que mi misantropía actual me impide dar crédito a semejante versión. Más bien creo que algún ladrón quiso despojarme, y cortó la cuerda para poder registrar más cómodamente mis bolsillos. Me afirma en esta opinión, aunque no es mi ánimo ofender demasiado a la raza humana, el hecho de que desaparecieron mi anillo de boda y mis documentos. De todos modos, agradecido debo de estar a quien me descolgó, porque lo hizo a tiempo. Aunque quedé con el cuello algo dislocado, pude huir por cuarta vez a través de los campos, permaneciendo escondido durante el día y caminando durante la noche, siempre con precaución, y alimentándome con raíces y hierbas, detestable alimento, al que las mismas bestias no creo que puedan acostumbrarse sin trabajo. En fin, después de haberme extraviado cien veces al cabo de quince días tuve la satisfacción de volver a ver a París y de encontrar esta casa, donde me dispensaron un recibimiento peor de lo que creía tener derecho a esperar después de haber pasado por tantas y tan terribles pruebas. He terminado mi historia, monseñor.

—Pues bien —dijo Gabriel—; frente a esa historia podría yo poner otra muy diferente, que he visto con mis propios ojos.

—Será la de mi número dos, monseñor —replicó tranquilamente Martín—. Si no

es indiscreción, y tenéis la bondad de narrármela en cuatro palabras, creed, monseñor, que la escucharé con gusto.

—¡Te burlas de mí, bribón!

—¡Oh, monseñor! ¡Bien conocido os es el profundo respeto que me merecéis! Es particular lo que me sucede: mi número dos me ha causado mil trastornos, me ha jugado tretas bien crueles; pues bien, a pesar de todo, me interesa el gran tunante, y... ¡palabra de honor!, estoy seguro de que tendré la debilidad de quererle.

Disponíase Gabriel a contar las fechorías de Arnaldo de Thill, pero achacándolas a Martín Guerra, cuando fue interrumpido por Aloísa, que entró en la estancia seguida de un hombre vestido de campesino.

—¡Otro misterio se nos viene encima! —exclamó Aloísa—. Este hombre dice que ha sido enviado para anunciar vuestra muerte, Martín Guerra.

XLV

EN EL QUE EMPIEZA LA REHABILITACIÓN DE MARTIN GUERRA

—¿Mi muerte? —preguntó Martín Guerra palideciendo al oír las terribles palabras de Aloísa.

—¡Jesús! ¡Dios mío! —exclamó el campesino en cuanto vio al escudero.

—¿Habrá muerto mi otro yo? —repuso Martín—. ¡Bondad divina! ¿Habré perdido mi existencia de repuesto? ¡Bah! Bien pensado, aunque tengo motivos para afligirme, los tengo mayores para alegrarme. Hable, amigo mío, hable —añadió, dirigiéndose al campesino.

—¡Pero es posible! —dijo el campesino, después de mirar y remirar a Martín con ojos espantados—. ¿Cómo habéis podido llegar antes que yo? Os juro que me he dado toda la prisa que puede darse una persona para desempeñar a conciencia la comisión que me confiasteis y ganar los diez escudos. A no ser que hayáis hecho el viaje a caballo, es absolutamente imposible que me dejarais atrás en el camino, aparte de que, aun viniendo a caballo, os habría visto pasar.

—¡Pero, hombre de Dios! —exclamó Martín Guerra—. ¡Si yo no te he visto en los días de mi vida! Hablas como si me conocieses...

—¡Cómo si os conociese! —repitió el campesino estupefacto—. ¿Habéis olvidado que me confiasteis el encargo de venir aquí y anunciar que Martín Guerra había muerto ahorcado?

—¡Está bueno, amigo mío! Martín Guerra soy yo.

—¿Vos? ¡Imposible! ¿Cómo habíais de anunciar vos mismo vuestro propio ahorcamiento?

—¿Pero, por qué, cómo, dónde y cuándo te he anunciado yo semejante atrocidad? —preguntó Martín.

—¿Lo digo todo? —preguntó a su vez el campesino.

—Todo; absolutamente todo —respondió Martín.

—¿A pesar del encargo que me hicisteis?

—A pesar del encargo.

—¡Vaya! Pues entonces, ya que tan flaco sois de memoria, voy a decirlo todo. Peor para vos que me obligáis. Hace de esto seis días. Por la mañana, estaba yo escardando mi campo...

—Antes de seguir adelante, dinos dónde está tu campo —dijo Martín Guerra interrumpiendo al narrador.

—¿Pero he de decir la verdad... verdadera? —preguntó el campesino.

—¡Claro que sí, animal!

—Pues bien: mi campo está a espaldas de Montargis. Repito que estaba yo escardando, cuando pasasteis vos por el camino, llevando a la espalda un saco de viaje.

«—¡Eh, amigo! ¿Qué se hace? —preguntasteis.

«—Aquí estoy escardando —contesté.

«—¿Y cuánto te vale ese trabajo?

«—Un día con otro, sobre cuatro sueldos.

«—¿Quieres ganarte veinte escudos en dos semanas?

«—¡Oh! ¡Oh!

«—Te pregunto para que me contestes sí o no.

«—Contesto lo primero: sí.

«—Pues bien: vas a emprender inmediatamente la marcha a París. Si andas regularmente, tardarás en llegar de cinco a seis días. Preguntarás por la calle de los Jardines de San Pablo y por el palacio del vizconde de Exmés; a este palacio es adonde te envío. No encontrarás al vizconde, pero sí a una señora, Aloísa, buena mujer, que fue la nodriza del vizconde. Cuando se te presente la señora Aloísa, le dirás: Escucha bien. Le dirás: «Llego de Noyón». ¿Te vas fijando? No de Montargis, sino de Noyón. «Llego de Noyón, en donde fue ahorcado hace quince días una persona conocida vuestra. Esa persona se llamaba Martín Guerra». Cuidado con olvidar este nombre: Martín Guerra. «Ahorcaron a Martín Guerra después de robarle el dinero que llevaba, a fin de que no pudiese descubrir a los ladrones. Pero antes de ser llevado a la horca, Martín Guerra tuvo tiempo de encargarme que viniera a participaros su desgracia, a fin, me dijo, de que vos pudierais reunir nuevamente la cantidad necesaria para pagar el rescate de su amo. Como le habían robado, no tenía dinero, pero me prometió que vos me entregaríais diez escudos por mi trabajo. Le he visto ahorcar yo mismo, y después de verle ahorcado y muerto, he venido»..

«Estas palabras, sin cambiar una sola, dirás a la buena mujer. ¿Has comprendido? —me preguntasteis.

«—Sí —respondí—. Pero creo que antes me hablasteis de veinte escudos y ahora decís que me darán diez.

«—¡Imbécil! —replicasteis—. ¡Toma los otros diez adelantados!

«—¡Sea en buena hora! ¿Pero qué contesto si la buena mujer Aloísa me pregunta cómo era el señor Martín Guerra, a quien no he visto en mi vida?

«—¡Mírame!

«—Ya os miro.

«—Hazte mi retrato, quiero decir, da mis señas, y esas son las de Martín Guerra.

—¡Qué extraño es todo esto! —exclamó Gabriel, que escuchaba con profunda atención al narrador.

—He venido —continuó el campesino— dispuesto a repetir la lección que me obligasteis a aprender de memoria, y me encuentro con que habéis llegado antes que yo. Verdad es que me he aburrido en el viaje, y que algún rato he pasado en las tabernas, cercenando un poco los diez escudos que me disteis, en la confianza de cobrar pronto los otros diez, pero he tenido buen cuidado de no rebasar el plazo que me fijasteis. Seis días de tiempo me concedisteis, y seis días hace hoy que nos separamos en Montargis.

—¡Seis días! —exclamó Martín Guerra melancólico y pensativo—. ¡Pasé por Montargis hace seis días! ¡Estuve hace seis días en el camino de mi pueblo! Tu narración es tan verosímil, amigo mío, que desde luego te digo que la creo verdadera.

—¡Pues yo no! —exclamó Aloísa—. ¡Ese hombre es un impostor! Dice que habló con vos en Montargis hace seis días, y yo juro que llegasteis hace doce a esta casa, y que no habéis salido de ella.

—Eso es verdad —respondió Martín—; pero mi número dos...

—Además —insistió Aloísa—: según vuestras afirmaciones, fuisteis ahorcado en Noyón hace más de un mes, y no quince días, como dice este hombre.

—También es verdad: hoy precisamente hace el mes, y en eso estaba pensando cuando desperté esta mañana... Pero mi otro yo...

—¿Volvemos a los disparates? —increpó Aloísa.

—No son disparates, Aloísa —intervino Gabriel—. Creo, por el contrario, que este hombre nos pone en camino de descubrir la verdad.

—¡Oh, mi buen señor! —exclamó el campesino—. Vos estáis en lo cierto... ¿Puedo contar con los diez escudos?

—Sí —contestó Gabriel—; pero necesito que nos dejes tu nombre y las señas del lugar donde podamos encontrarte algún día. Entre la bruma, todavía muy turbia, de las sospechas, comienzo a vislumbrar la comisión de muchos crímenes.

—Sin embargo, monseñor —intentó objetar Martín.

—Dejemos esto —dijo Gabriel interrumpiendo a su escudero—. Tú cuidarás, mi buena Aloísa, de que este hombre se vaya contento. El asunto queda aplazado, pero le llegará su turno. Le aplazo —continuó bajando la voz—, porque, como comprenderás, antes de castigar la traición hecha al escudero, debo vengar la que se ha hecho al señor.

—¡Ay de mí! —murmuró Aloísa.

—Son las ocho —repuso Gabriel—. Hasta mi regreso no recibiré a la servidumbre, porque quiero encontrarme en el Louvre cuando abran sus puertas. Si no logro ver al rey hasta las doce, me entretendré hablando con el almirante y el duque de Guisa.

—En viendo al rey regresaréis al momento, ¿verdad? —preguntó Aloísa.

—Sin perder un minuto. Tranquilízate, mi buena nodriza: una voz interior me

dice que saldré vencedor de todos esos obstáculos tenebrosos que la intriga y la audacia acumulan en torno mío.

—¡Así será, si Dios escucha mis ardientes plegarias! —respondió Aloísa.

—Me voy —repuso Gabriel—. Quédate, Martín, porque debo ir solo, y alégrate, porque no tardaremos en justificarte y en librarte de tu pesado opresor. Antes, como ves, debo llevar a cabo otra justificación y otra liberación. Hasta luego, Martín... hasta muy pronto, Aloísa.

Los dos besaron la mano que el joven señor les tendió. Gabriel salió solo, a pie y envuelto en holgada capa, y tomó, grave y altanero, el camino del Louvre.

—¡Ay! —decía para sí la nodriza—. ¡Así vi salir a su padre y no ha vuelto aún!

En el momento en que Gabriel, después de haber pasado el Pont-au-Change, continuaba su camino a lo largo de la Gréve, divisó a lo lejos a un hombre, embozado como él en una capa, más ordinaria que la suya. Aquel hombre llevaba el embozo muy subido y muy encasquetado el sombrero, como si quisiera ocultar su rostro con el embozo de la primera y las anchas alas del segundo.

Aunque Gabriel creyó reconocer al principio el porte y los movimientos de una persona amiga, continuó su camino dispuesto a dejar atrás al embozado, pero éste, no bien vio al vizconde de Exmés, hizo un movimiento, titubeó, y deteniéndose al fin, llamó con precaución:

—¡Gabriel! ¡Amigo mío!

Dejó ver parte del rostro y Gabriel le conoció al punto.

—¡Señor de Coligny! —exclamó sin levantar la voz—. ¡Vos aquí, y a estas horas!

—¡Silencio! Os confieso que no quisiera que me reconociesen, espiasen y siguiesen en este momento. Pero, al veros, amigo mío, después de tan larga separación y de lo inquieto que estaba por vuestra suerte, no he podido resistir la tentación de llamaros y de estrecharos la mano. ¿Desde cuándo estáis en París?

—Llegué hace algunas horas y quería ir ante todo al Louvre.

—En este caso, si no tenéis otras ocupaciones, bien podéis acompañarme un trecho, y me referiréis lo que os ha acaecido durante vuestra eterna ausencia.

—Os diré todo lo que pueda decir al más leal y sincero de los amigos, pero antes, señor almirante, quisiera que me permitierais dirigiros una pregunta acerca de un asunto que me interesa vivamente.

—Preveo la pregunta, amigo mío, y creo que también vos debéis prever la respuesta. Deseáis preguntarme si cumplí la promesa que os hice; ¿no es cierto? Queréis saber si referí al rey la parte gloriosa y eficaz que tomasteis en la defensa de San Quintín: ¿acierto?

—No, señor almirante; no es eso lo que deseaba preguntaros, palabra de honor. Os conozco bien, he aprendido a confiar en vuestra palabra, y estoy seguro de que vuestro primer cuidado, al llegar a París, fue cumplir lo que me prometisteis,

declarando generosamente al rey, al rey sólo, que en algo contribuí a la defensa de San Quintín. Es más: juraría que exagerasteis los servicios que presté. Todo esto, señor almirante, lo sabía ya, sin necesidad de preguntarlo; pero desconozco, y me importa saberlo, lo que Enrique II contestó al escuchar vuestras nobles palabras.

—¡Ah, Gabriel! —exclamó el almirante—. Enrique II, por toda contestación, me preguntó por vuestro paradero. Me vi en un apuro para contestarle, pues la carta que para mí dejasteis al salir de San Quintín para Calais era muy poco explícita, y se limitaba a recomendarme mi promesa. Contesté al rey asegurándole que no habíais muerto, pero que, según todas las probabilidades, habíais sido hecho prisionero, y que vos, por delicadeza sin duda, no quisisteis advertírmelo.

—¿Qué dijo el rey entonces?

—El rey, amigo mío, dijo: «¡Está bien!», y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción. Como yo insistiera en ponderar el mérito de vuestros gloriosos hechos de armas y aludiera a las obligaciones que con vos habían contraído el rey y Francia, Enrique II me interrumpió con un «¡Basta!». imperioso, varió de conversación y me obligó a hablar de otra cosa.

—¡Sí... lo que yo presumía! —exclamó con entonación sarcástica Gabriel.

—¡Valor, amigo mío! —repuso el almirante—. Recordaréis que ya en San Quintín os previne que era expuesto a amargos desencantos poner confianza en la gratitud de los grandes de este mundo.

—¡Oh! —exclamó Gabriel con acento de amenaza—. ¡El rey ha podido olvidar impunemente sus promesas mientras me ha creído muerto o prisionero, pero cuando dentro de breves horas reclame yo el cumplimiento de aquéllas, será preciso que se acuerde!

—¿Y si a pesar de todo continúa faltándole la memoria? —preguntó el señor de Coligny.

—Señor almirante: cuando un caballero sufre una ofensa, se dirige al rey, para que éste haga justicia; pero, cuando el ofensor es el mismo rey, no queda más remedio que dirigirse a Dios para que nos vengue.

—Y yo creo —observó el almirante— que, en caso de necesidad, seríais voluntariamente el instrumento de la venganza divina.

—Vos los habéis dicho, señor almirante.

—Pues bien, creo que es llegada la ocasión de recordaros una conferencia que tuvimos acerca de la religión de los oprimidos, en el curso de la cual os hablé de un medio infalible de castigar a los reyes, sirviendo al mismo tiempo la causa de la verdad.

—Recuerdo muy bien aquella conversación, pues no es la memoria la que me falta. Es muy posible que recurra a vuestro medio, si no precisamente contra Enrique II, al menos contra sus sucesores. El medio en cuestión tiene la misma eficacia contra

todos los reyes.

—Siendo así, ¿podéis concederme una hora de tiempo?

—El rey no recibe hasta las doce; disponed de mí hasta el mediodía.

—Venid, pues, conmigo. Sois caballero, me habéis dado pruebas de vuestro carácter, y por tanto, no os exigiré juramento. Basta que me prometáis guardar un secreto inviolable sobre las personas que vais a ver y sobre las cosas que vais a escuchar.

—Prometo un silencio absoluto —contestó Gabriel.

—Seguidme, pues; y si en el Louvre os hacen objeto de alguna injusticia, sabréis al menos que tendréis el desquite en vuestras manos. Seguidme, amigo mío.

Coligny y Gabriel se internaron juntos por el laberinto de callejas estrechas y tortuosas que por aquel tiempo formaban una red alrededor de la calle de Saint-Jaques.

XLVI

UN FILÓSOFO Y UN SOLDADO

Apenas entraron en la calle de Saint-Jaques, Coligny se detuvo frente a una casa de humilde apariencia. Llamó a su puerta, pequeña y baja, abrióse al punto un ventanillo, y luego que el invisible portero hubo reconocido al almirante, franqueó la puerta.

Gabriel, siguiendo a su noble guía, atravesó un pasillo largo y oscuro, y subió por una escalera carcomida hasta llegar a los desvanes. Coligny llamó a la puerta de la habitación más alta y miserable de la casa dando tres golpes, no con la mano, sino con el pie.

Abrieron al instante la puerta y nuestros visitantes entraron en una cámara de grandes proporciones, pero triste y desnuda. Dos ventanas estrechas, una de las cuales daba a la calle de Saint-Jaques y otra al patio interior, dejaban pasar apenas una claridad opaca. En cuanto a muebles, no había más que cuatro escabeles y una mesa de encina de pies torneados.

Al entrar el almirante, salieron a recibirle dos hombres que, al parecer, le estaban esperando. Otro tercero se quedó discretamente a cierta distancia, delante de la ventana que daba a la calle, y solamente hizo desde allí una reverencia profunda a Coligny.

—Teodoro, y vos, capitán —dijo el almirante a los dos hombres que habían salido a su encuentro—; os traigo y presento a un amigo, que si no ha sido antes de los nuestros, ni lo es ahora, no dudo que ha de serlo en el porvenir.

Los dos desconocidos se inclinaron silenciosos ante el vizconde de Exmés, y seguidamente el más joven, el llamado Teodoro, se puso a hablar en voz baja pero con animación con Coligny.

Retiróse un poco Gabriel para que pudiesen hablar con más libertad, y entonces pudo examinar a su sabor a los hombres a quienes acababa de ser presentado por el almirante, y cuyos nombres ignoraba aún.

El capitán, caballero de facciones pronunciadas y de movimientos decididos, tenía todas las características de los hombres resueltos y de acción. Era alto, moreno y nervudo. Cualquiera, sin poseer grandes dotes de observación, podía leer en su frente la audacia, el ardor en sus ojos y la energía de voluntad en los pliegues de sus labios contraídos.

El compañero de este aventurero altivo parecía más bien un cortesano; era un tipo gracioso, de cara ovalada, regordeta y alegre, de mirada dulce, de gestos y modales finos y elegantes. Su traje, perfectamente ajustado a las leyes de la última moda,

formaba singular contraste con el sencillo y austero del capitán.

Llamaba la atención el tercer personaje, el que había permanecido en pie y separado de los demás, a pesar de su actitud reservada, pues las enérgicas líneas de su rostro, su frente espaciosa, la limpidez y profundidad de su mirada, indicaban muy a las claras que era hombre de gran potencialidad mental, un verdadero genio.

Coligny, después de haber cambiado algunas frases con su amigo, se acercó a Gabriel.

—Os pido perdón —le dijo—, pero no soy el único que mando aquí. He tenido que contar con el beneplácito de mis hermanos antes de deciros dónde y en compañía de quién os halláis.

—¿Puedo saberlo ya? —preguntó Gabriel.

—Podéis saberlo, amigo mío.

—¿Dónde estoy?

—En la humilde estancia donde el hijo del tonelero de Noyón, Juan Calvino, celebró las primeras reuniones secretas de los reformados.

—¿Y quiénes son los que me rodean? —preguntó Gabriel.

—Los discípulos del reformador: Teodoro de Beza, que es su pluma, y La Rénaudie, que es su espada.

Gabriel saludó al elegante escritor que debía ser el historiador de las Iglesias reformadas, y al capitán aventurero que sería, poco tiempo después, el provocador del motín de Amboise.

Teodoro de Beza, después de devolver el saludo, dijo:

—Aunque hayáis sido introducido hasta aquí con algunas precauciones, señor vizconde de Exmés, no veáis en nosotros hombres muy peligrosos ni conspiradores tenebrosos. Tres veces por semana nos reunimos en esta casa, pero únicamente para cambiar impresiones, para recibir a los neófitos, o bien para idear los medios de ganar para nuestra causa a aquellos que por el mérito personal que les reconocemos, consideramos que nos conviene que militen en nuestro campo. Agradecemos al almirante que os haya traído aquí, caballero, porque tenemos la seguridad de que figuráis entre los últimos.

—Yo pertenezco a los primeros, es decir a los neófitos —dijo, adelantando con modestia el desconocido que hasta entonces había permanecido separado del grupo—. Yo soy uno de esos soñadores humildes que se aficionan a todo lo nuevo y anhelan acercarse a él y conocerlo.

—No pasará mucho tiempo sin que seáis uno de nuestros miembros más ilustres, Ambrosio —contestó La Rénaudie—. Os presento, señores, a este amigo, que es un cirujano hoy oscuro y apenas conocido, joven todavía, como estáis viendo, pero que será una de las glorias de la cirugía, porque estudia, piensa, y trabaja mucho. Viene espontáneamente a nosotros, y debemos abrirle nuestros brazos, porque no dudo que

en breve se hablará con orgullo del eminente cirujano Ambrosio Paré.

—Me hacéis demasiado favor, señor capitán —respondió Ambrosio.

—Con vuestra venia, señores, voy a pronunciar algunas palabras —dijo Gabriel—. Ahora sé ya donde estoy, y adivino los motivos que han impulsado a mi amigo el señor almirante para traerme a esta casa, donde se reúnen los hombres que Enrique II llama sus mortales enemigos. Pero correspondería mal a la confianza de mi noble amigo si no hiciera constar que, dadas las circunstancias que en mí concurren, me es imposible prestar atención a ideas o principios filosóficos o teológicos, porque necesito dedicarla por entero a las personas y a los hechos. La causa que aquí se defiende no puede ser mi causa, aunque quien sabe si será el medio por el cual llegue yo a conseguir el fin que me he propuesto, y en este caso, si combato a vuestro lado lo haré, no en defensa de vuestros principios, sino por mi propio interés. Me diréis que me llevan a vosotros motivos egoístas, motivos demasiados personales, y yo contestaré diciendo que tenéis razón, y que lo mejor que podéis hacer es rechazarme, arrojarme de vuestro lado.

—No, señor de Exmés —contestó Teodoro de Beza—. Preferiríamos, como es natural, que os guiasen fines más puros y elevados, pero vuestra franqueza es ya un mérito que os hace acreedor a pertenecer a los nuestros.

—Cierto —terció La Rénaudie—. No siempre se nos contesta con profesiones entusiastas de fe cuando dirigimos a nuestros neófitos la siguiente pregunta: «¿Qué pedís?».

—¡Ah! —exclamó Gabriel sonriendo con melancolía—. Ambrosio Paré contestaría seguramente: «Pido el reinado de la justicia y del derecho». ¿Adivináis qué respondería yo? Yo contestaría vuestra pregunta con esta otra: «¿Contáis con poder material y numérico bastante, si no para vencer, al menos para luchar?».

Los reformados se miraron sorprendidos.

—Ignoro el móvil de la pregunta —contestó Teodoro de Beza—; no quiero saber el sentimiento que la dicta, porque sea el que sea, estoy pronto a satisfaceros. Contamos con la fuerza material, gracias a Dios, necesaria para luchar, y quien sabe si para vencer. Formamos un partido numeroso, y sin presunción creemos que inspiramos alguna confianza a nuestros amigos y algún terror a nuestros enemigos.

—Si así es —dijo con frialdad Gabriel—, acaso dentro de poco figure yo entre los primeros y os ayude a combatir a los segundos.

—¿Y si no hubiésemos contado con la fuerza material? —preguntó La Rénaudie.

—Habría buscado aliados más poderosos —respondió Gabriel con calma.

Teodoro de Beza y La Rénaudie se miraron consternados.

—Amigos míos —dijo Coligny—; suspended vuestros juicios, que probablemente serían severos en exceso. Testigo he sido de las hazañas del vizconde de Exmés en San Quintín, y quien como él se bate con desprecio tan completo de la

vida, dista mucho de tener un alma vulgar. Sé que debe cumplir una misión sagrada y terrible que monopoliza todas sus facultades y no le deja libre ni un átomo de adhesión para que pueda consagrarlo a ninguna otra causa.

—Pero quiero suplir mi falta de adhesión con mi sinceridad —dijo Gabriel—. Si los acontecimientos me obligan a ser de los vuestros, el señor almirante podrá atestiguar si os ofreceré un brazo y un corazón fuertes. Pero declaro una vez más que no puedo entregarme sin cálculo, porque pertenezco por entero a una obra necesaria y terrible que me han impuesto la justicia de Dios y la maldad de los hombres, y mientras esa obra no esté cumplida, me perdonaréis si os digo que no soy dueño de mi suerte. Reclama toda mi existencia el destino de otra persona.

—Será para nosotros motivo de satisfacción servirlos, y de orgullo servirnos de vos —observó Coligny.

—Nuestros votos os acompañarán, y nuestras voluntades os ayudarán en caso de necesidad —dijo La Rénaudie.

—¡Oh, gracias, gracias! —exclamó Gabriel—. ¡Gracias, señores, porque no habéis intentado alterar con vuestras palabras la confianza que debo tener en la dura empresa que he de llevar a cabo! ¡Gracias, amigos míos, porque ponéis a mi disposición los medios de obligar a cumplir una palabra empeñada, aunque quien la empeñó sea un rey coronado! No me es posible permanecer más tiempo entre vosotros, necesito despedirme, pero no os diré «adiós», sino «hasta la vista». Pudiera acontecer que vuestras palabras fuesen una semilla que germinase más tarde.

—Lo deseamos porque, sería una felicidad para nosotros —contestó Teodoro de Beza.

—Pero no para mí —replicó Gabriel—, porque os confieso ingenuamente que únicamente la desgracia podrá arrojarme en vuestros brazos. Adiós, señores: debo hallarme en el Louvre a esta hora.

—Y yo os acompaño —dijo Coligny—. Necesito repetir a Enrique II en presencia vuestra lo mismo que tuve el placer de decirle en vuestra ausencia. La memoria de los reyes es flaca, y es preciso que, en el caso presente, el nuestro no olvide ni niegue. Os acompaño.

—No me atrevía a pedir os ese favor, señor almirante —contestó Gabriel—; pero acepto reconocido vuestro ofrecimiento.

—Vamos, pues —dijo Coligny.

XLVII

LAS GRACIAS DE MARÍA ESTUARDO BRILLAN EN
ESTA NOVELA CON RESPLANDORES TAN FUGACES
COMO EN LA HISTORIA DE FRANCIA

Las primeras palabras que Gabriel oyó al llegar con Coligny a las puertas del Louvre, le dejaron consternado: el rey no recibía aquel día.

El almirante, no obstante ser sobrino de Montmorency, se había hecho muy sospechoso de herejía y gozaba de muy escaso favor en la corte, y Gabriel de Exmés, el antiguo capitán de guardias del rey, no era ya conocido por ujieres, los cuales habían olvidado su fisonomía y hasta su nombre. Los dos amigos encontraron dificultades sin cuento para que les permitieran rebasar las puertas exteriores, pero mayores y más invencibles fueron los obstáculos que encontraron dentro. Más de una hora de tiempo hubieron de perder en contestaciones, promesas y amenazas; apenas acababan de conseguir que alzasen una alabarda, otra nueva venía a cerrarles el paso. Es decir, se les multiplicaban espantosamente esos dragones, más o menos invencibles, que guardan a los reyes.

A fuerza de instancias consiguieron llegar a la gran galería que precedía al gabinete de Enrique II, pero les fue imposible pasar de allí: la consigna era demasiado severa y terminante. El rey, encerrado con el condestable y con Diana de Poitiers, había ordenado estrictamente que no se le molestase bajo ningún pretexto.

Si Gabriel quería ser recibido por el rey, tendría que esperar toda la noche.

¡Esperar aún, cuando creía tocar el término de tantas luchas, de tantos dolores! La nueva espera era desesperante para aquel joven que tantos peligros había sabido desafiar y vencer.

Sin hacer caso de las palabras con que el almirante procuraba consolarle, y desoyendo las exhortaciones que le dirigía para que tuviese paciencia, Gabriel, próximo a una ventana, miraba tristemente las gotas de agua que empezaba a enviar a la tierra un cielo encapotado, y lleno de cólera y de angustia, apretujaba convulsivamente el puño de su espada.

¿Cómo arrollar a los guardias que le impedían llegar hasta la cámara del rey, donde probablemente le esperaba la libertad de su padre?

De pronto se alzó el cortinón de la antecámara real y se dejó ver una aparición blanca y radiante que, a juicio del triste joven, iluminó la atmósfera gris y lluviosa.

La juvenil reina-delfina, María Estuardo, atravesaba la galería.

Instintivamente dejó Gabriel escapar un grito y tendió los brazos hacia ella.

—¡Oh, señora! —exclamó, sin darse cuenta de su movimiento ni de sus palabras.

Volvióse María Estuardo, reconoció al almirante y a Gabriel y se dirigió hacia ellos con la sonrisa en los labios, como tenía por costumbre.

—Al fin estáis de vuelta, señor vizconde de Exmés —dijo—. Me alegro de volveros a ver. He oído hablar mucho de vos de algún tiempo a esta parte... ¿Pero, qué buscáis en el Louvre tan temprano? ¿Qué deseáis?

—¡Hablar al rey, señora, hablar al rey! —contestó Gabriel con voz sofocada.

—El señor de Exmés tiene, en efecto, necesidad absoluta de hablar al rey —dijo Coligny—. El asunto es grave y urgente, tanto para él como para el mismo rey, y esos guardias le impiden el paso, diciendo que hasta la noche no hay audiencia.

—¡Como si yo pudiera esperar hasta la noche! —exclamó Gabriel.

—Creo —dijo María Estuardo— que es cierto que el rey acaba de dar en este momento órdenes terminantes. Está con el rey el señor condestable de Montmorency, y francamente... no me atrevo...

Una mirada suplicante de Gabriel impidió que terminase la frase.

—¡Vaya! —repuso—. Si se molesta, tendremos paciencia. ¡Me arriesgo!

Hizo con su diminuta mano una señal a los guardias, que se apartaron respetuosamente, y Gabriel y el almirante pudieron pasar.

—¡Gracias, señora! —exclamó el impetuoso joven—. ¡Gracias a vos, que, semejante a un ángel, os aparecéis a mí siempre que tengo necesidad de que me consuelen en mis aflicciones y calmen mis dolores!

—Ya tenéis libre el paso —dijo sonriendo María Estuardo—. Si su majestad se incomoda demasiado, no reveléis la intervención del ángel, como no sea en último extremo.

Y saludando graciosamente a Gabriel y a su compañero, desapareció.

Gabriel estaba ya a la puerta del gabinete del rey, pero también allí había un ujier dispuesto, al parecer, a cerrarle el paso. Por fortuna, se abrió en aquel instante la puerta y apareció en el dintel Enrique II, dando las últimas instrucciones al condestable.

Nunca fue la resolución la cualidad más saliente del rey. Al tropezar súbitamente con el vizconde de Exmés, retrocedió, y ni siquiera supo irritarse.

Gabriel, cuyo carácter entero hemos tenido varias ocasiones de apreciar, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Señor; dignaos recibir la expresión de mi respetuoso homenaje.

Volviéndose a continuación hacia Coligny, que le había seguido, y con objeto de evitarle la dificultad de las primeras palabras, repuso:

—Venid, señor almirante, y cumpliendo la promesa que me habéis hecho, tened la bondad de recordar al rey la parte que tomé en la defensa de San Quintín.

—¡Qué es esto! —exclamó Enrique II, que principiaba a recobrar la sangre fría—. ¿Cómo osáis llegar hasta mí sin estar autorizado? ¿Cómo entráis en esta cámara

sin previo anuncio? ¿Cómo os atrevéis a interpelar al señor almirante en mi presencia?

Gabriel, tan audaz en estos casos decisivos como cuando se hallaba en presencia del enemigo, contestó con tono respetuoso pero resuelto:

—He pensado, señor, que vuestra majestad en todo momento está dispuesto a recibir y a escuchar a quien viene a pedir justicia, aunque éste sea el último de vuestros vasallos.

Habíase aprovechado del primer retroceso del rey para penetrar atrevidamente en el gabinete donde Diana de Poitiers, pálida y sin rozar apenas al asiento del sillón de encina primorosamente tallado, veía y oía las palabras del temerario vizconde, sin poder, tales eran su furor y su sorpresa, pronunciar una palabra.

Coligny había entrado también, siguiendo a su impetuoso amigo, y Montmorency, compartiendo el estupor general, había tomado el partido de imitarles.

Reinó un momento de silencio. Enrique II, vuelto hacia su manceba, procuraba interrogarla con la vista; pero antes de que el rey hubiese tomado, o aquélla le hubiese dictado una resolución, Gabriel, que sabía muy bien que en aquel minuto se jugaba la partida suprema, dijo de nuevo a Coligny, con acento suplicante y digno a la vez:

—Os suplico que habléis, señor almirante.

Montmorency hizo rápidamente señas negativas a su sobrino, pero éste, sin prestarles la menor atención, dijo, dirigiéndose al rey:

—Señor: repetiré en síntesis delante del señor vizconde de Exmés lo mismo que creí que era deber mío referiros detalladamente antes de su regreso. A él, y sólo a él, somos deudores de la prolongación de la defensa de San Quintín más allá del plazo señalado por vuestra majestad.

El condestable se encogió desdeñosamente de hombros, pero Coligny, mirándole fijamente, prosiguió con calma:

—Sí, señor: en tres ocasiones, en más de tres ocasiones, el señor vizconde de Exmés ha salvado la ciudad, y sin su valor, sin su energía, Francia, a estas fechas, no se encontraría, como felizmente se encuentra, en vías de salvación.

—Pecáis de exceso de modestia o de exceso de complacencia, sobrino —exclamó el condestable sin poder contener más tiempo su irritación.

—No, señor —replicó Coligny—; me limito a ser justo y veraz: nada más. He contribuido por mi parte con todas mis fuerzas a la defensa de la plaza confiada a mi lealtad; pero el vizconde de Exmés reanimó el valor de los habitantes cuando yo lo veía extinguido para siempre; el vizconde de Exmés introdujo en la plaza socorros que yo ni sabía siquiera que estuviesen tan próximos, y, finalmente, el vizconde de Exmés burló una sorpresa del enemigo que yo no había previsto. Y no hablo de su brillante comportamiento en los combates, porque todos hicimos cuanto pudimos.

Quiero, sí, proclamar muy alto lo que ha hecho él solo, aun cuando el inmenso caudal de gloria que adquirió en aquella ocasión disminuya o haga ilusoria la mía.

Volviéndose hacia Gabriel, continuó:

—¿No es así como debo hablar, amigo mío? ¿He cumplido lealmente mi promesa? ¿Estáis contento de mí?

—¡Oh! ¡Os doy las gracias!... no; no basta: bendigo tanta lealtad y virtud — exclamó Gabriel hondamente conmovido, dando un apretón de manos al almirante—. No esperaba menos de vos; pero contad conmigo y con mi eterno reconocimiento. ¡Sí! El que hasta hoy fue vuestro acreedor, se convierte en deudor y os jura que jamás olvidará su deuda.

Mientras tanto, el rey, que tenía fruncido el entrecejo y bajos los ojos, golpeaba impaciente el pavimento con el pie y parecía profundamente contrariado.

El condestable se había acercado a Diana de Poitiers y cambiaba con ésta algunas palabras en voz baja. Sin duda se habían puesto de acuerdo, pues Diana sonrió placentera. Su sonrisa, seductora y diabólica, hizo estremecer a Gabriel, que en el aquel momento dirigió por casualidad su vista hacia la bella manceba de Enrique II.

Gabriel, sin embargo, encontró fuerzas para decir:

—No debo deteneros más, señor almirante. Habéis hecho en mi obsequio más de lo que debíais, y si su majestad se digna ahora concederme, como primera recompensa, la honra de una conferencia particular...

—Más tarde, caballero... más tarde, no digo que no —contestó vivamente el rey—. Por el momento es imposible.

—¡Imposible! —repitió con acento de dolor Gabriel.

—¿Por qué imposible, señor? —terció con dulzura Diana, llenando de sorpresa al rey y a Gabriel.

—¡Pues qué... señora... —balbuceó Enrique—, creéis...!

—Creo, señor, que lo más urgente, lo más perentorio para un rey, es dar a cada uno de sus vasallos lo que le es debido. Ahora bien, a mi entender, la deuda que presumo que viene a recordar el señor vizconde de Exmés es de las más legítimas y sagradas.

—¡Sin duda... sí... sin duda! —respondió Enrique II, cuyos ojos intentaban leer en los de su manceba—. Mi voluntad es...

—Escuchar al señor de Exmés sin dilación —interrumpió Diana—. ¡Muy bien, señor! ¡Eso es hacer justicia!

—¿Pero, sabe su majestad —preguntó Gabriel cada vez más atónito—, que yo necesito hablarle a solas?

—El señor de Montmorency se retiraba cuando vos entrabais, caballero —respondió la de Poitiers—. En cuanto al señor almirante, vos mismo os habéis tomado la molestia de decirle que no le detenéis más, y con respecto a mí, que fui testigo del

empeño contraído por el rey, y en caso de necesidad podré recordarle los términos precisos del vuestro, espero que no tendréis inconveniente en que me quede.

—Ninguno, señora; antes por el contrario, os lo suplico —murmuró Gabriel.

—Mi sobrino y yo nos despedimos de su majestad y de vos, señora —dijo Montmorency.

Al inclinarse delante de Diana, hizo una seña como para alentarla, aunque presumimos que no necesitaba ella que la estimulasen.

Coligny estrechó la mano de Gabriel y salió siguiendo a su tío.

El rey y la favorita quedaron solos con Gabriel, que no acertaba a comprender la imprevista y misteriosa protección que parecía dispensarle la madre de Diana.

XLVIII

LA OTRA DIANA

A pesar del dominio que sobre si mismo tenía Gabriel, no pudo impedir que la palidez invadiera su rostro y que la emoción hiciese temblar su voz cuando, después de una pausa, dijo al rey:

—Señor: temblando, y lleno al mismo tiempo de una confianza profunda en vuestra real promesa, me atrevo, apenas libre de mi dilatado cautiverio, a recordar a vuestra majestad el compromiso solemne que se dignó contraer conmigo. ¡El conde de Montgomery vive aún, señor! Si así no fuera, habríais atajado rato ha mis palabras...

Hizo una pausa. Sentía en su pecho una opresión terrible. Como el rey continuara inmóvil y mudo, repuso Gabriel:

—¡Pues bien, señor! Supuesto que el conde de Montgomery vive, y ya que, según atestigua el señor almirante, yo prolongué más allá del plazo señalado por vuestra majestad la defensa de San Quintín, de la misma manera que yo, señor, he cumplido con creces mi promesa, no dudo que vuestra majestad me cumplirá la suya... ¡Señor...! ¡Devolvedme a mi padre!

—¡Caballero...! —dijo el rey vacilando y puestos los ojos en Diana de Poitiers, cuyo aplomo y tranquilidad continuaban inalterables.

La situación era difícil para el rey. Se había habituado a la idea de que Gabriel había muerto o sido hecho prisionero, y no esperando que viniese a recordarle la promesa, no cuidó de preparar la contestación.

Las vacilaciones del rey oprimían el corazón de Gabriel.

—¡Señor! —continuó con acento de desesperación—. Es imposible que vuestra majestad haya olvidado su palabra. Vuestra majestad recuerda, sin duda, nuestra solemne conferencia, recuerda el compromiso que eché sobre mis hombros, y recuerda también el que vuestra majestad se impuso con respecto a mí.

A su pesar, el espanto y el dolor del joven hicieron mella en el corazón del rey, cuyos instintos generosos principiaron a despertar.

—Todo lo recuerdo perfectamente —contestó a Gabriel.

—¡Ah, señor! ¡Gracias...! ¡Gracias! —exclamó Gabriel, en cuyos ojos brilló la alegría.

Diana de Poitiers terció en aquel momento en la conversación, diciendo con calma.

—Indudablemente el rey se acuerda de todo, señor de Exmés; el que, si no recuerdo mal, olvida algo, sois vos.

Si un rayo hubiese caído a los pies de Gabriel en medio de un hermoso y sereno día de junio, no habría sido mayor el espanto de nuestro héroe.

—¡Cómo...! —murmuró—. ¿Qué es lo que yo he olvidado?

—La mitad de lo que ofrecisteis, caballero —contestó Diana—. Vos dijisteis a su majestad: «Señor: a cambio de la libertad del conde de Montgomery, yo me comprometo a detener al enemigo en su marcha triunfal hacia el corazón de Francia». Quizás no fueran estas vuestras palabras, pero sí el sentido de las mismas.

—¡En efecto, señora! ¿Pero no lo he cumplido? —preguntó atónito Gabriel.

—Sí —contestó Diana—; pero añadisteis: *Y en caso necesario, convirtiéndome de atacado en agresor, me apoderaré de una de las plazas fuertes de que es dueño el enemigo*. A esto os comprometisteis, caballero, y si habéis cumplido la primera parte de vuestro compromiso, yo no sé que hayáis hecho buena la segunda. ¿Qué tenéis que decir a esto? Prolongasteis la resistencia de San Quintín durante cierto número de días; no lo niego. Habéis defendido una plaza; ¿pero dónde está la que habéis tomado?

—¡Oh... Dios mío...! ¡Dios mío! —fue todo lo que pudo decir Gabriel, que había quedado anonadado.

—Ya veis —continuó Diana con la misma sangre fría— que mi memoria no sólo no cede en nada a la vuestra, sino que la aventaja. Sólo me resta haceros presente que espero que vos recordaréis ya aquella circunstancia.

—¡Sí..., es cierto... lo recuerdo ahora! —exclamó con amargura Gabriel—. Sin embargo, al hablar como lo hice, quise dar a entender que, en caso de necesidad, me obligaría a hacer cosas imposibles. ¿Porque cabe en lo humano, señor, apoderarse en estos momentos de una plaza fuerte de los españoles o de los ingleses? ¡Yo os conjuro a que me lo digáis con franqueza, señor! Vuestra majestad, al permitirme partir, tácitamente aceptó el primero de mis ofrecimientos, sin que yo pudiese imaginar que, después de llevar a cabo esfuerzos heroicos, después de mi dilatado cautiverio, me obligaría a ejecutar el segundo. ¡Señor...! ¡A vos, a vos me dirijo! ¿No es bastante una ciudad para pagar la libertad de un hombre? ¿No os satisface un rescate tan rico? Porque pronuncié una palabra imprudente en un momento de exaltación, ¿me impondréis a mí, pobre Hércules humano, la obligación de acabar una empresa cien veces más difícil que la primera, de una empresa humanamente irrealizable?

El rey hizo un movimiento para hablar, pero Diana de Poitiers se le adelantó diciendo:

—¿Por ventura es más fácil y realizable, o entraña menos peligro o menos locura, devolver la libertad a un cautivo temible, a un reo del crimen de lesa majestad? Para conseguir un imposible ofrecisteis otro, señor de Exmés, y no es justo que exijáis el cumplimiento de la palabra del rey cuando vos no habéis cumplido todavía la vuestra.

No son menos sagradas las obligaciones de un soberano que las de un hijo, caballero; y únicamente servicios inmensos, servicios sobrehumanos prestados al Estado podrían justificar en último extremo a un rey que impusiera silencio a las leyes del reino. Como hijo, estáis en la obligación de intentar la salvación de vuestro padre: conformes; pero no me negaréis que su majestad, como rey de Francia, está en la obligación, no menos sagrada que la vuestra, de guardar a Francia.

La mirada expresiva de Diana, que parecía comentar sus palabras, recordaba de dos modos distintos a Enrique los peligros a que se expondría si dejaba salir vivo de la tumba al viejo conde de Montgomery y el secreto enterrado con él.

Gabriel, apelando al último esfuerzo, dijo tendiendo sus manos hacia el rey:

—¡Señor! ¡Es a vos, a vuestra equidad, a vuestra clemencia, a lo que apelo! ¡Más adelante, con la ayuda del tiempo y de las circunstancias, me comprometo una vez más a dar una plaza fuerte a mi patria o a morir en la demanda; pero entretanto, señor, concededme la gracia de que yo vea a mi padre!

Enrique, aconsejado por la mirada fija y la actitud de Diana, contestó afirmando la voz:

—Cumplid vuestra promesa por entero, y juro a Dios que entonces, no antes, cumpliré yo la mía. Mi palabra, caballero, vale tanto como la vuestra.

—¿Es vuestra última resolución, señor? —preguntó Gabriel.

—¡Mi última resolución!

Gabriel inclinó la cabeza anonadado, vencido, y rebelándose al mismo tiempo contra la terrible derrota sufrida. En un minuto hicieron irrupción en su mente mil pensamientos.

¿Se vengaría de aquel rey ingrato y de aquella pérfida mujer? ¿Se arrojaría en las filas de los reformados? ¿Cumpliría el destino de los Montgomery, asestando a Enrique el golpe mortal, de la misma manera que Enrique lo había dado a su padre? ¿Envolvería a Diana de Poitiers en un mar de vergüenza y de deshonra? ¡Sí! A esta empresa consagraría toda su voluntad y su vida entera, y por lejana e inverosímil que su realización pareciera, la alcanzaría.

¿Pero, y su padre? Antes de que él hubiese cumplido su obra de venganza habría muerto veinte veces. Vengar agrada, pero es mil veces más grato salvar. Dada su posición, quizás fuese menos imposible tomar al enemigo una plaza fuerte que vengarse del rey, con la circunstancia de que la empresa primera era santa y gloriosa y la acción segunda criminal e impía.

Además, hiriendo al rey, perdía para siempre a Diana de Castro, y tomando una plaza fuerte, acaso la ganase.

Cuantos acontecimientos presenció desde aquel día de la rendición de San Quintín pasaron por delante de sus ojos como un relámpago.

En menos tiempo del que hemos tardado en describir el estado de su alma, ésta,

siempre valiente, siempre enérgica, había tomado ya una resolución, trazado un plan y vislumbrado un éxito.

El rey y su amante vieron con admiración, casi con espanto, que Gabriel alzaba su frente, pálida, sí, pero serena, radiante.

—¡Sea! —dijo solamente Gabriel.

—¿Os resignáis? —preguntó Enrique.

—Me decido —contestó nuestro amigo.

—¡Cómo! ¡Explicaos! —dijo el rey.

—Escuchadme, señor. La empresa, que desde luego me obligo a acometer, de devolveros una plaza fuerte que compense la pérdida de la que tomaron los españoles, os parece desatinada, imposible, desesperada, insensata; ¿no es cierto? Apelo a vuestra buena fe, señor, y a la vuestra también, señora: ¿No lo creéis así?

—Ciertamente —respondió Enrique.

—Así lo creo —dijo Diana.

—Según todas las probabilidades —prosiguió Gabriel—, la tentativa me costará la vida, sin producir otro resultado que de hacerme pasar por un loco ridículo.

—No soy yo quien os la propongo —observó el rey.

—Más prudente sería que renunciaseis a vuestro proyecto —terció Diana.

—He dicho, sin embargo, que estaba resuelto —contestó Gabriel.

Enrique y Diana no pudieron contener un movimiento de admiración.

—¡Tened cuidado! —exclamó el rey.

—¿Cuidado de qué? ¿De perder la vida? —preguntó sonriendo con amargura Gabriel—. ¡Ha mucho tiempo que hice el sacrificio de ella! Lo que no quisiera, señor, es exponerme de nuevo a sufrir decepciones originadas por malas inteligencias o subterfugios. Los términos del compromiso que contraemos ante Dios son ahora claros y precisos. Yo, Gabriel, vizconde de Exmés y vizconde de Montgomery, me obligo a conseguir que una plaza fuerte, que actualmente esté en poder de los españoles o de los ingleses, caiga en el vuestro. No podrá ser una villa o una plaza insignificante, sino tan importante como podáis desearla. Me parece que en mi compromiso no existe ambigüedad.

—Ninguna —contestó el rey.

—Por vuestra parte, vos, Enrique II, rey de Francia, os comprometéis a abrir las puertas del calabozo a mi padre, a entregarme al conde de Montgomery tan pronto como yo reclame su persona. ¿Os obligáis a hacerlo así, señor?

El rey, viendo la sonrisa de incredulidad de Diana, respondió:

—Me obligo.

—Yo doy las gracias a vuestra majestad, pero no es bastante, bien podéis otorgar una garantía más a un pobre insensato que, con los ojos abiertos, va a precipitarse en un abismo. Con los que van a morir, nunca es excesiva la indulgencia. No os pediré

un documento firmado por vos, que podría comprometeros y que desde luego me negaría; pero aquí hay una Biblia. Poned, señor, sobre ella vuestra real mano, y haced el siguiente juramento: «A cambio de una plaza fuerte de primer orden, que deberé al vizconde Gabriel de Montgomery, me obligo, sobre este santo libro, a otorgar al vizconde de Exmés la libertad de su padre, y declaro de antemano, si violo el juramento que presto, absuelto y desligado al mencionado vizconde de la fidelidad y obediencia que hoy debe a mí y a los míos; doy por bueno y justo cuanto hiciera para castigar mi perjurio y le absuelvo ante Dios y ante los hombres aun cuando cometiera un crimen contra mi real persona». Prestad este juramento, señor.

—¿Y con qué derecho me lo pedís? —interrogó Enrique.

—Lo he dicho antes, señor: con el derecho del que va a morir.

El rey dudaba aún; pero la de Poitiers le decía con su sonrisa desdeñosa que podía comprometerse sin temor. Sin duda creía firmemente que Gabriel había perdido la razón, y que más digno era de inspirar lástima que temor.

—¡Consiento! —dijo Enrique, como arrastrado por la fatalidad.

Y repitió, puesta la mano sobre los Santos Evangelios, la fórmula del juramento que le dictó Gabriel.

—Si no para otra cosa —dijo Gabriel luego que terminó el rey—, el juramento que habéis prestado me servirá para evitarme remordimientos. El testigo de nuestro nuevo convenio no es ya sólo la señora Diana de Poitiers, sino el mismo Dios. Debo aprovechar el tiempo. ¡Adiós, señor! Dentro de dos meses habré muerto o abrazaré a mi padre.

Hizo una reverencia al rey y otra a la de Poitiers y salió precipitadamente.

Enrique II, a su pesar, quedó preocupado y triste: Diana rompió a reír a carcajadas.

—¿No os reís como yo, señor? —dijo Diana—. Bien veis que ese loco se pierde y que su padre morirá en el calabozo. ¡Reíd, reíd a vuestro gusto, señor!

—Así lo hago —contestó el rey riendo como su favorita.

XLIX

UNA IDEA GRANDE PARA UN GRANDE HOMBRE

Desde que el duque de Guisa llevaba el título de teniente general del reino, vivía en el mismo palacio real: en la morada de los reyes de Francia dormía, o dicho con más propiedad, velaba todas las noches el ambicioso jefe de la Casa de Lorena.

¡Cómo soñaría despierto aquel hombre bajo los ricos artesonados cuajados de quimeras! Pero, a decir verdad, ¿no había adelantado mucho terreno aquellos sueños desde el día en que confió a Gabriel dentro de su tienda de campaña sus proyectos sobre el trono de Nápoles? ¿Se conformaría ahora con lo que constituía el colmo de sus ambiciones cuando se hallaba frente a los muros de Civitella? ¿El huésped de la mansión real no se diría a sí mismo que podría tal vez ocuparla como dueño y señor? ¿Se sentiría vagamente en sus sienes el tentador roce de una corona? ¿No miraría con sonrisa de complacencia su excelente espada que, más segura que la varita de un mago, ponía sus esperanzas en realidades?

Séanos lícito suponer que, por aquella época, Francisco de Lorena alimentaba ya éstos pensamientos. El mismo rey, al llamarle en su socorro, ¿no daba pábulo sobrado a sus ambiciones, por atrevidas e ilimitadas que fueran? Confiarle la salvación de Francia en trance tan desesperado como el que la nación se hallaba era tanto como reconocerle por el primer general de su época. Bien seguro es que Francisco I no hubiese obrado con tanta modestia, que habría desenvainado aquella espada que supo vencer en Marignán, pero Enrique II, aunque personalmente valeroso, carecía de la voluntad que manda y de la fuerza que ejecuta.

El duque de Guisa se decía a sí mismo todo esto, pero comprendía al propio tiempo que no bastaba justificar ante su propia conciencia sus temerarias esperanzas, que era preciso justificarlas a los ojos de la nación entera, que era indispensable comprar sus derechos y conquistar su destino al precio de servicios señalados, de empresas brillantes.

El venturoso general, que había tenido la suerte de detener en Metz la segunda invasión del gran emperador Carlos V, tenía conciencia de que no había hecho aún bastante para atreverse a todo. Aun cuando en la ocasión crítica presente la fortuna continuase siendo su aliada, y lograra rechazar hasta la frontera a los españoles y a los ingleses, no sería tampoco bastante. Para que Francia se le entregase o se dejase tomar, además de reparar sus desastres, era preciso que la deslumbrase con brillantes victorias.

Tales eran las reflexiones que de ordinario embargaban al duque de Guisa desde que regresó de Italia, las mismas que se repetía una vez más el día mismo en que

Gabriel de Montgomery formalizaba con Enrique II su nuevo pacto audaz y sublime.

Francisco de Guisa, solo en su cámara, de pie junto a una ventana, miraba al patio sin verle y golpeaba maquinalmente el cristal con las yemas de los dedos.

Uno de sus servidores llamó discretamente a la puerta y anunció, luego que el poderoso duque le dio permiso para entrar, al vizconde de Exmés.

—¡El vizconde de Exmés! —repitió el duque de Guisa, cuya memoria nada tenía que envidiar a la de César, y que, por añadidura, tenía motivos para no haber olvidado a nuestro héroe—. ¡El vizconde de Exmés! ¡Mi joven compañero de armas de Metz, de Renty y de Valenza! ¡Hazle entrar, Thibault, hazle entrar al momento!

El servidor hizo una reverencia y salió para introducir a Gabriel.

Nuestro héroe, y conste que tenía sobrados títulos para que le demos este nombre, sin vacilar un segundo, cediendo a la voz de ese instinto que ilumina el alma en horas de crisis, y que se llama genio cuando envuelve con sus resplandores todo el curso ordinario de la existencia, en cuanto salió del gabinete del rey, como si hubiese presentido los secretos pensamientos que en aquel momento acariciaba el duque de Guisa, se había encaminado en derechura a las habitaciones del teniente general del reino.

Realmente era el único mortal capaz de comprenderle y ayudarle.

El recibimiento que le dispensó su antiguo general le llenó de gozo, y con razón, pues el omnipotente duque de Guisa salió a recibirle a la puerta y le estrechó entre sus brazos.

—¡Sois vos, amigo mío, mi valiente compañero de armas! —exclamó con efusión—. ¿De dónde salís? ¿Qué ha sido de vos desde la pérdida de San Quintín? ¡Cuántas veces me he acordado de vos, y cuántas he preguntado por mi buen amigo Gabriel!

—¿Conque es cierto, monseñor, que he tenido la dicha de ocupar un lugar en vuestra memoria? —contestó Gabriel profundamente conmovido.

—¡Y me lo pregunta, pardiez! —exclamó el duque—. Pues qué, ¿no poseéis un sistema especial de hacer que no os olviden fácilmente las gentes? Coligny, que, entre paréntesis, vale más él solo que todos los Montmorency juntos, me ha referido, aunque con palabras ambiguas y frases poco claras, yo no sé por qué, una parte de vuestras gloriosas hazañas de San Quintín, y eso que, según me decía él mismo, callaba las mejores.

—¡Pues con todo eso, no he hecho bastante! —contestó Gabriel sonriendo con melancolía.

—¡Ambicioso! —exclamó el duque.

—Sí... muy ambicioso; es verdad.

—Pero, gracias a Dios, ya estáis de vuelta, ya estamos reunidos, mi buen amigo. ¿Recordáis aquellos famosos proyectos que hacíamos juntos en Italia? ¡Ay, mi pobre Gabriel! ¡Hoy más que nunca necesita nuestra desgraciada Francia de todo el valor de

vuestro brazo! ¡A qué extremos tan tristes la han reducido!

—Todo lo que soy y todo lo que puedo está consagrado a su defensa —respondió Gabriel—. Sólo espero una indicación vuestra, monseñor.

—Gracias, amigo mío. Acepto el ofrecimiento, del que os aseguro que haré uso, y la indicación a que os referís no se hará esperar mucho tiempo.

—En ese caso, seré yo quien deba daros las gracias, monseñor.

—Hablando con franqueza —dijo el duque de Guisa—, cuando más miro en derredor mío, más grave me parece la situación. He tenido que atender a lo más urgente, es decir, organizar la resistencia alrededor de París, presentar al enemigo una liga formidable, detener, en una palabra, sus progresos. Pero todo esto es poca cosa, nada, mejor dicho. Tenemos un San Quintín... Tenemos un Norte... Debo y quiero obrar... ¿pero, cómo?

Se detuvo como esperando la opinión de Gabriel. Conocía los arrestos del joven y en más de una ocasión había seguido sus consejos; pero esta vez guardó silencio el vizconde de Exmés y quedó a la expectativa, como deseando ver venir, por decirlo así, al duque.

Francisco de Lorena prosiguió de esta suerte:

—No me acuséis de lento, amigo mío, que no pertenezco al número de los que vacilan, como sabéis muy bien, sino al de los que piensan y reflexionan. Pero a bien que sobra la recomendación, porque vos os parecéis a mí, sois a la vez resuelto y prudente. Hasta me parece que los pensamientos que encierra vuestra frente juvenil son más austeros que los que guardaba en fechas pasadas; pero no me atrevo a preguntaros. Recuerdo, sí, que teníais grandes deberes que cumplir y que deseabais descubrir y castigar a enemigos poderosos. ¿Tenéis, por ventura, que deplorar otras desgracias además de las que afligen a la patria? Mucho me lo temo, porque os despedí serio y os encuentro triste.

—No hablemos de mí, monseñor; os lo suplico: hablemos de Francia, que aun así hablaremos también de mí.

—Sea. Voy a exponeros con toda franqueza lo que pienso, lo que quiero y lo que me preocupa. Opino que, dadas las circunstancias, es de absoluta necesidad reanimar, por medio de algún éxito ruidoso, la moral de nuestras tropas y nuestra antigua reputación de gloria: precisa pasar de la defensiva a la ofensiva, no limitarse a atenuar nuestros reveses, sino atreverse a compensarlos con una victoria brillante.

—Vuestra opinión, monseñor, es la mía —contestó Gabriel, sorprendido y encantado de una coincidencia tan favorable a sus propios designios.

—¿Sois de mi opinión, verdad? Lo celebro de todas veras. Y decidme: ¿habéis pensado alguna vez en los peligros de Francia y en los medios de salvarla?

—He pensado, no alguna vez, sino muchas.

—Otra pregunta: ¿estaréis, por fortuna, amigo mío, más adelantado que yo?

¿Habéis medido y pesado bien lo enorme de la dificultad? Ese éxito ruidoso, que como yo, opináis que debemos obtener a toda costa, ¿dónde, cuándo y cómo se podría buscar?

—Monseñor, creo saberlo.

—¿Es posible? ¡Oh! ¡Hablad, hablad, amigo mío!

—¡Dios mío! ¡Quizá he hablado demasiado pronto! —contestó Gabriel—. La proposición que deseo someter a vuestro talento es de aquellas cuya ejecución exige largos y laboriosos trabajos de preparación. Muy grande sois, monseñor; y con todo, creo que lo que voy a deciros a vos mismo ha de pareceros desmesurado, enorme.

—Nunca fui propenso a vértigos, amigo mío —dijo el duque sonriendo.

—Lo sé, monseñor; pero... A primera vista, mi proyecto os parecerá, a no dudar, extraño, insensato... hasta irrealizable, aunque en realidad no es más que de difícil ejecución y muy peligroso.

—¡Un atractivo más! —exclamó Francisco de Lorena.

—Quedamos, pues —prosiguió Gabriel—, en que mi idea no os asustará. Repito que los peligros son grandes, pero dispongo de los medios que pueden darnos la victoria. Esta es mi opinión, que espero compartáis cuando os haya hecho una exposición detallada de aquéllos.

—Siendo así, hablad, amigo mío... Pero, ¿quién viene a interrumpirnos ahora? —preguntó con impaciencia—. ¿Llamas tú, Thibault?

—Sí, monseñor —respondió el servidor dejándose ver sobre el dintel—. Me encargó monseñor que le advirtiese cuando sonase la hora del consejo y acaban de dar las dos. El señor de Saint-Remy y los demás señores vendrán dentro de un momento para acompañar a monseñor.

—Es verdad... es verdad —contestó el duque—. Tenemos consejo a esta hora, y consejo importante. Mi asistencia a él es indispensable. Déjanos, Thibault; introduce aquí a esos señores cuando lleguen. Viendo estáis, Gabriel, que mi obligación me llama cerca del rey. Pero, en espera de que podáis detallarme cómodamente vuestro plan, que debe de ser grande, como vuestro, yo os suplico que satisfagáis brevemente mi curiosidad e impaciencia. En dos palabras, Gabriel, ¿qué es lo que proyectáis?

—En dos palabras, monseñor: *Tomar Calais* —contestó con tranquilidad Gabriel.

—¡Tomar Calais! —repitió el duque de Guisa dando un salto.

—Olvidáis, por lo visto, monseñor, que me prometisteis no asustaros —repuso Gabriel con la misma sangre fría.

—¿Pero, lo habéis pensado bien? —interrogó el duque—. ¡Tomar Calais, defendido por una guarnición formidable, por murallas inexpugnables y por la mar! ¡Tomar Calais, que pertenece a Inglaterra hace doscientos años! ¡Tomar Calais, guardado como se guardan las llaves de Francia cuando uno las tiene en su poder! Me entusiasma todo lo que es audaz; ¿pero, no os parece que vuestro proyecto entra de

lleno en el campo de lo temerario?

—Sí, monseñor —contestó Gabriel—; pero precisamente porque la empresa es temeraria, porque no puede concebirla el pensamiento, porque no ha de imaginarla la sospecha, tiene mayores probabilidades de éxito.

—Pudiera ser... sí... Bien pensado... —murmuró el duque.

—Cuando me hayáis escuchado, monseñor, en vez de decir *pudiera ser*, diréis *será*. En cuanto a la conducta que debemos observar, no puede ser más que una: guardar el secreto más impenetrable, engañar al enemigo por medio de alguna maniobra falsa y llegar frente a la ciudad de improviso. Obrando así, en quince días es nuestro Calais.

—Pero no bastan esas indicaciones generales —replicó vivamente el duque—. Necesito que me expliquéis vuestro plan, Gabriel, porque doy por supuesto que tenéis un plan completo...

—Sí, monseñor: un plan sencillo y de seguros resultados.

No pudo principiar Gabriel la exposición de su plan, porque en aquel momento se abrió la puerta de la cámara y entró Saint-Remy seguido de varios caballeros adictos a la Casa de los Guisa.

—Su majestad espera en el consejo al señor teniente general del reino —dijo Saint-Remy.

—Soy con vosotros, señores —contestó Francisco de Lorena, saludando a los recién llegados—. Ya veis que me veo precisado a dejaros —añadió en voz baja volviéndose rápidamente hacia Gabriel—. Pero la idea inaudita y soberbia que habéis sembrado en mi espíritu no me dejará descansar en todo el día; os lo aseguro. Si realmente creéis que vuestro proyecto es viable, yo me siento digno de comprenderos. ¿Podréis volver esta noche a las ocho? Sería nuestra la noche entera y no correríamos riesgo de ser interrumpidos.

—A las ocho en punto estaré aquí —contestó Gabriel—. De aquí a entonces, no desperdiciaré el tiempo.

—Me permito hacer presente a monseñor que son más de las dos —terció Saint-Remy.

—¡Voy! ¡Voy! —contestó el duque.

Dio algunos pasos en dirección a la puerta, se detuvo, volvióse hacia Gabriel, le miró, y acercándose de nuevo a él como si quisiera convencerse de que no había oído mal, repitió con voz muy baja y en tono de interrogación:

Gabriel inclinó afirmativamente la cabeza y contestó sonriendo y con calma perfecta:

—Tomar Calais.

El duque de Guisa salió, y el vizconde de Exmés abandonó el Louvre.

L

DIVERSOS PERFILES DE ESPADACHINES

Aloísa, asomada a una ventana de la planta baja del palacio, esperaba llena de angustia la vuelta de Gabriel. Cuando le vio llegar, levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de dicha, de gratitud, de júbilo.

—¡Bendito sea Dios! ¡Volvéis al fin, monseñor! —exclamó—. ¿Salís del Louvre? ¿Habéis visto al rey?

—Le he visto —respondió Gabriel.

—¿Y bien?

—Es necesario esperar más.

—¡Esperar más! —exclamó Aloísa juntando las manos—. ¡Santísima Virgen! ¡Es tan triste y tan difícil seguir esperando!

—Sería imposible si, mientras espero, permaneciese inactivo; pero obraré, gracias a Dios, y obrando, podré distraerme durante el camino, puestos los ojos en el término del viaje.

Entró en la sala y arrojó su capa sobre el respaldo de un sillón.

No vio a Martín Guerra, que estaba sentado en un rincón sumergido en profundas reflexiones.

—¡Vamos, Martín... modelo de haraganes! —exclamó Aloísa—. ¿Ni siquiera sabéis quitar la capa a monseñor?

—¡Perdón, oh, perdón! —exclamó Martín Guerra saliendo de su ensimismamiento y poniéndose en pie.

—¡Quieto, Martín; no te molestes! —dijo Gabriel—. Me disgusta, Aloísa, que riñas a mi pobre Martín. Su celo y su adhesión me son ahora más necesarios que nunca, y tengo que hablar con él de asuntos graves.

Cualquier deseo del vizconde de Exmés era para su buena nodriza obligación sagrada, así fue que perdonó al punto al escudero, y hasta le favoreció con una sonrisa, saliendo discretamente de la estancia a fin de dejar a Gabriel en libertad completa.

—Vamos a ver, Martín ¿qué hacías allá cuando yo entré? —preguntó Gabriel—. Con franqueza, ¿cuál era el objeto de tus graves meditaciones?

—Me estaba devanando los sesos, con perdón de monseñor, intentando descifrar el misterio del hombre de esta mañana —respondió Martín Guerra.

—Y qué, ¿has descifrado algo?

—Muy poco, monseñor, muy poco. Confesaré francamente que, por más que abro los ojos, no veo más que una noche muy oscura.

—Pero yo te anuncié, Martín, que creía haber vislumbrado algo que no es precisamente noche oscura.

—Verdad es, monseñor; ¿pero qué es lo que habéis vislumbrado?

—No es llegada la ocasión de decírtelo, Martín... Dime: ¿puedo contar contigo?

—¡Y lo pregunta, monseñor!

—No, Martín; de ello estoy más que persuadido. He querido decir que necesito de ti. Es preciso que por algún tiempo te olvides de ti mismo y que no te acuerdes de aquella sombra que tan malos ratos te hizo pasar, y que te garantizo que disiparemos más adelante. Por ahora me, eres necesario, Martín.

—¡Tanto mejor! ¡Me alegro! ¡Tanto mejor! —exclamó Martín Guerra.

—Pero entendámonos bien: te necesito todo entero, me hace falta tu valor, tu vida. ¿Quieres fiar en mí, aplazar para más adelante tus inquietudes personales y entregarte a mi suerte?

—¡Que si lo quiero! —exclamó Martín—. ¡Pero, monseñor... si es mi deber, mi obligación... y al mismo tiempo mi gusto! ¡Por San Martín, mi patrón! Demasiado tiempo he estado separado de vos. Necesito recobrar el tiempo perdido, y lo recobraré, granice, truene o caigan rayos. Si cada una de mis trusas ocultase legiones enteras de Martines Guerras, aun así podríais estar tranquilo, monseñor, porque me burlaría de ellos, me reiría en sus barbas. Tenga yo ante mis ojos a mi señor, y no veré a nadie más en el mundo.

—¡Corazón valiente! —exclamó Gabriel—. Ten, sin embargo, en cuenta, Martín, que la empresa en que trato de empeñarte está erizada de peligros y rodeada de abismos.

—¡Y qué! ¡Los peligros se vencen, y los abismos se salvan de un salto!

—Nos jugaremos la vida cien veces al día.

—Cuanto más crecido es el tanto, tanto más entretenida resulta la partida.

—Pero es que se trata de una partida terrible que no podremos abandonar, amigo mío, una vez hayamos tomado cartas, hasta que juguemos la última.

—O somos buenos jugadores o no —replicó con gallardía el escudero.

—Te felicito por tu gran resolución, pero sin duda tú no sospechas los lances terribles y los peligros espantosos que lleva consigo la lucha más que humana en que te voy a empeñar, lucha en la que tal vez se estrellarán todos nuestros esfuerzos sin que éstos nos valgan ninguna recompensa. ¡Piénsalo bien, Martín! Con sinceridad te digo que la empresa que quiero acometer, cuando la estudio a sangre fría, a mí mismo me da miedo.

—¡Bah! —exclamó Martín Guerra—. Los peligros y yo nos conocemos de antiguo, somos excelentes amigos, y cuando uno ha tenido el honor de ser ahorcado...

—Es que necesitaremos desafiar a los elementos, burlarnos de las tempestades,

reírnos de los imposibles...

—¡Nos reiremos! Hablando francamente, monseñor, desde que me ahorcaron, los días que vivo me parecen de gracia, y no voy a regatear con Dios el aumento que se ha servido concederme. Cuando un mercader, después de ajustado un artículo, os hace una rebaja sobre el precio convenido, no se le debe molestar con exigencias, como no sea uno un ingrato y un necio.

—Entonces, Martín, no hay más que hablar; te veo resuelto a unir tu suerte a la mía. ¿Estás decidido a seguirme?

—¡Hasta el infierno, monseñor! ¡Digo! Siempre que no sea para acariciar las barbas de Satán, que por algo es uno buen católico.

—En cuanto a eso, puedes estar tranquilo: si vienes conmigo, podré comprometer tu vida en este mundo, pero nunca tu salvación eterna en el otro.

—¡Pues no necesito más! ¿Pero, no me dijo antes monseñor que necesitaba pedirme algo más que la vida?

—Sí, Martín —contestó Gabriel riéndose de la heroica ingenuidad de la pregunta—. Además de pedirte el sacrificio de tu vida, necesito que me prestes otro servicio.

—¿De qué se trata, monseñor?

—Quiero que busques, y hagas por encontrar, lo antes posible, hoy mismo, si humanamente puedes hacerlo, una docena de compañeros de tu temple, bravos, duros, atrevidos, que no teman al hierro ni al fuego, que sepan soportar sin quejarse el hambre y la sed, el frío y el calor, que obedezcan como angelitos y se batan como demonios. ¿Podrás hacerlo?

—Según. ¿Se les pagará bien?

—Una moneda de oro por cada gota de sangre que viertan. Mi fortuna es lo que menos me importa en la piadosa y ruda empresa que voy a acometer.

—A ese precio, monseñor —contestó el escudero—, en dos horas me comprometo a reuniros unos hampones que no se quejarán de las heridas que reciban: yo os lo aseguro. Otros como ellos no han de encontrarse en Francia, y menos en París. ¿Pero, a quién han de servir?

—A mí —contestó el vizconde de Exmés—, pero no como capitán de guardias. Tomaré parte en la campaña que se prepara como voluntario, como aventurero, y necesito llevar conmigo alguna gente.

—Siendo así, monseñor, puedo disponer desde luego de cinco a seis de nuestros antiguos valientes de la guerra de Lorena. Los pobres diablos se van quedando amarillos desde que vos los licenciasteis... ¡Y no se alegrarán, que digamos, cuando les diga que van a entrar nuevamente en fuego mandados por vos! Puesto que la gente que he de reclutar es para vos, esta noche os presentaré la compañía completa.

—Está muy bien —dijo Gabriel—. Exigirás, como condición necesaria a los que enganches, que deberán estar dispuestos a salir de París en todo momento y a

seguirme a donde yo les lleve, sin hacer una pregunta, ni ver siquiera si caminamos hacia el Sur o hacia el Norte.

—Como caminarán hacia la gloria, y el dinero les venderá los ojos, nada verán, monseñor.

—Cuento, pues, con ellos, y contigo, Martín. Por lo que a ti toca...

—No hablemos de mí, monseñor.

—Al contrario, tenemos que hablar de ti. Si salimos con vida de la empresa, me obligo solemnemente en este punto y hora a hacer por ti todo lo que tú hayas hecho por mí, a servirte a mi vez contra tus enemigos hasta librarte de ellos y dejarte tranquilo. Y ahora, venga tu mano, mi fiel escudero, que quiero estrecharla.

—¡Oh, monseñor! —exclamó Martín Guerra, besando con respeto la mano que Gabriel le tendía.

—Sin perder un momento, Martín; a cumplir mi encargo. ¡Discreción y valor! Adiós, que necesito quedarme solo.

—Dispensad la pregunta, monseñor: ¿vais a permanecer en casa? —preguntó Martín.

—Hasta las siete, sí: a las ocho debo estar en el Louvre.

—Siendo así, espero presentaros antes de las siete algunas muestras del personal de vuestra tropa.

Saludó y salió, respirando orgullo y a la vez preocupación por verse investido de tan alta misión.

Gabriel se encerró en su gabinete y dedicó el día al estudio del croquis que a su salida de Calais le entregara Juan Peuquoy, a escribir varias notas, a pasear, y a meditar. Necesitaba ponerse en condiciones de contestar cuantas objeciones pudiera hacerle el duque de Guisa. Sólo interrumpía de vez en cuando sus estudios o sus meditaciones para exclamar con voz firme y corazón inflamado:

«¡Te salvaré, padre mío! ¡Diana... te salvaré!».

Eran próximamente las seis y acababa Gabriel, cediendo a reiteradas instancias de Aloísa, a tomar algún alimento, cuando se le presentó Martín Guerra en actitud grave y ceremoniosa.

—¿Querrá monseñor recibir a seis o siete de los que aspiran a servir a vuestras órdenes, a Francia y a su rey? —preguntó.

—¡Cómo! ¿Me traes ya seis o siete? —exclamó Gabriel.

—Son seis o siete de los que no tienen la honra de ser conocidos por monseñor, y nuestros antiguos valientes de Metz completarán la docena. Todos anhelan arriesgar su piel por un amo como vos y han aceptado, encantados, cuantas condiciones os habéis servido u os serváis imponerles.

—¡Diablo! ¡No has perdido el tiempo, Martín! Veamos: introduce a esos hombres.

—Uno a uno, ¿verdad, monseñor? —preguntó Martín Guerra—. Así podréis juzgarles mejor.

—Uno a uno; sea —respondió Gabriel.

—Una palabra más —añadió el escudero—: no tengo necesidad de advertiros, monseñor, que todos esos hombres me son bien conocidos, unos, la mayor parte, personalmente; otros, los menos, por informes exactos y seguros que he tomado. Son de inclinaciones y temperamentos diferentes y de instintos variados, pero su característica común es la bravura a toda prueba. De esta cualidad tan esencial no tengo inconveniente en responder yo, pero me permitiré suplicar a monseñor que sea indulgente con las travesurillas de algunos.

Después de esta arenga preparatoria, salió de la estancia Martín Guerra y volvió a entrar breves segundos después acompañando a un individuo alto, de tez color de badana, ágil de movimientos y de fisonomía plácida y expresiva.

—Ambrosio —dijo Martín, haciendo la presentación de su recluta.

—¿Ambrosio? ¡Nombre extranjero! ¿Supongo que no eres francés? —preguntó Gabriel.

—¿Quién puede saberlo? —dijo Ambrosio—. Me encontraron y recogieron siendo muy niño, y he vivido en los Pirineos con un pie en Francia y otro en España, y ¡por mi vida!, que he sacado buen partido de mi doble bastardía, siempre, por supuesto, sin ofender a Dios ni a mi madre.

—¿En qué te ocupabas? —preguntó Gabriel.

—Os lo voy a decir —respondió Ambrosio—. Neutral entre mis dos patrias, procuré siempre, dentro del estrecho límite de mis recursos, anular las fronteras que las dividen, hacer que la una participase de los beneficios de la otra, y contribuir, como hijo piadoso, fomentando el intercambio de los bienes que cada una de ellas recibió de la Providencia, a su mutua prosperidad.

—En una palabra —dijo Martín Guerra—: Ambrosio era contrabandista.

—Por desgracia —continuó Ambrosio—, denunciado a las autoridades españolas y conocido por las francesas, perseguido a la vez por mis ingratos compatriotas de entrambas vertientes de los Pirineos, tomé el partido de abandonarles y vine a París, ciudad donde los valientes encuentran siempre recursos...

—Y en la que Ambrosio se considerará feliz —interrumpió Martín Guerra—, si logra entrar al servicio del valiente vizconde de Exmés, a cuya disposición pone su intrepidez, su destreza y su larga costumbre de sufrir fatigas y de afrontar peligros.

Admitido Ambrosio el contrabandista, dijo Gabriel: —Que entre otro.

Salió Ambrosio y entró otro sujeto de cara de asceta y modales discretos, que llevaba una capa parda muy larga, y un rosario de gruesas cuentas pendiente del cuello.

Martín Guerra le presentó, bajo el nombre de Lactancio.

—Lactancio —añadió el escudero después de hecha la presentación— ha servido a las órdenes del señor almirante Coligny, quien le echa de menos y podrá dar informes a monseñor. No habría abandonado Lactancio el servicio del señor almirante, si no fuese un católico celoso y convencido, por cuyo motivo, le repugna obedecer a un caudillo tildado de hereje.

Lactancio, sin decir una palabra, hacía con la cabeza y las manos movimientos y gestos de aprobación.

—Este piadoso soldado se esmerará, como es su deber, en contentar al señor vizconde Exmés, pero pide que se le concedan toda clase de facilidades y de libertades para cumplir con todo rigor las prácticas religiosas que deben asegurar su eterna salvación. Obligado por la profesión de las armas, que ha abrazado, y por su vocación natural, a batirse contra sus hermanos en Jesucristo y a matar a todos los que pueda, estima Lactancio, muy cuerdamente por cierto, que está en la obligación ineludible de compensar, a fuerza de austeridades, aquellas necesidades crueles. Cuanto mayor ardor despliega Lactancio en las refriegas, con tanta mayor devoción oye la misa, y son incontables los ayunos y penitencias que se ha impuesto por los muertos que ha enviado antes de que les llegase su hora natural a las gradas del trono del Señor.

—¡Aceptado Lactancio el devoto! —dijo, sonriendo, Gabriel.

Lactancio, siempre silencioso, hizo una reverencia profundísima y salió murmurando una oración de acción de gracias dirigida al Altísimo, que le concedía el favor señalado de ser admitido por tan valiente capitán.

Después de Lactancio, Martín Guerra introdujo a un joven, llamado Ivonnet, de estatura regular, fisonomía distinguida y fina y manos pequeñas y bien cuidadas. Desde la gorguera hasta las botas, su indumentaria no solamente era aseada, sino coquetona y elegante. Saludó a Gabriel con la mayor gracia del mundo y se quedó delante de él en apostura respetuosa y gallarda a la vez, sacudiendo con la mano un poco de polvo que vio en su manga derecha.

—He aquí, monseñor, al hombre más decidido de todos los que os presento —dijo Martín Guerra—. Ivonnet, en cuanto principia el combate, es un león furioso a quien nada ni nadie contiene: da estocadas y reparte tajos y cuchilladas con verdadero frenesí, pero donde más se distingue es en los asaltos. Él es siempre el que primero pone el pie en la escala y el que clava el pendón francés en la más elevada de las murallas enemigas.

—¿Entonces, es un verdadero héroe? —preguntó Gabriel.

—Hago lo que buenamente puedo —respondió Ivonnet con modestia—. El señor Martín Guerra aprecia indudablemente en más de lo que valen mis modestos esfuerzos.

—No; os hago justicia —replicó Martín—, y en prueba de ello, después que he

elogiado vuestros méritos, quiero manifestar vuestros defectos. Ivonnet, monseñor, sólo es el diablo sin miedo que os he descrito en el campo de batalla. Su valor no despierta si no redobla el tambor, silban las flechas o las balas y truena el cañón. Fuera de la lucha, en la vida ordinaria, Ivonnet es tímido, impresionable y nervioso como una damisela, y su sensibilidad exige los mayores cuidados. No le gusta quedarse solo en la oscuridad, las arañas y los ratones le dan un miedo horrible, y basta que reciba un rasguño en la piel para que pierda el conocimiento. Para que recobre su belicosa audacia precisa que huela a pólvora y que vea sangre; entonces se embriaga y enloquece.

—No importa —respondió Gabriel—. Como no vamos a un baile sino a una fiesta de carnicería, me quedo con Ivonnet el delicado.

Ivonnet hizo al vizconde de Exmés un saludo en toda regla, y salió sonriente y atusándose las guías de su bigote negro.

Entraron a continuación dos colosos tiesos y flemáticos. Entrambos tenían el pelo rubio y su edad respectiva sería aproximadamente de cuarenta y veinticinco años.

—Heinrich Scharfenstein y Frantz Scharfenstein, tío y sobrino, respectivamente —anunció Martín Guerra.

—¡Diantre! —exclamó Gabriel—. ¿Quiénes sois vosotros?

—*Wir versteen nur ein wenig das franzosich* —dijo el mayor de los colosos.

—¡No entiendo! —exclamó Gabriel.

—Nosotros hablar sólo un poco francés —tradujo el coloso menor.

—Son *reitres* alemanes, *condottieri* en italiano y mercenarios en español —explicó Martín Guerra—. Venden su brazo al que mejor les paga, y su valentía es proporcionada al precio. Han servido ya a los españoles y a los ingleses, pero dicen que los españoles pagan mal y que los ingleses regatean mucho. Compradlos, monseñor, seguro de que no os habéis de arrepentir de la adquisición. Jamás discuten una orden, y son capaces de colocarse delante de la boca de un cañón con una sangre fría admirable. Para ellos, el valor es asunto de probidad, y con tal de que se les pague con puntualidad la suma estipulada, sufren sin quejarse todas las eventualidades peligrosas o mortales al género de comercio al que se dedican.

—Me quedo con estos dos negociantes del valor, y para mayor seguridad, les pago un mes adelantado —dijo Gabriel—. Pero el tiempo vuela... vengan otros.

Los dos Goliats germánicos llevaron militar y mecánicamente las manos a los sombreros y se retiraron juntos marcando el paso con precisión.

—El que va a entrar ahora se llama Pilletrousse.

Seguidamente entró un individuo de tipo de bandido, vestido haraposamente, y de cara patibularia. Avanzaba con paso incierto, mirando furtivamente a todas partes y desviando la mirada de Gabriel.

—¿A qué viene esa vergüenza, Pilletrousse? —le preguntó Martín Guerra—.

Monseñor desea hombres de corazón, y aunque es verdad que eres un poco más... *acentuado* que todos los otros, en rigor no tienes motivos para sonrojarte.

Volviéndose hacia su señor, prosiguió con gravedad:

—Pilletrousse, monseñor, es lo que pudiéramos llamar un *salteador de salteadores*. Mientras el país en masa hace la guerra contra los españoles y los ingleses, él la hace, contra quien puede, por cuenta propia. Pilletrousse vigila los caminos reales, visitados por salteadores nacionales y extranjeros, y asalta y roba a los salteadores. A los que nada llevan, no sólo los respeta, sino que los protege. Malas lenguas dicen que es ladrón, pero yo opino que, dado su sistema especial de maniobrar, no roba, sino conquista, porque en rigor, no vive del robo, sino del botín. Se ha penetrado, sin embargo, de la necesidad de regularizar su profesión... errante y de ser menos molesto a los... amigos de lo ajeno, y ha aceptado gustosísimo la proposición que le hice de alistarse bajo las banderas del señor vizconde de Exmés...

—Y el vizconde de Exmés, Martín —contestó Gabriel—, le recibe bajo tu garantía, siempre que en lo sucesivo olvide los caminos y busque teatro para sus hazañas en las plazas fuertes y en los campos de batalla.

—Da las gracias a monseñor, tunante —dijo Martín Guerra al presentado—. Ya eres de los nuestros.

—Gracias, monseñor —dijo efusivamente Pilletrousse—. Prometo no batirme en lo sucesivo contra dos o tres enemigos sino contra diez por lo menos.

—¡Que me place! —contestó Gabriel.

Siguió a Pilletrousse un sujeto pálido, de expresión melancólica, que parecía contemplar al universo con angustia y tristeza. Daban un sello lúgubre a su rostro las profundas cicatrices y costurones que lo llenaban, cruzándose en todas direcciones.

Martín Guerra le presentó bajo el nombre, tan fatídico como su cara, de *Mala-Muerte*.

—Cometería el señor vizconde de Exmés una injusticia tremenda —añadió Martín—, si rehusase a *Mala-Muerte*. Si me es permitido emplear un lenguaje mitológico, diré que *Mala-Muerte* rinde una pasión sincera y profunda a Belona, pero hasta el presente, ha sido muy desgraciado en su pasión. El desventurado cifra todo su placer en la guerra, no halla contento más que en los combates, no goza más que en medio de las más atroces carnicerías, pero, ¡ay!, hasta aquí, puede decirse que únicamente ha conseguido aplicar los labios a los bordes de la copa que contiene el néctar divino de su felicidad. Con tal furia, con frenesí tan ciego se arroja en lo más recio de la contienda, que su cuerpo recoge invariablemente la primera cuchillada que reparten, y cae *in continenti* en tierra, viéndose obligado a pasar el resto del combate en la ambulancia. Mientras los demás continúan batiéndose, él gime y se desespera, no por el dolor de la herida, sino por hallarse ausente de la pelea. Todo su cuerpo es una cicatriz, pero gracias a Dios es robusto y cura y se repone con pasmosa facilidad.

Eso sí, tiene que esperar otra ocasión; y sus ansias no satisfechas le postran y debilitan más que la pérdida de su sangre que gloriosamente vertió. Comprenderá monseñor que sería un cargo de conciencia privar a este melancólico batallador de una alegría que, a la par que repondrá sus agotadas fuerzas, nos proporcionará a nosotros ventajas positivas.

—Acepto con entusiasmo a *Mala-Muerte*, Martín —dijo Gabriel.

Una sonrisa de satisfacción brilló en el rostro amarillento de *Mala-Muerte*. Con el fuego del entusiasmo en sus ojos apagados, fue a reunirse con sus camaradas, más animado y alegre que cuando había entrado.

—¿Me los has presentado ya a todos? —preguntó Gabriel a su escudero.

—A todos, monseñor; por el momento, no puedo ofreceros otros. Añadiré que tenía mis dudas, pues no me atrevía a esperar que los aceptarais a todos.

—Descontentadizo habría sido, Martín. Has demostrado tener buen gusto: recibe mi enhorabuena.

—La recibo con alegría, monseñor. Mi opinión es que *Mala-Muerte*, Pilletrousse, los dos Scharfenstein, Lactancio, Ivonnet y Ambrosio son siete buenos mozos dignos de ser apreciados en mucho.

—Lo creo —dijo Gabriel.

—Y si monseñor se digna recibir a Landry, a Chesnel, a Aubriot, a Contamine y a Balu, nuestros veteranos de la guerra de Lorena, tengo la seguridad de que, puestos a las inmediatas órdenes de monseñor, y secundados por cuatro o cinco buenos mozos de aquí, que se encargarán de servirnos, hemos de formar una compañía que podrá presentar con orgullo nuestro jefe a los amigos, y con más que orgullo aún a nuestros enemigos.

—Tienes razón, Martín; una compañía de brazos y de cabezas de acero. Tú te encargas de armar y de equipar a los doce valientes lo más pronto posible, Martín, pero vete ahora a descansar, que ya has empleado bien el día. Mis tareas, aunque también han sido numerosas, variadas y dolorosas, no han terminado todavía.

—¿Ha de salir aún esta noche monseñor? —preguntó Martín.

—Sí; he de ir al Louvre. El señor duque de Guisa me espera a las ocho —dijo Gabriel poniéndose en pie—. Sin embargo, gracias a tu actividad y celo, creo deshechas de antemano algunas de las dificultades que pudieran presentarse en el curso de la conferencia.

—¡Cuánto me alegre, monseñor!

—Y yo, Martín. No sabes, no puedes saber cuánto me interesa, cuan necesario me es poner en ejecución mi proyecto y acabarlo victoriosamente... ¡Oh! ¡Triunfaré!

Mientras el noble joven se dirigía al Louvre, no cesaba de repetirse:

—¡Te salvaré, padre mío! ¡Diana, te salvaré!

SEGUNDA PARTE

I

DESTREZA DE LA TORPEZA

Daremos con el pensamiento un salto de sesenta leguas de distancia y de quince días de tiempo, y nos trasladamos a Calais hacia fines del mes de noviembre de 1557.

No habían transcurrido veinticinco días desde la partida del vizconde de Exmés, cuando se presentó en las puertas de la plaza fuerte inglesa un mensajero suyo, que pidió ser conducido a presencia del gobernador lord Wentworth, a quien debía hacer entrega del rescate de su antiguo prisionero.

Muy torpe o muy necio debía de ser el tal mensajero a juzgar por sus trazas y movimientos, porque, después de indicarle veinte veces el camino, otras tantas había pasado por delante de la puerta principal que le indicaban, y sin embargo, en vez de llamar en ella, iba como un idiota a aporrear poternas y puertas condenadas. Pero a bien que en el pecado de la torpeza llevó la penitencia, pues el gran imbécil dio tontamente la vuelta completa a los baluartes y fortificaciones del recinto exterior sin encontrar la puerta que buscaba.

Por fin, a fuerza de datos más o menos precisos, consiguieron ponerle en camino, siendo de observar que era tal el poder mágico de su majestad el dinero ya por aquellos tiempos remotos, que cuando se presentó en la puerta principal de la plaza y dijo: «Traigo diez mil escudos para el gobernado», cumplidas a medias las precauciones de rigor, registrado el mensajero y después de recibir órdenes de lord Wentworth, dejaron entrar libremente en Calais al portador de una suma tan respetable.

No cabe dudar que sólo el siglo de oro dejó de ser el siglo del dinero.

El torpe enviado de Gabriel se extravió con frecuencia increíble en las calles de Calais antes de lograr dar con el palacio del gobernador, aunque a cada paso se lo indicaban almas compasivas. No veía cuerpo de guardia que no le pareciera el palacio que buscaba y donde no entrase.

Después de haber perdido así una hora larga para recorrer un camino que otro menos torpe que él habría podido recorrer en menos de diez minutos, quiso Dios que llegase al palacio, objeto de sus afanes.

Casi en el acto fue llevado a presencia de lord Wentworth, quien le recibió con gravedad rayana en tristeza sombría.

Luego que el enviado hubo explicado el objeto de su mensaje y puesto sobre la mesa el saco repleto de oro de que era portador, le preguntó lord Wentworth:

—¿No os ha dado el señor vizconde de Exmés, además del importe de su rescate, otro encargo para mí?

Pedro, que así dijo llamarse el mensajero, miró a lord Wentworth con estupefacción que hacía poco honor a su inteligencia.

—Milord —respondió—; he cumplido la comisión que me encargaron. Mi señor me ordenó que pusiera en vuestras manos este dinero; he cumplido su encargo, y no comprendo, en verdad...

—¡Está muy bien! —exclamó lord Wentworth sonriendo desdeñosamente—. Parece que el señor vizconde de Exmés se ha hecho más razonable, por lo cual le felicito. El aire de la corte de Francia es el del olvido... ¡Tanto mejor para los que lo respiran!

Y bajando la voz, y como hablando consigo mismo, añadió:

—¡El olvido es muchas veces la mitad de la felicidad!

—¿No tiene milord nada que mandarme para mi amo? —preguntó el mensajero, que parecía escuchar con indiferencia estúpida los apartes melancólicos del gobernador.

—Nada he de decir al vizconde de Exmés, toda vez que él nada me dice —contestó secamente lord Wentworth—. No obstante, prevenidle, si queréis, que por espacio de un mes más, es decir, hasta el día primero de enero, esperaré y me tendrá a sus órdenes como caballero y como gobernador de Calais. El comprenderá.

—¿Hasta el primero de enero? —repitió Pedro—. Se lo diré, milord.

—Ahí tenéis vuestro recibo y esta pequeña gratificación por las molestias del viaje... Tomadla sin reparo.

El mensajero, que al principio había parecido poco dispuesto a aceptar la gratificación, lo pensó mejor y tomó el bolsillo que le ofrecía lord Wentworth.

—Gracias, milord —dijo—. ¿Me permitirá el señor gobernador que le pida un favor?

—¿Qué deseáis?

—Además de la deuda que acabo de pagar, milord, el señor vizconde de Exmés contrajo otra, durante su permanencia aquí, con uno de los habitantes de la ciudad, un tal... ¡Qué cabeza la mía! He olvidado el nombre... ¡Ah, ya me acuerdo! Con un tal Pedro Peuquoy, en cuya casa estuvo hospedado.

—¿Y bien? —preguntó lord Wentworth.

—El favor que deseo solicitar es que milord me permita presentarme en la casa de Pedro Peuquoy para devolverle las cantidades que prestó a mi amo.

—No hay inconveniente; haré que os enseñen la casa —contestó el gobernador—. Tomad el pase para que podáis salir de Calais. Con gusto os daría permiso para que permanecieseis algunos días entre nosotros, pues no dudo que necesitaríais descansar de las fatigas de vuestro viaje, pero los reglamentos de la plaza no permiten a ningún extranjero, y menos a un francés, vivir dentro de sus muros. ¡Adiós, pues, amigo mío, y buen viaje!

—¡Adiós, milord! ¡Buena suerte y muchas gracias!

El mensajero, después de salir del palacio del gobernador y de perderse diez veces más, llegó al fin a la calle de Martroi, donde vivía, como recordarán los lectores, el armero Pedro Peuquoy.

El enviado de Gabriel encontró a Pedro en su taller, más triste aún que había encontrado a lord Wentworth en su despacho. Le recibió el armero, tomándole por un cliente, con fría indiferencia, pero cuando aquél anunció que venía de parte del vizconde de Exmés, la frente del bravo artesano se despejó de repente.

—¿De parte del señor vizconde de Exmés? —repitió.

Dirigiéndose a uno de sus aprendices, que se encontraba bastante cerca para poder oír lo que en el taller se hablase, le dijo con negligencia:

—Quintín; déjanos, y vete a decir a mi primo Juan que acaba de llegar un mensajero del señor vizconde de Exmés.

El aprendiz salió al momento a cumplimentar la orden.

—Ya podéis hablar, amigo mío —repuso con vivacidad Pedro Peuquoy—. ¡Oh! ¡Seguros estábamos de que no nos olvidaría el digno señor vizconde! ¡Hablad, hablad pronto! ¿Qué nos traéis de parte suya?

—Sus cariñosos recuerdos, la expresión de su agradecimiento, esta bolsa de oro y estas palabras: *Acordaos del cinco*. Me ha asegurado que comprenderíais.

—¿Nada más? —preguntó Pedro Peuquoy.

—Nada más, maestro. ¡Pues no son poco exigentes en este país! —pensó el mensajero—. Parece que no conceden valor a los escudos... En cambio todos tienen pretensiones misteriosas que el diablo entenderá...

—En esa casa vivimos tres personas —repuso el armero—: mi primo Juan, mi hermana Babette y yo. Habéis desempeñado la comisión que os encargó para mí; ¿pero, no os confió alguna otra para Juan o para Babette?

Juan Peuquoy el tejedor, que entró en aquel momento, tuvo ocasión de oír la siguiente respuesta del mensajero:

—Nada absolutamente me encargó para vos, y su encargo lo he cumplido al pie de la letra.

—¡Ya lo oyes, hermano! —dijo Pedro volviéndose hacia Juan—. El señor vizconde de Exmés nos da las gracias; el señor vizconde de Exmés nos devuelve sin demora este dinero; el señor vizconde de Exmés nos dice: *Acordaos*, pero el señor vizconde de Exmés no se acuerda.

—¡Ay de mí! —gimió una voz débil detrás de la puerta.

Era la infeliz Babette que lo había oído todo.

—¡Un momento! —exclamó Juan Peuquoy, que se resistía a desesperar—. Decidme, amigo —prosiguió dirigiéndose al mensajero—: si pertenecéis a la servidumbre del vizconde de Exmés, conoceréis, sin duda, a uno de vuestros

compañeros, escudero de vuestro, amo, a un tal Martín Guerra...

—¿A Martín Guerra? ¡Ya lo creo!

—¿Continúa al servicio del señor vizconde?

—Sí.

—¿Y tuvo noticia de que vos veníais a Calais?

—La tuvo, si. Cuando salí del palacio del señor vizconde acompañaba a su... a nuestro amo, y los dos salieron conmigo para dejarme en el camino.

—¿Y ningún encargo os dio para mí ni para ninguna persona de esta casa?

—Vuelvo a repetir que ninguno.

—Ten calma, Pedro, y no te impacientes todavía —observó Juan—. Decid, amigo: ¿es que Martín Guerra os recomendó que dierais en secreto el recado que indudablemente debió confiaros? Si así es, sabed que la precaución es inútil: hoy sabemos todos la verdad. La pesadumbre de la persona... a quien Martín Guerra debe una reparación, nos lo ha descubierto todo; podéis, pues, hablar sin inconveniente en nuestra presencia. No obstante, si algún escrúpulo os quedase, nos retiraremos nosotros, y la persona a quien yo me refiero, y para quien Martín Guerra os ha dado el encargo, entrará inmediatamente y quedará a solas con vos.

—¡Os juro, por mi fe, que no entiendo una palabra de lo que me estáis diciendo!
—replicó el mensajero.

—¡Basta, Juan! —exclamó Pedro Peuquoy—. ¡Te supongo más que convencido!
¡Por la memoria de mi padre! ¡Yo no sé qué gusto encuentras en insistir sobre la afrenta que nos hace sufrir!

Juan bajó la cabeza sin responder: comprendía que su primo tenía razón.

—¿Os dignáis contar este dinero, maestro? —preguntó el mensajero, no poco turbado a la vista de la actitud de aquellos dos hombres.

—No hay necesidad —respondió Juan, más sereno, pero no menos triste que Pedro—. Tomad esto para vos, amigo. Voy a disponer que os den de comer y de beber.

—Gracias por la gratificación que me dais —dijo el mensajero, que la aceptó con repugnancia, al parecer—. En cuanto a comer y beber, almorcé hace poco en Nieullay y no tengo hambre ni sed. Además necesito irme en seguida, porque vuestro gobernador me ha prohibido que permanezca mucho tiempo en vuestra ciudad.

—Siendo así, no queremos deteneros más —contestó Juan Peuquoy—. Adiós, amigo. Decid a Martín Guerra... ¡Pero no! ¡Nada tenemos que decirle! Decid al señor vizconde de Exmés que le damos las gracias y que nos acordamos del cinco, pero que esperamos que también él tendrá memoria.

—Y añadidle —dijo Pedro Peuquoy, saliendo por un momento de sus sombrías meditaciones— que continuaremos esperándole durante todo un mes. Treinta días bastan y sobran para que vos podáis llegar a París y vuelva de París un mensajero. Si

termina el año sin que recibamos noticias tuyas, nos persuadiremos de que en su corazón no cabe la memoria, y lo lamentaremos tanto por él cuanto por nosotros. Ya que su probidad de caballero ha hecho que no olvidara el dinero que le anticipamos, debió recordar con doble motivo los secretos que le fueron confiados. Nada más tengo que decir, amigo mío. Andad con Dios.

—Con Él quedad —contestó el mensajero de Gabriel, poniéndose en pie para partir—. Todas vuestras preguntas y todas vuestras palabras serán repetidas fielmente a mi señor.

Juan Peuquoy acompañó al mensajero hasta la puerta de la calle; Pedro permaneció como aterrado en un rincón.

El torpe mensajero, después de mil nuevas equivocaciones, que le obligaron a rodar mucho tiempo por las confusas e intrincadas calles de Calais, consiguió llegar al fin a la puerta principal, donde exhibió su pasaporte. Previo un registro minucioso de su persona, le permitieron salir al campo.

Recorrió sobre tres cuartos de legua con paso rápido y expresión alegre, y entonces se permitió descansar. Sentado sobre una mullida alfombra de césped, se puso a reflexionar. Gratos sin duda eran sus pensamientos, puesto que sonreía y en sus ojos brillaba la alegría.

—No sé qué diablos les pasa a los habitantes de esa ciudad de Calais, que todos me han parecido tristes, o misteriosos, o entrambas cosas a la vez. Por lo visto, lord Wentworth tiene alguna cuenta que arreglar con el vizconde de Exmés, y los Peuquoy, o mucho me equivoco, o guardan rencor a Martín Guerra... Pero, ¡bah!, dejemos esto, que a mí maldito si me interesa. Allá ellos con sus tristezas, de las que no me contagio, porque no debe estar triste quien como yo ha conseguido todo lo que deseaba. No llevo ni un pedazo de papel, ni una letra escrita, pero aquí, en la cabeza, guardo la representación completa. Merced al croquis del señor vizconde de Exmés y a las ideas que he recogido, me siento capaz de dibujar con toda clase de detalles el plano de esa plaza, que tanto entristece a los otros y tanto me alegra a mí.

Recorrió rápidamente con su imaginación las calles, plazas, baluartes y fortificaciones que su torpeza le había permitido visitar, y añadió:

—¡Eso es! ¡Tan claro y preciso como si lo estuviese viendo ahora! El duque de Guisa quedará contento. Gracias a este viaje y a las preciosas indicaciones del capitán de guardias del rey, el vizconde de Exmés y su escudero podrán acudir a la cita que para dentro de un mes les dan lord Wentworth y los Peuquoy. Dentro de seis semanas, si Dios y las circunstancias nos favorecen, seremos dueños de la plaza de Calais, o yo habré dejado de ser quien soy.

Nuestros lectores comprenderán que hubiese sido muy sensible que se realizara el segundo término de la disyuntiva, cuando sepan que quien así hablaba era el mariscal Pedro Strozzi, uno de los ingenieros más hábiles del siglo xvi.

Después de descansar durante algunos minutos, Pedro Strozzi se volvió a poner en marcha como si le urgiera llegar cuanto antes a París. Debemos decir que pensaba mucho en Calais y muy poco en sus habitantes.

II

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1557

Habrán adivinado, sin duda, los lectores, por qué Pedro Strozzi había encontrado a lord Wentworth tan triste y disgustado, y por qué el gobernador de Calais hablaba del vizconde de Exmés poniendo en su actitud tanta altanería y en sus palabras tanto resentimiento.

Diana de Castro le aborrecía más y más a medida que pasaban los días.

Cuando él pedía permiso para visitarla, casi siempre encontraba ella pretextos para dispensarse de recibirle, y si alguna vez se veía precisada a sufrir su presencia, la acogida fría y ceremoniosa que le hacía bien a las claras revelaba los sentimientos que hacia él abrigaba, tanto que de ellas salía el gobernador siempre desconsolado.

Dio un día en su honor una fiesta espléndida, a la que fueron invitadas todas las personas de distinción de la plaza. En su deseo de que la fiesta resultase brillantísima, las invitaciones cruzaron el Estrecho. La concurrencia fue enorme, pero dejó de asistir la festejada; pese a las instancias de lord Wentworth, Diana de Castro permaneció en sus habitaciones.

No por esto disminuía el amor de lord Wentworth, quien, si es cierto que nada esperaba, no lo es menos que se obstinaba en no entregarse a la desesperación. Ya que no otra cosa, deseaba ser para Diana el cumplido caballero que tan alta reputación de galante había dejado en la corte de María de Inglaterra. Colmaba de agasajos y de obsequios a su prisionera, la abrumaba, debiéramos decir, sirviéndola con consideraciones y lujo verdaderamente regios. Había puesto a su servicio un paje francés, había contratado para ella uno de aquellos músicos italianos que tan solicitados eran por la época del Renacimiento, hacía colocar en la cámara de Diana vestidos y joyas de exquisito gusto y de gran valor, que mandaba traer de Inglaterra, pero Diana no quería servirse del paje francés, ni escuchar al músico italiano, ni favorecer con una mirada los vestidos y las joyas.

En vista de tantos desaires y de tan manifiestos desdenes, lord Wentworth se dijo más de una vez que quizás fuera mejor para su reposo aceptar el rescate regio que le ofrecía Enrique II y devolver la libertad a Diana; pero sus celos le hacían pensar que ponerla en libertad equivalía a entregarla al amor dichoso del vizconde de Exmés, y el inglés no encontraba en su corazón fuerza bastante para imponerse semejante sacrificio.

—¡No, no! —se decía—. ¡Ya que no sea mía, que no sea tampoco de nadie!

Entre estas irresoluciones y estas angustias iban deslizándose los días, las semanas y hasta los meses.

El día 31 de diciembre de 1557, lord Wentworth había conseguido que Diana de Castro le recibiese en sus habitaciones. Hemos dicho ya que sólo al lado de Diana respiraba, aun cuando siempre se alejaba de ella más triste que había llegado. Ver a Diana, aunque severa y ceñuda, y escucharla, aunque irónica y desdeñosa, era para él una necesidad imperiosa.

De pie él, y sentada ella junto a la chimenea, hablaban del único asunto que les reunía y les separaba a la vez.

—¿No comprendéis, señora —decía el enamorado gobernador—, que si desesperado por vuestras crueldades, exasperado por vuestros desdenes, llegase a olvidar que soy caballero...?

—Os deshonraríais, milord, pero no me deshonraríais a mí —contestó Diana con entereza.

—¡Nos deshonraríamos los dos, señora! —gritó lord Wentworth—. ¡Estáis en mi poder! ¿Dónde encontraríais refugio?

—En la muerte —respondió con tranquilidad Diana.

Lord Wentworth se puso pálido, tembló al solo pensamiento de ser él el causante de la muerte de Diana.

—Semejante obstinación no es, no puede ser natural —repuso el gobernador moviendo la cabeza—. Seguro estoy de que temeríais impulsarme a extremos desesperados si no conservaseis alguna esperanza... insensata, señora. ¿Es que confiáis en alguna intervención imposible? Con franqueza: ¿de quién esperáis socorro, señora?

—De Dios, del rey...

Calló Diana, suspendiendo la exteriorización de su pensamiento, pero si no terminó la frase, los celos del gobernador leyeron claro en el fondo de su alma

—Confía en el vizconde de Exmés —dijo para sí lord Wentworth.

Triste, dolorido, se limitó a decir:

—Sí; contad con el rey, y contad con Dios, pero no olvidéis que si Dios hubiese querido socorreros, lo habría hecho el primer día de vuestro cautiverio, y estamos a fin de año, hoy termina, sin haber extendido sobre vos su protección.

—Espero en el año que comienza mañana —replicó Diana, elevando al cielo sus hermosos ojos, como implorando su auxilio.

—En cuanto al rey de Francia, vuestro padre —prosiguió lord Wentworth—, sospecho que embargan toda su atención y reclaman todo su poder otros asuntos demasiado graves para que pueda favorecer a su hija: corre más peligro el reino de Francia que la hija de su soberano.

—¿Será cierto? —interrogó Diana con acento de duda.

—¡Lord Wentworth no miente nunca, señora! ¿Conocéis el estado de los asuntos del rey vuestro padre?

—¿Cómo es posible que lo conozca una prisionera, milord? —replicó Diana sin poder disimular su interés.

—Dispensándome el honor de preguntármelo —contestó lord Wentworth, para quien era motivo de alegría ser escuchado, aunque fuese en calidad de mensajero de desgracias—. Sabed, señora, que el regreso del duque de Guisa a París en nada ha mejorado la triste situación de Francia. Es cierto que han organizado algunas tropas, que han reforzado las guarniciones de algunas plazas, pero nada más. En este momento vacilan, están desorientados, no saben qué hacer. Todas las fuerzas de Francia se han concentrado en el Norte, y han logrado contener la marcha triunfal de los españoles, pero a eso han quedado reducidos sus esfuerzos, puesto que no han emprendido ninguna operación ofensiva. ¿Se dirigirán sobre Picardía? Nadie lo sabe. ¿Intentarán la reconquista de San Quintín, de Ham...?

—¿O de Calais? —interrumpió Diana, mirando con fijeza al gobernador como para ver el efecto que aquel nombre le producía.

Lord Wentworth no pestañeó: con sonrisa desdeñosa, con ademán soberbio, replicó:

—Me permitiréis, señora, que no piense siquiera en tal eventualidad. Quien tenga una idea, por imperfecta que sea, de lo que es guerra, se reirá de tan absurda suposición, y el señor duque de Guisa tiene demasiada experiencia para exponerse, intentando una empresa tan insensata como irrealizable, a ser objeto de la irrisión de todos los que ciñen espada en Europa.

En este punto estaba la conversación, cuando llamaron a la puerta y entró un arquero precipitadamente en la estancia.

Lord Wentworth se dirigió a él con acritud.

—¿Qué pasa para que se atrevan a venir a molestarme? —preguntó.

—Perdonad, milord —respondió el arquero—; lord Derby me envía a toda prisa.

—¿Tan urgente es el motivo? Explicaos... veamos.

—Acaban de anunciar a lord Derby que ayer fue vista una vanguardia de dos mil arcabuceros franceses a unas diez leguas de Calais, y lord Derby me ha mandado que inmediatamente viniera a comunicar la noticia a milord.

—¡Ah! —exclamó Diana sin poder disimular un movimiento de alegría.

—¿Y para comunicarme esa tontería has tenido el atrevimiento de perseguirme hasta aquí, bergante?

—¡Milord...! —exclamó el pobre arquero—. ¡Como lord Derby...!

—¡Lord Derby —interrumpió el gobernador— es un ciego que confunde los granos de arena con las montañas! ¡Vete y díselo de mi parte!

—Entonces, milord —dijo el arquero—, las guardias que lord Derby quería reforzar sin pérdida de momento...

—Continuarán como están. Que me dejen tranquilo y no me vengán con pánicos

ridículos.

El arquero hizo una reverencia y salió.

—Viendo estáis, milord —observó Diana—, que mis suposiciones que tan insensatas e irrealizables os parecieron, pudieran realizarse, en opinión de uno de vuestros mejores tenientes.

—Me ponéis en el caso de desengañaros de una vez y para siempre con respecto a ese punto, señora —contestó el gobernador con acento de seguridad imperturbable—. Dos palabras mías bastarán para haceros comprender el porqué de esa falsa alarma, que no comprendo que haya podido engañar a lord Derby.

—Decid —instó Diana de Castro, deseosa de adquirir noticias acerca de un punto del que podía depender su suerte o su desgracia.

—Pues bien, señora; voy a ofreceros dos hipótesis, respondiéndoo de que una de ellas es reflejo fiel de la verdad —continuó lord Wentworth—. O los señores de Guisa y de Nevers, que son generales hábiles y prudentes, no me duele confesarlo, pretenden abastecer las plazas de Ardres y de Boulogne, y con ese objetivo a la vista dirigen hacia aquí las tropas que han sido vistas, o bien simulan un movimiento sobre Calais para tranquilizar a Ham y a San Quintín, con objeto de volver bruscamente hacia atrás y sorprender una de las dos ciudades mencionadas.

—Decidme, milord —replicó Diana, cuya impaciencia era mayor que la prudencia—: ¿no pudiera ocurrir que hubiesen simulado un avance sobre San Quintín o Ham con objeto de sorprender a Calais?

Por dicha hablaba Diana con un hombre cuya convicción arraigada en su orgullo nacional y en su orgullo individual, era inmovible.

—He tenido ya el honor de manifestaros, señora —contestó lord Wentworth con desdén—, que Calais es una de las plazas de guerra que no pueden ser ni sorprendidas ni tomadas. Antes de aproximarse a sus muros, necesitaría el enemigo apoderarse del fuerte de Santa Águeda y hacerse dueño del de Nieulley. Enseñoreado de los dos fuertes, serían precisos quince días de lucha victoriosa en todos los puntos del recinto para tener probabilidades de tomar la plaza, y en esos quince días, Inglaterra, advertida por el gobernador, dispondría de quince veces el tiempo suficiente para acudir en masa al socorro de su preciosa ciudad. ¡Tomar Calais...! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Perdonad, señora, pero me es imposible contener la risa cuando pienso en semejante desatino!

Ofendida Diana, dijo con cierta amargura:

—Lo que para mí es motivo de dolor, lo es para vos de alegría. ¿Cómo es posible que nuestras almas lleguen a entenderse jamás?

—¡Oh, señora! ¡Sentiría haberos molestado! —exclamó lord Wentworth palideciendo—. ¡Mi intención fue desvanecer ilusiones de imposible realización, y ojalá al desvanecerlas lograra disipar todo lo que puede influir en que nuestras almas

no se entiendan! Yo quería demostraros, haceros ver con claridad meridiana, que las esperanzas que abrigáis son quimeras, convenceros de que para concebir la idea de una tentativa como la que vos soñáis sería necesario que en la corte de Francia reinasen vientos de locura.

—Hay locuras heroicas, milord —replicó con arrogancia Diana—. Insensatos grandiosos conozco que no retrocederían ante esta sublime extravagancia impulsados por un amor a la gloria o simplemente por otro amor cualquiera.

—¡Ah, sí! ¡El señor vizconde de Exmés, por ejemplo! —exclamó lord Wentworth, llevado de un furioso arrebató de celos que le fue imposible dominar.

—¿Por quién conocéis ese nombre? —preguntó Diana estupefacta.

—Confesad, señora, que el nombre que yo acabo de pronunciar es el que tenéis en el pensamiento de nuestra conversación, el que invocáis, desde el fondo de vuestra alma, al propio tiempo que lo hacéis a Dios y a vuestro padre, confiando en él como en vuestro tercer libertador posible.

—¿Exigís también que os dé cuenta de mis pensamientos?

—No exijo que me deis cuenta de nada, pero quiero que no ignoréis que lo sé todo, incluso lo que desconocéis vos misma, señora, y que voy a tener el gusto de revelaros hoy, para demostraros cuan poca confianza debéis cifrar en el objeto de vuestros románticos amores. Sé, por ejemplo, que el vizconde de Exmés, prisionero en San Quintín al mismo tiempo que vos, fue, a la par que vos, traído a Calais.

—¡Es posible!

—Es rigurosamente exacto; pero hay más, señora, y conste que os lo voy a decir porque ya no está aquí: el vizconde de Exmés salió de Calais hace dos meses.

—¡Y he ignorado que un amigo mío sufría al mismo tiempo que yo y tan cerca de mí!

—En efecto; lo habéis ignorado, pero no le sucedía otro tanto a él con respecto a vos. Debo confesar que, cuando lo supo, me hizo el honor de dirigirme amenazas formidables; no contento con desafiarme a singular combate, llevando hasta la insanía el amor de que vos hablabais ha poco con simpatía admirable, me declaró abiertamente su resolución de tomar a Calais.

—¡Ahora tengo más esperanza que nunca! —exclamó Diana.

—Bueno sería que la perdierais, señora —replicó lord Wentworth—. Debo recordaros que han transcurrido dos meses desde el día en que vuestro vizconde me obsequió con sus terroríficas despedidas. Cierto que he tenido noticias tuyas, pues a fin de noviembre, me envió con escrupulosa exactitud el importe de su rescate; pero si liquidó su deuda material, no se acordó siquiera de nuestro aplazado desafío.

—Tened paciencia, milord, que si no me engaño, el señor de Exmés sabrá pagar todas sus cuentas, sean de la clase que sean.

—Me permito dudarle, señora, porque la fecha del vencimiento está muy

próxima.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Diana.

—Hice saber al señor vizconde de Exmés por conducto del mensajero que me envió, que esperaría el efecto de su provocación hasta el día primero de enero de mil quinientos cincuenta y ocho. Estamos a treinta y uno de diciembre...

—Y el plazo no ha expirado; queda una porción de horas...

—Cierto; pero si mañana a esta misma hora no he recibido noticias tuyas, me consideraré...

Lord Derby, que penetró precipitadamente, descompuesto y azorado, le impidió terminar la frase.

—¡Milord! —exclamó—. ¡Bien lo decía yo! ¡Son los franceses y su objetivo es Calais!

—¡Quimeras! —replicó lord Wentworth mudando de color a pesar de su fingida seguridad—. ¡No es posible! ¿En qué se fundan vuestros temores? ¡Mentira parece que os hagáis eco de rumores, de hablillas, de terrores quiméricos!

—¡Por desgracia me fundo en hechos, milord! —respondió lord Derby.

—Siendo así, hablad más bajo —dijo el gobernador acercándose a su teniente—. Veamos... ¡Mucha sangre fría! ¿A qué hechos os referís?

Lord Derby contestó en voz baja, tal como le había ordenado su superior.

—Los franceses han atacado de improviso el fuerte de Santa Águeda. Como quiera que ni las murallas ni los hombres estaban preparados para recibirlos, temo mucho que a estas horas sean ya dueños del primer baluarte de Calais.

—Aunque así fuera, todavía les tendríamos muy lejos —replicó con viveza lord Wentworth.

—Es verdad; pero desde el fuerte de Santa Águeda hasta el puente de Nieullay no encontrarían ningún obstáculo, y conviene no olvidar que el puente de Nieullay dista dos millas escasas de la plaza.

—¿Habéis enviado refuerzos a los nuestros?

—Sí, milord; los envié sin vuestra orden y hasta contrariando vuestras órdenes.

—Habéis hecho bien.

—Pero los refuerzos que envié han debido de llegar demasiado tarde.

—¡Quién sabe! No debemos exagerar la gravedad de los hechos. Vais a acompañarme al momento a Nieullay... ¡Esos temerarios van a pagar cara su osadía! Si han tomado ya el fuerte de Santa Águeda, peor para ellos, pues no sólo se lo quitaremos, sino que les escarmentaremos duramente.

—¡Dios lo haga! —exclamó lord Derby—. Por lo pronto, no puede negarse que han entablado la partida con decisión y fiereza.

—No hay que apurarse; el desquite será espantoso. ¿Sabéis quién los manda?

—Se ignora, milord; probablemente serán el duque de Guisa o el señor de Nevers.

El alférez que vino a rienda suelta a traer la nueva increíble de la brusca presencia del enemigo me ha dicho que pudo reconocer, no obstante la distancia, en la primera fila de la vanguardia enemiga, a vuestro antiguo prisionero el vizconde de Exmés...

—¡Maldición! —exclamó el gobernador apretando los puños—. ¡Vamos, Derby, vamos volando!

Diana de Castro, con esa finura de percepción que dan las graves circunstancias, había oído casi todo el diálogo, a pesar de que los interlocutores lo sostuvieron en voz muy baja.

Lord Wentworth se despidió de ella diciendo:

—Me dispensaréis, señora, pero me obliga a dejaros un asunto importante...

—Id, milord —interrumpió Diana, poniendo en su acento cierta malicia femenina—. Id, y procurad destruir las ventajas de que tan cruelmente os han privado. Pero tened siempre muy presentes dos cosas: que las ilusiones, cuanto más arraigadas están, tanto mayor confianza inspiran, y segundo, que un caballero francés no suele faltar nunca a su palabra. Aún no estamos a primero de enero, milord.

Lord Wentworth salió furioso sin contestar.

III

DURANTE EL CAÑONEO

No se había engañado lord Derby en sus conjeturas. He aquí lo que había sucedido:

Las tropas mandadas por el señor de Nevers, después de realizar una unión rapidísima a favor de la noche con las que el duque de Guisa tenía a sus inmediatas órdenes, se presentaron inopinadamente, gracias a una marcha forzada, frente al fuerte de Santa Águeda, tomándolo en menos de una hora un cuerpo de tres mil arcabuceros apoyados por veinticinco o treinta caballos.

Cuando lord Wentworth y lord Derby llegaron al puente de Nieullay, vieron venir a los suyos en terrible confusión y completamente desmoralizados. Corrían en demanda de la segunda línea de defensa de Calais, que era la más fuerte.

No seríamos justos si no hiciéramos constar que lord Wentworth, pasado el primer momento de sorpresa, había recobrado todo su valor, que no en vano tenía un alma privilegiada, capaz de desplegar sublimes energías, arraigadas en el orgullo peculiar de su raza.

—Preciso es que esos franceses estén locos de remate —decía con la mejor buena fe a lord Derby—. Locos están, pero no les salvará su locura, que les hemos de hacer pagar muy cara. Calais se sostuvo un año entero contra los ingleses hace doscientos años; ahora se resistirá diez, si es necesario, contra los que entonces lo perdieron. Ni siquiera necesitaremos hacer grandes esfuerzos: antes de que termine la semana, habéis de ver, Derby, a nuestros enemigos huyendo vergonzosamente. Todo cuanto podían alcanzar, lo han logrado ya gracias a la sorpresa, pero ya estamos prevenidos. Tranquilicémonos, pues, y riámonos de la insania del duque de Guisa.

—¿Pensáis hacer venir fuerzas de Inglaterra? —preguntó lord Derby.

—¿Para qué? —contestó con arrogancia el gobernador—. Si esos insensatos persisten en su imprudencia, lo que no es de esperar, antes de tres días, mientras Nieullay les tiene en jaque, las fuerzas españolas e inglesas que operan en Francia vendrán, sin que las llamemos, en nuestro socorro. Supongamos que no es así, y que esos fieros conquistadores se empeñan en perseverar en su desatinado intento; un sencillo aviso a Inglaterra bastará para que Dover, en veinticuatro horas, ponga a nuestra disposición diez mil hombres. Pero no abriguemos temores infundados, que fuera hacer a nuestros enemigos un honor que no merecen. Nuestros novecientos soldados y nuestras fuertes murallas han de darles más que hacer del que puedan realizar. Dormid tranquilo, que yo os aseguro que no pasarán el puente de Nieullay.

Al día siguiente, 1º de enero, los franceses llegaban al puente de Nieullay, que

lord Wentworth señalara como límite máximo de su avance. Habían abierto paralelas durante la noche, y al mediodía siguiente, sus cañones expugnaban y causaban brecha en el fuerte de Nieullay.

Mientras las dos artillerías enemigas trinaban furiosas, en la antigua casa de los Peuquoy se desarrollaba una solemne escena de familia.

Las preguntas dirigidas por Pedro Peuquoy al mensajero de Gabriel habrán hecho sospechar al lector que la infeliz Babette no había podido ocultar sus lágrimas, ni la causa de las mismas, a su hermano Pedro y a su primo.

Realmente su desventura era completa, y la reparación que debía hacerle el apócrifo Martín Guerra era tan indispensable para ella como para el fruto de sus desgraciados amores.

Babette Peuquoy era madre. Confesó su falta y las terribles consecuencias de ésta a su hermano y a su primo, pero no se atrevió a añadir que su situación no tenía remedio, no osó confesar que Martín Guerra era casado. ¿Cómo, si ella misma no podía convencerse de tanta infamia, si ella misma se decía que era imposible, que el señor vizconde debía estar equivocado, que Dios, que es infinitamente bueno, no podía castigar tan cruelmente a una desgraciada criatura cuyo único crimen era haber amado? Con ingenuidad pueril se repetía a cada instante este razonamiento, y la cuitada esperaba y confiaba: confiaba en el vizconde de Exmés y esperaba en Martín Guerra. ¿Qué esperaba? Ella misma no lo sabía; pero esperaba.

Sin embargo, el silencio que por espacio de dos meses enteros habían guardado amo y criado había sido para ella un golpe rudísimo, y desde el día que oyó las palabras del mensajero de Gabriel anhelaba con impaciencia y temía al mismo tiempo que llegase el día 1º de enero, plazo que Pedro Peuquoy tuvo el atrevimiento de señalar al vizconde.

Como no podía menos de suceder, los rumores que se difundieron por la ciudad el día 31 de diciembre, vagos al principio, consistentes más tarde y ciertos al fin, referentes a la marcha de los franceses sobre Calais, produjeron en el corazón de la joven estremecimientos de alegría indecible. Oía decir a su hermano y a su primo que entre los invasores se encontraba, a no dudar, el vizconde de Exmés, y era evidente que, encontrándose el vizconde, también estaría su escudero Martín Guerra. Consecuencia para la seducida; había hecho bien en no perder las esperanzas.

Sintió que se le oprimía el corazón cuando, en la mañana del día 1º de enero, su hermano Pedro la invitó a bajar a la sala de la planta baja, con objeto de convenir en presencia suya con su primo Juan la línea de conducta que deberían adoptar en aquellas circunstancias. La infeliz se presentó pálida y temblorosa ante aquella especie de tribunal doméstico formado por los dos únicos seres que la profesaban un amor casi paternal.

—Aquí me tenéis a vuestras órdenes, primo y hermano míos —dijo con voz

conmovidamente.

—Siéntate, Babette —respondió Pedro, indicándole una silla dispuesta de antemano para ella.

Seguidamente prosiguió con dulzura y gravedad al mismo tiempo:

—En un principio, Babette, cuando vencida por nuestras instancias y nuestras alarmas, te decidiste a confesarnos la dolorosa verdad, recuerdo con sentimiento que no pude dominar mi primer impulso de cólera y de dolor, y te injurié y amenacé: felizmente medió Juan entre nosotros.

—¡Dios bendiga y premie su generosidad y su indulgencia! —exclamó Babette, volviéndose hacia su primo, con las manos juntas y los ojos llenos de lágrimas.

—No hables de eso, Babette, no hables de eso: olvídale —respondió Juan, más conmovido de lo que quería aparentar—. Lo que yo hice no pudo ser más sencillo y natural, aparte de que no era el mejor medio de remediar tus penas causarte otras mayores.

—Así lo he comprendido más tarde —dijo Pedro—. Por otra parte, Babette, tu arrepentimiento y tus lágrimas me han conmovido, mi furor primero se ha trocado en compasión, y mi compasión en ternura. Te he perdonado de todo corazón el borrón que has echado sobre nuestro apellido, hasta hoy immaculado.

—El Señor será tan bueno contigo como tú lo eres conmigo, hermano mío.

—Además, Juan me hizo observar que tu desventura quizás pudiera tener remedio, y que el mismo que te arrastró a la comisión de la falta estaba en el deber de repararla.

Babette dobló su frente enrojecida: ella, que esperaba en la reparación, cuando otro creía en ella, desesperaba de alcanzarla.

—A pesar de esa esperanza —repuso Pedro—, que yo acogí con la alegría que es de suponer, llegué a temer que nunca vería la rehabilitación de tu honor y del nuestro, y se fundaba mi temor en el silencio obstinado de Martín Guerra y en que el mensajero que hace un mes envió a Calais el señor vizconde de Exmés ninguna noticia nos trajo de tu seductor. Pero tenemos a los franceses delante de los muros de la ciudad, y yo imagino que entre ellos se hallan el señor vizconde y su escudero.

—Asegúralo, Pedro; asegúralo sin temor de equivocarte —interrumpió Juan.

—No seré yo quien te contradiga, primo. Demos, pues, por cierto que el señor de Exmés y su escudero están cerca de nosotros, tan cerca, que únicamente les separan de esta casa los fosos y las murallas que nos defienden, o, mejor dicho, que defienden a los ingleses. Dime, Babette: ¿cómo opinas que debemos portarnos con ellos? ¿Hemos de recibirles como amigos o como enemigos?

—Lo que tú hagas, hermano mío, bien hecho estará —respondió Babette, temblando de terror al ver el giro que tomaba la conversación.

—¿Pero no presumes cuáles sean sus intenciones?

—Las desconozco en absoluto, ¡ay de mí! Espero: no puedo decir más.

—¿De manera que no sabes si vienen con ánimo de salvarte o resueltos a consumir tu abandono? ¿Ignoras si el cañón que acompaña con su ronca voz mis palabras anuncia a nuestra familia a los libertadores que debemos bendecir o a los infames a quienes es preciso castigar? ¿Nada sabes, Babette?

—¡Dios mío! ¿Por qué me haces esas preguntas a mí, triste joven sin experiencia de la vida, que no sé más que orar y resignarme?

—¿Por qué te pregunto, quieres saber? Escúchame: sabes cuáles fueron los sentimientos que nuestros padres nos inculcaron con respecto a Francia y a los franceses. Los ingleses nunca fueron nuestros compatriotas, sino nuestros opresores, tanto, que puedo jurarte que hace tres meses, no habría habido para mis oídos música más deliciosa que la de los cañones que truenan en este momento.

—Para mí —exclamó Juan—, hoy como siempre, es la voz de mi patria que me llama.

—La patria, mi querido Juan —replicó Pedro—, es un hogar grande, es la familia multiplicada, es la fraternidad ensanchada indefinidamente: pero ¿es que debemos hacerle el sacrificio de la otra fraternidad, del otro hogar, de la otra familia?

—¡Virgen santa! —exclamó Babette—. ¿A dónde quieres ir a parar, Pedro?

—Vas a saberlo, Babette: En las manos rudas, plebeyas y laboriosas de tu hermano, está quizá en este momento la suerte de la ciudad de Calais. ¡Sí! Estas pobres manos, curtidas y ennegrecidas por el trabajo diario, pueden poner en las del rey de Francia la llave de Francia.

—¿Será posible que vacilen? —interrogó Babette, que había mamado con la leche el odio al yugo extranjero.

—¡Oh, noble prima mía! —exclamó Juan Peuquoy—. ¡Sí! ¡Digna eras y eres de toda nuestra confianza!

—Ni mi corazón ni mis manos vacilarían —contestó Pedro imperturbable— si me fuera posible restituir esta hermosa ciudad directamente al rey Enrique II o a su representante el duque de Guisa. Pero las circunstancias lo han combinado en forma que forzosamente hemos de utilizar como intermediario al señor vizconde de Exmés, y...

—¿Y qué? —preguntó Babette, a quien alarmó la reticencia de su hermano.

—Que si es cierto que me llenaría de orgullo y de dicha el poder asociar a esta empresa gloriosa al que fue nuestro huésped, y cuyo escudero debería ser mi hermano, me repugnaría dispensar honor tan grande al caballero sin entrañas que hubiera contribuido a que nos robasen la honra.

—¡El señor de Exmés...! —exclamó Babette—. ¡Tan compasivo...! ¡Tan leal!

—Tan leal y compasivo como quieras, Babette, pero no es menos cierto que señor y escudero supieron tu desventura, el primero porque se lo confesaste tú, el segundo

porque se lo dijo su conciencia, y, sin embargo, viendo estás que los dos se callan.

—¿Pero, qué podía decir o hacer el señor vizconde? —objeto Babette.

—Podía, hermana mía, obligar a su escudero, tan pronto como llegó a París, a que volviese al punto y te diese su nombre. Podía haberle enviado, en vez de preferir a un desconocido, con su rescate, y así hubiese liquidado al mismo tiempo la deuda de su bolsillo y la de su conciencia.

—¡No, no! ¡No podía! —dijo con sinceridad Babette, bajando la cabeza.

—¿Cómo que no podía? ¿No manda él en su criado? ¿No tenía derecho a darle esa orden?

—¿Qué sacaba con darle esa orden? —replicó Babette.

—¿Qué sacaba? ¡Me maravilla tu pregunta! ¿No es nada reparar un crimen? ¿No es nada salvar una reputación? ¿Pero te has vuelto loca, Babette?

—¡No, ay, no! ¡Por mi desgracia no me he vuelto loca! —exclamó la pobre joven deshecha en llanto—. ¡Los locos olvidan!

—Entonces, si no estás loca, si conservas la razón, ¿cómo puedes decirme que obró bien el señor de Exmés no haciendo uso de su autoridad, no obligando a su escudero, a tu seductor, a casarse contigo?

—¡Casarse conmigo...! ¡Ah! ¿Podría hacerlo aunque quisiera? —gritó Babette cediendo a su desesperación.

—¿Quién puede impedirselo? —preguntaron a dúo los dos primos.

Entrambos se habían puesto en pie, impulsados por un movimiento irresistible.

Babette cayó de rodillas.

—¡Perdóname! —exclamó, anegada en lágrimas—. ¡Perdóname una vez más, hermano mío! ¡Quería ocultarlo... ni a mí misma me atrevía a confesarlo... pero me hablas de nuestro honor mancillado y perdido, de Francia, del señor de Exmés, del indigno Martín Guerra... ¿qué sé yo?, y mi cabeza se extravía...! ¿Me preguntabas si me había vuelto loca? Creo que, en efecto, la demencia se apodera de mí. Decidme vosotros, que estáis más serenos, si me engaño, si se trata de una ilusión mía, de un sueño, o si dentro de lo humanamente posible cabe lo que me anunció el señor vizconde de Exmés.

—¿Qué fue lo que te anunció? —preguntó Pedro asustado.

—En mi habitación... el día de su marcha... le rogaba yo que entregase a Martín Guerra una sortija... No me atrevía a confesarle a él, un extraño a la familia, mi falta... Pero él debió adivinar, pues de otra suerte no me habría dicho...

—¿Pero qué te dijo? ¡Acaba! —gritó Pedro.

—¡Ay de mí! ¡Qué Martín Guerra estaba casado!

—¡Desgraciada! —bramó Pedro Peuquoy, abalanzándose fuera de sí sobre su hermana y levantando su robusta mano.

—Tu furor me hace comprender que era verdad —repuso con voz moribunda la

desgraciada—. ¡Ah, sí! ¡Demasiada verdad!

Y cayó desvanecida sobre el pavimento.

Juan había tenido tiempo de sujetar a su primo por la cintura.

—¿Qué ibas a hacer, Pedro? —le dijo con severidad—. ¡No es esta desdichada la que merece el castigo, sino el miserable que la engañó!

—¡Dices bien! —murmuró Pedro Peuquoy, avergonzado de su ciego arrebató.

Sombrío y taciturno se dirigió hacia un rincón, mientras Juan, inclinado sobre Babette, la prodigaba auxilios con tierna solicitud.

El silencio duró largo rato. Fuera continuaba tronando el cañón.

Babette abrió al fin los ojos y procuró reunir sus ideas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, fijando su mirada vaga en el rostro de Juan inclinado sobre ella.

¡Cosa extraña! Juan no parecía demasiado triste. Su semblante bonachón reflejaba, a la par que un enternecimiento profundo, algo así como un contentamiento secreto.

—¡Qué bueno eres, primo mío! —exclamó Babette estrechando su mano.

La primera frase que el tejedor dirigió a su prima fue:

—¡Ten esperanza, Babette, ten esperanza!

Los ojos de la joven repararon en la expresión sombría y desolada de su hermano, y se estremeció violentamente, porque recordó de improviso todo lo que acababa de suceder.

—¡Perdón, Pedro, perdón! —exclamó.

A una seña de Juan, exhortando a su primo a la conmiseración, Pedro avanzó hacia su hermana, la levantó y la hizo sentar.

—Tranquilízate, que no eres tú el objeto de mi odio. ¡Pobrecilla! ¡Has debido de sufrir tanto...! Serénate y espera, como te recomendaba Juan hace un instante.

—¿Qué puedo esperar ya? —preguntó la joven.

—Reparación, ninguna, es cierto, pero nos queda al menos el recurso de vengarnos —dijo Pedro con torvo ceño.

—Y yo te ofrezco algo más —dijo Juan en voz baja—; yo te brindo venganza y reparación a un mismo tiempo.

Miró Babette sorprendida a Juan, pero antes de que pudiera interrogarle, repuso Pedro:

—De nuevo te perdono, pobre hermana mía, que no es más grave tu falta porque un cobarde te haya engañado dos veces. Mi cariño, Babette, es el mismo de siempre; no ha sufrido disminución.

Babette, alborozada en medio de su dolor, se arrojó en los brazos de su hermano.

—Pero no vayas a creer que mi cólera se ha extinguido —añadió Pedro después del abrazo—. Ha variado de objeto, eso es todo. Hoy no aspira más que a descargar

terrible sobre tu infame seductor, sobre el miserable Martín Guerra...

—¡Hermano mío! —interrumpió con voz suplicante Babette.

—¡No! ¡No hay piedad para él! —gritó el artesano—. En cambio debo una reparación a su señor, al vizconde de Exmés, y se la daré.

—Bien te decía yo —terció Juan Peuquoy.

—Sí, Juan; me lo decías y tenías razón, como la tienes siempre. Fui yo quien juzgué mal a ese dignísimo señor. Ahora es cuando veo la explicación de todo. Su mismo silencio fue un rasgo de delicadeza. ¿No habría sido cruel hablarnos de una desgracia irreparable? ¡Yo era el equivocado! ¡Oh! Cuando pienso que ese error mío, error funesto, ha estado a punto de hacerme renegar de mis convicciones de toda la vida, cuando me acuerdo de que estaba casi decidido a hacer pagar a Francia, a quien tanto adoro, una falta que no existía...

—¡Qué base tan incierta, santo Dios, tienen muchas veces los grandes acontecimientos humanos! —exclamó filosóficamente Juan—. Por dicha, nada se ha perdido todavía, gracias a la sinceridad de Babette, que nos ha convencido de que el vizconde de Exmés ha sido siempre digno de nuestra amistad. ¡Ah! Yo conocía bien su noble corazón, pues siempre, en todas las ocasiones y en todos los trances, he tenido ocasión de admirarle, excepto cuando le propusimos el desquite por la pérdida de San Quintín. Su falta de entusiasmo me disgustó sobremanera, pero hoy repara con usura la indecisión que demostró entonces.

El bravo tejedor calló e hizo señas a su primo para que escuchase la voz de los cañones, cuyos estampidos eran por momentos más frecuentes.

—¿Sabes, Juan, lo que nos dice ese cañoneo? —preguntó Pedro.

—Nos dice que tenemos cerca de nosotros al vizconde de Exmés.

—Cierto; pero dice algo más —añadió Pedro al oído de su primo—. Su ronca voz nos repite: *Acordaos del cinco*.

—Y nos acordaremos, Pedro, ¿verdad?

Las confidencias cambiadas en voz baja alarmaron a Babette, la cual, embebida constantemente en su idea fija, murmuró:

—¿Qué estarán tramando, Virgen Santa? ¡Quiera Dios que si entre los sitiadores está el señor vizconde de Exmés, no le acompañe su escudero!

—¿Te refieres a Martín Guerra? —preguntó Juan, que había oído pronunciar aquel nombre—. ¡Bah! El señor vizconde habrá despedido ignominiosamente a un servidor tan indigno, y habrá hecho muy bien. De ello podrá felicitarse el cobarde seductor, porque nosotros le habríamos muerto como a un perro en cuanto le hubiésemos visto en Calais; ¿no es verdad, Pedro?

—Si no es en Calais, será en París —dijo el inflexible Pedro—, en una u otra parte ha de morir a mis manos.

—¡On, Dios mío! ¡Esa era la venganza que yo temía! —exclamó Babette—. Y no

es ciertamente por él, a quien desprecio, sino por vosotros, que tan buenos y compasivos sois para mí.

—Es decir, Babette, que si riñésemos él y yo un combate singular, ¿no harías votos por él sino por mí? —preguntó Juan conmovido.

—Esa pregunta, Juan, es el castigo más cruel que podías imponerme. ¿Cómo había yo de vacilar entre tú, tan bueno, tan misericordioso, y él, tan villano, tan canalla?

—Gracias, Babette —dijo Juan—. Es para mí un gran consuelo lo que acabas de decirme, y ten por seguro que Dios ha de premiártelo.

—De lo que estoy seguro es de que Dios castigará al culpable —observó Pedro—. Pero no pensemos ahora en él, que tenemos otras cosas más importantes que reclaman nuestra atención, y sólo disponemos de tres días para prepararlo todo. Necesitamos salir, conferenciar con nuestros amigos, contar las armas...

Y repitió, bajando mucho la voz:

—¡Juan... acordémonos del cinco!

Un cuarto de hora más tarde, mientras Babette, retirada a su habitación, daba gracias a Dios sin saber de qué, el armero y el tejedor recorrían las calles de la ciudad. Parecía que habían olvidado por completo a Martín Guerra, el cual, dicho sea de paso, ni remotamente soñaba en lo que le preparaban en la ciudad de Calais, donde en su vida había puesto los pies.

Los cañones continuaban tronando, o para decirlo como Rabutin, *cargaban y descargaban con furia maravillosa su tempestad de artillería.*

IV

EN EL CAMPAMENTO

Tres días han pasado desde el en que tuvo lugar la escena, que dejamos narrada, y estamos a 4 de enero. Contra las predicciones de lord Wentworth, los franceses no sólo han pasado el puente de Nieullay, sino que se han apoderado del fuerte del mismo nombre, así como también de todas las armas y municiones en él almacenadas, y abandonadas por los ingleses en su fuga.

Dueños del fuerte, podían cerrar el paso a los socorros españoles o ingleses que la plaza esperase recibir de tierra, ventaja enorme que valía muy bien los tres días de mortíferos y porfiados combates que había costado.

—¿Es esto un sueño? —se había preguntado el altanero gobernador de Calais, al ver huir a sus tropas hacia la ciudad en espantoso desorden no obstante sus esfuerzos heroicos para alentarlas y contenerlas.

Para que su humillación fuera mayor, se había visto él mismo en la precisión de seguir a sus desmoralizados soldados, pues su deber era morir el último de todos.

—Afortunadamente —le dijo lord Derby, luego que se encontraron al abrigo de las murallas—, Calais y el Viejo Castillo pueden sostenerse bien durante dos o tres días con la escasa guarnición que nos queda. Somos dueños del fuerte de Risbank y del mar, y no está lejos Inglaterra.

El Consejo de Guerra, convocado por lord Wentworth, declaró que la plaza podía salvarse, pero que para ello precisaba imponer silencio a la voz del orgullo, y enviar, sin perder momento, un aviso a Dover. Veinticuatro horas más tarde se recibirían socorros importantes que obligarían a los sitiadores a levantar el cerco y Calais se habría salvado.

Lord Wentworth se vio obligado a adoptar el partido propuesto por el Consejo: una embarcación se hacía instantes después a la mar, llevando un mensaje urgente para el gobernador de Dover.

Los ingleses tomaron seguidamente excelentes disposiciones para la defensa del Viejo Castillo, donde concentraron todas sus energías. Realmente era aquél el lado vulnerable de Calais, porque para la defensa del fuerte de Risbank, bastaban el mar, las dunas y un puñado de soldados de las milicias urbanas.

Pero dejemos a los sitiados organizando la defensa de Calais, y hagamos una visita al campamento de los sitiadores, deteniéndonos ante todo en la tienda del vizconde de Exmés, donde encontraremos a nuestro antiguo amigo Gabriel, a su escudero Martín Guerra y a los valientes reclutados por éste.

Como eran soldados y no minadores, y su puesto estaba en los combates y en los

asaltos y no en las trincheras ni en los trabajos de sitio, tenían derecho a descansar durante la noche, y descansando estaban. Si alzamos un poco la lona que cubre la entrada de una tienda algún tanto aislada que veremos a la derecha del campamento francés, encontraremos a Gabriel y a su poca numerosa tropa de voluntarios. El cuadro que presentan es pintoresco y variado. Gabriel, sentado en un taburete colocado en un ángulo de la tienda, está con la cabeza baja y parece absorto en profundas meditaciones. Martín Guerra arregla la hebilla de un cinturón, y de vez en cuando vuelve con solicitud los ojos hacia su señor, pero nada le dice, porque respeta la silenciosa meditación en que le ve sumergido. No lejos de ellos, sobre un lecho improvisado con capas, gime y suspira un herido; es el infortunado *Mala Muerte*. El piadoso Lactancio, puesto de rodillas al otro extremo de la tienda, pasa las cuentas de su rosario con ardor febril y fervor ejemplar; es que aquella misma mañana, en la toma del fuerte de Nieullay, había enviado al otro mundo a tres hermanos suyos en Jesucristo, y era deudor a su conciencia de trescientos Padrenuestros y otras tantas Avemarías, correspondientes a la tasa reglamentaria que le había impuesto por los muertos su confesor. En cuanto a los heridos, se despachaba rezando la mitad. Muy cerca de éstos se hallaba Ivonnet, el cual, después de haber limpiado escrupulosamente las manchas de barro y de polvo de su vestido, buscaba el pedazo de terreno menos húmedo para tenderse y descansar, reponiéndose de las vigilias y fatigas demasiado prolongadas y demasiado contrarias a su delicado temperamento. A dos pasos de Ivonnet, los Scharfenstein, tío y sobrino, contaban con sus dedos enormes y hacían cálculos complicados sobre la cantidad que podría valerles el botín cogido aquella mañana. Scharfenstein había tenido la suerte de apoderarse de una armadura de precio, y aquellos dignos teutones se entusiasmaban pensando en la cantidad de plata que les valdría presa tan rica. El resto de los soldados formaba un corro apretado en el centro de la tienda y jugaban a los dados. Una antorcha clavada en el suelo, proyectaba alguna claridad sobre las caras alegres o tristes de los jugadores, según les eran favorables o adversos los lances del juego, y hasta permitía ver en la penumbra los rostros de expresiones opuestas de los personajes cuyos retratos acabamos de hacer.

Un gemido más doloroso exhalado por el desventurado *Mala Muerte* obligó a Gabriel a levantar la cabeza.

—¿Qué hora será, Martín? —preguntó a su escudero.

—No lo sé de cierto, monseñor —contestó Martín—. La noche está lluviosa y en el cielo no brilla una estrella. Calculo, sin embargo, que no deben de andar lejos las seis, pues hace más de una hora que cerró la noche.

—¿El cirujano te prometió que vendría a las seis?

—En punto a las seis, monseñor... y cumple con exactitud su palabra, pues debe de ser él el que en este instante levanta la lona de la puerta... ¿No os lo decía yo? ¡El

es!

El vizconde de Exmés dirigió una mirada al recién venido y le conoció al punto. Una sola vez le había visto en su vida, pero el rostro del cirujano era uno de esos que nunca se olvidan.

—¡Ambrosio Paré aquí! —exclamó Gabriel levantándose.

—¡El señor vizconde de Exmés! —dijo Ambrosio Paré, haciendo un saludo respetuoso.

—Lejos estaba yo de pensar que estuvierais tan cerca de nosotros —repuso Gabriel.

—Procuro estar siempre allí donde mis servicios pueden ser más útiles —contestó el cirujano.

—No puede hacer menos quien tiene un corazón tan generoso como vos. De ello me felicito hoy doblemente, pues voy a recurrir a vuestra ciencia y a vuestra habilidad.

—No sois vos quien necesitáis de ellas, según veo. ¿De qué se trata?

—De uno de mis valientes voluntarios que, esta mañana, al lanzarse con un especie de frenesí rabioso sobre los ingleses fugitivos, recibió de uno de ellos una lanzada en un hombro.

—¿En un hombro? Entonces es de suponer que la herida no sea grave.

—Yo temo lo contrario —replicó Gabriel bajando la voz—, pues uno de los camaradas del herido, Scharfenstein, al intentar extraer el trozo de lanza de la herida, se ha dado tan mala maña, que ha quebrado el palo dejando el hierro dentro.

Ambrosio Paré hizo un gesto como de mal agüero, pero esto no obstante, dijo con su calma habitual:

—Vamos a ver el herido.

Le condujeron al lado del paciente. Todos los voluntarios se habían levantado y rodeaban al cirujano, excepción hecha de Lactancio, que continuaba rezando de rodillas en su rincón, y es que aquel soldado piadoso por nada del mundo interrumpía sus penitencias como no fuera para contraer otras nuevas.

Ambrosio Paré retiró los trapos que vendaban la herida de *Mala Muerte*, reconoció con atención el hombro y movió la cabeza con expresión de duda y de descontento; sin embargo, dijo en voz alta:

—Esto no será nada.

—Entonces, si no es nada —murmuró *Mala Muerte*—, podré batirme mañana, ¿verdad?

—No lo creo —respondió el cirujano, sondando la herida.

—¡Ay! ¿Sabéis que me hacéis un poquito de daño?

—Lo creo, amigo mío; es preciso que tengáis valor.

—No me falta —dijo *Mala Muerte*—. No es tan vivo hasta ahora el dolor que no

pueda soportarlo; ¿verdad que será infinitamente mayor cuando intentéis sacar esa condenada lanza?

—No, amigo mío, no, porque la he sacado ya —contestó Ambrosio Paré con expresión de triunfo, enseñando al herido el hierro que acababa de extraer de la herida.

—¡Os quedo muy reconocido, señor! ¡Gracias! —exclamó *Mala Muerte* con exquisita finura.

Murmullos de asombro y de admiración siguieron al prodigio de habilidad del cirujano.

—¡Cómo! —exclamó Gabriel—. ¿Es posible? ¡Parece milagro!

—Conviene tener en cuenta que el herido no es muy delicado —observó, sonriendo, Ambrosio Paré.

—¡Ni torpe el operador, por vida mía! —exclamó una persona que había presenciado la operación sin que nadie la hubiese visto entrar. Su voz, sin embargo, era tan conocida, que todos se separaron con muestras de profundo respeto.

—¡El señor duque de Guisa! —dijo Paré, reconociendo al general en jefe.

—Sí, doctor; el duque de Guisa, que queda maravillado de vuestra habilidad. ¡Por San Francisco mi patrón!, acabo de ver en la ambulancia unos señores asnos a los que sólo faltan las albardas, que presumen de médicos y me atrevería a jurar que hacen más daño a nuestros soldados con sus instrumentos que los ingleses con sus armas. En cambio, vos habéis arrancado ese lanzón con tanta facilidad como quien arranca una cana. ¡Es particular que no os conociese yo! ¿Cómo os llamáis, doctor?

—Ambrosio Paré, monseñor.

—Pues bien, Ambrosio Paré; os juro que vuestra fortuna está hecha, pero ha de ser con una condición.

—¿Puedo saberla, monseñor?

—La condición es la siguiente: si recibo alguna herida, como es muy posible, sobre todo en estos días, os habéis de encargar vos de mi curación, pero tratándome con tan poca ceremonia como acabáis de tratar a ese pobre diablo.

—Prometo hacerlo así, monseñor —contestó Ambrosio Paré inclinándose—. Ante el sufrimiento, todos los hombres son iguales.

—Lo que os recomiendo es que, si llegase el caso de que hablo, procuréis que lo seamos también ante la curación.

—¿Me permitirá monseñor que continúe vendando la herida de nuestro paciente? ¡Son tantos los desgraciados que necesitan hoy de mis cuidados!

—Hacedlo, Ambrosio Paré; hacedlo sin ocuparos de mí. También tengo yo prisa de enviaros a libertar el mayor número posible de soldados nuestros de las manos de esos Esculapios tan llenos de títulos y diplomas como vacíos de ciencia. Además, necesito conferenciar con el señor vizconde de Exmés.

Ambrosio Paré se dedicó exclusivamente a la curación de *Mala Muerte*.

—Os doy de nuevo las gracias, señor cirujano —dijo el herido—; pero quisiera pedir os otro favor.

—¿Qué deseáis?

—Desde que no siento en mi carne las caricias del endiablado hierro que tan atrozmente me hace sufrir, yo creo que estoy casi curado; ¿verdad?

—Sí... no falta mucho —contestó Ambrosio Paré acabando de sujetar el vendaje.

—Pues bien —repuso *Mala Muerte* con la mayor sencillez del mundo—; el favor que os pido es que tengáis la bondad de decir a mi señor que, si mañana hay combate, estoy en disposición de batirme.

—¡Batir os mañana! —exclamó Paré—. ¡No penséis en semejante disparate!

—¡Oh, sí! ¡Pienso y pensaré! —dijo con acento de melancolía *Mala Muerte*.

—¡Pero, desgraciado! ¡Si es imposible! Sabed que os impongo ocho días de quietud absoluta, ocho días de cama, ocho días de dieta.

—Me conformo con la dieta de comida pero os suplico que me dispenséis de la de batallas.

—Estáis loco, amigo mío. Bastaría que os levantarais para que os abrasara la fiebre, y en ese caso estabais perdido. He dicho ocho días y no rebajo una hora.

—¡Triste de mí! —gimió *Mala Muerte*—. Dentro de ocho días habrá terminado el sitio. ¡Está visto que no he de poder batirme nunca hasta saciarme!

—¡Vaya un mozo duro y valiente! —exclamó el duque de Guisa, que no había perdido palabra del singular diálogo.

—*Mala Muerte* es así —respondió Gabriel sonriendo—. Yo quisiera suplicaros, monseñor, que ordenarais que fuese trasladado a la ambulancia, donde podrán vigilarle mejor que aquí, porque si se entera de que se ha entablado algún combate, es muy capaz de querer levantarse, pese a las prescripciones del doctor.

—Nada más sencillo —dijo el duque—; que le lleven sus mismos camaradas.

—Es el caso, monseñor —replicó Gabriel con cierta turbación—, que es muy posible que esta noche necesite de toda mi gente.

—¡Ah! —exclamó el duque de Guisa fijando en el vizconde una mirada de sorpresa.

—Si al señor de Exmés le parece bien —dijo Ambrosio Paré—, yo enviaré a dos de mis practicantes con una parihuela.

—Gracias mil, y acepto —contestó Gabriel—. Os recomiendo mucha vigilancia, doctor.

—¡Ay! —gritó *Mala Muerte* con desesperación.

Salió Ambrosio Paré después de haberse despedido del duque de Guisa. A una señal de Martín Guerra, las gentes del vizconde se retiraron a un extremo de la tienda y Gabriel pudo conferenciar con el general que dirigía el sitio sin que nadie les oyera.

LAS BARQUILLAS SALVAN A LOS NAVÍOS

Cuando el vizconde de Exmés se vio, puede decirse que a solas, con el duque de Guisa, le preguntó:

—¿Estáis contento, monseñor?

—Sí, amigo mío —contestó el de Guisa—; contento del resultado obtenido, pero intranquilo, lo confieso, acerca de lo que nos falta que conseguir. Esta inquietud me ha obligado a salir de la tienda, a caminar errante por el campamento, y últimamente a venir a buscar a vuestro lado buenos ánimos y buenos consejos.

—Pues qué: ¿hay alguna novedad? Me parece que el éxito ha superado todas nuestras esperanzas. Cuatro días nos han bastado para hacernos dueños de los dos escudos principales de Calais. Los defensores de la Plaza y del Viejo Castillo no han de prolongar la resistencia más de cuarenta y ocho horas.

—Es verdad; pero se sostendrán durante esas cuarenta y ocho horas, tiempo más que suficiente para perdernos a nosotros y salvarse ellos.

—¡Oh! ¡Monseñor me permitirá que lo dude!

—No, amigo mío: mi antigua experiencia no me engaña: Si no ocurre algo imprevisto, si no sobreviene un incidente afortunado que no dependa ni puedan prever los cálculos humanos, podemos dar por fracasada nuestra empresa. Cuando yo lo digo podéis creerme.

—¿Pero, por qué? —preguntó Gabriel con sonrisa de alegría que contrastaba con la actitud triste del duque.

—Os lo demostraré con dos palabras, que tienen su fundamento en vuestro proyecto mismo; prestadme atención.

—Soy todo oídos.

—La tentativa singular y aventurada a que vuestro juvenil ardor ha arrastrado a mi prudente ambición, no tenía a su favor más probabilidades que las del aislamiento de la plaza inglesa y el estupor que nuestro brusco ataque debía producir en la guarnición. Calais era inexpugnable, sí, pero no insorprendible. Sobre esta idea emplazamos todo el edificio de nuestra locura; ¿no es cierto?

—Y hasta el presente, los hechos no han desmentido nuestros cálculos.

—Reconozco que no, y ello demuestra, Gabriel, que sabéis juzgar a los hombres tan bien como las cosas, y que estudiasteis el corazón del gobernador de Calais tan a la perfección como el interior y las fortificaciones de la plaza. Lord Wentworth no ha desmentido ninguna de vuestras conjeturas: ha creído que sus novecientos hombres y sus formidables defensas avanzadas bastarían para hacer que nos arrepintiéramos de

nuestra temeraria empresa. Nos ha estimado en poco para alarmarse y no se ha dignado llamar en su auxilio una sola compañía, ni del continente ni de Inglaterra.

—Tenía yo motivos para prejuzgar cómo obraría su desdeñoso orgullo en tales circunstancias.

—Por eso, gracias a su exceso de confianza, conseguimos apoderarnos del fuerte de Santa Águeda casi sin disparar un tiro, y del de Nieullay después de tres días de combates afortunados.

—Y nuestra situación es hoy tan ventajosa, que si las fuerzas españolas o inglesas intentasen acercarse a Calais por la parte de tierra, con objeto de auxiliar a su compatriota o a su aliado, encontrarían, en vez de los cañones de lord Wentworth para protegerlos, los del duque de Guisa para barrerlos.

—Desconfiarán y tendrán buen cuidado de no asomar, como no sea a larga distancia —observó el duque de Guisa, que iba contagiándose del buen humor del joven.

—Lo que en medio de todo significa para nosotros otra ventaja importante.

—Desde luego, sí; pero, por desgracia, quedan al enemigo otras ventajas que no podemos tomarles. Hemos conseguido cerrar uno de los caminos a los socorros que la plaza pueda recibir de fuera, pero les queda otro abierto, demasiado abierto y expedito.

—¿Cuál, monseñor? —preguntó Gabriel fingiendo ignorarlo.

—Mirad este plano, hecho por el mariscal Strozzi con arreglo al que vos mismo le disteis. Calais puede ser socorrido por dos puntos: uno de ellos es el fuerte de Nieullay, que bate las calzadas y avenidas por tierra...

—Pero que en la actualidad las batiremos nosotros, puesto que somos dueños del fuerte —interrumpió Gabriel.

—Sin la menor duda; pero hacia la parte del mar, protegido por el Océano, las ciénagas y las dunas, se alza el fuerte de Risbank, o si preferís que le dé otro nombre, la Torre Octógona, que domina todo el puerto y puede dar paso o cerrarlo a las embarcaciones. Con que los sitiados envíen un simple aviso a Dover, a las pocas horas entran en el puerto los navíos ingleses con tropas y víveres para asegurar la defensa de la plaza durante años enteros. El fuerte de Risbank protege eficazmente la plaza y el Océano defiende con no menor eficacia al fuerte de Risbank. Y ahora, Gabriel, queréis que os diga ¿qué hace lord Wentworth después del descalabro sufrido hoy?

—Lo adivino —contestó con calma el vizconde de Exmés—. Lord Wentworth, conformándose con la opinión unánime del Consejo de Guerra, ha despachado a toda prisa un aviso, que ha tardado demasiado, a Dover, y espera recibir dentro de veinticuatro horas los auxilios que considera indispensables.

—¿Y el porvenir? ¿Por qué no termináis? —preguntó el duque de Guisa.

—Confieso, monseñor, que no leo nada más en el porvenir: no me dio Dios la menor participación en su presciencia.

—Ni es necesario, pues para leer en el porvenir, dada la situación presente, basta la previsión humana —replicó Francisco de Lorena—. Veo que la vuestra se detiene a medio camino, así que recorreré yo el trecho que ella dejó sin andar.

—Tened la bondad de predecirme, monseñor, lo que, a vuestro entender, ha de ocurrir.

—Es muy sencillo. Los sitiados socorridos en su apuro por Inglaterra, desde mañana podrán oponernos fuerzas superiores, fuerzas que no podremos vencer. Si a pesar de todo, nos obstinamos en mantener el cerco, saldrán tropas de Ardres, de Ham, de San Quintín, de todas las regiones y plazas ocupadas por los españoles o por los ingleses, y esas tropas se amontonarán, como la nieve en el invierno, en los alrededores de Calais, y cuando se consideren bastante fuertes, nos sitiarán a su vez. Concedo que no tomarán al momento el fuerte de Nieullay, pero sí es seguro que se apoderarán del de Santa Águeda, y éste será más que bastante para que nos cojan entre dos fuegos y nos asen a fuego vivo.

—Tal catástrofe sería espantosa, en efecto —contestó con tranquilidad Gabriel.

—Y, sin embargo, es muy probable —dijo el duque de Guisa con evidente desaliento.

—Pero yo dudo, monseñor, que habréis pensado en los medios de prevenirla.

—¡A fe que no pienso en otra cosa!

—¿Y habéis encontrado...?

—El único medio, sí; medio que juzgo harto precario, harto desesperado, pero no creo que nos quede otro. Consiste en intentar mañana un asalto contra el Viejo Castillo. Claro está que nos faltará la preparación necesaria, aunque nos multipliquemos esta noche y activemos todo lo humanamente posible los preparativos; pero no está en nuestra mano la elección, no podemos tomar otro partido que el que indico, partido desafinado, lo reconozco, pero menos insensato que el de esperar la llegada de los refuerzos que enviará Inglaterra. Quién sabe si la *furia francesa*, como dicen en Italia, logrará con su prodigiosa impetuosidad escalar esas murallas inabordables.

—No; la *furia francesa* caerá hecha pedazos al pie de esas murallas, si intenta tomarlas por asalto —replicó con frialdad Gabriel—. Perdonad, monseñor, pero opino que las fuerzas francesas ni son bastante fuertes ni bastante débiles para aventurarlo todo en una empresa imposible. Sobre vos pesa una responsabilidad tremenda, monseñor. Pudiera ocurrir que, después de haber perdido la mitad de nuestros efectivos, fuésemos rechazados. Si ocurriera esta desgracia, ¿qué partido adoptaría el duque de Guisa?

—No afrontar al menos la ruina total, el exterminio completo —respondió con

acento de dolor el duque de Guisa—; alejar de esos malditos muros a las tropas que me quedasen, conservándolas al rey y a la patria para emplearlas en días mejores.

—¡El vencedor de Metz y de Renty batirse en retirada! —exclamó Gabriel.

—Preferible es batirse en retirada que obstinarse en la derrota, como hizo el condestable en la jornada del día de San Lorenzo.

—De todas suertes, la gloria de la nación y la reputación de monseñor recibirían un golpe desastroso.

—¡Ah! ¡Nadie lo sabe como yo! ¡Ved lo que son los triunfos, ved lo que es la fortuna! Si yo hubiese vencido, sería un héroe, un genio como no se ha visto otro, un semidiós; pero fracaso, y seré para todo el mundo un espíritu tan lleno de presunción y de vanidad como vacío de talento y de habilidad, un insensato que he merecido la vergüenza de mi caída. La misma tentativa que habrían llamado grandiosa y sorprendente, si hubiese terminado con felicidad, va a atraerme las burlas de la Europa entera y a retrasar, más que a retrasar, a destruir en su germen, todos mis proyectos y todas mis esperanzas. ¡Cuan poco valen las míseras esperanzas y ambiciones de este mundo!

Calló el duque doblegado bajo el peso de la consternación, y siguió a sus palabras un silencio prolongado y penoso que Gabriel, de propósito, se guardó de interrumpir. Quería que el duque de Guisa midiese con su mirada experta toda la extensión de las terribles dificultades de su situación.

Cuando creyó que su interlocutor las había sondeado bien, dijo:

—Os estoy viendo, monseñor, en uno de esos momentos de duda que acometen a los grandes hombres en medio de sus obras más brillantes. Una observación me permitiré haceros: un genio superior, un general consumado como vos, no ha podido empeñarse a la ligera en una empresa tan grave como la que tenemos delante. Los menores detalles, las eventualidades más improbables han debido ser previstas y resueltas en París, en el Louvre mismo. Allí encontrasteis, de seguro, la solución de todas las peripecias y el remedio de todos los males. ¿Cómo, pues, dudáis y buscáis ahora?

—¡Ah, Gabriel! ¡Temo que me dejé fascinar entonces por vuestro entusiasmo y vuestra seguridad juvenil!

—¡Monseñor...!

—No os ofendáis, amigo mío, que mis palabras no envuelven la menor queja contra vos. Admiro y admiraré siempre vuestro proyecto, porque fue grandioso y patriótico; pero la realidad, Gabriel, suele tronchar y destruir los sueños más lisonjeros. Sin embargo, recuerdo que la previsión del extremo en que nos encontramos me sugirió algunas objeciones, que os sometí, y que vos supisteis rebatir.

—¿Recordáis en qué forma las rebatí, monseñor?

—Me prometisteis que si conseguíamos hacernos dueños en pocos días de los fuertes de Santa Águeda y Nieullay, los amigos que vos teníais dentro de la plaza nos entregarían el de Risbank, en cuyo caso, Calais no podría recibir socorros ni por tierra ni por mar. Sí, Gabriel; os recuerdo esta promesa, aunque creo que no la habréis olvidado.

—¿Y bien? —preguntó Gabriel sin inmutarse.

—Pues que doy por supuesto que el viento se ha llevado vuestras esperanzas; ¿no es verdad? Vuestros amigos de Calais han faltado a su palabra, y no me admira: ¡cosas de la vida! No han podido convencerse de que la victoria sería nuestra, han tenido miedo, y no nos ofrecerán su cooperación sino cuando ninguna necesidad tengamos de ellos; es lo corriente en estos casos.

—Perdonad, monseñor; pero, ¿quién os ha dicho semejante cosa?

—Vuestro silencio, amigo mío. Ha llegado el momento en que vuestros auxiliares secretos deberían servirnos y podrían salvarnos; ellos callan y vos no habláis, y de ello infiero que no contáis con ellos y que es preciso renunciar a su concurso.

—Si me conocieseis mejor, monseñor —replicó Gabriel—, sabríais que soy refractario a hablar cuando puedo obrar.

—Pues qué: ¿conserváis alguna esperanza?

—La conservo, monseñor, puesto que vivo todavía —respondió Gabriel con entonación melancólica y grave.

—¿De modo que el fuerte de Risbank...?

—Será nuestro, si no muero, cuando sea necesario.

—¡Es que nos sería necesario mañana, Gabriel, mañana por la mañana!

—En ese caso, será nuestro mañana por la mañana, monseñor —contestó Gabriel con calma—, a menos, repito, que yo muera en la demanda. En este caso, no podréis decir que faltó a su palabra quien dio la vida por cumplirla.

—¡Gabriel, amigo mío! ¿Qué pensáis hacer? ¿Intentáis arrostrar algún peligro mortal, correr algún riesgo desesperado? ¡No lo consiento! ¡De ninguna manera! ¡Francia no abunda en hombres como vos!

—No os preocupéis, monseñor. Si grande es el peligro que correré, no lo es menos el objeto que persigo; creed que la partida que estoy jugando vale bien los riesgos que consigo lleva. No penséis sino en aprovecharos de los resultados y dejadme árbitro de los medios. Yo no respondo más que de mi persona, al paso que vos debéis responder del ejército que confiaron a vuestra prudencia.

—¿Qué puedo hacer para ayudaros? ¿No me concederéis alguna participación en vuestros designios?

—Si no me hubieseis dispensado el honor de venir esta noche a mi tienda, monseñor, mi intención era visitaros en la vuestra para dirigiros una súplica.

—¡Hablad... hablad! —dijo con verdadera ansiedad el duque de Guisa.

—Mañana, día cinco del mes, tan pronto como sea día claro, es decir, a eso de las ocho, porque las noches son eternas en enero, tened la bondad de apostar a algunos de vuestros subordinados en la cima del promontorio desde donde se ve el fuerte de Risbank. Si ondea en éste la bandera inglesa, podéis aventurar el asalto desesperado de que hablabais poco ha, porque mi plan habrá fracasado, o, en otras palabras, yo habré muerto.

—¡Qué habréis muerto! —exclamó Francisco de Lorena—. ¿Luego estaba yo en lo cierto cuando os decía que corríais a vuestra perdición?

—Y si me pierdo, os suplico que no perdáis tiempo lamentando mi suerte. Tenedlo todo preparado para intentar vuestro último esfuerzo, y quiera Dios concederos el triunfo. Los socorros de Inglaterra no pueden llegar antes del mediodía, de manera que dispondremos de cuatro horas para demostrar al mundo entero que los franceses, antes de batirse en retirada, saben ser tan intrépidos como prudentes.

—¡Pero, y vos, Gabriel! ¡Aseguradme, al menos, que tenéis algunas probabilidades de éxito!

—Sí; las tengo, monseñor. Podéis estar tranquilo, debéis no perder la calma y la paciencia, como hombre enérgico que sois. Os ruego que no precipitéis la orden de asalto, que no recurráis a ese extremo, desde luego aventurado, sino cuando la necesidad os obligue a ello. Procurad que vuestros minadores y vuestros soldados continúen tranquilamente los trabajos de sitio, que los artilleros y tropas ligeras estén prevenidas para dar el asalto cuanto llegue el momento favorable, suponiendo que a las ocho no ondee en el fuerte de Risbank la bandera de Francia.

—¡La bandera de Francia en el fuerte de Risbank! —repitió el duque de Guisa.

—Es de creer que su vista hará que los navíos que lleguen de Inglaterra varíen inmediatamente de rumbo.

—Soy de vuestra misma opinión, amigo mío; pero, ¿cómo pensáis...?

—Os suplico que me permitáis guardar el secreto, monseñor. Si os revelase mi extraño proyecto, probablemente procuraríais disuadirme de él, y no es ocasión ya de reflexionar ni de vacilar. Por otra parte, la ejecución de mi plan ni compromete al ejército ni a vos. Los hombres que veis ahí, únicos que deseo emplear, son mis voluntarios, y vos os habéis comprometido a dejarme en libertad absoluta con respecto a ellos. Deseo llevar a feliz término mi proyecto sin ayuda de nadie, o morir.

—¿Y por qué ese orgullo? —preguntó el duque de Guisa.

—No es orgullo, monseñor, sino voluntad de que podáis hacerme el favor inestimable que tuvisteis la bondad de prometerme en París, y que espero que no habréis olvidado.

—¿A qué favor inestimable os referís? Me precio de tener buena memoria, sobre todo cuando se trata de servir a mis amigos, pero, aunque me cause vergüenza decirlo, confesaré que no recuerdo...

—Sin embargo, monseñor, para mí es cuestión de vida o muerte que no lo olvidéis. Lo que yo solicité de vuestra generosidad fue lo siguiente: si se demostraba que, tanto por la idea cuanto por la ejecución de la misma, se me debía a mí, a mí solo la toma de Calais, tendríais la dignación de declarar, no públicamente, que semejante honor no me corresponde a mí, sino a vos, jefe de la empresa, sino ante el rey Enrique II, la parte que yo tuviere en la realización del glorioso hecho de armas. Vos, monseñor, me hicisteis concebir esperanzas de que tan alta merced me sería concedida.

—¡Cómo! ¿Y es ese el inaudito favor a que hacíais referencia, Gabriel? ¡Cómo diablos podía yo caer en la cuenta! Pedís como favor lo que no sería premio, recompensa, sino justicia estricta; y secreta o públicamente, según sea vuestro deseo, siempre estaré dispuesto a reconocer y a atestiguar lo que hayáis hecho, pues a ello y a mucho más os darán derecho vuestros merecimientos y vuestros servicios.

—Es lo único que ambiciono, monseñor. Tenga el rey noticia de mis esfuerzos, y él sabrá cómo recompensarme, pues en su mano tiene un premio que para mí vale más que todos los honores y todas las distinciones del mundo.

—El rey sabrá todo lo que hayáis hecho por él, Gabriel. ¿Pero yo, amigo mío, nada puedo hacer por vos?

—Mucho, monseñor; aún tengo algunas mercedes que solicitar de vuestra benevolencia.

—Hablad, Gabriel.

—En primer lugar, necesito saber el *santo y seña* a fin de poder salir del campamento a cualquier hora de la noche con mis gentes.

—Decid *Carlos y Calais* y los centinelas os dejarán libre el paso.

—Segundo: Si yo sucumbo y vos triunfáis, me atrevo a recordaros que la señora Diana de Castro, hija del rey, es prisionera de lord Wentworth, y tiene los más legítimos derechos a vuestra cortés protección.

—No olvidaré mis deberes de hombre y de caballero. ¿Qué más?

—Tercero y último: Esta noche contraeré una deuda de importancia con un pobre pescador de estas inmediaciones llamado Anselmo. Por si este hombre perece conmigo, he escrito a mi administrador general Elyot que provea a la subsistencia y asegure el bienestar de la familia del infeliz pescador, que quedará sin apoyo, pero, para mayor seguridad, os agradecería muchísimo, monseñor, que os dignaseis velar por la exacta ejecución de mis órdenes.

—Se hará: ¿no deseáis más?

—Nada más, monseñor. Es decir; otra cosa deseo, y es que, si no nos vemos más, quisiera que os acordaseis alguna vez de mí con cierto sentimiento y hablaseis de mí con algún afecto, bien sea al rey, que se alegrará de mi muerte, bien a la señora de Castro, que probablemente la sentirá. No os detengo más, monseñor. Adiós.

El duque de Guisa se puso en pie.

—Alejad de vos tan tristes ideas, amigo mío —le dijo a Gabriel—. Me separo de vos para dejaros entregado a vuestro misterioso proyecto, llevando conmigo una inquietud que durará hasta mañana a las ocho y no me dejará dormir un instante, yo os lo aseguro. Pero la causa de mi inquietud no será tanto por vuestra suerte cuanto por la oscuridad en que me dejáis con respecto a lo que vais a hacer. Tengo el presentimiento de que he de volveros a ver, así que no me despido de vos más que momentáneamente.

—Gracias mil por vuestro augurio, monseñor —respondió Gabriel—. Si me veis, será en Calais, y siendo Calais ciudad francesa.

—En cuyo caso podréis jactaros de haber sacado de un gran peligro el honor de Francia y el mío.

—Las barquillas, monseñor, salvan a veces a los navíos —dijo Gabriel inclinándose.

El duque de Guisa estrechó una vez más la mano de Gabriel y se dirigió pensativo a su tienda.

VI

OBSCURI SOLA SUB NOCTE

Gabriel hizo una seña a Martín Guerra apenas entró en su tienda después de haber acompañado hasta la puerta a su ilustre visitante. El escudero salió en seguida sin necesidad de más explicación.

Volvió sobre quince minutos después acompañando a un hombre extremadamente pálido y vestido miserablemente.

Martín se aproximó a su señor que había vuelto a sumergirse en sus reflexiones. Los voluntarios jugaban o dormían.

—Monseñor —dijo Martín Guerra—; tenemos aquí a nuestro hombre.

—¡Ah! ¡Muy bien! —contestó Gabriel—. ¿Sois vos el pescador llamado Anselmo, de quien me ha hablado Martín?

—Yo soy el pescador Anselmo, monseñor.

—¿Sabéis el servicio que esperamos de vos?

—Me lo ha comunicado vuestro escudero, monseñor, y estoy a vuestras órdenes.

—Martín Guerra debe de haberos dicho también que en esta expedición corréis el riesgo de perder la vida, como lo corremos nosotros.

—¡Oh! No necesitaba que él me lo dijera; lo sabía tan bien, si no mejor que vuestro escudero.

—¿Pero, con todo, habéis venido?

—Ya lo veis.

—¡Muy bien, amigo! Demostráis que tenéis un corazón valiente.

—O una existencia naufragada, monseñor.

—¡Cómo es eso! ¿Qué queréis decir?

—¡Por Nuestra Señora de la Gracia! —exclamó Anselmo—. Todos los días arrosto la muerte por traer de la mar algún pescado, y me acontece con frecuencia que nada traigo; no es, pues, grande mi mérito si hoy me juego la piel por vos, siendo así que os comprometéis, tanto si la pierdo como si vuelvo con ella, a asegurar la suerte de mi mujer y de mis tres hijos.

—Sí —observó Gabriel—; pero el peligro que afrontáis todos los días es un peligro incierto y que no contempla la vista. Seguramente no os hacéis a la mar cuando brama la tempestad. En cambio el peligro que hoy vais a correr es seguro y visible.

—No niego que se necesita estar loco o ser un santo para aventurarse en la mar en una noche como ésta, pero no es de mi incumbencia escoger el día o el momento, puesto que así lo queréis vos; mi deber es seguiros y callar. Por adelantado me habéis

pagado el importe de mi cuerpo y el de mi barca; nada me debéis. Únicamente habréis de ofrecer un cirio de cera a la Santísima Virgen si llegamos sanos y salvos.

—Y una vez llegados, no habrá terminado vuestra tarea, Anselmo; después de haber remado tendréis que batiros; terminada vuestra misión de marinero, habréis de cumplir la de soldado, es decir, que son dos peligros, no uno, los que vais a correr.

—Está bien, pero no tratéis de desanimarme. Tened la seguridad de que os obedeceré. Me garantizáis la existencia de los seres que me son queridos, y yo pongo a vuestra disposición la mía. Está hecho el trato y no hay necesidad de hablar más.

—Sois un valiente, amigo Anselmo. En cuanto a vuestra mujer y a vuestros hijos, podéis estar tranquilo, pues nunca han de carecer de nada: he dado mis órdenes a mi administrador general Elyot, y para que la garantía sea mayor, el mismo duque de Guisa se encargará de que sean fielmente ejecutadas.

—No deseo más, monseñor —contestó el pescador—. Sois más generoso que un rey. No me haré el remolón. Si no me hubieseis dado más que la cantidad convenida, que bastaba para sacarme de apuros en los tiempos duros que corremos, no se me hubiese ocurrido pedir más. Yo estoy contento de vos, y espero que vos lo quedaréis de mi.

—Decidme, Anselmo: ¿cabrán catorce hombres en vuestra barca?

—Han embarcado en ella veinte, monseñor.

—Os harán falta brazos que os ayuden a remar, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Desde luego! Yo haré bastante encargándome del timón y de la vela, suponiendo que podamos izarla.

—Disponemos de Ambrosio, de Pilletrousse y de Landry —terció Martín Guerra—, que remarán como si en su vida hubiesen hecho otra cosa. También podré ayudar yo, que manejo el remo con tanta facilidad y soltura como mis brazos cuando nado.

—¡Magnífico! —exclamó alegremente Anselmo—. Tantos y tan excelentes compañeros a mi servicio me darán aspecto de patrón de pretensiones... Lo único que me ha reservado a mí Martín es el punto donde debemos desembarcar.

—El fuerte de Risbank —contestó sencillamente el vizconde de Exmés.

—¿El fuerte de Risbank? —repitió el pescador mirando a Gabriel con estupor—. ¿Habéis dicho el fuerte de Risbank, o he entendido mal?

—El fuerte de Risbank he dicho; ¿tenéis alguna objeción que hacer? —preguntó Gabriel.

—Ninguna —contestó el pescador—. Únicamente os haré presente que es un sitio poco abordable y que yo nunca arrojé mi ancla en él. Aquello es todo roca viva.

—¿Os negáis a conducirnos? —preguntó Gabriel.

—¡No, a fe mía! Aunque no conozco bien aquellos sitios, haré lo que pueda. Mi padre, que era pescador como yo, solía decir: «No se pescan truchas a bragas enjutas». Yo os conduciré al fuerte de Risbank, si puedo... ¡Va a ser un paseo

delicioso!

—¿A qué hora deberemos estar preparados? —preguntó Gabriel.

—Creo que deseáis llegar a las cuatro, ¿no es cierto? —interrogó Anselmo.

—Entre cuatro y cinco; de ningún modo antes.

—Desde el sitio donde embarcaremos para no ser vistos ni despertar sospechas, hasta el fuerte de Risbank, podemos contar, así, a ojo de buen cubero, unas dos horas de navegación; lo esencial es no fatigarnos más de lo necesario en el mar, y desde aquí al embarcadero, calculemos una hora de marcha...

—Entonces, convendrá salir de aquí a la una de la madrugada —dijo Gabriel.

—Eso es, monseñor.

—Voy a prevenírselo a mi gente —repuso el vizconde de Exmés.

—Hacedlo, monseñor —dijo el pescador—. Yo desearía que me permitieseis dormir entre ellos hasta la una. Me he despedido ya de todos los míos; la barca nos espera cuidadosamente oculta y sólidamente amarrada, así es que nada tengo que hacer.

—Descansad, Anselmo, que bastantes fatigas os esperan esta noche. Martín; prevé en seguida a tus camaradas.

—¡Arriba, dormilones del diablo y jugadores de Satanás! —gritó Martín Guerra.

—¿Qué pasa? ¿Qué hay? —preguntaron todos rodeándole.

—Dad las gracias a monseñor; a la una tenemos expedición particular —dijo Martín.

—¡Bueno! ¡Bien! ¡Magnífico! —contestaron a coro los voluntarios.

También *Mala Muerte* lanzó sus *hurras* de alegría con muestras de satisfacción.

Por su desgracia, en aquel momento entraron cuatro practicantes enviados por Ambrosio Paré, manifestando que venían a buscar al herido para transportarlo a la ambulancia.

Mala Muerte principió a gritar desaforadamente, pero a pesar de sus protestas y de su resistencia desesperada, le colocaron en la parihuela. En vano dirigió a sus camaradas los improperios más duros, llamándoles incluso desertores, traidores y cobardes, porque iban a batirse sin él; nadie hizo caso de sus insultos y se lo llevaron sin tener en cuenta sus maldiciones y juramentos.

—Sólo nos resta adoptar las últimas disposiciones y asignar a cada uno el papel que ha de desempeñar.

—¿Qué clase de faena vamos a hacer? —preguntó Pilletrousse.

—Se trata de una especie de asalto —contestó Martín

—Entonces, me corresponde a mí subir el primero —dijo Ivonnet.

—Concedido —respondió el escudero.

—¡Protesto! ¡Esto es injusto! —reclamó Ambrosio—. ¡Ivonnet monopoliza siempre el primer puesto en los peligros, sin dejarnos nada a los demás! ¡No parece

sino que todo ha de ser para él!

—Dejadle por esta vez —terció el vizconde de Exmés—. En la ascensión peligrosa que vamos a acometer, el que suba primero será el que menos riesgos corra. Prueba de ello es que yo pienso ocupar el último lugar.

—En ese caso, Ivonnet se ha llevado chasco —observó Ambrosio riendo.

Martín Guerra señaló a cada uno el puesto que debía ocupar en la marcha, en la barca y en el asalto; advirtió a Ambrosio, a Pilletrousse y a Landry que tendrían que empuñar los remos, y lo dispuso todo del mejor modo posible para prevenir confusiones y desorden.

Lactancio llamó aparte a Martín Guerra y le dijo:

—¿Creéis que tendremos que matar a alguien?

—No puedo asegurarlo, pero es muy posible —contestó Martín.

—Gracias. Por si llega el caso, voy a rezar adelantada la penitencia correspondiente a tres o cuatro muertos y a otros tantos heridos.

Ultimados todos los preparativos, Gabriel aconsejó a su gente que descansara una o dos horas, quedando en que les despertaría él mismo cuando fuera necesario.

—Yo dormiré un poco —dijo Ivonnet—; mis pobres nervios están hoy horriblemente excitados, y necesito estar tranquilo cuando me bato.

Minutos después, en la tienda de campaña no se oían sino los ronquidos más o menos acompasados de los durmientes y los *Padrenuestros* de Lactancio. Pronto, sin embargo, cesaron los rezos; Lactancio, vencido por el sueño, había concluido por quedarse aletargado.

Sólo Gabriel velaba y meditaba.

A la una de la madrugada despertó sin ruido a sus voluntarios, los cuales se levantaron y armaron en silencio. Momentos después salían sigilosos de la tienda y del campamento.

Las palabras de «Carlos y Calai», pronunciadas en voz baja por Gabriel cuando encontraban centinelas, les allanaban todos los obstáculos.

El reducido grupo, guiado por Anselmo el pescador, caminó a lo largo de la costa sin despegar los labios. No se oían más que los mugidos quejumbrosos del viento y el sordo rumor de la mar, que parecía lamentarse en la lejanía.

La noche estaba lóbrega y brumosa. A nadie encontraron nuestros aventureros, aunque lo probable es que, si alguien les hubiese visto deslizándose entre las sombras a semejantes horas, les hubiera tomado por fantasmas.

En el interior de la ciudad sitiada había también una persona que velaba: lord Wentworth, el gobernador. Velaba aunque, contando con recibir al día siguiente los auxilios que había pedido a Dover, habíase recogido en su dormitorio con ánimo de descansar algunos momentos.

Tres días hacía que no había dormido, tres días durante los cuales pudo vérselo —

hagámosle esta justicia— en los sitios de mayor peligro, derrochando valor y acudiendo siempre a los lugares donde su presencia pudiera ser necesaria.

La noche del 4 de enero había visitado la brecha abierta por el enemigo en el Viejo Castillo, colocado por sí mismo a los encargados del servicio de facción y pasado revista a las tropas de la milicia urbana encargada de la fácil defensa del fuerte de Risbank.

A pesar de su cansancio, y no obstante abrigar la convicción de que todo estaba tranquilo y de que no eran de temer sorpresas, le fue imposible conciliar el sueño. Un temor vago, absurdo, si se quiere, persistente como una idea fija, le tenía despierto en su lecho. Se decía a sí mismo que todas las precauciones habían sido tomadas, que era materialmente imposible que el enemigo intentase un asalto nocturno utilizando una brecha tan poco adelantada como la del Viejo Castillo, que todos los demás puntos los defendían eficazmente las ciénagas y el mar, pero es lo cierto que el sueño huía implacable de sus ojos.

Presentía en el silencio de la noche la vaga presencia de un peligro imprevisto, de un enemigo invisible, con la particularidad de que este enemigo no era para él, ni el mariscal Strozzi, ni el duque de Nevers, ni el gran Francisco de Lorena. ¿Sería, por ventura, su antiguo prisionero, a quien la vista prodigiosa de su odio había reconocido varias veces, ora desde lo alto de las murallas, ora en lo más recio de la pelea? ¿Sería tal vez el insensato vizconde de Exmés, el amante correspondido de Diana de Castro?

¡Risible adversario para el gobernador de Calais, encerrado en una ciudad formidablemente defendida y guardada!

A pesar de todo, lord Wentworth, por más esfuerzos que hacía, no podía dominar ni acertaba a explicarse el espanto instintivo que se había apoderado de él. Lo sentía, y el sueño huía de sus ojos.

VII

ENTRE DOS ABISMOS

El fuerte de Risbank, llamado también la Torre Octógona por ser un polígono de ocho lados, era como un centinela avanzado que se levantaba en la entrada del puerto de Calais, delante de las dunas, descansando su negra y formidable masa de granito sobre otra masa no menos sombría y no menos gigantesca de roca.

Durante la marea alta, las olas se estrellaban contra la roca, pero nunca llegaron a besar las primeras hileras de sillares del edificio.

Bravía y amenazadora estaba la mar en la noche del 4 al 5 de enero a las cuatro de la madrugada; sus lúgubres e ingentes gemidos semejabán lamento inmenso de un alma eternamente inquieta y eternamente desolada.

Poco después de haber sido relevado el centinela que prestó su servicio en la plataforma desde las dos hasta las cuatro, por el que debía prestarlo desde las cuatro hasta las seis, se mezcló con los bramidos del Océano, destacándose distintamente una especie de grito humano lanzado por una boca metálica. El nuevo centinela pareció estremecerse al oír aquel grito, prestó oído atento, y después de reconocer la naturaleza de tan extraño sonido, arrió su ballesta a la muralla. Seguidamente escudriñó los alrededores, y luego que se cercioró de que ningún ojo humano podía observarle, levantó con brazo poderoso la losa que formaba el piso de la garita de piedra y sacó de debajo de aquélla un rollo de cuerdas, que formaban una escala larguísima, uno de cuyos extremos sujetó sólidamente a los grapones de hierro empotrados en las almenas del fuerte.

A continuación, el centinela fue empalmando diversos trozos de cuerda, y luego los descolgó por encima de las almenas. Gracias a dos balas muy pesadas sujetas al otro extremo de la escala, ésta bajó hasta la roca que servía de asiento al fuerte.

Medía la escala doscientos doce pies de longitud, y la altura del fuerte era de doscientos quince.

A poco de haber concluido el centinela su operación misteriosa, apareció una ronda nocturna en lo alto de la escalera de piedra que conducía a la plataforma.

La ronda encontró al centinela en su puesto, junto a la garita, le pidió y recibió la consigna y siguió su camino sin advertir nada.

El centinela, más tranquilo que nunca, esperó. Eran las cuatro y cuarto.

En el mar, al cabo de dos horas de luchas y esfuerzos más que humanos, una barca tripulada por catorce hombres había logrado atracar a la roca del fuerte de Risbank. Una escalera de madera que los tripulantes de la barca apoyaron contra la roca les permitió ganar la primera excavación de la piedra en la que apenas si podían

mantenerse en pie cinco o seis hombres. Los atrevidos aventureros de la barca fueron subiendo silenciosos como sombras uno a uno, por la escalera de madera, y sin detenerse en la excavación, continuaron trepando, sin más apoyo que el que las asperezas y accidentes de la roca ofrecían a sus manos y a sus pies.

Su objeto era llegar al pie de la torre, pero la noche estaba muy negra, la roca muy resbaladiza, así es que sus uñas se arrancaban, y sus dedos, rasgados por las asperezas de la piedra, manaban sangre en abundancia. Uno de los escaladores perdió pie y cayó rodando hasta el mar. Por fortuna, quedaba en la barca uno de los catorce hombres, intentando en vano amarrarla antes de asirse a la escalera. Gracias a esta circunstancia, el que cayó, que había tenido el valor de no lanzar un grito, nadó vigorosamente en demanda de la barca, y el que quedaba en ella le alargó una mano, teniendo la satisfacción de recogerle sano y salvo, a pesar de las violentas sacudidas del oleaje.

—¿Eres tú, Martín? —preguntó el de la barca, reconociéndole no obstante la oscuridad.

—El mismo, monseñor —respondió el escudero.

—¿Cómo has resbalado, torpe?

—Preferible es que haya sido yo.

—¿Por qué?

—Porque otro habría gritado quizá.

—Puesto que estás aquí, ayúdame a aferrar la cuerda a esa raíz. He enviado a Anselmo con los demás, y ahora comprendo que hice mal.

—Esa raíz tiene poca resistencia, monseñor: una sacudida cualquiera la tronchará y se perderá la barca, y nosotros con ella.

—No se puede hacer otra cosa, por lo tanto vamos a ello y no hablemos más.

Amarrada la barca, dijo Gabriel a su escudero:

—¡Ea! Sube.

—Después de vos, monseñor —contestó Martín Guerra—; si subo yo antes, ¿quién os tendrá la escalera?

—¡Te he dicho que subas! —insistió Gabriel con impaciencia.

No era el momento muy propicio para entablar discusiones ni para andarse con ceremonias. Martín Guerra subió hasta la excavación, y desde allí sostuvo los dos montantes de la escalera mientras subía Gabriel. Ponía éste el pie sobre el último travesaño, cuando una ola, que vino a reventar contra la barca, rompió el cabo y se llevó, al retirarse, la escalera y la embarcación. Gabriel estaba perdido sin remedio si Martín, exponiéndose a perecer con él, no se hubiese inclinado sobre el abismo y, rápido como el pensamiento, no hubiera agarrado a su amo por el cuello del vestido. Con esa fuerza sobrehumana que únicamente da la desesperación, atrajo hacia sí a su señor y logró colocarle sobre la roca.

—Ahora te tocó a ti salvarme a mí, valiente Martín —dijo Gabriel.

—Sí, pero la barca se ha perdido —contestó el escudero.

—¡Bah! ¡Pagada está, como dice Anselmo! —exclamó Gabriel, disimulando la contrariedad que le causaba aquel contratiempo.

—Después de todo, es igual —dijo Martín bajando la cabeza—. Si arriba no está de centinela vuestro amigo, o si la escala no aparece colgada de la torre, o si se rompe bajo nuestro peso, o si encontramos ocupada la plataforma por fuerzas superiores, con la maldita barca desapareció hasta la más remota esperanza de salvación para nosotros.

—¡Mejor que mejor! —respondió Gabriel—. Tal como se han puesto las cosas, no tenemos más remedio que triunfar o morir.

—Sea —dijo Martín Guerra con indiferencia y sencillez heroica.

—¡Adelante! —repuso Gabriel—. Nuestros compañeros han debido ganar el pie de la torre, puesto que ya no oigo ruido alguno. Ten mucho cuidado, Martín; mira dónde pones los pies y no sueltes una mano hasta que estés bien agarrado con la otra.

—Subid tranquilo, monseñor, que yo procuraré no volver a caer.

Al cabo de diez minutos de peligrosa ascensión, no sin vencer dificultades y peligros sin cuento, consiguieron reunirse a los doce compañeros que les esperaban, llenos de ansiedad, al pie del fuerte de Risbank, agrupados sobre la roca.

Eran las cinco menos cuarto.

Con alegría que no es para describirla vio Gabriel una escala de cuerda que pendía de lo alto.

—Viendo estáis, amigos míos —dijo a sus voluntarios—, que nos esperan arriba. Dad gracias a Dios, porque la mar nos habla cortado la retirada, arrebatándonos la barca. ¡Adelante, pues, y que Dios nos salve!

—¡Amén! —contestó con unción religiosa Lactancio.

Preciso era que fuesen hombres determinados e insensibles al miedo todos los que rodeaban a Gabriel. La empresa, que hasta entonces era temeraria, entraba ahora de lleno dentro del terreno de la insensatez, y sin embargo, al saber que era imposible volverse atrás, nadie habló, nadie hizo el menor movimiento.

Gabriel, a la opaca claridad que siempre proyecta el cielo, por nublado y tétrico que esté, contempló los enérgicos semblantes de aquellos hombres y tuvo la satisfacción de hallarlos a todos impasibles.

—¡Adelante! —dijo.

—¡Adelante! —repitieron todos a una.

—¿Recordáis el orden convenido? —repuso—. Tú, Ivonnet, subirás el primero, luego Martín Guerra, y así sucesivamente, cada uno ocupará el puesto previamente designado, quedándome yo el último de todos. Es de esperar que la cuerda y los nudos tengan toda la solidez que hace falta.

—La cuerda es de hierro, monseñor —dijo Ambrosio—. La hemos probado y puedo asegurar que lo mismo sostendría a treinta hombres que a catorce.

—¡Vaya, pues, Ivonnet! —prosiguió Gabriel—. ¡Rompe la marcha! No es tu sitio el menos peligroso... ¡Arriba, y valor!

—Valor no me falta, monseñor, particularmente cuando redobla el tambor y truenan el cañón —contestó Ivonnet—. Confesaré, sin embargo, con franqueza que estoy poco acostumbrado a los asaltos silenciosos, y menos todavía a llevar a cabo ascensiones por cuerdas flotantes. Me consuela subir el primero, porque me animará la idea de que podrán apoyarme los que siguen detrás.

—Es un pretexto que te inspira tu modestia para asegurarte el puesto de honor —observó Gabriel, que no deseaba entablar una discusión peligrosa—. Demos reposo a las lenguas, que aunque el viento y la mar ahogan el ruido de nuestras voces, es llegado el momento de obrar y de callar. ¡Arriba, Ivonnet! No olvides que hasta que llegues al escalón ciento cincuenta no se permite descansar. ¡Listos todos! Los mosquetes en banderola y las espadas entre los dientes... ¡Mirad siempre arriba, nunca abajo, y pensad en Dios pero no en el peligro...! ¡Adelante!

Ivonnet puso el pie en el primer travesaño de la escala.

Eran las cinco, y arriba, en lo alto de la torre, acababa de pasar la segunda ronda nocturna por delante del centinela de la plataforma.

Lentamente y silenciosos, aquellos catorce hombres fueron subiendo, unos tras otros, por aquella escala libre que se balanceaba sobre el abismo.

Grande, inmenso era el peligro desde el primer momento; pero a medida que los catorce hombres avanzaban, aquel racimo vivo se balanceaba con mayor violencia, y el riesgo adquiriría proporciones aterradoras.

Era un espectáculo grandioso y terrible a la vez el que ofrecían aquellos catorce hombres mudos, aquellos catorce demonios, que en medio del huracán y de las tinieblas escalaban la negra muralla, con probabilidades de encontrar arriba la muerte y dejando a sus pies una muerte cierta.

Ivonnet se detuvo en el nudo ciento cincuenta; los demás hicieron lo mismo. Se había convenido que descansarían, al ganar aquel punto, el tiempo necesario para rezar dos *Padrenuestros* y dos *Avemarías*.

Cuando Martín Guerra terminó su rezo, vio con asombro que Ivonnet no se movía. Creyó que se habría equivocado, y reconviniéndose mentalmente por su equivocación, rezo el tercer *Padrenuestro* y la tercera *Avemaría*.

Ivonnet continuó inmóvil.

Entonces, aunque se encontraba a unos cien pies de la plataforma, y comprendió que era peligroso hablar, Martín Guerra resolvió decir a Ivonnet, tocándole al mismo tiempo en las piernas:

—¡Arriba!

—¡No puedo! —contestó Ivonnet con voz ahogada.

—¿Que no puedes, bergante? ¿Por qué?

—Me ha dado el vértigo.

Un sudor frío inundó la frente de Martín.

Más de un minuto estuvo sin saber qué partido adoptar. Si Ivonnet, dominado por el vértigo, caía, arrastraría a todos en su caída. Volver a bajar era punto menos que imposible. No atreviéndose a afrontar una responsabilidad tan terrible en aquellas circunstancias, Martín se volvió hacia Anselmo, y le dijo:

—A Ivonnet le ha dado el vértigo.

Anselmo, no menos asustado que Martín, dijo a su vecino Scharfenstein:

—A Ivonnet le ha dado el vértigo.

Y cada uno, quitándose la espada de la boca, repetía al que venía detrás:

—A Ivonnet le ha dado el vértigo.

La fatal nueva llegó al fin a Gabriel, que palideció y tembló al oírla.

VIII

ARNALDO DE THILL, AUN ESTANDO AUSENTE,
EJERCE SOBRE EL INFELIZ MARTIN GUERRA UNA
INFLUENCIA MORTAL

Hubo un momento de angustia horrible, de ansiedad suprema.

Gabriel se veía entre tres peligros: a sus pies, la mar alborotada parecía reclamar su presa con voz formidable; sobre su cabeza, doce hombres asustados, inmóviles, que no podían avanzar ni retroceder, le cerraban con su masa el paso, impidiéndole llegar al tercer peligro, las picas y los arcabuces ingleses que probablemente le esperaban en la plataforma.

Aquella escala vacilante ofrecía por todas partes el espanto y la muerte.

Felizmente no era Gabriel de los hombres que vacilaban mucho tiempo. Aun viéndose entre dos abismos, fue para él obra de contados segundos tomar una resolución. Sin pensar en que si la mano resbalaba caería precipitado y se haría pedazos contra las rocas del fondo, se aferró a una de las cuerdas laterales, y con sola la fuerza de sus puños, fue dejando atrás sucesivamente a los doce hombres que le precedían, llegando sin obstáculo, gracias a su prodigioso vigor de cuerpo y de alma, hasta Ivonnet.

—¿Quieres avanzar? —preguntó con voz breve e imperiosa, una vez hubo colocado sus pies junto a los de Martín Guerra.

—Me ha dado el vértigo —contestó el infeliz, castañeteando los dientes y con los cabellos erizados.

—¿Quieres avanzar? —repitió Gabriel.

—Imposible... Siento que mis pies... y mis manos... pierden la cuerda que... les sirve de apoyo... Caería en cuanto me moviese...

—¡Vamos a verlo ahora mismo!

Subió hasta igualar la cintura de Ivonnet y apoyó la punta de su puñal sobre la espalda de aquél.

—¿Sientes en tus carnes la punta de mi puñal? —le preguntó.

—¡Sí... monseñor...! ¡Piedad...! ¡Oh... tengo miedo...! ¡Tened compasión de mí...!

—La hoja es fina y bien templada —prosiguió Gabriel con maravillosa sangre fría—. Un movimiento insignificante bastaría para que se hunda en tu cuerpo sin el menor esfuerzo. Óyeme bien, Ivonnet: Martín Guerra va a pasar delante de ti, y yo me quedo detrás; si no sigues a Martín, fíjate en lo que te digo... si no sigues a Martín, si haces el menor movimiento de duda, te juro por Dios vivo que no caerás ni

harás caer a los otros, porque te dejaré clavado con mi puñal contra la muralla hasta que todos hayamos pasado sobre tu cadáver.

—¡Piedad, monseñor! ¡Obedeceré... obedeceré! —gritó Ivonnet, curado de un espanto por otro espanto mayor.

—Martín, ya me has oído: ¡adelante! —repuso Gabriel.

Martín Guerra ejecutó el movimiento que había visto realizar a su señor, ocupando desde entonces el primer puesto.

—¡Arriba! —añadió Gabriel.

Martín empezó a subir valerosamente, e Ivonnet, amenazado por el puñal del vizconde, quien se servía para subir de la mano izquierda y de los pies, olvidó el vértigo y siguió al escudero.

Los catorce hombres subieron felizmente los ciento cincuenta escalones últimos.

—¡Pardiez! —pensaba Martín Guerra, que había recobrado su buen humor al ver que disminuía la distancia que le separaba de la plataforma—. ¡Monseñor ha encontrado un remedio soberano contra el vértigo!

Cuando acababa de hacerse esta reflexión, su cabeza se encontró al nivel de la cornisa de la plataforma.

—¿Sois vos? —preguntó a Martín una voz desconocida.

—El mismo —respondió el escudero.

—¡Ya era hora! —repuso el centinela—. La tercera ronda pasará antes de cinco minutos.

—¡Bueno! —exclamó Martín—. La recibiremos con todos los honores del caso.

Mientras hablaba, colocaba una rodilla sobre el sillar que formaba la cornisa de la plataforma.

—¡Ah! —exclamó de pronto el centinela procurando distinguir sus facciones—. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Martín Guerra...

No pudo terminar. Pedro Peuquoy, que él era el centinela, sin darle tiempo para que sentase sobre la piedra la otra rodilla, le dio un empujón formidable y le envió precipitado al abismo.

—¡Jesús! —fue lo único que pudo decir Martín Guerra.

Sublime hasta el último momento, hizo un esfuerzo sobrehumano para no caer sobre sus compañeros, y lo consiguió.

Ivonnet, que le seguía, y que, al tocar terreno firme había recobrado todo su valor y toda su audacia, saltó sobre la plataforma, y en seguida lo hicieron Gabriel y todos los demás.

Pedro Peuquoy no les opuso la menor resistencia: allí les esperaba en pie, inmóvil, como petrificado.

—¡Desventurado! —le dijo el vizconde de Exmés, asiéndole por un brazo y

sacudiéndole—. ¿Qué furor insano se ha apoderado de vos? ¿Qué os había hecho Martín Guerra?

—¡A mí, nada —contestó el armero—; pero a Babette... a mi hermana...!

—¡Oh! ¡Lo había olvidado! —exclamó Gabriel con expresión de vivo dolor—. ¡Pobre Martín... no fue él...! ¿No podríamos salvarle?

—¡Salvar a quien ha caído de una altura de doscientos cincuenta pies sobre un lecho de roca! —exclamó Pedro Peuquoy con voz estridente—. ¡Dejadle, señor vizconde, y pensad en vuestra propia salvación y la de vuestros compañeros!

—¡Mis compañeros, y mi padre, y Diana! —se dijo Gabriel, recordando los deberes y los peligros de su situación—. ¡Pobre Martín! —exclamó en voz alta.

—¡No es este el momento de llorar al culpable! —interrumpió Pedro Peuquoy.

—¡Culpable! Yo os demostraré que era inocente, pero no es ésta la ocasión oportuna; tenéis razón. ¿Continuáis dispuesto a servirnos? —preguntó Gabriel al armero con cierta aspereza.

—Me he consagrado a Francia y a vos —respondió Pedro Peuquoy.

—Decid, pues; ¿qué debemos hacer?

—Va a pasar una ronda nocturna —contestó el armero—. Será preciso sujetar y amordazar a los cuatro hombres que la forman... Pero ya no es posible sorprenderles... Están ahí.

Aún estaba hablando Pedro Peuquoy, cuando entraba en la plataforma por la escalera interior una patrulla formada por individuos de la milicia urbana. Si la patrulla daba la voz de alarma, todo estaba perdido.

Por fortuna, los dos Scharfenstein, tío y sobrino, que eran curiosos por temperamento, andaban husmeando por aquella parte. Los individuos de la ronda no tuvieron tiempo de dar un grito: una mano disforme tapó inopinadamente las bocas a los cuatro, a tiempo que los derribaban de espaldas. Acudieron al punto Pilletrousse y dos más, y en un abrir y cerrar de ojos los desarmaron, amarraron y amordazaron.

—¡Buena faena! —exclamó Pedro Peuquoy—; ahora, monseñor, es necesario asegurar a los demás centinelas y sorprender el cuerpo de guardia. Hay que acudir a dos puntos importantes, pero no temáis ni os importe la superioridad numérica; pues más de la mitad de la milicia urbana, trabajada por Juan y por mí, espera a los franceses para pelear a su lado. Bajaré yo primero para comunicar a mis amigos la nueva feliz de vuestra llegada. Entretanto, podéis ocuparos de los centinelas y de las patrullas. Cuando yo vuelva a subir, mis palabras habrán realizado las tres cuartas partes de la obra.

—¡Ah! ¡Cuan agradecido os estaría, Pedro Peuquoy, si no hubieseis causado la muerte de Martín Guerra! —exclamó Gabriel—. ¡Creísteis realizar un acto de justicia, y cometisteis un verdadero crimen!

—Os suplico por segunda vez, monseñor, que no juzguéis un acto del que sólo

Dios y mi conciencia tienen derecho a pedirme cuentas —replicó con gravedad el rígido armero—. Os dejo. Trabajad por vuestra parte, que yo trabajaré todo lo posible por la mía.

Todo sucedió tal como Pedro Peuquoy había anunciado: la mayor parte de los milicianos eran franceses de corazón: tan sólo uno intentó resistir, y fue agarrotado y puesto en estado de no poder molestar.

Cuando el armero volvió a subir, acompañado por su primo Juan y algunos amigos de toda su confianza, toda la parte alta del fuerte de Risbank estaba en poder del vizconde de Exmés.

Faltaba apoderarse de los cuerpos de guardia, empresa que acometió Gabriel tan pronto como recibió los refuerzos conducidos por los Peuquoy.

Fueron aprovechados magistralmente los primeros momentos de sorpresa y de indecisión. La inmensa mayoría de los que, bien por su nacimiento, bien por interés eran partidarios de los ingleses, dormían todavía, tranquilos y sin temor, en sus lechos de campaña, y antes de que pudieran despertar, por decirlo así, se encontraron agarrotados.

El tumulto, pues no se le puede llamar combate, duró muy contados minutos. Los amigos de Pedro Peuquoy gritaban: ¡Viva Enrique II! ¡Viva Francia!, y los neutrales y los indiferentes se colocaron, como acontece siempre, al lado del vencedor. Algunos hubo que intentaron oponer resistencia, pero tuvieron que ceder inmediatamente. De la lucha no resultaron más que dos muertos y cinco heridos, habiéndose disparado tan sólo tres tiros de arcabuz. El piadoso Lactancio tuvo el dolor de poner en su cuenta dos de los heridos y uno de los muertos, pero felizmente había cumplido por adelantado la penitencia.

No eran todavía las seis, y ya el fuerte de Risbank estaba en poder de los franceses. Los que se resistieron y los sospechosos habían sido encerrados en sitio seguro, y todo el resto de la milicia urbana se agrupaba en derredor de Gabriel, aclamándole como a libertador.

Así fue tomado en menos de una hora, y casi sin disparar un tiro, el fuerte que los ingleses no habían querido reforzar, seguros de que el mar era su defensa mejor y más eficaz, el fuerte no sólo era la llave del puerto de Calais, sino de la plaza misma.

Tan admirablemente fue llevada a feliz término la operación, que el fuerte era francés y Gabriel había colocado centinelas nuevos sin que en la plaza se hubiesen dado cuenta de nada.

—Hemos conseguido una gran ventaja —observó Pedro Peuquoy—; pero mientras no se rinda también Calais, no estará terminada nuestra tarea. Así, pues, señor vizconde, soy de parecer que debéis quedaros con Juan y con la mitad de nuestros hombres para cuidar de la defensa del fuerte, y dejar que yo, con la otra mitad, baje a la ciudad, donde podremos ser más útiles que en el fuerte. Después de

haber utilizado las cuerdas de Juan, preparémonos a sacar partido de las armas de Pedro.

—¿No teméis que lord Wentworth, furioso por lo sucedido, os juegue una mala pasada? —preguntó Gabriel.

—¡Estad tranquilo! —replicó Pedro Peuquoy—. Recurriré a la astucia y al engaño, armas de buena ley cuando se esgrimen contra los que han sido nuestros opresores durante dos siglos. En caso necesario, acusaré a Juan, diciendo que nos ha vendido. Sorprendidos por fuerzas superiores, debido a la traición de Juan, no obstante nuestra resistencia, hemos sido vencidos. No hemos tenido más remedio que rendirnos a discreción. Los vencedores han arrojado del fuerte a los que no hemos querido confesar su victoria, lord Wentworth, que tendrá demasiado que hacer para ocuparse de nosotros, nos creará, y hasta es posible que nos dé las gracias.

—Volved, pues, a Calais, puesto que así lo deseáis —contestó Gabriel—. Sois tan entendido como bravo, y reconozco que, en efecto, podéis secundarme ventajosamente desde la plaza, si yo intento alguna salida.

—¡No intentéis semejante cosa! —exclamó Pedro Peuquoy—. Las fuerzas con que contáis son muy escasas, y en la salida os expondríais a perderlo todo y a no ganar nada. Ocupáis una torre inexpugnable, podéis reiros de todos los ataques mientras os protejan las robustas murallas de que sois dueño; no comprometáis las ventajas de vuestra posición. Si tomaseis la ofensiva, es muy probable que lord Wentworth consiguiese reconquistar el fuerte, y la verdad es que, después de haber hecho tanto, sería una locura deshacerlo todo.

—¿Y he de permanecer aquí ocioso mientras el señor duque de Guisa y todos los nuestros se baten y exponen la vida?

—Exponen lo que es suyo, porque su vida les pertenece, señor de Exmés; pero vos no podéis exponer el fuerte, que no es vuestro, sino de Francia —replicó el prudente armero—. Escuchadme, señor vizconde: cuando llegue el momento favorable, cuando juzgue yo que un golpe de audacia, golpe decisivo, puede arrancar de las garras de los ingleses la plaza de Calais, haré que se subleven todos los que me acompañaban y todos los que comulgan en mis ideas. Entonces, como la fruta estará sazónada y la victoria será casi segura, podréis salir del fuerte y ayudarnos a dar el golpe de gracia, el que abrirá las puertas de la ciudad al duque de Guisa.

—¿Quién me advertirá que llegó la hora de la salida? —preguntó Gabriel.

—Vais a devolverme la bocina que os regalé —contestó Pedro Peuquoy—, y cuya voz me sirvió para reconoceros. Cuando la oigáis sonar desde el fuerte de Risbank, salid sin temor, seguro de que vais a participar por segunda vez del triunfo que tan admirablemente habéis preparado.

Gabriel dio efusivamente las gracias a Pedro Peuquoy, escogió, de acuerdo con éste, los hombres que debían volver a la plaza para secundar a los franceses en caso

necesario, y les acompañó hasta las puertas del fuerte de Risbank fingiendo que los expulsaba ignominiosamente.

Eran las siete y media y comenzaba a aclararse el horizonte.

Quiso Gabriel izar la bandera de Francia que debía llevar la tranquilidad al duque de Guisa y obligar a virar en redondo a los buques ingleses que vinieran al puerto de Calais, y a este efecto subió a lo alto de la plataforma que había sido testigo de los acontecimientos de aquella noche terrible y gloriosa.

Temblando de emoción se acercó al sitio que pendía la escala de cuerda y desde el cual había sido precipitado el desdichado Martín Guerra, víctima inocente de una equivocación fatal. Se asomó, seguro de ver sobre la roca del fondo el cadáver destrozado de su fiel escudero, pero por más que buscaba, no lograba encontrarle. Concibió alguna esperanza, su mirada ansiosa le buscó por todas partes, y al fin, con viva sorpresa, vio que una gárgola de plomo, que daba salida a las aguas de la torre, había recibido su cuerpo poco más o menos a la mitad de su viaje formidable. Sobre la gárgola estaba el cuerpo del infeliz Martín Guerra, doblado por la mitad, suspendido, inmóvil, probablemente muerto.

Ya que no otra cosa, quiso Gabriel recoger el cadáver y darle cristiana sepultura. Pelletrousse, que estaba a su lado llorando desconsolado, porque quería sinceramente a Martín Guerra, quiso llevar a la práctica las piadosas intenciones de su jefe. Inmediatamente hizo que le atasen a la escala de cuerda y se dejó descolgar al abismo.

Cuando volvió a subir, llevando trabajosamente el cuerpo de su amigo, observaron con alegría que Martín respiraba todavía. Un médico, el del fuerte, llamado a toda prisa, prodigó al escudero los auxilios del caso, consiguiendo que recobrase un poco de conocimiento.

Lastimoso era el estado del pobre Martín: tenía un brazo dislocado y una pierna fracturada. El cirujano redujo la dislocación, pero afirmó que se imponía la amputación de la pierna, añadiendo que no se atrevía a ejecutar por sí solo una operación tan difícil.

Se centuplicó la desesperación de Gabriel, al verse encerrado, siendo vencedor, en el fuerte de Risbank; su inactividad, si antes de recoger a Martín Guerra le era penosa, después le parecía atroz.

—¡Oh! —se decía—. ¡Si yo pudiera traer a Ambrosio Paré, Martín Guerra se salvaría!

IX

LORD WENTWORTH EN SITUACIÓN DESESPERADA

El duque de Guisa, aunque no podía creer en el buen resultado de una empresa tan temeraria como la ideada por el vizconde de Exmés, quiso que sus mismos ojos le dijeran si el arrojado joven había triunfado o no. En situaciones tan difíciles como la en que él se encontraba, nada tiene de extraño que un hombre espere hasta lo que conceptúa imposible.

No eran las ocho cuando montó a caballo y, seguido de una escolta poco numerosa, llegó al sitio que Gabriel le había indicado, desde el cual podía verse, recurriendo a un antejo de larga vista, el fuerte de Risbank.

A la primera mirada que el duque dirigió en dirección al fuerte, sus labios dejaron escapar un grito de alegría y de triunfo.

¡No se engañaba! ¡Sobre el fuerte ondeaba la bandera de Francia! ¡Sí; aquéllos eran los colores! ¡Imposible confundirlos! Si se trataba de una ilusión, la compartían con él todos los que le acompañaban.

—¡Mi valiente Gabriel! —exclamó—. ¿Es posible que hayas llevado a cabo ese prodigio? ¡Más vales tú que yo, porque yo dudaba! Gracias a ti, disponemos del tiempo necesario para asegurar la toma de la plaza... ¡Ya pueden llegar los socorros de Inglaterra, que Gabriel se encargará de recibirlos!

—Monseñor —dijo uno de los que le acompañaban—. ¡Parece que los habéis llamado! Mirad con el antejo hacia el mar, y veréis dibujadas en el horizonte las velas inglesas.

—¡Diligentes han sido, vive Dios! —exclamó el duque—. ¡Veamos... veamos!

Tomó el antejo y miró.

—¡Efectivamente, son nuestros ingleses! —repuso—. ¡Poco tiempo han perdido! La verdad es que no les esperaba tan pronto. Si a estas horas estuviésemos atacando el Viejo Castillo, la llegada súbita de esos refuerzos nos habría jugado una pasada de las que forman época. ¡Doble motivo de gratitud hacia el vizconde de Exmés! No sólo nos da la victoria, sino que nos libra de la vergüenza de una derrota segura... ¡Vaya! Puesto que no tenemos prisa, veremos qué tal se portan los que llegan, y cómo les recibe el nuevo gobernador del fuerte de Risbank.

Era día claro cuando los navíos ingleses dieron vista al fuerte. La luz de la mañana les presentó la bandera francesa con todas las características de un espectro amenazador, y como si no fuera bastante la vista silenciosa del espectro, Gabriel quiso hacer más profunda la impresión, saludándoles con tres o cuatro cañonazos.

Imposible dudar; sobre la orgullosa torre inglesa ondeaba la bandera francesa, y

puesto que la torre estaba en poder del enemigo, forzosamente había de estarlo también la ciudad. Luego los refuerzos, a pesar del apresuramiento verdaderamente febril con que fueron enviados, llegaban tarde.

Los navíos ingleses, después de algunos momentos de irresolución, fruto lógico de la sorpresa, fueron alejándose poco a poco con rumbo a Dover. Traían fuerzas más que suficientes para defender la plaza, pero no para reconquistarla.

—¡Vive Dios que es un prodigio ese Gabriel! —exclamó alborozado el duque—. ¡Si conquista como un ángel, defiende como un dios! Nos ha puesto a Calais en la mano; no tenemos más que cercarla, para que esa hermosa ciudad quede en poder nuestro.

Volvió a montar a caballo y emprendió el regreso al campamento, con objeto de activar los preparativos de asalto.

Por regla general, todos los sucesos humanos tienen dos caras; de aquí que casi siempre el acontecimiento que hace reír a unos, haga llorar a otros. A la hora misma en que el duque de Guisa se frotaba las manos de gusto, lord Wentworth se arrancaba los cabellos de desesperación.

Después de una noche agitada, noche de funestos presentimientos, lord Wentworth había conseguido conciliar el sueño hacia la madrugada, y salía de su dormitorio a poco de haber despertado, cuando los falsos vencidos del fuerte de Risbank llevaban a la ciudad la nueva fatal. El último que la supo fue el gobernador.

Tales fueron su cólera y su dolor, que no queriendo dar crédito a lo que oía, mandó que inmediatamente fuese llevado a su presencia el jefe de los fugitivos.

Momentos después era introducido en su cámara Pedro Pequoy, quien entró con la cabeza baja y el rostro compungido, como lo requerían las circunstancias.

El astuto armero refirió, fingiendo terrores mortales, la historia del asalto nocturno, trazó un cuadro espantoso de los *trescientos* feroces aventureros que habían escalado el fuerte de Risbank, ayudados sin duda por algún traidor, que él, Pedro Pequoy, no había tenido tiempo de descubrir.

—Pero, ¿quién mandaba a esos trescientos demonios? —preguntó lord Wentworth.

—¡Ah! ¡A ése le conocí bien! ¡Vuestro antiguo prisionero, milord; el vizconde de Exmés! —contestó Pedro Pequoy con ingenuidad.

—¡Oh! ¡No me engañaban mis presentimientos! —exclamó el gobernador.

Poco a poco fue enarcando las cejas, hasta que dijo, herido por un recuerdo inevitable:

—¿No estuvo hospedado en vuestra casa el señor vizconde de Exmés, durante su permanencia en Calais?

—Sí, señor —respondió Pedro sin vacilar—. Esta circunstancia me hace sospechar, no quiero ocultároslo, que mi primo Juan, el tejedor, ha tenido en el fatal

complot más parte de la que debiera.

Lord Wentworth dirigió al armero una mirada atravesada, pero Pedro continuó mirando de frente, con fijeza y sin pestañear, al gobernador.

Tal como Pedro Peuquoy había supuesto, así sucedió. Sospechó, sí; pero comprendió que contaba con pocas fuerzas y sabía que el armero era muy poderoso en la ciudad; tuvo, pues, por conveniente hacer que no se trasluciesen sus sospechas. Se limitó a pedirle algunos informes, y le despidió con palabras tristes, pero amistosas.

Cuando quedó solo, lord Wentworth se entregó al más profundo abatimiento. Motivos sobrados tenía para desesperarse: la ciudad, reducida a una guarnición escasa, imposibilitada de recibir socorros por tierra o por mar, encerrada entre los fuertes de Nieullay y de Risbank, que la amenazaban en vez de defenderla, podría sostenerse muy corto número de días, acaso muy pocas horas.

¡Situación horrible para el desmesurado orgullo de lord Wentworth!

—¡No importa! —gritó de pronto, pálido de furor y de desesperación—. ¡Les venderé cara la victoria! ¡Calais es suyo, fuera necio forjarse ilusiones, pero me defenderé hasta el último extremo y haré que paguen su preciosa conquista con miles de cadáveres! En cuanto al enamorado de la hermosa Diana de Castro...

Hizo una pausa. Un pensamiento infernal penetró en su mente, iluminando con destellos de alegría satánica su rostro sombrío.

—En cuanto al amante de la hermosa Diana —continuó con feroz complacencia—, si yo quedo sepultado, como es mi deber y mi voluntad, debajo de las ruinas de Calais, antes habré tomado mis medidas para que no le produzca un regocijo excesivo mi muerte. Su rival agonizante y vencido le reserva una sorpresa poco grata.

Poco después salió de su palacio con objeto de reanimar el valor de las tropas y de dar órdenes. Sereno y enérgico, como quien abriga designios siniestros, desplegó tanta sangre fría, que hasta consiguió inocular cierta esperanza a los mismos que las habían perdido por completo.

No entra en el plan de este libro referir detalladamente los incidentes del sitio de Calais; el que desee enterarse de ellos, puede leer las *Guerras de Bélgica* de Francisco de Rabutin, donde los encontrará prolijamente historiados.

Los días 5 y 6 de enero transcurrieron en medio de esfuerzos tan enérgicos por parte de los sitiados como por la de los sitiadores; trabajadores y soldados de uno y otro lado se portaron con igual denuedo y con idéntica obstinación.

Sin embargo, algo así como una fuerza superior paralizaba la hermosa resistencia de lord Wentworth; el mariscal Strozzi, que dirigía los trabajos de sitio, parecía adivinar todos los medios defensivos que los ingleses podían poner en juego así como también todos los movimientos de los sitiados, como si los muros de la plaza hubieran sido transparentes.

Por imposible que pareciera, el enemigo debía disponer de algún plano perfecto de la plaza.

Nosotros sabemos quién había facilitado el plano en cuestión al duque de Guisa; así es que el vizconde de Exmés, ausente del campamento, reducido a la inacción, continuaba siendo útil a los suyos. Como decía el de Guisa, general recto y justo, su influencia prodigiosa ejercía benéficos efectos hasta cuando se hallaba lejos.

Fuerza es confesar que la impotencia a que se veía condenado el arrojado joven le era insoportable: encerrado dentro del fuerte mismo conquistado por el esfuerzo de su brazo, veíase obligado a dedicar su actividad a servicios de vigilancia, que le parecían demasiado fáciles de llenar.

Cuando concluía de hacer su ronda, poniendo en ella toda la sagacidad que había aprendido durante el sitio de San Quintín, iba a sentarse a la cabecera del lecho de Martín Guerra, para consolarle y darle ánimos.

El valiente escudero sufría sus dolores con paciencia y entereza de ánimo verdaderamente admirables. Una cosa le afligía sobremanera, le irritaba, le desesperaba; y era el proceder que Pedro Peuquoy había tenido con él.

La ingenuidad de su dolor, la candidez de su sorpresa cuando hacía preguntas sobre un punto que necesariamente había de ser oscuro para él, hubiesen bastado para disipar las sospechas que Gabriel hubiera podido conservar acerca de la buena fe de su escudero, si alguna hubiese tenido.

Decidióse un día Gabriel a contar a Martín Guerra su propia historia, la del escudero, a lo menos tal como la conocía o como la conjeturaba. Ya no dudaba que un infame, un truhán, un pillo redomado, se había aprovechado de su maravillosa semejanza física con Martín para cometer, escudado con el nombre de éste, toda clase de maldades y villanías, cuya responsabilidad le importaba muy poco, toda vez que recaía sobre otro, así como también para disfrutar de las ventajas y beneficios que pudiese robar a su *alter ego*.

Quiso Gabriel hacer sus revelaciones en presencia de Juan Peuquoy, y éste se afligía y lloraba, como hombre honrado que era, con las consecuencias de la fatal equivocación. Más que nada, empero, le preocupaba el individuo que tan miserablemente les había engañado a todos. ¿Quién sería aquel canalla? ¿Estaría casado? ¿Dónde estaría oculto?

Martín Guerra, por su parte, se estremecía a la sola idea de una perversidad tan inaudita. Al mismo tiempo que se regocijaba al ver descargada su conciencia del peso de la infinidad de actos perversos que por espacio de tanto tiempo fueron su desesperación, se desconsolaba pensando que su nombre y su reputación habían sido comprometidos por un miserable. ¿Quién podía saber los excesos a que el malvado se entregaría en aquellos momentos, escudado por su seudónimo, mientras Martín estaba sufriendo por él en el lecho del dolor?

El episodio de Babette Peuquoy entristecía e inundaba de lástima el corazón de Martín Guerra, quien excusaba, cuando en él pensaba, la brutalidad de Pedro. No solamente se la perdonaba, sino que la aprobaba, y decía que había hecho lo que debía vengando de ese modo su honor indignamente ultrajado. Los papeles se habían trocado: era el buen escudero el que consolaba y tranquilizaba al consternado Juan Peuquoy. Sólo una cosa olvidaba Martín en sus felicitaciones al hermano terrible de Babette, y era que él había sido quien purgó los delitos del verdadero culpable.

Cuando Gabriel, sonriendo, le hizo esta observación, contestó Martín Guerra:

—¡No importa! ¡Si yo bendigo este accidente! Al menos así, si sobrevivo, mi pobre pierna coja o ausente servirá para que nadie me confunda con ese infame impostor.

¡Infeliz Martín Guerra! ¡Hasta el débil consuelo que se forjaba era muy problemático! ¿Sobreviviría? El médico del fuerte no se atrevía a responder de ello. Habrían sido necesarios los auxilios pronto de un hábil cirujano, y pronto transcurrirían dos días sin que se atendiera al herido más que con paliativos y remedios ineficaces e insuficientes.

Y no era éste el menor motivo de intranquilidad y de impaciencia de Gabriel, el que menos contribuía a que con frecuencia, de día y de noche, prestase oído atento por si sonaba la bocina que debía poner fin a su inactividad forzada. Por desgracia, ningún sonido de aquel género daba variación al eco monótono de los cañones franceses e ingleses.

En la noche del 6 de enero, después de treinta y seis horas de hallarse en posesión del fuerte de Risbank, creyó oír en la ciudad un ruido mayor que el de costumbre y clamores, inusitados que podían ser de angustia o de triunfo.

Los franceses, después de una lucha encarnizada, acababan de entrar vencedores en el Viejo Castillo.

Perdida aquella defensa, era imposible que los ingleses se sostuviesen más de veinticuatro horas. Sin embargo, todo el día 7 se pasó en esfuerzos inútiles por parte de los ingleses para recobrar una posición tan importante y por mantenerse en las últimas posiciones que conservaban.

El duque de Guisa, en lugar de dejar que el enemigo reconquistase una pulgada de terreno, iba avanzando lenta pero constantemente, y tales progresos hacían sus tropas; y con tal tesón se batían, que dio por cierto y averiguado que al día siguiente dejaría Calais de ser ciudad inglesa.

Eran las tres de la tarde: lord Wentworth, que apenas si aparecía en su palacio desde hacía algunos días, que había estado constantemente en los puntos de más peligro, despreciando la muerte y dándola a sus enemigos, calculó que apenas si restaban a los suyos dos horas de fuerzas físicas y de energías morales, y entonces mandó llamar a lord Derby.

—¿Cuánto tiempo opináis que podremos sostenernos? —le preguntó.

—Menos de tres horas, según mis cálculos —respondió con triste acento lord Derby.

—Pero, vos me respondéis de dos horas, ¿no es verdad?

—Si no sobreviene algún suceso imprevisto, respondo de ese tiempo —contestó lord Derby, calculando la distancia que los franceses tenían que recorrer todavía.

—Pues bien, amigo mío: os confío el mando y me retiro —repuso lord Wentworth—. Si dentro de dos horas, ¡en manera alguna antes!, si dentro de dos horas no ha mejorado la situación de los nuestros, lo que conceptúo altamente improbable, quedáis autorizado... mejor dicho, os ordeno, para que vuestra responsabilidad quede a salvo, que mandéis tocar a retirada y pidáis capitulación.

—Comprendido, milord; dentro de dos horas —contestó lord Derby.

Lord Wentworth instruyó a su segundo acerca de las condiciones que podría pedir y que el duque de Guisa aceptaría sin duda alguna.

—Os olvidáis de vos, milord —observó lord Derby—. Deberé pedir al duque de Guisa que os reciba como prisionero con derecho a rescate; ¿verdad?

En la triste miraba de lord Wentworth brillaron fulgores sombríos.

—No, amigo mío; no os ocupéis de mí —respondió con una sonrisa extraña—. Me he procurado yo mismo todo lo que me hace falta, todo lo que puedo desear.

—Con todo... —quiso objetar lord Derby.

—¡Basta! —interrumpió el gobernador con tono autoritario—. Haced tan sólo lo que os he dicho, y nada más. Adiós. Daréis testimonio en Inglaterra de que hice cuanto humanamente era posible para defender la plaza que me había sido confiada, y que sólo la fatalidad me ha vencido. Con respecto a vos, luchad hasta el último momento, pero no prodiguéis inútilmente la sangre inglesa. Y ya sabéis cuáles son mis postreras instrucciones, Derby: Adiós.

Y sin querer hablar ni escuchar más, lord Wentworth estrechó la mano a su segundo, abandonó el teatro de la lucha y se retiró solo, sin acompañamiento, a su palacio, prohibiendo severamente que nadie le siguiera bajo ningún pretexto.

Estaba seguro de disponer de dos horas.

X

AMOR RECHAZADO

Con dos cosas contaba lord Wentworth: en primer lugar, con que le quedaban dos horas antes de la rendición de Calais, o lo que es lo mismo, que lord Derby no pediría capitulación hasta las cinco de la tarde; y en segundo, con que encontraría su palacio completamente desierto, pues ya aquella mañana había adoptado la precaución de enviar a todos sus servidores a las murallas. Por orden suya había sido encerrado también Andrés, el paje francés de Diana de Castro, y, por tanto, Diana estaría sola, o con una o dos doncellas, que para el caso era lo mismo.

Y en efecto: todo estaba desierto y como sin vida cuando lord Wentworth entró en su palacio. Calais, semejante al cuerpo enfermo próximo a la muerte, había concentrado sus postreras energías en el lugar donde se peleaba.

Lord Wentworth, triste, feroz, ebrio de desesperación, se encaminó en derechura a las habitaciones que ocupaba Diana de Castro.

No se hizo anunciar, como era su costumbre; entró en aquéllas con brusquedad como dueño y señor absoluto, y encontró a Diana acompañada por una de las doncellas que él mismo había puesto a su servicio.

Sin saludar a Diana, que le vio entrar presa de profundo estupor, dijo imperiosamente a la doncella:

—¡Salid al momento! Es muy posible que los franceses entren esta noche en la ciudad, y no tengo ni tiempo ni medios de protegeros. Volveos con vuestro padre, que a su lado está vuestro puesto. Id sin perder minuto, y decid de mi parte a las dos o tres mujeres que quedan en el palacio que exijo que hagan otro tanto.

—Pero... milord... —objetó la doncella.

—¡Cómo se entiende! —gritó lord Wentworth con cólera, dando una patada en el suelo—. ¡No me habéis oído! ¡He dicho *exijo*!

—Sin embargo, milord... —se aventuró a decir Diana.

—¿Cuántas veces he de repetir que *exijo*, que *mando*? —insistió lord Wentworth con un gesto inflexible.

La criada, asustada, salió de la estancia.

—¡En verdad, milord, que no os conozco! —exclamó Diana, después de un momento de silencio angustioso.

—Es porque hasta ahora no me habíais visto vencido, señora —contestó lord Wentworth sonriendo con amargura—. Habéis sido para mí un profeta excelente, profeta de ruinas y de maldiciones, y yo un insensato que no di crédito a vuestras profecías. ¡Ya estoy vencido! ¡Vencido totalmente! ¡Vencido sin remedio, sin

esperanza! ¡Alegraos, señora, alegraos!

—¿Es tan segura como habéis dicho la victoria de los franceses, milord? —preguntó Diana, sin lograr disimular su alegría.

—¿No ha de ser segura, señora? Han caído en su poder los fuertes de Nieullay y de Risbank, son dueños del Castillo Viejo, la plaza se encuentra entre tres fuegos; ¡conque decidme si no es ya de los franceses! Os lo repito, señora: ¡regocijaos!

—Con un adversario como vos, milord, nadie puede estar seguro de la victoria. A mi pesar confieso que dudo todavía.

—¿Dudáis, señora? ¿Pues no estáis viendo que yo he abandonado ya la lucha? Después de haber tomado parte en la batalla, no he querido presenciar la derrota, y por eso me veis aquí. Lord Derby se rendirá dentro de hora y media. Dentro de hora y media, señora, los franceses entrarán triunfantes en Calais, y con ellos el vizconde de Exmés. ¡Alegraos, señora, alegraos!

—Habláis con un tono, milord, que no sé si debo creer o no —replicó Diana, abriendo, sin embargo, su corazón a la esperanza.

—Entonces, para convenceros de la verdad de mis palabras, porque tengo necesidad de convenceros, señora, variaré de tono y os diré: Dentro de hora y media, los franceses entrarán triunfantes en Calais, y con ellos el vizconde de Exmés. ¡Temblad, señora, temblad!

—¿Qué queréis decirme? —preguntó Diana palideciendo intensamente.

—¡Pues qué! ¿No me expreso con claridad bastante? —dijo lord Wentworth acercándose a Diana con risa amenazadora—. Veamos si me entendéis mejor ahora: Dentro de hora y media, nuestros papeles respectivos se habrán trocado: vos seréis libre y yo prisionero. El vizconde de Exmés vendrá lleno de amor, radiante de dicha, a abrir las puertas de vuestra prisión, y severo, ceñudo, a sepultarme a mí en un profundo calabozo. ¡Temblad, señora, temblad!

—¿Pero por qué he de temblar? —preguntó Diana retrocediendo hasta la pared, llena de espanto a la vista de la mirada ardiente y sombría de aquel hombre.

—¡Bien fácil es de comprender! En este momento soy el señor, pero seré el esclavo dentro de hora y media, o mejor dicho, dentro de una hora y un cuarto, porque los minutos van pasando. Dentro de setenta y cinco minutos estaré en vuestro poder, pero ahora lo estáis vos en el mío. Dentro de cinco cuartos de hora, estará aquí el vizconde de Exmés, pero el que se encuentra aquí en este momento soy yo. ¡Alegraos, pues, y temblad, señora!

—¡Milord... milord! —exclamó Diana, rechazando a lord Wentworth—. ¿Qué queréis de mí?

—¿Deseas saber qué quiero de ti? —dijo con voz sorda el gobernador—. ¡A ti!

—¡No os acerquéis! ¡Si dais un solo paso, grito, llamo, os deshonro, miserable! —dijo Diana en el paroxismo del espanto.

—Grita y llama, que me da lo mismo —replicó el gobernador con sonrisa siniestra—. En el palacio no hay nadie, las calles están desiertas. Nadie acudirá a tus gritos, nadie, hasta dentro de una hora. Ya ves: tan seguro estoy de que nadie ha de acudir, que ni me he tomado la molestia de cerrar las puertas ni las ventanas.

—Pero vendrán dentro de una hora, os acusaré, os denunciaré, y os matarán.

—No lo creas: me mataré yo antes —dijo con frialdad lord Wentworth—. ¿Crees que quiero sobrevivir a la pérdida de Calais? Me mataré dentro de una hora; estoy resuelto, así que, no hablemos de ello. Pero, antes de matarme, quiero robarte a tu amante y satisfacer a la vez, saboreando una voluptuosidad suprema, mis ansias de venganza y mis ansias de amor. Así, pues, hermosa, deja tus desdenes, que no encajan en tu situación, porque ya no suplico; ordeno; ya no imploro, exijo.

—¡Y yo muero! —gritó Diana sacando del seno un puñal.

Sin darle tiempo para hundirlo en su pecho, lord Wentworth se abalanzó sobre ella, arrancó el puñal de sus manos y lo arrojó lejos.

—¡Todavía no! —exclamó el gobernador con risa espantosa—. No quiero que os hiráis aún, señora; dentro de poco, podréis hacer lo que os acomode; morir conmigo, o vivir con *él*: por mi parte, os dejaré en libertad completa. Pero esta hora última, porque ya no queda más que una hora, esta hora última de vuestra existencia me pertenece, es mía. No me resta otra para desquitarme de la eternidad del infierno que me espera, y podéis tener la seguridad más completa de que no renunciaré a ella.

Intentó sujetarla por los brazos, y Diana, que se sintió desfallecer, se dejó caer a sus pies, clamando:

¡Piedad, milord! ¡De rodillas imploro vuestra compasión! ¡Por vuestra madre!
¡Acordaos de que sois caballero!

—¡Caballero! —repitió lord Wentworth moviendo la cabeza—. ¡Sí! ¡Era caballero, y como caballero me he conducido mientras triunfante esperaba y vivía! Pero he dejado de serlo; en este momento no soy un caballero, sino un hombre, un hombre que va a morir y que quiere vengarse.

Y estrechando frenético a Diana, que se arrastraba a sus pies, la levantó. El cuero de búfalo del cinturón del gobernador lastimaba las delicadas carnes de la infeliz joven. Esta quería rezar, gritar, llorar, y no podía.

En aquel momento se oyó en la calle un estruendo formidable.

—¡Ah! —pudo exclamar Diana, en cuyos ojos brilló un rayo de esperanza.

—¡Muy bien! —dijo lord Wentworth, riendo con risa infernal—. Si no me engaño, los habitantes comienzan a saquearse unos a otros en espera de que lo haga el enemigo. ¡Hacen bien! Es mi opinión que hacen bien. Su gobernador les da ejemplo.

Así diciendo, tomó en sus brazos a Diana, como pudiera hacerlo con una niña, y la condujo a un lecho que cerca había.

—¡Piedad! —pudo exclamar ella.

—¡No... no! ¡Eres demasiado hermosa!

La infeliz perdió el sentido.

Antes de que el gobernador hubiera tenido tiempo de acercar su boca a los descoloridos labios de Diana, se abrió la puerta con estrépito.

El vizconde de Exmés, los dos primos Peuquoy y tres o cuatro arqueros franceses aparecieron en el umbral.

De un salto formidable cayó Gabriel, espada en mano, junto a lord Wentworth, gritando con acento terrible:

—¡Miserable!

Lord Wentworth, rechinando los dientes, tomó la espada que había dejado sobre un sillón.

—¡Atrás! —gritó Gabriel a los suyos, que se aprestaban a intervenir—. ¡Quiero ser solo para castigar al infame!

Los dos adversarios, sin hablar una palabra más, cruzaron los aceros con furor.

Pedro y Juan Peuquoy y los que les acompañaban, formaron círculo en derredor, siendo testigos mudos, aunque no indiferentes, de aquel combate mortal.

Diana continuaba privada de conocimiento.

Habrán adivinado el lector cómo pudo llegar a la triste prisionera aquel socorro providencial antes de lo que pensaba lord Wentworth. Pedro Peuquoy, cumpliendo la promesa hecha a Gabriel, había excitado y armado, durante los dos días anteriores, a todos los que en secreto eran partidarios de Francia. Como la victoria de los franceses era segura, sus partidarios fueron naturalmente muy numerosos. Componíanse en su mayor parte de vecinos avisados y prudentes que, persuadidos de la inutilidad de la defensa, creyeron que lo más acertado era hacer méritos para que la capitulación les valiese todas las ventajas posibles.

El armero, que no quería intentar el golpe decisivo hasta tanto tuviese asegurado el éxito, esperó a que su tropa fuera bastante numerosa y fuerte, y a que el sitio estuviese bastante adelantado para no comprometer estérilmente la vida de los que habían puesto en él su confianza. Cuando cayó en poder de los franceses el Viejo Castillo, consideró que era llegado el momento de obrar, pero no consiguió su propósito con la premura que deseaba por la dificultad con que tropezó de reunir a los comprometidos, diseminados por toda la ciudad. Por esta causa no se manifestó la agitación interior hasta momentos después de haber abandonado el mando de los sitiados el gobernador de la plaza.

Pero cuanto más lenta fue la preparación del movimiento, tanto más violenta e irresistible fue su acción. Desde el primer momento, el estridente sonido de la bocina de Pedro Peuquoy precipitó, como por artes mágicas, fuera del fuerte de Risbank, al vizconde de Exmés, a Juan y a la mitad de los hombres que lo guarnecían. El débil destacamento que defendía la ciudad por aquella parte fue desarmado en un instante,

quedando la puerta franca a los franceses

A continuación, los que seguían a Pedro Peuquoy, reforzados con aquel socorro, y envalentonados con la fácil ventaja obtenida, cayeron como una avalancha sobre las tropas que defendían la brecha que lord Derby procuraba defender con tesón verdaderamente heroico.

¿Qué podía hacer el segundo jefe de la plaza al verse atacado por la espalda, al encontrarse entre el fuego de los sublevados y el de los cañones franceses? Con el vizconde de Exmés había entrado ya en Calais la bandera francesa; la milicia urbana, declarada en rebelión abierta, pretendía abrir las puertas al enemigo; la plaza estaba perdida. Lord Derby prefirió rendirse inmediatamente. En medio de todo, no hacía más que adelantar un poco la ejecución de las órdenes dadas por el gobernador, sin perjuicio alguno, antes bien con beneficio posible, pues cesar una hora antes en una resistencia inútil, acaso imposible, en nada atenuaría el desastre de la derrota, y en cambio podía disminuir el rigor de las represalias.

Lord Derby envió al punto parlamentarios al duque de Guisa.

Era lo que ardientemente deseaban por entonces Gabriel y los Peuquoy, inquietos en grado máximo desde que observaron la ausencia de lord Wentworth. Inmediatamente abandonaron el teatro de la contienda, donde aún sonaban algunos tiros sueltos, e impulsados por un presentimiento misterioso, se dirigieron corriendo, seguidos por tres o cuatro soldados, al palacio del gobernador.

Como encontraron abiertas todas las puertas pudieron llegar sin dificultad hasta la cámara de Diana de Castro.

Ya hemos visto cuan oportunamente llegaron y cómo la espada del vizconde de Exmés se interpuso entre la hija de Enrique II y el gobernador de Calais, salvando a la primera del más cobarde de los atentados.

El combate singular de Gabriel y del gobernador duró bastante tiempo. Los dos adversarios eran muy diestros en el manejo de la espada, los dos daban pruebas de la misma serenidad, los dos sabían conservar la sangre fría en medio de su furor. Sus aceros se enroscaban como si fueran serpientes y se cruzaban como dos relámpagos.

Al cabo de algunos minutos, la espada de lord Wentworth se le escapó de las manos, arrancada por un vigoroso quite del vizconde de Exmés.

Quiso retroceder lord Wentworth, pero resbaló sobre el pavimento y cayó.

El furor, el desprecio, el odio, todas las pasiones violentas que fermentaban en el corazón de Gabriel, amordazaron los sentimientos de generosidad de nuestro héroe, quien no pensó siquiera en guardar la menor consideración a semejante enemigo. Por eso, no bien cayó lord Wentworth, se fue sobre él con la espada levantada, dispuesto a hundírsela en el pecho.

Los testigos de la escena, indignados por lo poco antes visto, permanecieron inmóviles, sin pensar en detener el brazo vengador.

Pero Diana de Castro había recobrado el uso de sus facultades durante el combate. Al ver a lord Wentworth caído y a Gabriel en actitud de herirle, se precipitó entre los dos, y por una coincidencia sublime, el último grito que dejaron escapar sus labios en el momento de perder el sentido, fue el primero que lanzó al recobrarlo:

—¡Piedad!

¡Intercedía por el mismo a quien había suplicado en vano!

Gabriel, ante la imagen de su idolatrada Diana, al oír el poderoso acento de su voz, ya no pudo pensar más que en su ternura y en su amor. Instantáneamente desapareció de su corazón la rabia para dejar el puesto a la clemencia.

—¿Queréis que viva, Diana? —preguntó.

—Sí, Gabriel; que viva —contestó ella—. Debemos darle tiempo para que se arrepienta.

—¡Sea! —dijo Gabriel—. El ángel salva al demonio.

Sin levantar la rodilla victoriosa del pecho de lord Wentworth, que rugía de furor, dijo tranquilamente a los Pequoy y a los soldados:

—Acercaos y atad a este hombre, mientras yo le tengo sujeto. Una vez amarrado, le encerrarás en uno de los calabozos de su propio palacio, hasta que el señor duque de Guisa disponga de su suerte.

—¡No! ¡Matadme! ¡Matadme! —bramaba lord Wentworth.

—Haced lo que os digo —dijo Gabriel con la misma calma de antes—. Principio a creer que la vida será para él un castigo más terrible que la muerte.

Obedecieron al vizconde de Exmés, dejando en un momento al gobernador de Calais atado, sin hacer el menor caso de sus injurias y denuestos. Seguidamente se hicieron cargo de él dos soldados, que, sin la menor ceremonia, le transportaron al calabozo.

Gabriel se dirigió entonces a Juan Pequoy en presencia de su primo.

—Amigo mío —le dijo—; en presencia vuestra referí a Martín Guerra su singular historia. Actualmente poseéis pruebas palpables de su inocencia. Habéis deplorado la cruel equivocación que hirió al inocente sin alcanzar al culpable, y vuestro anhelo es aliviar lo más pronto posible los atroces dolores que en este instante sufre por otro. Os ruego, pues, que me hagáis un favor...

—Lo adivino —interrumpió el bravo Juan Pequoy—. Queréis que busque y traiga a Ambrosio Paré, para que salve a vuestro escudero: ¿acierto? Pues voy volando; y a fin de que podamos atenderle mejor, haré que inmediatamente sea transportado a nuestra casa, si puede hacerse sin peligro del infeliz.

Pedro Pequoy, estupefacto, miraba y escuchaba a Gabriel y a su primo como dudando si se hallaba bajo la influencia de un sueño.

—Ven conmigo, Pedro —le dijo Juan—: ven y me ayudarás. ¡Ah, sí! Ya veo que te asombra, que no comprendes, pero yo te explicaré en el camino y quedarás tan

convencido como yo. Una vez convencido, serás el primero, te conozco bien, Pedro, serás el primero que ansiarás reparar el daño que involuntariamente causaste.

Después de haber saludado a Diana y a Gabriel, salió Juan llevando consigo a Pedro, que en su impaciencia le instaba ya para que le explicase el extraño misterio.

Cuando Diana de Castro quedó a solas con Gabriel, lo primero que hizo fue caer de rodillas, impulsada por un movimiento de piedad y de gratitud, y alzando los ojos y las manos, y dirigiéndose al propio tiempo al cielo y a su libertador, exclamó:

—¡Bendito seáis, Dios mío! ¡Bendito seáis dos veces, porque me habéis salvado, y porque me salvasteis para él!

XI

AMOR CORRESPONDIDO

Diana, después de haber dado gracias a Dios, se levantó y se arrojó en los brazos de Gabriel.

¡Y a ti también, Gabriel, a ti también he de darte las gracias y bendecirte! —repuso la joven—. En el momento de perder el conocimiento, invoqué a mi ángel salvador, y viniste tú. ¡Gracias... gracias!

—¡Oh, Diana! ¡Cuánto he sufrido desde que no te he visto, y cuánto tiempo ha transcurrido desde que te vi la última vez!

—¡No he sufrido menos yo, Gabriel!

Y empezaron a contarse mutuamente, con prolijidad algún tanto dramática, todo lo que habían hecho, todo lo que habían sentido durante aquella cruel y dilatada ausencia.

Calais, el duque de Guisa, los vencidos, los vencedores, todo lo habían olvidado. Los rumores y el estallido de las pasiones de los soldados no llegaban hasta los enamorados, que, ensimismados, respirando una atmósfera de amor y de embriaguez, no veían ni oían lo que pasaba en otro ambiente más triste que el suyo.

Cuando se han padecido tantos dolores, cuando se han saboreado tantas amarguras, el alma, que debilitó el sufrimiento, pero que se hizo fuerte contra las penas, no sabe ya resistir la dicha. En la templada atmósfera de puras emociones que respiraban Diana y Gabriel, se abandonaron éstos a las dulzuras de la calma y de la alegría, de las que tan alejados habían estado durante mucho tiempo.

A la escena de amor violento a que hemos asistido en el capítulo anterior, sucedió otra, parecida y diferente a la vez.

—¡Qué bien se está a tu lado, Gabriel querido! —decía Diana—. En vez de la presencia de ese hombre impío, a quien aborrecía y cuyo amor me causaba espanto, disfruto ahora de la tuya, que me embriaga, me enajena y me tranquiliza.

—¡Y yo, Diana! Desde los días de nuestra infancia, cuando éramos tan dichosos sin saberlo, no recuerdo haber disfrutado en mi triste vida agitada y solitaria, de un solo instante comparable a éste.

Callaron durante un momento, absortos en una contemplación recíproca.

—Siéntate a mi lado, Gabriel —repuso Diana—. ¿Podrás creer que yo había soñado, previsto este instante que nos reúne de un modo tan inesperado? Lo había previsto durante mi cautiverio; abrigaba la convicción de que serías mi libertador, de que, cuando me amenazase un peligro supremo, Dios te enviaría a ti, a mi caballero, para que me librases de él.

—A mí, Diana querida, era tu recuerdo el imán que me atraía y la luz que me guiaba. ¿Te lo confesaré, ángel adorado? Sí; porque para ti y para mi conciencia no quiero tener secretos. Aun cuando otros móviles poderosos me impulsaran a tomar a Calais, jamás habría concebido esa idea, Diana, que es mía, ni la habría ejecutado apelando a medios temerarios, si tú no hubieras estado prisionera dentro de sus muros, si el presentimiento de los peligros que corrías no me hubiese animado y dado alientos. A no ser por la esperanza de socorrerte, y por otro móvil sagrado, al que también sacrifico mi vida, Calais continuaría a estas fechas en poder de los ingleses. ¡Sólo deseo que Dios no me castigue por haberme dejado guiar únicamente por miras interesadas!

El vizconde de Exmés recordaba en aquel instante la escena de la calle de Saint-Jacques, la abnegación de Ambrosio Paré y la rigidez de principios del almirante, según el cual el Cielo exige que sean puras las intenciones y las manos que se empleen en causas puras.

La voz de su adorada Diana le serenó.

—¡Castigarte Dios a ti, Gabriel! —exclamó—. ¡Castigarte Dios porque has sido grande y generoso!

—¡Quién sabe! —contestó Gabriel, elevando al cielo una mirada llena de presentimientos melancólicos.

—¡Yo lo sé! —dijo Diana sonriendo con expresión de ángel.

—Tan seductora estaba al hablar así, que Gabriel, enajenado, olvidado de todo otro pensamiento, no pudo menos de exclamar:

—¡Oh, Diana! ¡Estás hermosa como un ángel!

—¡Y tú eres tan valiente como un héroe, Gabriel! —contestó Diana.

Estaban sentados el uno al lado del otro. Maquinalmente se buscaron sus manos, que al fin se estrecharon con pasión. La noche empezaba a extender su velo de sombras.

Diana, con la frente encendida, se levantó y dio algunos pasos por la estancia.

—¡Te alejas de mí, Diana... me huyes! —exclamó con tristeza infinita el joven.

—¡Oh, no! —contestó ella con vivacidad, volviendo a su lado—. Contigo es diferente; no te tengo miedo.

Diana se engañaba: el peligro, aunque distinto, no dejaba de existir. El amigo es a veces más temible que el enemigo.

—¡Gracias, Diana, gracias! —dijo Gabriel, tomando la blanca y pequeña mano que ella le abandonaba de nuevo—. Después de haber sufrido tanto, justo es que disfrutemos de un poquito de felicidad. Dejemos que nuestras almas se entreguen a la confianza y a la alegría.

—¡Sí! ¡Es verdad! ¡Se está tan bien junto a ti, Gabriel! Olvidemos por un momento al mundo y no nos acordemos del bullicio que nos rodea. Saboreemos esta

hora deliciosa, única; yo creo que Dios nos lo permite. Tienes razón. ¡Hemos sufrido tanto!

Haciendo un gracioso movimiento que le era familiar desde niña, dejó caer su seductora cabeza sobre el hombro de Gabriel; sus grandes y expresivos ojos se fueron cerrando gradualmente y sus sedosos cabellos rozaron los labios del joven.

Entonces fue Gabriel el que se levantó temblando.

—¿Qué te pasa? —preguntó Diana abriendo los ojos.

Gabriel, pálido como la cera, cayó de rodillas a los pies de Diana, y dijo, estrechándola entre sus brazos:

—¡Que te amo, Diana, que te adoro!

—También te amo yo —contestó Diana con naturalidad, como obedeciendo a un impulso irresistible del corazón.

Cómo se unieron sus rostros, cómo se tocaron sus labios, cómo en aquel beso se confundieron las dos almas, solamente lo sabe Dios, porque ellos mismos no lo supieron.

Pero de improviso, Gabriel, que sentía que su razón vacilaba, que estaba a punto de abandonarse al vértigo de la felicidad, se arrancó de los brazos de Diana.

—¡Diana... déjame...! ¡Déjame huir! —gritó con acento de profundo terror.

—¡Huir...! ¿Por qué? —preguntó ella sorprendida.

—¡Diana... Diana...! ¡Si fueses hermana mía...! —exclamó Gabriel fuera de sí.

—¡Tu hermana! —repitió Diana como herida por el rayo.

Gabriel se detuvo, como si le asustasen sus propias palabras, y pasándose la mano por su abrasada frente, se preguntó en voz alta:

—¿Que he dicho, santo Dios?

—Sí; ¿qué has dicho? —repuso Diana—. La palabra terrible que has pronunciado, ¿he de tomarla al pie de la letra? ¿Qué misterio espantoso es ése? ¿Seré yo realmente hermana tuya, Virgen Santa!

—¿Hermana mía? ¿He confesado que seas hermana mía?

—¡Oh! ¡Luego es verdad! —exclamó Diana palpitante.

—¡No! ¡No es verdad! ¡No puede ser verdad! Yo no lo sé... ¿Quién puede saberlo? Además; no debo decirte nada. Es un secreto de vida o muerte que he jurado guardar. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Tened misericordia de mí! ¡Yo, que he sabido conservar mi sangre fría y mi razón en medio de mis desventuras, en medio de mis dolores, apenas humedece mis labios la primera gota de felicidad me embriago hasta la demencia, hasta el punto de olvidar mis juramentos!

—Gabriel —dijo con gravedad Diana de Castro—; Dios sabe que no es una vana curiosidad la que mueve mi lengua, pero me has dicho demasiado, o demasiado poco, para que yo pueda conservar el sosiego. Has principiado ya, y es preciso que concluyas.

—¡Imposible!... ¡Imposible! —exclamó Gabriel como poseído de una especie de terror.

—¿Por qué es imposible? Me dice el corazón que tu secreto me pertenece tanto como a ti; de consiguiente, no tienes derecho para ocultármelo.

—Es verdad; el mismo derecho que yo tienes en compartir estos dolores; pero puesto que su peso únicamente a mí me abruma, no exijas que eche sobre tus hombros la mitad.

—Sí, lo quiero, lo exijo. Quiero ayudarte a llevar la mitad de tus penas. Y si mi demanda no basta, Gabriel, añadiré a ella mis súplicas. Te lo implora Diana; ¿se lo rehusarás, Gabriel?

—¡He jurado al rey no revelarlo! —exclamó Gabriel con ansiedad.

—¿Has jurado? ¡Está muy bien! Cumple fiel y lealmente ese juramento con los extraños, con los indiferentes, hasta con los amigos; es tu deber. Pero conmigo, tan interesada como tú en el misterio, según confesión tuya, ¿crees que debes guardar un silencio injurioso? No, Gabriel, si en tu alma queda un vestigio de compasión hacia mí. Las dudas, las inquietudes, están torturando ya mi corazón; soy otro tú, si no en este, en otros muchos accidentes de tu vida. Pues bien: ¿eres, por ventura, perjuro, cuando cuentas tu secreto a tu propia conciencia? ¿Crees que mi alma profunda y sincera, probada por tantos dolores, no sabrá, como la tuya, encerrar y guardar con celo el depósito que le confíes, sea de alegría, sea de amargura, que es tan suyo como tuyo?

La voz dulce y arrulladora de Diana continuó conmoviendo las fibras más delicadas del corazón del joven.

—Además, Gabriel: ya que la fatalidad nos veda fundirnos en el amor y en la dicha, ¿tendrás valor para negarme lo único común a los dos que nos está permitido, la tristeza? ¿No sufriremos menos si compartimos los padecimientos? ¿No te parece que es doloroso pensar que el único lazo que debiera unirnos nos separa?

Viendo que Gabriel, casi vencido, luchaba todavía con sus vacilaciones, añadió:

—Ten entendido, Gabriel, que si te obstinas en callar, volveré yo a emplear el lenguaje que tanto terror te causa ahora, yo no sé por qué, y que en otro tiempo me enseñaste tú mismo. Para abreviar: tu prometida tiene derecho para repetirte mil veces que te adora, que te adorará siempre, y que nadie ha de adorar más que a ti. Tu prometida tiene derecho ante Dios para prodigarte castas caricias, para acercar, como lo hace, su cabeza a tu hombro, para posar sus labios en tu frente, así...

Gabriel, con el corazón oprimido, se apartó de Diana estremeciéndose.

—¡Ten piedad de mi razón, Diana, te lo suplico! —exclamó—. ¿Te empeñas en saber nuestro horrible secreto? ¿Quieres que a toda costa te lo revele? ¡Pues bien! ¡Mis labios, ante un crimen posible, lo dejan escapar! ¡Sí, Diana! ¡Debes dar una interpretación literal a las palabras que, en mi extravío, dejé escapar hace un

momento! ¡Es posible que seas como yo hija del conde de Montgomery! ¡Es muy posible que seamos hermanos!

—¡Virgen Santa! —balbuceó Diana, anonadada por la revelación—. ¿Pero, cómo puede ser eso?

—No quería yo que tu vida tranquila y pura conociera esta historia, llena de espanto y de crímenes, pero, ¡ay!, conozco que mis fuerzas no son bastantes para defenderme contra s voz del amor. Será preciso que me ayudes contra ti misma, Diana, y para ello, voy a decírtelo todo.

—Te escucho; aterrada, pero toda atención.

Gabriel entonces refirió a Diana cómo su padre había amado a Diana de Poitiers y cómo ella le había correspondido a presencia de toda la corte; cómo el que era delfín por aquel tiempo, y rey en la actualidad, había llegado a ser rival suyo; cómo el conde de Montgomery desapareció misteriosamente un día, y cómo Aloísa, que sabía todo lo sucedido, se lo había revelado. Pero Aloísa no sabía más, y como Diana de Poitiers se negaba en absoluto a confesar, únicamente el conde de Montgomery, si vivía todavía, podía esclarecer el misterio del nacimiento de Diana.

Cuando Gabriel concluyó su lúgubre relato, dijo Diana:

—Es espantoso, porque sea el que sea el desenlace, no veo más que desventuras en nuestro destino futuro. Si soy hija del conde de Montgomery, eres mi hermano, y si soy hija del rey, eres el enemigo mortal, justamente irritado, de mi padre. En uno y otro caso, las circunstancias nos obligarán a separarnos.

—No, Diana. Nuestra desventura no nos arrebatara, gracias a Dios, todas las esperanzas. Puesto que te he dicho una parte, quiero revelártelo todo. A decir verdad, ahora reconozco que tenías razón; la revelación me ha consolado, y mi secreto, si ha salido de mi corazón, ha sido para quedar encerrado en el tuyo.

Gabriel hizo entonces historia del pacto extraño y peligroso que había hecho con el rey, y de la promesa solemne empeñada por éste de devolver la libertad al conde de Montgomery si su hijo, después de haber defendido a San Quintín contra los españoles, arrancaba a Calais del poder de los ingleses. Calais era ya ciudad francesa, y a su conquista creía el vizconde de Exmés haber contribuido muy eficazmente.

A medida que hablaba Gabriel, la esperanza disipaba poco a poco la tristeza del semblante de Diana, a la manera que la aurora disipa las tinieblas de la noche.

Cuando Gabriel terminó, Diana quedó pensativa un momento, y luego, tendiendo a Gabriel su mano, le dijo con entereza:

—¡Mi pobre Gabriel! En nuestro pasado y en nuestro porvenir tenemos materia sobrada para nuestras reflexiones y nuestros padecimientos, pero no nos amilanemos, amigo mío. Por mi parte, procuraré mostrarme fuerte y valerosa, como tú, y contigo. Lo esencial, hoy, es obrar, y procurar disipar las sombras que ennegrecen nuestro destino. Creo que nuestras angustias tocan a su fin. Has cumplido con exceso los

compromisos que adquiriste con el rey; es de esperar que el rey cumpla los que contrajo contigo. Sobre esta base hemos de fundamentar en lo sucesivo todos nuestros sentimientos y todos nuestros pensamientos. ¿Qué piensas hacer ahora?

—El duque de Guisa ha sido el confidente y el cómplice de todo cuanto hice hasta hoy —contestó Gabriel—. Sé que sin su concurso, nada habría hecho, pero también sabe él que, sin mí, nada hubiese realizado. Él, y únicamente él puede decir al rey la parte que en la conquista de Calais he tenido. Seguro estoy de que el duque ha de realizar este acto de justicia, pues hace muy pocos días se comprometió solemnemente, por segunda vez, a darme el testimonio que tanto necesito. Voy a recordar su promesa al señor de Guisa, a pedirle una carta para su majestad, y a emprender inmediatamente mi marcha para París, toda vez que ya mi presencia no es necesaria aquí.

Aún hablaba Gabriel con fuego y animación, cuando se abrió la puerta de la estancia, apareció Juan Peuquoy, pálido y con muestras visibles de consternación.

—¿Qué ocurre, Juan? ¿Está peor Martín Guerra? —preguntó Gabriel.

—No, señor vizconde —respondió el tejedor—. Martín Guerra, transportado a nuestra casa, ha sido visitado ya por Ambrosio Paré. Aunque cree que será necesaria la amputación de la pierna fracturada, el cirujano se atreve casi a asegurar que vuestro escudero sobrevivirá a la operación.

—¡Buena noticia! —exclamó Gabriel—. ¿Ambrosio Paré está ahora al lado de Martín?

—No, monseñor; ha tenido que dejarle para acudir a otro herido de más consideración y gravedad.

—¿Quién es? ¿El mariscal Strozzi? ¿El señor de Nevers?

—El señor duque de Guisa, que se está muriendo en este momento —contestó Juan Peuquoy.

Gabriel y Diana lanzaron al mismo tiempo un grito de dolor.

—¡Y decía yo que nuestras desgracias tocaban a tu término! —exclamó Diana, después de un momento de silencio—. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

—¡No invoques a Dios, Diana! —dijo Gabriel sonriendo melancólicamente—. Dios es justo y castiga con justicia mi egoísmo. He tomado a Calais puesto mi pensamiento en mi padre y en ti; Dios quiere que lo hubiese tomado puesto mi pensamiento en Francia.

XII

EL ACUCHILLADO

Aún había, a pesar de todo, alguna esperanza para Diana y Gabriel, puesto que, aunque gravísimamente herido, el duque de Guisa respiraba todavía. Es sabido que los perseguidos por la desgracia se aterran con tanta avidez a un hilo de esperanza como los náufragos a cualquier leño u objeto flotante.

El vizconde de Exmés se despidió de Diana para ir a cerciorarse por sí mismo del alcance del nuevo golpe que acababa de herirles en el preciso momento en que su aciaga suerte parecía mitigar sus rigores.

Juan Peuquoy, que le acompañó, le refirió por el camino lo que había pasado.

Obligado lord Derby por el paisanaje amotinado a rendirse antes de la hora señalada por lord Wentworth, acababa de enviar parlamentarios al duque de Guisa para tratar de la capitulación. La lucha, sin embargo, no había cesado; antes bien en muchos puntos se proseguía con mayor encarnizamiento que nunca, porque era producto de los últimos estallidos de la cólera de los vencidos y de los esfuerzos supremos de la impaciencia de los vencedores. Francisco de Lorena, prodigio de intrepidez como soldado y de habilidad como general, acudía invariablemente al punto donde se luchaba con más furor, y de consiguiente, donde el peligro era mayor. Vio que el combate parecía haberse concentrado en la entrada de una brecha abierta en la muralla ya casi tomada, y pasando sobre un foso completamente cegado, se puso al frente de sus tropas, sin hacer caso de los tiros que le disparaban por todas partes.

Con calma y tranquilidad verdaderamente heroicas animaba a los suyos, cuando vio aparecer en la brecha la bandera blanca de los parlamentarios. Una sonrisa de triunfo animó su varonil rostro, porque la bandera blanca era la consagración de su victoria definitiva.

—¡Deteneos! —gritó en medio del estruendo, a los que se batían a su lado—. ¡Calais se rinde...! ¡Abajo las armas!

Levantó la visera de su casco y, picando a su caballo, adelantó algunos pasos, puestos los ojos en la bandera, mensajera de su triunfo y de la paz.

El sol había llegado a su ocaso y el tumulto y el estruendo continuaban.

Un soldado inglés, que probablemente no habría visto a los parlamentarios ni oído las voces del duque de Guisa, se abalanzó a las bridas del caballo, al que hizo retroceder, y mientras el duque, distraído y sin mirar al obstáculo, espoleaba al animal para seguir adelante, el soldado le dio una lanzada en la cabeza.

—No me han precisado —continuó Juan Peuquoy—, en qué sitio de la cara ha

sido herido el duque de Guisa, pero sí que la herida es horrible. Se ha quebrado el palo de la lanza, y el hierro ha quedado dentro de la herida. El duque, sin pronunciar una palabra, ha caído de frente sobre el arzón de la silla. Parece que los franceses han hecho pedazos al inglés que asestó el desastroso golpe, pero esto, por desgracia, no ha salvado al duque, a quien han recogido como muerto. Aún no ha recobrado el conocimiento.

—¿De manera que Calais no es nuestro todavía? —preguntó Gabriel.

—¡Sí tal! —contestó Juan Peuquoy—. El señor duque de Nevers ha recibido a los parlamentarios y ha impuesto, como amo y señor, las condiciones más ventajosas. Pero la reconquista de tan importante plaza no compensará a Francia la pérdida de un general como el duque.

—¡Dios mío! ¿Le consideráis ya muerto? —exclamo Gabriel estremeciéndose.

—¡Ay! —fue lo único que respondió el tejedor, bajando la cabeza.

—¿Adonde me lleváis? ¿Sabéis, pues, a dónde ha sido transportado el herido?

—Al cuerpo de guardia del Castillo Nuevo, según dijo a Ambrosio Paré el hombre que nos ha dado la triste noticia. Paré ha echado a correr en seguida, Pedro le ha acompañado para servirle de guía, y yo he venido a comunicaros a vos lo que pasaba. Creí que la desgracia debía interesaros y que tal vez se os ocurriera hacer algo en estas circunstancias.

—¡No puedo hacer sino desconsolarme como todos los demás, y más que todos los demás! —exclamó el vizconde de Exmés—. Si la turbación y las sombras del crepúsculo no influyen en mi vista, creo que estamos ya cerca.

—Efectivamente; ése es el Castillo Nuevo.

Una turba inmensa de paisanos y de soldados llenaba las avenidas del cuerpo de guardia donde había sido transportado el duque de Guisa. La confusión era indescriptible; preguntas, conjeturas, comentarios, circulaban por los inquietos grupos como ráfagas de viento que cruzan una espesa arboleda.

Mucho trabajo costó al vizconde de Exmés y a Juan Peuquoy abrirse paso por en medio de aquel inmenso gentío para llegar al cuerpo de guardia, cuya entrada defendía un pelotón numeroso de ballesteros. Algunos de éstos tenían en las manos antorchas encendidas que proyectaban resplandores rojizos sobre las movibles masas del pueblo.

Gabriel se estremeció al ver, a la luz incierta de las antorchas, a Ambrosio Paré sombrío, rígido, con el entrecejo contraído y apretando con sus brazos su pecho conmovido. En sus pestañas brillaban lágrimas de indignación y de dolor. Detrás de él estaba Pedro Peuquoy no menos triste y abatido.

—¿Vos aquí, maese Paré? —preguntó Gabriel—. ¿Qué hacéis en este sitio? Si el señor duque de Guisa conserva un soplo de vida, vuestro puesto está a su lado.

—No es a mí a quien debéis reconvenir, señor vizconde —replicó vivamente el

cirujano—. Si tenéis alguna autoridad, decídselo a esos guardias estúpidos.

—¡Pues qué! ¿Os impiden la entrada?

—¡sin atender razones! ¡Oh! ¡Pensar que una existencia tan preciosa depende tal vez de fatalidades tan miserables!

—¡Es indispensable que entréis! —afirmó Gabriel.

—Hemos suplicado al principio —terció Pedro Peuquoy—; vista la inutilidad de las súplicas, hemos amenazado, pero han contestado a nuestras súplicas con risotadas insolentes y a nuestras amenazas con golpes. Maese Paré, que ha intentado abrirse paso, ha sido rechazado violentamente y golpeado con el regatón de una alabarda.

—¡Era natural! —exclamó Ambrosio Paré con acento de amargura—. No uso collar y espuelas de oro, ni tengo sino un golpe de vista pronto y una mano segura.

—¡Esperad! —dijo Gabriel—. Yo haré que entréis conmigo.

Así diciendo, adelantó hacia los escalones del cuerpo de guardia.

Un alabardero, al mismo tiempo que le saludaba, le impidió el paso.

—Perdón —dijo el alabardero respetuosamente—. Nuestra consigna es no dejar pasar a nadie absolutamente.

—¡Bergante! —gritó Gabriel, conteniéndose a duras penas—. ¿Comprende tu consigna al vizconde de Exmés, capitán de guardias del rey y amigo de monseñor el duque de Guisa? ¿Dónde está el comandante de la guardia? ¡Que venga en seguida!

—Está guardando la puerta interior, monseñor —contestó con humildad el centinela.

—Voy a verle —repuso imperiosamente el vizconde de Exmés—. Venid, maese Paré; entrad conmigo.

—Pasad vos, monseñor, puesto que así lo exigís —dijo el alabardero—; pero ese hombre no puede pasar.

—¿Por qué no ha de pasar? —dijo Gabriel—. El cirujano debe llegar hasta el herido.

—Todos los cirujanos y médicos, a lo menos todos los que tienen título de tales —replicó el soldado—, han sido llamados y están al lado de monseñor; nos han dicho que no falta uno solo.

—¡Eso es precisamente lo que me hace temblar! —exclamó Ambrosio Paré.

—Ese que vos pretendéis hacer pasar, monseñor, no tiene título —añadió el centinela—. Ciertamente ha salvado más de una vida en el campamento; pero no es cirujano para duques.

—¡Ea! ¡Basta de réplicas! —gritó Gabriel pateando con impaciencia—. Yo quiero, exijo, que maese Paré entre conmigo.

—Es imposible, señor vizconde.

—¡He dicho que lo exijo, tunante!

—Reflexionad, monseñor, que mi consigna me obliga a desobedeceros.

—¡Ah! —exclamó Ambrosio Paré—. ¡Mientras se pierde el tiempo en esta contienda ridícula, acaso el duque se está muriendo!

Habría bastado la exclamación del cirujano para disipar las vacilaciones del impetuoso Gabriel si éste hubiese podido tenerlas en aquellos momentos.

—¡Os empeñáis, miserables, en que os trate como a ingleses! —gritó, dirigiéndose a los ballesteros—. ¡Peor para vosotros! La vida del señor duque de Guisa vale por veinte de las vuestras... ¡Vamos a ver si vuestras alabardas se atreven a tocar mi espada!

Brilló el acero fuera de la vaina con destellos de relámpago, y el vizconde, arrastrando tras de sí a Ambrosio Paré, subió, espada en mano, los escalones del cuerpo de guardia.

Eran tan amenazadoras su actitud y sus miradas, irradiaba tanta influencia la serena calma del cirujano, y por otra parte, gozaba de tanto prestigio un caballero por aquella época, que los guardias, subyugados, abrieron paso y bajaron sus armas, no tanto ante el acero cuanto ante el nombre del vizconde de Exmés.

—¡Dejadles! —gritaron las turbas desde la calle. ¡Dios les envía para salvar al duque de Guisa!

Gabriel y Ambrosio Paré llegaron sin tropezar con nuevos obstáculos hasta la puerta interior del cuerpo de guardia.

En el estrecho vestíbulo que precedía a la gran sala, estaban el comandante de la guardia y tres o cuatro soldados más; pero el vizconde, sin detenerse, dijo con entonación decidida que no admitía réplica.

—Traigo a monseñor un nuevo cirujano.

El comandante de la guardia se inclinó y les dejó pasar sin inconveniente.

Entraron Gabriel y Ambrosio Paré.

La atención general estaba demasiado ocupada para que nadie reparase en su entrada.

Ofrecióse a sus ojos un espectáculo terrible. En el centro de la sala, tendido sobre una camita de campaña, estaba el duque de Guisa, inmóvil, sin conocimiento, cubierto de sangre.

Tenía atravesado el rostro de parte a parte; el hierro de la lanza había penetrado en la mejilla por debajo del ojo derecho, llegando hasta la nuca por debajo de la oreja izquierda, y la astilla rota sobresalía medio pie sobre la cabeza tan horriblemente destrozada. La herida daba miedo.

Rodeaban al mísero lecho diez o doce médicos y cirujanos cuyos rostros eran espejos de consternación. Miraban al herido, hablaban entre sí, pero nada hacían.

Cuando entraron Gabriel y Paré, uno de ellos decía en alta voz:

—Examinada la herida, todos somos del mismo parecer: nos vemos en la necesidad dolorosa de declarar que la herida del señor duque de Guisa es mortal de

necesidad. Para que hubiese alguna posibilidad de salvar su vida, sería precisa la extracción del pedazo de lanza; pero intentar sacar ese hierro equivaldría a adelantar la muerte de monseñor.

—Según eso, ¿preferís dejarlo morir? —preguntó con osadía Ambrosio Paré, que desde lejos había podido apreciar el estado casi desesperado del ilustre herido.

El cirujano que había hablado levantó la cabeza para buscar a su temerario interruptor, y no viéndole, repuso:

—¿Quién será el osado que se atreva a poner sus manos impías sobre ese rostro augusto, y a aventurar una operación que probablemente no podría terminar?

—¡Yo! —contestó Ambrosio Paré, avanzando, con la frente erguida, hacia el círculo formado por los cirujanos.

Sin hacer caso de los que le rodeaban ni de los murmullos de sorpresa que provocaron sus palabras, se inclinó sobre el duque para examinar la herida desde cerca.

—¡Ah! ¡Es Ambrosio Paré! —dijo con acento desdeñoso el cirujano jefe, reconociendo al insensato que se permitía tener una opinión distinta de la suya—; olvida, sin duda, maese Paré que no tiene el honor de ser cirujano de cámara de monseñor el duque de Guisa.

—Decid más bien que soy su cirujano único, puesto que todos los demás le abandonan —replicó Ambrosio Paré—. Pero, además, hace muy pocos días, el señor duque de Guisa, a raíz de haber presenciado una operación practicada por mí, tuvo la dignación de decirme, si no oficialmente, al menos con toda formalidad, que en lo sucesivo, en caso de necesidad, reclamaría mis servicios. El señor vizconde de Exmés, que se hallaba presente, puede atestiguarlo.

—Es la verdad; yo lo afirmo —dijo Gabriel.

Ambrosio Paré, inclinado de nuevo sobre el paciente, examinaba por segunda vez la herida.

—¿Y bien? —interrogó el cirujano jefe con sonrisa irónica—. Después del examen que habéis hecho, ¿insistís en vuestro proyecto de arrancar la lanza de la herida?

—Insisto después del examen —contestó Ambrosio Paré con resolución.

—¿De qué maravilloso instrumento pensáis serviros?

—De mis manos.

—¡Protesto con toda energía contra la profanación de esa agonía! —gritó furioso el cirujano.

—Protestamos todos como vos —contestaron a coro todos sus colegas.

—¿Tenéis algún medio de salvar al duque? —preguntó Ambrosio Paré.

—¡No! ¡La salvación es imposible! —respondieron todos.

—Entonces, me pertenece —dijo Paré, extendiendo la mano sobre el cuerpo

inanimado del herido como para tomar posesión de él.

—¡Y nosotros nos retiramos! —exclamó el cirujano jefe, dando media vuelta y principiando a marcharse con todos sus colegas.

—¿Qué vais a hacer? —preguntaron varias voces a Ambrosio Paré.

—El duque de Guisa está muerto para todos —contestó Paré—; voy a tratarle como si efectivamente lo estuviera.

Así diciendo, se quitó el jubón y se levantó las mangas de la camisa.

—¡Qué atrocidad! ¡Hacer semejante experimento en monseñor, *tanquam in anima vili*! —exclamó escandalizado un médico viejo, juntando las manos.

—En efecto —respondió Ambrosio Paré, sin apartar los ojos del herido—; voy a tratarle, no como a un hombre, no como a un alma vil, sino como a una *cosa*. ¡Mirad!

Y puso el pie sobre el pecho del duque.

Fuertes murmullos, mezcla de terror, de duda y de amenaza, resonaron en la sala.

—¡Cuidado, Paré, cuidado con lo que hacéis! —exclamó el duque de Nevers, tocando a Ambrosio en un hombro—. ¡Si salís mal, no respondo de las consecuencias de la cólera de los amigos y servidores del duque!

—¡Bah! —contestó Paré, volviendo hacia el de Nevers su cara, animada por una sonrisa triste.

—¡Os jugáis la cabeza! —dijo otra voz.

Paré levantó los ojos al cielo, y con solemne gravedad, respondió:

—No me importa. Arriesgaré mi cabeza por salvar la vida del duque; pero, al menos —añadió con mirada altanera—, que se me deje tranquilo.

Todos se separaron cediendo al respeto que siempre merece el genio.

Ya no se oían, en medio del silencio que reinaba en la sala, más que respiraciones anhelantes.

Ambrosio Paré puso la rodilla izquierda sobre el pecho del duque; en seguida cogió con las uñas únicamente, tal como había dicho, el extremo roto de la lanza, y lo sacudió con suavidad al principio y después con fuerza.

El herido se estremeció, como si sufriera dolores agudos.

El espanto había hecho palidecer a todos los testigos de la escena.

Ambrosio Paré se detuvo un instante, como espantado de su obra; un sudor copioso bañaba su frente. Su indecisión, sin embargo, fue momentánea.

Reanudada su tarea, al cabo de un minuto, que para todos fue más largo que una hora, el hierro salió de la herida. Ambrosio Paré lo arrojó lejos de sí con decisión, y rápido, se encorvó sobre la ancha boca de la herida.

Cuando volvió a enderezarse, un rayo de alegría brillaba en su rostro; pero recobró su seriedad habitual al instante, y cayendo de rodillas, juntó las manos y elevó los ojos al cielo mientras una lágrima de felicidad resbalaba por sus mejillas.

Fue aquél un momento sublime. Sin que el gran cirujano hubiese dicho una

palabra, todos comprendieron que podían entregarse a la esperanza. Los servidores del duque lloraban a lágrima viva, otros besaban disimuladamente los vestidos de Ambrosio Paré, pero todos callaban en espera de las palabras del portentoso operador.

Al fin resonó la voz de éste, grave y conmovida.

—¡Yo respondo ahora de la vida de monseñor el duque de Guisa! —exclamó.

En efecto: una hora después el herido había recobrado el conocimiento y hasta el uso de la palabra.

Paré acababa de vendar la herida y Gabriel estaba a la cabecera de la cama a la que el cirujano había mandado transportar al paciente.

—¿De manera, Gabriel, que os soy deudor no sólo de la toma de la plaza de Calais —preguntó el duque—, sino de la vida, puesto que fuisteis vos quien a viva fuerza trajisteis a Paré a mi lado?

—Sí, monseñor —contestó el cirujano—. No habría podido llegar hasta vos de no haber sido por el señor de Exmés.

—¡Sois mis dos salvadores! —exclamó el duque.

—No habléis tanto, monseñor, os lo suplico —repuso el cirujano.

—Obedezco y callo... Pero permitiréis que haga una pregunta: una sola.

—Decid, monseñor.

—¿Creéis que las consecuencias de mi horrible herida no influirán en mi salud ulterior ni alterarán mi razón?

—Garantizo que no, monseñor. Tan sólo os quedará una cicatriz horrenda.

—¡Una cicatriz! —repitió el duque—. ¡Bah! ¡Eso no es nada! Digo mal: una cicatriz es un adorno cuando está en el rostro de un guerrero. No me desagradará que me llamen de sobrenombre *El Acuchillado*.

Los contemporáneos y la posteridad han dado gusto al duque de Guisa, pues su siglo y la historia le han llamado desde entonces *El Acuchillado*.

XIII

DESENLACE PARCIAL

Estamos a 8 de enero y han pasado veinticuatro horas desde que Gabriel de Exmés ha devuelto al rey de Francia la más preciosa de las ciudades perdidas, Calais, y la comprometida existencia del general más grande del reino, el duque de Guisa.

Pero no es nuestro objeto tratar de cuestiones de las cuales depende tal vez el porvenir de las naciones; somos más modestos y vamos a ocuparnos sencillamente de asuntos plebeyos y de negocios de familia. Abandonaremos, pues, la brecha abierta en las murallas de Calais y el lecho de dolor de Francisco de Lorena, y pasaremos a la sala de la planta baja de los Peuquoy.

Allí era donde, para evitarle fatigas, y para que estuviera mejor atendido, Juan Peuquoy había hecho trasladar a Martín Guerra, y allí donde, la víspera por la tarde, Ambrosio Paré había hecho la amputación de la pierna del bravo escudero, con la felicidad que acompañaba a todas sus operaciones.

En realidades se habían convertido lo que no fueron más que esperanzas hasta entonces: Martín Guerra quedaría lisiado, pero viviría.

Describir el pesar, el remordimiento, mejor dicho, de Pedro Peuquoy, cuando supo por su primo Juan la verdad, sería imposible. Su alma rígida, pero íntegra y leal, no podría perdonarse nunca el lamentable error que tan crueles consecuencias tuvo. El honrado armero suplicaba a todas horas a Martín Guerra que le hiciese el favor de pedirle todo cuanto poseía, sus bienes, sus brazos, su corazón y su vida; pero ya sabemos que Martín no había necesitado de aquellas muestras de arrepentimiento para perdonar a Pedro Peuquoy, y lo que es más aún, para aprobar su proceder.

Estaban reunidos todos los individuos de la familia, y no extrañará el lector que asista Martín Guerra, que como de la familia era ya considerado, a un consejo doméstico semejante al que tuvo lugar durante el bombardeo.

También el vizconde de Exmés, que aquella noche salía para París, asistía a la deliberación, menos penosa, desde luego, para los esforzados amigos que pusieron en sus manos el fuerte de Risbank de lo que fuera la anterior.

Y decimos menos penosa, porque la reparación que exigía el honor de los Peuquoy no era ya imposible: el Martín Guerra auténtico era casado, pero esto no probaba que lo fuese también el seductor de Babette. Por lo tanto, era indispensable buscar al culpable.

El rostro de Pedro Peuquoy reflejaba serenidad y calma; el de Juan, por el contrario, espejo era de tristeza, y el de Babette dejaba ver bien a las claras el abatimiento de su alma.

Gabriel les observaba a todos en silencio, y Martín Guerra, tendido en su lecho de dolores, se desesperaba porque no podía hacer en obsequio de sus nuevos amigos otra cosa que facilitarles datos tan vagos como inciertos sobre la persona de su *segundo yo*.

Pedro y Juan Peuquoy acababan de llegar de la casa del duque de Guisa, el cual había querido dar las gracias a los dos valientes patriotas por la parte eficaz y gloriosa que habían tenido en la rendición de la plaza. Les había llevado Gabriel a presencia del duque y a instancias de éste. Pedro, radiante de orgullo y de alegría, refería a Babette los detalles de la presentación.

—Sí, mi querida hermana —decía el industrial—. Cuando el señor de Exmés ha hecho al señor duque una historia detallada, pero lisonjera y exagerada en alto grado, de nuestra cooperación en la toma de Calais, el grande hombre se ha dignado manifestarnos, a Juan y a mí, su satisfacción, con una gracia y una bondad tales, que yo, por mi parte, no podré olvidar jamás, aunque viviese más de cien años. Pero cuando me conmovió de veras, fue cuando nos dijo que él a su vez deseaba sernos útil, y nos preguntó en qué podía servirnos. No he sido nunca interesado ni egoísta; bien lo sabes, Babette; pero... ¿sabes qué servicio pienso pedirle?

—¡No, en verdad... no adivino! —murmuró Babette.

—Vas a saberlo —repuso Pedro—. Tan pronto como hayamos encontrado al que tan indignamente abusó de ti, y le encontraremos, pierde cuidado, pediré al señor duque de Guisa que me ayude con su influencia para obligarle a que te devuelva el honor que te robó. No contamos nosotros ni con fuerza, ni con riquezas, ni con influencia, y por lo mismo, os será necesario su apoyo para obtener justicia.

—¿Y si aun con ese apoyo no te la hicieran, primo? —preguntó Juan.

—Si me falta la justicia —contestó Pedro con energía—, gracias a este brazo, yo te aseguro que no ha de faltarme la venganza. Sin embargo —añadió bajando la voz y dirigiendo a Martín Guerra una mirada tímida—, he de confesar que, hasta ahora, siempre me ha servido mal la violencia.

Calló y se quedó pensativo. Cuando al cabo de corto rato salió de su distracción, observó con sorpresa que Babette lloraba.

—¿Qué te pasa, Babette? —preguntó.

—¡Ay! ¡Qué desgraciada soy! —exclamó la joven.

—¿Desgraciada? Menos que antes. Me parece que nuestro porvenir se serena...

—¡Al contrario! ¡Se entenebrece más y más! —replicó ella.

—No lo creas; todo saldrá como se desea; tranquilízate. Entre una reparación honrosa y un castigo terrible, la elección no es dudosa. Tu amante volverá muy pronto, y tú serás su mujer...

—¿Y si no le acepto por marido? —preguntó Babette.

Juan Peuquoy no pudo contener un movimiento de alegría, que sorprendió la

perspicacia de Gabriel.

—¡No aceptarle! —exclamó Pedro, en el colmo de la estupefacción—. ¿Pues no le amabas?

—Yo amaba al hombre que padecía —contestó Babette—, al que me juraba amor, al que me daba pruebas... ¡pruebas falsas, ay!, de cariño, de respeto, de ternura; pero al que me ha engañado, al que me ha mentido, al que me ha abandonado, al que robó, para sorprender mi pobre corazón, el lenguaje, el nombre, y quién sabe si hasta los vestidos de otro, a ése le desprecio, le odio.

—Pero, en fin... si se casa contigo...

—Lo haría cediendo a la fuerza —replicó Babette—, o bien para obtener el favor del duque de Guisa; me daría su nombre por miedo o por codicia... ¡No, no! ¡Soy yo la que nada quiero de él!

—¡Babette! —exclamó Pedro con severidad—. Olvidas, sin duda, que no tienes derecho para decir «nada quiero de é»..

—¡Por compasión, mi querido hermano! ¡No me obligues a casarme con el que tú mismo llamabas cobarde y miserable! ¡Sería demasiada crueldad!

—¡Babette... piensa en tu deshonor!

—Prefiero avergonzarme del extravío de un instante a tener que sonrojarme de un marido mientras me dure la vida.

—¿Olvidas a tu hijo sin padre?

—Creo le vale más no tener un padre, que le detestaría, que perder a una madre que le adorará. Pues bien; si su madre se casa con ese hombre, la vergüenza y el dolor la matarán de seguro.

—¿De manera, Babette, que cierras los oídos a mis razones y a mis súplicas?

—Imploro tu cariño y tu compasión, hermano mío.

—Pues bien; van a contestarte mi cariño y mi compasión, con dolor, sí, pero también con entereza. Como quiera que, ante todas las cosas, es preciso que vivas teniendo derecho a tu estimación propia y a la de los demás, como quiera que yo prefiero que seas desgraciada a verte deshonrada, toda vez que deshonrada sería tanto como ser dos veces desgraciada, quiero, exijo yo, tu hermano mayor, el jefe de tu familia, exijo, ¿entiendes bien?, exijo que te cases con el hombre que te perdió, único que hoy puede devolverte el honor que te arrebató, suponiendo que él consienta. La ley y la religión me confieren con respecto a ti una autoridad, que emplearé, en caso necesario, para obligarte a cumplir lo que considero que es deber tuyo para con Dios, para con tu familia, para con tu hijo, y para contigo misma.

—Me condenas a muerte, hermano mío —dijo Babette con voz alterada—. Pero está bien; me resigno, ya que tal es mi destino y tal mi castigo, y ya que nadie intercede por mí. Miraba al hablar así a Gabriel y a Juan Peuquoy, los cuales escuchaban sin decir palabra, el segundo porque su sufrimiento paralizaba su lengua,

y el primero porque sólo en observar pensaba. Sin embargo, ante la alusión directa de Babette, Juan no pudo contenerse más, y dirigiéndose a la joven, aunque sus ojos se volvieron hacia Pedro, dijo con amargura irónica, impropia de su carácter:

—¿Quién quieres que interceda por ti, Babette? ¿No es tan justo como prudente y acertado lo que de ti exige tu hermano? ¡En verdad que es admirable su manera de ver el asunto! Sus ojos no ven más que el honor de su familia y el tuyo, quiere salvar ese honor aunque se pierda todo, y para salvarlo, te obliga a que te cases con un falsario. ¡Es prodigioso, a fe mía! Ciertamente que ese miserable, ese criminal, deshonrará según todas las probabilidades con su villana conducta a nuestra familia, no bien entre a formar parte de ella; cierto que el señor vizconde de Exmés, aquí presente, habrá de exigirle cuenta estrecha, en nombre del pobre Martín Guerra, de la infame suplantación de su persona, obligándote probablemente, Babette, a pasar por la vergüenza de comparecer ante los jueces como mujer legítima de un odioso ladrón de nombre. ¡Pero qué importa! ¡No por eso se debilitará el lazo legítimo que te une a un criminal, ni tu hijo dejará de ser el hijo reconocido y legitimado del falso Martín Guerra! Como esposa, morirás tal vez de vergüenza; pero tu reputación como muchacha soltera quedará restablecida a los ojos de todos.

Juan Peuquoy se expresaba con tanto calor y tanta indignación, que hasta Babette quedó maravillada.

—¡No te conozco, Juan! —exclamó Pedro sin ocultar su asombro—. Me parece mentira que seas tú el que acaba de hablar; tú, tan moderado, tan sereno, tan tranquilo...

—Porque soy moderado, porque conservo la serenidad, veo mejor que tú la situación a que quieres arrastrar a Babette.

—¿Crees, por ventura, que toleraré con más resignación la infamia de mi cuñado que el deshonor de mi hermana? No, Juan, no. Quiero creer que el seductor de Babette no habrá causado perjuicios más que a nosotros y a Martín Guerra. Si le encontramos, confío en la abnegación del bondadoso Martín, alma generosa que renunciará, me atrevo a asegurarlo, a una venganza que, al herir al culpable, herirá también a los inocentes.

—¡Pues no faltaba más! —gritó Martín Guerra desde la cama—. No soy vengativo ni quiero la muerte del pecador. Que os pague su deuda, que yo le perdono de todo corazón la mía.

—Magnífico con respecto a lo pasado —observó Juan Peuquoy, a quien parece que no hizo mucha gracia la clemencia del escudero—, ¿pero, y el porvenir? ¿Quién nos responde del porvenir?

—Yo respondo, porque velaré —respondió Pedro—. Mi mirada seguirá constantemente al marido de Babette, y éste habrá de conducirse como hombre honrado y andar muy derecho, porque de lo contrario...

—Tomarás pronta y severa justicia, ¿verdad? —interrumpió Juan—. ¡A buena hora! La justicia que tomes no impedirá que Babette haya sido sacrificada.

—¡Pero, Juan! —exclamó Pedro con alguna impaciencia—. Si la posición en que nos encontramos es difícil, ten en cuenta que no soy el que la ha creado. ¿Has encontrado tú algún medio, distinto del que yo propongo, que nos permita salir del atolladero?

—¡Claro que lo he encontrado! —contestó Juan.

—¡Habla! ¿Cuál es? —preguntaron a un tiempo mismo Babette y su hermano, con tanta ansiedad este último, hagámosle justicia, como la primera.

El vizconde de Exmés continuó guardando silencio, pero redobló su atención.

—Vamos a ver —dijo Juan Peuquoy—: ¿no puede encontrarse un hombre honrado que, condolido, más bien que asustado, de la desgracia de Babette, consienta en darle su nombre?

Pedro movió la cabeza con expresión de incredulidad.

—¡No, Juan, no! —contestó—. ¡Si no nos ofreces otra esperanza...! Para que un hombre cerrase así los ojos, sería preciso o que estuviera enamorado de Babette o que fuese un miserable. En uno y otro caso, nos veríamos en la precisión de iniciar en nuestro doloroso secreto a un extraño, o a un indiferente, y esto no lo haría yo nunca. ¡Ya ves! Amigos de toda confianza son el señor vizconde de Exmés y Martín Guerra, y, sin embargo, lamento con toda mi alma que las circunstancias les hayan revelado lo que nunca debió haber salido del sagrado de la familia.

Juan Peuquoy replicó con emoción que en vano intentó disimular:

—Jamás propondría yo a Babette que se casase con un miserable, pero no negarás, Pedro, que el otro término propuesto es admisible. Si estuviera enamorado de mi prima un hombre, a quien las circunstancias hubiesen revelado la falta y al propio tiempo el arrepentimiento, si ese hombre estuviera resuelto, para asegurarse un porvenir tranquilo y dichoso, a olvidar un pasado que Babette procuraría borrar a fuerza de virtudes... si esto que estoy diciendo fuera un hecho, ¿qué dirías, Pedro? Y tú, Babette, ¿qué dirías?

—Digo, Juan, que no es posible, que lo que indicas es un sueño —contestó Babette, aunque en sus ojos brilló un rayo de esperanza.

—¿Conoces a ese hombre, Juan? —preguntó Pedro Peuquoy, más práctico que su hermana—. ¿O es que hablas en hipótesis, que te haces eco de un sueño, como dice Babette?

Turbóse Juan Peuquoy, vaciló y tartamudeó algunas palabras.

No reparaba en la atención silenciosa y profunda con qué Gabriel acechaba sus movimientos, pues estaba absorto en la contemplación de Babette que, palpitante y con los ojos bajos, parecía sentir una emoción intensa que el buen tejedor, poco experto en semejantes materias, no sabía cómo interpretar.

Sin duda no se atrevió a darle una interpretación favorable a sus deseos, pues contestó con tono compungido a la interpelación directa de su primo en estos términos:

—¡Tienes razón, Pedro! Es muy posible que lo que acabo de decir no sea más que un sueño. No bastaría, para que éste tuviera realización, que Babette fuese amada; sería preciso que también ella amase, que en cierto modo correspondiera a ese amor, sin cuya circunstancia, continuaría siendo desgraciada. El que aspirase a comprar a Babette su dicha, al precio, sin duda, del olvido, necesitaría probablemente hacerse perdonar alguna desventaja, quiero decir, que no sería joven, ni esbelto, ni guapo... en una palabra, carecería de atractivos físicos, y por tanto, no es de creer que Babette se resignase a ser su mujer... ¡Sí! ¡Tienes razón! ¡Sueño es lo que he dicho!

—Efectivamente es sueño —contestó con triste acento Babette—, pero no por las razones que tú expones, primo mío. El hombre dotado de generosidad bastante para concederme su afecto en las circunstancias en que me encuentro, aun cuando fuera viejo lleno de achaques, a mí habría de parecerme joven, porque su acción evidenciaría una lozanía de alma que no suele tenerse a los veinte años; habría de parecerme guapo, porque pensamientos tan santos y caritativos como el suyo por necesidad han de dejar impresa en el rostro la imagen de un alma hermosa y noble; habría de parecerme amable, porque me habría dado la prueba más grande de amor que una mujer puede recibir. Mi deber y mi alegría me obligarían de consuno a amarle mientras me durase la vida y con toda mi alma, sin que tuviese necesidad de hacer ningún sacrificio, sino más bien abandonándome a mis inclinaciones. Pero lo que es inverosímil, casi imposible, es encontrar una abnegación como la que tú imaginas, Juan, respecto a una pobre joven sin hermosura y sin honor. Hombres hay de corazón bastante grande para concebir en un momento dado la idea de semejante sacrificio, y aun esto es mucho; pero viene la reflexión, y dudan, vacilan, se arredran y retroceden al fin. Estas son las razones, primo mío, y no las que tú expusiste, que hacen que no sea más que un sueño lo que has propuesto.

—¿Y si no fuese sueño, sino realidad? —dijo de pronto Gabriel levantándose.

—¡Cómo! ¡Qué decís! —exclamó Babette conmovida.

—Digo, Babette, que ese hombre abnegado, ese hombre generoso, existe.

—¿Le conocéis vos? —preguntó Pedro no menos conmovido que su hermana.

—Le conozco —respondió sonriendo Gabriel—. Os ama, en efecto, Babette, pero con cariño paternal y tierno al propio tiempo, con cariño que no sólo desea proteger, sino perdonar, olvidar. Así, pues, podéis aceptar sin temor su sacrificio, que no lleva aneja ninguna idea de menosprecio, sino que nace de la compasión más dulce y del amor más sincero. Por otra parte, Babette, vos daréis tanto como recibiréis, puesto que si él os da honra, vos le daréis la dicha, porque habéis de saber que el hombre que os adora está solo en el mundo, no tiene ni alegrías, ni intereses, ni porvenir, y vos le

aportaréis todos estos tesoros. Si aceptáis a ese hombre, le haréis tan feliz desde este instante como él os lo hará a vos más adelante... ¿No es verdad, Juan Peuquoy?

—Pero... señor vizconde... yo no sé —balbuceó el tejedor, temblando como la hoja en el árbol.

—Sí, Juan, sí; decid que sí —continuó Gabriel sonriendo—. Tal vez ignoráis una cosa, y es que Babette profesa al hombre que la ama no sólo una estimación profunda, sino también una ternura dulce. Babette, si no ha adivinado, ha sentido al menos de una manera vaga el amor de que es objeto, y ese presentimiento ha bastado para que al principio se haya considerado rehabilitada a sus propios ojos, luego se haya sentido conmovida, y al fin haya llegado a creerse feliz. Desde que adivinó, desde que presintió, concibió una aversión violenta hacia el miserable que la ha engañado, y porque adivinó, porque presintió, suplicaba de rodillas hace un momento a su hermano que no la uniera con un malvado a quien creyó amar y aborrece hoy con toda su alma, a quien execra en este momento, porque sólo tiene ternura para la persona que trata de salvarla. ¿Me equivoco, Babette?

—En verdad, monseñor... yo no sé... —balbuceó Babette, blanca como la nieve.

—La una no sabe, y el otro ignora —repuso Gabriel—. ¿Pretendéis hacerme creer, Babette, y vos, Juan, que no sabéis lo que pasa en vuestros corazones? ¿Que son para vosotros un secreto impenetrable vuestros sentimientos? ¡Vamos! ¡Esto es imposible! No soy yo, Babette, quien os revela que Juan os ama, y vos, Juan, antes de que yo pronunciase una palabra, sospechabais que erais amado por Babette.

—¡Pero, será posible! —exclamó Pedro Peuquoy radiante de alegría—. ¿Puedo abrir el pecho a la esperanza?

—Ellos os están contestando... ¡Miradles! —dijo Gabriel.

Juan y Babette, irresolutos y como incrédulos, se miraban uno a otro. Juan leyó en los ojos de Babette un reconocimiento tan ferviente, y Babette en los de Juan una súplica tan elocuente, tan conmovedora, que entrambos quedaron convencidos al mismo tiempo, y in saber cómo, se encontraron estrechamente abrazados.

Pedro Peuquoy, en su acceso de júbilo, se encontraba sin fuerzas para pronunciar una sola palabra, pero estrechaba la mano de su primo de una manera más elocuente que todos los discursos del mundo.

Martín Guerra se había incorporado con los ojos llenos de lágrimas y palmoteaba con entusiasmo al ver tan inesperado desenlace.

Cuando se hubieron calmado algún tanto los primeros transportes, dijo Gabriel:

—Esto está terminado. Juan Peuquoy se casará lo antes posible con Babette, y antes de instalarse definitivamente, la feliz pareja vendrá a París con objeto de pasar algunos meses en mi casa. De esta manera, el secreto de Babette, triste causa de tal feliz matrimonio, quedará encerrado dentro de los pechos leales de los que aquí estamos presentes. Queda otro individuo que podría descubrirlo, pero ése, si se toma

la molestia de informarse de la suerte de Babette, lo que dudo mucho, yo os respondo de que no podrá molestar aunque quiera. Por lo tanto, mis buenos amigos, podéis vivir tranquilos y contentos de hoy en adelante y entregaros con toda seguridad en los brazos del porvenir.

—¡Mi noble y generoso huésped! —exclamó Pedro Peuquoy besando la mano a Gabriel.

—¡A vos, y sólo a vos, somos deudores de nuestra felicidad, de la misma manera que a vos, y sólo a vos, es el rey de Francia deudor de la ciudad de Calais! —dijo Juan.

—Todos los días rogaremos a Dios por nuestro salvador —dijo Babette.

—¡Oh, sí, Babette! —exclamó Gabriel conmovido—. ¡Os agradezco ese pensamiento! ¡Pedid a Dios que vuestro salvador pueda salvarse a sí mismo!

XIV

FELICES AUSPICIOS

—¡Oh! —exclamó Babette, contestando a la melancólica duda de Gabriel—. ¿Acaso no conseguís felices resultados en todo lo que emprendéis? ¿No os ha sonreído la fortuna, tanto en la defensa de San Quintín, como en la toma de Calais, y hasta en la feliz terminación del matrimonio de la pobre Babette?

—Sí; es cierto —respondió Gabriel sonriendo con tristeza—. Dios consiente que los obstáculos más invencibles y formidables desaparezcan ante mí como por encanto; pero ¡ay!, esto no es una razón para que yo consiga el objeto que anhelo alcanzar.

—¡Dadlo por conseguido! —terció Juan Peuquoy—. El que a tantos otros ha hecho felices, no puede menos de serlo también él.

—Acepto el pronóstico, Juan —contestó Gabriel—, y creedme que es para mí el mejor de los presagios dejar a mis amigos de Calais tranquilos y contentos. Y puesto que tengo precisión de separarme de ellos, quién sabe si para ir en busca del dolor y de las lágrimas, no quiero dejar a mis espaldas ningún rastro de pesar. Antes de marcharme, pues, dejaremos convenido todo lo que nos interesa.

Convinieron la fecha en que se celebraría la boda, a la cual Gabriel, con gran sentimiento suyo, no podría asistir, y luego el día en que saldrían para París, Babette y Juan.

—Tal vez —dijo con tristeza Gabriel— no me encontréis en mi casa para recibiros a vuestra llegada, porque tengo precisión de ausentarme de París y de la corte por algún tiempo. Pero no importa; mi buena nodriza Aloísa os acogerá como podría hacerlo yo mismo. Sólo deseo que tanto vosotros como ella os acordéis alguna vez del amigo ausente.

En cuanto a Martín Guerra, por doloroso que le fuera, había de quedarse en Calais. Ambrosio Paré había declarado que su convalecencia sería larga y exigiría exquisitos cuidados. La contrariedad del pobre Martín no es para dicha, pero de grado o por fuerza había de resignarse.

—Tan pronto como estés bueno, mi querido, mi fiel escudero —le dijo el vizconde de Exmés—, vendrás también a Paris, y suceda lo que suceda, puedes tener la seguridad más absoluta de que cumpliré mi promesa, libertándote de tu cruel perseguidor. Hoy estoy doblemente obligado a hacerlo.

—¡Pensad en vos y no en mí, monseñor! —exclamó Martín.

—Todas las deudas quedarán liquidadas —repuso Gabriel—. Pero quedad con Dios, mis buenos amigos; es hora de que vuelva al lado del duque de Guisa. En

presencia vuestra le he pedido algunas gracias, que me otorgará, tal es mi convicción, si juzga que valen algo los servicios que le he prestado en los últimos acontecimientos.

Los Peuquoy no quisieron despedirse así de Gabriel; manifestaron su voluntad de salir a las tres a la llamada Puerta de París, donde le despedirían deseándole un viaje feliz.

Martín Guerra era el único que se separaba en aquel momento de su amo, por cierto que con vivo dolor. Gabriel procuró consolarle con dulces palabras.

Un cuarto de hora después, Gabriel se presentaba al duque de Guisa.

—¡Hola, ambicioso! —le dijo Francisco de Lorena al verle entrar.

—Toda mi ambición se reduce a servirlos lo mejor que puedo, monseñor —contestó Gabriel.

—¡Ah! Lo que es por esa parte, habéis traspasado todos los límites de la ambición —repuso *el Acuchillado*. (Podemos dar al duque de Guisa este sobrenombre, o mejor dicho, este título de gloria)—. Os llamo ambicioso, Gabriel, porque, a decir verdad, me habéis pedido tantas cosas, y tan exorbitantes, que, francamente, no sé si os podré satisfacer.

—Es que he medido mis peticiones con la medida de vuestra generosidad, y no con la de mis merecimientos, monseñor —dijo Gabriel.

—Pues si es así, ¡linda opinión tenéis formada de mi generosidad! —replicó el duque de Guisa con dulce ironía—. Vais a ser juez vos, señor de Vaudemont —añadió, dirigiéndose a un caballero que había ido a visitarle y estaba sentado junto al lecho—; vais a ser juez vos, y a declarar si es permitido pedir a un príncipe cosas tan mezquinas.

—Si así las juzgáis —observó Gabriel—, diré que me expresé mal, que quise decir que, al hacer mis peticiones, tuve en cuenta mis merecimientos y olvidé vuestra generosidad.

—Por segunda vez argumentáis sobre base falsa, amigo Gabriel —replicó el duque—; porque vuestros merecimientos son cien veces superiores a mi poder remunerador. Prestadme un poco de atención, señor de Vaudemont, y sabréis qué favores inauditos solicita de mí el vizconde de Exmés.

—Me atrevo a afirmar desde luego, monseñor —contestó el marqués de Vaudemont—, que serán muy poca cosa para lo que vos podéis dar y para lo que él merece. Veamos, sin embargo, cuáles son.

—Primero —continuó el duque de Guisa—: me pide el señor de Exmés que lleve conmigo a París y emplee como lo tenga a bien al puñado de héroes que él reclutó y empleó por su cuenta. Tan sólo se reserva cuatro, que serán los que le acompañen en su viaje a París. Ahora bien: esos hombres que me ruega que acepte, como haciéndole favor, no son otros, señor de Vaudemont, que los diablos con figura casi humana que,

obedeciendo sus órdenes, se apoderaron del fuerte de Risbank, escalándolo como sólo podrían hacerlo los titanes. Con imparcialidad, señor de Vaudemont: ¿quién hace favor a quién?

—Debo convenir en que quien hace favor es el señor de Exmés —contestó el marqués de Vaudemont.

—¡Por vida mía que acepto ese nuevo favor! —exclamó el duque de Guisa—. Y no será la ociosidad la que echará a perder a los ocho valientes que me regaláis, Gabriel, porque en cuanto pueda dejar esta cama, es mi intención llevarles al sitio de Ham: no quiero dejar a los ingleses un palmo de terreno dentro de las fronteras de Francia. Hasta el mismo *Mala Muerte*, el eterno herido, irá conmigo, pues Paré me ha dado su palabra de que quedará curado al mismo tiempo que yo.

—Se considerará el más feliz de los mortales, monseñor —dijo Gabriel.

—Queda concedido el primer favor solicitado por el vizconde de Exmés —añadió *el Acuchillado*—, y sin que me cueste gran esfuerzo. El segundo favor que solicita el señor de Exmés se reduce a recordarme que vive aquí, en Calais, la señora Diana de Castro, hija del rey de Francia, y a quien vos conocéis, señor de Vaudemont, que era la prisionera de los ingleses. El vizconde de Exmés, que sabe que son muchos los asuntos que reclaman mi atención, me recuerda muy a tiempo que debo dispensar a esa dama de sangre real toda mi protección y disponer que se le tributen todos los honores debidos a su rango. ¿No es esto un nuevo favor que recibo del vizconde de Exmés?

—Sin la menor duda —respondió el marqués de Vaudemont.

—También ha sido concedido este segundo gran favor —dijo el duque de Guisa—. He dado las órdenes oportunas, y aunque yo paso por cortesano muy mediocre, tengo demasiado empeño en cumplir como caballero con las damas para olvidar ahora las atenciones que son debidas a la señora Diana de Castro, tanto por lo que personalmente vale, cuanto por el rango que ocupa. Así, pues, la señora en cuestión irá a París, cómo y cuándo disponga, acompañada de una escolta conveniente.

Gabriel se inclinó como para dar las gracias, sin pronunciar una palabra, temeroso de que se trasluciera el menor interés, o de que sospecharan la importancia que para él tenía la promesa del duque.

—Tercero —continuó el de Guisa—: lord Wentworth, ex gobernador inglés de esta plaza, fue hecho prisionero por el vizconde de Exmés. En la capitulación otorgada a lord Derby, nos comprometimos a darle libertad a cambio de rescate, pero el señor de Exmés, dueño del prisionero, y del rescate, nos pone en condiciones de extremar nuestra generosidad. Pide que le autoricemos para dejar que lord Wentworth vuelva cuando lo tenga a bien a Inglaterra, sin pagar un ochavo por su libertad. ¿No es verdad que esta acción ha de honrarnos extraordinariamente allende el Estrecho, y por tanto, que es otro servicio que nos presta el vizconde de Exmés?

—Según la noble interpretación que al acto da monseñor, servicio es y no favor —contestó el marqués de Vaudemont.

—Respirad tranquilo, mi querido Gabriel, que también os ha sido concedido ese favor —repuso el duque de Guisa—. El señor de Thermes ha ido, de parte vuestra y mía, a poner en libertad a lord Wentworth y a devolverle la espada. Cuando lo tenga a bien, podrá irse a Inglaterra o a donde guste.

—Os doy las gracias, monseñor, pero no creáis que soy tan magnánimo —dijo Gabriel—. No hago otra cosa que pagar algunas atenciones que lord Wentworth me dispensó mientras fui su prisionero, y darle al propio tiempo una lección de hombría de bien, en la que verá, tal creo al menos, alusiones y reconvenciones tácitas.

—Nadie como vos tiene derecho a ser severo en estas cuestiones —dijo con mucha seriedad el duque de Guisa.

—Ahora, monseñor —repuso Gabriel, que veía con inquietud que el duque de Guisa guardaba silencio sobre el punto que más le interesaba—, me permitiréis que os recuerde la promesa que tuvisteis la dignación de hacerme en mi tienda de campaña, la víspera de la toma del fuerte de Risbank.

—¡Tened paciencia, señor impaciente! —exclamó el duque de Guisa—. Después de los tres favores eminentes que me habéis pedido, y que os otorgo, testigo el señor Vaudemont, creo que tengo derecho a pedirlos que me hagáis uno a mí. Puesto que estáis con un pie en el estribo para emprender la marcha a París, os suplico que llevéis y presentéis al rey las llaves de Calais.

—¡Oh, monseñor! —exclamó Gabriel profundamente agradecido.

—Comprendo que os causará demasiada molestia —repuso el duque—, pero ya tenéis costumbre de hacer esta clase de encargos. En otra ocasión os encargasteis de llevar y presentar las banderas ganadas en nuestra campaña de Italia.

—¡Ah, monseñor! Poseéis el secreto de triplicar el valor que tienen los beneficios merced a la gracia exquisita con que sabéis presentarlos —dijo Gabriel radiante de felicidad.

—Además —continuó el duque de Guisa—: al mismo tiempo que las llaves de Calais, entregaréis al rey una copia de la capitulación y una carta en que le anuncio nuestro triunfo, y que he escrito íntegra de mi puño y letra, contraviniendo las prescripciones terminantes de maese Ambrosio Paré. Desobedecí al cirujano porque nadie hubiese podido haceros justicia, con la autoridad que yo, ni contribuir —añadió con acento significativo— a que otros os la hagan. Espero, pues, que quedaréis contento de mí, como consecuencia, contento también del rey. Ahí está la carta, y allá las llaves; tomadlas, amigo *mío*. Ya sé que no necesito encargaros que cuidéis de ellas.

—Y yo tampoco necesito deciros que mi vida y mi muerte son vuestras —respondió Gabriel con voz conmovida.

Tomó el artístico cofrecito de madera tallada y la carta cerrada y sellada que le indicaba el duque de Guisa, preciosos talismanes que le valdrían tal vez la libertad de su padre y su propia dicha.

—No os quiero detener más —dijo *el Acuchillado*—. Probablemente tendréis prisa por ponerlos en marcha, y yo, menos feliz que vos, siento, después de haber pasado una madrugada bastante agitada, una fatiga que, más eficaz que las prescripciones de Ambrosio Paré, me obliga a descansar algunas horas.

—Adiós, pues, monseñor, y recibid de nuevo la expresión de mi agradecimiento —dijo el vizconde de Exmés.

En aquel preciso momento entró agitado y con visibles muestras de consternación el señor de Thermes, enviado a lord Wentworth por el duque de Guisa.

—¡Me alegro! —exclamó el duque—. Nuestro embajador cerca del vencedor, no saldrá de Calais sin haber visto a nuestro embajador cerca del vencido... ¿Pero, qué os pasa, señor de Thermes? ¡Venís como apesadumbrado!

—¡Lo estoy en efecto, monseñor! —respondió el señor de Thermes.

—¿Qué ha sucedido? —interrogó *el Acuchillado*—. Por ventura lord Wentworth...

—Lord Wentworth, a quien, cumpliendo vuestras órdenes, anuncié que quedaba en libertad y devolví la espada, recibió el favor con frialdad glacial y sin decir palabra. Me separaba de él, asombrado de su reserva, cuando resonaron unos gritos que me obligaron a volver sobre mis pasos. El primer uso que lord Wentworth ha hecho de su libertad y de su espada, ha sido atravesarse de parte a parte con el mismo acero que yo acababa de devolverle. Su muerte ha sido tan instantánea, que yo, hallándome tan cerca, no he podido ver más que su cadáver.

—¡Ah! —exclamó el duque de Guisa—. La desesperación consiguiente a su derrota le ha impulsado sin duda a resolución tan extrema. ¿No opináis lo mismo que yo, Gabriel? ¡Es una verdadera lástima!

—No, monseñor —contestó Gabriel con gravedad impregnada de tristeza—; lord Wentworth no se ha suicidado por haber sido vencido.

—¡Cómo! ¿Qué causa, entonces...?

—Me permitiréis, monseñor, que la reserve —interrumpió Gabriel—. Es un secreto que hubiese yo guardado viviendo lord Wentworth, y que con doble motivo debo guardar después de muerto. Sin embargo —añadió Gabriel, bajando la voz—, puedo confiaros, a vos solo, monseñor, que yo, en su lugar, hubiera hecho lo mismo. ¡Sí! Lord Wentworth ha hecho lo que debía, porque aun cuando no hubiese tenido por qué abochornarse delante de ningún hombre, y me tenía a mí, la conciencia de un caballero es ya un testigo demasiado importuno para que uno deba imponerle silencio a toda costa, y cuando uno tiene el honor de pertenecer a la nobleza de un noble país, hay caídas fatales de las que sólo es posible levantarse cayendo muerto.

—Os comprendo, Gabriel. Lo único, pues, que debemos hacer con respecto a lord Wentworth es disponer que se le tributen los últimos honores.

—Ahora es digno de ellos —observó Gabriel—. Aunque deploro amargamente su fin... necesario, es para mí motivo de alegría poder estimar y sentir, al emprender el viaje, la muerte del que me hospedó en esta ciudad.

Después de reiterar las gracias y de despedirse del duque de Guisa, Gabriel se dirigió al palacio del gobernador, donde residía todavía Diana de Castro.

No la había visto desde el día anterior, pero Diana había sabido, como todo Calais, la feliz intervención de Ambrosio Paré en la salvación del duque de Guisa, y Gabriel la encontró relativamente tranquila y animada.

Como los enamorados son supersticiosos, la animación de Diana hizo mucho bien a Gabriel. Aumentó el contento de la primera, como era natural, cuando Gabriel la refirió lo que acababa de pasar entre el duque de Guisa y él y la enseñó la carta y el cofrecito que había conquistado a costa de tantos y tan terribles peligros.

Empero aun en medio de su alegría, sintió como buena cristiana el desgraciado fin que había tenido lord Wentworth, quien, si bien es cierto que la ultrajó, arrastrado por su desesperación, cuando se vio vencido, no lo es menos que la respetó y rodeó de consideraciones durante tres meses, mientras fue dueño y señor absoluto de la plaza.

—¡Dios le perdone como le perdono yo! —exclamó Diana.

Habló Gabriel a continuación de Martín Guerra, de los Peuquoy, de la protección que el duque de Guisa había ofrecido que le dispensaría a ella... en una palabra: habló de todos y de todo.

Hubiese querido tener mil motivos de conversación para continuar más tiempo al lado de Diana aunque no hacía más que pensar en la imperiosa necesidad de emprender cuanto antes el viaje a París; y es que deseaba partir y permanecer allí; era feliz, y al mismo tiempo se encontraba inquieto.

Al fin, viendo que la hora se aproximaba, no tuvo más remedio que anunciar su marcha, que únicamente podía retardar ya algunos instantes.

—¿Te vas, Gabriel? Haces bien, por mil razones —dijo Diana—. A mí me faltaba valor para hablarte del viaje, y sin embargo, al no retardarlo, me das una prueba de cariño, la más grande que podías darme. Sí, Gabriel mío; vete. Vete para abreviar los dolores de mi espera; vete para que nuestra suerte se decida pronto.

—¡Bendito sea tu valor, que sostiene al mío! —exclamó Gabriel.

—Hace poco —repuso Diana—, sentía al escucharte, y tú debías de sentirla también al hablarme, cierta intranquilidad. Hablábamos de mil cosas distintas, y ninguno de los dos osábamos abordar la verdadera cuestión que palpitaba en nuestros corazones y en nuestras existencias; pero, toda vez que hemos de separarnos dentro de breves instantes, bien podemos hablar sin temor del único asunto que nos interesa.

—Una sola mirada te basta para leer en tu alma y en la mía —dijo Gabriel.

—Escúchame, pues: además de la carta que llevas para el rey de parte del duque de Guisa, le entregarás otra, que escribí anoche, y que pongo en tus manos. En ella le digo que te soy deudora de la honra y de la vida, y así sabrá el rey, y sabrá la corte entera, que has devuelto al reino una ciudad y al padre una hija. Hablo así porque creo, quiero creer que no se engañan los sentimientos de Enrique II y que tengo derecho a llamarle padre.

—¡Oh, Diana querida! ¡Si Dios hiciera que tus esperanzas fuesen reflejo de la verdad!

—Te tengo envidia, Gabriel, porque levantarás antes que yo el velo de nuestros destinos. Sin embargo, te seguiré de cerca. Puesto que tan bien dispuesto está en mi favor el duque de Guisa, le pediré que me permita salir mañana, y aunque yo habré de viajar más lentamente que tú, espero que entre tu llegada a París y la mía no habrá muchos días de diferencia.

—¡Sí, sí! ¡Ven cuanto antes! Tu presencia me traerá la dicha.

—En todo caso, no quiero que nuestra separación sea completa, quiero que alguien haga que mi recuerdo surja en tu pensamiento. Puesto que te ves obligado a dejar a Martín Guerra, llévate al paje francés que lord Wentworth puso a mis órdenes. Andrés es un niño, tiene diez y siete años, y quizá sea más joven en carácter que en edad, pero es fiel, leal, no dudo que podrá prestarte algún servicio. Acéptalo de mí: entre los rudos servidores que te acompañarán en el viaje, tendrás uno dulce y cariñoso que te sirva.

—Gracias, Diana, por tu delicada atención; pero, ¿sabes que parto dentro de breves instantes?

—Andrés está prevenido. ¡Ya verás lo orgulloso que está porque va a servirte! Él mismo se lo ha preparado todo, está en disposición de emprender la marcha, y no me resta más que darle algunas instrucciones. Mientras te despides tú de la familia de los Pequoy, Andrés ultimaré los preparativos e irá a reunirse contigo antes de que hayas salido de Calais.

—¡Lo acepto con verdadero júbilo! Al menos tendré con quien hablar alguna vez de ti.

—También había pensado yo en ello —dijo Diana de Castro ruborizándose—. Y ahora, sólo nos falta decirnos adiós.

—¡Adiós, no! —exclamó Gabriel—. Es muy triste decirse adiós. Nos despediremos diciendo hasta la vista.

—¡Dios mío! ¡Cuándo, y, sobre todo, cómo nos volveremos a ver! Si el enigma de nuestra suerte se resuelve en contra nuestra, ¿no te parece que sería mejor que no nos volviésemos a ver más?

—¡No digas eso, Diana! —exclamó Gabriel—. ¡No digas eso! Por otra parte, no

siendo yo, ¿quién podrá darte cuenta del desenlace, funesto o próspero?

—¡Ay, Virgen Santa! Próspero o funesto, me parece que, si lo escucho de tu boca, moriré de dolor o de alegría.

—Entonces... ¿cómo haremos para que sepas...?

—¡Espera un momento!

Diana se quitó del dedo un anillo de oro y sacó de un cofre el velo de religiosa que usaba en el convento de las Benedictinas de San Quintín.

—Escucha, Gabriel —dijo con entonación solemne—: como es muy probable que nuestro porvenir se decida antes de mi llegada a París, encargarás a Andrés que salga a mi encuentro. Si Dios está de nuestra parte, entregará el anillo nupcial a la vizcondesa de Montgomery, y si nuestras esperanzas nos engañan, pondrá este velo de religiosa en las manos de sor Bendita.

—¡Oh! ¡Deja que caiga a tus plantas y que te adore como a un ángel! —exclamó Gabriel, hondamente conmovido ante aquella prueba delicada de amor.

—¡No, Gabriel, no; levántate! —contestó Diana—. Tengamos energía y seamos dignos el uno del otro, cualesquiera que sean los designios de Dios. Deposita en mi frente un beso casto y fraternal, como el que yo deposito en la tuya para infiltrarte en la medida de mis fuerzas y de mis medios fe y energía.

Después de cambiar en silencio aquel beso santo y doloroso, dijo Diana:

—Y ahora, mi querido Gabriel, nos separaremos diciéndonos, no adiós, puesto que te infunde temor esa palabra, sino hasta la vista, en este mundo o en el otro.

—¡Hasta la vista! ¡Hasta la vista! —murmuraba Gabriel.

Y estrechando a Diana contra su pecho, la miraba con avidez, cual si quisiera beber en sus hermosos ojos la fuerza de que tanta necesidad tenía.

Obedeciendo a una señal triste pero expresiva de Diana, Gabriel se separó de ella, y seguidamente se puso el anillo en el dedo y guardó en el pecho el velo de religiosa.

—¡Hasta la vista, Diana! —repitió con voz ahogada.

—¡Hasta la vista, Gabriel! —contestó Diana haciendo un gesto de esperanza.

Gabriel no salió; puede decirse que huyó como un insensato.

Media hora después, el vizconde de Exmés, más tranquilo, salía de la ciudad de Calais reintegrada por él a Francia.

Iba a caballo, y le acompañaban el paje Andrés, que se le había reunido, y cuatro de sus voluntarios.

Uno de ellos era Ambrosio, que no cabía de alegría en el pellejo porque llevaba a París algunas mercancías inglesas que esperaba vender a buen precio en algún pueblo cercano a la corte.

El otro era Pilletrousse, que no quería permanecer más en una ciudad conquistada en donde, por ser vencedor y amo... temía sucumbir a la tentativa, volviendo a sus antiguas costumbres.

Ivonne era el tercero, que no había encontrado en Calais un sastre digno de su confianza, y el traje que llevaba estaba demasiado deteriorado después de tantas pruebas, y de consiguiente, demasiado poco presentable. Únicamente en París podía vestirse a su gusto.

Y finalmente, Lactancio había solicitado de su señor que le permitiera acompañarle a París a fin de que su confesor le dijese si sus hazañas habían rebasado el límite de sus penitencias y si el activo de sus austeridades era igual que el pasivo de sus hechos de armas.

Pedro, Juan y Babette Peuquoy quisieron acompañar a los cinco jinetes hasta la puerta llamada de París.

Allí les fue preciso separarse. Gabriel se despidió efusivamente de sus buenos amigos, y éstos, con lágrimas en los ojos, le bendijeron y desearon mil felicidades.

Bien pronto perdieron de vista los Peuquoy a los expedicionarios, que al trote de sus caballos desaparecieron en un recodo del camino. Entonces se volvieron con el corazón oprimido al lado de Martín Guerra.

Gabriel iba serio, grave, pero no triste: le animaba la esperanza.

Ya una vez había salido de Calais creyendo que en París encontraría la solución de su destino, pero entonces no le eran las circunstancias tan favorables como ahora, pues le intranquilizaba la suerte de Martín Guerra, las de Babette y de los Peuquoy, y sobre todo, la de Diana, a la que dejaba prisionera en poder de lord Wentworth, enamorado de ella. En aquella ocasión, tampoco le decían nada bueno los vagos presentimientos que acerca de su porvenir palpitaban en su alma, pues todo su mérito había consistido en prolongar la resistencia de una ciudad, que al fin cayó en poder del enemigo, ¿valía aquel servicio la recompensa prometida?

Pero ahora se dirigía a París sin dejar a sus espaldas nada que pudiera intranquilizarle. Ningún peligro corría la vida de sus queridos heridos, su escudero y su general, toda vez que Ambrosio Paré había afirmado que respondía de su curación; Babette Peuquoy se casaría con el hombre que la adoraba y a quien ella correspondía, asegurando así para siempre su honor y su dicha; y Diana de Castro, dueña de sus actos y reina en una ciudad francesa, emprendería al día siguiente el viaje para reunirse en París con Gabriel.

En fin, nuestro héroe había luchado con denuedo bastante contra la fortuna para poder abrigar fundadamente la esperanza de que aquélla se habría cansado de perseguirle. La gloriosa empresa que consiguió llevar a término feliz ideando la toma de la plaza de Calais y contribuyendo eficazmente a la realización de la misma, era de aquellas cuyo precio ni se discute ni se regatea. La devolución de la llave de Calais al rey de Francia era una de esas proezas que legitiman las ambiciones más desmesuradas, y las del vizconde de Exmés no podía ser más justa ni más sagrada.

¡Esperaba! Las persuasivas palabras y las dulces promesas de Diana resonaban

todavía en sus oídos juntamente con los últimos votos de Peuquoy. Gabriel veía a su lado a Andrés, cuya presencia le recordaba a su amada, veía a los valientes voluntarios que le escoltaban, veía, cuidadosamente sujeto al arzón de la silla, el precioso cofrecito que encerraba las llaves de Calais, tocaba, debajo de su jubón, la copia de la capitulación de Calais y las cartas del duque de Guisa y de Diana de Castro; en su dedo brillaba el anillo de oro de Diana... ¡Cuántas y cuan elocuentes garantías de dicha futura!

Hasta el cielo, limpio, transparente y sin nubes, parecía que hablaba de esperanzas; hasta el aire, fuerte, pero puro, activaba la circulación de su sangre infiltrando en ella hálitos de esperanza, y los rumores variados del campo durante el crepúsculo vespertino parecían un canto de paz, de calma, y el sol, que se hundía entre tules de púrpura a la izquierda de Gabriel, ofrecía el más encantador de los espectáculos. Imposible hacer un viaje en demanda de un objetivo anhelado bajo auspicios más felices. Pronto sabremos si aquéllos mintieron o no.

XV

UNA CUARTETA

El día 12 de enero de 1558 se celebraba en el Louvre, en los salones de la reina Catalina de Médicis, una de las brillantes reuniones de que hemos hablado, a las que asistían, además de los reyes, todos los príncipes y gentilhombres del reino.

La reunión estaba aquella noche excepcionalmente brillante y animada, a pesar de que una buena parte de la nobleza se hallaba guerreando a la sazón en el Norte, a las órdenes del duque de Guisa.

Descollaban entre las damas, además de Catalina, reina de derecho, Diana de Poitiers, reina de hecho, la reina-delfina María Estuardo y la melancólica princesa Isabel, que iba a ser reina de España y cuya espléndida belleza, ya tan admirada, debía ocasionar en su día su desgracia.

Entre los caballeros, las figuras más salientes, eran Antonio, jefe actual de la Casa de Borbón, rey equívoco de Navarra y príncipe sin decisión y débil, a quien su mujer Juana de Albret, dotada de un corazón viril, había enviado a la corte de Francia para conseguir que, por mediación de Enrique II, le fuesen devueltas sus tierras de Navarra, confiscadas por España.

Pero Antonio de Navarra protegía ya por entonces las opiniones calvinistas y no podía hacerse simpático en una corte que enviaba a la hoguera a los herejes.

También se encontraba allí su hermano Luis de Borbón, príncipe de Condé, quien sabía hacerse respetar, ya que no querer, a pesar de ser calvinista más entusiasta que el rey de Navarra y de pasar por jefe de los rebeldes. Luis de Borbón había conseguido que el pueblo le quisiese. Montaba admirablemente a caballo, esgrimía con maravillosa destreza la espada y la daga, y estas cualidades acreedoras eran a que las gentes fuesen benévolas con respecto a sus prendas físicas, que le favorecían poco, dicho sea con todos los respetos debidos, pues era harto bajo de estatura y tenía la espalda excesivamente desarrollada. Era, además, decididor, galante, alegre, adoraba a todas las mujeres, y dio motivo a que el pueblo le cantase la siguiente copla:

*A ese hombre tan pequeño,
que es galán en miniatura,
por decididor y risueño
guárdele Dios la apostura.*

Alrededor del rey de Navarra y del príncipe de Condé se agrupaban, naturalmente, los caballeros que, abierta o secretamente, simpatizaban con los

reformadores, tales como el almirante Coligny, La Renaudie, el barón de Castelnau que, recién llegado de la Turena, su provincia, había sido presentado aquel mismo día en la corte por primera vez.

La reunión, a pesar de los ausentes, era, como se ve, numerosa y distinguida, pero en medio del ruido, de la agitación y de la alegría general, había dos hombres que permanecían distraídos, serios, casi tristes: Enrique II y el condestable de Montmorency.

La persona de Enrique II estaba en el Louvre, pero su pensamiento en Calais.

Hacía tres semanas, es decir, desde el día de la marcha del duque de Guisa, que el rey pensaba noche y día en la arriesgada empresa que podía expulsar a los ingleses del reino, pero que también podía comprometer gravemente la salvación de Francia.

Más de una vez se había reconvenido severamente Enrique II por haber autorizado al duque de Guisa para intentar una hazaña tan peligrosa.

Si la empresa abortaba, ¡qué vergüenza! Quedaría afrentado a los ojos de Europa. ¡Cuántos esfuerzos tendría que hacer para reparar el daño! La tristemente célebre jornada del día de San Lorenzo no sería nada en comparación del fracaso del golpe intentado contra Calais, porque siempre se diría que si el condestable de Montmorency sufrió una derrota, Francisco de Lorena había ido espontáneamente a buscarla.

El rey, que desde hacía tres días no tenía noticias del ejército sitiador, estaba triste y preocupado, y apenas si prestaba atención a las palabras del cardenal de Lorena que, de pie junto a su sillón, se esforzaba por reanimar su esperanza.

Diana de Poitiers advirtió pronto el mal humor de su regio amante, pero viendo que el condestable de Montmorency estaba tan triste, o más que el rey, optó por entablar conversación con el vencido de San Quintín.

También atormentaba al condestable la idea del sitio de Calais, pero por motivos diferentes, opuestos, mejor dicho, a los que determinaban la preocupación del rey.

Enrique II temía la derrota y el condestable temía el triunfo.

Efectivamente: si el duque de Guisa triunfaba, pasaría a ocupar el primer puesto en el reino, y el condestable habría de descender al segundo. La salvación de Francia envolvía la pérdida, la ruina del pobre condestable, quien ya sabemos que siempre colocó al egoísmo por encima del amor a la patria.

No es, pues, de admirar que recibiera con bastante aspereza a la bella favorita que, con la sonrisa en los labios, se dirigía hacia él.

El lector no habrá olvidado lo que dijimos sobre el amor anómalo y depravado que la amante del rey más galante del mundo profesaba a aquel soldadote grosero y brutal.

—¿Qué le pasa hoy a mi viejo guerrero? —preguntó Diana con acento acariciador.

—¡Ah! ¿También vos os burláis de mí, señora? —gruñó Montmorency con acritud.

—¡Yo burlarme, amigo mío! ¡No sabéis lo que decís!

—¡Pero sé lo que me decís vos! —replicó el condestable—. Me llamáis vuestro viejo guerrero... ¿Viejo? Es verdad; no soy un barbilindo de veinte años. ¿Guerrero? ¡Esto no! Ya veis que sólo me conceptúan digno de figurar en las paradas con la espada al cinto, o bien en los salones del Louvre.

—¡No digáis tal cosa, amigo mío! ¿No continuáis siendo *el condestable*?

—¿Y qué es el condestable cuando hay un teniente general del reino?

—Ese título desaparecerá juntamente con los sucesos que lo hicieron necesario, al paso que el vuestro, ligado como está sin revocación posible a la primera dignidad militar del reino, no puede desaparecer más que con vos.

—Entonces, me doy por muerto y enterrado —dijo el condestable sonriendo con amargura.

—¿Por qué habláis así, amigo mío? Hoy sois tan poderoso como habéis sido siempre, y seguís siendo tan temible como siempre para los enemigos exteriores del reino y para los enemigos personales de dentro.

—Hablemos con seriedad, Diana, y no tratemos de entretenernos con frases.

—Si os engaño, será porque me engaño yo mismo. Dadme pruebas de que sufro una equivocación, y no sólo reconoceré al punto mi error, sino que haré por repararlo en la medida de mis fuerzas.

—Pues bien: pretendéis que tiemblan ante mí los enemigos de fuera, palabras altamente consoladoras, es cierto, ¿pero, a quién envían contra esos enemigos? A un general más joven, y sin duda más afortunado que yo, pero que podría en su día explotar su fortuna en provecho propio.

—¿Luego creéis que el duque de Guisa triunfará?

—Sus reveses —contestó con hipocresía el condestable— serían para Francia una desventura inmensa, que yo deploraría amargamente, pero su triunfo sería para mí la más horrible de las desgracias.

—¿Creéis que la ambición del duque de Guisa...?

—La he sondeado, y es profunda, muy profunda —contestó el envidioso cortesano—. Si un accidente cualquiera determinase un cambio de reinado, ¿habéis meditado, Diana, en lo que influiría esa ambición, apoyada por la influencia de María Estuardo, sobre el ánimo de un rey joven y sin experiencia? Mi adhesión a vuestros intereses me ha enajenado por completo las simpatías de la reina Catalina. Los Guisa serían más reyes que el mismo rey.

—Semejante desventura, a Dios gracias, es muy improbable —contestó Diana, admirada de que un hombre de sesenta años hablase de la muerte probable de un rey de cuarenta.

—Hay en contra nuestra otras contingencias más inmediatas y no menos terribles —observó moviendo tristemente la cabeza el condestable.

—¿Tenéis la bondad de decirme a qué contingencias terribles os referís, amigo mío?

—¿Habéis perdido la memoria, Diana? ¿O es que fingís ignorar quién acompañó a Calais al duque de Guisa, quién le sugirió, según todas las apariencias, la idea de esa temeraria empresa, quién regresará triunfante con él, si triunfa, y quién conseguirá que se le atribuya en gran parte el honor de la victoria?

—¿Lo decís por el vizconde de Exmés?

—¿Por quién lo había de decir, Diana, sino por él? Podréis vos haber olvidado su extravagante promesa, pero yo os aseguro que él la tiene muy presente. Ahora bien, como la casualidad es tan caprichosa, no me extrañaría que cumplierse la promesa empeñada y viniese a exigir que el rey cumplierse la suya.

—¡Imposible! —exclamó Diana.

—¿Qué es lo que tenéis por imposible? ¿Que el vizconde de Exmés cumpla su palabra o que el rey haga honor a la suya?

—Las dos alternativas son igualmente disparatadas y absurdas, y la segunda más que la primera.

—Sin embargo, si la primera se realiza, será preciso que se realice también la segunda. El rey es débil cuando se trata de compromisos de honor, y sería muy capaz de echárselas de cumplido caballero y de entregar su secreto y el nuestro en manos enemigas.

—Repito que es un sueño, una quimera, una insensatez.

—¿Y qué haríais, Diana, si vieseis con vuestros ojos y tocáis con vuestras manos ese sueño convertido en realidad?

—No lo sé, mi querido condestable, no lo sé. Sería preciso indagar, moverse, idear algo, obrar... ¡todo antes que consentir lo que vos teméis! Si el rey nos abandona, prescindiremos del rey, y seguros de antemano de que aquél no ha de atreverse a desaprobar lo que hagamos, utilizaremos todo nuestro poder y llegaremos hasta donde pueda llegar nuestra influencia personal.

—¡Ah! ¡Ahí es donde os esperaba! —exclamó el condestable—. ¡Nuestro poder...! ¡Nuestra influencia personal...! Blasonad de la que tengáis vos, Diana, que la mía se ha reducido tanto, que la considero muerta. Cualquiera de mis enemigos de dentro, a quienes tanto compadecíais hace poco, puede mantenérselas con el condestable, con este mísero condestable, que tiene menos valimiento en la corte que ninguno de esos caballeros que pululan por los salones. ¡Mirad, si no, el vacío que hacen en torno de mi persona! ¡Es natural! ¿Quién se toma la molestia de hacer la corte a un poder que fue, a un poder derrocado? Por consiguiente, Diana, no contéis en lo sucesivo, si no queréis exponeros a un desencanto, con el apoyo de un viejo

servidor en desgracia, sin amigos, sin poder, sin influencia y... hasta sin dinero.

—¿Sin dinero? —preguntó Diana con acento de incredulidad.

—¡Sí, ira de Dios, sin dinero! —repitió colérico el condestable—. ¡Sin dinero, sí; y es lo más doloroso quizás a mis años, y después de los servicios que he prestado! La última guerra me arruinó, Diana; mi rescate y el de algunos de mis servidores y parciales consumió todo mi caudal. ¡Ah! ¡Bien lo saben los que me abandonan! ¡El mejor día tendré que salir a pedir una limosna por las calles, como aquel general cartaginés... Belisario, creo que se llamaba, de quien he oído hablar a mi sobrino el almirante!

—¿Y los amigos, condestable? —preguntó Diana, riéndose a la vez de la erudición y de la rapacidad de su viejo amante.

—No los tengo —contestó el condestable.

Con acento de voz el más patético del mundo, añadió:

—¡Los desgraciados no tienen amigos!

—Voy a demostraros lo contrario —replicó Diana—. Ahora conozco de dónde proviene el negro humor que hoy tenéis. ¿Por qué no me lo dijisteis con toda franqueza desde el primer momento? ¿No os inspiro ya confianza? No os habéis conducido muy bien, pero no importa; me vengaré como se vengán los amigos. ¿No cobró el rey la semana pasada un nuevo impuesto?

—¡Oh, mi querida Diana! —exclamó el condestable hecho un panal de miel—, un impuesto muy justo aunque bastante pesado, para cubrir los gastos de la guerra.

—¡Magnífico! Quiero demostraros, pero en el acto, que una mujer puede reparar, hasta con creces, las injusticias que la fortuna comete a veces con hombres de vuestro mérito. No parece que Enrique esté de muy buen talante, pero es igual: voy a hablar con él, a fin de que dentro de muy poco os veáis obligado a confesar que soy aliada fiel y excelente amiga vuestra.

—Desde este instante proclamo que sois tan buena como hermosa —dijo con galantería el condestable.

—Pero vos, por vuestra parte, os obligáis a no abandonarme, si tuviese necesidad de vuestro concurso, luego que haya alumbrado los manantiales de vuestro crédito, ¿no es verdad, mi viejo león? ¿Me prometéis que no volveréis a decir a vuestra fiel amiga que sois impotente contra nuestros enemigos comunes?

—¡Oh, mi querida Diana! ¿No es vuestro todo cuanto soy y valgo? Si muchas veces me apena la pérdida de mi influencia, bien sabe Dios que no es por mí, sino porque temo que no he de poder servir como deseo a mi bella soberana y amante.

—Quedo contenta —dijo Diana con una sonrisa llena de promesas.

En seguida acercó su hermosa mano a los groseros y barbudos labios de su poco favorecido amante, quien depositó en ella un beso. Inmediatamente se dirigió al sitio donde estaba el rey.

El cardenal de Lorena continuaba al lado de Enrique II, trabajando en interés de su hermano y procurando tranquilizar al rey acerca del resultado de la temeraria empresa de Calais.

Desplegaba el cardenal toda su elocuencia, que no era poca, pero Enrique daba más crédito a sus temores que a las palabras que resonaban en sus oídos.

Diana, al llegar junto a ellos, dijo al cardenal:

—Apuesto, monseñor, a que vuestra eminencia está hablando mal al rey del pobre Montmorency.

—¡Oh, señora! —exclamó Carlos de Lorena, desconcertado por aquel ataque imprevisto—. Me atrevo a poner al rey por testigo de que ni siquiera se ha pronunciado en nuestra conversación el nombre del señor condestable.

—Es cierto —dijo el rey.

—¡Lo que no deja de ser otro sistema de hacer daño! —repuso Diana.

—Entonces, si no puedo ni hablar ni callar acerca del condestable, ¿tendréis la bondad, señora, de indicarme qué deberé hacer? —dijo el cardenal.

—Hablar, pero en su favor —respondió Diana.

—¡Con mucho gusto! —dijo el astuto cardenal—. Como he sido siempre obediente y sumiso a los mandatos de las hermosas, diré que el señor de Montmorency es un genio de la guerra que ganó la batalla de San Quintín y salvó a Francia, y añadiré que, en este momento mismo, deseando coronar brillantemente su obra, ha emprendido una ofensiva gloriosa contra el enemigo e intenta una empresa memorable frente a los muros de Calais.

—¡Calais! ¡Calais! ¡Ah! ¡Quién me diera noticias de Calais! —murmuró el rey, que en la guerra de palabras que reñían la favorita y el cardenal sólo se había fijado en el nombre de aquella plaza fuerte.

—Poseéis un sistema de alabar tan admirable y cristiano, señor cardenal —replicó Diana—, que no puedo menos de felicitaros por una caridad tan cáustica.

—Consiste eso, señora, en que no sé qué otro elogio pueda hacerse del pobre señor de Montmorency, como le llamasteis vos hace poco —dijo Carlos de Lorena.

—Buscáis mal sin duda, señor cardenal —repuso Diana de Poitiers—. ¿No podría, por ejemplo, hacer justicia al cielo con que el condestable organiza en París los últimos medios de defensa que nos quedan y reúne las pocas tropas de que puede disponer Francia, mientras otros aventuran y comprometen los verdaderos recursos de la patria en empresas arriesgadas?

—¡Oh! —se limitó a exclamar el cardenal.

—¡Ay! —suspiró el rey.

—¿Y no podríais añadir —continuó Diana— que si la fortuna no siempre ha acompañado al señor de Montmorency, que si la desgracia se ha declarado en su contra, al menos es un caballero exento de toda ambición personal, no defiende otra

causa que la de su patria, y lo ha demostrado sacrificándose todo: su vida, que ha expuesto el primero, su libertad, de la que se ha visto privado durante algún tiempo, y su fortuna, de la cual nada le queda en la actualidad?

—¡Oh! —repitió el cardenal de Lorena, esta vez con verdadera sorpresa.

—¡Sí, señor cardenal! —dijo Diana—. Sabed que el señor de Montmorency está arruinado.

—¡Arruinado! ¿Pero, es cierto? —preguntó el cardenal.

—Tan arruinado —añadió la impudente favorita—, que en este momento vengo a pedir a su majestad que socorra en su apuro a ese leal servidor.

Y como el rey, cuya preocupación no cedía, guardase silencio, insistió Diana:

—Sí, señor; os conjuro a que favorezcáis a vuestro fiel condestable, a quien han dejado en la pobreza los gastos considerables ocasionados por la guerra que sostuvo en servicio de vuestra majestad y la cantidad que tuvo que pagar por su rescate... ¿No me escucháis, señor?

—Dispensadme, señora —respondió el rey—, no puedo ocuparme ahora de esa cuestión; embarga por completo mi atención el pensamiento en la posibilidad de un desastre en Calais.

—Razón de más para que vuestra majestad procure contentar y favorecer al hombre que se ha consagrado de antemano a atenuar ese desastre, si cae sobre Francia —replicó la favorita.

—¿Ignoráis que estoy tan falto de dinero como el condestable?

—¿Y el nuevo impuesto que se acaba de recaudar? —preguntó Diana.

—Está destinado a pagar y mantener las tropas —dijo el cardenal.

—¿Entonces, la mayor parte de ese impuesto debe darse al jefe del ejército? —preguntó Diana.

—¡Naturalmente! —respondió el cardenal—. Y el jefe del ejército está en Calais.

—Os engañáis; está en París, en el Louvre —replicó Diana.

—¿Pretendéis, señora, que sean recompensados los desastres?

—Preferible es recompensar los desastres, señor cardenal, a alentar las demencias.

—¡Basta! —interrumpió el rey—. ¿No estáis viendo que vuestra disputa me fatiga y ofende? ¿Sabéis, señora, sabéis vos, señor cardenal de Lorena, que hace poco encontré una cuarteta en mi libro de Horas?

—¿Una cuarteta? —preguntaron al unísono Diana y Carlos de Lorena.

—¿Y sabéis lo que dice? Pues escuchad:

*Si cual Diana quiere y como Carlos
Dejáis que os ablanden y os gobiernen,
Y os retuerzan, os fundan y os moldeen,*

*Sabedlo, Señor; no seréis hombre;
seréis cera.*

Diana, sin desconcertarse en lo más mínimo, dijo con serenidad:

—Un juego de palabras dictado por la galantería. Se me atribuye sencillamente sobre el ánimo de vuestra majestad una influencia que no tengo.

—Lo que debierais hacer, señora, es no abusar de esa influencia que sabéis muy bien que tenéis —replicó el rey.

—¿La tengo de veras, señor? —preguntó Diana con dulce inflexión de voz—. ¿En ese caso, me concede vuestra majestad la gracia que acabo de pedir para el condestable?

—¡Concedido! —contestó el rey con enojo—. Pero deseo que me dejéis entregado a mis dolorosos presentimientos, a mis inquietudes.

Ante semejante prueba de debilidad, el cardenal levantó los ojos al cielo. Diana le dirigió una mirada de soslayo con aire de triunfo.

—Gracias, señor —dijo al rey—, me retiro obedeciendo vuestros mandatos. Desterrad los recelos, señor, que la victoria sigue siempre a los reyes generosos, y mi opinión es que triunfaréis.

—¡Acepto el pronóstico, Diana, pero con cuánto placer recibiría la noticia de haber triunfado! Desde hace algún tiempo no duermo, no descanso, no vivo... ¡Dios mío! ¡Cuan limitado es el poder de los reyes! ¡No tener medios de saber lo que pasa en Calais! Por más que digáis, señor cardenal, el silencio de vuestro hermano es alarmante... ¡Ah! ¿Quién me traerá noticias de Calais?

Entró en aquel momento el ujier de servicio, hizo al rey una reverencia profunda, y dijo en alta voz:

—Un enviado del señor duque de Guisa, que acaba de llegar de Calais, solicita el honor de ser recibido por vuestra majestad.

—¡Un enviado de Calais! —repitió el rey poniéndose en pie, con mirada jubilosa y sin poder contenerse.

—¡Al fin! —murmuró el cardenal, temblando de temor y de alegría.

—Introducid al mensajero de monseñor de Guisa —dijo el rey—. ¡Que pase al instante! —añadió con impaciencia.

No es necesario decir que todas las conversaciones cesaron, que todos los pechos palpitaron, que todos los ojos se volvieron hacia la puerta.

Gabriel entró en medio del silencio general.

XVI

EL VIZCONDE DE MONTGOMERY

Seguían a Gabriel, lo mismo que cuando regresó de Italia, cuatro soldados: Ambrosio, Lactancio, Ivonnet y Pilletrousse, los cuales eran portadores de las banderas inglesas. No entraron, sin embargo, en el salón: se quedaron en el dintel de la puerta.

Gabriel llevaba entre las manos un cojín de terciopelo sobre el cual venían dos cartas y las llaves de la ciudad de Calais.

Al ver al mensajero brilló en el rostro del rey una expresión que tenía tanto de alegría como de terror. ¿Por qué? Porque creyó adivinar el mensaje, pero le inquietaba el mensajero.

—¡El vizconde de Exmés! —murmuró, viendo cómo Gabriel se aproximaba con paso lento.

Gabriel, solemne y grave, hincó una rodilla en tierra delante del rey.

La favorita y el condestable de Montmorency cambiaron una mirada de alarma y murmuraron a media voz:

—¡El vizconde de Exmés!

—Señor —dijo Gabriel al rey con voz firme—: os traigo las llaves de la ciudad de Calais que, después de siete días de sitio y de tres asaltos encarnizados, entregaron los ingleses al señor duque de Guisa, y que el señor duque de Guisa se ha apresurado a remitir a vuestra majestad.

—¿Calais es nuestro? —preguntó el rey, a pesar de haber oído y comprendido perfectamente.

—Calais es vuestro, señor —respondió Gabriel.

—¡Viva el rey! —gritaron a una todos los presentes, excepción hecha tal vez del condestable de Montmorency.

Enrique II, al ver desvanecidos sus temores, al tener noticia del triunfo glorioso de sus armas, saludó a la reunión con rostro radiante de júbilo, diciendo:

—¡Gracias, señores, gracias! Acepto en nombre de Francia vuestras aclamaciones, pero no deben dirigirse a mí solo; es justo que en su mayor y mejor parte recaigan sobre mi noble primo el señor duque de Guisa.

Resonaron por toda la sala murmullos de aprobación, pero no había llegado el tiempo en que se pudiera gritar: ¡Viva el duque de Guisa!

—Y en ausencia de nuestro querido primo —continuó Enrique—, es para nosotros una felicidad poder dirigir nuestras felicitaciones a vos, señor cardenal de Lorena, que le representáis aquí, y a vos, señor vizconde de Exmés, encargado de

participarnos un hecho tan glorioso.

—Señor —dijo Gabriel respetuosamente, pero con osadía, inclinándose ante el rey—, perdonadme si os digo que ya no me llamo el vizconde de Exmés.

—¿Qué decís? —preguntó el rey frunciendo el entrecejo.

—Señor —continuó Gabriel—; desde el día de la toma de Calais, he creído que podía usar mi verdadero título, que es el de vizconde de Montgomery.

Imposible reflejar la sensación que produjo aquel nombre, en tantos años no pronunciado por nadie en la corte en voz alta. El mensajero del duque de Guisa se titulaba vizconde de Montgomery; luego el conde del mismo título, su padre a no dudar, vivía todavía. ¿Qué significaba el retorno de un nombre tan famoso en otro tiempo?

No recogían los oídos del rey estos comentarios, porque eran, por decirlo así, mudos; pero los adivinaba. Su cara se puso más blanca que su gorguera italiana, y en sus labios temblaban la impaciencia y la cólera.

Diana de Poitiers se mordía los labios con furor, y el condestable, que permanecía en un rincón, salió de su sombría inmovilidad, y su mirada, antes apagada y vaga, se encendió.

—¿Qué habéis dicho, caballero? —preguntó el rey con voz áspera, que en vano intentó suavizar—. ¿Qué título es ése que os atrevéis a tomar? ¿A qué es debida tamaña temeridad?

—El título que he tomado, señor, es el que me corresponde, el mío —contestó con calma Gabriel—; y lo que vuestra majestad llama temeridad no es otra cosa que confianza.

Era evidente que Gabriel estaba resuelto a empeñar irrevocablemente la partida, a jugarse el todo por el todo, a cerrar al rey, como a sí mismo, todo camino que pudiera conducir a aplazamientos o irresoluciones.

Enrique, que lo comprendió así, temiendo su propio enojo y con objeto de evitar, al menos por el momento, el escándalo, dijo:

—Más tarde trataremos de vuestros asuntos personales; por ahora, no olvidéis que sois el enviado del señor duque de Guisa y que no habéis desempeñado todavía la comisión que os confiaron.

—Es cierto —contestó Gabriel, haciendo una reverencia profundísima—. Me falta presentar a vuestra majestad las banderas ganadas a los ingleses: aquí están. Además, el señor duque de Guisa ha escrito una carta para el rey.

Presentó la carta del *Acuchillado* sobre el cojín de terciopelo. El rey la tomó, rompió el sello, rasgó el sobre y, dando el pliego al cardenal de Lorena, dijo:

—A vos, señor cardenal, os toca el derecho de disfrutar de la alegría de leer en voz alta esta carta de vuestro hermano. La carta no se dirige al rey, sino a Francia.

—¡Cómo, señor! —exclamó el cardenal—. ¿Vuestro deseo es que...?

—Mi deseo es, señor cardenal, que aceptéis este honor que os es debido.

Carlos de Lorena se inclinó, tomó con el mayor respeto la carta de manos del rey, la desdobló, y leyó, en medio del silencio más profundo, lo que sigue:

«Señor:

«Calais está en nuestro poder; en una semanas hemos recobrado de los ingleses lo que éstos tardaron en conquistar, hace dos siglos, un año entero.

«Guines y Ham, las dos plazas únicas que todavía poseen en territorio francés, no podrán sostenerse mucho tiempo: me atrevo a prometer a vuestra majestad que, antes de quince días, nuestros enemigos hereditarios habrán sido expulsados definitivamente de todo el reino.

«He creído que debía tratar con generosidad a los vencidos. Estos nos han entregado toda su artillería y todas sus municiones, pero la capitulación deja en libertad a los vecinos que lo deseen para retirarse con sus bienes a Inglaterra. Quizá habría sido peligroso dejar en una plaza recién conquistada ese fermento activo de rebelión.

«La cifra de nuestras bajas es poco considerable, gracias a la rapidez con que ha sido tomada la plaza.

«Me falta el tiempo y el sosiego necesarios, señor, para dar hoy a vuestra majestad detalles amplios. Herido yo gravemente...

El Cardenal palideció e interrumpió la lectura.

—¡Que nuestro primo está herido! —exclamó el rey, fingiendo solicitud.

—Tranquilícense vuestra majestad y vuestra eminencia —dijo Gabriel—. La herida del señor duque de Guisa no tendrá consecuencias, gracias a Dios. A estas horas, únicamente debe de quedarle una noble cicatriz en el rostro y el glorioso sobrenombre de *El Acuchillado*.

El cardenal, que había leído algunas líneas más, se convenció de que Gabriel decía la verdad y, más tranquilo, continuó la lectura.

«Herido yo gravemente el día de nuestra entrada en Calais, he podido salvar la vida gracias al socorro pronto y al genio portentoso de un cirujano joven, llamado Ambrosio Paré; pero estoy aún muy débil, y como consecuencia, me veo privado del placer de escribir con más extensión a vuestra majestad.

«Los demás detalles podrá vuestra majestad oírlos de boca del que, juntamente con esta carta, os presentará las llaves de la ciudad de Calais y las banderas tomadas a los ingleses, y de quien necesariamente he de hablar a vuestra majestad antes de poner fin a la presente.

«No debe recaer sobre mí, señor, todo el honor de la portentosa empresa, tan

admirablemente terminada, de la toma de Calais. A ella he contribuido con todas mis fuerzas batiéndome al frente de nuestras valientes tropas; pero la idea primera, los medios de realizarla, y hasta la realización de la hazaña, se le deben al señor vizconde de Exmés, portador de la presente».

—Parece, caballero —interrumpió el rey, dirigiéndose a Gabriel—, que nuestro primo no os conocía aún por vuestro nuevo título.

—Señor —contestó Gabriel—; nunca me habría atrevido a usarlo por primera vez delante de una persona que no fuese vuestra majestad.

El rey hizo una seña al cardenal, y éste prosiguió de esta suerte:

«Confieso francamente que no había pasado por mi imaginación la idea de dar un golpe tan atrevido; cuando el señor vizconde de Exmés vino a buscarme al Louvre, me expuso las líneas generales de su sublime proyecto, disipó mis dudas, venció mis indecisiones y me determinó a acometer este hecho de armas inaudito, que bastaría por sí solo, señor, para labrar la gloria de un reinado.

«Pero hay más: no podíamos arriesgar a la ligera una expedición de tanta trascendencia, y era preciso que el consejo de la experiencia viniese a dar consistencia a los ensueños del valor. El señor vizconde de Exmés facilitó al mariscal Strozzi los medios de introducirse disfrazado en la plaza de Calais, a fin de que pudiera apreciar los medios de defensa con que aquélla contaba. Además, nos proporcionó un plano exacto y minucioso de las murallas, baluartes y puntos fortificados, de suerte que pudimos avanzar hacia la plaza como si sus murallas hubiesen sido de cristal.

«Frente a los muros de la ciudad y en los asaltos, en la toma del fuerte de Nieullay y en la del Viejo Castillo, en todas partes, el vizconde de Exmés, puesto a la cabeza de su reducido grupo de voluntarios, reclutados y pagados por él, ha hecho verdaderos prodigios de valor; pero como en esto no hizo más que igualar a nuestros intrépidos capitanes, a quienes, a mi juicio, no es posible aventajar, no insistiré sobre las pruebas de heroísmo que dio en todo momento, concretándome exclusivamente a las que personalmente realizó.

«El formidable fuerte de Risbank, que domina por la entrada del puerto de Calais, dejaba expedito el paso a los socorros que enviaba Inglaterra. Si éstos llegaban, estábamos perdidos. Nuestra gigantesca empresa se malograba, y nos atraíamos las risas burlonas de la Europa entera. ¿Cómo soñar siquiera en apoderarnos, no contando con navíos, de una torre defendida por el Océano? Pues bien, señor: el vizconde de Exmés hizo este milagro. Una noche, embarcó con sus voluntarios en una barquilla, y con la ayuda de algunos amigos que tenía en la plaza, después de una navegación temeraria, escaló el terrible fuerte, se hizo dueño de lo

que todo el mundo creía, y era, inexpugnable, y enarboló en él la bandera frances»..

Al oír esto, no pudieron los cortesanos, a pesar de la presencia del rey, contener la admiración, que se tradujo en murmullos prolongados que obligaron a interrumpir la lectura.

La actitud de Gabriel, que se hallaba a dos pasos del rey, en pie, con los ojos bajos, tranquilo, digno y modesto, aumentaba la impresión causada por el relato de su glorioso hecho de armas, y encantaba a la vez a las damas jóvenes y a los soldados encanecidos en la guerra.

Hasta el rey mismo se conmovió y principió a mirar con más dulzura al héroe de aquella aventura épica.

Únicamente la señora de Poitiers se mordía los blancos labios, y el condestable de Montmorency fruncía el espeso entrecejo.

El cardenal, después de la interrupción, continuó la lectura de la carta de su hermano.

«Dueños del fuerte de Risbank, la ciudad era nuestra. Los navíos ingleses no se atrevieron siquiera a intentar un ataque, que sabían que sería inútil. Tres días después entrábamos triunfantes en Calais, secundados eficazmente por los amigos que el vizconde de Exmés tenía en la plaza, que llamaron la atención del enemigo hacía otra parte, y por una salida vigorosísima realizada por el vizconde en persona.

«En esta última fase de la lucha fue, señor, cuando recibí la terrible herida que por poco me cuesta la vida. Si me fuese permitido recordar un servicio personal después de hablar de tantos servicios públicos, añadiría que también fue el vizconde de Exmés quien, a viva fuerza casi, trajo a mi lecho de muerte al prodigioso cirujano Ambrosio Paré, que es quien me ha salvad»..

—¡Oh, caballero! ¡Ahora me toca a mí daros las gracias! —exclamó Carlos de Lorena con voz conmovida.

Seguidamente continuó leyendo con voz más animada, como si hubiese sido su mismo hermano quien hablaba:

«Señor; por lo regular, es atribuido siempre el honor de los grandes hechos de armas al jefe bajo cuyo mando se han realizado. El señor de Exmés, tan modesto como grande, sería el primero que quisiera que mi nombre borrarse al suyo; pero a mí me ha parecido muy justo hacer saber a vuestra majestad que el joven que pondrá esta carta en vuestras manos ha sido la cabeza y el brazo de la empresa, y que, a no ser por él, Calais, a la hora en que escribo estos renglones dentro de sus muros, sería aún de Inglaterra. El señor de Exmés me ha pedido que no lo declare, si lo tengo a

bien, más que al rey; y así lo hago en alta voz, con tanto júbilo como satisfacción.

«He cumplido con mi deber, dando al vizconde de Exmés este testimonio; a vos os toca lo demás, señor; a vos, que tenéis un derecho que yo envidio, pero que no puedo ni quiero usurpar. No hay con qué pagar la reconquista de una plaza fuerte fronteriza y la integridad de un reino, pero, según me dice el vizconde de Exmés, vuestra majestad tiene en sus manos un premio digno de su conquista. Lo creo, señor, aunque sólo un rey, y un rey tan grande como vos, puede premiar con arreglo a lo que vale esta regia hazaña.

«Dios os conceda larga vida, señor, y un reinado feliz.

«Soy, señor, el más humilde y obediente súbdito de vuestra majestad.

Francisco de Lorena

En Calais a 8 de enero de 1558

Cuando Carlos de Lorena terminó su lectura y devolvió la carta al rey, se reprodujeron los murmullos de aprobación, que eran como una felicitación entusiasta de toda aquella brillante corte, y de nuevo saltó de alegría el corazón de Gabriel, violentamente conmovido no obstante su exterior tranquilo. Si el respeto no hubiera impuesto silencio al entusiasmo, el joven vencedor habría oído, sin duda alguna, estrepitosos aplausos.

Instintivamente sintió el rey el entusiasmo general, del que participaba en mayor o menos escala, y no pudo menos de decir a Gabriel, haciéndose intérprete del mudo deseo de todos:

—Os doy el parabién, caballero. Es sublime lo que habéis hecho. Únicamente deseo que, como me da a entender el señor de Guisa, me sea en realidad posible otorgaros una recompensa digna de vos y digna de mí.

—Señor, una sola ambiciono —contestó Gabriel—, y vuestra majestad sabe cuál es...

Como observara un movimiento en el rey, se apresuró a añadir:

—¡Perdón, señor! ¡No he terminado todavía mi comisión!

—¿Qué más hay? —preguntó el rey.

—Una carta de la señora de Castro para vuestra majestad.

—¿De la señora de Castro? —preguntó vivamente el rey.

Sin reflexionar lo que hacía, se levantó, descendió las dos gradas del trono para tomar la carta de Diana, y dijo a Gabriel, bajando la voz:

—Gracias, caballero; no solamente devolvéis la hija al rey, sino que devolvéis también un padre a mi hija. He contraído con vos dos deudas... Pero veamos lo que dice la carta...

Y como los cortesanos, inmóviles y mudos esperaban respetuosos las órdenes del rey, éste, molesto sin duda por aquel silencio observador, añadió alzando la voz:

—Señores, no quiero que por mi causa contengáis la explosión de vuestra alegría. Nada más tengo que decir: lo demás, es asunto que hemos de tratar el enviado de mi querido primo el señor de Guisa y yo. Todos deseáis comentar a vuestro placer el feliz suceso, y mi deseo es que lo hagáis con libertad completa, señores.

El permiso del rey fue acogido con placer por los cortesanos, que inmediatamente formaron grupos. Momentos después no se oyó en el salón más que el zumbido indistinto y confuso que sale de las muchedumbres cuando hablan muchos a la vez.

Diana de Poitiers y el condestable fueron los únicos que, en vez de hablar, se dedicaron a acechar al rey y a Gabriel.

Por medio de una mirada elocuente se comunicaron sus temores, y un gesto casi imperceptible del condestable bastó para que Diana se acercase a su regio amante.

Enrique II, absorto en la lectura de la carta de su hija, no tenía ojos para ver a la envidiosa pareja.

—¡Diana querida...! ¡Pobrecita Diana!... —murmuraba enternecido.

Cuando acabó de leer, llevado de su índole de rey, cuyos impulsos primeros y espontáneos fueron siempre generosos y leales, dijo a Gabriel:

—La señora de Castro me recomienda también a su libertador, y hallo que su recomendación no puede ser más justa, pues me dice que no sólo os debe la libertad, sino el honor.

—He cumplido con mi deber, señor —contestó Gabriel.

—A mí me toca ahora cumplir con el mío —repuso vivamente el rey—. Pedidme vos, caballero: ¿qué desea de mí *el señor vizconde de Montgomery*?

XVII

GOZO Y ANGUSTIA

¡*El señor vizconde de Montgomery!* Este nombre, pronunciado por el rey, encerraba algo más que una promesa; de aquí que Gabriel, al oírlo, se sintiese poseído de un gozo infinito.

Era evidente que Enrique II iba a perdonar.

—¡Se va ablandando! —dijo en voz baja Diana de Poitiers al condestable, que se había aproximado a ella.

—¡Paciencia! ¡A todos nos llegará la vez! —contestó Montmorency sin desconcertarse.

—Señor —decía mientras tanto al rey Gabriel, más conmovido, como le acontecía siempre, por la esperanza que por el temor—, señor, no tengo necesidad de repetir a vuestra majestad la merced que me atrevo a esperar de su bondad, de su clemencia y casi hasta de su justicia. Creo que he realizado todo lo que vuestra majestad exigió de mí, y ahora espero que vuestra majestad se dignará concederme lo que me ofreció. ¿Ha olvidado vuestra majestad su promesa? ¿La cumplirá?

—La cumpliré, caballero —respondió el rey sin vacilar—; pero a condición de que vos os obliguéis a respetar el silencio, según convinimos.

—Del cumplimiento estricto y riguroso de las condiciones estipuladas sale de nuevo garante mi honor, señor.

—Acercaos, pues, caballero.

Aproximóse Gabriel. El cardenal de Lorena se retiró por discreción, pero Diana de Poitiers, que había tomado asiento muy cerca del rey, permaneció inmóvil y pudo oír perfectamente lo que el rey decía, aunque hablaba con voz muy baja.

Enrique II, sin hacer caso de aquella especie de vigilancia, prosiguió con entereza:

—Señor vizconde de Montgomery; sois un valiente a quien aprecio y deseo honrar. Cuando hayáis obtenido lo que con justicia pedís, y que tan dignamente habéis ganado, no por eso os habremos pagado lo que os debemos. Sin embargo, tomad por ahora este anillo, y presentadlo mañana por la mañana al gobernador del Chatelet. Id a las ocho, que para esa hora estará ya avisado y os entregará el objeto de vuestra santa y sublime ambición.

Gabriel, que estaba temblando de gozo, no pudo contenerse, y cayendo de rodillas a las plantas del rey, con el pecho inundado de júbilo y los ojos llenos de lágrimas de reconocimiento, dijo:

—¡Ah, señor! ¡Toda la voluntad, toda la energía de que creo haber dado pruebas,

las emplearé, mientras me reste un soplo de vida, en el servicio de vuestra majestad, de la misma manera que las hubiera puesto al servicio de mi odio, lo confieso, si vos, señor, hubieseis contestado a tal demanda: *No!*

—¿De veras? —preguntó el rey sonriendo bondadosamente.

—Sí, señor; lo confieso. Vos sin duda me habéis comprendido, puesto que me habéis perdonado. ¡Sí! Habría perseguido a vuestra majestad hasta en las personas de sus hijos, con el mismo ardor con que os defenderé y adoraré en vos y en ellos. Ante Dios, que tarde o temprano castiga a los perjuros, protesto que guardaré mi juramento de fidelidad, como hubiese guardado mi juramento de venganza.

—Levantaos, caballero, levantaos —contestó el rey, siempre sonriente—. Calmaos también, y para que ceda vuestra emoción, hablarnos de otra cosa: referidnos con algún detalle esa hazaña maravillosa de la toma de Calais, de la que creo que nunca me cansaré de hablar ni de oír hablar.

Más de una hora permaneció Enrique II al lado de Gabriel, preguntando, escuchando y obligando al narrador a repetir cien veces los mismos pormenores.

Pero, al fin, se vio obligado a cederle a las damas, que anhelaban preguntar también al héroe.

Antes, sin embargo, el cardenal de Lorena, que por lo visto no estaba muy al tanto de los antecedentes de Gabriel, en quien no veía más que al protegido de su hermano, se empeñó en presentarle a la reina.

Catalina de Médicis se vio precisada a felicitar en presencia de toda la corte al que acababa de conseguir del rey una victoria más difícil que la toma de Calais; pero lo hizo con frialdad y altanería evidentes. La mirada severa y desdeñosa de sus ojos pardos desmentían las palabras que salían de su boca, pero no del corazón.

Gabriel dio a Catalina las gracias muy respetuosamente, pero producían frío en su alma las mentidas felicitaciones de la reina, en las cuales, al evocar con el pensamiento el pasado, creía distinguir ironías ocultas y amenazas encubiertas.

Cuando se volvió para retirarse, después de haber dado las gracias a la reina, creyó encontrar la causa determinante de los dolorosos presentimientos que acababan de afligirle. Al llevar la mirada hacia el sitio donde estaba el rey, vio con espanto que Diana de Poitiers se había acercado a él y le hablaba en voz baja. Una sonrisa malévola y sardónica animaba su bello rostro. A juzgar por las apariencias, el rey se defendía y ella insistía con vigor.

Momentos después vio que Diana llamaba al condestable, y que éste conversaba animadamente y por espacio de largo rato con el rey. Todo esto lo observaba Gabriel desde lejos, pero la distancia no le impedía tomar nota de todos los movimientos de sus enemigos y sufrir un martirio atroz.

Cuando más violenta era la sensación de desgarramiento que sentía en el corazón, se acercó a él y principió a hacerle preguntas la reina-delfina María Estuardo,

felicitándole y cumplimentándole con gracia infantil.

A pesar de sus inquietudes, Gabriel encontró fuerzas para contestar a su seductora interpoladora.

—¡Es soberbio! —le decía María Estuardo abandonándose a su entusiasmo—. ¿No es verdad, mi querido delfín? —añadió, dirigiéndose a Francisco, su juvenil marido, que unía sus elogios a los de su mujer.

—¿Qué no haría uno para merecer tan hermosas palabras? —contestó Gabriel, cuyos distraídos ojos no podían apartarse del grupo formado por el rey, Diana y el condestable.

—Cuando yo me sentí inclinada hacia vos por no sé qué instinto de simpatía —continuó María Estuardo con su gracia acostumbrada—, mi corazón sin duda presentía que ibais a aumentar la gloria de mi querido tío el duque de Guisa con esa hazaña maravillosa. ¡Ojalá pudiese yo, como el rey, recompensaros como merecéis! Pero soy mujer, y no tengo a mi disposición títulos ni honores.

—¡Oh! ¡Tengo todo cuanto podía desear! —respondió Gabriel—. ¡El rey no contesta... se limita a escuchar! —pensó.

—Aun cuanto tengáis todo lo que deseáis —replicó María Estuardo—, si yo tuviese poder bastante, creo que hasta os crearía deseos, para tener el placer de realizarlos. Pero ya veis; no puedo. Por el momento, no dispongo más que de este ramo de violetas que el jardinero de la Tournelles me ha enviado, y que tiene algún mérito por ser muy escasas en estos días, después de las recientes heladas. Pues bien, señor de Exmés: con permiso de mi marido, os regalo estas flores, deseando las aceptéis como un recuerdo de este día. Las aceptáis, ¿verdad?

—¡Oh, señora! —exclamó Gabriel besando la mano que le ofrecía las violetas.

—Las flores —continuó María Estuardo pensativa, son, al mismo tiempo que un perfume para el que está contento, un consuelo para el triste. Tal vez llegue un día en que yo sea desgraciada, pero no lo seré del todo si tengo flores. Claro está que a vos, señor de Exmés, que sois dichoso, que saboreáis un triunfo sublime, únicamente como perfume os ofrezco éstas.

—¡Quién sabe! —exclamó Gabriel moviendo la cabeza con melancolía—. ¡Quien sabe si el que llamáis dichoso, el que saborea un triunfo sublime, las necesitará más bien como consuelo!

Mientras hablaba, tenía fija la mirada en el rey, que parecía reflexionar y bajaba la cabeza ante las representaciones por momentos más vivas de Diana y del condestable.

Temblaba al pensar que la favorita habría oído la promesa del rey, y que versaba sobre su padre la conversación que ante sus ojos, pero fuera del alcance de sus oídos, se sostenía.

La delfina se había alejado, burlándose graciosamente de la distracción de Gabriel.

Se le acercó a poco el almirante Coligny, para felicitarle cordialmente por haber sabido conquistar en Calais una reputación más brillante que la que supo ganarse en San Quintín.

Difícilmente podría encontrarse en el mundo un hombre joven que viéndose tan festejado por la fortuna, siendo tan digno, al parecer, de envidia, sufriera las mortales angustias que despedazaban el alma de Gabriel.

—Valéis tanto para ganar victorias como para atenuar derrotas —le dijo el almirante—. Me enorgullece haber presentido vuestro elevado mérito, y sólo un pesar tengo: el de no haber participado con vos en tan prodigioso hecho de armas, tan venturoso para vos como glorioso para Francia.

—En otra ocasión será, señor almirante —contestó Gabriel.

—Dudo que se presente —dijo con cierto dejo de tristeza Coligny—. Lo único que pido a Dios es que, si algún día nos encontramos en el campo de batalla, no sea militando en bandos opuestos.

—¡El Cielo me libre de ello! —exclamó con vivacidad Gabriel—. ¿Pero, qué queréis significar con vuestras palabras?

—El lunes pasado han sido quemados vivos cuatros correligionarios míos. Los reformados, cuyo número y poder aumenta de día en día, concluirán por cansarse de la persecución de que son objeto, y aquel día de los dos bandos que dividen a Francia, es muy posible que se formen dos ejércitos.

—¿Y aunque así sea...?

—Y si así ocurre, señor de Exmés, vos, que a nada os comprometisteis a pesar del paseo que nos llevó juntos a la casa de la calle de Saint-Jacques, vos, que si os obligasteis a ser discreto, os reservasteis toda vuestra libertad de acción, gozáis, muy justamente por cierto, de demasiado favor en el ánimo del rey y en el de la corte para que no sirváis, si llega el caso, en el ejército del rey y peleéis contra el ejército de la *herejía*, nombre que nos dan nuestros enemigos.

—Creo que os engaños, señor almirante —contestó Gabriel, siempre con la mirada puesta en el rey—. Temo que, por el contrario, habré de luchar en breve al lado de los oprimidos y contra los opresores.

—¡Qué escucho! ¡Pero palidecéis, Gabriel... vuestra voz se altera...! ¿Qué os sucede?

—¡Nada... nada, señor almirante! Pero me permitiréis que os deje... Hasta la vista, que probablemente será pronto.

Acababa de sorprender Gabriel un gesto de conformidad que se le escapó al rey, y vio también que al momento se alejaba el condestable, después de haber cambiado con la favorita una mirada de triunfo.

Al cabo de algunos minutos se dio por terminada la recepción, y Gabriel, al pedir permiso al rey para retirarse, atrevióse a decirle:

—Señor, hasta mañana.

—Hasta mañana, caballero —contestó Enrique II, pero sin mirar a Gabriel.

No sonreía ya el rey, y, en cambio, el semblante de Diana de Poitiers reflejaba viva alegría.

Gabriel, a quien todos suponían lleno de alegría, se retiró con el corazón traspasado de dolor. Toda la noche anduvo vagando por los alrededores del Chatelet.

No vio al condestable, y esta circunstancia le reanimó algún tanto. Por otra parte, en su dedo brillaba el anillo del rey, y además, recordaba las palabras formales de Enrique II, palabras que no admitían dudas ni eran susceptibles de falsas interpretaciones: «El objeto de vuestra santa y sublime ambición os será devuelto»..

A pesar de todo, aquella noche que separaba a Gabriel del momento decisivo, iba a parecerle que tenía la duración de un año.

XVIII

PRECAUCIONES

Dios solamente sabe lo que pensó y lo que sufrió Gabriel durante aquellas horas mortales. Nada quiso decir a sus servidores ni a su nodriza, y desde entonces inauguró aquella vida concentrada, muda, aquella vida dedicada a la acción y avara de palabras que continuó luego con extremada rigidez, como si hubiese hecho voto de guardar silencio.

Hasta las ocho no podía presentarse en el Chatelet con el anillo que le había entregado el rey que debía abrir todas las puertas, no sólo para él, sino para su padre.

Hasta las seis permaneció Gabriel encerrado en su habitación, sin querer recibir a nadie.

A las seis bajó, vestido y equipado como para un viaje largo. La víspera había encargado a la nodriza que le tuviera preparado todo el dinero que pudiese reunir.

La servidumbre de su casa acudió solícita por si se le ofrecía algo. Los cuatro voluntarios que había traído de Calais se pusieron a su disposición, pero a todos les despidió, después de darles las gracias, no conservando a su lado más que al paje Andrés y a su nodriza Aloísa.

—Mi querida Aloísa —dijo a esta última—; dentro de pocos días llegarán aquí dos huéspedes, dos amigos de Calais: Juan Peuquoy y su esposa Babette. Pudiera acontecer que, cuando lleguen, no estuviera yo para recibirles; pero aun cuando yo no esté, es decir, con doble razón si no estoy, les acogerás y tratarás como si fuesen hermanos míos. Babette te conoce de referencia, pues cien veces la he hablado de ti. Tendrá en ti una confianza filial: tenía tú también con ella; te lo suplico en nombre del cariño que me profesas, y trátala con el amor e indulgencia propios de una madre.

—Os lo prometo, monseñor —respondió sencillamente la buena nodriza—. Ya sabéis que basta que yo dé una palabra para cumplirla. Podéis estar tranquilo por lo que respecta a vuestros huéspedes, que nada les faltará, así por lo que hace al alma, como por lo que al cuerpo se refiere.

—Gracias, Aloísa —dijo Gabriel estrechando su mano—. Andrés —continuó dirigiéndose al paje—; necesito encargar algunas comisiones de importancia a un servidor seguro y vas a ser tú quien las desempeñes, ya que ocupas el puesto de mi fiel escudero Martín Guerra.

—Estoy a vuestras órdenes, monseñor —contestó Andrés.

—Escúchame bien: dentro de una hora saldré de casa completamente solo. Si vuelvo, no cumplirás ninguno de los encargos que voy a hacerte; pero pudiera suceder que no volviese, o por lo menos, que no volviese hoy, ni mañana, ni... en

algún tiempo...

La nodriza, asustada, levantó los brazos al cielo. Andrés interrumpió a su señor diciendo:

—Perdonadme, monseñor: ¿habéis dicho que puede suceder que no volváis en algún tiempo?

—Sí, Andrés.

—¡Y no os acompaño yo! ¡Y quizá no os vuelva a ver en muchos días! —exclamó el paje con dolor.

—Todo puede ser, Andrés; sí.

—Es que la señora de Castro —repuso el paje—, antes de nuestra salida de Calais, me confió un mensaje para monseñor, una carta...

—¿Una carta que no me has entregado todavía? ¿Por qué, Andrés? —preguntó vivamente Gabriel.

—Dispensadme, monseñor —contestó Andrés—. Tenía orden de no entregárosla hasta que regresaseis del Louvre y suponiendo que os viese muy triste o incomodado.

—¡Oh! ¡Dámela... dámela en seguida! —dijo Gabriel—. Sea advertencia, sea consuelo, no pueden llegar más a tiempo.

Andrés sacó del jubón la carta cuidadosamente cerrada y la entregó a su nuevo señor, quien la abrió con mano nerviosa, retirándose al hueco de una ventana para leerla.

He aquí su contenido:

«Amigo querido: Entre las angustias y las pesadillas de esta noche, que me separará de ti, ¡quién sabe si para siempre!, el pensamiento más cruel, el que más dolorosamente ha desgarrado mi corazón, es el siguiente:

«Es posible que, en el cumplimiento del grande y pavoroso deber que tan valerosamente vas a llevar a cabo, tengas que ponerte en contacto o en lucha con el rey, y es posible que la solución imprevista de esa lucha te obligue a odiarle y te induzca a castigarle...

«Gabriel: no sé aún si es mi padre, pero sí que hasta aquí me ha querido como a una hija. El solo pensamiento de que trates de vengarte de él, me hace estremecer, y la realización de la venganza no dudo que me haría morir.

«Y, sin embargo, tal vez algún día mi mismo nacimiento me obligue a pensar como tú, tal vez me veré también obligada a vengar a mi verdadero padre en la persona del que solo lo fue de nombre. ¡Horrible extremo!

«Pero, mientras esta duda angustiosa y estas tinieblas que continúan flotando ante mis ojos, impidiéndome ver claro en la cuestión, no se disipen, mientras yo ignore a quién debo amar y a quién aborrecer, te conjuro, Gabriel, y no dudo que me obedecerás, si me amas, a que respetes la persona del rey.

«Todavía raciocino en este momento, si no sin emoción, a lo menos sin pasión, y comprendo que a los hombres no les es permitido castigarse unos a otros, porque la administración de justicia es derecho privativo de Dios...

«Pues bien, Gabriel: suceda lo que suceda, no usurpes a Dios el derecho de castigar, ni aun para descargar el golpe contra uno que sea criminal.

«Si el hombre a quien hasta aquí tuve por padre es culpable, y puede que lo sea en realidad, pues que es hombre, no te conviertas en su juez, y menos en su verdugo. Está tranquilo, que todas las maldades se pagan con el tiempo, y Dios nuestro señor te vengará con mayor rigor del que pudieras emplear tú mismo. Sin ningún temor puedes y debes poner tu causa en manos de su justicia.

«Pero a menos de que Dios te haga instrumento involuntario y en cierto modo fatal de su justicia implacable; a menos de que, sin tú quererlo, se sirva de la fuerza de tu brazo; a menos de que asestes el golpe inconscientemente, sin ver y sin querer, no dictes tu sentencia condenatoria, Gabriel, y menos todavía te atrevas a ejecutarla.

«Haz lo que te suplico por el amor que me tienes, Gabriel. Es éste el último favor, la súplica postrera que deposita a tus plantas

Diana de Castro.

Dos veces leyó Gabriel la carta sin que, durante la doble lectura, Aloísa y el paje sorprendieran en su pálido rostro otra señal que la triste sonrisa que en él se había hecho ya familiar.

Luego que hubo doblado la carta de Diana, la guardó en el pecho y permaneció algún tiempo sin despegar los labios, con la cabeza inclinada sobre el pecho, meditando.

Al fin, sacudiendo aquella especie de sueño, dijo en alta voz:

—Está bien. La carta que acabas de entregarme en nada altera las órdenes que te he dado, Andrés, así que, si conforme te dije antes, no vuelvo pronto, oigas o no hablar de mí, y suceda lo que suceda, he aquí lo que deberás hacer.

—Os escucho, monseñor —contestó Andrés—. Juro que obedeceré con puntualidad y exactitud.

—Dentro de pocos días llegará la señora de Castro a París. Procurarás enterarte de su llegada lo más pronto posible.

—Eso es muy fácil, monseñor.

—Si te es posible, saldrás a recibirla y le entregarás de parte mía este paquetito cerrado y sellado. Procura no perderlo, Andrés, aunque para nadie tiene valor lo que encierra, pues es sencillamente un velo de mujer. Pero no importa; le entregarás en propias manos este velo, y le dirás...

—¿Qué le diré, monseñor? —preguntó el paje, viendo que su amo vacilaba.

—No; no le dirás nada... Sí; puedes decirle que es libre, que le devuelvo todas

sus promesas incluso aquélla que simboliza este velo.

—¿Nada más, monseñor? —Nada más— contestó Gabriel—. Sin embargo, si no oyeras hablar de mí, si vieses que la señora de Castro queda demasiado intranquila... ¿Pero, para qué? ¡Nada! No dirás nada más, Andrés, como no sea suplicarle, si lo deseas, que te admita a su servicio, y si no quieres hacerle esa petición, vuelve a esta casa y espera mi regreso.

—Según eso, vuestra intención es volver, ¿verdad, monseñor? —preguntó Aloísa con lágrimas en los ojos—. ¡Como decíais antes que quizá no volviese a oír hablar de vos!...

—Tal vez fuera mejor, Aloísa, que nunca más volvieses a oír pronunciar mi nombre —respondió Gabriel—. En todo caso, espérame y confía.

—¡Esperar cuando hayáis desaparecido para todos, incluso para vuestra nodriza! ¡Ah! ¡Qué difícil es eso! —exclamó Aloísa.

—¿Pero, quién te dice que desapareceré? Es preciso preverlo todo. Tomo todas estas precauciones por lo que pudiera ser, pero yo mismo, te lo digo porque así lo siento, creo firmemente que dentro de muy poco podré abrazarte de nuevo con toda la efusión de mi corazón. Es lo más probable, porque la Providencia es una madre tierna para quien la implora. Además, ¿no he principiado por decir a Andrés que probablemente todas mis recomendaciones serán inútiles y que mis órdenes quedarán sin efecto, suponiendo que vuelva hoy, lo que es casi seguro?

—¡Que Dios os bendiga por las consoladoras palabras que acabáis de dirigirme! —exclamó la pobre Aloísa hondamente conmovida.

—¿No tenéis otras instrucciones que darnos, monseñor? —preguntó Andrés.

—Espera un instante —dijo Gabriel, como recordando de pronto alguna cosa. Sentóse a una mesa y escribió a Coligny la carta siguiente:

«Señor almirante:

«Voy a instruirme en los principios de la religión que profesáis, y desde hoy podéis contarme en el número de vuestros correligionarios.

«Haya influido en mi conversión la fe, o vuestra palabra persuasiva, o bien cualquier otra causa, ello es lo cierto que consagro irrevocablemente a la religión que profesáis mi corazón, mi vida y mi espada.

«Vuestro humilde compañero y buen amigo,

Gabriel de Montgomery

—También entregarás esta carta si no vuelvo —dijo Gabriel a Andrés, dándosela después de cerrada—. Y ahora, mis buenos amigos, necesito deciros adiós y partir: es la hora.

Treinta minutos después, llamaba Gabriel con mano temblorosa a la puerta del

Chatelet.

XIX

EL PRISIONERO EN SECRETO

El señor de Salvoison, gobernador del Chatelet que era cuando Gabriel visitó por primera vez aquella prisión de Estado, había fallecido recientemente, y le había sucedido en el cargo el señor de Sazerac, gobernador actual.

A éste fue presentado Gabriel de Montgomery.

La ansiedad apretaba tan brutalmente con su zarpa de hierro la garganta del pobre Gabriel, que éste no pudo articular palabra; silencioso, mudo, entregó al gobernador el anillo que recibiera del rey.

El señor de Sazerac se inclinó con gravedad.

—Os esperaba, caballero —dijo a Gabriel—. Hace una hora recibí la orden que os interesa. Mi obligación es, al ver este anillo, entregaros, sin pedir explicaciones, al prisionero sin nombre que desde hace muchos años se halla en el Chatelet, señalado con el número veintiuno. ¿No es así, caballero?

—¡Sí... sí! —respondió vivamente Gabriel, a quien la esperanza devolvió el uso de la palabra—. ¿Y esa orden caballero?...

—Estoy pronto a cumplirla.

—¡Oh!... ¿Pero, es posible? —dijo Gabriel, temblando de pies a cabeza.

—Sin la menor duda —contestó el señor de Sazerac con un acento especial, acento en el que una persona indiferente habría sorprendido, a no dudar, cierto dejo de tristeza y de amargura.

Pero Gabriel estaba demasiado conmovido, demasiado entregado a su alegría para hacer observaciones.

—¿Luego es verdad? —exclamó—. ¿Luego no sueño? ¡No! ¡Mis ojos están abiertos!... ¡Los sueños eran mis insensatos terrores! ¿Vais a entregarme al prisionero? ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, rey de Francia! ¡Pero corramos, señor, corramos; os lo suplico!

Dio dos o tres pasos como para adelantarse a Sazerac, pero sus energías, tan robustas ante el sufrimiento, no pudieron resistir la alegría. Vióse en la necesidad de detenerse un momento. Su corazón latía con violencia tal, que parecía que iba a escapársele del pecho.

La pobre naturaleza humana es incapaz de resistir tantas emociones acumuladas.

La realización casi inesperada de tan remotas esperanzas, la obtención súbita del objetivo de toda su vida, del término de tantos esfuerzos más que humanos, un océano de reconocimiento hacia un rey tan leal y hacia un Dios tan justo, la satisfacción de un amor filial, y mil otros sentimientos excitados y removidos a la

vez, eran causas más que suficientes para que se desbordase el alma de Gabriel.

Y en medio de aquella turbación inexplicable, en medio de aquella dicha infinita, insensata, se destacaba algo así como un himno de acción de gracias al rey, de quien procedía toda su alegría. Y Gabriel repetía una y otra vez desde el fondo de su corazón el juramento de consagrar su vida al servicio de aquel rey leal y al de sus hijos... ¿Cómo pudo dudar ni por un solo instante de la caballerosidad de aquel soberano grande, generoso, excelente?

Saliendo al cabo de un rato de su éxtasis, dijo Gabriel al gobernador del Chatelet, que se había detenido ante él:

—Dispensad, caballero; dispensad esta debilidad mía que, por un momento, me ha dejado sin fuerzas, anonadado. ¡Es tan terrible, a veces, la alegría!...

—¡Por favor, no os disculpéis, caballero! —contestó el gobernador con voz lúgubre.

Aquella inflexión de voz llamó la atención de Gabriel, el cual volvió la mirada hacia Sazerac.

Imposible imaginar una fisonomía más bondadosa, más franca, más honrada. El gobernador de aquella horrible prisión parecía el prototipo de la sinceridad, de la bondad.

¡Pero, cosa extraña!, la expresión que reflejaba el rostro de aquel hombre de bien al contemplar la alegría expansiva de Gabriel, era como de compasión, de lástima.

Sorprendió Gabriel aquella expresión singular, y sobrecogido de espanto, sintiendo en su alma el zarpazo de un presentimiento siniestro, quedó pálido como un cadáver.

Sin embargo, era tan excepcional su naturaleza, que aquel temor vago que había anulado bruscamente su júbilo, actuó como de resorte en su valiente espíritu, y levantando la cabeza e irguiendo el cuerpo, dijo al gobernador:

—Sigamos, caballero; estoy pronto.

El vizconde de Exmés y Sazerac bajaron a las prisiones, precedidos por un carcelero que llevaba una antorcha.

Cada paso que daba Gabriel despertaba en él recuerdos lúgubres; reconocía, al doblar los recodos de los corredores o de la escalera, los muros sombríos que viera en otro tiempo y las impresiones tristes que allí le asaltaron años atrás sin poder explicarse la causa.

Cuando llegó frente a la puerta de hierro del calabozo donde había encontrado al preso macilento y mudo, quedó como clavado en el suelo sin titubear un momento, y con el pecho oprimido, dijo:

—Aquí es.

El señor de Sazerac movió tristemente la cabeza.

—No es aquí todavía —dijo.

—¡Cómo! ¿Que no es aquí? —exclamó Gabriel—. ¿Os queréis burlar de mí?

—¡Oh, caballero! —contestó el gobernador con tono de dulce reconvención.

Un sudor helado inundó la frente de Gabriel.

—¡Perdonadme!... ¿Pero qué significan vuestras palabras? —pregunto—. ¡Por favor, hablad, hablad pronto!

—Me han encargado la dolorosa misión de deciros, caballero, que desde ayer noche, el prisionero secreto encerrado en este calabozo hubo de ser trasladado a otro situado un piso más bajo.

—¡Ah! —gritó Gabriel como desvariando—. ¿Y por qué?

—Se le había prevenido... creo que lo sabéis, caballero... se le había prevenido que, si intentaba hablar a quienquiera que fuese, si lanzaba un grito, si balbuceaba algún nombre, si contestaba, aun cuando fuese preguntado, sería trasladado inmediatamente a otro calabozo más profundo, más pavoroso, más mortal que el ocupaba.

—Lo sé —respondió Gabriel con voz tan baja que el gobernador no la oyó.

—Parece que, en una ocasión, se atrevió el preso a infringir la orden —continuó el gobernador—, y entonces fue cuando le sepultaron en esta mazmorra... ¡harto cruel!, donde vos le visteis. Parece también que a vos os informaron oportunamente de la sentencia de Condénación al silencio perpetuo que sufría el desventurado...

—Es cierto —contestó Gabriel cediendo a un impulso de impaciencia—. ¿Y bien?

—Pues... —repuso penosamente el gobernador— que ayer noche, poco antes de la hora de cerrar las puertas exteriores, vino al Chatelet un hombre... un hombre poderoso cuyo nombre debo callar.

—No importa el nombre... ¡Adelante!

—Ese hombre ordenó que le introdujéramos en el calabozo del número veintiuno. Le acompañé sólo yo. Dirigió la palabra al prisionero, sin obtener contestación al principio. Confiaba yo en que el desventurado anciano saldría vencedor de la prueba, y en efecto; por espacio de media hora, contestó con el silencio más obstinado a todas las obsesiones, a todas las provocaciones.

Gabriel exhaló un suspiro y alzó los ojos al cielo, pero sin pronunciar una sola palabra para no interrumpir el lúgubre relato del gobernador.

—Por desgracia —prosiguió éste—, una frase que el hombre deslizó en su oído hizo que el prisionero se enderezase vivamente: brillaron lágrimas en sus ojos de piedra, y... ¡habló, caballero, habló! Me han autorizado para deciros todo esto a fin de que vos podáis dar crédito a mi testimonio de caballero. El prisionero ha hablado, sí; juro por mi honor que desgraciadamente es verdad. Yo mismo oí sus palabras.

—¿Y entonces? —preguntó Gabriel con voz ronca.

—Entonces —respondió el señor de Sazerac—, a pesar de mis observaciones, a

pesar de mis súplicas, he sido requerido para que obedeciese en el acto a una autoridad superior a la mía, y me he visto precisado a cumplir con el bárbaro deber que me impone mi cargo. Si yo me hubiese negado, no habrían faltado servidores más dóciles, y el prisionero hubiera sido trasladado con su mudo guardián al calabozo situado debajo de éste.

—¡Al calabozo situado debajo de éste! —exclamó Gabriel—. ¡Ah! ¡Corramos, corramos allá! ¡Le traigo la libertad!

El gobernador movió tristemente la cabeza, pero Gabriel no lo advirtió, porque descendía ya por los resbaladizos y medio destruidos peldaños de la escalera de piedra que conducía a los abismos más profundos de aquella horrenda prisión.

Sazerac tomó la antorcha de las manos del carcelero, a quien despidió con un gesto y, poniéndose un pañuelo en la boca, siguió a Gabriel.

A medida que iban bajando, el aire era más sofocante y nauseabundo.

Cuando llegaron al pie de la escalera, la respiración era casi imposible.

Únicamente podían vivir respirando aquella atmósfera las inmundas alimañas que aplastaban horrorizados con los pies.

Pero en nada de esto pensaba Gabriel. Con manos temblorosas tomó de la del gobernador la llave mohosa que éste le alargaba, y abriendo la pesada puerta se precipitó en el calabozo.

A la luz de la antorcha vio en un rincón un cuerpo tendido sobre un montón de paja podrida.

Gabriel se abalanzó sobre aquel cuerpo, lo levantó y movió.

—¡Padre mío!... ¡Padre mío! —gritó.

Sazerac tembló de espanto al oír aquel grito.

Los brazos y la cabeza del anciano cayeron inertes cuando Gabriel cesó de mover el cuerpo.

XX

EL CONDE DE MONTGOMERY

Gabriel, siempre de rodillas, levantó su cabeza pálida y paseó en torno suyo una mirada tranquila, pero con tranquilidad siniestra. Parecía como si se interrogase a sí mismo, como si reflexionase. Su calma conmovió y asustó mucho más al gobernador que todos los gritos y todos los sollozos que hubiese podido emitir su pecho.

Como si de pronto le hubiese ocurrido una idea, Gabriel puso vivamente su mano sobre la región del corazón de su padre. Prestó atención por espacio de uno o dos minutos, y dijo con voz dulce y serena, pero terrible al mismo tiempo:

—¡Nada! El corazón no late ya, pero el sitio que ocupa conserva todavía el calor.

—¡Qué naturaleza tan robusta! —murmuró el gobernador—. Habría podido vivir aún mucho tiempo.

Tenía el cadáver los ojos abiertos, y Gabriel se inclinó sobre él y los cerró piadosamente. A continuación depositó un beso respetuoso, el primero y el último, sobre aquellos tristes ojos apagados, que tantas y tantas lágrimas debieron haber mojado.

—Caballero —le dijo Sazerac, en su deseo de distraerle de aquella horrorosa contemplación—; si el difunto era para vos una persona querida...

—¿Una persona querida? —interrumpió Gabriel—. ¡Era mi padre!

—Iba a decir que si queréis rendirle los postreros deberes de cristiano, estoy autorizado para que os le deje sacar de aquí.

—¡Ah! ¿De veras? —le preguntó Gabriel con la misma calma, que daba espanto—. Entonces, he de reconocer que son justos conmigo, que cumplen fielmente su palabra. Habéis de saber, señor gobernador, que me habían jurado delante de Dios que me devolverían a mi padre. Me lo devuelven, ya lo veis... ¡Verdad es que no se obligaron a devolvérmele vivo!

Y soltó una carcajada estridente.

—¡Valor, caballero! —exclamó Sazerac.

—Es tiempo de que os despedáis del cadáver.

—Es lo que estoy haciendo como veis —contestó Gabriel.

—Sí, pero es indispensable salir de aquí al momento. La atmósfera que se respira en este lugar es mortífera, y una estancia más prolongada en medio de estas miasmas deletéreas sería, a no dudar, peligrosa.

—¡He ahí la prueba! —dijo Gabriel señalando el cadáver.

—¡Vamos, pues! —repuso el gobernador, tratando de asir a Gabriel por un brazo para sacarle fuera.

—¡Sí, os voy a seguir, pero dejadme aquí un minuto más! —contestó Gabriel.

El señor de Sazerac hizo un gesto de asentimiento y se retiró hasta la puerta, donde era menos denso y mefítico el aire.

Gabriel continuó de rodillas junto al cadáver, con la cabeza inclinada, los brazos caídos, inmóvil y mudo, rezando o meditando.

¿Qué es lo que dijo a su padre muerto? ¿Pediría a aquella boca, sellada demasiado pronto por la mano helada de la muerte, la solución del enigma con tanta ansiedad buscada? ¿Juraría a aquella santa víctima cruelmente inmolada vengarla en este mundo, mientras llegaba el día en que Dios la vengase en el otro? ¿Buscaría en aquellas facciones, ya desfiguradas, algo que le dijese que había sido su padre, a quien veía por segunda vez? ¿Se preguntaría si protegido por su acendrado amor habría podido disfrutar de una vida dulce y dichosa? ¿Pensaría, en fin, en lo pasado, o bien en lo porvenir? ¿En los hombres o en Dios? ¿En la justicia o en el perdón?

El lúgubre diálogo que sostuvieron aquel padre sin vida y aquel hijo desesperado es también un secreto que quedó entre Gabriel y Dios.

Habían transcurrido cuatro o cinco minutos. Empezaba a faltar la respiración a aquellos hombres a quienes un deber de piedad y de humanidad había conducido a tan tétricos lugares.

—Ahora soy yo quien os suplico —dijo el gobernador—. No podemos permanecer aquí un instante más.

—Estoy a vuestra disposición —contestó Gabriel—; cuando gustéis.

Tomó la mano helada de su padre y la besó; se inclinó sobre la frente húmeda del cadáver y la besó también.

No vertió una lágrima: no podía.

—¡Hasta pronto! —dijo al cadáver—. ¡Hasta pronto!

Y se levantó, siempre tranquilo, siempre firme.

Miró a su padre por última vez, le envió el beso postrero y siguió al señor de Sazerac con paso lento y grave apostura.

Cuando llegaron al piso superior, pidió que le permitiesen visitar el calabozo tétrico y frío donde el preso había dejado tantos pensamientos dolorosos, y donde él, Gabriel, había entrado una vez y no abrazó a su padre.

Allí también permaneció varios minutos en una meditación muda o entregado a una curiosidad ávida y desolada.

Cuando volvió con el gobernador a las regiones visitadas por la luz, su acompañante le hizo entrar en su cámara y no pudo menos de estremecerse al verle a la luz del día. No se atrevió, sin embargo, a decir al joven que, entre sus cabellos, castaños poco antes, advertía muchos mechones blancos como la plata.

Después de una pausa, díjole con voz conmovida:

—¿Puedo hacer algo en vuestro obsequio, caballero? Pedid, que para mí sería un

verdadero placer otorgaros todo lo que no sea contrario a mis obligaciones.

—Me habéis dicho, señor gobernador —respondió Gabriel—, que se me permitirá tributar al cadáver los últimos honores. Esta noche vendrán algunos hombres enviados por mí. Si tenéis la bondad de hacer que el cadáver sea encerrado con anticipación en un ataúd, mis hombres irán a inhumar al prisionero en la cripta de su familia.

—Está muy bien, caballero —contestó Sazerac—. Debo advertiros, sin embargo, que no podré tener esa tolerancia sino con una condición.

—¿Y cuál es, señor gobernador?

—Que me prometáis no dar escándalo alguno con ese motivo, conforme a una promesa que dicen que hicisteis.

—Cumpliré esa promesa como las he cumplido todas. Mis hombres vendrán durante la noche, y sin saber de qué se trata, llevarán el féretro a la calle de los Jardines de San Pablo, depositándolo en la cripta funeraria de los condes de...

—¡Perdonad mi interrupción, caballero! —exclamó vivamente el gobernador del Chatelet—. Ignoro el nombre del prisionero y ni quiero ni puedo saberlo. Mi deber, y la palabra que tengo empeñada, me obligan a ser reservado sobre varios detalles; vos debéis hacer otro tanto conmigo.

—¡Es que yo nada tengo que ocultar! —replicó con altanería Gabriel—. ¡Sólo los criminales se esconden!

—Y vos pertenecéis al número de los desgraciados —dijo el gobernador—. ¿No os parece que es preferible esto último?

—Por otra parte, lo que vos habéis callado —continuó Gabriel— lo he adivinado yo, y sin inconveniente os lo podría decir. Por ejemplo: el hombre poderoso que anoche vino aquí, el que quiso hablar al prisionero para obligarle a que hablase, se valió de medios que me son perfectamente conocidos. Sé muy bien a qué palabra mágica recurrió para que el infeliz condenado rompiese el silencio, ese silencio del cual dependía el resto de su vida que hasta entonces había disputado a sus verdugos.

—¿Qué podríais decirme...? —preguntó Sazerac con asombro.

—Sin la menor duda —contestó Gabriel—. El hombre poderoso ha dicho al anciano: «Vuestro hijo vive». O bien: «Vuestro hijo acaba de cubrirse de gloria». Quizás sus palabras hayan sido estas: «Vuestro hijo va a venir para poner os en libertad». Desde luego afirmo que le ha hablado de su hijo... ¡Infame!

El gobernador dejó escapar un movimiento de sorpresa.

—Al oír el nombre de su hijo —continuó Gabriel—, el desventurado padre, que había podido contenerse ante su enemigo mortal, no encontró fuerzas para reprimir un impulso de alegría, y el que supo amordazar el odio, dio salida a la voz del amor. ¿Verdad que acierto, caballero?

El gobernador bajó la cabeza sin contestar.

—Verdad es, puesto que no negáis —dijo Gabriel—. Ya veis, pues, que es inútil pretender reservarme lo que ha dicho el pobre prisionero. En cuanto al nombre del poderoso, que también queréis ocultarme, ¿queréis que os lo diga yo?

—¡Caballero, por Dios! —exclamó Sazerac—. Verdad es que estamos solos, pero aun así, ¿no teméis...?

—Os he dicho ya que no tengo nada que temer. Ese poderoso se llama el condestable de Montmorency, caballero. El verdugo no podía estar eternamente oculto.

—¡Oh, caballero! —exclamó el gobernador, mirando con espanto en torno suyo.

—Por lo que respecta al nombre del prisionero —continuó con tranquilidad Gabriel—, y al mío, vos los ignoráis probablemente, pero nada se opone a que yo os los diga, tanto más, cuanto quizá volvamos a encontrarnos alguna vez en la vida, si no nos hemos encontrado ya. Además, os habéis portado bien conmigo en estos momentos dolorosos, y cuando oigáis pronunciar mi nombre, lo que ocurrirá tal vez dentro de algunos meses, deseo que sepáis que el hombre de quien se habla os queda reconocido y obligado desde hoy.

—Y para mí será un placer —respondió Sazerac— saber que no siempre os ha tratado la suerte con crueldad.

—¡Ah! —exclamó Gabriel—. En cuanto a eso... ya no me cuido de esas cosas. Pues bien: sabed que desde esta noche, después de ocurrida en esta prisión la muerte de mi padre, me llamo el conde de Montgomery.

El gobernador del Chatelet quedó como petrificado, sin poder decir una palabra.

—¡Adiós, caballero! —repuso Gabriel—. ¡Adiós, y gracias!

Y saludando a Sazerac, salió del Chatelet con paso firme.

Cuando le dio en el rostro el aire exterior e hirió sus ojos la luz del sol, hubo de detenerse un momento, deslumbrado y vacilante. Parecía como si no comprendiese la posibilidad de vivir después de haber salido del infierno que dejaba a sus espaldas.

Como observara que le miraban con asombro todos los transeúntes, hizo un llamamiento desesperado a sus energías y se alejó de aquel sitio fatal.

Rápidamente se dirigió a un lugar desierto, sacó del bolsillo un libro de memorias, arrancó una hoja y escribió a Aloísa la carta siguiente:

«Mi buena Aloísa: No me esperes hoy, pues decididamente no vuelvo a casa. Tengo necesidad de estar solo por algún tiempo, de moverme, de reflexionar, de esperar; pero está tranquila, porque te aseguro que volveré.

«Haz que esta noche se recojan temprano todos los de casa. Esperarás tú sola para abrir la puerta principal a cuatro hombres que llamarán durante la noche, a las horas en que está desierta la calle.

«Guiarás tú en persona a esos cuatro hombres, que serán portadores de una

carga lúgubre y preciosa, a la cripta funeraria de la familia.

«Les enseñarás la tumba abierta donde deberán encerrar el cadáver que llevarán y harás que cumplan respetuosa y religiosamente su fúnebre cometido. Cuando hayan terminado, darás a cada uno de los hombres cuatro escudos de oro y les acompañarás hasta que salgan de casa sin hacer el menor ruido. Luego volverás a la cripta y, arrodillándote al pie de la tumba, rezarás como si el muerto fuera tu amo o tu padre.

«También rezaré yo a la misma hora, pero lejos de allí: es preciso. Conozco que la vista de la tumba me arrastraría a extremos violentos e imprudentes, y tengo más bien necesidad de pedir consejo a la soledad y a Dios.

«Hasta la vista, mi buena Aloísa; hasta la vista. Recuérdale a Andrés el encargo que se refiere a la señora de Castro y no olvides lo que te recomendé con respecto a mis huéspedes Juan y Babette Peuquoy. Hasta la vista, y que Dios te guarde.

Gabriel de M.

Escrita la carta, Gabriel buscó y encontró a cuatro hombres de la clase del pueblo, a cuatro obreros.

Dio a cada uno de ellos cuatro escudos de oro, prometiéndoles otros tantos para después que hubiesen cumplido su encargo. Les dijo que uno de ellos debía llevar en el acto una carta a las señas escritas en el sobre, y que aquella misma noche se presentarían los cuatro en el Chatelet, poco antes de las diez, donde recibirían de manos del gobernador un ataúd, que transportarían secreta y silenciosamente a la calle de los Jardines de San Pablo, al palacio adonde iba dirigida la carta.

Los pobres hombres dieron efusivamente las gracias a Gabriel y prometieron cumplir escrupulosamente sus órdenes.

—¡A lo menos estos cuatro hombres son felices! —se dijo Gabriel con cierta alegría triste, valga la contradicción.

Y continuó su camino para salir de París.

Tenía que pasar por delante del Louvre. Al llegar frente al regio palacio, quedó contemplándolo durante algunos momentos, arrebuñado en su capa y con los brazos cruzados.

—¡Pronto nos veremos los dos! —murmuró, lanzándole una mirada de desafío.

Continuó su marcha recitando mentalmente el horóscopo que Nostradamus escribió muchos años antes para el conde Montgomery, y que, por una coincidencia extraña, convenía exactamente a su hijo.

*Lo mismo en justas que amores
el Sino os puso por ley
tocar temerariamente*

*la augusta frente del rey,
y bien cuernos, bien heridas,
señor, de poner habréis,
lo mismo en justas que amores,
sobre la frente del rey,
que, aunque vasallo leal,
el Sino os puso por ley,
lo mismo en justas que amores,
herir la frente del rey.
Y yo, señor, os predigo
que aunque ahora su amor tenéis,
después os dará la muerte
la hermosa dama del rey.*

Iba pensando Gabriel que esta singular predicción se había realizado en un todo con respecto a su padre. En efecto: el conde de Montgomery, siendo joven, había herido al rey Francisco I en la frente con un tizón encendido; más tarde fue rival en amores de Enrique II, y finalmente, es decir, un día antes, había sido muerto por la dama del rey, de quien fue amado.

También Gabriel había sido amado por una reina: por Catalina de Médicis. ¿Se cumpliría en todas sus partes su destino? ¿La suerte, o su sino, haría que venciese o hiriese *en justas* al rey?

Si esta segunda predicción se cumplía, poco importaba ya al joven que la dama del rey, por quien había sido amado, le matase tarde o temprano.

XXI

EL CABALLERO ERRANTE

La pobre Aloísa, aunque acostumbrada de mucho tiempo a la espera, a la soledad y al dolor, pasó dos o tres horas mortales sentada delante de la ventana y mirando a la calle por si veía regresar a su querido señor.

Cuando llamó a la puerta el obrero portador de la carta de Gabriel, Aloísa fue la que salió corriendo a abrirle, contenta en parte porque, ya que no otra cosa, al menos tendría noticias de Gabriel.

En efecto; noticias eran, pero ¡qué terribles! No bien leyó las primeras líneas, parecióle que ante sus ojos se extendía un velo, y si quiso ocultar su emoción, hubo de volver precipitadamente a la cámara, donde terminó, no sin traba, la lectura de la carta fatal.

Raudales de lágrimas derramaban sus ojos, pero mujer de temperamento enérgico y de alma vigorosa, se dominó, secó su llanto y salió para decir al portador de la carta:

—Está bien. Hasta la noche. Esperaré.

El paje Andrés la preguntó lleno de ansiedad, pero ella contestó que difería hasta la mañana siguiente su respuesta, porque tenía mucho en qué pensar y no menos qué hacer.

En cuanto llegó la noche, hizo que toda la servidumbre se acostase temprano, diciendo:

—El señor no vendrá esta noche; podéis retiraros.

Sin embargo, así que se vio sola, monologó de esta suerte:

—¡Sí! ¡El señor vendrá!, pero, ¡ay de mí!, ¡no será el señor joven, sino el viejo! ¡No será el vivo, sino el muerto!

¡No me mandaría que encerrase en la cripta funeraria de los condes de Montgomery ningún cadáver que no fuese el de su padre...! ¡Oh, mi noble señor! ¡Vos, por quien murió mi pobre Perrot, habéis ido a reuniros con vuestro fiel escudero! ¿Pero, bajó vuestro secreto con vos a la tumba? ¡Misterios... misterios...! ¡Misterios por todas partes! ¡Misterios y terrores...! Pero, no importa: obedeceré sin saber, sin comprender, sin esperar nada... ¡Es mi deber, y lo cumpliré hasta el último momento!

El doloroso monólogo de Aloísa terminó en una plegaria ardiente: es lo que suele hacer el alma humana cuando la carga de la vida resulta pesada en exceso; se refugia en el de Dios.

A eso de las once, hora en que las calles estaban desiertas por aquella época,

resonó en la puerta principal un golpe sordo.

Aloísa se estremeció y perdió el color, pero, reuniendo todo su valor, tomó una bujía y fue a abrir a los hombres que llevaban la lúgubre carga.

Recibió con una reverencia profunda y respetuosa a su señor, que volvía muerto a su palacio después de tantos años de ausencia, y luego, dijo a los que le conducían:

—Seguidme haciendo el menor ruido posible: voy a enseñaros el camino.

Y precediéndoles con la luz, les guió a la cripta sepulcral.

Una vez llegados, los hombres depositaron el féretro en una de las tumbas abiertas, pusieron sobre la abertura la lápida de mármol negro, y a continuación, pobres hombres a quienes los sufrimientos y los trabajos hicieron profundamente respetuosos con la muerte, se descubrieron, cayeron de rodillas, y rezaron una oración por el alma del muerto a quien no conocían.

Cuando se pusieron en pie, Aloísa les guió sin hablar palabra hasta la puerta del palacio, entregó a cada uno de ellos la cantidad ofrecida por Gabriel, y les despidió con un gesto elocuente. Ellos se alejaron como sombras mudas, sin haber pronunciado una palabra.

Aloísa volvió inmediatamente a la cripta y pasó la noche entera rezando y llorando.

Al día siguiente por la mañana, Andrés la encontró pálida, pero tranquila.

—Hijo mío —le dijo con gravedad—; debemos tener esperanzas, pero por ahora no aguardemos al señor vizconde. Cumple, pues, la comisión que te encargó para el caso de que no volviese al instante.

—Está bien —contestó con tristeza el paje—. Saldré hoy a recibir a la señora Diana de Castro.

—Te doy las gracias por tu celo en nombre de nuestro señor ausente —dijo Aloísa.

El paje se puso en camino aquel mismo día. A medida que ganaba distancias, preguntaba por la noble viajera, pero no la encontró hasta Amiens.

Diana de Castro acababa de llegar a la ciudad indicada, acompañada por la escolta que el duque de Guisa había proporcionado a la hija del rey Enrique II, y se había apeado para descansar algunas horas en el palacio del señor de Thuré, gobernador de la ciudad.

No bien vio Diana al paje, cambió de color, pero, dominándose, le indicó por medio de una seña que la siguiera a la cámara contigua. Cuando estuvieron solos, le preguntó:

—¿Qué me traes, Andrés?

—Nada más que esto, señora —respondió el paje, poniendo en sus manos el velo empaquetado.

—¡Ah! —exclamó Diana—. ¡No es el anillo!

Es lo único que Diana vio en el primer momento, pero luego, arrastrada por esa curiosidad ávida que obliga a los desdichados a penetrar hasta el fondo de su dolor, preguntó vivamente a Andrés:

—¿No te ha dado el señor de Exmés ninguna carta para mí?

—No, señora.

—¿Ni te ha confiado algún mensaje para que me lo transmitieras de palabra?

—Lo único que me ha dicho el señor de Exmés —respondió el paje moviendo dolorosamente la cabeza—, es que os devolvía todas vuestras promesas, incluso aquella que simboliza el velo. Nada más.

—¿Y en qué circunstancias te envió a mí? ¿Le habías entregado mi carta? ¿Qué dijo después de leerla? ¿Qué palabras pronunció al entregarte este paquete? ¡Habla, Andrés, habla! Eres fiel, eres discreto. Es posible que de tu contestación dependa todo el interés de mi vida, y un indicio, por pequeño que sea, podrá tranquilizarme y guiarme en medio de las tinieblas de que me veo rodeada.

—Os diré todo lo que sé, señora, aunque es bien poco.

—¡Sí, sí! ¡Todo... dímelo todo! —exclamó Diana de Castro.

Andrés refirió entonces, sin omitir nada, toda vez que Gabriel no le había encargado el secreto, todo lo que su señor le había recomendado a él y a Aloísa, antes de salir de su palacio, en previsión de que su ausencia se prolongase. Habló de las indecisiones y de las agonías del joven, dijo que éste, después de leer la carta de Diana, quiso hablar, al parecer, pero que concluyó por guardar silencio y que únicamente dejó escapar algunas palabras vagas y sin sentido. Nada dejó olvidado el paje, ni una palabra, ni un gesto, ni una exclamación, ni una reticencia, pero tal como había anunciado, lo que sabía era muy poco, y al comunicarlo a Diana, solo consiguió aumentar las dudas y las incertidumbres de ésta.

Diana, puesta su triste mirada en el velo negro, mensajero único y símbolo verdadero de su destino, parecía como si le interrogase, como si le pidiese consejo, y se decía:

—Una de dos: o Gabriel sabe positivamente que es mi hermano, o ha perdido para siempre las esperanzas y los medios de penetrar algún día el fatal secreto. Necesariamente he de escoger entre estas dos desventuras; esto es evidente, tan evidente como que no debo forjarme ilusiones de ningún género. ¿Pero no pudo Gabriel librarme de este equívoco cruel? Me devuelve mi palabra: ¿Para qué? ¿Por qué no me confía lo que será de él, lo que él piensa hacer? ¡Ah! ¡Más me espanta su silencio que todas las cóleras y todas las amenazas!

Diana se preguntaba si debería seguir su primer impulso y volver a entrar para no salir más, en un convento de París o de provincias, o bien si su deber era llegar cuanto antes a la corte para buscar a Gabriel, hacer que éste le declarase toda la verdad sobre los acontecimientos pasados y sobre sus proyectos para el porvenir, velar por él, y, en

todo caso, por la vida del rey su padre, tal vez amenazada...

¡De su padre! ¿Pero era Enrique II su padre? ¿No sería quizás una hija impía y culpable si trataba de desviar o detener la venganza suspendida sobre la cabeza del rey? ¡Terrible dilema!

Pero Diana era mujer, y mujer toda ternura, toda generosidad. Se dijo a sí misma que quien se deja llevar de la cólera puede verse en el caso de tener que arrepentirse en su día, pero que jamás le ocurre esta contingencia a quien se abandona al perdón, y arrastrada por sus inclinaciones naturales, resolvió volver a París y colocarse junto al rey, a manera de égida y de salvaguardia, hasta el día en que recibiese noticias tranquilizadoras de Gabriel y de sus proyectos. ¿Quién sabe si el mismo Gabriel tendría necesidad de su intervención? Luego que hubiera salvado a las personas queridas, tiempo tendría de refugiarse en el seno de Dios.

Tomada esta resolución, Diana, sin titubear un momento, prosiguió su marcha en dirección a París.

Tres días después llegaba al Louvre, en donde la recibió Enrique II con la alegría y la ternura propias de un padre.

Sin embargo, por más que hizo Diana, no pudo menos de acoger aquellos testimonios de cariño con tristeza y frialdad tales, que el rey, que era sabedor de la inclinación que su hija tenía a Gabriel, se sentía turbado y conmovido en su presencia, y es que Diana le obligaba a recordar cosas que habría preferido olvidar.

No se atrevió a hablarle nunca más del matrimonio en proyecto con Francisco de Montmorency, y sobre este particular, al menos, pudo Diana vivir tranquila.

Verdad es que no le faltaban motivos de inquietud y de pesar: ni en el palacio de Montgomery, ni en el Louvre, ni en parte alguna se tenían noticias positivas del vizconde de Exmés.

El joven había desaparecido.

Pasaban los días, las semanas, los meses, Diana no perdonaba medio directo o indirecto de información, pero nadie podía decirle qué había sido de Gabriel.

Creían algunos haberle visto taciturno y sombrío, pero nadie le había hablado; el alma en pena que ellos habían tomado por Gabriel o esquivaba su encuentro o huía desde el primer momento. A mayor abundamiento, diferían o se contradecían las declaraciones de los que afirmaban haberle visto acerca del lugar o sitio donde le vieron: éstos afirmaban que en Saint-Germain, aquéllos que en Fontainebleau, quién en Vincennes, quién en el mismo París. ¿Qué crédito podía darse a noticias tan contradictorias?

Y, sin embargo, muchos estaban en lo cierto. Gabriel, aguijoneado por la obsesión terrible de un recuerdo más terrible todavía, no podía permanecer un día entero en un mismo lugar. Tan pronto como llegaba a un punto cualquiera, veíase arrojado de él por su eterna necesidad de acción, de movimiento. A pie o a caballo, en las

poblaciones o en los campos, tenía que andar sin cesar, pálido y siniestro, como el Orestes de la antigüedad, a quien las fábulas nos presentan como perseguido por las Furias.

Vagaba invariablemente por los caminos solitarios, y jamás entraba en las poblaciones si la necesidad no le obligaba.

Un día, sin embargo, contraviniendo esta costumbre, se presentó en el domicilio de Ambrosio Paré, que había regresado del Norte, donde ya no reclamaban su atención los heridos por haber entrado las hostilidades en un período de calma. El eminente cirujano le recibió con la deferencia y cordialidad que tenía derecho un caballero ilustre y un amigo querido.

Gabriel, como si llegase de un país remoto, le preguntó sobre cosas que eran del dominio público, que todo el mundo sabía. Luego que se hubo informado sobre Martín Guerra, quien, completamente curado, debía haberse puesto en camino para París, le pidió noticias sobre el duque de Guisa y sobre el ejército, y tuvo la satisfacción de saber que *el Acuchillado* se encontraba frente a los muros de Thionville, que el mariscal de Thermes se había apoderado de Dunquerque y Gaspar de Tavannes de la plaza de Guines y de la región del Oie: en una palabra: tal como había prometido el duque de Guisa, los ingleses no poseían ya ni una pulgada de territorio francés.

Gabriel escuchó nuevas tan agradables con gravedad y hasta con frialdad.

—Gracias por vuestras noticias, Ambrosio —dijo—. Con placer, veo que nuestra empresa de Calais ha tenido consecuencias felices para Francia. Pero no fue la curiosidad, el deseo de saber, lo que me ha traído a vuestra casa, sino otros motivos más transcendentales, al menos para mí. Decidme: ¿habéis abrazado decididamente la causa de la reforma?

—Sí, señor de Exmés —respondió Paré.

—¿Queréis explicarme con alguna extensión sus principios fundamentales?

Hablaron por espacio de más de dos horas. Al cabo de este tiempo, Gabriel se despidió del cirujano diciendo:

—No es mi intención declararme abiertamente reformado, por ahora, porque acaso mi declaración atrajese persecuciones sobre vuestros correligionarios. Sin embargo, desde hoy, soy vuestro en cuerpo y alma: día llegará en que lo pruebe con hechos. Adiós, Ambrosio.

Gabriel, sin dar más explicaciones, se despidió del cirujano y se fue.

En los primeros días del mes siguiente, mayo de 1558, se presentó por primera vez después de su desaparición misteriosa en su palacio de la calle de los Jardines de San Pablo.

Encontró novedades: Martín Guerra había vuelto hacía quince días y Babette y su marido Juan Peuquoy eran sus huéspedes desde tres meses antes.

No había querido Dios que Juan sufriese hasta el fin la pena del sacrificio que se había impuesto, ni que quedase completamente impune la falta de Babette, la cual, algunos días antes, dio a luz prematuramente un niño muerto.

Mucho lloró la pobre madre, pero bajó la cabeza ante una desgracia que le parecía una expiación; y así como Juan Peuquoy le había ofrecido a ella su sacrificio, ella le correspondió ofreciéndole su resignación.

Por otra parte, no faltaron a la afligida joven los consuelos afectuosos de su marido y las reflexiones maternas de Aloísa. También Martín Guerra procuró consolarla lo mejor que supo y pudo.

Un día, en ocasión en que los cuatro estaban departiendo amigablemente, se abrió la puerta del palacio, y con gran sorpresa y extraordinario júbilo, vieron entrar con paso lento y grave continente al dueño de la mansión, al vizconde de Exmés.

Cuatro gritos se confundieron en uno solo, y Gabriel se vio al punto rodeado por sus dos huéspedes, su escudero y su nodriza.

Calmados los primeros transportes, Aloísa quiso preguntar al que en voz alta llamaba su señor, aunque su corazón le diese el dulce nombre de hijo. ¿Qué había hecho durante su larga ausencia? ¿Qué pensaba hacer en lo sucesivo? ¿Era su intención vivir entre los que tanto le querían?

Gabriel llevó un dedo a sus labios, y con mirada triste, pero enérgica, impuso silencio a la tierna solicitud de Aloísa.

Era evidente que no quería o no podía explicarse acerca del pasado ni del porvenir.

En cambio preguntó mucho a Juan y a Babette Peuquoy: quiso saber si les había faltado algo, y sobre todo, las noticias que tuviesen de su hermano Pedro, que había quedado en Calais. Procuró después consolar a Babette, y pasó el resto del día entre sus amigos y sus servidores, conversando con todos con afecto y bondad, pero sin que se mitigase la negra melancolía que le dominaba.

Con Martín Guerra, que no separaba los ojos de su amo, estuvo extraordinariamente afectuoso, le preguntó con muestras de vivo interés, pero no hizo la menor alusión a la promesa que le empeñara en otro tiempo y pareció como si hubiera olvidado la obligación contraída de castigar al ladrón del nombre y de la honra de Martín, verdugo de éste durante tanto tiempo.

Martín Guerra, por su parte, era demasiado respetuoso y muy poco egoísta para llamar la atención del vizconde sobre el particular.

Cuando cerró la noche, Gabriel se levantó, y con tono que no admitía contradicción ni réplica, dijo: —Tengo que volverme a marchar. Vuelto hacia Martín, añadió:

—Mi querido Martín; me he ocupado de ti en mis correrías. Como nadie me conocía, he preguntado, he buscado, y creo haber encontrado la verdad que tanto te

interesa. Has de saber que no he olvidado el compromiso que contigo contraí.

—¡Oh, monseñor! —exclamó el escudero contento y confuso al mismo tiempo.

—Te repito —continuó Gabriel— que he recogido indicios suficientes para creer que estoy en camino de descubrir y probar toda la verdad, pero es preciso que me ayudes tú por tu parte. Esta misma semana emprenderás la marcha para tu pueblo, pero no vayas a éste en derechura: me basta con que de hoy en un mes te encuentres en Lyon. Allí iré yo a buscarte y nos pondremos de acuerdo para obrar.

—Obedeceré, monseñor —contestó Martín Guerra—. ¿Pero, no volveré a veros de aquí a entonces?

—No, no; es preciso que esté yo solo. Me voy, y os ruego que no intentéis detenerme, porque me afligiríais inútilmente. Adiós, mis queridos amigos. Dentro de un mes, Martín, en Lyon: no lo olvides.

—Allí os esperaré, monseñor —respondió el escudero.

Gabriel se despidió de Juan Peuquoy y de su mujer, dio un abrazo a Aloísa, y fingiendo que no reparaba en el dolor de ésta, se puso en marcha por segunda vez, para reanudar la vida errante a la que al parecer se había condenado.

XXII

EN DONDE REAPARECE ARNALDO DE THILL

Seis semanas después, el día 15 de junio de 1558, la verde parra que atrevida trepaba por los oscuros muros de la casa más bonita de la aldea de Artigues, situada cerca de Rieux, encuadraba una escena desarrollada en el dintel de la puerta de aquélla, que en medio de su sencillez algo tosca, no dejaba de tener cierto interés.

Un hombre, que a juzgar por el polvo que cubría sus pies, acababa de hacer una larga caminata, estaba sentado en un banco de madera. Una mujer, arrodillada ante él, le desataba los zapatos.

El hombre fruncía el entrecejo; la mujer sonreía.

—¿Acabarás de una vez, Beltrana? —preguntó el hombre con voz dura—. ¡Tu torpeza y tu lentitud me desesperan!

—Ya está, Martín —contestó sonriendo siempre la mujer.

—¿Ya? ¡Hum! —refunfuñó el llamado Martín—. ¡Muy pronto lo has dicho! ¿Dónde están los zapatos que me he de poner ahora? Apuesto a que no has tenido la previsión de traerlos, estúpida, y me obligarás a estar descalzo lo menos dos minutos.

Entró Beltrana corriendo en la casa, y reapareció al cabo de un segundo con otros zapatos, que se apresuró a calzar a su dueño y señor.

El lector habrá reconocido sin duda a los personajes: el hombre, bajo el nombre de Martín Guerra, era Arnaldo de Thill, imperioso y brutal como siempre, y la mujer, Beltrana de Rolles, prodigiosamente dócil e infinitamente más puesta en razón que nunca.

—¿Y mi vaso de aguamiel, dónde está? —repuso Martín con la misma brusquedad.

—Dispuesto ya, mi querido Martín: voy a buscarlo —contestó con timidez Beltrana.

—¡Siempre me has de hacer esperar! —gritó Martín dando una patada en el suelo—. ¡Tráelo pronto, porque si no...!

Un ademán demasiado expresivo terminó el sentido de la frase.

Beltrana entró y salió de la casa con la rapidez del relámpago. Martín arrebató de sus manos un vaso lleno de aguamiel, que apuró de un trago con visible satisfacción.

—Está muy bien —se dignó decir a su mujer, devolviéndole el vaso.

—¡Pobre Martín! ¿Tienes calor? —se atrevió a preguntar la mujer, secando solícita con su pañuelo la frente de su bronco esposo—. ¡Toma, ponte el sombrero, no vayas a constiparte...! ¿Estarás cansado, verdad?

—¿No he de estarlo? —gruñó Martín—. ¡Es mucho cuento que haya uno de

conformarse con las estúpidas costumbres de este país! ¿Por qué razón, todos los aniversarios de nuestra boda, he de rondar por esos pueblos y traer a comer a una pandilla de parientes muertos de hambre? Había yo olvidado esa costumbre ridícula, y a fe que, si no me la hubieses recordado ayer, Beltrana... En fin, ya están todos invitados, y dentro de dos horas llegarán a esta casa toda esa parentela de mandíbulas incansables y de vientres sin fondo.

—Gracias, Martín —dijo Beltrana—. Tienes razón; es una costumbre absurda, pero a la que no hay más remedio que conformarse, si no quiere uno pasar por orgulloso e insolente.

—¡La razón es de las que convencen! —exclamó Martín con ironía—. Pero dime, haragana: ¿qué has hecho tú? ¿Has preparado la mesa en el huerto?

—Sí, Martín; tal como me lo habías ordenado.

—¿Has invitado al juez?

—Sí, Martín, y me ha dicho que hará lo posible por asistir a la comida.

—¡Que hará lo posible! —gritó Martín colérico—. ¡No me basta! ¡Quiero que asista! ¡Le habrás invitado de mala gana...! Sabes cuánto interés tengo por hacerme amigo del juez, y, sin embargo, haces cuanto puedes por contrariarme. ¡Su presencia es lo único que podía hacerme tolerar la fastidiosa costumbre y la carga inútil de este ridículo aniversario!

—¡Ridículo aniversario! ¡Ridículo aniversario el de nuestro casamiento! —repitió Beltrana con lágrimas en los ojos—. ¡Ah, Martín! Eres hoy un hombre muy instruido, has viajado mucho, has visto mucho, y puedes reírte de los antiguos prejuicios del país, pero... ¡por favor!, no abomines de un aniversario que me recuerda tiempos en que eras menos severo y tratabas con mayor ternura a tu pobre mujer.

—¡Sí! —respondió Martín con risa sardónica—. Te recuerda tiempos en que mi mujer era menos cariñosa y más áspera que un cardo, tiempos en que llegaba a veces hasta a poner su mano...

—¡Por Dios, Martín! ¡No evoques recuerdos que me llenan de vergüenza, no me hagas acordar de lo que casi no comprendo!

—Menos comprendo yo que pudiera ser tan asno que lo aguantase... Pero, dejemos esto: mi carácter se ha modificado mucho y el tuyo también: quiero hacerte esta justicia. Como dices muy bien, desde aquellos tiempos vergonzosos he visto mucho mundo y he aprendido mucho. Tu mal comportamiento me obligó a correr mundo; sin proponérmelo, he adquirido experiencia, y al regresar a mi casa el año pasado, restablecí el orden natural de las cosas, impuse en mi hogar el reinado de la normalidad. Algún trabajo me costó conseguirlo; pero el milagro se hizo, gracias a haber traído conmigo otro Martín, el que yo llamo *Martín-Estaca*.

Ahora todo marcha a las mil maravillas, vivimos en paz, y somos modelo de matrimonios.

—¡Verdad es, gracias a Dios!

—¡Beltrana!

—¿Qué me mandas, Martín?

—Vas a volver inmediatamente a la casa del juez de Artigues —repuso Martín con entonación de soberano absoluto—. Renovarás tus instancias, y le arrancarás la promesa formal y terminante de asistir a nuestra comida. Ten entendido que, si no viene, te haré responsable a ti. Ya me entiendes. Vete, Beltrana, y vuelve en seguida.

—Voy volando —contestó Beltrana. Arnaldo de Thill la siguió con una mirada de satisfacción. Cuando aquélla desapareció, se tendió perezosamente en el banco, reflejando la beatitud egoísta y desdeñosa del hombre feliz que nada tiene que temer ni desear.

No vio a un caminante que, apoyado sobre su bastón, avanzaba trabajosamente por el camino, sufriendo los rigores de un sol abrasador, hasta que, llegado junto a Arnaldo, se detuvo preguntando:

—Dispensadme, amigo: ¿no habría en el pueblo una posada donde yo pudiese descansar y comer?

—No —contestó Arnaldo sin moverse siquiera—. Si queréis encontrar algo parecido a una posada, tenéis que ir a Rieux, que dista dos leguas de aquí.

—¡Dos leguas más! —exclamó el caminante—. ¡Dos leguas y estoy rendido! ¡Daría de buena gana un doblón de oro por mi hospedaje!

—¿Un doblón de oro? —preguntó Arnaldo, tan codicioso como siempre—. Siendo así, mi buen amigo, en esta casa podremos proporcionaros, si lo deseáis, una cama en un rincón, y en cuanto a comida, hoy cabalmente celebramos con un banquete el aniversario de mi boda: no estorbará un convidado más. ¿Os conviene?

—¡Indudablemente! Ya os he dicho que me caigo de cansancio y de hambre.

—¡Pues no hay más que hablar! Pagaréis una moneda de oro.

—¡Ahí va adelantada!

Incorporóse Arnaldo para recibir el doblón, y levantó al mismo tiempo el sombrero que cubría sus ojos y parte de su cara.

El caminante retrocedió un paso lleno de sorpresa.

—¡Mi sobrino! —exclamó—. ¡Arnaldo de Thill!

Arnaldo se puso pálido; pero reponiéndose al instante, replicó:

—¿Vuestro sobrino? No os conozco. ¿Quién sois?

—¿Que no me conoces, Arnaldo? ¿No conoces ya a tu viejo tío materno Carbón Barreau, a quien tantos disgustos has dado? ¡Por supuesto, que en lo tocante a disgustos, en la misma medida que a mí, has favorecido a toda la familia!

—¡A fe mía que no! —contestó Arnaldo riendo con insolencia.

—¿Reniegas de mí, de ti, de tu sangre? ¿También has olvidado que mataste a disgustos a tu madre, mi santa hermana, pobre viuda que abandonaste en Sagias, hace

ya diez años? ¿Conque no me conoces, mal corazón? ¡Pues yo te conozco a ti demasiado bien!

—No sé de qué me estáis hablando, buen hombre —replicó Arnaldo sin desconcertarse—. No me llamo Arnaldo, sino Martín Guerra, ni soy de Sagias, sino de Antigües. Los viejos del país, los que me han visto nacer, lo atestiguarán, y si deseáis que os tomen a risa, no tenéis más que repetir lo que acabáis de decirme a mí delante de mi mujer Beltrana de Rolles y de todos mis parientes, que no tardarán en venir.

—¡Vuestra mujer! ¡Vuestros parientes! —replicó Carbón Barreau estupefacto—. Dispensadme... ¿Estaré equivocado? ¡Pero, si no es posible! ¡Una semejanza tan completa...!

—Al cabo de diez años, las semejanzas son de difícil comprobación. Sin duda estáis delirando, buen hombre. No tardaréis en oír lo que dicen mi mujer y mis parientes, que están para llegar.

—En ese caso —dijo Carbón Barreau medio convencido—, podréis vanagloriaros de pareceros a mi sobrino Arnaldo de Thill como un huevo a otro huevo.

—Vos lo decís —contestó Arnaldo bromeando—; yo no me he vanagloriado de ello.

—¡Ah! Cuando digo que podéis vanagloriaros, nada más lejos de mi ánimo para que nadie se envanezca de parecerse a un tunante de su calaña, ni mucho menos. Yo, que soy de la familia, puedo decir que mi sobrino es el bribón más redomado que se puede imaginar. Bien pensado, no debí confudiros con él, porque no es posible que viva a estas fechas. Han debido ahorcarle hace mucho tiempo.

—¿Lo creéis así? —preguntó Arnaldo.

—Me atrevo a asegurarlo, señor Martín Guerra —contestó Carbón Barreau con convicción—. Supongo que no os molestará que hable así de ese canalla, toda vez que nada tiene que ver con vos, ¿verdad?

—A mí no; ¿por qué había de molestarme? —dijo Arnaldo, no muy satisfecho.

—¡Cuántas veces me he dado la enhorabuena, delante de su pobre madre, hecha un mar de lágrimas, por haber permanecido soltero y no tener hijos, que acaso habrían deshonrado mi nombre, como mi sobrino ha deshonrado el de sus padres!

—¡Toma! ¡Pues ahora caigo! —pensó Arnaldo—. ¡Mi tío Carbón no tenía hijos, y, por consiguiente, herederos directos!

—¿En qué pensáis, señor Martín? —preguntó el viajero.

—Pienso en que, pese a vuestras afirmaciones en contrario, señor Carbón, os alegraríais de tener hijos, y a falta de hijos, no os desagradaría ver a ese sobrino que tantos disgustos os ha ocasionado, pero a quien, no obstante sus calaveradas, tendríais algún afecto y hasta le legaríais vuestros bienes.

—¿Mis bienes?

—Vuestros bienes, sí: El que siembra doblones de oro con tanta liberalidad como vos, no puede ser pobre. Pues bien: ese Arnaldo que decís que se me parece tanto, sería probablemente vuestro heredero... ¡Diablo! ¡Creed que siento no ser él!

—Arnaldo de Thill, si no hubiese muerto ahorcado, sería heredero mío a mi muerte; es cierto —contestó con gravedad Carbón Barreau—. He de decir, sin embargo, que no le sacaría de grandes apuros la herencia, porque no soy rico. Pago hoy un doblón de oro para que me proporcionen comida y lecho donde descansar, porque estoy extenuado de cansancio y de hambre, pero esto no significa que mi bolsa esté llena... Por desgracia, pesa poco; demasiado poco.

—¡Bah! —exclamó Arnaldo con incredulidad.

—¿No me creéis, maese Martín Guerra? Como queráis; pero es lo cierto que voy a Lyon en busca de un asilo y de un pedazo de pan que el Presidente del Parlamento, de quien he sido portero por espacio de veinte años, me ofrece para lo que me resta de vida. Mi generoso señor me ha enviado también veinticinco doblones para que pagase mis pequeñas deudas y sufragase los gastos del camino. Lo que de esa cantidad me resta es lo único que poseo en el mundo, por consiguiente, mi herencia es demasiado mísera para que Arnaldo de Thill, suponiendo que viviese todavía, viniera a reclamarla. He aquí por qué...

—¡Basta, basta, señor hablador! —interrumpió con brusquedad Arnaldo de Thill—. ¿Creéis que tengo el tiempo para escuchar sandeces? Entrad en casa si os acomoda. Comeréis dentro de una hora, descansaréis después, y quedaremos en paz, sin que ni vos tengáis necesidad de pronunciar discursos, ni yo de escucharlos.

—Entonces, ¿por qué me habéis preguntado?

—Entrad, buen hombre, o no entréis, como queráis. Van llegando mis convidados, y me permitiréis que os deje a vos para atenderles a ellos. Entrad; en mi casa no gasto ceremonias; así que no os acompaño.

—¡Viendo estoy que no las gastáis, amigo! —dijo Carbón Barreau.

Y entró en la casa refunfuñando contra el tornadizo humor del dueño de la misma.

Tres horas después los comensales ocupaban aún sus asientos a la sombra de los olmos. No faltaba uno solo, ni el juez de Artigues, cuyo favor quería granjearse Arnaldo, y que se había sentado en el puesto de honor.

Circulaban los vasos llenos de vino con tanta rapidez como los chistes y alegres chanzonetas. Los jóvenes hablaban del porvenir, los viejos del pasado. Carbón Barreau hubo de convencerse de que el dueño de la casa se llamaba Martín Guerra, puesto que como tal le conocían y trataban todos los vecinos de Artigues.

—Oye, Martín Guerra —decía uno—; ¿te acuerdas de aquel fraile agustino, el padre Crisóstomo, que nos enseñó a leer a los dos?

—¡Y tanto si lo recuerdo! —respondía Arnaldo.

—¿Te acuerdas, primo Martín —preguntaba otro—, que el día de tu boda se

dispararon por primera vez en el pueblo tiros de arcabuz, en señal de regocijo?

—Como si fuera ayer —contestaba Arnaldo, abrazando a su mujer como para reavivar sus recuerdos.

—Ya que tan buena memoria tienes —dijo de pronto una voz de timbre enérgico, a espaldas de los comensales—, ya que de tantas cosas sabes, Arnaldo de Thill, tal vez te acuerdes también de mí; ¿me equivoco?

XXIII

LA JUSTICIA EN APURO

El que así hablaba, con entonación imperiosa, arrojó la capa oscura en que iba embozado y el sombrero cuyas alas le cubrían parte del rostro. Los convidados de Arnaldo de Thill, que se volvieron al oír sus palabras, pudieron ver un caballero joven y gallardo, de continente altivo y vestido con riqueza.

Un criado suyo, que había quedado a corta distancia, cuidaba de los dos caballos que les habían llevado allí.

Todos se pusieron en pie respetuosamente, sorprendidos e intrigados.

Arnaldo de Thill, pálido como un cadáver, murmuró asustado:

—¡El señor vizconde de Exmés!

—¡Contesta! —prosiguió Gabriel con voz de trueno—. ¿Me conoces?

Arnaldo, después de un momento de vacilación, durante el cual debió de calcular el alcance del peligro que se le venía encima y la manera de conjurarlo, contestó:

—Conozco, en efecto, al señor vizconde de Exmés, a quien algunas veces he visto en el Louvre y en otros sitios, cuando estuve al servicio del señor de Montmorency, pero no puedo creer que monseñor conozca a un pobre y oscuro servidor del condestable.

—Olvidas, sin duda, que también lo fuiste mío —replicó Gabriel.

—¿Quién? ¿Yo? —preguntó Arnaldo, fingiendo la más viva sorpresa—. ¡Oh! ¡Perdonad, monseñor, si os digo que sufrís una equivocación!

—Tan seguro estoy de no sufrirla, que requiero explícitamente al juez de Artigues, aquí presente, a que te prenda y encarcele en el acto. ¿Hablo claro?

Todos los comensales hicieron un movimiento de terror. El juez quedó admirado y aturdido. Únicamente Arnaldo supo mantenerse tranquilo... en apariencia.

—¿Podré saber a lo menos de qué crimen se me acusa? —preguntó.

—Te acuso —contestó con entereza el vizconde— de haber suplantado inicuaamente a mi escudero Martín Guerra, de haberle robado villana y traidoramente su nombre, su casa y su mujer, abusando de una semejanza tan completa con él, que a mí mismo me parecería imposible si no tuviese pruebas evidentes.

La estupefacción de los convidados fue inmensa al oír aquella acusación terminante.

—¿Qué significa esto? —se preguntaban consternados—. ¿Martín Guerra no es Martín Guerra? ¿Qué brujería es ésta?

La mayor parte de aquellas gentes sencillas comenzaron a persignarse y a recitar en voz baja fórmulas de exorcismo, y todos sin excepción miraban espantados al

anfitrión.

Comprendió Arnaldo la necesidad de dar un golpe de efecto si quería atraerse a los que ya dudaban, y, volviéndose hacia la que llamaba su mujer, dijo:

—¡Habla, Beltrana! ¿Soy o no soy tu marido?

La pobre mujer, asustadísima, no había pronunciado palabra, limitándose a mirar con ojos desmesuradamente, ora a Gabriel, ora a su supuesto marido. Pero al ver el fiero gesto de Arnaldo, al oír su voz amenazadora, no vaciló más, y se arrojó en sus brazos con efusión, exclamando:

—¡Mi querido Martín Guerra!

Bastaron estas palabras para romper el encanto; todos los convidados se volvieron hacia el vizconde de Exmés dejando escapar murmullos de disgusto.

—Caballero —le dijo Arnaldo con ademanes de vencedor—; en vista del testimonio de mi mujer y de mis parientes y vecinos, ¿persistís todavía en vuestra extraña acusación?

—Persisto —respondió con calma Gabriel.

—¡Permitidme una sola palabra! —exclamó Carbón Barreau—. Me extrañaba que yo hubiese visto visiones. Puesto que, al parecer, existe otro individuo que se parece en todo al que hoy festeja aquí el aniversario de su boda, yo afirmo y juro que uno de los dos es mi sobrino Arnaldo de Thill, natural de Sagias, como yo.

—¡Ah! ¡No contaba yo con este socorro tan oportuno como providencial! —dijo Gabriel dirigiéndose al viejo—. ¿Reconocéis a este hombre como sobrino vuestro?

—Hablando con arreglo a mi conciencia, no me atrevería a precisar si mi sobrino es éste o el que se le parece; pero sí a jurar que si se ha cometido alguna impostura, se puede acusar sin temor de ella a mi sobrino, muy acostumbrado a cometerlas.

—¿Lo oís, señor juez? —preguntó Gabriel—. El culpable podrá ser éste o el otro, pero no queda duda de la comisión del delito.

—¿Pero, dónde está el que, a fin de suplantarme a mí, se finge suplantado? —preguntó con osadía Arnaldo—. ¿No van a carearme con él? ¿Se esconde, por ventura? Que se presente, y veremos quién de los dos dice verdad.

—Martín Guerra, mi escudero —contestó Gabriel—, obedeciendo órdenes mías, se ha constituido preso en Rieux. Señor juez: soy el conde de Montgomery, capitán de guardias del rey. Me ha reconocido el mismo acusado. Pido que reduzcáis a ese hombre a prisión, como lo ha sido ya su acusador. Cuando entrambos estén en poder de la justicia, espero demostrar sin dificultad cuál de ellos es el impostor.

—Es evidente, monseñor —contestó el juez—. Que sea Martín Guerra conducido inmediatamente a la prisión.

—Yo mismo me constituiré en ella sin que nadie me acompañe —dijo Arnaldo—, porque quien no ha obrado mal, nada teme. Mis buenos y leales amigos y parientes —añadió dirigiéndose a sus invitados, creyendo que le convenía ganarse sus

simpatías—: cuento con vuestro sincero testimonio para salir airoso de este trance. Vosotros, que me habéis conocido, que me habéis tratado, diréis quién soy yo; ¿verdad?

—¡Sí, sí! ¡Puedes estar tranquilo, Martín! —gritaron a coro los convidados.

En cuanto a Beltrana, había creído conveniente recurrir a un desmayo.

Ocho días después de la escena narrada, se celebraba la vista de la causa en el juzgado de Rieux, causa curiosa, complicada y de difícil fallo. Digna era, a no dudar, de la que da una idea el hecho de que, después de transcurridos próximamente trescientos años, todavía se hable de ella en nuestros días.

Si Gabriel de Montgomery no se hubiese mezclado en ella, es probable que los dignos jueces de Rieux, con toda su buena voluntad, no hubiesen conseguido poner en claro un asunto tan misterioso.

Lo primero que pidió Gabriel fue que bajo ningún pretexto fueran careados los dos adversarios hasta nueva orden. Los interrogatorios y pruebas fueron practicadas por separado, y tanto Martín como Arnaldo de Thill permanecieron en sus celdas rigurosamente incomunicados.

Martín Guerra, envuelto en una capa, fue puesto delante de su mujer, de sus parientes y de Carbón Barreau.

Todos le reconocieron: unánimemente declararon que era Martín Guerra, que la confusión era imposible.

Pero, presentado a su vez Arnaldo de Thill, afirmaron con la misma unanimidad que era Martín Guerra.

Todos gritaban, todos se asustaban, pero nadie daba un indicio que pudiese conducir a la justicia al esclarecimiento de la verdad.

—¡El diablo del infierno quedaría corrido como una mona en un caso como éste! —exclamaba Carbón Barreau, titubeando entre sus dos sobrinos.

A falta de diferencias materiales, podían servir de guía a Gabriel y a los jueces las contradicciones de los hechos y lo opuesto de los caracteres de los dos Martín Guerra.

Desgraciadamente, tampoco este medio prometía resultados satisfactorios. Al hacer la historia de sus primeros años, Arnaldo y Martín contaban los mismos hechos, recordando las mismas fechas y citaban los mismos nombres con desesperante exactitud.

Por añadidura, Arnaldo presentaba cartas de su mujer, documentos de familia y su anillo de boda; pero Martín explicaba que Arnaldo, después de haberle hecho ahorcar en Noyón, pudo robarle los documentos y el anillo en cuestión.

La perplejidad de los jueces continuaba siendo la misma, su incertidumbre mayor cada día. Tan claros y tan elocuentes eran los datos, los indicios, las apariencias presentados por uno y otro; y las manifestaciones de entrambos presentaban idénticas muestras de sinceridad.

Imposible fallar un litigio tan arduo si no se encontraban pruebas formales y testimonios concluyentes. Gabriel se encargó de suministrarlos.

En primer lugar, a petición suya, el presidente del tribunal hizo comparecer a Arnaldo y a Martín Guerra, y dirigió a entrambos la pregunta siguiente:

—¿Dónde habéis estado desde la edad de doce años hasta la de dieciséis?

Los dos contestaron sin titubear:

—En San Sebastián, Vizcaya, en casa de mi primo Sanxi.

Sanxi, obligado a comparecer como testigo, certificó que el hecho era cierto.

Gabriel se acercó a Sanxi y le dijo algunas palabras al oído. Sanxi sonrió, y seguidamente interpeló a Arnaldo en lengua vascuence.

Arnaldo palideció y no supo contestar.

—Lo he olvidado —contestó Arnaldo con voz insegura.

Sometido Martín Guerra a la misma prueba, estuvo hablando en vascuence por espacio de más de un cuarto de hora, con gran alegría de su primo y satisfacción de los jueces y del público.

A esta prueba, que principió a descubrir la verdad y a iluminar los espíritus, siguió muy pronto otra que, aunque copia de la conocida de la Odisea, no fue por eso menos significativa.

Los vecinos de Artigues de la misma edad que Martín recordaban aún con envidia su habilidad y fuerza en el juego de pelota. A su regreso al pueblo, el falso Martín Guerra no aceptó ninguno de los partidos que le propusieron, pretextando que había recibido una herida en la mano derecha. En cambio, el Martín Guerra auténtico disfrutó lo indecible jugando en presencia de sus jueces con los pelotaris más afamados del pueblo. Lo hizo sentado y envuelto en una capa, limitándose a devolver las pelotas que le enviaban, pero las jugaba con habilidad y fuerza verdaderamente prodigiosas.

A partir de aquella prueba, las simpatías públicas, tan importantes en casos como el que se trataba de esclarecer, se declararon por Martín, es decir, en favor del derecho, por extraño que parezca.

Otra prueba acabó de perder a Arnaldo en el ánimo de los jueces.

La talla de los dos acusados era exactamente igual; pero Gabriel, que andaba constantemente al acecho de indicios creyó descubrir que el pie de su leal escudero, el único que le quedaba, era bastante más pequeño que los de Arnaldo de Thill.

El viejo zapatero de Artigues, citado por el tribunal, presentó las medidas antiguas y las nuevas.

—Puedo asegurar —dijo— que Martín calzaba en otro tiempo nueve puntos, y que me sorprendió que a su regreso calzase doce. Creí, sin embargo, que sus muchos viajes habrían alargado sus pies.

Tomó entonces medida al único pie que la Providencia había conservado al

verdadero Martín Guerra, sin duda para que contribuyese al triunfo de la verdad, y el zapatero, terminada su faena, reconoció y proclamó que era aquél el pie auténtico que tantas veces había calzado, y que, a pesar de los largos viajes, era como fue antes.

Desde aquel instante, todos proclamaron la inocencia de Martín y la culpabilidad de Arnaldo.

Pero no eran bastantes estas pruebas materiales: Gabriel quería aportar testimonios morales.

Hizo que compareciera el campesino que Arnaldo había enviado a París con el encargo de anunciar que Martín Guerra había sido ahorcado en Noyón. El buen hombre lo declaró así, añadiendo que experimentó la sorpresa mayor de su vida al encontrar en un palacio de la calle de los Jardines de San Pablo al mismo a quien días antes vio viajando en dirección a Lyon, circunstancia que despertó las primeras sospechas de Gabriel.

Declaró de nuevo Beltrana de Rolles.

La pobre mujer, no obstante el cambio completo de la opinión, continuaba declarándose en favor de quien la dominaba por el miedo.

Interrogada por los jueces sobre si había observado variaciones substanciales en el carácter de su marido, contestó:

—¡Sí! ¡Realmente ha vuelto muy cambiado, pero ha sido en su ventaja!

Como la instaran a que se explicase con más claridad, añadió:

—Martín, en otro tiempo, era dócil y bueno como un cordero, se dejaba dirigir y gobernar por mí hasta tal extremo, que a mí misma me dio vergüenza muchas veces. Pero ha vuelto hecho un hombre, un amo en toda la extensión de la palabra. Me ha hecho ver que yo procedí mal en otro tiempo, me ha demostrado que mi obligación, como mujer que soy, es obedecerle. Hoy soy yo la que obedezco, la que bajo la cabeza cuando él habla o levanta la mano. Esa autoridad la ha adquirido en sus viajes; desde que regresó, cada uno de nosotros ocupa el puesto que le corresponde. Me he acostumbrado a obedecer, y estoy muy contenta.

Otros vecinos de Artigues declararon que Martín Guerra fue siempre inofensivo, piadoso y bueno, pero que, desde su regreso, observaron que era agresivo, impío y malo, añadiendo, como el zapatero y Beltrana, que atribuían semejantes cambios de carácter a sus viajes.

El conde de Montgomery habló al fin en medio del respetuoso silencio de los jueces y de los circunstantes.

Explicó las extrañas circunstancias que habían hecho que tuviese a su servicio a los dos Martines, habló de los inexplicables cambios de conducta de su escudero, hoy moderado y virtuoso y mañana vicioso y truhán, terminando su discurso con un relato de los acontecimientos que al fin le hicieron sospechar la verdad. Nada omitió: ni los terrores de Martín, ni las felonías de Arnaldo; dio cuenta de las virtudes del uno y de

los crímenes del otro, y consiguió que todos viesen clara como la luz del sol aquella historia oscura y embrollada. Unánimemente se pidió el castigo del culpable y la rehabilitación del inocente.

La justicia de aquellos tiempos era menos complaciente y menos cómoda para los culpables que la de nuestros días. Arnaldo estaba perdido sin remedio, y todavía desconocía los cargos abrumadores que pesaban sobre él. Ciertamente que no quedó tranquilo después de la prueba de la lengua vasca y del juego de pelota, pero creía que las explicaciones dadas a sus jueces habían sido más que suficientes. En cuanto a las medidas tomadas por el zapatero, ni se le alcanzó siquiera el objeto que pudieran tener. Por otra parte, tampoco sabía si el Martín Guerra auténtico había salido más airoso que él.

Cediendo a un sentimiento generoso de equidad, quiso Gabriel que Arnaldo estuviese presente y escuchase la acusación fiscal, a fin de que pudiera defenderse. Martín permaneció en la cárcel, mientras Arnaldo, sentado en el banquillo de los acusados, no perdió palabra del discurso convincente del conde de Montgomery.

Cuando Gabriel terminó de hablar, Arnaldo, sin desalentarse ni intimidarse, pidió permiso para rebatir los cargos acumulados sobre él. El tribunal no quería acceder a su demanda, pero se rindió a las instancias de Gabriel, y Arnaldo pudo hablar.

Lo hizo admirablemente. El bribón poseía una elocuencia natural maravillosa, y además, un talento poco común y una habilidad magistral para embrollar los asuntos.

Gabriel había puesto todo su empeño en esclarecer las tenebrosas aventuras de los dos Martines; Arnaldo cuidó de enredar otra vez los hilos y de introducir en el ánimo de los jueces una confusión horrenda. Declaró que no comprendía nada de cuanto se había dicho sobre aquellas dos existencias que se confundían e identificaban, que no tenía por qué explicar los *quid pro quo* con que intentaban confundirle, y que lo único que debía hacer era responder de su vida propia y justificar sus actos personales.

Contó con lógica admirable cuanto había hecho desde niño, interpeló a sus parientes, a sus amigos, a sus vecinos, les recordó circunstancias e incidentes que ellos mismos habían olvidado, y rió de ciertas cosas y se enterneció al recordar otras.

No sabía hablar vascuence ni podía jugar a la pelota, nada más cierto, pero dijo que no todos retienen en la memoria las lenguas que aprenden en la adolescencia, y en cuanto a la pelota, allí estaba la cicatriz de su mano, patente a todos, pregonando por qué no podía jugar. Ignoraba si su adversario había dejado satisfechos a los jueces en lo referente a los dos puntos; pero, aun cuando así fuera, no costaba tanto trabajo aprender un dialecto y ejercitarse en un juego.

Añadió que el señor conde de Montgomery, engañado, a no dudar, por algún intrigante, le acusaba de haber robado a su escudero los documentos que acreditaban su identidad, pero sin presentar prueba alguna material de su acusación.

El campesino de quien se había hablado en la vista de la causa, podía muy bien

ser un cómplice del que pretendía hacerse pasar por Martín.

Desvirtuó la acusación de haber robado el importe del rescate del conde de Montgomery diciendo que era verdad que regresó a Artigues con cierta suma de dinero, pero que ésta era mucho mayor que la indicada por el conde, y por otra parte, podía explicar satisfactoriamente su procedencia, exhibiendo el oportuno certificado del muy alto y muy poderoso condestable de Montmorency.

Dio Arnaldo una prueba más de su diabólica astucia al traer a colación el nombre del condestable, pues no dudó que deslumbraría a los jueces y a los testigos con nombre tan prestigioso. Suplicó a los jueces que pidieran informes a su ilustre señor, quien se apresuraría a justificar a quien tan lealmente le había servido.

En una palabra: fue tan hábil el discurso de aquel canalla, habló con tanto calor, supo dar a su impudencia tanta apariencia de inocencia, que Gabriel advirtió que los jueces vacilaban de nuevo.

Fuerza era dar el golpe decisivo, y Gabriel resolvió descargarlo.

Dijo algunas palabras en voz baja al presidente y éste ordenó que llevasen a Arnaldo a la cárcel y que trajesen a Martín Guerra.

XXIV

SE PRESENTAN, AL PARECER, NUEVAS COMPLICACIONES

Arnaldo, en vez de ser conducido directamente desde la sala del tribunal al calabozo que ocupaba en la cárcel, fue llevado a un patio interior que formaba parte del mismo edificio del juzgado, donde le dejaron solo durante algunos minutos, por si sus jueces creían conveniente llamarle de nuevo luego que terminase el interrogatorio de su contrario.

En cuanto se vio solo, entregóse a sus reflexiones y, por lo pronto, se felicitó por el efecto que su hábil defensa había producido en la sala de justicia. No estaría seguramente tan persuasivo Martín Guerra, pensaba el bribón de Arnaldo, no obstante tener toda la razón de su parte.

Que Arnaldo había ganado tiempo, no puede dudarse y no lo dudaba el interesado; pero, examinando las cosas con la atención debida, principiaba a comprender el falsario que no había ganado otra cosa, que la verdad, que con imprudencia tanta había embrollado y ocultado, concluiría por brillar. El mismo condestable de Montmorency, cuyo testimonio se había atrevido a invocar, difícilmente se prestaría a cubrir con su autoridad los desaguizados y fechorías de su espía.

Resultado: a fuerza de reflexionar, Arnaldo, tan alegre y pagado de sí mismo al principio, fue poco a poco perdiendo la esperanza y la serenidad, y al fin se dijo que su situación distaba mucho de ser tranquilizadora.

El desaliento, la zozobra, la intranquilidad, habían penetrado ya en su pecho cuando fueron a buscarle para conducirlo al calabozo. ¡Nuevo motivo de ansiedad! El tribunal no consideraba necesario interrogarle después de las explicaciones de Martín Guerra.

La ansiedad de Arnaldo, con ser realmente muy grande, no le impidió observar que el carcelero que le había ido a buscar y le acompañaba no era el suyo.

¿A qué obedecería aquel cambio? ¿Sería que redoblaban las precauciones? ¿Intentarían hacerle hablar? Arnaldo hizo el firme propósito de estar en guardia, y no despegó los labios durante el camino.

¡Nuevo motivo de perplejidad para Arnaldo! ¡El nuevo carcelero le conducía a una celda distinta de la que hasta entonces había ocupado!

La de ahora tenía una ventana y una chimenea que no había en la primera.

Se advertía a primera vista que muy poco antes debió de estar ocupada aquella celda por otro preso, pues se reían esparcidas por el suelo migajas de pan tierno, un

cántaro de agua, un lecho de paja y un cofre medio abierto que contenía trajes de hombre.

Arnaldo de Thill, acostumbrado a contenerse, no manifestó ninguna sorpresa, pero apenas se vio solo, corrió a registrar el cofre.

Encontró ropas, nada más que ropas, pero eran éstas de un color y de una forma que Arnaldo creyó recordar. Sobre todo había dos casacas de paño pardo y dos calzones de punto amarillos, que llamaron su atención por el color y por el corte.

—¡Oh! —se dijo Arnaldo—. ¡Sería gracioso...!

No pudo continuar su soliloquio porque entró en aquel momento en su celda su desconocido carcelero.

—¡Hola, maese Martín Guerra! —dijo al preso dándole un golpecito en la espalda, como para probarle que si él no conocía a su carcelero, éste en cambio le conocía a él perfectamente.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Arnaldo.

—Hay, amigo mío, que vuestro asunto, por las trazas, va admirablemente bien. ¿Sabéis quién ha obtenido de los jueces, y solicita ahora de vos el favor de conversar con vos durante algunos instantes?

—¡Por vida mía que no! ¿Cómo queréis que lo sepa? ¿Quién puede ser...?

—Vuestra mujer, amigo mío; vuestra mujer, Beltrana de Rolles en persona, que empieza a ver, sin duda, de parte de quién está la justicia y el derecho. Si yo estuviera en vuestro pellejo, no la recibiría.

—¿Por qué? —preguntó Arnaldo.

—¿Preguntáis por qué? Pues porque ha tardado una eternidad en rendirse a la evidencia. ¡A buena hora viene con su convencimiento! ¡Precisamente mañana dicta y publica oficialmente el tribunal la sentencia! Supongo que sois de mi opinión, ¿verdad? De consiguiente, voy a echar a cajas destempladas a la ingrata.

El carcelero dio un paso hacia la puerta; pero Arnaldo de Thill le detuvo diciendo:

—¡No, no, no! No la despedáis; quiero verla, sí, quiero verla. Puesto que tiene autorización de mis jueces, hacedla entrar, amigo mío.

—¡Siempre el mismo! —gruñó el carcelero—. ¡Siempre tan bonachón, tan generoso! ¡Bien dicen que genio y figura...! Si dejáis que vuestra mujer recobre el ascendiente que antes tenía sobre vos, mal os veo, amigo... Pero, en fin, cuenta vuestra es y no mía.

Salió el carcelero encogiéndose de hombros como compadeciendo al preso.

Dos minutos después volvía acompañando a Beltrana. Principiaba a anochecer.

—Os dejo solos —dijo el carcelero—, pero volveré a buscar a Beltrana antes de que cierre por completo la noche. Aprovechad bien el cuarto de hora que os conceden, para reñir o para reconciliaros, como mejor os convenga.

Inmediatamente salió de nuevo.

Beltrana se aproximó, avergonzada y con la cabeza inclinada, al que creía que era Martín Guerra, el cual permaneció sentado y silencioso.

—Martín —dijo la mujer con voz débil y tímida—; ¿me perdonas?

Temblaba de pies a cabeza y sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—Perdonarte... ¿qué? —preguntó Arnaldo.

—Mi engaño, mi error grosero —contestó Beltrana—. Mal, muy mal he hecho en no conocerte, pero ten en cuenta que mi equivocación tenía motivos muy justificados, tanto, que, según parece, hubo un tiempo en que tú mismo te engañaste. Para salir de mi error he necesitado que todo el país, que el señor conde de Montgomery, que la justicia, que sabe muy bien lo que hace, me afirmen que tú eres mi verdadero marido y que el otro no era más que un impostor.

—¿Pero quién es el *otro*? ¿Quién es el impostor reconocido y declarado? ¿El que ha venido con el señor conde de Montgomery o el que se hallaba en posesión del nombre y de los bienes de Martín Guerra?

—¡El otro... el que me ha engañado... el falsario a quien la semana pasada llamaba yo, estúpida y ciega, mi marido!

—¿Según eso, ya no existe la menor duda? —preguntó con emoción Arnaldo.

—¡Absolutamente ninguna! —contestó Beltrana—. Los señores del tribunal y el señor conde de Montgomery, tu amo, me han asegurado hace un momento que están ciertos de que eres el verdadero Martín Guerra.

—¿Será verdad?

—Además, me han insinuado que debía pedirte perdón y procurar reconciliarme contigo antes de que dicten sentencia. Yo, siguiendo sus consejos, he solicitado y obtenido el permiso necesario para verte...

Beltrana hizo una pausa; pero, viendo que su pretendido marido no le contestaba, repuso:

—Es demasiado cierto, mi buen Martín, que mi conducta ha sido muy culpable, pero te ruego que consideres que mi falta no fue voluntaria. ¡Pongo por testigos a la Santísima Virgen y al Niño Jesús! Consiste mi culpa principal en no haber descubierto la superchería y desenmascarado a ese Arnaldo de Thill; pero, ¿cómo había yo de suponer que pudiese haber en el mundo parecidos tan prodigiosos? ¿Se ha visto nunca que Dios crease dos criaturas tan exactamente iguales? Iguales en el rostro, iguales en la estatura, pero ¡ay! opuestos en carácter, opuestos en corazón, y esta diferencia debió haberme hecho abrir los ojos, lo reconozco. ¿Pero tenía yo algún motivo para desconfiar? Arnaldo de Thill me hablaba del pasado como podías hacerlo tú, tenía tu anillo, tus papeles, ningún amigo, ningún pariente desconfió de él, y yo me dejé llevar de mi buena fe. Atribuía tus cambios de carácter a la experiencia que corriendo mundo habías adquirido. Sírvame de descargo, mi querido marido, que en la persona de ese desconocido que ostentaba tu nombre te amé siempre a ti, me

sometí con gusto a ti, no a él. Considera esto, y me perdonarás seguramente un error fatal que me ha obligado a cometer, sin saberlo y sin quererlo, ¡Dios mío!, un pecado gravísimo, por el que pasaré el resto de mi vida pidiendo perdón a Dios y a ti.

Calló de nuevo Beltrana de Rolles, por si su marido se decidía a hablar y a consolarla; pero como aquél guardase silencio obstinado, la pobre mujer, con el corazón oprimido, continuó:

—Si es imposible, Martín, que me guardes rencor por mi primera falta, la segunda, por mi desgracia, es acreedora a todos tus reproches y a toda tu cólera. En ausencia tuya, pase que tomase a otro por ti; pero desde el momento que te presentaste, desde el momento en que pude hacer comparaciones, debí reconocerte al punto. He de suplicarte, sin embargo, que reflexiones y veas si también esta segunda falta merece alguna disculpa. En primer lugar, Arnaldo de Thill estaba en posesión del nombre y del título que te pertenecen, y me causaba repugnancia admitir una suposición que me declaraba culpable. En segundo lugar, apenas si he podido verte y hablarte; cuando me careaban contigo, vestías trajes que no eran los ordinarios y estabas embozado en una larga capa que me ocultaba tu cuerpo y no me permitía apreciar tu manera de andar. Me han tenido incomunicada casi casi con tanto rigor como a ti y a Arnaldo, y no os he visto a los dos juntos, sino siempre separados, y desde lejos. Dada la semejanza tan asombrosa que entre los dos existe, ¿qué medio tenía yo para averiguar la verdad? Me decidí, por consiguiente, casi a la ventura, por el hombre a quien la víspera llamaba todavía mi marido. Te suplico que no me guardes rencor por ello. Hoy me certifican los jueces que me he engañado, me aseguran que tienen pruebas convincentes de mi error, y en vista de declaración tan explícita, vengo a ti, arrepentida y confusa, confiando en tu bondad natural y en el cariño que en otro tiempo me tuviste. ¿Habré hecho mal en contar con tu indulgencia?

Calló Beltrana después de formular una pregunta tan directa, pero su supuesto marido continuó mudo.

Era evidente que Beltrana se proponía conmovier a Martín Guerra. El medio empleado era algún tanto singular y extraño, pero como obraba de buena fe, visto el mutismo de su marido, insistió en la conducta que se había trazado, creyendo que era la más indicada para llegar hasta el corazón del hombre a quien suplicaba.

—A mí me encontrarás muy variada —repuso—. Ya no soy la mujer desdeñosa, caprichosa y colérica que tanto te hizo sufrir. Los malos tratos a que me ha sometido ese bribón llamado Arnaldo, y que debieron dármele a conocer, han producido al menos un buen resultado, el de doblegarme y humillarme, tanto que has de encontrarme tan dócil y tan buena como eres tú... porque tú serás bueno y condescendiente conmigo y con el pasado, ¿verdad que sí? Vas a demostrarme que no me engaño perdonándome, y así te reconoceré por tu buen corazón, como te he

reconocido ya por tu rostro.

—¿Luego me reconoces ahora? —preguntó al fin Arnaldo.

—¡Sí, sí! Lo que me avergüenza es no haberte reconocido al punto, sin necesidad de sentencias de jueces.

—¿Me reconoces? —insistió Arnaldo—. ¿Declaras que no soy ese intrigante que hace muy pocos días se fingía y pasaba por tu marido, sino el verdadero, el legítimo, el auténtico Martín Guerra, a quien no habías visto en muchos años? ¡Mírame bien! ¿Reconoces en mí a tu primero, a tu único esposo?

—Sin la menor duda.

—¿En qué lo conoces? ¡Veamos! ¿Qué señas sirven de base a tu seguridad?

—En cosas extrañas a tu persona, en indicios independientes de ti... Quiero decir, que no advierto en ti ninguna señal que me lo demuestre. Confieso que si te colocasen junto a Arnaldo de Thill, vestido como él, seguramente no te reconocería, porque vuestra semejanza es demasiado perfecta. Pero te conozco, sé que eres mi verdadero marido, porque me han dicho que me conducían a presencia de mi marido, porque te veo en tu celda y no en la de Arnaldo, y porque me recibes con la severidad que merezco, mientras que Arnaldo procuraría seducirme y engañarme.

—¡Miserable Arnaldo! —exclamó Arnaldo con voz severa—. ¡Y tú, mujer demasiado fácil, demasiado crédula...!

—¡Sí! ¡Dime cuanto quieras! —interrumpió Beltrana—. ¡Prefiero que me abrumes a fuerza de reproches a que me mates con tu silencio! Cuando hayas dado salida a la justa cólera encerrada en tu corazón, serás indulgente y cariñoso, te conozco bien, y me perdonarás.

—Veremos —contestó Arnaldo con menos dureza—. ¡No desesperes, Beltrana; he dicho que veremos!

—¡Oh! —exclamó Beltrana—. ¿No lo decía yo? ¡Ahora sí que no puedo dudar! ¡Tú eres mi verdadero, mi querido Martín Guerra!

Y se arrojó a sus plantas, y regó con lágrimas sus manos, creyendo de buena fe que hablaba con su marido. Arnaldo de Thill, que la observaba con cierta desconfianza, no pudo sorprender en ella nada que diese motivo a recelos. Las muestras de alegría y de arrepentimiento que daba no dejaban lugar a duda.

—¡Está bien! —decía para sus adentros Arnaldo—. ¡Día llegará, y no está lejano, en que me las pagues todas juntas, pérfida!

Fingiendo que se dejaba llevar de un impulso de cariño irresistible, dijo llevando la mano a sus ojos para secar una lágrima que no existía:

—Me abandona la entereza y conozco que voy a dejarme vencer.

Y como a su pesar, estampó un beso en la frente de Beltrana.

—¡Felicidad! —exclamó ésta—. ¡Ya estoy casi perdonada!

Abrióse en aquel momento la puerta y entró el carcelero.

—¡Reconciliados! —exclamó con tono despectivo, al ver el grupo sentimental formado por los dos pretendidos esposos—. ¡Lo sabía de antemano! ¡Sois un infeliz, Martín!

—¡Cómo! ¿Le echáis en cara su bondad como si fuese un crimen? —preguntó Beltrana.

—¡Vaya... vaya! ¡No le hagas caso, tonta! —dijo Arnaldo con expresión bonachona.

—¡En fin, con su pan se lo coma! —repuso el inflexible carcelero—. Cada cual a lo suyo, y zapatero a tus zapatos, y mis zapatos ahora son haceros presente que pasó la hora, y que la llorosa arrepentida no puede permanecer aquí un segundo más.

—¿Tan pronto he de separarme de él?

—Tiempo tendréis de hartaros de verle mañana y los días sucesivos —contestó el carcelero.

—¡Es verdad! —exclamó Beltrana—. Mañana la libertad... Desde mañana, reanudaremos la vida dulce y tranquila de otro tiempo.

—Sí; los *mimitos* para mañana —dijo el terrible carcelero—. Y ahora, hacedme el favor de marcharos.

Beltrana besó con humildad la mano que con regio ademán le tendió Arnaldo, y salió con el carcelero.

Disponíase éste a cerrar la puerta de la celda, cuando le llamó Arnaldo.

—¿No podríais traerme una luz... una lámpara? —le preguntó.

—Sí por cierto —contestó el carcelero—. Hoy, como todas las noches, os traeré una luz, que podréis tener encendida hasta las nueve. No os quejéis, porque ya hoy no os tratan con tanto rigor como a Arnaldo de Thill. Además: vuestro amo, el conde de Montgomery, es generoso; haceros favor es hacérselo a él. Dentro de cinco minutos os enviaré luz, Martín.

En efecto: momentos después entró el criado de la cárcel con una luz, que entregó al preso, despidiéndose seguidamente de él con las buenas noches y rogándole que la apagase a las nueve.

Arnaldo de Thill, apenas se quedó solo, se quitó la ropa que llevaba puesta y vistió rápidamente una de las famosas casacas pardas y uno de los no menos famosos calzones amarillos de punto que había encontrado en el cofre de Martín Guerra.

A continuación, quemó prenda por prenda su antiguo traje y mezcló sus cenizas con las que llenaban ya el hogar de la chimenea.

En la doble operación tardó menos de una hora, y de consiguiente, pudo apagar la luz y acostarse con tanta tranquilidad como si fuese el hombre mas santo del mundo antes de las nueve.

—Ahora, esperemos —se dijo a sí mismo—. Parece que decididamente estoy vencido en el ánimo de los jueces; pero, o mucho me equivoco, o voy a encontrar en

mi derrota misma los medios de salir victorioso, lo que no dejará de ser altamente gracioso. ¡Esperemos!

UN CRIMINAL QUE INFORMA CONTRA SI MISMO

Se comprenderá fácilmente que Arnaldo de Thill durmió muy poco aquella noche. Tendido en su lecho de paja, se la pasó entera con los ojos abiertos, calculando las probabilidades que tenía de salir con bien de su apuro, combinando los recursos que a mano tenía y fraguando planes. Atrevido era, a no dudar, el proyecto que había concebido de suplantar una vez más al infeliz Martín Guerra, pero acaso en el mismo atrevimiento estuviera el secreto de su triunfo.

¿Retrocedería ante un golpe más o menos de audacia el hombre a quien la casualidad servía tan admirablemente? ¡Nunca! Arnaldo tomó al momento su partido, dispuesto a acomodar su conducta a los incidentes que pudieran sobrevenir y a las circunstancias imprevistas.

En cuanto amaneció, pasó revista a su indumentaria y la encontró irreprochable. Satisfecho de su examen, dedicó algún tiempo a ensayar de nuevo el modo de andar y los movimientos de Martín Guerra. La imitación era perfectísima, aunque quizás adoleciese de un pequeño defecto: el de exagerar el aire bonachón de su *alter ego*. Aquel bribón habría sido un cómico excelente.

Serían las ocho de la mañana cuando la puerta de su celda giró sobre sus goznes.

Arnaldo de Thill refrenó un estremecimiento y procuró adoptar una actitud indiferente y tranquila.

El carcelero con quien había hablado la víspera entró acompañando al conde de Montgomery.

—¡Diantre! —se dijo Arnaldo—. Se precipita la crisis; recibámosla con serenidad.

Aguardaba con verdadera ansiedad la primera palabra que le dirigiera el conde.

—Buenos días, mi pobre Martín Guerra —le dijo Gabriel.

Respiró Arnaldo de Thill. El conde de Montgomery, al llamarle Martín, le miraba a la cara. El error se repetía. ¡Arnaldo se había salvado!

—Buenos días, mi bueno y querido señor —contestó Arnaldo con efusión de agradecimiento no del todo fingido—. ¿Qué novedades hay, monseñor? —tuvo la audacia de preguntar.

—Hoy por la mañana se dictará probablemente sentencia —dijo Gabriel.

—¡Loado sea Dios! Estoy deseando que acabe pronto esto. Supongo que no habrá ya nada que temer en lo sucesivo, ¿verdad, monseñor? ¡Triunfará la razón!

—Así lo espero —contestó Gabriel, mirando a Arnaldo con más fijeza que nunca—. El infame Arnaldo ha recurrido a medios desesperados.

—¡Es posible! ¿Y qué maquina ahora el miserable?

—¡No lo vas a creer! El traidor quiere repetir los quid pro quo de marras.

—¡Virgen Santa! —exclamó Arnaldo, alzando los brazos al cielo—. ¿Qué ha hecho?

—Tiene la osadía de sostener que ayer, a la salida de la sala de justicia, los carceleros se equivocaron conduciéndole al calabozo de Arnaldo, a quien, debido al mismo error, llevaron al tuyo.

—¡Qué atrevimiento, Dios mío! —dijo Arnaldo, aparentando sorpresa e indignación—. ¿Y en qué funda ese desventurado su insolente afirmación?

—Vas a saberlo: ni él ni tú fuisteis ayer conducidos directamente, como de ordinario, a vuestros calabozos. Como el proceso estaba terminado, mientras los jueces deliberaban, mandaron a los carceleros que os dejasen en el edificio del juzgado, por si tenían necesidad de interrogar al uno o al otro. A Arnaldo le llevaron al vestíbulo y a ti te dejaron en el patio. Pues bien: jura y perjura Arnaldo que de esto ha provenido el error, porque cuantas veces se dio ese caso, llevaban a Arnaldo al patio y a ti al vestíbulo. Los carceleros, al ir a buscar a los presos para conducirlos a sus celdas respectivas, los confundieron, según él. Los carceleros son los mismos de siempre, pero pretende el muy tunante que, como máquinas humanas que son, y no hombres, solamente saben conocer al preso que les está confiado, pero no distinguir a las personas. Estas son las razones, pobres por cierto, en que Arnaldo apoya su nueva pretensión. Grita, llora y dice que quiere verme.

—¿Le habéis visto, monseñor? —preguntó vivamente Arnaldo.

—¡No por cierto! Me dan miedo sus astucias y sus embrollos. Sería muy capaz de volverme a seducir, de engañarme una vez más. ¡Tiene tanto talento y es tan ladino el muy bribón!

—¡Cómo! ¿Le defendéis, monseñor? —interrogó Arnaldo fingiendo descontento.

—No le defiendo, Martín; pero convengamos en que su ingenio es inagotable, y reconozcamos que si se hubiese dedicado al bien, en vez de aplicarse al mal, con la mitad de su habilidad habría...

—¡Es un infame! —interrumpió Arnaldo.

—¡Con qué rigor le juzgas hoy, Martín! —repuso Gabriel—. Viniendo aquí, iba pensando por el camino que, después de todo, no ha causado la muerte de nadie, y que, si es condenado dentro de algunas horas, morirá en la horca antes de ocho días, pena que me parece exorbitante, porque sus delitos acaso no merezcan pena capital. Se me ha ocurrido, suponiendo que tú, principal agraviado, quieras pedir su perdón...

—¡Pedir su perdón! —repitió Arnaldo con cierta indecisión.

—Eso se me ha ocurrido, pero es asunto que debe meditarse mucho antes, lo reconozco: ¿qué opinas tú, Martín?

Arnaldo de Thill permaneció algunos momentos reflexionando, puesta la barbilla

sobre la palma de la mano. Decidiéndose al fin, dijo:

—¡No! ¡Nada de perdón! ¿Comasión con ese miserable? ¡No, no!

—No te creía tan implacable, Martín. Ayer, sin ir más lejos, te compadecías del que había usurpado tu nombre, y tu mayor gusto habría sido salvarle.

—¡Ayer...! ¡Ayer! —gruñó Arnaldo—. ¡Ayer no nos había jugado esta mala pasada, más odiosa, a mi entender, que todas las anteriores!

—Verdad es —dijo Gabriel—. ¿Según eso, estás decidido a que el culpable muera?

—¡Dios mío! —contestó Arnaldo con aire compungido—. Nadie mejor que vos, monseñor, sabe cuánto repugna a mi natural la venganza, la violencia, el derramamiento de sangre. Sufro horriblemente, tengo el alma dolorida, me espanta pensar que he de aceptar una necesidad tan cruel, pero comprendo que es una necesidad. Considerad, monseñor, que mientras ese hombre viva, no puedo yo estar tranquilo. El nuevo prodigio de audacia que prepara demuestra palpablemente que es incorregible. Si le condenan a presidio, se evadirá; si a destierro, volverá; y mi existencia será un infierno, porque siempre temeré verle reaparecer para continuar turbando la paz de mi vida. Mis amigos, mi mujer, no podrán estar seguros de que tratan conmigo; la desconfianza será perpetua, los conflictos se sucederán con desesperante frecuencia y todos los días tendremos controversias, litigios y discusiones. En una palabra, mientras viva ese embaucador, yo no seré dueño de mí mismo. Debo, pues, bien a pesar mío, violentar y torcer mi carácter, monseñor. Claro está que será para mí motivo de tristeza, de desesperación eterna el haber causado la muerte de un hombre, pero no hay más remedio. La impostura de hoy disipa mis últimos escrúpulos... ¡Que muera Arnaldo de Thill! ¡Me resigno!

—¡Sea! ¡Morirá! —dijo Gabriel—. Es decir, morirá si le condenan, pues no ha recaído sentencia todavía.

—¡Cómo! ¿Pero no es segura la condena?

—Probable, muy probable, pero no segura. Ese Arnaldo es el mismo demonio: ayer dirigió a los jueces un discurso muy sutil y extraordinariamente persuasivo.

—¡Qué estúpido fui! —pensó Arnaldo.

—En cambio, tú, Martín —repuso Gabriel—, tú, que acabas de demostrarme con elocuencia y serenidad admirables la necesidad de que Arnaldo muera, no supiste, bien lo sabes, ofrecer al tribunal un solo argumento, un solo hecho en favor de la verdad. No pudiste sobreponerte a tu turbación y callaste obstinadamente, a pesar de mis instancias, y eso que te habían hecho el favor de ponerte al tanto de los medios de defensa empleados por tu adversario. Yo esperaba que los triturarías, pero nada: me llevé chasco.

—Consiste eso, monseñor —contestó Arnaldo—, en que delante de vos estoy tranquilo, al paso que la presencia de los jueces me intimida y aturde. Además,

confesaré que fiaba en el derecho que me asiste, y me parecía que la justicia abogaría en favor mío mejor que yo mismo. Ahora veo que no basta esto para convencer a los encargados de administrar justicia, que quieren palabras y nada más que palabras... ¡Ah, si ahora estuviese a tiempo! ¡Si quisieran oírme otra vez!

—¿Qué les dirías, Martín?

—Sacaría fuerzas de mi flaqueza y hablaría; ¡ya lo creo que hablaría! Así como así, no es tan difícil reducir a la nada todas las pruebas y alegatos de Arnaldo de Thill.

—A mí me parece punto menos que imposible.

—Dispensadme, monseñor, pero yo os aseguro que veía con toda claridad los puntos flacos de sus astucias, con tanta claridad como pudiera verlos él mismo, y si yo hubiese sido menos tímido y no hubieran faltado palabras, habría dicho a los jueces...

—¿Qué les habrías dicho? Veamos... habla.

—¿Que qué les habría dicho? Nada más sencillo, monseñor; escuchadme.

No transcribiremos el discurso que pronunció Arnaldo de Thill; diremos, y esto basta a nuestro propósito, que refutó de una manera elocuente todo cuanto ante el tribunal había manifestado la víspera. Desenmarañó los enredos y deshizo todos los equívocos a que había dado lugar la doble existencia de Martín Guerra y de Arnaldo con tanta mayor facilidad, cuanto que él mismo los había enredado. El conde de Montgomery dejó sin aclarar en el ánimo de los jueces ciertos puntos oscuros en extremo que no había conseguido explicarse a sí mismo, pero Arnaldo de Thill los envolvió en raudales de luz maravillosa. En una palabra: dejó claramente separados y perfectamente deslindados los dos destinos del hombre de bien y del pícaro, haciendo que los viese tan claros en su confusión como el aceite cuando se mezcla con agua.

—¿Por lo visto has practicado en París serios trabajos de investigación? —preguntó Gabriel.

—¡Claro que sí, monseñor! —contestó Arnaldo—. Debo añadir que, en caso de necesidad, puedo presentar pruebas de cuanto afirmo. Soy tardo en mis movimientos, no me excito fácilmente, pero cuando me apuran, encuentro tantos recursos como otro hombre cualquiera.

—Sin embargo, ten presente que Arnaldo ha invocado el testimonio del señor condestable de Montmorency, y contra el testimonio de ese señor nada puedes decir.

—Sí que puedo, monseñor. Es cierto que Arnaldo ha servido al condestable, pero no lo es menos que le prestaba servicios vergonzosos. Era así como espía suyo, circunstancia que explica perfectamente cómo y por qué entró a servirlos, pues quería observarlos y seguirlos a todas partes. Ahora bien: a gente semejante se la emplea, pero ninguna persona de prestigio confiesa que la ha utilizado. ¿Creéis que el condestable de Montmorency aceptará la responsabilidad de los desafueros cometidos por su espía? ¡No, no! ¡Ni por pienso! Arnaldo de Thill, ni aun puesto entre la espada

y la pared, se atrevería a invocar sinceramente el nombre del condestable, y si en último extremo, arrastrado por su desesperación, osase a tanto, su vergüenza y su confusión serían mayores, pues el condestable de Montmorency renegaría de él. Continúo, pues...

Y resumiendo sus afirmaciones con lógica irrefutable y claridad meridiana, acabó de pulverizar el edificio soberbio de imposturas que con habilidad diabólica había erigido la víspera.

Con la facilidad para convencer y la fluidez de expresión que poseía Arnaldo en nuestros días habría sido un criminalista notabilísimo. ¡Compadezcamos su memoria, porque tuvo la desgracia de venir al mundo trescientos años antes de lo que debía!

—Yo creo que lo que acabo de exponer no tiene réplica —dijo a Gabriel—. ¡Lástima que no me hayan oído los jueces!

—Alégrate, porque te han oído —replicó Gabriel.

—¡Cómo!

—¡Mira!

Abrióse en aquel momento la puerta del calabozo, y Arnaldo, tan sorprendido como alarmado, vio en el dintel, inmóviles y graves, al presidente del tribunal y a dos de sus jueces.

—¿Qué significa esto? —preguntó Arnaldo volviéndose hacia Gabriel.

—Significa —contestó Gabriel— que yo desconfiaba de la timidez de mi pobre Martín Guerra, y he querido que sus jueces, sin él saberlo, pudieran escuchar la defensa *sin réplica* que acabas de hacer.

—¡Magnífico! —exclamó Arnaldo de Thill respirando a sus anchas—. Os doy un millón de gracias, monseñor.

Volviéndose hacia sus jueces, prosiguió con entonación que procuró hacer temerosa:

—¿Puedo creer, puedo esperar que mis palabras han llevado al ánimo de mis jueces, en cuyas manos está hoy mi suerte, el convencimiento de la justicia de mi causa?

—Las pruebas que acabáis de ofrecernos son convincentes —respondió el presidente del tribunal.

—¡Ah! —exclamó Arnaldo con expresión triunfante.

—Pero otras pruebas, no menos ciertas, no menos convincentes —repuso el presidente—, nos permiten afirmar que ayer, al conducir a los dos presos a sus respectivos calabozos, padecieron los encargados de hacerlo cierta distracción, y Martín Guerra fue llevado a vuestro calabozo, y vos, *Arnaldo de Thill*, ocupáis en este momento el de Martín Guerra.

—¡Cómo...! —exclamó Arnaldo aterrado—. ¿Qué decís ante esta nueva infamia, monseñor? —preguntó a Gabriel.

—Digo que lo sabía —respondió Gabriel con severidad—, y añado, *Arnaldo*, que he querido que tú mismo presentases las pruebas de la inocencia de Martín y las de tu culpabilidad. Me has obligado a hacer un papel que me repugna, pero tu insolencia me demostró ayer que, cuando se acepta una lucha con gente como tú, no hay más remedio que apelar a las mismas armas que aquéllas. A los que engañan se les vence con engaños; nada más justo. Por lo demás, nada he tenido que hacer yo; tal prisa te has dado en perjudicarte, que tu misma infamia te ha precipitado en el lazo.

—¡En el lazo! —repitió Arnaldo—. ¡Luego se trata de un lazo! ¡Pero tened en cuenta, monseñor, que es vuestro Martín el que cae en ese lazo! ¡Reflexionad, porque os juro que os engañáis, monseñor!

—Es inútil insistir, Arnaldo de Thill —dijo el presidente—. La confusión y el error fueron combinados y preparados por el mismo tribunal. Os habéis desenmascarado de tal modo, que huelgan todos los subterfugios.

—Pero, puesto que vos mismo afirmáis que ha habido error y confusión, ordenadas por el mismo tribunal —replicó el desvergonzado Arnaldo—, ¿quién os asegura que no las hubo también en la ejecución de las órdenes?

—El testimonio de los guardias y el de los carceleros —respondió el presidente.

—¡Pues se engañan todos ellos —gritó Arnaldo—, porque yo soy Martín Guerra, el escudero del señor de Montgomery! ¡No dejaré que me condenen así, a la ligera! Careadme con el otro preso, ponednos juntos, y veremos quién es el que se atreve a escoger, a distinguir a Arnaldo de Thill de Martín Guerra. ¡Veremos si hay quien diga, éste es el culpable, y éste el inocente! Como si no hubiesen surgido bastantes confusiones en esta causa, os habéis complacido en aumentarlas; pero vuestra misma conciencia impedirá que deis el paso definitivo. Yo gritaré hasta el fin, a pesar de todo y contra todos, que soy Martín Guerra, y desafío al mundo entero a que me contradiga y desmienta.

Los jueces y Gabriel movieron la cabeza y sonrieron con tristeza al ver la obstinación de aquel miserable sin pudor ni vergüenza.

—Repito por última vez, Arnaldo de Thill —replicó el presidente—, que no hay confusión posible entre vos y Martín Guerra.

—¿Por qué? ¿En qué se nos conoce? ¿En qué se nos distingue?

—¡Vas a saberlo, bribón! —gritó Gabriel, indignado.

A una señal suya, apareció en el umbral del calabozo Martín Guerra, pero Martín Guerra sin capa, Martín Guerra mutilado, Martín Guerra con una pierna de palo.

—Martín, mi buen escudero —repuso Gabriel—, escapó de la horca en la que le dejaste colgado en Noyón, pero no pudo librarse en Calais de una venganza demasiado legítima, dirigida contra una de tus infamias. En lugar tuyo fue precipitado a un abismo, y hubo necesidad de amputarle una pierna fracturada, que la Providencia utiliza hoy para establecer una diferencia entre el perseguido y su víctima. Ningún

peligro corren los jueces aquí presentes; quienes de hoy en adelante, reconocerán siempre al criminal por su imprudencia, y al inocente por su herida.

Arnaldo de Thill, pálido, anonadado al oír las terribles palabras de Gabriel, no trató de defenderse ni de negar: el aspecto de Martín Guerra mutilado destruía de antemano todas sus mentiras.

Se dejó caer en tierra como una masa inerte, y murmuró:

—¡Estoy perdido...! ¡Perdido sin remedio!

XXVI

¡JUSTICIA!

Efectivamente: Arnaldo de Thill estaba perdido sin remedio. Los jueces deliberaron rápidamente, y, al cabo de un cuarto de hora, fue llamado el acusado para leerle la sentencia, que copiamos literalmente de los registros de la época:

«Visto el interrogatorio de Arnaldo de Thill, conocido por Sancette, y supuesto Martín Guerra, preso en la cárcel de Rieux;

«Vistas las deposiciones de varios testigos, de Martín Guerra, de Beltrana de Rolles, de Carbón Barreau, etc., etc., y especialmente la del señor conde de Montgomery;

«Vista la confesión del acusado mismo, el cual, después de haber intentado negar inútilmente, declaró al fin su crimen,

«De cuyo interrogatorio, deposiciones y confesión aparece:

«Que el mencionado Arnaldo de Thill está convicto y confeso de impostura, de falsedad, de suplantación de persona y de nombre, de adulterio, de rapto, de sacrilegio, de plagio, hurto y otros.

«El tribunal ha condenado y condena al repetido Arnaldo de Thill:

«Primero: A que haga retractación pública de todos sus delitos delante de la puerta de la iglesia de Artigues, de rodillas, en camisa, con la cabeza y los pies desnudos, con una soga en el cuello y teniendo en sus manos una vela de cera encendida.

«Segundo: A que pida públicamente perdón a Dios, al rey y a la justicia, así como también a los mencionados Martín Guerra y Beltrana de Rolles, casados.

«Cumplida esta parte de la sentencia, Arnaldo de Thill será entregado al verdugo para que éste le lleve por las calles y sitios de costumbre del citado pueblo de Artigues, siempre con la soga al cuello, terminando su exposición delante de la casa de Martín Guerra.

«Allí, en una horca que previamente habrá sido levantada, se le ahorcará y estrangulará, y una vez ajusticiado, su cadáver será quemado.

«Además: el tribunal declara absueltos y libres a los susodichos Martín Guerra y Beltrana de Rolles, y ordena que Arnaldo de Thill sea enviado al juez de Artigues, para que éste disponga que la presente sentencia sea ejecutada en forma y con arreglo a derecho.

«Dado en Rieux el día doce del mes de julio de 155»..

Arnaldo de Thill escuchó la sentencia, que ya tenía prevista, taciturno y sombrío. Sin embargo, confesó de nuevo sus crímenes, reconoció la justicia del fallo y dio pruebas de algún arrepentimiento.

—Imploro —dijo— la clemencia de Dios y el perdón de los hombres, y estoy dispuesto a sufrir mi castigo con la resignación de un cristiano.

Martín Guerra, que estaba presente, dio nuevas pruebas de su identidad deshaciéndose en lágrimas al escuchar las palabras, tal vez hipócritas, de su enemigo.

Hizo más: se sobrepuso a su timidez habitual para preguntar al presidente si no habría algún medio de obtener el perdón de Arnaldo de Thill, a quien él, por su parte, perdonaba de todo corazón.

Pero contestaron a Martín Guerra que únicamente el rey tenía el derecho de perdonar, y que, tratándose de crímenes tan enormes era indudable que se negaría a indultar, aun cuando el tribunal se atreviese a solicitar su perdón.

—¡Sí! —murmuraba mentalmente Gabriel—. El rey negaría el indulto, no concedería el perdón, y sin embargo, él también necesitaría que le perdonasen. Con razón se mostraría inflexible... ¡No! ¡No hay perdón! ¡Justicia... hágase justicia!

Es lo probable que Martín Guerra no pensase como su señor, porque arrastrado por el deseo de perdonar que le animaba, abrió sus brazos a Beltrana de Rolles, que estaba contrita y arrepentida.

Ni siquiera tuvo necesidad Beltrana de repetir las súplicas y protestas que, errando hasta el fin, había dirigido a Arnaldo de Thill, creyendo que hablaba con su marido. No le dio Martín Guerra tiempo para deplorar de nuevo sus errores y debilidades, sino que le atajó la palabra con un beso y se la llevó, rebotando alegría, a su casita de Artigues, que no había vuelto a ver en tanto tiempo.

Delante de aquella misma casita, que al fin volvía a poder de su poseedor legítimo, sufrió Arnaldo de Thill, a los ocho días de ser sentenciado, la pena que merecían sus crímenes.

De veinte leguas a la redonda acudieron para presenciar la ejecución, y las calles del pueblo de Artigues estuvieron aquel día más concurridas que las de la capital.

Justo es decir que el reo desplegó algún valor en sus últimos momentos, y que supo coronar con una muerte ejemplar una existencia indigna.

Después que el verdugo gritó por tres veces, según costumbre: *¡Se ha hecho justicia!* mientras las turbas se retiraban silenciosas y aterradas, en la casa de la víctima del ajusticiado había un hombre que lloraba y una mujer que rezaba: Martín Guerra y Beltrana de Rolles.

Los aires de su país, la vista de los lugares donde se había deslizado su juventud, el cariño de sus padres y de sus amigos y, más que nada, los cuidados solícitos de Beltrana, borraron en muy pocos días de la frente de Martín Guerra hasta la sombra de sus pasados pesares.

Estaba el leal escudero sentado a la puerta de su casa, una tarde del mismo mes de julio, debajo de la parra, después de un día feliz y tranquilo. Su mujer estaba entretenida, dentro de la casa, en sus faenas domésticas, pero Martín, si no la tenía delante, la oía ir y venir: ¡no estaba solo! y miraba a su derecha al sol, que se acercaba en todo su esplendor a su lecho de púrpura.

Martín Guerra, embebecido en esta contemplación, no vio a un caballero que se acercaba por su izquierda y que llegó hasta él sin hacer ruido.

El caballero se detuvo un instante mirando con grave sonrisa a Martín, y luego alargó una mano y, sin decir palabra, la colocó sobre un hombro del escudero.

Martín Guerra se volvió con rapidez y dijo con acento conmovido:

—¡Vos aquí, monseñor! ¡Perdonadme que no os haya visto venir!

—No te disculpes, mi querido Martín, que no he venido para turbar tu tranquilidad, sino para cerciorarme de que eres feliz —contestó Gabriel, pues él era.

—Entonces, monseñor, con que me miréis basta.

—Es lo que estaba haciendo, Martín. ¿Conque eres feliz?

—¡Oh! ¡Más feliz, monseñor, que la golondrina en el aire y el pez en el agua!

—Lo creo: has encontrado en tu casa la abundancia y el reposo.

—Cierto, monseñor, y ésa es, sin duda, una de las causas de mi satisfacción. He corrido ya bastante mundo, he visto bastantes batallas, he velado, he ayunado, he sufrido bastante para tener cierto derecho, ¿verdad que sí, monseñor?, a descansar algunos días. En cuanto a la abundancia —continuó con entonación más grave—, efectivamente he encontrado rica mi casa, más rica de lo que conviene a mi tranquilidad de conciencia, porque hay en ella dinero que no me pertenece y que no he de tocar. Lo trajo Arnaldo de Thill, y mi intención es devolverlo a quien en derecho corresponda. En su mayor parte es vuestro, monseñor, porque se trata del importe de vuestro rescate, que debió ir a Calais y no llegó. He separado ya esa cantidad y la tengo a vuestra disposición, monseñor. En cuanto al sobrante, ignoro si Arnaldo de Thill lo robó o si lo adquirió legalmente, pero es igual, pues en uno y otro caso opino que es un dinero que debe de manchar los dedos. Carbón Barreau piensa como yo, y como es un hombre honrado y tiene lo necesario para vivir, se niega a recoger la herencia de su sobrino. He pensado, pues, repartirlo entre los pobres, después de pagar las costas de justicia.

—¿Entonces te quedará muy poca cosa, mi pobre Martín? —preguntó Gabriel.

—Perdonad, monseñor, que os contradiga, pero no se sirve tantos años como he servido yo a un señor tan generosa como vos sin hacer algunas economías. En mi maleta traje de París una cantidad bastante respetable: además, la familia de Beltrana poseía algunos bienes y le ha legado un patrimonio muy regularcito. En una palabra: después de pagadas nuestras deudas y de hechas las restituciones, aún seremos los ricachones del pueblo.

—A propósito de las restituciones, Martín, espero que aceptaras de mí lo que hubieses rechazado viniendo de Arnaldo. Te ruego, mi fiel servidor, que te quedes con la cantidad que dices que me pertenece, guardándola y disfrutándola como recuerdo mío y como recompensa.

—¿Es posible, monseñor! —exclamó Martín—. ¿Cómo he de aceptar un regalo de tanta importancia?

—¡Vamos, Martín! ¿Crees que mi intención es pagar tu lealtad, tu abnegación? ¡No! En ese caso sería yo siempre deudor tuyo. Tratándose de mí, deja a un lado el orgullo, y no hablemos más del asunto. Quedamos en que aceptas lo que te ofrezco, no tanto por ti cuanto por mí, puesto que ya me has dicho que no te es necesaria esa cantidad para vivir rico en tu país, y mi regalo en nada puede aumentar tu dicha. Y a propósito de tu dicha, es posible que tú no hayas caído en la cuenta de que, en gran parte, la debes a haber vuelto a los lugares donde se deslizó tu niñez y donde pasaste los primeros años de tu juventud: ¿no te parece?

—Verdad es, monseñor. Me encuentro muy a gusto desde que llegué, solamente por el hecho de verme en mi pueblo y en mi casa. No podéis figuraros con cuánto embelesamiento contemplo las calles, los árboles, los caminos, en los cuales ni repararán siquiera los extraños. Decididamente creo que sólo se respira bien el aire que se respiró al nacer.

—¿Y qué me dices de tus amigos, Martín? Ya antes te manifesté que el objeto de mi venida ha sido convencerme por mis propios ojos de tu dicha. ¿Has vuelto a encontrar a tus amigos antiguos?

—¡Ay, monseñor! Algunos han muerto ya, pero aún he encontrado a muchos y todos me quieren como me quisieron antes. Todos ellos reconocen con satisfacción mi sinceridad y se acuerdan de mi buena amistad y de mi abnegación. Hasta se avergüenzan de haberme podido confundir con Arnaldo de Thill, quien parece que les dio algunas pruebas de tener un carácter muy diferente del mío. Hay dos o tres que riñeron con el falso Martín Guerra a causa del mal proceder de éste. ¡Hay que ver lo orgullosos y lo contentos que ahora están! Para abreviar, monseñor: me colman a porfía de demostraciones de aprecio, deseosos probablemente de recuperar el tiempo perdido, y ya qué tenéis interés por saber los motivos de mi dicha, os aseguro, monseñor, que éste es uno de los más gratos.

—Te creo, mi buen Martín, te creo... Pero entre los que tantas pruebas de cariño te dan, no me hablas de tu mujer.

—¿De mi mujer? —preguntó Martín rascándose una oreja.

—Naturalmente, Martín —añadió Gabriel con cierta inquietud—. ¿Te mortifica quizás Beltrana como en otro tiempo? ¿No se ha suavizado su genio? ¿Es acaso ingrata y no reconoce tus bondades ni da gracias a Dios, que le deparó un marido tan cariñoso, tan leal como tú? ¡Habla, hombre, habla! ¿Por ventura va a obligarte, con

sus modales ásperos y sus pendencias continuas, a que abandones por segunda vez el pueblo y la vida que tanto te agradan?

—Todo lo contrario, monseñor; gracias a ella, el pueblo y la vida que aquí llevo tienen para mí mil atractivos más. Me cuida, me mimas, me besa, ya no tiene caprichos, se acabaron sus rebeldías, y su carácter es tan pacífico y tan igual, que yo mismo me maravillo. Apenas abro la boca, acude corriendo a servirme. Pero digo poco, pues sin esperar a que yo deje traslucir mis deseos, los previene. ¡Os digo, monseñor, que es admirable! Y como yo no he sido nunca, ni soy imperioso y despótico, sino, por el contrario, complaciente y flexible, disfrutamos de una vida deliciosa y somos el matrimonio más unido del mundo.

—¡Sea enhorabuena! —dijo Gabriel—. Casi me habías asustado antes, Martín.

—Es que, monseñor, si he de ser franco, experimento cierta confusión, cierto reparo, cuando me hablan de ese punto. Si me pregunto, si sondeo las profundidades de mi corazón encuentro un sentimiento muy singular que me causa cierta vergüenza; pero con vos, puedo explicarme con toda ingenuidad, ¿verdad?

—¡Pues no faltaba más, Martín!

Martín Guerra dirigió en torno suyo una mirada tímida, contó para cerciorarse de que estaba solo con Gabriel, y sobré todo, para asegurarse de que su mujer no podía escucharle, y, bajando la voz, dijo:

—Sabed, monseñor, que no solamente perdono al pobre Arnaldo de Thill, sino que, a estas horas, le bendigo. ¡Qué favor me ha hecho! ¡No hay dinero en el mundo con que pagárselo! De un tigre ha hecho una oveja, de un demonio un ángel. Yo estoy recogiendo el fruto bendito de sus crueles tratamientos sin tener que reprochármelos. A todos los maridos contrariados y atormentados por sus mujeres, ¡y cuidado que abundan!, les deseo... un suplantador... siempre que sea tan persuasivo como el mío. En una palabra, monseñor: Arnaldo de Thill me ha ocasionado muchas molestias, perjuicios y tormentos, pero los ha compensado con exceso puesto que, merced a su sistema enérgico, me ha asegurado la felicidad doméstica y la tranquilidad para el resto de mis días.

—Tienes razón —contestó sonriendo el conde de Montgomery.

—Y también la tengo para bendecir a Arnaldo —prosiguió con gravedad Martín Guerra—, aunque sólo pueda hacerlo en secreto, puesto que disfruto de las afortunadas ventajas de su colaboración. Sabéis, monseñor, que soy un poquito filósofo, y que siempre fue mi costumbre mirar y tomar las cosas por su mejor lado; pues bien: he de reconocer que Arnaldo me ha prestado mayores beneficios que perjuicios me causó. Ciertamente que interinamente ha sido el marido de mi mujer, pero no lo es menos que me la ha devuelto más apacible que un día de mayo. Me ha robado momentáneamente los bienes y los amigos, pero gracias a él, mis bienes vuelven a mi poder aumentados y mis amistades consolidadas. Por último: me ha hecho pasar por

pruebas harto duras, principalmente en Noyón y en Calais; pero por lo mismo me parece más agradable mi existencia actual. Todo esto me induce a bendecir a Arnaldo.

—Tienes un corazón agradecido, Martín —dijo Gabriel.

—Sí; pero a quien debo venerar mientras viva —repuso Martín—, a quien debo eterno agradecimiento no es a Arnaldo de Thill, mi bienchechor involuntario, sino a vos, monseñor, a quien en realidad soy deudor de cuanto tengo, de mis bienes, de mi patria, de mi fortuna, de mis amagos y de mi mujer.

—Vuelvo a repetir que no hablemos más de eso, Martín, que lo único que yo deseo es que disfrutes de esos bienes que posees y que seas feliz. Lo eres, ¿verdad? Repíteme que eres dichoso.

—Os lo repito, monseñor; soy feliz como no lo he sido nunca.

—Es cuanto deseaba saber: ahora, puedo marcharme tranquilo.

—¿Cómo marcharos, monseñor! —exclamó Martín—. ¿Tan pronto?

—Sí, Martín; nada me retiene ya aquí.

—Tenéis razón... ¿Y cuándo pensáis marcharos?

—Esta misma noche.

—¿Y no me lo habéis advertido, monseñor! —exclamó Martín—. ¡Y yo aquí descuidado, dormido, sin acordarme de nada! ¡Pero aguardad un momento, monseñor que no tardaré mucho!

—¿Qué estás diciendo?

—Que en un abrir y cerrar de ojos hago todos los preparativos.

Se levantó ágil y corrió presuroso hacia la puerta de la casa gritando:

—¡Beltrana! ¡Beltrana!

—¿Para qué llamas a tu mujer, Martín? —preguntó Gabriel.

—Para que arregle mi maleta y para despedirme de ella, monseñor.

—Es inútil, mi buen Martín, porque no vienes conmigo.

—¿Que no me lleváis con vos, monseñor?

—No, amigo mío; me voy solo.

—¿Para no volver?

—A lo menos, para no volver en mucho tiempo.

—¿Qué motivo de queja tenéis contra mí, monseñor? —preguntó Martín.

—Absolutamente ninguno, Martín; eres el mejor y más fiel de los servidores.

—¡Pues lo natural es que el servidor acompañe al señor, el escudero a su caballero, y sin embargo, no me lleváis!

—Para no llevarte, tengo tres motivos.

—¿Será mucho atrevimiento preguntaros cuáles son, monseñor?

—En primer lugar, sería una crueldad arrebatarte esa dicha que has venido a disfrutar tan tarde y ese reposo que tan bien te has ganado.

—Ese motivo no me convence, monseñor; mi deber es acompañaros y servirlos hasta que suene mi última hora, y es un deber que cumpliría gustoso, porque creo que por vos renunciaría hasta al paraíso.

—Sí, Martín, lo sé; pero también es deber mío no abusar de ese celo, de esa abnegación que tanto te honran y que con toda mi alma te agradezco. Pasemos al segundo motivo: el doloroso accidente de que fuiste víctima en Calais no te permite, mi pobre Martín, desplegar en mi servicio la actividad a que me tienes acostumbrado.

—¡Razón tenéis, monseñor! ¡Ya no puedo, pobre de mí, combatir a vuestro lado ni montar con vos a caballo! Pero en París, en Montgomery y aun en el mismo campamento, hay cargos de confianza que podríais, creo yo, encomendar a este pobre inválido, seguro de que procuraría cumplirlos del mejor modo posible.

—Tan persuadido estoy de ello, Martín, que es posible que mi egoísmo me obligase a aceptar tus servicios si no existiese el tercer motivo.

—¿Puedo saber cuál es, monseñor?

—Sí —contestó Gabriel con gravedad melancólica—, pero a condición de que no trates de saber más de lo que yo te diga, de que te darás por satisfecho y de que no insistirás en seguirme.

—¡Grave será el motivo cuando tan desmesuradas son las condiciones!

—Es triste, Martín, muy triste, y no admite réplica —contestó Gabriel con voz profunda—. Hasta aquí, Martín, ha sido mi vida una cadena de honores, y, si yo hubiera querido que mi nombre se pronunciase con más frecuencia, podría vanagloriarme de haber vivido una existencia gloriosa. Creo honradamente que he prestado servicios inmensos a mi patria y al rey, creo que, aun cuando en mi haber no tuviese otros méritos que los contraídos en San Quintín y en Calais, habría pagado mi deuda a Francia.

—Nadie lo sabe mejor que yo, monseñor.

—Sí, Martín; pero si ha sido leal y generosa esta primera parte de mi existencia, si los años anteriores de mi vida pueden y merecen exhibirse a la luz del día, los que me restan serán sombríos, espantosos, y buscarán el secreto y las tinieblas. Claro está que tendré que desplegar la misma energía que desplegué hasta aquí, pero será en defensa de una causa que nunca confesaré, en defensa de un fin que ocultaré celoso. Hasta hoy quería ganar un premio trabajando en campo abierto, ante Dios y ante los hombres; en lo sucesivo, me consagraré a la venganza de un crimen moviéndome en la oscuridad. Antes me batía; ahora mi misión es castigar. He sido soldado de Francia; ahora seré verdugo de Dios.

—¡Jesús! —exclamó Martín Guerra juntando las manos.

—Por eso tengo que estar solo; para realizar esa obra siniestra que yo quisiera llevar a cabo, y así lo pido al Cielo, como instrumento ciego, y no como ser dotado de inteligencia y de voluntad. Ahora bien: si yo pido a Dios, si yo anhelo y espero que

en el cumplimiento de mi terrible misión solamente la mitad de mi ser tome parte, ¿cómo quieres, Martín, que te asocie a mi obra?

—Tenéis razón, monseñor —respondió el escudero bajando la cabeza—. Os agradezco que os hayáis dignado darme esta explicación, aunque me aflige en extremo, y me someto y resigno, conforme os había prometido.

—Y yo, a mi vez, te doy las gracias por tu sumisión. Dadas las circunstancias en que me encuentro, el verdadero afecto para mí consiste en no añadir peso a la carga de responsabilidad que me abruma.

—¿Y nada absolutamente puedo hacer en vuestro servicio, monseñor?

—Sí, Martín: puedes pedir a Dios que, oyendo benigno mis ruegos, me libre de la necesidad de tomar una iniciativa que tanto me repugna. Tienes un corazón piadoso, amigo mío; tu vida fue siempre honrada y pura; y tus oraciones podrán servirme más que tu brazo.

—¡Rezaré, monseñor; rezaré con todo el fervor de mi alma!

—Adiós, Martín; necesito dejarte y volver a París, a fin de encontrarme dispuesto y en mi sitio el día que Dios se sirva señalar. Defendí hasta hoy lo justo; me batí siempre en favor de la equidad: ¡quiera el Señor tenerlo presente el día supremo de que hablo! ¡Ojalá haga justicia a su servidor, como he hecho yo que se la hicieran al mío!

Y levantando los ojos al cielo, repitió el noble joven:

—¡Justicia, Señor, justicia!

Desde hacía seis meses, siempre que Gabriel abría los ojos los clavaba en el cielo pidiendo justicia, y siempre que los cerraba veía la tétrica prisión del Chatelet proyectada en su pensamiento, más tétrico aún que aquélla, y entonces gritaba:

—¡Venganza, Señor, venganza!

Diez minutos después se despedía Gabriel de Martín Guerra y de Beltrana, llamada por su marido.

—¡Adiós, mi fiel amigo! ¡Adiós, mi buen Martín! —dijo, separando casi a viva fuerza sus manos de las del escudero, que las besaba sollozando—. Tengo que marcharme... ¡Adiós...! ¡Hasta la vista!

—¡Adiós, monseñor... y que Dios os guarde! ¡Oh, sí! ¡Que os guarde, monseñor!

Fue lo único que pudo decir el pobre Martín, medio sofocado por las lágrimas.

Llorando a mares vio a su amo montar a caballo y desaparecer entre las tinieblas, por instantes más densas, que muy en breve le hicieron perder de vista al sombrío caballero, del mismo modo que otras le habían ocultado su vida durante mucho tiempo.

XXVII

DOS CARTAS

A continuación del proceso, tan difícil como felizmente terminado, de los dos *Martín Guerra*, Gabriel de Montgomery desapareció de nuevo por espacio de varios meses, y reanudó su existencia errante, indecisa y misteriosa. Lo mismo que antes, le encontraban en veinte sitios diferentes, pero nunca se alejaba de las inmediaciones de París y de la corte, sino que se movía entre sombras, procurando verlo todo sin ser visto.

Acechaba los acontecimientos, pero éstos no se presentaban a medida de su deseo. El alma del joven, entregada a una idea única, no vislumbraba aún el resultado que esperaban sus ansias de venganza.

El único hecho de importancia que acaeció en el mundo político durante aquellos meses fue la conclusión del tratado de paz de Cateau-Cambrésis.

El condestable de Montmorency, envidioso de las victorias que alcanzaba el duque de Guisa y de los nuevos derechos que todos los días adquiría su afortunado rival al agradecimiento de la nación y al favor del soberano, arrancó al fin a Enrique II la oportuna conformidad con la paz, poniendo en juego toda la influencia de la omnipotente Diana de Poitiers.

Fue firmado el tratado el día 3 de abril de 1559, y aunque ultimado en ocasión en que las armas francesas arrancaban victoria tras victoria al enemigo, en manera alguna fue ventajoso para Francia.

Francia conservaba los tres obispados de Metz, Toul y Verdún con sus territorios anejos; retenía a Calais sólo por ocho años y se comprometía a pagar a Inglaterra ochocientos mil escudos de oro, si no restituía la plaza a la expiración del plazo convenido (esta plaza, llave de Francia, no ha sido devuelta hasta hoy, ni pagados los ochocientos mil escudos de oro), y, por último, volvía a poseer a San Quintín y a Ham y conservaba interinamente, en el Piamonte, a Turín y Pignerol.

Pero Felipe II obtuvo, en plena soberanía, las plazas fuertes de Thionville, Marienburgo y Hesdin; mandó arrasar a Théroouanne e Yvoy; hizo que Bouillon fuese devuelto al obispo de Lieja, la isla de Córcega a los genoveses, y a Filiberto Enmanuel de Saboya la mayor parte de la Saboya y del Piamonte conquistadas durante el reinado de Francisco I. Finalmente, estipuló su casamiento con Isabel, hija del rey, y el del duque de Saboya con la princesa Margarita, ventajas tan enormes para él como no podía soñarlas ni aun a raíz de su victoria de San Quintín.

El duque de Guisa acudió furioso abandonando su ejército, y denunció públicamente y en voz alta, y no sin fundamento, la traición de Montmorency y la

debilidad del rey, que cedía de una plumada lo que difícilmente hubiesen arrancado a Francia las armas españolas al cabo de treinta años de victorias consecutivas.

Pero el daño estaba hecho, y todo el malhumor del *Acuchillado* no podría evitarlo ni repararlo.

También lo sintió Gabriel, porque su venganza perseguía en el rey al hombre y no al soberano de Francia, y si ansiaba llevarla a cabo con su patria, nunca pensó en realizarla contra ella.

Tomó, sin embargo, nota del descontento que debió de sentir, y que sintió en efecto el duque de Guisa, al ver que las sordas maquinaciones de la intriga había destruido los sublimes esfuerzos de su genio, y tomó nota, porque la cólera de un Coriolano emparentado con la casa reinante podía ser útil, en tiempo oportuno, a los intentos de Gabriel.

No era, por otra parte, Francisco de Lorena el único descontento que había en el reino.

Un día, Gabriel encontró en el Pré-aux-Clercs al barón de La Rénaudie, a quien no había vuelto a ver desde el día en que tuvo con él una conferencia en la casa de la calle de Saint Jaques.

En vez de evitar su encuentro, como hacía cuantas veces tropezaba con una cara conocida, se acercó a él.

Eran dos hombres nacidos para entenderse. Sus caracteres se parecían en muchas cosas, pero principalmente, por lo leales y enérgicos. Uno y otro eran partidarios de la acción y apasionados por la justicia.

Cambiados los primeros saludos, preguntó La Rénaudie resueltamente:

—Sois de los nuestros, ¿verdad? He visto a Ambrosio Paré.

—Mi corazón es vuestro: mi brazo todavía no —contestó Gabriel.

—¿Y cuándo nos perteneceréis por completo?

—No voy a emplear ahora el lenguaje egoísta que empleé en otro tiempo, lenguaje que tal vez os molestó; por lo contrario, hoy os digo que seré vuestro el día que vosotros me necesitéis y yo no os necesite a vosotros.

—¡Rasgo sublime de generosidad, que admira el caballero y que no puede imitar el hombre de partido! Si esperáis el día en que tengamos necesidad de todos nuestros amigos, sabed que ha llegado ya.

—¿Pues qué pasa?

—Se prepara un golpe contra nuestros correligionarios. Intentan acabar de una vez con todos los protestantes.

—¿Qué indicios os inducen a suponerlo así?

—¡A fe que no se recatan de nada! Antonio Minard, el presidente del Parlamento, ha dicho con todas sus letras, en un consejo celebrado en Saint-Germain, «que es preciso descargar un golpe certero, si no se quería sufrir una especie de república

como la de los Cantones Suizo»..

—¡Cómo! ¿Ha pronunciado la palabra *república*? —preguntó Gabriel sorprendido—. Sin duda exageran el peligro para justificar la demasía del remedio, ¿no es cierto?

—¡No lo exageran! —exclamó La Rénaudie bajando la voz—. Si he de hablar con franqueza, confieso que no lo exageran mucho, porque también nosotros hemos variado bastante desde que nos reunimos en la cámara de Calvino. Las teorías de Paré nos parecen hoy mucho menos atrevidas que en otro tiempo; esto por una parte, y por otra, viendo estáis que nos obligan a adoptar resoluciones extremas.

—En ese caso —respondió Gabriel—, quizá seré de los vuestros antes de lo que yo pensaba.

—¡Sea en buena hora!

—¿Hacia qué lado debo mirar?

—Hacia el Parlamento, que allí es donde se entablará la partida. Contamos con una minoría formidable, integrada por Anne Dubourg, Enrique Dufaur, Nicolás Duval, Eustaquio de la Porte y una porción más, que replican a los que existen que se lleve a efecto la persecución de los herejes pidiendo que se convoque un Concilio General, único que tiene derecho a resolver en materia de asuntos religiosos según los decretos de los Concilios de Constanza y Basilea. Nosotros representamos, a nuestro entender, el derecho, y por consiguiente, para combatirnos, tendrán que apelar a la violencia. Por eso estamos alerta, y os recomiendo que también lo estéis vos.

—No necesito saber más —dijo Gabriel.

—Permaneced en París y en vuestro palacio a fin de que podamos avisaros en caso de necesidad.

—Mucho me contraría, pero permaneceré, siempre que no me dejéis mucho tiempo en la inacción. Creo que habéis escrito y hablado demasiado, y que es llegada la ocasión de obrar.

—Ese es también mi parecer. Estad dispuesto y descuidad.

Se separaron. Gabriel se fue pensativo.

¿Le cegarían sus ansias de venganza, torciendo la rectitud de su conciencia? Quizá; porque ello era que tomaba parte en maquinaciones enderezadas a encender la guerra civil.

Pero pensó que, puesto que los sucesos no venían espontáneamente a su encuentro, forzosamente debía él ir en busca de los sucesos.

Aquel mismo día volvió Gabriel a su palacio de los Jardines de San Pablo.

No encontró más que a su fiel Aloísa; Martín Guerra se hallaba, como sabemos, en su pueblo, Andrés había vuelto al servicio de Diana de Castro, y Babette y Juan Peuquoy habían regresado a Calais, para desde aquí ir a fijar su residencia a San Quintín, cuyas puertas abría al tejedor patriota el tratado de paz de Cateau-Cambrésis.

El regreso del amo a su desierta mansión fue esta vez más triste todavía que de ordinario; ¿pero no le quería por todos su nodriza, su madre, mejor dicho; que madre era por el cariño que le profesaba? Renunciamos a describir el júbilo que inundó el alma de aquella ejemplar mujer cuando Gabriel le dijo que venía para permanecer algún tiempo a su lado. Cierto que iba a vivir completamente aislado, recluso en la soledad más absoluta; pero estaría en casa, de la que saldría raras veces, y Aloísa le vería y le cuidaría. Hacía mucho tiempo que no había conocido la pobre mujer tanta felicidad.

Gabriel contemplaba sonriendo tristemente aquella felicidad, y la envidiaba, pero ¡ay! sin poder compartirla. Su vida era ya, y sería en adelante, un enigma terrible, cuya solución anhelaba y temía a la vez.

Sufriendo estas impaciencias y estas aprensiones pasó más de un mes, siempre inquieto y siempre fastidiado.

Cumpliendo la promesa hecha a su nodriza, muy contadas veces salía de su palacio. Sólo algunas noches iba a rondar como alma en pena por las inmediaciones del Chatelet para encerrarse, a su regreso, en la cripta funeraria a la cual, unos enterradores desconocidos, condujeron furtivamente una noche el cadáver de su desventurado padre.

Experimentaba Gabriel un placer sombrío cuando se trasladaba con el pensamiento al día en que fue cometido el ultraje, para así espolear su valor con su cólera.

Cuantas veces veía de nuevo los sombríos muros del Chatelet, cuantas veces se acercaba a la urna de mármol a la cual habían ido a parar los sufrimientos de una vida tan noble, se reproducían en su alma con todo su horror las escenas de aquella mañana espantosa en que cerró los ojos a su padre asesinado de la manera más inicua.

Sus puños se crispaban entonces, se erizaban sus cabellos, su pecho se hinchaba, y el término de su contemplación horrenda era invariablemente el acrecentamiento del odio antiguo y el nacimiento del otro odio nuevo.

Sentía Gabriel en aquellos momentos haber supeditado su venganza a las circunstancias, y la espera se le hacía intolerable. ¡Mientras él esperaba con paciencia, los asesinos triunfaban y vivían dichosos! ¡El rey gozaba tranquilo en su soberbio palacio del Louvre! ¡El condestable se enriquecía explotando las miserias del pueblo! ¡Diana de Poitiers se embriagaba entregándose sin freno a sus amores infames!

¡No! ¡Semejante estado de cosas no podía durar! ¡Puesto que el rayo de Dios dormía, puesto que el dolor de los oprimidos temblaba, Gabriel prescindiría de Dios y de los hombres, o por mejor decir, sería el instrumento de la justicia del Cielo y de los rencores de la tierra!

Cuando estos pensamientos se agitaban en su ardiente mente, cediendo a un impulso irresistible, llevaba la diestra al puño de su espada y daba un paso para salir a

la calle...

Pero su conciencia espantada le recordaba entonces la carta de Diana de Castro, aquella carta escrita en Calais, en la cual su amada le suplicaba que no castigase por sí mismo, que se abstuviese, no siendo en calidad de instrumento involuntario, de herir a nadie, ni siquiera a los culpables.

Gabriel volvía a leer aquella carta conmovedora y dejaba caer la espada en la vaina.

Sus remordimientos le desesperaban, le llenaban de indignación, pero se resignaba a esperar.

Era Gabriel ciertamente hombre de acción, pertenecía al número de los que obran, pero no podía figurar entre los que dirigen. Poseía una energía asombrosa cuando tenía a su lado un ejército, un partido o un hombre de talla, pero ni tenía iniciativas ni carácter para ejecutar por sí solo cosas extraordinarias, aun tratándose de hacer el bien, mucho menos, por consiguiente, si se trataba de un crimen. Ni nació para ser un príncipe poderoso ni para brillar como gran genio; le faltaban a la vez el poder y la voluntad para tomar iniciativas.

Al lado de Coligny y del duque de Guisa acometió y acabó con toda felicidad empresas maravillosas, pero las circunstancias habían variado, su empeño, tal como él mismo había dicho a Martín Guerra, era muy distinto: en vez de combatir con un enemigo, tenía que castigar al rey, y si para combatir al enemigo contó con muchos poderosos auxiliares, para castigar a su rey, para llevar a cabo su misión terrible, no contaba, no podía contar con nadie más que con el esfuerzo de su brazo.

Pero decimos mal: confiaba en los mismos hombres que en otras ocasiones pusieron a su disposición todo su poder; confiaba en Coligny el protestante, y en el duque de Guisa el ambicioso.

Que el conflicto religioso encendiese la hoguera de la guerra civil, que la ambición apelase a las armas para sacar triunfante la usurpación de un verdadero genio; tales eran las secretas esperanzas de Gabriel. Cualquiera de estos dos acontecimientos daría como resultado la muerte o la deposición de Enrique II, es decir, su castigo, que era lo que anhelaba Gabriel. El figuraba en segunda fila, aunque obraría como los de la primera, y cumpliría hasta el fin el juramento que había hecho al mismo rey, es decir, castigar al perjuro en su persona y en las de sus hijos y nietos.

Si resultaban fallidas estas dos probabilidades, Gabriel, acostumbrado a ir a remolque de los acontecimientos, variaría de conducta y tendría que dejar su venganza encomendada a Dios.

Pero no parecía que hubiesen de faltarle ninguna de las dos probabilidades. Un día, el 13 de junio, recibió casi simultáneamente dos cartas. La primera se la llevó, a eso de las cinco de la tarde, un hombre misterioso que no quiso entregarla a nadie más que a él, y que no la dejó en sus manos hasta después de haber cotejado su rostro

con las señas precisas que sin duda traía perfectamente grabadas en su memoria.

He aquí los términos en que estaba concebida:

«Amigo y hermano:

*«Llegó la hora. Los perseguidores han arrojado la careta. ¡Bendigamos a Dios!
¡El martirio conduce a la victoria!*

«Esta noche, a las nueve, buscad, en la Plaza de Maubert una puerta de color oscuro señalada con el número 11.

«Llamaréis a esa puerta dando tres golpes con intervalos regulares. Os abrirá un hombre y os dirá: «No entréis, porque no veréis clar».; a quien contestaréis: «Traigo conmigo una luz». El hombre os conducirá a una escalera de diez y siete peldaños, que subiréis a oscuras. Una vez arriba, se os acercará otro individuo, diciendo. «¿Qué queréis?». Contestadle: «Lo que es justo». Entonces os llevarán a una cámara desierta, donde alguien susurrará en vuestro oído la seña: «Ginebra. Gloria los que hoy necesitan de vos».

«Hasta la noche, amigo y hermano. Quemad este billete. ¡Discreción y valor!».

Gabriel pidió una luz y quemó la carta en presencia del mensajero, a quien dijo por toda contestación:

—Iré.

El mensajero saludó y se retiró.

Serian próximamente las ocho, y estaba Gabriel meditando todavía sobre la convocatoria de La Rénaudie, cuando entró en su cámara Aloísa, acompañando a un paje que ostentaba las armas de la Casa de Lorena.

El paje era portador de otra carta, concebida en los siguientes términos:

«Mi querido compañero:

«Hace seis semanas que estoy en París, después de haber dejado al ejército con el cual nada tenía que hacer.

«Me aseguran que debéis estar en vuestra casa desde hace algún tiempo. ¿Cómo no os he visto? ¿Me habréis olvidado también vos, en estos tiempos de desmemoriados y de ingratos? ¡No! Os conozco bien, y me consta que es imposible.

«Venid, pues; os espero mañana, a las diez de la mañana, en mi alojamiento de las Tournelles.

«Venid, aunque no sea más que para consolarnos mutuamente de lo que han hecho de nuestras victorias.

«Vuestro afectísimo amigo,

Francisco de Lorena

—Iré —dijo sencillamente Gabriel al paje.

Así que éste se retiró, añadió Gabriel:

—¡Vaya! ¡Estamos en el despertar del ambicioso!

Animado por esta doble esperanza, un cuarto de hora después salía de su palacio en dirección a la casa de la Plaza de Maubert.

XXVIII

UN CONCILIÁBULO PROTESTANTE

La casa número 11 de la Plaza de Maubert, en la que La Rénaudie citaba a Gabriel en su carta, era el domicilio de un abogado llamado Trouillard. Se susurraba ya entre el pueblo que la casa en cuestión era un centro donde se reunían los herejes. Los cánticos que algunas noches oían los vecinos dieron consistencia a estos rumores, ciertamente peligrosos, pero en definitiva no habían pasado de rumores, y la policía no había pensado aún en comprobarlos.

Sin dificultad alguna encontró Gabriel la puerta de color oscuro y, siguiendo las instrucciones de la carta, dio sobre aquélla tres golpes, separados entre sí por intervalos regulares.

Se abrió la puerta como automáticamente, pero una mano asió la de Gabriel y una voz le dijo al oído:

—*No subáis, porque no veréis claro.*

—*Traigo conmigo una luz* —contestó Gabriel ateniéndose a la fórmula.

—En ese caso, entrad, y seguid a la mano que os guía —repuso la voz.

Obedeció Gabriel, y cuando hubo dado algunos pasos, la mano le soltó y la voz dijo:

—Subid ya.

Gabriel tocó con el pie el primer peldaño de la escalera. Subió diecisiete y se detuvo.

—*¿Qué queréis?* —le preguntó otra voz.

—*Lo que es justo* —contestó Gabriel.

Al momento se abrió una puerta y Gabriel entró en una cámara débilmente iluminada.

Había allí un hombre solo, el cual se acercó a Gabriel y le dijo en voz baja:

—*Ginebra.*

—*Gloria* —respondió al punto el visitante.

El hombre tocó un timbre y La Rénaudie entró en seguida por una puerta secreta.

Se acercó a Gabriel y le estrechó la mano con cariño, preguntándole:

—*¿Sabéis lo que ha sucedido hoy en el Parlamento?*

—No he salido de mi casa —respondió Gabriel.

—Entonces, vais a saberlo aquí —repuso La Rénaudie—. No os habéis comprometido todavía con nosotros, pero no importa: nos comprometeremos nosotros con vos. Sabréis todos nuestros proyectos, contaréis nuestras fuerzas, os haremos dueño de todos los secretos de nuestro partido, y esto sin obligaros a nada,

dejándoos en libertad absoluta de obrar solo o con nosotros, como os acomode. Me habéis dicho que con el corazón sois nuestro, y esto me basta. Ni siquiera os pido vuestra palabra de caballero de que no revelaréis nada de cuanto vais a ver y a oír: con vos, las precauciones son innecesarias.

—Os doy las gracias por vuestra confianza —contestó Gabriel conmovido—. No os arrepentiréis de ella.

—Entrad conmigo y permaneced a mi lado —continuó La Rénaudie—. Os iré diciendo los nombres de los hermanos a quienes no conocéis, y en cuanto a lo demás, juzgaréis con arreglo a vuestro criterio. Venid.

Tomó la mano de Gabriel, oprimió el resorte de la puerta secreta y entró con nuestro protagonista en un salón de forma oblonga, donde había reunidas sobre doscientas personas.

Algunas luces colocadas en distintos sitios iluminaban a medias los movibles grupos. No había muebles, ni colgaduras, ni bancos, ni otro objeto que una tribuna de madera tosca, sin labrar, para el orador o el ministro.

La presencia de veinte o más mujeres explicaba, si no justificaba, las sospechas a que daban lugar los conciliábulos secretos de los reformados.

Nadie advirtió la entrada de Gabriel y de su guía: los ojos y las imaginaciones de todos estaban concentrados en el hombre que en aquel instante ocupaba la tribuna, el cual era un protestante de aspecto triste y de palabra grave.

La Rénaudie dijo a Gabriel a media voz:

—Es el consejero del Parlamento, Nicolás Duval. Ha empezado a hacer historia de lo ocurrido en los Agustinos; prestad atención.

Gabriel escuchó.

—Como el salón ordinario de sesiones del palacio —decía el orador— está en la actualidad dedicado a los preparativos de fiesta con que proyectan solemnizar el matrimonio de la princesa Isabel, nos hemos reunido provisionalmente y por primera vez en los Agustinos, y yo no sé por qué, pero es lo cierto que, al entrar en aquella sala, presentimos vagamente que iba a tener lugar un suceso inesperado.

«El presidente Gil Lemaitre abrió la sesión como de costumbre, sin que se advirtiesen motivos que pudiesen servir de base a las aprensiones que algunos sentíamos.

«Volvió a hablarse del asunto discutido el miércoles último: las opiniones religiosas. Antonio Fumée, Pablo de Foix y Eustaquio de la Porte abogaron sucesivamente por la tolerancia, y sus discursos, elocuentes y enérgicos, produjeron, al parecer, viva impresión en la mayoría.

«Eustaquio de la Porte acababa de sentarse escuchando nutridos aplausos, y Enrique Dufaur había pedido la palabra para acabar de conquistarse los ánimos vacilantes, cuando se abrió la puerta principal, y el ujier del Parlamento anunció con

voz recia: "Su majestad el re»..

«El presidente, sin manifestar la menor sorpresa, dejó apresuradamente su escaño para salir al encuentro del rey. Todos los consejeros se pusieron en pie en medio del mayor desorden, los unos con la estupefacción reflejada en sus rostros, los otros tranquilos, como si hubiesen sido prevenidos de lo que iba a ocurrir.

«El rey entró acompañado por el cardenal de Lorena y por el condestable.

«—No vengo a interrumpir vuestras tareas, señores del Parlamento, sino a ayudaros —principió diciendo el rey.

«Y después de algunos cumplidos sin importancia, concluyó de esta suerte:

«—Se ha firmado el tratado de paz con España; pero, con motivo de las guerras, se ha introducido la herejía en nuestro reino, y es preciso extinguirla, como hemos extinguido la guerra. ¿Por qué no habéis promulgado el edicto contra los luteranos, conforme os ordené? Pero repito que continuéis deliberando con toda libertad en mi presencia.

«Enrique Dufaur, que había principiado apenas a hacer uso de la palabra, volvió a tomarla con valor, y no contento con defender la causa de la libertad de conciencia, añadió a su osada peroración algunas consideraciones tan tristes como severas acerca de la conducta del gobierno del rey.

«—¿Os quejáis de los desórdenes? —exclamó—. ¡Pues bien! ¡Nosotros conocemos perfectamente al autor! Podríamos contestaros con las palabras que el profeta Elías dirigió a Acab: «Sois vos el que atormentáis a Israe»..

«Enrique II se mordió los labios, palideció, pero guardó silencio.

«Se levantó entonces Anne Dubourg, y lanzó acusaciones más directas y más severas todavía que las anteriores.

«—Comprendo, señor —dijo—, que se castigue sin compasión ciertos crímenes gravísimos, tales como el adulterio, la blasfemia, el perjurio, que por lo contrario se ven constantemente protegidos por los que viven vida desordenada y se entregan a amores culpables. ¿Pero de qué delito acusan a los que se pretende entregar al verdugo? ¿Del de lesa majestad? ¡Jamás omitieron en sus oraciones el nombre de su rey! ¡Jamás fomentaron rebeliones y favorecieron traiciones! ¿Se les quiere condenar a la hoguera porque, habiendo descubierto abusos en la Iglesia Romana, piden que sean corregidos?

«El rey no decía palabra, no pestañeaba, pero se veía que le ahogaba la cólera.

«El presidente Gil Lemaitre se encargó de atizar la muda indignación del rey, exclamando con ira fingida:

«—¡Se trata de herejes, y basta! ¡Se debe acabar con ellos como se acabó con los albigenses! ¡Seiscientos de éstos hizo quemar Felipe Augusto en un solo día!

«El rey, temiendo quizás que la violencia de lenguaje del presidente favoreciese nuestra causa, quiso precipitar el desenlace sin consideración a nada y dijo:

«—El señor presidente tiene razón; es preciso acabar de una vez con los herejes, escóndanse donde se escondan. Y para principiar, señor condestable, prended al instante a esos dos rebeldes.

«Señaló con la mano a Enrique Dufaur y a Anne Dubourg y salió precipitadamente, como si le fuera imposible contener la tempestad de ira que bramaba en su pecho.

«No creo necesario deciros, amigos y hermanos, que el condestable de Montmorency se apresuró a obedecer las órdenes del rey. Dubourg y Dufaur fueron presos en pleno Parlamento y arrancados de sus escaños en medio de la consternación general.

«Gil Lemaitre fue el único que tuvo valor para añadir:

«—¡Es un acto de justicia! ¡Así deben ser castigados todos los que tengan la osadía de faltar al respeto a la majestad real!

«Como para desmentirle, entraron en el acto en el santuario de las leyes unos guardias y prendieron, en virtud de órdenes que exhibieron, a Foix, Fumée y la Porte, que habían hecho uso de la palabra antes de la llegada del rey, y se habían limitado a defender la tolerancia religiosa sin aludir directa ni indirectamente al soberano.

«Quedaba, por lo tanto, demostrado que la causa de la prisión de los cinco miembros inviolables del Parlamento no habían sido sus representaciones contra el rey, sino sus opiniones religiosas.

Calló Nicolás Duval. Los murmullos de dolor y de cólera de la asamblea habían interrumpido más de veinte veces el relato de la sesión borrascosa que a nosotros nos parece como preludio de otra, más tumultuosa todavía, que debía tener lugar doscientos treinta años más tarde.

Cuando dejó de hablar Duval, subió a la tribuna el ministro evangélico David.

«—Hermanos míos —dijo—; antes de deliberar, elevemos a Dios nuestro pensamiento y entonemos un salmo para que se digne iluminarnos con la antorcha de la verdad.

—¡El salmo cuarenta! —gritaron varios reformados.

Inmediatamente cantaron a coro el salmo expresado.

A decir verdad, no pudieron escoger otro menos indicado para restablecer la calma, pues se trata de un salmo que más bien es canto de amenazas que himno religioso.

Cantado el salmo, se restableció el silencio y pudo comenzar la deliberación.

La Rénaudie fue el primero que tomó la palabra con objeto de precisar los términos y orientación del debate.

«—Hermanos —dijo—; en vista de un hecho tan inaudito, que echa por tierra todas las ideas del derecho y de la equidad, tenemos que determinar la línea de conducta que habrá de seguir el partido de la Reforma. ¿Continuaremos sufriendo con

paciencia, o nos decidiremos a obrar? Si optamos por lo segundo, ¿qué es lo que debemos hacer? He aquí las preguntas que cada uno debe dirigirse y resolver con arreglo a los dictados de su conciencia. Veis que nuestros perseguidores hablan nada menos que de una matanza general, y pretenden borrarlos del libro de la vida como si fuéramos una palabra mal escrita. ¿Esperaremos con docilidad el golpe mortal? O bien, en vista de que la justicia y la ley son violadas por los mismos que están en el deber de protegerlas, ¿intentaremos hacernos justicia a nosotros mismos, substituyendo momentáneamente la fuerza a la ley? A vosotros os toca responder ahora, amigos y hermanos.

La Rénaudie hizo una pausa, como para dar tiempo a que se fijase en los ánimos de todos el terrible dilema, y luego prosiguió así, como queriendo a la vez esclarecer la cuestión y apresurar su desenlace:

—Todos sabemos que el partido de la reforma está dividido, por desgracia, en dos bandos: el partido de la nobleza y el ginebrino, pero entiendo que, ante el enemigo común, no debe haber entre nosotros más que un corazón y una voluntad. Los miembros de una y otra fracción están en el caso de exteriorizar su opinión y de proponer los medios que consideren convenientes. El consejo que ofrezca mayores garantías de éxito, venga del partido que venga, deberá ser adoptado por unanimidad. Y ahora, amigos y hermanos, hablad con entera libertad, con confianza absoluta.

Al discurso de La Rénaudie siguió un período de vacilaciones. Precisamente lo que faltaba a los que le escuchaban eran la libertad y la confianza.

La indignación fermentaba en todos los corazones, pero el trono conservaba demasiado prestigio para que los reformados, novicios en el arte de conspirar, se atreviesen a manifestar con franqueza y sin reservas sus ideas, abogando por una rebelión armada. En masa, juntos, eran resueltos y abnegados, pero aislados, particularmente, retrocedían asustados ante la responsabilidad de una iniciativa. Todos estaban dispuestos a seguir el movimiento, pero ninguno a iniciarlo.

Además, conforme había dicho La Rénaudie, desconfiaban unos de otros; ninguno de los dos partidos sabía adonde pretendía llevarle el otro, y sus objetivos respectivos eran muy distintos para que les fuera indiferente la elección del camino y de los guías.

El partido ginebrino se inclinaba, aunque en secreto, hacia la república, al paso que el de la nobleza sólo aspiraba a un cambio de dinastía. El sistema electivo del calvinismo y las doctrinas igualitarias que predicaban la nueva religión conducían en derechura a una república semejante a la adoptada por los Cantones suizos; pero la nobleza no quería ir tan lejos, y se contentaba, de acuerdo con la reina Isabel de Inglaterra, con la deposición de Enrique II y la proclamación de un rey calvinista. Reservadamente se indicaba para subir al trono francés al príncipe de Condé.

Se ve, pues, que era sumamente difícil lograr que concurriesen a una obra común

dos elementos opuestos entre sí.

Con hondo pesar observó Gabriel, después del discurso de La Rénaudie, que los dos bandos, casi enemigos, se miraban con desconfianza, y que no pensaban en sacar las deducciones naturales de unas premisas sentadas con tanta osadía.

Uno o dos minutos transcurrieron en medio de murmullos confusos y de indecisiones manifiestas. La Rénaudie temía haber destruido involuntariamente con su sinceridad el efecto producido por el discurso de Nicolás Duval, pero esto no obstante, ya que se había aventurado por el camino de la franqueza, quiso llegar hasta el fin, resuelto a arriesgarlo todo para salvarlo todo, y a un hombrecillo flaco y enteco, de espesas cejas y rostro bilioso, que se hallaba en un grupo inmediato, le dijo:

—Y vos, Ligniéres, ¿no vais a dirigir la palabra a nuestros hermanos, exponiendo con toda claridad vuestra manera de pensar?

—No tengo inconveniente —contestó el interpelado, cuyos mortecinos ojos se animaron—; hablaré, pero sin ocultar ni atenuar nada.

—¡Sí, sí! ¡Estáis entre amigos! —dijo La Rénaudie.

Mientras Ligniéres subía a la tribuna, La Rénaudie dijo a Gabriel al oído:

—He recurrido a un medio muy peligroso, porque Ligniéres es un fanático, yo no sé si de buena o de mala fe, que lleva las cosas al último extremo y excita más repulsión que simpatía; pero no importa: a toda costa necesitamos saber a qué atenernos; ¿no os parece?

—Sí; que salga de una vez la verdad de esos corazones cerrados hasta ahora como sepulcros —contestó Gabriel.

—Podéis estar tranquilo, que Ligniéres y sus doctrinas ginebrinas van a levantar como por encanto las losas de esos sepulcros.

El orador, en efecto, principió con un *ex abrupto*.

—¡La ley acaba de ser pisoteada! —dijo—. ¿Qué recurso nos queda? ¡Uno solo; el de la fuerza! ¿Preguntáis que es lo que debemos hacer? No contestaré esa pregunta, pero sí os exhibiré un objeto que responderá por mí.

Presentó a su auditorio una medalla de plata, y continuó de esta suerte:

—Esta medalla hablará un lenguaje más elocuente que el de la palabra. Como algunos de vosotros no podréis verla, por estar lejos de mí, voy a deciros lo que representa: es una espada flamígera que siega una flor de lis, cuyo tallo se inclina y cae. Cerca de la flor segada, un cetro y una corona ruedan por el suelo.

Y como si el orador temiese que no le hubieran comprendido bien, añadió:

—Ordinariamente, las medallas sirven para conmemorar hechos realizados: ¡que sea ésta la profecía de un hecho venidero! ¡He terminado!

Había dicho bastante, quizás demasiado.

Bajó de la tribuna entre los aplausos de una parte, poco numerosa de la reunión, y

los murmullos de desaprobación de la mayoría de los concurrentes. La impresión general que produjo su discurso fue de estupor mudo.

—¡Vaya! —dijo en voz baja La Rénaudie a Gabriel—. Hay que herir otra cuerda; la que hemos tocado no vibra.

Alzando la voz, y dirigiéndose a un joven elegante y pensativo, que estaba apoyado contra la pared a unos diez pasos de distancia, añadió:

—Señor barón de Castelnau, ¿nada tenéis que decir?

—Probablemente no habría hablado, pero una vez interrogado, mi deber es contestar —respondió el joven.

—Os escuchamos —dijo La Rénaudie—. Este —prosiguió bajando la voz en forma que únicamente Gabriel pudiera oír sus palabras— pertenece al partido de los nobles. Indudablemente le veríais en el Louvre el día que trajisteis la noticia de la toma de Calais. Es un hombre franco, leal y bravo. Desde luego afirmo que tremolará su bandera con tanta osadía como Lignières. Pronto veremos si le acogen con más simpatía que a aquél.

Castelnau se subió a una de las gradas de la tribuna, y desde allí habló así:

—Voy a empezar como los oradores que me han precedido en el uso de la palabra. Se nos ha herido con iniquidad, y con iniquidad debemos defendernos. ¡Contesten las corazas en el campo de batalla a la afrenta que en el Parlamento nos infirieron el manto de armiño y los ropones colorados! Pero, si hasta aquí estoy conforme con lo propuesto por el señor de Lignières, difiero en todo lo demás. También yo quiero enseñaros una medalla. ¡Hela aquí! No es como la que visteis hace un momento. Vista desde cierta distancia, os parecerá tal vez una de las monedas de escudo que llevamos en nuestros bolsillos, y en realidad eso es: representa la efigie de un rey coronado. Media, sin embargo, entre el escudo corriente y mi medalla una pequeña diferencia: en el primero se lee la inscripción siguiente: *Enrique II, rex Gálliae*, al paso que la inscripción de la que os presento dice así: *Ludovicus XIII, rex Galliae*. He dicho.

El barón de Castelnau descendió con la frente erguida. La alusión al príncipe Luis de Condé no podía ser más explícita y terminante. Los que habían aplaudido a Lignières murmuraron, y los que murmuraron entonces aplaudieron ahora.

La masa, empero, continuaba inmóvil, muda, indiferente, entre las dos minorías.

—¿Pero, qué quieren? —preguntó Gabriel a La Rénaudie.

—¡Voy temiendo que no quieran nada! —contestó La Rénaudie.

Pidió entonces la palabra el abogado Des Avenelles.

—Creo que ése es el hombre de la mayoría —prosiguió La Rénaudie—. Me hospedo en la casa de Des Avenelles siempre que vengo a París. Es un hombre de talento, honrado, pero prudente en demasía, casi tímido. La opinión que exponga será ley para la masa.

Desde que principió su discurso, justificó Des Avenelles las previsiones de La Rénaudie.

—Acabamos de oír —dijo— discursos audaces y valientes; ¿pero llegó ya la ocasión más oportuna para pronunciarlos? ¿No os parece que quizá sea eso caminar demasiado de prisa? Se nos habla de un objetivo elevado, pero nadie nos indica los medios que debemos emplear para alcanzarle, y nadie nos lo indica, porque esos medios han de ser forzosamente criminales. Tengo el alma dolorida, más dolorida tal vez que ninguno de los que escucháis, por la persecución de que se nos hace víctimas; ¿pero, es prudente que nosotros, teniendo necesidad de vencer tantos prejuicios, arrojemos sobre la causa de la Reforma la mancha de un odioso asesinato? ¡Sí! ¡Repito que de un asesinato, porque no tenéis otro medio para llegar a la consecución del fin que nos proponéis!

Aplausos unánimes obligaron al orador a hacer una pausa.

—¿Qué os decía yo? —murmuro La Rénaudie en el oído de Gabriel—. Este abogado expresa el verdadero sentir de las masas.

Des Avenelles prosiguió así:

—El rey se encuentra en todo el vigor de la edad. Para arrancarle del trono, será preciso precipitarle violentamente de él. ¿Qué mortal se atreverá a echar sobre sus hombros la responsabilidad de tamaña violencia? ¡Los reyes son divinos, y únicamente Dios tiene derecho sobre ellos! ¡Ah! ¡Si un accidente cualquiera, una enfermedad imprevista, un atentado particular, privasen de la vida al rey, y fuese a parar la tutela de un rey niño a manos de los que nos oprimen... entonces sería esa tutela y no el trono, los Guisa y no Francisco II, el blanco de nuestros ataques! La rebelión, entonces, sería laudable, santa guerra civil, y yo sería el primero que gritase: ¡A las armas!

Este rasgo de energía, que podríamos llamar de la timidez, llenó de admiración a la asamblea, y nuevas muestras de aprobación premiaron el prudente valor de Des Avenelles.

—Siento haberos traído aquí —dijo La Rénaudie a Gabriel—. Razón os sobra para tenernos lástima.

Gabriel se decía mentalmente:

—No... no puedo censurar su debilidad, porque se parece a la mía. Yo contaba con ellos, y no parece sino que ellos cuentan conmigo.

—¿Qué os proponéis hacer? —preguntó La Rénaudie al abogado.

—Permanecer dentro de los límites de la legalidad; esperar —contestó resueltamente el abogado—. Han sido presos Anne Dubourg, Enrique Dufaur y tres de nuestros amigos del Parlamento; ¿pero, quién nos dice que les condenarán, que les acusarán siquiera? Mi opinión es que nuestras violencias no servirán más que para provocar las del poder. ¡Quién sabe si de nuestra prudencia depende la salvación de

las víctimas! Tengamos la calma que da la fuerza, y la dignidad que nace del derecho, y dejemos toda la sinrazón a nuestros perseguidores. Esperemos. Cuando vean nuestra moderación y nuestra firmeza, se mirarán muy mucho antes de declararnos la guerra, de la misma manera que os suplico, amigos y hermanos míos, que vosotros reflexionéis bien antes de dar la señal de las represalias.

Calló Des Avenelles y empezaron de nuevo los aplausos.

El abogado, envanecido, con justicia, quiso dejar bien sentada su victoria.

—¡Que levanten las manos los que piensen como yo! —dijo.

Casi todas las manos se levantaron para demostrar que la opinión del abogado era la de la asamblea.

—Decidimos, pues... —añadió.

—No decidáis nada —interrumpió Castelnau.

—Dejar para mejor ocasión los recursos extremos —prosiguió Des Avenelles dirigiendo una mirada furiosa a quien le había interrumpido.

El ministro evangélico David propuso que se cantase otro salmo para pedir a Dios la libertad de los pobres presos.

—¡Vámonos! —dijo La Rénaudie a Gabriel—. Me indigna y me irrita lo que aquí sucede. Esta gente no sabe más que cantar. Lo único que tienen de sedicioso son los salmos.

Cuando estuvieron en la calle, fueron caminando en silencio.

Se despidieron en el puente de Nuestra Señora, tomando La Rénaudie la dirección del Arrabal de Saint-Germain y Gabriel la del Arsenal.

—Adiós, señor de Exmés —dijo La Rénaudie—. Siento haberos hecho perder el tiempo, pero os ruego que creáis que no hemos pronunciado aún la última palabra. Han faltado a la reunión de esta noche el príncipe, Coligny y nuestros mejores miembros.

—No he perdido el tiempo, amigo mío —contestó Gabriel—. Es posible que dentro de poco os convenzáis de ello.

—¡Tanto mejor! Sin embargo, dudo...

—Pues no dudéis. Tenía necesidad de saber si los protestantes principiaban a perder la paciencia, y ha sido para mis planes más útil de lo que os figuráis comprobar que no están aún desesperados.

XXIX

OTRA PRUEBA

A falta del descontento de los protestantes, contaba Gabriel con otro recurso probable de venganza: la ambición del duque de Guisa.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, acudía exacto a la cita que Francisco de Lorena le había dado en el palacio de las Tournelles.

Como se le esperaba, el joven conde de Montgomery fue conducido, en cuanto llegó, a presencia del que, merced a su audacia temeraria, era llamado entonces el conquistador de Calais.

El Acuchillado salió a recibir a Gabriel; le estrechó efusivamente la mano diciéndole:

—¡Gracias a Dios que os veo aquí, olvidadizo amigo! Me habéis obligado a buscaros, a perseguiros en vuestro escondite; y si así no lo hubiese hecho, sabe Dios cuándo os hubiera vuelto a ver. ¿A qué es debido eso? ¿Por qué motivo no habéis venido a verme desde que regresé a París?

—Monseñor —contestó Gabriel— dolorosas preocupaciones...

—¡Vaya! ¡Estaba seguro de ello! —le interrumpió el duque de Guisa—. También os han mentido, ¿verdad? ¿No han cumplido las promesas que os habían hecho? ¿Os han engañado, herido, lastimado el corazón? ¡Ciegos, que no han sabido ver que sois el libertador de Francia! ¡Ah! ¡Me temía que os hubieran hecho víctima de alguna infamia! Mi hermano el cardenal, que presenció vuestra entrada en el Louvre y oyó pronunciar vuestro verdadero título de Condé de Montgomery, adivinó, ya sabéis que es sagaz como el que más, que ibais a ser el juguete o la víctima de esa gente. ¿Por qué no os dirigisteis a él? En mi ausencia, él habría podido ayudaros.

—Con toda mi alma agradezco vuestro interés, monseñor —contestó Gabriel con grave entonación—, pero os aseguro que os equivocáis: han cumplido con exactitud los compromisos que contrajeron conmigo.

—¡Lo decís con un tono, amigo mío...!

—Lo digo tal como lo siento, monseñor; pero es deber mío repetir que no me quejo, que me han cumplido al pie de la letra las promesas que me hicieron. Os suplico que no hablemos de mí, pues ya sabéis que, ordinariamente, me agradan poco las conversaciones cuyo tema es mi persona, y hoy, con más razón que nunca, me es penoso hablar de mí. Por lo mismo, monseñor, os suplico que no insistáis en vuestras benévolas preguntas.

Al duque de Guisa le llamó la atención el acento doloroso de Gabriel.

—Hablaremos de otra cosa, amigo mío —dijo—. Después de haberos oído,

temería abrir alguna de vuestras cicatrices mal cerradas.

—Gracias, monseñor —contestó Gabriel con dignidad.

—Pero quiero que sepáis, que siempre, en todo lugar, y sea el que sea el motivo, mi influencia, mi fortuna y mi vida están a vuestra disposición, y que, si algún día tengo la suerte de que me necesitéis para algo, bastará tender la mano para que encontréis la mía.

—Gracias, monseñor —repitió Gabriel.

—Y puesto que estamos de acuerdo sobre este punto, decidme, si os place, de qué queréis que hablemos.

—De vos, monseñor; de vuestra gloria, de vuestros proyectos. Esto es lo que me interesa, el imán que me ha hecho acudir a vuestro primer llamamiento.

—¡Mi gloria...! ¡Mis proyectos...! —exclamó Francisco de Lorena moviendo la cabeza—. ¡Ah! ¡Habéis cogido una conversación hartamente penosa para mí!

—¿Qué decís, monseñor?

—La verdad, amigo mío. Creía, lo confieso sin inconveniente, haber conquistado alguna reputación; me parecía que mi nombre podía ser pronunciado en Francia con algún respeto y con cierto terror en Europa. Mi pasado brillante me obligaba a pensar en el porvenir, y armonizando mis proyectos con mi renombre, soñaba cosas muy grandes para mi patria y para mí mismo. Creo que las hubiese realizado...

—¿Y qué, monseñor?

—Pues bien, Gabriel; hace seis semanas que regresé a la corte, y ya he dejado de creer en mi gloria, ya he renunciado a todos mis proyectos.

—¿Y por qué, Dios mío?

—En primer lugar, noticias tenéis indudablemente del tratado casi vergonzoso en que han venido a parar nuestras victorias. Si nos hubiésemos visto obligados a levantar el sitio de Calais, y los ingleses continuasen siendo dueños de las puertas de Francia, y nos hubieran infligido derrotas y más derrotas, y hubiera quedado demostrado en todas partes la insuficiencia de nuestras fuerzas y la imposibilidad de continuar una lucha desigual, seguramente no habríamos firmado un tratado de paz más desventajoso, más bochornoso debiera decir, más infamante que el de Cateau-Cambrésis.

—Verdad es, monseñor; todo el mundo deplora que se hayan recogido frutos tan mezquinos de una cosecha tan magnífica.

—Pues bien: ¿cómo queréis que siga sembrando para gentes incapaces de llevar a cabo la recolección? Eso sin contar con que me han encadenado, reducido a la inacción con su decantado tratado de paz. Aquí me tenéis condenado a no desenvainar en mucho tiempo la espada. La guerra, que han extinguido en todas partes sin reparar en el precio, era el fundamento de todos mis ensueños de gloria... Aquí, para entre nosotros, añadiré que uno de los objetivos que perseguían era acabar

con mis proyectos de gloria.

—Pero aun en la inacción, monseñor, sois tan poderoso como siempre. La corte os respeta, el pueblo os adora, el extranjero os teme...

—Creo, en efecto, que soy estimado dentro del reino y temido fuera; pero no digáis, amigo mío, que me respeta la corte. A la par que reducían públicamente a la nada los resultados visibles y palpables de nuestros triunfos, minaban solapadamente mi influencia particular. ¿A mi vuelta de allá, a quién he encontrado encaramado en lo más alto del favor? ¡Al insolente vencido de San Quintín, a Montmorency, a quien detesto!

—¡No tanto como yo, seguramente! —murmuró Gabriel sin poder contenerse.

—El es el autor y el beneficiario de esa paz que tanto nos avergüenza. No contento de provocar la firma de un tratado que implica una confesión tácita de la ineficacia de mis esfuerzos, ha sabido favorecer sus intereses personales, haciendo que le restituyan, creo que por segunda o tercera vez, la cantidad con que pagó la libertad que perdió en la desastrosa jornada del día de San Lorenzo. ¡Hasta con la derrota y la vergüenza especula ese hombre!

—¿Y el duque de Guisa concede beligerancia a un rival como ése? —preguntó Gabriel sonriendo con desdén.

—El duque de Guisa se estremece sólo al pensarlo, pero bien veis, amigo mío, que se lo imponen. Sabéis como yo que el condestable disfruta de la protección de algo que se estima, o que estiman en más que la gloria, de una persona más poderosa que el mismo rey... ¡Claro! ¡Mis servicios nunca podrán igualarse con los de Diana de Poitiers...! ¡Por qué no la pulveriza un rayo!

—¡Oh! ¡Por qué no os escuchará Dios! —murmuró Gabriel.

—¡Qué habrá hecho esa mujer al rey! —continuó el de Guisa—. ¿Lo sabéis vos, amigo mío? ¿Tendrá razón el pueblo para hablar de filtros y sortilegios? De mí puedo decir que sospecho que les une un lazo más fuerte que el amor. No es, no puede ser la pasión la que de ese modo los encadena, sino el crimen. ¡Lo juraría! ¡En sus recuerdos hay algún remordimiento, y no son sencillamente amantes, son algo más... son cómplices!

El conde de Montgomery se estremeció de pies a cabeza.

—¿No lo creéis así, Gabriel? —preguntó el de Guisa.

—Sí, monseñor, lo creo —respondió Gabriel con voz apagada.

—Y para colmo de humillaciones —prosiguió Francisco de Lorena—, ¿sabéis, amigo mío, qué recompensa he recibido a mi regreso a París, además de lo consiguiente al tratado de Cateau-Cambresis? Me han despojado inmediatamente de mi dignidad de Teniente General del Reino. Firmada la paz, las funciones propias de mi dignidad resultaban inútiles, no tenían razón de ser, según me han dicho, y sin tener la atención de prevenirme, sin darme las gracias, el rey me ha retirado el título,

tratándome como a mueble inservible que se arrincona.

—¿Será posible? ¿No han tenido con vos ningún miramiento? —preguntó Gabriel, cuyo objeto era atizar el fuego que ardía en aquella alma irritada.

—¿Qué miramientos han de tener con un servidor superfluo? —replicó el duque de Guisa rechinando los dientes—. Tratándose del señor de Montmorency, ya es otra cosa; sigue siendo condestable. Disfruta de una dignidad que ni el rey puede retirarle, que por algo la conquistó con cuarenta años de derrotas. ¡Pero por la cruz de Lorena juro que si el viento de la guerra sopla de nuevo, y vienen a suplicarme, a implorar de mí que salve a la patria, he de enviarles a su condestable! ¡Que la salve él, si puede! ¡Es su deber inherente a su cargo! En cuanto a mí, puesto que a la ociosidad me han condenado, acepto la sentencia, y mientras no lleguen tiempos mejores, me propongo descansar.

Gabriel, después de una pausa, dijo con gravedad:

—Con toda mi alma deploro esa determinación, que me contraría en extremo, pues precisamente venía a someteros una proposición...

—Es inútil, amigo mío, completamente inútil. Mi resolución es irrevocable. Además, ya sabéis como yo que la paz concertada nos arrebatara todos los pretextos que pudiéramos invocar para conquistar otro poco de gloria.

—Dispensad, monseñor —replicó Gabriel—; pero precisamente la paz hace viable mi proposición.

—¿De veras? —exclamó el duque de Guisa sintiendo el soplo de la tentación—. ¿Se trata de algo tan atrevido como la toma de Calais?

—Se trata de algo incomparablemente más atrevido, monseñor.

—¿Qué decís? Habéis excitado vivamente mi curiosidad, lo confieso.

—Entonces, ¿me permitís que hable?

—No sólo os lo permito; os lo ruego.

—¿Estamos solos?

—¡En absoluto! Nadie puede oírnos.

—Monseñor: he aquí lo que deseaba deciros: Puesto que el rey y el condestable prescinden de vos, prescindid vos de ellos: os han arrebatado el título de Teniente General del Reino; recobradlo.

—¡Cómo! ¡Explicaos, amigo mío!

—Monseñor —repuso resueltamente Gabriel—; los príncipes extranjeros os temen, el pueblo os adora, el ejército es vuestro, sois en Francia más rey que el mismo rey, porque vos reináis por vuestro genio, y él porque ciñe corona. Hablad como amo y señor, y todos os escucharán como súbditos. ¿Será más fuerte Enrique II en su palacio del Louvre que vos en vuestro campo de batalla? La dicha mayor del que tiene el honor de dirigiros la palabra sería poder ser el primero que os llamase *Majestad*.

—Osado es el proyecto, no hay duda —dijo el duque de Guisa.

En sus palabras no había ni sombra de irritación. Su rostro reflejaba sorpresa, acaso fingida, y una sonrisa vagó por sus labios.

—Presento un proyecto osado a un alma extraordinaria —dijo con entereza Gabriel—. Hablo por el bien de Francia, necesita de que en su trono se sienta un hombre verdaderamente grande. ¿No es desastroso que todas vuestras ideas de grandeza y de conquista hayan volado como partícula de arena que arrastra el viento ante los caprichos de una cortesana y el hálito emponzoñado de la envidia de un favorito? Si un día llegaseis a ser libre, a disponer como señor, ¿hasta dónde llegaría vuestro genio? ¡Volveríamos a los felices tiempos de Carlomagno!

—Ya sabéis que de Carlomagno desciende la Casa de Lorena —dijo vivamente el de Guisa.

—Haced que nadie lo ponga en duda al ver vuestras obras —insistió Gabriel—. Sed para los Valois un Hugo Capeto.

—¿Y si no fuese más que un condestable de Borbón?

—Os calumniáis, monseñor. El condestable de Borbón llamó en su auxilio al extranjero, al enemigo, pero vos no utilizaríais más que las fuerzas de la patria.

—Pero esas fuerzas de que, según vos, puedo disponer, ¿dónde están?

—Dos partidos se ponen a vuestra disposición, monseñor.

—¿Qué partidos son éstos? Ya veis que os dejo hablar como si lo que decimos no fuera una quimera... ¿Qué partidos son éstos?

—El ejército y la Reforma, monseñor. Ante todo, podéis ser un caudillo militar.

—¡Un usurpador!

—¡No! ¡Un conquistador! Pero, si os repugna ponerlos al frente del ejército, sed el rey de los Hugonotes.

—¿Y el príncipe de Condé? —preguntó sonriendo el duque de Guisa.

—Posee el atractivo, no carece de habilidad, pero vos tenéis grandeza, esplendor. ¿Creéis que Calvino dudaría si le dieran a escoger entre los dos? Porque fuerza es reconocer que el hijo del tonelero es el amo y señor del partido. Pronunciad una palabra, y mañana podréis disponer de treinta mil protestantes.

—Pero yo me precio de ser un príncipe católico, Gabriel.

—La religión de los hombres como vos, monseñor, debe de ser la gloria.

—Me enemistaría con Roma.

—Y así tendríais un pretexto para conquistarla —replicó Gabriel.

—¡Amigo... amigo! —exclamó el duque de Guisa mirando fijamente a Gabriel—. ¡Odiáis con toda vuestra alma a Enrique II!

—Le odio con tanta intensidad como os quiero y aprecio a vos, monseñor; lo confieso —contestó Gabriel con noble franqueza.

—Estimo esa sinceridad, Gabriel —repuso Francisco de Lorena con seriedad—, y

para demostrároslo, voy a hablaros con el corazón en la mano.

—El mío se cerrará al punto, y jamás dejará escapar lo que le confiéis.

—Escuchad, pues —continuó el duque de Guisa—. En sueños he vislumbrado algunas veces el objetivo que acabáis de exponer ante mis ojos; pero sin duda opinaréis conmigo, amigo mío, que cuando uno se pone en marcha para alcanzar ese objeto, debe abrigar la seguridad de llegar a él, y que, arriesgar prematuramente una partida de esa importancia, es lo mismo que resignarse a perderla.

—Es cierto.

—Ahora bien: ¿creéis, efectivamente, que mi ambición ha llegado a completa madurez y que la ocasión es oportuna? ¡Sacudidas tan gigantescas exigen larga preparación; exigen que los ánimos estén ya dispuestos a soportarlas! Y puesto que estamos de perfecto acuerdo en esto, decidme: ¿creéis que hoy en día está la nación habituada a pensar en un cambio de dinastía?

—¡Se habituaria! —contestó Gabriel.

—Lo dudo mucho —replicó el duque—. He mandado ejércitos, he defendido a Metz, he tomado a Calais, pero esto no es bastante; no me he acercado lo suficiente a la dignidad real. No dudo que hay descontentos, pero los partidos no son el pueblo. Enrique II es joven, inteligente, bravo, y por añadidura, hijo de Francisco I. Es seguro que nadie piensa en deponerle.

—¿Es decir, que vaciláis, monseñor?

—Hago más, amigo mío; me niego. Otra cosa sería si mañana, el día menos pensado, una enfermedad, un accidente imprevisto, arrebatase la vida a Enrique II...

—¡También piensa él en eso! —se dijo mentalmente Gabriel—. ¿Qué haríais, monseñor, si sobreviniese el desenlace imprevisto de que habláis? —preguntó en alta voz.

—Entonces —contestó el duque de Guisa—, como ocuparía el trono un rey niño y sin experiencia, confiado a mi discreción, sería yo, en cierto modo, regente del reino. Y si la reina madre o el condestable intentaban oponérseme, o bien si se rebelaban los protestantes, y por último, si la nación se hallaba en peligro y fuese precisa una mano firme para que empuñase el timón y dirigiese el rumbo, la ocasión se presentaría por sí sola, yo sería casi necesario, y entonces, acaso me decidiría a acoger vuestros proyectos, amigo mío, entonces escucharía seguramente vuestras proposiciones.

—Pero hasta entonces, hasta que muera el rey, lo cual es muy improbable...

—Me resignaré, amigo Gabriel; me contentaré con preparar el porvenir. Si los sueños sembrados en mi pensamiento no germinan, si no dan frutos más que para mi hijo, diré que así lo ha querido el Señor.

—¿Es vuestra última palabra, monseñor?

—La última, sí; pero no por eso agradezco menos la fe que tenéis en mi destino.

—Y yo, monseñor, os agradezco la confianza que os inspira mi discreción.

—Sí: cuanto hemos hablado, debe quedar entre nosotros.

—Ahora, monseñor, permitidme que me retire —dijo Gabriel levantándose.

—¡Cómo! ¿Tan pronto?

—Sí, monseñor: he sabido todo cuanto deseaba saber. No olvidaré vuestras palabras, aunque duermen seguras dentro de mi corazón, pero las tendré siempre presentes. Perdonadme, monseñor: necesitaba convencerme de que la ambición del duque de Guisa continuaba adormecida. ¡Adiós, monseñor!

—Hasta la vista, amigo mío.

Gabriel salió del palacio de las Tournelles más triste y desalentado que cuando entró en él.

—Contaba con dos auxiliares humanos —murmuraba para sí—, y ninguno de los dos me ayudará. ¡Ya no me queda más que Dios!

UN PASO PELIGROSO

Vivía Diana de Castro en el Louvre sufriendo vivos pesares y mortales angustias. También esperaba, pero su papel era tal vez más cruel que el del mismo Gabriel.

No se habían roto por completo los lazos que la unían al que tanto la había amado, pues todas las semanas iba el paje Andrés al palacio de la calle de los Jardines de San Pablo a preguntar a Aloísa por el conde.

No eran muy tranquilizadoras las noticias que Andrés le llevaba: el joven conde de Montgomery continuaba tan taciturno, tan sombrío, tan triste como siempre, la nodriza no hablaba de él más que con lágrimas en los ojos y con el rostro pálido.

Diana vaciló durante bastante tiempo, pero al fin, una mañana del mes de junio adoptó un partido decisivo para poner término a sus dolores.

Envuelta en un manto sencillo, cubrióse el rostro con un velo, y cuando todos dormían en el Louvre, se dirigió al domicilio de Gabriel acompañada por Andrés.

Ya que él evitaba encontrarla y callaba obstinadamente, ella iría a buscarle y sabría a qué atenerse. ¿Por qué no había de ir una hermana a visitar a su hermano? ¿Acaso no era obligación suya advertirle o consolarle?

Desgraciadamente iba a resultar inútil todo el valor que necesitó Diana para dar aquel paso. Gabriel, entregado a sus correrías cuya costumbre no había perdido, buscaba también las horas solitarias, y cuando Diana de Castro llamaba a la puerta de su palacio con mano temblorosa, aquél había salido hacía ya más de media hora.

¿Le esperaría? No se sabía nunca cuándo volvería Gabriel a su casa, y si Diana permanecía mucho rato fuera del Louvre se exponía a las calumnias...

¡Pero no importaba! ¡Esperaría! ¡Esperaría al menos durante el tiempo que tenía intención de dedicarle si le hubiese hallado en casa!

Andrés hizo entrar a su ama en una habitación apartada y corrió a avisar a Aloísa.

Años hacía que no se veían Aloísa y Diana, la mujer del pueblo y la hija del rey, pero si no se habían visto desde los tiempos felices de Montgomery y Vimoutiers, un mismo pensamiento había llenado las vidas de las dos, y una misma inquietud llenaba todavía de temores sus días y de pesadillas sus noches.

Así pues, cuando Aloísa, que corrió presurosa a la habitación donde esperaba Diana, quiso inclinarse ante ella, la de Castro se arrojó en sus brazos, como solía hacer en otro tiempo, y la abrazó exclamando:

—¡Mi querida nodriza!

—¡Ah, señora! —dijo Aloísa con lágrimas de gratitud en los ojos—. ¿Todavía os acordáis de mí? ¿Todavía me conocéis?

—¡Que si me acuerdo de ti! ¡Que si te conozco! ¿Crees que puedo olvidarme de la casa de Enguerrando? ¿Crees que no conocería ya el castillo de Montgomery?

Aloísa contemplaba a Diana con suma atención; al cabo de algunos momentos de muda contemplación, juntando las manos, sonriendo y suspirando a la vez, exclamó:

—¡Qué hermosa sois!

Sonreía la buena mujer porque quería a la niña que hoy era una dama bellísima, y suspiraba porque, viéndola, apreciaba toda la extensión del dolor de Gabriel.

Diana comprendió la significación de aquella mirada melancólica y a la par alegre, y se apresuró a decir, ruborizándose un poco:

—No es de mí de quien he venido a hablar, querida nodriza.

—De él, ¿verdad? —preguntó Aloísa.

—¿De quien hacía de ser? A ti puedo descubrirte mi corazón... ¡Cuanto siento no haberle encontrado en casa! Venia a consolarle consolándome a mí misma... ¿Cómo está? Muy triste, muy afligido, ¿no es cierto? ¿Por qué no ha ido una vez siquiera a verme al Louvre? ¿Qué dice? ¿Qué hace? ¡Habla, Aloísa, habla!

—¡Ay, señora! ¡Razón tenéis al suponerle triste y afligido! figuraos...

—Espera, Aloísa —interrumpió Diana—. Antes de que empieces, quiero hacerte una recomendación. Yo estaría aquí escuchándote hasta mañana, sin cansarme, sin advertir que el tiempo pasa, pero, como comprenderás, es preciso que vuelva al Louvre antes de que adviertan mi ausencia. Vas a prometerme una cosa: cuando haya transcurrido una hora, tanto si él ha venido como si no, me lo advertirás para que me vaya.

—Es que también yo soy capaz de olvidar que pasa el tiempo, porque tampoco yo me cansaría nunca de hablaros y de escucharos.

—Entonces, ¿qué hacemos? Ya no tengo confianza en ninguna de las dos.

—Podemos dar tan penoso encargo a otra persona...

—¡Es verdad! ¡A Andrés!

El paje, que había quedado en la estancia contigua, prometió que avisaría cuando hubiese transcurrido una hora.

—Ahora —dijo Diana, volviendo a sentarse junto a la nodriza—, podemos hablar con tranquilidad y confianza, ya que no puede ser con alegría.

Desgraciadamente, aquella conversación, que tan del agrado era de las dos afligidas mujeres, ofrecía muchas dificultades y no pocas amarguras.

En primer lugar, ninguna de las dos sabía hasta qué punto estaba enterada la otra de los terribles secretos de la Casa de los Montgomery, y en segundo, existían en la vida de su joven señor muchas y muy intranquilizadoras lagunas que Aloísa no conocía y que ella misma tenía miedo de conjeturar. ¿Cómo explicar sus ausencias, sus regresos repentinos, sus preocupaciones, su mutismo?

Aloísa, sin embargo, contó a Diana todo lo que sabía, o a lo menos, todo cuanto

veía, y Diana, escuchando a la nodriza, experimentaba viva satisfacción porque oía hablar de Gabriel, y vivo dolor porque lo que de Gabriel escuchaba era bien triste.

En efecto: las confidencias de Aloísa no eran muy a propósito para calmar la ansiedad de Diana, sino más bien para reavivarla, y aquel testigo apasionado de los sufrimientos y de la desesperación del joven conde hacía que la pobre Diana creyese estar viendo los tormentos de la agitada vida de Gabriel.

Diana se convenció más y más de que, si había de salvar a las personas a quienes quería, debía intervenir activamente y sin demora.

Cuando se cambian confidencias, una hora se pasa muy pronto, aunque aquéllas sean tristes. Diana y Aloísa quedaron asombradas cuando oyeron que Andrés llamaba a la puerta.

—¿Ya? —preguntaron las dos a la vez.

—¡Vaya! Me estaré un cuarto de hora más —dijo Diana.

—¡Tened cuidado, señora! —advirtió la nodriza.

—Tienes razón, Aloísa; debo irme y me voy, pero oye una palabra más: en todo lo que me has dicho de Gabriel, has omitido... me parece que no... en una palabra: ¿es que nunca habla de mí?

—Nunca, señora; lo confieso.

—¡Oh! ¡Hace bien! —exclamó Diana suspirando.

—¡Mejor haría si tampoco pensase en vos!

—¿Crees, pues, que piensa en mí, Aloísa? —preguntó vivamente Diana.

—No sólo lo creo; de ello estoy más que segura, señora.

—Sin embargo, pone los medios para no encontrarse conmigo... nunca va al Louvre...

—No es la persona que él ama —dijo Aloísa moviendo dolorosamente la cabeza — la causa de que no vaya al Louvre.

—Comprendo —pensó Diana estremeciéndose—; la causa es la persona que odia... ¡Necesito verle! —prosiguió en voz alta—. ¡Es de todo punto necesario!

—¿Queréis que le diga de parte vuestra que vaya a visitaros al Louvre?

—¡No, no! ¡Al Louvre, de ningún modo! —exclamó Diana con terror—. ¡Que no vaya al Louvre! Yo veré... acecharé, aprovecharé una ocasión, como la he aprovechado esta mañana, y vendré aquí.

—¿Y si ha salido como hoy? ¿Qué día, qué semana vendréis? ¿Podéis decírmelo, poco más o menos? Porque en este caso esperaré, como comprenderéis.

—¡Pobre de mí! —exclamó Diana—. ¡Hija del rey de Francia, no puedo saber en qué día, en qué hora, en qué instante disfrutaré de un minuto de libertad! Sin embargo, si es posible, yo enviaré con la anticipación debida a Andrés.

El paje llamó por segunda vez a la puerta de la estancia.

—Señora —dijo—; empiezan a llenarse de gente las calles y los alrededores del

Louvre.

—¡Voy... voy! —respondió Diana.

Dirigiéndose a la nodriza, repuso:

—Abrázame, mi querida Aloísa; abrázame muy fuerte, como cuando era niña, como cuando era dichosa.

Mientras Aloísa, cuya emoción le impedía pronunciar palabra, la tenía entre sus brazos, repetía Diana:

—¡Vela por él... cuídale mucho...!

—¡Como cuando era niño... como cuando era dichoso! —dijo la nodriza.

—¡Más todavía, Aloísa, mucho más, porque entonces no lo necesitaba tanto como hoy!

Diana salió del palacio de los Montgomery antes de que Gabriel hubiese vuelto.

Sobre media hora después se encontraba en sus habitaciones del Louvre. Ningún tropiezo desagradable había tenido, pero si estaba tranquila con respecto a las consecuencias del arriesgado paso que acababa de dar, es lo cierto que habían aumentado sus temores con respecto a los misteriosos proyectos de Gabriel.

Los presentimientos de una mujer enamorada suelen ser las profecías más claras y evidentes.

Estaba bastante avanzado el día cuando Gabriel volvió a su palacio, rendido de cuerpo y postrado de ánimo, de resultas de sus pensamientos y del calor del día, que era sofocante. Sin embargo, no bien Aloísa pronunció el nombre de Diana y dijo que había ido a visitarle, se incorporó sin muestras de fatiga, se reanimó, y palpitante de emoción preguntó:

—¿Que quería? ¿Que ha dicho? ¿Qué ha hecho? ¡Oh...! ¡Por qué habré salido hoy...! ¡Pero, habla... dímelo todo, Aloísa! ¡Repíteme todas sus palabras... hasta sus gestos!

La pobre nodriza no podía casi contestar las preguntas que en serie rapidísima le dirigía Gabriel.

—¿Quiere verme? ¿Desea decirme algo? ¡Ah! ¿No sabe cuándo podrá volver? ¡Pero es el caso que yo no puedo esperar en esta incertidumbre! ¡Comprendes, Aloísa, que es imposible! ¡Voy al momento al Louvre!

—¿Al Louvre? ¡Jesús! —exclamó Aloísa con espanto.

—Al Louvre, sí; ¿por qué no he de ir? —replicó Gabriel con calma—. ¡Supongo que no me han prohibido la entrada, y me parece que el hombre que en Calais libertó a la señora Diana de Castro, derecho tiene a ofrecerla sus homenajes en el Louvre!

—Sin duda, sí... —respondió Aloísa con voz temblorosa—; pero la señora de Castro me ha recomendado mucho que no vayáis a verla al Louvre.

—¿Tengo, acaso, por qué temer? —replicó Gabriel con altivez—. Y si lo tuviera, sería doble motivo para que fuese.

—No creo que lo haya dicho por vos, sino por ella...

—Mucho más padecería su reputación si se supiera que había venido a visitarme en secreto, que yendo yo a sus habitaciones públicamente y a la luz del día, que es lo que voy a hacer ahora mismo.

Inmediatamente llamó a su criado para que le preparase un vestido nuevo.

—¡Pero, monseñor! —exclamó la pobre Aloísa, no sabiendo ya a qué argumento recurrir para disuadir a Gabriel—. Hasta hoy, vos mismo huíais del Louvre; lo ha observado la misma señora de Castro. No habéis querido visitarla una sola vez desde que regresasteis.

—No iba a visitar a la señora de Castro porque ella no me llamaba —replicó Gabriel—. Evitaba el Louvre porque ningún motivo tenía para ir a él, pero hoy, sin yo haber hecho nada en ese sentido, me invita a ir una razón irresistible: la señora de Castro desea verme. He jurado, Aloísa, que dejaría dormir mi voluntad, pero no me resistiría a los designios de Dios y del destino, y ahora mismo me voy al Louvre.

He aquí cómo el paso dado por Diana iba a producir el resultado contrario al que ella deseaba.

XXXI

LA IMPRUDENCIA DE LA PRECAUCIÓN

Gabriel entró en el Louvre sin ninguna dificultad. Desde la toma de Calais, había sido pronunciado con demasiada frecuencia el nombre del joven conde de Montgomery para que nadie pensase en negarle la entrada en los aposentos de la señora de Castro.

Bordaba Diana en compañía de una de sus doncellas. Con frecuencia suspendía la labor para recapacitar sobre la conversación que aquella mañana había tenido con Aloísa.

De pronto entró Andrés en la cámara, y visiblemente azorado, anunció:

—¡Señora... el señor vizconde de Exmés!

El paje no había perdido la costumbre de llamar así al que fue su amo.

—¿Quién? ¿El señor de Exmés aquí? —exclamó Diana aterrada.

—Me sigue, señora... aquí le tenéis.

Gabriel apareció en el dintel, dominando su emoción lo mejor que pudo. Saludó inclinándose profundamente ante Diana, la cual, en el primer momento, ni siquiera le contestó: tan completa era su confusión.

No tardó, sin embargo, en despedir con una leve indicación a la doncella y al paje.

Cuando quedaron solos Diana y Gabriel, se acercaron una a otro y se estrecharon las manos.

Durante un minuto se miraron en silencio con las manos cogidas, hasta que al fin, dijo Gabriel con voz profunda:

—Has tenido la bondad de ir a mi casa, Diana; manifestaste deseos de verme, de hablarme, y aquí me tienes.

—¿Es decir, que ha sido el paso, acaso imprudente, que he dado lo que te ha hecho conocer que necesitaba verte? ¿No lo sabías ya antes de que yo fuera a tu casa?

—Diana —contestó Gabriel sonriendo con tristeza—, como he dado en varias ocasiones pruebas de valor, puedo decir sin inconveniente que me daba miedo venir al Louvre.

—Miedo... ¿de quién?

—Te tenía miedo a ti... y miedo a mí mismo.

—¿Y el miedo te hizo olvidar nuestro afecto? Hablo de un afecto puro y santo —se apresuró a añadir.

—Confesaré que hubiese preferido olvidarlo todo, Diana, a entrar voluntariamente y espontáneamente en el Louvre. Pero no he podido, bien lo ves, y la

prueba...

—La prueba, sí; explícamela.

—La prueba es que ando buscándote por todas partes, y que, a pesar de que me daba miedo tu presencia, habría dado todos los tesoros del mundo por verte durante un minuto, aunque fuera desde lejos. La prueba es que, en mis correrías por París, Fontainebleau y todos los sitios reales, en lugar de desear encontrarme con lo que creen las gentes que ando buscando, eras tú, tu rostro dulce y encantador, tu vestido vislumbrado entre las ramas de los árboles o en alguna azotea, lo que yo anhelaba ver. Por último: la prueba es que, apenas has dado un paso hacia mí, he olvidado la prudencia, el deber, los terrores, todo, y aquí me tienes en el Louvre, de donde debería huir. Otra prueba más: contesto todas tus preguntas, aunque comprendo muy bien que contestarlas es altamente peligroso... pudiera añadir insensato. ¿Te parecen bastantes las pruebas presentadas, Diana?

—¡Sí... sí, Gabriel! —contestó la joven con voz conmovida.

—¡Ah! —prosiguió Gabriel—. ¡Cuánto más prudente habría sido persistir en mi firme resolución, no verte, huir si me llamabas, sellar mis labios si me preguntabas! ¡Hubiera sido mejor para ti y para mí, Diana, créelo! ¡Bien sabía yo lo que me hacía! Prefería que vivieras intranquila a que te atormentasen dolores... ¿Por qué, Dios mío, carezco de fuerzas para resistir el encanto de tu voz, el atractivo de tus miradas?

Diana empezaba a comprender que cometió un error al intentar salir de su indecisión mortal. Cualquier tema de conversación que abordasen sería fuente de sufrimientos, y cualquiera pregunta que formulase encerraba terribles peligros. Entre aquellos dos seres, creados por Dios para ser felices, quizás, sólo podía haber ya, gracias a los hombres, desconfianzas, peligros y desventuras.

Pero Diana había provocado a la suerte, y ya no era caso de intentar esquivar su encuentro. Así lo pensó Diana, que resolvió sondear el abismo cuyas profundidades había tanteado aunque en éstas encontrase la desesperación y la muerte.

—Deseaba verte por dos motivos principales, Gabriel —dijo Diana después de una pausa—. Primera: porque tenía que darte una explicación; segunda: porque deseaba exigirte otra.

—Habla, Diana; corta y desgarras a tu sabor mi corazón, que ya sabes que es tuyo.

—Deseaba explicarte ante todo, Gabriel, por qué, tan pronto como recibí tu mensaje, no tomé el velo que me devolvías, entrando sin dilación en un convento cualquiera, conforme ofrecí hacerlo en Calais, el día que celebramos nuestra última y dolorosa entrevista.

—¿Te he dirigido la menor reconvención porque no lo hayas hecho, Diana? —contestó Gabriel—. Te hice saber por conducto de Andrés que te devolvía tus promesas, y puedes creer que lo hacía sinceramente.

—No fui menos sincera yo cuando hablé de hacerme religiosa, y bueno es que

sepas, Gabriel, que mi propósito subsiste, aunque por el momento esté aplazado.

—¿Por qué has de renunciar, Diana, a un mundo en el que estás destinada a brillar?

—Tranquiliza tu conciencia sobre este particular, Gabriel, que si estoy decidida a abandonar un mundo donde he sufrido ya demasiado, lo haré no tanto por cumplir el juramento que te hice, cuanto por satisfacer los deseos de mi alma. Necesito paz, descanso, calma, y no podría encontrarlos más que en el seno de Dios. No me envidies, pues, mi último refugio.

—¡Sí, sí! ¡Sí que te lo envidio!

—No he realizado aún mi irrevocable designio por una razón, porque deseaba velar por el cumplimiento de la súplica que te dirigí en mi última carta, esto es, que no te arroges la misión de juez y de verdugo, porque usurparías un derecho privativo de Dios, o por lo menos, te anticiparías a su voluntad.

—¡No es posible anticiparse a su voluntad!

—Deseaba también interponerme, en caso de necesidad, entre los que amo y se odian, y tal vez impedir una desgracia o un crimen. ¿Me guardarás rencor porque he abrigado este pensamiento, Gabriel?

—A los ángeles no se les puede guardar rencor porque obren en armonía con lo que les dicta su natural, Diana. Has sido generosa, y la generosidad no puede molestar ni a quien no la comparte.

—¡Generosa! ¿Sé yo, por ventura, si lo he sido, si lo soy? Suponiendo que lo sea, ¿puedo precisar la extensión de mi generosidad? ¡Perdono a ciegas, al azar! Y ya hemos llegado al punto que va a ser objeto de mis preguntas, Gabriel, porque quiero conocer mi destino en todo su horror.

—¡Diana, Diana! ¡Refrena tu curiosidad, porque es funesta, te lo aseguro!

—¡No importa! ¡No ha de continuar un día más en la horrible perplejidad que me atormenta, que me mata! Dime, Gabriel; ¿adquiriste ya la convicción de que soy tu hermana? ¿O bien has perdido hasta la última esperanza de llegar a penetrar el fondo de nuestro extraño secreto? ¡Contéstame! ¡Te lo exijo...! ¡Te lo suplico!

—Te contestaré, Diana —respondió con triste acento Gabriel—. Hay un proverbio español que dice que debe uno ponerse siempre en lo peor. Desde que nos separamos, he querido ir acostumbrándome a contemplarte en mi pensamiento como a una hermana, pero la verdad es que no he adquirido nuevas pruebas. Lo único que hay de positivo es que ya no tengo esperanzas ni medios de averiguar lo que tanto me interesaría saber.

—¡Dios del cielo! —exclamó Diana—. ¿El... el que debía proporcionarte esas pruebas no existía ya cuando regresaste de Calais?

—Existía, Diana.

—¡Entonces, es que no te han cumplido la promesa que te hicieron! ¿Quién, pues,

me aseguró que el rey te había recibido admirablemente?

—Todo cuanto me prometieron, Diana, lo han cumplido... al pie de la letra.

—¡Oh Gabriel! ¡Qué tono tan siniestro descubro en tus palabras! ¡Qué espantoso enigma encierra lo que me dices!

—Ya que me lo has exigido, vas a saberlo todo, Diana, vas a compartir conmigo el peso de un secreto espantoso. Después de todo, no me será desagradable saber qué opinas después que oigas mi revelación, cerciorarme de si persistes en ser clemente, escudriñar tu semblante, mirar tus ojos, ver si los gestos de aquél, la expresión de éstos, desmienten tus palabras de perdón. Escúchame:

Entonces contó Gabriel con voz temblorosa cuanto había pasado: el recibimiento que le dispensó el rey, la reiteración de la promesa hecha por éste, las representaciones del condestable y de Diana de Poitiers, los detalles de la noche de agonía y de ansiedad que pasó Gabriel, su segunda visita al Chatelet, su bajada al infierno de la mazmorra pestífera, el relato lúgubre del señor de Sazerac... todo, en una palabra.

Diana escuchó sin interrumpirle una sola vez, sin lanzar una exclamación, sin pestañear, muda y rígida como una estatua de piedra, con los ojos inmóviles y el cabello erizado.

Cuando Gabriel acabó su lúgubre historia, sobrevino una larga pausa. Después, intentó hablar Diana y no pudo. Gabriel se daba cuenta de su espanto experimentando algo así como una alegría terrible. Al fin pudo la joven exhalar el siguiente grito:

—¡Perdona al rey!

—¡Ah! —exclamó Gabriel—. ¿Me pides que perdone al rey? Luego también tú le juzgas criminal. ¿Su perdón? ¡Luego le condenas! ¿Pides gracia para él? ¡Luego merece morir! ¿Estamos de acuerdo?

—¡Yo no he dicho eso, Virgen Santa! —exclamó Diana alarmadísima.

—¡Sí... lo has dicho... eres de mi misma opinión, Diana... lo estoy viendo! Piensas y sientes como yo, aunque de ello nazcan deducciones distintas, fruto natural de nuestra índole respectiva: ¡la mujer pide gracia y el hombre exige justicia!

—¡Oh! ¡Qué imprudente, que loca he sido! ¿Por qué te hice venir al Louvre?

En aquel momento llamaron discretamente a la puerta.

—¿Quién es? ¿Qué quieren de mí. Dios mío? —preguntó Diana.

Andrés entreabrió la puerta y dijo:

—Perdonadme, señora; traigo un mensaje del rey.

—¡Del rey! —repitió Gabriel con ojos centelleantes.

—¿Por qué me traes esta carta, Andrés? ¿No podías esperar?

—Me han dicho que era urgente, señora.

—¡Dámela... dámela, pues! ¿Qué querrá el rey...? Vete, Andrés, vete; si tiene contestación, yo te llamaré.

Salió Andrés. Diana abrió la carta, y leyó para sí con terror creciente lo que sigue:

«*Mi querida Diana:*

«*Me dicen que estás en el Louvre, y te ruego que no salgas hasta que yo pase a verte. Estoy en el Consejo, que terminará de un momento a otro. Al salir, iré en derechura a tus habitaciones. Espérame, que no tardaré en llegar.*

«*¡Hace ya tanto tiempo que no te he visto a solas! Estoy triste, y tengo mucha necesidad de departir un rato con mi queridísima hija. Hasta luego, pues,*

Enrique.

Diana, que se había puesto muy pálida, arrugó la carta, una vez leída, entre sus manos crispadas.

No sabía qué hacer. ¿Despediría al momento a Gabriel? Podía encontrarse al salir con el rey, que llegaría de un momento a otro. ¿Le retendría a su lado? El rey le vería al entrar. Prevenir al rey era excitar sus sospechas, y prevenir a Gabriel era encender su cólera.

Parecía inevitable un choque entre aquellos dos hombres que tan peligrosos eran el uno para el otro, y era ella, Diana, la misma que hubiese querido salvarlos a costa de su sangre, la que había dado ocasión a aquel encuentro fatal.

—¿Qué te dice el rey, Diana? —preguntó Gabriel con calma fingida, que desmentía el temblor de su voz.

—En realidad, nada... nada de particular —contestó Diana—. Me recomienda que no falte a la recepción de esta noche.

—Creo que te estoy molestando, Diana; me retiro.

—¡No, no! ¡No salgas! —contestó vivamente Diana—. Sin embargo, si algún asunto urgente reclama tu presencia en otra parte, no quisiera detenerte.

—La carta te ha turbado, Diana; temo ser importuno, y por eso deseo despedirme de ti.

—¡Importuno tú, amigo mío! ¿Puedes pensar semejante cosa? ¿Olvidas que he sido yo, hasta cierto punto, la que he ido a buscarte? ¡Por cierto que temo que, al hacerlo, cometí una imprudencia imperdonable! Nos volveremos a ver, pero no aquí, sino en tu casa. En cuanto pueda escaparme, iré a verte y continuaremos esta conversación, dulce y terrible a la vez; te lo prometo. Por el momento, tienes razón; te confieso que estoy un poco preocupada, que no me siento bien... creo que tengo fiebre.

—Bien lo veo, Diana; por eso te dejo.

—Hasta pronto, pues, Gabriel... ¡Vete, sí, vete!

Diana acompañó a Gabriel hasta la puerta de la cámara.

—Si le retengo —pensaba—, es seguro que verá al rey, mientras que, si le alejo al

instante, hay a lo menos alguna probabilidad de que no se encuentren.

Sin embargo, titubeaba, dudaba, temblaba todavía.

—Permíteme que te diga una palabra, Gabriel —le dijo en el umbral de la puerta, sin ser dueña de sí misma—, una palabra que será... ¡Dios mío! Tu relato me ha trastornado en tales términos, que... me cuesta trabajo coordinar las ideas... ¿Qué iba yo a pedirte? ¡Ah, sí; ya caigo! Una palabra solamente, pero de mucha importancia. Siempre me has declarado tus intenciones; pues bien: yo pedí gracia y tú pediste justicia; ¿cómo esperas obtener esa justicia?

—No lo sé todavía —respondió Gabriel con expresión sombría—. Confío en Dios, en los acontecimientos, en la ocasión.

—¿En la ocasión? —repitió Diana estremecida de horror—. ¿En la ocasión, dices? ¿Qué entiendes por ocasión? ¡Ah! ¡Entra... entra! ¡No quiero que te vayas, Gabriel! ¡Quiero que me expliques qué entiendes por ocasión! ¡Entra, te lo suplico!

Asiéndole de la mano le llevó de nuevo a su aposento.

—Si encuentra al rey fuera de aquí —pensaba la infeliz— se verán a solas, el rey sin acompañamiento, Gabriel con una espada al cinto. A lo menos estando yo presente, podré precipitarme entre los dos, suplicar a Gabriel, parar con mi cuerpo el golpe fatal. Es preciso que Gabriel no salga.

—Me encuentro mejor —dijo a Gabriel—. No te vayas ya; reanudaremos la conversación y me explicarás la palabra que antes pronunciaste... Me siento infinitamente mejor.

—No, Diana; estás infinitamente más agitada que antes —contestó Gabriel—. ¿Quieres que te diga qué pensamiento se me viene a la mente, a qué causa atribuyo tus errores?

—La verdad, Gabriel... no sé qué quieres...

—Pues bien: si antes, al pedir perdón, confesaste sin quererlo que el delito, el crimen era evidente, tus aprensiones de ahora, Diana, proclaman que el castigo del mismo será legítimo a tus ojos. Temes que me venga en la persona del criminal; luego comprendes mi venganza. Me retienes aquí para prevenir probables represalias que te asustan, pero que no te extrañarían... es más, que te parecerían lógicas y naturales; ¿no es cierto?

Diana tembló como una azogada, tan certero había sido el tiro. Sin embargo, reuniendo todas sus energías, replicó:

—¡Oh, Gabriel! ¿Crees que yo pueda imaginar semejante cosa de ti? ¡Tú, mi amigo de la infancia, mi querido Gabriel, un asesino! ¡Tú herir por sorpresa, alevosamente, a quien no podría defenderse! ¡Si es imposible, Gabriel! ¿Tú cometer lo que sería más que un crimen, lo que con justicia se llamaría felonía? ¡Nunca! ¿Dices que te retengo? ¡Pues no hay tal! ¡Vete! ¡Vete ya! ¡Yo misma te abro las puertas! Estoy tranquila... completamente tranquila, a lo menos acerca de ese

particular. Si algo me turba, no es la idea que supones, no; te lo aseguro. Vete, y sal del palacio del Louvre en paz. Yo volveré a tu casa y continuaremos la conversación que dejamos interrumpida. Vete, pues. ¿Te convences de que no quiero retenerte?

Hablando de esta suerte, le había llevado hasta la puerta de su cámara.

Allí esperaba el paje. Diana pensó mandarle que acompañase a Gabriel hasta dejarle fuera del Louvre, pero temió que semejante precaución delataría la falsedad de su confianza. Sin embargo, no pudo menos de hacerle una seña y de decirle al oído:

—¿Sabes si ha terminado el Consejo?

—No, señora —respondió con voz muy baja Andrés—. No he visto salir de la gran cámara a los consejeros.

—¡Adiós, Gabriel! —dijo Diana con vivacidad—. Casi me obligas a echarme para probarte que no te retengo. ¡Adiós... pero hasta dentro de muy poco!

—Hasta dentro de muy poco —repitió Gabriel con sonrisa melancólica.

Salió el conde de Montgomery. Diana no se alejó del dintel hasta que Gabriel franqueó la última puerta que tenía que atravesar.

Entró entonces en su cámara y se hincó de rodillas ante su reclinatorio, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón palpitante.

—¡Dios mío... Dios mío! —decía—. ¡Velad, en nombre del divino Jesús, por el que quizá sea mi hermano, y por el que es tal vez mi padre! ¡Librad, Virgen Santa, al uno de las manos del otro, porque son los dos seres a quienes amo más en el mundo! ¡Sólo Vos, Dios mío, podéis hacerlo!

XXXII

LA OCASIÓN

A pesar de los esfuerzos hechos por Diana para impedirlo, o mejor dicho, a consecuencia de aquellos mismos esfuerzos, sucedió lo que la conturbada joven había previsto y temido.

Gabriel salió de su aposento triste y abatido; como si la fiebre de Diana se le hubiese contagiado, su vista estaba ofuscada y embrolladas sus ideas.

Caminaba como un autómatas, bajaba maquinalmente las escaleras y cruzaba los corredores del Louvre sin cuidarse de los objetos exteriores.

Sin embargo, en el momento de abrir la puerta de la gran galería, se acordó de que, a su regreso de San Quintín, había encontrado allí a María Estuardo, y que merced a la intervención de la joven delfina, había conseguido llegar hasta la persona del rey, que le tenía preparado el primer desengaño.

¡Porque no le habían engañado y ultrajado una vez sola! ¡Eran varias las heridas de muerte que habían causado a sus esperanzas! ¡Después de la primera burla, debió haberse acostumbrado a las interpretaciones caprichosas, cobardes de la letra de un convenio sagrado!

Gabriel abría la puerta y entraba en la gran galería resolviendo en su imaginación aquellos recuerdos irritantes.

De pronto se estremeció; retrocedió un paso, y quedó como petrificado.

Acababan de abrir la puerta paralela del extremo opuesto de la galería.

Entró un hombre, y aquel hombre era Enrique II, el autor, y si no el autor, el cómplice principal de las criminales decepciones que habían amargado y perdido para siempre el alma y la vida de Gabriel.

El rey iba solo, sin armas ni acompañamiento.

El ofensor y el ofendido se encontraban, por vez primera después del ultraje, frente a frente, solos, separados uno de otro por una distancia de cien pasos escasos, que podía salvarse en veinte segundos.

Hemos dicho que Gabriel había quedado inmóvil, petrificado, como una estatua... ¡como una estatua, sí! ¡Como la estatua de la *Venganza*, como la estatua del *Odio*!

También se paró el rey al ver de improviso al hombre que, desde hacía un año, sólo veía en sus pesadillas.

Cerca de un minuto permanecieron aquellos dos hombres sin moverse, sin respirar casi, fascinados.

En el torbellino de sensaciones y de ideas que llenaban de tinieblas el corazón de

Gabriel, no acertaba éste a hacer una reflexión ni sabía qué resolver: esperaba.

En cuanto a Enrique II, a pesar de su valor en cien ocasiones probado, tenía miedo. Sin embargo, no bien se dio cuenta de ello, alzó la frente, sacudió su indecisión y adoptó un partido.

Llamar equivalía a confesar su temor, y retirarse era tanto como huir. Avanzó, pues, en dirección a la puerta junto a la cual estaba Gabriel como clavado.

Verdad es que no tuvo necesidad de hacer grandes esfuerzos, pues una fuerza superior, una especie de atracción invencible y fatal le llamaba, le empujaba hacia el fantasma pálido que parecía esperarle.

Empezaba a sufrir el vértigo de su destino.

Gabriel le veía caminar hacia él con una especie de satisfacción ciega e instintiva, pero sin conseguir arrancar ninguna idea precisa de entre las nubes que oscurecían su mente. Lo único que hizo fue llevar la mano a la empuñadura de la espada.

Cuando el rey se vio a muy corta distancia de Gabriel, el miedo que poco antes había conseguido desechar le invadió de nuevo y le oprimió el corazón como si fuese un torno.

Pensaba de una manera vaga que había llegado su última hora y que era justo que llegase.

Sin embargo, seguía avanzando. Sus pies le llevaban hacia adelante sin que en sus movimientos tuviese parte su adormecida voluntad. Sin duda los sonámbulos deben de andar como andaba el rey de Francia en aquel instante.

Cuando se encontró frente a Gabriel, a distancia tan corta que podía sentir su aliento o tocar su mano, en su extraña turbación, sin saber qué hacía, llevó la mano a su birrete de terciopelo y saludó al joven.

No le devolvió Gabriel el saludo. Conservó su actitud marmórea y no separó su mano petrificada del puño de la espada para llevarla a su sombrero.

En cuanto al rey, no veía ya en Gabriel a un súbdito, sino a un representante de Dios ante quien deben inclinarse todas las cabezas aunque ciñan corona. De la misma manera, para Gabriel, Enrique II no era un rey, sino un hombre que había matado a su padre y hacia el cual solamente odio podía y debía sentir.

Dejóle pasar, sin embargo, sin hacer ni decir nada.

El rey pasó sin volver la cabeza, sin admirarse de aquella tremenda falta de respeto y hasta de cortesía.

Cuando se cerró la puerta entre aquellos dos hombres y quedó deshecho el encanto, uno y otro despertaron, se frotaron los ojos y se dirigieron la misma pregunta:

—¿Habrás sido un sueño?

Gabriel salió con paso lento del Louvre, sin sentir el haber dejado escapar la ocasión ni arrepentirse de no haberla aprovechado. Más bien sentía una especie de

alegría confusa.

—La presa viene hacia mí —pensaba—; revolotea en derredor de mis redes, se pone al alcance de mi venablo.

Aquella noche durmió como no había dormido en mucho tiempo.

¡Menos tranquilo estaba el rey! Entró en la cámara de Diana, que le esperaba con ansiedad y le recibió con transportes que adivinará el lector, pero lo hizo inquieto, turbado. No se atrevió a hablar del conde de Montgomery. Desde luego suponía que aquél salía de las habitaciones de su hija cuando le encontró, pero no quiso preguntar, no quiso profundizar el asunto. El resultado fue que el rey, que iba a visitar a su hija para pasar un rato entregado a las efusiones de la confianza, mantuvo durante su visita una expresión marcada de reserva y de celos.

Volvió luego a su cámara sombrío y triste, descontento de sí mismo y de los demás. Aquella noche no pudo dormir.

Le pareció que se había internado en un laberinto del que no saldría con vida.

—Sin embargo —se decía—, me he entregado hoy, por decirlo así, a la espada de ese hombre, y no ha querido matarme.

El rey, en su deseo de distraerse y de olvidar, no quiso permanecer en París. Durante los días que siguieron a su encuentro con el conde de Montgomery, estuvo sucesivamente en Saint-Germain, en Chambord y en el Castillo de Anet, propiedad de Diana de Poitiers.

A fines de junio se hallaba en Fontainebleau.

En todas partes desplegaba toda la actividad posible, como si quisiera ahogar sus pensamientos a fuerza de ruido, de movimiento y de acción.

Las fiestas próximas a que daría lugar el matrimonio de su hija Isabel con Felipe II de España eran un pretexto para su febril actividad.

En Fontainebleau quiso obsequiar al embajador de España con una gran cacería, y dispuso que ésta tuviera lugar el día 23 de junio.

El día se anunció caluroso y pesado. Amenazaba tormenta. Enrique, sin embargo, no dio contraorden. Necesitaba ruido, y una tempestad, al fin y al cabo, ruido hace.

Quiso montar el caballo más fogoso, el más rápido, y se entregó a la caza con verdadero frenesí.

Hubo un momento en que, llevado de su ardor y de la fogosidad de su corcel, dejó atrás a todos los que iban a su lado, perdió de vista la caza y se extravió en el bosque.

Las nubes se amontonaban en el cielo, y a lo lejos se oían sordos bramidos. La tempestad iba a estallar.

Enrique, inclinado sobre su caballo cubierto de espuma, en lugar de moderar su carrera, animaba al animal con la voz y con la espuela, y corría, veloz como el viento, saltando sobre las piedras y cruzando entre la espesura del bosque. Aquel galope vertiginoso le agradaba, y el rey reía a carcajadas no obstante verse solo.

Durante algunos minutos, consiguió olvidar.

De pronto se encabritó su caballo. Un relámpago acababa de rasgar las negruzcas nubes, y en el ángulo del sendero que recorría apareció como un fantasma amenazador una de esas rocas blancas que tanto abundan en el bosque de Fontainebleau.

El estampido del trueno aumentó el pavor del caballo, que, de suyo asustadizo, emprendió una carrera fantástica. El brusco movimiento de retroceso que hizo al espantarse rompió las riendas junto al bocado, y Enrique II quedó indefenso, sin medios de gobernar al animal.

Y el corcel, a partir de aquel instante, corrió de un modo furioso, terrible, insensato. Con las crines encrespadas, despidiendo vapores por los ijares, aquel animal soberbio, de extremidades de acero, hendía el aire con la rapidez de la flecha.

El rey, tendido sobre el cuello del caballo para no caerse, con el cabello erizado y el traje en desorden, intentaba en vano recobrar la rienda, que de nada hubiese podido servirle ya.

Si alguien les hubiera visto cruzar de aquella suerte en medio de la tempestad, a buen seguro que les habría tomado por una visión infernal y no hubiera pensado sino en hacerles la señal de la cruz.

¡Pero allí no había nadie! ¡Ni un leñador, ni una choza habitada! ¡La última esperanza de salvación que la presencia de un semejante ofrece a un hombre en peligro faltaba al jinete coronado!

¡Ni un carbonero, ni un mendigo, ni siquiera un malhechor había allí para salvar a aquel rey!

La lluvia, que caía a torrentes, y los truenos, que resonaban con estruendo, por momentos más próximos, eran a manera de acicates que aceleraban más y más el galope espantoso del desbocado bruto.

Enrique, con los ojos fuera de las órbitas, parecía que recordaba vagamente el sendero del bosque por donde volaba su caballo. Al fin, la vista de un claro del bosque hizo que conociera el lugar donde se hallaba, y su miedo se trocó en terror. ¡El sendero terminaba en la cima de una roca escarpada, cortada a plomo sobre un agujero profundo, sobre un abismo!

Hizo el rey esfuerzos sobrehumanos para contener al caballo, recurriendo a la mano, a la voz, pero nada consiguió.

Dejarse caer, era tanto como correr el peligro inminente de romperse la cabeza contra el tronco de algún árbol o contra el pico saliente de alguna roca; preferible era, pues, dejar aquel recurso desesperado para el último apuro.

De cualquier modo que fuese, Enrique II se consideraba perdido sin remedio, y encomendaba a Dios su alma llena de remordimientos y de terrores.

No sabía a punto fijo en qué parte del sendero se hallaba y de consiguiente,

ignoraba si el precipicio estaba cerca o lejos.

Supuso que lo tenía muy cerca, y el rey, jugándose el todo por el todo, iba a dejarse caer en el suelo.

Antes, sin embargo, tendió una mirada a lo lejos, y vio, al final del sendero, a un hombre a caballo, que estaba parado al abrigo de una encina.

No era posible conocer al jinete a aquella distancia, aparte de que lo impedían también la larga capa que le cubría desde los hombros hasta los pies y el sombrero de ancha ala muy inclinado sobre el rostro, pero seguramente sería uno de los caballeros que siguieron al rey en la cacería y que, como éste, se había extraviado.

Enrique II se consideró salvado. El sendero era estrecho y bastaba que el desconocido avanzase unos pasos para que cerrase el paso al rey, o bien que el caballero alargase una mano y detuviese su caballo al pasar.

Nada más fácil que esto; pero, aunque hubiese algún peligro en hacerlo, el desconocido, al reconocer a su rey, se apresuraría a afrontarlo para salvar a su señor.

En veinte veces menos tiempo del que ha necesitado el lector para leer estas líneas, franqueó Enrique II la distancia que le separaba de su providencial salvador.

Para que estuviera prevenido, el rey levantó el brazo y gritó pidiendo socorro.

El hombre oyó el grito, vio al comprometido jinete e hizo un movimiento. Se aprestaba sin duda a socorrerle.

¡Cuál no sería el estupor del rey cuando vio que su desbocado caballo pasaba por delante del misterioso jinete sin que éste hiciera nada para detenerlo! ¡Hasta le pareció que había retrocedido aquél a fin de evitar un choque posible!

El rey lanzó un segundo grito, pero no pidiendo socorro, sino de rabia, de desesperación.

A todo esto, los cascos de su caballo ya no sonaban sobre tierra, sino sobre roca.

Llegaba ya a la cortadura fatal.

Encomendóse a Dios, sacó los pies de sus estribos y, ante una muerte cierta, se dejó caer en tierra.

Su cuerpo recorrió una trayectoria de quince pasos, pero por un verdadero milagro, fue a dar sobre un colladito cubierto de musgo y de hierba y no se hizo ningún daño. ¡Era ya tiempo, porque el abismo no distaba más de veinte pasos!

Su caballo, al no sentir el peso del jinete, disminuyó la velocidad de la carrera y, al llegar al borde del precipicio, pudo medirlo con la vista, obedeció a un resto de instinto y retrocedió violentamente, con la mirada dilatada, echando humo por las narices, y con las crines erizadas.

Si el rey hubiese continuado a caballo, aun suponiendo que éste se hubiera detenido, lo brusco de la parada le habría despedido de la silla, precipitándolo al abismo.

Después de haber dado gracias a Dios, que de un modo tan visible le había

favorecido, se acercó el rey al caballo, le calmó, recompuso la rienda y montó de nuevo. Lo primero que entonces acudió al pensamiento del rey fue el deseo de volver, rugiendo de furor, a donde había quedado el hombre que, de no haber sido por la intervención divina, le hubiese dejado perecer de una manera tan cobarde.

El desconocido permanecía en el mismo sitio, siempre inmóvil y embozado en su negra capa.

—¡Miserable! —gritó el rey cuando creyó que podría ser oído—. ¿No has visto el peligro que corría? ¿No me has reconocido, regicida? Y aun cuando yo no fuese el rey, ¿no era tu obligación salvar a cualquier semejante tuyo, tanto más cuanto podías hacerlo con sólo extender el brazo? ¡Infame...!

El desconocido no se movió, no contestó. Lo único que hizo al cabo de breves segundos fue levantar la cabeza, que Enrique no podía ver porque se lo impedían las alas de su sombrero.

El rey se estremeció al reconocer el rostro pálido y sombrío de Gabriel. Bajó la cabeza y murmuró:

—¡El conde de Montgomery! ¡No tengo derecho a decir nada...!

Y sin añadir una palabra más, espoleó a su caballo y penetró a galope en el bosque.

—¡No me mataría, pero, según parece, me dejaría morir! —pensaba el rey, sobrecogido por un terror mortal.

Gabriel, en cuanto quedó solo, dijo con lúgubre sonrisa:

—¡La presa viene hacia mí...! Presiento que se acerca la hora.

XXXIII

ENTRE DOS DEBERES

Los contratos matrimoniales de Isabel y de Margarita de Francia debían ser firmados en el Louvre el día 28 de junio. El rey había regresado el 25 a París, más triste y preocupado que nunca.

Sobre todo desde la última aparición de Gabriel, su vida era un suplicio. Le asustaba la soledad y trataba por todos los medios de distraer el sombrío pensamiento que, por decirlo así, le poseía por completo.

A nadie había hablado de su segundo encuentro con Gabriel; al mismo tiempo que lo deseaba, temía confiarse con nadie, por leal que fuera. No sabía qué creer ni qué resolver, y a fuerza de dar vueltas en su imaginación a la idea funesta que se había apoderado de él, concluyeron por confundirse todas las de su mente.

Al fin decidió espontanearse con Diana de Castro.

Daba por cierto que su hija había vuelto a ver a Gabriel; de las habitaciones de aquella salía, a no dudar, éste el día que le encontró por primera vez a solas en la gran galería. Diana quizá tuviera noticias de sus propósitos, y en este caso, podía y debía tranquilizar o prevenir a su padre. Enrique II, a pesar de las amargas dudas que le asaltaban, no podía creer que su queridísima hija fuese culpable o cómplice de una traición contra él.

Un instinto secreto parecía advertirle que Diana sufría las mismas inquietudes que él, y así era en verdad, porque si la hija del rey no tenía noticia de ninguno de los dos encuentros sobrevenidos entre su padre y Gabriel, es lo cierto que ignoraba qué había sido del último. Andrés, a quien había enviado varias veces al palacio de la calle de los Jardines de San Pablo para que le trajera noticias, volvía siempre sin traerlas. Gabriel había desaparecido otra vez de París. Nosotros le hemos visto en el bosque de Fontainebleau, siguiendo las huellas del rey.

El día 26 de junio por la tarde, estaba Diana completamente sola en su habitación. Una de sus doncellas entró precipitadamente y le anunció la visita del rey.

Enrique II se presentó grave, como de ordinario. Después de los saludos de rigor, entró en materia, como si anhelase desembarazarse cuanto antes de sus importunos temores.

—Mi querida Diana —dijo, fijando sus ojos en los de su hija—; hace tiempo que no hemos hablado del vizconde de Exmés, que ha tomado recientemente el título de Condé de Montgomery. ¿Hace también mucho tiempo que no le ves?

Palideció y se estremeció Diana al oír el nombre de Gabriel, pero, serenándose lo mejor que pudo, contestó:

—Tan sólo le he visto una vez desde mi regreso de Calais, señor.

—¿Dónde le has visto, Diana?

—Aquí, en el Louvre, señor.

—Hará unos quince días, ¿no es cierto?

—En efecto, señor; hará quince días aproximadamente.

—Lo sospechaba.

El rey hizo una pausa como si tratara de examinar de nuevo sus pensamientos.

Diana le contemplaba con atención y temor, procurando adivinar el motivo de aquel interrogatorio imprevisto. La grave fisonomía de su padre oponía a sus investigaciones un muro infranqueable.

—Perdonadme, señor —dijo, haciendo un llamamiento a todo su valor—. ¿Me será permitido preguntar a vuestra majestad por qué, después del dilatado silencio que conmigo ha guardado acerca del hombre que me libró en Calais de la infamia, me concede hoy el honor de esta visita, cuyo objeto exclusivo es, según imagino, preguntarme por él?

—¿Deseabas saberlo, Diana?

—Tengo ese atrevimiento, señor.

—Está bien; lo sabrás todo, y ojalá mi confianza despierte la tuya. Me has dicho repetidas veces que me quieres entrañablemente, ¿no es cierto?

—Lo he dicho muchas veces y lo repito una más, señor; os amo como a rey, como a bienhechor y como a padre.

—Entonces, sin inconveniente puedo revelarlo todo a mi tierna y leal hija. Escúchame bien, Diana.

—Os escucho con toda mi alma, señor.

Enrique contó entonces los dos encuentros que había tenido con Gabriel: el primero en la galería grande del Louvre y el segundo en el bosque de Fontainebleau. Habló a Diana de la extraña actitud de muda rebelión en que se había colocado el joven, explicando que en el primer encuentro no quiso saludar a su rey y en el segundo no quiso salvarle.

Al oír aquel relato, Diana no supo disimular su tristeza y su espanto. El conflicto entre Gabriel y el rey, que tanto temía, se había producido en dos ocasiones y podía reproducirse en otra más peligrosa con desenlace más terrible.

—Son ofensas demasiado graves, ¿no te parece, Diana? ¡Casi crímenes de lesa majestad! Sin embargo, a nadie he hablado de semejantes ultrajes, he disimulado mi resentimiento en atención a que ese joven ha sufrido por culpa mía, no obstante haber prestado a mi reino gloriosos servicios, que sin duda merecían mejor recompensa...

Clavando en Diana una mirada penetrante, añadió:

—Ignoro, y no quiero saber, Diana, si tienes noticia de las injusticias de que he hecho objeto al señor de Exmés, pero quiero que sepas que el sentimiento, el pesar

que me ha producido mi injusto proceder, ha sido el que dictó y dicta mi silencio. ¿Pero no será imprudente guardarlo por más tiempo? ¿Los ultrajes que he recibido no serán presagio de otros más graves? ¿Debo, en una palabra, guardarme del señor de Exmés? He aquí lo que amistosamente he venido a consultarte, Diana.

—Os doy gracias por esa confianza, señor —contestó Diana con acento de dolor, nacido de la crítica posición en que la colocaban dos afectos y dos deberes contrarios.

—Confianza muy natural, Diana. Ahora bien; ¿qué me dices? —preguntó el rey viendo la indecisión de su hija.

—Digo, señor... que quizá... vuestra majestad tiene razón... y que obrará con prudencia guardándose del señor de Exmés...

—¿Luego opinas que mi vida corre peligro?

—¡Oh, señor! ¡No digo eso! —exclamó vivamente Diana—. Quiero decir que, como parece que el señor de Exmés ha sido ofendido gravemente, es de temer...

La pobre Diana se detuvo temblorosa y con la frente bañada en sudor. Aquella especie de denuncia que le arrancaba una violencia moral repugnaba a su noble corazón.

Enrique II dio a su sufrimiento otra interpretación, y dijo, levantándose y paseándose agitado por la estancia:

—¡Te comprendo, Diana! ¡Sí... lo presentía! ¡Debo desconfiar de ese hombre! ¡Vivir viendo constantemente esa espada de Damocles suspendida sobre mi cabeza es imposible! Los reyes tenemos obligaciones que no comprenden a los demás caballeros... Tomaré mis medidas a fin de que no pueda volver a molestarme el señor de Exmés.

Dio un paso como para salir.

¡Terrible situación la de Diana! Comprendió que Gabriel iba a ser acusado, preso tal vez, y sería ella la que le hacía traición... No pudo soportar esa idea... Las palabras que Gabriel había pronunciado no eran, después de todo, tan amenazadoras.

Cerrando el paso al rey, exclamó:

—¡Aguardad un momento, señor! ¡Me habéis interpretado mal! ¡Os juro que no quise decir lo que habéis pensado! Yo no he dicho, ¡nada más lejos de mi ánimo!, que corra el menor peligro vuestra vida, doblemente sagrada. Las confidencias que el señor de Exmés me ha dicho no han podido sugerirme la sospecha de que pudiera maquinar semejante crimen. Si así hubiese sido, ¡Dios mío...!, ¿no comprendéis que me habría apresurado a revelároslo todo?

—Es verdad —respondió Enrique II deteniéndose—. Entonces, ¿qué fue lo que quisiste decirme, Diana?

—Quise decir, señor, que vuestra majestad haría bien evitando dentro de lo posible esos encuentros desagradables que hacen que un súbdito ofendido pueda olvidar el respeto que a su rey y señor debe. ¡Pero entre una falta de respeto y un

regicidio, señor, media una distancia inmensa! Ahora bien: ¿sería digno de vos reparar un primer agravio con una iniquidad?

—¡Ciertamente que no! Nunca fue esa mi intención, y la prueba es que me he callado. Puesto que disipas mis sospechas, Diana, puesto que me respondes de mi seguridad personal ante Dios y ante tu conciencia, puesto que me aseguras que puedo vivir tranquilo...

—¡Vivir tranquilo! —repitió Diana estremeciéndose—. ¡Yo no he afirmado tanto, señor! ¿Qué espantosa responsabilidad queréis colocar sobre mis hombros? Mi parecer es que vuestra majestad debe velar, estar prevenido...

—¡No! ¡Yo no puedo estar temiendo, temblando a todas horas! —replicó el rey—. Hace ya dos semanas que mi vida no es vida, y es preciso acabar de una vez. Para ello, una de dos: o confiando en tu palabra me abandono tranquilo a mi suerte, pienso en el reino y no en mi enemigo, no me ocupo para nada del vizconde de Exmés, o bien adopto mis medidas para que el hombre que me aborrece no pueda hacerme el menor daño; denuncio sus insultos a quien tiene poder y derecho para castigarlos, y como ocupo un puesto demasiado elevado y tengo demasiado orgullo para descender hasta el nivel de quien me ofende, dejo el cuidado de defenderme a quien tiene la obligación de velar por mi persona.

—¿A quién os referís, señor?

—En primer lugar, a Montmorency, condestable y primer jefe del ejército.

—¡Montmorency! —repitió Diana aterrada.

Aquel nombre aborrecido le recordaba al mismo tiempo todas las desventuras del padre de Gabriel, su largo y duro cautiverio y su horrible muerte. Si Gabriel caía en manos del condestable, le esperaba una suerte idéntica, estaba perdido.

Con los ojos de la imaginación vio Diana al hombre que tanto amaba sepultado en un calabozo hediondo, sin aire que respirar, muriendo una noche cualquiera, tal vez al cabo de veinte años de sufrimientos espantosos, y muriendo acusando a Dios, a los hombres y sobre todo a Diana, que por haberle oído pronunciar algunas palabras equívocas y de sentido incierto, le había vendido cobardemente.

Nada probaba que la venganza de Gabriel intentara o pudiera alcanzar al rey; en cambio, era seguro que Montmorency sacrificaría a Gabriel.

Todos estos pensamientos se le ocurrieron a Diana en un instante.

El rey formuló definitivamente su pregunta, diciendo:

—Conque, Diana, ¿qué me aconsejas? Como tú puedes apreciar mejor que yo la importancia de los peligros que corro, tu palabra será ley para mí. ¿Debo dejar de ocuparme del señor de Exmés o, por contrario, ocuparme de él de una manera especial?

—Señor —contestó Diana, asustada por el acento con que el rey pronunció las últimas palabras—, el único consejo que puedo y debo dar a vuestra majestad es que

obre inspirándose en los dictados de su conciencia. Si un hombre cualquiera, un hombre a quien vos no hubieseis ofendido, os hubiera faltado al respeto al pasar a vuestro lado o, viéndoos en peligro, villana y traidoramente os hubiese dejado en él, creo que no hubierais venido a pedirme consejo para imponer el justo castigo a que se habría hecho acreedor el culpable. Infiero, pues, que algún motivo muy poderoso ha movido a vuestra majestad a callar y a perdonar, y no veo motivo alguno que aconseje un cambio de conducta. Es mi opinión que debéis continuar obrando como habéis empezado, porque en realidad, si al señor de Exmés se le hubiera ocurrido el pensamiento de cometer un crimen, se me figura que no podía apetecer dos ocasiones más favorables que las que se le ofrecieron en la galería solitaria del palacio y en el bosque de Fontainebleau, al borde de un precipicio...

—Esto me basta, Diana —dijo Enrique—; es cuanto te pedía. Has borrado de mi alma una preocupación muy grave, y te doy las gracias. Desde hoy podré pensar con toda libertad en las fiestas que van a celebrarse con motivo de nuestros casamientos. Quiero que sean espléndidas y que tú te presentes en ellas radiante de belleza y de alegría. ¿Me prometes hacerlo así, Diana?

—Dispéñeme vuestra majestad, pero precisamente deseaba pedirle permiso para no asistir a esas fiestas. Preferiría, si he de hablar con franqueza, permanecer en mi soledad.

—¡Diana, por Dios! ¿Pues no sabes que vamos a desplegar una pompa enteramente regia? Habrá juegos y torneos, los más entretenidos del mundo, y yo seré uno de los mantenedores. ¿Qué ocupaciones, hija mía, puedes tener, que te obliguen a renunciar a espectáculos tan...?

—Señor —interrumpió Diana con tristeza infinita—, ¡tengo que rezar!

Algunos minutos después, el rey se separaba de Diana de Castro con el alma aliviada de parte de sus angustias.

Verdad es que estas angustias, al dejar libre el corazón de Enrique II, pasaron a gravitar sobre el de Diana.

XXXIV

PRESAGIOS

Libre el rey desde entonces de casi todas las preocupaciones que le entristecían, apresuró, con la actividad que le era característica, los preparativos de las magníficas fiestas que quería dar a su buena ciudad de París, con motivo de las bodas de su hija Isabel con Felipe II, y de su hija Margarita con el duque de Saboya.

Bodas brillantes, brillantísimas más bien, dignas de ser celebradas con tantos festejos. Acerca de la primera, y de los resultados de la primera, el poeta del *Don Carlos* ha escrito cuanto podía escribirse, y lo ha hecho en forma tan hermosa que fuera vano intento pretender igualarle. Nos ocuparemos de los incidentes y consecuencias de los preparativos de la segunda.

Había sido señalada para el día 28 de junio la firma del contrato matrimonial de Filiberto Emmanuel con la princesa Margarita.

Enrique II anunció que el día mencionado y los dos siguientes se celebrarían en las Tournelles torneos y otros juegos caballerescos, y a pretexto de honrar más y más a los dos esposos, pero en realidad con objeto de satisfacer su decidida afición a aquella clase de justas, declaró que él sería uno de los mantenedores.

El 28 de junio por la mañana, la reina Catalina de Médicis, que por aquel entonces salía muy contadas veces de sus habitaciones, pidió con insistencia al rey una entrevista.

Inútil es decir que Enrique II se apresuró a acceder a los deseos de su esposa.

Catalina entró conmovida en la cámara del rey.

—¡Ah, señor... mi querido señor! —exclamó—. ¡En nombre de Jesucristo os pido que no salgáis del Louvre hasta que haya terminado este mes!

—¿Por qué razón, señora? —preguntó Enrique, admirado de aquella repentina e imprevista súplica.

—Porque si salís, señor, os ocurrirá una desgracia.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Vuestra estrella, señor: esta noche la hemos observado mi astrólogo italiano y yo, y hemos descubierto en ella presagios ciertísimos de peligro, y no de un peligro cualquiera, sino de muerte.

Conviene saber que Catalina de Médicis comenzaba por entonces a entregarse a prácticas de magia y de astrología judiciaria que, si no mienten las Memorias de su tiempo, rara vez la engañaron durante el curso de su vida.

Pero Enrique II, poco crédulo en lo referente a los astros, contestó riendo a la reina:

—¡No hagáis caso, señora! Si mi estrella me anuncia un peligro, lo correré lo mismo dentro que fuera del palacio.

—¡Os equivocáis, señor! El peligro únicamente al aire libre os amenaza.

—¿De veras? Entonces, se tratará de seguro de alguna ráfaga de viento.

—¡Señor! ¡No os burléis de estas cosas! Los astros son la palabra escrita de Dios.

—Habrá que reconocer que la escritura divina es harto oscura y embrollada, señora.

—¿Por qué decís eso, señor?

—Porque la infinidad de borrones que presenta hacen tan ininteligible el texto, que cada uno de los que pretenden leerlo puede interpretarlo a su capricho. Habéis leído en esa jerigonza celeste que, si salgo del Louvre, mi vida corre peligro, ¿no es cierto?

—Certísimo.

—Pues bien: Forcatel leyó el mes pasado otra cosa enteramente distinta. Creo que os merece alguna autoridad Forcatel, ¿verdad?

—Sí; es un verdadero sabio, que lee de corrido aquello que nosotros apenas si sabemos deletrear.

—Sabed, pues, señora, que Forcatel leyó en los astros el siguiente verso, al que no le encuentro más que un defecto: el de no ser inteligible:

*No siendo a Marte,
temed a su imagen.*

—¿Y en qué contradice esta predicción a lo que yo os digo?

—Esperad, señora. Debo de tener por ahí, no sé dónde, mi horóscopo, que fue hecho el año pasado. ¿Recordáis lo que presagia?

—Sí, pero muy vagamente, señor.

—Yo os lo diré: según ese horóscopo, debo morir en duelo, y a fe que sería suceso extraño y nunca visto que un rey muriese así. Pero es el caso que un duelo, en mi humilde opinión, no es la imagen de Marte, sino Marte en persona, por decirlo así.

—¿Y qué inferís de ello, señor?

—Infiero que, toda vez que me hallo entre predicciones contradictorias, lo cuerdo y lo acertado es no hacer el menor caso de ninguna de ellas. Bien veis, señora, que son unas señoras embusteras que se desmienten bonitamente unas a otras.

—¿Y vuestra majestad saldrá en estos días del Louvre?

—En cualquiera otra circunstancia, sería para mí una felicidad complaceros permaneciendo a vuestro lado; pero he prometido y anunciado oficialmente que asistiría a los festejos, y no tengo más remedio que asistir.

—Prometedme al menos, señor, que no os presentaréis en el palenque.

—La palabra que tengo empeñada me obliga, bien a pesar mío, a no acceder tampoco a esta demanda. Además, ¿qué peligro puede haber en esos juegos? Con todo mi corazón os agradezco el interés que me demostráis, pero me permitiréis que os diga que vuestro temores son quiméricos, y que ceder a ellos sería tanto como reconocer que considero peligrosos esos agradables torneos que no quiero que por mi causa sean abolidos.

—Señor —dijo Catalina de Médicis—, estoy acostumbrada a respetar vuestra voluntad. También hoy me resigno, pero lo hago con el espanto y el dolor en el alma.

—¿Pero asistiréis a los torneos, verdad, señora? —preguntó el rey besando la mano a Catalina—. Asistiréis, sí, aunque no sea más que para aplaudir los botes de mi lanza y convencersos por vuestros propios ojos de lo ilusorio de vuestros temores.

—Os obedeceré en todo —contestó Catalina retirándose. Catalina de Médicis asistió, en efecto, al torneo del primer día, con toda la corte, excepción hecha de Diana de Castro, y el rey rompió lanzas animosamente con todo el que se presentó.

Aquella noche dijo el rey riendo a la reina: —Ya veis, señora, que las estrellas mentían como bellacas.

Catalina movió tristemente la cabeza y contestó: El segundo día, 29 de junio, sucedió lo mismo; Enrique II no abandonó el palenque, y tuvo tanta suerte como osadía.

—También se han engañado hoy los astros, señora —dijo a Catalina cuando regresaron al Louvre.

—¡Ah, señor! —exclamó la reina—. ¡No por eso me da menos miedo el tercer día!

El tercer día de torneo, es decir, el viernes 30 de junio, debía de ser el más brillante de los tres, a fin de poner digno coronamiento a los primeros festejos.

He aquí los nombres y los colores de los cuatro mantenedores:

El rey Enrique II, cuyo traje era blanco y negro, colores de la favorita Diana de Poitiers.

El duque de Guisa, que vestía de blanco y encarnado. Alfonso de Este, duque de Ferar, cuyo traje era amarillo y rojo.

Y Santiago de Saboya, duque de Nemours, que lo lucía amarillo y negro.

«Aquellos cuatros príncipes eran —dice Brantôme— los mejores campeones que había no sólo en Francia, sino en las demás naciones. Así que durante toda la justa hicieron verdaderas maravillas y no se sabía a quién adjudicar el premio, a pesar de ser el rey uno de los jinetes más diestros del rein»..

Efectivamente: las probabilidades de triunfo eran iguales para los cuatro afamados mantenedores, y las carreras se sucedían unas otras, y el día avanzaba sin que fuera posible conjeturar a quien correspondería la gloria del torneo.

Enrique II estaba animado y febril como nunca. Los torneos eran su elemento, y

tenía tanto empeño en vencer en ellos como en una batalla.

Iba declinando el día, y las trompetas y clarines anunciaron la última carrera.

Triunfó en ella el duque de Guisa, quien escuchó estruendosos aplausos de las damas y del gentío allí reunido.

La reina, tranquila ya, se levantó:

Era la señal de que el espectáculo había terminado.

—¡Cómo! —exclamó el rey—. ¿Se ha acabado ya? ¡Esperad, señoras, esperad! ¡Me toca correr a mí!

El señor de Vieilleville hizo presente al rey que había inaugurado él la liza y corrido igual número de lanzas que los demás mantenedores; que era cierto que ninguno de los cuatro había obtenido ventajas sobre los otros, y por consiguiente que no había vencedor, pero que el palenque quedaba cerrado y terminado el torneo.

—¡Ah, no! —replicó con impaciencia Enrique II—. El rey, por lo mismo que entró el primero, debe salir el último. No quiero que esto acabe así... Me quedan todavía dos lanzas intactas...

—Pero, señor —observó el señor de Vieilleville—, no quedan tampoco justadores.

—¡Sí tal! —contestó el rey—. Allá tenéis uno que ha permanecido con la visera baja y todavía no ha corrido. ¿Quién es, Vieilleville?

—Señor... no puedo decirlo... ni siquiera había reparado en él.

—¡Eh, caballero! —gritó Enrique II, avanzando hacia el desconocido—. Me vais a hacer el favor de romper una lanza conmigo.

El desconocido tardó algún tiempo en contestar, pero al fin, con voz grave, profunda y conmovida, respondió:

—Suplico a vuestra majestad que me permita declinar esa honra.

Sin que Enrique supiera por qué, el sonido de aquella voz turbó de un modo extraño la febril agitación que le dominaba.

—¿Que os permita rehusar? ¡Ah, no, caballero! —dijo el rey, haciendo un movimiento nervioso de cólera—. ¡De ningún modo os lo permito!

El desconocido levantó silenciosamente la visera de su casco.

Por tercera vez en quince días, el rey pudo ver el rostro pálido y sombrío de Gabriel de Montgomery.

TORNEO FATAL

Al ver el aspecto solemne y sombrío del joven conde de Montgomery, el rey sintió correr por sus venas un estremecimiento de sorpresa, y quizás de terror. No quiso, empero, confesárselo a sí mismo, y menos a los que le rodeaban: antes por el contrario, lo reprimió al instante. Reaccionó su alma contra el instinto, y precisamente porque sintió miedo durante un segundo, se mostró bravo y hasta temerario.

Gabriel le volvió a decir con voz lenta y grave:

—Suplico a vuestra majestad que no insista en su deseo.

—¡Insisto, sin embargo, señor de Montgomery! —replicó el rey.

La ofuscación que en el ánimo del rey determinaron tantas emociones hizo que creyese descubrir una especie de reto en las palabras y en el acento de Gabriel. Volvió a apoderarse de él la extraña intranquilidad que Diana de Castro consiguiera disipar momentáneamente, sintió miedo, y al darse cuenta de su estado de ánimo luchó enérgicamente contra su debilidad y quiso acabar de una vez con las cobardes inquietudes que juzgaba indignas de él, de Enrique II, de un hijo de Francia, de un rey.

Con arrogancia tal vez exagerada, dijo a Gabriel:

—Disponéos a romper una lanza conmigo, caballero.

Gabriel, cuya alma estaba tan conmovida, acaso más, que la del rey, se inclinó sin contestar.

En aquel momento se acercó al rey el señor de Boisy, el escudero mayor, y le dijo que le enviaba la reina para suplicar en su nombre a su majestad que, por amor a ella, no rompiese aquella lanza.

—Contestad a la reina que quiero romperla por amor a ella —respondió el rey.

Volviéndose hacia el señor de Vieilleville, añadió:

—¡Vamos, señor de Vieilleville; armadme al instante!

Debido a su preocupación, pedía al señor de Vieilleville un servicio que correspondía al escudero mayor, señor de Boisy. Así lo hizo observar respetuosamente al rey el señor de Vieilleville, a quien sorprendió la demanda del monarca.

—Tenéis razón —contestó el rey—. ¡Qué cabeza la mía!

Como su mirada se encontrase con la fría e inmóvil de Gabriel, repuso con impaciencia:

—¡Pero no! ¡Tenía yo razón! El señor de Boisy tiene que dar cumplimiento a la

comisión que le ha confiado la reina, llevando a ésta mi respuesta. ¡Bien sabía yo lo que hacía y lo que decía! Armadme, señor de Vieilleville.

—Siendo así, señor —contestó el señor de Vieilleville—, y puesto que vuestra majestad quiere romper esta última lanza, me permitiré hacer presente que me corresponde el honor de ser el adversario de vuestra majestad, y por lo tanto, reclamo mi derecho. El conde de Montgomery no se presentó en el palenque a su debido tiempo, sino que ha entrado en el campo cuando el torneo había terminado.

—Tenéis razón, caballero —dijo vivamente Gabriel—. Me retiro y os cedo mi puesto.

El interés con que el conde de Montgomery quería evitar su encuentro con el rey actuó en el ánimo de éste a manera de acicate, porque creyó ver en aquél miramientos insultantes de un enemigo que suponía que le infundía miedo.

—¡No, no! —respondió al señor de Vieilleville, dando una patada en el suelo—. Quiero romper esta última lanza precisamente con el señor de Montgomery y con nadie más... ¡Y basta de dilaciones! ¡Armadme!

Cruzó una mirada altanera y orgullosa con la grave y serena del conde, y, sin añadir palabra, inclinó la cabeza para que el señor de Vieilleville le pusiera el casco.

Su destino le cegaba.

El duque de Saboya fue también a suplicarle, en nombre de Catalina de Médicis, que abandonara el palenque; y como Enrique no se dignase contestar a sus instancias, añadió el primero en voz baja:

—La señora Diana de Poitiers, señor, me ha encargado también que os advierta en secreto que os guardéis del adversario contra quien vais a combatir esta vez.

A pesar suyo se estremeció Enrique II al oír el nombre de Diana, pero reprimió una vez más su sobresalto.

—¿Voy a aparentar temor delante de mi dama? —se preguntó mentalmente.

Y continuó guardando el silencio altivo del hombre a quien importunan inútilmente.

El señor de Vieilleville, mientras le armaba, decíale en voz baja:

—Señor: ¡juro por Dios vivo que hace más de tres noches que sueño constantemente que ha de ocurrirnos hoy una desgracia, y que este día último de junio os ha de ser funesto!

El rey hizo como que no le oía. Estaba armado ya, y embrazó su lanza.

Gabriel tenía ya en sus manos la suya y penetró en la liza.

Una vez montados los dos campeones, se colocaron en los extremos del campo.

Reinó entonces entre los espectadores un silencio extraño y profundo. Todos los ojos miraron atentamente, todas las respiraciones quedaron suspensas.

Como el condestable de Montmorency y Diana de Castro no asistían al torneo, todo el mundo, a excepción de Diana de Poitiers, ignoraba que existiesen entre el rey

y el conde de Montgomery motivos de odio y de venganza, y de consiguiente, nadie podía sospechar que un combate simulado tuviera un desenlace sangriento. El rey, habituado a aquella clase de juegos, que no ofrecían peligro, habíase presentado cien veces durante aquellos tres días en la arena en condiciones idénticas, al parecer, a las en que lo hacía en aquel momento.

Y sin embargo, en aquel adversario que hasta entonces había permanecido en actitud misteriosa, en la insistencia significativa que desplegó para excusarse de combatir, en la obstinación ciega del rey, palpitaba vagamente algo insólito y terrible, y ante aquel peligro desconocido pero presentido, todos callaban y todos esperaban. ¿Por qué? Nadie habría podido decirlo. Pero un extraño cualquiera que hubiese llegado en aquel instante, al ver la expresión de los rostros, se hubiese dicho: «Indudablemente va a ocurrir aquí un acontecimiento suprem»..

Hasta en el aire había terror.

Una circunstancia notable hizo resaltar más todavía la siniestra disposición en que se hallaban los ánimos.

En las justas ordinarias, desde que los campeones tomaban campo, resonaban en el palenque las trompetas y los clarines, que venían a ser como la voz animada y bulliciosa del torneo. Pero cuando el rey y Gabriel entraron en la liza, trompetas y clarines callaron de repente como si obedecieran a una consigna, y aquel silencio insólito vino a centuplicar, sin que nadie se explicase el porqué, la ansiedad y el horror generales.

Los campeones sentían en sus almas en mayor grado que los circunstantes aquellas impresiones extrañas de espanto que, por decirlo así, saturaban la atmósfera.

Gabriel ni pensaba, ni veía, ni casi vivía. Movíase maquinalmente, como un sonámbulo, obraba por instinto, hacía maquinalmente lo que en cien ocasiones análogas había hecho, pero no le guiaba su propia voluntad, sino una influencia secreta y poderosa, que se había adueñado absolutamente de sus actos.

Más distraído, más turbado aún que Gabriel estaba el rey. Veía flotar ante sus ojos algo así como una nube, y él mismo creía que se movía en una fantasmagoría inaudita que ni era sueño ni realidad.

Tuvo, sin embargo, un intervalo de lucidez, durante el cual recordó perfectamente las predicciones que la reina le había hecho dos días antes, las contenidas en su horóscopo y las de Forcatel. Iluminadas de repente las tinieblas de su imaginación por un rayo intenso pero momentáneo de luz, comprendió el sentido, el alcance y la relación que guardaban entre sí aquellos siniestros augurios. Fríos sudores le inundaron de cabeza a pies, sintió tentaciones de abandonar la liza, de renunciar al combate... ¡Pero cómo huir, si millares de ojos fijos en él le clavaban en su puesto!

A mayor abundamiento, el señor de Vieilleville acababa de dar la señal.

—¡La suerte está echada! —pensó el rey—. ¡Adelante, y cúmplase la voluntad de

Dios!

Los dos caballos salieron a galope, más inteligentes y menos ciegos seguramente en aquellos momentos que sus jinetes cubiertos de acero.

Gabriel y el rey se encontraron en el centro del palenque; las lanzas de ambos chocaron y se hicieron pedazos sobre sus corazas respectivas, pero los combatientes continuaron la carrera sin que hubiera ocurrido ningún accidente.

¡Los fúnebres presentimientos no se habían realizado! Un murmullo gigantesco de alegría escapó a la vez de todos los pechos, aliviados de la opresión que los atormentaba. La reina elevó al cielo una mirada llena de gratitud.

¡Por desgracia, la alegría era prematura!

Aun estaban los campeones en el palenque. Llegados ambos al extremo opuesto al de partida, debían volver a galope a su puesto inicial, y, por consiguiente, tener un segundo encuentro.

¿Pero qué peligro podrían correr ya, si en el segundo encuentro habrían de cruzar sin tocarse?

Fuese consecuencia de su turbación, fuese de intento o por desgracia involuntaria, pues sólo Dios sabe la verdad del hecho, es lo cierto que Gabriel, al volver, no arrojó, según costumbre, el pedazo de la lanza que le había quedado en la mano, sino que lo bajó enristrándolo, y, en medio de la veloz carrera, dio con dicho pedazo de lanza en la cabeza de Enrique II.

La astilla de lanza levantó la visera del casco del rey y penetró profundamente por el ojo saliendo por un oído.

Distraídos ya los espectadores, muchos de los cuales se habían levantado para salir, sólo la mitad o quizá menos de aquéllos se dieron cuenta del golpe, pero el grito que lanzaron llamó la atención de los demás.

Enrique II había dejado caer las bridas y, abrazado al cuello de su caballo, terminó su carrera, yendo a dar en los brazos de los señores de Vieilleville y de Boisy.

—¡Me muero! —fueron las primeras palabras que pronunció.

Luego murmuró:

—¡Que no se moleste al señor de Montgomery... sería injusto... le perdono!

Seguidamente se desmayó.

No describiremos la confusión que siguió a la catástrofe. A Catalina de Médicis la llevaron al palacio medio muerta, y el rey fue transportado a su cámara del palacio de las Tournelles sin que hubiera recobrado el conocimiento.

Gabriel había echado pie a tierra y permanecía arrimado a la valla, inmóvil, petrificado y como herido por el mismo golpe que había dejado casi muerto al rey.

Las últimas palabras de Enrique II fueron oídas por varios y repetidas; de consiguiente, nadie se atrevió a molestar a Gabriel, pero cuchicheaban en torno suyo y todos le miraban con espanto.

El almirante de Coligny, que había asistido al torneo, fue el único que se atrevió a acercarse al joven. Cruzó por su lado diciéndole en voz muy baja:

—¡Terrible accidente, amigo! Sé muy bien que ha sido obra de la casualidad, que este acontecimiento fatal ninguna relación tiene con las ideas y los discursos que, según me ha informado La Rénaudie, oísteis en el conciliábulo de la Plaza de Maubert; pero, a pesar de todo, aunque nadie puede acusaros ni haceros responsable de un accidente fortuito, estad sobre aviso. Os aconsejo que desaparezcáis durante algún tiempo, que salgáis de París, y hasta de Francia. Contad siempre conmigo, y hasta la vista.

—Gracias —respondió Gabriel sin cambiar de actitud.

Una sonrisa triste y apagada asomó a sus pálidos labios mientras le hablaba el jefe protestante.

Coligny le hizo una seña con la cabeza y se alejó.

Momentos después, el duque de Guisa, que acababa de acompañar a los que condujeron al rey, se aproximó a su vez a Gabriel dando algunas órdenes, y al pasar por su lado, le dijo al oído:

—¡Desgraciado golpe, Gabriel! Pero sería injusto acusaros; lo único que cabe es compadeceros. Sin embargo, ¡ved lo que son las cosas! Si alguien hubiese oído la conversación que tuvimos en las Tournelles, ¡qué terribles conjeturas formarían los maliciosos sobre esta sencilla, pero funesta casualidad! Pero no os importe: contad en todo y para todo conmigo, ahora que soy más poderoso que nunca. Conviene que, durante algunos días, no os dejéis ver, pero no salgáis de París; sería una precaución inútil. Si alguien se atreviera a acusaros, no olvidéis lo que os he dicho: contad conmigo en todo, para todo, y siempre.

—Gracias, monseñor —contestó Gabriel y en el mismo tono y con la misma sonrisa melancólica.

Era evidente que el duque de Guisa y Coligny tenían, si no una convicción firme, una sospecha vaga de que el accidente que fingían deplorar no había sido tal accidente. El ambicioso y el protestante presumían, aunque sin querer confesarlo así ante sus respectivas conciencias, el primero, que Gabriel había aprovechado la ocasión de contribuir a la fortuna de un protector admirado, y el segundo, que el fanatismo del joven hugonote le había arrastrado a libertar de su perseguidor a sus hermanos oprimidos.

Entrambos, pues, se consideraron obligados a acercarse y decir algunas palabras afectuosas a su discreto y abnegado auxiliar, siendo ésta la explicación de que se hubieran llegado hasta aquél en la forma que hemos visto. Gabriel, que leyó en el fondo de sus pensamientos, acogió su doble error con una sonrisa triste.

El duque de Guisa volvió a perderse entre los grupos que le rodeaban. Gabriel dirigió al fin una mirada en torno suyo, se dio cuenta de la curiosidad mezclada de

espanto de que era objeto, suspiró, y decidió alejarse del sitio fatal.

Fuese en derechura a su palacio de la calle de los Jardines de San Pablo sin que nadie intentara detenerle ni le dirigiera la palabra.

En las Tournelles, las puertas de la cámara del rey se cerraron para todo el mundo excepto para la reina, sus hijos y los médicos que asistían al monarca herido.

Fernel y todos los cirujanos comprendieron desde el primer momento que no había esperanza alguna de salvar a Enrique II.

Ambrosio Paré se encontraba en Péronne; lo sabía el duque de Guisa, pero no pensó en llamarle.

Cuatro días permaneció el rey sin conocimiento.

El quinto día volvió un poco en sí, y dio algunas órdenes, encargando de una manera especial que se celebrase al punto el matrimonio de su hermana. Vio también a la reina y la hizo algunas recomendaciones acerca de sus hijos y de los asuntos del reino.

El intervalo de lucidez duró poco; pronto volvieron a apoderarse del rey la fiebre, el delirio, la agonía.

El día 10 de julio de 1559, siguiente al en que, conforme a su última voluntad, su hermana Margarita, hecha un mar de lágrimas, se había casado con el duque de Saboya, expiró Enrique II, después de once días de agonía.

Aquel mismo día partió, o mejor dicho, huyó Diana de Castro a su antiguo convento de Benedictinas de San Quintín, nuevamente abierto después de la paz de Cateau-Cambrésis.

XXXVI

REINADO DE FRANCISCO II —NUEVO ESTADO DE COSAS

Para la favorita, como para el favorito de un rey, la verdadera muerte no es la muerte, sino la desgracia.

El hijo del conde de Montgomery habría vengado suficientemente en las personas del condestable y de Diana de Poitiers la muerte de su padre, si conseguía que los dos culpables pasasen del poder al destierro, del brillo y el esplendor al olvido.

Este era el resultado que esperaba aún Gabriel en la triste y melancólica soledad de su palacio, adonde se había retirado desde el fatal 30 de junio. Y no era ciertamente su propio suplicio lo que temía, si Montmorency y su cómplice continuaban disfrutando del poder; era la impunidad de éstos. En su incertidumbre, esperaba con ansiedad los acontecimientos.

Durante los once días de agonía de Enrique II, el condestable de Montmorency puso en juego todos los resortes de que disponía para conservar su influencia en el gobierno. Escribió a los príncipes de la sangre, exhortándoles a que fuesen a ocupar su puesto en el Consejo del joven rey, y dirigió principalmente sus instancias a Antonio de Borbón, rey de Navarra, el heredero más inmediato del trono después de los hermanos del rey, recomendándole que no se descuidase, porque la menor dilación podría dar a los extraños una superioridad que luego sería imposible arrancarles. En una palabra: despachó ejércitos de correos, excitando a unos, solicitando a otros, y nada omitió de cuanto sirviera para formar un partido capaz de neutralizar o anular la influencia de los Guisa.

Diana de Poitiers, a pesar de su dolor, le secundó con todas sus fuerzas, pues ya su propia fortuna estaba ligada a la de su viejo amante.

Con él, todavía podía reinar, si no directa, al menos eficazmente.

Cuando el día 10 de julio de 1559, el heraldo de armas proclamó rey al primogénito de Enrique II bajo el nombre de Francisco II, el joven príncipe no tenía más que diez y seis años, y aunque la ley le declaraba mayor de edad, su inexperiencia y su delicada salud le condenaban a abandonar durante mucho tiempo la dirección de los negocios a un ministro que, a su sombra y amparado por su nombre, sería más rey que el rey mismo.

¿Quién sería ese ministro, o más bien ese tutor? ¿El duque de Guisa o el condestable de Montmorency? ¿Catalina de Médicis o Antonio de Borbón?

He aquí la cuestión palpitante que embargaba no pocos ánimos, la que debía resolverse la mañana del día siguiente al de la muerte del rey.

A las tres del día indicado, Francisco II debía de recibir a los diputados del Parlamento. Sin inconveniente podían éstos saludar como a su verdadero rey al hombre a quien Francisco II les presentase como su ministro.

Se trataba, pues, de ver quién ganaba la partida, y atentos a ella, Catalina de Médicis y Francisco de Lorena se habían presentado independientemente aquella mañana al rey, a pretexto de darle el pésame, pero en realidad, con objeto de darle consejos.

En aras de un motivo tan poderoso, la viuda de Enrique II infringió la etiqueta, que la obligaba a vivir durante cuarenta días en sus habitaciones sin dejarse ver.

Desde hacía doce días, se había despertado en el alma de Catalina de Médicis, vejada y preterida sistemáticamente por su difunto marido, aquella ambición vasta y profunda que llenó todo el resto de su vida. Penetrada, sin embargo, de que no podía ser regente de un rey mayor de edad, vio que la única probabilidad de reinar sería hacerlo por medio de un ministro afecto a sus intereses.

No podía ser este ministro el condestable de Montmorency, quien durante el reinado que acababa de terminar enderezó todos sus esfuerzos a minar la legítima influencia de Catalina de Médicis para favorecer la de Diana de Poitiers. La reina madre no le perdonaba sus intrigas, antes por el contrario sólo pensaba en castigar su comportamiento, siempre duro y con frecuencia inhumano, observado con ella.

Antonio de Borbón habría sido en sus manos un instrumento más dócil, pero profesaba la religión reformada; su mujer, Juana de Albret, era una ambiciosa de peligro, y por otra parte, su rango de príncipe de la sangre, podía, unido a su poder efectivo, inspirarle peligrosas veleidades.

Quedaba el duque de Guisa; ¿pero reconocería gustoso Francisco de Lorena la autoridad moral de la reina madre, o bien se negaría a compartir el poder con ella?

Fácil era averiguarlo, por eso Catalina de Médicis bendijo la casualidad que la colocó delante del rey y de Francisco de Lorena en el momento decisivo.

Iba a buscar o a crear ocasiones de examinar al *Acuchillado* y de sondear su actitud con respecto a ella.

Pero el duque de Guisa, tan hábil en política como en la guerra, estuvo constantemente en guardia.

Este prólogo de la comedia se representó en el Louvre, en la cámara real donde Francisco II había sido instalado la víspera, y no había más actores que la reina madre, el *Acuchillado*, el joven rey y María Estuardo.

Francisco y la reina, al lado de las ambiciones egoístas y frías de Catalina y del duque de Guisa, eran sencillamente dos niños encantadores, inocentes y enamorados, cuya confianza poseería el primero que supiera ganarse con destreza sus corazones.

Lloraban sinceramente la muerte del rey, y Catalina les encontró tristes y desolados.

—Hijo mío —dijo a Francisco—; apruebo que derrames lágrimas por la memoria de aquel cuya pérdida debes llorar más que nadie; yo comparto ese dolor amargo. Sin embargo, debes tener presente que, además de los deberes de hijo, pesan sobre ti otros no menos sagrados. También tú eres padre, sí; el padre de tu pueblo. Después de haber concedido al triste pasado ese legítimo tributo de sentimiento, vuelve los ojos hacia el porvenir. Acuérdate de que eres rey, hijo mío, o mejor dicho, acordaos de que sois rey, señor, y no extrañe vuestra majestad que emplee un lenguaje que os recuerde al mismo tiempo vuestras obligaciones y vuestros derechos.

—¡Ah! —exclamó Francisco II moviendo tristemente la cabeza—. ¡Pesada carga es el cetro de Francia para las manos de un niño de diez y seis años, que no pensaba que tan pronto pudiera gravitar peso tan enorme sobre su juventud, falta de experiencia y falta de gravedad!

—Señor —repuso Catalina de Médicis—, aceptad con resignación y a la par con reconocimiento la carga que Dios os impone; a los que os rodean y os quieren bien les corresponderá después aliviaros de su peso con todo su poder, y unir sus esfuerzos a los vuestros para ayudaros a sostenerlo dignamente.

—Gracias... gracias, madre mía —murmuró el joven rey, sin saber cómo contestar a aquellas iniciativas.

Maquinalmente volvió los ojos hacia el duque de Guisa, como para pedirle consejo.

Era el primer paso que daba desde que subió al trono, y a pesar de hallarse en presencia de su madre, instintivamente conocía el pobre adolescente coronado que le tendía una celada.

El duque de Guisa, sin titubear, dijo:

—Sí, señor; vuestra majestad tiene razón. Dad efusivamente las gracias a la reina por las cariñosas y alentadoras frases que os dirige; pero no os contentéis, señor, con darle las gracias: decidle también que entre las personas que os quieren y a quienes vos queréis, ocupa ella el primer lugar, y que, por lo tanto, debéis contar y contáis con su eficaz y maternal cooperación en la difícil tarea que, contando tan pocos años, habéis sido llamado a realizar.

—Mi tío, el duque de Guisa, ha sido fiel intérprete de mis pensamientos, madre mía —dijo entonces Francisco II a su madre—. No repito sus frases, porque pronunciadas por mi lengua perderían gran parte de su vigor, pero recibidlas como dichas por mí y dignaos prometer a mi debilidad vuestro precioso apoyo.

La reina madre había dirigido ya al duque de Guisa una mirada llena de benevolencia y de asentimiento.

—Señor —contestó a su hijo—, vuestras son las escasas luces que yo poseo; me consideraré dichosa cada vez que os dignéis consultarme. Pero tened en cuenta que no soy más que una mujer, y que necesitáis tener junto a vuestro trono un defensor

capaz de esgrimir la espada. Ese defensor, ese brazo vigoroso, esa energía varonil que a mí me faltan, los encontrará indudablemente vuestra majestad entre los mismos que, por alianza o parentesco, son ya vuestros apoyos naturales.

Catalina de Médicis pagaba en el acto al duque de Guisa sus buenos oficios.

Fue aquello algo a manera de pacto mudo concertado con una sola mirada, pero que, no nos importa confesarlo, ni era sincero por ninguna de las dos partes, ni estaba llamado, como se verá muy pronto, a ser de larga duración.

El rey comprendió a su madre, y animado por una mirada que le dirigió María Estuardo, tendió su mano al *Acuchillado*.

Con aquel apretón de mano le confería el gobierno de Francia.

Catalina de Médicis, sin embargo, no quiso que su hijo se comprometiera demasiado, sin que el duque de Guisa le diera a ella prendas seguras de su buena voluntad. Con este propósito, se adelantó al rey, que probablemente iba a confirmar la demostración primera de confianza con alguna promesa formal, y dijo:

—Antes de que tengas un ministro, hijo mío, tu madre se ve en el caso, no de pedirte un favor, sino de hacerte una reclamación.

—Decid mejor una orden que darne, madre mía —respondió Francisco—. Hablad; os lo suplico.

—Se trata, hijo mío, de una mujer que me ha hecho daños sin cuento, y que los ha hecho mayores y más numerosos a Francia —repuso Catalina—. No nos toca a nosotros censurar las debilidades del que hoy nos es más sagrado que nunca, pero vuestro padre, señor, no existe ya, por desgracia; su voluntad no reina ya en este palacio, y sin embargo, esa mujer, cuyo nombre no quiero pronunciar, se atreve a permanecer todavía en él, infligiéndome hasta el fin el suplicio ultrajante de su presencia. Durante el prolongado letargo del rey, se le hizo comprender que no era conveniente que continuase en el Louvre. «¿Ha muerto ya el rey?», preguntó. «No; respira todavía», le contestaron. «Siendo así —replicó—, de nadie más que del rey recibo órdenes». Y se quedó en el palacio con la mayor impudencia.

El duque de Guisa se apresuró a decir, interrumpiendo con respeto a la reina madre:

—Perdonad, señora, que os diga que creo conocer las intenciones de su majestad a propósito del asunto de que habláis.

Y sin más preámbulos dio un golpe sobre el timbre y apareció un criado.

—Que avisen a la señora de Poitiers que el rey quiere hablarle al momento —dijo.

El criado hizo una reverencia y salió a ejecutar la orden.

El joven rey no pareció extrañarse ni menos inquietarse de que usurpasen su autoridad sin su consentimiento, al contrario; se alegraba de ello, le satisfacía todo lo que fuera encaminado a disminuir su responsabilidad y a ahorrarle el trabajo de

mandar y de obrar.

El *Acuchillado*, sin embargo, quiso dar a su iniciativa la sanción del consentimiento real.

—¿He sido temerario, señor —preguntó—, al afirmar que conocía las intenciones de vuestra majestad acerca de este asunto?

—¡De ningún modo, mi querido tío! —contestó presuroso Francisco II—. Obrad y disponed, que de antemano sé que cuanto hagáis estará bien hecho.

—Y lo que acabas de decir está pero que muy bien dicho, querido mío —susurró María Estuardo al oído de su marido.

El orgullo y la satisfacción tiñeron de suaves tonos de carmín el rostro del rey. No es de admirar: por una palabra de aprobación, por una mirada de María Estuardo, hubiese comprometido y entregado todos los tronos de la tierra.

La reina madre esperaba con impaciente curiosidad la determinación que iba a tomar el duque de Guisa.

Creyó, empero, que, tanto para interrumpir el silencio, cuanto para dejar patente su intención, debía añadir lo siguiente:

—La persona a quien acabáis de mandar llamar, señor, puede muy bien, en mi opinión, abandonar el Louvre a la única reina legítima del pasado y a la encantadora reina del presente —dijo, inclinándose con gracia ante María Estuardo—. La opulenta y bella dama tiene para retiro y consuelo suyo el suntuoso y regio palacio de Anet, más suntuoso y más regio que mi humilde residencia de Chaumont-sur-Loire.

No contestó el duque de Guisa, pero tomó nota mental de la insinuación.

Bueno será hacer constar que detestaba a Diana de Poitiers tanto como pudiera detestarla Catalina de Médicis. Había sido la de Poitiers la que, atenta a complacer a su condestable, había entorpecido hasta entonces con todo su poder la marcha del carro de la fortuna del *Acuchillado*; ella era la que había malogrado sus proyectos de gloria, y ella la que habría concluido por sepultarle para siempre en el olvido, si la lanza de Gabriel no hubiese quebrado, a la par que la existencia de Enrique II, el poder de la encantadora.

Pero al fin llegaba el momento del desquite, y Francisco de Lorena sabía odiar con tanta intensidad como querer.

Un ujier anunció en aquel momento en alta voz:

—La señora duquesa de Valentinois.

Entró Diana de Poitiers, turbada e intranquila, desde luego, pero arrogante y altanera.

XXXVII

CONSECUENCIAS DE LAS VENGANZAS DE GABRIEL

Diana de Poitiers hizo una inclinación ligera al rey, otra más ligera a Catalina de Médicis y a María Estuardo, y no se dignó advertir la presencia del duque de Guisa.

—Señor —dijo—; vuestra majestad me ha mandado comparecer ante su presencia...

No pudo terminar. Francisco II, irritado y turbado a la vez al ver la arrogante actitud de la ex favorita, titubeó, enrojeció, y concluyó por decir:

—Nuestro tío, el señor duque de Guisa, ha tenido la bondad de encargarse de haceros saber nuestras intenciones, señora.

Y desentendiéndose del asunto, se puso a hablar en voz baja con María Estuardo.

Diana se volvió lentamente hacia el *Acuchillado*, y al ver la sonrisa astuta y burlona que vagaba por sus labios, intentó oponerle la más imperiosa de sus miradas de Juno irritada.

El *Acuchillado*, que no se intimidaba tan fácilmente como su real sobrino, dijo a Diana después de saludarla con una inclinación profunda:

—Señora; el rey está enterado del profundo pesar que os ha causado la terrible desgracia que a todos nos ha herido. Su majestad os da las gracias y cree anticiparse a vuestros más caros anhelos permitiéndoos que abandonéis la corte y os retiréis a la soledad. Podéis marcharos cuando lo juzguéis oportuno... esta tarde, por ejemplo.

Diana devoró una lágrima de rabia, y contestó:

—Su majestad colma, en efecto, mis más ardientes deseos. ¿Qué lazos me unen hoy a este lugar? Ninguno. Nada ansío tanto como retirarme a mi destierro, señor, y vos, caballero, podéis tener la seguridad de que lo haré lo más pronto posible.

—Perfectamente —repuso el duque de Guisa, con tono ligero, jugando con los cordones de su capa de terciopelo—. Pero, señora —añadió con más seriedad, y dando a sus palabras el acento y la significación de una orden—, vuestro palacio de Anet, que debéis a la generosidad del rey difunto, es tal vez un retiro hartamente mundano y alegre para una solitaria desolada como vos. Comprendiéndolo así, la reina Catalina se digna ofreceros en cambio el suyo de Chaumont-sur-Loire, más alejado de París que el de Anet, y por lo tanto, más conforme, según creo, a vuestros gustos y necesidades del momento. En cuanto lo deseéis, estará a vuestra disposición.

Comprendió perfectamente Diana de Poitiers que el pretendido cambio era sencillamente una confiscación arbitraria; ¿pero, qué le había de hacer? ¿Cómo resistirse? ¡Ya no tenía influencia, ya no gozaba de poder! ¡Todos sus amigos de la

víspera eran hoy sus enemigos! La ahogaba la rabia; pero comprendió que debía ceder, y cedió.

—Me consideraré dichosa —dijo— si me es permitido ofrecer a la reina el magnífico palacio que debo, en efecto, a la generosidad de su noble esposo.

—Acepto esa reparación, señora —dijo con sequedad Catalina de Médicis, dirigiendo a Diana una mirada fría y desdeñosa y otra de gratitud al duque de Guisa.

Parecía como si fuese este último quien le regalaba el palacio de Anet.

—Vuestro es desde ahora, señora —repuso la reina madre—, el palacio de Chaumont-sur-Loire, que quedará muy pronto en disposición de recibir dignamente a su nueva propietaria.

—Allí —prosiguió el duque de Guisa, quien quiso contestar con una burla inocente a las furibundas miradas que le asestaba Diana—, allí, en aquella soledad, en aquella calma, podréis descansar como mejor os acomode, señora, de las fatigas que, en estos días últimos, os han ocasionado, según me han dicho, las innumerables cartas y conferencias celebradas por vos de acuerdo con el señor condestable de Montmorency.

—Creía servir bien al que entonces era rey —interrumpió Diana—, entendiéndome y poniéndome de acuerdo con el gran hombre de Estado, con el gran caudillo de los ejércitos del reino, para todo cuanto con el bien de éste tenía relación.

En su aturdimiento, en sus ansias de contestar cuanto antes a una frase acerada con otra punzante, Diana de Poitiers no supo ver que suministraba armas a sus enemigos, armas contra ella misma, ni se dio cuenta de que recordaba a la rencorosa Catalina de Médicis a su segundo enemigo, el condestable.

—Tenéis razón —dijo la implacable reina madre—. Olvidaba que el señor condestable de Montmorency ha derramado torrentes de gloria y esmaltado con el lustre de sus altos hechos de armas dos reinados enteros. Hora es ya, hijo mío —continuó dirigiéndose hacia el rey—, de que penséis en asegurarle también el honroso retiro que tan trabajosamente ha ganado.

—El señor de Montmorency —contestó Diana con amargura— esperaba, lo mismo que yo, que le fueran recompensados de esta manera sus dilatados servicios. Cuando su majestad me mandó venir, se hallaba en mis habitaciones, donde supongo que debe continuar. Voy, pues, a reunirme con él, para participarle las excelentes disposiciones que se abrigan hacia su persona. No dudo que vendrá en seguida a ofrecer sus respetos al rey, a darle las gracias por la merced que le hace y a despedirse. El es hombre, él es condestable, él es uno de los señores más poderosos del reino, y, sin duda alguna, encontrará, más tarde o más temprano, la ocasión de demostrar mejor que con palabras el profundo reconocimiento que le merecen un rey tan clemente con el pasado y unos consejeros que tan útilmente cooperan a la obra de justicia y de interés público que desean realizar.

—¡Una amenaza! —dijo para sí el *Acuchillado*—. ¡La víbora, aun sintiendo la presión del pie que la aplasta se atreve a levantar la cabeza! ¡Mejor que mejor! ¡Prefiero que sea así!

—El rey estará siempre dispuesto a recibir al condestable —dijo Catalina de Médicis, pálida de indignación—. Si el señor de Montmorency tiene alguna cosa que reclamar o alguna observación que dirigir a su majestad, puede venir cuando guste, que se le escuchará y hará justicia.

—Voy a decirle que venga —contestó Diana de Poitiers en tono de reto.

Saludó con arrogancia al rey y a las dos reinas y salió con la frente erguida y el corazón destrozado, con el orgullo en el rostro y la muerte en el alma.

Si Gabriel la hubiese visto entonces, se habría creído suficientemente vengado de ella.

La misma Catalina de Médicis estaba dispuesta a odiarla menos después de haberla sometido a tamaña humillación.

Bueno será decir que la reina madre había observado, no sin inquietud, que el duque de Guisa había callado al escuchar el nombre del condestable y no recogió las insolentes provocaciones de Diana de Poitiers.

¿Temería, por ventura, el *Acuchillado* al señor de Montmorency y sería su deseo temporizar con él? ¿Se decidiría, en caso de necesidad, a formar una alianza con el antiguo enemigo de Catalina de Médicis?

Importaba mucho a la florentina saber a qué atenerse con respecto a este particular antes de dejar que el duque de Guisa se apoderase del poder, y con este objetivo a la vista, a fin de sondearle, y de sondear al mismo tiempo al rey, dijo, no bien salió Diana:

—¡La señora de Poitiers es harto impertinente y parece que cuenta demasiado con el poder del condestable! Quizá no le falte razón, porque si conferís al condestable alguna autoridad, hijo mío, será lo mismo que darle a Diana la mitad de aquélla.

El duque de Guisa continuó guardando silencio.

—En cuanto a mí —prosiguió Catalina—, me atrevo a aconsejar a vuestra majestad que no divida su confianza entre varias personas, sino que la deposite entera en un solo ministro, sea éste el condestable de Montmorency, sea el duque de Guisa o vuestro tío de Borbón, según mejor os parezca, pero que sea uno, y no varios. Que sólo una voluntad ordene y disponga en el Estado, una sola voluntad unida e identificada con la del rey aconsejado por el reducido número de personas cuyo interés único es la gloria y el esplendor del monarca... ¿No sois de mi misma opinión, señor de Lorena?

—Sí, señora, puesto que es la vuestra —respondió el duque de Guisa como condescendiendo.

—¡No me cabe duda! —pensaba Catalina—. ¡Lo había adivinado! Contaba con el

apoyo del condestable; pero le he puesto en la precisión de decidirse por él o por mí, y no creo que titubee siquiera.

—Me parece, duque —continuó Catalina en voz alta—, que debéis compartir mi opinión, con tanto mayor motivo, cuanto que favorece vuestros intereses. El rey, que conoce mi pensamiento, sabe que no he de proponerle ni al condestable de Montmorency ni a Antonio de Navarra. Al aconsejar la exclusión, creed que no me declaro contra vos.

—Señora —respondió el duque de Guisa—, a la par que mi gratitud más profunda, os ofrezco el testimonio de mi adhesión no menos exclusiva.

El astuto político recalcó estas palabras últimas, como si acabase de adoptar la resolución inquebrantable de sacrificar al condestable en aras de Catalina.

—¡Sea en buena hora! —contestó la reina madre—. Cuando lleguen los señores del Parlamento, encontrarán por fortuna entre nosotros esa conmovedora identidad de miras y de intereses que tan poco frecuente es.

—¡Nadie se regocija tanto como yo de esa conformidad de opiniones! —exclamó el rey palmoteando—. Con un consejero como mi madre, y un ministro como mi tío, ya puedo reconciliarme con esta dignidad real que tanto me asustó al principio.

—Gobernaremos en familia —observó alegremente María Estuardo.

Sonreían Francisco de Lorena y Catalina de Médicis en vista de las esperanzas, de las ilusiones, mejor, que se hacían sus jóvenes soberanos. Uno y otra habían conseguido lo que deseaban: el primero la certidumbre de que la reina madre no se opondría a que le fuera confiada la soberanía, por decirlo así, del reino, y la segunda, la creencia de que el ministro compartiría con ella aquella soberanía.

Así las cosas, anunciaron al condestable de Montmorency.

Justo es hacer constar que el condestable se condujo, al principio, con mayor dignidad y moderación que Diana de Poitiers. Prevenido por aquélla de lo que le esperaba, ya que iba a caer, quería hacerlo con honor.

Se inclinó respetuosamente ante Francisco II y dijo con extremada cortesía:

—Señor: sospechaba que el viejo servidor de vuestro padre y de vuestro abuelo gozaría cerca de vos de poco favor. No me quejo, señor, de este cambio de mi fortuna, que tenía previsto. Me retiro sin murmurar. Si el rey o Francia me necesitan algún día, me encontrarán en Chantilly, y todo cuanto poseo, señor, mis bienes, mis hijos, mi propia vida, estarán siempre al servicio y a la disposición de vuestra majestad.

La moderación del condestable conmovió algún tanto al joven rey, el cual, más confuso que nunca, se volvió hacia su madre, sin saber qué responder.

El duque de Guisa, seguro de que su intervención convertiría en cólera tumultuosa la prudencia del condestable, dijo con entonación de refinada cortesía:

—Puesto que el señor de Montmorency abandona la corte, no dudo que tendrá la

bondad, antes de marcharse, de devolver a su majestad el sello real que le fue confiado por nuestro difunto rey, y que nos hará falta desde hoy.

No se había engañado el duque de Guisa; sus palabras encendieron un volcán de ira en el pecho del envidioso condestable.

—¡Aquí está el sello! —dijo con aspereza, sacándolo de su ropilla—. Iba a devolverlo a su majestad sin necesidad de que me hubiese sido pedido; pero veo que su majestad se encuentra rodeado de personas atentas a aconsejarle que afrente a los que tienen derecho a ser tratados con benevolencia, a los que tienen títulos sobrados a su gratitud.

—¿A quiénes alude Montmorency? —preguntó con altanería Catalina.

—Me parece que la alusión es clara, toda vez que hablé de los que rodean a su majestad —replicó el condestable abandonándose a su natural adusto y brutal.

Mal había escogido la ocasión, porque Catalina no deseaba más que un pretexto para desahogar su rabia.

Se puso en pie y, sin ningún miramiento, principió a echar en cara al condestable los modales bruscos y despectivos con que siempre la había tratado, su hostilidad declarada hacia todo lo florentino, la preferencia que públicamente concedió a la manceba sobre la esposa legítima. Catalina no ignoraba que Montmorency había sido el causante de todas las humillaciones que apuraron los emigrados que la habían seguido a Francia durante los primeros años siguientes a su matrimonio; sabía que el condestable tuvo la osadía de aconsejar a Enrique II que la repudiase por estéril, que después la calumnió villanamente...

El condestable, poco acostumbrado a oír reconvenciones de nadie, al escuchar el último cargo, se puso furioso, y contestó con una sonrisita burlona que era un nuevo insulto.

Entretanto, el duque de Guisa había tenido tiempo para recibir órdenes dictadas en voz baja por Francisco II, o hablando con más propiedad, para dictarlas al rey, y a su vez, elevando tranquilamente la voz, aplastó a su rival con indecible satisfacción de Catalina de Médicis.

—Señor condestable —le dijo con su cortesanía irónica—, vuestros amigos y hechuras... me refiero a los que tenían asiento en el Consejo, tales como Gochetel, Aubespine y otros, pero de una manera especial su eminencia el guardasellos Juan Bertrandi, querrán probablemente retirarse, siguiendo vuestro ejemplo. El rey os encarga que de parte suya les deis las gracias. Podéis participarles que su dimisión ha sido aceptada, que mañana serán reemplazados, y que quedan, por lo tanto, en libertad completa.

—¡Está muy bien! —contestó el condestable entre dientes.

—En cuanto al señor de Coligny, vuestro sobrino, actualmente gobernador de la Picardía y de l'Ile-de-France —continuó el *Acuchillado*— considera el rey que dos

gobiernos representan una carga demasiado pesada para una sola persona, y quiere aliviar al señor almirante del peso de uno de ellos, dejando a su elección el que haya de conservar. Tendréis, ¿no es verdad?, la bondad de hacérselo saber.

—¡Cómo no! —contestó el condestable con risa feroz.

—Respecto a vos, señor condestable... —repuso con tranquilidad el duque de Guisa.

—¿Se me desposee también del bastón de Condéstable? —interrumpió con acento brutal el señor de Montmorency.

—Sabéis perfectamente que es imposible —contestó Francisco de Lorena—; que el cargo de Condéstable no es como el de Teniente General del Reino, porque aquél es inamovible y éste no. ¿Pero, no opináis que es incompatible con el de gran maestro, que ostentáis a la par que aquél? Por lo menos, si no la vuestra, es la opinión de su majestad, que os reclama esta última dignidad para concedérmela a mí, que no tengo otra.

—¡Mejor que mejor! —gruñó el condestable rechinando los dientes—. ¿Hay algo más?

—No... creo que no —respondió el duque de Guisa volviendo a sentarse.

Comprendió el condestable que le sería muy difícil contener por más tiempo su rabia, que corría peligro de estallar de un momento a otro, que acaso faltaría al rey al respeto y que de cortesano en desgracia se convertiría en rebelde... y no quiso dar esta satisfacción a su triunfante enemigo. Saludó brevemente y se dispuso a salir.

Antes de hacerlo, sin embargo, como mudando de parecer, se dirigió al rey en estos términos:

—Señor; réstame decir una palabra más, cumplir un último deber con la memoria de vuestro glorioso padre. El hombre que le hirió mortalmente, el autor de nuestra desolación, el causante del dolor que a todos nos aflige, no fue torpe únicamente; tengo motivos para creerlo así, señor. En aquella funesta casualidad pudo tener parte, y a mi modo de ver la tuvo, una intención criminal. El hombre a quien acuso creía haber recibido agravios del rey; me consta. No dudo que vuestra majestad se servirá mandar que se practique una severa información sobre...

Se estremeció el duque de Guisa al oír aquella acusación terminante y realmente peligrosa dirigida contra Gabriel; pero Catalina de Médicis se encargó de contestar así:

—Sabed, señor condestable, que no era necesaria vuestra intervención para llamar acerca de tal hecho la atención de las personas para quienes no ha sido menos preciosa que para vos la existencia real tan cruelmente arrebatada. Yo, la viuda de Enrique II, no puedo consentir que nadie en el mundo tome la iniciativa en este deplorable asunto. Retiraos tranquilo, caballero, pues hay quien se ha anticipado a vuestra solicitud.

—Entonces, nada tengo que decir —contestó el condestable.

¡Ni aun le era permitido satisfacer personalmente el insano rencor contra el conde de Montgomery que corroía sus entrañas! ¡Se le negaba la pobre satisfacción de ser el denunciador del culpable y el vengador de su señor!

Abrasado por la vergüenza y la cólera, salió de la cámara como un loco.

Aquella noche emprendía la marcha hacia sus posesiones de Chantilly.

El mismo día salía Diana de Poitiers del Louvre, del palacio donde había reinado sobre la reina legítima, para sepultarse en el triste y lejano retiro de Chaumont-sur-Loire, de donde no debía salir hasta su muerte.

La venganza de Gabriel sobre Diana de Poitiers fue completa.

Verdad es que la ex favorita tenía reservada otra muy terrible al que le había precipitado de las cumbres deslumbradoras del poder.

En cuanto al condestable, Gabriel volvería a tropezar con él el día que el primero recobrase su valimiento.

Pero no adelantemos los sucesos, y volvamos al Louvre a fin de oír a los diputados del Parlamento, que acaban de ser anunciados a Francisco II.

XXXVIII

CAMBIO DE TEMPERATURA

A tenor del voto formulado por Catalina de Médicis, los diputados del Parlamento encontraron en el Louvre la armonía más perfecta. Francisco II, sentado entre su esposa y su madre, les presentó al duque de Guisa como Teniente General del Reino, al cardenal de Lorena como superintendente de Hacienda y a Francisco Olivier como guardasellos. El *Acuchillado* triunfaba en toda la línea; la reina madre se sonreía halagada por su triunfo y todo marchaba a las mil maravillas. Ningún síntoma de discordia turbaba, al parecer, los sonrosados albores de un reinado, que prometía ser dilatado y feliz.

Creó, sin duda, uno de los consejeros del Parlamento que no sería mal recibida una idea de clemencia por los que respiraban aquella atmósfera de bienestar, y al efecto, al pasar por delante del rey, exclamó desde el centro del grupo de que formaba parte:

—¡Perdón para Anne Dubourg!

Olvidaba por lo visto el consejero el celo por la causa católica que animaba al nuevo ministro. El *Acuchillado*, según tenía por costumbre cuando le convenía, fingió haber oído mal, y, sin consultar al rey ni a la reina madre, de cuyo asentimiento estaba seguro, contestó con voz recia y severa:

—¡Sí, señores, sí! ¡Se proseguirá con toda actividad el proceso incoado contra Anne Dubourg y los demás acusados, y quedará terminado a la mayor brevedad! ¡Podéis estar tranquilos!

Con esta seguridad, salieron del Louvre los diputados del Parlamento, alegres o tristes según la opinión religiosa de cada uno, pero convencidos de que jamás hubo gobernantes tan identificados como aquellos a quienes acababan de felicitar.

Se habían ido ya los diputados, y el duque de Guisa continuó viendo en los labios de Catalina de Médicis la misma sonrisa que parecía estereotipada en aquéllos cada vez que la miraba.

Francisco II, cansado de la recepción, se levantó diciendo:

—Ya estamos libres por hoy, si no me engaño, de todos esos negocios y de todas esas ceremonias. Decidme, madre, y vos, tío: ¿no podremos salir de París uno de estos días, para terminar el período de nuestro luto en Blois, por ejemplo, a orillas del Loire, que tanto agrada a María?

—¡Ah! ¡Procurad entre todos que sea posible lo que pide mi marido! —exclamó María Estuardo—. ¡Es París tan aburrido en estos hermosos días de verano, y los campos, en cambio, tan alegres!

—El señor duque de Guisa resolverá ese punto —contestó Catalina de Médicis—. Vos, hijo mío, no habéis terminado las tareas de hoy. Antes de que podáis entregaros al descanso, necesito pedir os media hora de vuestro tiempo, porque os resta cumplir un deber sagrado.

—¿Cuál es, madre mía? —preguntó Francisco.

—Un deber de justicia, señor —repuso Catalina—; el mismo en cuyo cumplimiento creyó anticiparse a mí el condestable, sin tener en cuenta que la justicia de la esposa es más rápida que la del amigo.

—¡Qué querrá decir! —se preguntó el duque de Guisa alarmado.

—Señor —continuó Catalina—, vuestro augusto padre ha muerto violentamente. ¿Es sencillamente desgraciado el que le infirió la herida mortal, o es culpable? Yo me inclino hacia la última suposición, pero, de todos modos, creo que la cuestión merece ventilarse. Si aceptamos con indiferencia un atentado de esta naturaleza, sin tratar a lo menos de indagar si fue voluntario o no, ¿a cuántos peligros no se verán expuestos todos los reyes, y vos el primero? Considero, pues, indispensable la formación de una sumaria que esclarezca lo que se ha dado en llamar el accidente del día treinta de junio.

—Pero, entonces —observó el *Acuchillado*—, sería preciso, si aceptamos como base vuestra opinión, mandar detener inmediatamente al señor de Montgomery, como presunto regicida.

—El señor de Montgomery está detenido desde esta mañana —contestó Catalina.

—¡Preso! —exclamó el duque de Guisa—. ¿Por orden de quién?

—Por orden mía —contestó la reina madre—. Aún no había autoridad alguna constituida, y he tomado por mí la iniciativa. El señor de Montgomery podía huir de un momento a otro, y consideré urgente prevenirlo. Ha sido conducido al Louvre sin ruido ni escándalo. Te ruego, hijo mío, que le interrogues tú mismo.

Sin esperar la contestación del rey, dio un golpe en un timbre con objeto de llamar, tal como había hecho dos horas antes el duque de Guisa.

El *Acuchillado* frunció el entrecejo: se preparaba la tormenta.

—Haced que traigan al prisionero —ordenó Catalina al ujier que se presentó a su llamamiento.

En la cámara reinó un silencio embarazoso luego que desapareció el ujier. El rey apareció indeciso, María Estuardo inquieta, el duque de Guisa descontento: sólo la reina madre afectaba dignidad y confianza.

El duque de Guisa dijo estas sencillas palabras:

—Me parece que si el señor de Montgomery hubiese querido escapar, nada le habría sido más fácil; ha dispuesto de quince días para hacerlo.

Catalina no tuvo tiempo para contestar porque introdujeron a Gabriel en aquel momento.

Estaba pálido, pero tranquilo. Aquella mañana, muy temprano, habían ido a buscarle a su palacio cuatro guardias, que proporcionaron a Aloísa un susto terrible. Gabriel les siguió sin oponer la menor resistencia y esperó los acontecimientos tranquilo y sin desconfianza aparente.

Cuando Gabriel entró en la cámara con paso firme y tranquila apostura, mudó de color el rey, fuese por la emoción que le produjo la presencia del que había herido de muerte a su padre, fuese por el terror que le inspiraba tener que cumplir por vez primera con el deber de justicia de que su madre le había hablado poco antes, deber en efecto el más formidable de cuantos el Señor impone a los reyes.

Con voz tan apagada que apenas se ponía oír, dijo a su madre:

—Hablad, señora; a vos os corresponde.

Catalina de Médicis hizo inmediatamente uso del permiso que le concedía el rey. Creíase ya segura de su omnímoda influencia sobre su hijo y sobre su ministro. Dirigiéndose a Gabriel, díjole con entonación soberbia y magistral:

—Antes de ordenar que fuese practicada una información oficial, hemos querido, caballero, haceros comparecer ante su majestad, e interrogaros personalmente, a fin de evitarnos la necesidad de daros una reparación, si resultabais inocente, y de que la justicia brillara con mayor intensidad, si resultáis culpable. Los delitos extraordinarios requieren jueces extraordinarios. ¿Estáis dispuesto a contestarnos, caballero?

—Estoy dispuesto a escucharos, señora —contestó Gabriel.

La tranquilidad de aquel hombre irritó más bien que satisfizo a Catalina. Era de esperar. Aborrecía al acusado antes de que éste la hubiese dejado viuda, le aborrecía con la misma intensidad con que le había amado en algún tiempo.

Poniendo en sus palabras acentos de amargura ofensiva, continuó:

—Concurren circunstancias singulares que os acusan, caballero: vuestras repetidas y largas ausencias de París, vuestro destierro voluntario de la corte de dos años a esta parte, vuestra presencia y vuestra actitud misteriosa en el torneo fatal, hasta vuestra negativa a entrar en la liza con el rey. ¿Cabe imaginar que vos, acostumbrado a estos ejercicios de armas, olvidaseis la precaución obligada y necesaria de arrojar a la vuelta el asta de vuestra lanza? ¿Cómo explicáis tan inconcebible olvido? Contestad. ¿Qué decís?

—Nada, señora —respondió Gabriel.

—¿Nada? —interrogó la reina madre asombrada.

—Absolutamente nada.

—¡Cómo...! Entonces... convenís... confesáis...

—No confieso nada y en nada convengo.

—¿Negáis, pues?

—Tampoco niego: callo.

María Estuardo no pudo contener un movimiento de aprobación: Francisco escuchaba con avidez y arrobamiento, y el duque de Guisa permanecía mudo e inmóvil.

Catalina insistió con voz más áspera:

—¡Tened cuidado, caballero! ¡Quizá os conviniera más intentar defenderos o justificaros! Sabed que el señor de Montmorency, a quien en caso de necesidad oiremos como testigo, afirma que le consta que abrigabais contra el rey motivos de queja y de animosidad personal.

—¿Qué motivos eran éstos, señora? ¿Los mencionó el señor de Montmorency?

—No, pero los especificará seguramente.

—¡Que los especifique... si se atreve! —contestó Gabriel con sonrisa tranquila y llena de orgullo.

—Según eso, ¿os negáis en absoluto a hablar? —insistió Catalina.

—Me niego en absoluto.

—¿Olvidáis que el tormento podría desatar vuestra lengua?

—Lo dudo mucho, señora.

—Os advierto que vuestra vida corre peligro si persistís en vuestra actitud.

—No pienso defenderla, señora: no merece la pena.

—¿Estáis decidido? ¿Ni una palabra?

—Ni una, señora.

—¡Muy bien! ¡Pero que muy bien! —exclamó María Estuardo, como impulsada por un acceso de entusiasmo irresistible—. ¡Es un silencio noble, magnífico, encantador! ¡He aquí un caballero que no quiere rechazar la sospecha, porque teme que al rechazarla puede tocarle y empañar su inmaculado honor! Yo, la reina, digo que ese silencio es la más elocuente de las justificaciones.

Catalina de Médicis miró a la reina joven con semblante airado.

—Quizá no debí hablar así —prosiguió María Estuardo—, pero peor para mí si no he aprendido a decir más que aquello que siento y pienso. Mi corazón nunca podrá sellar mis labios. Siento siempre necesidad imperiosa de exteriorizar mis impresiones y mis emociones. Mi única política es mi instinto, y éste me dice con voz clara y terminante que el señor de Exmés no ha concebido a sangre fría ni ejecutado voluntariamente el crimen que se le imputa, sino que ha sido sencillamente un instrumento ciego de la fatalidad; me dice asimismo que el señor de Exmés se juzga muy por encima de toda suposición en contrario, y que no se justifica porque creería rebajarse haciéndolo. Todo esto me lo dice mi instinto con voz muy bajita y yo lo repito en alta voz: ¿por qué no había de hacerlo?

El rey contemplaba a su *queridita*, como él la llamaba, con alegría y amor; le deleitaba oírla expresarse con aquella elocuencia y aquella animación que la hacían aparecer cien veces más hermosa que de ordinario.

Gabriel exclamó con voz conmovida y profunda:

—¡Gracias, señora, gracias! ¡Digno de vos es pensar como pensáis, no por mí, sino por vos misma!

—¡Claro! ¡Ya lo sé! —dijo María Estuardo con gracia indescriptible.

—¿Han terminado ya las niñerías sentimentales? —preguntó Catalina irritada.

—No, señora —contestó María Estuardo, herida en su amor propio de mujer joven y de reina—. No han terminado. Si para vos pasaron ya esas *niñerías sentimentales*, para nosotros, que somos, gracias a Dios, jóvenes, apenas han hecho más que principiar. ¿No es verdad, mi dulce esposo? —terminó, volviéndose con gracia hacía el rey.

Este no contestó; pero imprimió un dulce beso en la mano que le tendió María.

La cólera de Catalina de Médicis, a duras penas contenida hasta entonces, se desbordó. No había podido acostumbrarse aún a tratar como a rey a un hijo casi niño; considerábase fuerte con el apoyo del duque de Guisa, que hasta entonces no se había pronunciado en favor de nadie, y de quien no sabía que fuera protector decidido, y hasta cómplice tácito, por decirlo así, del conde de Montgomery, y segura de su poder, se atrevió a dar rienda suelta a su furor.

—¡Está muy bien! —exclamó, contestando a las últimas palabras de María—. ¡Reclamo un derecho y os burláis de mí! ¡Pido, con toda moderación, que el asesino de Enrique II sea, a lo menos, interrogado, y cuando aquél se niega a justificarse, aprobáis su silencio; es más, le alabáis! ¡Está muy bien, repito! Puesto que las cosas toman ese giro, ¡basta ya de reservas, que serían cobardías; basta ya de términos medios! ¡Me constituyo en acusadora pública y formal del conde de Montgomery! ¿Negará el rey justicia a su madre, porque es su madre? ¡Declarará el condestable, declarará, si es preciso, Diana de Poitiers! ¡Brillará la verdad, y si median compromisos secretos en este asunto que puedan comprometer al Estado, se celebrarán juicios secretos y secreta quedará la sentencia, pero al menos será vengada la muerte de un rey villanamente asesinado!

Mientras de este modo se desahogaba la reina madre, por los pálidos labios de Gabriel vagaba un sonrisa triste y resignada.

Recordaba los dos últimos versos de la predicción de Nostradamus:

*...después os dará la muerte
la hermosa dama del rey.*

¡Aquella predicción, tan exacta hasta entonces, debía cumplirse exactamente hasta el fin! ¡Catalina de Médicis haría condenar a muerte al mismo a quien tanto había amado! Gabriel lo esperaba así, y estaba dispuesto a todo.

La florentina, sin embargo, temiendo acaso que había ido demasiado lejos, hizo

una pausa, y volviéndose con la mayor amabilidad hacia el duque de Guisa, que continuaba taciturno, preguntó:

—¿Nada decís, duque? Mi opinión es la vuestra, ¿no es cierto?

—No, señora —contestó lentamente el *Acuchillado*—. Confieso que no comparto vuestra opinión, y por eso no decía nada.

—¡Ah! ¡Vos también! ¡Vos también en contra mía! —gritó Catalina con voz sorda y amenazadora.

—Por esta vez, señora, tengo ese sentimiento —respondió el duque de Guisa—. Habéis visto que hasta aquí, he coincidido con vos, y que en todo lo referente al condestable y a Diana de Poitiers, he defendido vuestros puntos de vista.

—¡Sí... porque os convenía! —murmuró Catalina—. ¡Lo reconozco ahora, aunque demasiado tarde!

—Por lo que respecta al señor de Montgomery —continuó tranquilamente el duque de Guisa—, en conciencia, no puedo compartir vuestra opinión, señora. Me parece absurdo hacer responsable de un accidente fortuito a un caballero bravo y leal. Un proceso sería un triunfo brillante para él, porque resultarían confundidos sus acusadores. Y en cuanto a esos peligros que, según vos, señora, correría la vida de los reyes de resultas de una indulgencia que prefiere creer en la desgracia a sospechar la existencia del crimen, opino, por el contrario, que lo peligroso sería habituar demasiado al pueblo a la idea de que las existencias reales son menos invulnerables y sagradas para todo el mundo como él supone...

—¡Grandes máximas políticas las vuestras, señor duque! —interrumpió Catalina con amarga ironía.

—Yo, por lo menos, las creo verdaderas y sensatas, señora, y por todas estas razones, y otras que me callo, soy de parecer de que nuestro deber es disculparnos con el señor de Montgomery por haberle detenido arbitrariamente, aunque en secreto, por fortuna para nosotros, que no para él, y una vez aceptadas nuestras excusas, dejarle en libertad, tan honrado como era ayer, como será mañana y siempre. He dicho.

—¡Muy bien! —exclamó Catalina con risa burlona.

Dirigiéndose con brusquedad al rey, le preguntó:

—¿Será por casualidad ésa vuestra opinión, hijo mío?

La actitud de María Estuardo, que con la mirada y la sonrisa daba las gracias al duque, debía disipar toda clase de vacilaciones del ánimo del rey.

—Sí, madre mía —contestó—; declaro que soy de la misma opinión que mi tío.

—¿Es decir, que hacéis traición a la memoria de vuestro padre? —repuso Catalina con voz trémula y profunda.

—Al contrario, señora; la respeto —replicó Francisco II—. Las primeras palabras que pronunció mi padre después de caer herido, fueron recomendar que no se

molestase al señor de Montgomery. Y durante los intervalos lúcidos de su agonía, ¿no reiteró varias veces la misma súplica, mejor dicho, la misma orden? Permitid, señora, que su hijo la obedezca.

—¡No me parece mal! ¡Y entretanto, para empezar, despreciáis la santa voluntad de vuestra madre!

—Permitidme, señora —terció el duque de Guisa—, que os recuerde vuestras mismas palabras: una sola voluntad en el Estado.

—Pero añadí que la del ministro debía someterse a la del rey —replicó Catalina.

—Cierto, señora —dijo María Estuardo—; pero creo recordar que dijisteis también que la del rey podía ser ilustrada por las personas cuyo interés único fuese el de su prosperidad y gloria. Ahora bien: nadie como yo, que soy su esposa, tendrá ese interés, según presumo; y yo, su mujer, le aconsejo, con mi tío el duque de Guisa, que crea en la lealtad mejor que en la felonía de un súbdito valiente y cien veces probado, y que no inaugure su reinado con una iniquidad.

—¿Daréis oídos a semejantes sugerencias, hijo mío? —preguntó Catalina.

—Cedo a la voz de mi conciencia, señora —contestó Francisco II con entereza que no era de esperar de él.

—¿Es ésa tu última resolución, Francisco? —gritó Catalina—. ¡Cuidado con lo que haces! Si niegas a tu madre la primera súplica que te dirige, si te declaras independiente de ella para convertirte en instrumento dócil de los demás, te dejaré que reines solo, sin o con tus fieles ministros; no volveré a ocuparme nunca más en nada de cuanto tenga relación contigo o con tu reino, te retiraré los consejos de mi experiencia y de mi adhesión, volveré a mi retiro, te abandonaré, hijo mío... ¡Piénsalo bien...!

—Deploraríamos esa retirada, pero nos resignaríamos a ella —murmuró María Estuardo con voz tan baja que únicamente la oyó el rey.

El enamorado e incauto joven, como si fuera un eco fiel, repitió en alta voz:

—Deploraríamos esa retirada, pero nos resignaríamos a ella, señora.

—¡Está bien! —dijo Catalina.

Y añadió en voz baja, designando a Gabriel:

—¡En cuanto a ése, yo volveré a encontrarle tarde o temprano!

—Lo sé, señora —contestó Gabriel, que estaba pensando en su horóscopo.

Catalina no le oyó.

Ardiendo en ira, lanzó una mirada furiosa y viperina a la real pareja y al duque de Guisa, mirada terrible y asesina que dejó traslucir los crímenes cometidos por la ambición de la florentina y toda la tenebrosa historia de los últimos Valois... y salió de la cámara sin añadir una palabra más.

XXXIX

GUISA Y COLIGNY

Siguió un silencio de algunos momentos a la salida de Catalina de Médicis. El rey parecía asombrado de su propia audacia, y María, inspirándose en el delicado instinto de su ternura, pensaba con terror en la última mirada cargada de amenazas de la reina madre. El duque de Guisa, en cambio, se alegraba en secreto de verse libre, desde el momento en que subía al poder, de una asociada ambiciosa y peligrosa.

Gabriel, causa ocasional de aquella perturbación, habló el primero.

—Os doy las gracias, señor —dijo—, y a vos, señora, por las excelentes y generosas intenciones que abrigáis para con un desventurado a quien hasta el cielo abandona. Pero, a pesar de la profunda gratitud que os profesa mi corazón, os diré que de nada sirve que alejéis los peligros y la muerte de una existencia tan triste y precaria como la mía. A nadie puede ser útil mi vida, ni siquiera a mí mismo. No la hubiera disputado a la señora Catalina de Médicis, porque de hoy más y para siempre es completamente inútil... ¡y podría ser perjudicial algún día! —añadió con el pensamiento.

—Gabriel —contestó el duque de Guisa—; vuestra vida ha sido gloriosa y digna hasta aquí, y digna y gloriosa será en lo sucesivo. Sois hombre de energía, como necesitarían tener muchos y tienen muy pocos los que gobiernan los imperios.

—Además —dijo con voz dulce y consoladora María Estuardo—, tenéis un corazón noble y generoso, Montgomery. Os conozco desde hace mucho tiempo, y mi conocimiento no es superficial, que no en vano hemos hablado frecuentemente con vos Diana de Castro y yo.

—Y por otra parte —añadió Francisco II—, vuestros servicios anteriores, caballero, son prenda segura de vuestros servicios futuros. Pueden encenderse de nuevo las guerras hoy felizmente extinguidas, y no quiero que un momento de desesperación, sea el que sea el motivo, prive para siempre a la patria de un defensor tan leal como valiente.

Gabriel escuchaba con melancólica sorpresa aquellas palabras de aliento y de esperanza; miraba sucesivamente a los elevados personajes que se las dirigían y parecía meditar profundamente.

—Pues bien, sí —dijo al fin—, las bondades inesperadas de que me hacéis objeto los que tal vez deberíais odiarme, cambian completamente el destino de mi vida. Mientras yo viva, vuestra será, señor, vuestra, señora, vuestra, monseñor, la existencia que, por decirlo así, me habéis regalado. ¡Yo no nací malo, no! El beneficio que me otorgáis conmueve mi corazón. Nací para consagrarme, para sacrificarme por otros,

para servir de instrumento a los grandes ideales y a los grandes hombres... instrumento muchas veces afortunado... ¡funesto otras! ¡Ay! ¡Bien lo sabía la cólera de Dios! Pero no hablemos de un pasado lúgubre, ya que tenéis la bondad de abrir ante mis ojos un porvenir. Este porvenir no es mío, os pertenece a vosotros, es propiedad de los objetos de mi admiración y de mi convicción. Desde hoy hago renuncia absoluta de mi voluntad: hagan de mí lo que quieran los seres y las cosas en las cuales creo. Mi espada, mi sangre, mi vida, todo lo que soy y valgo es suyo, y sin reservas y por siempre consagro mi brazo a vuestro genio, monseñor, como consagro mi alma a la religión.

No dijo a cuál, pero ninguno de sus oyentes sospechó que pudiera referirse a la protestante.

La elocuente abnegación del conde les conmovió a todos. María vertía lágrimas, el rey se felicitaba de haber tenido entereza bastante para salvar aquel corazón tan rico en agradecimiento, y en cuanto al duque de Guisa, creía saber mejor que nadie hasta donde podía llegar el ardiente espíritu de sacrificio de Gabriel.

—Sí, amigo mío —le dijo—; desde luego os anuncio que os necesitaré. Algún día reclamaré en nombre de Francia y del rey la valiente espada que nos prometéis.

—Hoy, mañana, siempre la encontraréis dispuesta, monseñor.

—Dejadla tranquila en la vaina durante algún tiempo —añadió el duque de Guisa—. Conforme os ha dicho el rey, hoy todo está tranquilo; las guerras y las facciones duermen. Descansad, pues, Gabriel, y dejad que poco a poco duerman también los rumores funestos que han acompañado a vuestro nombre en estos últimos días. Claro está que ninguno que tenga un corazón noble y generoso ha de pensar en acusaros de lo que sólo es imputable a vuestra desgracia, pero vuestra gloria exige que se extinga poco a poco la cruel reputación de que injustamente gozáis. Más adelante, dentro de uno o dos años, yo pediré al rey para vos el cargo de capitán de guardias, del cual no habéis dejado de ser digno.

—¡Ah! —contestó Gabriel—. No son honores los que yo anhelo, sino ocasiones de ser útil al rey y a Francia, ocasiones de combatir... y no me atrevo ya a decir, porque temería pasar plaza de ingrato, ocasiones de morir.

—No habléis así, Gabriel —replicó el *Acuchillado*—. Decidme tan sólo que cuando el rey os llame para marchar contra sus enemigos, acudiréis presuroso a su llamamiento.

—En dondequiera que esté, monseñor, me encontraréis siempre dispuestos a marchar al punto que se me designe.

—Está muy bien; no os pido otra cosa —dijo el de Guisa.

—Y yo —terció Francisco II—, os doy las gracias por vuestra promesa y procuraré que no os arrepintáis de haberla cumplido.

—Pues yo os aseguro que nuestra confianza corresponderá siempre a vuestra

abnegación —dijo María Estuardo—, y que seréis para nosotros uno de esos amigos para quienes no se guardan secretos y a los cuales nada se les niega. El conde de Montgomery, más conmovido de lo que habría deseado, besó respetuosamente la mano que le presentó la reina, estrechó la del duque de Guisa y, despedido por el rey con una demostración de benevolencia, se retiró, ganado para siempre por medio de un beneficio a la causa del hijo de aquel a quien había jurado perseguir hasta en el último de sus descendientes.

Al llegar a su palacio, Gabriel encontró al almirante Coligny que le estaba esperando.

Había dicho Aloísa al almirante, que iba a visitar a su compañero de armas en San Quintín, que su amo había sido llamado al Louvre aquella mañana. La buena nodriza dio cuenta al almirante de sus temores, y Coligny decidió esperar hasta que el regreso de Gabriel llevara la tranquilidad al ánimo de la nodriza, y al suyo, puesto que también los abrigaba.

Recibió a Gabriel con efusión y le preguntó lo que le había sucedido.

Gabriel, sin entrar en detalles, le contestó que habiendo dado una explicación sencilla sobre la muerte de Enrique II, le habían mandado que se retirase, sin que ni su persona ni su honor hubiesen sufrido el menor detrimento.

—No podía ser de otra manera —dijo el almirante—. Toda la nobleza de Francia habría protestado contra una sospecha que hubiera ofendido a uno de sus representantes más dignos.

—Dejemos esto —dijo Gabriel con tristeza—. Tengo mucho gusto en veros, señor almirante. Sabéis que pertenezco a la religión reformada, puesto que así lo hice constar de palabra y por escrito. Ahora os repito que soy de los vuestros.

—¡Excelente noticia, que además no puede llegar más a tiempo! —exclamó el almirante.

—Tal vez convendría, por interés mismo de la causa, guardar secreta durante algún tiempo mi conversión. Hace un momento me hizo observar el duque de Guisa que debo evitar en lo posible que suene mi nombre hasta que se extingan los rumores que le acompañan, consejo que me he propuesto seguir con tanto mayor motivo, cuanto que mi retraso se conciliará perfectamente con las nuevas obligaciones que me he impuesto.

—Tendríamos a mucho honor poderos nombrar entre los nuestros...

—Pero me interesa rehusar o aplazar por lo menos esa prueba de vuestro aprecio. Hoy, sólo aspiro a poderme llamar interiormente vuestro hermano.

—Perfectamente. Lo único que quisiera es que me autorizaraís para comunicar a los jefes la preciosa conquista que ha hecho nuestro partido.

—Consiento con todo mi corazón.

—Así como así, os conocían ya el príncipe de Condé La Rénaudie, el barón de

Castelnau y algunos otros, y todos aprecian en lo que vale vuestro valor.

—Temo mucho que lo exageren, señor almirante; sabed que mi valor ha disminuido notablemente.

—¡No, no! Yo os conozco también, y tengo motivos para saber que valéis mucho. Es posible que dentro de muy poco hayamos de poner a prueba vuestro celo.

—¿De veras? —preguntó Gabriel sorprendido—. Podéis contar conmigo, aunque con ciertas reservas, acerca de las cuales tendré el gusto de daros explicaciones.

—Todos tenemos nuestros secretos, Gabriel... Pero escuchadme, que no ha sido sólo el amigo quien vino a visitaros hoy, sino el correligionario, el hombre de partido. Hemos hablado de vos con el príncipe y con La Rénaudie. Os teníamos por un auxiliar de mérito excepcional y de probidad indiscutible antes de que hubieseis manifestado vuestro asentimiento decisivo a nuestros principios. En una palabra: unánimemente os hemos considerado como hombre capaz de servirnos, si podíais, pero incapaz de hacernos traición, suceda lo que suceda.

—Poseo esta última cualidad a falta de la primera. Podéis fiar siempre, si en mi ayuda no, a lo menos en mi palabra.

—Seguros de que así es, hemos resuelto no tener jamás secretos para vos. Seréis, como todos nuestros jefes, iniciado en todos nuestros proyectos, sin que pese sobre vos más obligación que la del silencio. No sois hombre como los demás, y con los hombres excepcionales debe obrarse de una manera excepcional. Así, pues, vos continuaréis siendo libre, y únicamente nosotros quedaremos comprometidos...

—¡Semejante confianza...!

—No os obliga más que a la discreción, amigo mío; os lo repito. Y para empezar, sabed lo siguiente: los proyectos que os fueron revelados en la asamblea de la Plaza de Maubert, y cuya realización hubo de ser aplazada, son viables hoy. La debilidad de un rey niño, la insolencia de los Guisa, las ideas de persecución contra nosotros, que no se toman la molestia de disimular, todo, en una palabra, nos incita a obrar, y por consiguiente, vamos...

—¡Perdonad! —interrumpió Gabriel—. Os he dicho, señor almirante, que soy vuestro, pero con ciertas reservas y hasta determinados límites. Antes de que paséis adelante en vuestras confidencias, es deber mío declararos que no tomaré parte en nada que tenga relación con el lado político de la reforma, a lo menos durante el presente reinado. Para la propaganda de nuestras ideas y para la extensión de nuestra influencia moral, ofrezco mi fortuna, mi tiempo, mi vida, pero hoy por hoy, veré en la reforma una religión, de ninguna manera un partido político. Francisco II, María Estuardo, y el mismo duque de Guisa acaban de portarse conmigo con generosidad y grandeza, y si obligado estoy a no traicionar vuestra confianza, no lo estoy menos a no abusar de la suya. Permitidme que me abstenga de la acción y que sólo me ocupe de la idea. Reclamad mi testimonio cuando os plazca, pero me reservo la

independencia de mi espada.

Después de reflexionar un momento, dijo el señor de Coligny.

—Mis palabras, Gabriel, no eran vanas. Sois y seréis siempre libre. Seguid solo vuestro camino, si así lo deseáis; obrad sin nuestro concurso, o nada hagáis, que nosotros jamás os pediremos cuenta de vuestros actos ni de vuestra inactividad. Ya sabemos —añadió con acento significativo— que tenéis la costumbre de no admitir asociados ni consejeros.

—¿Qué me queréis decir? —preguntó Gabriel sorprendido.

—Yo me entiendo —respondió el almirante—. ¿No queréis, por el momento, tomar parte en nuestras conspiraciones contra la autoridad real? ¡Sea! Nos limitaremos a teneros al corriente de nuestros movimientos y proyectos, y vos podréis seguirnos o permanecer alejado de nosotros, según preferáis. Por escrito o por medio de mensajero os haremos saber siempre cuándo, dónde y cómo nos seréis necesario, y luego que lo sepáis, seréis dueño de hacer lo que os acomode. Si venís, os recibiremos con los brazos abiertos, y en caso contrario, no se os hará cargo alguno. Esto es lo que se ha convenido con respecto a vos por los jefes del partido, aun antes de que me hubieseis enterado de vuestra actitud. Yo creo que aceptaréis estas condiciones.

—Las acepto y os doy las gracias —contestó Gabriel.

A la noche siguiente, Gabriel, arrodillado en la cripta funeraria donde dormían el sueño eterno los condes de Montgomery, delante de la tumba de su padre, hablaba a su querido muerto diciéndole:

—¡Sí, padre mío! Había jurado vengar vuestra muerte no sólo en la persona del que os asesinó, sino en las de los individuos de su raza. ¡Sí, padre mío, sí, es verdad, pero al prestar ese juramento, no pude prever lo que está pasando! ¿Por ventura no existen deberes acaso más sagrados que el mismo juramento? ¿Hay razón que obligue a herir a un enemigo que os pone la espada en la mano y ofrece el pecho desnudo a vuestros golpes? Si vivierais, padre mío, seguro estoy de que me aconsejaríais que adormeciese mi cólera y que no contestase a la confianza con la traición. Perdonadme, pues, muerto, lo que me habríais ordenado vivo. Por otra parte, el corazón, que no suele engañar, me dice que mi venganza no se diferirá mucho tiempo. Desde el cielo, donde os halláis, sabéis lo que los mortales apenas si acertamos a presentir, pero la palidez de nuestro débil rey, la mirada espantosa que le ha fulminado su madre, las predicciones, fieles hasta hoy, que me condenan a ser víctima del furor de esa mujer, las conjuraciones ya urdidas contra un reinado que principió ayer, todo me prueba que el joven de diez y seis años reinará menos tiempo que el hombre de cuarenta, y que podré muy pronto, padre mío, proseguir mi tarea y cumplir mi juramento de expiación en la persona de otro hijo de Enrique II.

XL

INFORMES Y DELACIONES

Pasaron siete u ocho meses sin que ocurrieran sucesos dignos de ser recordados.

Sin embargo, durante ese lapso de tiempo, se prepararon acontecimientos de cierta gravedad.

Para ponernos al corriente de todo, nos bastará trasladarnos, el día 25 de febrero de 1560, al lugar donde se tiene o se debe tener noticia de todo, es decir, al despacho del señor teniente de policía, cargo que desempeñaba por aquella fecha un señor de Braguelonne.

En la noche del referido día, el señor de Braguelonne, negligentemente arrellanado en su sillón de cuero de Córdoba, escuchaba el informe de uno de sus secretarios llamado Arpión.

He aquí lo que leía este último:

«Hoy ha sido preso en el salón grande de palacio el famoso ladrón Gilles Rose en el acto de estar cortando una faja guarnecida de oro a un canónigo de la Santa Capilla»..

—¡A un canónigo de la Santa Capilla! —repitió el señor de Braguelonne.

—¡Un acto que revela una impiedad inconcebible! —dijo el secretario.

—Y una destreza más inconcebible aún, porque los canónigos son desconfiados. Después os diré, Arpión, lo que debe hacerse con ese astuto ratero.

«Las señoritas de vida alegre de la calle de Grand-Heuleu —continuó Arpión— se han declarado en rebelión abierta».

—¡Santo Dios! ¿Por qué?

—Dicen que han dirigido una exposición al rey nuestro señor solicitando que se las respete en sus casas, y mientras esperan la contestación, han arrollado o hecho arrollar a la ronda.

—¡Qué picaruelas! —exclamó riendo el señor de Braguelonne—. Restableceremos el orden... ¡Pobres niñas! A otra cosa.

«Habiéndose presentado los señores diputados de la Sorbona en el domicilio de la señora princesa de Condé con objeto de recordarle que no debe comer carne durante la santa Cuaresma, han sido recibidos burlescamente por el señor de Sechelles, quien les dijo, entre otras frases ultrajantes, que le hacían la misma gracia, poco más o menos, que una verruga en la nariz, y que nunca había visto unos embajadores tan parecidos a becerros como ello»..

—¡Eso es más grave! —dijo el señor de Braguelonne levantándose—. ¡No tiene perdón de Dios negarse a comer en vigilia y ultrajar encima a esos dignos

representantes de la Sorbona! Es esta una partida nueva que añadiremos a vuestra cuenta, señora princesa, y cuando os presentemos el total... ¿Hay algo más, Arpión?

—Nada más por hoy —contestó el secretario—. Pero todavía no me ha indicado monseñor qué es lo que debemos hacer con Gilles Rose.

—Escuchad: le sacaréis de la cárcel, juntamente con todos los rateros más hábiles que le acompañen, y enviaréis a todos esos buenos perillanes a Blois, a fin de que, en la fiesta que se prepara en honor del rey, diviertan a su majestad con lo más selecto de sus juegos de manos.

—¡Pero, monseñor! ¿Y si se quedan con los objetos que roben en broma?

—Si toman en serio lo que se les consiente en broma, serán ahorcados.

En aquel momento se presentó un ujier anunciando:

—El señor inquisidor de la fe.

El secretario, sin esperar a que le mandaran salir, se inclinó profundamente y desapareció.

El que entraba era, en efecto, una persona importante y temible. A sus títulos ordinarios de doctor de la Sorbona y de canónigo de Noyón, reunía el extraordinario de inquisidor de la fe de Francia. No es de admirar, pues, que, en su deseo de que su nombre fuera tan retumbante como sus títulos, se hiciese llamar Démocharés, aunque se llamaba sencillamente Antonio de Mouchy. El pueblo bautizó a sus emisarios con el remoquete de *Moscardones*, y desde entonces, se da ese nombre en Francia a los espías o soplones, en el argot picaresco.

—¡Hola, señor teniente de policía! —dijo el inquisidor.

—¡Hola, señor gran inquisidor! —respondió el señor de Braguelonne.

—¿Qué hay de nuevo en París?

—Iba a dirigiros la misma pregunta.

—Lo que quiere decir que no hay nada —dijo Démocharés exhalando un suspiro—. ¡Ah! ¡Malos tiempos corremos! ¡La paralización es desesperante! ¡Ni un mal complot... ni un ligero atentado! ¡Qué cobardes son esos hugonotes! ¡Nuestro oficio está en baja, señor de Braguelonne!

—Eso no, señor inquisidor; los gobiernos pasan, pero la policía perdura.

—Sin embargo, ved de qué nos ha servido vuestra incursión a mano armada en el centro de los reformados de la calle de los Marais. Yo creí que, conforme me habíais anunciado, les sorprenderíais comiendo cerdo en vez del cordero pascual, pero el único botín que trajisteis de tan brillante expedición fue un mísero pollo asado. ¿Creéis, señor teniente de policía, que empresas tan gloriosas como esta hacen mucho honor a vuestra institución?

—No siempre se consigue lo que se desea, señor inquisidor. ¿Estuvisteis vos más afortunado en vuestro asunto con ese abogado de la Plaza de Maubert, ese abogado llamado Trouillard, si mal no recuerdo? Sin embargo, os prometíais grandes

resultados.

—Confieso que así era.

—Dabais por cierto y averiguado que podríais probar, tan claro como la luz del día, que Trouillard, a la terminación de una orgía espantosa, había entregado a sus dos hijas a los apetitos de sus correligionarios. Contáis con testigos que os prometen declararlo así, y en efecto: llegado el momento de declarar, afirman todo lo contrario.

—¡Traidores!

—En cambio se ha probado hasta la saciedad que no ha recibido detrimento alguno la virtud de esas jóvenes.

—¡Es verdad... es verdad!

—¡Una operación fracasada, señor inquisidor, una operación fracasada!

—¡Cierto! —gritó el inquisidor—. ¡Fracasada, pero por culpa vuestra!

—¿Por culpa mía? ¿Cómo?

—¡Claro que por culpa vuestra! ¡Si no hicierais caso de informes, de retractaciones, de tonterías...! ¿Qué importa que nieguen? ¡Se les condena, y asunto terminado!

—¿Sin pruebas?

—¡No hacen falta!

—¿Aunque sean inocentes?

—No lo son.

—¿Y los clamores y las iras que se desencadenarían contra nosotros?

—¡Ahí es donde yo os esperaba! —exclamó Démocharés con expresión triunfante—. ¡Ya estamos en la piedra de toque de todo mi sistema! ¿Cuál es la consecuencia natural de los clamores de que habláis? ¡Las conjuraciones! ¿Qué resultado dan las conjuraciones? ¡Los trastornos y revueltas! ¿Y para qué sirven los trastornos y las revueltas? Para demostrar la utilidad de nuestras funciones.

—Desde ese punto de vista, es cierto... —contestó riendo el señor de Braguelonne.

—Tened siempre presente este axioma: Para cosechar crímenes, es preciso sembrarlos. Además: la persecución es una fuerza.

—¡Me parece que no hemos hecho otra cosa que sembrar desde el comienzo de este reinado! Tampoco hemos sido parcos en la persecución, y hubiera sido difícil excitar y provocar a los descontentos de toda clase más de lo que hemos hecho.

—¡Bah! ¿Qué se ha hecho en total?

—En primer lugar, visitas diarias a las casas de los hugonotes.

—Todo eso es nada, desde el momento en que las sufren resignados.

—¿Es nada también el suplicio de Anne Dubourg, sobrina del canciller de Francia, a quien quemamos hace dos meses en la Plaza de la Grève?

—Habría sido algo, si el suplicio hubiese tenido consecuencias, pero no las tuvo,

porque no llamo consecuencias al asesinato del presidente Minard, uno de los jueces, y a una pretendida conspiración cuyas huellas no ha sido posible hallar.

—¿Y qué juicio os merece el último edicto, que no sólo ataca a los hugonotes sino a toda la nobleza del reino? De mí puedo decir, y así lo hice presente al señor cardenal de Lorena, que le encuentro atrevido en exceso.

—¿Os referís a la disposición que ha suprimido las pensiones?

—Me refiero a la que prescribe a todos los pretendientes, nobles o plebeyos, que abandonen la corte dentro del plazo de veinticuatro horas, bajo pena de ser ahorcados. Medir con la misma vara a los caballeros y a los plebeyos resulta duro.

—Sí... la medida es atrevida, lo reconozco. Hace cincuenta años, habría bastado para que se sublevase en masa toda la nobleza del reino; pero hoy, ya lo veis: han gritado, pero sin obrar. Nadie se mueve.

—Puede que os equivoquéis —dijo el señor de Braguelonne bajando la voz—. No se mueven en París, pero, si no me equivoco, se agitan demasiado en provincias.

—¡Ah! ¿Tenéis noticias?

—Todavía no; pero las espero.

—¿De dónde?

—Del Loire.

—¿Tenéis allí emisarios?

—Uno solo, pero bueno.

—¡Uno solo! ¡Algo arriesgado es eso!

—Prefiero pagar un solo emisario, siempre que sea inteligente y seguro, aunque me cueste tanto como veinte tunantes estúpidos. Tengo ese modo de ver las cosas.

—Sí... ¿pero, quién os responde de ese hombre?

—Su cabeza, en primer lugar, y en segundo, los servicios que me ha prestado. No me fiaría si no me hubiese dado pruebas.

—Con todo, no deja de ser arriesgado.

No había terminado de hablar Démocharés, cuando entró sin hacer ruido Arpión y deslizó algunas palabras al oído de su jefe.

—¡Ah! —exclamó el teniente de policía—. Que pase Ligniérés al momento, Arpión... Sí; no importa que esté el señor inquisidor.

Arpión hizo una reverencia y salió.

—Ese Ligniérés es precisamente el hombre de quien os estaba hablando —repuso el señor de Braguelonne frotándose las manos—. Vais a oírle. Llega en este instante de Nantes. Entre nosotros creo que no debe haber secretos. Además, celebro poder demostraros que mi sistema vale tanto, por lo menos, como cualquier otro.

Arpión abrió la puerta para que entrase Ligniérés.

Era éste un hombrecillo flaco, negro y desmedrado, el mismo a quien conocimos en la asamblea protestante de la Plaza de Maubert, el mismo que con tanta osadía

presentó la medalla republicana, el que habló de flores de lis cortadas y de cetros y coronas hollados.

Como se ve, si por aquellos tiempos no existían todavía los agentes provocadores, la familia empezaba ya a florecer.

XLI

UN ESPÍA

Lo primero que hizo Lignières al entrar fue dirigir a Démocharés una mirada de desconfianza; saludó después al señor de Braguelonne, y finalmente quedó silencioso, inmóvil, esperando prudentemente que le interrogasen.

—Me alegro infinito de veros, señor Lignières —dijo el señor de Braguelonne—. Podéis hablar sin temor delante del señor gran inquisidor de la fe en Francia.

—¡Oh, sin la menor duda! —exclamó presuroso Lignières—. Si yo hubiese sabido que me hallaba en presencia del ilustre señor Démocharés, creed, monseñor, que no hubiera titubeado un instante.

—Muy bien —dijo Démocharés, aprobando con movimientos de cabeza la respetuosa deferencia del espía.

—¡Hablad... hablad pronto! —repuso el teniente de policía.

—Pero es el caso que tal vez el señor no esté muy al corriente de lo que pasó en el penúltimo conciliábulo de los protestantes celebrado en la Ferté —observó Lignières.

—En efecto, no sé gran cosa —respondió Démocharés.

—Entonces —dijo el espía—, si me lo permitís, haré historia sucinta de los graves hechos de que me he enterado en estos últimos días, y así mi relación resultará más clara y ordenada.

Braguelonne hizo una seña de asentimiento. La pequeña dilación no agradaba al teniente de policía, cuya impaciencia por saber era muy viva, pero lisonjeaba su orgullo, porque hacía ver al inquisidor general la capacidad superior y demostraba la elocuencia extraordinaria de sus agentes.

A decir verdad, Démocharés quedó sorprendido y extraordinariamente bien impresionado al encontrar, él, que era hábil conocedor, un instrumento mejor y más a propósito que todos los que hasta entonces había él utilizado.

Lignières, excitado por el alto honor que se le dispensaba, quiso aparecer digno de él, y lo consiguió.

—En realidad —dijo—, no ha sido muy grave la primera asamblea reunida en la Ferté, pues se han limitado a decir y a hacer cuatro tonterías. Yo propuse el destronamiento de su majestad y la proclamación en Francia de la Constitución de los Cantones suizos, y no coseché más que una tempestad de injurias. Tan sólo se acordó, y aun eso con carácter provisional, dirigir al rey una exposición, suplicándole que ponga término a las persecuciones contra los protestantes, que despida de su lado a los Guisa, llame a los príncipes de la sangre y convoque inmediatamente Estados Generales. Poca cosa, nada, mejor dicho, es una simple solicitud. Sin embargo, se

hizo recuento de fuerzas y se trató de la organización de las mismas, y eso ya es algo. También se trató de nombrar jefes, y mientras la cuestión estuvo reducida a la elección de jefes secundarios de distritos, no surgieron dificultades; pero, en cambio, costó gran trabajo nombrar jefe supremo, designar al que había de ser la cabeza de la conspiración. El almirante Coligny y el príncipe de Condé han declinado por medio de sus representantes el peligroso honor que querían conferirles designándoles para tan alto cargo. Sus representantes manifestaron que sería más acertado escoger un hugonote de posición menos elevada que la suya, a fin de que el movimiento ofreciera el carácter de una empresa popular. El pretexto es bueno para los tontos, pero es lo cierto que se conformaron con él, acabando por elegir, no sin largos debates, a Godofredo de Barry, señor de La Rénaudie.

—¡La Rénaudie! —repitió Démocharés—. Sí; es, en efecto, uno de los agitadores más ardientes de esos imbéciles. Me consta que es hombre enérgico y activo.

—Dentro de poco os constará también que es un Catilina —dijo Ligniérés.

—¡Oh, oh! —exclamó Braguelonne—. Me parece que exageráis su mérito.

—Pronto veréis que no exagero —replicó Ligniérés—. Pero pasemos ahora a *nuestra* segunda asamblea, celebrada en Nantes, el día cinco de febrero último.

Los dos oyentes se acercaron a Ligniérés con muestras de viva curiosidad.

—Allí —prosiguió el espía— no se han conformado con discursos y tonterías. Escuchadme... ¿Pero, desean vuestras señorías que les cuente todos los pormenores con sus pruebas correspondientes, o bien que pase, haciendo caso omiso de aquéllas, a los resultados? —añadió el bribón, como si se propusiera prolongar todo el tiempo posible la especie de posesión que en aquel momento ejercía sobre las almas de sus oyentes.

—¡Hechos... hechos! —gritó con impaciencia el teniente de policía.

—Helos aquí, y, o mucho me engaño, o van a haceros temblar. Después de algunos discursos y preliminares insignificantes, tomó la palabra La Rénaudie y dijo: "El año pasado, cuando la reina de Escocia quiso que los ministros protestantes fueran juzgados en Stirling, todos los feligreses de aquéllos decidieron seguirles a la ciudad mencionada, y aunque lo hicieron sin armas, la reunión de tanta gente bastó para intimidar a la regente, que renunció a la violencia que meditaba. Propongo que empecemos en Francia del mismo modo; que una muchedumbre inmensa de protestantes se dirija a Blois, residencia actual del rey, y que se presenten sin armas para entregarle una solicitud pidiendo que revoque los edictos de persecución, que conceda a los reformados el libre ejercicio de su religión, y que, puesto que sus asambleas nocturnas y secretas han dado margen a tantas calumnias, que se les autorice para reunirse en sus templos a la luz del sol y a presencia de las autoridades.

—¡Bah! ¡Siempre lo mismo! —exclamó Démocharés desilusionado—. ¡Manifestaciones pacíficas que a nada conducen! ¡Peticiónes... protestas...

súplicas...! ¿Y éstas son las nuevas terribles que nos anunciabais, Ligniéres?

—¡Aguardad... aguardad! Comprenderéis que la inocente proposición de La Rénaudie me ha producido tanta o más risa que a vos. Pero fue el caso que quisieron saber hasta dónde podrían llegar con aquellas medidas; varios protestantes pidieron que se les dijese qué harían si aquéllas no daban el resultado apetecido, y entonces, La Rénaudie descubrió todo su pensamiento y reveló el atrevido proyecto que ocultaba bajo apariencias tan humildes.

—Veamos ese atrevido proyecto —dijo Démocharés, con el tono de quien no se asusta fácilmente.

—Mientras la turba de solicitantes tímidos y desarmados, que se acercan en actitud suplicante a las gradas del trono, embargan la atención general —explicó Ligniéres—, quinientos caballeros y mil soldados... ¿qué os parece, señores?, quinientos caballeros y mil soldados, es decir, mil quinientos hombres, los más resueltos y los más aferrados a la causa de la Reforma y a los príncipes, se reunirán en diversas provincias, bajo las órdenes de treinta capitanes escogidos, y avanzarán sigilosamente hacia Blois, por diferente caminos, penetrarán en la ciudad de grado o por fuerza... tened presente que digo de grado o por fuerza, se apoderarán del rey, de la reina madre y del duque de Guisa, los juzgarán y sentenciarán, conferirán la autoridad a los príncipes de la sangre, y dejarán a la decisión de los Estados Generales la misión de decretar la forma administrativa que convenga adoptar... Este es el complot, señores. ¿Qué os parece? ¿Es una niñería? ¿Una inocentada que no merece ser tenida en cuenta? ¿Soy o no soy útil para algo?

Calló Ligniéres saboreando su triunfo. El gran inquisidor y el teniente general de policía le miraban admirados y alarmados. Hubo una pausa de bastante duración, durante la cual las dos autoridades se entregaron a meditaciones de todo género.

—¡Por Dios vivo que es admirable! —exclamó al fin Démocharés.

—¡Decid más bien que es espantoso! —replicó Braguelonne.

—¡Al freír será el reír! —dijo Démocharés con tono de suficiencia.

—Conocemos únicamente los proyectos que La Rénaudie confiesa, pero aun sin saber qué medidas adoptarán los de la parte contraria, fácil es adivinar que los Guisa se defenderán con tesón, que se dejarán hacer pedazos antes que soltar el poder, y que si su majestad nombra ministro al príncipe de Condé, sólo será cediendo a la violencia.

—Pero como estamos advertidos —observó Démocharés—, todo lo que esos incautos intenten contra nosotros, se volverá contra ellos. Desde luego puede asegurarse que caerán en sus propias redes. Yo apostaría a que el señor cardenal ha de alegrarse cuando lo sepa, como apostaría a que hubiese pagado a peso de oro la ocasión que le presentan de acabar de una vez con todos sus enemigos.

—¡Quiera Dios que la alegría le dure hasta el final! —dijo Braguelonne.

Y dirigiéndose a Lignières, que iba convirtiéndose en hombre importante, añadió:

—En cuanto a vos, señor marqués (era, en efecto, marqués aquel miserable), os diré que habéis prestado al rey y al Estado un servicio eminentísimo, que os será dignamente recompensado: podéis estar tranquilo.

—¡Sí por cierto! —dijo Démocharés—. Sois verdaderamente digno de alabanza, y por lo tanto, de hoy en adelante podéis contar con mi aprecio. También a vos, señor de Braguelonne, he de felicitaros por lo acertado de la elección de las personas que empleáis. ¡Ah! El señor de Lignières tiene derecho a toda mi consideración.

—Me recompensáis con esplendidez excesiva lo poco que he hecho —contestó con modestia Lignières.

—Pruebas tenéis de que no somos ingratos, señor de Lignières —continuó el teniente de policía—. El servicio que... Pero veamos, porque, si no me engaño, todavía no lo habéis dicho todo. ¿No han señalado fecha? ¿Punto de reunión?

—Deben reunirse en los alrededores de Blois el día quince de marzo —contestó Lignières.

—¡El día quince de marzo...! —repitió el señor de Braguelonne—. ¡No disponemos más que de veinte días...! ¡Y el señor cardenal de Lorena se encuentra en Blois! ¡Necesitamos casi dos días para advertirle y recibir sus órdenes! ¡Qué responsabilidad la mía!

—¡Pero qué triunfo al final! —exclamó Démocharés.

—Veamos, mi querido señor de Lignières: ¿conocéis los nombres de los jefes? —preguntó Braguelonne.

—Los traigo por escrito —contestó Lignières.

—¡Sois un tesoro! —exclamó Démocharés, admirado—. Esto me reconcilia un poco más con la humanidad.

Lignières descosió por un lado el forro de su ropilla y, sacando un papel, lo desdobló y leyó en alta voz:

«Lista de los jefes con los nombres de las provincias que deben dirigir:

«Castelnau de Chalosses: La Gascuña.

«Mazères: Bearn.

«Du Mesnil: Périgord.

«Maulé de Brenzé: Poitou.

«La Chesnaye: Maine.

«Sainte-Marie: Normandía.

«Cocqueville: La Picardía.

«De Ferrières-Maligny: Ile-de-France y la Champagne.

«Châteauvieux: La Provenza, etc.

—Vos leeréis y comentaréis a vuestro gusto esta lista —dijo Ligniérés, entregando el papel al teniente de policía.

—¡Esto es la guerra civil organizada! —exclamó el señor de Braguelonne.

—Y tened en cuenta —añadió Ligniérés— que al mismo tiempo que esas bandas avanzarán sobre Blois, otros jefes, que habrá en cada una de las provincias, se encargarán de contener cualquier movimiento que pudiera producirse en favor del gobierno de los señores de Guisa.

—¡Soberbio! ¡Todos caerán en nuestra red! —exclamó Démocharés, frotándose de gusto las manos—. ¡Pero, qué os pasa, señor de Braguelonne! ¡No parece sino que estáis aterrado! Por mi parte, os declaro que, ahora que pasó el primer momento de sorpresa, sentiría en el alma que no fuera cierto todo lo que acabamos de oír.

—¡Pero tened presente que disponemos de poquísimo tiempo! —replicó el teniente de policía—. No quisiera, mi excelente Ligniérés, haceros objeto de la menor reconvención, pero la verdad es que, desde el día cinco de lebrero, habéis tenido tiempo sobrado para avisarme.

—¿Podía hacerlo, por ventura? —contestó Ligniérés—. La Rénaudie me encargó más de veinte comisiones que debía cumplir en mi viaje desde Nantes a París. Pero a bien que nada hemos salido perdiendo, pues gracias a ellas, he podido adquirir datos preciosos, y olvidar o aplazar comisiones sin despertar sospechas. Pude escribiros una carta o enviaros un mensajero, pero temí comprometer nuestros secretos, y preferí no hacerlo.

—Tenéis razón... como soléis tenerla siempre —contestó el señor de Braguelonne—. No hablemos más de lo hecho, sino de lo que debemos hacer. Nada nos habéis dicho del príncipe de Condé: ¿no estaba en Nantes?

—Estaba, sí —respondió Ligniérés—, pero antes de decidirse, deseaba entrevistarse con Chaudieu y con el embajador inglés, y dijo que con este objeto acompañaría a La Rénaudie a París.

—¿Vendrá el príncipe a París? ¿Vendrá también La Rénaudie?

—Deben haber llegado ya.

—¿Y dónde se hospedan?

—Lo ignoro. He preguntado con disimulo donde podría encontrar a nuestro jefe por si tenía algo urgente que comunicarle, pero tan sólo me han indicado un medio indirecto de comunicación. Sin duda La Rénaudie no quiere comprometer al príncipe.

—¡Es una verdadera lástima! —exclamó el teniente de policía—. Nos convendría averiguar su paradero y seguirles la pista hasta el final.

En este punto estaba la conversación, cuando entró Arpión con la cautela de siempre.

—¿Qué hay, Arpión? —preguntó con impaciencia Braguelonne—. ¿No sabéis que estamos tratando asuntos de excepcional importancia? ¿Qué diablos pasa?

—No me hubiese atrevido a entrar si el motivo que me trae no fuera también de importancia excepcional —contestó Arpión.

—¡Sepamos qué es... pronto! ¡En voz alta, que aquí todos somos de confianza!

—Un tal Pedro des Avenelles...

Braguelonne, Démocharés y Ligniérés gritaron a la vez, interrumpiendo a Arpión:

—¡Pedro des Avenelles!

—Es el abogado de la calle de los Marmoussets, en cuya casa se albergan ordinariamente los reformados en París —observó Démocharés.

—¡Casa que no pierdo de vista hace mucho tiempo! —dijo Braguelonne—. El buen hombre es cauteloso y prudente, y burla siempre mi vigilancia. ¿Qué quiere de mí, Arpión?

—Hablar a monseñor sin pérdida de momento —contestó el secretario—. Viene como asustado.

—¡No puede saber nada! —dijo vivamente Ligniérés—. Además —añadió con tono desdeñoso—, es un hombre honrado.

—Arpión —dijo el señor de Braguelonne—, que pase al instante ese hombre.

—Ahora mismo —contestó Arpión saliendo.

—Dispensadme, mi querido marqués —continuó Braguelonne, dirigiéndose a Ligniérés—, pero Avenelles os conoce, y pudiera muy bien estorbarle vuestra inesperada presencia. Aparte de esto, ni a vos ni a mí nos conviene que sepa que sois de los nuestros. Os ruego, pues, que mientras dure la conferencia, esperéis en el despacho de Arpión, que está al extremo de ese corredor. Yo os llamaré cuando hayamos terminado. Vos, señor inquisidor general, podéis quedaros; vuestra imponente presencia quizás nos sea útil.

—Me quedaré por complaceros —contestó Démocharés.

—Y yo me retiro —dijo Ligniérés—. Tened presente lo que os digo, señor de Braguelonne: no sacaréis nada que valga la pena del abogado Avenelles. Es un infeliz, un hombre tímido y probo que no sirve para nada.

—Pondremos los medios para sacar, y veremos... Pero salid, mi querido Ligniérés, que ya está aquí nuestro hombre.

Apenas tuvo tiempo de salir. Ligniérés... No bien desapareció de la estancia, entró un hombre pálido, agitado, presa de terrible temblor nervioso, acompañado y casi llevado por Arpión.

Era el abogado Pedro des Avenelles, a quien vimos por primera vez con el señor de Ligniérés en el conciliábulo de la Plaza de Maubert, donde alcanzó, según recordará el lector, el mayor, o quizá el único éxito de la noche, por su discurso de tonos tan valientemente tímidos.

XLII

UN DELATOR

Volvemos a encontrar a Avenelles tan tímido como el día que le conocimos, pero sin sombra de la energía que entonces desplegó.

Después de haber saludado a Démocharés y al señor de Braguelonne, inclinando su frente casi hasta tocar el suelo, dijo con voz temblorosa:

—¿Estoy, sin duda, en presencia del señor teniente de policía...?

—Y del señor gran inquisidor de la fe —añadió Braguelonne señalando a Démocharés:

—¡Jesús! —exclamó el pobre Avenelles, palideciendo, si era posible, más y más —; monseñores, tenéis en vuestra presencia a un gran culpable, sí, a un gran culpable. ¿Puedo esperar indulgencia? ¡No lo sé! ¿Podrá atenuar mis culpas una confesión sincera? Vuestra clemencia contestará.

El señor de Braguelonne, comprendiendo al momento con qué clase de hombre se las había, contestó con voz áspera:

—No basta la confesión; es precisa la reparación.

—¡Oh! ¡Si en mi mano está, repararé, monseñor! —exclamó Avenelles.

—Para ello sería preciso que nos prestaseis algún servicio, que nos hicierais alguna revelación importante —repuso el teniente de policía.

—Procuraré hacerlas, monseñor.

—Difícil será —replicó con indiferencia Braguelonne—, porque lo sabemos todo.

—¡Cómo! ¿Sabéis...?

—¡Todo, repito! Terrible es el trance en que os encontráis, porque es muy difícil que vuestro arrepentimiento tardío pueda salvar vuestra cabeza.

—¡Mi cabeza! ¡Cielos...! ¿Mi cabeza está en peligro? Sin embargo, puesto que he venido...

—Demasiado tarde —interrumpió el inexorable Braguelonne—. No podéis sernos útil, porque sabemos de antemano todo cuanto pudierais revelarnos.

—¡Tal vez...! Perdonad que os pregunte: ¿Qué sabéis?

—En primer lugar, que sois uno de los condenados herejes —terció con voz de trueno Démocharés.

—¡Ay! ¡Ay de mí! ¡Es verdad...! ¡Demasiado verdad! ¡Sí... soy protestante! ¿Por qué? ¡Lo ignoro! Pero abjuraré, monseñor, si me hacéis gracia de la vida. Mi pecado me expone a muchos peligros... Abjuraré, abjuraré.

—Hay más, mucho más —añadió Démocharés—. Vuestra casa es centro y refugio de hugonotes.

—No han podido hallar uno siquiera en los diferentes registros que han practicado —respondió el abogado.

—Sí —dijo Braguelonne—; vuestra casa tiene, a no dudar, alguna salida secreta, alguna galería oculta, algún medio desconocido de comunicación con el exterior; pero uno de estos días demoleremos ese cubil hasta no dejar piedra sobre piedra, y quiera o no habrá de descubrirnos su secreto.

—Lo descubriré yo mismo —respondió el abogado—. Confieso, monseñor, que he admitido y hospedado alguna vez en mi casa a protestantes. Pagan bien su hospedaje y los pleitos producen hoy muy poco. ¡Comprenderéis que es preciso vivir! Pero no volverá a suceder, y si abjuro, de seguro que ningún hugonote vuelve a llamar a mi puerta.

—Sabemos también que habéis hecho uso frecuente de la palabra en los conciliábulos protestantes —añadió Démocharés.

—Soy abogado —observó con acento lastimero Avenelles—. He hablado con frecuencia, lo reconozco, pero siempre abagué por las medidas moderadas. Debéis saberlo, puesto que nada ignoráis.

Y atreviéndose a alzar la vista hasta los rostros de los dos siniestros personajes, repuso:

—Pero, perdonadme si digo que creo que no lo sabéis todo. Tan sólo habéis hablado de mí, sin aludir a los asuntos generales del partido, que tienen mucha más importancia que mi humilde persona, de lo que infiero con placer que ignoráis muchas cosas.

—Estáis completamente equivocado —replicó el teniente de policía—, y voy a demostraros lo contrario.

Démocharés le hizo una seña para que tuviese cuidado con lo que iba a decir.

—Os comprendo, señor gran inquisidor —dijo Braguelonne—; pero sin pecar de imprudente puedo descubrir nuestro juego al abogado, toda vez que no ha de salir de aquí en algún tiempo.

—¡Cómo! ¿Que no saldré en algún tiempo de aquí? —preguntó Pedro des Avenelles aterrado.

—Naturalmente que no —contestó con calma Braguelonne—. ¿Os habéis figurado que es tan fácil presentarse aquí pretextando que venís a hacer revelaciones, cercioraros con toda tranquilidad de lo que sabemos y pensamos, y luego ir a contar todo a vuestros cómplices? No, amigo mío, no; el oficio tiene sus quiebras. Desde este momento sois nuestro prisionero.

—¡Prisionero! —repitió Avenelles consternado.

Luego reflexionó un instante y adoptó su partido. Ya sabemos que nuestro hombre poseía en grado superlativo el valor de la cobardía.

—¡Mejor! —exclamó de pronto—. ¡Lo prefiero! ¡Más seguro estoy aquí que mi

casa, en medio de sus complots! Y puesto que estáis decidido a tenerme recluido, señor teniente de policía, creo que ningún inconveniente tendréis en contestar a algunas preguntas que me tomaré la libertad de dirigiros. Mi opinión es que vuestros informes no son tan completos como suponéis, y que encontraré manera de demostraros, con alguna revelación importante, mi buena fe y mi lealtad.

—¡Hum! ¡Lo dudo mucho! —murmuró Braguelonne.

—Ante todo, monseñor: ¿qué sabéis de las últimas asambleas de los hugonotes? —preguntó el abogado.

—¿Os referís a la de Nantes? —interrogó el teniente de policía.

—¡Ah! También sabéis... ¡Pues bien, sí! ¿Qué ocurrió en la de Nantes?

—¿Aludís, sin duda, a la conspiración que allí se fraguó?

—¡Ay de mí! ¡Sí! ¡Voy viendo que no podré deciros mucho más de lo que sabéis! ¿Y esa conspiración...?

—Tiene por objeto apoderarse de la persona del rey, destituir violentamente a los señores de Guisa, reemplazarlos por los príncipes de la sangre, convocar Estados Generales, etcétera, etcétera. Todo esto pertenece ya a la historia antigua, señor des Avenelles, pues data del cinco de febrero.

—¡Y los conjurados que creen tan seguro el secreto! —exclamó el abogado—. ¡Están perdidos! ¡Irremisiblemente, perdidos... y yo también, porque ya no dudo que conocéis los nombres de los jefes del movimiento!

—Los de los jefes ocultos y los de los jefes declarados. Los primeros son el príncipe de Condé y el almirante Coligny; los segundos, La Rénaudie, Castelnau, Mazères... pero no continúo, porque la enumeración es demasiado larga. Aquí tenéis la lista de sus nombres con expresión de las provincias que deben sublevar.

—¡Santo Dios! ¡Veo que la policía es tan hábil como imbéciles los conspiradores! ¿Pero no he de poder deciros una sola cosa que ignoréis? Vamos a ver: ¿sabéis dónde están el príncipe de Condé y La Rénaudie?

—Juntos en París.

—¡Esto es espantoso! ¡Ya no me queda más remedio que encomendar a Dios mi pobre alma! Pero todavía preguntaré otra cosa: ¿sabéis en qué sitio de París se hallan?

Braguelonne tardó esta vez en contestar, pero su mirada penetrante parecía querer sondear el alma de Avenelles.

Este, respirando apenas, repitió la pregunta:

—¿Sabéis en qué sitio de París se hallan el príncipe de Condé y La Rénaudie?

—Poco trabajo nos costará encontrarles —contestó Braguelonne.

—¡Ah! ¡Pero todavía no les habéis encontrado! —exclamó con júbilo el abogado—. ¡Loado sea Dios! ¡Aún puedo ganar mi perdón! ¡Yo sé dónde están, monseñor!

Brillaron los ojos de Démocharés, pero el teniente de policía disimuló su gozo.

—¿Dónde están? —preguntó con la mayor indiferencia.

—¡En mi casa, señores, en mi casa! —contestó con orgullo Avenelles.

—Ya lo sabía —dijo tranquilamente el teniente de policía.

—¿Qué decís? ¿También sabíais eso? —interrogó Avenelles palideciendo.

—Naturalmente. He querido probaros, ver si sois sincero... ¡Vaya! ¡Está bien! ¡No estoy descontento de vos! Pero vuestra situación es muy grave... ¡Haber dado asilo a tan grandes culpables...!

—¡Os habéis hecho tan culpable como ellos! —tronó Démocharés.

—¡Oh! ¡No me lo digáis, monseñor! —exclamó Avenelles—. Ya me maliciaba yo los peligros que corría, tanto, que desde que tuve noticia de los horribles proyectos de mis dos huéspedes, puedo decir que no vivo. Diré, sin embargo, que tan sólo hace tres días que los conozco, lo juro. Sabéis, sin duda, que yo no asistí a la asamblea de Nantes. Cuando el príncipe de Condé y La Rénaudie llegaron a mi casa, en los primeros días de esta semana, creí que admitía en ella a dos reformados, pero no a dos conspiradores. Me horrorizan los conspiradores y las conspiraciones. Nada me dijeron, y esto es causa de que mi indignación sea mayor, porque es inhumano comprometer así a un infeliz que sólo servicios les ha prestado. Su comportamiento es odioso... ¡Pero a bien que los grandes personajes nunca se portan de otro modo!

—¿Cómo? —preguntó el señor de Braguelonne, que se tenía por personaje de los más grandes.

—Me refiero a los grandes personajes de la Reforma —se apresuró a explicar el abogado—. Empezaron ocultándomelo todo; pero como se pasaban el día cuchicheando, y escribían a todas horas, y recibían visitas a cada minuto, aceché, escuché, adiviné al principio, y al fin se vieron en el caso de descubrírmelo todo, su asamblea de Nantes, su conspiración, todo, en una palabra, lo que sabéis perfectamente y que ellos creen que duerme en el mayor secreto. Pero desde el instante en que me hicieron la revelación, yo no dormía, ni comía, ni vivía. Cada vez que alguien entraba en mi casa, y Dios sabe que incesantemente llamaban a la puerta, imaginaba que venían a buscarme para llevarme arrastrando a presencia de mis jueces. Por las noches, en mis breves momentos de sueño febril, no veía más que tribunales, mazmorras, cadalsos y verdugos. Despertaba bañado en fríos sudores y era peor, porque medía, pesaba y aquilataba los horribles peligros que se cernían sobre mi cabeza.

—El primero de todos la prisión —dijo Braguelonne.

—A continuación el tormento —tercio Démocharés.

—Seguidamente la horca —añadió el teniente de policía.

—O acaso la hoguera —continuó el inquisidor.

—Y quién sabe si también la rueda —dijo Braguelonne.

—¡Encarcelado, torturado, ahorcado, quemado y enrodado! —exclamó Avenelles, estremeciéndose al pronunciar cada una de aquellas palabras, como si sufriera ya los

suplicios que iba enumerando.

—Abogado sois, ¡diantre! y conocéis la ley —observó Braguelonne.

—¡Ojalá no la conociera tanto! Por eso, al cabo de tres días de angustias horribles, he comprendido que semejante secreto era carga demasiado pesada para mi responsabilidad y he venido a depositarla en vuestras manos, señor teniente de Policía.

—Era lo más prudente; y aunque vuestras revelaciones, como veis, no nos sean de grande utilidad, tendremos en cuenta vuestros buenos deseos.

Dejó durante algunos instantes en voz baja con Démocharés, quien consiguió, al parecer, no sin trabajo, dictarle la resolución que debía adoptar.

—Ante todo —les dijo Avenelles en tono de súplica—, os pediré, como gracia especial, que no descubráis mi defección a mis antiguos... cómplices, porque los que... asesinaron al presidente Minard, pudieran jugarme una mala pasada.

—Guardaremos el secreto —contestó el teniente de Policía.

—Pero me retenéis prisionero, ¿no es verdad? —preguntó el abogado con acento humilde y tímido.

—No; podéis volver libremente a vuestra casa cuando gustéis: ahora mismo.

—¿De veras? ¡Ah, ya caigo! ¡Vais a mandar prender a mis cómplices... digo, a mis huéspedes!

—Tampoco: quedan en libertad como vos.

—¿Pues cómo? —preguntó Avenelles estupefacto.

—Escuchad —contestó Braguelonne con expresión de gravedad—. Escuchad, y retened bien mis palabras. Vais a volver inmediatamente a vuestro domicilio, porque no quiero que una ausencia demasiado prolongada excite sospechas. No hablaréis con vuestros huéspedes ni de vuestros temores ni de vuestros secretos. Obraréis y dejaréis que obren ellos como si no hubierais entrado hoy en este despacho. ¿Me comprendéis bien? Nada impedáis y de nada os asombréis. Dejad que cada cual obre como le plazca.

—Eso es muy fácil —dijo Avenelles.

—Pero si necesitásemos alguna noticia, os la pediríamos por mediación de tercera persona, o bien os llamaríamos aquí, a cuyo efecto, estaréis siempre a nuestra disposición. Si se considerase oportuno hacer alguna visita a vuestra casa, nos auxiliaréis.

—Puesto que he empezado, acabaré mi obra —contestó Avenelles suspirando.

—Muy bien. Sabed, por último, que si el curso de los sucesos nos demuestra que habéis cumplido fiel y lealmente nuestras instrucciones, os entregaremos el perdón, pero si sospechamos que habéis cometido alguna indiscreción, vos seréis el primer castigado, y el que reciba el castigo más duro.

—¡Os asaremos a fuego lento! —añadió Démocharés con voz lúgubre y

profunda.

—Pero... —quiso decir el abogado.

—¡Basta! —interrumpió Braguelonne—. Sabéis lo que debéis saber, tenedlo muy presente, y hasta la vista.

Hízole con la mano un gesto imperioso, y el abogado, miedoso y prudente, salió tranquilizado y aterrado a la vez.

A la salida del abogado siguió un silencio de bastante duración, que interrumpió el teniente de Policía, diciendo:

—Vos lo habéis querido, y cedo; pero confieso que tengo mis dudas sobre la conveniencia de este modo de proceder.

—Es el más conveniente —contestó Démocharés—. Es preciso que el asunto siga su curso, y para ello, preciso era no dar la voz de alarma a los conspiradores. Mientras crean bien guardado su secreto, seguirán trabajando. No ha de presentarse otra ocasión como ésta para descargar el golpe de gracia a la herejía. Además, conozco muy bien el pensamiento de su eminencia el señor cardenal de Lorena.

—Mejor que yo; lo reconozco —contestó Braguelonne—. ¿Qué hemos de hacer ahora?

—Vos os quedaréis en París, y vigilaréis constantemente, por medio de Ligniées y de Avenelles, a los dos jefes de la conspiración. Yo, dentro de una hora, me pondré en camino para Blois con objeto de advertir a los señores de Guisa. El cardenal se asustará al principio, pero el *Acuchillado* le tranquilizará, y una vez tranquilo, seguramente se alegrará de lo que pasa. Cuenta de los dos hermanos será reunir en quince días y sigilosamente las fuerzas de que puedan disponer. Los hugonotes, que no podrán sospechar nada, irán cayendo unos tras otros en la red que se les habrá tendido. ¡No escapará uno solo! ¡Todos quedarán en nuestro poder!

El gran inquisidor paseaba agitado por la estancia frotándose las manos de gozo.

—¡Quiera Dios que no sobrevenga algún cambio imprevisto que eche por tierra este magnífico proyecto! —exclamó Braguelonne.

—¡Imposible! —contestó Démocharés—. ¡Son nuestros...! ¡Todos... todos nuestros! ¡Les tenemos en las manos! Si os place, llamad a Ligniées a fin de que complete las noticias que debo llevar al cardenal de Lorena. La herejía podemos darla por aplastada.

XLIII

REY Y REINA NIÑOS

Si franqueamos con el pensamiento dos días y cuarenta leguas, nos encontraremos en 27 de febrero y en el suntuoso palacio de Blois, donde la corte estaba a la sazón reunida.

La víspera, habíanse celebrado en el palacio espléndidas fiestas y regocijos, con justas, danzas y alegorías, siendo su organizador el poeta Antonio de Baïf.

El rey y su bella esposa, en cuyo honor se habían celebrado las fiestas, se levantaron a la mañana siguiente más tarde que de costumbre, y algo cansados todavía a consecuencia de lo mucho que se habían divertido.

Por fortuna no tenían pendiente ninguna recepción, y pudieron descansar hablando y comentando las lindas distracciones de que habían disfrutado.

—De mí puedo decir que las fiestas me han parecido lo más bello y singular del mundo —decía María Estuardo.

—Sí —contestaba Francisco—; sobre todo, las danzas y las escenas que han representado. Confesaré, sin embargo, que los sonetos y los madrigales me han parecido largos y pesados.

—¡Cómo! —exclamó María Estuardo—. Te aseguro que eran muy galantes y muy inspirados.

—Pero empalagosamente aduladores, querida mía. No es muy divertido que digamos escuchar alabanzas exageradas durante horas enteras, tanto, que anoche se me ocurrió que nuestro buen Dios debe de sufrir algunos ratos de impaciencia en el empíreo. Añade a esto que esos señores, y particularmente Baïf y Maisonfleur, siembran en sus discursos con profusión desesperante palabras latinas que no siempre entiendo.

—Sí, pero es de muy buen gusto y denota erudición —replicó María.

—Para ti sí, María, porque has estudiado y sabes —contestó el rey suspirando—. Haces versos y entiendes el latín, fruta que yo nunca he podido morder.

—El saber es el recreo que se nos permite a nosotras las mujeres, al paso que vosotros, los hombres, y particularmente los príncipes, habéis nacido para la acción y el mando.

—A pesar de todo, yo quisiera, aunque no fuese más que para igualarte en algo, ser tan instruido como... ¿como quién diré? Como mi hermano Carlos, por ejemplo.

—A propósito de tu hermano Carlos: ¿le observaste ayer en el papel de la alegoría de la *Religión defendida por las tres virtudes teologales*?

—Sí; era uno de los caballeros que representaban las virtudes: la de la Caridad, si

no recuerdo mal.

—En efecto. ¿No te llamó la atención el furor con que golpeaba la cabeza de la Herejía?

—Es verdad; cuando aquélla avanzó en forma de serpiente, rodeada de llamas, Carlos se puso fuera de sí.

—Y dime, queridito: ¿no observaste que la cabeza de la Herejía se parecía a alguien?

—Justamente: yo creí que me engañaba, pero estoy por decir que tenía cierto parecido con el señor de Coligny; ¿es verdad?

—Di más bien que era el vivo retrato del almirante.

—¿Y aquella legión de diablos que se lo llevaron?

—¿Y la alegría de nuestro buen tío el cardenal?

—¿Y la sonrisa de mi madre?

—¡Daba espanto! —exclamó María Estuardo—. Pero de todos modos, Francisco, tu madre estaba ayer muy hermosa con su vestido bordado de oro y su rico velo de crespón. ¡Magnífico traje!

—Sí, queridita mía, por eso he hecho pedir a Constantinopla otro igual para ti. Te lo traerá Grandchamp, juntamente con un velo de gasa romana, parecido al de mi madre.

—¡Oh, gracias, gracias, mi galante rey! No envidio la suerte de nuestra hermana Isabel de España, de quien se dice que jamás se pone dos veces un mismo vestido. Sin embargo, no quisiera que en Francia, ninguna mujer, ni aun tu madre, te pareciese mejor adornada que yo.

—¿Y qué importa eso, después de todo, si para mí has de ser siempre la más hermosa?

—Anoche no debí parecértelo —replicó la reina un poquito enojada—; porque cuando terminé de bailar la danza de las antorchas, no me dijiste una sola palabra. Yo recelo que no te agradé.

—¡Y mucho! —exclamó con ardor Francisco—. ¿Pero qué podía yo decir, santo Dios, al lado de todos aquellos ingenios de la corte, que te cumplimentaban en prosa y en verso? Dubellay pretendía que tú no necesitabas antorcha como las demás damas, porque tenías sobrada luz y sobrado fuego en tus bellos ojos; Maisonfleur decía que temblaba al pensar en el peligro de tus pupilas, que podían reducir a pavesas la sala entera, a cuyo propósito añadía Ronsard que los astros de tus miradas debían ser las luminarias de la noche y los manantiales de luz que durante el día eclipsasen los rayos del sol. ¿Podía yo verter un jarro de agua fría sobre tan lindas frases poéticas diciendo, pues que otra cosa no habría podido decir, que me parecías, tú encantadora, y bellísima la danza?

—¿Por qué no? Esa sola frase me habría complacido más que todas las

adulaciones que me prodigaron.

—Pues bien; te la digo ahora con todo mi corazón, queridita, porque tú estabas seductora, y bailaste con tanta gracia, que me hiciste olvidar la pavana de España, que tanto me gusta, y la *pazzemení* de Italia, que bailabas tan divinamente con nuestra querida Isabel. Verdad es que todo lo que tú haces, me parece, y es, más perfecto que lo que hacen las demás mujeres, porque eres la bella entre las bellas, y a tu lado, las jóvenes más lindas y graciosas, parecen insulsas y sin atractivo alguno. Sí: lo misino ataviada con esplendor regio, como vestida con sencillez, eres siempre mi reina y mi amor. ¡Sólo para ti tengo ojos! ¡Sólo para ti tengo amor!

—¡Mi querido galán!

—¡Mi prenda adorada!

—¡Mi vida!

—¡Mi supremo bien! ¡Mira! Aunque vistieras la humilde basquina de una aldeana, te preferiría a todas las reinas de la tierra.

—Y yo, aunque fueses un pajecillo, te adoraría como al dueño único de mi corazón.

—¡Cuánto me gusta pasar mis dedos por entre tus cabellos rubios, suaves, sedosos! ¡Con qué placer los confundo y enredo, para desenredarlos luego! Comprendo que las damas te supliquen que las permitas besar ese cuello tan blanco y bien formado, ese brazo tan gracioso y torneado... ¡Pero no se lo permitas, María!

—¿Por qué?

—¡Porque tengo celos!

—¡Qué niño eres! —dijo María, con un gesto adorable de candor infantil.

—¡Mira! Si me colocasen en la alternativa de renunciar mi corona o a ti, María, ni por un instante dudaría en la elección.

—¡Qué locura! —exclamó María—. ¿Acaso es posible renunciar la corona de Francia, la más bella de todas, después de la del cielo?

—¡Para lo que sirve en mi frente! —dijo Francisco II, con sonrisa entre alegre y melancólica.

—Ahora recuerdo que teníamos que resolver un asunto... pero un asunto de la mayor importancia, que nos ha encargado mi tío el cardenal de Lorena.

—¡Bah! ¡Eso nos sucede con frecuencia!

—Nos encarga —repuso con gravedad María— que decidamos los colores del uniforme de nuestros guardias suizos.

—Es una prueba de confianza que nos honra... Deliberemos, pues: ¿Qué opina vuestra majestad sobre un asunto tan espinoso?

—No puedo opinar, señor, hasta después que hable vuestra majestad.

—Mi majestad opina que la forma del uniforme debe continuar siendo la misma: ropilla ancha, con mangas también anchas, con cuchillos de tres colores; ¿os parece

bien, señora?

—Me parece muy bien, señor; ¿pero, cuáles han de ser esos colores? Esta es la cuestión.

—¡Y tan difícil por cierto! Pero vuestra majestad me ayudará. El primer color...

—Blanco; color de Francia.

—Entonces, el segundo debe de ser azul, el de Escocia.

—Conformes; ¿y el tercero?

—¿Te parece que sea amarillo?

—¡No, no! ¡Es el color de España! ¡Mejor verde!

—Es el color de los Guisa —objetó el rey.

—¡Y qué! ¡No creo que ése sea motivo de exclusión!

—De ningún modo, ¿pero se armonizarán bien esos tres colores?

—¡Se me ocurre una idea! —dijo María Estuardo—. Adoptemos el encarnado, que es el color de Suiza: será para los pobres guardias algo que les recuerde su patria.

—Esa idea es tan excelente como tu corazón, María. ¡He aquí, pues, gloriosamente terminado tan importante asunto! ¡Uf! ¡Cuánto nos ha hecho trabajar! Por fortuna, las cosas serias nos preocupan menos, y nuestros queridos tíos, María, me hacen el obsequio de cargar con todo el peso del gobierno. ¡Es encantador! Ellos escriben, y yo me despacho con firmar, la mayor parte de las veces sin leer lo que firmo. Mi corona, colocada sobre mi sillón real, me substituiría perfectamente... si me diesen intenciones de hacer un viaje.

—¿No sabes que el interés de mis tíos será siempre el tuyo y el de Francia?

—¿Cómo he de ignorarlo? Me lo repiten demasiadas veces para que yo lo ignore u olvide. Hoy precisamente es día de Consejo. Dentro de poco veremos llegar al señor cardenal de Lorena, con su actitud humilde y sus exagerados respetos que, si he de decir lo que siento, no siempre me agradan, y le oiremos decir con su voz dulce e inclinándose a cada palabra: «Señor; la proposición que someto a la aprobación de vuestra majestad no tiene otra finalidad que el honor de vuestra corona. Vuestra majestad no puede dudar del celo que nos anima por la gloria de su reinado y el bienestar de su pueblo. Señor; el esplendor del trono y de la Iglesia es el objeto único..., etc., et»..

—¡Le imitas admirablemente! —exclamó María, riendo y palmeteando.

Con tono más serio añadió:

—Conviene, sin embargo, ser indulgente y generoso, Francisco. ¿Crees, por ventura, que tu señora madre Catalina de Médicis me agrada mucho cuando, severa y pálida, con actitudes imponentes, me dirige sermones interminables acerca de mis vestidos y adornos, de mi servidumbre y de mis trenes? ¿No te parece que la estás oyendo decir con los labios fruncidos: «Hija mía; eres la reina; yo no soy actualmente más que la segunda dama del reino; pero si estuviera en tu lugar, exigiría a todas mis

camaristas que ni un solo día dejasen de asistir a la misa, a las vísperas y al sermón?. Si estuviese en tu lugar, no vestiría nunca traje de terciopelo encarnado, porque el encarnado es color poco serio. Si estuviera en tu lugar, haría reformar el vestido de tisú de plata porque está excesivamente escotado. Si estuviera en tu lugar, no bailarían jamás; me contentaría con ver bailar. Si estuviera en tu lugar»..

—¡Oh! —exclamó el rey riendo a carcajadas—. ¡Si me parece que estoy oyendo a mi madre! ¡Pero ya ves, queridita mía! Es mi madre, y la he ofendido gravemente al quitarle toda participación en los asuntos del Estado que administran exclusivamente tus tíos. Justo es disimularle alguna cosa y soportar con resignación sus regaños. De mí, puedo decirte que no toleraría la tutela del cardenal de Lorena si no fuera tío tuyo; ¿comprendes?

—¡Gracias, mi querido galán! ¡Gracias por este sacrificio! —contestó María dándole un beso.

—Pero te aseguro que hay momentos en que siento tentaciones de abandonar hasta el nombre de rey, de la misma manera que he abandonado ya el poder.

—¡Qué dices! —exclamó María Estuardo.

—Lo que siento, María. ¡Ah! ¡Si pudiera ser tu esposo sin ser rey de Francia...! ¡Ya ves! De la realeza, únicamente tengo los fastidios y los sinsabores: el último de mis vasallos es más libre que yo. He tenido necesidad de incomodarme muy de veras para que no nos obligaran a vivir a ti y a mí en habitaciones separadas. ¿Sabes por qué? Pues porque dicen que es costumbre entre los reyes y reinas de Francia.

—¡Qué insoportables son los que a todas horas invocan precedentes, usos y costumbres! ¡Y qué absurdas las tales costumbres y usos! ¡Por supuesto que nosotros las modificaremos! Implantaremos otras nuevas que, a Dios gracias, serán mejores que las antiguas.

—Indudablemente, María. ¿A que no aciertas cuál es el secreto deseo que abrigo de algún tiempo a esta parte?

—No... no acierto...

—El de escaparnos, fugarnos, evadirnos, levantar juntos el vuelo, el de abandonar por algún tiempo los cuidados anejos al trono, el de huir de Blois, de Francia, e irnos... ¿adonde? No lo sé, pero lejos, muy lejos de aquí, a un sitio donde podamos respirar tranquilos, como respiran las demás personas. Dime, María, ¿no te agradaría un viaje de seis meses o un año?

—¡Sería mi mayor delicia! —exclamó la reina entusiasmada—. Me encantaría hacer ese viaje, no sólo por mí, sino por tu salud, que me causa no pocas inquietudes, por esos molestos dolores de cabeza que te aquejan. El cambio de aires, la novedad de los objetos y de vida te distraerían, y seguramente te sentarían bien. ¡Sí, sí! ¡Emprenderemos ese viaje...! ¿Pero nos lo permitirán el cardenal y la reina madre?

—¿Qué remedio? ¡En último caso, el rey soy yo! —contestó Francisco II—. El

reino goza de paz y de tranquilidad, y puesto que prescinden de mi voluntad para gobernar, también sabrán prescindir de mi presencia. Empezaremos el viaje antes del invierno, María, como las golondrinas. Vamos a ver: ¿adonde quieres que vayamos? ¿Te parece que visitemos nuestros Estados de Escocia?

—¡Pasar el mar...! ¡Ir a respirar aquellas nieblas, que seguramente serán peligrosas para tu delicado pecho! ¡No, no! Prefiero nuestra alegre Turena... ¿Y por qué no habíamos de ir a España a hacer una visita a nuestra hermana Isabel?

—El aire de Madrid no es sano para los reyes de Francia, María.

—Pues entonces, vayamos a Italia. El tiempo es siempre hermoso en los Estados de Italia; la temperatura templada... Allí veremos un cielo azul, una mar azul, naranjos floridos, oiremos música, asistiremos a fiestas...

—Aceptada Italia —contestó el rey—. Admiraremos la santa religión en toda su gloria, contemplaremos hermosos templos, veneraremos santas reliquias...

—¡Y los cuadros de Rafael, y la Basílica de San Pedro, y el Vaticano...!

—Y pediremos al Santo Padre la bendición...

—¡Será un encanto realizar este hermoso sueño juntos, encontrarnos siempre el uno al lado del otro, amantes y amados, recorriendo aquel país encantador bajo el dosel azul del cielo y flotando nuestros corazones en nubes del mismo tono que el dosel...!

—¡El paraíso! —exclamó Francisco II.

En el momento en que el rey hablaba así, la puerta del gabinete se abrió bruscamente; y el cardenal de Lorena, separando al ujier de servicio, entró pálido y sin aliento.

El duque de Guisa, más tranquilo que su hermano, pero no menos grave, seguía al cardenal a alguna distancia. Sus pasos firmes y mesurados resonaban ya en la antecámara.

XLIV

FIN DEL VIAJE A ITALIA

—¡Qué es esto, señor cardenal! —exclamó con vivacidad el joven rey—. ¿No se me ha de conceder un solo instante de descanso y de libertad, ni siquiera en este sitio?

—Señor —contestó Carlos de Lorena—; siento mucho contravenir las órdenes dadas por vuestra majestad; pero el asunto que aquí nos trae a mi hermano y a mí es de tal gravedad, que no admite dilación.

Entró entonces el duque de Guisa con paso mesurado, saludó en silencio al rey y a la reina, y permaneció en pie detrás de su hermano, mudo, inmóvil y serio.

—¡Vamos! ¡Os escucho, señor cardenal! —dijo Francisco—. ¡Hablad!

—Señor —repuso el cardenal—: acaba de ser descubierta una conspiración tramada contra vuestra majestad. Vuestra vida no está segura en este palacio, y es preciso abandonarlo inmediatamente.

—¡Una conspiración! ¡Salir inmediatamente de Blois! —exclamó Francisco II—. ¿Pero qué quiere decir eso?

—Quiere decir, señor, que hay malvados que atentan contra la vida y el trono de vuestra majestad.

—¡Cómo! ¿Odiar a un niño que subió ayer al trono, a un niño que jamás hizo daño a nadie, al menos voluntariamente y a sabiendas? ¿Quiénes son esos malvados, señor cardenal?

—¿Quiénes han de ser, señor, sino esos malditos hugonotes y herejes?

—¡Siempre los herejes! ¡Siempre los hugonotes! —exclamó el rey—. ¿Estáis bien seguro, señor cardenal, de que no os dejáis arrastrar contra ellos por sospechas sin fundamento?

—¡Ah! ¡Esta vez, desgraciadamente, no hay lugar a duda, señor!

El rey, interrumpido tan intempestivamente en sus sueños de dicha por una realidad desoladora, estaba al parecer vivamente contrariado. El mal humor del rey se contagió a María Estuardo, la cual no podía disimular su impaciencia. El cardenal dejaba ver la contrariedad que le producían las noticias que era portador, y únicamente parecía tranquilo el *Acuchillado*, quien, perfectamente dueño de sí mismo, esperaba inmóvil e impassible el resultado de la escena.

—¿Qué he hecho yo a mi pueblo para que me aborrezca? —preguntó Francisco despechado.

—Creo haber dicho a vuestra majestad que la conspiración la han fraguado únicamente los hugonotes —contestó el cardenal.

—¡Franceses son, aunque sean hugonotes! —replicó el rey—. La verdad es, señor

cardenal, que os confié el poder, esperando que hicierais la felicidad de mi reino, y no veo en derredor mío más que turbulencias, quejas y descontentos.

—¡Oh, señor... señor! —exclamó María Estuardo como reconviniéndole.

El cardenal de Lorena replicó con alguna sequedad:

—Sería injusto, señor, hacernos responsables de lo que sólo debe atribuirse a la influencia malsana de la época.

—Sin embargo —insistió el rey—, yo quisiera conocer a fondo la situación, saber a ciencia cierta si el objeto de aborrecimiento de mi pueblo soy yo o bien vos, y para conseguirlo, se haría indispensable que os alejaseis de mi lado durante algún tiempo.

—¡Oh, señor... señor! —repitió María Estuardo, dolorosamente afectada.

Francisco se detuvo, lamentando haber dicho demasiado. El duque de Guisa no reveló la menor turbación. El cardenal, después de un rato de silencio penoso y glacial, contestó poniendo en sus palabras ese tono digno y resignado del hombre injustamente ofendido.

—Señor: ya que tenemos el sentimiento de ver desconocidos nuestros esfuerzos, sólo nos resta, cual cumple a súbditos leales y a parientes que profesan a su rey la más firme adhesión, retirarnos y dejar el puesto a otros más dignos o afortunados...

Calló el rey, porque realmente no supo qué contestar. El cardenal, después de una pausa, repuso:

—Basta que vuestra majestad se digne decirnos a qué personas hemos de entregar nuestros cargos. En cuanto al que yo he desempeñado, sencillísimo es encontrarme sustituto: puede escoger vuestra majestad entre el señor canciller Olivier, el señor cardenal de Torunon y el señor de L'Hópital...

María Estuardo escondió su frente entre sus manos. Francisco, arrepentido, anhelaba vivamente deshacer los efectos de su cólera infantil, pero le intimidaba el imponente silencio del gran *Acuchillado*.

—Pero el cargo de gran maestre —continuó Carlos de Lorena— y la dirección de los asuntos militares exigen talentos tan excepcionales y una ilustración tan poco común, que separado mi hermano, apenas si encuentro dos hombres capaces de desempeñarlos... Tal vez el señor de Brissac...

—¡Brissac... el gruñón eterno... el que riñe y se enoja por todo...! ¡Imposible! —contestó el rey.

—Tenemos al señor de Montmorency, quien ya que no buenas cualidades, tiene por lo menos fama.

—¡No! El condestable es demasiado viejo, y además trató en otro tiempo con ligereza excesiva al delfín para que hoy pueda servir respetuosamente al rey. ¿Pero, por qué no hacéis mención, señor cardenal, de otros parientes míos, de los príncipes de la sangre, del príncipe de Condé, por ejemplo?

—Señor —contestó el cardenal—; con vivo dolor he de deciros a vuestra

majestad que, entre los nombres de los jefes secretos de la conspiración fraguada, figura, en primer término, el del señor príncipe de Condé.

—¡Será posible! —exclamó el rey.

—Señor, es absolutamente cierto.

—¿Pero, tan grave es ese complot tramado contra el Estado?

—Es casi una rebelión, señor —respondió el cardenal—; y puesto que vuestra majestad nos exime a mi hermano y a mí de la más terrible responsabilidad que hasta hoy pesó sobre nosotros, mi deber me obliga a suplicar a vuestra majestad que se sirva nombrarnos sucesores lo más pronto posible, porque dentro de breves días, los protestarles estarán a las puertas de Blois.

—¡Qué decís, tío mío! —exclamó María Estuardo.

—La verdad, señora.

—¿Son muy numerosos los rebeldes? —preguntó el rey.

—Se habla de dos mil hombres, señor —contestó el cardenal—. Noticias que yo no habría creído, de no haberme avisado desde París el señor de Mouchy, dándome detalles de la conspiración, afirmaban que habían sido vistas las vanguardias cerca de la Carrellère... Pero con vuestra venia, señor, mi hermano y yo nos retiramos.

—¡Cómo! —exclamó Francisco II—. ¿Me abandonáis ambos ante un peligro tan grave?

—Creí entender, señor, que así lo deseaba vuestra majestad.

—¡Qué queréis! —dijo Francisco—. ¡Siento tanta pena cuando veo que no creáis... digo, que tengo enemigos! Pero pelillos a la mar, mi querido tío; no hablemos más de esto. Dadme detalles acerca de esa insolente tentativa de los rebeldes... ¿Qué pensáis hacer para desbaratarla?

—Perdonad, señor —contestó el cardenal, cuyo resentimiento no se había aplacado—. Después de las palabras que tuvo a bien pronunciar vuestra majestad, creo que otros, más afortunados que nosotros...

—¡Pero, mi querido tío! ¡Os ruego que olvidéis un acceso de vivacidad que lamento! —exclamó Francisco II—. ¿Qué más exigís de mí? ¿Queréis que me excuse, que os pida perdón?

—¡Oh, señor! Con que vuestra majestad nos devuelva su preciosa confianza...

—¡Completa y de todo corazón! —repuso el rey, tendiendo su mano al cardenal.

—¡Cuánto tiempo perdido inútilmente! —dijo con gravedad el duque de Guisa.

Era la primera frase que pronunciaba desde el principio de la entrevista.

Adelantó entonces hacia el rey, como si lo pasado hubiese sido un prólogo enojoso o preliminares insignificantes acerca de los cuales cedió al cardenal el principal papel, y que, una vez terminados aquellos debates pueriles, recabase para sí la iniciativa. Con acento altanero, dijo al rey:

—Señor; he aquí de lo que se trata: dos mil rebeldes, mandados por el barón de

La Rénaudie, y apoyados secretamente por el príncipe de Condé, saldrán un día de estos del Poitou, del Bearn y de otras provincias, con ánimo de sorprender a Blois y apoderarse de la persona de vuestra majestad.

Francisco hizo un movimiento de indignación y de sorpresa.

—¡Apoderarse del rey! —exclamó María Estuardo.

—Y de vos, señora —repuso el *Acuchillado*—; pero, tranquilizaos, porque nosotros velamos por vuestras majestades.

—¿Qué medidas vais a adoptar? —preguntó el rey.

—No hace más que una hora que hemos recibido la noticia —contestó el duque de Guisa—. Lo primero es poner en salvo la preciosa persona de vuestra majestad. Es indispensable que hoy mismo salgáis, señor, de esta ciudad abierta y os retiréis a Amboise, cuyo fuerte castillo os pone a cubierto de un golpe de mano.

—¡Cómo! —exclamó la reina—. ¡Encerrarnos en el horroroso castillo de Amboise, tan tétrico y triste...!

—¡Niña! —dijo el *Acuchillado* a su sobrina, si no de palabra, con su severa mirada.

Contestó sencillamente:

—Es preciso.

—¡Pero eso es huir ante los rebeldes! —dijo el rey temblando de ira.

—Señor —replicó el duque de Guisa—; no se huye de un enemigo que no ataca, que no ha declarado siquiera la guerra. Nosotros ignoramos, o debemos ignorar, los designios de esos revoltosos.

—Los conocemos, sin embargo —objetó Francisco II.

—Tranquilo puede vuestra majestad fiarse de mí en lo referente a cuestiones de honor —dijo el duque de Guisa—. No esquivamos el combate; nos limitamos a variar el campo de batalla. Yo espero que los rebeldes se tomarán la molestia de seguirnos hasta Amboise.

—¿Por qué decís que lo esperáis, tío?

—¿Por qué? —contestó el *Acuchillado* con su arrogante sonrisa—. Porque nos depararán la ocasión de acabar, de una vez y para siempre, con los herejes y con la herejía, porque es hora ya de herir con armas más contundentes que las ficciones y alegorías, porque habría dado dos dedos... dos dedos de mi mano izquierda, a trueque de empeñar, alejando de nosotros la responsabilidad, la lucha decisiva que los imprudentes provocan para nuestro triunfo.

—¡Ah! —exclamó el rey—. ¡Pero esa lucha es la guerra civil!

—Aceptémosla para terminarla, señor —respondió el duque de Guisa—. He aquí mi plan, en dos palabras: Ante todo, no olvide vuestra majestad que los enemigos que nos provocan son facciosos. Excepción hecha de la retirada que propongo como medida indispensable, que no les preocupará ni dará en qué pensar, si no me

equivoco, fingiremos para con ellos la seguridad más completa y la ignorancia más absoluta. Cuando ellos avancen como traidores para sorprendernos, les sorprenderemos nosotros, prendiéndoles en sus propias redes. A toda costa hay que evitar las apariencias de alarma, es preciso que nadie sospeche que vuestra marcha a Amboise tiene carácter de fuga; a vos principalmente, señora, os hago esta recomendación —dijo, dirigiéndose a María—. Yo daré las órdenes oportunas, yo prevendré a vuestra servidumbre, pero en secreto. Que nada se trasluzca fuera de aquí, que queden en el misterio nuestros preparativos y nuestras aprensiones, y yo respondo de todo.

—¿Qué hora habéis fijado para la marcha? —preguntó Francisco con expresión de resignación y abatimiento.

—Las tres de la tarde, señor —respondió el duque de Guisa—. He adoptado ya de antemano las disposiciones necesarias.

—¿Cómo de antemano? —preguntó el rey.

—De antemano, señor —replicó con entereza el *Acuchillado*—, porque de antemano sabía que vuestra majestad aceptaría los consejos de la prudencia y del honor.

—¡Sea en buena hora! —dijo con débil sonrisa el rey, completamente subyugado—. Estaremos dispuestos a las tres, pues en vos depositamos toda nuestra confianza.

—Os agradezco esa confianza, señor —contestó el duque de Guisa—, y sabré hacerme digno de ella. Vuestra majestad me perdonará, en atención a las circunstancias: no puedo disponer de un minuto más, he de escribir veinte cartas y dar cien encargos. En consecuencia, mi hermano y yo nos despedimos humildemente de vuestra majestad.

Saludó ligeramente al rey y a la reina y salió con el cardenal.

Francisco y María se miraron un instante en silencio, poseídos de intensa tristeza.

—¿Qué te parece, María? —dijo el rey—. ¿Qué ha sido de nuestro soñado viaje a Roma?

—¡Se ha trocado en una fuga a Amboise! —exclamó suspirando María Estuardo.

Entró en aquel momento la señora Dayelle, primera camarista de la reina.

—¿Es cierto, señora, lo que nos han dicho? —preguntó después de las reverencias de etiqueta—. ¿Tenemos que salir inmediatamente de Blois para dirigirnos a Amboise?

—Demasiado cierto, mi buena Dayelle —contestó la reina.

—¿Pero, sabe vuestra majestad que en aquel castillo no hay nada? No encontrará vuestra majestad ni un espejo en buen estado.

—Será preciso llevarlo todo de aquí, Dayelle —respondió la reina—. Haced al momento una lista de las cosas indispensables... Voy a dictarla yo... En primer lugar, mi vestido nuevo de damasco carmesí bordado de oro...

Y dirigiéndose al rey, que había quedado de pie, triste y pensativo, en el hueco de una ventana, dijo:

—¿Concebís, señor, la audacia de esos reformados? ¿No os parece...? ¡Pero, perdón! Vos también tendréis que ocuparos de los objetos que necesitaréis en Amboise.

—No —contestó Francisco II—: eso queda al cuidado de Aubert, mi ayuda de cámara. Yo no estoy en disposición de pensar en otra cosa que en mi pena.

—¿Creéis que la mía es menos viva que la vuestra? —replicó María—. Señora Dayelle... anotad mi toca color violeta con adornos de oro y mi vestido de damasco blanco bordado de plata... pero es necesario vivir dentro de la realidad —prosiguió dirigiéndose al rey—, y no exponerse a carecer de las cosas de primera necesidad... Señora Dayelle... apuntad mi capa de noche de tela plateada, forrada con pieles de lobos cervales... Hace siglos que no ha sido habitado por la corte ese castillo de Amboise, ¿no es verdad, señor?

—Desde Carlos VII hasta hoy —respondió el rey—, no creo que ningún monarca de Francia haya permanecido en él más de dos o tres días.

—¡Y quién sabe si nosotros estaremos condenados a vivir allí un mes! —exclamó María—. ¡Ah, condenados hugonotes! ¿Creéis, Dayelle, que la alcoba, por lo menos, no estará tan desprovista como todo lo demás?

—Lo más seguro, señora, será obrar como si allí no hubiésemos de encontrar nada —respondió la camarista.

—Anotad, pues, el espejo con marco de oro —repuso la reina—, el cofrecillo de noche de terciopelo violeta, la alfombra para los pies de la cama... ¿Pero, cuándo se ha visto, señor —añadió dirigiéndose al rey—, que los vasallos se rebelen de este modo contra su señor natural, y traten de echarle de su casa, por decirlo así?

—Yo creo que nunca, María —respondió con triste acento Francisco—. Se ha visto algunas veces a ciertos malvados que han osado desobedecer las órdenes del rey, como ocurrió, por ejemplo, hará unos quince años, en Merindol y en La Fabrière; pero atreverse a atacar al rey... ¡Vamos! ¡Jamás lo hubiera imaginado, lo confieso!

—Mi tío el duque de Guisa tiene razón; por muchas precauciones que tomemos, nunca serán bastantes tratándose de esos rebeldes furiosos... Señora Dayelle; añadid una docena de zapatos, otra de almohadas, otra de sábanas... ¿Está todo? ¿Faltaría algo? ¡Creo que voy a perder la cabeza! ¡Ah! Poned el acerico de terciopelo, la palmatoria de oro, el punzón, la aguja dorada... ¡Creo que no olvido nada...!

—¿No lleva su majestad los dos aderezos de pedrería? —preguntó la camarista.

—¡Claro que sí! ¡Los llevo! ¡Cómo iba a dejarlos aquí! ¡Para que cayesen tal vez en manos de esos descreídos! ¿Verdad, señor, que debo llevarlos?

—No está de más la precaución —respondió el rey.

—Me parece que hemos puesto todo lo que puede hacerme más falta, ¿no es

cierto, Dayelle? —preguntó María Estuardo, buscando con la mirada en derredor.

—Supongo que vuestra majestad se acuerda de sus libros de devoción —contestó la camarista.

—¡Ah! ¡Tenéis razón! Llevad los más bonitos, el que me regaló mi tío el cardenal, y el encuadernado en terciopelo escarlata con adornos de oro. Todo esto lo dejo a vuestra discreción, señora Dayelle, pues ya veis que el rey y yo tenemos que pensar en mil cosas relacionadas con nuestro repentino viaje.

—No necesita vuestra majestad estimular mi celo... ¿Cuántos cofres serán necesarios para llevar todo esto? Yo creo que con cinco habrá suficientes.

—Pedid seis —contestó la reina—. En trances como estos, no conviene andar con escaseces. Seis, sin contar los de mis damas, desde luego. Ellas se las arreglarán por otra parte, pues mi cabeza no está ahora para ocuparme en nimiedades... La verdad es, Francisco, que me sucede lo que a ti: no tengo pensamiento ni facultades más que para esos hugonotes... Podéis retiraros, Dayelle.

—¿Desea vuestra majestad dar alguna orden acerca de los lacayos y muleteros?

—Únicamente que vistan sus trajes de paño. Adiós, Dayelle, adiós; daos prisa.

La camarista saludó y dio tres o cuatro pasos en dirección a la puerta.

—Dayelle —llamó de nuevo la reina—; al decir que la servidumbre vista sus trajes de paño, supongo que habréis comprendido que me referí tan sólo al camino. Que no se olviden de llevar sus uniformes color violeta, con sus capas de terciopelo, también violeta, forradas de terciopelo amarillo: ¿lo entendéis?

—Está bien, señora. ¿No tiene vuestra majestad otra cosa que mandarme?

—No; nada más, sino que todo se haga con la mayor actividad, porque salimos a las tres. No olvidéis las capas de los lacayos.

Dayelle salió esta vez definitivamente.

María Estuardo, volviéndose hacia el rey, le dijo:

—¿Verdad que apruebas lo que he dispuesto acerca de la indumentaria de la servidumbre? Los señores reformados, ya que nos molestan, tendrán la dignación de permitirnos que nuestros criados vistan con el decoro debido. ¡La dignidad real no debe rebajarse nunca, pero menos ante los rebeldes! Hasta abrigo mis esperanzas que podremos dar en Amboise, a pesar de lo feo que es, algunas fiestas en las propias barbas de los revoltosos.

Francisco bajó tristemente la cabeza.

—¡Oh! —exclamó María—. ¡Si desprecias mi idea, haces mal! Una fiesta les intimidaría más de lo que parece, porque les demostraría que no les tememos. Un baile, por ejemplo, en tales circunstancias, sería un golpe político de grandes resultados, golpe que no desdeñaría tu propia madre, que, como sabes, goza fama de ser entendida en la materia... Pero esto no quiere decir que mi corazón deje de estar afligido, porque lo está, y mucho, mi querido Francisco... ¡Ah, infames hugonotes!

XLV

DOS CITAS

Desde el torneo fatal del 30 de junio, Gabriel había hecho una vida tranquila, retirada y triste. Aquel hombre enérgico, infatigable y de acción, cuyos días fueron en otro tiempo tan movidos y apasionados, se complacía entonces en la soledad y en el olvido.

Nunca se presentaba en la corte, ni visitaba a un amigo; apenas salía de su palacio donde veía pasar sus horas largas y tediosas entre su nodriza Aloísa y su paje Andrés, que había vuelto a su servicio cuando Diana de Castro se refugió bruscamente en el convento de Benedictinas de San Quintín.

Gabriel, joven aún por los años, era un viejo por el dolor. Tenía recuerdos, pero no esperanzas.

¡Con cuánta frecuencia, durante aquellos meses, más largos que años, lamentó no haber muerto! ¡Cuántas veces se preguntó con dolor por qué el duque de Guisa y María Estuardo se habían interpuesto entre él y la cólera de Catalina de Médicis, imponiéndole de este modo el amargo beneficio de la vida! ¿Qué hacía él, en efecto, en el mundo? ¿Para qué era ya útil? ¿No era la existencia en que vegetaba más estéril todavía que la tumba? ¡Su existencia...! ¿Podía, acaso, llamarse existencia?

Tenía, no obstante, momentos en que su juventud y su vigor protestaban en él contra él mismo, y cuando esto sucedía, Gabriel erguía altivo la frente, extendía el brazo y miraba su espada.

Sentía vagamente que no había terminado su vida, que le quedaba un porvenir, y que en el reloj de su existencia sonaría tarde o temprano la hora cálida de la lucha, acaso de la victoria.

Meditándolo bien, tan sólo veía dos probabilidades de volver a la verdadera vida, es decir, a la acción: una guerra contra el extranjero o la persecución religiosa.

Si Francia, si el rey, se veían comprometidos o arrastrados a una guerra nueva, de conquista o de defensa, bien para intentar una invasión, bien para rechazarla, el conde de Montgomery se decía que renacerían al punto sus ardores juveniles, y que le sería dulce y agradable morir como había vivido: luchando.

Aparte de su inclinación natural a la lucha, deseaba pagar así la deuda involuntaria que había contraído con el duque de Guisa y con Francisco II.

También creía Gabriel que sería hermoso perder la vida en defensa de la causa de la Reforma; y es que su corazón noble y generoso necesitaba consagrarse a alguien o a algo, a una persona o a una cosa. En otro tiempo, se jugó cien veces la vida por salvar o vengar a su padre y a su querida Diana... ¡Cruels y eternos recuerdos para

su alma destrozada! Ahora, a falta de aquellos seres queridos, hubiera deseado defender ideas religiosas. En vez de su padre, la patria, en vez de Diana, una religión.

Se dirá que no era lo mismo; que el entusiasmo que despiertan las abstracciones no iguala, ni con mucho, sea en los sufrimientos, sea en las alegrías, al que nace de la ternura hacia las criaturas. No discutimos esta verdad: pero insistimos en declarar que Gabriel se habría sacrificado gustoso por cualquiera de las dos ideas abstractas, de patria o de religión, y que en uno de estos dos sacrificios confiaba para llegar al anhelado desenlace de su suerte.

El día 6 de marzo por la mañana, Gabriel, sentado en un sillón cerca de la lumbre, estaba absorto en sus reflexiones habituales, cuando Aloísa le presentó un mensajero calzado con botas de camino y cubierto de barro, como quien llega de un largo viaje.

El correo, pues correo era, venía de Amboise con numerosa escolta, y era portador de varias cartas del señor duque de Guisa, teniente general del reino.

Una de las cartas iba dirigida a Gabriel, y estaba concebida así:

«Mi querido compañero:

«Os escribo precipitadamente, sin disponer de tiempo ni poder explicarme. Nos habéis dicho al rey y a mí que nos erais adicto, y que, cuando tuviéramos necesidad de vuestra adhesión, no tendríamos más que llamaros.

«Así lo hacemos hoy.

«Salid al instante para Amboise, donde acaban de instalarse, con ánimo de residir algunas semanas, el rey y la reina. Yo os diré, cuando lleguéis, en qué forma podéis servirles.

«Os anticipo que quedaréis en libertad absoluta de acción, es decir, que podréis obrar o no, según os convenga. Aprecio en mucho vuestro celo para que trate de abusar de él o de comprometerle. Pero, tanto si os colocáis decididamente a nuestro lado, como si permanecéis neutral, creería yo faltar a mi deber si desconfiase de vos.

«Venid inmediatamente, y seréis bien recibido como siempre.

«Vuestro afectísimo,

Francisco de Lorena
Amboise 4 de febrero de 1560.

«P. D. Es adjunto un salvoconducto por si la casualidad hiciera que fueseis detenido en el camino por algunas tropas reale»..

Cuando Gabriel terminó de leer la carta, el mensajero del duque de Guisa se había ido ya a fin de evacuar las demás comisiones.

Inmediatamente se levantó el impetuoso joven y, sin vacilar, dijo a su nodriza:

—Mi buena Aloísa; llama a Andrés, y dile que ensille mi caballo tordo y que

prepare mi maleta de campaña.

—¿Os vais otra vez, monseñor? —preguntó Aloísa.

—Dentro de dos horas, a Amboise.

La buena mujer, comprendiendo que nada debía replicar, salió triste, pero sin decir palabra, para cumplimentar la orden de su amo.

Pero mientras se hacían los preparativos, llegó un segundo mensajero que solicitó una conferencia reservada con el conde de Montgomery.

Este segundo mensajero llegó sin ruido y sin escolta, entró en la casa con modestia y procurando no llamar la atención, y entregó a Gabriel, sin despegar los labios, una carta dirigida a su nombre.

Estremeciéndose Gabriel al creer reconocer en el mensajero al mismo que en otra ocasión le llevó, de parte de La Rénaudie, la invitación para asistir al conciliábulo protestante de la Plaza de Maubert.

Era, efectivamente, el mismo hombre, y la carta llevaba la misma firma que la invitación. En cuanto al contenido, helo aquí:

«Amigo y hermano:

«No quería salir de París sin haberos visto antes, pero me faltó tiempo. Los sucesos se precipitan y me impelen; es indispensable que me marche al instante, y no os tengo a mi lado para estrecharos la mano y para poder comunicaros nuestros proyectos y nuestras esperanzas.

«Pero sabemos que sois de los nuestros, y yo me precio de conoceros a fondo. Con hombres como vos no hacen falta preparativos, asambleas ni discursos: una sola palabra basta.

«He aquí, pues, esa palabra: Os necesitamos; venid.

«Del 10 al 12 de este mes de marzo estad en Noizai, cerca de Amboise. Allí encontraréis a nuestro valiente y noble amigo Castelnau. Por él sabréis de qué se trata, pues yo no puedo confiarlo al papel.

«No necesito advertiros que no tenéis ningún compromiso, que podéis permanecer alejado de nosotros, en la seguridad de que jamás sospecharemos de vuestra lealtad ni os haremos cargo alguno.

«Pero no dejéis de ir a Noizai. Allí nos encontraremos, y ya que no vuestra cooperación, reclamaremos vuestros consejos.

«El partido no realizará nada sin que os informemos de ello.

«Hasta nuestra próxima vista en Noizai, pues, a lo menos, contamos con vuestra presencia.

«L. R».

P. D. Si tropezaseis en el camino con algunas patrullas nuestras, nuestra seña es *Ginebra*, como en otro tiempo, y nuestra contraseña *Gloria de Dios*

—Saldré dentro de una hora —dijo Gabriel al mensajero taciturno, el cual hizo una reverencia y salió.

—¿Qué significa todo esto? —se preguntó Gabriel al quedar solo—. ¿Qué quieren decir estas dos citas, que llegan de procedencias tan opuestas, pero que casi son para el mismo sitio? ¡Ello dirá! Me ligan obligaciones iguales para con el omnipotente duque que goza del poder y para con los protestantes. Mi deber es partir sin tardanza, y luego, que suceda lo que Dios quiera. Mi posición es difícil, muy difícil, pero por mucho que se complique y embrolle, mi conciencia me dice que nunca seré traidor.

Una hora después, Gabriel se ponía en camino, acompañado de Andrés solamente.

No adivinaba la extraña y terrible alternativa en que pronto se vería colocada su propia lealtad.

XLVI

UNA CONFIANZA PELIGROSA

En el castillo de Amboise y en la habitación del duque de Guisa había un hombre alto, nervudo y vigoroso, de facciones pronunciadas y continente altivo y atrevido, que vestía el uniforme de capitán de arcabuceros. El *Acuchillado* le interrogaba.

—Me ha asegurado el mariscal de Brissac, capitán Richelieu —decía el duque—, que podía tener en vos ciega confianza.

—El señor mariscal de Brissac es muy bondadoso conmigo —contestó el capitán Richelieu.

—Sois ambicioso, según parece, caballero —repuso el duque.

—Deseo, a lo menos, monseñor, no ser capitán de arcabuceros toda mi vida. Aunque desciendo de ilustre familia, tanto, que ya en la batalla de Bovines encontramos entre los caballeros señores de Plessis, soy el quinto de mis seis hermanos, y por tanto, necesito ayudar algo a mi fortuna, en vez de disminuir mi patrimonio.

—¡Muy bien! —dijo con evidente satisfacción el duque—. Podéis prestarnos aquí algunos buenos servicios, de los cuales no tendréis que arrepentiros.

—Dispuesto estoy a poner en su cumplimiento toda mi buena voluntad.

—Para principiar, os he confiado la defensa de la puerta principal del castillo.

—Cumpliré con mi deber, monseñor.

—No es presumible que los señores reformados cometan la torpeza de intentar el ataque por un sitio al que únicamente podrían llegar después de apoderarse de siete puertas consecutivas, pero, como en lo sucesivo nadie ha de entrar ni salir más que por allí, la puerta que os confío es de la mayor importancia. Así, pues, no dejaréis entrar ni salir a nadie que no lleve una orden expresa firmada por mi mano.

—Así se hará, monseñor. A propósito: debo deciros que hace un momento se presentó un caballero joven llamado el conde de Montgomery, el cual no trae una orden expresa, pero sí un salvoconducto firmado por vos. Dice que viene de París. ¿Debo dejarle llegar hasta vos, como solicita, monseñor?

—¡Sí, sí; pero al instante! —respondió el duque de Guisa—. Pero esperad un momento, que aún no he acabado de daros mis instrucciones. Hoy, a eso del mediodía, debe de llegar a la puerta cuya custodia os he confiado el príncipe de Condé, a quien hemos mandado llamar para tener en nuestro poder al presunto jefe de los rebeldes. Respondo de que vendrá, porque no se atreverá a dar base a nuestras sospechas dejando de acudir a nuestro llamamiento. Le franquearéis la puerta, capitán, pero a él solo, en manera alguna a los que pudiera traer consigo. Cuidaréis de

que vuestros soldados ocupen todos los nichos, garitas y casamatas que hay a lo largo de la bóveda, y cuando llegue el príncipe, a pretexto de rendirle los honores debidos a su rango, haréis que formen todos en parada, arcabuz en mano y con la mecha encendida.

—Se hará como ordenáis, monseñor.

—Además —añadió el duque de Guisa—; cuando ataquen los reformados y empiece el combate, vigilad de cerca y personalmente a nuestro príncipe; capitán, no le perdáis de vista, y si da un paso que no debe, si trata de unirse a los sitiadores, o si vacila y titubea en desenvainar la espada contra ellos, como se lo ordena su deber... no vaciléis vos: heridle sin consideración.

—No vería en ello la menor dificultad, monseñor, si no fuera porque mi calidad de simple capitán de arcabuceros me dificultará tal vez estar tan cerca de él como fuera necesario.

El *Acuchillado* meditó un momento, y dijo:

—El gran prior y el duque de Aumale, que tampoco se separarán del supuesto traidor, os darán la señal y vos les obedeceréis.

—Les obedeceré, monseñor.

—Muy bien. No tengo más órdenes que daros: id con Dios. Si el esplendor de vuestra casa principió en el reinado de Felipe Augusto, en vuestra mano está darle más brillo obedeciendo al duque de Guisa. Cuento con vos, y vos podéis contar conmigo. Idos, pues, y tened la bondad de disponer que acompañen a mi presencia al señor conde de Montgomery.

El capitán Richelieu hizo una reverencia profundísima y salió.

Momentos después era introducido Gabriel.

Venía triste y estaba pálido. La cariñosa acogida que le dispensó el duque no modificó su actitud.

Sus conjeturas, y algunas palabras sueltas que los guardias dejaron escapar sin el menor escrúpulo delante de un caballero que era portador de un salvoconducto firmado por el propio duque de Guisa, habíanle permitido adivinar casi toda la verdad.

El rey, que le había perdonado, y el partido al que se había adherido, estaban en guerra declarada, y en el conflicto se hallaba comprometida su lealtad.

—Supongo, Gabriel —le dijo el duque—, que sabéis ya por qué os he llamado.

—Lo sospecho, pero no lo sé a punto fijo, monseñor —respondió Gabriel.

—Los reformados están en abierta rebelión, y van a venir a atacarnos en el castillo de Amboise. Ya lo sabéis todo.

—¡Extremo doloroso y terrible! —exclamó Gabriel, pensando en su propia situación.

—Amigo mío, es una ocasión magnífica —replicó el duque de Guisa.

—¿Qué queréis decir, monseñor? —preguntó Gabriel asombrado.

—Quiero decir que los hugonotes creen que van a sorprendernos, cuando la realidad es que les estamos esperando: quiero decir que sus planes están descubiertos y vendidos sus proyectos. Este es un ardid de guerra, perfectamente lícito, toda vez que ellos son los primeros en sacar la espada. Nuestros enemigos se entregan por sí mismos... Están perdidos... perdidos sin remedio.

—¡Pero, es posible! —exclamó el conde de Montgomery anonadado.

—Vais a juzgar por vos mismo, hasta qué punto conocemos todos los pormenores de su descabellada empresa. El diez y seis de marzo, a mediodía, deben estar reunidos delante de la ciudad y atacarnos. Están en inteligencias con algunos individuos de la guardia del rey, pero ignoran que la guardia ha sido relevada. Sus amigos deben abrirles la puerta del Oeste, pero no saben que esa puerta ha sido tapiada. Y para terminar: sus tropas deben llegar hasta aquí fraccionadas, siguiendo ciertos senderos del bosque de Château-Regnault; pero destacamentos leales caerán de improviso sobre esas partidas sueltas a medida que se vayan presentando, y no dejarán llegar hasta el frente de Amboise ni la mitad de sus efectivos. Estamos admirablemente informados, y creo que perfectamente prevenidos.

—¡Admirablemente, sí! —exclamó Gabriel aterrado.

Y a continuación, sin darse cuenta exacta de lo que decía, preguntó:

—¿Pero, quién ha podido informaros tan detalladamente?

—Dos de ellos mismos, amigo mío, son los que nos han denunciado todos sus proyectos. Uno de ellos por dinero, otro por miedo. Dos traidores, es verdad; espía asalariado el uno, y alarmista asustado el otro. El espía, a quien tal vez conocéis, y del cual debéis desconfiar en lo sucesivo, se llama el marqués de...

—¡No me lo digáis, monseñor! —interrumpió vivamente Gabriel—. Os suplico que no me reveléis nombres. Inconscientemente os hice una pregunta indiscreta, y ya me habéis dicho lo bastante. Para un hombre de honor, nada es tan difícil como dejar de hacer traición a los traidores.

—¡Oh! —dijo el duque de Guisa un tanto sorprendido—. Tenemos en vos confianza absoluta. Ayer, sin ir más lejos, hablamos de vos la reina y yo: le dije que os había llamado, y me felicitó por mi buena idea.

—¿Para qué me habéis mandado llamar, monseñor? No me lo habéis dicho todavía.

—¿Para qué? El rey no cuenta más que con un número reducido de servidores adictos y seguros. Perteneceis a este número, y os confiaremos el mando de un destacamento contra los rebeldes.

—¿Contra los rebeldes? ¡Imposible! —contestó Gabriel.

—¡Imposible! ¿Por qué es imposible? No me habéis acostumbrado a oír de vuestra boca esa palabra, Gabriel.

—Monseñor: pertenezco a la religión reformada.

El duque de Guisa se levantó con brusquedad y miró a Gabriel con estupefacción llena de terror.

—Así es, monseñor —añadió Gabriel, sonriendo tristemente—. Podéis mandarme cuando os plazca contra los ingleses o contra los españoles, a sabiendas de que os obedeceré sin vacilar, de que os ofreceré mi vida, no ya sólo con abnegación, sino con alegría. Pero en una guerra civil, en una guerra religiosa, en una guerra que me obligaría a combatir contra mis compatriotas, contra mis hermanos, me veo precisado, monseñor, a conservar la libertad que vos tuvisteis la bondad garantizarme.

—¡Vos hugonote, Gabriel!

—Así es, monseñor: es mi crimen y mi excusa al propio tiempo.

—¿Y habréis ofrecido vuestra espada a esa religión, verdad? —preguntó el *Acuchillado* con amargura.

—No, monseñor —respondió con gravedad Gabriel.

—¡Vamos! ¿Pretendéis hacerme creer que vuestros hermanos habían tramado un complot contra el rey, y que esos mismos hermanos, como les llamáis vos, renuncian a la cooperación de un auxiliar tan intrépido como vos?

—Será preciso que lo creáis, monseñor —contestó Gabriel más serio que nunca.

—Entonces, es su causa la que abandonáis, porque vuestra nueva religión os pone en el caso de faltar doblemente a vuestros compromisos.

—¡Oh, monseñor! —exclamó Gabriel con expresión de queja.

—¡No veo que os quede otro camino! —dijo colérico el *Acuchillado*, arrojando con desprecio su gorra sobre el sillón en el que había estado sentado.

—¿No veis otro camino? —replicó Gabriel con entonación fría, casi severa—. Yo sí lo veo, y es muy sencillo. Yo opino que cuanto más falsa es la posición en que un hombre se encuentra, tanto más sincero debe ser aquél. Cuando me hice protestante, declaré leal y terminantemente a los jefes hugonotes que, obligaciones sagradas que tenía contraídas con el rey, con la reina y con el duque de Guisa, me impedirían, durante el reinado actual, combatir en las filas de los protestantes, si llegaba el caso de que tomaran las armas. Saben, porque así se los he declarado yo, que para mí la religión no es un partido. Con ellos, lo mismo que con vos, he estipulado el mantenimiento estricto de mi libre albedrío, y a ellos, lo mismo que a vos, puedo, con derecho, negarles mi concurso. En el triste conflicto que me crean mi gratitud y mi nueva religión, mi corazón sentirá las heridas de todos, pero mi brazo no producirá ninguna. Y ya tenéis demostrado, monseñor, que vos no me conocéis bien, y que yo, permaneciendo neutral, espero poder continuar siendo honrado y digno de que por tal se me tenga.

Gabriel había hablado con animación y altivez. El *Acuchillado*, que gradualmente había recobrado la calma, no pudo menos de admirar la franqueza y la nobleza de su

antiguo compañero de armas.

—¡Sois un hombre misterioso, Gabriel! —le dijo pensativo.

—¿Por qué soy misterioso, monseñor? ¿Acaso porque digo lo que hago y hago lo que digo? Desconocía en absoluto la existencia de esa conspiración de los protestantes, os lo juro. Diré, sin embargo, que recibí en París, al mismo tiempo que vuestra carta, otra de ellos, pero ésta, como la vuestra, no me daba explicación alguna; me decía sencillamente: *Venid*. He previsto la dura alternativa en que iba a encontrarme, y con todo, he acudido al doble llamamiento, para no faltar a ninguno de mis dos compromisos. He venido para deciros a vos: No puedo desenvainar mi espada contra mis hermanos; y para decirles a ellos: No puedo combatir contra los que me hicieron merced de la vida.

El duque de Guisa tendió la mano al conde de Montgomery.

—He hecho mal —dijo cordialmente—. Atribuid mi movimiento de despecho al disgusto que me produjo encontraros entre mis enemigos cuando contaba con vos.

—¡Enemigo! ¡No lo soy, no lo seré vuestro, monseñor! He declarado con franqueza mis opiniones; ¿pero, soy por esta causa más enemigo vuestro que el príncipe de Condé y que el señor de Coligny, que no os han hecho esa declaración, y son, como yo, protestantes no armados?

—¡Ellos son protestantes armados! ¡Me consta, lo sé muy bien, lo sé todo! Esconden sus armas, pero son armados. Ello no obstante, si nos encontramos, disimularé, como disimulan ellos, les daré el nombre de amigos, y, en caso de necesidad, saldré oficialmente, garante de su inocencia. ¿Comedia? Desde luego; pero comedia necesaria.

—Pues bien, monseñor: ya que conmigo sois bondadoso en extremo y prescindís algunas veces de los convencionalismos usuales, decidme que, fuera de nuestra diferencia política, continuaréis creyendo en mi adhesión, en la adhesión de un hugonote; decidme, sobre todo, que si algún día volviera a estallar la guerra exterior, me otorgaríais el favor de reclamar mi palabra y de enviarme al ejército a morir por mi patria y por mi rey.

—Sí, Gabriel —contestó el duque de Guisa—. Aunque deploro la lamentable diferencia que nos separa, fío y fiaré siempre en vos, y para probaros, para demostraros, y a la par para satisfaceros por la sospecha momentánea que abrigué, y que lamento, quiero que toméis esto y hagáis de ello el uso que os convenga.

Y dirigiéndose a una mesa, escribió una palabra en un papel, firmó y entregó el papel al conde.

—Es la orden para que podáis salir cuando os plazca de Amboise y dirigiros a donde os parezca —añadió—. Con este papel, sois libre en absoluto. Y esta prueba de estimación y de confianza sabed que no la daría al príncipe de Condé, a quien me citasteis hace un momento, el cual, por el contrario, en cuanto ponga el pie en este

castillo, será vigilado disimuladamente como un enemigo y guardado como un prisionero.

—Monseñor; estimo en mucho esta prueba de estimación y de confianza, pero la rehúso —contestó Gabriel.

—¿Por qué? —preguntó asombrado el duque de Guisa.

—Si me dejáis salir de Amboise, ¿sabéis, monseñor, adonde iré en seguida?

—Cuenta vuestra es, y no os lo pregunto.

—Pero yo os lo voy a decir, aunque no me lo preguntéis. Al separarme de vos, monseñor, iré adonde me reclama el otro deber, iré a encontrar a uno de los rebeldes en Noizai...

—¿Noizai? Castelnau es quien manda en aquel punto.

—¡Oh! ¡Bien informado estáis, monseñor!

—¿Y qué vais a hacer en Noizai?

—¿Preguntáis qué voy a hacer en Noizai? Decirles: Me habéis llamado y aquí estoy, pero en nada puedo ayudaros. Si me preguntan acerca de lo que haya podido ver u oír en el camino, mi obligación será callarme, no podré ni siquiera aludir al lazo que les habéis tendido, porque vuestras confianzas me han arrebatado hasta ese derecho. En vista de esto, monseñor, os pido una gracia...

—¿Cuál?

—Retenedme prisionero aquí, y libradme así de una perplejidad cruel, porque si me dejáis partir, iré, ya que no a otra cosa, a hacer acto de presencia entre los que ciegos corren a su perdición, y si voy, no seré libre de salvarles.

—Gabriel —contestó el duque de Guisa después de haber reflexionado—; no puedo ni quiero manifestaros desconfianza. Os he revelado todo mi plan de batalla, me decís que vais a reuniros con vuestros amigos, cuyo interés capital sería conocer este plan, y sin embargo, quiero que aceptéis este pase.

—Entonces, monseñor —dijo Gabriel abatido—, concededme al menos un último favor. Lo imploro en nombre de lo que yo pude contribuir a vuestra gloria en Metz, en Italia, en Calais, en nombre de lo que después he sufrido, ¡que ha sido mucho, monseñor!

—¿De qué se trata? Si me es posible, lo haré, amigo mío.

—Posible os es, monseñor, puesto que en vuestra mano está, y quizá hasta debéis otorgármelo, porque franceses son aquellos contra los cuales vais a combatir. ¡Pues bien! Permitidme que les disuada de su fatal proyecto, pero no revelándoles el desenlace fatal que les espera, sino aconsejándoles, suplicándoles, conjurándoles.

—¡Cuidado, Gabriel, cuidado! —contestó con entonación solemne el duque de Guisa—. Una sola palabra que se os escape acerca de nuestras disposiciones, bastará para que los rebeldes persistan en sus proyectos, pero modificando su ejecución, y entonces, el rey, María Estuardo, yo, estaremos perdidos. Pensadlo bien, y decidme si

os comprometéis bajo palabra de honor y de caballero a no dejarles adivinar ni sospechar siquiera por una palabra, por una alusión, por un gesto insignificante, nada de lo que aquí pasa.

—Me comprometo bajo mi palabra de honor y de caballero —contestó el conde de Montgomery.

—Id, pues, y procurad hacerles renunciar a su criminal intento, y yo, por mi parte, renunciaré con júbilo a mi fácil victoria, que ocasionaría derramamiento de sangre francesa. Sin embargo, si mis últimas noticias no mienten, los rebeldes tienen una confianza demasiado ciega y demasiado obstinada en el feliz éxito de su empresa, y casi me atrevo a asegurar que fracasaréis, Gabriel. Pero, no importa: id e intentad el último esfuerzo. Por ellos, y principalmente por vos, no quiero oponerme.

—Os lo agradezco por ellos y por mí, monseñor.

Un cuarto de hora después, Gabriel emprendía la marcha a Noizai.

XLVII

DESLEALTAD DE LA LEALTAD

Era el barón de Castelnau de Chalosses un joven valiente y generoso a quien los protestantes habían confiado uno de los puestos más difíciles, enviándole a ocupar las líneas avanzadas del castillo de Noizai, sitio donde debían reunirse todos los destacamentos el día 16 de marzo.

Para llevar a buen término su cometido, necesitaba maniobrar de modo que le vieran los hugonotes que iban llegando y no le viese ningún católico, posición delicadísima que exigía tanta prudencia y sangre fría como valor.

Gabriel, gracias a las seña y contraseña que le confió la carta de La Rénaudie, pudo llegar sin obstáculos hasta donde se hallaba el barón de Castelnau.

Era el 15 de marzo en las primeras horas de la tarde.

Antes de dieciocho horas, los protestantes debían reunirse en Noizai; y antes de veinticuatro, atacar el castillo de Amboise. No había, pues, tiempo que perder para hacerles desistir de su proyecto.

El barón de Castelnau conocía bien a Gabriel, a quien había visto con frecuencia en el Louvre, aparte de que había oído hablar mucho de él a los jefes protestantes.

Salió a su encuentro y le recibió como amigo y aliado.

—Mucho me satisface veros aquí, señor de Montgomery —le dijo, en cuanto se quedaron solos—. Si he de hablar con franqueza, confiaba en vos, pero no os esperaba. El almirante ha reconvenido a La Rénaudie por haberos escrito.

«Se le debía poner al tanto de nuestros proyectos —le ha dicho—, pero en manera alguna citarle; él habría obrado como le hubiese parecido. ¿No nos ha prevenido el conde que, mientras viva y reine Francisco II, su espada no puede perteneceros, como no le pertenece a él?».

La Rénaudie ha contestado que su carta a nada os comprometía, sino que, por el contrario, os conservaba toda vuestra independencia.

—Es cierto —contestó Gabriel.

—De todos modos, creímos que vendrías —repuso Castelnau—, porque la misiva de nuestro ardoroso amigo no os decía de qué se trataba, y yo soy el encargado de revelaros nuestros planes y nuestras esperanzas.

—Os escucho —respondió Gabriel.

Castelnau le repitió todo lo que ya le había dicho el duque de Guisa.

Gabriel vio con espanto y asombro lo prodigiosamente bien informado que estaba *el Acuchillado*. Los delatores no habían omitido el detalle más insignificante ni olvidado la circunstancia más nimia del complot.

Los conjurados estaban perdidos sin remedio.

—Y ahora que os he enterado ya de todo —dijo Castelnau cuando hubo concluido—, sólo me resta dirigiros una pregunta, cuya contestación tengo prevista de antemano: No podéis uniros a nuestras filas, ¿no es cierto?

—No puedo —contestó Gabriel moviendo tristemente la cabeza.

—Bien; por eso, no hemos de dejar de ser buenos amigos. Sé que tenéis derecho, por haberlo así estipulado con nosotros tiempo hace, de no intervenir en la contienda, y en estas circunstancias os reconocemos ese derecho con tanto mayor motivo, cuanto que estamos seguros del triunfo.

—¿Seguros? —preguntó Gabriel con intención.

—Completamente seguros —contestó el barón—. El enemigo duerme tranquilo, nada sospecha, y será cogido de improviso. Algo temimos, sin embargo, cuando el rey y la corte se trasladaron inopinadamente desde el palacio de Blois, ciudad abierta, a la plaza fuerte de Amboise. Es evidente que debieron de sospechar alguna cosa.

—Sin duda; eso salta a la vista —dijo Gabriel.

—Sí; pero nuestras vacilaciones cesaron muy pronto, pues nos convencimos de que el inesperado cambio de residencia, lejos de ser obstáculo a la realización de nuestros proyectos, los favorece y facilita maravillosamente. Hoy el duque de Guisa duerme tranquilo, entregado a una seguridad engañosa, y por añadidura, mi querido conde, contamos con inteligencias dentro de la plaza, cuya puerta Oeste nos será entregada tan pronto como nos presentemos... ¡Oh!

Nuestro triunfo es certísimo, tanto, que sin ningún escrúpulo podéis absteneros de desenvainar la espada.

—Los acontecimientos destruyen muchas veces las esperanzas mejor fundadas —contestó Gabriel con gravedad.

—En el caso presente, no es de temer que ocurra lo que decís, porque ni una sola probabilidad hay en nuestra contra. ¡El día de mañana —añadió Castelnau frotándose las manos alegremente— presenciaremos el triunfo de nuestro partido y la caída de los Guisa!

—¿Y... la traición? —preguntó Gabriel haciendo un esfuerzo, porque traspasaba su corazón ver tanto valor y tanta juventud correr precipitados y con los ojos cerrados hacia el abismo que debía tragarlos.

—La traición es imposible —contestó imperturbablemente Castelnau—. Únicamente los jefes están en el secreto, y ninguno de ellos es capaz... ¡Vamos, mi querido Montgomery! —añadió, interrumpiéndose—. Lo que os sucede, ¡a fe de caballero que lo creo así!, es que nos tenéis envidia, y os empeñáis en augurar mal del resultado de nuestra empresa porque no podéis tomar parte en ella. Estáis furioso, ¿eh, señor envidioso?

—Es cierto; os envidio —contestó Gabriel con expresión sombría.

—¡De ello estaba yo bien seguro! —exclamó riendo Castelnau.

—Pero... vamos a ver... ¿os merezco alguna confianza?

—¡Absoluta, ciega!

—¿Queréis escuchar un buen consejo, un consejo de amigo?

—Veamos el consejo.

—Renunciad a vuestro proyecto de tomar mañana a Amboise; enviad sin perder momento mensajeros fieles a todos los que deben reunirse aquí esta noche o mañana, y hacedles saber que los planes han fracasado, y que se hace preciso renunciar a su realización, o aplazarla por lo menos.

—Pero... ¿por qué? Decid: ¿por qué? —interrogó Castelnau, que empezaba a alarmarse—. Para hablarme como lo hacéis debéis tener motivos muy graves.

—¡Santo Dios... ninguno! —contestó Gabriel con dolorosa violencia.

—¡No, no! Por algo me aconsejáis que abandone, y haga que abandonen nuestros hermanos, un proyecto que se presenta bajo los más favorables auspicios.

—Desde luego que por algo, pero ese algo es lo que no puedo revelaros. ¿Podéis y queréis creerme bajo mi palabra? Y cuidado, que he ido ya más allá de lo que debiera... ¡Hacedme el favor de creerme sobre mi palabra, amigo mío!

—Escuchad —respondió con acento solemne Castelnau—: si yo tomo la extraña resolución de volver la espalda en el momento crítico, habré de responder de mi incomprensible acto ante La Rénaudie y los demás jefes: ¿podré decirles, cuando me interroguen, que se entiendan con vos?

—Sí —contestó Gabriel.

—¿Y les revelaréis a ellos las causas que motivan vuestros consejos?

—¡No... no puedo... no tengo derecho!

—Entonces, ¿cómo queréis que yo ceda a vuestras instancias? ¿No comprendéis que me dirigirían crueles reconvenciones por haber destruido con una sola palabra las fundadas... más que fundadas, las infalibles esperanzas del partido? Grande, ciega es la confianza que nos merecéis, señor de Montgomery; pero un hombre no es más que un hombre, está expuesto a errar, y puede equivocarse con la mejor buena fe del mundo. Si a nadie es dado examinar y aquilatar el valor de vuestras razones, desde luego os anuncio que nos veremos en la necesidad de prescindir de ellas.

—¡Mirad bien lo que hacéis! —replicó con severidad Gabriel—. ¡Tened en cuenta que aceptáis vos solo toda la responsabilidad de lo que pueda sobrevenir, echáis sobre vuestros hombros todo lo funesto que acaso reserve el destino!

Castelnau quedó aterrado al oír el acento con que Gabriel pronunció las palabras anteriores.

—¡Señor de Montgomery! —le dijo, iluminado por una idea repentina—. Creo que vislumbro la verdad. Os han confiado, o bien habéis sorprendido un secreto que no tenéis derecho, que os está prohibido revelar. Pero sabéis algo muy grave acerca

del desenlace de nuestra empresa, por ejemplo, que nos han hecho traición; ¿no es cierto?

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó vivamente Gabriel.

—O bien —repuso Castelnaud—, visteis, al venir aquí, al duque de Guisa, que es amigo vuestro, y él, que ignora que pertenecéis a nuestro partido, os ha hecho confidencias.

—¡Ninguna de mis palabras ha podido haceros sospechar...!

—O acaso al pasar por Amboise —prosiguió Castelnaud— habéis sorprendido preparativos, escuchado órdenes, provocado revelaciones... En una palabra: nuestro complot está descubierto.

—¿Os he dado motivo para que lo creáis así? —preguntó Gabriel aterrado.

—No, señor conde, no; no lo habéis dado, porque os habéis comprometido a guardar el secreto; bien lo veo. Me guardaré de pedir os que me deis una seguridad positiva, ni siquiera os suplicaré que pronunciéis una palabra, ni que hagáis un gesto; pero una mirada vuestra, hasta vuestro silencio, bastarían, así lo creo al menos, para ilustrarme.

Gabriel, cuya ansiedad era horrible, repasaba en su imaginación los términos de la promesa empeñada al duque de Guisa. Por su honor de caballero se había obligado a no dejar vislumbrar, ni con palabras, ni con alusiones, ni con gestos, nada de lo que pasaba en Amboise.

Como su silencio se prolongase, el barón de Castelnaud, que le miraba con fijeza, dijo:

—¿Calláis? ¡Está muy bien! Vos calláis y yo comprendo y voy a obrar en consecuencia.

—¿Y qué vais a hacer? —preguntó vivamente Gabriel.

—Según acabáis de aconsejarme, voy a prevenir a La Rénaudie y a los demás jefes, para que suspendan inmediatamente todo movimiento, y a declarar a los nuestros, a medida que vayan llegando aquí, que una persona, en quien debemos tener confianza ciega, nos ha denunciado... me ha denunciado la existencia probable de una traición...

—¡Pero, si no es verdad! —interrumpió vivamente Gabriel—. ¡Si yo no os he denunciado nada, señor de Castelnaud!

—Conde —dijo Castelnaud, estrechando significativamente la mano de Gabriel—; ¿por ventura no puede ser la reticencia misma un aviso precioso y nuestra salvación? Ahora bien: una vez advertidos...

—¿Qué? —preguntó Gabriel.

—Triunfaremos nosotros y caerán nuestros enemigos. Aplazaremos para mejor ocasión nuestra empresa, descubriremos, cueste lo que cueste, a nuestros delatores, si realmente los hay entre nosotros, redoblabamos nuestras precauciones, y un día,

cuando todo esté preparado, seguros del triunfo, renovaremos nuestra tentativa, y, gracias a vos, en vez de correr a nuestra ruina, en vez de ser los vencidos, seremos los vencedores.

—¡Eso es precisamente lo que yo quería evitar! —exclamó Gabriel, que se veía con terror arrastrado al abismo de una traición involuntaria—. Voy a explicaros, señor de Castelnau, el verdadero motivo de mis advertencias y de mis consejos. Vuestra empresa, en términos absolutos, me parece culpable y peligrosa. Al atacar a los católicos, os separáis del camino de la razón, justificáis todas las represalias de aquéllos, de oprimidos os convertís en rebeldes. Si sólo de los ministros podéis quejaros, ¿por qué dirigís vuestros ataques al rey? ¡Ah! ¡Me siento morir de tristeza cuando pienso en esto! Por el bien de todos debéis renunciar para siempre a esta lucha impía. ¡Sean vuestros principios, y no las armas, los que defiendan vuestra causa! Esto es únicamente lo que quise deciros; por los motivos expuestos, y no por otros, os he conjurado, y os conjuro de nuevo a vos y a vuestros hermanos, para que os abstengáis de estas funestas guerras civiles que sólo pueden servir para entorpecer el triunfo de vuestros ideales.

—¿Me aseguráis que es ése el motivo único de todos vuestros discursos? —preguntó solemnemente Castelnau.

—El único... —respondió Gabriel.

—Entonces, os agradezco la intención, señor conde —contestó Castelnau con alguna frialdad—, pero no puedo menos de obrar en el sentido que me prescribieron los jefes de la Reforma. Comprendo que debe seros muy doloroso ver combatir a los demás sin poder tomar parte en la pelea; pero también debéis comprender vos que sería injusto que pretendierais detener y paralizar vos solo a todo un ejército.

—¿Es decir —preguntó Gabriel pálido y abatido—, que vais a dejar que lleven adelante ese proyecto fatal?

—Sí, señor conde —contestó Castelnau con energía que no admitía réplica—. Ahora mismo, con vuestro permiso, voy a dictar las órdenes oportunas para el ataque de mañana.

Y haciendo una reverencia a Gabriel, salió sin esperar su respuesta.

XLVIII

EL PRINCIPIO DEL FIN

No salió Gabriel del castillo de Noizai, sino que resolvió pasar en él la noche. Su presencia sería para los protestantes demostración de su buena fe, en el caso de que fueran atacados, y, por otra parte, abrigaba esperanzas de convencer a la mañana siguiente, si no a Castelnau, a algún otro jefe que no estuviese tan ciegamente obstinado. ¡Si llegase La Rénaudie!

Dejóle Castelnau en libertad completa, y hasta pareció que le trataba con algún desdén, no haciendo el menor caso de él.

Aquella noche le encontró muchas veces Gabriel en las galerías y en los salones del castillo, yendo, viniendo y dando órdenes para los reconocimientos y provisión de víveres, pero no se cruzó una sola palabra entre aquellos dos esforzados jóvenes, tan nobles y orgullosos el uno como el otro.

Durante las eternas horas de aquella noche angustiosa, el conde de Montgomery, demasiado inquieto para poder conciliar el sueño, estuvo en las murallas escuchando, meditando y orando.

Con el día empezaron a llegar las tropas de los reformados formando grupos poco numerosos.

A las ocho se habían reunido ya en número considerable, y a las once, Castelnau no aguardaba ninguna fracción.

Gabriel no conocía a ninguno de los jefes. La Rénaudie había mandado a decir que llegaría con sus tropas a Amboise por el bosque de Château-Regnault.

Todo estaba dispuesto para marchar. Los capitanes Mazères y Raunay, que debían mandar la vanguardia, habían bajado al glacis del castillo para formar sus efectivos en orden de marcha. Castelnau triunfaba.

—¿Qué os parece? —preguntó a Gabriel, a quien, en su alegría, perdonaba la conversación de la víspera—. Bien veis, señor conde, que os equivocabais, y que todo va viento en popa.

—¡Esperemos! —contestó Gabriel moviendo la cabeza.

—¿Pero aún necesitáis más para convenceros, incrédulo? —replicó sonriendo Castelnau—. Ni uno de los nuestros ha faltado a su palabra: todos han llegado a la hora convenida, y muchos con más fuerzas de las que habían prometido. Nadie les ha molestado, y a nadie han molestado ellos, al atravesar sus provincias respectivas. ¿No es esto un presagio tan feliz, que casi raya en insolente?

Interrumpió en aquel momento al barón un ruido de trompetas y de armas que sonó fuera del castillo. No se alarmó, sin embargo, hasta tal grado le embriagaba la

perspectiva del triunfo, antes por el contrario, creyó que se trataba de un accidente favorable.

—¿Oís? —dijo a Gabriel—. Apuesto a que llegan refuerzos que no esperábamos. Deben de ser Lamothe y Deschamps con los conjurados de Picardía. No debían llegar hasta mañana, pero sin duda han forzado la marcha, para no privarse del placer de tomar parte en la batalla. ¡Esos son amigos!

—¿Pero estáis bien seguro de que son amigos? —preguntó Gabriel, que había palidecido al oír los clarines.

—¿Y qué otros podrían ser? Venid a esta galería, señor conde; desde las almenas se descubre el glacis, de donde parece que viene el ruido.

Arrastró a Gabriel; pero no bien se acercó a la muralla, dio un grito, alzó los brazos y quedó como petrificado.

No eran fuerzas protestantes, sino tropas reales las que producían el estruendo; no era Lamothe el jefe de aquellos contingentes, sino Santiago de Saboya, duque de Nemours.

A favor del bosque que rodeaba al castillo de Noizai, los jinetes reales habían conseguido llegar hasta el glacis, donde los rebeldes habían formado su vanguardia en orden de marcha.

Ni siquiera hubo combate: el duque de Nemours pudo limitarse a mandar a sus soldados que tomasen las armas de los rebeldes, que estaban en pabellones, Mazères y Raunay tuvieron que rendirse sin disparar un tiro, y en el momento en que Castelnau miraba desde lo alto de las murallas, las tropas de vanguardia, vencidas sin lucha, entregaban sus espadas a los vencedores. Donde creyó Castelnau encontrar soldados, no vio más que prisioneros.

No pudiendo dar crédito a lo que sus ojos veían, permaneció algunos momentos inmóvil, estupefacto, aterrado, sin pronunciar palabra. Semejante acontecimiento estaba tan lejos de su imaginación, que le costaba trabajo rendirse a la triste realidad.

Gabriel, aunque menos sorprendido por aquel golpe repentino, no estaba menos anonadado.

Cuando estaban mirándose uno a otro, ambos tristes y pálidos, llegó precipitadamente un alférez, buscando a Castelnau.

—¿Qué pasa? —preguntó éste con voz casi ininteligible.

—Señor barón —contestó el alférez—; se han apoderado del puente levadizo y de la primera puerta. Hemos tenido tiempo de cerrar la segunda, que no podrá, de seguro, resistir mucho, y dentro de un cuarto de hora, estarán en el patio. ¿Debemos intentar defendernos o disponéis que parlamentemos? Esperan vuestras órdenes.

—Iré a darlas en persona. Dentro de un minuto, el tiempo necesario para armarme, estaré a vuestro lado —contestó Castelnau.

Entró precipitadamente en la sala contigua para ponerse la coraza y ceñirse la

espada. Gabriel le siguió.

—¿Qué vais a hacer, amigo mío? —le preguntó con acento de infinita tristeza.

—¡No lo sé...! ¡No lo sé...! —respondió Castelnau fuera de sí—. ¡En último término, sabré morir!

—¡Ay! ¿Por qué no me creísteis ayer?

—Sí... ya veo que teníais razón... previsteis lo que sucede, o tal vez lo sabíais de antemano...

—¡Tal vez, sí... y ése es mi mayor tormento! ¡Pero, reflexionad, Castelnau! ¡Hay en la vida combinaciones de la suerte extrañas y terribles! ¿Qué diríais si yo no hubiese tenido libertad para disuadiros haciéndoos saber las verdaderas razones que se agolpaban a mis labios, y que yo, con harto dolor de mi alma, había de rechazar? ¿Qué diríais si yo hubiese empeñado mi palabra de honor y de caballero de no dejaros sospechar directa ni indirectamente la verdad?

—Diría que hicisteis muy bien en callar —contestó Castelnau—; diría que yo hubiese obrado como vos, si en vuestra situación me hubiera encontrado. Yo he sido el insensato, que debí comprenderos, y no os comprendí; yo, quien estaba en la obligación de saber que un valiente como vos no aconseja que se rehúya un combate sin motivos poderosísimos... Pero si pequé, en breve expiaré mi pecado, porque voy a morir.

—Moriré con vos —dijo Gabriel con calma.

—¡Morir vos! ¿Y por qué razón? —exclamó Castelnau—. Sólo a una cosa estáis obligado, y es a absteneros de combatir.

—Por eso no combatiré; no puedo —repuso Gabriel—. Pero la vida es para mí una carga insoportable, y el papel que estoy haciendo, doble en apariencia, me es odioso. Iré al combate, pero sin armas; no mataré, pero me dejaré matar. Quién sabe si podré recibir el golpe asestado contra vos; que si no puedo ser espada nadie ni nada me impide ser escudo.

—¡De ningún modo! —replicó Castelnau—. Quedaos. Yo no debo, no quiero arrastraros en mi ruina.

—¿Por qué? ¿No vais a arrastrar, sin utilidad y sin esperanza, a todos los hermanos nuestros que con nosotros están encerrados en este castillo? Mi vida vale menos que la de ninguno de ellos.

—¿Puedo hacer menos por la gloria de nuestro partido que pedirles ese sacrificio? Los mártires son frecuentemente más útiles a su causa que los vencedores.

—Es cierto; pero vuestro deber, como jefe, ¿no es el de intentar salvar las fuerzas que os fueron confiadas? Tiempo os queda después de morir al frente de las mismas si la salvación no puede conciliarse con el honor.

—De modo que me aconsejáis...

—Que tentéis los medios pacíficos ante todo. Si oponéis resistencia, ninguna

esperanza os queda de evitar la derrota y la matanza, pero si cedéis, no tendrán derecho, a mi entender, a castigar con rigor un proyecto que no fue llevado a la ejecución. Rindiéndoos, desarmáis a vuestros enemigos.

—Estoy tan arrepentido de no haber seguido vuestro primer consejo, que quisiera obedeceros ahora. Sin embargo, confieso que vacilo... Me repugna retroceder.

—Para retroceder, sería preciso que hubieseis dado los primeros pasos. Ahora bien: ¿qué pruebas hay hasta ahora de vuestra rebelión? Desenvainando la espada es como os declararíais culpable. ¡Ah! ¡Tal vez mi presencia pueda seros aún de alguna utilidad! Ya que no pude salvaros ayer, ¿me permitiréis que intente salvaros hoy?

—¿Qué haríais? —preguntó Castelnaud.

—Nada que no sea digno de vos; podéis estar tranquilo. Me presentaré al duque de Nemours, jefe de las fuerzas reales; le anunciaré que no se le hará resistencia alguna, que se le abrirán todas las puertas, y que os entregaréis con todas las fuerzas, pero bajo palabra. Será preciso que me jure que ni a vos ni a vuestros caballeros se os hará el menor daño, que os llevará a presencia del rey para exponerle vuestras quejas y súplicas, y que luego os hará poner en libertad.

—¿Y si rehúsa?

—Si rehúsa, la sinrazón estará de su parte, porque habrá rechazado una reconciliación justa y honrosa, y sobre su cabeza caerá toda la responsabilidad de la sangre vertida o que se vierta. Si rehúsa, Castelnaud, volveré a vuestro lado para morir con vosotros.

—¿Creéis que en mi lugar accedería La Rénaudie a lo que me proponéis?

—Creo en conciencia que todo hombre razonable accedería a ello.

—¡Hacedlo, pues! —repuso Castelnaud—. Si, como temo, nada conseguís del duque, nuestra desesperación será más terrible.

—Gracias, amigo mío —contestó Gabriel—. Yo espero, con la ayuda de Dios, salvar tantas nobles y valientes existencias.

Bajó corriendo, hizo que le abrieran la puerta del patio, y enarbolando una bandera de parlamentario, se acercó al duque de Nemours que, a caballo en medio de los suyos, esperaba la paz o la guerra.

—No sé si monseñor me recordará —dijo Gabriel al duque—; soy el conde de Montgomery.

—Sí, señor de Montgomery; os recuerdo perfectamente —contestó Santiago de Saboya—. El señor duque de Guisa me advirtió que os encontraría aquí, pero añadió que estabais con autorización suya y me recomendó que os tratase como amigo.

—¡He ahí una precaución que podría perjudicarme a los ojos de otros que son amigos míos y por añadidura desgraciados! —dijo Gabriel moviendo la cabeza—. ¿Tendréis la bondad, monseñor, de concederme un momento de atención?

—Estoy a vuestra disposición, señor de Montgomery.

Castelnau, que desde una reja del castillo seguía con ansiedad todos los movimientos del duque y de Gabriel, vio que se separaban de las tropas y que conferenciaban durante algunos minutos con animación. Luego Santiago de Saboya pidió recado de escribir, y sobre un tambor a guisa de mesa, escribió rápidamente algunos renglones que puso en manos del conde de Montgomery. Este le dio las gracias con efusión.

Renació la esperanza en el pecho del jefe rebelde.

Momentos después volvía Gabriel al castillo, y sin decir palabra, jadeante, entregó a Castelnau la declaración siguiente:

«Habiendo consentido el señor de Castelnau y sus compañeros del castillo de Noizai en deponer las armas y entregarse, a mi llegada al mismo, yo, Santiago de Saboya, he jurado por mi fe de príncipe, por mi honor de caballero y por la salvación de mi alma, que no se les causará daño alguno, que les conduciré sanos y salvos a quince de ellos, juntamente con el señor de Castelnau, a Amboise, a fin de que puedan dirigir al rey nuestro señor sus pacíficas representaciones.

"Castillo de Noizai, 16 de marzo de 1560.

Santiago de Saboya

—Gracias, amigo mío —dijo Castelnau a Gabriel después de haber leído el documento—. Nos habéis salvado la vida, y más que la vida, el honor. En las condiciones estipuladas, estoy dispuesto a seguir a Amboise al señor duque de Nemours, porque al menos no llegaremos como prisioneros arrastrados por el vencedor, sino corrió oprimidos que acuden a presentarse a su rey. ¡Gracias, gracias, mi buen amigo!

Al estrechar la mano de su libertador, observó Castelnau que Gabriel había vuelto a su tristeza habitual.

—¿Qué os pasa? —preguntó Castelnau.

—Estoy pensando en La Rénaudie y las demás fuerzas protestantes que deben atacar esta noche a Amboise —contestó Gabriel—. Seguramente es ya demasiado tarde para salvarles, pero... ¿por qué no he de probar? ¿No debe acercarse La Rénaudie por el bosque de Château-Regnault?

—Sí —respondió Castelnau con ansiedad—; y es posible que pudierais encontrarle todavía y salvarle como a nosotros.

—Lo intentaré al menos —añadió Gabriel—. Creo que el duque de Nemours no se opondrá a que yo salga. Adiós, amigo mío: voy a seguir desempeñando mi papel de conciliador. Hasta nuestra próxima vista en Amboise.

—Hasta la vista, querido amigo.

Tal como Gabriel había previsto, el duque de Nemours no opuso ninguna

dificultad a su pretensión, y nuestro amigo pudo alejarse de Noizai y de las tropas reales.

El valiente y abnegado joven montó a caballo y partió a rienda suelta en dirección al bosque de Château-Regnault.

Castelnau y los quince jefes que le siguieron emprendieron la marcha, confiados y tranquilos, hacia Amboise, escoltados por las tropas del duque de Nemours.

A su llegada, fueron reducidos a prisión. Se les dijo que debían estar presos hasta que todo hubiese terminado y no hubiera ningún peligro en que se presentasen al rey.

XLIX

EL BOSQUE DE CHÂTEAU-REGNAULT

Por fortuna, el bosque de Château-Regnault distaba escasamente legua y media de Noizai. Gabriel se dirigió a galope tendido hacia aquel punto, pero después de invertir una hora en recorrerlo en todas direcciones, tuvo el sentimiento de no encontrar tropa alguna, ni amiga ni enemiga.

Al fin, a la revuelta de una especie de alameda, le pareció oír el acompasado galopar de muchos caballos. Las tropas no debían de pertenecer al ejército de los reformados, puesto que reían y hablaban libremente, al paso que los hugonotes, demasiado interesados en ocultar su paso, seguramente habrían guardado el silencio más absoluto.

A pesar de todo, Gabriel dirigió su marcha hacia aquel lado, no tardando en descubrir las bandas rojas de las tropas reales.

Adelantó decidido hasta encontrar al jefe, quien le reconoció al momento, de la misma manera que Gabriel le reconoció a él.

Era el barón de Pardaillan, oficial joven y valiente, que se había batido a su lado a las órdenes del duque de Guisa.

—¡Hola! —exclamó—. ¡El conde de Montgomery! ¡Yo os creía en Noizai!

—De allí vengo.

—¿Y qué hay por allá? Acompañadnos un rato y nos contaréis.

Contó Gabriel la repentina llegada al castillo del duque de Nemours, la sorpresa del glacis y del puente levadizo, su propia intervención entre los dos partidos enemigos y la sumisión pacífica de los protestantes que fue resultado de aquélla.

—¡Pardiez! —exclamó Pardaillan—. El duque de Nemours ha tenido una suerte como para mí la deseara yo. ¿Sabéis, conde de Montgomery, contra quién voy yo en este momento?

—Contra La Rénaudie, ¿no es cierto?

—Precisamente; ¿y sabéis qué parentesco nos une a La Rénaudie y a mí?

—Si mal no recuerdo, sois primos... ¡Sí, sí! Primos.

—Primo mío es, en efecto, y más que primo, amigo queridísimo, mi compañero de armas. ¿Sabéis que es muy duro batirse contra quien con mucha frecuencia se ha batido a nuestro lado?

—¡Oh, sí! —exclamó Gabriel—. Pero... ¿estáis seguro de encontrarle?

—¡Segurísimo! Las instrucciones que he recibido son hartamente precisas, y los informes de los miserables que le han vendido demasiado fieles y exactos. Para que os convenzáis, os diré que, dentro de un cuarto de hora de marcha, en la segunda

alameda, a la izquierda, debo encontrarme frente a frente con La Rénaudie.

—¿Y si tomaseis esa otra alameda...? —insinuó Gabriel.

—Faltaría a mi deber y a mi honor de soldado —contestó Pardaillan—. Además; aunque quisiera hacerlo, no podría: mis dos tenientes han recibido del duque de Guisa las mismas órdenes que yo y se opondrían a que yo faltase a ellas. No; una sola esperanza me resta, y es que La Rénaudie se avenga a entregármeme. Pero es una esperanza muy incierta, porque mi primo es bravo y orgulloso, incapaz de dejarse sorprender en campo abierto como Castelnau, y por otra parte, mis fuerzas apenas si serán superiores en número a las suyas. De todos modos, señor de Montgomery, no dudo que me ayudaréis a aconsejarle la paz.

—Haré cuanto esté de mi parte.

—¡Váyanse al diablo las guerras civiles! —exclamó Pardaillan.

Caminaron cerca de diez minutos sin cambiar una palabra más.

Así que doblaron la segunda alameda oblicuando hacia la izquierda, dijo Pardaillan:

—Debemos de estar muy cerca, porque me late con fuerza el corazón. Dios me perdone, pero creo que, por vez primera en mi vida, tengo miedo.

Las tropas reales ya no reían ni hablaban; avanzaban lentamente y con precaución.

Habrían andado doscientos pasos más, cuando al través de una arboleda muy espesa, en un sendero que bordeaba el camino real, les pareció que brillaban armas.

Sus dudas, si es que las tuvieron, fueron de poca duración, porque casi en el acto gritó una voz enérgica:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Es la voz de La Rénaudie —dijo Pardaillan a Gabriel.

Seguidamente contestó:

—¡Valois y Lorena!

Rápido como el pensamiento, desembocó La Rénaudie a caballo, seguido por sus tropas, en el camino real. Mandó hacer alto a los suyos, y avanzó algunos pasos, completamente solo.

Pardaillan le imitó: dio la orden de ¡alto! a sus fuerzas, y avanzó seguido de Gabriel.

Más que dos enemigos dispuestos a despedazarse, parecían dos amigos deseosos de volverse a ver después de larga ausencia.

—Te habría contestado como debo —dijo La Rénaudie mientras se acercaba—, si no hubiese creído reconocer la voz de un amigo. O mucho me engaño, o esa celada oculta las facciones de mi querido primo Pardaillan.

—¡Yo soy, sí, mi desgraciado La Rénaudie! —respondió Pardaillan—. Si quieres que te dé un consejo de hermano, renuncia a tu empresa, amigo mío, y depón las

armas.

—¡Diablo! ¿Y le llamas consejo de hermano? —replicó La Rénaudie con acento irónico.

—Sí, señor La Rénaudie —terció Gabriel dejándose ver—. Es un consejo de hermano, de amigo leal, os lo aseguro. Castelnau se rindió esta mañana al duque de Nemours, y si vos no le imitáis, estáis perdido.

—¡Hola, señor de Montgomery! —dijo La Rénaudie—. ¿También vos estáis con ellos?

—Ni con ellos ni con vos —contestó con gravedad y tristeza Gabriel—; estoy entre unos y otros.

—¡Perdonadme, señor conde! —exclamó La Rénaudie, conmovido por el noble y digno acento de Gabriel—. No he querido ofenderos; creo que dudaría antes de mí que de vos.

—Entonces, creedme; no aventuréis un combate inútil y funesto. Entregaos.

—¡Imposible! —contestó La Rénaudie.

—Ten en cuenta que las fuerzas que ves aquí son una vanguardia insignificante —dijo Pardaillan.

—¿Y crees tú que iba yo a cometer la necedad de venir con ese puñado de hombres que ves? —replicó La Rénaudie.

—Te prevengo que tienes traidores en tus filas —repuso Pardaillan.

—Los tienes tú en las tuyas —replicó La Rénaudie.

—Yo me encargo de conseguir del duque de Guisa el perdón para ti —añadió Pardaillan, que no sabía a qué argumento recurrir para convencerle.

—¡Mi perdón! Dentro de muy poco habré de concederlo, en vez de recibirlo.

—¡La Rénaudie... La Rénaudie! ¡No me obligues a desenvainar la espada contra ti, Godofredo, mi antiguo camarada, mi querido primo, mi compañero de la infancia!

—Pues no habrá más remedio, Pardaillan. Me conoces demasiado bien para que puedas imaginar ni por un momento que estoy dispuesto a cederte sí campo.

—¡Señor de La Rénaudie, que hacéis mal! —gritó Gabriel—. ¡Os repito que hacéis mal! ¡Por última vez!...

Al llegar aquí, fue interrumpido bruscamente.

Los jinetes de los dos bandos, que se mantenían a poca distancia, mirándose unos a otros, y no comprendían aquella extraña conferencia de sus jefes, ardían en deseos de venir a las manos.

—¿Qué diablos se estarán diciendo? ¿No acabarán nunca? —murmuraban los soldados de Pardaillan.

—¿Si creerán que hemos venido aquí para verles como hablan tranquila y reposadamente de sus asuntos? —decían los hugonotes.

—¡Esperad, esperad! —dijo uno de los del bando de La Rénaudie, en el cual cada

soldado era un jefe—. Yo sé de un medio seguro de abreviar su conversación.

Y mientras Gabriel dirigía sus últimos ruegos a La Rénaudie, el hugonote en cuestión disparó un pistoletazo contra las tropas reales.

—¡Lo ves! —exclamó Pardaillan con acento dolorido—. ¡Los tuyos han disparado el primer tiro!

—¡Sin orden mía! —contestó con vivacidad La Rénaudie—. Pero, puesto que la suerte está echada, paciencia y... ¡Adelante, amigos míos, adelante!

Retrocedió para reunirse con los suyos. Pardaillan hubo de hacer otro tanto.

—¡Adelante! —gritó a su vez.

Comenzó el fuego.

Gabriel había quedado inmóvil entre los blancos y los rojos, entre los leales y los hugonotes, recibiendo el fuego de entrambos bandos.

Desde los primeros tiros volaron las plumas de su casco cortadas por una bala y fue muerto el caballo que montaba. Gabriel se desembarazó de los estribos y permaneció de pie, inmóvil y pensativo, en medio de aquella terrible refriega.

Agotadas las municiones, los combatientes prosiguieron la lucha al arma blanca.

Gabriel no hizo el menor movimiento; ni siquiera llevó la mano al puño de su espada. Se contentó con contemplar las furiosas estocadas que menudeaban en torno suyo, triste y sombrío como hubiera podido estarlo la imagen de Francia entre aquellos franceses enemigos que se acuchillaban con furor.

Principiaron a flaquear los hugonotes, inferiores en número y en disciplina.

La Rénaudie, mientras tanto, había vuelto a encontrarse con Pardaillan.

—¡A mí! —le gritó—. ¡Que muera yo a tus manos a lo menos!

—¡Ah! —respondió Pardaillan—. ¡El que quede con vida será el más generoso!

Y se atacaron con vigor. Los golpes que se descargaban resonaban en sus armaduras como resuena el martillo sobre el yunque. La Rénaudie daba vueltas alrededor de Pardaillan que, firme en la silla, paraba y devolvía las estocadas sin cansarse. Dos rivales sedientos de venganza no habrían luchado más encarnizadamente.

Al fin, La Rénaudie hundió su espada en el pecho de Pardaillan, quien cayó al suelo.

Resonó un grito, pero no fue Pardaillan quien lo lanzó, sino La Rénaudie.

Felizmente para el vencedor, ni tiempo tuvo para contemplar su funesta victoria. Montigny, paje de Pardaillan, le disparó un arcabuzazo que le derribó en tierra mortalmente herido.

Antes de morir, sin embargo, La Rénaudie tuvo fuerzas suficientes para dar un revés terrible con su espada al paje que le había herido, tendiéndole sin vida a su lado.

La lucha continuó en derredor de los tres cadáveres más furiosa que nunca.

Pero los hugonotes llevaban la peor parte, y a poco de haberse quedado sin jefe, empezaron a declararse en fuga.

Fueron pocos los que consiguieron salvarse: en su mayor parte murieron, y algunos fueron hechos prisioneros.

El feroz y sangriento combate apenas duró más de diez minutos.

Las tropas reales se dispusieron a volver a Amboise, y colocaron sobre el mismo caballo, para transportarlos juntos, los cadáveres de Pardaillan y de La Rénaudie.

Gabriel, que no había recibido un rasguño, contemplaba tristemente aquellos dos cuerpos en los cuales latían momentos antes los dos corazones más nobles tal vez que había conocido.

—¿Cuál de los dos era más valiente? —se preguntaba—. ¿Quién de los dos quería más al otro? ¿Cuál de los dos ha sido mayor pérdida para la patria?

L

LA POLÍTICA EN EL SIGLO XVI

Era de esperar que, rendidas las fuerzas rebeldes del castillo de Noizai y vencidas las que lucharon en el bosque de Château-Régault, hubiese terminado todo. Así probablemente habría sucedido, de haber sido advertidos a tiempo los conjurados de Nantes; pero, ignorantes éstos de los dos descabros sucesivos sufridos por su partido, continuaron su marcha sobre Amboise, dispuestos a atacar la plaza aquella noche.

Ya sabemos que, merced a las exactas noticias de Lignières, en Amboise estaban convenientemente preparados para su llegada.

El rey no había querido acostarse; disgustado e inquieto iba y venía con paso febril de un extremo a otro del vasto salón que le habían reservado para cámara.

Velaban a su lado María Estuardo, el duque de Guisa y el cardenal de Lorena.

—¡Qué noche tan larga! —exclamaba Francisco II—. Sufro horriblemente, mi cabeza es un volcán en erupción y vuelven a torturarme estos insoportables dolores de oído... ¡Qué noche, santo Dios, qué noche!

—¡Mi pobre y querido Francisco! —contestaba con voz dulce María—. ¡No os agitéis así, os lo suplico, porque vuestra agitación aumenta vuestros sufrimientos físicos y morales! ¿Por qué no descansáis un rato?

—¿Acaso puedo descansar, María? ¿Puedo dormir tranquilo cuando mi pueblo se rebela, cuando se alza en armas contra mí? ¡Ah! ¡Estas amarguras abreviarán los pocos días de vida que el Señor se ha dignado concederme!

María no contestó: dos raudales de lágrimas inundaron su rostro encantador.

—No debiera vuestra majestad afligirse hasta ese extremo —dijo el *Acuchillado*—. He tenido el honor de deciros que hemos adoptado tales precauciones que nuestro triunfo es infalible. Yo os respondo de todo, señor.

—Los comienzos no han podido ser más felices —dijo el cardenal de Lorena—. Castelnau ha sido hecho prisionero y La Rénaudie muerto: con tan buenos auspicios, ¿no debemos creer en un éxito feliz?

—¡Felices augurios ciertamente! —exclamó con amargura Francisco II.

—Mañana estará todo terminado —continuó el cardenal—. Habrán caído en nuestras manos todos los jefes rebeldes, y podremos hacer un terrible escarmiento que sirva de ejemplo a los que intenten imitarles. Creo que se hace indispensable celebrar un auto de fe solemne, y que es preciso castigar a Castelnau. Ciertamente que el duque de Nemours le ha jurado que se le otorgaría el perdón, pero nosotros nada hemos prometido, y el juramento del duque de Nemours no nos obliga a nada. En

cuanto a La Rénaudie, ya han sido dadas las órdenes oportunas para que mañana sea expuesta su cabeza en el puente de Amboise con esta inscripción: *Jefe de los rebeldes*.

—¡Jefe de los rebeldes! —repitió el joven rey—. Os he oído decir, sin embargo, que el jefe no era él, y que las declaraciones y la correspondencia de los conjurados prueban que el jefe principal, el jefe supremo, era el príncipe de Condé.

—¡En nombre del Cielo, señor, os suplico que no habléis tan alto! —interrumpió el cardenal—. Sí; todo eso es cierto; el príncipe lo ha preparado, lo ha dirigido todo, pero desde lejos. Los hugonotes le daban el nombre de *El Capitán mudo*, y debía declararse en rebelión después que los suyos hubiesen conseguido el primer triunfo. Pero, como en vez de conseguir un triunfo, han sufrido una derrota, ni se ha declarado ni se declarará. No le impulsemos nosotros a extremos peligrosos ni reconozcamos ostensiblemente a la rebelión una cabeza tan poderosa; finjamos que no le vemos a fin de no ponerle en evidencia.

—¡No por eso dejará el señor príncipe de Condé de ser el verdadero jefe de los rebeldes! —exclamó Francisco, cuya juvenil impaciencia se avenía mal con las ficciones gubernamentales, como se las ha llamado después.

—Así es, señor —respondió el *Acuchillado*—; pero el príncipe, lejos de confesar su participación en la trama, la niega terminantemente. Finjamos, pues, que le creemos bajo su palabra. El príncipe vino hoy a encerrarse en Amboise, donde es vigilado, donde no se le pierde de vista, pero desde lejos, de la misma manera que dirigía él la conspiración. Finjamos aceptarle como auxiliar, como aliado, que menos peligroso es esto que obligarle a que se declare nuestro enemigo. Esta noche, el príncipe se batirá, si hay combate, a nuestro lado y contra sus propios cómplices, y mañana asistirá a las ejecuciones. ¿No es para él esa necesidad dura en que se encuentra mil veces más dolorosa que para nosotros la que nos hemos impuesto?

—Desde luego... sí —contestó el rey—; ¿pero hará lo que decís? Y si lo hace, ¿es posible que sea culpable?

—Señor —contestó el cardenal—; tenemos en nuestro poder, y entregaremos a vuestra majestad si lo desea, pruebas evidentes de la complicidad del señor príncipe de Condé; pero cuanto más concluyentes son esas pruebas, tanto más debemos disimular. Un pesar tengo, y es que se me han escapado palabras que, si llegan a oídos del príncipe, podrían ofenderle.

—¡Teméis ofender a un culpable! —exclamó Francisco II—. ¿Pero, qué ruido es ése que se oye fuera? ¡Jesús...! ¿Serán los rebeldes?

—Voy corriendo —dijo el duque de Guisa.

Pero antes de que hubiera pisado el dintel de la puerta, entró Richelieu, el capitán de arcabuceros que conocemos, diciendo:

—Perdonad, señor: el príncipe de Condé cree haber oído palabras que ofenden su

honor, y pide con vivas instancias que se le permita rechazar públicamente, en presencia de vuestra majestad, esas sospechas injuriosas.

Iba el rey a negarse a recibir al príncipe, pero el duque de Guisa había hecho ya una señal a los arcabuceros del capitán Richelieu, y éstos abrieron paso al príncipe de Condé, que entró con la cabeza alta y el rostro animado.

Seguíanle varios caballeros y canónigos de San Florentino, comensales ordinarios del castillo de Amboise, que el cardenal había transformado aquella noche en soldados, por si eran necesarios para la defensa.

—Señor; dignaos perdonar mi atrevimiento —dijo el príncipe después de haberse inclinado ante el rey—. Pero debo hacer presente que mi atrevimiento tiene su justificación anticipada en la osadía de ciertas acusaciones lanzadas contra mi lealtad, acusaciones que mis enemigos propalan, según parece, arteramente y en secreto. Pero yo quiero que esos enemigos encubiertos se manifiesten y salgan a la luz del día, para confundirles y abofetearles.

—¿De qué se trata, primo mío? —preguntó con seriedad Francisco II.

—Señor —respondió el príncipe de Condé—, hay quien tiene la avilantez de decir que soy el verdadero jefe de los rebeldes, cuya loca e impía tentativa perturba en estos momentos la tranquilidad del Estado y entristece y llena de consternación a vuestra majestad.

—¡Ah! ¿Dicen eso? —repuso el rey—. ¿Y quién lo dice?

—He sorprendido yo mismo, hace un instante, señor, esas odiosas calumnias en boca de esos reverendos hermanos de San Florentino que, creyéndose sin duda en su convento, no tienen reparo en decir en voz alta lo que se les comunica en secreto.

—¿Y acusáis a los que han repetido o a los que han inventado la calumnia?

—Acuso a los unos y a los otros, señor, pero de una manera especial a los instigadores de esas cobardes imposturas...

Esto diciendo, miraba con descaro al cardenal de Lorena, el cual procuraba ocultarse, como avergonzado, detrás de su hermano.

—¡Está bien, primo! —dijo el rey—. Os permitimos desde luego que confundáis la impostura y acuséis a los impostores. Veamos...

—¿Confundir la impostura, señor? —repitió el príncipe de Condé—. ¿No la confunden mis hechos mejor que pudieran hacerlo mis palabras? ¿No he acudido a este castillo, tan pronto como fui llamado, para ocupar mi puesto entre los defensores de vuestra majestad? ¿Obran de este modo los culpables, señor?

—Acusad, entonces, a los impostores —dijo Francisco II.

—Lo haré también, pero no con palabras, sino con actos, señor. Fuerza será, si es que tienen corazón, que me acusen cara a cara, que se descubran ellos mismos y en el acto. Aquí, públicamente, les arrojo el guante, en presencia de mi Dios y de mi rey. Que se presente el hombre, sean los que sean su rango y condición, que se atreva a

sostener que yo soy el autor de la conjuración. Prometo combatir con él cuándo y como quiera, y dado caso que fuese inferior a mí, me obligo asimismo a igualarme con él en todo para el combate que ofrezco.

Al terminar de hablar, el príncipe de Condé arrojó su guante a sus pies. Su mirada, como si quisiera puntualizar el desafío, estaba clavada con fiereza en la del duque de Guisa, que no pestañeaba siquiera.

Hubo un momento de silencio durante el cual todos los presentes pensaban sin duda en aquel extraño prodigio de fingimiento ofrecido por un príncipe de la sangre a toda una corte, en la cual hasta los pajes sabían que era mil veces culpable del crimen del cual pretendía justificarse con indignación tan admirablemente fingida.

Pero, a decir verdad, únicamente el rey tuvo la candidez de asombrarse, pues los demás, sin excepción, supieron hacer justicia al valor del príncipe y estimar en lo que valía su virtud.

Las ideas de las cortes italianas sobre la política, importadas por Catalina de Médicis y sus florentinos, estaban a la sazón de moda en Francia. El que mejor sabía engañar era celebrado como más hábil, y el arte consistía en ocultar las ideas y disfrazar los actos. La sinceridad entonces, habría pasado plaza de simpleza.

No pudieron librarse del contagio ni los caracteres más nobles y puros de aquel tiempo, tales como Coligny, Conde, el canciller Olivier y otros.

Se comprenderá, pues, que el duque de Guisa, lejos de despreciar al príncipe de Condé por su inconcebible descaro, le admiró. Pero al mismo tiempo se dijo a sí mismo que no le envidiaba sus dotes de fingimiento, y para demostrarlo, dio un paso al frente, se quitó muy despacio un guante, y lo arrojó al lado del príncipe.

Hubo un momento de sorpresa, porque al pronto se creyó que iba a recoger la insolente provocación del príncipe.

Con voz fuerte, decidida, casi de convencimiento, dijo:

—Yo apruebo y sostengo las palabras del príncipe de Condé, y como tengo el honor de ser pariente suyo, me honra tanto ser su servidor, que me ofrezco a secundarle y a batirme contra quien se presente, ayudándole de este modo en tan justa defensa.

El *Acuchillado* paseaba altivo su mirada sobre los que le rodeaban.

El príncipe de Condé no pudo menos de bajar los ojos; se sentía vencido, derrotado, más completamente que si lo hubiera sido en campo abierto.

—¿No hay quien levante el guante del príncipe de Condé ni el mío? —preguntó el duque de Guisa.

Nadie se movió.

—Primo —dijo Francisco II sonriendo melancólicamente—; me parece que habéis quedado, según deseabais, limpio de toda sospecha de felonía.

—Así es, señor —contestó con impudencia el *Capitán mudo*—; doy las gracias a

vuestra majestad por haberme ayudado...

Volvióse, no sin violencia, hacia el *Acuchillado*, y añadió:

—Y las doy también a mi buen aliado y pariente el duque de Guisa. Espero demostrarle, y demostrar a todos, si esta noche hay combate, esgrimiendo mis armas contra los rebeldes, que no ha hecho mal en tomar mi defensa.

El príncipe de Condé y el duque se saludaron mutuamente con la mayor cortesía.

A continuación, el príncipe, justificado ya como era debido, y no teniendo nada que hacer en la cámara regia, hizo una reverencia al rey y salió, seguido por los espectadores que le habían acompañado al entrar.

En la cámara quedaron únicamente los cuatro personajes cuya impaciencia y temores había dejado en suspenso la singular comedia a que acabamos de asistir.

Una deducción inferiremos de la escena caballeresca que queda reseñada; y es que la política data del siglo xvi... cuando menos.

LI

LA POLÍTICA EN EL SIGLO XVI

Después de la salida del príncipe de Condé, ni el rey, ni María Estuardo, ni ninguno de los dos hermanos Lorena suscitaron la conversación acerca de lo que acababa de pasar. Parecía que de tácito y común acuerdo rehuían tan peligroso tema. Se arrastraban perezosos los minutos y transcurrían eternas las horas en aquel sombrío e impaciente silencio.

Francisco II se llevaba la mano con frecuencia a su abrasada frente; María, sentada a un lado, miraba tristemente el rostro pálido y abatido de su joven esposo, y de cuando en cuando secaba una lágrima; el cardenal de Lorena tenía fija la atención en los ruidos de fuera, y el *Acuchillado*, que no tenía ya que dar ninguna orden, y a quien su rango y el cargo que desempeñaba obligaban a estar siempre junto al rey, sufría, al parecer, cruelmente en aquella inacción forzada, y muchas veces golpeaba el suelo con el pie, como el brioso corcel de batalla cuando tasca el freno que le sujeta.

La noche avanzaba. El reloj del castillo primero, y luego el de San Florentino, dieron sucesivamente las seis y las seis y media. Comenzaba a apuntar el día sin que ningún ruido de ataque, ninguna señal de los centinelas hubiera turbado el silencio de la noche.

—¡Vamos! —dijo el rey principiando a tranquilizarse—. Comienzo a creer, señor cardenal, que vuestro Lignières ha engañado a vuestra eminencia o bien que los hugonotes han cambiado de parecer.

—Lo sentiría —respondió el cardenal de Lorena—, porque estamos seguros de vencer a la rebelión.

—Pues yo me alegraría —replicó el rey—, porque sólo el combate habría sido una derrota para el trono...

No había terminado el rey la frase, cuando retumbaron dos tiros de arcabuz, que era la señal convenida de alarma, y casi al mismo tiempo corrió por las murallas, repetido por los centinelas, el grito de:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡A las armas!

—No queda duda; son los enemigos —dijo el cardenal de Lorena, palideciendo a pesar suyo.

El duque de Guisa se levantó con semblante casi alegre y, saludando al rey, dijo:

—Señor, hasta muy pronto. Tened confianza en mí.

Y salió con precipitación.

Aún se le oía dar órdenes en la antecámara, cuando sonó una descarga de

arcabuzazos.

—Ya veis, señor —dijo el cardenal, quizá para distraer su miedo con la conversación—, que Lignières estaba bien informado, y que sólo se ha equivocado en algunas horas.

Pero el rey no le hacía caso; únicamente prestaba atención, mordiéndose los labios con cólera, al estruendo creciente producido por la artillería y los arcabuces.

—¡Me cuesta trabajo creer en tanta audacia... en semejante afrenta a la corona! —exclamaba.

—Terminará vergonzosamente para esos miserables, señor —contestaba el cardenal de Lorena.

—Con todo, a juzgar por el ruido que hacen, los rebeldes han debido de traer fuerzas considerables y no tienen miedo —observó el rey.

—Todo terminará en breve como una hoguera de paja —respondió el cardenal.

—No tiene trazas de terminar tan pronto, pues el ruido se va acercando y el fuego aumenta en vez de disminuir —replicó el rey.

—¡Jesús! —exclamó María Estuardo—. ¿Oís cómo se estrellan las balas contra la pared?

—Yo creo, señora... —balbuceó el cardenal— podrá ser... pero yo no noto que el estruendo aumente...

Interrumpió su frase una terrible explosión.

—Ahí tenéis la contestación, señor cardenal —dijo el rey sonriendo con amargura—, si no fuese bastante para contradecir vuestras palabras el espanto que refleja vuestro rostro.

—Se percibe el olor de la pólvora —dijo María Estuardo—. ¡Virgen Santa...! ¡Qué coros de gritos tumultuosos!

—¡Mejor que mejor! —respondió Francisco—. Los señores reformados han penetrado, a mi juicio, en la ciudad, y tratan de sitiarnos en regla en nuestro castillo.

—Pero, señor —observó el cardenal temblando—, si la situación se ha agravado hasta el punto que suponéis, ¿no sería lo más acertado que vuestra majestad se retirase a la torre? Podemos abrigar la seguridad más absoluta de que de la torre no se apoderarán.

—¿Yo? ¿Esconderme yo ante mis vasallos? —exclamó el rey—. ¿Ante los herejes? Dejadles que penetren hasta aquí, señor tío, que a fe que nada deseo tanto como saber hasta dónde llevan su osadía. Veréis cómo se limitan a suplicarnos que cantemos con ellos algunos salmos en francés y que les permitamos predicar en nuestra capilla de San Florentino.

—¡Por favor, señor! —suplicó María Estuardo—. ¡Prestad oídos a la voz de la prudencia!

—No —replicó el rey—. Quiero ver hasta dónde se atreven. Aquí les espero, no

dudando que se presentarán como súbditos leales, pero, si alguno me faltase al respeto que me es debido, por mi real nombre juro que habrá de convencerse de que la daga que llevo en la cintura no es exclusivamente un adorno.

Pasaban los minutos y el fuego de los mosquetes iba en aumento. El pobre cardenal de Lorena ya no tenía energías para pronunciar una palabra. El rey apretaba los puños con cólera.

—¡Es particular! —exclamó María Estuardo—. Nadie viene a traernos noticias... ¿Es tan grave el peligro que no hay un hombre solo que pueda abandonar su puesto un instante?

—¡Oh! —gritó al cabo de algunos momentos el rey—. ¡Esta espera es insoportable...! Pero conozco un medio, medio seguro, de saber lo que pasa, y es ir yo mismo al lugar de la refriega... Supongo que el señor teniente general del reino no se negará a admitirme como voluntario.

Francisco dio dos o tres pasos hacia la puerta, pero María le atajó, diciendo fuera de sí misma:

—¡Señor! ¿Qué vais a hacer? ¡Enfermo como estáis...!

—Nada me duele; me encuentro perfectamente bien —replicó el rey—. La indignación ha sustituido a la enfermedad.

—Esperad, señor —dijo el cardenal—. Me parece que esta vez el ruido se aleja realmente... ¡Sí! Los tiros suenan con menos frecuencia... ¡Ah! Aquí viene un paje, portador de noticias, sin duda.

—Señor —dijo el paje entrando—, el señor duque de Guisa me encarga que participe a vuestra majestad que los reformados han abandonado el campo y se han declarado en plena retirada.

—¡Al fin! —exclamó el rey—. ¡Lo celebro!

—El señor teniente general del reino, tan pronto como no sea necesaria su presencia en las murallas, vendrá a dar cuenta de todo al rey —añadió el paje.

Evacuada su comisión, se fue el mensajero.

—¿Lo estáis viendo, señor? —preguntó el cardenal con expresión de triunfo—. ¿No fueron acertadas mis previsiones, cuando anuncié que todo se reduciría a una nube de verano, que mi ilustre hermano daría pronta cuenta de todos esos cantores de salmos?

—¡Oh, mi excelente tío! —exclamó Francisco II—. ¡Con qué rapidez habéis recobrado el valor!

En aquel momento resonó otra explosión, mil veces más formidable que la primera.

—¿Qué será ese ruido? —preguntó el rey.

—¡Es particular... incomprensible...! —dijo el cardenal temblando de nuevo.

Por fortuna, el terror no le duró mucho. A raíz del estruendo entró el capitán de

arcabuceros Richelieu, con la cara negra de pólvora y llevando en la mano una espada rota.

—Señor —dijo al rey—; los rebeldes huyen después de haber sufrido una derrota completa. Apenas han tenido tiempo de hacer volar, sin causarnos daños, un barril de pólvora que habían preparado junto a una de las puertas. Los que no han sido muertos o quedado prisioneros, han repasado el puente y se han hecho fuertes en una de las casas del Arrabal del Vendómois, donde les tenemos seguros... La cosecha será abundante... Desde esta ventana puede ver vuestra majestad cómo se les trata.

El rey se dirigió hacia la venta, seguido a cierta distancia por el cardenal y por la reina.

—¡En efecto... ahora son ellos los sitiados! —dijo—. ¿Pero, qué veo? ¿Qué humo es el que sale de aquella casa?

—Señor; sin duda la habrán prendido fuego —contestó Richelieu.

—¡Sí... eso es...! —dijo el cardenal—. ¡Mirad, señor, cómo saltan por las ventanas...! ¡Dos... tres... cinco... y más...!, ¿oís sus gritos?

—¡Dios mío! —exclamó María Estuardo juntando las manos—. ¡Pobre gente!

—Me parece que distingo, batiéndose al frente de los nuestros, el penacho y la banda de nuestro primo el príncipe de Condé —dijo el rey—. ¿Es él, capitán?

—Sí, señor —respondió el interrogado. No se ha separado un momento de nuestras filas y ha permanecido constantemente, espada en mano, al lado del señor duque de Guisa.

—Viendo estáis, señor cardenal, que no se ha hecho de rogar —observó el rey.

—El señor príncipe de Condé se habría expuesto a mucho obrando de otra manera, señor —contestó el cardenal.

—¡Las llamas aumentan en progresión aterradora! —exclamó María Estuardo—. ¡Va a desplomarse la casa sobre esos desventurados!

—¡Se desploma ya! —gritó el rey.

—¡Todo acabó! —dijo el cardenal.

—¡Alejémonos de aquí, señor; esto es horrible! —exclamó María Estuardo llevándose consigo al rey.

—Sí —contestó Francisco II—; ahora me dan lástima.

Un momento después entraba en la estancia el duque de Guisa, tranquilo y arrogante, acompañado del príncipe de Condé, a quien le costaba no poco trabajo disimular el abatimiento y la vergüenza que le dominaban.

—Señor —dijo el *Acuchillado* al rey—, todo ha terminado. Los rebeldes han sufrido el castigo que merecía su crimen. Doy gracias a Dios que se ha servido librar al rey de tan gran peligro, pues según he visto, era mucho mayor de lo que suponíamos. Teníamos traidores en nuestras filas.

—¡Es posible! —exclamó el cardenal.

—Sí; apenas iniciado el ataque, los reformados han sido secundados por los soldados de La Motte, que nos han atacado por el flanco. He aquí por qué han sido, durante algunos minutos, dueños de la ciudad.

—¡Es espantoso! —exclamó el cardenal.

—Lo habría sido más todavía si los rebeldes hubiesen sido secundados también, como esperaban, por las fuerzas de Chaudieu, hermano del ministro, que debían atacar la puerta de Bons-Hommes.

—¿Y se frustró ese ataque?

—No llegó a realizarse, señor. El capitán Chaudieu se ha retrasado, a Dios gracias, y cuando llegue, será para ver despedazados a sus amigos. ¡Que ataque ahora cuando guste! Ha de encontrar quien le conteste dentro y fuera de los muros. Para que reflexione antes de tentar la aventura, he dispuesto que sean colgados veinte o treinta amigos suyos en lo alto de las almenas de Amboise: creo que el espectáculo le servirá de saludable aviso.

—Os doy las gracias, primo mío —dijo el rey—. Veo que la protección de Dios se ha declarado decididamente en nuestro favor, puesto que ha querido introducir la confusión en los consejos y en las filas de nuestros enemigos. Ante todo, vamos a la capilla a darle las gracias.

—Y después, señor, habrá que pensar en el castigo de los culpables —dijo el cardenal—. ¿Asistiréis a la ejecución con la reina y la reina madre, señor?

—Pero... ¿será necesario que asista yo? —preguntó el rey contrariado.

—El glorioso rey, Francisco I, vuestro abuelo, señor, asistió a todas...

—Mi glorioso abuelo hizo lo que le pareció oportuno, y yo quiero hacer también lo que tenga por conveniente —replicó Francisco II.

—¿Es posible que faltéis vos, señor, a un acto al que asistirán todos, incluso el príncipe de Condé?

—Hablabamos de ese asunto más tarde —dijo el rey—. Todavía no han sido condenados los culpables.

—Señor, lo han sido ya.

—Sea. A su debido tiempo impondréis esa necesidad terrible a mi debilidad, pero por ahora, señor cardenal, vámonos, como he dicho, a dar gracias a Dios, que se ha dignado alejar de nuestra cabeza los peligros de la conspiración.

—Señor —terció el duque de Guisa—, no conviene exagerar las cosas ni darles mayor importancia de la que merecen, Ruego a vuestra majestad que no llame conspiración al movimiento que hemos aplastado; en realidad no ha pasado de la categoría de *tumulto*.

LII

UN AUTO DE FE

Aunque los conjurados habían hecho constar en el manifiesto que se encontró entre los papeles de La Rénaudie la protesta de que «no intentarían nada contra la majestad del rey, contra el Estado del reino ni contra los príncipes de la sangr». es lo cierto que se habían declarado en rebelión abierta y empuñado las armas, y, por consiguiente, habrían de sufrir la suerte de los que son vencidos en las contiendas civiles.

El trato de que eran objeto los protestantes cuando se conducían pacíficamente, debía, por otra parte, de inspirar les pocas esperanzas de lograr el perdón.

El Parlamento de París y el canciller Olivier fueron los encargados de juzgar a los complicados en la empresa. Se imprimió gran actividad a los sumarios, los interrogatorios fueron evacuados con rapidez y la sentencia no se hizo esperar.

Con los autores sin importancia de la rebelión hasta se prescindió de esas formalidades.

Se trataba de gente insignificante, que fue enrodada o ahorcada en pocos días en el mismo Amboise, a fin de ahorrar trabajo al Parlamento. Los honores de la justicia únicamente fueron otorgados a las gentes de cierto rango social o de algún renombre.

En menos de tres semanas quedó terminado todo.

Se señaló la fecha de 15 de abril para la ejecución pública en Amboise de veintisiete barones, once condes y siete marqueses, sin contar otros caballeros o jefes de la Reforma que, sumados con los primeros, dieron un total de cincuenta.

Nada se omitió para que el acto terrible de justicia tuviese todo el esplendor y pompa imaginables. Hiriéronse grandes preparativos, se constituyeron tres tribunas elegantísimas, adosadas a la plataforma del castillo, una de las cuales, la del centro, incomparablemente más suntuosa que las demás, estaba reservada a la familia real.

Alrededor de la plaza donde debía llevarse a cabo la ejecución, se colocaron graderías de tablas para los espectadores, que llegaron a Amboise en número de más de diez mil, y que hubieron de acampar en los alrededores de la ciudad por no encontrar alojamiento en ésta.

El día 15 de abril, desde muy temprano, principiaron a llenarse de gente los tejados de todas las casas de la ciudad. Las ventanas recayentes a la plaza se pagaron a diez escudos de oro, suma enorme en aquel tiempo.

En el centro de la plaza se levantó un vasto cadalso recubierto de paños negros. Se llevó allí el *tajo* sobre el cual debía cada condenado colocar la cabeza después de arrodillarse, y para el escribano encargado de llamar por su nombre y turno a los reos,

se instaló sobre el cadalso un sillón vestido también de negro.

De la custodia de la plaza se encargó una compañía de la guardia escocesa y los gendarmes de la casa del rey.

Después de celebrada una misa solemne en la capilla de San Florentino, fueron conducidos los condenados a la plaza. Muchos de ellos habían sido sometidos a tormento. Varios religiosos les asistían, tratando de hacerles abjurar del protestantismo.

Mientras tanto, las tribunas de la corte se iban llenando, excepción hecha de la del centro, que al fin ocuparon los reyes cuando llegó el momento de ejecutar a los principales jefes de la rebelión.

Las ejecuciones comenzaron al mediodía.

A la una sólo quedaban por ajusticiar los doce caballeros que tomaron parte más saliente en la conjura.

Francisco II, más que pálido, estaba lívido: María Estuardo ocupaba el asiento de su derecha y la reina madre el de su izquierda. El cardenal de Lorena se sentó junto a Catalina de Médicis y el príncipe de Condé al lado de la reina.

Los doce caballeros condenados saludaron al príncipe de Condé, que estaba tan pálido como ellos. El príncipe les devolvió con gravedad el saludo.

—Siempre me he inclinado ante la muerte —dijo en voz alta.

La tribuna real acabó de llenarse casi al llegar los hermanos del rey, el nuncio del Papa, la duquesa de Guisa y el duque de Nemours.

Por último, llegaron y se colocaron en el fondo dos hombres, cuya presencia en aquel lugar no era menos extraña que la del príncipe de Condé.

Aquellos dos nombres eran Ambrosio de Paré y el conde de Montgomery.

Deberes diferentes les llevaban allí.

Gabriel había ido para intentar un último esfuerzo y salvar por lo menos a uno de los reos, el que debía ser ejecutado el último, y de cuya muerte se consideraba hasta cierto punto responsable, pues era consecuencia de los consejos que al condenado había dado: nos referimos a Castelnau de Chalosses.

Ambrosio Paré había sido llamado algunos días antes a Amboise por el duque de Guisa, a quien preocupaba seriamente la salud de su regio sobrino. María Estuardo, no menos alarmada que su tío, habíale rogado que asistiese a la ejecución con objeto de atender al rey si de su ciencia tenía necesidad.

Examinemos la justicia de los deseos de Gabriel.

Recordará el lector que Castelnau se había rendido previo compromiso, firmado por el duque de Nemours, que le garantizaba la libertad y la vida, pero lo cierto era que, a su llegada a Amboise, fue encerrado en un calabozo y luego sentenciado a muerte, cuya condena iba a cumplirse.

Hay que ser justos, sin embargo, con el duque de Nemours. Cuando vio

comprometida su palabra y su firma de caballero, se encolerizó y se desesperó. Tres semanas hacía que visitaba a todas horas al cardenal, al duque de Guisa, al rey y a María Estuardo, solicitando, reclamando, implorando la libertad del hombre que fió en su palabra de honor, pero el canciller Olivier, a quien le enviaban invariablemente, le contestaba que «un rey no está obligado a cumplir la palabra empeñada a un súbdito rebelde ni las promesas que en su nombre hayan sido hechas por quienquiera que se»..

El duque de Nemours asistía a la ejecución, más terrible para él que para ningún otro, porque, como Gabriel, abrigaba alguna esperanza de salvar al fin a Castelnau.

A una seña del duque de Guisa, continuaron las ejecuciones, momentáneamente suspendidas. En menos de un cuarto de hora cayeron ocho cabezas más. Ya no quedaban al pie del cadalso más que cuatro condenados.

El escribano gritó con voz potente:

«Alberto Edmundo Roger, conde de Mazéres, culpable de rebelión armada contra la persona del re»..

—¡Falso! —gritó desde la plataforma del cadalso—. ¡Ved en qué estado me han puesto en nombre del rey! —repuso, enseñando los brazos acardenalados—. Me consta, sin embargo, que estos tormentos me han sido infligidos sin su orden, y no ceso de gritar: ¡Viva el rey!

Rodó su cabeza.

El escribano continuó:

«Juan Luis Alberic, barón de Raunay, culpable de ataque a mano armada contra la persona del re»..

—Tú y tu canciller mentís como dos bellacos —contestó gritando Raunay—. Nos hemos alzado en armas contra los hermanos Guisa, no contra la persona del rey, y sólo deseo que los dos mueran tan tranquilos y puros como yo.

Seguidamente colocó la cabeza sobre el tajo.

«Roberto Juan Rene Briquemaut, conde de Vilmongis —repuso el escribano—, culpable del crimen de lesa majestad y de atentado a mano armada contra la persona del re»..

—¡Padre celestial! —gritó el reo elevando los ojos al cielo—. ¡Vierten la sangre de tus hijos...! ¡Tú les vengarás!

Y cayó sin cabeza.

No quedaba más que Castelnau.

El duque de Nemours, con la esperanza de salvarle, había repartido el oro a manos llenas: en su salvación estaban interesados el escribano y hasta los verdugos. El primer verdugo dijo que estaba rendido y hubo necesidad de llamar a su ayudante, lo que motivó una interrupción, que aprovechó Gabriel para excitar al duque a que intentase nuevos esfuerzos.

Santiago de Saboya se inclinó al oído de la duquesa de Guisa, con la cual, según se decía, estaba en las mejores relaciones posibles, y le dijo algunas palabras con voz muy baja. La duquesa ejercía gran influencia sobre la joven reina.

Oídas las palabras del duque de Nemours, la de Guisa se levantó como no pudiendo soportar por más tiempo aquel espectáculo, y dijo lo suficientemente alto para que la oyese la reina:

—¡Es un espectáculo demasiado espantoso para mujeres! ¡La reina se va a poner mala...! ¡Retirémonos!

—Sed un poco más fuerte, señora —dijo el cardenal a su hermana política—. Tened presente que por vuestras venas circula la sangre de los Este y que sois la esposa del duque de Guisa.

—¡Como esposa y como madre me aflijo, porque la sangre derramada y los odios que encenderá vendrán a caer sobre las cabezas de nuestros hijos!

—Las mujeres son demasiado tímidas —dijo el cardenal.

—Y los hombres también nos conmovemos ante cuadros tan lúgubres —terció el duque de Nemours—. ¿Verdad que también vos, príncipe, estáis conmovido? —añadió, dirigiéndose al de Condé.

—¡Bah! —exclamó el cardenal—. El príncipe es un soldado habituado a ver la muerte de cerca.

—En las batallas, sí; pero no en el cadalso —contestó el príncipe.

—¿Es posible que un príncipe de la sangre sienta piedad hacia los rebeldes? —preguntó Carlos de Lorena.

—Siento piedad hacia los bravos soldados que sirvieron siempre con dignidad al rey de Francia —respondió el príncipe.

El duque de Nemours, dirigiéndose a la reina madre, repuso:

—¡Queda uno solo, señora! ¿No se le podría perdonar?

—No puedo hacer nada —contestó Catalina de Médicis moviendo la cabeza.

Castelnau subía ya las gradas del cadalso.

El pueblo, profundamente emocionado, olvidó el miedo que le inspiraban los soldados, y gritó:

—¡Perdón! ¡Perdón!

El duque de Nemours se esforzaba por conmover al duque de Orleáns.

—¿Habéis olvidado, monseñor —le decía—, que en esta misma ciudad de Amboise, el barón de Castelnau salvó al difunto duque de Orleáns, en la revuelta que puso en peligro sus días?

—Yo haré lo que disponga mi madre —contestó el de Orleáns.

—¡Pero si os dirigierais al rey!... ¡Una palabra vuestra!...

—¡Os lo repito! —interrumpió el príncipe con sequedad—. ¡Espero las órdenes de mi madre!

—¡Ah, príncipe... príncipe...!

El duque de Nemours dirigió a Gabriel una mirada de desesperación.

El escribano leyó:

«Miguel Juan Luis, barón de Castelnaud de Chalosses, reo del crimen de lesa majestad y de atentado contra la persona del re»..

—Afirmo, y pongo por testigos a mis propios jueces, que la acusación es falsa, a no ser que consideren ser crimen de lesa majestad oponerse a la tiranía de los Guisa. Pero, en ese caso, debieron empezar por declararles reyes. Es posible que se llegue a eso, pero cuestión es ésta que resolverán tal vez los que me sigan.

Y dirigiéndose al verdugo, añadió:

—Ahora, cumple con tu obligación.

El verdugo, que creyó ver cierto movimiento significativo en las tribunas, fingió, para ganar tiempo, que estaba arreglando el hacha.

—Este hacha está mellada, señor barón —le dijo—, y vos sois digno de morir de un solo golpe... ¿Quién sabe si un momento más...? Lo digo porque veo allá algo especial, que pudiera seros favorable...

El pueblo en masa gritó de nuevo:

—¡Perdón! ¡Perdón!

Gabriel, sin poderse contener, alzó la voz diciendo a María Estuardo:

—¡Perdonadle, oh reina!

María Estuardo miró a Gabriel, e hincándose de rodillas ante el rey, dijo:

—¡Señor! ¡Perdonad al menos a éste! ¡Os lo suplico de rodillas!

—¡Señor! —clamó a su lado el duque de Nemours—. ¿No se ha derramado bastante sangre? ¡Ya sabéis que una mirada del rey equivale a una vida arrancada al verdugo!

Francisco, que temblaba horriblemente, pareció conmovido y se apoderó de una mano de la reina.

—¡Perdono al barón de Castelnaud! —gritó el rey con energía.

El duque de Guisa había hecho una seña imperiosa al verdugo, y mientras Francisco pronunciaba la palabra *perdono*, la cabeza de Castelnaud rodaba por el cadalso. Al día siguiente salía para Navarra el príncipe de Condé.

LIII

OTRA MUESTRA DE POLÍTICA

La salud harto precaria del rey Francisco II empeoró sensiblemente después del día en que se celebró el acto de justicia que hemos reseñado.

Siete meses más tarde, a fines de noviembre de 1560, hallándose la corte en Orleáns, donde habían sido convocados los Estados Generales por el duque de Guisa, el pobre rey de diez y siete años se vio precisado a guardar cama.

Junto a aquel lecho de dolor, a cuya cabecera rezaba, velaba y lloraba María Estuardo, iba a poner el desenlace al drama más palpitante la muerte o la vida del hijo de Enrique II.

Aunque en la cuestión había interesados muchos y muy poderosos personajes, la ventilaban exclusivamente, en la noche del 4 de diciembre, una mujer pálida y un hombre siniestro, que estaban sentados uno al lado de la otra a muy pocos pasos del enfermo, dormido entonces, y de María Estuardo, que lloraba a su cabecera.

El hombre era Carlos de Lorena y la mujer Catalina de Médicis.

¡Había despertado completamente la vengativa reina madre, que hasta entonces se había hecho la mortecina, desde el día del tumulto de Amboise!

He aquí, en pocas palabras, lo que había hecho, impulsada por su terrible animosidad contra los Guisa:

Se había aliado secretamente con el príncipe de Condé, y reconciliado, secretamente también, con el viejo condestable de Montmorency. En aquella mujer, sólo el odio podía hacer que olvidase el odio.

Sus nuevos y extraños amigos, inducidos por ella, habían fomentado rebeliones en varias provincias, sublevado el delfinado por medio de Montbrun, y la Provenza por medio de los hermanos Mouvans, y llevado a cabo, valiéndose de Maligny, una tentativa armada sobre Lyon.

No se habían descuidado los Guisa por su parte: convocaron en Orleáns Estados Generales, y supieron prepararse una mayoría adicta y sumisa. A continuación, dispusieron, usando de su derecho, que concurrieran a los Estados Generales el rey de Navarra y el príncipe de Condé.

Fue en vano que Catalina de Médicis enviase a los príncipes mencionados comunicaciones encaminadas a disuadirles de que fuesen a entregarse en manos de sus enemigos: era obligación suya concurrir, y, por otra parte, los Guisa les daban la palabra del rey en prenda de seguridad.

Se presentaron, pues, en Orleáns.

El día mismo de su llegada, Antonio de Navarra fue obligado a permanecer en

una casa de la ciudad, donde le pusieron centinelas de vista, y el príncipe de Condé pasó sin más ceremonias a la cárcel.

Una comisión extraordinaria formó proceso contra el príncipe y condenó en Orleáns a muerte, por el delito de instigador de la rebelión, al mismo cuya inocencia había garantizado en Amboise con su espada el duque de Guisa.

Faltaban únicamente una o dos firmas, no estampadas al pie de la sentencia gracias al canciller L'Hópital, para que aquélla fuese ejecutada.

Tal era el estado en que se hallaban las cosas la noche del 4 de diciembre para el partido de los Guisa, cuyo brazo era el *Acuchillado* y cuya cabeza era el cardenal de Lorena, y para el partido de los Borbones, del cual era Catalina de Médicis el alma secreta.

Todo dependía, para los unos y para los otros, del aliento expirante del adolescente coronado.

Si la vida de Francisco II se prolongaba algunos días, el príncipe de Condé moriría en el cadalso, el rey de Navarra perdería la vida en cualquier duelo, y Catalina de Médicis sería desterrada a Florencia. Siendo dueños los Guisa de los Estados Generales, eran los señores absolutos, y en caso de necesidad, los reyes.

Si, por el contrario, fallecía Francisco II antes de que sus tíos se hubiesen desembarazado de sus enemigos, volvería a empezar la lucha con mayores probabilidades en favor de los segundos que de los primeros.

Por consiguiente, lo que Catalina de Médicis y Carlos de Lorena esperaban y acechaban con angustia en aquella noche fría del 4 de diciembre, en la cámara del bailío de Orleáns, no era tanto la vida o la muerte de su augusto hijo y sobrino cuanto el triunfo o la derrota de su causa respectiva.

María Estuardo era la única que cuidaba a su adorado esposo sin pararse a pensar en lo que podía perder con su muerte.

No vaya a creerse, empero, que el sordo antagonismo existente entre Catalina de Médicis y el cardenal se trasluciese exteriormente ni en sus ademanes ni en sus palabras, pues antes por el contrario, jamás se habían manifestado tan confiados y tan afectuosos entre sí.

En aquel mismo momento, aprovechando el sueño del rey, hablaban en voz baja, y en los términos más amistosos del mundo, de sus pensamientos más secretos y de sus intereses más íntimos.

Conformándose entrambos con los principios de la política italiana de que en otro capítulo hemos visto una muestra, Catalina disimuló siempre sus intrigas, y Carlos de Lorena aparentó que no las sospechaba, de lo que resultó que siempre se trataron como aliados y amigos. Eran como dos jugadores que tratan de engañarse mutuamente con la mayor lealtad, y para ello se valen a las claras de artificios y de falsedades.

—Sí, señora, sí —decía el cardenal—; ese testarudo de canciller se niega a firmar la sentencia de muerte del príncipe... ¡Ah, señora! ¡Con cuánta razón os oponíais hace seis meses a que L'Hópital sucediera en el cargo a Olivier! ¡Por qué no os *comprendería* yo entonces!

—¡Cómo! ¿Pero es posible que no haya manera de vencer su resistencia? —preguntó Catalina, que era la inspiradora de L'Hópital.

—He recurrido a los halagos y a las amenazas —contestó el cardenal—, y siempre ha permanecido inflexible.

—¿Por qué no prueba a ablandarle el duque?

—¡A ese mulo de la Auvernia no le ablanda nadie! Además: ha declarado mi hermano que no quiere mezclarse en nada.

—Es una lástima —dijo Catalina de Médicis arrebatada de gozo.

—Con todo, hay un recurso que nos permitiría prescindir de todos los cancilleres del mundo —insinuó el cardenal.

—¿De veras? ¿Y cuál es ese recurso? —interrogó Catalina con inquietud.

—Hacer que el rey firme la sentencia.

—¡El rey! ¿Pero puede hacerlo? ¿Tiene derecho a ello?

—Indiscutible: hemos procedido ya así en este mismo asunto cuando, asesorados por los jurisconsultos de más fama, se dictó sentencia, no obstante haberse negado el príncipe a contestar a los interrogatorios.

—¿Pero, qué dirá el canciller? —preguntó Catalina verdaderamente alarmada.

—Gruñirá como tiene por costumbre —contestó con tranquilidad Francisco de Lorena—, nos amenazará con devolvernos los sellos...

—¿Y si los devuelve?

—Tanto mejor para nosotros, porque nos veremos libres de un censor molesto.

—¿Y cuándo queréis que se firme esa sentencia?

—Esta misma noche, señora.

—¿Para ejecutarla...?

—Mañana.

La reina madre se estremeció.

—¡Esta noche! ¡Mañana! —exclamó—. ¿Lo habéis pensado bien? El rey está muy enfermo, muy débil, y no tiene la cabeza bastante despejada para comprender lo que le digáis.

—Con tal que firme, ninguna falta nos hace que comprenda.

—¡Es que no creo que tenga fuerzas para sostener la pluma!

—No faltará quien le lleve la mano —contestó el cardenal, que gozaba lo indecible al ver el espanto retratado en el rostro de su amada enemiga.

—Escuchad —dijo con grave acento Catalina de Médicis—. Debo haceros una advertencia y daros un consejo. El fin de los días de mi querido hijo está más

próximo de lo que creéis. ¿Sabéis qué me ha dicho Chapelain, nuestro primer médico? Que a menos de un milagro, no cree que la vida del rey pueda prolongarse hasta la tarde de mañana.

—Razón de más para que nos apresuremos, señora —contestó con frialdad el cardenal.

—Perfectamente —replicó Catalina—; pero si Francisco no existe mañana, será rey Carlos IX, y probablemente entrará en funciones de regente el rey de Navarra. ¿Pensáis en la terrible cuenta que entonces se os pedirá de la muerte infamante del hermano del regente? ¿No teméis ser juzgado, sentenciado...?

—¡Oh, señora! Quien no se expone a perder, jamás podrá abrigar esperanzas racionales de ganar —contestó el cardenal despechado—. Por otra parte: ¿quién puede asegurar que sea nombrado regente Antonio de Navarra? ¿Quién nos asegura que Chapelain no se ha equivocado en su pronóstico? El rey vive todavía, y mientras hay vida...

—¡Hablad más bajo... más bajo, tío! —interrumpió María Estuardo levantándose asustada—. ¡Vais a despertar al rey...! ¡Lo que yo temía...! ¡Ya le habéis despertado!

—¡María...! ¿Dónde estás? —preguntó con voz muy débil Francisco II.

—¡Aquí... a tu lado, mi adorado esposo! —respondió María.

—¡Ah! ¡Cuánto sufro! —repuso el rey—. ¡Mi cabeza arde, siento en mi cerebro los ardores de un volcán! ¡Y el dolor de oídos...! ¡Es insoportable! ¡Parece como si me estuvieran clavando un puñal! ¡Oh! ¡Este es el fin, lo comprendo! ¡Mi vida se acaba!

—¡No digas eso, por la Virgen, no digas eso! —contestó María conteniendo las lágrimas.

—Me falta la memoria... —añadió Francisco II—. ¿Me han administrado ya los Santos Sacramentos?

—Se cumplirán todos tus deseos, mi querido Francisco; no te atormentes.

—Quiero ver a mi confesor, al señor de Brichanteau.

—Al momento le tendrás a tu lado.

—¿Has rezado por mí?

—No he cesado de hacerlo desde esta mañana.

—¡Pobre María, qué buena eres...! ¿Y Chapelain, dónde está?

—Ahí, en la cámara contigua, pronto a acudir cuando le llames. También están aquí tu madre y tu tío el cardenal; ¿quieres verles?

—¡No, no! ¡A ti solamente, María! —contestó el moribundo—. Vuélveme un poco hacia este lado... así... quiero verte siquiera una vez.

—¡Animo, Francisco! —exclamó María Estuardo—. Dios, que es infinitamente bueno, escuchará, sin duda, mis fervientes oraciones.

—¡Sufro horriblemente... ya no veo... apenas oigo...! ¿Dónde está tu mano,

María?

—¡Tómala, mi adorado esposo...! ¡Apóyate sobre mí! —dijo María Estuardo reclinando sobre su hombro la cabeza del rey.

—Entrego mi alma a Dios, pero te dejo para siempre mi corazón, María... ¡Sí, para siempre...! ¡Pero qué triste es morir a los diez y siete años!

—¡No, no! ¡No morirás! ¿En qué hemos ofendido a Dios para que nos castigue así?

—¡No llores, María, no te desesperes, que ya nos reuniremos de nuevo en el cielo! Sólo siento dejar este mundo por ti; si pudiera llevarte conmigo, sería feliz al morirme. Más hermoso es el viaje al cielo que el que proyectábamos a Italia. Siento morir porque no puedo llevarte conmigo, y porque creo que, sin mí, nunca más volverás a estar alegre. ¡Te harán sufrir, pobre María mía! Tendrás frío en el alma, estarás sola, te matarán, ¡desdichada alma mía! Esto es lo que me aflige mucho más que mi muerte.

El rey, falto de fuerzas, volvió a caer sobre la almohada y guardó un silencio letárgico.

—¡No, Francisco, no morirás, no morirás! —exclamó María—. ¡Escucha! ¡Nos resta una esperanza muy fundada, una probabilidad en la que tengo gran fe!

—¿Qué decís? —preguntó Catalina de Médicis, acercándose asombrada.

—¡Sí! —insistió María Estuardo—. ¡La vida del rey puede salvarse, y se salvará! Una voz, que brota del fondo de mi corazón, me dice que los médicos que le rodean son unos ignorantes, unos ciegos; pero existe un hombre hábil, un hombre sabio y de renombre, el que en Calais salvó la vida a mi tío...

—¿Ambrosio Paré? —preguntó el cardenal.

—¡Ambrosio Paré, sí! —contestó la reina—. Quiero que venga, aunque han dicho que ese hombre no debía, no querría curar al rey, porque es un hereje y un maldito, y que, aun suponiendo que quisiera echar sobre sus hombros semejante responsabilidad, sería imposible poner en sus manos la vida de mi querido esposo.

—Y así es en verdad —dijo con acento desdeñoso Catalina de Médicis.

—¡No! ¡No es verdad, porque se la confío yo, yo, la esposa del rey! —replicó con entereza María Estuardo—. ¿Puede ser traidor un hombre de genio? ¡Los grandes hombres siempre son buenos, señora!

—Mi hermano y yo habíamos pensado ya en él, y hasta hemos hecho que le tanteen —dijo el cardenal.

—¿Pero quién ha ido a buscarle? —interrogó María—. ¡Algún indiferente, tal vez un enemigo! Yo le he enviado un amigo de toda confianza, y aseguro que vendrá.

—Se necesita tiempo para que llegue de París —observó Catalina.

—Está en camino, y acaso haya llegado ya —replicó la joven reina—. El amigo a quien me refiero ha prometido traerle hoy mismo.

—¿Pero quién es ese amigo? —preguntó Catalina de Médicis.

—El conde Gabriel de Montgomery, señora. Antes de que Catalina tuviese tiempo de lanzar una exclamación entró Dayelle, la primera camarista de María Estuardo, y dijo a su señora:

—El conde Gabriel de Montgomery espera en la antesala las órdenes de vuestra majestad.

—¡Que entre! ¡Que entre! —contestó con ansiedad María Estuardo.

—¡Esperad un instante! —dijo entonces Catalina de Mediéis con aspereza y frialdad—. Para que ese hombre entre, señora, esperad al menos a que haya salido yo. Si os parece bien confiar la vida del hijo al que acabó con la del padre, a mí me repugna volver a ver al asesino de mi esposo. Protesto contra su presencia en este lugar, y me retiro.

Y salió, en efecto, de la cámara, sin mirar, sin dirigir un adiós de madre a su hijo moribundo.

¿Obraba así porque el nombre aborrecido de Gabriel de Montgomery le recordaba la primera ofensa que hubo de sufrir del rey? Pudiera ser, pero lo que no deja lugar a duda es que no le repugnaba tanto como intentaba aparentar el aspecto de la persona de Gabriel, pues al retirarse a sus habitaciones, contiguas a la del rey, tuvo buen cuidado de dejar la puerta entreabierta, y no bien hubo cerrado otra puerta exterior, que daba a la galería, desierta a aquellas horas de la noche, aplicó a la cerradura el ojo y el oído, para ver y oír cuanto iba a pasar después de su brusca salida.

Entró Gabriel guiado por la camarista Dayelle, se arrodilló para besar la mano que le tendió la reina e hizo una inclinación profunda ante el cardenal.

—¿Qué hay? —preguntó María Estuardo con impaciencia.

—He convencido a Ambrosio Paré, señora, y espera aquí —respondió Gabriel.

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Sois un amigo fiel!

—¿Está peor el rey, señora? —preguntó en voz baja Gabriel, dirigiendo una mirada de inquietud al lecho en donde estaba postrado, descolorido e inmóvil, Francisco II.

—¡Ah! ¡Cada vez se encuentra peor! —contestó la reina—. ¡Con qué ansiedad deseaba veros! ¿Ha puesto Ambrosio Paré muchas dificultades?

—No, señora. Ya le habían mandado a llamar, pero lo hicieron de un modo, según me dijo, que más bien que inducirle a venir, era provocarle para que no viniese. Exigían de él que se comprometiese de antemano, bajo palabra de honor, y respondiendo con su cabeza, a salvar la vida del rey a quien no había visto. No le ocultaron que, como protestante, se haría sospechoso de que pudiese abrigar intenciones siniestras contra la vida del perseguidor del protestantismo. En suma: le manifestaron una desconfianza tan injuriosa, le exigieron condiciones tan duras, que por necesidad tenía que negarse a venir si no quería pasar por hombre sin corazón y sin un átomo de prudencia. Así lo hizo, con vivo sentimiento por su parte, y sin que los que fueron a buscarle insistieran en su demanda.

—¿Será posible que hayan interpretado tan torcidamente nuestras palabras los que fueron de parte nuestra a llamar a Ambrosio Paré? —dijo vivamente el cardenal de Lorena—. Dos o tres veces hemos enviado a buscarle mi hermano y yo, y siempre nos hablaron de su obstinada negativa y de las singulares dudas que le atormentaban. Sin embargo, nosotros creíamos que los hombres a quienes enviábamos eran de toda confianza.

—¿La merecían, monseñor? —preguntó Gabriel—. Ambrosio Paré cree que no, ahora que le he manifestado los verdaderos sentimientos que os animan con respecto a él y le he repetido las bondadosas palabras de la reina. Está convencido de que, sin vos saberlo, probablemente con objetivos criminales, han procurado alejarle del lecho de dolor del rey.

—No me cabe ya la menor duda de que así es —contestó Carlos de Lorena—. Anda en esto como en muchas otras cosas la mano de la reina madre —añadió entre dientes—. Tiene interés grandísimo en que su hijo no se salve... ¿Será capaz de sobornar, de corromper a todas las personas adictas con quienes contamos? Tenemos reproducido el caso del nombramiento del canciller L'Hópital... ¿Cómo se burla de nosotros!

María Estuardo, dejando al cardenal entregado a las reflexiones que le sugerían los hechos consumados, y puesto todo su afán en el presente y en el porvenir, decía a Gabriel:

—Ambrosio Paré ha venido con vos; ¿no es verdad?

—Apenas se lo indiqué —contestó Gabriel.

—¿Y dónde está?

—Esperando que le concedáis permiso para entrar, señora.

—¡Pues al momento! ¡Que entre en seguida!

Gabriel de Montgomery se dirigió a la puerta, y al cabo de un instante, volvió con el hábil cirujano.

Catalina de Médicis continuaba acechando detrás de la puerta.

María Estuardo salió al encuentro de Ambrosio Paré y le condujo hasta el lecho de su querido enfermo. Con el fin de abreviar los cumplidos, le dijo sin dejar de andar:

—Gracias, señor Paré: ya sabía yo que podía contar con vuestro celo, de la misma manera que con vuestra ciencia. Acercaos, acercaos pronto al lecho del rey.

Ambrosio Paré, sin tiempo para pronunciar una sola palabra, obedeció a la impaciencia de la reina acercándose al lecho donde, vencido por los dolores, Francisco II expiraba, sin fuerzas casi para quejarse, pues de su pecho no salía más que un gemido débil.

El gran cirujano dedicó un minuto a la contemplación de aquel rostro joven, enflaquecido y como arrugado por los padecimientos. Luego se inclinó sobre el que

para él no era sino un enfermo, y tocó y sondeó la dolorosa tumefacción del oído derecho con mano tan ligera y tan suave como la de María.

Por instinto comprendió el rey que le tocaba un médico y le dejó que hiciera lo que tuviese a bien sin abrir los ojos.

—¡Padezco mucho... mucho! —dijo con voz doliente. ¿No podríais aliviar mis dolores?

Estaba la luz demasiado lejos para que Ambrosio Paré tuviese la que necesitaba. El cirujano hizo una seña a Gabriel para que acercase el candelero, pero María Estuardo se adelantó, tomó el candelero y alumbró a Paré, mientras éste reconocía despacio y con la minuciosidad debida el sitio donde radicaba el mal.

El reconocimiento duró sobre diez minutos. Cuando Ambrosio Paré enderezó el cuerpo, dejó caer las cortinas del lecho y quedó grave y absorto, entregado a su trabajo mental.

No se atrevía a preguntar María Estuardo, no obstante su ansiedad, temiendo distraer sus pensamiento, pero acechaba con angustia la expresión del rostro del cirujano, pensaba con esperanza y con terror cuál sería el fallo.

El ilustre médico movió tristemente la cabeza, y la reina se figuró que el movimiento encerraba una sentencia de muerte.

—¡Cómo! —gimió, sin poder dominar su inquietud—. ¿Será posible que no haya ninguna probabilidad de salvarle?

—Queda una sola, señora —respondió Ambrosio Paré.

—¡Pero decís que hay una! —exclamó anhelante la reina.

—Sí, señora; hay una, y aunque problemáticamente, por desgracia, yo fundaría en ella grandes esperanzas si...

—¿Si... qué? —preguntó María Estuardo.

—Si la persona a quien hay que salvar no fuera el rey, señora.

—¡Pues bien! —gritó María Estuardo—. ¡Curadle, tratadle como si fuese el más humilde de sus súbditos!

—¿Y si no consigo salvar su vida, de la que sólo Dios es árbitro? —interrogó Ambrosio Paré—. Soy hugonote; ¿no se me acusará de haberle matado? ¿No influirá en mi mano la terrible responsabilidad que echaré sobre mis hombros, si le opero, haciéndola temblar, cuando tanta necesidad tendré de calma y de sosiego?

—Escuchadme —dijo María—: si vive, todo el tiempo que me dure la vida me parecerá poco para bendeciros, y si muere... si muere os defenderé hasta mi muerte. Así, pues, intentad, probad ese medio; os lo ruego... os lo suplico. Puesto que decís que es la única probabilidad que nos queda, no renunciéis a ella, porque sería un crimen.

—Tenéis razón, señora; probaré... si me lo permiten... si me lo permitís vos, señora, porque no quiero ocultaros que el medio a que habré de recurrir es inusitado,

violento, peligroso, por lo menos en apariencia.

—¿Peligroso...? —repitió la reina con espanto—. ¿Y no hay otro?

—¡Ningún otro, señora! Aún es tiempo de intentarlo, pero dentro de veinticuatro horas, acaso de doce, sería tarde. En la cabeza del rey se ha formado un depósito de humores, y si no se da salida a éstos por medio de una operación prontísima, sobrevendrá un derrame interior que le ocasionará la muerte.

—¿Y quisierais operarle ahora mismo? —preguntó el cardenal—. Os lo pregunto, porque yo, por mi parte, no me atrevo a cargar con tamaña responsabilidad.

—¡Ah! ¡Ya principian las dudas...! —exclamó Ambrosio Paré—. Pero no; no he de operarle en este instante, porque necesito mucha luz, me hace falta lo que resta de noche para hacer los preparativos, para ejercitar mi mano y hacer dos o tres experimentos. Mañana por la mañana, a las nueve, estaré aquí. Estad presente vos, señora, y vos también, monseñor, como igualmente vuestro hermano y todos los que hayan dejado bien probada su adhesión al rey, pero nadie más. En cuanto a médicos, los menos que sea posible. Yo explicaré entonces lo que me propongo hacer, y si me autorizáis, con la ayuda de Dios, intentaré el único recurso que Dios nos deja.

—¿Y hasta mañana no habrá peligro? —preguntó la reina.

—No, señora —respondió Paré—. Es conveniente, indispensable, que el rey descanse y adquiera fuerzas para sufrir la operación. Para ello, voy a verter en esa bebida inofensiva que veo sobre la mesa dos gotas de este elixir —añadió, uniendo la acción a la palabra—. Que el rey tome esto en seguida, señora, y ya veréis cómo duerme más tranquilo y sosegado. Velad en persona, señora, y evitad a todo trance que turben su sueño.

—Descuidad; respondo de que no le despertarán —contestó María Estuardo—. No me separaré de su lado en toda la noche.

—Es muy importante que descanse —repuso el cirujano—. Como nada tengo que hacer aquí por ahora, os pido permiso para retirarme, señora, a fin de prepararme para la operación.

—¡Adiós, señor Paré, adiós! —dijo la reina—. Os doy anticipadamente las gracias y os bendigo... Hasta mañana.

—Hasta mañana, señora. No perdáis las esperanzas.

—Voy a rezar pidiendo a Dios que os dé acierto —repuso la reina—. También a vos os doy las gracias, señor conde —añadió, dirigiéndose a Gabriel—. Sois uno de los aludidos por Ambrosio Paré, uno de los que tienen bien probada su adhesión al rey; no faltéis aquí mañana, para sostener con vuestra presencia el valor y la calma de vuestro ilustre amigo.

—Vendré, señora —contestó Gabriel, saliendo con Ambrosio Paré después de saludar a la reina y al cardenal.

—¡También vendré yo! —se dijo Catalina de Médicis, detrás de la puerta donde

estaba atisbando—. ¡Sí... vendré! ¡Vendré, porque ese Ambrosio Paré sería muy capaz de salvar al rey perdiendo a su partido...! ¡Imbécil..., al príncipe y a mí misma...! ¡No faltaré!

SUEÑO BIEN GUARDADO

Aun permaneció Catalina de Médicis acechando algunos minutos aunque sólo quedaban en la cámara del regio enfermo María Estuardo y el cardenal; pero nada vio ni oyó que pudiera interesarla. La reina hizo tomar la poción calmante a Francisco, el cual, conforme había dicho Ambrosio Paré, se durmió al momento con sueño tranquilo. Todo volvió a quedar en el mayor silencio. El cardenal meditaba, y la reina, postrada de rodillas, rezaba.

La reina madre se retiró sigilosa a su habitación para meditar como el cardenal.

Si hubiera permanecido algunos minutos más detrás de la puerta, habría sido testigo de una escena digna de ella.

María Estuardo, concluida su ferviente plegaria, dijo al cardenal:

—No necesitáis molestaros velando conmigo, tío, porque estoy decidida a no separarme de aquí hasta que el rey despierte. Si necesitase algo, me bastaría Dayelle, los médicos de servicio y los criados. Podéis, por tanto, ir a descansar un rato. En caso de necesidad, yo os haría llamar.

—No —contestó el cardenal—. Mi hermano, retenido sin duda por la infinidad de asuntos que debía despachar, vendrá, según me ha dicho, antes de acostarse, a saber cómo sigue el rey. Le he prometido esperarle aquí... y si no me engaño, los pasos que suenan son suyos.

—¡Oh! ¡Que no haga ruido! —exclamó María, dirigiéndose hacia la puerta para advertir al *Acuchillado*.

El duque de Guisa entró en la cámara pálido y agitado. Saludó a la reina, pero era tan grande su preocupación, que ni siquiera se acordó de preguntar por el rey. Lo que hizo fue dirigirse en línea recta hacia su hermano, con quien se puso a hablar en voz baja después de llevarle al hueco de una ventana.

—¡He de darte una noticia terrible! —dijo sin más preámbulos.

—¿Qué pasa? —preguntó el cardenal.

—El condestable de Montmorency ha salido de Chantilly con mil doscientos jinetes —continuó el duque de Guisa—. Para ocultar mejor su marcha, no ha pasado por París; ha tomado el valle de Essone en su viaje de Ecoen y Corbeil a Pithiviers, y mañana le tendremos en las puertas de Orleáns al frente de sus tropas. Acabo de recibir el aviso.

—¡Que es verdaderamente terrible! —contestó el cardenal—. ¡El viejo marrullero quiere salvar la cabeza de su sobrino! ¡Apostaría a que ha sido la reina madre quien le ha avisado! ¡Y no poder nada contra ella...!

—¡No es la ocasión de obrar contra ella, sino en favor nuestro! ¿Qué hacemos?

—Sal con nuestros parciales al encuentro del condestable —indicó el cardenal de Lorena.

—¿Me respondes de la tranquilidad de Orleáns cuando yo saque de la plaza los soldados?

—De ningún modo —respondió el cardenal—. Los habitantes de Orleáns son malos, hugonotes y partidarios de los Borbones hasta la medula de los huesos... Pero a lo menos, los Estados son nuestros.

—¡Pero, tenemos en contra nuestra a L'Hópital! No olvides este detalle, Carlos. ¡Ah! ¡Nuestra situación es difícilísima! ¿Cómo sigue el rey?

—Mal; pero Ambrosio Paré, que ha llegado a Orleáns llamado por la reina (ya te explicaré esto), espera salvarle mañana por la mañana por medio de una operación arriesgada, pero necesaria, que puede tener felices resultados. No dejes de venir aquí a las nueve, a fin de ayudar a Paré en caso necesario.

—No faltaré. La salvación del rey es nuestra única esperanza. Con la muerte de Francisco II, se extingue nuestra autoridad. De todos modos, creo que convendría espantar al condestable, enviándole, como saludo, la cabeza de su sobrino el príncipe de Condé.

—El saludo sería elocuente, sí.

—Pero ese maldito L'Hópital lo paraliza todo.

—Ya que no firma la sentencia, si pudiéramos conseguir que la firmase el rey, nada se opondría, creo yo, a que fuera ejecutado mañana temprano, antes de la llegada de Montmorency, y antes de que Ambrosio Paré hiciera la operación; ¿no te parece?

—No sería muy legal, pero sí posible —contestó el *Acuchillado*.

—Pues bien; vete, y déjame aquí. Nada tienes que hacer esta noche, y en cambio necesitas descanso. Acaban de sonar las dos en el reloj del Ayuntamiento. Retírate y déjame, que yo también quiero someter nuestra fortuna a una cura desesperada.

—¿Qué intentas? Pero sea lo que quiera, no adoptes resoluciones definitivas sin consultarme antes, Carlos.

—No tengas cuidado. Si consigo lo que me propongo, iré a despertarte mañana antes del día.

—Corriente. Siendo así, me retiro, pues la verdad es que estoy rendido.

Dicho esto, se acercó a María Estuardo, le dirigió algunas frases de consuelo y salió haciendo el menor ruido posible.

El cardenal, mientras tanto, se sentó a una mesa y escribió una copia de la sentencia dictada por la comisión, cuyo original conservaba en su poder.

Redactada la copia, se levantó y se acercó al lecho del rey.

María Estuardo se interpuso deteniéndole.

—¿Adonde vais? —le preguntó en voz baja, pero enérgica e irritada.

—Señora; es importante, es indispensable que el rey firme este documento — contestó el cardenal.

—Lo importante, lo indispensable, es que el rey duerma con tranquilidad — replicó María Estuardo.

—Que estampe su firma al pie de este escrito y no le molestaré más.

—Para ello sería preciso despertarle, y no quiero que se le despierte. Además, le sería imposible sostener la pluma.

—Yo se la sostendré.

—¡He dicho que no quiero! —replicó con severidad María Estuardo.

El cardenal se detuvo un momento, sorprendido al tropezar con un obstáculo que no había previsto.

—Oídmeme, señora... escuchadme, mi querida sobrina —dijo con voz insinuante—. Voy a deciros de qué se trata. Ya comprenderéis que respetaría el reposo del rey si no me obligase a obrar contra mis deseos una necesidad imperiosa. Se trata de nuestra fortuna y de la vuestra, de nuestra salvación y también de la vuestra, pues, creedme, que están en peligro. Es preciso, óyeme bien, preciso que el rey firme este documento antes de la venida del nuevo día. Si no lo firma, estamos perdidos sin remedio. ¡Os lo aseguro!

—Nada tengo que ver con eso —contestó con tranquilidad la reina.

—¡Estáis en un error! ¿No oís que os digo que de la firma de este documento depende nuestra ruina y la vuestra? ¡No seáis niña!

—Y yo repito que no me importa. ¿Tengo yo algo que ver con vuestras ambiciones? La mía se limita a salvar al que amo, a preservarle de la muerte, si es posible, y por el momento, a impedir que nadie turbe su reposo. El señor Paré me encargó que cuidase del sueño del rey, y yo os prohíbo terminantemente que lo turbéis, señor cardenal. ¡Que si muere el rey muere con él mi cetro...! ¡Y qué me importa! Mientras le quede un soplo de vida, protegeré ese débil soplo contra todas las odiosas exigencias de vuestras intrigas cortesanas. He contribuido, tío, más de lo que acaso debiera, a afirmar en vuestras manos el poder, cuando mi Francisco estaba bueno y sano; pero os lo retiro, lo asumo entero ahora que se trata de hacer respetar las postreras horas de calma que Dios le concede, tal vez, en esta vida. El señor Paré ha dicho que el rey necesitará mañana de todas las fuerzas que le restan; y yo añado que nadie en el mundo, invoque el pretexto que quiera, le robará un segundo del sueño reparador de que disfruta.

—Pero cuando el motivo es tan grave y urgente...

—¡Bajo ningún motivo ni pretexto despertará nadie al rey! —replicó con entereza María Estuardo.

—¡Es indispensable! —dijo Carlos de Lorena, casi avergonzado de que le

detuviese una niña como su sobrina—. Los intereses del Estado, señora, son superiores a los del corazón... Me es necesaria la firma del rey, la quiero en seguida.

—¡Señor cardenal... no la tendréis!

El cardenal dio un paso más hacia el lecho del rey.

La reina y Carlos de Lorena se miraron un momento cara a cara, tan convulsos y agitados el uno como el otro.

—¡Pasaré! —dijo Carlos de Lorena con voz breve.

—¿Os atraveséis a atropellarme?

—¡Sobrina...!

—¡No soy vuestra sobrina, sino la reina!

Pronunció estas palabras con entonación tan firme y soberana, que el cardenal retrocedió confuso.

—¡Sí, vuestra reina! —repuso María—. Si dais un paso más, si hacéis un gesto siquiera, me acercaré a esa puerta, llamaré a los que deben estar de servicio en la cámara inmediata, y sin que os valga ser mi tío, ni ser ministro, ni ser cardenal, mandaré, porque yo soy la reina, que os prendan en el acto como reo de lesa majestad.

—¡Semejante escándalo...! —murmuró el cardenal asustado.

—¿Quién de los dos lo habrá provocado?

La mirada centelleante, el temblor de los labios, la actitud resuelta e imponente de la reina decían bien a las claras que estaba dispuesta a llevar a cabo su amenaza.

El hombre cedió ante la niña, y la razón de Estado se inclinó ante el grito del corazón.

—Está bien —dijo el cardenal exhalando un suspiro—. Esperaré a que despierte.

—Gracias —contestó María, volviendo a expresarse con el acento triste y dulce que le era habitual, particularmente desde que se inició la enfermedad del rey.

—Supongo que cuando despierte...

—Si se halla en estado de comprenderos y de satisfaceros, no me opondré a ello —dijo María Estuardo.

Forzoso era al cardenal conformarse con aquella promesa. Volvió a sentarse donde estaba antes, y María se arrodilló de nuevo y rezó. Todavía abrigaba esperanzas.

También esperaba Carlos de Lorena, pero pasaban las horas lentas de aquella noche de ansiedad sin que el rey despertase. La promesa de Ambrosio Paré se realizaba cumplidamente, pues hacía muchas noches que el rey no descansaba con sueño duradero y tranquilo.

De vez en cuando hacía un movimiento, exhalaba un quejido y pronunciaba una palabra: el nombre de su adorada mujer, María; pero en seguida volvía a quedar como aletargado, y el cardenal, que a cada movimiento del rey se levantaba

precipitadamente, volvía a su puesto desesperanzado.

Sus manos impacientes estrujaban aquella sentencia inútil, aquella sentencia que, sin la firma del rey, acaso se convirtiese en su propia sentencia...

Vio que las luces empezaban a palidecer y que el alba fría de diciembre blanqueaba los cristales de las ventanas...

Cuando acaban de dar las ocho, el rey hizo un movimiento, abrió los ojos y llamó:

—¡María...! ¿Estás ahí, María?

—¡Siempre, Francisco! No me he separado de este sitio.

Carlos de Lorena se acercó papel en mano. Tal vez aún sería tiempo... ¡Cuesta tan poco levantar un cadalso!

Pero antes de que pudiera llegar al lecho del rey, entró en la cámara Catalina.

—¡Demasiado tarde! —gimió el cardenal para sí—. ¡Ahí! ¡La suerte nos abandona! ¡Si Ambrosio Paré no salva al rey, estamos perdidos!

EL LECHO DE MUERTE DE LOS REYES

La reina madre no había perdido el tiempo aquella noche. Por lo pronto, envió a visitar al rey de Navarra al cardenal Tournon, hechura suya, y estipuló por escrito su convenio con los Borbones. Poco antes del amanecer, recibió al canciller L'Hópital, quien le dio aviso de la próxima llegada a Orleáns de su aliado el condestable. L'Hópital, prevenido por ella, dio palabra de hallarse a las nueve en el salón contiguo a la cámara real, ofreciendo llevar consigo cuantos partidarios de Catalina le fuese posible. Por último, la reina madre había citado para las ocho y media a Chapelain y a dos o tres médicos más de cámara, cuya falta de ciencia era el mayor enemigo del genio de Ambrosio Paré.

Tomadas estas precauciones, fue la primera, como acabamos de ver, que entró en la cámara del rey, cuando éste acaba de despertarse. Se acercó al lecho de su hijo, le contempló algunos instantes moviendo la cabeza como una madre dolorida, imprimió un beso en una de las manos, que pendía fuera del lecho, y haciendo ademán de secarse una lágrima, se sentó de modo que pudiera tenerle siempre a la vista.

Como María Estuardo, quería velar aquella preciosa agonía, pero a su manera.

Muy poco después entró el duque de Guisa, el cual, después de cambiar algunas palabras con María, fue en derecha hacia su hermano.

—¿No has hecho nada? —le preguntó.

—¡Nada he podido hacer! —contestó.

—La fortuna nos ha vuelto las espaldas —repuso el *Acuchillado*—. La antecámara de Antonio de Navarra está hoy muy concurrida.

—¿Hay noticias de Montmorency?

—Ninguna; en vano las he esperado hasta ahora. Sin duda no habrá tomado el camino directo, y es muy posible que a estas horas se encuentre en las puertas de la ciudad. Si Ambrosio Paré fracasa en su operación, podemos decir adiós a la fortuna.

Los médicos citados por Catalina de Médicis llegaron en aquel momento.

La reina madre les guió hasta el lecho del rey, cuyos dolores y gemidos habían vuelto a empezar.

Los médicos examinaron uno tras otro al regio enfermo, y luego se retiraron a un lado para deliberar. Chapelain propuso que se aplicase al rey una cataplasma a fin de llamar al exterior los humores, pero los otros dos galenos fueron de parecer de que debía inyectarse en el oído cierta agua compuesta.

Acababan de pronunciarse por el segundo tratamiento, cuando entró Ambrosio Paré acompañado por Gabriel.

Paré, después de reconocer al rey, se unió a sus compañeros de profesión. Médico del duque de Guisa, y sabio de renombre cuya autoridad era indiscutible, tenía derecho a alternar con los médicos de cámara y éstos no podían desdeñarle. Le dijeron lo que acababan de resolver.

—Ese remedio no es suficiente —dijo Paré en alta voz—. Sin embargo, urge tomar una determinación, porque el cerebro se va a llenar antes de lo que yo creía.

—¡Daos prisa, por Dios! —exclamó María Estuardo.

La reina madre y los Guisa se acercaron al grupo que formaban los médicos.

—¿Conocéis, señor Paré, un remedio más eficaz que el nuestro? —preguntó Chapelain.

—Sí —contestó el interrogado.

—¿Y cuál es?

—La trepanación.

—¡Hacer la trepanación al rey! —exclamaron a coro los tres médicos.

—¿En que consiste esa operación? —preguntó el duque de Guisa.

—Es poco conocida todavía, monseñor —respondió Paró—. Consiste en practicar, con un instrumento inventado por mí, y que llamo trépano, un orificio, un taladro, en la parte superior de la cabeza, o mejor dicho, en la parte lateral del cerebro.

—¡Dios misericordioso! —exclamó como escandalizada Catalina de Médicis—. ¡Herir al rey con un instrumento de acero...! ¿Os atreveríais a hacerlo?

—Sí, señora —contestó sencillamente Ambrosio Paré.

—¡Pero eso equivaldría a un asesinato! —repuso Catalina.

—Estáis en un error, señora —replicó Paré—. Horadar la cabeza con ciencia y tino, es menos grave que lo que a diario hace en los campos de batalla la espada ciega y violenta, y sin embargo, ¿cuántas heridas de éstas no curamos los médicos?

—Pero, en fin, señor Paré —dijo el cardenal de Lorena—; ¿respondéis de la vida del rey?

—Sólo Dios dispone de la vida y de la muerte de los hombres, señor cardenal; vos lo sabéis mejor que yo. Lo único que yo puedo asegurar es que ofrezco la única probabilidad de salvar su vida. La única, sí; pero debo declarar que no es más que una probabilidad.

—Pero puede tener buen resultado, ¿no es verdad, Ambrosio? —preguntó el duque de Guisa—. ¿La habéis practicado ya con éxito feliz?

—Sí, monseñor —contestó Ambrosio Paré—. Hace muy poco tiempo la practiqué al señor de Bretesche, en la calle del Arpa, posada de la *Rosa Encarnada*; pero, refiriéndome a otro caso que monseñor podrá conocer mejor, diré que en el sitio de Calais hice la trepanación a monseñor de Pienne, que había sido herido en la brecha.

Es muy posible que Ambrosio Paré recordase a Calais con intención; lo cierto es

que consiguió su objeto, pues el duque de Guisa dijo, como recordando.

—En efecto... me acuerdo... Ya no dudo más... Por mí, puede practicarse la operación.

—Y por mí también —dijo María Estuardo, a quien sin duda guiaba e iluminaba su amor.

—¡Pero no por mí! —exclamó Catalina de Médicis.

—¿No habéis oído, señora, que es la única probabilidad que nos queda? —dijo María Estuardo.

—¿Y quién lo afirma? —replicó Catalina de Médicis—. ¡Ambrosio Paré...! ¡Un hereje! Los demás médicos no opinan de ese modo.

—¡Nada más cierto, señora! —exclamó Chapelain—. Nosotros, lejos de opinar así, protestamos contra el remedio propuesto por el señor Paré.

—¿Lo oís? —preguntó Catalina triunfante.

El *Acuchillado*, fuera de sí, se acercó a la reina madre, y llevándola al hueco de una ventana, le dijo con voz baja y concentrada, apretando los dientes:

—¿Os habéis propuesto, señora, que muera vuestro hijo y que viva el príncipe de Condé? ¡Estáis de acuerdo con los Borbones y los Montmorency...! ¡Habéis convenido el negocio y os repartisteis los despojos con anticipación! ¡Pero andaos con tiento, porque lo sé todo! ¡Mucho cuidado, porque repito: lo sé todo!

El duque de Guisa equivocaba el camino, porque no era Catalina de Médicis una de esas mujeres a quienes fácilmente se intimida. Comprendió mejor que nunca que era necesario tener audacia, ya que su enemigo se desenmascaraba de aquel modo. Asestó al duque una mirada fulminante, y escapándosele merced a un movimiento repentino, dirigióse corriendo hacia la puerta y la abrió de par en par gritando:

—¡Señor canciller!

En el salón, cumpliendo las órdenes recibidas, esperaba L'Hôpital rodeado de los príncipes y de todos los partidarios de la reina madre que pudo encontrar.

Al oír que le llamaba Catalina de Médicis, entró presuroso, y los grupos que le acompañaban, se agolparon, cediendo a la curiosidad, a la puerta que había dejado abierta.

—Señor canciller —repuso Catalina—; pretenden hacer al rey una operación violenta y desesperada: el señor Paré se propone abrirle la cabeza con un instrumento. Yo, que soy la madre del paciente, protesto enérgicamente, y conmigo protestan indignados los tres médicos aquí presentes contra lo que a todas luces es un crimen horrendo... Señor canciller; tened la bondad de levantar acta de mi declaración.

—¡Cerrad esa puerta! —gritó el duque de Guisa.

Sin importarle los murmullos de los nobles reunidos en el salón, Gabriel obedeció la orden del duque.

El canciller quedó en la cámara del rey, separado de los suyos.

—Ahora, señor canciller —repuso el *Acuchillado*—, quiero que sepáis que la operación de que se os habla es necesaria, y que la reina y yo, teniente general del Reino, respondemos, si no del éxito de la operación, al menos de la competencia y destreza del operador.

—Y yo —dijo Ambrosio Paré— acepto en este momento supremo cuantas responsabilidades quieran imponerme. ¡Sí! ¡Quiero que me quiten la vida si no consigo salvar la del rey...! ¡Pero, ay! ¡Démonos prisa, porque el tiempo apremia! ¡Mirad al rey...! ¡Miradle!

En efecto: Francisco II, lívido, inmóvil, con la mirada apagada, no veía, no oía, no existía, al parecer: ya no respondía a las caricias y a los llamamientos de su María.

—¡Oh, sí! ¡Daos prisa! —dijo la reina a Ambrosio Paré—. ¡Daos prisa, por Dios! ¡Procurad salvar la vida al rey, y yo protegeré la vuestra!

—Yo no tengo derecho para impedir nada de cuanto se haga —dijo el canciller impasible—; pero mi deber es hacer constar la protesta de la reina madre.

—Señor L'Hópital; sabed que ya no sois canciller —dijo con frialdad el duque de Guisa—. Cuando gustéis, señor Paré —añadió, dirigiéndose al cirujano.

—Nosotros nos retiramos —dijo Chapelain en nombre de sus colegas y el suyo.

—Está bien —contestó Ambrosio Paré—. Precisamente necesito que reine a mi lado una tranquilidad absoluta. Dejadme, si queréis, señores; con eso seré yo el único responsable.

Desde hacía algunos instantes, Catalina de Médicis no pronunciaba palabra ni hacía el menor movimiento. Retirada junto a una ventana, miraba a un patio donde se oía un gran tumulto. Era la única que, en aquellos críticos momentos, ponía atención a los ruidos exteriores.

Todos, incluso el mismo canciller, tenían fija la vista en Ambrosio Paré, que había recobrado la sangre fría propia de los grandes operadores, y preparaba sus instrumentos.

En el instante mismo en que se inclinaba sobre Francisco II, el tumulto se oyó más próximo, en la sala inmediata. Brilló en los labios pálidos de Catalina de Médicis una sonrisa amarga y sarcástica; la puerta se abrió con violencia y apareció en el umbral el condestable de Montmorency, amenazador y armado de punta en blanco.

—¡Llego a tiempo! —exclamó.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó el duque de Guisa poniendo la diestra sobre el pomo de su daga.

Como es natural, Ambrosio Paré hubo de detenerse. Acompañaban a Montmorency veinte caballeros, armados como él, que penetraron en la cámara. Entre ellos se destacaban Antonio de Navarra y el príncipe de Condé. Además, la reina madre y L'Hópital se apresuraron a colocarse al lado de los recién llegados. No quedaba ni el recurso de apelar a la fuerza para enseñorearse de la cámara real.

—¡Ahora soy yo el que debo retirarme! —exclamó Ambrosio Paré desesperado.

—¡Señor Paré! —gritó María Estuardo—. ¡Yo, la reina, os ordeno que practiquéis la operación!

—He dicho, señora, que me era absolutamente necesaria la calma más completa; y ya veis lo que sucede —respondió el cirujano.

Al hablar así, extendió el brazo en dirección al condestable y a su acompañamiento, diciendo después al primer médico de Cámara:

—Señor Chapelain... podéis recurrir a vuestra inyección.

—Es cosa de un instante —contestó el médico—. Precisamente lo tenemos preparado todo.

Ayudado por sus compañeros, puso la inyección en el oído del rey.

María Estuardo, los Guisa, Gabriel y Ambrosio les dejaron obrar, permaneciendo callados e inmóviles como estatuas.

El único que hablaba como un necio era el condestable.

—¡Menos mal! —decía, satisfecho al ver la docilidad de Paré—. ¡Cuando pienso que de no haber llegado yo, habrían abierto la cabeza al rey! ¡Qué desatino! ¡A los reyes de Francia, no se les hiere más que en los campos de batalla...! ¡Bien está que les toque el hierro enemigo, pero el hierro de un cirujano, jamás!

Gozando en el abatimiento del duque de Guisa, añadió:

—Ya era tiempo de que llegase, y he llegado, a Dios gracias. ¡Ah, señores! ¡Conque, según me dicen, queríais cercenarle la cabeza a mi querido y bravo sobrino el príncipe de Condé! ¡Pero habéis despertado al viejo león en su antro, y aquí le tenéis! He puesto en libertad al príncipe, he hablado a los Estados, oprimidos por vosotros, y en fin, como condestable que soy, he despedido a los centinelas que habíais colocado a las puertas de Orleáns. ¿De cuando acá se estila poner centinelas al rey, como si no estuviera seguro entre sus vasallos?

—¿De qué rey habláis? —preguntó Ambrosio Paré—. Dentro de muy poco no habrá más rey que Carlos IX, porque, como estáis viendo, señores —añadió, dirigiéndose a los médicos—, a pesar de vuestra inyección, ha empezado el derrame.

El tono de desolación con que Ambrosio Paré hablaba hizo comprender perfectamente a Catalina de Médicis que ya no quedaba esperanza alguna.

—Vuestro reinado dio fin, señor duque —no pudo menos de decir al *Acuchillado*.

Francisco II abrió desmesuradamente sus ojos espantados, se incorporó de pronto, movió los labios como para balbucear un nombre y cayó pesadamente sobre la almohada. Había muerto.

Ambrosio Paré lo anunció a los circunstantes haciendo un gesto de dolor.

—¡Ah, señora, señora! ¡Habéis asesinado a vuestro hijo! —gritó María Estuardo, dando un salto hacia Catalina.

La reina madre dirigió a su nuera una mirada que destilaba veneno, mirada que

dejó ver todo el odio que había acumulado en su negra alma durante diez y ocho meses.

—Ya no tenéis derecho para hablar así, pues habéis dejado de ser reina; ¿lo oís? —dijo—. ¡Digo mal! Olvidaba que sois reina de Escocia, adonde procuraremos llevaros lo más pronto posible, para que reinéis sobre sus nieblas.

María Estuardo, cediendo a la reacción inevitable que sigue a las primeras explosiones del dolor, cayó, débil y sollozante, al pie del lecho donde yacía el rey.

—Señora de Fiesche —dijo tranquilamente Catalina—; id inmediatamente a buscar al duque de Orleáns.

Y fijando sus negros ojos en el duque de Guisa y en el cardenal, añadió:

—Señores; los Estados, que hace un cuarto de hora eran vuestros tal vez, son en este instante nuestros, no debéis olvidarlo. He convenido con el señor de Borbón que yo seré regente y él teniente general del Reino. Pero, como vos, señor de Guisa, sois todavía gran maestro, cumplid con la obligación que os impone vuestro cargo anunciando la muerte del rey Francisco II.

—¡El rey ha muerto! —dijo el *Acuchillado* con voz grave y profunda.

El rey de armas repitió en voz alta desde el umbral el anuncio, conforme al ceremonial de costumbre.

—¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto! Y en seguida el primer gentilhombre añadió:

—¡Viva el rey!

En aquel mismo instante, la señora de Fiesque acompañaba al duque de Orleáns adonde estaba la reina madre, la cual le tomó por la mano y le presentó a los cortesanos, que gritaban a su alrededor:

—¡Viva nuestro buen rey Carlos IX!

—¡Nuestra fortuna vino a tierra! —dijo con triste entonación el cardenal a su hermano, que estaba solo detrás de él.

—La nuestra tal vez; pero no la de nuestra Casa —contestó el ambicioso—. Hay que pensar en preparar el camino a mi hijo.

—Nuestra reconciliación con la reina madre es imposible —repuso Carlos.

—¡Por ahora! —replicó el *Acuchillado*—. Lo será menos cuando haya reñido con los Borbones y con los hugonotes.

Los Guisa salieron de la cámara por una puerta secreta continuando su conversación.

—¡Ay de mí! —gemía María Estuardo, cubriendo de besos la mano helada de Francisco—. ¡Nadie más que yo llora al pobre esposo mío que tanto me ha amado!

—¡Y yo, señora! —contestó Gabriel de Montgomery, acercándose con los ojos inundados de lágrimas.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! —contestó María, dirigiéndole al mismo tiempo una

mirada en la que puso toda su alma.

—¡Y haré más que llorarle! —añadió a media voz Gabriel, envolviendo en una mirada colérica a Montmorency y a Catalina de Médicis, junto a la cual se había colocado aquél—. ¡Sí! ¡Le vengaré quizás, reanudando la obra interrumpida de mi propia venganza! Puesto que el condestable vuelve poderoso, nuestra lucha no ha terminado.

Gabriel, hasta en presencia de aquel cadáver acariciaba proyectos personales.

Está visto que Regnier La Planche tiene razón al afirmar «que es malo morir siendo re»..

Como la tiene también cuando añade:

«Durante el reinado de Francisco II, Francia fue un teatro donde se representaron varias tragedias a cual más terribles, que la posteridad admirará y detestará al mismo tiempo, con justo motiv»..

LVII

¡ADIÓS... FRANCIA!

Ocho meses después de la muerte de Francisco II, el día 15 de agosto de 1561, encontramos a María Estuardo en Calais, a punto de embarcarse para volver a su reino de Escocia. Fueron ocho meses que disputó día por día, y hasta puede decirse que hora por hora, a Catalina de Médicis y a sus tíos, porque aquélla y éstos deseaban, aunque impulsados por motivos diferentes, que saliese de Francia. María, sin embargo, no podía resignarse a abandonar un país donde había sido una reina tan feliz y tan amada. Hasta en los recuerdos dolorosos que su viudez prematura traía a su memoria encontraba un encanto y una poesía tales, que no acertaba a dar su último adiós a aquellos queridos lugares.

Y no solamente sentía María Estuardo aquella poesía, sino que también la expresaba; no sólo lloró la muerte de Francisco II como esposa, sino que la cantó como musa. Brantôme, cuya admiración hacia aquella infortunada es bien conocida, nos ha conservado la dulce lamentación que María Estuardo escribió entonces, y que no desdice de las poesías más notables de aquella época:

*En mi triste y dulce canto
de lamentables acentos,
exhalaré mis tormentos
para expresar el dolor
que una pérdida produjo,
que hace triste cuanto miro,
Y que alimenta el suspiro,
de mi juventud la flor.*

*¿Hubo jamás tal desgracia,
ni destino tan terrible?
¿Cuándo a una dama es posible,
tantos dolores sufrir?
Yacen en la tumba fríos
del alma ricos blasones;
¡Mis amores e ilusiones
muertos también son allí!*

Y en mi hermosa primavera,

*La flor de mis tiernos años
Sólo encuentra desengaños,
Siento penas por doquier,
Y la marchitan y agostan
Con tal suma de fiereza,
Que en el pesar y tristeza
Tan sólo encuentro placer.*

*Lo que antes me deleitaba
Me es hoy tan duro y penoso,
Que el día claro y hermoso
Que convida a ser feliz,
Es para mi noche triste;
Porque muerto el apetito,*

*No hay nada, por exquisito,
Que despierte ansias en mí.
Si tengo cualquier descanso
Ya en el bosque o la pradera
Y sea a la hora que quiera,*

*Hay en mí un gran batallar,
Y perdida la esperanza,
De un ausente la añoranza
Siento, siempre sin cesar.
Si alguna vez a los cielos
Alzo mi triste mirada,*

*Creo, en nube nacarada,
Su rostro y sus ojos ver.
Mas si hacia el agua los bajo,
Mi pecho exhala un suspiro,
Pues parece que le miro
En la tumba padecer.*

*Si estoy dormida en mi lecho,
Creo el calor de su boca
Sentir, y hasta que me toca
Con su beso embriagador;
Que yo, dormida o despierta,
Aunque quisiera alejarse,*

*No lograra despegarse
De mí su imagen de amor.*

*La canción ponga aquí fin,
Ya que la voz se resiste
A su querellarse triste,
Con el siguiente pensar:
Jamás la separación
Al amor, si es verdadero,
Ha de conseguir menguar.*

María Estuardo escribió esta lamentación armoniosa y conmovedora en Reims, adonde se había retirado después de quedar viuda, al lado de su tío el de Lorena. Permaneció en la Champagne hasta fines de la primavera, pero entonces, las perturbaciones de carácter religioso que estallaron en Escocia hicieron necesaria su presencia en este país. Por otra parte, la admiración, casi pudiéramos decir la pasión con que hablaba Carlos IX, no obstante ser un niño, de su hermosa cuñada, traía hartamente inquieta a la suspicaz regente Catalina de Médicis, y María Estuardo tuvo que resignarse a marchar.

En el mes de julio fue a despedirse de la corte, que estaba a la sazón en Saint-Germain, y las pruebas de cariño y casi de adoración que allí recibió acrecentaron, si era posible, el amargo sentimiento de su alma.

Su viudedad, que debía cobrar sobre Turena y Poitou, se fijó en una renta de veinte mil libras. Llevaba, además, consigo a Escocia joyas de gran valor, y no faltó quien temiese que sus riquezas pudieran tentar la codicia de algún pirata. Más miedo inspiraba todavía Isabel de Inglaterra, de la cual se recelaban violencias, porque veía en la joven reina de Escocia una rival. Fueron muchos los nobles que se ofrecieron a escollar a María Estuardo hasta su reino, y cuando llegó a Calais, se vio rodeada, no sólo por sus tíos, sino por los señores de Damville y de Brantôme, y por los caballeros principales de aquella corte elegante y gentil.

En el puerto de Calais esperaban a María Estuardo dos galeras, dispuestas a hacerse a la mar al primer aviso, pero la joven viuda permaneció seis días en la ciudad, tanto trabajo le costaba decir adiós a los caballeros que galantes la habían acompañado.

Al fin se fijó la marcha, conforme hemos dicho, para el día 15 de agosto. El cielo estaba triste, nublado, pero no llovía ni soplaba el viento.

En la misma playa, y antes de poner el pie en el buque en que debía de hacer el viaje, María, en su deseo de dar las gracias a los que la habían acompañado hasta los confines de Francia, permitió que le besasen la mano en señal de despedida.

Todos aquellos nobles se arrodillaron ante ella tristes y respetuosos, y posaron sus

labios sobre aquella mano adorada.

El último de todos fue un caballero que no se había separado de la comitiva de María, pero que durante el camino había permanecido invariablemente detrás, embozado en su capa y cubierto el rostro con el sombrero, sin descubrirse ni hablar con nadie.

Cuando se arrodilló, sombrero en mano, María Estuardo reconoció en él a Gabriel de Montgomery.

—¡Cómo! ¡Sois vos, conde! —exclamó la reina de Escocia—. ¡Ah! ¡Cuánto me alegro de volver a veros, mi fiel amigo, a vos, que llorasteis conmigo la muerte del rey! Pero si veníais entre estos nobles caballeros, ¿por qué no os habéis presentado a mí?

—Porque tenía necesidad de veros, pero sin ser visto, señora —contestó Gabriel—. Aislado, a solas con mis pensamientos, recojo mejor mis recuerdos y saboreo más íntimamente la dicha que experimento al cumplir con un deber tan dulce como el de acompañaros, señora.

—Os vuelvo a dar las gracias por esta nueva prueba de afecto, señor conde —dijo María Estuardo—. Yo quisiera poder manifestaros mi gratitud con hechos mejor que con palabras; pero ya veis que nada valgo aquí, y a menos que tengáis gusto en seguirme a mi pobre Escocia con los señores de Damville y de Brantôme...

—¡Ah, señora! ¡Ese sería mi más ferviente deseo! —exclamó Gabriel—. Pero un deber imperioso, inexcusable, me retiene en Francia. Una persona, a quien también quiero con toda mi alma, que es para mí sagrada, y a la que no he visto hace dos años, me espera en estos momentos...

—¿Os referís a Diana de Castro? —preguntó vivamente María.

—Sí, señora —respondió Gabriel—. Un aviso que recibí en París el mes pasado, me cita en San Quintín para el día 15 de agosto, es decir, para hoy. Hasta mañana no podré llegar a su lado; pero, sea cual fuere el motivo por el cual me llama, sé de antemano que me perdonará cuando sepa que no he querido separarme de vos hasta el momento en que salgáis de Francia.

—¡Mi querida Diana! —exclamó María Estuardo pensativa—. ¡Sí...! ¡Me ha querido mucho... ha sido para mí una hermana cariñosa! Tomad, señor de Montgomery; entregadle esta sortija como recuerdo mío y no tardéis en reuniros con ella. Seguramente tendrá necesidad de vos, y tratándose de Diana, no quiero deteneros un instante más... ¡Adiós, amigos míos...! ¡Adiós a todos! ¡Me esperan...! ¡Debo marcharme...! ¡Ay de mí! ¡Adiós...! ¡Es preciso!

Y separándose de los que aún pretendían retenerla bajo pretexto de despedirse de ella, puso el pie sobre la plancha y pasó a bordo de la galera del señor de Mévillon, seguida de los envidiados caballeros que debían acompañarla a Escocia.

Pero del mismo modo que Escocia no podía consolar a María por la pérdida de

Francia, así los caballeros que la acompañaban no conseguirían hacerle olvidar a los que no podían seguirla. Era, pues, a estos últimos a quienes parecía querer más que a los primeros. De pie en la proa de la galera, no cesaba de saludar, agitando su pañuelo, con el cual se secaba muy a menudo las lágrimas, a los parientes y amigos que la veían alejarse desde la playa.

Ya en alta mar, contemplaba a su pesar con envidia a una embarcación que enfilaba la entrada del puerto de Calais, cuando observó que de pronto cabeceaba horriblemente, como si acabase de chocar contra algún obstáculo submarino, y que, conmovida desde la quilla hasta la arboladura, comenzaba a hundirse entre los gritos de la tripulación. Tan rápidamente se fue a pique la nave, que antes de que la galera del señor de Mévillon tuviese tiempo para lanzar una lancha al agua para socorrerla, había desaparecido en el fondo del mar. Durante algunos momentos se vieron flotar varios puntos negros en el sitio donde acaeció el naufragio, puntos negros que fueron desapareciendo unos después de otros antes de que la barca de salvamento pudiese llegar adonde estaban, a pesar de que los remeros bogaron desesperadamente. La barca volvió a bordo sin haber logrado salvar un solo náufrago.

—¡Dios mío! —exclamó María Estuardo—. ¡Qué augurio tan triste!

El viento iba refrescando y la galera comenzaba a navegar a la vela, lo que permitía que descansasen los remeros. María, viendo que se alejaba rápidamente de tierra, se dirigió a la popa, y puesta de codos sobre la borda y fijos los ojos en el puerto, exclamó, derramando lágrimas:

—¡Adiós, Francia! ¡Adiós, Francia!

Cerca de cinco horas permaneció así, es decir, hasta que cerró la noche, y aun entonces no se hubiera retirado de aquel sitio si Brantôme no hubiese ido a decirle que la esperaban para cenar.

Redoblando su llanto y sus sollozos, dijo:

—No tengo más remedio, Francia querida, que perderte de vista por completo, puesto que la noche, celosa de mis postreros momentos de dicha, tiende entre ti y mis ojos su negro velo para privarme de aquélla. ¡Adiós, pues, mi querida Francia! ¡Ya no te veré más!

Seguidamente, indicando a Brantôme que bajara, dándole a entender por medio de un gesto que ella le seguiría al momento, sacó su librito de memorias y un lápiz, y sentándose en un banco, escribió los versos siguientes:

¡Adiós, hermosa Francia!

¡Te llora mi partida!

¡Adiós, patria querida

Do dulcemente se meció mi infancia!

Del nido que albergó nuestros amores

*Tan sólo la mitad llevarme quiero;
La otra mitad dejártela prefiero,
Que te recuerde siempre mis dolores,
Y que confío a tu querer sincero.*

Bajó luego, y al acercarse a los que la esperaban, les dijo:

—He hecho lo contrario de lo que hizo la reina de Cartago, pues Dido, cuando Eneas se alejó de ella, sólo para las ondas tenía ojos, mientras que yo sólo los he tenido para la tierra.

La invitaron a que se sentara y cenase, pero no probó bocado; prefirió retirarse a su cámara, recomendando al timonel que la despertase al ser de día, si se distinguían aún las costas de Francia.

El timonel entró en la cámara de la reina, tal como se le había ordenado, pero la encontró despierta ya, sentada sobre el lecho y mirando por la escotilla abierta las lejanas tierras queridas.

Su alegría duró poco, pues el viento fue refrescando más y más, y muy pronto se perdió de vista la tierra. Una sola esperanza abrigaba María; que se presentase la flota inglesa y obligase a su embarcación a volver atrás; pero hasta aquella esperanza se desvaneció como todas las demás. Una niebla espesísima que impedía ver desde proa lo que pasaba en popa se abatió sobre el mar. La galera navegó a la ventura, expuesta a perder el rumbo, pero segura de que no la vería el enemigo.

Al tercer día de navegación se disipó la niebla y la galera se encontró entre unas rocas contra las cuales se habría estrellado sin duda alguna si hubiese avanzado algunas brazas más. El piloto tomó la altura, reconoció que estaban en las costas de Escocia, y después de sacar con mucha destreza el navío de entre los arrecifes, arribó a Leith, cerca de Edimburgo.

Algunos de los caballeros que acompañaron a María, aficionados al chiste, dijeron que una niebla les había transportado a otra niebla.

Como nadie esperaba la vuelta de María, tanto ésta, como los que la acompañaban, hubieron de conformarse, para hacer el viaje a Edimburgo, con unas cabalgaduras tan míseras, que algunas hasta carecían de sillas y asimismo de bridas y de estribos, teniendo que valerse de cuerdas para reemplazar unos y otras. Con honda tristeza comparó María aquellas pobres bestias con los magníficos palafrenes de Francia, que estaba acostumbrada a ver caracolear en las cacerías y en los torneos. De tanto en tanto brotaban de sus ojos lágrimas de sentimiento, pero al fin, sonriendo a través de sus lágrimas, dijo con su gracia encantadora:

—No hay más remedio que sobrellevar con paciencia la desgracia. La verdad es que he pasado de mi paraíso a un purgatorio.

Tal fue la llegada de María Estuardo a Inglaterra. En otra obra hemos relatado el

resto de su vida y su muerte, y cómo esa Inglaterra impía, verdugo feroz de todo lo grande que ha existido en Francia, exterminó en ella la gracia, como antes había exterminado la inspiración en Juana de Arco, como más tarde debía exterminar el genio en Napoleón.

LVIII

CONCLUSIÓN

Gabriel no llegó a San Quintín hasta el día siguiente, que era el 16 de agosto.

En la puerta de la ciudad encontró a Juan Peuquoy que le estaba esperando.

—¡Ah! ¡Al fin llegáis, señor conde! —le dijo el honrado tejedor—. Seguro estaba yo de que vendríais, pero ¡ay demasiado tarde!

—¿Cómo demasiado tarde? —preguntó Gabriel alarmado.

—Sí. ¿No os decía la carta de la señora Diana de Castro que estuvieseis aquí ayer, quince de agosto?

—Cierto, pero sin insistir en esa fecha precisa ni indicarme con qué objeto reclamaba mi presencia.

—Pues bien, señor conde: ayer, quince de agosto, la señora Diana de Castro, o mejor dicho, la hermana Bendita, pronunció los votos eternos que la hacen religiosa para toda la vida.

—¡Ah! —exclamó Gabriel poniéndose mortalmente pálido.

—Y si hubieseis estado aquí, acaso vuestra presencia habría impedido lo que hoy es ya un hecho consumado.

—No —contestó Gabriel con expresión sombría—. No hubiera podido, no hubiera debido, no hubiera querido oponerme a la realización de sus designios. ¡Es la Providencia, sin duda, la que me ha retenido en Calais! Mi corazón habría sufrido lo indecible al ver su impotencia ante la consumación del sacrificio, y es posible que la pobre alma querida que se consagraba a Dios hubiese sufrido más con mi presencia de lo que ha debido de sufrir al verse aislada en aquellos momentos solemnes.

—¡Eh! —contestó Juan Peuquoy—. ¡No estaba sola!

—Ya lo sé, Juan: estabais vos, y Babette, y los desgraciados, sus amigos...

—Había alguien más que nosotros, señor conde: la hermana Bendita tenía a su lado a su madre.

—¡Qué me decís! ¿La señora de Poitiers? —preguntó Gabriel.

—Sí, señor conde: la señora de Poitiers en persona, que llamada por una carta de su hija, abandonó su retiro de Chaumont-sur-Loire y vino para asistir a la ceremonia. Aun debe de encontrarse al lado de la nueva religiosa.

—¡Oh! —exclamó Gabriel asustado—. ¿Por qué habrá llamado a esa mujer la señora de Castro?

—¡Pero, monseñor! ¡Esa mujer, como ha dicho la señora de Castro a Babette, es, al fin y al cabo, su madre!

—¡No importa! —replicó Gabriel—. Comienzo a creer que debí haber llegado

ayer. La señora de Poitiers no ha venido para nada bueno, no ha venido para cumplir con su deber. ¿Queréis que vayamos al convento de Benedictinas, Juan? Deseo con más ansia que nunca ver a la señora de Castro, porque me parece que tiene necesidad de mí... ¡Vamos... vamos pronto!

Sin la menor dificultad introdujeron en el locutorio del convento a Gabriel de Montgomery, a quien estaban esperando desde la víspera.

Diana estaba allí con su madre.

Al verla Gabriel después de una ausencia tan prolongada, impelido por una fuerza irresistible, cayó de rodillas, pálido y triste, delante de la reja que los separaba para siempre.

—¡Hermana... hermana mía! —pudo decir tan sólo.

—¡Hermano mío! —contestó con dulzura Diana.

Una lágrima rodó lentamente por su mejilla, pero sonreía de tanto en tanto como deben sonreír los ángeles.

Gabriel, al volver la cabeza, vio a la otra Diana, a Diana de Poitiers, que sonreía también, pero como deben sonreír los demonios.

—¡Hermana! —volvió a decir Gabriel con angustia, desviando su vista y su pensamiento de la de Poitiers y concentrando entrambas facultades en Diana de Castro.

Diana de Poitiers dijo entonces con frialdad:

—¿Sin duda saludáis como a hermana vuestra en Jesucristo, caballero, a la que ayer se llamaba todavía Diana de Castro?

—¿Qué es lo que decís, señora? ¡Dios mío...! ¿Qué queréis decirme? —preguntó Gabriel, levantándose agitado.

Diana de Poitiers, sin contestarle directamente, dijo a su hija:

—Hija mía: voy a romper hoy el silencio, voy a revelar el secreto de que te hablé ayer, porque creo que mi deber me prohíbe tenerlo guardado más tiempo.

—¿Qué secreto es ése? —preguntó Gabriel fuera de sí.

—Hija mía —continuó con calma desesperante Diana de Poitiers—: te he dicho ya que no salí del retiro en que, gracias al señor de Montgomery, vivo hace dos años, única y exclusivamente para bendecirte... No veáis en mis palabras ironía alguna, señor conde —añadió con entonación sarcástica, contestando a un movimiento de Gabriel—. No puedo menos de agradeceros con toda mi alma el que me hayáis arrancado, de grado o por fuerza, a los peligros de un mundo impío y corrompido. Hoy soy dichosa, me ha tocado la gracia de Dios, y solamente su amor llena mi corazón. Así, pues, en mi afán de demostraros mi reconocimiento, voy a impedir que cometáis un pecado, un crimen, tal vez.

—¡Oh! ¿Pero de qué habláis? —preguntó Diana de Castro anhelante.

—Hija mía —prosiguió la de Poitiers con su infernal sangre fría—; estoy cierta

de que ayer, una sola palabra mía habría podido impedir que tus labios pronunciasen los votos sagrados que te alejan del mundo para siempre; ¿pero, tenía derecho yo, miserable pecadora, yo, que me considero feliz por haberme librado de las cadenas terrestres, para robar a Dios un alma que se consagraba a El pura y casta? ¡No! Por eso me callé.

—¡No me atrevo a adivinar... no me atrevo, Dios mío! —murmuró Gabriel.

—Hoy, hija mía —siguió diciendo Diana de Poitiers—, rompo mi silencio porque veo en el dolor y en la vehemencia del señor de Montgomery, que ocupas aún todos sus pensamientos. Pues bien: es necesario, absolutamente necesario, que te olvide, sí, que no se acuerde de ti. Si continuara dejándose mecer por la ilusión de que puedes ser hermana suya, hija del conde de Montgomery, seguiría pensando en ti sin el menor remordimiento, y eso sería un crimen... un crimen de que yo, sinceramente convertida, no quiero, no debo hacerme cómplice. Quiero que lo sepas de una vez, Diana: no eres hermana del señor conde, sino hija del rey Enrique II, a quien tan desgraciadamente hirió el señor de Montgomery en el memorable y fatal torneo.

—¡Qué horror! —gritó Diana de Castro ocultándose el rostro entre las manos.

—¡Mentís, señora! —dijo Gabriel con violencia—. ¡Debéis mentir! ¿Por qué no presentáis pruebas de lo que afirmáis?

—Aquí las tenéis —contestó Diana de Poitiers, presentándole un papel.

Gabriel se apoderó del papel con mano temblorosa y lo leyó con avidez.

—Es —continuó Diana de Poitiers— una carta de vuestro padre, escrita pocos días antes de su prisión, como veis. Se queja de mis rigores, pero se resigna, como veis también, porque confía en que pronto seré su esposa, y el marido habrá de agradecer al novio el que éste haya reservado a aquél una dicha más completa y más pura. ¡Oh! Los términos en que está redactada la carta, firmada y fechada, no dejan lugar a duda, ¿no es verdad? Comprenderéis, pues, señor de Montgomery, que cometeríais un crimen si continuaseis pensando en la que se ha consagrado a Dios, porque ningún lazo de sangre os une a ella, y en cambio ella es esposa de Jesucristo. Así, pues, librándoos de cometer una impiedad semejante, creo pagaros con usura la dicha que, gracias a vos, estoy gozando en mi retiro. Nada nos debemos, estamos pagados, y, por tanto, nada más tengo que deciros.

Gabriel, durante el sarcástico discurso que dejamos copiado, había concluido de leer la fatal y sagrada carta. Efectivamente: no dejaba lugar a dudas. Para Gabriel era como la voz de su padre que salía de la tumba para atestiguar la verdad. Cuando el desventurado joven alzó sus extraviados ojos, vio que Diana estaba casi desvanecida, al pie del reclinatorio.

Se precipitó hacia ella, pero los recios barrotes de la verja le detuvieron.

Volvióse, y vio que Diana de Potiers sonreía tranquila, y loco de dolor, se abalanzó hacia ella con la mano levantada...

Se dio miedo a sí mismo, y en vez de herir a la de Poitiers, descargó su puño contra su propia frente como un insensato, y salió huyendo.

—¡Adiós, Diana... adiós! —gritó.

Si hubiera permanecido allí un segundo más, habría aplastado como a un reptil venenoso a aquella despiadada madre.

Juan Peuquoy le aguardaba impaciente fuera del convento.

—¡No me preguntáis nada! ¡Nada me digáis! —gritó Gabriel con frenesí.

Y como el honrado tejedor le mirase con expresión de dolorosa sorpresa, añadió aquél con más afabilidad:

—Perdonadme, Juan, porque estoy loco. No quiero pensar en nada, y para librarme de las ideas que me asaltan, huyo de aquí, me voy a París. Acompañadme, hasta la puerta de la ciudad donde dejé mi caballo; pero por favor, no me habléis de mí: habladme de vos...

Juan Peuquoy, tanto por complacerle, cuanto por ver si conseguía distraerle, le contó que Babette seguía perfectamente, que vivían los dos en la más hermosa de las armonías, que acababa de hacerle padre de un nuevo Peuquoy, robusto y guapo, que Pedro pensaba establecerse como armero en San Quintín, y finalmente que el mes anterior había sabido, por conducto de un soldado picardo, que Martín Guerra continuaba viviendo dichoso y contento al lado de su Beltrana.

Debemos confesar que Gabriel, abismado en el piélago de su dolor, apenas si muy imperfectamente oyó aquella alegre narración.

Llegados a la puerta de la ciudad donde Gabriel había dejado su caballo, nuestro protagonista estrechó muy cordialmente la mano del artesano, diciéndole:

—Adiós, amigo mío. Os agradezco infinito vuestro afecto. Haced presentes mis recuerdos a todas las personas que os son queridas, y sabed que es para mí una dicha saber que sois dichoso. En medio de vuestras venturas, acordaos alguna vez de mí, que sufro tan cruelmente.

Y sin esperar más respuesta que las lágrimas que brillaban en los ojos de Juan Peuquoy, montó a caballo de un salto y partió a rienda suelta.

A su llegada a París, como si la desgracia hubiese querido abrumarle con todos sus rigores, halló que su nodriza Aloísa, después de una corta enfermedad, había muerto sin tener el consuelo de verle.

Al día siguiente fue a visitar al almirante Coligny.

—Señor almirante —le dijo—; sé muy bien que no tardarán en comenzar de nuevo las guerras religiosas, a pesar de los esfuerzos hechos para evitarlas. Sabed que, de hoy en adelante, puedo ofrecer a la causa de la Reforma, no sólo mi pensamiento, sino mi brazo y mi espada. Mi vida no es ya útil sino para que os sirváis de ella; aceptadla, y tratadla sin consideraciones. No deja de haber egoísmo en mi desesperación, pues desde vuestras filas podré defenderme contra uno de mis

enemigos, y acabar de castigar al otro...

Gabriel pensaba, al hablar así, en la reina regente y en el condestable.

No es necesario decir que Coligny recibió con entusiasmo al inapreciable auxiliar, cuya bravura y energía había visto a prueba tantas veces.

A partir de este momento, la historia del conde de Montgomery fue la de las guerras de religión que ensangrentaron el reinado de Carlos IX.

En ellas representó Gabriel de Montgomery un papel terrible, tanto, que cuantas veces ocurrieron sucesos graves, su nombre fue pronunciado en el palacio real, y siempre llenó de terror a Catalina.

Cuando a raíz de las matanzas de Vassy, en 1562, Rouen y toda la Normandía se declararon abiertamente en favor de los hugonotes, designaron como autor principal del levantamiento de una provincia entera a Gabriel de Montgomery.

Aquel mismo año se encontró Gabriel en la sangrienta batalla de Dreux.

Aseguran que fue él quien hirió de un pistoletazo al condestable de Montmorency, que mandaba el ejército enemigo, y añaden que le hubiese rematado sin compasión de no haberle protegido el príncipe de Porcien, haciéndole prisionero.

Es sabido que un mes después de esta batalla, en que el *Acuchillado* arrancó la victoria de las manos inhábiles del condestable, el duque de Guisa fue asesinado delante de Orleans por el fanático Poltrot.

Montmorency, libre ya de su rival, pero privado de su aliado, fue menos afortunado aún en la batalla de San Dionisio, librada en 1567, que en la de Dreux.

El escocés Robert Stuardo le intimó que se rindiera: el condestable contestó asestando a aquél un golpe en el rostro con la empuñadura de su espada, y entonces, un enemigo anónimo le descerrajó un pistoletazo que le hirió en un costado, tendiéndole en tierra moribundo.

Por entre los vapores de la sangre que le ofuscaban la vista creyó reconocer en el enemigo anónimo a Gabriel.

El condestable expiró al día siguiente.

A pesar de que ya no tenía enemigos directos, Gabriel de Montgomery continuó descargando golpes y más golpes con el mismo furor de antes.

Cuando Catalina de Médicis quiso saber quién había sometido el Bearn al cetro de la reina de Navarra y hecho reconocer príncipe de Bearn generalísimo de los hugonotes, le contestaron que el conde de Montgomery.

Cuando al día siguiente de la matanza de San Bartolomé (1572), la reina madre, sedienta de venganza, se informó, no de los que habían perecido, sino de los que lograron librarse del degüello, el primer nombre que le citaron fue el de Gabriel de Montgomery.

Montgomery se encerró en La Rochela con Lanoue. La plaza resistió nueve asaltos furiosos y costó cuarenta mil bajas al ejército real. Por último conservó su

libertad por medio de una capitulación honrosa, y Gabriel pudo salir de ella.

Penetró enseguida en Sancerre, plaza sitiada por el gobernador du Berri, y como era muy inteligente en la defensa de las plazas, con un puñado de sancerrenses, cuyas únicas armas eran garrotes herrados, resistió cuatro meses las acometidas de un ejército de seis mil soldados. Capituló al fin, pero recabando, como La Rochela, la libertad religiosa y personal.

Catalina de Médicis veía con furor creciente que su eterno enemigo se le escapaba una y otra vez de las manos.

Montgomery salió del Poitou, donde ardía el fuego de la rebelión, y fue a inflamar los ánimos de Normandía, que se iban pacificando.

Habiendo salido de Saint-Ló, tomó en tres días a Carentan y se apoderó de todas las municiones de Valognes. Toda la nobleza normanda corrió a alistarse bajo sus banderas.

Catalina de Médicis y el rey levantaron al momento tres ejércitos, e hicieron publicar bando tras bando. Se dio el mando de las fuerzas reales al duque de Matignon.

En esta ocasión, Montgomery no combatía, pero confundido entre las filas de los protestantes, hacía frente directa y personalmente al rey y disponía de un ejército, de la misma manera que el rey tenía el suyo.

Combinó un plan admirable que debía asegurarle la victoria.

Dejó que el duque de Matignon sitiase a Saint-Ló con todas sus fuerzas, y saliendo secretamente de la plaza, se dirigió a Domfront, donde Francisco de Hallot debía de concentrar toda la caballería de Bretaña, de Anjou y del país de Caux. Con estas fuerzas reunidas, pensaba caer de improviso sobre el ejército real, sitiador de Saint-Ló, y éste, cogido entre dos fuegos, sería exterminado.

Pero la traición venció al invencible. Un alférez reveló a Matignon la secreta maniobra de Gabriel de Montgomery, y le dijo que éste se había dirigido a Domfront con una escolta de cuarenta caballos.

Pero como a Matignon le importaba más apoderarse de Montgomery que de Saint-Ló, dejó encargado del sitio a su teniente, y acudió a Domfront con dos regimientos, seiscientos caballos y una formidable artillería.

Otro cualquiera que no hubiera sido Gabriel de Montgomery, se hubiera rendido sin intentar una resistencia inútil; pero él, con sólo cuarenta hombres, quiso hacer frente a aquel ejército.

Domfront resistió doce días, y durante este tiempo hizo el conde de Montgomery siete salidas desesperadas. En fin, cuando los medios derruidos muros de la ciudad fueron, por decirlo así, entregados al enemigo, Gabriel se retiró, para seguir combatiendo, a la torre llamada de Guillermo de Belleme.

Sólo le quedaban ya treinta hombres.

Matignon envió, para dar el asalto, a cien caballeros, setecientos mosqueteros, cien lanceros y una batería de cinco piezas de artillería de grueso calibre.

El ataque duró cinco horas, durante las cuales dispararon seiscientos cañonazos contra el viejo torreón.

Por la tarde tan sólo le quedaban ya a Montgomery dieciséis hombres; pero aún se resistió y pasó toda la noche reparando la brecha como un humilde trabajador.

Al día siguiente volvió a empezar el asalto. Matignon había recibido nuevos refuerzos durante la noche; Gabriel y sus dieciséis compañeros se hallaban rodeados en el viejo torreón por quince mil soldados y dieciocho piezas de artillería.

No fue el valor lo que les faltó a los sitiados, sino la pólvora.

Montgomery, para no caer vivo en poder de sus enemigos, quiso atravesarse el cuerpo con su espada; pero en aquel momento recibió a un parlamentario de Matignon, que le juró en nombre del jefe: «Que si se entregaba, se le concedería la vida y la libertad de retirarse adonde le convinier»..

Montgomery se rindió bajo la fe de este juramento; pero antes de hacerlo, debía haber recordado lo que le pasó a Castelnau.

Aquel mismo día fue maniatado y enviado a París. ¡Al fin le tenía en su poder Catalina de Médicis! Es verdad que fue gracias a una traición, ¿pero qué le importaba esto? Acababa de morir Carlos IX, y mientras llegaba Enrique III de Polonia, Catalina era reina regente y todopoderosa.

Gabriel fue juzgado por el Parlamento, que le condenó a muerte el 26 de junio de 1574.

Hacía catorce años que luchaba contra la mujer y los hijos de Enrique II.

El 27 de junio, el conde de Montgomery, a quien por un refinamiento de crueldad le habían aplicado el tormento, subió al cadalso, y después de decapitarle lo descuartizaron.

Catalina de Médicis asistió a la ejecución.

Así acabó este hombre extraordinario, una de las almas más valientes y hermosas del siglo XVI. Jamás figuró más que en segunda fila, pero se mostró siempre digno de la primera. Su muerte justificó hasta el fin el pronóstico de Nostradamus:

...Causará su muerte la dama del rey.

Diana de Castro no existía ya cuando murió Gabriel. Sor Bendita había fallecido el año anterior, siendo abadesa de las Benedictinas de San Quintín.

FIN